

Doña Rosalía Artigas de Ferreira

SELECTA

De estirpe de héroes; ilustre por su cuna, ilustre por ella misma, que fué orgullo de salones y orgullo de su hogar; matrona que conservó y aumentó los timbres de su abolengo; vivió intensamente para su casa, modelando en sus hijos ejemplos de ciudadanos. El apellido — blasón sin mácula, que es como una aurora resplandeciente en la Historia de América — tuvo en ella una guardadora altiva y severa.

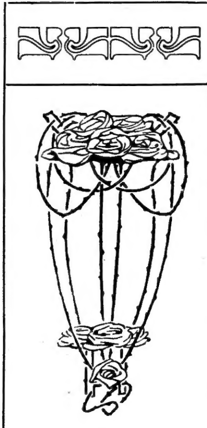


Doña Rosalía Artigas de Ferreira

Casa Corralejo

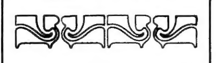
PLAZA CONSTITUCIÓN

Novedades para Invierno



Manteaux,
Sombreros,
Pieles,
Trajes,
Sedas
y Géneros

Rico Manteaux de Terciopelo de Lana, adornado con Piel
Modelo Bernard, de París



Capita y Manchón de Armiño Ruso
Elegantísimo Modelo
de la Casa Revillon de París

Modelos exclusivos de nuestra casa

AÑO I — NÚMERO 1
MONTEVIDEO, MAYO DE 1917

OFICINAS: CIUDADELA, 1387

Suscripción mensual .... $ 1.00
» semestral.................. » 6.00
» anual .... » 11.00

SELECTA

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZÓN



Portada

No vamos a una aventura desatentada. Hemos medido nuestras fuerzas, nos hemos trazado un camino, tenemos un rumbo marcado y con la seguridad del viajero que tiene su itinerario prefijado y conoce la senda, iniciamos la marcha con paso firme y la convicción de que haremos obra de cultura, de arte y de patriotismo.

No prometemos nada para mañana. Del esfuerzo inicial queda en este primer número prueba evidente. Y si en las acciones humanas rige el mismo principio que en el desarrollo de las fuerzas físicas, es lógico esperar que con tan valiente impulso inicial las actividades reclamadas para este comienzo, han de multiplicarse afirmando su prolongación.

Queda dicho que nos proponemos realizar una obra de cultura, de distinción, de arte y de patriotismo. Y tal propósito podría ser en síntesis nuestro programa. Sin embargo ampliaremos; debemos ampliar estos conceptos fundamentales.

Nos anima un noble deseo de ofrecer a nuestra sociedad una revista que sea un exponente de todo lo que en ella palpita con caracteres propios, de todo lo que prueba su distinción, su elevación moral, su orgullo de origen y su firmeza de cultura.

En todas las manifestaciones de nuestra vida mundana hay rasgos propios que nos proponemos realzar con un espíritu de justo elogio, pues comprendemos que al dar exteriorización gráfica a esas actividades, realizamos obra de sólida propaganda patriótica, pues que la cultura de los pueblos surge esencializada en las manifestaciones de sus clases dirigentes.

Nos proponemos, asimismo sacar de la celosa intimidad en que se guardan, una serie de magníficas colecciones artísticas; conjuntos valiosos de cuadros, de reliquias históricas, de maravillas de escultura, de pintura, de orfebrería; de soberbias antigüedades, que el tesón y el buen gusto han atesorado.

El pasado ha de tener en nosotros unos fervientes, unos respetuosos evocadores. Los que civilizaron estas tierras promisoras y los que fundaron nuestra nacionalidad, compartieron sus intensas actividades políticas con las más elevadas y más ejemplares actividades sociales. Los salones de los gentilhombres que nos mandó España y los salones de nuestros patricios, fueron centros de suma distinción, iniciadores de la sociabilidad rioplatense, que hoy puede enorgullecerse de ser la más distinguida de Sud-América.

Nuestro Director, en una publicación que ha hecho dando cuenta de la aparición de SELECTA, ha tenido este párrafo:

"Para joya tan preciada como es nuestra sociabilidad, se debe exigir un estuche que no le reste esplendor y amengüe su valimiento."

Y bien: los elementos que componen la Redacción, el personal artístico, los talleres gráficos de Barreiro y Ramos, que son los más importantes del país, han de formar el conjunto de actividades que han de continuar la obra que hoy presentamos y que ponemos bajo la égida amable de nuestros lectores.

SELECTA saluda a la prensa nacional y pide a todos amable acogida.

LA REDACCIÓN.

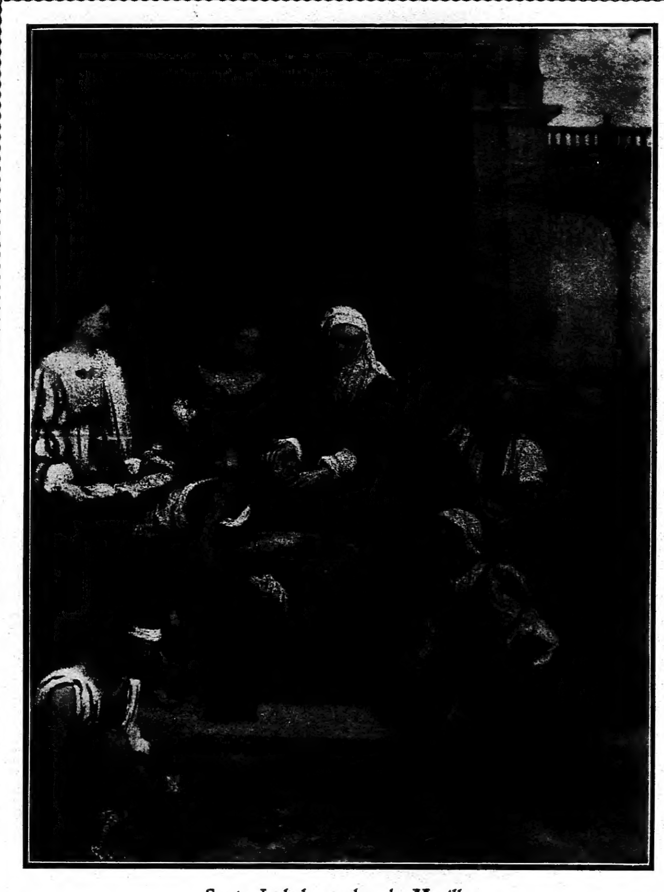






D.ª Manuela Quevedo de Herrera

PARA engalanar y honrar una de las páginas de SELECTA debimos buscar el retrato de una de las matronas más representativas que, pertenecientes a la generación anterior a la de hoy, llegan a nuestros días como un ilustre ejemplo de virtud y de cultura. — Doña Manuela Quevedo de Herrera aparece en nuestra fotografía con el porte gentil de su juventud, cuando brillaba y triunfaba en los salones por su elegancia y su señorial distinción. — Hija del docto caballero don Juan Quevedo y de la distinguida señora doña Pilar Antuña, heredó de sus mayores su aristocrática sencillez su belleza de sentimientos y dos apellidos ilustres y respetados en ambas orillas del Plata. — La selecta sociabilidad del patriciado contó en su seno con figuras de tan singular relieve, como fueron los padres de la dama que hoy prestigia esta página. — Doña Manuela Quevedo contrajo matrimonio, siendo muy joven, con el eminente político y jurisconsulto doctor don Juan José de Herrera, y de este hogar fundamentado sobre una base de tan ilustre ascendencia, surgió una generación que hoy brilla con luz propia en nuestros círculos sociales más elevados. — Una dama como doña Manuela Quevedo de Herrera, honra a toda una sociedad, por más noble y más selecta que esa sociedad sea.



Santa Isabel, cuadro de Murillo

La más sublime virtud

La más sublime de las virtudes: la caridad, ha tenido y tiene en nuestras damas, cultoras apasionadas, ejemplos de verdadera abnegación. Por el bien del prójimo desvalido, sin recursos, que las adversas circunstancias han puesto al margen de todas las satisfacciones, han luchado y luchan constantemente las matronas más distinguidas; de ellas ha dependido la fundación de todas nuestras instituciones benéficas, de todos los asilos donde el desdichado ha podido hallar en todo momento un lenitivo a su miseria y un consuelo a su desventura.

Desde los tiempos de la colonización la caridad ha tenido en nuestro país eficaces manifestaciones a cargo siempre de señoras. El espíritu democrático, la raigambre cristiana, han impulsado a las damas más distinguidas a conceder gran parte de sus actividades al ejercicio de la filantropía y de ahí que a todos nuestros establecimientos benéficos se hallen vinculados los nombres de ilustres señoras, lo más representativo y lo más selecto de nuestra sociedad.

En los anales de la caridad se registran con letras indelebles los nombres de: doña Clara Zabala, doña Bernardina Fragoso de Rivera, doña Francisca Viana de Oribe, doña Magdalena Furriol de González, doña Margarita Oribe de Lasala, doña Josefa Vázquez de Hordeñana, doña Paulina Villademoros de Algorta, doña Matilde Steward de Pacheco y Obes, doña Clara Errasquin de Jackson, doña Pascuala Alvarez de Ramírez, doña María Quevedo de Lafón, doña María Antonia Agell de Ocar, doña Carolina Alvarez de Zumarán, doña Bernabela Martínez de Herrera y Obes, doña Rosalía Artigas de Ferreira, doña Valentina Illa de Castellanos, doña Clara Jackson de Heber, doña Sofía Jackson de Buxareo, doña Catalina O'Neill de Fernández, doña Estanislada Márquez de Lesa, doña Matil[de] Artagaveytia de Arocena, y de otras [y] otras que hoy mantienen la noble, la generosa tradición con sin par entusiasmo y abnegación.

Todas las matronas que hemos nombrado fueron las que de generación [en] generación mantuvieron en alto los prestigios filantrópicos de nuestra sociedad. Las obras por ellas iniciadas y sostenidas despertaron sucesivamente la emulación, y a través de los años fueron acentuándose las formas de la caridad hasta llegar al grado de amplitud en que hoy se encuentran esas nobles instituciones [de] valía puesta generosamente al avance [de] la miseria y del dolor.

Para un espíritu superficial o egoísta, para quienes no saben de la intensa satisfacción de conciencia que significa hacer bien al prójimo, estas manifestaciones [de] la caridad o son desconocidas o si las conocen no les conceden mayor importancia. Y desgraciadamente son muchos los que proceden así.

Sin embargo, nada más nobilísimo, nada que ponga más al descubierto a los espíritus selectos, a las almas buenas, que el ejercicio de esa virtud que ennoblece al género humano.

El poner de manifiesto todas esas actividades, toda esa suma grande de esfuerzos en pro de los desdichados, [es] misión de propaganda y de justa recompensa a quienes con tanto tesón ponen [en] práctica el axioma evangélico de ayuda[r] al desvalido.

No conoce la mayoría de las gente[s] cuánta es la labor que muchas distinguidas señoras llevan a cabo con tesón sin igual para sostener y dar vida próspera a las sociedades e instituciones de beneficencia que funcionan en la capital.

Es una labor que exige hasta sacrificios, labor dura y sin atractivos, labor que pone a esas señoras ante la realidad de la miseria, la que, aún despertando los más hondos sentimientos de piedad, no por eso deja de ser desagradable.

Y por eso, el revelar a la consideración y admiración de todos estas actividades tan intensas como modestas, estamos convencidos de que realizamos un acto de bien justificado reconocimiento.

De ahí que Selecta ha de rendir grande y justiciero homenaje a las damas que mantienen hoy en alto el pabellón de amor, de piedad y de fraternidad que enarbolaran en el pasado ilustres matronas.

En números subsiguientes publicaremos en estas páginas, honrándonos altamente con ello, los retratos y semblanzas de las señoras que en la actualidad componen y dan vida a las instituciones benéficas que hoy tanto mal redimen, enalteciendo al país.





Da. Manuela Quevedo de Herrera

P[illegible]



Santa Isabel, cuadro de Murillo

La más sublime virtud



Sra. Adelina Lerena de Fein

EL sólo nombre de la noble dama que da prez a esta página, bastaría para sintetizar el homenaje que deseamos rendirle, porque ese nombre es un galardón para nuestra sociedad. Sin embargo agregaremos algunas líneas que pálidamente digan cuán altas y cuán puras son las virtudes que la adornan, cuánta y cuán exquisita es su distinción, y que encanto suprem› se desprende de su espíritu cultísimo que subyuga al que la oye conversar.

Hija de la distinguida señora doña Dolores Traibel y del ilustrado jurista doctor Avelino Lerena, de extensa y selecta vinculación en los círculos sociales de otros días, brilla en los salones con las radiaciones de su elegancia y de su inteligencia. Esposa del doctor don Carlos A. Fein, de larga y principal actuación en la magistratura nacional, doña Adelina Lerena es una afirmación de prestigio social, por su cultura de excepción y su gentileza.

LAS JOYAS DE NUESTROS ABUELOS



Peinetones usados por las damas en 1830

No eran quizá ostentosas, no deslumtraban con brillos de similor, pero de su riqueza, ejemplos bien elocuentes tenemos en todas las colecciones donde esas joyas se guardan como verdaderas reliquias.

En las joyas, como en las conciencias, no se concebía antaño lo falso. Lo que aparecía como oro, era oro de muchos y muy saneados quilates. Y las perlas y los diamantes, perlas y diamantes eran sin que la química hubiera tenido nada que ver con ellas.

Nuestros abuelos no llevaban joyas si no podían llevarlas. Pero cuando las llevaban, eran joyas de gran precio, muchas de verdadero valor artístico.

Como decimos antes, en algunas vitrinas, propiedad de personas de buen gusto, hallamos hoy magníficos recuerdos de estos lujos de ayer.

En esta página ofrecemos las fotografías de dos soberbios ejemplares. Unos peinetones afiligranados de uso en 1830 y un abanico que es una admirable, una estupenda labor, digna de Chelini.

Pertenece este abanico a la distinguidísima señora doña Dolores Folle de Gómez.

Obra admirable de orfebrería, donde el metal ha sido trabajado con un arte exquisito, con una meticulosidad llevada al extremo.

Todo el envarillado es de oro macizo, y los padrones son dos soberbias piezas donde el cincel ha hecho verdaderas maravillas, audacias de calado y bajos relieves.

La unión de las varillas la constituye una lámina de finísimo cuero, donde el pincel de un hábil decorador ha pintado una escena griega, de gran carácter y mérito de colorido, formando el todo un severo conjunto y constituyendo una joya de precio elevadísimo, que puede ser orgullo de una colección aún cuando se trate de la más rica y la más famosa.

Los peinetones rememoran, con la elocuencia de sus ligerísimos cuerpos de carey, una época nunca lo suficientemente bien evocada para ejemplo y para admiración.

Las damas de 1830, en estos países que constituían el antiguo dominio cisplatino, llevaban esos peinetones realzando con ellos la majestad de sus portes, la elegancia de sus tocados y sus hermosuras soberanas, donde el afeite no intervenía para nada y donde la frescura de la piel era una afirmación de belleza.

Moda que hoy discutirían quizá los smart, pero que busca su fundamento en un sentimiento de realeza: esos peinetones tienen algo de corona real y nunc[a] mejor esos signos de majestad que e[n] cabezas de mujeres, las únicas reinas in[]discutidas e indiscutibles en medio d[e] la arrolladora ola de democracia que tras[]torna al mundo.

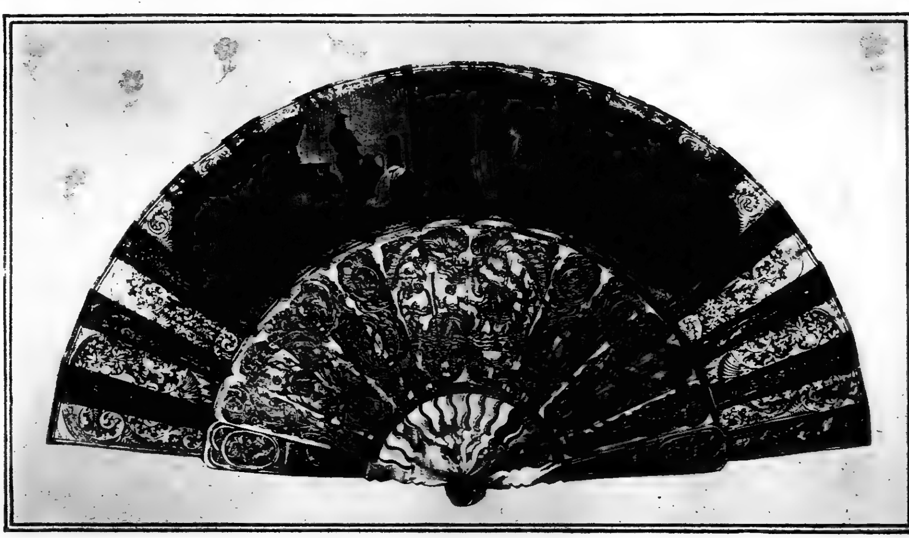
La distinción y la gracia que realzaro[n] estos peinetones, tuvieron elocuente ejem[]plo en damas tan dignísimas como esta[s] que acuden a nuestra memoria: doñ[a] María Antonia Agell de Ocar, doña Do[]lores Obregón de Pozzolo, doña Paulin[a] Villademoros de Algorta, doña María Ra[]mírez de Oribe, doña Josefa Rondeau d[e] Maines y doña Bernabela Martínez d[e] Herrera y Obes.

Las joyas de nuestros abuelos merece[n] toda nuestra veneración, porque ellas evi[]dencian, con su sólida riqueza, que e[n] aquellas épocas todo era firme, verdader[o] y selecto.

Fué esta moda de los peinetones un[a] de las más características de las época[s] pretéritas en estos nuevos países d[e] América.

El uso de ello[s] se circunscribía ta[n] sólo a las dama[s] principales y nunc[a] descendió a las mu[]jeres del pueblo. D[e] modo que los famo[]sos peinetones da[]ban timbre de dis[]tinción y de elevad[a] alcurnia a quiene[s] los usaban.

El tamaño de es[]tos complemento[s] del tocado femeni[]no, llegó a ser des[]proporcionado. Al[]gunos de los ejem[]plares que hoy s[e] conservan llegan [a] medir más de se[]tenta centímetro[s] de ancho y forma[]ban verdaderas au[]reolas afiligranada[s] alrededor de las ca[]bezas de todas la[s] elegantes de 183[0].



Valioso abanico de la colección de la Señora Doña Dolores Folle de Gomez

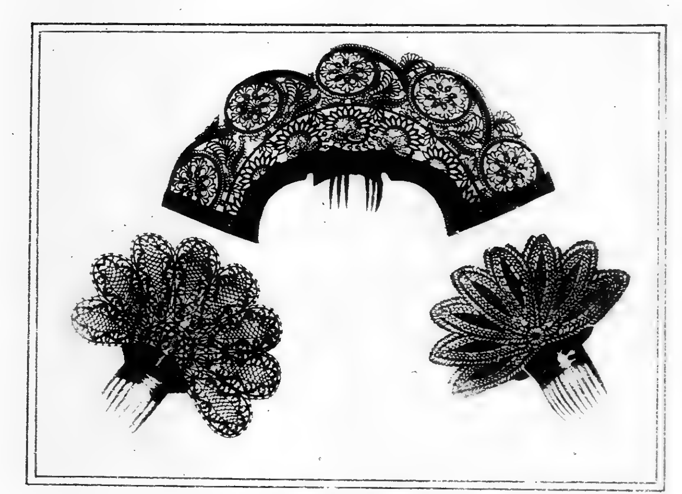


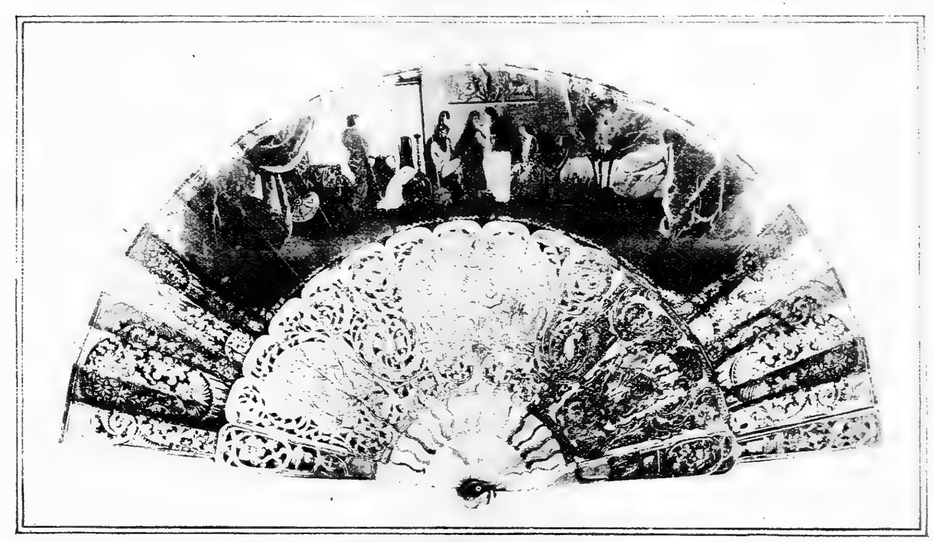
Sra. Adelina Lerena de Fein

El solo nombre de la noble dama que da prez a esta pagina, bastaria para sí tetizar el homenaje que deseamos rendirle, porque ese nombre es un galardon para nuestra sociedad. Sin embargo agregaremos algunas lineas que palidamente digan cuan altas y cuan puras son las virtudes que la adornan, cuanta y cuan exquisita es su distincion, y que encanto supremo se desprende de su espiritu cultisimo que subyuga al que la oye conversar.

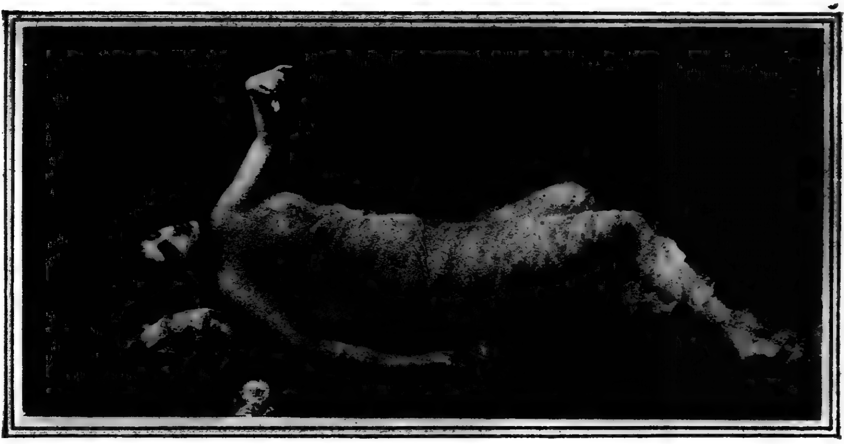
Hija de la distinguida señora doña Dolores Traibel y del ilustrado jurista doctor Avelino Lerena, de extensa y selecta vinculacion en los circulos sociales de otros dias, brilla en los salones con las radiaciones de su elegancia y de su inteligencia. Esposa del doctor don Carlos A. Fein, de larga y principal actuacion en la magistratura nacional, doña Adelina Lerena es una afirmacion de prestigio social, por su cultura de excepcion y su gentileza.

LAS JOYAS DE NUESTROS ABUELOS





La galeria de cuadros del Dr. D. José Antonio Ferreira



Magnífico cuadro del pintor español Masrriera

Es creencia de que en nuestro país no existen cultores, verdaderos cultores del arte, vale decir, personas de espíritu selecto que se dediquen a coleccionar obras de arte, llevadas por un alto anhelo de belleza.

Es un error tal creencia. Cierto es que el ambiente no es propicio, que el mercado artístico no ofrece variedad y que se hace imprescindible recurrir a la producción extranjera cuando se desea dar satisfacción a un noble anhelo de arte.

Y esto, que a primera vista parece un inconveniente insalvable, en la práctica resulta absolutamente ventajosa.

Debiendo recurrir el amateur a la producción extranjera (en lo que a los cuadros y a las esculturas se refiere especialmente), las colecciones (y no hablamos sino de aquéllas formadas con obras de contemporáneos), alcanzan por fuerza un valor grande, valor de meticulosa selección y de juicio.

Una de las galerías que en Montevideo existen y que ofrece mayores méritos y más firme criterio artístico en lo que a los pintores del día se relaciona, es la del ilustrado caballero doctor José Antonio Ferreira.

En el piso alto de la suntuosa mansión que este distinguido compatriota posee en la calle Sarandí, se halla instalada la magnífica galería de cuadros, que si ella es valiosísima en sí, valioso y severo y hermoso es el salón donde las joyas pictóricas se guardan.

Una maravillosa puerta de caoba con soberbios herrajes de bronce batido da entrada al salón octagonal en cuya parte superior una artística vidriera deja penetrar una luz cenital que da a las pinturas su verdadero valor.

Muebles riquísimos, amplias butacas ofrecen al visitante sitios deliciosos para detenerse y contemplar detenidamente determinadas telas.

Los ocho lienzos de pared están cubiertos de cuadros. Hay allí concepciones notables de los pintores más famosos de hoy día. Hay también telas de autores uruguayos, figurando entre ellas los nombres de Blanes, Herrera y Puig. El cuadro de Herrera es el que se titula "Un viejo hidalgo", notable trabajo, uno de los más bellos del malogrado artista.

En esta valiosísima galería se hallan genialmente representados pintores de fama universal

Una parte de la magnífica galería de cuadros, perteneciente al Dr. José Antonio Ferreira

Sta. María Amelia Márquez Vaeza

La galería de Cuadros del Dr. D. José Antonio Ferreira

Magnífico cuadro del pintor español Masriera



Una parte de la magnífica galería de cuadros, perteneciente al Dr. Jose Antonio Ferreira

A través de un apellido ilustre

Don Gervasio A. Posadas es el fundador de una casa patricia, ilustre porque supo aquel varón preclaro rodearla de todos los prestigios y de todos los honores, gloriosa porque la actuación del jefe del apellido en la Revolución de Mayo fué distinguida y fué eficiente para la causa de la democracia.

Posadas tuvo enemigos. Todos los hombres de mayor valimiento los tienen, y cuanto más valen más encarnizados son los que los combaten. Pero don Gervasio A. Posadas surgió del caos de la época gestatoria de nuestra independencia con la aureola que le dió su juicio ecuánime, su valer indiscutible, su nobleza invariable de propósitos y sus sacrificios dolorosos por la causa de la libertad de los pueblos.

No hemos de hacer aquí un juicio histórico del hombre que desde 1810 a 1822 actuó en primera fila en todos los acontecimientos más notables de la organización política argentina.

Es nuestro propósito tan sólo recordar en breves párrafos al que fundara la casa que hoy tiene en nuestra sociedad sitio preeminente, hogar altamente respetable, que guarda con justa veneración todos los preceptos que les legaran sus ilustres antecesores y en el que se encuentra un ejemplo nunca obscurecido de grandeza, de merecimientos, de sólidos prestigios.

El apellido Posadas brilla a través de más de una centuria con luces siempre renovadas y llega a nuestros días con la nobleza de tan larga figuración en los más respetables puestos de la política.

Hoy nuestra sociedad se honra al tener en su seno a la señora Carmen Belgrano de Posadas, cuyos dos apellidos se hermanan en fama y en gloria en las páginas de la epopeya de América.

Y el actual heredero de tan ilustre estirpe es el joven Gervasio A. Posadas, hijo de la distinguida señora antes nombrada y del que fué en vida intachable caballero don Luis Posadas.

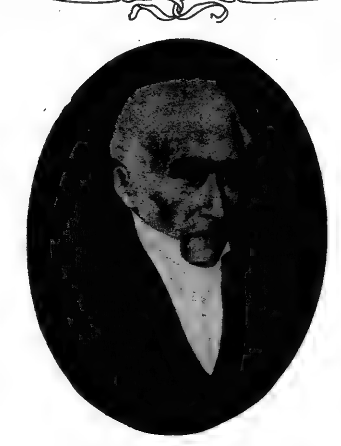
Es altamente grato poder comprobar que a través de los años y de las turbulencias de nuestra vida política, llega un apellido ilustre hasta nuestros días, guardado dignamente en un hogar respetabilísimo.

***

Hemos de completar esta página con algunas curiosas biografías, en forma de juicio, escritas por el ilustre patricio don Gervasio A. Posadas y referentes a algunos de sus contemporáneos, figuras notables de la Revolución. Es una nota interesante y de valor histórico:

Nicolás Herrera. — Sabe más de lo que manifiesta, genio amable; sumamente tímido. Conoce hasta dónde alcanza la fuerza de un compromiso y no se desviará de él. Proscripto, lleno de necesidades; permanece en la corte del Brasil.

Valentín Gómez. — Se hará lugar en cualesquiera corporación donde se encuentre. Su fuerza es la oratoria. Su decir y accionar le dan realce. Los cargos y comisiones a que fué destinado los desempeñó con dignidad. No es posible que falte a la amistad. Está proscripto: se halla en el Janeiro.



Don Gervasio A. Posadas

Juan Larrea. — Viva imaginación, conocimientos nada vulgares; fácil comprensión, fiel amigo. Prestó grandes servicios; fué uno de los primeros comprometidos por la justa Causa. Arruinó su fortuna. Yace hoy día proscripto en el viejo mundo, y pereciendo en una de las capitales de la Francia. La envidia lo calumnia; la historia será justa!

Francisco J. Viana. — En su clase sobresaliente; en el trabajo incansable; a la amistad deferente y hombre de guardar fe. Es proscripto; reside en el Janeiro.

Carlos A. Alvear. — Vivo y afluente; conocimientos generales, y penetra lo que es dado a muy pocos. La patria le debe mucho y por más que se pretenda relegar sus servicios al olvido, Montevideo existe. La emulación y sus pocos años lo han proscripto.



El actual heredero del apellido

Nicolás Rodríguez Peña. — Memoria feliz; delicadeza suma, maneras muy agradables. Fué uno de los principales autores de nuestra gloriosa revolución, empleando para ella la mayor parte de su fortuna. Desempeñó los primeros cargos y empleos de la República, con la honradez que le es característica y con la aprobación general. Existe proscripto en Chile al lado de San Martín que siempre lo consideró. Es mi grande amigo. Volveré a la nada sin verlo!!

Hipólito Vieytes. — Espartano rígido, candoroso y consecuente amigo, poseía conocimientos; despuntaba por la economía política. Es uno de los autores de nuestra grande obra. Obtuvo comisiones y empleos de importancia y categoría, y entre ellos el de Intendente de alta Policía. Le dió un incremento y la puso en un punto de vista que le hizo mucho honor, y que no se ha vuelto a ver con el sacudimiento volcánico del 15 de Abril de 1815, fué preso e invadida su casa, embargadas todas sus propiedades. Entre ellos fué violado el más sagrado de todos sus depósitos, es decir, sus papeles en que estaban consignados sus escritos y el fruto de sus estudios y trabajos; atacada esta propiedad, la más íntima, la más identificada con la vida y existencia del hombre. Terminó la suya en una casa de campo antes de salir a reinos extranjeros, proscripto a virtud de un proceso nulo y de una sentencia más nula pronunciada por otra Comisión civil de justicia, la más injusta y nula que han visto los siglos.

La muerte misma quedará pasmada.
Maravillada la naturaleza.
Cuando la criatura se levante,
A presencia del Juez a dar respuesta.

Antonio G. Balcarce. — Estricto militar, moderado y consecuente amigo. Fué uno de los primeros comprometidos por la justa Causa. Prestó grandes servicios. Ocupó los primeros destinos no desmintiendo el juicio que de él se había formado. Con 50 hombres semejantes el país se encontraría constituido. Dejó de existir rodeado de la familia, y con sentimiento general.

Santiago Vázquez. — Confieso que no lo conocía, en el último período de mi vida lo he tratado, posee conocimientos, facilidad para explicarse con juicio y propiedad. Es mozo de consejo. Será un dolor llegue a desgraciarse.

Feliciano A. Chiclana. — Abogado con algunas extravagancias, buen amigo, sin mayor mundo. Fué uno de los primeros autores de nuestra gloriosa revolución. Tuvo la principal parte en el gobierno patrio. Obtúvo los primeros cargos tanto en ésta como en las provincias, desempeñándolos con la mayor honradez. En el Triunvirato lo traicionó Pueyrredón, de que resultó la pueblada del 8 de Octubre, hermana de la del 5 de Abril de 1811. Murió en el seno de su amable familia con menos bienes de fortuna que los que tenía antes del gran Día.



"La Urraca", cuadro del pintor español Carlos Vazquez

[illegible] Dupré, Sarado, Barbudo, Masriera, Jusquets, Barbazan, [illegible], Hernández, De Mariano, Jordaens, Blaas, Serra, Carlos [illegible] Urgell, [illegible], Pablo Salinas, Fortuny, Carlos Vaz[illegible] [illegible] Muñoz Lucena [illegible]

[illegible] en esta magnífica colección figuran especialmente los [illegible] españoles que hoy honran con mayor brío a la madre [illegible]

[illegible] el exquisito del propietario de esta galería ha elegido [illegible] de alto mérito, de indiscutible valor, las obras más [illegible] de los diferentes autores que hemos enumerado [illegible]

Habría mucho que escribir respecto de esta notable colección [illegible] el cronista se ha encontrado más perplejo que ante [illegible] como sería el de examinar una a una en su valor [illegible] galería.

[illegible] nuestros grabados pueden verse las reproducciones de [illegible]

[illegible] de Masriera, [illegible] trabajo [illegible] más, si el colorido o el dibujo [illegible] Barbazan, tela donde hay un estupendo estudio [illegible] con una composición pastoril deliciosa como todas las [illegible]

[illegible] Carlos Vazquez. Es una tela consagrada por una gran [illegible] el Salón de París. Se titula "La urraca" y es una [illegible] que conducen a la prevención dos guardias [illegible] de época pasada. La expresión del rostro de la [illegible] maravilla. Rostro que expresa picardía, desprecio [illegible] de sentido moral. Es una flor de vicio [illegible] ambiente especial, y no conoce reparos, ni [illegible] prácticas de respeto y de rectitud.

[illegible] es una verdadera obra de arte, con altos mé[illegible] de dibujo y no extraña que él haya ocupado [illegible] en el Salón de París.

[illegible] magníficas obras encierra la galería del doctor [illegible] Ferreira, y ellas es una demostración bien elocuente [illegible] gusto de su dueño, cuya alta intelectualidad deja en el [illegible] una amable impresión que se transforma [illegible] recuerdo.

[illegible] el lector por la enumeración de los nombres [illegible] los cuadros de esta valiosa galería, son la mayoría [illegible] españoles.

[illegible] doctor Ferreira demuestra una predilección [illegible] pues no puede escapar a ningún ver[illegible] hoy son los pintores españoles los que [illegible] carácter propio al extremo que sus cuadros llegan triunfalmente a todos los rincones [illegible]

En la galería que nos ocupa, figuran [illegible] de mérito, valiosísimas y algunas con [illegible] en exposiciones importantes, pintores de la talla de [illegible] Barbudo, Plácencia, Serra, Urgell [illegible] Fortuny, Madrazo, Zubiarre, y Muñoz Lucena.

Estas obras dan a la galería un carácter [illegible] y por otra parte muy digno de que sea [illegible]

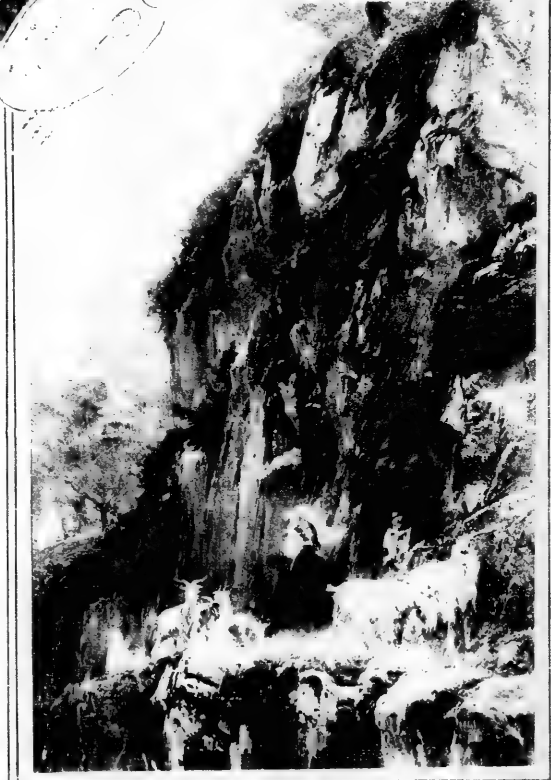
Nos explicaremos.

De las telas antiguas, con valor de pinacoteca, [illegible] con valor intrínseco, no puede tenerse verdadera atribución de autenticidad sino en muy pocos casos. Se explica esto, dado que los museos europeos han acaparado todo lo más notable y todo lo más legítimo. Con esto no queremos decir que en Montevideo no existan acaudalados [illegible] que tienen verdaderas, auténticas joyas de la pintura clásica.

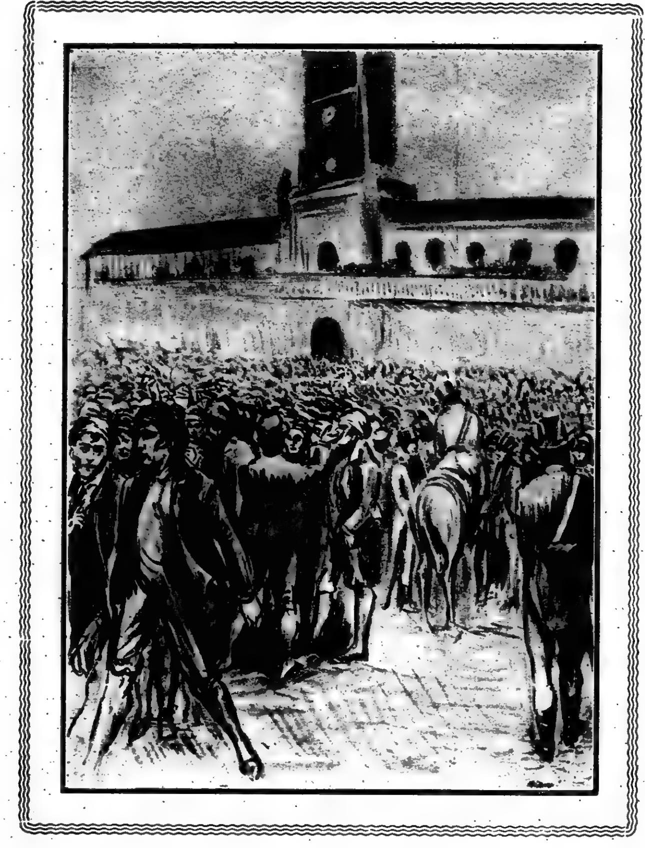
Pero, cuando un espíritu selecto da carácter [illegible] a una galería, y cuando ese carácter [illegible] obras del alto mérito de las que compo[illegible] en la galería del doctor Ferreira, el que contempla las telas, las examina y las compara, experimenta una agradabilísima sensación de belleza uniforme, y tiene una compr[illegible] elocuente de lo que vale la pintura del día y de los méritos [illegible] que estos autores revelan en obras donde todas las [illegible]

Tal le pasa al cronista que tuvo la dicha de [illegible] galería y el honor de conversar con el distinguido [illegible] doctor Ferreira, a cuya benevolencia exquisita de[illegible]

[illegible]



Paisaje del ilustre pintor Mariano Barbazan



¡Al gran pueblo argentino, salud!

Mes de Mayo, mes de gloria, mes de América! Julio es el mes de la Democracia y de ese Julio surgió nuestro mes de Mayo, mes de la Libertad.

Y decimos nuestro mes de Mayo, porque la gloria argentina de la primera y definitiva afirmación de independencia en el continente, es mes de todas las Repúblicas hermanas que en comunidad de ideales, de rutas y de aspiraciones, forman la confederación de la América Latina desde el Golfo de Méjico al Estrecho de Magallanes.

¡Cuán lejanos y al propio tiempo cuán cercanos los días de la gran Revolución! Por la forma de producirse, por los hombres que en ella actuaron, por la nobleza de los principios que se defendieron con verdaderos y supremos sacrificios, ¡qué lejanos aquellos días! Por lo que aquellas ansias de libertad y de derecho tienen con nuestras ansias de hoy, ¡qué cercanas las jornadas de Mayo frente al Cabildo de Buenos Aires!

La imposición heroica y definitiva de los patriotas argentinos en Buenos Aires, levantó un clamor de inmensa alegría en toda América. En todos los pueblos se experimentaban los mismos anhelos de independencia y aquí, en esta patria nuestra, que ya alentaba con impulsos de constitución nacional, el eco del trascendental acto de Mayo en las calles de la ciudad hermana, fué aún mayor que en ningún otro punto del continente.

Y fué mayor porque los patriotas orientales ya habían sentido en sus frentes nobles el soplo embriagador de la libertad.

Dice un historiador, con justicia y acierto: "Aun antes de que se produjera la Revolución de Mayo, ya había en el Uruguay un poderoso núcleo de patriotas, que conspiraba contra el régimen del coloniaje. Desde 1809 y a raíz de la disolución de la Junta de Montevideo, había empezado a formarse esa agrupación. Sus primeros constituyentes fueron don Joaquín Suárez, don Pedro Celestino Bauzá, don Santiago Figueredo, cura de Florida, y don Francisco Melo, quienes acordaron desde entonces trabajar por la independencia.

"Mientras formaban opiniones en la campaña, nombraron agente en Buenos Aires a don Francisco Javier de Viana, encargándole de comunicar a los criollos de la vecina orilla las esperanzas y los entusiasmos de todos.

"No trabajaron aislados esos patriotas, sino que tenían sus agentes y partidarios en toda la extensión del territorio oriental. Todos ellos eran personas de distinción y acaudalados estancieros, entre los cuales figuraban: Miguel Barreiro, Dámaso Antonio Larrañaga, Francisco Araucho, Tomás García de Zúñiga, los Bustamante, Pérez Pimienta, Aguilar, Escalada, Haedo, Gadea, Almirón y otros más.

"Entre estos patriotas decididos descollaba don José Gervasio Artigas, que ya gozaba de mucho prestigio, y que desde entonces se designaba como el futuro jefe de las huestes orientales."

¿Cómo, pues, no iban a palpitar al unísono de los corazones argentinos, los corazones uruguayos en aquella alborada de la libertad americana?

Tan estrechos eran los vínculos, tan semejantes las aspiraciones y los propósitos, que el grito argentino de independencia tuvo en la provincia oriental un eco retumbante.

Era de los patriotas uruguayos un ideal que se tornaba tangible, perfectamente practicable, ideal en el que convergían todas las actividades de aquellos hombres de férreos caracteres y de nobles y firmes aspiraciones.

Y aquella comunidad de ideales, aquel paralelismo de intereses y de deberes han continuado subsistiendo entre argentinos y uruguayos a través del tiempo. Lazos de afecto, de unión política, alianzas de paz y de guerra. Si los argentinos una vez ayudaron a los uruguayos a libertar Montevideo de la dominación extranjera, los uruguayos fueron arrojados actores en la victoria luminosa de Monte Caseros.

Hermandad honda y grande; hospitalidad mutua que trajo a Montevideo en las épocas lejanas del rosismo a los argentinos más ilustres, y que hoy ha llevado a millares de uruguayos a tierra argentina en busca de un ambiente más amplio y más factible para el desarrollo de sus actividades.

Por eso la efeméride argentina, la efeméride que es como una clarinada de triunfo, tiene en nuestro espíritu doble repercusión.

El 25 de Mayo se cristalizaron las ansias de los patriotas uruguayos surgidas el año 1808 en el primer Cabildo Abierto, ansias que estaban contenidas en los corazones de todos los hombres libres de América y que al manifestarse enérgicamente durante todo el ciclo de la independencia, formaron la admirable epopeya que llena de resplandores las páginas de la historia contemporánea.

A consecuencia de ella nuestros patriotas pudieron robustecer sus ansias y sus entusiasmos, tuvieron una norma de conducta a seguir en los días de lucha que se subsiguieron y apoyándose en los prestigios indiscutibles de la Junta de Mayo, laboraron desde entonces con más eficacia por la independencia de nuestra patria.

Mas aún: los colores que los patriotas porteños French y Berrutti usaron para distinguirse de los que no alentaban como ellos anhelos de libertad, fueron también los colores que se adoptaron en la antigua Provincia Oriental para usarlo como símbolo de redención política.

De modo que desde entonces ambos pueblos marchan al consuno de aspiraciones y de luchas; la fraternidad no es sólo de carácter diplomático, es fraternidad de sangre, pues uruguayos y argentinos mezclan sus sentires y sus amores en millares de hogares y afirman de esta suerte los vínculos que se establecieron desde antes de las luchas por la independencia.



Sra. Esther Vidal Arteaga de Etcheverry y sus hijos

La belleza física y la belleza moral, tienen en la joven señora Esther Vidal Arteaga de Etcheverry, elevada personificación, característica en la mujer uruguaya y base de los prestigios que forman su envidiable aureola.



El canto en nuestros salones



Alguien, que tiene motivos gratos como para recordar aquellas épocas felices en que distinguidas aficionadas al canto, proporcionaban a la sociedad montevideana, momentos de intenso esparcimiento, al hacerse oir en fiestas de caridad y en celebraciones de efemérides, nos decía, tembloroso de emoción al recordar tan gratas sensaciones:

"Es indudable, mis amigos, que el canto es uno de los más bellos adornos para la mujer. Nada más propio a su sensibilidad, a su exquisito sentimentalismo, a su delicadeza de expresión, que el canto: la forma más expresiva de exteriorizar manifestaciones de espíritu, de llegar hondamente al alma de los que oyen y de producir íntimas emociones de arte.

Y noten ustedes que al hablar del canto como excepcional adorno en la mujer, no hablo del canto adoptado o practicado como profesión; hablo de ese don divino utilizado por quienes lo cultivan en diletantismo y al así hacerlo, lo utilizan, lo llevan a las más altas expresiones artísticas, lo valorizan con refinamientos magistrales y lo hacen deseable, como joya que se guarda y deslumbra cuando se muestra.

En otra época fué el canto utilizado como atractivo social, manifestación que, sino más intensa que ahora, por lo menos de mayor lucimiento, pues las damas que con ese adorno lucieron gentileza y talento, no desdeñaban mostrarse en las fiestas realizadas en los centros aristocráticos.

Hoy estos gratos instantes (que nos proporcionaran aficionadas tan notables como las de entonces), no salen del marco intimo y reducido de una soirée y sin que con ello pierdan en brillo, en cambio no pueden gustarlos más que un núcleo selecto o familiar.

En época anterior a esta en que vivimos, y en la que yo me deslizo ya casi como una sombra que se va diluyendo (perdón por esta salida de caja), las fiestas más suntuosas y más prestigiadas realizábanse en el Club Católico.

Fiestas magníficas en las que la sociabilidad de entonces concentraba todo su afán y todo su noble desinterés. Porque he de advertir a ustedes, que el fin de aquellas tertulias era en la mayoría de los casos de carácter filantrópico. Penalidades, miserias, toda esa triste eternidad de dolor que hace siempre necesaria (y cada vez más necesaria) la caridad, encontraron en fiestas tales una solución, un compás de espera, un lenitivo.

Y en estas fiestas oímos, los que a ellas tuvimos el placer de asistir, a las más distinguidas aficionadas al "bel canto" que se impusieron entonces a la admiración de propios y extraños.

Pero antes, aún antes de esta época (y no se horroricen ustedes al considerar que hablando de cosas tan viejas, puedo yo subsistir por milagro), antes de este ciclo de arte lírico social (llamémosle así), hubo otro que es el que debe figurar primero en los anales del canto en los salones.

Voy a remontarme con la imaginación a otros años más lejanos, a otro momento de explendor social.

En aquel entonces (unos cincuenta años), la sociabilidad montevideana pudo contar con damas de estirpe que a su distinción y a su belleza, tuvieron la fortuna de unir la realidad de sus voces deliciosas utilizadas con gusto supremo.

Voy a hacer memoria y a recordar nombres... Aguarden ustedes... En aquellos días las diletantes más celebradas fueron: Ercilia Reyes, Mangacha Lasala, Ventura Estrázulas, Jesús Gereda y Julia Castellanos. Al sólo pronunciar estos nombres rindo un homenaje de admiración y de respeto a damas que brillaron con la verdad de su talento y fueron estrellas en las reuniones de entonces, donde la armonía de sus voces era atracción poderosa para que fiestas donde ellas intervinieron alcanzaran éxito grande.

Después que se apagó aquella constelación de triunfadoras en el arte del canto, hubo un así como paréntesis. Causas que no tengo por qué enumerar hicieron que se marcara un prolongado compás de espera en estas manifestaciones gratísimas del arte en los salones.

Y llegamos luego a otro resurgir de voces bellas y de espíritus cultivados cuidadosamente para dar a esas voces expresión artística, la más acabada y la más selecta.

En este segundo período hubo una que fué culminación de aptitudes, de medios vocales y de alta expresión estética. Me refiero (y no sin profunda admiración recuerdo ese nombre), a Quina Arraga.

¿Verdad que mi entusiasmo es justificado? ¿No la recuerdan acaso, como una de sus más intensas emociones artísticas experimentadas por ustedes en los que fueron sus primeros pasos en sociemomentos tan gratos, tan intensos que una como niebla de melancolía llega en este instante hasta mi espíritu al recordar cuanto era de extraordinaria la expresión dad? Quina Arraga ha dejado en el recuerdo de los que la conocimos y la admiramos, un hondo sentimiento de gratitud porque a su voz excepcional debimos armónica de aquella voz, que la muerte enmudeció en forma tan inesperada como cruel.

Perdonen ustedes este achaque de sentimentalismo y anoten en sus carnets otros nombres de distinguidísimas aficionadas que conjuntamente con Quina Arraga fueron objeto de admiración en nuestros salones. Anoten ustedes: Rosa Carril, Josefina Reventós, María Luisa Caimari, Clara Braga de Harley y Rafaela Arrien. De todas ellas conservamos gratísimo recuerdo y grande admiración. Fueron notables cantantes, poseyeron voces dulcísimas y con ellas deleitaron a quienes tuvieron la dicha de escucharlas.

Hoy... ¡No, no teman, no voy a caer en el vicio de los viejos que encuentran todo lo pasado mejor que lo presente! No iba a decir eso. Quería señalar el hecho de que hoy las damas diletantes ya casi no participan en fiestas públicas. Esto creo que lo dije antes, pero lo repito ahora. Y lo repito, para completar este florilegio de artistas tan distinguidas, con otros nombres que son tan admirados, tan reverenciados, tan plenos de los homenajes de nuestra sociedad. Me refiero a Luisa Valdez, Carolina García Acevedo, Justa Wilson y Bernabela Herrera de Herrera y Reissig.

Y voy a terminar, mis amigos, voy a terminar en esta forma cronológica de evocar tanto espíritu superior y tantas cultoras del arte lírico, refiriéndome a un grupo escogido y celebrado, gentil conjunto que triunfalmente marcha en procura de los laureles que lucen las que calificaré de maestras, los mismos laureles que dejaron las que fueron astros en otrora y que ya, para ventura nuestra, han reverdecido una y otra vez.

Anoten ustedes todavía estos nombres: María Luisa Sáenz, Esther Vidal Arteaga de Etcheverry, María Elena Figari Castro, Blanca Viaña de Martí, Alicia Mello Otero de Marexiano y Esther Alvarez Mouliá.

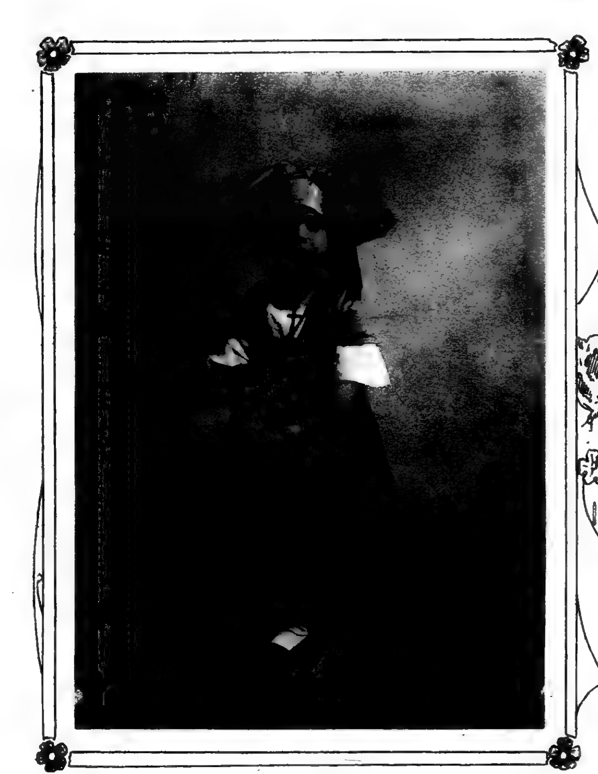
Y "finix", mis amigos. El canto es un don que da Natura y que el arte magnifica, pero cultivado por personitas de tanta espiritualidad y de tanto sentimiento como las que yo me he permitido recordar, créanme ustedes, el canto es don del cielo y premio altísimo para quien puede escucharlo."

Así habló el respetable caballero, que se oculta en el más riguroso incógnito, prometiéndonos para el futuro otras "causseries" tan amenas y tan interesantes como esta, que es nota grata en las páginas de nuestra revista.





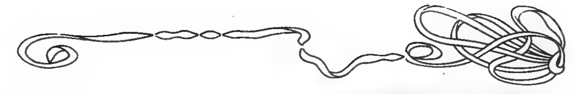
María Emilia Muñoz Casterás



María Hortensia Serratosa Carvalho



Panchito Lasala Boffil



LA FIESTA DE

He aquí una obra hermosa, una obra de alta, de noble filantropía que se lleva a cabo en forma admirable.

Se trata de prestar socorro, de corregir la mala, la deficiente alimentación de los niños pobres que pululan en Villa Muñoz, facilitándoles todos los días el pan que en sus casas falta o es escaso.

No es sólo simpática esta obra por la obra en sí, de reparación y de fraternidad, sino porque llevada a cabo por niños, es también medio de educación moral para aquellos que la practican y para los que recogen sus beneficios.

La obra caritativa, ejemplar y educadora se lleva a cabo en esta forma original y conmovedora.

Consiste en distribuir una pequeña merienda, todas las tardes, a mas de cincuenta niños pobres, porque ese es el número que, por ahora sólo se puede socorrer.

¿Quién es el espíritu superior que ha inspirado esta práctica caritativa y la mantiene en actividad y progreso?

Pues un sacerdote nobilísimo, cuya bondad se derrama pródiga en los hogares menesterosos de la barriada obrera. El Padre Juan Diz es el iniciador de la obra, el que ha fundado y mantiene en Villa Muñoz una escuela para niños humildes y el que da alientos y renovación constante de iniciativas a la institución denominada "Pan del pobre".

Forman esa Comisión las niñas: Elena Urioste Carve, Sofía Berta Pastori Gómez, Violeta Garese, Lucía Wilson Castellanos, María Josefina Pastori Gómez, María A. Pastori Brusaferri, Sara Hughes García, Cora Urioste Piñeyro, Berta Martina Pastori, Laura Arrosa Balparda, Pola Suárez Füller, Rosarito Preve Pastori, Isolina Ramírez Eastman, María Mercedes García Mollano y H. Asiain Márquez.

⁂

Nunca inspración más feliz pudo tenerse al idear una tan brillante fiesta como fué la Fiesta de la Elegancia, magnífica realización de un pensamiento caritativo que debe elogiarse calurosamente.

Una fiesta donde se expuso todo lo que de más rico, más artístico, más bello pudo imaginar la moda femenina y crear la actividad de modistos y modistas, para que en compensación de todo lo que esos trajes y esas telas reclaman para sí, de ello se restara una contribución, destinada noblemente a socorrer ajenas necesidades, a mitigar miserias, a dar alimentación a quienes casi carecen de ella.

De ahí la hermosa Fiesta de la Elegancia, llevada a cabo por una Comisión de distinguidísimas damas, que preside la señora Josefina Gómez de Pastori, selecto espíritu femenino, mentalidad elevada dispuesta a realizar el bien con acierto, y cuyas actividades están dedicadas a esta obra de reparación social, tan práctica y de tanta eficacia.

La Fiesta de la Elegancia se realizó en el gran salón de la Casa Caviglia, cedido, con un desinterés que mucho le honra, por el señor Luis Caviglia, que esta vez como otras veces se ha mostrado gentil.

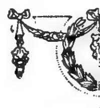
LA COMISIÓN QUE ORGANIZÓ Y PRE

Sentadas de izquierda a derecha: Elia del Cerro, Amelia Belfort Carril, Ciriaca M. de del Cerro, María Josefina Gómez Cib
Paradas de izquierda a derecha: Margarita Benzano, Lolita Iglesias, Plácida Serratosa Cibi

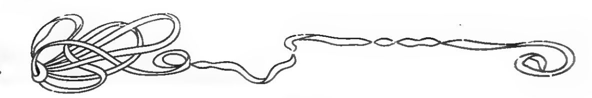
Y fué una fiesta de elegancia suprema; fiesta como nunca se había hecho en nuestro país; materialización de un pensamiento exquisito, artístico, refinado.

¿Cómo no serlo así cuando ella fué presidida por la señora Gómez de Pastori, que la imprimió el sello de su propia elegancia?

De tan culta dama y de las dignísimas y distinguidas señoras y señoritas que componen esa Comisión se honra hoy SELECTA publicando una fotografía, cuyo



C LA ELEGANCIA



PRESTIGIÓ LA FIESTA DE LA ELEGANCIA

ez Cibils de Pastori, Sofía Blixen de Suarez, Aurelia Brusaferri de Pastori, Elvira Serratosa de Vidiella, Azema Martinez Correa. sa Cibils, Emilia Lemos, Margarita Belfort Carril, Maruja Martinez Correa, Sofía Suarez Blixen.

clisé fué obtenido especialmente para nuestra Revista, galantería esta que debemos agradecer en lo mucho que vale.

Visitamos la Exposición de Trajes. Y maravillados quedamos ante tanta magnificencia, ante tan grande esfuerzo culminado en la presentación de magníficos modelos, todo lo más exquisito y lo más fino y lo más lujoso que puede idear la mente para adorno de cuerpos femeninos.

Todas las casas más importantes de Montevideo contribuyeron al suntuoso éxito de esta exposición. ¡Qué esfuerzos de imaginación y qué perfeccionamientos en la presentación de los trajes! Todos, en una plausible rivalidad, buscaron de exhibir lo mejor, la más alta conquista del buen gusto, del chic, y aquellas salitas donde las figuras de cera vestian magníficas toilettes, eran como un deslumbramiento de riqueza, "bonheur" del espíritu femenino, atracción irresistible de miradas, acicate de posesión y firmeza de buen gusto.

Todas las creaciones de la moda, desde las más severas, a las más extravagantes, tenian allí su representación. Trajes, abrigos, sombreros, diversos accesorios, todo lo que la mujer más exigente pudiera desear, estaba allí representado con un derroche deslumbrador de riqueza.

Y para que no quedara un resto de duda sobre la verdad de tanta selecta variedad de trajes, los nombres de las casas más reputadas de Montevideo, ponían un como sello de gran valor en aquellas refinadas combinaciones de telas, de pieles y de plumas.

Así pudimos admirar, uniendo nuestro aplauso al aplauso de todos, los modelos presentados por la " Nueva Sirena " y los de Corralejo; también los de Caubarrere, los de la casa Demateis y los que expuso la señorita María Teresa Fiora.

Expresión altísima de suprema elegancia, grata fiesta para los ojos que podían recrearse en la contemplación de tantas magnificencias, extraordinaria manifestación de buen gusto, afirmación de elegancia que habla muy en favor de nuestra sociedad.

No hemos de terminar esta crónica sin dar a publicidad los nombres de las damas que componen la Comisión Pro Niños Pobres de Villa Muñoz.

He aquí esos nombres:

María J. Gómez Cibils de Pastori, Ciriaca Martínez de del Cerro, María R. Algorta de Scremini, Leonor Cachón de Correa, Sofía Blixen de Suárez, Consuelo Alvarez de Lasala, Valentina Díaz de Portillo, Elvira Serratosa de Vidiella, Sofía Gómez C. de Martinelli, Carmen Lasala de Peixoto, Blanca Usher de Heber Uriarte, Enriqueta Williams de Arteaga, María A. Brusaferri de Pastori, María Etcheverry de Pons, Rosaura L. de Gómez Cibils, Emilia Lemos, Pascuala y Dominga Carvalho Alvarez, Anita Mañé Algorta, Margarita Benzano, María T. Braga Salvañach, Emma Piera Muñoz, Elia del Cerro, Manuela Suárez, Cata Pérez Gomar, María L. Díaz Fournier, Lola Iglesias, Plácida Serratosa Cibils, Olga Portillo Díaz, Azema y Maruja Martínez Correa, María Carmen Nicolich, Clara Orueta Correa, Corina Morales, Amelia y Margarita Belfort, María M. Nebel Panelo.

A ellas las más calurosas enhorabuenas por el éxito alcanzado y en estas palabras nuestras vaya también como un eco de la gratitud que surge de los labios de los menesterosos que socorre esa Comisión, y que en la humildad de sus hogares tendrán con el socorro una intensa satisfacción: resplandor de alegría, tan intenso como el de las maravillas que a ese placer dieron origen.

Como somos los hombres



Calle 42, descendamos, si os parece bien. Una multitud de viajeros abandona el vagón y otra multitud se encarama en él. — Din, Din y el "Manhattan Elevated" emprende de nuevo la marcha, mientras Juan Perkins baja por las escaleras, mezclado con la muchedumbre de los viajeros.

Juan Perkins entra tranquilamente en su casa. Entra sin apresurarse, como hombre que tiene su tiempo bien distribuido y que hace todos los días la misma cosa, sin que el horario de sus ocupaciones sea jamás cambiado.

No tiene Juan Perkins nada de imprevisto en su vida. ¿Cómo podría introducirse lo imprevisto en la vida de un hombre cuyo matrimonio data de dos años y cuya existencia se desenvuelve en la monotonía de un interior acomodado?

En el instante que Juan Perkins entra en su casa piensa no sin cierta melancolía en el fin siempre igual de sus diarias jornadas. Katy (su esposa) lo esperará en el umbral de la puerta; le dará un beso, envolviéndolo en una atmósfera de perfume; él se quitará su abrigo, se tenderá sobre el sofá para leer el diario de la noche, enterándose de cómo las escuadras rusa y japonesa evolucionan, y preguntándose antes de comenzar la lectura: ¿ya se habrán exterminado?

En la cena tendrá el rosbif de siempre, la inevitable compota no menos higiénica y el postre de fresas en conserva, en cuyo envase luce la etiqueta de garantía, dándola como exenta de toda mixtura química.

Antes de la cena, Katy le mostrará los progresos realizados en la labor de bordado por ella realizada, orgullosa de tal obra. A las siete y media el matrimonio se verá obligado a tender sobre los muebles algunos diarios, para preservarlos de la cal que se desprende del techo a los golpes del vecino de arriba que hace ejercicios físicos todas las noches.

En el departamento de enfrente el barullo cotidiano se iniciará a esa hora: los vecinos llamados Sbick y Moori, actores sin contrata, son presa de un crisis delirante, crisis de todas las noches a la misma hora. Su locura consiste en imaginar que la contrata tan anhelada (contrata de 500 dólares por semana) ha llegado al fin, y en su alegría forman con los muebles verdaderas pirámides y en ellos realizan ejercicios de acrobacia.

Otro vecino sonará su flauta y luego Mme. Zanonitsky y sus cinco hijos bajarán a la portería para hacer tertulia con el conserje...

Juan Perkins sabe que todo esto ha de ocurrir invariablemente. Sabe también que a las 8 y cuarto en punto se levantará de su asiento, tomará su sombreró y su abrigo, y que su mujer en un tono de ligero reproche le dirá:

—¿Dónde vas ahora, Juan? ¡Me darías tanto gusto diciéndomelo!...

—Pienso ir un momento al club donde jugaré una o dos partidas de naipes con mis amigos.

A las diez o las once volverá Juan. Si Katy no duerme, ya sabe él que se producirá la tradicional escena de los reproches por sus noches solitarias y luego a dormir.

Tal es la norma de vida que Juan Perkins lleva todas las tardes y todas las noches.

*
**

Pero hoy, por primera vez, nada de eso le espera a Juan Perkins.

No está Katy en la puerta, no hay beso con ola de perfume. En la casa todo está revuelto: ropas de Katy tiradas por el suelo, sobre los muebles; las botinas de casa abandonadas en mitad de la alcoba, y más ropas aún en el toilette y en las sillas. Como no es hábito en Katy dejar nada revuelto cuando sale, se pregunta Juan Perkins: ¿Qué ha pasado aquí? Y mientras murmura esto, con el corazón acongojado, contempla Juan el peine donde se enredan algunos cabellos de su mujer. Por este detalle, piensa Juan: ¡Qué apurada por salir ha estado Katy! Y piensa esto porque ella siempre guarda los cabellos cuando se peina y los deposita en una caja, imaginando un futuro postizo.

De uno de los brazos de luz, bien en evidencia, cuelga un papel. Juan lo toma. Es una carta de Katy:

"Querido Juan: Acabo de recibir un telegrama anunciándome que mamá está muy grave. Tomaré el tren de las cuatro. Mi hermano Sam me aguarda en la estación. Encontrarás algunos fiambres en la heladera. Espero que lo de mamá no será un nuevo ataque de angina. Paga la leche, 60 céntimos. Mamá tuvo un ataque el año pasado. No te olvides de escribir a la compañía del gas para que manden arreglar el contador. Tus calcetines nuevos están en el cajón alto de la cómoda. Te escribiré mañana. — Katy."

Después de dos años de vida matrimonial no se habían separado Juan y Katy una sola vez más de veinticuatro horas. Consternado Juan Perkins lee y relee la carta de su mujer. He aquí un cambio en la rutina que no había previsto.



Todo le habla a Juan de la ausente: sobre uno de los brazos del sillón pende su batón rojo a puntos negros que ella se pone siempre para las tareas de la cocina. Un paquetito de sus bombones preferidos, yace por ahí con el cordoncito sin anudar. Un diario se halla extendido en el suelo: de él ha sido cortado el horario de los ferrocarriles.

Juan Perkins contempla todo esto con el alma desolada. Después se dedica a poner un poco de orden en las habitaciones. Cuando recoge los vestidos de Katy un escalofrío le recorre el cuerpo. Nunca había pensado él en la posibilidad de vivir sin Katy. ¡Estaba ella tan metida dentro de su vida! Era para él tan necesaria como el aire. ¡Y he aquí que ella se ha marchado! Evidentemente la ausencia no podrá durar más que unos días, una semana o dos a lo más. Pero Juan Perkins imagina que el índice de la muerte ha señalado su hogar...

Luego, Juan saca de la heladera los fiambres y algún otro manjar, pone el agua en el fuego para el café y se instala para su comida solitaria, delante del bote de postre de fresas donde la etiqueta destaca sus colores brillantes.

Después de la cena, Juan se asoma a la ventana: no tiene ganas de fumar. La ciudad iluminada le habla de placeres y de locuras. Se encuentra libre. Podrá salir sin ser observado, ir donde la plazca como cualquier soltero puede hacerlo. Podrá beber, divertirse, emprender aventuras, sin el temor de recibir, al volver a casa los reproches de Katy. Podrá además realizar con sus amigos todas las partidas de naipes que desee y quedarse en el Club hasta la madrugada. El yugo conyugal no lo sentiría sobre sus hombros en ausencia de Katy...

Entonces, una serie interminable de pensamientos, se agolparon en su mente; cosas en las que no había pensado jamás. Y en ese instante, y en medio a su soledad tuvo la confusa sensación de que Katy le era imprescindible para su dicha. El amor que la tenía se había adormecido en la uniformidad de la vida conyugal, y ante aquella inesperada partida una como nueva vida alentaba su pasión. Todos somos así: no sabemos gustar de los gorgeos de un ave, sino cuando ésta ha dejado de cantar.

—"Soy un triple idiota — pensó Juan Perkins — al tratar a Katy como la trato; saliendo como lo hago todas las noches en vez de quedarme con ella. Soy un miserable. Es necesario que yo cambie radicalmente de vida, de conducta ante mi querida Katy. No saldré de noche, la llevaré al teatro, a paseos; la comandita del Club no me verá más."

Precisamente es la hora en que la tal comandita se reune. Pero esta noche ninguna tentación lo podrá arrastrar; no abandonará la dicha de su hogar, que él había perdido semejándose a Adán al ser arrojado del Paraíso.

Un corsé olvidado junto a él le envía un delicado perfume de jacintos. Juan recoge la prenda y la contempla en silencio. Unas lágrimas, sí lágrimas, verdaderas lágrimas, de amor y de arrepentimiento, caen de sus ojos. Cuando Katy vuelva, todo ha de cambiar, él ha de reparar sus errores. ¿Qué puede ser la vida sin ella?

*
**

De pronto la puerta se abre. Katy entra, con una maleta en la mano. Juan la contempla con estupefacción.

Ella exclama:

—¡Qué contenta vengo! Lo de mamá no era nada grave. Sam me esperaba en la estación: y él me dijo que apenas había enviado el telegrama, la crisis había pasado. Entonces, como yo no quería dejarte solo, desde que mamá no estaba enferma, aproveché el primer tren de regreso a Nueva York y heme aquí. Pronto, una taza de café, que me muero de inanición.

La máquina de la costumbre en aquel hogar está de nuevo en movimiento. ¿Se había detenido? Nadie lo podría decir. Fué una detención brusca; la correa glisó en el volante, pero de un golpe fué llevada de nuevo a su sitio y el engranaje continuó como antes a transmitir el movimiento.

Juan Perkins mira el reloj. ¡Las ocho y cuarto! Y va en busca de su sombrero, dirigiéndose a la puerta.

—¿Dónde vas ahora, Juan? ¡Me darías tanto gusto diciéndomelo!...

Y en el tono de ella hay el reproche de siempre.

—Pienso ir un momento al Club, donde jugaré una o dos partidas de naipes con mis amigos!...

O. Henry.

El Montevideo de ayer



La Ciudadela que fué luego el mercado, y es hoy la Plaza Independencia.

A fines del siglo XVIII, nuestra capital ofrecía un aspecto muy distinto de lo que es en la actualidad.

Sólo ocupaba entonces lo que ahora llamamos ciudad vieja, terminando en la plaza Independencia y la calle Ciudadela. Montevideo era a la sazón una plaza fuerte; la defendían gruesas murallas coronadas de numerosos cañones. En la actual plaza Independencia levantábase una gran fortaleza de espesas y sólidas paredes y guarnecida de cañones. Era la Ciudadela.

De este punto corrían de cada lado hasta el mar, murallas muy anchas y altas, que remataban por dos fuertes torreones llamados cubos. Esas murallas iban en forma de zig-zag, y tenían al pie un pozo profundo provisto de puentes levadizos. Casi en el extremo de la península, se hallaba el fuerte San José, de sólida construcción como la Ciudadela.

Fuera de muros, había una gran extensión de terreno despoblado, donde estaba prohibido construir casas para que la artillería pudiera maniobrar libremente. El barrio del Cordón es así llamado porque allí pasaba el límite o cordón que determinaba la zona despoblada. Montevideo era, pues, una ciudad muy bien defendida; pero su aspecto demostraba la penuria en que vivían sus moradores. Las casas eran todas de un solo piso. La mayor parte de ellas estaban construídas con piedra sin labrar y barro, y no faltaban las de simple adobe.

Los techos eran de tejas acanaladas y a dos aguas; había, sin embargo, algunas azoteas.

El alumbrado era escasísimo y se hacía con velas de sebo colocadas en faroles colgantes.

Las calles no estaban empedradas, y en tiempo de lluvia se volvían intransitables.

"... Bajo humildes auspicios, despuntó el siglo XIX, poseedor del secreto de la independencia de América y de la erección del Uruguay en república libre. ¡Qué grande era el continente elegido por la Providencia para fijar el porvenir del mundo, pero cuán mermados los límites del terruño que iba a servir de base a la nacionalidad uruguaya!



Hombre del pueblo en la época del coloniaje



Una dama principal de la época de la Independencia

Sobre la margen septentrional del Plata, encerrado en un cuadrilátero de fortificaciones, erguíase Montevideo, resistiendo desde la infancia los embates de la guerra y las trabas del monopolio. Con título de ciudad vegetaba al este el caserío de Maldonado, que preocupaciones e ineptitudes de todo género habían sacrificado al nacer. En el oeste, un montón de ruinas daba testimonio de haber existido Colonia. Hacia el norte, desde el Daymán hasta las Misiones, que pronto debía arrebatarnos el extranjero (en 1801), un fuerte denominado el Salto, interrumpía la soledad.

Paysandú, Mercedes y Soriano eran aldeas ribereñas; las dos primeras abiertas al progreso, la última estacionaria y pobre.

En el interior, Guadalupe, Santa Lucía, San José y Minas se esforzaban por imponerse a los distritos de que eran cabeza de partido. En el resto del país no se conocían otros centros de atracción que fortines militares, precaviendo la acción del enemigo, o santuarios rurales manteniendo unidos los elementos que el acaso había agrupado, o presidiendo el desarrollo de aldeas nacientes.

Calculábase la población fija del país en poco más de 40.000 habitantes, de los que 15.000 se albergaban en Montevideo.

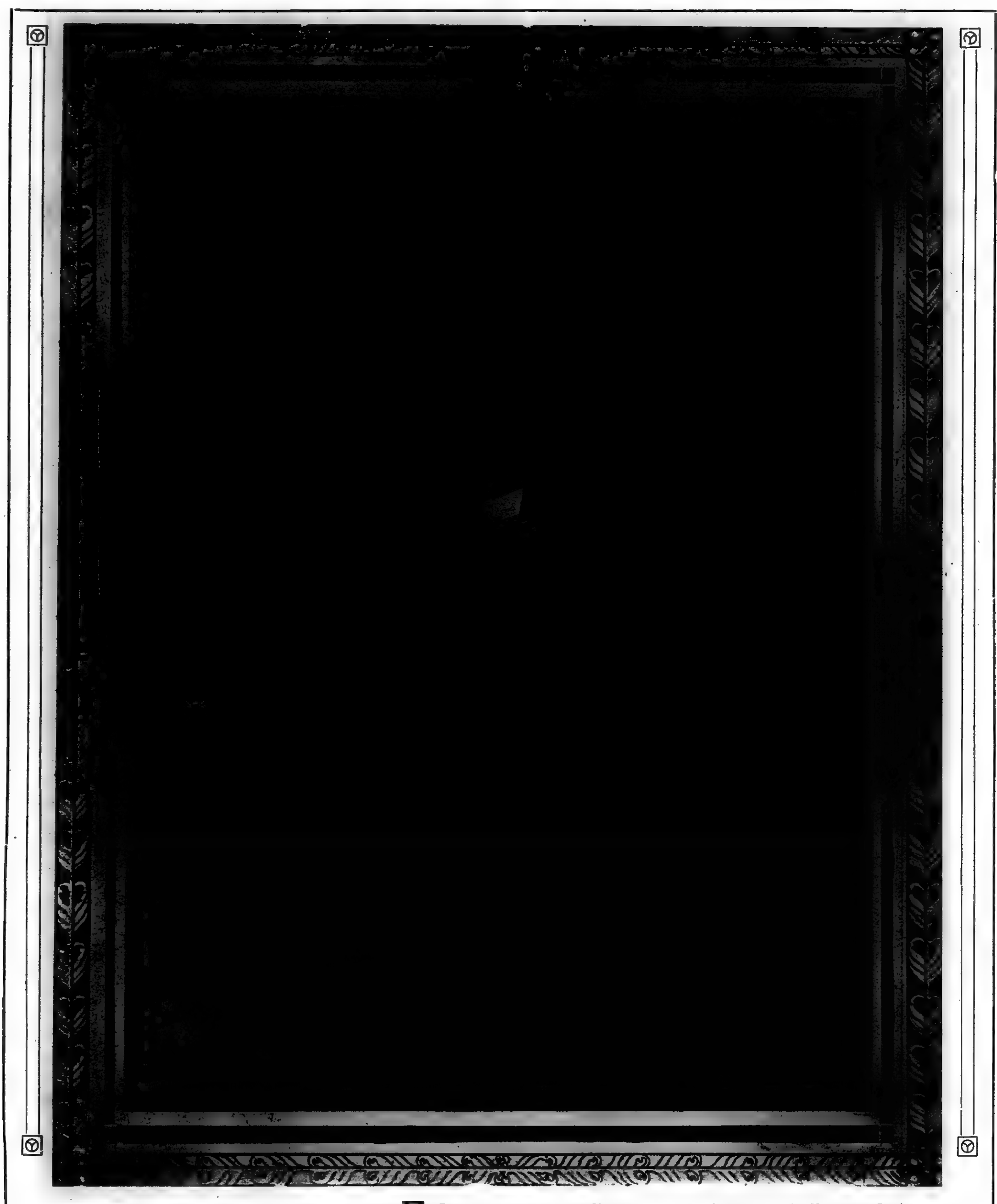
Era Montevideo el centro desde donde irradiaban todas las manifestaciones de cultura destinadas a modificar las costumbres. Desde la mitad del siglo XVIII se manifestaban ya en la futura capital uruguaya, destellos artísticos que atraían la atención de sus visitantes. La pasión de la música en el bello sexo, hacía que las horas de expansión y recibo transformasen toda casa acomodada en un centro musical.

El trato con las familias de los altos funcionarios provenientes de la Península, introdujo paulatinamente el esmero en el vestir y la ornamentación adecuada de las viviendas. Se deseó la ilustración, y algunos padres pudientes enviaron sus hijos a los colegios superiores del Virreinato, mientras otros los enviaban a España misma.

Estos progresos de la cultura intelectual y social trascendían al interior del país, influenciando los centros urbanos, que a su vez actuaban sobre las masas campesinas, para formar entre todas un núcleo de civilización consistente, destinada a modelar los contornos de la nacionalidad futura."



Mujer del pueblo en la misma época

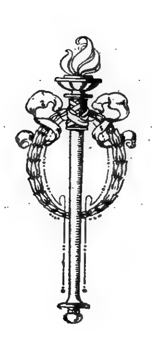


Dámaso Larrañaga

EL P. Larrañaga nació el 10 de Marzo de 1771, de una familia principal de Montevideo. Desde muy joven notóse en él una verdadera vocación al estado eclesiástico. Después de brillantes estudios en Buenos Aires y Córdoba, pasó a Río Janeiro, donde fué ordenado de sacerdote.—Larrañaga tuvo gran participación en los asuntos politicos.—Admiramos su patriotismo como capellán del ejercito reconquistador de Liniers y en el Congreso Nacional de 1813, siendo uno de los diputados enviados a Buenos Aires para representar la Provincia en la Asamblea Constituyente A él atribuye Bauzá la redacción de las famosas Instrucciones de aquel congreso.—Ocupó puestos notables durante la dominación brasileña y después del año 1825. Fué mucho tiempo Cura Rector de la Matriz, y en 1832 al separarse Montevideo de la diócesis de Buenos Aires, fué elevado por el Sumo Pontífice a la dignidad de Vicario Apostólico de la República.—Hombre de tan altas condiciones, y que sabia hermanar la ciencia con la fe en estrecha unión, debía encontrar en la astronomia ancho campo para solazar su espiritu y satisfacer el ansia de la imaginación, extasiándose en la contemplación de los mundos invisibles.—Esta afición y la de otras ciencias, fué causa de que el Dr. Larrañaga perdiera el sentido por el cual más gozaba su espiritu: la vista —Hay que contar entre los méritos de otro orden, que adornan al ilustre Dr. Larrañaga, la inauguración de la Biblioteca Nacional, dando cima al proyecto de su querido amigo el Dr. Perez Castellanos; la iniciativa de la fundación del Asilo de Expósitos en la Casa de la Caridad, y la fundación de la «Sociedad Lancasteriana». Falleció el 16 de Febrero de 1848. Contaba entonces 77 años de edad.

Benjamín Fernández y Medina.

De la realeza española





ESPAÑA celebra en este mes dos fechas de alborozo: una de libertad y otra de democracia. La primera es la que dió al pueblo español su independencia legítima; la segunda es el natalicio del Rey Alfonso XIII, el jóven Rey que ha dado a su país más derechos y más beneficios, que posiblemente, pudiera habérselos dado un gobierno republicano.

Su carácter sencillo todo lo que en las prácticas palaciegas ha eliminado él de rígido y de absurdo, lo han colocado más cerca del pueblo, en contacto con él, y por ende en condiciones de escuchar de cerca sus quejas, sus anhelos y sus alegrías.

Es un verdadero Rey demócrata, un Rey a la antigua usanza, de los que tenían más de patriarcas que de reyes, de los que oían a sus vasallos en audiencias que otorgaban al aire libre y reparaban necesidades y detenían la consumación de injusticias suprimiendo con su sabiduría ó simplemente con su buena inspiración, todo el largo, molesto y a veces inútil ajetreo de los expedientes y de la intervención de inacabables funcionarios.

Alfonso XIII puede decir con orgullo que al acercarse democrática e inteligentemente a su pueblo, salvó a la monarquía española. Su acción fué de equilibrio, buscando noble y lealmente el apoyo de su pueblo y el pueblo lo sostuvo, dando nuevos prestigios á la corona y ahogando en sí mismo todo intento de rebelión contra un sistema político, que podrá ser defectuoso y hasta anacrónico, pero que en manos de un monarca como el Rey Alfonso, se hace aceptable y hasta bueno.

Junto a esta figura tan simpática del soberano español, se halla otra no menos amable y gentil. Nos referimos a la Reina Victoria, reina y madre ejemplar, verdadero modelo de madre castellana, muy de su casa, dada por entero al cuidado de sus hijos, y cuando las obligaciones del hogar la dejan libre, dedicada con entusiasmo a obras de caridad, a obras de reparación y de consuelo junto a los menesterosos, a los que la vida deja en el margen de todas las satisfacciones.

¿Cómo pues de la convivencia de esta real pareja, no iba a surgir esa gloria de belleza que son sus hijos, hermosos niños en los que la sangre borbónica crea nuevas grandezas al mezclarse con la sangre vigorosa de la princesa sajona?

En nuestro grabado reproducimos una fotografía, obtenida recientemente, y donde los infantes componen un grupo encantador.

Los hijos de los Reyes de España son, como decimos antes, una verdadera gloria, una gloria bien efectiva, que se une a las glorias de la tierra más gloriosa.



Dámaso Larrañaga

[illegible]

De la realeza española



SPAÑA celebra en . . .

La primera es la . . .
es el natalicio del Rey . . .
dos y . . . republicano.

Su carácter sencillo, todo lo que e . . . surdo, lo han colocado más cerca del . . . cuchar de cerca sus quejas, sus anhelos . . .

Es un verdadero Rey demócrata, . . . cas que de reyes, de los que . . . necesidades y detenían la consumación . . . su buena inspiración, todo el largo . . . tervención de inacabables funcionarios . . .

Alfonso XIII puede decir con orgu . . . llo, salvó a la monarquía est . . . de su pueblo y el pueblo lo sostuvo, a . . . todo intento de rebelión contra un . . . que en manos de un monarca como el R . . .

Junto a esta figura tan simpática . . . Nos referimos a la Reina Victoria, . . . muy de su casa, dada por entero al . . . deran libre, dedicada con entusiasmo . . . a los menesterosos, a los que la vida . . .

¿Cómo pues de la convivencia de . . . con sus hijos, hermosos niños en . . . la sangre vigorosa de la princesa sajona . . .

En nuestro grabado reproducimos . . . componen un grupo encantador.

Los hijos de los Reyes de España . . . bien eléctrico, que se une a las glorias . . .





LAS PIEDRAS PRECIOSAS

Aquella noche salí de casa perfectamente decidido a averiguar la verdad. El cielo, sin un astro, encapotado por las revueltas nubes de tormenta, parecía un inmenso lomo de grafito. Por instantes, una culebra de fuego horadaba la noche, y a poco, el sordo redoble del trueno, saltando de monte en monte, hacía temblar los árboles y ponía en fuga las manadas de lobos hambrientos.

El viento y la lluvia dificultaban bastante mi marcha. Dos veces ya, en medio de las tinieblas que se amontonaban sobre la tierra, a la vera de grupos de árboles, había estado a punto de caer. Pero nada me desanimaba. Tenía que averiguar, aún cuando me costara la vida, qué misterio envolvía al viejo Saale. Mis noches sin sueño me resultaban intolerables. La imagen hirsuta del endiablado viejo, desde el hallazgo de los rubís y esmeraldas, me perseguía sin segundo. Una fiebre extraña, que me arrebataba hacia el misterio, latía en mis venas. Por lo demás, en toda la comarca la misma curiosidad envenenaba la existencia de sus pobladores. Todas las noches, apenas las sombras se abatían sobrer la tierra, cien ojos escrutadores se clavaban en el mismo rincón del valle: allá abajo, entre el grupo de retorcidas y vetustas encinas, el extraño resplandor lívido filtraba entre las maderas de la cabaña del viejo Saale. Algunos hombres que por acaso, alguna vez, habían tenido que abandonar el lecho a altas horas de la noche, contaban haber visto siempre aquel resplandor. ¿Qué podía estar haciendo el huraño viejo en semejantes circunstancias? La verdad es que las costumbres y modos del personaje no eran de las más aparentes para infundir confianza al vecindario: jamás dirigía la palabra a persona alguna; si se le saludaba, quedaba sin contestación el saludo; si se buscaba su proximidad huía como una fiera sorprendida. Mi último encuentro con él, habíame decidido al fin a intentar la empresa de sorprender su secreto.

Vagaba una tarde por el claro del bosque que se amontona en el fondo del valle, soñando, forjando quimeras, escuchando una estrofa que batía sus alas en el fondo de mi alma, pronta a remontar el vuelo. De pronto, un cárabo extraordinario fulguró ante mí como un joyel de pedrería. Era uno de esos hermosísimos insectos a quien Fabricius dió precisamente ese nombre — cárabus gematus — por el brillo cobrizo, de piedras preciosas, que refulge en los bordes de sus élitros. Extasiado contemplaba el cárabo, divagando ya la forma de asociar sus resplandores al verso que germinaba en mi cerebro, cuando otro insecto extraño, de un verde esmeralda intenso, con élitros de oro y abdomen azul, pasó como una flecha de iris, multicolor y relampagueante, sobre el verde mate del boscaje. ¡Qué maravillas hace la naturaleza!, pensé para mis adentros, exaltado por las opulencias prismáticas que durante un segundo vibraron ante mi vista. E hice el propósito de volver a mi estrofa.

Pero un súbito rumor de ramas tronchadas y de hojas sacudidas me dejó clavado en el sitio. Una exclamación extraña, no sé si de ira o de sorpresa, había precedido a la mía. Luego, un enjambre de insectos fulgurantes se desprendió de las matas removidas y como las chispas de un hogar hurgado inconsideradamente, saltaron en todas direcciones. La figura de un hombre huyó entre el boscaje y se extravió casi en seguida. Apenas si tuve tiempo de reconocer al viejo Saale, y ya estaba yo otra vez solo, rodeado de silencio.

Mas lo extraordinario del caso fué que, al reponerme de mi sorpresa e inclinarme sobre el sitio donde debió estar oculto el huraño personaje, hallé sobre el suelo, junto al pie de un árbol, unas piedrecillas diminutas, verdes y rojas, que centelleaban extraordinariamente. Púselas en la palma de mi mano para contemplarlas mejor, y ¡cuál no sería mi estupor! — ¿por qué no decir, mi miedo? — al constatar que eran esmeraldas y rubís!

Desde aquel punto y hora, el misterio que rodeaba al viejo Saale llenó toda mi vida. Como imantados, mis ojos se volvían de continuo hacia la vieja cabaña del fondo del valle. Las rayas de fuego que por la noche filtraban al través de las maderas me obsesionaban durante el sueño. Una extraña fuerza me atraía hacia allá. No; yo no hubiera podido vivir un solo día más sin descubrir quién era Saale y en qué ocupaba sus horas nocturnas.

Por eso aquella noche, a pesar de la lluvia que empapaba mis ropas y del helado cierzo que me azotaba el rostro, corría desolado al través de los campos, hacia la cabaña. Un vivo relámpago me advirtió, de pronto, que estaba frente a ella.

Astutamente, con pasos quedos, me fuí aproximando. Allí experimenté la primer sorpresa: la puerta estaba abierta. No sé que inexplicable locura me animó entonces: sin reflexionar, sin cuidarme de ser sorprendido, sin miedo alguno, entré a la cabaña. Crucé una habitación obscura y, guiándome por una línea luminosa que se advertía en el fondo, di con una pared de maderas toscas. Mi mano febriciente palpó aquí y allá. Súbitamente, el frío de un pestillo fijó mis dedos. Sin vacilar, aunque con grande precaución, abrí la puerta. Y quedé petrificado.

Estaba en una mísera habitación, iluminada funambulescamente por el fuego de un hornillo. Y a aquella mezquina luz, que contribuía a falsear la imagen de los objetos, dándoles extrañísimas formas y contornos endiablados, pude advertir, sin embargo, lo que se hallaba más próximo al hogar. Sobre una gran chimenea, retortas y matraces, probetas y frascos, rebullían en horrible desorden. En medio de unas brasas, resplandecía un alambique. Por el suelo, sobre una tosca mesa de pino y en anaqueles a lo largo de las paredes, veíanse en endiablada confusión botellas, serpentinas, cubetas, viejos pergaminos, infolios desgastados, cráneos humanos, esferas siderales, compases e instrumentos de magia, signos cabalísticos y osamentas de animales extraños. En una palabra: era aquello la real reproducción del agua fuerte de Rembrandt que representa la celda del doctor Fausto.

¿Estaba, pues, en casa de un alquimista, de uno de esos tenebrosos discípulos de Flamel que aún aparecen en medio de nuestra civilización? No tuve mucho tiempo para reflexionar sobre el caso. Una mano huesosa acababa de apoyarse sobre mi hombro.

—¿Qué quiere usted aquí? — interrogaba con voz agria y descompuesta el viejo Saale, que había entrado sin yo advertirle.

La sorpresa me dejó mudo. Entonces él, reconociéndome, continuó más calmado:

—¡Ah! Es usted, el joven poeta de allá abajo. Ya lo comprendo todo. Ha querido usted penetrar mi secreto. Ha tenido usted la misma curiosidad que los rústicos. Yo creí que los poetas amaban y respetaban un poquillo más el misterio y lo desconocido. Y la curiosidad le ha hecho a usted más osado que a toda esa grey de imbéciles que viven del otro lado del río...

Mientras esto decía, había encendido luces y arreglado sus trastos, sin dejar de observarme de reojo. Yo me encontraba tan turbado que ni por un instante se me ocurrió la idea de escapar.

De pronto el viejo Saale se puso a sonreír tristemente.

—Vaya, no esté ahí usted tan azorado, siéntese. Ya ve que yo, que podría mostrarme irritado u ofendido, no lo estoy. ¿No ha venido usted para saber? Pues bien: satisfaré su curiosidad. Algún día habría de haber revelado yo mismo, a alguna Academia o Sociedad científica, mi secreto. Se lo revelaré a usted primero que a los otros; eso es todo. No me desagrada que sea un poeta el que coja la primera nueva. Pero, está usted temblando, hijo mío, — añadió; — si tiene frío, alléguese aquí, al hogar. Aquí tiene un banco.

Encogido todavía por la sorpresa, a pesar de sus buenas palabras, fuí a sentarme. Saale me detuvo con un gesto, a fin de retirar una caja que yo no había visto colocada sobre la silla.

—Aguarde usted; he de sacar esa caja. — Y con toda naturalidad agregó: — Son las piedras preciosas.

—¿Las piedras preciosas? — interrogué, saliendo de mi mutismo.

—Piedras preciosas, sí; — repuso el viejo. — Vea usted: aquí hay esmeraldas, rubís, diamantes, turquesas, amatistas, záfiros, ópalos, jacintos, topacios... vea, vea usted, — y diciendo, había abierto la caja y hacía centellear entre sus dedos descarnados la lluvia multicolor de la fabulosa pedrería.

Esta vez el asombro me causó un escalofrío. El viejo Saale me miró sonriendo y, sin darme tiempo de balbucear una palabra, añadió:

—No he robado esto, ni lo he fabricado tampoco. Son los últimos vestigios de mi fortuna. Yo he sido inmensamente rico, allá en Yeypoore, en el Indostán. Pero, a usted ¿qué le importa lo que yo he sido? Soy un pasajero de la vida; he llegado aquí desde remotas regiones; he sufrido mucho y muy hondos han sido mis desengaños; he estudiado bastante; pero no soy más que un hombre. Lo que he sido no importa; lo que hago ahora es lo esencial...

Entonces, aproximándose a mi oído, con una voz distinta, murmuró brevemente:

—A estas piedras les infundo vida.

Miró, regocijado, la sorpresa de mis ojos, y, sin vacilar ya, con un entusiasmo febril, que aumentaba a medida que hablaba, prosiguió:

—He sorprendido el gran misterio que habían descubierto los antiguos derviches de mi país y que fué luego perdido cuando a él llegó la raza maldita de los conquistadores: las piedras preciosas tienen un espíritu. ¿No ha oído usted contar que cierta clase de esmeraldas envejecen con el tiempo, tornándose blancas? ¿No ha leído usted alguna vez que el topacio llora lágrimas calientes? ¿No conoce usted el aereolito de la Kaabah que veneran los musulmanes y que habiendo sido blanco en su origen se ha convertido en negro por los pecados de los hombres? ¿No ha escuchado usted nunca la leyenda de la roca del inca Manco Capac que al ser volcada sacrílegamente por éste dió vida de su seno a un papagallo que fué a anidarse en el seno de otra roca. ¡Ah, amigo mío! La inepcia intelectual del hombre, su orgullo vano, le hace reir de muchas cosas que no entiende, que juzga estúpidas o supersticiosas. Y así él mismo se ha cerrado el gran libro de la verdad. El fetichismo, que se enseñoreó de todos los hombres primitivos y de los grandes pueblos antiguos, tiene un fondo de verdad esencial que la sabiduría del hombre moderno no ha entendido. El alma de los antiguos, sencilla, ingenua, desprovista de las especulaciones de los modernos, era una gran alma adivinatoria, porque estaba en más íntimo contacto con la naturaleza. El fetichismo, como religión, fué un absurdo; pero su verdad fundamental no puede ser destruída por nadie. ¿No le dice a usted nada la fuerza de atracción de los imanes? ¿Qué es ese fluido extraño de una piedra bruta y tosca para atraer el acero? ¿Y qué me dice usted de los betylos, de que nos habla el mismo Plinio, consagrados por los griegos, — esos mismos betylos que constituyen las siete piedras negras del templo Erek, en Caldea, que tienen una leve palpitación y un suave calor interior como de corazones vivos? ¿Qué le parece a usted la virtud del amianto para resistir la acción del fuego, que nadie resiste sobre la tierra? ¿qué, la virtud de las perlas que sufren como mujeres? ¿qué, la virtud del ópalo que atrae la desgracia como un ananké? Sí, amigo mío; las piedras tienen un espíritu que nosotros no comprendemos, que rechazamos porque no lo podemos concebir...

Entonces, irguiéndose, con una exaltación mayor, agregó Saale:

—Pues bien; yo he logrado despertar esas almas dormidas; y he logrado algo más extraño aún... ¡oh, muy rudimentariamente, es cierto!... pero lo he logrado. ¿Le agradaría a usted saberlo?

Yo empezaba a estar intranquilo oyendo hablar así al extraño viejo. Él, sin percatarse de ello, continuó entonces:

—He logrado convertir las piedras preciosas en insectos vivos, despertando el espíritu que duerme en el seno de la roca. Por medio de ese licor que bulle allí, en ese alambique, despierto esas almas, modifico la composición química de esas piedras silíceas, transformo los estractus en células, doy vida animal a los óxidos metálicos, convierto los colores de las piedras en los esmaltes policromos que refulgen sobre la caparazón, las alas y los élitros de los insectos. ¡Y qué maravillas obtengo cuando ataco químicamente, con mayor o menor intensidad, los óxidos

de plomo, las sales de cobre, los silicatos de alúmina que informan esas piedras! ¡Entonces yo, Saale, lo mismo que el Creador, creo los insectos que anhelo ver refulgir bajo la luz del día, entre los árboles del bosque y los parterres de los jardines! Del verde de una esmeralda creo una Cincidela que parece una brizna de hierba fulgurante iluminada por una luz interior; del rojo de un rubí hago un Estafilino de esos que pululan en los bosques con sus alitas tintas en sangre; del amarillo de un topacio obtengo un Hidroporo, esa especie curiosa del lago salino de Mansfeld. Con dosis sabias y rebuscadas, he infundido vida a todas las piedras preciosas: al záfiro, azul como un cielo de Nápoles; al rubí, rojo como la entraña de una gacela; al topacio, amarillo como una brizna de sol; a la amatista, violácea como un crepúsculo; a la periclasa, gris como una niebla antártica; al jacinto, amarillo verdoso como una playa submarina; a la esmeralda, verde como una pradera en flor; a la cimofana, aceituna como el cutis de una mujer árabe; al granate, color de siena como los delirios de Nerón; a la turquesa, celeste como una noche de Luksor; al ópalo, multicolor como el estallido de un bólido; — y de estas piedras centelleantes y mágicas he llegado a obtener el Cárabo que Fabricius denominaba "carabus gematus", el animalillo que escintila los fuegos de las piedras preciosas; el Calosoma sycophanta, de un azul metálico intenso, con esmaltes rojos y dorados en los élitros; el magnífico Filonto, de un color de bronce; el Anthias, negro con manchas blancas, como una noche estrellada; el Odacantos melanuros, verde como las aguas de un estanque cuajadas de lotos; el Oxíporo, rojo y negro como un delirio; el Atageno, cristalino como un diamante; el Geotrupos, negro como el antro de la Muerte, y en fin, la infinita variedad de los Coprófagos, multicolores y cambiantes, que usted ve en los días de sol volar entre las flores como un diluvio de pedacitos de nácar. ¡Soy un Creador, un verdadero Creador, yo, yo, yo, el viejo Saale!

Me puse en pie, convencidísimo que me las había con un loco. Entonces él, adivinando mis pensamientos, con una gran excitación nerviosa, gritó:

—¿Usted no me cree? ¿usted duda del equilibrio de mi razón? Y bien, aguarde usted; ahora verá.

Febrilmente, con gestos descompuestos, había abierto ya su caja. Sus dedos huesosos y largos revolvieron un instante las piedras y sacaron al fin un topacio hermosísimo. Lo puso ante mis ojos; me exigió luego que lo palpara, que hiciera lucir sus luces, que lo analizara bien. Después, como un demente, cogió de un estante una pequeñita redoma, llena de un líquido incoloro, y se aprestó a verter una gota sobre la inanimada piedra. Yo le miraba en suspenso, dudando del milagro, pero, malgrado mío, presintiendo algo fabuloso y desconcertante.

—Ahora verá usted, ahora verá, — repetía el viejo Saale, los ojos chispeantes, revueltas las barbas, temblorosas las manos: — ahora verá este topacio transformarse en un extraordinario Teleforo, en uno de esos gusanillos amarillos que caen en invierno, con las primeras lluvias, en el Rhin, en Hungría, en Suecia... Ahora verá.

Una gotita minúscula apareció en el cuello del frasco, tembló un instante en su borde, se alargó, se estiró, se desprendió al fin, cayendo sobre la piedra que Saale conservaba entre el índice y el pulgar de su mano izquierda. Y fué aquel, para mí, un instante de espectación angustiosa. ¿Sería verdad lo que afirmaba el viejo? ¿Iba a convertirse el topacio en un insecto vivo? ¿O el fracaso del experimento me revelaría que el pobre hombre tenía alteradas sus facultades mentales y todo ello no era otra cosa que aberraciones de su imaginación?

Súbitamente el corazón me dió un vuelco. Mis ojos, clavados sobre la piedra creyeron soñar. En mi garganta hubo un gemido de admiración. Allí, entre los dedos rígidos del viejo, el topacio oscilaba, parecía balancearse con los movimientos torpes de un aprisionado insecto. Después, lentamente, el topacio, que ya no era un topacio, sino uno de esos "gusanos de la nieve", empezó a trepar por la mano de Saale. Era como una larva de ámbar animada, ondulante, aterciopelada, ¡qué vivía!

Saale exultaba, radiante. Dijérase que estaba ebrio de felicidad. Pronunciaba frases incoherentes; lanzaba interjecciones guturales extrañísimas. Pero ya se había vuelto hacia la caja y sacado de ella varias piedras más: un záfiro, un rubí, una obsidiana, un carbunclo y diversas ágatas. Y, con frenesí creciente, como poseído de una locura creadora incontenible, cogió en los anaqueles cinco o seis frascos y empezó a verter sobre aquéllas, diminutas gotas de licor, mezclando y combinando las dosis, graduando la intensidad de los reactivos con la seguridad del que busca una cosa determinada y quiere obtener especies maravillosas y únicas. Y murmuraba:

—Záfiro, Clorion; rubí, Mutila; obsidiana, Cigarra; carbunclo, Avispa; ágata azul, Morfo; ágata roja, Adolia; ágata verde, Ornilóptero; ágata marrón, Altacó...

Yo esperaba, petrificado. El mundo había huído para mí. Toda mi vida estaba reconcentrada en mis ojos. Y de pronto, las piedras preciosas empezaron a temblar, a modificar sus formas, a distribuir sus colores, combinando los unos con los otros. Era un hormiguero de vida; una purulación de gusanos, un despertar de larvas, una iluminación de chispas polícromas. Al fin, bruscamente, como en un prodigio, surgieron los insectos. ¡Sí! Allí estaba el Clorion, con su cabeza de un magnífico verde dorado con rebordes azules, el coselete de un azul intenso y las alas semitransparentes de un tinte rojizo. Allí estaba la Mutila europea, con su tórax de contornos cuadrangulares de un carmín violento y su abdomen negro estriado de fajas de un amarillo de oro pálido. Allí estaba la Cigarra amiga, con su magnífico color negro, su dorso y costados del abdomen amarillos, los bordes de las alas blancos y los nervios rojos como estrías de sangre. Allí estaba la Avispa, negra y amarilla; y allí estaban, en fin, como ágatas aladas, las extraordinarias mariposas, de colores múltiples, de dibujos sorprendentes, de extraordinarios caprichos, recortadas en triángulo, en óvalo y en elipsis, confundiendo en el batir de sus alas sus manchas azules, rojas, verdes, negras, amarillas, como un revuelo de flores aladas, como una dislocación del arco-iris que cayera en pedazos sobre la tierra.

El viejo Saale dejó entonces sus frascos y vino a ponerme una mano sobre el hombro. Tuve un brusco sobresalto, como quien vuelve de un sueño maravilloso.

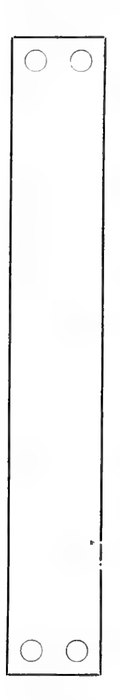
—Y así, para dar vida a estos insectos, he ido derrochando mi fortuna. Ahora, cuando concluya esta reserva de piedras preciosas, seré un pobre, un miserable que tendré que mendigar un pedazo de pan por los caminos.

No sé que contesté a aquel hombre extraordinario. Estaba completamente aturdido. Creíame sujeto a una fantástica alucinación. Al fin, me despedí del viejo, para partir.

Ibame ya, cuando la última frase de Saale se clavó en mi corazón como un dardo de acero:

—Vaya usted, poeta. No me desagrada haberle revelado mi secreto a un hombre que, como yo mi fortuna, arroja al mundo los tesoros de su espíritu y las claridades de su cerebro. Vaya usted, joven.

Y aquella noche conocí la tristeza más honda de mi vida.





Víctor Pérez Petit.

Dibujos de Santana.

El Garden Party en la Legación Argentina



Señora Orejuela de Montero Bustamante, de Bares, Cata, Sienra y Señoritas de Nin Frías y Garese

EL ambiente no podía ser más amable: la decoración más hermosa.

Los amplios jardines de la Legación Argentina son unos de los más bellos de Montevideo. Allí el trabajo de muchos años ha acumulado infinidad de plantas de toda índole, las que, prolijamente cuidadas ofrecen todo su encanto de color y perfume.

Nunca mejor escenario que este, pudo ser elegido para la celebración de un Garden Party; delicioso espacio que la amabilidad exquisita del señor Ministro de la Argentina, doctor Estrada, puso a disposición de la Comisión de Damas organizadora de esta fiesta, cuyos nobles fines son de todos conocidos.

Un ambiente encantador, una amable invitación al descanso bajo los árboles frondosos, delicados rincones en medio de hojas y flores. En sitio tan encantador habían sido distribuídas las mesitas donde se serviría el te, el detalle más elegante de la fiesta.

La Comisión de señoras y señoritas no se había dado punto de reposo en la organización de este festival. Formaban en esa Comisión ejecutiva y de propaganda, las señoras y las señoritas:

María Elena Estrada de Casaravilla, Matilde Frías de Nin, Amalia Saavedra de Supervielle, Francisca Lacaze de Ponce de León, Sara Fernández de Regules, Sara Castellanos de Sosa Días, Elisa García de Zúñiga de Ortiz de Taranco, Leonor Cachón de Correa, Delia Castellanos de Etchepare, María Zorrilla de San Martín de Montero Bustamante, Rosario Estrada de Estrada, Rosa Blanca Mas de Ayala de Milans, Isolina Eastman de Vidal Bello, Amelia Alvarez de Mezzera, Dolores Piccardi de Caprile, Blanca Hughes de Blanco Wilson, Consuelo Alvarez de Lasala, Ema Castellanos de Sánchez, Amelia Vaeza de Márquez, Maruja Blanco de Mendilaharsu, Adela Herrera de Gutiérrez, Josefina Cibils de Brito del Pino, Berta Acosta y Lara de Ponce de León, María Eugenia Reyes Lerena de Regules, Adelina Espalter de Falcao, Sofía Margarita Crosa de Peixoto, Isabel Morales de González Capurro, Carmen Lasala de Peixoto.

Julia Isabel Nin Frías, Alicia y María Elisa Olaondo Díaz, María Teresa Clara y Adela Estrada, Isabel y María Esther Saavedra, Sara y María Celia Regules, Sara Blanco Acevedo, Georgina y Adela Sosa Días Castellanos, María Inés de Arteaga, María Esther Roosen Regalía, María Cristina y María Josefina Ponce de León, Ema Piera Muñoz, Malvina Vidiella Horne, Berta Ruano Zubillaga, Corina Morales Berro, Esther e Isabel Milburn Aguirre, Paz Steward Vargas, Mangacha y Lola Benzano, Ema y Consuelo Martínez Arboleya, Elvira Nin Vidiella, Olga y Carmen Portillo Díaz, María Antonieta y Sara Caprile, María Falcao Espalter, María Elena y María Angélica Márquez Maza, Amelia Márquez Vaeza, María y Matilde Sienra Arias, Ema Sánchez Castellanos, Clara Orueta, Esther y Zelmira Casaravilla Estrada, María Teresa Sanguinetti García Lagos, Corina Seré Rucker, Celia Peixoto, María Esther y Olga de Viana Urtubey, Camila y María Celia Arias Sienra, Elisa e Isabel Ortiz de Taranco, Elena y Amanda Dufort y Alvarez, Laura y Sofía Wilson Castellanos, Amelia y Margarita Belfot Carril, Mercedes González Morales, Josefina Brito del Pino Cibils.

Y cuando todos los preparativos hacían presumir el más brillante éxito, cuando se tenía la promesa de asistencia de todo nuestro mundo más elegante, el tiempo desbarató propósitos y quitó a la fiesta lucimiento.

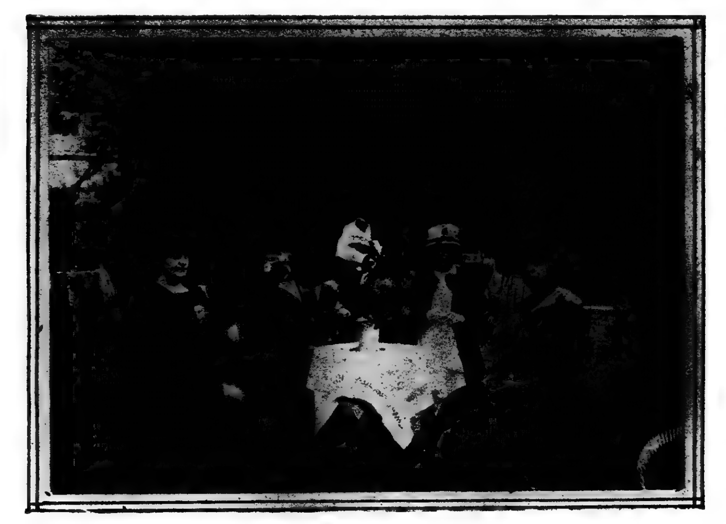
El día se presentó con un cariz amenazador. Llovió un poco y ante estos amagos, la gente se desanimó y hubo de retraerse, privándose muy a su pesar de una reunión que hubiera sido la nota social más brillante de las realizadas al aire libre en este final de temporada.

Sin embargo, el Garden Party se realizó y un grupo selecto hizo acto de presencia en los jardines de la Legación Argentina, desarrollándose el programa trazado de antemano.

La nota bulliciosa, alegre, nota de vida intensa, la dieron los niños, que en número crecido hicieron acto de presencia en la fiesta.

En competencia deliciosa con los pajarillos, se diseminaron los pequeños en todo el ámbito del jardín y sus cabelleras rubias o negras, sus rostros sonrientes, sus juegos, sus risas, dieron animación a la fiesta, y esta inusitada intervención infantil fué un triunfante contraste al cielo gris, tempestuoso, amenazador.

Los diversos juegos organizados por la Comisión del Garden Party tuvieron asiduos concurrentes durante toda la tarde y nunca ante tales preparativos y ante la correcta organización de este festival, pudo lamentarse bastante que el tiempo no hubiera colaborado también en el éxito de esta reunión.



Señoritas Mangacha y Lola Benzano, Nin Vidiella, Amelia Belfort y Nin Frías



El salón de Madame Mandeville

Era este salón el más concurrido desde antes de llevar ese apellido la señorita Sánchez, que fué igualmente señora de Thompson, tres nombres distintos y una sola verdadera. Fué también el más largo, no sólo por sus trece varas de longitud y seis de ancho, en el que llegaron a bailar sesenta parejas a la vez, sino porque reunió lo más selecto de la sociedad argentina. Desde antes de 1806 hasta después de 1866, en largo medio siglo, con breves interrupciones, pasó por él cuanto de notable llegaba al país. Tan consecuentes fueron sus comensales, que todavía en esta última fecha concurrían, treinta años ha, algunos de la juventud elegante de 1837.

Ya el año de la reconquista se reunían en torno a la mesa de malilla las bellezas de su tiempo, rodeando al virrey de la victoria, general Liniers, y codeándose Pueyrredón, Sáenz Valiente, Sarratea, Lezica, Escalada y Almagro con Berresford y sus ayudantes, que hallaban en tan amable sociedad lenitivo a sus breves horas de prisión.

No fueron meras sonrisas de trivialidad, efímera galantería o crítica de modas lo que en ese ambiente de tolerancia y cultura se desarrollaba.

Entre dos amables cortesías, San Martín combinaba con el mayor Alvear el color del uniforme y el equipo del "regimiento de granaderos", que ambos organizaban, entrando allí al pasar para el cuartel del Retiro (1812); como Rivadavia, en otro ángulo del salón, daba los últimos toques al "Reglamento de la Sociedad de Beneficencia" (1822), y en 1826, el almirante Brown ofrecía al general Balcarce bautizar con su nombre el buque más velero de la escuadra, en recuerdo del que firmó el parte de nuestra primera victoria. Mientras señoritas y caballeros flirteaban en la danza, la amable dueña de casa dábase tiempo para secuestrarse breves momentos en el aposento de sus secretos y trazar con la velocidad de su pensamiento páginas que han quedado hasta nuestros días palpitantes de sentimiento patrio.

***

Delgada, de baja estatura, no llegó a ser una belleza, al par de la de sus hijas y nietas, remarcables tipos de esbeltez, sobresaliendo, sí, por aquélla otra más durable belleza de la inteligencia, como lo comprueba su atracción, rodeada de todo lo más distinguido, y por su gran corazón y obras de beneficencia, que en pos de sí ha dejado. Su fina educación, desde los primitivos tiempos de la patria vieja, le hacía descollar, así en su fácil expresión en diversos idiomas, cual por su habilidad en el clave, el arpa y el canto. De su ilustración como escritora dejan muestra numerosos documentos en el archivo de la Sociedad de Beneficencia. El general Guido la compara en sus cartas a Madame Récamier, y el poeta Echeverría, oyéndola cantar al arpa sus poesías, en música de Esnaola, la denominaba la Corina del Plata.

En una de esas tertulias, después de encargada la sociedad del Colegio de Huérfanas, tuvo ocasión de escapar a su saloncito para escribir, entre dos rigodones, la siguiente plegaria: "Oración que se enseñará a los niños expósitos. — Padre nuestro que estás en los cielos, tú eres nuestro sólo Padre, ¡porque los que nos dieron el ser nos han abandonado y arrojado al mundo sin guía ni amparo! No los castigues, Señor, por esta culpa; pero dadnos resignación para soportar nuestra orfandad. No permitas que cuando nuestra razón se desarrolle, sintamos odio y rencor contra los autores de nuestra desgracia; que ella nos sirva de ejemplo para no imitarlos; dadnos, Señor, entendimiento para aprender, a fin de que podamos adquirir con nuestro trabajo nuestra subsistencia. Haznos humildes, pues tendremos tantos motivos para que nuestro amor propio sea irritado; dadnos un juicio recto para sabernos conducir; no nos abandone jamás tu misericordia; inspira caridad a los corazones que nos protejan para que no se cansen de nosotros, y ¡haznos, Señor, dignos de tu gloria!".

. . . .

La sociedad elegante de entonces, como al presente y en todo tiempo, siempre ha sido dispendiosa. Aunque en los tiempos que tradicionamos, al chocolate de la tertulia no seguía la mesa cargada de flores y frutas, ni la moda actual del nuevo traje por noche, ya había empezado a venderse en solares la gran manzana de esta heredera que limitaban las calles Cangallo, San Martín, Cuyo y Florida, por sólo catorce mil, la Quinta con lagares y esclavos, y posteriormente en diversos lotes, los terrenos de San Isidro, excepto el contiguo al que habitara (hoy propiedad de la sucesión Gramajo), que regaló a una de sus íntimas para tenerla más vecina.



La casa que describimos a continuación, de tres altas ventanas con rejas (apareciendo como en alto), abría su ancha puerta bajo el número 98 de la calle Florida (hoy 273), y subiendo sus cinco escalones de mármol, daba entrada al patio. Por la primera puerta de la derecha introducíase al gran salón, tapizados sus muros de riquísimo damasco de seda. En medio del techo de espejos, enmarcados en espléndido maderaje, pendía una riquísima araña de plata, y la gran chimenea francesa en el centro había ya sustituído las antiguas copas de bronce con fuego. Muebles de brocado amarillo, bajo cortinaje de lo mismo, completaban su mobiliario; hacia el testero opuesto al alto estrado, el arpa y el clavicordio, donde ensayó el maestro Parera la música del Himno Nacional. Floreros y zahumadores en las esquinas, y sobre mesitas o consolas de pie de cabra, altos espejos venecianos con plateados marcos de lo mismo.

Suntuoso era el aspecto de aquel salón donde bailaban la contradanza, el minué, la polka de variadas figuras, en que se lucía el piececito sobre medias finísimas caladas, o bordadas de oro o acero, zapatitos de raso negro con atacados, el traje sobre el tobillo, muy tirante la pollera, el talle corto lo mismo, de dos mangas anchas, peinetones y peinado de bucles.

En medio de aquel ondulante jardín de bellezas, destacábase en su salón color de oro, elegante y coquetona, la señora de la casa con su espléndido collar de perlas, pero de menos reflejos que sus pequeños ojos vivísimos; sumamente graciosa y atrayente, derramando sprit y gracia su ingenio tan movible como su personita, teniendo una palabra amable para cada uno.

***

Hace más de treinta años, una de las últimas veces que tuvimos el gusto de verla, la encontramos, limitando por Francia e Inglaterra, es decir, entre sus representantes. Acompañando nuestro buen padre a felicitarla en el arribo de su hijo, don Juan Thompson, referíamos al ilustre poeta cómo un año antes instalamos en la capital de Corrientes la Redacción de "El Nacionalista", en la misma casa de las señores Berón de Astrada, donde veinte años atrás había él fundado otro periódico liberal, órgano de la cruzada libertadora del ejército de Lavalle. La animación que resurgía en el patriota tales recuerdos fué interrumpida, al interrogar el contraalmirante francés:

—Madama ¿cómo usted, tan amante de todo lo que es francés, y esposa de uno de sus representantes, no ha llegado en sus viajes a Francia?

—Por el canto de esta uña — contestó con gracia.

—No comprendo, señora. Tan distante de ésta mi tierra, y tan cortas que usan aquí las uñas...

—Ahí verá usted, señor contraalmirante. Cuando en vísperas del bloqueo francés empezó a ser mal visto mi esposo, cónsul general, tuvo que salir para Francia. Acreciendo sus dolencias, menos por obligación que por cariño, creí deber ir a cuidarle. Mis hijas estaban ya casadas, mi Juan no podía volver al país, declarado salvaje unitario. ¿Qué le parece, señor contraalmirante? No siendo francés idioma pampa ¿le pronuncia muy mal este salvaje de ella?

—¡Oh, Madama! Salvajes con la ilustración de Mr. Thompson, tan merecidamente reputado hombre de letras, codiciaríamos muchos en Francia.

—Bien; en ese más prolongado eclipse de mis amigos, aunque medrosa para el mar, decidí embarcarme. Hasta Montevideo fuí bien, pero al llegar a Río Janeiro, tan deshecha pamperada azotó la barca de vela que me conducía, que no obstante llamarse "La Esperanza", sin ésta quedé de ver más a mis hijos. Pero al fin la espléndida bahía de Río Janeiro tranquilizó mi espíritu y el mar. Allí no iba tan mal, rodeada de la primera sociedad, en corte que damas y caballeros son tan amables y obsequiosos. Jóvenes como Diego Alvear, Posadas, Costa, la familia Fernet, Daniel, Carlos y Eduardo Guido, me hicieron con sus atenciones y cuidados olvidar los sufrimientos de la tormenta. Al día siguiente de un baile de corte (todavía mi nieta Florencia guarda el vestido con el cual, del brazo del ministro argentino, general Guido, hice vis-avis al joven emperador), me invitaron para una merienda bajo la cascadiña en Tijuca, donde el marqués de Caxias me ofreció una manzana, que si no fué la de Eva, casi, casi fué la de mi perdición. Notando en sus rubicundos colores pequeña picadurita, rasgué un poco la corteza. ¡Quién le dice a ustedes que amanecí con todo el dedo hinchado, hinchazón que al segundo día avanzaba a la mano, y al tercero por todo el brazo, con agudos dolores! Este segundo susto me hizo reflexionar, y me dije: "¿Dónde vas, Mariquita? ¡Vuélvete!" Bien pudiera recaer o sorprenderme grave enfermedad, y en viaje tan largo, acompañada sólo de una sirvienta de confianza, no me decidí a cruzar el Océano. Recibí mejores noticias de mi marido, y el temor de un hogar que todavía podía rehacer para mis nietas, me retornó a la playa natal. No recuerdo día de mayor satisfacción como el que volví a entrar en esta mi casita de la calle Florida, donde nací, he pasado ochenta años y espero acabar en ella. Aun para morir, en parte alguna hállase uno mejor que en el rinconcito de su propia casa...

***

Nació con la aurora de este siglo (anticipándose a su siglo), en la casa que el señor Sánchez Velazco edificó ciento veinticinco años ha. En el último invierno de la vida, al través de los cristales de su aposento, a los que le aproximaba su cariñosa Florencita, divisaba melancólicamente caer las hojas del decrépito naranjo, plantado en el centro del ancho patio el día de su nacimiento. Al través de las rejas de esa ventana interior, era su postrera recreación su verdor y sus flores. Recordaba cómo le había dado sombra por toda la vida, y también los azahares de su velo de desposada. Ellas blanqueaban ahora al pie del tronco que se curvaba ya hacia la tierra, semejando pálida mortaja próxima a cubrir sus restos. Refería que ni el sabio Bonpland, ni Holemberg, lograran extirpar el hormiguero criado en su tronco, sin olvidar las amenas pláticas que bajo el follaje coronado de doradas frutas distrajeron sus horas en distintas épocas, con el mariscal Santa Cruz, el conde Kalenki, Mackau, el marqués de Caxias y otras muchas celebridades, pues honrada había sido con la amistad de todos los notables y hombres de letras que concurrieron a centro tan culto y agradable.

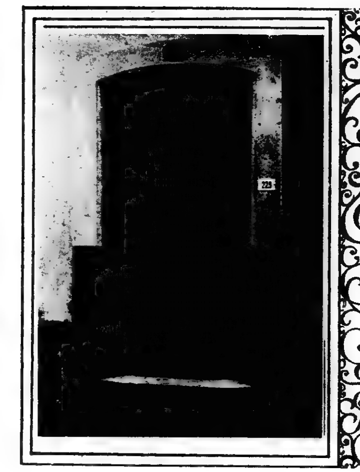
Una imaginación viva y abierta a todas las impresiones de lo bueno y de lo bello, indulgencia notable y urbanidad exquisita daban a su trato, a sus confidencias y a sus cartas cierto encanto que constituía el amable imperio vencido sobre su virtud. Por esto, el reloj que desde la chimenea de su alcoba marcó la hora de su muerte, había señalado muchas veces a Saavedra, Belgrano, Rivadavia y Pueyrredón, a presidentes, ministros y diplomáticos, la hora de sus tareas, detenidos por su atrayente conversación. Aquel reloj sigue parado en su última hora, y ¡doble coincidencia!, decrépito y carcomido, secándose el árbol plantado a su nacimiento, murió con su dueña.

P. Obligado.

EL PASADO FRENTE AL PRESENTE

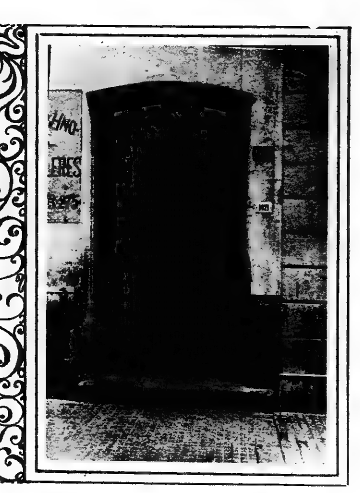
El distinguido caballero, don Alberto Gómez Ruano, ha tenido la gentileza de facilitarnos unas curiosas fotografías, las que forman parte de una historia gráfica — digámoslo así — de la edificación en nuestro país.

En esas fotografías han quedado fijadas las características de las puertas de las casas de la época del virreinato y de la Independencia.



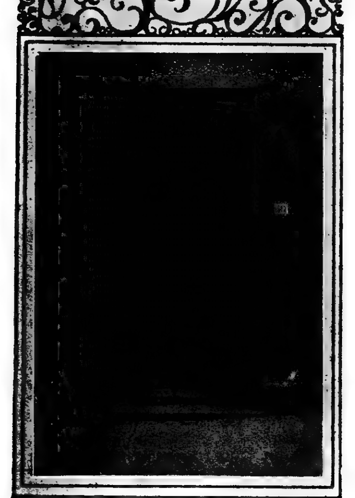


Puerta de construcción colonial, pero más decorada 25 de Mayo, 229



Puerta primitiva, calle Colón 1421





En la parte superior: Puerta de la casa Piedras 562.
Abajo: Puerta en la calle Piedras y Cerrito mostrando los primeros ventanillos

En esa colección, adquirida pacientemente por el señor Gómez Ruano, se puede observar paso a paso la evolución que las puertas de las casas de Montevideo siguieron desde la época primitiva hasta el momento actual, de refinamiento, de boato y de arte.

En los interesantes apuntes con que el ilustrado caballero, don Alberto Gómez Ruano, acompaña esas fotografías, se recuerda el sistema de primera habitación utilizada por los que fundaron la ciudad de Montevideo, sistema que después fué usado en campaña hasta una época reciente.

Nos referimos al "rancho", levantado con piedras sin argamasa y recubierto de cueros para evitar las filtraciones de la lluvia.

En esas primitivas habitaciones oficiaba de puerta, un cuero de vacuno, secado al sol y tendido ante la entrada del tugurio, sujetándolo de uno de los extremos inferiores en una estaca que se fijaba en el suelo. El otro extremo quedaba libre para dar paso.

Las primeras puertas de madera fueron construídas toscamente por los españoles con tablones que se unían por medio de grandes remaches. Puertas sin tableros y sin más concesiones a la estética que un ventanillo. Estas puertas se cerrabán con pesadas trancas cruzadas de pared a pared en la parte interior.

Los tableros, los rudimentarios adornos, el medio punto y otros "lujos" aparecieron después.

En las fotografías que publicamos, pueden verse algunos ejemplares muy característicos y muy hermosos.

La "rejilla" que se usó primero aparece en una de esas puertas, abarcando un espacio reducido. Era un ventanillo de grandes proporciones construído en hierro forjado.

El buen gusto fué imponiéndose lentamente, a medida que la industria podía desarrollar sus actividades y perfeccionar sus obras.

Los remaches fueron disimulándose. Se comenzó a usar el encastre y en la época de la Independencia ya existían en Montevideo casas que ostentaban puertas muy hermosas.

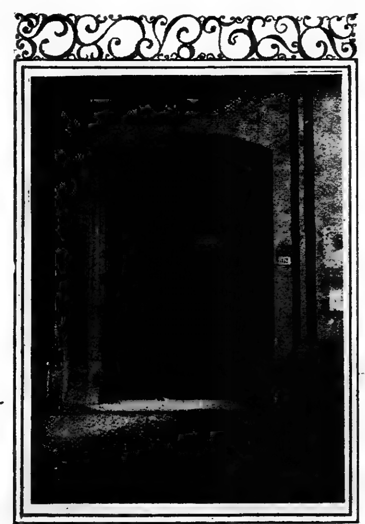
Hoy la edificación ha progresado en nuestra capital de una manera asombrosa. Existen mansiones señoriales que muestran puertas calificadas como verdaderas obras de arte. La escultura en madera tiene en algunos ejemplares verdaderas maravillas, como tal puede verse en la puerta de la casa que perteneció al doctor Carlos de Castro y cuya fotografía publicamos.

En esta puerta la ornamentación aparece severa, artística, profusa y es una de las más bonitas; modelo representativo de una época en que todavía el modernismo no había comenzado a hacer estragos.

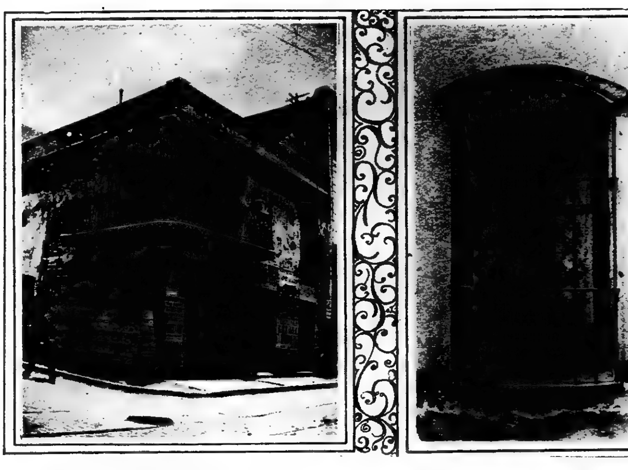
En la colección del señor Gómez Ruano figuran también algunos modelos de ventanas coloniales.

Publicamos dos que tienen verdadero carácter.

En una de ellas se podrá notar una especie de corte en "chanfle" hecho en la pared y a los costados de la abertura. Ese corte tenía por objeto el poder tener, una



Puerta de la casa en que vivió el general Lavalleja; Zabala 1469



Casa de Ruiz Huidobro
25 de Mayo y Camaras

Ventana con reja de hierro forjado,
uno de los primeros lujos durante el coloniaje.

persona que estaba en el interior de la casa, un mayor campo visual.

Era útil ese "vichadero", pues no eran épocas aquéllas muy buenas como para facilitar una salida a la ventana en cuanto se oyera que llamaban de fuera.

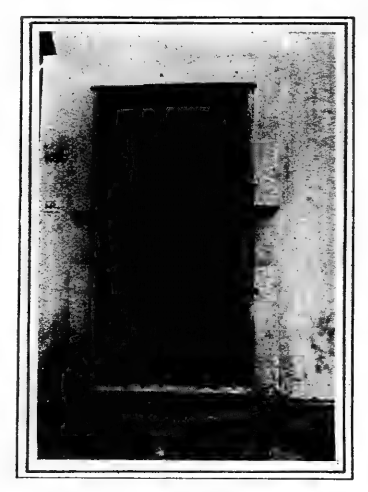
El corte del canto de la pared servía en ese caso no sólo para ver, sino también para disparar un "trabucazo" contra un posible enemigo que se apostara junto al muro, esperando que el incauto habitante de la casa asomara la cabeza tras los hierros de la ventana

En los modelos que se pueden ver en las fotografías, hay uno que está hecho por barras simples y otro que es de hierro forjado, con más pretensiones ornamentales.

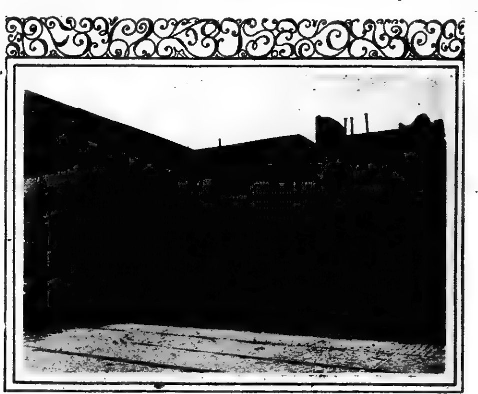
¡Qué diferencia enorme, qué rápido y magnífico avance ha realizado la edificación en nuestro país, desde aquellos días del coloniaje y aún de los comienzos de nuestra era constitucional, hasta el día de hoy, en que Montevideo puede envanecerse de tener palacios de positivo mérito arquitectónico!

Dos ejemplares de casas coloniales damos también en esta información. Una de ellas fué famosa porque a la altura de la cornisa tenía una imagen puesta en un nicho. A esa esquina le llamaban, la "esquina del ánima" y en "Montevideo Antiguo", de don Isidoro De-María, se habla de este detalle característico del Montevideo de ayer, con alguna extensión.

La otra casa perteneció a familias principales. Se hallaba ubicada en la esquina de lo que hoy son calles Juan Carlos Gómez y 25 de Mayo. La habitó el Gobernador Ruiz Huidobro, bajo cuya gobernación empezó a construirse el Cabildo, hoy transformado en Palacio Legislativo y Jefatura de Policía, otro verdadero monumento que nos legó la dominación española. El Cabildo tiene muros de un espesor que sorprende y techos abovedados; una verdadera audacia de arquitectura para aquellos tiempos. Está construído de piedra sillería, y llama aún hoy la atención por su estilo y la corrección de sus líneas, tan esbeltas como vigorosas.



Ventana de la casa Cerrito 636 (Época del coloniaje)



Maciel 1412 - La esquina del ánima, como la denominaban nuestros abuelos

La impresión que deja el examen de todas estas construcciones antiguas, es de que en aquellos tiempos todo era macizo, fuerte, levantado con la intención de que perdurara a través de los siglos, cosas estas de las cuales hoy desgraciadamente no nos ocupamos mucho.

El "ritorniamo all antico" tiene también aplicación en la forma de construir las puertas.

Después de agotar todas las inventivas y de llegar a lo churrigueresco en la ornamentación de las puertas, hoy se inicia en Buenos Aires una tendencia a volver a la sencillez colonial, al sistema de los tableros superpuestos, algunos de cuyos ejemplares damos en estas páginas.

Naturalmente que esa imitación moderna de las puertas antiguas, se presenta con refinamientos en la mano de obra y en la distribución armónica de los sencillos y severos adornos.

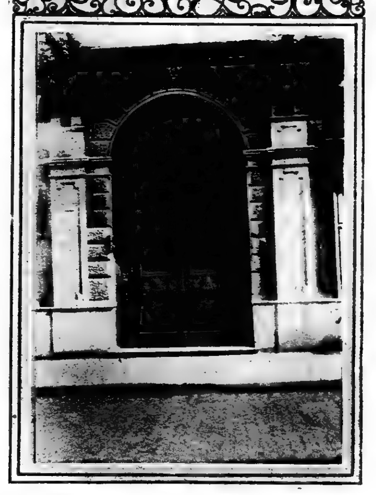
Pero el hecho es evidente: se vuelve a lo antiguo y es precisamente en la vecina orilla en donde han aparecido esos primeros ejemplares de puertas imitando a las usadas en tiempo del coloniaje.

Por nuestra parte hemos de declarar que nos place la vuelta de la moda a los modelos antiguos. Y nos place porque después de llegar a todas las estorsiones del buen gusto, poniendo en los edificios creaciones absurdas y antiestéticas, el volver a la solidez y severidad de aquellos tableros coloniales, es una demostración de que lo no fundamentado en consideraciones de razón y de arte, es efímero.

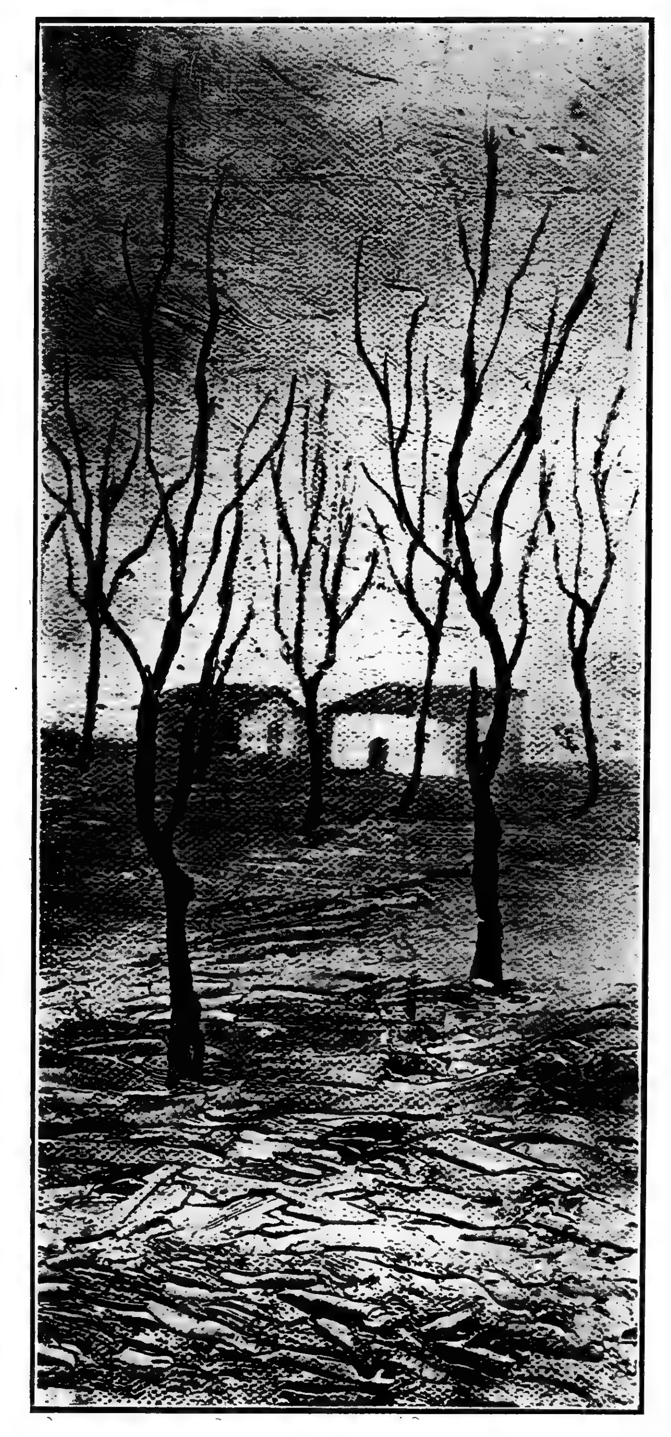
De todos modos, en esta nuestra crítica suavísima, no pretendemos involucrar a las puertas modernas, construídas con un recto e inteligente criterio artístico.

También en las ventanas se inicia en Buenos Aires una tendencia a la sencillez. Y esta evolución es lógica si nos detenemos a contemplar hasta dónde se ha llegado en la presentación de hierros retorcidos y afiligranados en esas ventanas último modelo que se exhiben por ahí, dando patente de suntuosidad, pero no de buen gusto a los edificios.

El Cronista.



Hermosa puerta moderna, de la casa que perteneció
al doctor Carlos de Castro



SONATINA DE OTOÑO

Los poetas de este hemisferio no pueden hablar de la ya establecida melancolía del otoño, de la tristeza de los ambientes grises, del splin que emana de los paisajes indecisos, de los horizontes nebulosos, de la infinita tristeza que lo envuelve todo, como si lo diluyera, lo esfumara, lo preparara a morir.

No pueden los poetas de este hemisferio y en nuestra latitud, suspirar en tono otoñal, porque el otoño es aquí una deliciosa estación y aunque parezca una paradoja o un disparàte, nuestro otoño es nuestra primavera.

Cielos azules, profunda y límpidamente azules; crepúsculos en que la luz realiza increíbles maravillas de arrebol; ambientes amables, con temperatura deliciosa, que diríase artificial y cuidadosamente graduada para hacerla uniforme...

Y también flores, las últimas flores, las últimas maravillas de los jardines, las postreras corolas, cuya frescura y coloración no marchita el sol ardiente.

En un alarde de vida, hasta las hojas siguen engalanando a los árboles, y sólo allá por los comienzos del invierno, se marchitan y caen arrancadas por las primeras ráfagas heladas.

Nuestro otoño no fuera o no pareciera tal, si las mujeres — fijándose más en el calendario que en una necesidad de abrigo — no lucieran las primeras pieles, los primeros modelos de tapados, los paños de los trajes que forman pesados pliegues, ocultando esbelteces y dando a las siluetas rigidez de figurines.

De esta suerte, el otoño nos quita un recreo para nuestros ojos ávidos de belleza, de belleza siempre renovada, que bien pueden nuestras mujeres proporcionar una infinita sucesión de emociones estéticas, a cual más intensa, a cual más grata.

Con la llegada de la estación amable el mundo elegante vuelve a la ciudad, y todos se preparan a gustar de los delicados encantos de las reuniones íntimas, de los saraos y de las grandes fiestas.

Los teatros adquieren nueva vida. Suenan los nombres de los artistas más famosos, promisores de magníficas veladas de arte y de distinción, y hay en todas las actividades sociales un como afán de renovación, y también un sentimiento de unidad, de selección, quizá como consecuencia de la libre pluralidad que caracteriza la vida balnearia, la vida al aire libre, en amplios espacios que exigen mayor cantidad de gente, ante el mar, ante los horizontes inmensos, bajo la bóveda del cielo que a todo empequeñece.

Sea bien venido el otoño, la estación que previene dulcemente contra las inclemencias del invierno.

En los hogares se inician actividades, se forjan proyectos, se vuelve a ellos con un anhelo de intimidad, de caricia, de amor a lo muy querido que en ellos se ha dejado, y que nos acoge con un afecto que no es más que el reflejo del nuestro, muy hondo y muy intenso puesto en ellos.

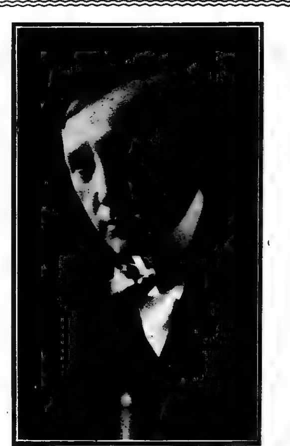
Nos aguarda el salón con sus suntuosidades, con sus muebles amplios y pródigos en incitaciones al reposo, a la meditación o al ocio; nos aguarda el comedor con sus comodidades, más de una vez echadas de menos en los comedores de establecimientos balnearios; nos aguarda la alcoba, rincón de íntimo halago, donde todos los objetos cobran fuerza de expresión tan viva que los saludamos como a seres queridos y fieles; nos aguarda la estufa, el piano, el cuadro hermoso, la estatua, el biscuit, y como una matrona severa, de consejo, de experiencia y de verdad, también nos aguarda la biblioteca...

¡Otoño amable, bien venido seas!

Esmond.



Teatros y Artistas



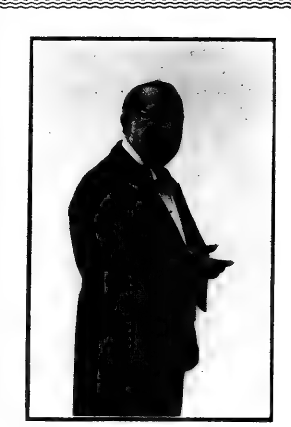
MANUEL SALVAT
Director de la compañía que actúa en Solís.

En esta nuestra primera página, dedicada a los espectáculos, no podremos decir mucho, porque mucho no hay, pero lo poco que diremos será para elogiar lo que de bueno actúa en nuestros escenarios.

La nota más intensa de arte, en lo que va de la temporada teatral, la ha dado la compañía dramática española de Manuel Salvat.

Con un criterio artístico perfectamente definido, con una sana orientación en lo que a la misión del teatro dramático se refiere y contando con elementos excelentes, Salvat ha realizado un esfuerzo a que no estábamos habituados en este país.

Vale decir: Salvat ha conseguido mantener una larga temporada de dramas y comedias, prolongación de actividades ésta que hasta ahora no habían podido alcanzar sino las compañías de género chico y alguna que otra de las compañías nacionales que de cuando en cuando actúan aquí.

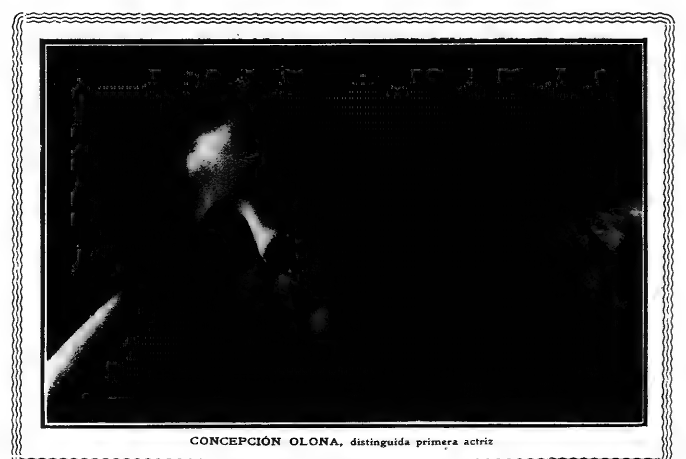


ROGELIO JUÁREZ
Que debutó con éxito en el Urquiza

En la temporada de Salvat hemos podido ver espectáculos muy buenos, algunos sobresalientes y hemos constatado esfuerzos tan dignos de elogio como los que significan volver al cartel joyas de la categoría de "La vida es sueño" y "El castigo sin venganza".

Tuvo sin embargo Salvat algunas equivocaciones, tales como "El verdugo de Sevilla" y "La señorita Trevelez", pero estos errores no pueden ser muy señalados puesto que en general sus espectáculos fueron acertados.

Junto a Salvat, que es además de un concienzudo director de escena, un actor correctísimo y severo, figura en primera línea la actriz Concepción Olona, gran temperamento de intérprete, inteligencia superior manifestada en obras como "La Malquerida", de Benavente, con una pujanza extraordinaria. La señora Olona es sin disputa, una de las actrices españolas más completas que actúan hoy y esta afirmación podemos hacerla bien a conciencia dado que por los escenarios montevideanos han desfilado todas las artistas que hoy dominan en el teatro dramático español.



CONCEPCIÓN OLONA, distinguida primera actriz

Del elenco que presenta Salvat se distingue también la señorita Josefina Meliá, una actriz de una dualidad apreciable, siempre justa en sus caracterizaciones, muy estudiosa, de amplio criterio, inteligente y comprensiva.

La señorita Olona también es otro de los elementos que en la compañía brillan con luz propia. Y en esta oportunidad recordaremos con verdadera complacencia su actuación en "Marianela" interpretando el rol de Celipín.

El actor Vehil es quien con más talento secunda a Salvat en su nobilísima labor de ofrecernos espectáculos artísticos y ya hemos podido leer en la prensa diaria repetidos elogios a sus interpretaciones, elogios que complacidísimos hacemos nuestros.

Terminamos este apunte incitando a Salvat a que continúe en su empeño, para bien de la cultura general.

***

Se anuncia para el 1.º de Junio el debut en Solís de la compañía argentina dirigida por Angelina Pagano, la gentil artista que en Buenos Aires mantiene bien alto el pabellón del teatro nacional, sin conceder nada a la chabacanería puesta en el escenario y cultivando un género elevado y noble.

Con la Pagano viene el primer actor Ducasse y el también primer actor José Gómez, un conocido y apreciado del público nuestro, pues realizó aquí una temporada de gran éxito artístico.

Esta compañía ha de actuar durante un mes en nuestro primer coliseo y nos dará a conocer un repertorio escogido, en el que figurarán quizá algunas obras uruguayas.

***

El 2 debutó en el Urquiza con buen éxito la compañía de Juárez, del popular Rogelio Juárez, que viene a reanudar los triunfos del año pasado.

Trae Juárez en su troupe a la tonadillera Paquita Escribano, a la bailarina Ferrer y a una "cantaora" que entusiasma con sus "gipios".

Nada más digno de mención actúa o actuará por ahora en los escenarios montevideanos.

YORICK.



JOSEFINA MELIÁ
Aplaudida actriz de Solís



JOSÉ GÓMEZ
De la compañía de Angelina Pagano

Notas y Comentarios

Debemos dos palabras — que no por ser dos serán menos sinceras y apasionadas — a todos los que directa o indirectamente han contribuído con buena voluntad a formar el basamento sólido en que se asienta esta obra nuestra, que presentamos hoy a la elevada consideración de nuestra sociedad.

Son dos palabras de agradecimiento a las personas que forman nuestras extensas listas de suscriptores, en las que figura todo lo más distinguido de nuestra sociedad.

Nuestra gratitud es también para el alto comercio montevideano que ha contribuído a dar solidez a nuestro propósito de hacer una gran revista, no escatimando sus anuncios, los cuales podrán ver nuestros lectores en estas páginas, presentados en una forma gráfica moderna y atrayente.



Fernanda Vallarino, la novelista de moda

Otros elementos han contribuído también a que SELECTA aparezca en la forma que aparece, como uno de los esfuerzos más serios (y permítasenos esta inmodestia) que se han llevado a cabo aquí en empresas de esta índole.

A todos nuestra gratitud y con todos un reparto de íntimas y hondas satisfacciones, si el éxito (como lo esperamos) premia nuestro esfuerzo.

***

En mi casa hay una inglesita que tiene el pelo de cáñamo y sus ojos de esmalte. Todas las mañanas entra en mi cuarto: — *Good morning, sir. Good morning, miss.* Y en seguida, comienza a hablar. ¿Qué dirá? Las inglesas hablan siempre, aunque sepan que no se las entiende una palabra.

Yo ya me he acostumbrado a ver a la inglesita de mi casa y no aspiro a entenderle: me conformo con la música. Luego, ya solo, me abismo en hondas reflexiones. Esta inglesita — me digo — tiene el pelo de cáñamo y los ojos de esmalte, pero, sin embargo, parece de verdad; por lo menos está muy bien imitada.

—Diga usted, señorita — le pregunté yo el otro día — ¿es cierto que ustedes las inglesas no son de carne y hueso?

—¿Y de qué somos, entonces?

Yo no lo sé. No tengo bastante espíritu poético para suponer a las inglesas hechas de nardos, azucenas y rosas, pero tampoco descubro en ellas humanidad suficiente. Un amigo que vive hace muchos años en Londres, me ha dado su palabra de honor de que las inglesas tienen corazón. Puede ser, pero falta averiguar si el corazón de las inglesas es legítimo o falsificado.

Por mi parte, yo he ensayado en Londres con cierto éxito las miradas apasionadas, pero no me hago ilusiones. Yo sé que una inglesa no matará ni morirá nunca de amor.

Uno se enamora a la inglesa y en seguida se desarrolla en él una bondad sencilla y apacible que le hace sonreir a todo el mundo y enternecerse por cualquier cosa de una manera completamente estúpida. Le dan a uno ganas de comer dulces, de hacer versos y de beber agua azucarada y se va uno a pasear por los parques a las mañanas, temprano. Por las noches se acuesta uno a primera hora y se duerme con un sueño puro, feliz.

Y es que la inglesa es una mujer inocente. ¡Tan inocente que no ve picardía en ninguna cosa! La inocencia, como estas muchachas inglesas, debe tener los cabellos rubios, las mejillas de rosa, la garganta blanquísima y una mirada muy dulce en los ojos azules. Una inglesa suele ir más lejos que una francesa, pero esto no quiere decir que las inglesas tengan más corazón. Hay algo de idílico en estas mujeres: un no sé qué, gracias a lo cual todas las cosas resultan con ellas algo así como una cándida escena bucólica. La francesa es una mujer que sabe darle una importancia casi capital a una simple mirada o a un apretón de manos. La cosa más sencilla resulta en ella excitante y terrible. En cambio, la inglesa lo epiloga todo con esa tranquila mirada de sus ojos azules que nos desconcierta.

—Esta mujer — se dice — ¿es muy engañadora o muy perversa?

—Es muy inglesa.

***

Fernanda Vallarino es una novelista que hoy está de moda en Europa.

Muy elegante Fernanda Vallarino, siempre en el gran mundo, entre discreteos de salón, dueña de palacios, de caballos, de automóviles y de *yacht*, trae la verdad auténtica, elegante y grácil de una sociedad distinguida, con sus delicadas libertades francesas, que quizás den a alguna de sus obras un marcado sabor picaresco.

La vida que hay en sus obras y que a veces reune a la literatura sobrepasándola, se debe evidentemente al *sport*. Ella dice que es su maestro poderoso y así en sus retratos se la ve vistiendo los trajes raros del *sport*: de amazona con su traje intachable y varonil, junto a sus caballos favoritos, un irlandés soberbio y dos argentinos de una figura exquisita; o de marinero, un marinero que ama con voluptuosidad el pequeño *yacht* que ha bautizado con el nombre de "Alfonso XIII" y en el que aprende, en el mar, a reposar, a poner en orden y a refinar su pensamiento.

Es extraño que una mujer tan moderna, tan representativa, escriba dramas y comedias; pero eso es, precisamente, lo que hace que sus obras tengan un valor de documento, sean como una confidencia de la mundanidad que ella ha vivido, recogiendo todas las flores para dar ese fuerte sabor de naturalidad, de gracia y de distinción sin fingimiento a sus obras.

***

Una de las figuras femeninas más interesantes de Francia es, sin duda, la de madame Paquin, esa mujer tan bella y tan distinguida que es el Napoleón de la moda. Madame Paquin es parisién y tiene toda esa gracia airosa que la mujer parisién sabe comunicar a los *chiffons*: parece que los anima con su misma vida de un modo especial. Muy culta, muy artista, dotada de una sensibilidad extraordinaria, madame Paquin ha sabido elevar el arte de la costura hasta el nivel de un verdadero arte; tanto, que el Gobierno francés ha premiado la labor patriótica de hacer conocer en el extranjero el buen gusto y la elegancia de su país, condecorándola con la Cruz de la Legión de Honor, distinción que no alcanzó jamás ninguna modista ni mujer de negocios.



Madame Paquin, la famosa modista

Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos — Montevideo

Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos — Montevideo



Doña Valentina Ila de Castellano

AÑO I — NÚMERO 2
MONTEVIDEO, JUNIO DE 1917

OFICINAS: CIUDADELA, 1387

Suscripción mensual	$	1.00
» semestral	»	6.00
» anual	»	11.00
En el Interior y Exterior: Semestral	»	6.50
» » » Anual	»	11.50

SELECTA

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZÓN



Hombre - Cumbre que se abatió cuando más impositivamente hendía las angustas serenidades del pensamiento; Conquistador del alma europea, indiferente y hermética, rendida por él en admiración ante la intelectualidad americana, tan pletórica, tan noble, tan sana, tan honda; orgullo nuestro; gloria representativa de la Raza; Maestro de la juventud de América, en cuyos destinos está el porvenir del Continente y con esos destinos la más alta glorificación del que en "Ariel" nos señaló la ruta luminosa y triunfal.

Gracias a todos

Las elogiosas manifestaciones de la prensa metropolitana y las muchas misivas y parabienes que he recibido no bien el primer número de SELECTA fué puesto en manos de los suscriptores, han colmado mi aspiración y mi contento constituyendo elocuente premio al esfuerzo realizado y dándome la exacta medida de la aceptación que mi revista ha tenido en la sociedad uruguaya.

Mi gratitud es inmensa. He deseado ofrecer una publicación digna de la cultura y de la distinción de la sociedad y aun cuando tenía conciencia de la obra que ejecutaba, confieso, sin embargo, que las demostraciones de aplauso han rebosado mucho el límite de lo que esperaba.

Esas felicitaciones (entre las cuales figuran las de las personas más encumbradas y más prestigiosas de nuestro mundo social) son una fuerza extraordinaria puesta gentilmente a la vera de mi voluntad y de mis propósitos.

La labor iniciada ha de continuar con más pujanza y más fe, para hacerme cada vez más digno de los elogios que se me han tributado y de la alta consideración en que se me ha tenido.

A todos, mi más viva gratitud.

Juan Carlos Garzón.



Una gran revista nacional. — El primer número de "Selecta". — Tenemos ante los ojos, recién salido de la prensa, el primer número de "Selecta" y después de recorrer sus páginas, dos exclamaciones acuden, espontáneas á nuestros labios. La primera de ellas es "¡Bravo!"; la segunda "¡Al fin!".

¡Bravo! si, porque se trata de una publicación que responde en un todo á su simpático y elegante título: "S lecta".

"Al fin", porque ya era tiempo de que el Uruguay contara con una revista que, como lo es ésta que acaba de nacer bajo tan buenos auspicios, fuera digno exponente del grado de progreso que hemos alcanzado.

La presentación de "Selecta" no puede ser más rica ni más chic. Impresa en papel satinado, finísimo, acusa en los talleres donde se le confecciona (los muy acreditados de A. Barreiro y Ramos) elementos de "primísimo cartello", que al honrarse á sí mismos con trabajos tan esmerados, honran á la industria nacional.

Todo el material que este primer número de "Selecta" contiene, es escogidísimo, tanto en la parte gráfica como en el texto. En la carátula. luce, en tricromía un retrato de doña Rosalía Artigas de Ferreira, dama que "vivió intensamente para su casa, modelando en sus hijos ejemplos de ciudadanos".

En el interior del número, figuran fotografías hermosísimas, de damas que fueron orgullo de nuestra sociedad y de otras que lo son actualmente. Contiene, además, notas de actualidad, de arte, de modas, etc. En resumen, un número de primer orden, que augura á "Selecta" la mejor de las acogidas. — DIARIO DEL PLATA.

* * *

Apareció "Selecta" — ¡Qué hemosa, la nueva revista de Juan Carlos Garzón! Hermosa por donde quiera que se le mire, la presentación, la parte gráfica, la literaria... La carátula es una estupenda tricromía: el retrato de doña Rosalía Artigas de Ferreira. Esfuerzos como este, honran la prensa ilustrada de un país. Garzón encontró dibujantes notables, cuya existencia ignorábamos. Es una revelación. Todo lo más chic y social está en "Selecta". Por algo se llama como se llama. — LA RAZÓN.



"Selecta" — Orgullo del progreso de las artes gráficas en el país, y elegantísimo exponente de gusto artístico que preside esta nueva publicación, "Selecta" se ha presentado reclamando el puesto de primera fila que en su carácter le corresponde, y el aplauso que no ha de serle escatimado ante la exhibición de tan vigoroso esfuerzo. Se trata de una revista que nada tiene que aprender, en cuanto á belleza de presentación, á las más lujosas del extranjero, y esta manifestación justisísima sirva de estímulo á los iniciadores de esa obra de cultura, y de apoyo para que la indiferencia no responda — como se acostumbra aquí — á una iniciativa de tanto vuelo.

No extrañará á nadie el resultado magnífico del costoso empeño al saber que la dirección de "Selecta" está encomendada á un espíritu tan distinguido como el de Juan Carlos Garzón, cuyo nombre es sólida garantía de éxito en la simpática y abrumadora empresa que nos ocupa. — LA TRIBUNA POPULAR.

* * *

Selecta Una nueva revista ilustrada ha venido á aumentar el número de las que existen en el país. Se trata sin embargo, de una gran revista, que sólo puede comparársele con "Plus Ultra" de Buenos Aires. Y así quedaría hecho su mejor elogio. Es menester. á pesar de esto ponderar como se merece el criterio verdaderamente artístico que domina en toda la revista, — dirigida por el señor Juan Carlos Garzón, de buen nombre en el periodismo — desde la presentación tipográfica á la selección y ordenación de materiales, desde el simple dibujo de adorno á la exactísima reproducción de cuadros, fotografías, objetos. etc. Es, en este sentido, una demostración de lo que puede hacerse entre nosotros en materia de revistas ilustradas. El material literario es también selecto é interesante, de acuerdo con el propósito del señor Garzón de hacer obra de cultura, de distinción, de arte y patriotismo. Al saludar la aparición de "Selecta" nos complacemos en augurarle la larga vida á que tiene derecho por los prestigios con que viene al mundo de la actividad y de la lucha. — EL SIGLO.



"Selecta". — Una gran revista uruguaya. — Acaba de aparecer el primer número de la revista "Selecta", notable publicación que hace honor a su nombre y que representa un valioso exponente del arte gráfico nacional.

La nueva revista, que aparecerá mensualmente, está destinada a obtener el más lisonjero y brillante de los triunfos.

Admirablemente impresa y mejor escrita, con profusión de notas interesantes que han de causar verdadera sensación entre sus lectores, "Selecta" importa la cristalización de un anhelo de tiempo atrás acariciado por todos los que aman la cultura de nuestro pueblo y desean hacer destacar, con rasgos elocuentes y amables las características de nuestra sociabilidad y el prestigio de sus figuras más caracterizadas.

No creemos incurrir en un pecado de vulgaridad, al afirmar que realmente "Selecta" viene a llenar un vacío en nuestro medio social. La expresión asume, en el caso presente, la honda significación de un hecho indiscutible y traduce la realidad del fenómeno que todos percibíamos desde hace tiempo: la ausencia de una revista culta, y elegante en un ambiente como el nuestro donde la cultura y la distinción nos ofrecen a diario, manifestaciones tan palmarias é inequívocas.

La presentación de "Selecta" no puede ser más rica ni más chic. Impresa en papel satinado, finísimo acusa en los talleres donde se le confecciona (los muy acreditados de A. Barreiro y Ramos) elementos de "primísimo cartello", que al honrarse a sí mismos con trabajos tan esmerados honran a la industria nacional.

Todo el material que este primer número de "Selecta" contiene, es escogidísimo, tanto en la parte gráfica como en el texto. En la carátula, luce, en tricromía un retrato de doña Rosalía Artigas de Ferreira, dama que "vivió intensamente para su casa, modelando en sus hijos ejemplos de ciudadanos".

En el interior del número, figuran fotografías hermosísimas, de damas que fueron orgullo de nuestra sociedad y de otras que lo son actualmente. Contiene, además, notas de actualidad, de arte, de modas, etc. En resumen, un número de primer orden, que augura a "Selecta" la mejor de las acogidas. — EL BIEN.

* * *

"Selecta". — El primer número. — Hemos recibido esta mañana el primer número de la revista "Selecta", cuya dirección asume el señor Juan Carlos Garzón.

El mejor elogio que podemos decir de ella es que su presentación artística y su texto armonizan perfectamente con el título que ostenta. En efecto "Selecta" aparece admirablemente impresa y llena de trabajos de positivo mérito literario, social e ilustrativo, cuyo conjunto nada tiene que envidiar a los que presentan las mejores revistas extranjeras.

Por lo tanto, augurámos a "Selecta" un éxito tan brillante como merecido. — EL PLATA.

* * *

"Selecta" — Una gran revista. — Acaba de aparecer una revista nacional que honra al país. Se titula "Selecta" y es dirigida por el conocido periodista señor Juan C. Garzón.

Presenta en su primer número, aparecido ayer, un escogido y variado material de lectura, como así mismo bellas tricromías y otros grabados, todo lo cual sabrán apreciar los que gustan del arte y la belleza.

Por lo soberbio del trabajo, no dudamos que se impondrá de inmediato, ya que su valer así lo permite asegurar sin timideces.

Al retribuir el saludo que tributa, augurámosle larga y próspera vida. — LA DEMOCRACIA.

* * *

"Selecta". — Hasta nosotros acaba de llegar el número primero de esta publicación, cuya dirección asume el señor Juan Carlos Garzón.

Su presentación artística y su texto armonizan perfectamente con el título que ostenta.

"Selecta" aparece admirablemente impresa y llena de admirables trabajos de positivo mérito literario e informativo, cuyo conjunto nada tiene que envidiar a sus similares las extranjeras.

Augurámosle vida y obra próspera, agradeciendo su envío. — EL PUEBLO.

* * *

Selecta. — Elegantemente impresa, con grabados y colaboraciones escogidas, ha llegado a nuestra redacción la revista "Selecta". Es realmente una publicación artística digna de los de buen gusto.

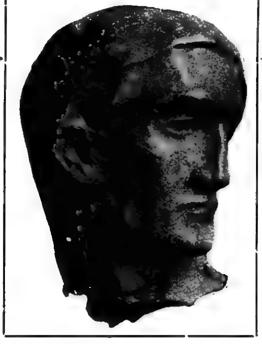
En nuestra sociedad ha sido recibida con verdadero interés la mencionada revista, superando su presentación a todas las publicadas hasta la fecha. — EL DÍA.



Da. Matilde Regalia de Roosen

DAMA que ocupa uno de los puestos más brillantes en nuestro mundo social. Altamente culta, sus salones atraen a todo lo que se impone en el país por su talento, por su posición política, por su distinción. Sus magníficas soirées son verdaderas fulguraciones de arte y de gentileza. Su espíritu pleno de bondad la ha llevado a ocupar puestos principalísimos en las instituciones benéficas de que podemos enorgullecernos. Su presidencia al frente de la Liga Uruguaya contra la Tubercolosis, fué una triunfal exteriorización de su exquisita mentalidad y de su actividad fructífera. — La tradición de su apellido acrece y se impone al unirse al del caballero Dr. Don Germán Roosen.

Los artistas que triunfan — El escultor Pablo Mañé

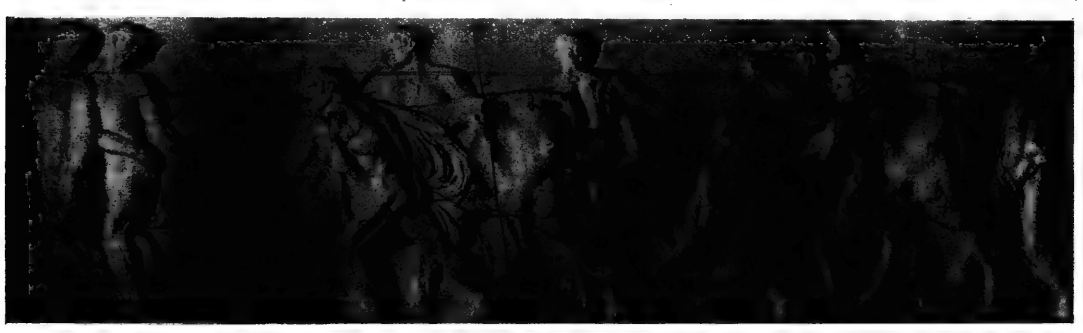


"Estudio", perteneciente al señor Eduardo Castel Castellanos

ESTIMULAR la obra que en el campo del arte realicen nuestros compatriotas y dar a conocer el producto de esos esfuerzos loables, es uno de los más firmes propósitos de nuestra revista y una de las cosas que hemos de cuidar con más dedicación y celo.

Combatir el indiferentismo que para las manifestaciones de la belleza creada por cerebros uruguayos, se suele aplicar con lamentable frecuencia aquí, es tarea que abrazamos con verdadera devoción, convencidos, plenamente convencidos, de que en nuestro país puede hacerse en ese sentido todo lo que se hace en los países más cultos del mundo.

Hemos cometido muchas injusticias, hemos desconocido más de una vez el mérito de la labor artística realizada por uruguayos de gran talento, hemos olvidado a los compatriotas ilustres que han soñado, que se han atrevido a soñar con una aureola



Magnífico bajorelieve para un friso, existente en la Escuela Nacional de Industrias

de gloria, conquistada por el esfuerzo más noble y más respetable que es el de la inteligencia, y sólo cuando las glorificaciones han venido del exterior, sólo cuando los extraños saludaron con alborozo el triunfo de un artista uruguayo, sólo entonces nos hemos detenido con un poco de asombro y no menos curiosidad a examinar el " fenómeno " reconociendo valimento y uniendo al coro de alabanzas nuestras voces quizá un poco destempladas por llegar tarde.

En una simple enumeración de nombres que hoy tenemos en gran respeto y que ya hemos colocado en el pináculo de nuestra admiración, encontramos una dolorosa demostración de esto que decimos, pues todos esos nombres los hemos desconocido hasta que en el extranjero nos los " descubrieron ".

Felizmente ya se ha iniciado una evolución justiciera en el sentido de darle a los artistas nacionales el lugar que les corresponde en nuestra consideración, reconociendo esfuerzos y premiando dedicaciones nobilísimas y encaminadas a reflejar gloria sobre el país, que de la gloria de los ciudadanos se forma la gloria de las naciones.

Con tales propósitos, hoy dedicamos esta página a la personalidad de un artista compatriota de gran mérito, que lucha tesoneramente en la conquista de la belleza y se forma un nombre en los centros más cultos de Europa. Ese compatriota es el escultor Pablo Mañé.

Joven, dotado de las más envidiables condiciones para dedicarse plenamente a una actividad artística sin limitaciones, enamorado del ideal, Mañé trabaja desde hace diez años en París, buscando en la proximidad de los grandes artistas, en la contemplación de las obras más famosas y en la influencia de un ambiente propicio para todas las sensaciones artísticas, una emulación invalorable.

Mañé ha orientado su producción artística en un sentido de gran firmeza perceptiva. No lo han seducido los modernismos más o menos efímeros. La grandeza infinita de Buonarotti ha llenado sus pupilas de verdad, y en el mármol y en el bronce el cincel ha creado figuras llenas de sana energía, de robustez valerosa y triunfal, de torsos musculosos y de rostros donde hay un soplo de vida.

Conocemos varias obras de Mañé.

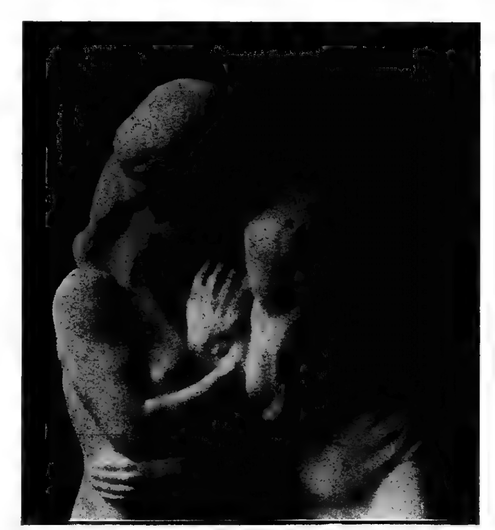
El grupo titulado: " El Frío " es de una belleza de concepción extraordinaria. En la figura femenina, núbil y tierna, el artista ha puesto todas las delicadezas de su espíritu traducidas en suavidades exquisitas de líneas. Diríase una flor humana que se marchita en la atmósfera inclemente, sacudida por el cierzo y en la nieve mortal.

En la figura masculina, el vigor de la concepción presta realidad impositiva al abrazo protector, que tiende a salvar a la niña del peligro letal del viento cruel. Tiene esa figura una bellísima expresión de honda pena, de agobio inmenso y al propio tiempo de infinito amor, manifestado elocuentemente en el gesto que protege, que abriga, que da generosamente calor al cuerpecillo que se extremece. Este grupo ha sido altamente celebrado en París, donde figuró al lado de las obras de los maestros.

En esta página reproducimos también las fotografías del bajo relieve que existe en la Escuela Nacional de Industrias y para el cual la crítica montevideana ha tenido grandes elogios.

Completa esta información de arte una cabeza, fundida en bronce, y donde la modalidad enérgica de Mañé se manifiesta también.

Mañé afirma cada vez más su personalidad artística y el porvenir le reserva todas las satisfacciones que son patrimonio de los grandes triunfadores.



"El Frío" soberbio grupo exhibido con gran éxito en París





Silla del Fundador de Montevideo Don Bruno Mauricio de Zabala



Sillón del Patricio Don Joaquín Suárez



RELIQUIAS HISTÓRICAS

ESTAS reliquias se hallan en el Museo Histórico.

Más de un visitante habrá pasado quizá ante ellas con un poco de indiferencia. "¡Un sillón viejo!... ¡Bah!" y la mirada, atraída por un cuadro o por una colección de armas, se habrá apartado de esos muebles venerables, sin pensar que en ellos descansaron hombres ilustres, y que fueron esas sillas y esos sillones objetos familiares para quienes hoy tienen toda nuestra admiración y todo nuestro respeto.

En esos sillones descansaron o trabajaron próceres ilustres. Y a través de los años, su inexpresión de "cosas", diríase que desaparece para rodearse de una como aureola de vida, que no es más que lo que imagina nuestro espíritu, al remontarse a aquellas épocas tan gloriosas y tan aleccionadoras. Parece que estos objetos, que fueron de uso diario para aquellos hombres que la historia magnifica, tuvieran la virtud de concentrar luego toda la admiración de los que veneramos a quienes se llamaron sus poseedores. ¿Acaso este respeto por las reliquias históricas no será porque en ellas o en derredor de ellas vagan los espíritus buenos de sus dueños?

En una mentalidad reflexiva este sentimiento casi inexplicable de curiosidad, de temor y de respeto ante los objetos que le fueron familiares a los hombres ilustres, es algo superior a toda convicción más o menos excéptica. Y es por eso que, aun cuando no lo queramos, nuestra mano llega al sombrero y nos descubrimos, mezclando respetuosidad para el recuerdo del patriota, del sabio, del artista o del héroe que evocamos y honda simpatía hacia el objeto que ha llegado hasta nosotros como la expresión de una modalidad del personaje glorioso que lo poseyó.

¡Y cuánto más intenso este sentimiento de simpatía, cuando nos detenemos ante esos muebles donde patriotas y héroes descansaron, bien para reparar fuerzas, o bien para presidir reuniones trascendentales en el futuro de nuestra vida institucional!

Esos sillones y sillas que damos hoy a nuestros lectores como una nota de gran interés, pertenecieron a hombres de alta importancia representativa en la historia de nuestro país.

Figura en esa valiosísima colección, la silla que habitualmente usaba el fundador de la ciudad de Montevideo don Bruno Mauricio de Zabala, personalidad la más representativa en los lejanos tiempos de la colonización, mariscal de campo del Rey de España, gobernador de Buenos Aires y hombre de una energía y de una iniciativa excepcional. Zabala estuvo por primera vez en lo que luego fué Montevideo, con el objeto de batir a los portugueses, ordenando entonces la construcción del Fuerte San José, primera obra que se hizo aquí.

Uno de los sillones cuya fotografía ofrecemos perteneció al ilustre general argentino don José Rondeau, cuya personalidad está tan estrecha y tan gloriosamente vinculada a nuestra historia patria. Comenzó aquí su carrera militar, junto con Artigas, en el Regimiento de Blandengues. Su nombre está grabado en el libro de las grandes victorias americanas con la jornada gloriosa de 1812 en el Cerrito.

A Lavalleja pertenece otro de los sillones que reproducimos. El jefe de los Treinta y Tres reposó en él sus fatigas inmensas de soldado valiente y ejemplar. Y en este punto no resistimos a la tentación de transcribir unos párrafos del historiador Bauzá sobre esta figura patricia.

"Lavalleja no fué un estadista ni un táctico: fué sencillamente un héroe, en la acepción de la palabra. Como todos los héroes, tenía el aturdimiento genial que excluye la reflexión, y que sólo es grande cuando toma consejo de sí mismo en el peligro. Oficial obscuro en las postrimerías de la guerra de Artigas, llama repentinamente la atención del país al caer prisionero de los portugueses, luchando él solo contra un escuadrón. Su figura varonil se destaca por ese hecho entre la multitud guerrera de su tiempo, y todos presienten que aquel brazo formidable será capaz de esgrimir la espada de la Re-



Silla del Constituyente Don Alejandro Chucarro



Sillón del jurisconsulto Dr. Joaquín Requena



Sillón del General Juan A. Lavalleja



Silla de Don Felipe Alvárez Bengochea
Secretario de la Asamblea de la Florida.

ocupaciones, y con ello otros objetos de uso familiar, más en consonancia con la manera de aquellas gentes, con sus pasiones, con sus anhelos, con su vivir.

Como decíamos al comienzo de esta nota, nunca como ante muebles de esta severidad, se siente más hondamente la influencia venerable del pasado, de ese pasado que tanto desconocemos o hemos olvidado y que tan profundas enseñanzas guarda.

En nuestra visita al Museo Histórico, donde la gentileza de su Director, señor Luis Carve, puso a nuestra disposición estas reliquias, tuvimos oportunidad de experimentar ese profundo sentimiento de respeto por esos objetos que pertenecieron a nuestros ilustres abuelos.

No es que nos lleve a ello una exagerada veneración por todo lo antiguo, por todo lo que tenga la pátina del tiempo evidenciando su actuación en épocas pasadas. No es un afán de encontrar todo lo viejo mejor que lo nuevo, todo lo del pasado mejor que todo lo del presente.

Nada de eso.

pública cuando suene la hora de las reivindicaciones."

A la figura noblemente patriarcal de Joaquín Suarez la contemplamos ocupando uno de esos sillones que hoy constituyen una de las notas más interesantes de las colecciones del Museo Histórico Nacional. Joaquín Suárez es una de las personalidades más grandes de la época de la Independencia. Fué guerrero, fué estadista, fué el alma del gobierno de la Defensa, acompañó a Artigas en el famoso Exodo, secundó con todos sus medios la empresa de los Treinta y Tres, fué miembro de la gloriosa Asamblea de la Florida y presidente de la República.

Al ilustre codificador Joaquín Requena perteneció otro de esos sillones. La rectitud, la probidad, el talento y la ilustración de este compatriota fueron elementos inapreciables puestos al servicio de la Patria en la época difícil de su organización institucional.

Del ilustre patriota don Alejandro Chucarro, fué una de las sillas, nunca mejor calificadas que de reliquias. Con justa expresión un historiador ha dicho de este prócer:

"Difícilmente se encontrará una existencia más larga, empleada toda ella, desde la adolescencia en el servicio de la Patria. En sus últimos tiempos, ocupando una banca en el Senado, aún hizo oir su voz debilitada por la edad, siendo su palabra escuchada con el respeto religioso con que se escuchan las notas solemnes de nuestro Himno Nacional."

Tienen esos sillones y esas sillas un algo de aquella solemnidad patricia, que tanto añoramos cuando nos llaman la atención esas futilezas que ha creado la mueblería moderna para halago de un sentimiento que no sabríamos calificar si de inestable o de ligero y que domina en nuestro espíritu dado a todas las veleidades, a todos los caprichos, a todos los exotismos.

Otros hombres, otras épocas, otras pre-



Sillón del General José Rondeau

Sabemos valorar lo que de meritorio, artístico, cómodo y útil nos ofrecen estos tiempos nuestros; pero nadie negará que en las épocas idas muchas, muchísimas cosas, desde las alhajas y las obras de arte, hasta los objetos de uso común, tenían no sólo un aspecto de majestad, de señorío, de amplitud, sino que todo estaba construído en forma sólida, para resistir a los embates del tiempo, sin dobleces, sin complicaciones que le quitaban resistencia y que hoy tan frecuentemente encontramos en los objetos de uso corriente.

En estos sillones y sillas que han pasado a la veneración de nuestros días por virtud de los que fueron sus dueños (personajes altamente representativos en las distintas épocas del coloniaje y de la independencia, ese aspecto de solidez, de fortaleza, de amplitud y de señorío, está perfectamente evidenciado.

No hay más que contemplar con un poco de detención esos ejemplares. Todas las distintas partes de esos muebles tienen siempre un detalle, un rasgo, algo, en fin, que dice bien claramente eso que antes hemos afirmado.

Muebles propios de aquellos hombres que conocían la exacta medida de todas las pasiones y las necesidades de su época, que llevados por los dictámenes de su voluntad inquebrantable llevaron a cabo sus ensueños y sus ideales, creando ciudades, formando pueblos, libertando multitudes, guiando sentimientos colectivos y siempre con noble inspiración, equivocados o no, pero sin doblez y con admirable fe.

Y cuando ya nos retirábamos, en la penumbra que invadía el gran salón del Museo, contemplamos de nuevo los majestuosos sillones y por un esfuerzo de nuestra imaginación, los vimos ocupados por sus gloriosos dueños, figuras austeras, de una dignidad soberana, altivos, solemnes, radiantes de patriotismo, de nobleza, de energía, caracteres de hierro, propios de una época de lucha, de pasiones violentas y de formación de nuestra nacionalidad.

El Cronista.



Nuestras compatriotas en la diplomacia

La dama gentilísima que da brillo a esta página es una de nuestras compatriotas más distinguidas y más bellas que en el extranjero y en las altas esferas de la diplomacia imponen los prestigios de la mujer uruguaya, como verdad de elegancia y de cultura.

Doña Isabel Rodríguez Marcenal es una de nuestras damas jóvenes que han lucido más en el extranjero. Hija de la respetable dama doña Amelia Marcenal y del general don Osvaldo Rodríguez, de brillante figuración en nuestra sociedad, contrajo enlace con el distinguido caballero argentino doctor Rómulo Naón, uno de los elementos más representativos de la Nación Argentina, que cuenta dentro y fuera de su país con una aureola de hidalguía y de alta ilustración. La personalidad del doctor Naón habla mucho en favor de la diplomacia de la República hermana, por cuya grandeza y prestigios, labora con inquebrantable energía, elevando en el criterio del Gobierno de la Unión, el concepto principalísimo en que allí se tiene a la Nación de allende el Plata.

El doctor Naón se inició brillantemente en la carrera política, en la cual dejó en todo momento rastros luminosos de su vasto talento, de su ilustración, de sus sanas ideas.

Después de ocupar con todo acierto altos cargos en el Gobierno de la República hermana, y dejar profunda huella en el Ministerio de Instrucción Pública, ingresó en la diplomacia, ocupando desde hace varios años la Embajada Argentina acreditada ante el Gobierno de los Estados Unidos de Norte-América.



Señora Isabel Rodríguez Marcenal de Naón



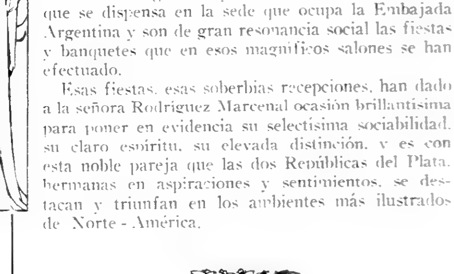
Excmo. Señor Embajador de la República Argentina en Wáshington, Dr. Rómulo Naón

Junto a una personalidad tan elevada, nuestra compatriota ha brillado con todos los fulgores de su elegancia y de su belleza. Dama de tanto relieve ha contribuído a que en el gran mundo de la capital de la Unión conozcan las gentilezas de nuestra sociedad, la exquisita modalidad de las damas uruguayas, de todo lo que de efectivo tiene nuestra sociabilidad en las actividades culturales.

Por eso, puede decirse, que si el doctor Naón hace que la diplomacia argentina sea una fuerza respetable y elevadamente juzgada en las esferas oficiales norteamericanas, la gracia exquisita, la señorial distinción de la señora Isabel Rodríguez Marcenal, hace que nuestros prestigios sociales alcancen en medio de la aristocracia de la gran nación americana, un concepto verdaderamente envidiable y por el cual bien podemos enorgullecernos.

En Wáshington es ya proverbial la hospitalidad que se dispensa en la sede que ocupa la Embajada Argentina y son de gran resonancia social las fiestas y banquetes que en esos magníficos salones se han efectuado.

Esas fiestas, esas soberbias recepciones, han dado a la señora Rodríguez Marcenal ocasión brillantísima para poner en evidencia su selectísima sociabilidad, su claro espíritu, su elevada distinción, y es con esta noble pareja que las dos Repúblicas del Plata, hermanas en aspiraciones y sentimientos, se destacan y triunfan en los ambientes más ilustrados de Norte - América.



EL MATE
Una colección valiosa

La sencillez patriarcal de las casas de antaño, admitia el uso del mate como elemento de obsequio durante las reuniones más o menos íntimas.

Es indudable que sólo a personas principales se servía la infusión en esos mates tan valiosos. Era un homenaje y una satisfacción de vanidad que se permitían las familias patriarcales.



La magnífica colección de mates de la señora Amalia Muñoz de Bonilla



En el mate se hacían combinaciones extraordinarias de gustos. No era sólo la yerba la que cedía sabor a la infusión. Con la yerba se mezclaban otros elementos que daban sabrosísimo gusto al mate, transformándolo en una bebida agradable y delicada.

Cuando el cosmopolitismo comenzó a barrer con las tradicionales costumbres, el mate fué condenado por la moda y desterrado primero de las casas principales, fué batiéndose en retirada hasta quedar atrincherado en las casas modestas, en las casas del pueblo, que salvó de un absoluto destierro esta costumbre tan nuestra.

De esta costumbre patriarcal han quedado vestigios dignos de ser admirados.

Una distinguidísima coleccionista, la señora Amalia Muñoz de Bonilla, posee una admirable colección de mates, de las épocas del virreinato y de la independencia. Los hay que son verdaderas obras de arte y todos ofrecen motivo de elogio.

Son de plata, trabajos delicadísimos de cincel, verdaderas filigranas. Los hay que unen a su mérito artístico, su quizá mejor mérito histórico, pues los usaron los hombres de mayor significación de aquellas épocas, los que actuaron en los días gloriosos de nuestra organización nacional.

La riqueza de estos ejemplares dice bien a las claras de qué casas proceden y cómo cifraban las familias de antaño en esos adminículos buena parte de su orgullo.

Contemplando estos hermosos mates comprende uno los cuidados, las atenciones, la amable hospitalidad de nuestros abuelos; pues eran los artísticos adminículos una exteriorización obligada de tanta fineza, de la fineza patriarcal, sencilla, sin complicaciones, pero efectiva.

El trabajo de cincelado que esas verdaderas joyas ostentan, es una maravilla. En los diversos ejemplares se encuentran detalles de alto mérito en el arte de la platería. Los gustos más exquisitos y más extraños dan hermosa variedad a esta colección, una de las más notables que existen en el Río de la Plata.

Viendo estos mates nos explicamos la trascendencia que para nuestros ascendientes tenía la ceremonia familiar de servir un mate a un visitante de categoría.

No hay más que ver los ejemplares que el buen gusto, la exquisitez de la señora Muñoz de Bonilla ha coleccionado, para darse acabada cuenta de que sólo en manos distinguidas pudieron lucir, durante los dias tan característicos del virreinato y de la Independencia.

Ante esa colección se evocan aquellas épocas tan llenas de encantos, tan amables, tan de "una línea" y se imagina lo curiosos que debieran resultar aquellos salones, si pudieran ser vistos hoy por nosotros, por nuestras pupilas acostumbradas a todos los refinamientos y a todos los boatos.

Hidalgos o patricios formando tertulia en las severas salas. Familiaridad delicadísima, gentileza, y como un lazo de mayor unión el hermoso mate circulando entre los concurrentes.

Hoy resultaría tan rara esta costumbre; rara y peligrosa, máxime cuando contra ella tanto predican y anatematizan los higienistas.

Es aquéllo algo que pasó para siempre...

La colección de la señora Muñoz de Bonilla es por todos conceptos admirable. Por la variedad de los ejemplares, por la riqueza de todos ellos, por la importancia histórica de algunos y por la originalidad de la misma; originalidad y riqueza que habla muy alto de la cultura de su distinguida poseedora.



Los ejemplares mas hermosos y más artísticos de la colección



Chez Platero Idiarte Borda



CON verdadera, con íntima, con grande satisfacción vamos a llevar al papel las intensas y agradabilísimas emociones experimentadas en la hermosísima fiesta que la distinguida señora doña Sofía Platero de Idiarte Borda ofreció a sus relaciones. Y esa íntima y grande satisfacción reside no sólo en el placer y el honor que entraña el haber asistido a tan suntuoso recibo, sino en la constatación de que en nuestro gran mundo perdura y perdurará el noble afán de cultivar el más alto espíritu de sociabilidad, no dejando, asimismo, que los prestigios sociales montevideanos se debiliten al no mantenerlos con manifestaciones tan caracterizadas y tan magníficas como lo fué la fiesta que nos ocupa.

Recepciones de esta índole, no solamente hablan elocuentemente de la distinción y cultura de nuestra sociedad, sino que a los ecos de su éxito y a los fulgores de su aureola, crece y se impone siempre más la fama de nuestros salones, y la demostración de alta cultura de que nos podemos preciar ante los otros países del continente y aun de Europa.

Por eso decíamos antes, que al recordar los detalles más salientes de la fiesta ofrecida por la señora Platero de Idiarte Borda, experimentábamos grande e íntima satisfacción. Va en este sentimiento un fondo de bien entendido amor a lo que es nuestro, a lo que nos honra, a lo que nos enaltece.

Y por todo ello, declaramos que la pluma se desliza rápidamente sobre las carillas y a la mente acuden las gratísimas visiones y halagos que nos deleitaron durante la soberbia recepción que tuvo como sede la suntuosa residencia de la calle Colón.

El fino sentido artístico de la dueña de casa, su ilustración ejemplar, su principesco vivir en pináculo de prestigios y de reverenciaciones, han acumulado en mansión tan selectísima riquezas de arte y de belleza, que no tienen nada que envidiar a los palacios más severamente alhajados de las casas señoriales del Viejo Mundo.

Cuando llegamos a sitio de tal belleza, brillaban las salas en totalidad de luz y de encanto de fiesta.

Penetramos, y desde ese instante nuestra voluntad, nuestro pensamiento, todo nuestro sensorio quedó cautivado en la magnificencia, en el esplendor, en la suntuosidad que nos rodeaba.

Las maravillas que las épocas idas nos han legado y que el espíritu selectivo de una amateur tan exquisita como es la señora Platero de Idiarte Borda ha acumulado en sus salones, reclamaba nuestra atención con imperio a cada instante renovado. En las vitrinas, en los pedestales, en los chiffoniers lucían los objetos de gran valor que dan intenso relieve de suntuosidad a una sala.

Colgaduras riquísimas dando majestad a las puertas; cuadros valorados por firmas célebres cubriendo las paredes; encajes de Inglaterra y de Brujas exornando las vitrinas y sobre los sutiles dibujos de estos tejidos que parecen laborados por manos de hadas, la esplendidez de los delicadísimos camafeos, caprichosos, mostrando el admirable cincelado; miniaturas maravillosas, donde el dibujo y el colorido rivalizan en perfección; abanicos deliciosos; piezas magníficas de Sevres, del Sevres de otras épocas que extraía de sus hornos porcelanas que eran casi impalpables de tan finas; adornos de oro, de plata, de bronce, y todo ello colocado con soberano gusto, con exacta composición de lugar y de armonización, formando como una soberana armonía de tonalidades, de brillos, de forma.

Deteniéndonos en los detalles, acude a nuestra memoria una estupenda mesa de época, toda construída en bronce repujado, y sobre la cual se erguían dos magníficos candelabros también de bronce, esmaltados en negro y rematados por dos fanales de cristal, los cuales eran como una evocación de aquellos días luminosos de la Independencia. "En pendant" con la riquísima mesa, llama la atención un "chiffonier" en el cual luce con la majestad de su tiempo y de su riqueza un centro y dos jarrones de Sevres.

Y la mirada continúa en contemplación de magnificencias: mármoles, bronces, telas, antigüedades y delicadísimas manifestaciones del arte moderno.

El piano ocupa sitio principal del salón y sobre él, cubriéndolo, un estupendo manto de encaje de Inglaterra desliza sus armoniosos pliegues recogidos por suntuosos calabrotes de oro...

Junto al piano, una silueta femenina destaca su línea elegante: es la señorita Luisa Valdez. Va a cantar. Los concurrentes, diseminados por toda la casa han acudido al anuncio de que la distinguidísima dilettante va a hacer oir su voz y como si todos obedecieran a un conjuro se reunen en el gran salón y se hace un silencio, un silencio de espera en ansia de algo superior. Y surge de ese silencio la voz admirable de la señorita Valdez como una clarinada de triunfo, como una imposición heroica, dando toda su esplendidez a las notas de un canto guerrero de Wagner.

Una ovación, una gran ovación, saluda a la notable cantante, orgullo de nuestros salones, y los aplausos perdurán tanto, los homenajes adquieren tal expresión admirativa, que la admirable voz de soprano se oye de nuevo, deleitándonos entonces con las delicadezas de una romanza de Duparc. Otra ovación despertó todos los ecos de la casa y el triunfo de la señorita Valdez fué una vez más definitivo, absoluto, arrollador.

Calló el piano y los asistentes tuvieron entonces un nuevo deleite: la señorita Margarita Idiarte Borda recitó "L'eternelle chanson" de Mme. Rostand, y a los aplausos con que se premió a la distinguida señorita, se unieron los aplausos que saludaron a la señora Violeta Supervielle de Lasala y los que obtuvo tan ruidosos como los anteriores la señorita Julia Villegas Shaw.

El selecto momento de armonía y lirismo terminó, aún cuando la concurrencia toda hubiera deseado que se prolongara, y poco después se pasó al amplio comedor de honor. Allí, como en las salas, el buen gusto, la justa orientación artística, han distribuido muebles, cuadros, mármoles y bronces. Una estatua de Moisés, de tamaño natural, llama poderosamente la atención de todos y tal obra de arte presta al severo recinto una nota de verdadera realeza.

Sobre la gran mesa se tendía, detallando la suntuosidad del recinto, un mantel donde se mezclaba el encaje filet con el encaje de Venecia. En floreros y centros desbordaban las flores, una policroma variedad de corolas que perfumaban deliciosamente el ambiente. Amortiguadas, llegaban hasta el comedor las melodías de una orquesta ubicada en la planta baja del edificio

Y en esa planta baja se rindió culto a la danza. Las encantadoras parejas se entregaron a las delicias del baile y al pasar en giros ráudos, fueron como un triunfo de juventud y de elegancia.

Nuestra impenitente ansia de descubrir maravillas de mueblaje y decorado, pudo extasiarse en la contemplación de un salón rojo, donde se admiraron magníficos muebles de caoba y jacarandá, algunos con valiosísimas incrustaciones de bronce.

Y siempre impulsados por nuestra manía, la curiosa mirada penetró hasta un soberbio salón-escritorio, cuyas paredes están cubiertas de grandes panoplias de armas antiguas, de mil formas, de distintas épocas, aceros valiosos y de leyenda.

En marco tan admirable, tan majestuoso, en medio de tantas riquezas, la concurrencia realzó su brillo. Y nunca las damas concurrentes fueron mejor admiradas, nunca mejor puestas ante la exultación de nuestra más refinada galantería, que en esos salones colmados de riquezas.

Las recuerda nuestra mente en deliciosa evocación y volvemos a ver a la distinguida dueña de casa, doña Sofía Platero de Idiarte Borda, avanzando en triunfo de realeza, ataviada con un elegantísimo traje negro y realzado su porte señorial con joyas deslumbrantes, de las que se destaca un hilo de perlas maravilloso.

La señora María Angélica Platero de Wilson acompaña a su distinguida hermana en las finas atenciones para todos los invitados, y luce una riquísima toilette blanca y negra, magnificada por adornos de encajes y joyas rutilantes.

Y en delicioso grupo, con brillo de constelación, surgen en nuestra memoria las siluetas de las señoras Valentina Butler de Fyn, Julia Villegas de Shaw, Camila Mañé de Hughes, Josefina Gómez de Pastori, Carmen Lasala de Peixoto y Clotilde Lussich de Hughes.

Rodeando a la gentilísima señorita Margarita Idiarte Borda Platero, y formando un grupo delicioso donde la belleza y la gracia se disputan soberanía, vimos a las señoritas: Adelaida Cranwell, Ernestina Muñoz Oribe, Valentina Fyn, Esther Alvarez Mouliá, María Luisa Díaz Fournier, Julia Shaw Villegas, Silvia Victorica, Margarita Benzano, Corina Morales Berro y Clotilde Santayana. Y en este punto de nuestra crónica, entornamos los párpados, reconcentramos el pensamiento, y "viendo" de nuevo todo lo visto en la suntuosísima recepción, otra vez se sumerge nuestro espíritu en la delicia de los momentos gustados, que fueron muchos y muy intensos.

Cyrano.

God save the King



HOMENAJE a la gran nación británica, que cumple sus destinos y afirma su poderío, es esta página, que dedicamos al Monarca inglés, S. M. Jorge V, Rey de Inglaterra y Emperador de las Indias.

Para celebrar el natalicio de este soberano ninguna nota más interesante que esta que engalana la página. En esa fotografía aparece la familia real e imperial en los representantes de cuatro generaciones: la Reina Victoria, primera soberana inglesa que ciñó la corona imperial de las Indias; el Rey Eduardo VII, el actual monarca y el príncipe de Gales. Cuatro generaciones, en sus personalidades más representativas y para quienes el pueblo inglés guarda tanto cariño, tanto respeto, y rinde tanta pleitesía.

Al Rey Jorge V le ha tocado gobernar al gran reino y al gran imperio en una época terrible, como no la pasara nunca ni Inglaterra, ni Europa.

Su ciencia política se ha manifestado plenamente, y con ella pudo realizar el alto ideal de unificar pareceres, de reunir actividades y de acallar casi por completo las divergencias que en el reino, como en toda nación moderna, agitan pasiones y dividen a los hombres.

En este sentido no cabe más que admiración para este monarca, el cual, por otra parte, ha procurado en todo momento mantener incólumes las buenas relaciones que unen al gobierno inglés con nuestro país.

Y en este sentido el soberano no hace más que coadyuvar a los deseos de la laboriosa y honestísima colonia inglesa en el Uruguay. Todos los componentes de esta colonia son hombres que nos han traído su energía de acción, sus iniciativas altamente progresistas, su espíritu de empresa, fecundo en resultados beneficiosos para nuestro país.

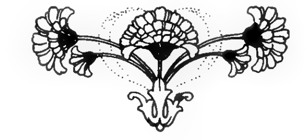
De modo que por un elemental deber no ya de cortesía, sino de aspiraciones comunes, puesto que ellos contribuyen al engrandecimiento de nuestra patria, nosotros como ellos sentimos regocijo al celebrar el natalicio del Soberano de Inglaterra.

Desde los tiempos lejanos del coloniaje, cuando estas tierras estaban en el momento álgido de las floraciones nacionales, la sangre inglesa se mezcló a la sangre nativa y siempre dando resultados indiscutibles de nobleza, de honestidad y de rectitud.

No importa que en ciertos instantes de turbulencia y de error, patriotas e ingleses se hayan encontrado frente a frente. Aquello no fué más que una ráfaga, una nube tempestuosa en un cielo sereno.

Después las actividades de los hijos de Albión han hecho que en nuestro país se llevaran a cabo grandes y beneficiosas empresas.

En el mes del natalicio de S. M. Jorge V formulamos los más fervientes votos para que la paz reine pronto en Europa y para que el pueblo inglés pueda desarrollar sus enormes actividades, en beneficio del progreso y del bienestar de la humanidad.



El Patronato de Damas



HEMOS prometido ocuparnos, con la dedicación que merecen, de las instituciones benéficas que, dirigidas inteligentemente por señoras, dan a nuestro país, prestigios envidiables y alta consideración en el extranjero.

Consecuentes con esa promesa damos cabida en estas páginas a una nota referente al Patronato de Damas que tiene superintendencia en la Cárcel de Mujeres.

Llevados de nuestro decidido afán en ofrecer a nuestros distinguidos lectores una información interesante, realizamos una visita al mencionado establecimiento penal.

Y como consecuencia de esa visita no tenemos más que elogios para su organización, para sus métodos de trabajo, para su excelente sistema de redención aplicado a los espíritus conturbados de las reclusas, pobres almas en las que el delito ha puesto una sombra.

La Cárcel de Mujeres se halla ubicada en la calle Fe, mirando su frente hacia la amplia extensión del barrio denominado "La Comercial".



Señora Doña Elvira Abella de Hordeñana
Presidenta del Patronato de Damas

El Patronato de Damas desarrolla en el austero edificio su acción benefactora, misión noble y desinteresada, que habla elocuentemente de la nobleza de sentimientos de la mujer uruguaya, tan dada a las obras buenas, tan plena de amor para los humildes, para los desdichados, para los que necesitan pan y necesitan de la piedad que todo lo perdona, que todo lo suaviza, que todo lo redime.

Las damas que componen este Patronato sólo tienen la recompensa que da el ejercicio de la abnegación al servicio de una obra de amor, obra que se practica con todo desprendimiento, obra de redención para las desdichadas reclusas que encuentran en estas damas junto a una palabra que invoca al deber y al arrepentimiento, una sonrisa que les demuestra todo lo que puede y todo lo que vale ser bueno, no dejarse llevar por arrebatos y malas pasiones, amar a nuestro prójimo y no guardar maléficos rencores.

En la Cárcel de Mujeres se alojan sesenta encausadas, todas las cuales a las exhortaciones, a la dulzura convincente de las hermanas que tienen a su cargo la vigilancia y orden interno de la casa de corrección, realizan trabajos útiles, aprenden oficios, emplean sus energías en labores diversos. Mientras recorremos la Cárcel las vimos bordando a unas, cosiendo a otras, planchando a aquéllas y lavando a las de más allá.

En nuestra visita por el establecimiento tuvimos el honor y la satisfacción de ser acompañados por la superiora de la Cárcel, Sor María Filomena de Jesús, espíritu superior, inteligencia cultivadísima, bondad infinita, exacta orientación cristiana en el desempeño de su nobilísima misión. Sabe Sor María Filomena de Jesús la inmensa responsabilidad que lleva sobre sí al regentar, vigilar y dar exacto cumplimiento a la tarea que le está encomendada.



Sor María Filomena de Jesús
Directora de la Cárcel de Mujeres

La distinguida hermana es oriunda de la ciudad de Córdoba y descendiente de una de las familias más principales. Gracias a ella conocimos el régimen interior de la Cárcel, la forma en que son tratadas las reclusas, cuál es el sistema de corrección que allí se emplea y los frutos buenos que ese sistema reporta. Obra paciente y hermosa de regeneración, de cura espiritual, de reparación para las desdichadas que allí envía le ley, inexorable y severa.

De las reclusas no pudimos obtener fotografías porque ello está prohibido por el Consejo Penitenciario, pero en cambio a la amabilidad de Sor María Filomena de Jesús debemos el haber conocido en todas sus dependencias esta casa triste a la que conduce el delito y en donde la piedad lleva rectamente al arrepentimiento.

El sistema todo bondad, de serena energía que allí se practica, realiza milagros. Los espíritus conturbados encuentran un lenitivo en la dulzura de las hermanas, en su persuasión, en su ejemplo de bondad y de sumisión.

En nuestra visita las vimos, como decimos antes, ocupadas en diversos labores. Todo nos dejó asombrados por el orden y la limpieza que se observa doquier. En los lavaderos, en las cocinas, en los amplios dormitorios, en los comedores, en todos lados encontramos reclusas, cuyos ojos llenos de melancolía nos contemplaban con curiosidad. En una de las galerías internas tuvimos ocasión de admirar un magnífico Corazón de Jesús que ha sido regalado al establecimiento por la señora Margarita Uriarte de Herrera.

Al frente de la Comisión de Damas, que constituyen el Patronato de la Cárcel, se halla la distinguidísima señora doña Elvira Abella de Hordeñana. Vinculada esta dama, a esa obra desde que ella fuera fundada, ejerce hace ya algunos años la presidencia de esa autoridad fiscalizadora en la organización interna de la Cárcel.

Muchos desvelos y grandes preocupaciones cuesta a las damas de esta dignísima Comisión el cargo que en ella desempeñan Pero a la vo-

luntad, a la bondadosa influencia, a la inteligente y oportuna intervención de la dama que ocupa el puesto más representativo y de más responsabilidad en esa Comisión, se debe el perfecto funcionamiento de esa Casa Correccional. Y por ello y porque su bondad es infinita y su dedicación a todo lo que sea una obra de misericordia llega a los límites del sacrificio, el nombre de doña Elvira Abella de Hordeñana está desde ya escrito en el honrosísimo libro de las que cumplen el precepto evangélico de socorrer al desvalido.

Acompañan a tan noble dama en la Comisión del Patronato las distinguidas señoras: Amalia Castellanos de Carvalho, Elvira Horne de Romero, Isabel Barrozo de Saavedra, Antonia Garzón, Margarita Uriarte de Herrera, Carmen Martínez de Williman, Isabel Reyes de Rodríguez, Ana Vázquez Sagastume de Piera, Fanny Jaureguiberry de Castro, Gregoria Alvarez de Díaz, Isolina Eastman de Vidal Belo, Bernardina Illa de Sardá,



Solana Reyes de González y Angela Cuestas de Grunwald.

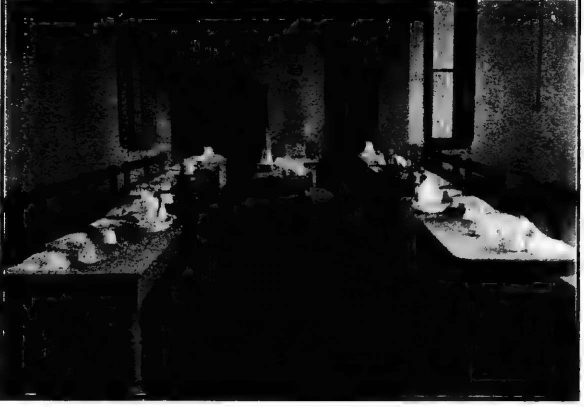
La obra que realizan las Damas del Patronato en colaboración inteligentísima con las Hermanas que tienen a su cargo el orden y el sistema correccional que en el interior de la Cárcel se pone en vigencia, produce resultados verdaderamente asombrosos.

Es indudable que el alma femenina es siempre más maleable, más accesible a los dictados de la bondad y a las imposiciones del arrepentimiento. Una mujer que ha cometido un delito está más cerca de la regeneración que un hombre. Para ello influyen, el fondo de ternura que siempre existe aún en los espíritus femeninos más cerrados al sentimiento, y también el factor importante, esa condición de humildad que tanto embellece a la mujer y que obra en primera línea cuando, como en el caso de las recluídas en la Cárcel de Mujeres, necesitan ser accesibles a la acción de un régimen que es más regenerativo que penal.

En este terreno, fecundo a las imposiciones del deber, del consejo y de la reflexión, la acción de las Hermanas obtiene el más bello y más completo de los resultados.

Año tras año, cuando la Alta Corte de Justicia realiza la visita reglamentaria a los establecimientos penales, se pueden constatar los progresos que día a día se realizan en la Cárcel de Mujeres, los buenos efectos que se obtienen al encaminar a las reclusas en una vía de arrepentimiento y de bondad.

No es sólo a base de perseverante convencimiento y de suave disciplina que las buenas religiosas realizan su obra. También hay un factor importantísimo complementando la labor que se obtiene con la prédica, y ese factor es el trabajo.



Los amplios comedores de las reclusas



Los dormitorios

Hemos dicho antes que en nuestra visita a la Cárcel observamos que todas las penadas se dedicaban a una tarea. En esa contracción obligada al trabajo, las rebeldías se acallan, la calma vuelve a las almas presas de encontradas pasiones; en la satisfacción de la labor realizada hay una íntima alegría y una noble emulación que despierta ansias de mejoramiento, y así, lentamente, con lentitud pero con seguridad, como gota de agua que va horadando la piedra, así la regeneración germina en las delincuentes y al cabo del tiempo, la prisión devuelve al mundo una mujer útil, buena, con todos los nobles sentimientos en vibración continua; ser útil a la sociedad y a sí misma.

Nuestro país se distingue indudablemente en el continente y acaso fuera del continente por su avanzado y excelente sistema de reclusión penal y también por los edificios que se destinan a ese fin. Aun cuando en el ultimo punto la Cárcel de Mujeres no puede ser mencionada, en cambio en lo que al sistema y organización se refiere, debe ser colocado este establecimiento en primera línea.

Con verdadera satisfacción así lo hacemos constar, dando en la realización de obra tan buena gran parte al Patronato de Damas.

Decimos que como edificio este establecimiento penal no tiene nada de moderno.

Aprovechado un local que ni remotamente fué construído para ese objeto, se introdujeron en él reformas que lo habilitaron en todo lo posible para dar alojamiento a las detenidas.

Esas reformas han dado un poco de comodidad para todas las dependencias de la Cárcel, pero sin embargo no



es eso ni con mucho lo que se necesita.

Teniendo un establecimiento construído de exprofeso, los talleres que funcionan en su interior tendrían amplitud, y se podrían llevar a cabo en ellos tareas complementarias, prestando no sólo beneficio a la casa sino que también de aplicación a los establecimientos de caridad.

En los talleres de lavado y planchado se podrían entonces instalar máquinas perfeccionadas, que simplificarían el trabajo, lo harían más intenso y sería mucho más educativo para las reclusas.

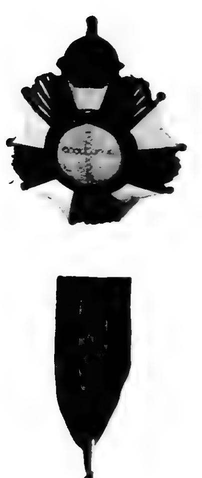
El Consejo Penitenciario realizaría obra buena buscando el medio de poder construir una Cárcel de Mujeres dotada de todas las comodidades y exigencias que se establecen en el moderno concepto de la penalidad.

De esta suerte la obra del Patronato podría ser más extensa, y en ella se aplicarían ámpliamente las nobles iniciativas y las desinteresadas actividades de las distinguidas señoras que componen esa corporación.

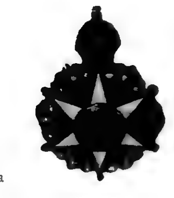
Pero si lo de mañana podría ser meritísimo, lo de hoy es digno de los mayores elogios.







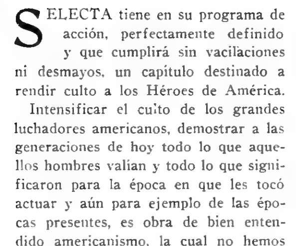




El Almirante Barrozo

Baron de Amazonas









SELECTA tiene en su programa de acción, perfectamente definido y que cumplirá sin vacilaciones ni desmayos, un capitulo destinado a rendir culto a los Héroes de América.

Intensificar el culto de los grandes luchadores americanos, demostrar a las generaciones de hoy todo lo que aquellos hombres valian y todo lo que significaron para la época en que les tocó actuar y aún para ejemplo de las épocas presentes, es obra de bien entendido americanismo, la cual no hemos de trepidar nunca en llevar a cabo y en la medida de nuestras fuerzas.

Glorificar a los héroes es honrarnos y honrar al continente que los cuenta entre sus hijos. Nada, pues, más encuadrado en una norma de propaganda patriótica y nada que pueda despertar más hondamente las simpatías de los que tienen para el pasado y sus hombres el respeto que merecen.

No sólo debemos gloriar a nuestros luchadores. También cabe nuestro respeto, nuestra admiración y nuestro recuerdo para los héroes de las demás naciones de América. En ello va una retribución de homenajes a que nos lleva nuestro igual origen, nuestras aspiraciones y nuestras comunes ideas.

Por eso en esta página dedicamos un recuerdo al Almirante Barrozo, Barón de Amazonas, héroe brasileño, ilustre marino, valiente guerrero, grande entre los grandes de América.

No vamos a recordar todas las páginas brillantes que forman la vida del gran marino y del abnegado patriota.

Recordaremos tan sólo y como para poner en estas lineas un broche de oro, que el Almirante Barrozo es el vencedor en el combate naval del Riachuelo, realizado el 11 de Junio de 1865. Bastaria este solo hecho de armas para dar gloria al nombre de un militar.

Por esa victoria rutilante, por esa demostración estupenda de arrojo y de bravura, por esa comprobación de una pericia táctica extraordinaria, el gobierno imperial del Brasil confirió al marino ilustre, el titulo de Barón de Amazonas.

Fué el Almirante un gran amigo de nuestro país. Cuando las incidencias de las luchas politicas lo trajeron a Montevideo, aquí permaneció hasta que lo sorprendió la muerte.

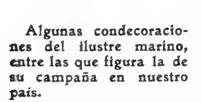
Y en tierra uruguaya descansó el héroe durante algunos años, hasta que el recto sentido patriótico de sus conciudadanos decretó la repatriación de sus restos.

En aquella oportunidad glorificaron al Almirante, uruguayos y brasileños.

En la página que ofrecemos figuran las condecoraciones que ostentara el gran marino. También se reproduce la espada de honor que le regalara la colonia brasileña del Uruguay.

Todas estas gloriosas condecoraciones se hallan en poder de la hija del ilustre guerrero, que es la señora Isabel Barrozo de Saavedra, dama cuyas virtudes son un ejemplo, y cuya distinción y cultura le otorgan un sitio principalísimo en nuestra sociedad.





Algunas condecoraciones del ilustre marino, entre las que figura la de su campaña en nuestro país.





Otras condecoraciones del héroe brasileño, la mayoría de ellas obtenidas en las acciones del Paraguay.

Espada del Almirante regalada por la Colonia Brasileña de Montevideo

EL LAWN TENNIS

En el primer cuadro: Señoritas: Margarita H
Señores: Julio Arteaga y José P

En el segundo cuadro: Señoritas: María Ine
Señores: Miguel Nebei y Juan

[illegible] mos que poderosos para que sea este un deporte solo cultivado por personas distinguidas y cultas.

[illegible] de que en los partidos pueden intervenir damas y caballeros, cosa esta que le presta un interés extraordinario.

[illegible]

las casas-quintas en donde [illegible] dueños [illegible] ese objeto.

Las dos notas fotográficas [illegible] han sido obtenidas en la cancha [illegible]

[illegible] Y hemos de advertir así mismo que allí [illegible] el elegante deporte.

[illegible]

eñoritas: Margarita Heber Uriarte y Bimba Beherens
ulio Arteaga y José Pedro Segundo

Señoritas: María Ines de Arteaga y Elisa Taranco
Miguel Hebei y Juan José de Arteaga

DEPORTE ARISTOCRATICO



quintas en donde [illegible] construir [illegible] ese objeto.
[illegible] notas fotográficas [illegible] en esta [illegible] tenidas en la [illegible] a los esposos H[illegible] Uriarte y en ella se [illegible] selectos [illegible]
[illegible] un interés [illegible] advertir del mismo que [illegible] juegan [illegible] elegante deporte.
[illegible] Margarita Heber Uriarte [illegible]

[illegible] de tennis. La [illegible] deporte.
Y [illegible] de [illegible] sociedad y [illegible]
El [illegible] todo [illegible] con la [illegible] y de [illegible]

Carlos F. Sáez en su estudio de Roma

LOS ARTISTAS MUERTOS... CARLOS F. SÁEZ

HAN pasado ya muchos años desde que aquel cerebro privilegiado cesara de percibir las sensaciones infinitas de la naturaleza, para trasladarlas luego con una brillantez admirable de colorido a las telas que despertaron siempre la admiración y el aplauso.

Pero ni el tiempo, ni el surgimiento de muchos pintores uruguayos de verdadero mérito, ni la imposición de nombres ante la consideración pública por méritos verdaderos y condiciones sobresalientes, han amortiguado el recuerdo que para Carlos F. Sáez guardan todos los que tenemos para las manifestaciones de la belleza en el arte un verdadero culto.

En plena floración de obra robusta, originalísima, vívida, Sáez murió. Capricho desesperante del destino que tronchaba una vida juvenil y arrebataba al arte a uno de sus hijos privilegiados.

Pero aún cuando el tránsito de Sáez fué fugaz (pasó como una estrella errante que rasga con sus haces luminosos la negrura del infinito), han quedado magníficas exteriorizaciones de su talento, de su clara visión del arte, de la brillantez meridional de su paleta y de la firmeza asombrosa de su técnica.

Cuando se conocieron en Montevideo las primeras obras de Sáez, el distinguido crítico de arte, señor Eduardo Ferreira, escribió un juicio muy conceptuoso del que no resistimos a transcribir algunos párrafos, dado que es hoy nuestro propósito rendir un homenaje al talentoso artista muerto.

"La columna en que se apoya todo el porvenir de este pintor de raza se compone de dos materiales que son al hombre lo que la cal y la piedra al edificio: talento original y estudio serio. Hay quien cree — y no va descaminado — que es uno de los temperamentos más artísticos que actualmente existen en el país, y de los que pueden, si persiste en su amor al trabajo, llegar tan pronto como lo quiera a la perfección. Su curso de aprendizaje no está, sin embargo, terminado. Hay mucha vida por delante y muchas cosas que sólo se aprenden con la experiencia. Por natural inclinación del espíritu, Sáez es dado a luchar con las mayores dificultades, como obrero que vencido un obstáculo, se empeña en buscar otro para vigorizar sus músculos y hacerse resistente a todo esfuerzo. Uno de los rasgos más pronunciados de su carácter es el afán que le mueve a perseguir siempre, para asunto de sus telas, aquello que no siendo belleza en un sentido general, lo es, en cambio, para los que saben extraer de su fondo el alma que los transforma al inundarlos en sus claridades. ¿Recordáis aquella cabeza de mujer flaca, huesosa, exangüe, con una nube densa de melancolía en la mirada, y un manojo de flores enredado en la reluciente cabellera?... Ese es el sujeto general de las mujeres que ha estudiado. Pudo, como muchos, caer desde el principio en la tentación de los primores de un semblante hermoso, aterciopelado, que entra decididamente por los ojos de los espectadores; pero ha preferido hasta ahora el contraste de la belleza surgiendo de una fuente de apariencia mezquina, la dificultad de una impresión agradable provocada con la misma imagen o asunto que en el original nos llevaría al disgusto, a la seguridad de un efecto inmediato conseguido con modelos de buen ver. En el arte no hay Narcisos ni Quasimodos: todo es materia de talento: pero supone mayor dificultad deleitar con temas rebeldes a toda simpatía espontánea, que con asuntos que seducen desde luego por la belleza que traen en sí mismos, independiente, muchas veces, de la belleza que sobre ellos esparce el artista... ¿Defectos?... Los tiene Sáez, sí, como todo principiante. Se resiste a concluir la mayoría de sus trabajos, enamorado más de la mancha vigorosa, del golpe de pincel espontáneo, que de toda labor paciente y definitiva. El tiempo corregirá esta debilidad, que no es contorsión orgánica, sino pasajero vicio adquirido, probablemente, en el roce con los colosos del arte. La divisa *¡Too late!* con que Barbey d'Aurevilly cerró su vida, no ha sido hecha para espíritus como el de Sáez, que en cada aspecto nuevo de la naturaleza encuentran un motivo de regocijo, y en cada irradiación de alegría un estímulo constante para avanzar confiadamente en la senda que conduce a un porvenir brillante!..."





ANTIGÜEDADES VALIOSAS

Joyas y Porcelanas

HE aquí cuatro magníficas antigüedades que darían brillo a la colección más valiosa.

En primer término figura un hermoso rosario de perlas perteneciente a la señora Julia Villegas de Shaw.

Esas perlas fueron traídas del Perú por el distinguido diplomático argentino don Jacinto Villegas. En Montevideo se hizo el hermosísimo rosario, que usara la respetable matrona doña Magdalena Vidal de Villegas.

El juego de te, admirable producto de Sevres, data del siglo XVII y salió de la famosa fábrica en tiempos de Luis XV. Lleva la letra A, vale decir que es de las primeras porcelanas hechas en esos reputados establecimientos, entre los años 1753 a 1755.

Fué adquirido en Francia por el señor Julio C. Pereira el año 1848 y hoy lo posee el caballero don Alejo Rosell y Rius.

El reloj es una pieza de bronce cincelado, de alto mérito artístico, antiguo, del más puro estilo gótico, y reproduce la entrada principal de la célebre basílica de Santa Teresa de Jesús, en Alba de Tormes.

Los detalles de cincel, maravillosamente conservados en el oro del bronce que parece flamante a pesar de su antigüedad, y la armonía de líneas de la pieza, dentro de aquel difícil estilo, lo hacen una muy preciada joya. Aquilata su mérito el haber pertenecido a don Jaime Illa, el hidalgo español que fundó en el Plata la difundida familia de su apellido, y a quien se debió, según nuestro historiador De-María, el encender en el espíritu de las ciudades coloniales, la reacción libertaria contra las invasiones inglesas, y fué luego, como se sabe, el jefe de la artillería realista que en contra de nuestro gran Artigas, luchó en la heroica batalla de Las Piedras.

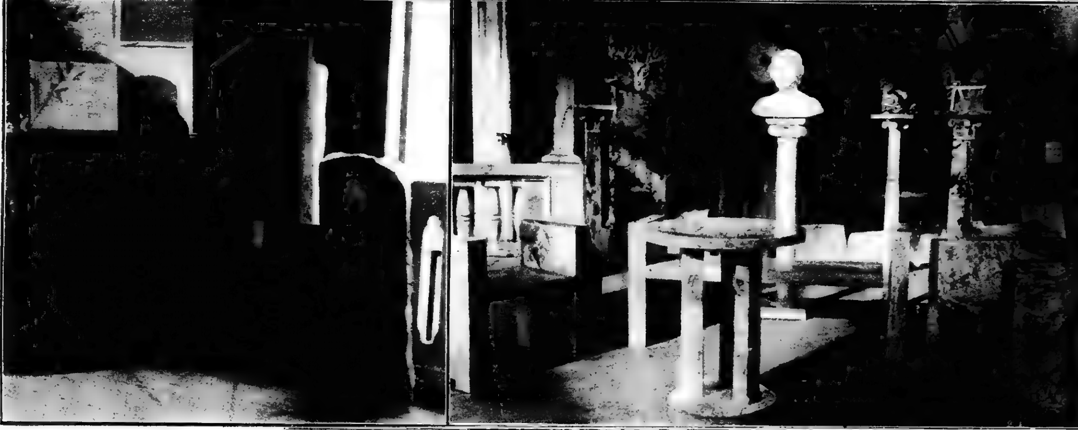
Hoy, después de ciento cincuenta años a través de la descendencia de aquel prócer, el precioso reloj obra entre las reliquias de familia, que guarda el señor Agustín Illa Castro, nieto de don Jaime Illa.

El sello es una magnífica pieza formada por un topacio recubierto en un extremo por un aro de oro, maravillosamente cincelado. Perteneció al Conde de Lizan y fué regalado por éste a la señora doña Sixta Lenguas de Joanicó. Actualmente se halla en poder de la distinguida señora doña Celia Joanicó de Folle.



TIERRA privilegiada, tierra de promisión es la nuestra, que tanto ha dado, que tanto da y que tanto guarda en su seno esperando la iniciativa de la industria, el esfuerzo inteligente del hombre laborioso que sepa desentrañar sus riquezas, inmensas, incalculables tesoros, cuya magnitud ni aun podemos imaginar.

Riqueza efectiva, riqueza que se oculta en las entrañas de la tierra, riqueza que codician muchos y que ya habrían fructificado, ya estarían en plena explotación si la iniciativa pública



Muestras de pórfidos y marmóles de las canteras de los señores Bonilla, Fabini y Cía.

y privada fuera más efectiva en el país.

Es a eso precisamente que tienden los propósitos de hombres de empresa, que miran desde muy alto hacia el porvenir y que a despecho de esa fatal indiferencia que suele ahogar entre nosotros tantas obras buenas, marchan serenamente hacia el triunfo, sin cuidarse de los que, por falta de fe o de inteligencia, quedan rezagados en el camino.



Las famosas ruinas de Palestina donde se encuentran enormes columnatas de pórfido, mármol y granito.

Nos referimos a dos compatriotas distinguidísimos, a dos hombres de labor que con absoluta conciencia de lo que importa en nuestro ambiente tomar una iniciativa y llevarla tesoneramente a cabo, han revelado al país una nueva y extraordinaria riqueza natural. Son estos hombres meritísimos, los señores Angel Bonilla y Fabini y Cía., y la obra por ellos iniciada, obra de proyecciones enormes, la explotación de las canteras de pórfidos y mármoles que existen en Maldonado.

Los pórfidos que posee en sus canteras el señor Bonilla son de una belleza excepcional, como no los han hallado en los mejores yacimientos de Europa.

Los hemos examinado en la exposición que se halla abierta al público en la calle Rincón y Treinta y Tres y nos hemos encontrado con verdaderas maravillas.

De la bondad de estas piedras ha dado elogiosísima opinión el ingeniero Moretti, director de las obras del Palacio Legislativo. Este notable técnico se mostró asombrado cuando le mostraron los productos obtenidos en las canteras del señor Bonilla, y al calificarlos dijo que eran estupendos.

Dada la opinión del ingeniero señor Moretti, los revestimientos del monumental edificio serán hechos con esos pórfidos.

Todos son de una gran belleza de coloración; el veteado tiene tonalidades exquisitas; cuando el pulimentado le ha dado todo su valor ornamental, aparecen como verdaderas joyas.

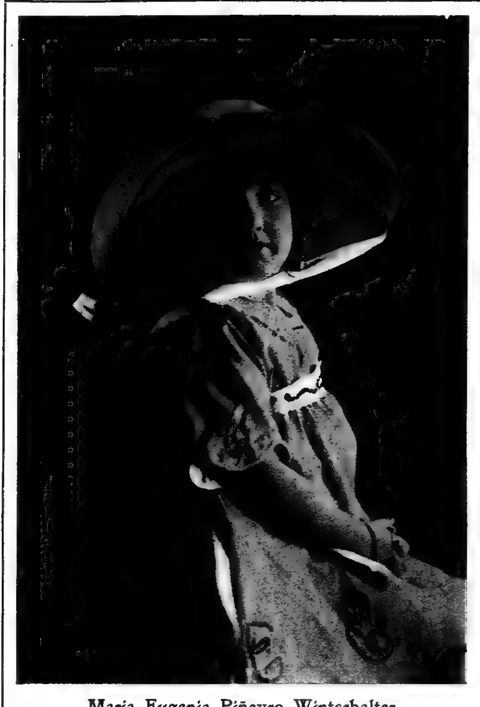
En la exposición que antes citamos hemos admirado algunos trozos de pórfidos, de las canteras del señor Bonilla, ya pulimentados, y en verdad que nuestro asombro no fué menor que nuestra satisfacción al constatar que nuestro país encierra tales riquezas, tales magnificencias, ya extinguidas casi en otras partes del mundo.

Nada más puesto en razón.

El granito de las canteras del señor Bonilla (ubicadas en los mismos terrenos de donde se extraen los pórfidos), es también de una belleza excepcional. Los hay de varias coloraciones y accesibles a los más finos pulimentos.

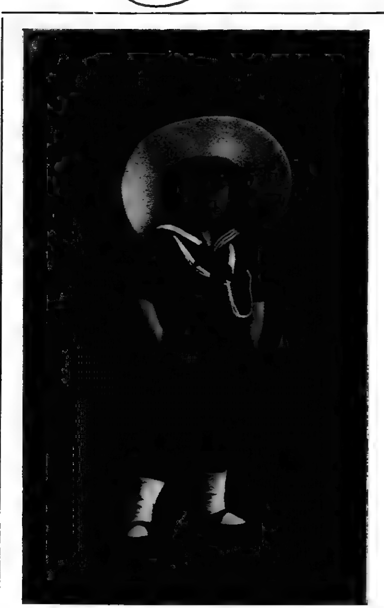
Los mármoles de las canteras Burgueño, propiedad de los señores Fabini y Cía., ya son famosos dentro y fuera del país, de modo que todo lo que digéramos sería una repetición de las opiniones autorizadísimas que ya se han vertido respecto de ellos.

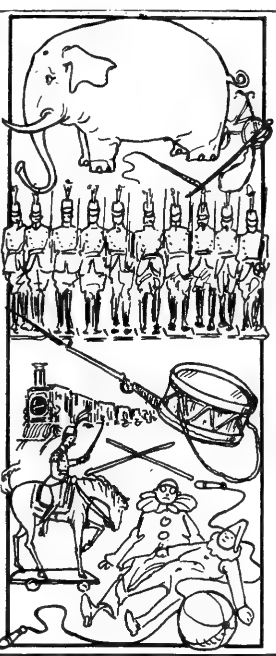
SELECTA, consecuente con su programa, se complace en señalar estas riquezas del suelo privilegiado de nuestra patria y elogiarlas con el calor y la justicia que ellas merecen, poniendo de relieve la importancia de las iniciativas llevadas a cabo por distinguidos compatriotas, que han sabido hallar esas maravillas y utilizarlas en todo su gran valor.


María Eugenia Piñeyro Winterhalter


Elvira Piñeyro Winterhalter

Página de los Niños


Juan A. Gómez Brown




César Cardoso Guani



Opereta, Comedia y Zarzuela



Tiple Stefi Scillag de la compañía que actúa en el Urquiza



Julia Delgado - Caro, que actuará en Solís con Simó - Raso

LA opereta es como una carcajada de mujer bonita. Una brillazón de perlinos dientes, tras un arrebol de aurora en dos labios que se entreabren, y una delicia de oyuelos en las mejillas frescas, magníficas.

Opereta necesitábamos en medio de la adusta actualidad que atravesamos, y opereta tenemos desde hace unos días, para delicia de los que buscan en el teatro: color, mujeres, música amable y luces en derroche policromo.

La compañía Sconamiglio - Caramba ha debutado con éxito ruidoso en el teatro Urquiza. Llegan en esta compañía figuras de gran relieve en los escenarios de opereta.

Tal la soprano Stefi Scillag, graciosísima artista, cautivadora, hermosa, que es en la escena un triunfo de sonrisas y de gentileza.

Julia Cesti es otra de las tiples que nos trae este conjunto y sus prestigios los fundamenta en su voz armoniosa, en su delicadísima escuela de canto y en su elegancia para presentarse en escena.

Herminia Gómez forma la trilogía de las primeras figuras femeninas de la compañía y como las ya nombradas tiene en su haber sonados triunfos.

En los espectáculos ya realizados pudo el público admirar la estupenda presentación escénica y la verdadera perfección de la organización general, incluso todo: artistas, coros, orquesta y decorado.



Debutará en estos días en Solís la compañía cómica española dirigida por el notable actor Simó - Raso.

Forma parte de esa compañía la primera actriz Julia Delgado - Caro, una de las más inteligentes actrices de la escena dramática española.

De Simó - Raso opinan los hermanos Quintero:

"Simó - Raso es el actor de la verdad en sus más varios y contrapuestos matices.

"Tal vez en el arte del comediante puede lograrse con relativa facilidad la representación de un tipo dramático o cómico, *de una pieza*. En cambio, son muy difíciles de expresar esos tan humanos y complejos afectos, que participan del dolor y la gracia, del llanto y de la risa. Simó - Raso es maestro insuperable en este sentido.

"Hasta a la caricatura más exagerada como se funde en la verdad, le da él calor humano y la hace verosímil. Unicamente en ese teatro palabrero, sermonario, todo falsa literatura para engañar al vulgo letrado e iletrado; sólo en ese teatro sin sangre y sin vida se halla el gran actor como fuera de sus dominios.

"En buen hora. Es un motivo más para felicitarle cordialmente."

Yorick.



El notable artista español Simó - Raso



Carola Beltri, tiple cómica de la compañía Ferrer

SILUETA BREVE. — Para hacer un rápido bosquejo de la gentil figura de Carolina Beltri, puede encerrarse todo un poema en este tríptico verbal: Arte, Belleza, Elegancia.

La infatigable, la mimada primera tiple cómica de la compañía que actúa en el teatro 18 de Julio, constituye un caso único en los anales de la vida artística. Ha cumplido recién diez y ocho años, edad a que muchas actrices que llegaron a celebridades, en surgente precoz de condiciones, dieron los primeros pasos de su carrera. Carola Beltri, en temprano despliegue de facultades admirables, antes de los quince abriles — que tanto zarandean los poetas en sus elucubraciones — figuraba ya como parte principal en muchos elencos de notoria importancia, sobresaliendo, por su irradiación de simpatías y por la selección de su trabajo, en las hermosas temporadas de opereta española que nos ofrecieron Esperanza Iris y Aída Arce.

Es lógico manifestar que Carola Beltri no ha llegado aún a la plenitud de su arte especial en la escena. Pero, si en la actualidad de sus pocos años ha logrado alcanzar el aplauso unánime, mal que pese a cierta crítica que desprecia el argumento de la edad para no perdonarle a la artista casi niña sus explosiones de infantilidad en ciertos números de interpretación, justo nos parece establecer que la Beltri no tardará en definir su personalidad, conquistando todo lo que el estudio y el tiempo ponen en manos de quien tiene sobradas fuerzas para triunfar.



Kodak.

El Fuego sagrado

Alta comedia en 3 actos

ACTO I - ESCENA X

Don Jaime y Amelia.

AMELIA. — ¡Al fin! ¡Qué tarde; no te figuras! No sabes, papá, no sabrás nunca, lo que es estar sola con una preocupación, entre cuatro paredes... Nadie oye, nadie escucha.

DON JAIME. — ¡Vamos! No exageres. Todo el mundo tiene motivos de impaciencia y de fastidio. ¿Qué te ocurre? ¿Has tenido alguna diferencia con Próspero?

AMELIA. — No; eso no ocurre jamás. Diez y siete años juntos, sin que nunca haya habido una discusión. ¿Para qué? Él es como es y yo... soy como soy. Sería inútil empeñarse en lo contrario. Conformémonos con... lo de todos los días.

DON JAIME. — Bah... no seas cruel contigo y... conmigo, recordándome lo que no quiero recordar. ¡Qué hemos de hacerle! Tú lo has dicho: ¡lo de todos los días! ¿No es eso, acaso, la vida?

AMELIA. — Papá, por favor... no me atormentes.

DON JAIME. — ¿Pero, qué tienes? Me parece que hoy los nervios te han jugado una mala partida.

AMELIA. — Sí; lo confieso: me trabaja una idea, una preocupación y me domina, me oprime, es más fuerte que yo.

DON JAIME. — ¿Te ha pasado algo?

AMELIA. — No se trata de mí, no es eso. Mi vida, buena o mala, feliz o estúpida ya está definida y no hay que pensar en modificarla. Sería inútil: no habría solución. Pero es que se trata de mi hija, de Catita. Hoy se juega su destino y toda la tranquilidad que he tenido sobre ella, hasta ahora, se ha convertido de pronto en una angustia, en una zozobra ¡qué se yo! algo que presiento, que adivino y que no puedo soportar. Tú sabes que a las seis, vendrá...

DON JAIME. — Sí; me lo ha dicho el propio Alberto: quiere visitarla y después ¡claro está! casarse. Me parece que está completamente enamorado.

AMELIA. — ¿Tú crees?

DON JAIME. — ¡Al menos, habla de mi nieta con un entusiasmo! Figúrate que hoy me trazó su silueta... ¡Qué se yo! Me dijo que tenía un perfil griego, una frente digna de Leonardo y una mirada seráfica como las vírgenes de Boticcelli.

AMELIA. — ¿Y nada más?

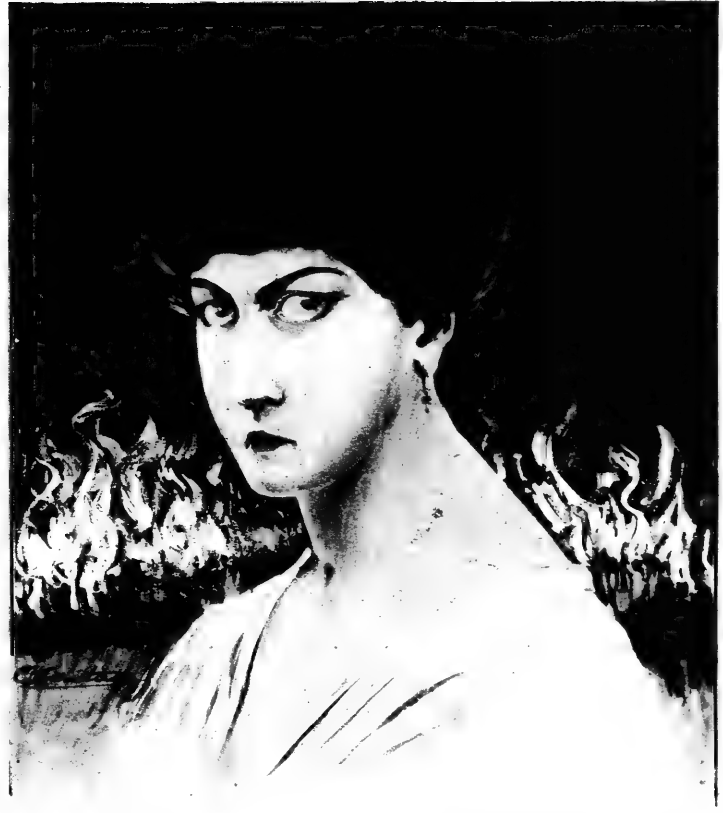
DON JAIME. — ¿Te parece poco?

AMELIA. — *(Después de una pausa).* Sí; papá.

DON JAIME. — ¿Qué dices? Precisamente, traía para ti un mensaje, pero jamás creí que fuera necesario.

AMELIA. — ¿De quién?

DON JAIME. — De Alberto. Fué a visitarme esta tarde, para que yo viniera antes de las seis a hablar contigo... contigo... sí... porque ha notado o presume que opones alguna resistencia a sus pretensiones y deseaba que yo te persuadiera de su sinceridad antes de hacer la demanda formal. Yo traté de convencerlo que estaba en un error. Pero ahora... la verdad.



AMELIA. — ¿Qué? Habla.

DON JAIME. — Pues... comienzo a creer que si bien no te opones, por lo menos dudas y vacilas... ¿Esa era toda tu preocupación, toda tu angustia?

AMELIA. — Sí, francamente, sí. *(Pausa).*

DON JAIME. — Y... ¿por qué?

AMELIA. — Por que... no sé... es algo raro... instintivo quizás... pero...

DON JAIME. — Habla, Amelia... tú ocultas algo. No tengas secreto para mí. Dime toda la verdad, sin reservas, sin temores.

AMELIA. — Yo no se mentir, bien lo sabes.

DON JAIME. — ¿Qué piensas, qué presumes, qué temes?

AMELIA. — Esa es la palabra: temo sí, temo por los dos. ¡Si no fuesen felices! Si algún día se reprodujese el espectáculo de dos vidas... como las nuestras.

DON JAIME. — ¡Como las vuestras!

AMELIA. — Sí, papá... es horrible. Estar junto a la persona elegida por compañera y sentir que hay un abismo entre los dos. La vida resulta absurda, monótona y nada más que por deber se continúa una simulación de dicha que... sólo engaña a los demás.

DON JAIME. — ¿De manera que nada han podido los años sobre tí? Vuelve a resurgir la Amelia, aquella Mely de los primeros tiempos... ¡Ah... esa cabecita!

AMELIA. — No, es el alma, papá. Inútilmente tratamos de que se adormezcan las fibras íntimas, imponiéndonos el sacrificio de nuestros gustos, de nuestras preferencias, de nuestros anhelos, de nuestros sueños, en homenaje a la... vida en común, a... la tranquilidad, a... lo de todos los días. Llega un momento en que todo renace, todo vibra, todo se estremece y entonces... sólo el sacrificio es capaz de evitar el desastre. Y eso temo.

DON JAIME. — ¿Dudas de tí?

AMELIA. — No, de ellos, de él, a quien veo surgir como un fantasma, para acusarme, para atormentarme.

DON JAIME. — Amelia... Alberto... ¿Qué misterio es este?

AMELIA. — ¡Por Dios, papá! ¿Qué piensas?

DON JAIME. — No, no; pero hablas de fantasmas.

AMELIA. — Sí, sí, porque es eso... es una venganza, un castigo, he sido cobarde, cobarde, cobarde!

DON JAIME. — Pero hija, no comprendo. Siéntate, hablemos con tranquilidad, pero claramente, sin esas reticencias que... me confunden y me sorprenden. Ten confianza en mí... dímelo todo.

AMELIA. — Tienes razón. Me exalto y pierdo la calma. *(Sentándose).* ¡Si tú supieras!

DON JAIME. — Bueno, así, tranquila. Confíate, no tengas temor ninguno, dime toda la verdad.

AMELIA. — *(Después de mirar con recelo hacia el salón).* Escucha... *(Pausa).* Tú no sabes, papá, lo que han sido estos largos años de matrimonio. Al principio ¿recuerdas? cuando nació Catita y tú te

fuiste de nuevo a viajar, yo misma estaba convencida de que podía ser feliz. Próspero no era, ciertamente, el hombre que yo hubiera preferido y bien sabes que renuncié a un sueño que parecía imposible porque estábamos los dos solos en la vida y era indispensable asegurar el porvenir con una boda seria, correcta, ventajosa ¿no es eso? que me pusiera a cubierto de toda incertidumbre.

DON JAIME. — ¿Es un reproche?

AMELIA. — No; no hubo egoismo de tu parte y me explico que en tu situación, prefirieras para mí un matrimonio tranquilo antes que una unión puramente sentimental... ¡Pero es inútil, papá, pretender engañarnos! Somos, lo que somos... y tarde o temprano pagamos el error. Al dia siguiente de casada, me dí cuenta de lo que habia hecho. Próspero es bueno, es leal, es generoso... pero es así... es Próspero y yo soy Amelia, la misma Mely de los primeros años que tú educaste con tanto mimo, con tanto amor, preparando su alma para la vida afectiva, para comprender, para admirar, para querer, para soñar... En realidad yo no tenia derecho a quejarme, porque todo, todo aquello de que fuera capaz Próspero yo no hubiera tenido más que pedirlo: todo, menos lo que yo quería... Pasó el tiempo y casi llegué a convencerme de que la vida era eso: una alianza tranquila, buena mesa, lecho blando, playas en verano, teatro en invierno, leer los diarios, cambiar de trajes, en una palabra: ¡matar el tiempo! Y tanto llegué a convencerme, que hasta me avergonzaba de haber tenido otras veleidades, llegando hasta pensar que ciertas selecciones del alma sólo sirven para conspirar contra la verdadera felicidad... si la felicidad es esto que nos rodea.

DON JAIME. — ¡Ah... siempre la misma!

AMELIA. — Escucha: te lo diré todo. Catita siguió creciendo y constituyó toda mi preocupación. ¡Ah... sí; que no fuera lo que había sido yo; que no despertaran en ella aspiraciones y ensueños que luego no habrían de realizarse! Y emprendí entonces una obra lenta, tenaz, paciente; obra... que hoy me asusta y hasta me avergüenza. Lo cierto, papá — y te lo digo sin rubor — que yo misma he ido matando en ella, lentamente, todo germen de originalidad, de independencia, de vida interior, para que fuera la muñequita más seductora, la que había de enamorar a un hombre fuerte y normal, a un buen partido, a otro Próspero, capaz de ser y sobre todo, de hacerla feliz. ¿Comprendes, ahora, toda la amargura que habrá en mi alma, cuando la veo frente a Alberto: un artista, un ensimismado, un sentimental que sólo ha visto en ella los perfiles y la frente de que te hablaba con tanto entusiasmo? ¿Comprendes mis vacilaciones, mis dudas, mis temores?

DON JAIME. — Sí, pero... no es para preocuparse tanto. Alberto, a pesar de sus cuadros, es un hombre como cualquier otro.

AMELIA. — No, no; yo lo presiento.

DON JAIME. — Es un caballero correcto, gentil y será un correctísimo marido.

AMELIA. — No, no es eso. Él ve la vida de otro modo. Es un alma de lucha y de combate.

DON JAIME. — ¡Amelia!

AMELIA. — *(Exaltándose).* Es un sincero, es un sensitivo, que no se conforma con la vulgaridad de esta vida monótona y estúpida...

DON JAIME. — ¡Pero Amelia!

AMELIA. — *(Con entusiasmo).* Sí, yo lo adivino: Alberto será un triunfador. Sus sentimientos son hermosos y elevados, su corazón late junto a la vida intensa y necesita a su lado un alma como la suya, porque en él, por encima de todo, hay vehemencia, hay temperamento, hay visión de gloria...



DON JAIME. — Amelia... Amelia. Tú... tú...

AMELIA. — ¿Qué? ¿qué? ¿Qué piensas? No, mentira. Te engañas. ¿Qué he dicho? ¡Oh... papá... también tú!...

DON JAIME. — No, no es eso. Tal vez he sido injusto *(mimándola)*. Pero no te exaltes. Ten cuidado con lo que dices. Mira que el mundo es malo y egoísta. Amelia, cálmate y no pierdas la serenidad. ¡Por favor!

AMELIA. — *(Después de una pausa).* Sí, tienes razón. Ya he vuelto a ser la de antes. Te aseguro que no tendrás queja de mí.

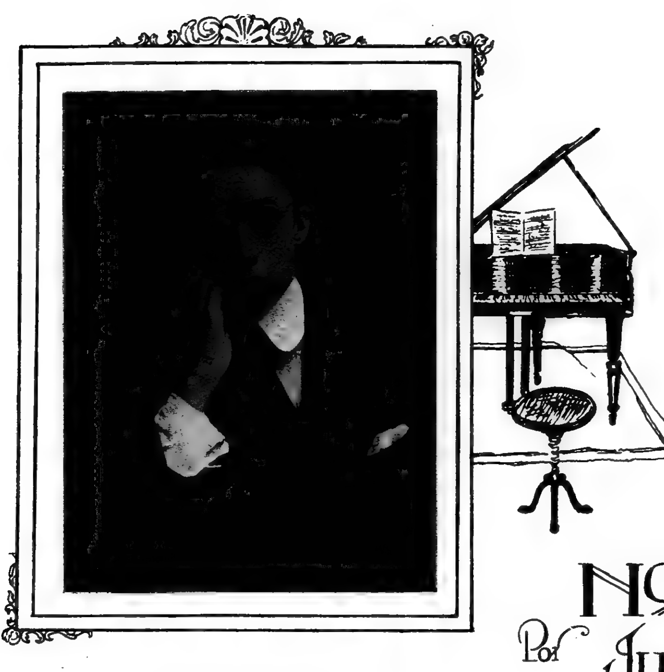
(VOZ INTERIOR). — Mamá, mamá.

DON JAIME. — ¡Catita!

AMELIA. — Schsst... Ni una palabra más.

Ismael Cortinas.

Sierras de Córdoba, 1916.



Un espíritu delicadísimo, un alma que vibra a todos los más sutiles impulsos del arte, tal es este joven que inicia su labor de belleza en una forma bien auspiciosa y bien definida.

Juan F. de Soria es un enamorado del ideal. Su comprensividad exquisita lo coloca en posesión de esas joyas inapreciables que nos da el estudio bien encaminado: sentido recto, energía de convicciones, verdadera orientación para la conquista de la belleza.

De ahí que hayan sido tan celebrados sus primeros pasos en el difícil arte de la composición musical, estilización armónica de sentimientos y de sensaciones, alta manifestación de idealidad. La moderna tendencia que Soria ha adoptado y sigue en sus trabajos musicales, no obsta para que, llevando esa tendencia a un personalismo que se define con líneas bien enérgicas, la haga accesible a todas las percepciones, porque sus trabajos tienen amplia inspiración y un sentimentalismo que llega al que sabe apreciar y al que juzga.

El vals que Soria ha tenido la gentileza de dedicar a SELECTA, es una hermosa prueba de esto que decimos y al engalanar con él una de nuestras páginas, lo recomendamos a nuestros lectores.

NONCHALANCE

Por Juan F. de Soria

Para "SELECTA"

Maestoso

Introduccion

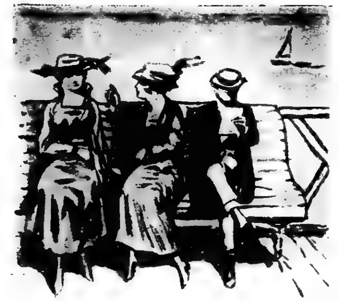
Vals

p Ben cantato

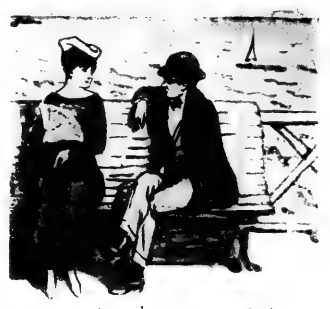
I

II

D.C. al Vals



UN FLIRT



Tarde de Mayo, serenamente azul. ¿Quién nos llevó aquella tarde a Pocitos? El azar. ¿Quién me llevó a tu lado aquella tarde? El azar.

¿No buscará, nuestro corazón, sin que nosotros lo sospechemos, al azar como cómplice, para rimar un verso, tejer una flor o hilar un sueño? ¿No será el azar, quien hilvana glorias en nuestra vida y pone músicas a las palabras y un encantamiento de poesía a nuestra emocionada soledad? Lazarillo que oye las palabras de nuestro corazón y que nos lleva allí, donde nos llaman.

Tarde de Mayo, serenamente azul.... Nuestra conversación, fué en su comienzo, palabrería de madrigal, gota de agua que perturba por un instante el pensar de una fuente, y que no lleva ni más diafanidad ni más sonoridad al cristal de sus aguas.

—¿Qué piensas tú, le decía yo, mintiendo indiferencia, de la inconstancia femenina? Tus labios sonrieron y tus ojos sonrieron, y eras toda tú, como una vibración de primavera. Porque la risa es juego de sol, rosa de Abril, canción de amanecer, agua que corre entre peñas, trino de surtidor, romance, idilio y verso en labios de mujer. Y en lugar de contestarme con palabras, tu alegría me dió la respuesta. Sí... la leí en tus lindos ojos castaños. Nuestra inconstancia, me decían ellos, durará hasta el día que alguien nos enseñe a creer.

—Luego, ¿tú dudas?

—Sí. Dudar es prevenirse contra el dolor. Si alguna vez hemos de creer, prefiero que ese instante me tome de sorpresa. Hay una tristeza muy grande en nuestra vida, muy honda. Tristeza silenciosa, sin lágrimas. Cansarse de esperar!...

—¿Pero cómo es posible que tú, a tu edad, cuando toda la vida debiera ser para tí, como una oración de fe; cuando tus íntimas interrogaciones debieran hallar una sola respuesta en el recogimiento de tus meditaciones románticas; cómo es posible que tú, a los diez y ocho años... Si piensas ahora así, cómo pensarás tú cuando...

—¡Chist!... No nos aventuremos en saber cómo hemos de pensar, ni cómo hemos de sentir mañana. Nuestra felicidad consiste en vivir la hora que pasa. Vivirla, sentirse en ella. Si la mañana es alegre y los pájaros cantan, miremos el azul del cielo y oigamos el cantar de los pájaros. Si el paisaje es gris, y lloran las campanas con el crepúsculo, que sientan nuestros ojos el rocío de una lágrima secreta por el paisaje gris y que nuestra alma se vista de melancolía, si lloran las campanas con el crepúsculo.

—¿Quiere decir que tú entiendes por felicidad?...

—Eso: Armonizar.

—¿En todo?

—En todo; sí. Pero... ¡Qué difícil es armonizar en el amor!

—¡No!... Creencias de mujer. Por distintas que sean nuestras almas, una constante y creyente, la otra incrédula y diversa; apasionada aquella que nos habla, prudente aquella que nos escucha, siempre, si quien dicta las palabras es Amor, la misma música oirá nuestro corazón, aunque distintos sean los acordes exteriores. ¡Rosa blanca, rosa bermeja!... Si aspiramos su fragancia y cerramos los ojos, no sabríamos decir cuál es la rosa blanca, ni cuál es la bermeja. Amor es una oración toda diversidad.

—¿Crees tú en el amor?

—Sí. El amor es el único sentimiento que compendia en una sola verdad, todas las mentiras de la vida. Y si tú no dudaras...

Hubo un largo, un expresivo silencio. Miré sus lindos ojos castaños, y lila me pareció la tarde de Mayo. Alguien dijo: Un flirt.

Un flirt... Y como si nuestras almas hubieran sido sorprendidas en el instante mismo de pecar, sonrieron a la sutil exclamación. Y cuando los labios sonríen, sin querer sonreir, es que el corazón quiere mentirnos o nosotros queremos engañar a nuestro corazón.

Miguel Nebel.



He triunfado, superado mis esperanzas; sin embargo...

Calló el Maestro; hizo una pausa, como invocando el pasado, y dijo así:

—Era yo un niño melancólico, con esa melancolía que se apodera de los corazones demasiado sensibles al destino de las cosas...

Siendo mi natural dulce y delicado, poco expansivo, más bien inclinado a la contemplación que a la vida activa, mi familia, honrados labradores, gente humilde y sencilla, ignoraron siempre lo que pasaba por mi espíritu.

No me parecía a mis hermanos, dos mocetones robustos, que con el alba íbanse a trabajar la tierra, canturreando canciones de la aldea.

Érame extraña la conducta de mis padres para conmigo; no me permitían que labrara la tierra. " Tu cuerpo — decíanme, — no es para esa labor tan ruda; se necesitan fuerzas, y tú no las tienes ".

E, invariablemente, acababa en esto:

—" Entretiénete en tus juegos ".

Más tarde lo comprendí todo; los solícitos cuidados maternales, las miradas silenciosas de mis padres, y aquel " ¡pobrecito! " en los labios de los vecinos.

El médico del pueblo había declarado que con el desarrollo no traspasaría los umbrales de la adolescencia.

Todo tendía por aquel entonces a la paz y tranquilidad de mi existencia; el ocio favorecía la forma de vida a la cual sentíame inclinado, y ensanchaba mi espíritu en conjunción deleitosa con la naturaleza.

Fué así como admirando el paisaje de los campos y los cielos, mi infancia transcurrió en un ensueño de belleza, y como radiante Apolo en una mañana de primavera sale en el horizonte, surgió el Ideal.

Hacía figurillas en madera y dibujaba también, tratando siempre de reflejar las impresiones que recogía en mis paseos cotidianos.

Cumplí los diez y siete años.

En poco tiempo habíame transformado; mis genitores no ocultaban su alegría, ¡se sentían tan felices!

Sin embargo, cierto nubarrón ensombrecía sus semblantes.

Por otro motivo había yo sembrado la inquietud de nuevo en sus ánimos. Una noche, por fin, junto al hogar, dolorosamente accedieron a un pedido que varias veces les hiciera: como Icaro quería yo volar con las alas del Ideal y una mañana abandoné la casa paterna. Brazos amados y temblorosos besos de mi madre dieron un adiós al niño querido.

Distinguí, por última vez, en una revuelta del camino, a mis padres, mi madre lloraba...

Agité los brazos y con algo de remordimiento apresuré mis pasos y ascendí por la montaña.

Una fuerza poderosa me empujaba más allá de aquella frontera gigantesca, límite de mi aldea, principio de lo desconocido.

Llegué a Milán, consagré al arte mi vida entera; todo lo sacrifiqué a él con amor, con sagrada unción. Una vez al año descendía por la montaña y caía entre los brazos de mi familia.

En mi corazón revivía entonces el recuerdo, caminando junto al arroyuelo que suspendía su curso en el confín de la floresta. ¡Breves y dichosos días!

Después subía otra vez a la montaña a la busca de mis ansias y de mis glorias.

Mi nombre sonaba ya, según las crónicas era un artista de garra, de mucho porvenir.

Mis obras se imponían al ambiente, reacio al principio, y paso a paso fuí escalando altas cumbres en el mundo de las artes.

Un día, día terrible, sentí una enorme sacudida en las profundidades de mi alma...

¡Mi madre había muerto!

Sus ojos cerráronse y sus labios invocaron al hijo ausente, al que la fatal montaña separaba de sus brazos amorosos.

Llena el alma de amargura regresé a la aldea.

Mi padre me abrazó en silencio, luego paseamos juntos por la huerta, recordando a la ausente, hablando del pasado.

De esa época datan mis mejores obras.

Allí, entre aquellas paredes queridas que me vieran nacer, surgió la modalidad artística que me reservó la fama.

En el recuerdo y el presente hallé la veta por la que brotan los sentimientos más profundos del alma humana.

En cuanto a mi obra anterior es una cosa muerta para mí; la obra que yo quiero ¿sabéis cual es? la obra del dolor y la desesperación. Es en esa donde el alma de la humanidad ha bebido más verdad y más belleza.

¿Acaso vivimos del dolor?

¿El destino de los hombres será cruzar eternamente la montaña?

Oscar A. Santana.

Dos interesantes Fiestas Sociales



Té ofrecido por el señor Carlos Garçao Márquez á un grupo de sus relaciones.



De izquierda a derecha: señora Gladys Cooper de Bück, señorita Esther Pons Martínez, señora Esther Boffil de Lasala, señorita Elvira Munyo, señoras Violeta Supervielle de Lasala, Carmen Lasala de Peixoto y señorita Zulema Giuffra

Comida que un núcleo de sus relaciones ofreció a la señorita Sara Blanco Acevedo

La señorita Sara Blanco Acevedo, una de nuestras más bellas y distinguidas niñas, ha partido para Europa, separándose así de nuestros más aristocráticos centros sociales.

Para exteriorizarle las grandes simpatías que la señorita de Blanco Acevedo tiene en nuestra sociedad, un núcleo selectísimo de sus relaciones le ofreció una comida, la que resultó una de las notas mundanas interesantes realizadas en el mes de Mayo.

La señorita Blanco Acevedo por sus bellísimas prendas de carácter, por su bondad, por su distinción y cultura se ha hecho bien acreedora a esta demostración.

Después del banquete, se improvisó un baile, el que resultó animadísimo y brillante.

La obsequiada pasará una temporada en Paris en compañía de su hermano el distinguido diplomático doctor Juan Carlos Blanco Acevedo, que representa a nuestro país ante el gobierno francés.

Nuestros votos para que la estadía de la señorita de Blanco Acevedo en la capital francesa sea felicísima.

Sta. Esther Suffern Arteaga



Pasan ellas...



SILUETAS que pasan, que alegran la calle, que dan amable aspecto al desfile, que surgen como una nota armoniosa, en el conjunto uniforme, febril, unicolor de la multitud que avanza, impulsada por mil encontrados deseos, por inverosímiles pasiones, por perentorias necesidades, por un dolor, por una alegría, por una duda, por un delito, por una esperanza...

Siluetas femeninas; líneas gentiles; estelas perfumadas; miradas que dicen muchas cosas; ondular de telas marcando esbelteces...



Pasan ellas y llenan la calle con el encanto siempre renovado de sus andares, con las divinas futilezas de sus "toilettes", con el triunfo de sus caritas que expresan tan distintos sentimientos, con la atracción picante de sus coqueterías.

Algunas avanzan con magestuosidades de reinas, otras se deslizan con elásticos impulsos de gatitas, pasan las que son desdeñosas, las que tienen en los ojos penetrantes fulgores de desprecio, las que acarician con una mirada que produce la sensación física del tacto sobre el terciopelo, las que tienen una honda interrogación en el semblante aniñado y cándido, las que muestran una palidez de fatiga o de hastío, las que se envuelven en una como indefinible sombra de tristeza, las que ríen hasta sin reir porque se dijera que guardan sonoras carcajadas en los deliciosos hoyuelos de las mejillas...



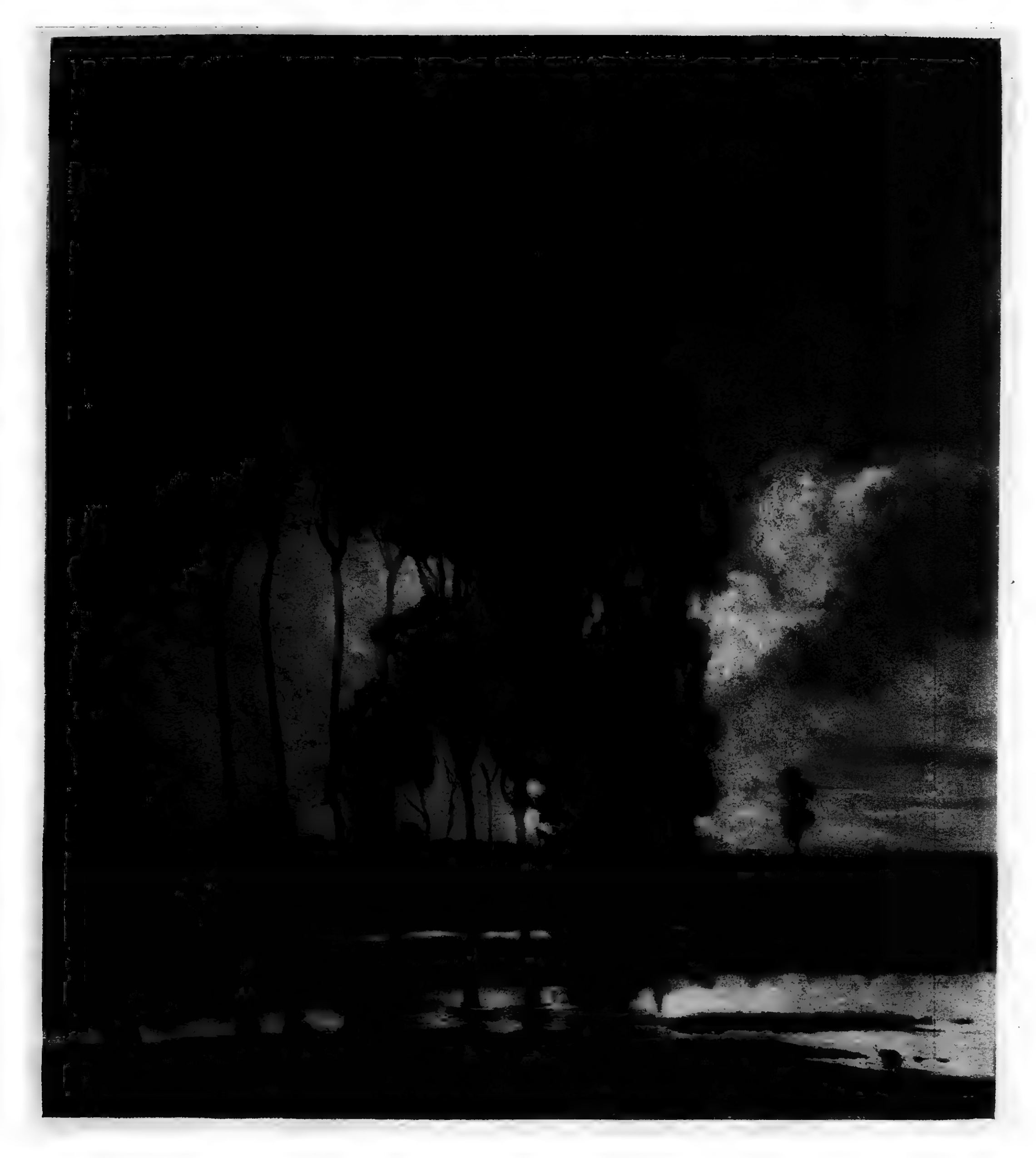
Pasan, pasan en interminable y maravilolsa caravana.

Pasan cuando esplende el sol y la intensidad de la luz pone en los rostros tenuidades de alabastro; pasan cuando la lluvia cae monótona y triste, semiocultas en el paraguas, como bellas figulinas que enfunda un capote o un abrigo; pasan orondas tras los cristales de los automóviles; pasan como un fulgor primaveral en un triunfo de telas ligeras y de vivos colores; pasan emergiendo de una boa de plumas o de la caricia tibia de una piel, y pasan siempre triunfantes, siempre bellas, siempre en ritmo de poema de vida, siempre promisoras de encantos; alegría y caricia reconfortadora en el dolor, trivialidad seductora en las horas de trascendencia árida y letal, canción, corola, rayito de luz, tintineo de cascabeles, aturdimiento, ensueño...



Pasan ellas, y las estelas de sus perfumes, parecen lazos que aprisionan nuestros corazones.

HENRY ESMOND.



POEMA DE NUESTROS CAMPOS

Página artística del notable paisajista uruguayo ERNESTO LAROCHE

PARÍS BÉBÉS

DE A. MIRA HERMANOS

Gran casa especial en confecciones para niños, niñas y bébés



Mensualmente recibe las últimas novedades

Todas las madres deben visitar esta casa, pues es la **única** que en Montevideo puede ofrecer la más grande variedad de artículos para criaturas, significándolos por su lujo, por su elegancia y por la modicidad de sus precios. :: :: :: ::



MONTEVIDEO

Casa en París:

Rue Dunkerque, 48

Juan Carlos Gómez, 1315 al 1321

La riqueza en la luz no consiste en la cantidad, sino en la calidad de la misma.

Philips

Medio watt

PHILIPS ½ WATT"

La lamparita que despide la luz blanca.

Fabricantes:

Philips Glowlampworks Ltd.

Eindhoven - Holanda

En todas las buenas casas de electricidad

REPRESENTANTES:

LAURO Y OSCAR PINTOS

Lauro A. Pintos (Sucesor)

CALLE URUGUAY, 1142

Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos — Montevideo

NUEVA SIRENA

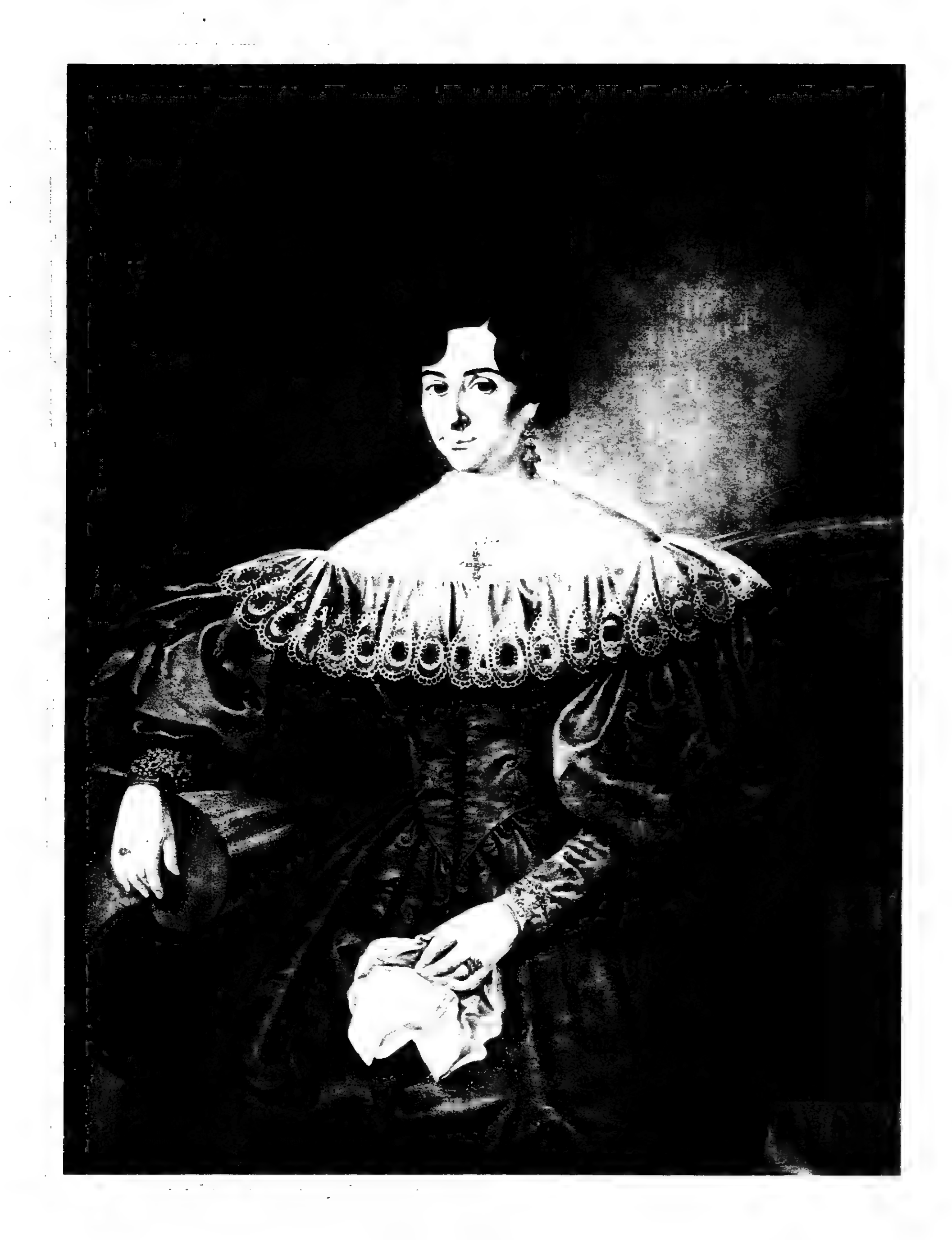
CARLOS PFEIFF & C



Calles: Sarandí, Bartolomé Mitre 1326 y Bacacay 1325

MONTEVIDEO

Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos — Montevideo



Dona

ANO I — NUMERO 3
MONTEVIDEO, JULIO DE 1917





DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZÓN



Jure et Facto.



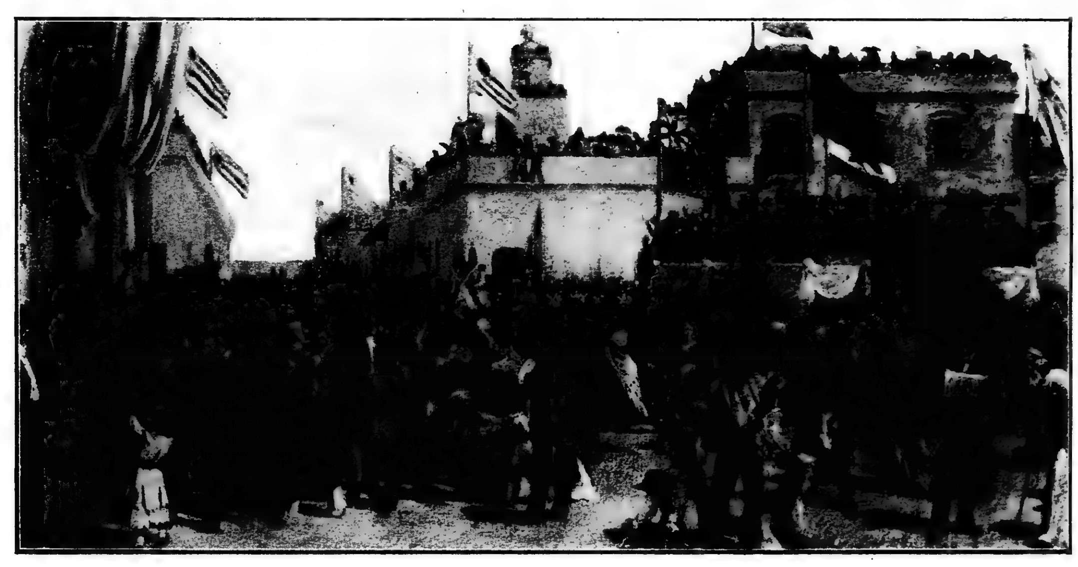
Medalla de Plata conmemorativa de la Jura

JURE et facto. De hecho y de derecho. De hecho, porque el valor, el heroísmo, el sacrificio mil veces repetido de los patriotas que lucharon por la verdad republicana y por la definitiva imposición del derecho político de la nación, habían consolidado a golpes rudos de lanza la tangibilidad de la Patria. De derecho, porque no en vano se guerrea durante más de media centuria en la conquista de un solar propio, reparto glorioso y trascendental a que se dedicaron los pueblos libres de América después de la jornada victoriosa de Mayo de 1810.

Fueron jalones sucesivos de victoria. Desde el atardecer promisor y augural en Las Piedras cuando el general Posadas rendía sus armas a Artigas, hasta la jornada grandiosa de Ituzaingó, los orientales fueron laborando la consolidación definitiva de la Patria con un invariable espíritu de renunciamiento y con una fe inquebrantable en el triunfo final.

Día fué, pues, de alegría inmensa, de regocijo extraordinario, aquel en que se juró el Código Fundamental, última conquista del patriotismo y de la noble aspiración de los que habían anhelado la organización del país, postrer eslabón de una cadena de opresiones y de tutelajes que se rompía para siempre y que la América y el mundo saludaban con honda simpatía, puesto que desde aquel instante en la libre América existía otra democracia altiva y fuerte, otro pueblo que se incorporaba con sólidos prestigios de heroísmo y de valor al concierto civilizado.

La Constitución jurada el año 1830, era la suprema razón dada a los principios dictados por Artigas en el Congreso del año XIII; era una consecuencia triunfal de aquel germinar de rebeliones, enunciadas como un palpitar del corazón popular en el Cabildo Abierto de 1808; fué una amplia reparación a la dura prueba impuesta a la familia oriental en las jornadas tristísimas del Exodo; y fué el proemio augusto a la constancia, a la fatiga heroica, al inmenso batallar de año tras año en pos de un ideal de libertad que sumó todos los pensamientos y todos los esfuerzos de un pueblo.



Boceto de Juan M. Blanes para un cuadro que evoca fielmente el acto de la Jura de la Constitución en 1830

Ya somos un pueblo que tiene sancada su carta de incorporación en el concierto internacional de las naciones más adelantadas. Ya somos una fuerza moral, que es mejor que ser una fuerza mecánica, reconocida por todos y puesta siempre al servicio de los principios y de los ideales más caros al espíritu del hombre moderno. Ya somos un factor importante en el avance de la Humanidad por los senderos de la Justicia, del Derecho, del Bien, de la Verdad y de la Democracia.

Y todo ello, todo, por obra tenaz, consciente, viril del pueblo.

Gloria a él, que heroicamente existe y marcha decidido y seguro a la suprema culminación de sus destinos.



Medalla conmemorativa del acto solemne celebrado en la Plaza Constitución

El dolor nuevo

La sensibilidad humana para el dolor es ilimitada. La infinita complejidad de la vida, nos ofrece en las complicaciones que realiza, infinitos motivos de sufrir. Y no nos contentamos con el dolor en sí que nos da la realidad áspera y fiera, como la leche de una madre sin entrañas; sino que lo aguzamos, lo afinamos, lo intelectualizamos, lo aristocratizamos. Nuestros nervios adquieren una extraordinaria riqueza emotiva, como las cuerdas de esos viejos stradivarius que han vibrado siglos bajo la presión del arco mágico.

¿Pero ante esta hecatombe humana de la guerra quedará aún capacidad para sufrir? Este sentir doloroso de las cosas ¿no llegará a estallar como un instrumento frágil y divino? ¿Habrá siquiera una nueva sensibilidad, capaz de percibir de un modo especial y único este dolor nuevo, desgarrador e inaudito que ha de atravesar el dolor de los siglos como una voz perenne de la humanidad, que anatematice la barbarie de la guerra?

En ese fondo obscuro de la conciencia colectiva han quedado impresas de la voz ancestral, el clamor lejano de catástrofes terribles, las palabras obscuras.

El primer dolor del hombre fué la noche. Los himnos sagrados de los pueblos primitivos cantan la luz y glorifican al sol, celeste arquero vencedor. La obscuridad era también la angustia de Caín, en la noche del primer crimen inexpiable, en que las estrellas vacilantes parecían pupilas asombradas, fijas en su conciencia. En vano los flecheros del desierto, ágiles como las cabras salvajes, arrojaban sus flechas a los cielos. En vano Tubalcain construía la ciudad de bronce y piedra, cuyos muros enormes impedían el paso de un ejército. En la noche temible, un inmenso dolor obsesionante se concentraba en el ojo lívido que parecía mirar aún.

Ese inexplicable temor de los niños a las sombras, bien puede ser acaso la revelación tímida en que nuestra intuición pudiera sorprender vagamente en el umbral de la conciencia la dormida luz del primer dolor humano.

Cuando expiró Jesús sobre la colina del Calvario a la vista de la ciudad tendida entre sus huertos de olivos y de higueras, con sus bandadas de palomas y sus torres de oro; la muerte injusta del crucificado debió de ensombrecer el alma torva de sus verdugos y sus perseguidores. Y cuando difundida su palabra por los valles y aldeas, hecho el verbo luz en las almas ¡qué remordimiento infinito, qué angustia de querer rehacer el mal imposible, de darse en amor y redimir la culpa inexpiable! Y el alma de la humanidad que se ha vaciado durante veinte siglos en el manantial del Evangelio, ha creado en el misterio de la Pasión, un símbolo humano, en que busca todavía purificarse, imaginando la muerte y la resurrección, a fin de complacerse en el sacrificio lustral para purificarse la huella bárbara y tenaz del dolor irreparable.

¿Qué símbolo creará la humanidad para llevar este dolor? ¿Qué nueva Pasión ha de imaginar en que se revele a las generaciones, tras el artificio de la imagen, la realidad ensangrentada y doliente?

No hay fantasía capaz de imaginar la noche angustiosa de tantas almas segadas en flor como las gavillas de un trigal maduro; ni el amargo de tantas lágrimas vertidas por ojos que se han cerrado impiadosos, angustiados con un desesperado relámpago de muerte, de odio y de venganza; ni el bosque espinoso de cruces que ha brotado sobre las tumbas desconocidas. La ciudad blanca de la muerte ha de haber tendido sus tapias, enormemente bajo la noche glacial.

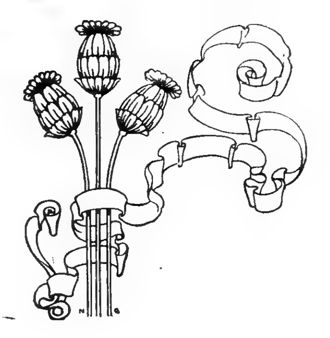
La humanidad ha de sobrevivir al naufragio. Empujada por las voluntades tenaces y heroicas, los elementos sociales se han de arraigar indestructiblemente. Las fuerzas ciegas que la ciencia y el arte han puesto en las manos de los hombres para destruir, han de concertarse en la armonía de un nuevo amor, en armas de forjar. En una avasalladora y nueva palpitación han de sentirse nuevas cosas.

Y la humanidad futura ensangrentada y doliente ha de buscar y crear en sus entrañas el dolor nuevo, que se forma en sus carnes flageladas por la muerte. El dolor que macera nuestros sentidos para la Vida y templa el alma, como el hierro de una espada en la corriente fría. El dolor nuevo, señor del universo, acicate del progreso, lábaro de futuras batallas, el dolor nuevo que está en potencia en nuestras entrañas, alma de vida, señor del porvenir!

Abramos a esa inquietud desconocida un nuevo cauce en nuestra conciencia, preparémonos a recibirle como el Mesías anticipado de la nueva edad. Su cuna es miserable como nuestro corazón ensangrentado. Pero él templará las armas y las máquinas nuevas, juntará las manos penitentes para una nueva plegaria, para una palabra nueva de amor y de esperanza que la Humanidad no ha pronunciado nunca. Abramos las ventanas de la Vida para que entre la luz de los campos.

Junto al ara desierta de los antiguos dioses que ya han muerto, arrodillémonos estoicamente. Seamos capaces de alcanzar y sentir el nuevo dolor!

J. C. Gómez Haedo.





Da. ANA ALGORTA DE MAÑÉ

Por su honrosa tradicion de familia, por su elevada distincion personal, por su bondad sin limites y por su nobilisima e infatigable actividad en el ejercicio del bien, en el socorro de los menesterosos y de los desvalidos, Doña Ana Algorta de Mañé es una de nuestras matronas mas respetables y merecedoras de la estimacion y la gratitud de todos los que saben valorar en toda su grandeza las practicas sin ostentaciones de la Caridad. De sus innumeras obras caritativas se destaca con brillo deslumbrante su actuacion en la presidencia de la Sociedad de San Vicente de Paul de la Aguada. En ese puesto y fuera de él, la señora Algorta de Mañé, ha sido el alma de muchas nobles iniciativas. Y en su afan por la practica de la beneficencia ha llegado hasta transformar el patio de su palacete en escenario de actos caritativos, repartiendo a infinidad de menesterosos alimentos y ropas. La belleza de espiritu de la señora Algorta de Mañé debe servir de emulacion para todos los que rinden a la Caridad acendrado culto.



La nueva paz



TANTO habían adelantado los pueblos más antiguos, numerosos y cultos, que habían dado a sus espíritus el mayor brillo intelectual y moral que haya tenido revelación en todas las formas de las ciencias, las artes y las letras. Todos, bajo la más intensa luz producida por el saber y la experiencia, habían llegado a poseer la noción de que por la naturaleza estaban destinados a la paz para la labor por la felicidad indefinidamente progresiva; de que para mutuo bienestar les incumbia el deber de la justicia; de que el común interés necesitaba la lealtad de todos con el derecho.

Entonces, erigieron un templo para que desde él fuera distribuída al universo, por sobre los egoísmos nacionales y la mala fe de los fuertes, la augusta majestad impersonal de la Ley: a la vez sabia y moral reguladora de la vida sin arbitrariedad entre los hombres y las sociedades. Pero contra la más misericordiosa verdad que pudiera abrigar la conciencia universal, un día amanecieron las civilizaciones atrincheradas en torno de sus diferentes banderas, y poniendo a servicio de los odios por los cuales procuraban hacerse mayor daño, su ciencia, su arte, su industria y su riqueza, coincidieron en la cooperación de todas contra la humanidad.

Fué la guerra más sangrienta y más ruinosa; no hubo otra con tanta muerte y tanto duelo; no se había padecido alguna con igual crueldad y mayor destrucción. Y todavía es así.

***

Cuando en el transcurso del tiempo vuelva una vez más a su existencia alternativa la paz reconstructora: como siempre no podrá ser otra que la que surja de los peores efectos de la catástrofe. ¿Por el agotamiento de los recursos? ¿Por la cantidad de muertos que disminuya el número de soldados? ¿Por la imposibilidad de que alguno de los enemigos triunfe? ¿Por cansancio y pobreza? ¿Por una de esas causas? ¿Por varias? ¿Por todas? ¿Por otras?

Sólo interesaría averiguarlo si el motivo del fin de la actual lucha pudiera traer la supresión de las guerras: la más poética quimera de la filosofía política hecha para consolar del dolor del desastre. Mas cuando llegue: como todas las veces que sucedió una conflagración cruenta en la humanidad, apenas habrá sido pactada la necesaria pacificación posible entre pueblos combatientes, empobrecidos y mutilados, y sólo sobre la solidez que pueda ofrecer ese cimiento de rencor y de estrago ella perdurará en el tiempo.

***

"¿Pero, envejecerá más que otras?", parece que se oyera preguntar a madres, esposas, amantes, hermanas y huérfanos, angustiados por el dolor de sus muertos. Y mientras el espíritu recoge esa interrogación de la ansiedad de las almas afligidas, el desengaño responde en cada conciencia: el destino que la espere será el mismo que tantas veces como lo registra la historia tuvo la paz entre los gobiernos que llevaron las naciones a la guerra.

Y, como siempre, sólo será mero juguete del egoísmo que renueva incesantemente el conflicto de los intereses y las pasiones entre los individuos y entre las sociedades, hasta transformarle — transcurridos años o siglos — en lucha por una arbitrariedad que un día hace nuevamente caer sobre los pueblos, como un castigo, la guerra a que parecen condenados: cada vez más sangrienta y destructiva, más antagónica con la civilización por su mayor exterminio de la vida, y de la obra de su labor creadora.

Juan Antonio Zubillaga.

Dibujo de Santana.



Fiesta del Invierno

FELICISIMA la idea que ha tenido la Comisión de Damas, organizadora de la Fiesta del Invierno.

Nada más amable, nada más lleno de encantos y de atractivos que una fiesta al aire libre en unos días en que el invierno nos dió una tregua.

Una reunión selectísima bajo los árboles que van despojándose de hojas, en medio a los jardines que el frío ha dejado sin corolas, ante lo gris del cielo — ofrece un contraste que es novedoso y bello.

No importa que las ramas estén desnudas, que no haya flores en los parterres y que en el cielo no resplandezca el sol. En el paseo tradicional las damas y las niñas, con sus rostros encantadores, con su gentileza, con su elegancia, con sus perfumes; suplen y hacen que se olvide los colores y las fragancias de las flores, el brillar del sol (¿para qué el sol si los ojos femeninos fulgen como luceros?) y la alegría luminosa y estallante de la primavera.



Señoras

Dolores Bocage de Williams

Plácida Suárez de Villegas

Isolina Eastman de Vial Bello

Enriqueta Williams de Arteaga

Señoritas

Gomez Larravide, Villegas Suárez y Williams Bocage.





Señoras

Sofía Blixen de Suárez

Sofía Platero de Idiarte Borda

Agustina Sienra de Risso

Señoritas

Suárez Blixen e Idiarte Borda Platero.

Hermosa la iniciativa y admirable el resultado, puesto que la Comisión de señoras (lo más granado de nuestra sociedad) y que preside la señora Dolores Bocage de Williams Larriera, no escatimó actividad para que fuera el festival una nota verdaderamente elegante.

Esta original fiesta en el Prado tuvo por objeto arbitrar recursos para el sostenimiento de los establecimientos privados de enseñanza, todo lo cual contribuyó al éxito magnífico que obtuvo.

En el amplio paseo y en los alrededores del Hotel se habían instalado kioskos para la venta de flores. Y en esta tarea ocuparon toda su gentileza, todo su desinterés, grupos de niñas de alta figuración social, que fueron atractivo eficiente para que afluyeran compradores y el festival diera el resultado apetecido.



Todo Montevideo distinguido (si hemos de emplear una frase hecha), hizo acto de presencia en la Fiesta del Invierno, y de ese éxito brillantísimo puede reclamar todos los lauros la Comisión de Damas que preside la señora Bocage de Williams Larriera, Comisión que componen las señoras: Plácida Suárez de Villegas, Margarita Uriarte de Herrera, Isabel Barrozo de Saavedra, Elena Heber de Gallinal, Valentina Butler de Finn, Sofía Blixen de Suárez, Isabel R. de Irureta Goyena, María Herminia Garzón de Mañé, Josefina Gómez de Pastori, María Esther Echegaray de Sosa Díaz, Isolina Eastman de Vial Bello, Delfina Aguiar de Alvarez, Corina Rücker de Seré, Elvira Serratosa de Vidiella, María Zorrilla de Montero Bustamante, Clotilde Lussich de Hughes, Inah Acevedo de Mañé, Blanca Usher de Heber Uriarte.



Señoras

Josefina Gomez de Pastori

Enriqueta Williams de Arteaga

Señoritas

Shaw Villegas, Acevedo Alvarez y Gomez Larravide.



Rosina García Acevedo

En el gran salón: señoritas Julieta Gallinal. — Margarita Idiarte Borda. — Marieta Morquio. — M. Amelia Marquez Vaeza. — María Carolina Perez. — M. Elena Serrato. Sofía Suárez Blixen. — Teresa Sanguinetti. — María Teresa Velazco Piñeyrúa. — Blanca Gorlero. — Señores: Miguel Petit. — Luis Eduardo Larriera. — Juan Carlos Figari.

EN LO DE ORTIZ DE TARANCO



PUEDE enorgullecerse Montevideo de poseer algunas mansiones verdaderamente señoriales. Pero indudablemente una de las que con más esplendor, con más severidad y con más aspecto puede reclamar ese título es la que en la calle 25 de Mayo posee el caballero don Félix Ortiz de Taranco.

Magestuoso palacio, que es copia exacta de una histórica y famosa residencia en París, se halla ubicado en un sitio por el que el extranjero que llega a nuestro país tiene casi invariablemente que pasar. Nada, pues, que honre más a la ciudad que esa soberbia mansión, la que, diríase, sale al encuentro del forastero para decirle, con la armoniosa combinación de sus líneas arquitectónicas y con la soberanía de su exterior, que en nuestra urbe hay una cultura superior, una distinción mundana que nada tiene que envidiar a las más rancias de Europa, y también personas opulentas que saben orientar inteligentemente sus vidas en una ruta luminosa de alta sociabilidad y de exquisito gusto artístico.

El exterior del palacio Taranco no puede ser más hermoso y de más puro estilo. Y en el interior, todo lo más suntuoso que puede imaginar la mente más refinada, se halla colocado, pero no en aglomeración confusa sino con tan exacto sentido artístico y decorativo, que el visitante tiene a cada momento un motivo de admiración.

El hall es de una sencillez acentuadamente aristocrática. Primera afirmación de buen gusto, que predispone el ánimo a todas las más hondas satisfacciones artísticas.

Sobre las dos fachadas principales del edificio, se hallan los salones más bellos de todo el palacio. El uno está destinado a recibos, el otro es la gran sala de baile.

La luz irradia de las arañas y de los brazos, y se quiebra y multiplica sus reflejos y su brillo en los espejos, en los bronces, en los cristales. Es una ola de luz que todo lo invade, que todo lo exhibe y a todo da su justo y elevadísimo valor.

Salón de reyes es el principal, magnífico complemento del palacio suntuoso.

En el gran comedor, las paredes están recubiertas de gobelinos. Nada que dé la más profunda sensación de la prodigalidad que tenían y aun hoy tienen los castillos nobiliarios de Europa, que este soberbio comedor.

Una fiesta en tan admirable escenario, tiene por fuerza que resultar una reunión soberbia, brillante afirmación de la distinción de nuestro gran mundo y oportunidad magnífica para que nuestras damas más principales puedan ostentar su elegancia y su belleza.

Tal fué la fiesta que se realizó días pasados, fiesta de la que, en estas líneas y en la nota gráfica que publicamos, hallarán nuestros lectores un débil reflejo.

A su obsequiosidad imponderable la dueña de casa, doña Elisa García de Zúñiga de Taranco, unía una irreprochable elegancia. Su tránsito por los salones deslumbrantes fué un triunfo de gentileza y de distinción, y en ese triunfo de majestad y de cultura fueron principalísimas partícipes las señoras: doña Pilar de Herrera de Arteaga, doña Sofía Platero de Idiarte Borda, doña Josefina Pérez de Serrato, doña Julia Villegas de Shaw y otras aún que dieron carácter versallesco a la reunión y que magnificaron el ramillete primaveral, el alegre triunfo de juventud y de belleza de las niñas que asistieron a la fiesta, y fueron como una floración de aristocratismo en la deslumbrante majestad de los salones.

En ese grupo gentilísimo brillaron con toda la imposición de su hermosura y de su amabilidad, las señoritas Elisa, Isabel y María Elena Ortiz de Taranco.

Y junto a estas encantadoras niñas, vimos las resplandecientes bellezas de Maricucha Bustos de Vaeza, de Margot Idiarte Borda Platero, de Amelia Márquez Vaeza, de María Elena Serrato, de María Inés de Arteaga, de Plácida Villegas, de Clarita Müller, de Margarita Saavedra, de Corina Seré Rücker, de Margarita Heber Uriarte y de Corina Morales Berro.

El baile atrajo vivamente a todo el mundo joven, y en el raudo girar de la danza embriagadora, las horas se deslizaron tan veloces que cuando terminó la selecta reunión, todos creíamos, en el primer instante, que apenas se iniciaba.

Los Pendones de Montevideo




Los escudos de armas de las ciudades donde dominaban los españoles les eran concedidos por el rey y en las reales cédulas respectivas se describían con minuciosidad, acompañándolas, además, en la mayor parte de los casos, los dibujos coloridos; y les estaba expresamente prohibido a los virreyes, gobernadores y ayuntamientos, hacer en ellos modificación, agregación o supresión que no fuera previamente autorizada por nueva provisión real.

De estas disposiciones legales resulta: que los cabildos, que tenían el uso de los escudos de armas de las ciudades de que eran representantes, estaban obligados a usarlos y a mantenerlos estrictamente ajustados a los términos de la concesión real, careciendo, en absoluto, de toda facultad para hacer en ellos ninguna innovación, ni aún en los mínimos detalles.

En las grandes festividades de las colonias, que eran las del advenimiento de los reyes, los escudos de armas que se colocaban en las decoraciones de las plazas y de los edificios públicos solían estar surmontados por divisas o inscripciones mudables como las circunstancias, como el sentimiento, como la inspiración o el gusto dominante en la época o en la ocasión: y esas mismas inscripciones se veían en los estandartes o guiones, que también se consideraban decorativos, que se lucían en el acompañamiento del Pendón Real o del Pendón del Cabildo, no pudiendo tener entrada en estos pendones oficiales las tales inscripciones, como no la tendrían en el Pabellón Nacional ni en el Escudo de Armas que en la moneda representa la soberanía que la emite.

En los escudos de las ciudades suelen encontrarse, aunque raramente, motes o divisas, como las tenían las armas de la antigua nobleza y de los Ordenes de Caballería, y como la tienen diversos escudos nacionales; el de Inglaterra, por ejemplo, en cuyas armas, contorneadas por la divisa de la Orden de la Jarretera: "Honni soit qui mal y pense", está colocada debajo del escudo en una cinta, la divisa real: "Dieu et mon droit": en el de los Estados Unidos de América, cuya águila sostiene en su diestra una banderola en que está escrita la conocida divisa: "In pluribus unum."

Pero estas divisas que son la expresión concentrada de un sentimiento, de un designio, de una cualidad característica o de una tradición o suceso histórico, tiene toda la permanencia del escudo de que hacen parte integrante, del cual no pueden ser separadas y dentro del cual no son alterables sino en la forma en que puede serlo el escudo mismo, esto es, por un acto de soberanía.

Nuestro Montevideo colonial tuvo sus pendones. Y fueron hermosos y de gran valor. Sobre tisú, los símbolos y las leyendas están bordados en oro de alto precio.

Domina en su campo el Pendón Real, que en sotuer con la Palma y la Espada, quedan ceñidos en la parte superior por la Corona de Olivos que corta o divide la puerta del castillo, descansando en la parte inferior sobre cuatro banderas inglesas abatidas.

Este pendón, que usó el Cabildo de Montevideo, fué otorgado en real cédula el año 1807, documento que llegó a Montevideo el 23 de Enero de 1809, a bordo del bergantín "Buen Jesús".

Esa real cédula dice textualmente:

"Por quanto: atendiendo a las circunstancias que concurren en el Cavildo y Ayuntamiento de la Ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo, y a la constancia y amor que ha acreditado a mi Real Servicio en la reconquista de Buenos Aires, he venido por mi Real decreto de doce del presente mes de Abril en concederle título de muy Fiel y Reconquistadora: Facultad para que use de la distinción de maceros: y que al Escudo de sus armas pueda añadir las banderas Inglesas abatidas que apresó en dicha reconquista con una corona de olivo sobre el cerro, atrabesada con otra de mis Reales Armas, Palma y Espada."

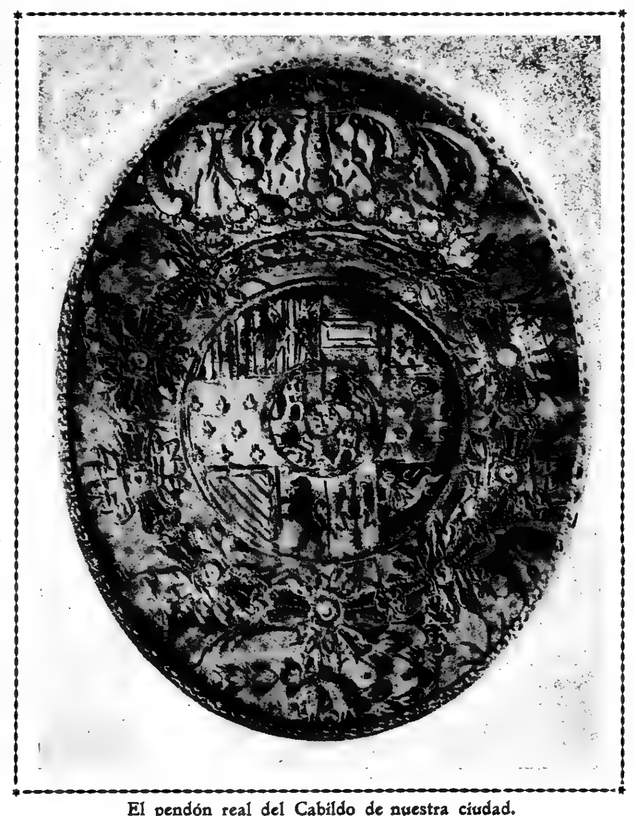
Hoy esas verdaderas reliquias de la época del coloniaje, nos parecen extrañas y tan ajenas a nuestra modalidad actual, que las consideramos casi exóticas y nos parece extraordinario que ellas hayan sido paseadas por las calles de Montevideo en los días de gran ceremonial.

Estas reliquias, de alto valor histórico, signos de la tradición nobilísima de nuestra ciudad, han servido de base para el proyecto de escudo de Montevideo, usado hoy por la Corporación Municipal.

Godo.



Antiguos pendones del Cabildo de Montevideo



El pendón real del Cabildo de nuestra ciudad.



Sra. Margarita Guani de Cardoso y su hijo

Gentilísima, con relevantes prendas de bondad, de distinción y de belleza, es la señora Guani de Cardoso una verdad representativa de todo lo que vale y de todo lo que significa la mujer, en la expresión del carácter y en la cultura de nuestra sociedad.



SOCA

El Maestro, el hombre que domina en nuestro ambiente con todos los más elevados prestigios del talento, espíritu superior que ha llegado a culminar por el esfuerzo propio, fué objeto de un justiciero homenaje, al que nosotros queremos dar nuestra modesta contribución.

Nada que nos halague más que reconocer y elogiar los méritos de los conciudadanos ilustres que se imponen a la consideración del país por sus obras meritísimas.

Y comprendemos que debe exaltarse en el espíritu público este sentimiento de respeto hacia los uruguayos que, triunfando en cualquier expresión de la actividad, glorifican a la República y la hacen cada vez más respetada ante el concepto de las demás naciones.

No hemos de cejar en esta propaganda que conceptuamos inspirada en un alto interés patriótico. Quizá en nuestro país no sentimos todo lo ampliamente que fuera menester este sano orgullo por los hombres que reflejan gloria sobre la nacionalidad. Quizá aplicamos mucho indiferentismo en el reconocimiento de estas afirmaciones de las inteligencias uruguayas que sobresalen, ya no del nivel de la mentalidad nacional, sino que se imponen a las mentalidades extranjeras, aún a las de los países que más alto puesto ocupan en la cultura del mundo.

La orientación de nuestras buenas intenciones en ese sentido procurarán, en la medida de su acción, intensificar el culto por los ciudadanos eminentes que reclaman toda la consideración pública.

El doctor Francisco Soca es una de las personalidades científicas sudamericanas más distinguidas, más eminentes, que mayores títulos puede ostentar para ocupar el sitial preeminente que tiene conquistado.

Autoridad indiscutible en la familia galénica, su fama ha traspuesto gloriosamente las fronteras de la patria y se le respeta en todos los centros científicos de América y de Europa.

El doctor Soca es un ejemplo admirable de voluntad al servicio de una mente privilegiada.

Hoy puede ostentar el título de Maestro de Maestros, porque la distinción que le ha hecho la Academia de Medicina de París lo coloca en el pináculo del triunfo. Fué, pues, oportuno y justiciero el homenaje que le rindieron Médicos y Estudiantes, homenaje que noticia estas líneas modestísimas, expresión de nuestro respeto y de nuestra admiración por el compatriota ilustre.

Ciudadanos como el doctor Soca honran la mentalidad de un pueblo.



Coronel Eugenio Garzón

EN LA HORA SOLEMNE DE LA JURA





Sargento Mayor Andres A. Gómez

18 DE JULIO DE 1830

EN la tarde del 18 de Julio de 1830 el pueblo reunido en la que hoy es Plaza Constitución aguardaba emocionado que la Asamblea Legislativa jurara el Código Fundamental, base primera de la definitiva organización política del país.

Cumplido ese solemne requisito, entraron a la sala de sesiones los miembros del Gobierno: el brigadier general don Juan Antonio Lavalleja y sus ministros, quienes juraron ante el Presidente de la Asamblea que lo era don Silvestre Blanco.

Frente al Cabildo se hallaba formado el batallón 1.º de Cazadores comandado por el entonces coronel don Eugenio Garzón. Esta unidad, del ejército de la Nación que surgía en tan fausta jornada a la vida institucional de los pueblos, rendía guardia de honor ante la Asamblea Legislativa, en cuyo local se celebraba el acto más trascendental que en el país se contemplara.

Prestó juramento el coronel Garzón ante el Gobernador Lavalleja y volviendo luego al frente del batallón que comandaba, recibió el juramento del segundo jefe, Mayor Andrés Gómez, y de todos los oficiales de su batallón, que lo eran: el teniente coronel don Cipriano Miró; los capitanes don Hermenegildo Lafuente, don José Rodríguez, don Francisco Lasala, don Miguel Alegre y don Joaquín Idoyaga; los ayudantes mayores don Indalecio Larraya, don Ramón Visillac; tenientes primeros don Juan Pío Gurgel, don Saturnino Revuelta, don José María Ordóñez, don Pedro Cazariego, don Marcos Rincón y don Ildefonso Correa; tenientes segundos don Juan María González, don Miguel Delahanty, don Joaquín Viejobueno, don Joaquín José Nascimiento y don Pedro Rivero; subtenientes don Juan Quincoces, don Remigio González, y abanderado don Manuel Germán Fleitas.

Acto seguido el Mayor Gómez ocupó la derecha de la línea y apoyando su espada sobre un fusil, figurando una cruz, ordenó que todos los individuos de tropa pasaran frente al sagrado símbolo besándolo como señal de acatamiento a la nueva ley que regiría desde entonces los destinos de la nacionalidad uruguaya.

Después de este acto tan sentido y elocuente, tal como cuadraba a los hombres de acero de aquella época, el batallón con la bandera nacional flameando orgullosa a los vientos de la patria consolidada y gloriosa, desfiló en marcha a su cuartel.

El pueblo, delirante de entusiasmo, tributó a los jefes y soldados que desde aquel momento eran depositarios de la inviolabilidad de la ley fundamental, vítores y palmas, acompañándolos en una verdadera procesión cívica, elocuente forma de exteriorizar su ardor patriótico y su agradecimiento a los que habían luchado con heroísmo y sacrificio inmenso por la Independencia del país.

Casi todos aquellos bravos hombres de armas habían participado en las campañas por la libertad y algunos habían sentido en sus rostros el álito quemante y triunfal de Ituzaingó, la última etapa de la gran jornada patricia.

Reproducción fotográfica del acta del Juramento de la Constitución prestado por la clase militar

Recepción en lo de Amézaga-Alvarez Mouliá, en honor de la señorita Josefina Ocampo Vedoya

LA recepción que días pasados se realizó en la residencia del doctor Juan José de Amézaga, fué en honor de la señorita Josefina Ocampo Vedoya, de la más selecta sociedad porteña, que se halla de paso por Montevideo.

La señorita Ocampo Vedoya, bella, elegante y de preclaro linaje, tuvo en la fiesta a que nos referimos una hermosa demostración de la amabilidad patriarcal que es característica en nuestras familias principales. Fué una fiesta amable, encantadora.

Un núcleo numerosísimo de nuestras más bellas señoritas hicieron acto de presencia en tan elegante reunión, formando un delicadísimo ramillete. Y dominando con su soberana belleza la señora dueña de casa, elegantísima, amable. Al verla en sus salones pasar como una verdadera reina de hermosura, recordamos el juicio que mereció a los cronistas porteños, durante su estadía en la vecina orilla acompañando a su esposo, que desempeñaba el elevado cargo de Embajador de nuestro país ante el Gobierno argentino.

La señora Celia Alvarez Mouliá de Amézaga fué el centro de la admiración en los salones de la capital vecina y todos los cronistas sociales al elogiar su chic y su belleza, desgranaron perlas de dialéctica en su loor y uno, con mucho acierto, dijo que parecía una imagen arrancada a una tela del inmortal Ducet.



Su tránsito fué, pues, triunfal a través de los salones porteños y con ello se acrecentaron aún más los prestigios que de hermosa y elegante ostenta la mujer uruguaya.

En la recepción que se realizó en su elegante residencia, la señora Alvarez de Amézaga fué una vez más la gentilísima dama de trato exquisito y de extrema amabilidad.

Todos sus invitados encontraron en ella una sonrisa de grata delicadeza, una palabra de suma galantería.

Con ello hizo digna compañía a su esposo, el doctor Amézaga, caballero cultísimo, de brillante figuración política y diplomática.

El hall de entrada y el gran salón resplandecían con sus mejores galas, y en el ambiente aristocrático imponían su belleza y su elegancia las señoritas Olga Beherens Hoffmann, Martha Iglesias Castellanos, Esther y Elena Alvarez Mouliá, María Elena Gómez Larravide, Silvia Acevedo Braga, Eloísa Gómez Harley, María Teresa Braga, Nené Díaz Fournier, Marieta Morquio Márquez, Elisa Blanco Wilson y otras aún; armoniosa guirnalda de juventud, de distinción y de belleza que prestaba a la reunión toda la deslumbrante imposición de su gracia.

La recepción en lo del doctor Amézaga fué una de las notas sociales más brillantes de las realizadas en la última quincena social.



Señoras: Celia Alvarez Mouliá de Amézaga. — Josefina Vedoya de Ocampo. — Celia Mouliá de Alvarez. María Angélica P. de Wilson. — Julia Villegas de Shaw.—Sofía Platero de Idiarte Borda. Isolina E. de Vial Bello.—Señores: Dr. Juan José Amézaga.—Ministro de España y Manuel Ocampo.



Señora Luisa C. de Pascual.—Señoritas Zelmira Iglesias Castellanos.—Margarita Saavedra Barroso. Emma Piera Muñoz.—Josefina Ocampo Vedoya.—Ester Alvarez Mouliá.—María A. Marquez Baeza. Silvia Acevedo Braga.—Olga Beherens Hoffman y Señor Carlos Garçao Marquez.

Y si merece ella el más caluroso comentario por el brillante éxito que alcanzó, debe también ser señalada como una nota altamente simpática por haber sido organizada en homenaje a una niña porteña.

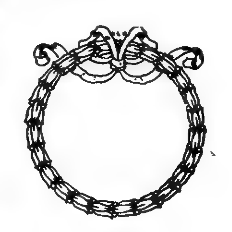
De esta suerte se estrechan cada vez más los vínculos con la sociedad argentina, vínculos que no deben por ningún concepto aminorarse, ni debilitarse, dado que argentinos y uruguayos han convivido siempre tanto en los momentos de grandes satisfacciones como en las horas de duras pruebas.

La sociedad argentina, muy distinguida, con prestigiosa nobleza patricia, tiene sus orígenes en casi las mismas familias que la sociedad uruguaya.

¿Cómo, pues, no atender con preferencia este canje de afectuosidades y atenciones si con ello se afirman relaciones y se da consistencia a vínculos tradicionales?

Por otra parte es de desear que fiestas como esta se repitan durante el invierno.

Con tan magníficas reuniones se despiertan actividades sociales que no deben en ningún momento decaer.



Esas recepciones dan a nuestro mundo social el brillo que de derecho le corresponde y están de acuerdo con el pasado de nuestros salones, honroso pasado que nunca debe echarse en olvido

Y si insistimos, a propósito de la bella reunión en lo del doctor Amézaga, respecto de lo grandemente beneficiosa que sería la repetición de esas fiestas, es porque sabemos existen en proyecto algunas, las que deben realizarse sin ninguna vacilación, para que nuestros salones sean todo lo admirados que merecen.

En esos salones existen innúmeras riquezas, pruebas soberbias de buen gusto y de exquisito arte. Las hay que podrían competir con los mejor alhajados de Europa.

La sociedad porteña evidencia más actividad que la nuestra.

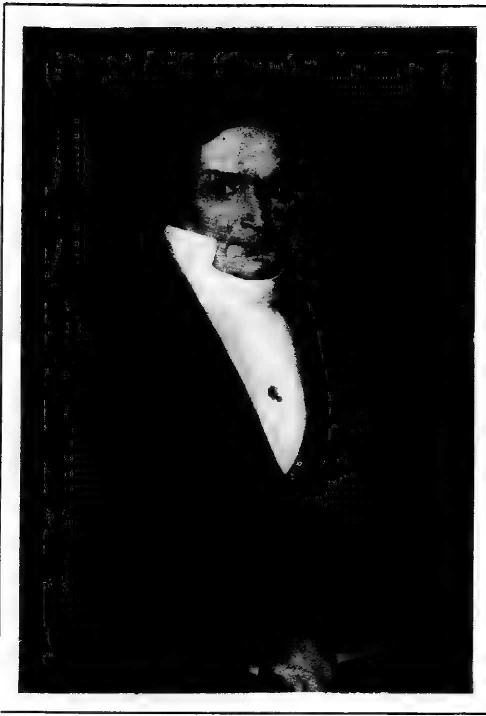
Tomemos ejemplo de ella. De esa suerte se conservan y aumentan las buenas resonancias.

Podemos hacerlo. Debemos hacerlo.

Terminamos estas líneas mal pergeñadas, tributando un nuevo elogio a la fiesta realizada en lo de Amézaga - Alvarez, de la que guardamos gratísimos recuerdos.

Figuras consulares

Don Silvestre Blanco



Silvestre Blanco, Presidente de la Asamblea Constituyente

DON Silvestre Blanco, ilustre patricio, nació en Montevideo, según lo comprueba la partida de nacimiento que dice así:

"Don Juan Joset Ortiz, Cura y Vicario de la ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo, certifico en cuanto pueda y ha lugar que en el libro Cuarto de bautismo de la referida ciudad que está a mi cargo y empieza en siete de Diciembre de mil setecientos setenta y nueve y acaba en veinticinco de Junio de mil setecientos ochenta y cinco al folio 274, se halla la partida siguiente:

En treinta y uno de Diciembre de mil setecientos ochenta y tres, yo don Juan Joset Ortiz, Cura y vicario de esta ciudad de Montevideo, bautizé a un niño que nació ayer a las once y media de la noche y se le puso por nombre Silvestre Eusebio Ramón, hijo legítimo de don Juan Blanco y de doña María del Pilar Pérez y Valdez, vecino de esta ciudad. El Padre natural de la villa de Pineda en el obispado de Perona y la madre de Buenos Aires; abuelos paternos don Francisco Blanco y doña Mariana Flaquer, vecinos y naturales de dicha villa. Maternos don Bernardo Pérez y Valdez y doña Cayetana Delgado. Fué padrino don Eusebio Vidal Teniente de Magones de Almanza a quien advertí; la congnación espiritual que había contraído y sus obligaciones siendo testigo don Francisco Mont y don Nicolás Zamora vecino de esta ciudad y por verdad lo firmé Juan José Ortiz."

Los padres de Blanco tuvieron otros hijos:

Doña María Eusebia, doña Concepción, doña Nicolasa (casada con un señor Camusso), y don Prudencio que, lo mismo que doña María Eusebia, murió soltero.

Doña María del Pilar Pérez y Valdez contrajo segundas nupcias con el Coronel de Ingenieros don Bernardo Lecoq y de este matrimonio tuvo a don Francisco y a don Gregorio Lecoq, casados, respectivamente, con doña Pascuala Camusso y doña Margarita Ximénez.

Don Silvestre Blanco inició su carrera militar según los documentos que copiamos a continuación:

"Señor Subinspector General: Don Silvestre Blanco natural de esta ciudad, hijo legitimo del Capitán de Milicias don Juan Blanco y Flaquer y doña María del Pilar Pérez Valdez, actual consorte del Coronel de Ingenieros en Jefe don Bernardo Lecoq ante V. S. con el mayor respeto dice: que hallándose con las circunstancias que se requieren para servir a S. Majestad en la ilustre carrera de las armas, según lo acreditan los documentos que en debida forma presenta, desea emprenderla en la clase de Cadete; para cuyo efecto,

A V. S. rendidamente suplica se sirva expedir su decreto para que se le admita en el Regimiento de Infantería de esta provincia; a cuyo favor quedará reconocido. — Montevideo, 22 de Diciembre de 1798. — *Silvestre Blanco.*"

"Señor Subinspector General: Concurren en el suplicante las circunstancias que S. M. manda tengan los que sirvan en la clase de cadetes. — Montevideo, 23 de Diciembre de 1798. — *Miguel de Texada.*"

"Montevideo, 4 de Diciembre de 1799. — Habiendo hecho constar el suplicante que concurren en su persona todas las circunstancias que previene Su Majestad para la admisión de Cadetes en esta calidad debe tomar su asiento en el Regimiento de Infantería de esta provincia, cuyo Coronel dará las órdenes correspondientes al cumplimiento de este Decreto. — *El Marqués de Sobremonte.*"

Después de año y medio pasó a continuar sus servicios en el Regimiento de Dragones. He aquí su solicitud:

"Señor Subinspector General: Don Silvestre Blanco, Cadete del Regimiento de Infantería de Buenos Aires ante V. S. con el mayor respeto dice: se halla con la determinación de continuar su mérito en el Regimiento de Dragones de esta provincia y para poderlo verificar, a V. S. rendidamente suplica: se sirva expedir su providencia para que se le admita en el expresado Regimiento de Dragones en la clase de Cadete, a cuyo favor quedará reconocido. — Montevideo, 21 de Julio de 1801. — *Silvestre Blanco.*"

"Montevideo, 24 de Julio de 1801. — Concédese a ese interesado su pase como solicita en la misma clase al Regimiento de Dragones cuyo conforme conveniente al cumplimiento de este decreto, entendiéndose que su pase debe contarse desde esta fecha. — *El Marqués de Sobremonte.*"

Queriendo ampliar sus estudios, don Silvestre Blanco pidió licencia para pasar a Barcelona y a ese fin se le expidió el siguiente:

"Por cuanto por Decreto de esta fecha he concedido Licencia a don Silvestre Blanco, Cadete del Regimiento de Dragones de esta Provincia para que, como ha solicitado pueda pasar a España por el término de dos años con el fin de continuar y concluir el curso de Matemáticas en el Colegio de Barcelona; por tanto: ordeno y mando a los Comisarios de los Puestos y Bageles sujetos a mi jurisdicción y a los que no lo son ruego y encargo no le pongan impedimento alguno en su viaje, antes bien se lo auxilien. Para todo lo cual le hice expedir este pasaporte, firmado de mi mano, sellado con el sello de mis armas y refrendado del Secretario por S. M. de este Virreynato. — Dado en Buenos Aires, a dos de Julio de mil ochocientos y tres. — *Joaquín del Pino.* — *Manuel Gallego.*"

Reunida, en San José la Asamblea General Constituyente y Legislativa del Estado y habiéndose resuelto la elección de un Presidente permanente, resultó electo por 14 votos don Silvestre Blanco, — habiendo obtenido 7 votos don Joaquín Suárez y otros 7 don Gabriel A. Pereira.

En Canelones, en la Aguada, en Montevideo, lo mismo que en San José, don Silvestre Blanco desempeñó sus elevadas funciones con una contracción verdaderamente ejemplar.

A él le tocó, en 22 de Diciembre del año 1828, tomar el juramento al Brigadier don José Rondeau que entraba a ejercer el cargo de Gobernador y Capitán General Provisorio.

Fué el primero en suscribir la Constitución del Estado, en 10 de Septiembre de 1829, lo mismo que el "*Manifiesto de la Asamblea General Constituyente y Legislativa de la República Oriental del Uruguay a los Pueblos que representa*", de 30 de Junio de 1830.

Don Silvestre Blanco fué casado con doña María del Pilar Ruiz, a la que trató por presentación que, en un palco del teatro San Felipe, le hizo la señorita Juanita Zudañez. De ese matrimonio tuvieron a María del Pilar Blanco, nacida el 11 de Noviembre de 1835 y casada el 12 de Octubre de 1855, con el autor de "La Argentiada", don Manuel Rogelio Tristany, quienes han dejado una larga sucesión, abrazando cuatro de los hijos varones la carrera militar en la República Argentina.

El retrato del señor Blanco, cuya copia publicamos, fué tomado del natural, poco después de jurada la Constitución, y se halla en el Archivo y Museo Histórico Nacional, merced a la solicitud de su Director, don Luis Carve, y a la generosidad de la nieta del prócer, la señorita María Estela Tristany Blanco.

Ofrecemos también a nuestros lectores los retratos, — que tomamos de un daguerrotipo, — de la esposa y de la hija de don Silvestre Blanco: doña María del Pilar Ruiz y doña María del Pilar Blanco.

Don Silvestre Blanco falleció el año 1841.

El carácter enérgico, la severidad de principios, la religiosidad del deber, hicieron que don Silvestre Blanco fuera una de las más altas personalidades en los instantes decisivos de la unidad del espíritu nacional y en los más trascendentales aún de la organización legal de la República.

Un detalle que prueba elocuentemente esta característica ejemplar de Blanco, es el de que no faltó a ninguna de las sesiones que celebró la Asamblea Constituyente, y en donde quiera que se reunió tan soberana autoridad, su digno presidente hizo acto de presencia, ocupando su sitio.



Doña María del Pilar Ruiz y su hija



Elisa de Maturana

Margarita Oribe de Lasala

Juana Cara

Josefa Muñoz Quirós de Pérez

Manuela Maturana de Acevedo

Joaquina Váz

Abanico conmemorativo de la Jura de la Constitución
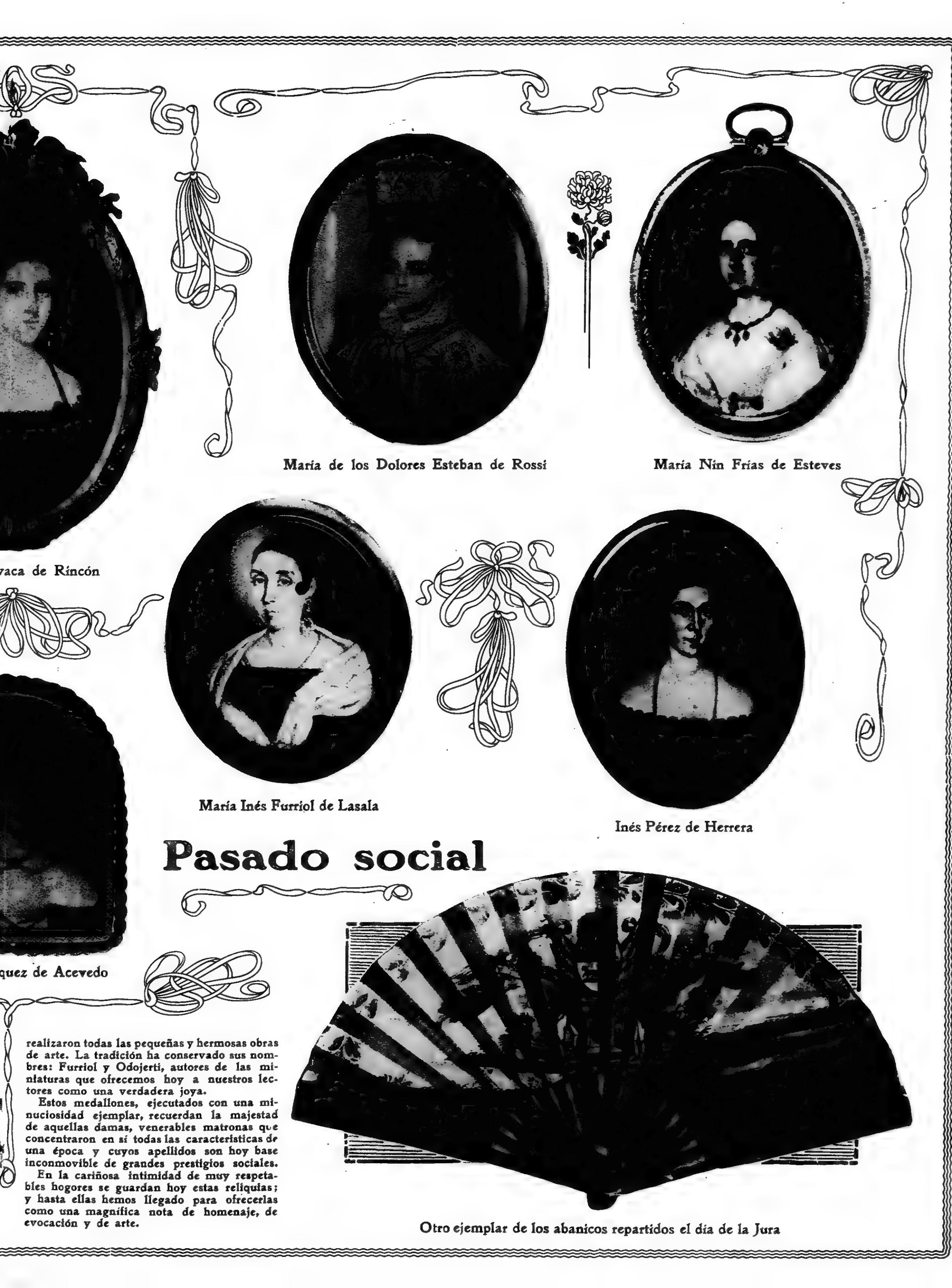
Ante nuestro

He aquí dos páginas que honran en sumo grado a "Selecta".

No son tan sólo la comprobación de una delicadeza artística que hoy apenas tiene una que otra manifestación, sino que todas esas miniaturas reproducen, — bellamente, un grupo de damas de elevadísima alcurnia; — brillante afirmación de un distinguidísimo pasado social, tan pródigo en ejemplos.

Las delicadas láminas de marfil, donde el artista ha concentrado todos sus afanes, aparecen, a través del tiempo con tanta exactitud de dibujo, con tanta brillantez de colorido que se diría ajecutadas ayer.

Dos fueron los miniaturistas que en las épocas del virreinato y de la independencia



María de los Dolores Esteban de Rossi

María Nín Frías de Esteves

...vaca de Rincón

María Inés Furriol de Lasala

Inés Pérez de Herrera

...quez de Acevedo

Pasado social

realizaron todas las pequeñas y hermosas obras de arte. La tradición ha conservado sus nombres: Furriol y Odojerti, autores de las miniaturas que ofrecemos hoy a nuestros lectores como una verdadera joya.

Estos medallones, ejecutados con una minuciosidad ejemplar, recuerdan la majestad de aquellas damas, venerables matronas que concentraron en sí todas las características de una época y cuyos apellidos son hoy base inconmovible de grandes prestigios sociales.

En la cariñosa intimidad de muy respetables hogares se guardan hoy estas reliquias; y hasta ellas hemos llegado para ofrecerlas como una magnífica nota de homenaje, de evocación y de arte.

Otro ejemplar de los abanicos repartidos el día de la Jura

El pintor Parpagnoli

HE aquí un notable cultor del arte de Apeles.

Miradlo. Su figura es altamente simpática y arrogante. Hay en él un rasgo agradable de la bohemia soñadora y briosa que tantos genios ha dado al mundo, y un claro aristocratismo que eleva su trato a la categoría de un verdadero placer.

Tal nos ocurrió a nosotros en la visita que le hicimos en su lujosa residencia de la calle Larrañaga, donde nos encontramos con el más delicioso "home" que hubiéramos podido imaginarnos.

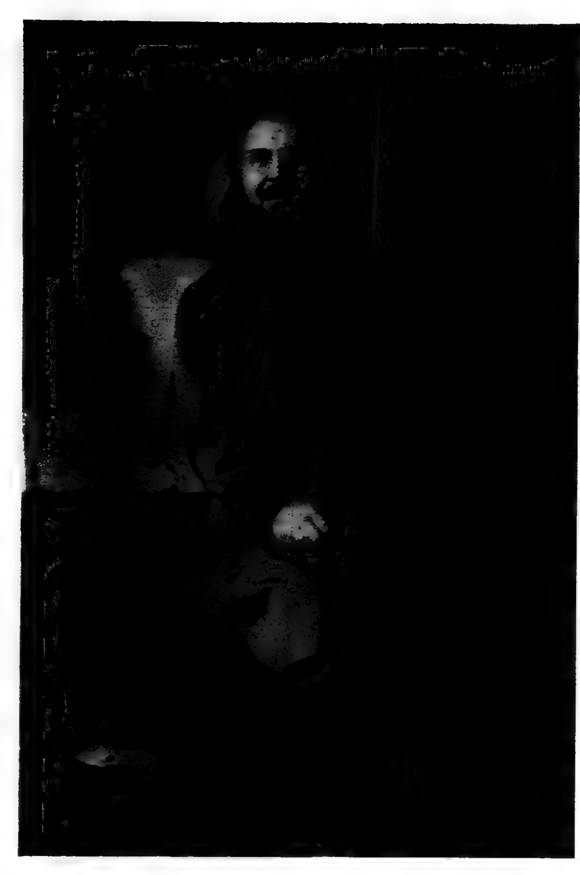
A nuestro encuentro salió la esposa del celebrado pintor, y su gracia, la armonía excepcional de su trato, su distinción, fué un encanto más unido a los encantos que ya nos habían cautivado.

Envuelto en una amplia bata de seda y terciopelo, elegante, sencillo y cultísimo, se nos presenta el pintor Parpagnoli.

Antes de llegar hasta el taller donde el artista labora y crea sus hermosas obras, los gentiles dueños de casa nos rindieron todos los agasajos de la hospitalidad.

El estudio es un rincón admirable. Ya conocíamos al pintor por la excelente impresión que nos causaran algunas de sus obras; sobre todo el magnífico retrato de Samuel Blixen, que se halla en el Círculo de la Prensa, colocado en el salón principal de recepciones.

Ese retrato, una de las primeras obras que ejecutó Parpagnoli en nuestro país, muestra con más vigor y con más acierto la modalidad de este artista, cuya escuela (puesta de manifiesto en esa y en otras obras de la misma época), tiene todas las más bellas condiciones de los maestros italianos del Renacimiento.



El pintor G. M. Parpagnoli

Parpagnoli ha evolucionado. La escuela italiana clásica ya no tiene aplicación en sus cuadros de hoy. Su evolución se define hacia los métodos modernos; pintura divisionaria, interpretativa en los valores del color, que refleja a la naturaleza después de tamizarla en la impresionabilidad de un temperamento. Sus retratos actuales y sus paisajes tienen la atracción del colorido vibrante, quizá a veces demasiado violento, pero siempre atrayente, con tonalidades que si no son en todos los casos el reflejo de la verdad, en cambio tienen el encanto de los tonos luminosos, de los contrastes, de las medias tintas extrañas, casi exóticas, pero siempre inspiradas en un refinado sentimiento de belleza.

Hoy, Parpagnoli nos agrada tanto como paisajista que como retratista, aun cuando su especialidad sea el retrato. Los de hoy como los de ayer son de una gran fuerza de parecido, con esa verdad psicológica, rasgo característico que da el carácter íntimo de la persona retratada, efluvio de alma que sólo consiguen dar a los retratos los que conocen a fondo esta difícil rama de la pintura.

Tiene el estimado artista infinidad de proyectos de obras de gran aliento, a todas las cuales dará feliz culminación, porque Parpagnoli es un artista que conoce todas las ventajas que en el trabajo da el método y el ejercicio de la voluntad.

De nuestra visita a la residencia del artista conservamos una agradabilísima impresión, que aún perdura en el instante de escribir estas líneas.

El Cronista.



Un ángulo del magnífico estudio del señor Parpagnoli

CONTEMPLANDO UNAS VIEJAS FOTOGRAFÍAS





LAS fotografías de antaño tienen un encanto especial. Ellas nos atraen con la severidad de su presentación, tan sencillas, tan simples, que puestas al lado de una fotografía de hoy, de esas verdaderamente suntuosas, con doble cubierta, papel de seda, rebordes dorados y coloraciones caprichosas, parecen humildes copias, tan humildes que ni como prueba las presentaría uno de los fotógrafos de la actualidad.

Y sin embargo estas fotografías tienen todas, en la casi humildad de su presentación, una poderosa fuerza subyugante, atractivo poderoso que reside en la majestad que de ellas emana, no sabríamos si por la sugestión que todo lo de antaño ejerce sobre nuestros espíritus impresionables, o por la indiscutible realeza que de los trajes se desprende.

Y así es.

Posiblemente la moda de 1830 y 1840 no estaría encuadrada en los más severos preceptos de la estética, quizá habría mucho que discutir y mucho que analizar, respecto de aquellos talles de "avispa", formados a fuerza de una exagerada opresión, que si ofrecían contraste más o menos agradable con la amplitud y abullonamiento de las faldas, torturaba las cinturas y provocaba las protestas airadas de los médicos.

Pero de todas maneras la majestad de aquellas damas se impone a nuestra frivolidad de hoy y nos da ejemplo de cómo puede ser la verdadera altivez en la más grande simplicidad.

Tenemos ante nuestros ojos tres fotografías de antaño. Reproducen ellas a tres damas muy distinguidas de las épocas gloriosas y siempre aleccionantes, y no cabe más que examinarlas rápidamente para que de inmediato, aun ignorando los nombres, comprendamos que son tres damas representativas de aquel pasado social que tanto debe siempre enorgullecernos.

Fueron tres señoras que llamaron la atención por su belleza, por su distinción, por su elegancia.



Mademoiselle Condesa Matilde de Brayer



Doña Carlota Sustacha de Chiriffe



Doña Corina Oromí de Villegas

Las fotografías nos las muestran vistiendo el clásico traje de cotilla, que tanto se usó entonces y tan espirituales hacía los cuerpos femeninos, para encanto de los hombres de la época y para envidia nuestra, que hoy nos tenemos que conformar con verlas a través de esas pequeñas fotografías amarillentas y semiborradas.

Las joyas que completaban la *toilette* de aquellos días, tenían también su originalidad y su belleza.

Los grandes peinetones, afiligranados, riquísimos, que eran verdaderas, magníficas obras de arte, daban a las cabezas una majestad única.

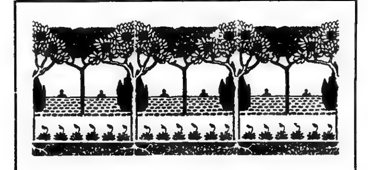
Las grandes cadenas de oro o de piedras preciosas rodeaban los cuellos esbeltos y caían elegantemente hasta el talle. Las carabanas, o aros largos, formaban como un marco muy bello a las deliciosas caritas. Y las "pulseras" exornaban los brazos con el brillo de su bruñido oro, oro cincelado, macizo y fuerte.

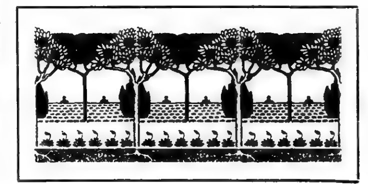
De verdad que eran interesantes y gentiles aquellas personitas delicadas que fueron la delicia de nuestros abuelos.

En los saraos, en los paseos al aire libre, en todos los sitios donde se presentaban, reinaban ellas con la soberanía que también reunen hoy las que son sus biznietas.

Las amplias polleras, donde los pliegues caían en forma armoniosa, daban a las siluetas femeninas un "aplomo", una realeza que por cierto era más sugestiva que las de las siluetas creadas por la moda de la pollera - funda, tan de estilo hasta hace poco.

Las tres damas que nos han sugerido estas evocaciones de los tiempos idos, fueron altamente representativas en la sociedad de aquellos días y hoy sus descendientes mantienen aquellos prestigios con toda ejemplaridad.





La gran lírica





CARUSO

LAFUENTE

LA temporada lírica oficial de Agosto se anuncia este año con los prestigios de nombres archifamosos en el mundo del arte.

Caruso, la Barrientos, la Della Riza, Journet, Lafuente, la Vallin Pardo, Giraldoni, Crabbe. Nombres que la fama trae y lleva de uno a otro confín del mundo y que son una sólida garantía de la importancia artística de la tournée máxima.

No hemos de detenernos en un examen detenido de las figuras más representativas del elenco. Sería superfluo. Todos conocen las admirables condiciones de los cantantes que forman cabeza en la gran compañía lírica.

En las diez funciones de abono se pondrán en escena las óperas que más atraen la atención del público y se estrenarán: "Lodeletta" de Mascagni, "L'Etranger" de D'Indy, "La Rondine" de Puccini.

En las seis funciones restantes se han combinado programas excelentes, en uno de los cuales figura "Pagliacci" cantado por Caruso, detalle este más que suficiente para despertar el mayor interés, pues aún recordamos con profunda emoción la estupenda noche en que el gran tenor cantó esa ópera en el Urquiza.

El éxito del abono ha sido completo. No podía esperarse otra cosa dado el elenco y el repertorio. Completamos esta nota dando una parte de la lista de los abonados:

Presidente de la República, Pablo Mañé, Augusto Morales, Manuel Lessa, Pedro Etchegaray, Baltasar Brum, Arturo Heber Jackson, Francisco A. Lanza, Mora Magariños, Eduardo Brito del Pino, Claudio Williman, Juan Campisteguy, José Shaw, Santiago Bordaberry, Adolfo Artagaveytia, César Schiaffino, Manuel Quintela, Alfredo Etchegaray, Pedro Mir, Horacio González, José Saavedra, Manuel Vaeza Ocampo, Gilberto Lasnier, Flora Wells de Shaw, Guillermo Wilson, Manuel Acosta y Lara, Juan Lorenzo Etcheverry, Agustín Cardozo, Alex Sundberg, Secundino Balparda, Germán Larión, Román Freire, Emilio San Juan, Vicente Pablo, Joaquín Requena y García, Carlos Bellini Carsoglio, José M. Rodríguez Sosa, Pedro Lena, E. Dellazoppa, Miguel Lapeyre, Alberto Rodríguez, Juan C. Roselló, José Colaso Gómez, Agustín Sanguinetti, Matías Alonso Criado, Juan Domingo Lanza, Agustín Estrada Gauland, Federico Vidiella, Ricardo Shaw, Eduardo Hoffmann, José Joaquín Canabal, Juan Pedro Etchegaray, Sayagués Laso, Walter Fraling, Juan Pons, Enrique Geille, José Deluchi, Berta Zubillaga, Elvira Grase, Antonio Rodríguez, Guillermo Perino, Federico Escalada, Manuel González Villar, Alejo Rosell y Rius, Alberto Puig, Lauro Brum, Aníbal Chacón, María Dellaca, Juan Canale, Carolina Favaro, José Infantozzi, Juan D. da Silva, José Macció, Pedro Díaz, Odicini Dante R. Peirano, Luis Olivier Montero, Serapio del Castillo, Pilar Muñoz Silva, José B. Etchegaray, Pedro E. Casarino, Arturo Gaye, Joaquín Oribe, Bernardo Riet Correa, Juan José Sosa Díaz, Luciano Lacerre, señor Galfetti, Tomás Grilfo, María Teresa Pittaluga, J. Carlos Vallarino, Juan José Salvagno, Santiago Rivas, José Gómez Ferreira, Francisco Costa, Raymundo Janssen, Blas Vidal, Arturo Wilson, María R de Chiarino, Antonio Marexiano, Ricardo Sánchez, Beltrán Hardoy, Juan Grondona, Fidel Cavallieri, Julio Poitevin, Alberto Cappone Brusco, Ricardo Serventi, Francisco Arena, Alejandro Dematteis, Umberto Pérsico, Farriols, Carlos Pernin, Manuel F. Da Silva, José V. Carvallido, Alejandro Shaw, José A. Ferreira, Enrique Risso, José Tálice, Juan Rampón, Teresa B. de Basso, Juan Veltroni, Alfredo Giribaldi, Cuocco, Miguel Deque, Juan Zamora, Honorio Federici, señoritas de Nin, Tomasa B. de Rodríguez, Alberto Miguel Lecour, Pedro Turcatti, Francisco Helguera, Andrés de Badet, Silvio Cassarino, Francisco Hidalgo, J. M. García y García, Juan Buela, Horacio Acosta y Lara, J. P. Santayana, Juan P. Beisso, Fernando Giribaldo, Francisco Campantico, Edelmira de la Bandera, Juan Dighiero, Marcelina Montero, Enrique Anthelo, Luis Barbagelata, Orfilia Solari, Alfonso Seré, Alberto Heber Uriarte, Dolores P. de Caprile, Pablo De María, Mario Etchegaray, Quinto Bonomi, Leonor Horticout, Juan Cánepa, señoritas de De León, Eduardo Saez, Carlos Abal, Alberto Seguez, Domingo Cuyaba, Carlos Castro, Julio Bazardo, Pedro Díaz Lemón, Teresa Saavedra, señoritas de Etcheverrito, Pedro Ceriani, Zipitría Montero, B. Introzzi, Juan Aschieri, Francisco Campodónico, José Piaggio, Gonzalo Vázquez Barriere, Pedro Muñoz, Julio M. Mangino, Ignacio Porta, Federico Battaglino, Juan Puy Natino, Domingo Cuadra Díaz, Severo Rodríguez, Pedro Aramendia, Alfredo Fernández, Blas Conde, Pedro A. Staricco, Eduardo Roubaud, González Danrée, Pedro Marquese, Antonio María Rodríguez, Rodolfo Mezzera, Arístides Muñoz Ramos, Benigno Dell, José Juega, Augusto Guerra Romero, María E. Fernández, Samuel Rossi, Luis E. Larriera, Villegas Suárez, Pedro Negri, R. Sosa Díaz, Juan Carvallido, Pablo Varzi (hijo), Perfecto González, Pedro Otonello, José Puppo, Alejandro Mautone, etc., etc.



MARÍA BARRIENTOS



VALLIN PARDO

Liga Uruguaya contra la Tuberculosis



Curar y Preservar.

Lo segundo antes que lo primero. Más aun que lo primero, porque su acción es más eficaz, más amplia, más efectiva.

Estas son las dos orientaciones que tiene la acción de la Liga contra la Tuberculosis.

Curar es noblemente piadoso; es de un alto espíritu evangélico, es ir directamente contra el dolor, contra la desventura, es detenerse amorosamente en la marcha para recoger al vencido que cae a la vera del camino, quizá de otra suerte condenado a morir sin socorro, sin que una mano piadosa le acercara a los labios una gota de agua.

Preservar es obra profundamente científica, es combatir al morbo antes de que desarrolle su acción es vencer antes de que se inicie la acción, terrible acción, en la que, generalmente, el hombre sale derrotado. Preservar es velar por la fortaleza de la raza, por sus energías efectivas, pues evitando que el organismo se dañe, se le conserva en toda la plenitud de sus energías y en toda la fecunda actividad de su esfuerzo.

Por eso es altamente noble, grandemente patriótica, honrosa para el país, la obra de la Liga contra la Tuberculosis.

Los nombres de los que la han iniciado y de los de aquellas personas que hoy continúan tesoneramente y sin desmayos la acción meritísima, deben ser tenidos en el concepto de benefactores del país, porque es tarea inmensa, tarea que no admite tregua, tarea sin descanso, la que exige la detención del avance devastador de esa plaga de la Humanidad, cuyos estragos son más grandes que los de la más tremenda de las guerras.



Doña Bernardina Muñoz de De María

Obra buena, obra de reparaciones sociales, obra de higiene, de salud y de vida, obra que es como la esencia purísima de todas las mejores inspiraciones del alma colectiva.

Por más que se escriba, por más que se hable, por más que se glorie, nunca podrá decirse bastante en homenaje merecido de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, la institución que, no vacilamos en afirmarlo, más distingue al Uruguay, aun cuando nuestro país, por el esfuerzo de sus buenos hijos, tenga tantas cosas de que enorgullecerse.

Y esta obra es, en mucho, en gran parte, resultado de la actividad de las Comisiones de señoras, obra sagrada en que la piedad femenina tiene parte principalísima, de la bondad sin limitaciones de las que saben ser esposas y madres, de toda esa concentración de exteriorizaciones sentimentales y afectivas que forma el espíritu de la mujer, y es como un bello contraste de luz, en las tinieblas horrendas, que son los odios, las ambiciones, las luchas y los egoísmos de los hombres, cuyas explosiones de rencores y de insanias, empapan de sangre las páginas de la historia.

No es posible elogiar la acción de la institución referida, sin tributar a las señoras en cuyo florecimiento coadyuvan, grande loa; porque la Liga Uruguaya es el fruto hermoso del sentimentalismo femenino puesto ante el dolor y la miseria.

En las Comisiones de señoras que se han sucedido desde la fundación de la Liga hasta el presente, han figurado damas de alta representación social, espíritus amplísimos en los que la iniciativa fecunda y la segura dirección fueron condiciones sobresalientes y elementos principalísimos en el brillante éxito de toda labor emprendida.

Las presidentas de esas Comisiones de damas fueron hasta el presente: doña Ema Ruano de Capurro, doña Bernardina Muñoz de De María, doña Guma del Campo de Muñoz, doña Matilde Regalía de Roosen y actualmente ha vuelto la señora Muñoz de De María a ocupar ese elevado cargo, para volver de nuevo a imprimir a la institución benefactora el grande impulso que le diera en su primera presidencia.

Doña Bernardina Muñoz de De María es una de las damas más representativas de nuestra sociedad. En ella se aunan delicadezas invalorables de espíritu, con sólidas riquezas de cultura. En su característica modestia guarda exquisitamente toda la belleza de su espíritu; dándonos, en nuestros días un tanto banales, la exacta representación de una dama de otros tiempos, de aquellas matronas de ayer, que aun las obras más extraordinarias, los esfuerzos más brillantes y hasta heroicos, los llevaban a cabo con una sencillez, con una serenidad, con una tal ausencia de bulla y de envanecimiento, que ello prestaba mayor grandeza a la grande realización



Grupo de señoras concurrentes: Bernardina Muñoz de De María. — Carmen Martinez de Williman. — Margarita Sierra de Sanchez. — Angela Pérez Cantera de Mainginou. Lucila Narbondo de Guillot. — Celia Alvarez de Amézaga. — Josefina V. de Ocampo. — Fortuna Oddo de Giribaldi. — Cata Castro de Quintela. — Emilia B. G. de Granotich. María P. de Sabat. — Dolores Ramos Suarez de Rodriguez. — Julia G. de Ramos Suarez. — Elina E. de Castellanos. — Carmen I. B. de Muñoz Ximenez. — Eusebia Pebet. Carmen M. de Muñoz. — Amelia Navarro de Burmester. — Paulina D. de Llovet. — Julia Calamet de Capurro. — Ema Marexiano de Garabelli. — Elena Marexiano de Ramasso. Flora G. de Granotich. — Dolores Estrazulas de Piñeyrúa. — María Elena R. de Fischer. — Berta De María de Pratt.

de sus actividades, de sus iniciativas, fueran de carácter filantrópico o patriótico.

La presidencia de doña Bernardina Muñoz de De María, es una garantía real, efectiva para la buena marcha de la Liga. A sus iniciativas inteligentes, responderá el más halagüeño de los resultados.

En la vicepresidencia figura otra dama de grandes vinculaciones sociales. Nos referimos a la señora Carmen M. de Williman, a cuya nobilísima dedicación debe la Liga verdaderas conquistas y muchos prestigios. Con tan distinguidas colaboradoras, la Liga Uruguaya tiene forzosamente que imponer su acción benéfica y culminar en la ruta que sigue, para bien de la población de la República.

En la presidencia de la Comisión de caballeros se halla el doctor Luis Piera, personalidad de alto relieve en la magistratura nacional, que dedica a la humanitaria obra todo el caudal de sus conocimientos y todas las ventajas de sus prestigios sociales.

La publicación de esta nota, además de responder a nuestro propósito de hacer conocer a las instituciones benéficas, la motiva además la realización de una visita que al Sanatorio que posee la Liga en la calle Larrañaga, realizaron días pasados algunas señoras y caballeros.

Ese Sanatorio y Escuela al Aire Libre es una de las dependencias de la Liga que más hermosos resultados da. En el sanatorio se hallan ochenta niños en calidad de internos. Y en la Escuela son cien los niños que siendo discípulos de las escuelas del Estado, por su estado de debilidad, son enviados allí por los facultativos del Cuerpo Médico Escolar.

La nobilísima institución tiene, por otra parte, otras dependencias donde con tanta eficacia como en esta, se atiende a los enfermos y se da alimento y ropa a los necesitados.

La casa central, donde se halla el gran consultorio médico, las oficinas, el horno de desinfección y los baños para obreros, se halla ubicada en la calle Magallanes y es un magnífico edificio.

Además, la Liga tiene dispensarios diseminados en todos los radios de la ciudad, especialmente donde se hallan aglomeraciones de población obrera.

En esos dispensarios se reparten diariamente, a los enfermos que se hallan inscriptos en la Liga, raciones de pan, leche y carne. De esta suerte la institución no sólo da medicamentos y asistencia médica, sino que también, el sustento abundante y de primera calidad, base quizá la principal para combatir a la tremenda dolencia.

Contribuye además la Liga al sostenimiento de la institución denominada "Copa de Leche", que funciona en varias escuelas del Estado. Consiste en el reparto diario a los discípulos de una copa de leche y un panecillo.

Los cuadros estadísticos, hechos por la Liga y los del Consejo Nacional de Higiene, dan la comprobación más halagüeña de una disminución de atacados por el bacilus de Kock y los cuadros particulares de la institución que nos ocupa, comprueban por otra parte de una manera elocuente infinidad de casos de curación radical, vale decir, la reintegración a la vida de muchos pobres seres que se hallaban condenados a muerte y con esa reintegración a la vida la vuelta a la alegría, al trabajo, a la paz del hogar, verdadera aurora de bonanza después de una noche cruel de tempestad, de incertidumbre, de vagar desatentado en medio de las tinieblas.

El doctor Constancio Castells, al ser enviado a España como delegado del Uruguay ante el Congreso Antituberculoso de San Sebastián, en un discurso pronunciado en la sesión inaugural, dijo que la obra de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis se debía en mucha parte a la contribución generosa del pueblo.

Y explicó la forma en que se realizaban las colectas y a las sumas respetables que esas colectas ascendían.

Ante los médicos españoles estas declaraciones produjeron hondo efecto. Les llamó poderosamente la atención ese medio tan simpático de sostener el funcionamiento de una institución benéfica y el Ministro de Estado al hacer el elogio de la iniciativa uruguaya (debida a la inteligencia, a la ilustración y a la bondad del doctor Joaquín de Salterain), declaró que en España se haría algo semejante para sostener a las instituciones antituberculosas del reino.

Desde aquel día quedó instituído en la península el llamado "Día de la flor".

Terminamos:

La más grata impresión recogimos en nuestra visita, donde la gentileza de las señoras de la Comisión nos puso en conocimiento de los detalles más interesantes del funcionamiento de ese Sanatorio.

A la pericia inteligente del Administrador General, señor Juan L. Pasqualini, debemos también un elogio y a su caballerosidad un agradecimiento.

Y lo repetimos una vez más: la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis honra al país.



No hemos de cerrar esta nota, en la que contenemos elogios a la presidenta de la Comisión de Damas, sin aprovechar la feliz circunstancia para dedicar algunas líneas a otra actividad benéfica de la señora Bernardina Muñoz de De-María.

Nos referimos a su puesto principalísimo en la Liga Antialcohólica, concurrente en otro esfera de acción, a la obra antituberculosa.

En el último Congreso de la Asociación Mundial de Templanza de Señoras, celebrado en Brooklyn (Nueva York), en Diciembre de 1913, la señorita Hardynia K. Norville fué nombrada delegada para visitar las Repúblicas de Sud-América, a fin de invitar a las damas de esos países para unirse a las señoras de las 55 naciones que constituyen aquella organización.

La delegada se dirigió en primer término al Uruguay, en vista de la reputación de cultura e inteligencia de las señoras de esta República.

Preparó con toda dedicación una magnífica conferencia en la que demostró las proporciones alarmantes que el alcoholismo había adquirido en nuestro país. En esta conferencia titulada "El alcoholismo en el Uruguay y medios de combatirlo", el doctor Salterain probó acabadamente por medio de las estadísticas, la urgencia que había en combatir el mal y la forma en que podría lucharse con seguridades de éxito. Terminada la conferencia se inscribieron más de 300 nombres en la lista de adherentes a la "Liga contra el Alcoholismo", resolviéndose constituirla de inmediato. Al efecto, la señora Manuela de Herrera de Salterain, colaboradora incansable y entusiasta de la obra, tomó con todo empeño la tarea y consiguió la adhesión de un grupo de distinguidas damas.

En una reunión, que tuvo lugar el 10 de Junio de 1915, se designó a la señora Bernardina Muñoz de De María para ocupar el cargo de Presidenta de la Liga Uruguaya contra el Alcoholismo, aceptando dicha dama el cargo en vista de la insistencia con que le fué ofrecido por sus amigas.

Hoy la Liga contra el alcoholismo es una institución que tiene ya adquiridos legítimos prestigios.

La señora Bernardina Muñoz de De María, es también presidenta del Consejo Nacional de Mujeres del Uruguay, alta manifestación de la intelectualidad femenina en nuestro país.



El Dr. Luis Piera, el Dr. Manginon y el señor Juan L. Pascualini ante un grupo de niños internos



Los alumnos de la Escuela al Aire Libre en el momento del reposo

El día de Francia







El niño Capeto hijo de María Antonieta que la ola revolucionaria arrolló en su vorágine.



El grabado reproduce una preciosa miniatura propiedad de la señora Matilde Rincón de Piñeyro

LA República francesa conmemora en este mes su más gloriosa efeméride. Día de celebraciones triunfales para la gran democracia, y de intensificaciones republicanas para los pueblos todos del mundo y especialmente para los de América, cuyas instituciones libres surgieron de Francia.

Pasa Europa actualmente por un terrible período de desorganización y de violencia. Francia paga tributo a este momento de crisis horrenda. Pero de en medio a ese torbellino espantoso de pasiones desencadenadas, la fecha gloriosa para el mundo surge como un relámpago de faro, y recuerda con intensidad siempre vigorosa que a la Revolución de 1773 se debe el surgimiento de una nueva era.

Fueron aquellos, momentos de gran solemnidad para el patriotismo francés. Causa asombro, un asombro abrumador, la lectura de las crónicas de la época, donde con más vigor y más descarnada verdad se halla el reflejo de aquellos días gestatorios.

De entre esas crónicas nos parece oportuno el tomar algunos párrafos de un sermón que en la iglesia de San Jaime y los Santos Inocentes pronunciara el sacerdote Fauchet, glorificando el recuerdo de los caídos en la jornada estupenda del 14 de Julio. Habla de ese acto solemne y del famoso sermón un escritor de la época.

Y dice:

" Todo fué notable e imponente en aquella solemnidad, que tuvo lugar en la iglesia parroquial de San Jaime y los Santos Inocentes. Pero lo que era nuevo enteramente es que el orador también había contribuído en cierto modo a la conquista que se celebraba; se había encontrado en medio de aquellos cuya memoria se honraba, y aunque revestido del carácter de sacerdote, había desplegado el mismo valor y demostrado la misma intrepidez al correr el mismo peligro.

" El tono de su discurso fué nuevo, como el asunto y la ocasión: era el grito de alegría de la triunfante libertad; era la promulgación de sus máximas en nombre de la religión y en el púlpito de la verdad; era la historia de los crímenes del despotismo admirado al verse atacado por un sacerdote, más admirado todavía al ver convertirse contra la tiranía las armas que hasta entonces había osado buscar en el cristianismo y los libros sagrados. Ya se sabe el partido que sacaba de las palabras. Dad al César lo que es del César. " Sí — exclamaba el orador; — pero lo que no es suyo ¿hay que dárselo también? Pues bien; la libertad no es del César, es de la naturaleza humana. El derecho de opresión tampoco es del César, y el derecho de defensa pertenece a todos los hombres. Los tributos sólo son del príncipe cuando los pueblos los consienten; los reyes sólo tienen derecho en la sociedad a lo que les conceden las leyes, y nada tienen si no es por voluntad pública, que es la voz de Dios ". El orador acusa de impiedad a los falsos doctores que han pervertido el sentido de muchos pasajes de las Sagradas Escrituras. "¡ Cuánto mal han hecho al mundo los falsos intérpretes de los oráculos cuando han querido, en nombre del cielo, hacer arrastrar a los pueblos bajo la voluntad arbitraria de sus jefes! Han consagrado el despotismo, han hecho a Dios cómplice de los tiranos: este es el mayor de los crímenes ". Combate a estos falsos doctores con otros pasajes de la escritura más convenientes y victoriosos. Afirma que la Revolución francesa, atribuída a la filosofía, no por eso deja de estar relacionada con la religión y los planes de la Providencia. Se atreve a rendir a la filosofía, tan calumniada hasta entonces, el homenaje que se le debe. "¡ Hay que decirlo, y muy alto, y hasta en los templos: la filosofía ha resucitado a la Naturaleza! Ella ha recreado el espíritu humano y devuelto el corazón a la sociedad. La servidumbre había muerto la humanidad, el pensamiento la ha reanimado. Ha buscado en sí misma y ha encontrado la libertad. Vosotros, filósofos, habéis pensado; os damos gracias por ello. Representantes de la patria, habéis animado nuestro valor; os bendecimos. Ciudadanos de París, generosos hermanos míos, vosotros habéis levantado la bandera de la libertad; ¡gloria a vosotros! ¡Y vosotros, víctimas intrépidos que os habéis sacrificado por la felicidad de la patria, recoged en el cielo, con nuestras lágrimas de agradecimiento, la alegría de nuestra victoria! ".

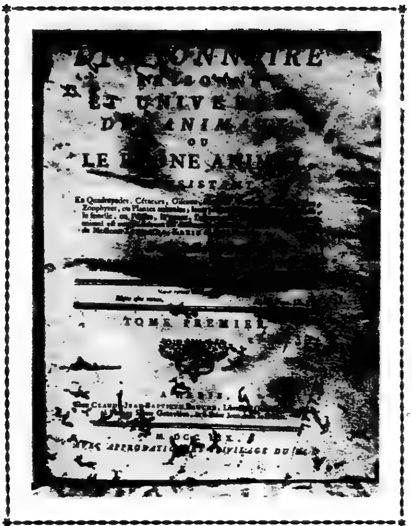
No es este el único pasaje del discurso en que el orador, inflamado de entusiasmo de la libertad, parece envidiar a las víctimas que ensalza. Se ve que estaba tentado de decir, como Pericles, en ocasión algo semejante, a las viudas e hijos de los muertos: " Quería consolaros, pero no puedo compadeceros ". Sublimes palabras que estaban en el alma del predicador francés sin que las modulara su boca. A él se le puede aplicar más particularmente el hermoso y feliz texto de su sermón: " Vosotros estáis llamados a la libertad ".

Figuraos el efecto de tal discurso en un auditorio dominado por las mismas pasiones, el mismo estado de ánimo que el orador. Una corona cívica, formada rápidamente por el entusiasmo de sus oyentes, cubrió su cabeza en medio de aplausos; un heraldo la llevó delante de él hasta el Hotel Ville, hacia donde se dirigía, rodeado de todos los oficiales del distrito, entre dos compañías, que iban tambor batiente y con las banderas desplegadas. Imagen de la pompa y el cortejo que, más de una vez, en los antiguos pueblos libres, exteriorizaban o recompensaban el triunfo o la utilidad de la elocuencia.

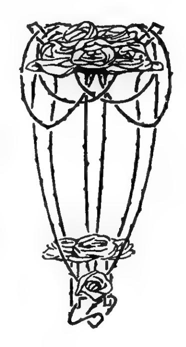
Cientos de años han pasado desde aquel día de definiciones radicales para la existencia política de los pueblos.

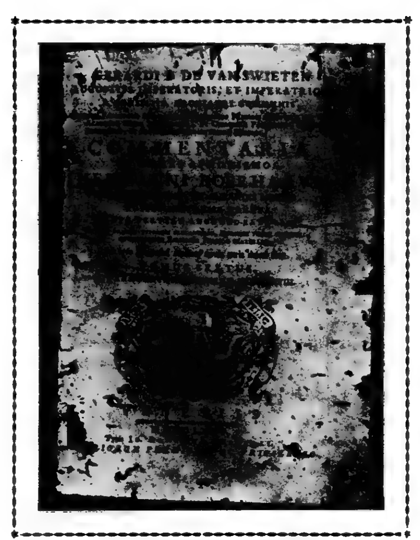
Hoy Francia ha olvidado por un momento el culto de la Gracia, de la Belleza, del Arte y de la Ciencia para entregarse con estoicidad a la solución de un problema guerrero.

Hagamos votos para que la Francia cultural y gentil, reaparezca apenas se disipe el humo trágico del último cañonazo.


Enfermo grave

El libro y sus enemigos




Otro enfermo de cuidado

DENTRO de unos días se publicará un interesante libro original del señor Arturo Scarone, Conservador de la Biblioteca Nacional de Montevideo, joven estudioso y lleno de méritos, y de cuyas dotes es buen reflejo este curioso volumen.

Se titula "El libro y sus enemigos" y es en substancia un estudio sobre los insectos que invaden las bibliotecas, museos y archivos, destruyendo en muchas ocasiones verdaderas reliquias.

La obra del señor Scarone consta de cinco partes. En la primera presenta en forma sintética un estudio histórico sobre los procedimientos usados de unos siglos a esta parte para combatir esas epidemias que azotan bibliotecas, museos y archivos, causando perjuicios enormes, en la mayoría de las veces irreparables. Hace notar que los hombres de ciencia se han preocupado siempre en buscar los remedios contra tan terrible flagelo, habiéndolo conseguido recién hace unos pocos años, después de pacientes estudios, discusiones en congresos y haberse realizado importantes concursos de obras sobre este particular. En la segunda parte hace una descripción sintomática de todos los insectos que invaden esos templos del saber humano, esos monumentos que el hombre civilizado erige a las ciencias, a las artes y a las letras.

El autor contiene estas interesantes explicaciones en el preámbulo de su estudio:

"El libro, el monumento más grande que ha erigido la humanidad para perpetrar su obra civilizadora a través de los siglos y de las razas; cincel que graba en las generaciones el germen de todas las ideas y de todos los sentimientos; onda magnífica de progreso que fluye a todas las playas; savia redentora que lleva la vida a raudales a todos los ámbitos del Universo; el libro — repito — tiene múltiples enemigos que lo atacan y destruyen.

Son enemigos pequeños, apenas perceptibles, — muchas veces a simple vista, en su primera edad, pero no por eso menos temibles y destructores.

Desde que el libro existe los hombres de ciencia — naturalistas, bibliotecarios y químicos — se han preocupado constantemente en buscar los medios para combatir con éxito a esos enemigos, que, formados en legiones, multiplícanse en forma alarmante y extraordinaria, invaden los anaqueles de las bibliotecas, de los museos, de los archivos y de los propios hogares, atacando y pulverizando cuanto encuentran para saciar su voraz apetito, causando perjuicios de consideración, la mayoría de las veces pérdidas verdaderamente irreparables.

Múltiples son los estudios realizados para lograr el remedio contra ese mal: verdaderas epidemias que se desarrollan en esos monumentos levantados en homenaje a las ciencias, a las artes y a las letras, en esos templos en que las sociedades civilizadas buscan en el estudio, en las lecturas y en las investigaciones, los medios para dignificarse, para engrandecerse cada vez más.

La lucha ha sido casi siempre desigual y estéril para el hombre, pero hoy tras pacientes estudios y experiencias, concursos y congresos, se han logrado los medios para vencer en este combate mil veces plausible, salvando así a los libros, cuadros y manuscritos de la destrucción de los enemigos que, al menor descuido de sus celosos vigilantes, los invaden, atacan y corroen sin detenerse sino cuando se les ataca en forma resuelta y constante.

No hace aún cuatro lustros, en 1900, a raíz del Congreso de Bibliotecarios realizado en París en Agosto de ese año, se resolvió convocar a los hombres de ciencia para un concurso de obras en las que se describiesen las costumbres y medios de propagación de los insectos que devoran los libros.

Se instituyeron para ese torneo tres premios: uno de mil francos para el mejor trabajo a juicio del Jurado; otro por igual suma — donativo anónimo — para el que le siguiese en méritos, y un tercero de quinientos francos."

Titula la tercera parte — una de las más interesantes de esta obra — la primera en su género que se publica en el país — "La tuberculosis del libro", en la que hace una relación sumamente interesante sobre el paralelo que existe entre el más grande mal que es azote de la humanidad y el que ataca a los libros, a los herbarios y a las colecciones de historia natural de los museos. En un lenguaje fácil, sin falsas ampulosidades, describe las características de la enfermedad de los libros, presentando — a igual de lo que hace un médico al comunicar su descubrimiento a la sociedad científica de que forma parte — los casos que ha observado y tratado, representados por interesantes fotografías.

En la cuarta parte indica los medios de que todos pueden valerse para evitar la invasión del mal, constituyendo esos consejos algo así como la higiene y la profilaxis de la enfermedad. Estudia los elementos que deben entrar en la confección de los muebles para una biblioteca, los cuidados previsores que deben adoptarse en las encuadernaciones de los libros y demás medidas para hacer de cada volumen un individuo capaz de resistir con éxito cualquier ataque de los muchos enemigos que a continuo los asedia.

Termina esta interesante obra con la que podríamos llamar la "terapéutica del mal", parte en la que su autor presenta todos cuantos medios se disponen para combatir la epidemia de los libros, en la seguridad de que siendo aplicados con conciencia pueden salvarse los ricos caudales bibliográficos y las colecciones de los museos de los desastres a que continuamente los exponen los flagelos descriptos anteriormente.

Ha puesto prólogo a este trabajo el señor Juan Antonio Zubillaga, ex Director de la Biblioteca Nacional de Montevideo.

Un libro como el del señor Scarone, tiene que causar en nuestro ambiente una impresión de sorpresa y de curiosidad.

No estamos acostumbrados a que se nos presenten trabajos de esta índole, que se diría reclaman países donde las bibliotecas públicas y privadas son la expresión de muchos cientos de años de labor y de investigación.

Para tales circunstancias sería de resonancia un estudio como el del señor Scarone. Pero eso no obsta para que tenga este libro verdaderos méritos y nosotros se los reconozcamos primero que nadie.

En nuestra Biblioteca Nacional se hace necesario la aplicación de los preceptos que el joven autor contiene en su libro, puesto que las condiciones del local donde se halla ubicada y las condiciones de las estanterías no son precisamente las más recomendables para evitar el asalto de esos pequeños pero terribles enemigos de los libros.

De modo que el estudio del señor Scarone trae una garantía para la conservación de las colecciones que se guardan en la Biblioteca.


Casos perdidos

Tradiciones Peruanas

AMOR DE MADRE

Juzgamos conveniente alterar los nombres de los principales personajes de esta tradición.

Poco significan los nombres si se cuida de no falsear la verdad histórica; y bien barruntará el lector que razón, y muy poderosa, habremos tenido para desbautizar prójimos.

I

En Agosto de 1690 hizo su entrada en Lima el Excmo. señor don Melchor Portocarrero Lazo de la Vega, conde de la Monclova, comendador de Larza, en la orden de Alcántara y vigésimo tercio virrey del Perú por Su Majestad don Carlos II. Además de su hija doña Josefa y de su familia y servidumbre, acompañábanlo desde Méjico, de cuyo gobierno fué trasladado al de los reinos, algunos soldados españoles. Distinguíase entre ellos, por su bizarro y marcial aspecto, don Fernando de Vergara, hijodalgo extremeño, capitán de gentilhombres lanzas; y reputación austera de monje benedictino. Pendenciero, jugador y amante de dar guerra a las mujeres, era más que difícil hacerle sentar la cabeza, y el virrey, que le profesaba paternal afecto, se propuso en Lima sacarlo de su mano por ver si resultaba ser vedad aquello de "estado muda costumbres". Evangelina Zamora, amén de su juventud y belleza tenía prendas que la hacían el partido más codiciable de la ciudad de los reyes. Su bisabuelo había sido después de Jerónimo de Aliaga, del Alcalde de Ribera, de Martín de Alcántara y de Diego Maldonado el Rico, uno de los conquistadores más favorecidos por Pizarro con repartimiento en el valle del Rimac.

El Emperador le acordó el uso de Don, y algunos años después los valiosos presentes que enviaba a la corona le alcanzaron la merced de un hábito de Santiago. Con un siglo a cuestas, rico y ennoblecido pensó nuestro conquistador que no tenía ya misión sobre este valle de lágrimas, y en 1604 lió el petate, legando al mayorazgo en propiedades rústicas y urbanas, un caudal que se estimó entonces en un quinto de millón.

El abuelo y el padre de Evangelina acrecieron la herencia y la joven se halló huérfana a la edad de veinte años, bajo el amparo de un tutor y envidiada por su inmensa riqueza.

Entre la modesta hija del conde de la Monclova y la opulenta limeña se estableció en breve la más cordial amistad. Evangelina tuvo así motivo para encontrarse frecuentemente en palacio en sociedad con el capitán gentilhombre que a fuerza de galante no desperdició coyuntura para hacer la corte a la doncella, la que al fin, sin confesar la inclinación amorosa que el hidalgo extremeño había sabido hacer brotar en su pecho, escuchó con secreta complacencia la propuesta de matrimonio con don Fernando.

El intermediario era el virrey nada menos, y una joven bien adoctrinada no podía inferir desaire a tan encumbrado padrino.

Durante los cinco primeros años de matrimonio el capitán Vergara olvidó su antigua vida de disipación. Su esposa y sus hijos constituían toda su felicidad; era, digámoslo así, un marido ejemplar.

Pero un día fatal hizo el diablo que don Fernando acompañase a su mujer a una fiesta de familia y que en ella hubiera una sala donde no sólo se jugaba la clásica malilla abarrotada, sino que alrededor de una mesa con tapete verde se



hallaban congregados muchos devotos de los cubílicos.

La pasión del juego estaba sólo adormecida en el alma del capitán y no es extraño que a la vista de los dados se despertase con mayor fuerza. Jugó y con tan aviesa fortuna, que perdió en esa noche veinte mil pesos.

Desde esa hora el esposo modelo cambió por completo su manera de ser y volvió a la febriciente existencia del jugador. Mostrándosele la suerte cada día más rebelde, tuvo que mermar la hacienda de su mujer y de sus hijos para hacer frente a las pérdidas, y lanzarse en ese abismo sin fondo que se llama el desquite.

Entre sus compañeros de vicios había un joven marqués a quien los dados favorecían con tenacidad y don Fernando tomó a capricho luchar contra tan loca fortuna. Muchas noches lo llevaba a cenar a la casa de Evangelina, y terminada la cena los dos amigos se encerraban en una habitación a descamisarse, palabra que en el tecnicismo de los jugadores tiene una repugnante exactitud.

Decididamente el jugador y el loco son una misma entidad.

Si algo empequeñece, a mi juicio, la figura histórica del Emperador Augusto es que, según Leutonio, después de cenar jugaba a pares y nones.

En vano Evangelina se esforzaba para apartar del precipicio al desenfrenado jugador. Lágrimas y ternezas, enojos y reconciliaciones fueron inútiles. La mujer honrada no tiene otras armas que emplear sobre el corazón del hombre amado.

Una noche la infeliz esposa se encontraba ya recogida en su lecho, cuando la despertó don Fernando pidiéndole el anillo nupcial. Era éste un brillante de crecidísimo valor. Evangelina se sobresaltó; pero su marido calmó su zozobra, diciéndole que trataba de satisfacer la curiosidad de unos amigos que dudaban del mérito de la preciosa alhaja.

¿Qué había pasado en la habitación donde se encontraban los rivales de tapete? Don Fernando perdía una gran suma, y no teniendo ya prenda que jugar, se acordó del espléndido anillo de su esposa.

La desgracia es inexorable. La valiosa alhaja lucía pocos minutos más tarde en el dedo anular del gananciosо marqués.

Don Fernando se estremeció de vergüenza y remordimiento. Despidióse el marqués y Vergara lo acompañaba a la sala; pero al llegar a ésta, volvió la cabeza hacia la mampara que comunicaba al dormitorio de Evangelina, y al través de los cristales vióla sollozando de rodillas ante una imagen de María.

Un vértigo horrible se apoderó del espíritu de don Fernando, y rápido como el tigre, se abalanzó sobre el marqués y le dió tres puñaladas en la espalda.

El desventurado huyó hacia el dormitorio, y cayó exánime delante del lecho de Evangelina.

II

El conde de la Monclova, muy joven a la sazón, mandaba una compañía en la batalla de Arras, dada en 1654. Su denuedo lo arrastró a lo más reñido de la pelea, y fué retirado del campo medio moribundo. Restablecióse al fin, pero con pérdida del brazo derecho, que hubo necesidad de amputarle. El lo sustituyó con otro plateado, y de aquí vino el apodo con que en Méjico y en Lima lo bautizaron.

El virrey "Brazo de Plata", en cuyo escudo de armas se leía esta nota: "Ave María gratia plena", sucedió en el gobierno del Perú al ilustre don Melchor de Navarra y Rocafull. "Con igual prestigio que su antecesor, aunque con menos dotes administrativas" — dice Lorente, — de costumbres puras, religioso, conciliador y moderado, el conde de la Monclova edificaba en Lima magníficas casas. Verdad que el tesoro público no anduvo muy floreciente, pero fué por causas extrañas a la política. Las procesiones y

fiestas religiosas de entonces recordaban por su magnicencia y lujo, los tiempos del conde Lemos. Los portales, con sus ochenta y cinco arcos, cuya fábrica se hizo con gasto de veinticinco mil pesos, el Cabildo y la galería de palacio fueron obra de esa época.

En 1694 nació en Lima un monstruo con dos cabezas y rostros hermosos, dos corazones, cuatro brazos y dos pechos, unidos por un cartílago. De la cintura a los pies poco tenía de fenomenal, y el enciclopédico limeño don Pedro de Peralta escribió con el título de ''Desvíos de la naturaleza'', un curioso libro, en que, a la vez que hace una minuciosa descripción anatómica del monstruo, se empeña en probar que estaba dotado de dos almas.

Muerto Carlos el Hechizado en 1700, Felipe V, que lo sucedió, recompensó al conde de la Monclova haciéndolo grande de España.

Enfermo, octogenario y cansado del mando, el virrey ''Brazo de Plata'' instaba a la corte para que se le reemplazase. Sin ver logrado este deseo, falleció el conde de la Monclova el 22 de Septiembre de 1702, siendo sepultado en la Catedral y su sucesor, el marqués de Castel-dos-Rius, no llegó a Lima sino en Julio de 1707.

Doña Josefa, la hija del conde de la Monclova, siguió habitando en palacio después de la muerte del virrey; mas una noche concertada ya con su confesor, el padre Alonso Mesía, se descolgó por una ventana y tomó asilo en las monjas de Santa Catalina, profesando con el hábito de Santa Rosa, cuyo monasterio se hallaba en fábrica. En Mayo de 1710 se trasladó doña Josefa Portocarrero Lazo de la Vega al nuevo convento, del que fué la primera abadesa.

III

Cuatro meses después de su prisión, la real Audiencia condenaba a muerte a don Fernando de Vergara. Este desde el primer momento ha-



bía declarado que mató al marqués con alevosía, en un arranque de desesperación de jugador arruinado. Ante tan franca confesión no quedaba al tribunal más que aplicar la pena.

Evangelina puso en juego todo resorte para libertar a su marido de una muerte infamante; y en tal desconsuelo, llegó el día designado para el suplicio del criminal. Entonces la abnegada y valerosa Evangelina resolvió hacer, por amor al nombre de sus hijos, un sacrificio sin ejemplo. Vestida de duelo se presentó en el salón de palacio en momentos de hallarse el virrey, conde de la Monclova, en acuerdo con los oidores y expuso: que don Fernando había asesinado al marqués, amparado por la ley: que ella era adúltera, y que, sorprendida por el esposo, huyó de sus iras, recibiendo su cómplice justa muerte del ultrajado marido. La frecuencia de las visitas del marqués a la casa de Evangelina, el anillo de ésta como gaje de amor en la mano del cadáver, las heridas por la espalda, la circunstancia de haberse hallado el muerto al pie del lecho de la señora y otros pequeños detalles eran motivos bastantes para que el virrey, dando crédito a la revelación, mandase suspender la sentencia.

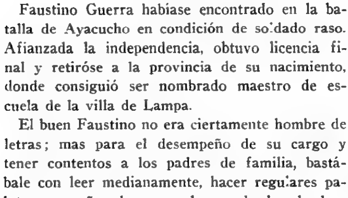
El juez de la causa se constituyó en la cárcel para que don Fernando ratificara la declaración de su esposa. Mas apenas terminó el escribano la lectura, cuando Vergara, presa de mil encontrados sentimientos, lanzó una espantosa carcajada.

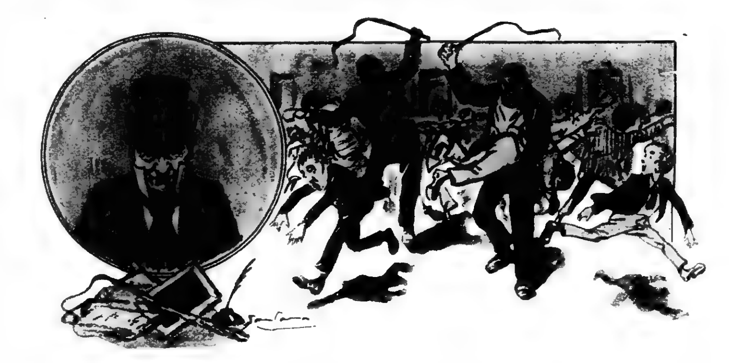
¡El infeliz se había vuelto loco!

Pocos años después, la muerte cernía sus alas sobre el casto lecho de la noble esposa y un austero sacerdote prodigaba a la moribunda los consuelos de la religión.

Los cuatro hijos de Evangelina esperaban arrodillados la postrera bendición maternal. Entonces la abnegada víctima, forzada por su confesor, les reveló el tremendo secreto: ''El mundo olvidará — les dijo— el nombre de la mujer que os dió la vida; pero habría sido implacable con vosotros si vuestro padre hubiese subido los escalones del cadalso. Dios que lee en el cristal de mi conciencia, sabe que ante la sociedad perdí mi honra, porque no os llamasen un día los hijos del ajusticiado.''

LA FIESTA DE SAN SIMÓN GARABATILLO





Faustino Guerra habíase encontrado en la batalla de Ayacucho en condición de soldado raso. Afianzada la independencia, obtuvo licencia final y retiróse a la provincia de su nacimiento, donde consiguió ser nombrado maestro de escuela de la villa de Lampa.

El buen Faustino no era ciertamente hombre de letras; mas para el desempeño de su cargo y tener contentos a los padres de familia, bastábale con leer medianamente, hacer regulares palotes y enseñar de coro a los muchachos la doctrina cristiana. La escuela estaba situada en la calle Ancha, en una casa que entonces era propiedad del Estado y que hoy pertenece a la familia Montesinos. Contra la costumbre general de los dómines de aquellos tiempos, don Faustino hacía poco uso del látigo, al que había él bautizado con el nombre de San Simón Garabatillo. Teníalo más bien como signo de autoridad que como instrumento de castigo, y era preciso que fuese muy grave la falta cometida por un escolar para que el maestro le aplicase un par de azoticos, de esos que ni sacan sangre ni levantan roncha.

El 28 de Octubre de 1826, día de San Simón y Judas por más señas, celebróse con grandes festejos en las principales ciudades del Perú. Las autoridades habían andado empeñosas y mandaron oficialmente que el pueblo se alegrase. Bolívar estaba entonces en todo su apogeo, aunque sus planes de vitalicia empezaban ya a eliminarle el afecto de los buenos peruanos.

Sólo en Lampa no se hizo manifestación alguna de regocijo. Fué ese para los lampeños día de trabajo, como otro cualquiera del año, y los muchachos asistieron, como de costumbre, a la escuela.

Era ya más de mediodía cuando don Faustino mandó cerrar la puerta de la calle, dirigióse con los alumnos al corral de la casa, los hizo poner en línea, y llamando a dos robustos indios que para su servicio tenía, les mandó que cargasen a los niños. Desde el primero hasta el último, todos sufrieron una docena de latigazos, a calzón quitado, aplicados por mano de maestro.

La gritería fué como para ensordecer y hubo llanto general para una hora.

Cuando llegó el instante de cerrar la escuela y de enviar los chicos a casa de sus padres, les dijo don Faustino:

—¡Cuenta, pícaros godos, con que vayan a contar lo que ha pasado! Al primero que descubra yo que ha ido con el chisme lo tundo vivo.

''¿Si se habrá vuelto loco su merced?'', se preguntaban los muchachos; pero no contaron a sus familias lo sucedido, si bien el escozor de los ramalazos los traía aliquebrados.

¿Qué mala mosca había picado al magister, que de suyo era manso de genio, para repartir tan furiosa azotaina? Ya lo sabremos.

Al siguiente día presentáronse los chicos en la escuela, no sin recelar que se repitiese la función. Por fin don Faustino hizo señal de que iba a hablar.

—Hijos míos — les dijo, — estoy seguro de que todavía se acuerdan del rigor con que los traté ayer, contra mi costumbre. Tranquilícense, que estas cosas sólo las hago una vez al año. ¿Y saben ustedes por qué? Con franqueza, hijos, digan si lo saben.

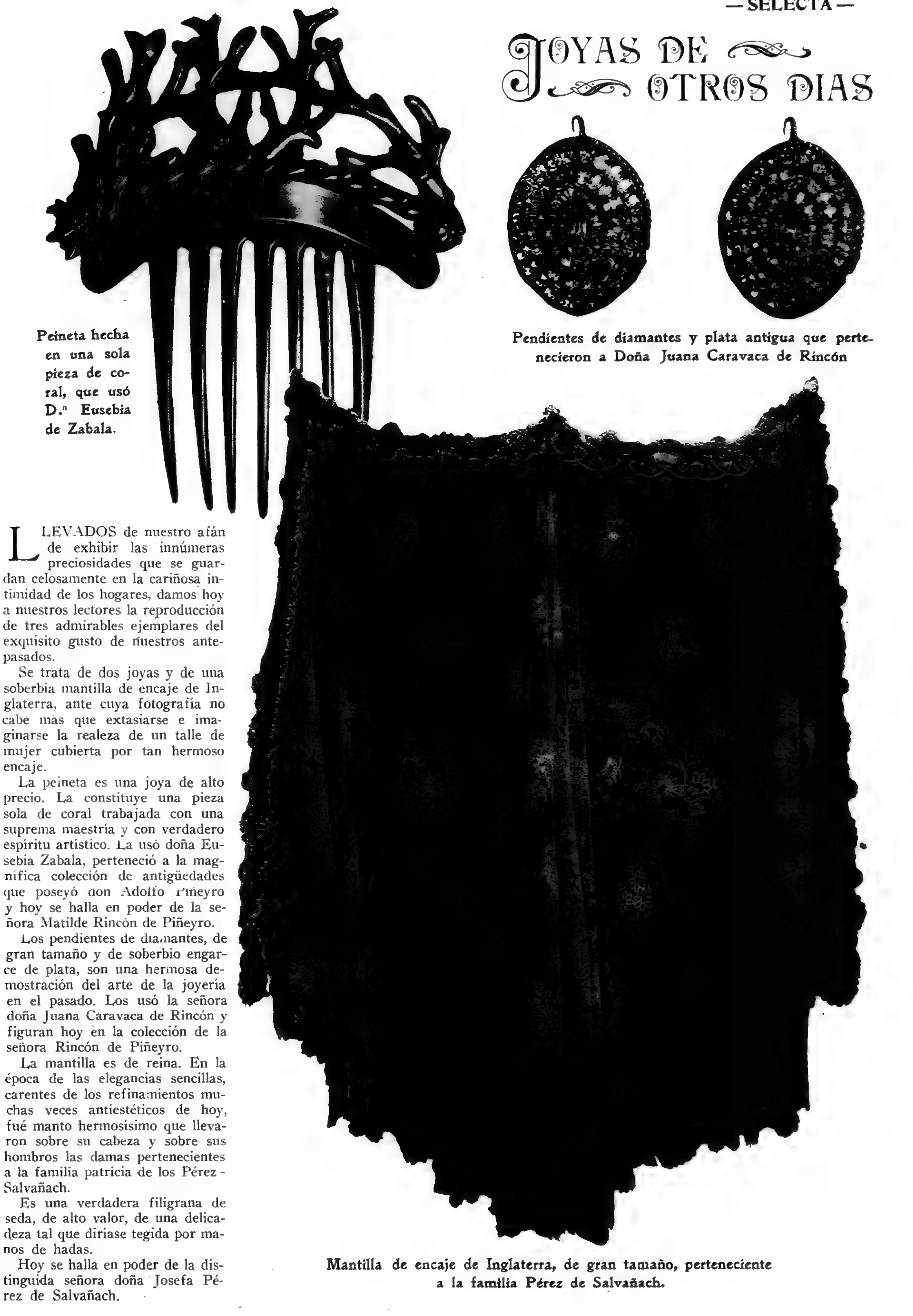
—No, señor maestro — contestaron en coro los muchachos.

—Pues han de saber ustedes que ayer fué el santo del libertador de la patria, y no teniendo yo otra manera de festejarlo y de que lo festejasen ustedes, ya que los lampeños han sido tan desagradecidos con el que los hizo gentes, he recurrido al chicote. Así, mientras ustedes vivan, tendrán grabado en la memoria el recuerdo del día de San Simón. Ahora a estudiar su lección y ¡viva la patria!

Y la verdad es que los pocos que aún existen de aquel centenar de muchachos, se reunen en Lampa el 28 de Octubre y celebran una comilona, en la cual se brinda por Bolívar, por don Faustino Guerra y por San Simón Garabatillo, el más milagroso de los santos en achaques de refrescar la memoria y calentar partes pósteras.

Ricardo Palma.

JOYAS DE OTROS DIAS



Peineta hecha en una sola pieza de coral, que usó D.ª Eusebia de Zabala.

Pendientes de diamantes y plata antigua que pertenecieron a Doña Juana Caravaca de Rincón

LLEVADOS de nuestro afán de exhibir las innúmeras preciosidades que se guardan celosamente en la cariñosa intimidad de los hogares, damos hoy a nuestros lectores la reproducción de tres admirables ejemplares del exquisito gusto de nuestros antepasados.

Se trata de dos joyas y de una soberbia mantilla de encaje de Inglaterra, ante cuya fotografía no cabe más que extasiarse e imaginarse la realeza de un talle de mujer cubierta por tan hermoso encaje.

La peineta es una joya de alto precio. La constituye una pieza sola de coral trabajada con una suprema maestría y con verdadero espíritu artístico. La usó doña Eusebia Zabala, perteneció a la magnífica colección de antigüedades que poseyó don Adolfo Piñeyro y hoy se halla en poder de la señora Matilde Rincón de Piñeyro.

Los pendientes de diamantes, de gran tamaño y de soberbio engarce de plata, son una hermosa demostración del arte de la joyería en el pasado. Los usó la señora doña Juana Caravaca de Rincón y figuran hoy en la colección de la señora Rincón de Piñeyro.

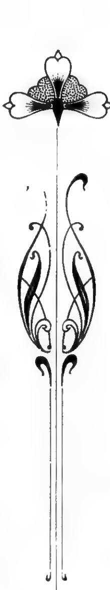
La mantilla es de reina. En la época de las elegancias sencillas, carentes de los refinamientos muchas veces antiestéticos de hoy, fué manto hermosísimo que llevaron sobre su cabeza y sobre sus hombros las damas pertenecientes a la familia patricia de los Pérez-Salvañach.

Es una verdadera filigrana de seda, de alto valor, de una delicadeza tal que diríase tegida por manos de hadas.

Hoy se halla en poder de la distinguida señora doña Josefa Pérez de Salvañach.

Mantilla de encaje de Inglaterra, de gran tamaño, perteneciente a la familia Pérez de Salvañach.

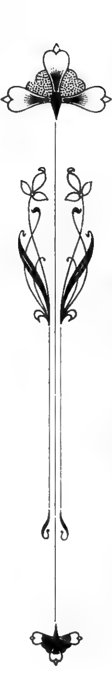

María Luisa Garzón Barreira




Orfilia Riet Correa

PARA LOS NIÑOS


Aureliano Rodríguez Larreta




Hugo Estrázulas Rodríguez Larreta

EL BAILE





Se admite que el baile es una institución social cuya antigüedad se remonto a las primeras edades, aun cuando su origen escape a la investigación más paciente. El hombre, — cuando se alegró la primera vez, según la expresión de un escritor festivo — saltó y brincó sin tiempo ni medida. No hay mayor inconveniente en admitir este aserto, porque habréis observado mis queridas lectoras, que cuando recibimos una impresión, que nos es grata, nuestros músculos se ponen en movimiento y saltamos, palmoteamos y gesticulamos desordenadamente, poniendo así de relieve el contento que sentimos. Es más: hasta el niño de pecho, cuando es elevado por las manos de su madre que le toma por la cintura, demuestra su alegría en el movimiento desordenado de sus tiernas piernecitas. Lo que sucede en el hombre y en el niño, se produce en la colectividad de igual manera, y esto que no podía pasar desapercibido al espíritu de observación de sesudos pensadores, sugirió en ellos la idea de organizar la danza acompasada. Conjuntamente con la idea del baile debió llegar la de la música para organizar los gritos, que la música es — según la definición de Plutarco — una danza parlante, y el baile una música muda.

Mas sean cuales fueren los orígenes del baile y sea cual sea la historia de sus primeros rudimentos, el hecho positivo es que no tenemos el menor indicio de sociedades salvajes o civilizadas que no hayan sido bailadoras. Los egipcios han bailado siempre delante del buey Apis; Moisés bailó después del paso del mar Rojo; las jóvenes de Silos bailaron en la fiesta de los Tabernáculos; los hebreos bailaban alrededor del Becerro de Oro; David bailó en torno del Arca Santa; en la Iglesia Cristiana han bailado desde los Obispos de los primeros siglos hasta los seis de la Catedral de Sevilla; los miembros del Areópago griego se acercaban bailando a emitir su voto después de las deliberaciones; los padres del Ciricilio di Trento cerraron sus sesiones con un baile como digno final de aquella santa y memorable asamblea. El baile, pues, expresión natural primero de humanas alegrías y expresión artística después de humanas armonías ha sido en sus orígenes una cosa seria y sagrada y además un arte.

En nuestra época todo se baila; la guerra y la paz; la caída y la elevación de los Imperios; los aniversarios públicos; las dichas particulares; el nacimiento, el matrimonio, la fecundidad; las alianzas; las victorias populares; las constituciones políticas; la erección de una iglesia; el establecimiento de un asilo; las dotes de las doncellas honradas; los premios a la virtud. Y puede decirse que todas las manifestaciones del festín público como las luchas de fieras, las lides de guerreros, cañas y lauras se han refundido en el baile.

Es cierto que no siempre se mantuvo el baile en el círculo del arte, ni de lo honesto, ni mucho menos de lo santo. La moral del baile sufrió tremendas intermitencias y terribles desviaciones. Mesalina dió un baile de máscaras en que los asistentes no tenían tapada más que la cara; pero Claudio mandó degollar a cuantos concurrieron a la fiesta. Estalla en Francia el cataclismo social del 93 y la revolución de la filosofía y de la política influye inmediatamente en las artes y en la vida privada. Se desnuda la diosa Razón y convida a un baile igual en todo al célebre de Mesalina. Después de la decadencia del bajo imperio y antes de que el cataclismo social se produjese ya se había confundido en el baile lo sagrado con lo profano, lo culto con lo grosero y así llega al último tercio del siglo XVIII en que el baile se convierte en alto y bajo: el artístico o de salón y el característico o de aldea. Entonces nace la caballeresca pavana que es española; el delirante wals que es alemán; la grave contradanza que es inglesa, y el aturdido cotillón que es francés. Báilase en este renacimiento con mesura y decoro, y el baile vuelve a ser arte. La malicia estaba ausente y si bien puede decirse que siempre existió motivo de atrevimiento, nadie puede asegurar que hubo motivo de desvergüenza.



Hay un hermoso pueblo en España — el Vascongado — que conserva en su tradicional Zorcico, su tradicional moralidad. En el zorcizo no baila la mujer, que es bailada. Los mancebos la colocan a la vista del público en el centro de acción de sus flexiones coreográficas. Allí de pie la hermosa, en actitud de estatua viva, bajos los ojos por la modestia y conturbado el ánimo por el honor de que es objeto, se deja bailar como la diosa primitiva, adornada de cintas y de flores, aplaudida por la multitud, victoreada e incensada por el alegre requiebro de los bailadores. En el zorcico como en la casi totalidad de los bailes de la edad media se reserva siempre al hombre la parte de iniciativa y de respeto; dejando para la mujer la parte de adoración y de condescendencia. El wals de los alemanes, encantador torbellino de la danza más carnal si se quiere y de mayores enlaces entre el cuerpo del hombre y el de la mujer que en otros bailes obscenos, es con todo un ideal de la fusión de los sexos en la alegría. El fandango de Andalucía, la jota de Aragón, la manchega de Castilla son el baile del hombre hacia la mujer. Si el mancebo se acerca demasiado, huye la moza como asustada; si él insiste y pretende arrinconarla, ella da media vuelta y aparece a la espalda del hombre; si él la mira con procacidad, ella baja los ojos con pudor; si él la requiebra y grita y la arroja el sombrero, ella enmudece, se ruboriza y le baila al sombrero, pero no al hombre.

Los pueblos primitivos creían, mirando al cielo, que las estrellas bailaban alrededor del sol, y de ahí que sus primitivas damas fuesen sagradas bailando alrededor de los ídolos para imitar los bailes del firmamento. Cuando la mujer ascendió al rango que le correspondía ocupar en sociedad, fué considerada como sol y los hombres la bailaron, como bailaron al ídolo y como las estrellas bailaron al sol. La mujer no tomó parte activa en el baile hasta que éste se hizo popular y de regocijo. Entonces fué cuando la mujer bajando de su pedestal de diosa, dejó de ser bailada como se bailaba a la divinidad.

El baile llegó a su apogeo en el siglo de Augusto: era noble y seductor en las tablas y noble y seductor en los palacios. Con la decadencia y ruina del Imperio de Roma, decae la danza como arte y viene a ser en los siglos medios una expresión religiosa a veces y otras profana: noble y villana a un tiempo, púdica y grosera, ordenada y repugnante; en los templos ayudaba a la oración y en las calles producía escándalo. Tiberio arrojó de Roma a los bailarines por indecentes, y Cicerón decía que los que bailaban de cierta manera estaban locos. Hoy no tenemos Claudios ni Tiberios que degüellen y proscriban a los bailarines indecorosos. La cultura debe acabar con ellos, para quedarnos únicamente con la verdadera danza que por sí sola constituye un arte noble, generador de humanas alegrías.



BELLEZAS DE MONTEVIDEO

UN RINCÓN DEL "ROSARIUM"

Fotografía artística
del señor
ENRIQUE STROBACH

ARTIGAS



AÑO I NÚMERO 4
MONTEVIDEO, AGOSTO DE 1917

Selecta

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZON



En momentos, quiza los mas dificiles para la nacionalidad uruguaya, se reunia en un mísero rancho, en el Departamento de la Florida, la Asamblea de Representantes de la Provincia Oriental y declaraba la Independencia de la tierra uruguaya en un documento memorable por su energia, por su altivez, por su serenidad y por su videncia. En esa solemne oportunidad fue elegido presidente de la Asamblea el honorable presbitero Juan Francisco Larrobla, patriota ilustre y ciudadano ejemplar. Sobre la Piedra Alta, se leyó el documento, tan definitivo para la consolidación del país, y por ello bien puede considerarse esa altura granítica como el Pedestal de la Patria.

LA... CANCIÓN DE LA PATRIA



—¿ Con qué componer la página destinada al Himno?

— Saco, del Cartapacio de mi obra LOS EMBLEMAS NACIONALES, las copias, *tomadas a la letra*, del Himno Nacional de Figueroa y del elogio que le hizo Don Andrés Lamas Con ellas y con los mejores retratos de Figueroa, Lamas y Don Fernando Quijano, que también le facilitaré, el experto Director de SELECTA, podrá ofrecer a sus lectores la página más interesante que se haya publicado sobre el tema.

Al menos, así lo cree su affmo.

Pedro Ximenez Pozzolo

LA poesía ha sido siempre el lenguaje colectivo del pueblo y es por medio de él que se ha expresado en los momentos supremos de su existencia. Mientras que la prosa sólo ha ejercido su influencia sobre círculos aislados por el convencimiento y la razón, la poesía levantándose sobre las masas las ha confortado en el peligro con ecos varoniles, las ha entusiasmado en la prosperidad con la rememoración de las hazañas de los héroes, ha ensalzado la gloria del vencedor y derramado flores sobre la tumba del mártir. Por doquiera se encuentran en la historia los vestigios de las formas democráticas. Cuando un pueblo libre se ve reunido en el templo, en las plazas o en el campo de batalla, siente el deseo de levantar su voz en coro, y entonces se presenta el poeta a ser el intérprete del sentimiento intimo de la multitud en el hermoso idioma de la poesía, que no puede reemplazarse por otro en tales circunstancias; porque halagando como ninguno los sentidos y hablando a la vez a la cabeza y al corazón, se presta maravillosamente a informar por el entusiasmo el sentimiento de todo un pueblo, transmitiéndolo, como una descarga eléctrica, de hombre en hombre. De aquí el origen, de aquí la necesidad de los himnos nacionales. Y el presente siglo, en que los intereses materiales dominan y ahogan tanto los vuelos del espíritu, el himno nacional es como un resto del esplendor pasado de la poesía, como una protesta elocuente contra el sentimiento egoísta que preside a las transacciones de la vida ordinaria. Cuando él levanta su voz omnipotente ¿qué sois vosotros fríos calculadores, potentados, capitalistas, ambiciosos? Postrados ante el soplo del fuego de la masa popular, admirando el entusiasmo nacional que alza sus palmas a los cielos, arrastrados por la magia de ideas generosas, os elevais también a las más altas regiones del espíritu dejando en el suelo la mezquindad ficticia que os prestó la corrupción.

Mientras un pueblo canta el himno nacional, no están muertos los sentimientos de patria y libertad.

Un himno nacional debe delinear con grandes rasgos la exposición poética y animada de los elementos sociales del pueblo a que pertenece: bosquejar rápida y valientemente los hechos prominentes de su historia, dar altos consejos de virtud y patriotismo, inculcando sobre los principios vitales de la sociedad. El himno de que vamos a ocuparnos corresponde en buena parte a esas exigencias. Es el mismo antiguo Himno Nacional de la República reformado por su autor, el distinguido poeta oriental don Francisco Acuña de Figueroa, el cual ha ganado inmensamente en la reforma, como puede verse por un simple cotejo. Esto prueba que el señor Figueroa a modo de ciertos árboles robustos, nutre más su cabeza con la savia de la poesía a medida que más avanza en edad.

El coro no ha sido retocado y en esto ha probado su autor el tino y el buen gusto que ha presidido a su reforma. Un coro sancionado por la costumbre vale siempre más que otro mejor, pero desconocido. Por otra parte el de la antigua canción tenía todo el vigor y fluidez que se necesitaba. Es un solemne juramento que hace el pueblo, de bajar a la tumba antes que perder la patria y la libertad, y este es un pensamiento muy digno del coro del Himno de la República.

En la primer estrofa el pueblo invoca a la libertad como el grito que inflamó a sus bravos en las batallas, y con la conciencia de que su sacrificio lo hace digno de sus goces, la cierra con esta imprecación:

> Tiranos temblad!
> Libertad en la lid clamaremos
> Y muriendo también libertad.

El pensamiento primitivo ha sido enteramente conservado por el autor, pero con la felicísima variación de algunas palabras lo ha rejuvenecido y dado nuevo vigor, y parece de propósito una estrofa escrita para infundir al corazón los sentimientos viriles del republicano y el fuego sagrado de la libertad.

En la segunda estrofa presenta la noche tenebrosa de la patria, cuando dominado por la España:

> A sus plantas cautivo yacía
> El Oriente sin nombre ni ser.

Los cuatro últimos versos se consagran a la emancipación del pueblo, inspirada por el dogma de Mayo, y nada le pediríamos sin la imagen debilísima con que los termina, la que produce una impresión de frialdad al ver un hecho tan grande cual la división de libres y tiranos operada por la revolución de Mayo, representado por un abismo sin puente entre unos y otros.

En la tercera estrofa empieza a desarrollarse el cuadro inmenso de la historia, el que como es natural se abre por la lucha de la independencia, en que el Oriente, liberto audaz, desciende a la palestra a combatir con

> Su trozada cadena por armas
> Por escudo su pecho en la lid.

Los cuatro últimos son una muestra de la armonía musical que distingue a los versos del señor Figueroa, el cual, como en otros puntos, no tiene rival en lo que algunos han llamado la parte mecánica del arte.

La cuarta estrofa en que su idea es debida al Himno Argentino excede en fuerza a la de éste, y la ha presentado de un modo completamente nuevo. Ofrecemos aquí ambas estrofas, y creemos que los conocedores imparciales opinarán del mismo modo.

El Himno Argentino dice:

> De los nuevos campeones los rostros
> Marte mismo parece animar;
> La grandeza se anida en sus pechos;
> A su marcha todo hacen temblar.
> Se conmueven del Inca las tumbas,
> Y en sus huesos revive el ardor,
> Lo que ve, renovando a sus hijos,
> De la patria el antiguo esplendor.

En el Himno Oriental la imagen está presentada de este modo:

> Al estruendo que en torno resuena
> De Atahualpa la tumba se abrió,
> Y batiendo sañudo las palmas
> Su esqueleto... ¡Venganza! gritó.
> Los patriotas, al eco grandioso,
> Se electrizan en fuego marcial,
> Y en su enseña más vivo relumbra
> De los Incas el Dios inmortal.

Si el señor Figueroa reuniese al talento de la poesía el de la pintura, podría hacer de los cuatro primeros el asunto de un magnífico cuadro.

Volviendo ahora a la fuente de donde el señor Figueroa ha bebido esta imagen, diremos de paso, que ella es una imagen patrimonial de todos los Himnos del Río de la Plata, ya invocando la sombre del Inca o la de los guerreros de Mayo. Don Juan Cruz Varela la empleó con mucho acierto en su marcha del Ejército Republicano. En ella, como en la del señor Figueroa se nota la diferencia que hay entre el copista que roba y se atavía con un pensamiento ajeno y el imitador que lo explota, le da nueva forma y lo embellece. Después de estos merecidos elogios sólo una improbación haremos a esa estrofa. Nosotros no podemos invocar con propiedad ni las cosas ni los hombres anteriores a la conquista. Nuestros padres los españoles derramaron en estas regiones a la luz del cristianismo las semillas de la civilización; destruído el antiguo orden de cosas y reemplazado por otro, esas semillas han ido germinando. Cuando Tupac-Amaro levantó el estandarte de la rebelión, su objeto fué reconstruir el gran Imperio de los Incas, pero cuando nosotros nos declaramos independientes, forzosos herederos de la España, abrimos una nueva era de libertad en la historia moderna, que empieza en los Estados Unidos y terminará probablemente por dar la vuelta al mundo. No podemos, pues, sin mengua de las luces del siglo, de los dogmas que hemos proclamado y de las creencias profundas que nos asisten, evocar los recuerdos de la esclavitud y del atraso social de aquellos tiempos a propósito de la reconstrucción de nuestro edificio social.

En la estrofa siguiente no se nota el mismo calor que en las anteriores, pero el hermoso consejo con que se termina debe grabarse en el corazón de todo buen ciudadano: el sostén de los fueros civiles, la veneración a las leyes como el Arca sagrada de la Patria.

La historia de este país presentaba un escollo al poeta: — su dominación sucesiva por tres naciones, — pero él ha sabido salvarlo con rara felicidad. He aquí como la presenta en la sexta estrofa:

> Porque fuese más alta tu gloria,
> Y brillasen tu precio y poder
> Tres diademas ¡oh Patria! se vieron
> Tu dominio gozar y perder.

Los cuatro versos siguientes son bellísimos. Allí la fe inmutable del patriota, el santo amor de la libertad y la férrea entereza del republicano:

> Libertad, libertad adorada,
> ¡Mucho cuestas tesoro sin par!
> Pero valen tus goces divinos
> Esa sangre que riega tu altar.

No se puede dar una contestación más elocuente a esos hombres débiles que desesperan del porvenir de la patria por la inmensidad de los sacrificios que cuesta. En la época actual esos versos son dignos de ser repetidos en coro por los defensores de esta heroica ciudad.

En los días que nos esperan cuando la paz derrame sus dones sobre nosotros y gozemos en el hogar doméstico de los bienes de la libertad, que a tanto precio hemos conquistado, debemos repetir a nuestros hijos los versos de la octava estrofa que deben ser como nuestro catecismo político si queremos ser felices, merecer algún aprecio y fundar algo digno de pasar a la posteridad.

> Si a los pueblos un bárbaro agita
> Removiendo su extinto furor,
> Fratricida discordia evitemos
> *Diez mil tumbas* recuerdan su horror.
> Tempestades el cielo fulmine,
> Maldiciones desciendan sobre él
> Y los libres adoren triunfante
> De las leyes el rico joyel.

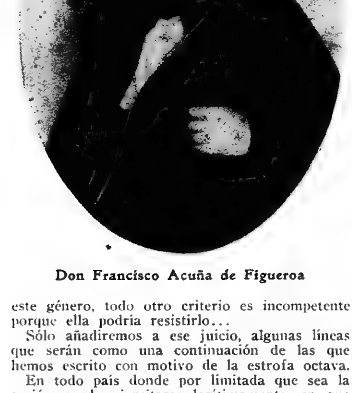
La estrofa siguiente es digna en todo sentido de la República, representada en ella. La majestad de esta gran figura corresponde perfectamente al original.

> De laureles ornada brillando
> La Amazona soberbia del Sud,
> En su escudo de bronce reflejan
> Fortaleza, justicia y virtud.
> Ni enemigos le humillan la frente
> Ni opresores le imponen el pie;
> Que en angustias selló su constancia,
> Y en bautismo de sangre su fe.

La décima estrofa es una reminiscencia de los antiguos colores del Himno y el autor la ha colocado probablemente en él para conservarle algo de su sabor primitivo.

La última estrofa no ha sufrido más que una levísima alteración: el pueblo la ha hecho suya y el poeta ha debido respetarla.

Ante esa aprobación en una composición de



Don Francisco Acuña de Figueroa

este género, todo otro criterio es incompetente porque ella podria resistirlo...

Sólo añadiremos a ese juicio, algunas líneas que serán como una continuación de las que hemos escrito con motivo de la estrofa octava.

En todo pais donde por limitada que sea la acción puede ejercitarse legitimamente, en que puede combatirse en la tribuna, en la prensa, en las elecciones; recurrir a la oposición armada, atacar a la autoridad constituída, por la violencia, herirla con el hierro de la insurrección, es el mayor de los crímenes que puede cometer un ciudadano.

"Mientras haya en la Constitución, dice un "gran orador de nuestros tiempos, un punto de "apoyo en el que pueda colocar mi pie como "el punto de apoyo de Arquímedes, combatiré "por la libertad violada de mi país. — Se habla "de guerra civil, pero mientras yo esté vivo no "habrá guerra civil... Nosotros no hemos de "principiar la guerra; nos hemos de atrincherar "en la legalidad, y si nos invaden, entonces ya "no será una guerra civil... No violaremos "ninguna ley divina ni humana: queremos per- "manecer en el terreno constitucional mientras "nos lo permitan: pero si nos rechazan — *Vae "victis! — Pero es menester que nos obliguen "a ello, esto es que violentadas todas las leyes, "todos los derechos, nos presenten la espada "de sangre de Cromwell que barrió el país* des- "parramando el terror y la muerte." (1)

Entonces cuando pesa sobre el pueblo una tirania inflexible y absoluta, cuando es preciso rechazar el hierro con el hierro, cuando la razón es impotente y la ley es la fuerza, la violencia, sólo así, en presencia de un poder como el de Rosas... *vae victis!* — y este nos parece el pensamiento del último verso del himno, que quisiéramos se comprendiese bien. Toda equivocación sobre esto seria grave y funestísima.

El Gobierno, pues, ha aprobado en nuestra opinión con muchisima razón las reformas que ha recibido de su autor el Himno Nacional.

Sólo desearíamos que el Gobierno mandase componer la música con que debe cantarse: sin una música digna del objeto, y sobre todo *única* el Himno Nacional no existirá para el pueblo.

El señor Figueroa que ocupa dignamente el primer lugar entre los poetas nacionales, no necesita nuestros pobres aunque sinceros homenajes. Nos permitirá sin embargo que volvamos sobre un mérito suyo que hemos indicado en otra parte de este escrito. La revolución literaria que se ha operado en los últimos tiempos lo ha encontrado al señor Figueroa en aquel período de la vida en que el hombre se apega, generalmente, de tal manera a sus ideas, a las formas en que las ha vaciado, que es inaccesible a toda variación y permanece inmóvil como la roca en medio del mar cuando todo se agita y se mueve en torno suyo. Sólo es dado a inteligencias privilegiadas quebrar esta regla común. El señor Figueroa ha seguido el movimiento de nuestros dias, adoptando con tino y discreción las innovaciones que ha juzgado acertadas y convenientes, y no será éste el menos lozano de los laureles de su clarísimo ingenio.

1 — (1) Arengas de O'Connel, 1843

HIMNO NACIONAL
DE LA
REPUBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY

REFORMADO Y DECLARADO TAL EN 12 DE JULIO DE 1845

CORO

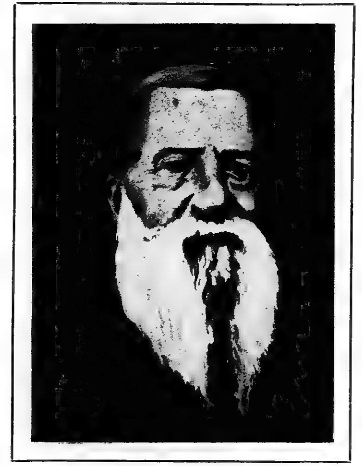
¡Orientales, la Patria o la tumba!
¡Libertad, o con gloria morir!
Es el voto que el alma pronuncia
Y que heroicos sabremos cumplir.

I

¡Libertad, Libertad! Orientales
Este grito a la Patria salvó
Que a sus bravos en fieras batallas
De entusiasmo sublime inflamó.
De este don sacrosanto la gloria
Merecimos... ¡Tiranos, temblad!
¡Libertad en la lid clamaremos,
Y muriendo, también libertad!

II

Dominando la Iberia dos mundos
Ostentaba su altivo poder,
Y a sus plantas cautivo yacia
El Oriente sin nombre ni ser.
Mas repente, sus hierros trozando
Ante el dogma que Mayo inspiró... (2)
Entre libres y déspotas fieros
Un abismo sin puente se vió.



Don Fernando Quijano

III

Su trozada cadena por armas,
Por escudo su pecho en la lid:
De su arrojo soberbio temblaron
Los feudales campeones del Cid.
En los valles, montañas y selvas,
Se acometen con ruda altivez,
Retumbando con fiero estampido
Las cavernas y el cielo a la vez.

IV

Al estruendo que en torno resuena
De Atahualpa la tumba se abrió,
Y batiendo sañudo las palmas
Su esqueleto... ¡Venganza! gritó.
Los patriotas, al eco grandioso,
Se electrizan en fuego marcial,
Y en su enseña más vivo relumbra
De los Incas el Dios inmortal.

V

Largo tiempo, con varia fortuna,
Batallaron Liberto y Señor,
Disputando la tierra sangrienta
Palmo a palmo con ciego furor.
La justicia por último vence
Domeñando las iras de un Rey;
Y ante el mundo la Patria indomable
Inaugura su enseña y su Ley.

2 — (2) Alusión al 25 de Mayo de 1810, en que se dió en Buenos Aires el grito de libertad

VI

¡Orientales! mirad la bandera
De heroismo fulgente crisol;
Nuestras lanzas defienden su brillo:
¡Nadie insulte la imagen del Sol!
De los fueros civiles el goce
Sostengamos; y el código fiel
Veneremos inmune y glorioso
Como al Arca Sagrada, Israel.

VII

Porque fuese más alta tu gloria,
Y brillasen tu precio y poder
Tres diademas ¡oh Patria! se vieron
Tu dominio gozar y perder... (3)
Libertad, libertad adorada,
¡Mucho cuestas tesoro sin par!
Pero valen tus goces divinos
Esa sangre que riega tu altar.

VIII

Si a los pueblos un bárbaro agita
Removiendo su extinto furor,
Fratricida discordia evitemos:
Diez mil tumbas recuerdan su horror.
Tempestades el cielo fulmine,
Maldiciones desciendan sobre él
Y los libres adoren triunfante
De las leyes el rico joyel.

IX

De laureles ornada brillando
La Amazona soberbia del Sud,
En su escudo de bronce reflejan
Fortaleza, justicia y virtud.
Ni enemigos le humillan la frente
Ni opresores le impongan el pie;
Que en angustias selló su constancia,
Y en bautismo de sangre su fe.

X

Festejando la gloria, y el dia
De la nueva República el Sol,
Con vislumbres de púrpura y oro
Engalana su hermoso arrebol.
Del Olimpo la bóveda augusta
Resplandece y un ser divinal
Con estrellas escribe en los cielos,
¡Dulce Patria, tu nombre inmortal!

XI

De las Leyes el numen juremos
Igualdad, patriotismo y unión
Inmolando en sus aras divinas
Ciegos odios y negra ambición.
Y hallarán los que fieros insulten
La grandeza del pueblo Oriental,
Si enemigos, la lanza de Marte
Si tiranos, de Bruto el puñal.

3 — (3) España, Inglaterra y el Brasil, que dominaron la primera desde el descubrimiento del pais hasta 1814, la segunda seis meses del año 1807, y la tercera desde 1817 hasta 1828, en que el pais despues de una larga guerra, sacudió la dominación, y quedó independiente constituyéndose en República.



Don Andrés Lamas



Da. Isabel Reyes de Rodriguez.

De una magestad impositiva, con todas las más elevadas características de bondad y distinción, ejemplarmente culta, tal es la síntesis de este privilegiado espíritu femenino. Sus más grandes actividades las dedica al ejercicio de la filantropía, rindiendo tributo al más noble y hermoso sentimiento cristiano. Desde la época de su fundación, integra el Consejo Directivo del Patronato de Damas y la acción de bondad y de socorro de esta institución, encuentra siempre en ella la voluntad más decidida. La nobilísima dama, reina en el hogar del caballero Doctor Don Gregorio Rodríguez, como ejemplo de virtud y verdad afectiva.

Santa Teresa de Jesús

Bernini: Santa Teresa de Jesús

LA entrada del Otoño es como el crepúsculo del año con toda la dulce melancolía del anochecer. Ritmo invariable del tiempo, el Otoño, tiene la pálida hermosura del pétalo de rosa que al desprenderse semeja una ilusión que languidece para renovarse de inmediato en el renacimiento incesante de la esperanza. Hay un sitio en el mundo ¡habrá muchos! para mí uno solo, en el que la entrada del Otoño no ensombrece los corazones con las nostalgias que suspiran por un firmamento claro, sino que es telón que se entreabre sobre el fondo de la alegría, del placer y de la belleza: París...

Allí, los primeros fríos otoñales y las palideces del sol que desmaya entre los celajes del tramonto no marchitan la ilusión ni desmedran la exuberancia de una sugestiva idealidad, porque el refinamiento parisino, a cada nota, le da su justo diapasón de optimismo, de gracia y de armonía. En la marchitez precoz de las hojas, el estro de sus literatos, la paleta de sus pintores, y la singular modalidad de aquel temperamento sorprenden las fuentes de una nueva emoción y así cuando los arbolados de Champs Elisees, los macizos del Bois de Boulogne, o las umbrías de Vincennes se arropan con el color mutilado que torna en ocre y en amarillo el verdor estival, ellos descubren allí, todas las tonalidades de un decorado pródigo, los secretos de una inspiración innovadora y la gama enriquecida con todos los matices del oro.

Ni aún las primeras tintas del frío atardecer obscurecen la alegría de París, en el que apenas se percibe el leve aleteo de las sombras que huyen arrolladas por el río de luz del "boulevard". Rueda fugaz la entrada de la noche en la soberbia encrucijada de la rue Royal que es como la arteria que recoje, la primera, la sangre generosa ¡generosa es la alegría! del cercano corazón de la Concordia. Sobre el tapiz del asfalto lujosas "limoussines" cruzan ligeras, cual si sonrientes, si ufanas con su preciosa carga de deliciosos rostros femeninos hasta los cuales sube la caricia de las costosas zibelinas y de la chinchillada.

Asoma con el Otoño la dorada "rentree", la cita del "tourbillon", el esparcimiento de las horas que se deshilvanarán en el placer. Es el "Faubourg" codiciado que entreabre los brazos voluptuosos a la intriga estimulante y al amor: Montmartre, entraña liviana que palpita en la dichosa despreocupación del porvenir, mohín de unos labios rojos que ofrecen ¿quién sabe? ¿la aventura? ¿el sueño de un vals?...

¡Oh París!, apacible remanso a todas las fatigas rudas. Él prodiga con el oro, con el arte, con su originalidad diabólica, la sangre y el calor que el desgaste roban a la vida, como esos carbones acumulados de mágica energía alimentan la tibia caricia que atesora el bienestar. París es el invento prodigioso y perverso de la tentación, y con todo el rincón más amable de la tierra.

El Otoño parisino comienza enhebrando las fiestas del gran mundo, el pretexto elegante de la caridad, las conferencias, los espectáculos que seducen como el chisporroteo multicolor de los fuegos fatuos, la encantada frivolidad de los "rendez-vous" sociales, las artistas y los teatros.

Ante un teatro me detengo. ¿La fecha? No lo sé; tal vez una docena de años atrás, que se confiesan no sin rubor cuando otro otoño, el de la existencia, nos va encariñando a la piadosa teoría de que no hay más que una sola edad: la del espíritu. La plaza de Chatelet y un nombre familiar, señoras, a vuestros oídos: Sarah Bernhard. Es el teatro coquetón y primoroso de la comedianta de los ojos verdes, iluminados por la llama testaruda de una inagotable juventud interior que no se rinde. La "reclame" y la crónica han hecho por anticipado la apología al sonado éxito de Sarah en su "reprise" y para hacerlo inviolable ha dicho ya su palabra olímpica la consagrada representación inicial, esa "premiére" que se ofrece a los privilegiados, a los exquisitos, al terrible tribunal de los críticos, de cuyo gesto displicente o de su aprobación magnánima depende la reputación, el ensueño, el amargo escozor de los autores. Esta noche el batir de las palmas ha sido de antemano impuesto por el rígido tribunal. ¿Hablar de la justicia ciega?, brava ocurrencia. ¿Ceguera?, de ningún modo. ¡Si es Catulle Mendes quien estrena! Ahora corresponde el turno a los mortales vulgares para aplaudir.

La "Vierge D'Avila", he ahí el romance cuidadosamente escrito para Sarah por un amigo del alma, por aquel rimador inimitable y exótico que se llamó Catulle Mendes. ¿Quién no conoce a través del libro al Mendes enervante y soberbio, cuya espléndida cabeza como la de un semi-dios del paganismo aureolaron las visiones de un raro númen; el alma atormentada y cautiva en las espirales nacaradas del "absinthe"? Tembloroso como las alas de una mariposa, bate el rumor picante de un idilio intelectual, ligando los nombres del autor y de la artista... Pero no penetremos en las almas y corramos el "velarium" sobre el secreto recinto de la pasión que es el acicate del bello vivir.

La sala toda del teatro repujada de gasas y de sedas, constelados de piedras preciosas los desnudos hombros de las damas, siguió con deleite, cristalinas como el agua al deslizarse entre las guijas, las tiernas escenas de "La Vierge D'Avila", trasunto encantador y magnético de la vida de la santa; el misticismo tan puro, la ingenuidad sonriente del ensueño en el sublime deliquio; ora en el éxtasis en que la dulce palabra de Jesús anima el alma de la santa con el incienso perfumado de la pasión, ya en los pasajes de arrebatadora inspiración en los que la musa sagrada de la virgen canta la deliciosa poesía de su evocación celestial.

¡Cuán generoso y mundano revélanse en la idea, el artista, el literato y el hombre que tejieron para Sarah Bernhardt esta regia ofrenda del arte en que la voz argentina, el fulgor de unos ojos y la toca de la orden de las Carmelitas! ¡ellos solos! animando el pensamiento eximio realizan aquí abajo el milagro artístico en una fresca evocación de alegría, de sencillez y de juventud. El rencor implacable de los años ha ido esfumando en la comedianta las ondas y las líneas impecables de otrora, la lozanía de su cutis de raso; ya se dibujan bajo el "maquillage" las imperceptibles arrugas traidoras, pero nó, quedan aún el fuego interior y la vibrante intensidad de la trágica, quedan aún los ojos, los insondables ojos, en los que tiemblan repentinas llamaradas encendidas por la aspiración inextinguible del arte y del triunfo. La música de la voz, la toca y el abismo de los ojos dan a Sarah el resonante aplauso.

La pieza ha corrido como sobre un tamiz de seda y las escenas se han desdoblado con la flexible ligereza con que se desciñe una trenza de aromados cabellos a los que libertan de su prisión los broches y las joyas. Es un cuento de amor y de fe sentido a la luz y a la cálida armonía por la vidente D'Avila; es un trozo de iris más sobre la leyenda tan bella de Jesús: un grito de unción y de ardorosa fe; es toda la exaltación relampagueante de Santa Teresa de Jesús.

El perlado poema da fin en la alcoba misma de la santa, en su muerte angélica, el éxtasis final en que la virgen rompe las toscas vestiduras de la carne, arrobada por los coros del empíreo,



Bernini: Hermoso grupo de Apolo y Dafne

llevada de hipnótica dulzura al corazón de Jesús que brilla como una encendida rosa. Ahí termina el literato su página exquisita. Ahora corresponde a Sarah el toque final. Ella ha combinado como una hechicera el primor de los detalles y la hermosura del conjunto. Sarah ha cuidado para que en el supremo momento en que las frases se desgranan con el tintineo de las perlas golpeando en el fondo de un cáliz áureo y cuando ella adopte la plástica actitud en el éxtasis, la estancia toda y el modesto lecho se iluminen y se transformen como un astro que difunde sus fulgores en la cambiante policromía del bronce, de la luz y de las flores. Mientras la santa, en el adiós, en su arrebato de purísimo amor a Jesús, disponiéndose para la ascensión triunfal alumbra su rostro de una sonrisa inefable, el proscenio se inunda de luminosas azaleas, de lirios diáfanos y perfumadas lilas que derraman su lluvia sobre el lecho en tanto que las notas tenues, seráficas, del órgano lejano, desgranan los arpegios de Palestrina subiendo hacia lo alto como un cántico. Entonces domina aún como una gloria en el lecho, que es ya un ampo de luz, la plástica belleza de una actitud; la cabeza echada hacia atrás con sonriente gracia, el busto pudorosamente turgente bajo las tenues vestiduras y en el rostro, diáfano como un rayo plateado de luna, la caricia suprema de la visión celestial.

¿De qué clásico modelo ha traducido Sarah el prodigio? ¿Dónde ha sorprendido la forma ideal? ¿dónde? La idea alborea y se perfila en los recuerdos, como una estancia obscura se acrara con la vibración voltáica, que repentina por los cristales filtra.

¡La Santa Teresa de Bernini!

Es allá en la ciudad eterna, bajo el capitel de pórfido y de bronce, bajo las cúpulas marmóreas de Santa María della Vittoria que guarda los trofeos arrancados por Marco Antonio Colonna en la célebre jornada de Lepanto. ¡Roma eterna en la gloria! De un grupo impecable ha hecho Sarah su divina copia, y ha tomado su divina "pose". De un trofeo más glorioso, del triunfo del arte inmortal: chispa centellante del Bernini que plasmó en la piedra inerte, pero animándola con el soplo genial de la belleza, el grupo insuperable de "Santa Teresa con Angelo".

Musa soñadora del teatro francés, Sarah Bernhardt en "su otoño" conquistó el laurel de renovar a través de las edades el aletazo genial del Bernini. Aladino del cincel maravilloso.

Para que la creencia ferviente se arrodille ante la perfección que baja del cielo, envuelta en las formas sagradas de la estatuaria helénica, el Bernini reanimó a la santa en la tierra. Bendito sea el artista, bendito sea el Bernini que escribió la delicada poesía del mármol y que arrancó a la muerte devolviéndola a la vida imperecedera del arte, la seductora y angélica figura de Santa Teresa de Jesús.

Julián Quintana.



Da. Isabel Reyes de Rodriguez.

De una magestad impositiva, con todas las mas elevadas características de bondad y distinción, ejemplarmente culta, tal es la síntesis de este privilegiado espíritu femenino. Sus más grandes actividades las dedica al ejercicio de la filantropía, rindiendo tributo al mas noble y hermoso sentimiento cristiano. Desde la época de su fundación, integra el Consejo Directivo del Patronato de Damas y la acción de bondad y de socorro de esta institución, encuentra siempre en ella la voluntad mas decidida. La nobilísima dama, reina en el hogar del caballero Doctor Don Gregorio Rodriguez, como ejemplo de virtud y verdad afectiva.

La Solemnidad en la Piedra Alta



D. Carlos Anaya — D. Joaquín Suarez — D. Manuel Calleros — D. Atanasio Lapido — D. Juan Tomás Nuñez

No pudo tener escenario más humilde la reunión solemne de la Asamblea de la Provincia Oriental, que el 25 de Agosto de 1825 declaró la Independencia de la Patria. — En un rancho de reducidísimas proporciones, cubierto de paja se reunieron los representantes por los departamentos, denominados entonces de: Guadalupe, de San José, de Florida, de San Salvador, de Nuestra Señora de los Remedios (Rocha), de San Pedro (Durazno), de Maldonado, de San Juan Bautista, de Las Piedras, del Rosario, de las Vacas y de las Víboras y proclamaron, en documento vigoroso, que la Provincia era libre e independiente de todo poder extraño. Si no hubiéramos sido tan despreocupados con los sitios y las cosas que sirvieron para las luchas de nuestra independencia, aquel humilde rancho se conservaría hoy como una reliquia patriótica. En esta página damos los retratos de algunos de los componentes de aquella asamblea y una reconstruccion de la escena tan decisiva para nuestra vida institucional.

Primera lectura del Acta de la Independencia, en un rancho de la Florida. De un apunte de la época.



D. Gabriel A. Pereira



D. Felipe A. Bencochea



D. Luis E. Pérez



D. Santiago Sierra



Sra. María Herminia Garzón de Mañé

DE principesca sociabilidad, con un elevado espíritu comprensivo y una amplia ilustración, tiene la señora Garzón de Mañé las más brillantes afirmaciones de cultura y distinción. Es una de las damas que prestigiosamente ocupan alto rango en nuestra sociedad. Como presidenta de "Entre Nous" realizó labor exquisitamente inspirada, aplicando a ella las bellezas de su carácter y todas las delicadezas y puras sensibilidades de su espíritu.

BLANES..

BLANES es la más alta personalidad artística de Sud-América. Su gloria es gloria nacional y su genio una demostración concluyente de que no debemos envidiar a nadie cuando se trate de contribuir a la dignificación más indiscutible de la raza americana.

Plétora de hombres de talento ha contado y cuenta nuestro país. Nada tiene que dar sitio a nadie. Hay que proclamarlo esto una y otra vez y nunca en mejor oportunidad que esta, cuando hemos de hablar de un uruguayo ilustre como Juan M. Blanes.

No es nuestra intención hacer un detenido estudio crítico de la enorme labor realizada por el gran pintor. Nuestro propósito es ofrecer una nota explicativa de esta notable figura artística uruguaya, cuya fama abarca todo el continente y se impone a la consideración de la posteridad con sus solidísimos prestigios y con una obra que no ha sido hasta hoy superada.

Y a este respecto nos llegan a los puntos de la pluma ciertos amargos reproches que merecen los que, sin conocer la labor de Blanes, o conociéndola, la niegan impulsados por sentimientos subalternos que no debemos calificar.

Defecto gravísimo nuestro, es este de no rendirnos sin reparos a la glorificación de los compatriotas que han merecido bien de la gloria.

Porque son nuestros, los negamos y solemos extasiarnos ante otros que, sin valer lo que valen los coterráneos, tienen para muchos el inapreciable mérito de su extranjerismo y a veces el prestigio arrebatador de un apellido raro, difícil de pronunciar y aun más difícil de escribir.

Blanes, como otros uruguayos ilustres, aun después de ser personalidades indiscutibles en el mundo artístico, han encontrado detractores y pseudo-críticos que los han negado. Y hoy todavía, después de muchos años de consagración, cuando ya la fama ha dicho su palabra definitiva, se encuentran espíritus cavilosos, en exceso cavilosos, que en análisis de pequeñeces, sin tener amplitud de mirada como para abarcar la grandiosidad del conjunto, encuentran, con alborozo, defectillos que se pierden en la belleza del todo, del todo armónico, grandioso, concepción genial que subyuga.

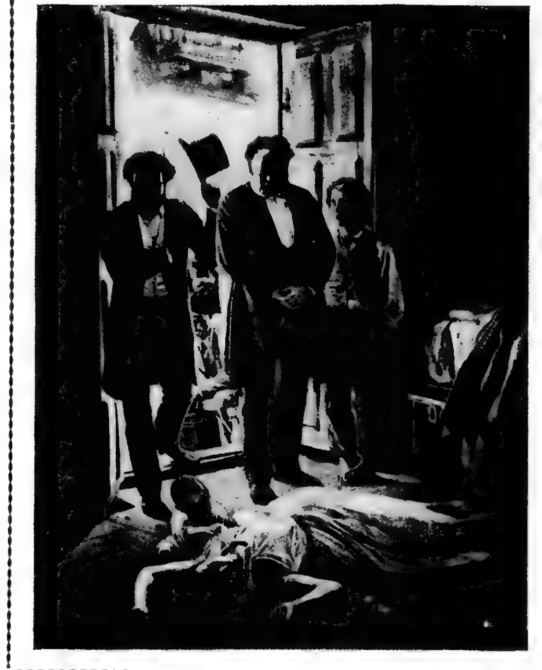
Porque esa es la característica sobresaliente de Blanes: la concepción, la fuerza sugestiva de sus composiciones originales, teatrales quizás, pero altamente artísticas, profundamente emotivas, viriles y humanas a pesar de todo.

Dejando libertad a su imaginación creadora; seguro de su técnica y convencido de su amplitud en todos los estudios complementarios de su arte; Blanes hacía surgir en sus telas dificultades tras dificultades, para luego vencerlas triunfalmente y demostrar que su lápiz y sus pinceles no titubeaban un punto cuando delineaban o dejaban el color sobre la tela.

Todos sus cuadros, principalmente aquellos que corresponden a la época del apogeo de su genio, ofrecen a la mirada del estudioso y del ecuánime, dificultades enormes, salvadas con arte y con verdadera y consciente maestría.

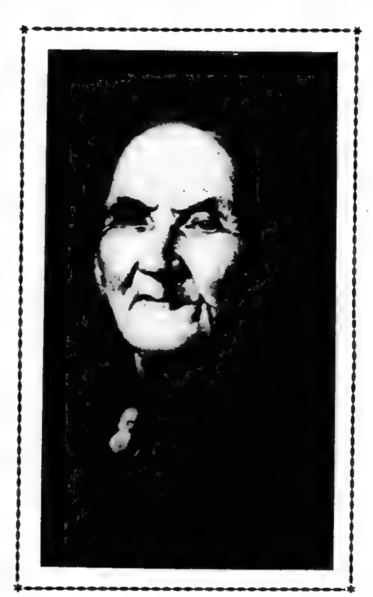
En la tela que reproduce los últimos momentos del general Carreras, el color ofrece dificultades tan extraordinarias que otro pintor hubiera renunciado ultimar tan grande obra.

Esa penumbra en que están envueltas personas y caras dentro del lúgubre calabozo, es un escollo puesto al pincel en cada centímetro de la tela. Y los escollos han sido vencidos con gran maestría y el efecto estupendo de luz penetrando por la portezuela, luz de madrugada triste, es de una belleza indiscutible y no superada en ninguna tela de pintor americano.



En la culminación de su talento artístico, Blanes, pintó el cuadro titulado: Episodio de la Fiebre Amarilla. Es una soberbia tela de composición, que obtuvo un éxito extraordinario.

Estando Blanes en Florencia como pensionado envió a Montevideo dos telas, demostrativas de sus progresos de estudiante. Son ellas: "La casta Susana" y un "San Juan" (que se conservan en el Museo Nacional de Bellas Artes).



Obra de arte y de cariño, este retrato de la madre del pintor es una verdadera gran obra. Admirable por el dibujo y el colorido, ha quedado como una demostración del talento de nuestro gran artista.

¿Habéis examinado detenidamente estos cuadros, ejecutados por Blanes en 1863, cuando hacía apenas cinco años que estudiaba en la bella ciudad italiana, asediado por dificultades de todo orden, principalmente económicas?

Sin que sea desconocer méritos de nadie, sin que con ello queramos empequeñecer la obra de los pintores que han surgido después, pero sí como una comprobación justiciera del genio de Blanes, digamos que esos envíos de pensionado son obras de alto, de positivo mérito, las cuales no desdeñarían firmar aquellos que aún niegan al gran pintor en nombre de absurdos y a veces ridículos principios de modernismo artístico, que no convencen, ni han de perdurar...

El "San Juan" que es toda una obra concluída. El colorido revela una seguridad admirable, y el dibujo tiene ya toda la fuerza, toda la energía que nos sorprende en las obras definitivas.

Porque eso fué Blanes a despecho de los que tienen la cándida convicción de que se puede hacer obra pictórica que perdure, aplicando modalidades transitorias y gustos del momento, sin cuidarse del dibujo y sin rendir pleitesía a las exigencias del color, que en ello manda la naturaleza y manda la realidad, no admitiendo rebeldías, exageraciones, o caprichos.

Y decir que son estos méritos invalorables, firmes, verdaderos, los que señalan algunos como defectos, teniendo para la escrupulosidad realista del gran pintor una mirada torpemente despreciativa.

Blanes no necesitó de "cosas raras" para

triunfar y quedar sobre su pedestal, inconmovible a todos los embates. Llevó a sus telas caudales de realidad y aplicó a su labor el método razonado y siempre fructífero.

No fué bohemio. No aguardó a que la gloria viniera a ofrecérsele con humildades de mendiga. Fué a su encuentro con una suma siempre renovada de trabajo, de actividad, de impulso creador.

Desde cuando el pintor estudiaba en Italia, ya señalaba su maestro la ejemplar conducta moral y asiduidad de Blanes en el estudio, medios sin los cuales, además de la aptitud natural para el arte, no se obtienen en tan corto tiempo los antedichos progresos y resultados.

¿Son muchos los jóvenes artistas que hoy pueden invocar en defensa propia condiciones tan altas de laboriosidad y noble anhelo de triunfar?

Desgraciadamente no.

En general hoy se desea la fama, persiguiéndola de otra manera. Las mesas del café, las rarezas en la intimidad de la vida de cada uno, un antipático espíritu de negación hacia lo ya consagrado y que se utiliza con el elástico nombre de revolucionarismo, todo esto y algo más, sirve para interesar a la opinión pública, para mover la pluma de algún pseudo crítico y de esa suerte dar colocación a las obras que se cansan de aguardar la terminación en el caballete o las que aparecen a la curiosidad de las gentes en estrambóticas estorsiones del color, del dibujo, de la verdad y del arte.

Blanes fué un triunfador a fuerza de constancia, de labor, de intensa porfía en el perfeccionamiento de su arte, de nobilísima ambición de nombre y de honores.

Por esas grandes condiciones de trabajador y de metodista, obtuvo valiosas recompensas. No fué tan sólo el mejor pintor de Sud-América, fué también el artista reposado, serio, con quien las instituciones públicas y privadas y los particulares, podían tratar, en la absoluta confianza de que el trabajo que le encomendaran sería ejecutado bien y en su tiempo oportuno.

Algunos de los que hoy anhelan popularidad y provecho ¿pueden decir lo mismo, pueden presentar las mismas recomendables cualidades?

Siendo Blanes pensionado en Italia (pensión misérrima), cumplió puntualmente con sus envíos al Estado que le facilitaba la prosecución de sus estudios. En el Museo de Bellas Artes hay demostraciones honrosas de esta labor de estudiante, lejos de la patria.

Y con esa misma decisión, con esa misma fe en sus propias fuerzas, continuó toda su vida y acumuló una producción enorme, sobresaliente, admirable, la más alta expresión del arte pictórico en Sud-América.

El método, la ordenación del trabajo, la labor diaria, ultimada puntualmente, sin consultar fatigas físicas, desganos de origen moral, o inclinaciones momentáneas a otras actividades, rindieron a Blanes la suma más grande de producción y que supera a todo lo que han realizado los demás pintores de América, algunos por no seguir un sistema de labor con norma fija y otros por haber caído antes de la mitad de la jornada.

En esta característica de Blanes en lo que al método de trabajo se refiere, deben tomar ejemplo los artistas de hoy, los que entienden malamente una bohemia que es molicie, a veces impotencia y a veces abandono.

Aquella voluntad férrea del maestro se defendió hasta el último momento.

Batido por un doloroso drama de familia, con hondas preocupaciones morales absorbiéndole toda la vibración de su pensamiento, desesperado en la búsqueda infructuosa de su hijo Nicanor, lejos de la patria, de la tierra donde se le admiraba, se le respetaba y se le quería, aquel luchador fuerte, expresaba en un grito de lo íntimo, del fondo de su corazón, que al dedicarse al trabajo hacía cuanto podía por la separación del hombre con el artista.

He ahí cuatro palabras escritas por Blanes en un desahogo de amistad, que constituyen una invalorable máxima para los que tienen aspiraciones de triunfo, de gloria, de imposición al respeto de sus semejantes. Hay que separar al hombre del artista, hay que separarlo en cuanto se puede, si se desea realizar obra definitiva, obra que despierte admiración y sea valorada en alto precio.

Zola, después de empeñar su único traje, continuaba animoso en sus estudios y en su producción, y recibía a sus íntimos en su buhardilla, envuelto en una frazada y sentado en el suelo. Pintorescamente el gran escritor, llamaba a su estrechez: "hacer el turco". Y no por eso lo arredró la vida, ni se abatió su voluntad, ni su noble ambición de triunfo sufrió tropiezo alguno.

Blanes, otra voluntad que no conocía los desmayos, que no supo debilitarse en medio a las más encontradas y más amargas luchas íntimas, buscó perennemente la separación del hombre con el artista, modo sabio y eficaz de poder vivir con arreglo a las exigencias prosaicas y fastidiosas que cada día nuevo nos proporciona invariablemente, y de ejecutar, como por separado, en una soledad beneficiosa e imprescindible, la obra de arte destinada a producir admiración en las multitudes y gloria a su autor.

No es, pues, Blanes, tan sólo digno de admiración por sus trabajos, creador de telas que nadie ha superado, sino también un ejemplo de orden, de regularidad en la producción y de grande energía para la prosecución de toda labor iniciada, a despecho de toda clase de tropiezos, de todo obstáculo, fuera de carácter personal o técnico.

En el ocaso de su vida, cuando ya había entrado en la época de la decadencia, aún perduraba en él su afán de metodización. Tanto se había hecho a la lucha, a la producción sin descanso, que, a pesar de ser sacudido por mil encontradas y dolorosas preocupaciones, piensa en el trabajo, desea continuar ocupando la admiración de sus conciudadanos y su mano ya temblorosa, traza el boceto de la Batalla de Sarandí (de una gran fuerza de colorido y de audaz composición), para luego iniciar el gran cuadro definitivo, que no pudo terminar, sorprendido por la muerte.

En todas las etapas de su vida hay un ejemplo.

Se le tilda de egoísta y de hermético, de que no quería discípulos, de que su taller estaba cerrado para todo el mundo. Esa condición de su carácter no puede ser censurada: Blanes era un solitario. Deseaba la soledad y el silencio para producir. ¿Es esto acaso un defecto? Nunca. En el peor de los casos es una característica.

¿Acaso es necesario siendo un gran artista, ser a la vez un maestro, un educador, un conductor de actividades nuevas?

De ninguna manera.

No hay tal obligación, ni para completar una personalidad se necesita ese aditamento.

Blanes fué grande, fué enorme, tanto que aún hoy su personalidad escapa a la nómina de los artistas que ha tenido América del Sur.

Otros se presentaron a la lid, ciertamente, con arrestos inmensos, extraordinarios, y de ellos pudo aguardarse grandezas paralelas a las de Blanes, pero estas mentalidades de privilegio no llegaron a dar todo su fruto, segadas prematuramente por la muerte.

Este cuadro es de una impresionable verdad trágica. Los últimos momentos del general chileno Carrera, ha llevado el pintor a la tela venciendo enormes dificultades de color, por el sitio en que están colocadas las figuras y por la iluminación de las mismas. Es otra de sus obras maestras.

Por eso, Blanes ha quedado en el pináculo, a despecho del tiempo y sus obras son ya el orgullo de una nación.

Y sin embargo todavía queda una sombra que desvanecer. Un distinguidísimo artista nacional, admirador del viejo pintor y quizá uno de los pocos que no le resta méritos, enterado de que en estas columnas nos ocuparíamos del insigne maestro, nos decía que, a su juicio, Blanes no tenía originalidad en lo que a técnica se refería, agregando que en todos sus cuadros dominan los principios creadores de la escuela toscana.



Cuadro de género. En él el maestro pone en brillante evidencia sus conocimientos e investigaciones en el pasado de nuestro pueblo, evocando tres épocas de la vida de nuestro campesino, con una gran riqueza de dibujo y de colorido.

Y bien: no puede haber desmérito, aun admitiendo la exactitud de la observación. Blanes realizó sus primeros estudios en una época de confusión para el arte italiano. Las luchas artísticas en aquella época tenían dos tendencias: la que defendía los preceptos de la pintura al aire libre (lo más avanzado y lo más revolucionario para entonces) y los que se apegaban a la escuela clásica, aceptando en muy limitada proporción algunas innovaciones.

Blanes actuó en aquel entonces junto a maestros como Ciseri y Ussi los cuales no participaban de los entusiasmos reformadores de otros artistas y se atenían a los preceptos de la antigua escuela toscana.

¿Podía el joven pintor en medio a la desorientación del momento adoptar con mejor juicio otra escuela que la defendida y practicada por sus maestros?

Es indudable que como procedió Blanes, procedió bien.

Pasó el tiempo. Transformado el estudiante en maestro, siguió las normas artísticas de su juventud, y no pudiendo aceptar como evolución de su modalidad sus estudios respecto a la aplicación de tintas combinadas, de ingredientes más o menos experimentados con el afán de hallar coloraciones más exactas o más firmes, Blanes terminó su gran labor sin cambiar las orientaciones técnicas que le habían señalado sus maestros.

Y en esto demostró también sabiduría.

Un artista no cambia a capricho las características de sus obras. Así como un escritor no puede variar a voluntad su estilo, sin anular su personalidad y quitar fluidez al pensamiento, un pintor no debe cambiar su técnica, porque si lo hace ya no será espontáneo, ni el pincel ha de correr firme sobre la tela, y en la coloración se han de notar lamentables indecisiones, errores y falsedades.

De modo que en el examen crítico quedan estas consideraciones. ¿Pudo Blanes razonablemente seguir otra escuela que la adoptada por él en la iniciación de su carrera? No. ¿Y una vez adoptada esa escuela, acaso no procedió con toda cordura al continuar practicándola?

Fué, indiscutiblemente, un pintor a la manera toscana. Pero fué un gran pintor.

Tal debieran ser muchos artistas desorbitados que, en una loca carrera tras una originalidad que no existe, quiebran energías y llegan al fin del vértigo, vencidos, anulados, improductivos y lamentables.

No es sólo la originalidad lo que da valor en arte. Más aún: con sólo originalidad no se hace arte perdurable y digna de despertar la atención de contemporáneos, quedando luego como ejemplo del mérito de un artista.

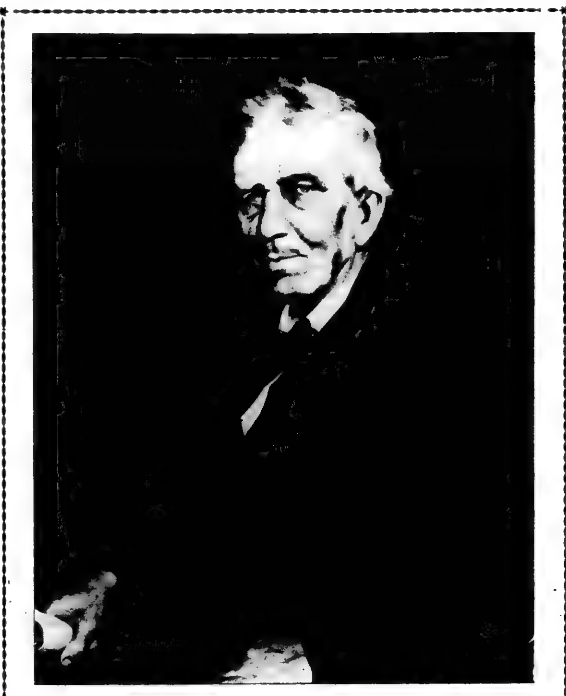
En literatura no es sólo el innovador el que se destaca, el que brilla, el que reclama la glorificación. También deben ser colocados en primera línea los que, utilizando los principios de una determinada escuela, realizan obra grande. Y no puede causar asombro a nadie el que un discípulo llegue a valer más que el maestro.

Blanes utilizó invariablemente los dogmas de la escuela toscana, y sus cuadros tienen grandes méritos de composición, de colorido, de dibujo y de reconstrucción histórica.

¿Puede nadie negar estas nobles cualidades, algunas de las cuales bastarían para formar la reputación de un pintor? Y por último: para la pintura que prefirió Blanes, difícilmente hubiesen encuadrado otros cánones que los por él seguidos. Pintura de historia, exigía una escuela severa, sobria en el color y perfecta en el dibujo.

No discutamos nunca a esta gran figura del arte americano, y enorgullezcámonos de que haya nacido en tierra uruguaya.

Simón de Mántua.



El viejo y respetado dibujante y calígrafo Besnes Irigoyen aparece en esta tela de Blanes como una demostración más de las estupendas condiciones de retratista que poseía el gran pintor uruguayo, gloria americana.



Margarita Benzano.

Sociedad San Vicente de Paul

DEL núcleo de instituciones caritativas que desarrollan su acción en nuestro país, se destaca con caracteres propios y fuertes proyecciones benefactoras, de una eficacia indiscutible, la Sociedad de San Vicente de Paul.

La base de su fuerza, el nervio que la sostiene y la ha transformado en una institución altamente filantrópica, está, indiscutiblemente, en las personas que han compuesto y componen sus Consejos Directivos, en la verdad meridiana de su acción caritativa y en la garantía que la misma distinción de sus autoridades dirigentes ofrece a las personas de buenos sentimientos que contribuyen con donaciones de toda índole al sostenimiento de esa institución benéfica.

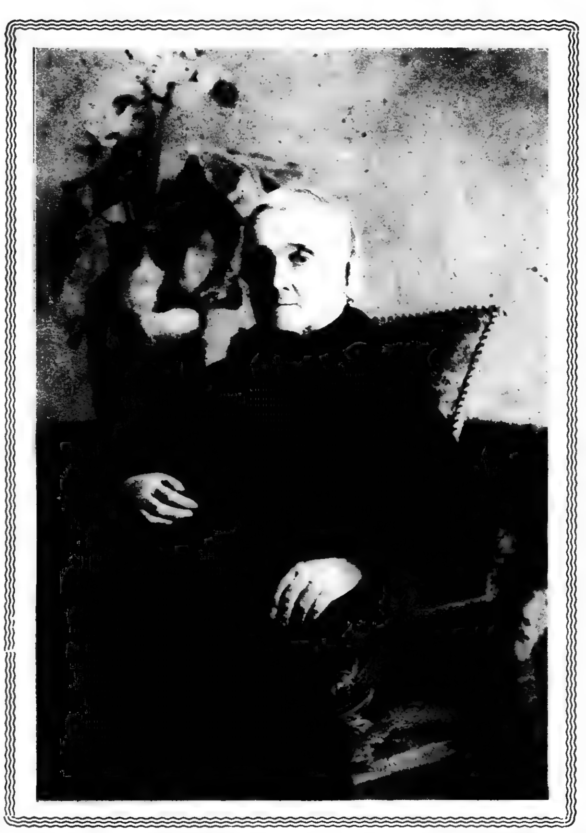
La Sociedad de San Vicente de Paul es de ramificación universal. En todo el mundo tiene sus fundaciones perfectamente organizadas y en todo el mundo su nombre es bendecido por los que nunca en vano llaman a su puerta en demanda de socorro.

En nuestro país, tan benemérita sociedad tiene establecidas corresponsalías en los diez y nueve Departamentos, y todas ellas, atendidas por distinguidas y virtuosas damas, contribuyen de una manera eficacísima al socorro de los necesitados, de los que en la desdicha y el dolor se debaten y los que en la intervención de la Sociedad de San Vicente de Paul, hallan un auxilio de la providencia, una demostración de que, en el sentimiento de los buenos hay siempre un refugio para los que en un instante triste pueden creerse abandonados de todos en medio de una vía desierta y fría.

En los Departamentos del interior, la sociedad tiene una delegación en cada capital y en Montevideo las tiene en cada parroquia. En esta forma la institución sostiene en toda la República a miles de personas, a las cuales se las socorre con alimentos, con habitación, medicinas, médico y ropas. Socorro completo, uniforme, que lo abarca todo, que a todo atiende y que es de una eficacia indiscutible y por ello hondamente agradecido.

Fué fundadora de la Sociedad de San Vicente de Paul en Montevideo la noble matrona que se llamó doña Antonia Vázquez de Márquez, cuyo sensible fallecimiento se realizó en 11 de Agosto de 1900.

Al espíritu luminoso de esta dama, a sus arraigados sentimientos de bondad, a su amor por los humildes y los necesitados, debe el país la fundación tan inmensamente caritativa, cuyo progreso y extensión es hoy un orgullo nacional. Doña Antonia Vázquez de Márquez dió a la Sociedad todo lo más preciado de sus actividades, de sus iniciativas, de su bondad sin límites, de su energía de organizadora y de su sentimentalismo noblemente hermoso. En principio la distinguida matrona fundó la Sociedad de la Metropolitana y de este núcleo poderoso, mantenido con admirable tesón, e impulsado siempre a un progreso multiplicativo, surgieron las demás fundaciones, todas las numerosísimas ramificaciones de la Sociedad que hoy derraman la sombra del bien, de la fraternidad, de la compasión en todos los ámbitos de la República.



Doña Antonia Vázquez de Márquez, fundadora de la Conferencia de la Metropolitana.

Es en la actualidad Presidenta del Consejo Superior de la Sociedad, la distinguida matrona doña Antonia Veiga de Lenguas, dama de una bondad tan probada, tan íntegramente puesta al servicio de la caridad, que desde hace treinta años integra una de las Comisiones de la Sociedad, alcanzando luego, en mérito a sus virtudes, a su constancia, a sus invalorables méritos personales y al amor inmenso que siempre puso a disposición de la obra de piedad, el elevado cargo que hoy desempeña con el más grande beneplácito y con la más eficaz dedicación.

Doña Antonia Veiga de Lenguas se halla hoy abatida por una dolencia que quebranta un tanto su actividad incansable en pro de la institución y por ese motivo se verá privada, con todo su inmenso pesar, de presidir las sesiones extraordinarias del Honorable Consejo; pero aun así no dejará indudablemente de recordar cariñosamente a los menesterosos.



Doña Antonia Veiga de Lenguas, Presidenta del Consejo Superior.

Muchas son las damas que han puesto al servicio de la Sociedad de San Vicente de Paul todo el concurso de su desinterés. Algunas con donaciones en metálico y otras contribuyendo con su esfuerzo personal.

Confiando a nuestra memoria su enumeración, recordaremos a las señoras:

Doña Sofía Jackson de Buxareo, doña Catalina O'Neil de Fernández, doña Estanislada Márquez de Lessa, doña Elena Chopitea, doña Mercedes de Yéreguy, doña Antonia Garzón, doña Rosa Pérez de Butler, doña Julia Lavandera, doña Ana Algorta de Mañé, doña Carolina de Soria, doña Isabel de Urioste, doña Zoa Fernández y doña María Ayerza, esposa esta del caballero don Félix Buxareo, que no hace mucho tiempo, tuvo el magnífico desprendimiento de donar a la Conferencia de Señoras de la Unión cuatro casas, las cuales sencilla, pero cómodamente alhajadas sirven de asilo a los menesterosos de la localidad.

Las casas donadas llevan los nombres de San Félix, San José, Santa Mónica y San Juan de la Cruz.

Señalamos a la admiración y gratitud públicas esta institución.

Por los Salones

...La vida de salón es como una caricia para el espíritu y para los ojos. Es como un sedante puesto a la aridez de la normalidad de todos los días en el maremágnum de lo que a la calle nos atrae y en la calle nos roza. Entrar en un salón, sumergirse en la ola de luz y de perfume que un salón ofrece, equivale a una amable excursión por las regiones de la belleza y de la armonía.

Así divagando llegué a la residencia del señor ingeniero don José Serrato y de su esposa doña Josefina Perey, atraído gentilmente por una amabilísima invitación. El señor Serrato y su esposa gozan en nuestros círculos sociales de merecidísimas simpatías, todas las cuales coadyuvaron para que la fiesta que ofreciera la señorita María Helena Serrato adquiriera inusitado brillo.

La señorita de Serrato es una delicadísima flor que irradia galanura en su torno y para quien le están reservadas las más triunfales imposiciones en nuestro mundo elegante.

Con verdadero deleite hube de rendir ante niña tan gentil, toda la espontaneidad de mi admiración y por ella, por la distinción y cultura de los dueños de casa y por lo selecto de la concurrencia, la recepción chez Serrato-Perey fué una encantadora realidad a todo lo que divagara yo mientras a ella me dirigía.

En la retina conservo y conservaré para siempre el cuadro admirable que formaba un grupo de niñas, para las cuales nunca he de lamentar más profundamente no poder ofrendarles la flor de un madrigal. En ese grupo delicioso estaban: Esther Alvarez Mouliá, María Elisa Wilson, María He'ena Serrato Perey, Margarita Idiarte Borda Platero, María Teresa Salvañach, Valentina Fyn Butler, Sara Torres Cabrera, Julia Shaw Villegas, María Amelia Márquez Vaeza y Alda Brum.

***

De un salón a otro salón, y los ojos se embriagan en luz y en magnificencia.

Fué en honor del Almirante Caperton la estupenda recepción que ofreció el caballero don Adolfo Pastori y su distinguida esposa doña Josefina Gómez de Pastori, en su palacio de maravilla.

Armónico y riquísimo, el mobiliario es como una sinfonía en maestoso, donde la unidad de los tonos rinden al gusto más exigente, donde los estilos se conservan en impecabilidad de líneas y donde por sobre todo se proclama y triunfa el buen gusto de los dueños de casa.

Riquísimas telas penden y cubren las paredes envolviéndolas en una caricia de seda y envolviéndonos en la aún más delicada caricia de su color azul-záfiro; las luces estallan en multiplicidad de reflejos dando a cada cosa todo el valor de su colorido; las vitrinas detienen tanto al indiferente como al amateur: al uno porque su riqueza desborda de sus estantes en una grandiosidad de oros, de platas, de esmaltes, de marfiles y de porcelanas; al otro porque en ellas se contienen sobresalientes maravillas de colección, tan valioso y tan elegido todo que parecería tarea imposible volverlo a reunir.

Y si la suntuosidad de la mansión hubo de admirarme, más me deleitó aún la suntuosidad de la concurrencia. Las damas soberbiamente ataviadas eran como joyas preciadas en tan riquísimo estuche. Sobre las esculturas palpitantes de sus cuerpos, las toilettes, complementadas con las joyas de valor incalculable, formaban como una brillazón de astros, como un triunfo en apoteosis de la gracia, de la elegancia y de la belleza.

Y de aquel luminar, que atraía con fuerza incontrastable, surgía, imponiendo una majestad de origen hidalgamente castellano, la señora Josefina Gómez de Pastori, gentilísima entre las gentilísimas, amable, culta, luciendo sobre el coral de su hermosísimo traje un collar de grandes perlas. Tan distinguida dama, en compañía de su esposo, recibieron a sus invitados con esa fineza sencilla y enaltecedora que diríase fué característica de las épocas idas.

Me coloco en un ángulo del gran salón y desde él, subyugado por aquella decoración feérica de riqueza y de aristocratismo, contemplo.

La señora María Mercedes Cibils Larravide de Castellanos avanza triunfalmente, en medio de una aureola de admiración y sobre la alfombra florida de todos los homenajes.



Josefina Gómez de Pastori, Sofía Gómez Cibils de Martinelli, Dolores Estrázulas de Piñeyrúa, Plácida Cibils de Perez Butler, María Ana Gómez Cibils de Pena, Carmen Lasala de Peixoto, Haydée Busaferri de Cranwell, Eloisa Serratosa de Vidiella, María Aurelia B. de Pastori, Ema Lerena de Yereguy, Clementina Pastori de Martino, Esther Boffil de Lasala, Elena Díaz Fournie, Nené Díaz y Almirante Caperton.

En seguida otra dama llena nuestra visual con el esplendor de su elegancia. Es la señora Plácida Cibils de Pérez Butler. Llega con triunfo de azucenas y de jazmines; en un marco purísimo de blanco que lo forman el traje y el sombrero y ambas soberbias prendas obscurecidas aún por la albura de su rostro y por la nitidez exquisita de su espíritu.

Para formar divino contraste avanza la señora Matilde Testaseca de Sierra Romero, envuelta en una magnífica toilette de terciopelo negro, no tan negro, ni tan suave, ni tan preciado, que el negro de sus ojos, que la dulzura de su mirada y la sedosidad de su cabellera de ébano.

Y desde mi ángulo de observación, diviso aún el óvalo perfecto del rostro de la señora Sofía Gómez Cibils de Martinelli, óvalo en el que como dos luceros admirables brillan los ojos, ojos que cautivan, que subyugan, que embelesan.

Y luego pasan otras y otras damas, todas elegantísimas, todas espléndidamente ataviadas, como en un halo de suntuosidad y de belleza.

Cierro los ojos, deslumbrado ante el solo recuerdo, y...

***

Me encuentro en la mansión de los esposos, señor Rodolfo de Arteaga y doña Pilar de Herrera, los cuales unen a la nobleza de sus abolengos el prestigio de su personal distinción.

La fiesta realizada en tan selecta residencia, fué dada también en honor del Almirante Caperton y de un núcleo de su oficialidad.

Fueron invitadas al aristocrático sarao las relaciones de la señorita María Inés de Arteaga Herrera.

En un ambiente de alta espiritualidad, se desarrolló la fiesta. Se bailó con entusiasmo, iniciando la danza el señor Almirante y la señorita María Inés de Arteaga.

Como una visión de éxtasis pasó ante mí la señorita de Arteaga, bella, elegantísima, luciendo con encantadora sencillez una regia toilette.

Y a su alrededor, como en un triunfo de estrellas, rodeando un astro, contemplé arrobado a las señoritas Martha Iglesias Castellanos, Elena Gómez Larravide, Dominga Carvalho Alvarez, Ernestina Muñoz Oribe, Margarita Saavedra, Margarita Benzano, Silvia Victorica y María Carolina Pérez.

Evoco la fiesta verdaderamente imperial y al sonar aún en mis oídos las armonías de la fiesta, en mi imaginación pasan raudas muchas encantadoras siluetas.

***

Llego (y no sin pena, porque en la evocación de tan soberbias fiestas vuelvo a experimentar las gratas, las hondas, las dulces emociones que durante ellas experimentara), llego, repito al salón que puede ser calificado sin esfuerzo como uno de los más bellos de los que existen en nuestra capital, al salón de doña Sofía Platero de Idiarte Borda, y en este punto todas mis admiraciones desbordan y la pluma se detiene a cada instante porque mi imaginación vuela, desordenadamente atraída por el fantasmagórico recuerdo de un baile de cuento de hadas.

Nada de extraño tiene que las proporciones de esa fiesta hayan sido tan maravillosas, si consideramos que ella sirvió de presentación, en la vida de sociedad, a la bellísima y distinguida niña Margot Idiarte Borda Platero.

Presidía aquel admirable conjunto de damas y caballeros, la señora dueña de casa, sol que no sabe de ocasos, reina de salones, espléndida realidad de cultura que es orgullo de nuestra sociedad. Majestuosa, triunfante, dominadora, de una amabilidad exquisita, era una reina legendaria, una soberana cuya corona la formaba la aureola de su distinción y de su hermosura.

Junto a doña Sofía Platero de Idiarte Borda admiramos a su hija Margot, flor que entreabre todas sus delicadezas a la vida social, que triunfa subyugando, que encanta con la armonía dulcísima de su mirada y rinde con la música de su voz.

Y también pasó por los radiantes salones, como una tierna, como una conmovedora visión del pasado, encantadora en su ancianidad jovial y fuerte, doña Matilde Escardó de Platero, abuela de la distinguidísima niña que tuvo en noche tan memorable todos los homenajes, realidad triunfal de un pasado que tanto nos alecciona, siempre...

El hall — riquísimamente alhajado y los salones del piso alto — otras maravillas de ornamentación y lujo — se vieron concurridísimos con todo lo que de más elevado y más chic tiene nuestra sociedad.

Para mis pupilas fué una visión de ensueño aquel desfile encantador de niñas, deliciosas en la elegancia de sus toilettes de coloraciones tenuísimas, en el brillo alucinador de sus ojos, en la fulgurante belleza de sus rostros...

Se detiene la pluma, obligada por la falta de espacio. Muy a mi pesar vuelvo a la realidad, una realidad áspera por más amable que sea, si he de compararla con aquellos instantes de gloria.

Cyrano.

AUN no hemos traspuesto la centuria en la marcha de nuestra vida institucional, y se justifica un reproche para los que, olvidando un deber de gratitud, han dejado que los héroes, los que poniendo a prueba valor, virtud, ilustración y patriotismo, arrancaron a la dominación de tres naciones esta patria nuestra, radiante, altiva. para la cual ha habido grandes halagos en todos los ámbitos del mundo civilizado y cuyos prestigios son hoy tan sólidos como envidiados.

Tenemos un poco de ingratitud en nuestra alma, un poco de inconfesable ingratitud y de ella bien pueden irradiar todas esas luchas y discordias que de cuando en cuando suelen convulsionarnos o que nos mantienen en una morbosa nerviosidad.

Intensificar el sentimiento de la nacionalidad en el culto de los héroes, es algo que necesitamos tanto como toda iniciativa progresista. como todo lo que implique un avance en el terreno de todas las conquistas de la industria. del comercio y del bienestar.

Los pueblos que viven en forma intensiva para su presente. es porque no han dejado de mirar a su pasado, estudiándolo. analizándolo y sacando de él provechosas enseñanzas o muy razonables consejos de experiencia.

Pueblos que no miran un poco hacia atrás, corren el riesgo de perder su personalidad. su característica y esto es como la pérdida de un estado civil para un ciudadano.

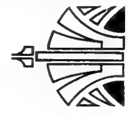
La historia es el orgullo de las naciones, es la ascendencia que honra. que da carácter. que reclama respetos y consideraciones. es la base fundamental de la personalidad nacional.

No analicemos. No busquemos pequeños defectos, en las personalidades que decoran nuestro pasado. La tradición popular. la glorificación que ha perdurado y acrecentado a través de los años. ha nimbado los nombres de los héroes y los ha hecho intangibles.

Respeto para ellos, respeto sin limitaciones, sin sombras, sin dudas; respeto amplio y educador; respeto que nos dignifica, que nos ennoblece, que nos eleva.

Meditemos un punto en todos los inmensos sacrificios que aquellos hombres se impusieron para dar unidad y personalidad política a nuestro país. Midamos la fuerza de que necesitaron aquellos caracteres para ponerse en lucha desigual contra un estado político que había

Óleo de gran tamaño del pintor Valenzzani y en el que aparecen: Artigas, Lavalleja, Rivera, Oribe, Joaquín Suárez, Garzón, Pacheco y Obes, Santiago Vázquez, Flores y Lucas Obes.







éroes

desarrollado todas sus raíces en casi tres siglos de existencia. Comprendamos que para aquellos días de turbulencia, fué necesario el impulso de un verdadero, de un grande espíritu de sacrificio en aquellos hombres, puesto que en la aventura jugaban la estabilidad de sus vidas y de sus intereses. Lleguemos también a establecer un leve parangón entre diversas épocas; y reconozcamos noblemente que quizá no todos nosotros seríamos capaces de aquellos renunciamientos y de aquellos esfuerzos.

Muchas veces nuestra irreflexiva admiración acoje sin análisis la fama de personalidades extrañas a nuestro ambiente. Hemos exultado a héroes de otras patrias sin examinar a fondo sus actuaciones, sin valorar con ecuanimidad las consecuencias buenas o malas de sus actividades guerreras o políticas. Y con una cruel y desalentadora severidad nos hemos complacido, en cambio, en la búsqueda de detalles ignorados en las rudas y dolorosas vidas de nuestros héroes, para lanzárnoslos como acusaciones, rebajando así la glorificación de esos hombres de sacrificio y de idealidad.

Es absurdo suponer que una voluntad, que una mentalidad, pueda atravesar la turbulencia de una época de gestación sin tener nunca, en ningún momento un desfallecimiento que incline apenas la rectitud de sus procederes. Normalizada institucionalmente nuestra vida, lejos todos los temores sobre la inviolabilidad del suelo nativo, no escapan los hombres de hoy, los que ocupan puestos directivos, a las rudezas del ataque provocado por las vacilaciones de sus caracteres.

¿Cómo, pues, exigirle a los del pasado, a los que actuaron en un pasado tormentoso, obscuro, impreciso, cuando los propósitos no tenían fija orientación, una impecabilidad, absurda aún en momentos de propicia normalidad?

Por otra parte nuestros próceres no han sido todos sometidos a la rigurosidad de la crítica. Los hay que han pasado radiantes a través de todas las más porfiadas investigaciones históricas.

Y por ellos y por todos, en fin, debemos enorgullecernos; debemos mantener en ellos muy alto el sentimiento de la nacionalidad, el orgullo de lo muy nuestro, que de esa suerte aprenderemos a valorarnos por lo mucho que somos, sin envidiar a nadie y sin pensar que nadie vale más que nosotros.

Glorifiquemos a los héroes para aprender definitivamente a glorificar a la Patria.

ENVÍO:

Para el álbum de la Sta. María Emilia Bonilla.

Hacia esta blanca foja me encamino
Y entro en su níveo campo, todo albura....
Mi letra es como un rastro peregrino
Que traza el pensamiento hecho escritura.

Prisionero del cálamo, se mueve
Sujeto a un tierno afán que lo encadena,
Y aunque se va de mí, no se conmueve....
Bien sabe a donde va, y va sin pena.

¡Hogar noble y feliz le dará abrigo,
Y en él te hallará a tí, como a una hermana,
Por ser dulce, y piadosa y bendecida!

Este huésped que llega es, pues, tu amigo,
Y le brinda a su amable castellana
Un perpetuo reír en plena vida!

Joaquín Secco Illa.

Julio 8 de 1917.





OJOS VERDES

Para "Selecta"

Ojos de eterno soñar,
Mansos, extraños y buenos,
Ojos verdes y serenos
Como el mar!
Hondos, frígidos y graves
Como una noche de invierno;
Ojos que ignoran lo tierno
De esas aves
Que cuidan á sus pichones
En el calor de los nidos;
Donde acuden los heridos
Corazones,
Para aumentar su dolor
En la noche de los días;
Muertos á las alegrías
Del amor!
Mensajeros del ensueño
Como el aromo silvestre
Que vive en la selva agreste
Y sin dueño;
¡Qué rara expresión tenéis
Cuando la vida miráis!
¡De que misterio rodeáis
Lo que veis!
Reemplazad esa amargura
Que se embosca en las ojeras,
Con fecundas primaveras
De ventura!
De modo que al dar la vida
A la noche que os rodea
La Esperanza no se crea
Vencida!
Transformad las horas crueles
De penas innecesarias,
En verbenas, pasionarias
Y claveles;
Y tórnense las traidoras
Sombras de las horas frías
En luces, en alegrías,
En auroras!

Ricardo Garzón.



Dibujos de Santana.

Canción de cuna

CUANDO se puede hermanar el ejercicio de la caridad con una manifestación de arte, el ideal está llenado en absoluto.

Y nunca en más halagadoras condiciones que esas puede ser recaudado el dinero que se destine al socorro del menesteroso, al alivio del enfermo, o al alimento del que carece de él.

Con el acicate de una venta o de un premio, o con el atractivo de una fiesta puede también, indudablemente, obtenerse el dinero que aguardan los humildes con ansias infinitas. Pero ningún socorro ha de llevar más noble sello de procedencia, que el que del arte surja, por el arte se consiga y al arte se deba.

Tal el festival realizado en el teatro Solís con fines caritativos, y el cual, poniendo a contribución todas las delicadezas de su elevada y exquisita mentalidad, organizó y llevó al más deslumbrante término la distinguida señora Cata Castro de Quintela.

Fué una felicísima idea. Rememorando aquellas representaciones teatrales que en otro tiempo se organizaron con la intervención de damas y caballeros de la más alta sociedad, se combinó un festival en el que el "clou" lo constituía la interpretación de la bellísima comedia de Gregorio Martínez Sierra, titulada: "Canción de cuna".

La empresa no era fácil. De ninguna manera. "Canción de cuna" es una obra que, por el ambiente en que se desarrolla, restringido y necesariamente monótono, y por la ausencia de grandes choques pasionales, exige una interpretación absolutamente esmerada.

Hay en el fondo de aquella placidez conventual, en la tranquilidad solemne de los claustros, en la metódica y callada vida dedicada a la oración y a la contemplación, un hondo, un desgarrante drama; pero los dolores cruentos de ese drama apenas si agitan un poco la blanca toca de una monja, apenas si hacen resbalar unas lágrimas temerosas. No hay más signos exteriores de desgarramiento. Todo lo demás queda encerrado, ahogado por las severas prácticas.



Señora Cata Castro de Quintela organizadora del hermoso festival

Y bien, el grupo de señoritas y jóvenes que pusieron en escena "Canción de cuna", realizaron una labor sencillamente admirable, a la altura de verdaderos artistas.

Fueron intérpretes de la sentimental comedia, las señoritas Anita Piñeyro Chain, Sara Elsa y María Angélica Scoseria, Maruja Quintela Castro, Pura Aguiar Ortiz, Cora Masanez Blanco, Anita Ortiz Uriarte, María Angélica Canale, Evangelina Muñoz Montero y los jóvenes Francisco Zorrilla de San Martín y José María Martínez Correa.

La interpretación de la comedia causó asombro a todos los que la presenciaron.

Del conjunto se destacó con excepcionales condiciones la señorita María Angélica Scoseria. El rol a su cargo adquirió un relieve tan grande que el público le dedicó verdaderas ovaciones. Los versos hermosísimos con que se inicia el segundo acto, fueron dichos por la distinguida niña con tal fuerza de expresión, con tan perfecta dicción, que a la hermosura de su ritmo y a la delicadeza de sus imágenes prestó mayor encanto aún la forma con que fueron recitados. Fué la nota sobresaliente de la artística velada y por ello unimos nuestros plácemes a los infinitos que ya la han saludado, celebrando su admirable acierto interpretativo.

En resumen, una fiesta como la que motiva esta crónica, puede enorgullecer a quien la organizó y a quienes contribuyeron tan eficazmente a su éxito. El resultado de ella se destinó a la institución "Pro Matre".

Estas páginas se honran insertando las fotografías de la señora Cata Castro de Quintela y señorita María Angélica Scoseria, en sus caracteres de organizadora de la fiesta, la primera, y de la más culminante intérprete de "Canción de cuna", la segunda.

Yorick.



Señorita María Angélica Scoseria,
inteligentísima intérprete de uno de los roles principales de "Canción de Cuna"



Señora Delia Castellanos de Etchepare
Presidenta de la benefactora institución

El Patronato de la Aguja

EN la oportunidad de su funcionamiento, hemos visitado la Exposición de Labores, organizada por el Patronato de la Aguja en uno de los salones principales de la Mueblería Caviglia, salón que fué cedido con fina gentileza por su propietario, en contribución muy encomiable, muy digna de ser elogiada, a la obra meritoria de esta magnánima institución.

No tenemos más que elogios, pero elogios muy calurosos y muy firmemente fundados para los trabajos expuestos, soberbios esfuerzos llevados a cabo, generalmente, en hogares humildes, donde sin embargo existen manos femeninas tan hábiles y tan delicadas como para llevar a la realidad más perfecta encajes, puntillas y bordados de elevado valor y perfecta belleza.

La decoración (digámoslo así) puesta por la Casa Caviglia a esta exhibición, no pudo ser más elegante y más apropiada. En dos salitas y en un comedor, amueblados con el gusto modernísimo que caracteriza todo lo que fabrica o importa la renombrada casa, las piezas delicadísimas que constituían la exposición, obtenían un gran realce, se valoraban justamente y causaban la más agradabilísima de las impresiones.

No hemos de detenernos en el elogio de las labores expuestas. Allí había de todo, de todo lo que puede constituir un atractivo, una delicia para un ama de casa, deseosa de poseer esos tan delicados complementos que tanto adornan, que tanto visten a los muebles, que tan chic resultan, dando una sensación de confort, de claridad, de frescura.

Muchas veces no nos detenemos a pensar en el por qué de una agradable impresión recibida en una sala, en un comedor o en cualquier otra habitación de una casa. Pero si analizáramos esa grata sensación de bienestar y buscáramos lo que la produce, indudablemente que nos fijaríamos en esas pequeñas cosas que complementan un moblaje y llegaríamos hasta los encajes, los almohadones y bordados, carpetas y toda una infinita variedad de otros detalles de este género, donde bien puede tener cabida la mantelería de un comedor, elemento ya más esencial en el alhajamiento de una casa.

En la Exposición realizada por el Patronato de la Aguja figuraron piezas verdaderamente valiosas. Cortinados, manteles, carpetas, bordados en una variedad de aplicaciones inmensas, visillos de alto valor. En este sentido no pudo exigirse nada más completo y nada que despertara más la admiración de todos los que visitaron las salas instaladas en la Casa Caviglia.

Sin detenernos mayormente en considerar la riqueza y la perfección de todo lo expuesto, vamos a formular algunas justas y absolutamente necesarias consideraciones respecto de la bondad de la obra que cumple el Patronato de la Aguja con una encomiable dedicación por parte de todas las señoras que lo componen, y que preside la ilustrada señora Delia Castellanos de Etchepare, mentalidad hondamente cultivada, que brilla deslumbrante en nuestro mundo social. La señora Castellanos de Etchepare utiliza sus elevadísimas dotes intelectuales en la acertadísima dirección de una página femenina que inserta semanalmente nuestro colega "El Bien". Con el pseudónimo de "Madre" la ilustrada dama realiza en el diario citado una labor educativa de sana orientación, dando a su consejo dulzura y energías. Al frente del Patronato de la Aguja la señora Castellanos de Etchepare pone en evidencia su valiosísima cooperación.

De tal suerte la obra del Patronato se realiza con una eficacia halagadora.

No requiere esa labor mayores complicaciones, no exige ni grandes y cómodas sedes, ni personal técnico y numeroso.

Una idea absolutamente práctica preside la obra del Patronato.

Y he aquí en qué forma:

En la intimidad de algunos hogares humildes se trabaja durante meses en la confección de delicadísimas labores. En esos trabajos se cifran muchas esperanzas; sobre bases tan sutiles se labran proyectos de ordenación económica, satisfacción de sencillos gustos. Y todo ello porque saben las obscuras bordadoras que, terminados sus trabajos, el Patronato los acogerá, los prestigiará y durante la exposición podrán ser vendidos a buen precio. Es hermosa la contribución indirectamente caritativa que el Patronato lleva a cientos de hogares necesitados, donde laboriosas manos femeninas realizan verdaderas obras de arte con el hilo y la seda.

Con la imaginación nos trasladamos hasta esas casas humildes y contemplamos a las modestas cultoras del arte de la aguja, tan lleno de dificultades, tan difícil como cualquier otro arte, y de esa suerte también muy digno de ser tenido en cuenta, de ser elogiado y de ser admirado.

Con la paciente labor en el empleo de la aguja se realizan todas esas pequeñas maravillas que tan amablemente nos sorprenden; combinaciones delicadísimas de hebras de algodón o de seda, cuyos dibujos, remedan extrañas, fantásticas formas, diríase de ensueño.

Y fueron muchas de esas delicadísimas labores las que exhibió el Patronato de la Aguja, vendiéndolos todos a muy buenos precios.

La inauguración de la Exposición de Labores dió lugar a una hermosísima fiesta social. Todo Montevideo elegante desfiló por las salas y las ventas se realizaron rápidamente, con el más halagüeño de los resultados.



El hombre del Apocalipsis



I

El alma de John López se asomaba a los labios de John López, y como era un alma enferma, los labios se contraían en una mueca de fastidio...

También fastidian a los labios rojos de satisfacción, las almas enfermas...

John López era archimillonario. Sus monedas de oro hubieran podido competir en número con las estrellas. Vaciadas sus talegas en el espacio, se formara fácilmente con su contenido una vía áurea... Además de su oro abrumador, poseía John López otro caudal quizá aun más deslumbrante: su juventud... Los jóvenes pobres se reirán de esta paradoja. Y por último, era John López un hombre sano y hermoso... Tenía todo lo que se necesita para ser feliz... Y no era feliz...

¿Por qué no era feliz John López?...

Porque su alma había cometido el feo delito de homicidio en la persona de una buena señora llamada Ilusión, y en castigo de crimen tan horrendo arrastraba por la ergástula de todas las opulencias el pesado grillete del hastío...

Un día en que la desesperante disciplina de lo vulgar, más odiosa le presentaba la cárcel de su vida, decidió evadirse...

—Jugar el todo por el todo — murmuraron sus labios rebeldes de pereza — o encuentro la verdadera dicha o...

Un segundo de perplejidad y después, resueltamente:

—¡No, matarme no!... El suicidio es estúpidamente vulgar... Ya ni suicidarse es posible en esta horrible vulgarización de todo...

Y John López — que era descendiente de un fidalgo y nacido en tierra sajona — se lanzó con ansias de hambriento o de enamorado en busca de la Absoluta Felicidad...

II

John López empezó por comprar un espléndido yacht y se lanzó a los mares. Sobre el puente de su buque, a la caricia de las brisas marinas, su rostro varonil; perennemente hundida en el más allá, la mirada de sus ojos negros; surcada la piel de la frente por la huella profunda de la meditación infatigable; ansiosas las fosas nasales en una aspiración perpetua de perfumes desconocidos; avizor el oído a los rumores inclasificados, John López ciñó al mundo con el lazo anhelante de su investigación extraña.

La Civilización europea le hizo probar todos sus refinamientos. Al brillo encandilante de su oro, acudieron en París todas las mujeres gloriosamente hermosas... Infinitos labios femeninos dejaron en sus labios poemas de emociones... Pulsaron sus manos las arpas divinas de admirables cuerpos de mujer... Todas las audacias de Tenorio las realizó él y las superó... Y al fin el vicio de París no tuvo nada nuevo que ofrendarle y la honestidad de París nada ocultó que despertara su tentación...

Dejó Europa.

Llegó a Turquía y puso su planta infiel en el serrallo más guardado. Deslumbró con vicios de europeo, los vicios bárbaros de las odaliscas. Provocó tempestades de celos en las almas de muchos señores turcos. Llevó a su yacht la belleza admirable de la favorita del Sultán, y dejó la tierra de la media luna con el alma aún más cansada.

Por aquellos días sus pupilas se fijaron en un volumen de Dostoyewsky y tuvo el capricho de las emociones del juego... ¿No eran acaso dolorosamente felices los jugadores?... Fué a Monte Carlo... Ganó, perdió. Sopló vendavales de oro sobre todas las mesas... Puso pánico en los banqueros... Arruinó a potentados... Provocó, ejerciendo de Destino, el suicidio de tres hombres... A uno de ellos le vió morir y recordó asqueado como mueren los cerdos... Un día el Príncipe temió por la estabilidad de su Casino, solicitó de John López una entrevista y recibiéndolo como a un soberano, le rogó dejara de jugar. John López tuvo piedad de aquel príncipe - empresario y dejó Monte Carlo...

Volvió a Occidente, pasó por Italia; entró en todas las pinacotecas; el Papa lo recibió con toda la pompa de sus cardenales, de sus obispos y de sus suizos... Llegó a España, organizó una sacrílega orgía en un convento, donde estaban reclusas descendientes de reyes... Puso su planta en Africa; no guardaron las moras secretos para él: el sultán le besó sus zapatos ingleses y le ofrendó la inviolabilidad de su serrallo... Prodújole pena aquel soberano mendigo; le dejó unos montones de monedas y partió...

Entró su yacht en la inmensidad amenazadora del Atlántico y una noche de insomnio, muy lejos de la costa y en pleno temporal, tuvo una loca idea; fué a la cámara del timonel y destruyó la brújula... La tempestad duró varios días y el buque navegó al azar arrastrado por todas las borrascas... Cuando las estrellas pudieron proporcionar una ruta, John López rompió las cadenas del timón... Los tripulantes aterrados quisieron rebelarse, pero John López mató a uno de un balazo y los dominó en seguida... Aquella carrera desatentada en busca de la muerte se prolongó durante muchos días... John López casi no dormía. Sus ojos, acicateados por las ansias y por las esperanzas de encontrar lo ignoto, miraban constantemente al horizonte. El botalón se le antojaba un dedo rígido señalándole lo desconocido. Un día divisaron tierra.

—¿Dónde estaremos, señor? — se atrevió a interrogarle temeroso un marinero.

Y John López le respondió fastidiado:

—No temas, imbécil, que no hemos salido del mundo...

Embicaron en una costa desierta, árida, inhospitalaria. El yacht se estrelló contra el acantilado. Se salvaron nadando... Penosamente a pie se internaron en la tierra desconocida... Pasaron dos días... Ni un hombre, ni un animal, ni un ave, ni un insecto... ¿Qué tierra maldita era aquella?... El hambre y el cansancio pusieron en los ojos de los marinos una sombra de terror y de angustia... Al tercer día John López tuvo hambre... Las piernas se negaron a sostenerlo... Se sentó en una peña. Sus hombres lo rodearon esperando lo inesperado... Al atardecer, un dolor agudo contrajo el estómago de John López... Entonces sacó lentamente su revólver y miró a todos sus hombres uno a uno, detenidamente, con pericia de matarife... Sus ojos se fijaron en un muchacho blanco, rubio, robusto... Rápidamente le señaló con el caño de su revólver y le partió el cráneo... El espanto paralizó a los otros... John López dejó desangrar el cadáver, mandó después que se hiciera una buena hoguera, ordenó al cocinero de a bordo que cortara del muerto las "presas" mejores, él ayudó luego a cocerlas y cuando estuvieron asadas fué el primero que comió... En aquel momento tuvo la convicción de que los caníbales no poseen nada de gastrónomos...

Continuó la marcha y al fin dieron en un poblado: estaban en Asia. John López decidió entonces recorrer el continente de todos los orígenes.

Vivió en las costumbres y en la historia de pueblos exóticos. Se desesperó en las soledades siberianas. Experimentó todas las rarezas de la Gran Mogolia. Estuvo entre los Osetas del valle del Cáucaso. Convivió con las grandes familias semíticas: en el Líbano, en el Kurdistán, en la Siria, en la Arabia y en las horribles soledades del Et-Thy.

Hurgó en las tradiciones japonesas, en el amor de las "shinzos" y de las "sambú", en los misterios de las costumbres... Recorrió las costas del Mar Rojo, del Mar Negro, del Océano Indico... Los Dardanelos le ofrecieron la rareza de sus fortificaciones. El Bósforo lo agasajó con las magnificencias de sus palacios. Pernoctó una noche en el Tsernigan y al fin, con un paso más hacia Occidente, se halló de nuevo en Europa.

Otra vez en París, midió la inutilidad de su inmenso viaje, y rebelde su alma al tedio, requirió de las religiones el secreto de la dicha...

III

Buscó los libros sagrados: los Vedas, el Tripitaka, el Antiguo y el Nuevo Testamento. Pasó veladas febriles de investigación ansiosa. Hojeó la historia de la Humanidad en la historia de sus creencias... Brahma, el dios de los indús exigía lo imposible de una vida ejemplar, para dar después de la muerte, el premio del "Svarga" — Budha "reivindicaba para los hombres el invariable destino de su común miseria" y daba como recompensa a una larga jornada de sacrificios la anulación del "Nirvana". La Mitología ofrecía tan solo a los hombres la Meta ultraterrena del Olimpo. Moisés hablaba de un Dios omnipotente, rencoroso, amo y señor de las acciones de los hombres, guardador de un "Cielo" en el que moraba la Suprema Dicha, pero al cual no podía llegarse sino después de una vida de renunciamientos. Y por último, el Cristo evocaba en su Sermón de la Montaña todos los fundamentos de las creencias primitivas, les daba una forma al gusto de la época: llamaba a los humildes, a los tímidos y a los débiles; dábale al hombre una existencia sin alegrías, pedíale en cambio el anulamiento total de la personalidad y al fin prometía para los justos, para los buenos, para los miserables, para los incapaces y para los niños, el Sumo Esparcimiento del Paraíso...

Las religiones no ofrecen la Felicidad sino para después de la Muerte.

En consecuencia no valía la pena ser bueno...

IV

John López abandonó desesperado el estudio de las religiones, en las cuales buscó en vano el ansiado secreto y poniendo en tensión las últimas energías de su voluntad investigadora, se lanzó por la árida y larga pendiente de la sociología.

¿Acaso los sistemas sociales modernos no darían la fórmula de la completa felicidad?... Siguió a través de la historia las evoluciones libertarias de los pueblos... Tuvo la sensación de todas las rebeldías... Contempló imaginativamente las extorsiones epilépticas de la humanidad, perennemente condenada a buscar una dicha inaccesible... Fué avanzando en todos los conceptos audaces de diversos estados sociales... Lo deslumbró un instante la visión trágicamente sublime de la "Comuna"... Meditó sobre el estupendo sistema de Carlos Marx... Llegó a las fantasías deslumbrantes de Bakounine... Cayó su mente cansada sobre los estudios de Reclus... Y en la cúspide altísima de muchos siglos de discusión, de reforma y de anhelo humanos insatisfechos, contempló muy abajo el hormiguero humano, y sintetizó:

—Para llegar a la ejecución de estos hermosos sueños, se necesita la realidad de un hombre nuevo. El actual es moralmente deforme: no sirve...

¿Entonces?

Y al golpe de esta definitiva interrogación, casi se muere de angustia...

Su alma tuvo un soliloquio supremo: — ¿No es digno ni capaz el hombre actual de alcanzar la realización del aforismo: "El individuo libre en la sociedad libre"? — ¡No!...

¿Podrá modelarse de nuevo la común arcilla humana a las presiones evolutivas? — ¡No!...

¿Podrán ser radicalmente eficaces las revoluciones? — ¡No!... ¿La vida llegará a no originarse del dolor y del dolor no sustentarse? — ¡No!... ¿Vale la vida la pena de vivirla? — ¡No!... ¿Puede ser una definitiva obra de liberación suprimir toda vitalidad sobre la tierra?... ¡Sí!... ¡Sí!...

Y John López, cegado por el relámpago de aquel colosal exterminio, lanzó un grito de triunfo.

Un perrillo que siempre estaba a los pies del millonario, se azoró al grito de su amo y ladró con furia a un invisible peligro...

V

Para exterminar de un golpe a la Humanidad, John López estuvo discurriendo más de un año... Estudió todos los medios de destrucción más eficaces, y ante la magnitud de la mortífera obra en proyecto le resultaron juegos infantiles... Pensó envenenar las aguas, y calculó que no había en el mundo suficientes venenos... Estudió todos los explosivos, y las bombas más formidables le parecieron insignificantes petardos... Reunió a los más temibles fabricantes de cañones, y les pidió uno que pudiera destruir ciudades enteras en pocos minutos... Los industriales de la guerra se declararon vencidos...

¿Pero es que acaso esa indestructible la Humanidad?... ¡Y pensar que se pone tanto cuidado en prolongar la vida a los enfermos, a los débiles y a los ancianos!...

Casi persuadido al fin de que no encontraría el modo de ejecutar su acto de nihilismo definitivo, John López estaba un día en su biblioteca, tendido en un amplio sillón, la cabeza avejentada caída hacia atrás, vaga y triste la mirada... De pronto en un grupo de libros del estante más alto, se produjo un extraño movimiento... Eran libros insignificantes... Parecía que una mano invisible empujaba un tomo... Y efectivamente, un libro elemental de física, resbaló de la estantería y cayó a los pies de John López...

Lo recogió John López y lo abrió al azar, maquinalmente... No se daba cuenta acabada de lo que hacía... Leyó después cualquier párrafo y por último una palabra técnica despertó su interés... La palabra era: electrolisis... Estudió de una ojeada el sencillo efecto químico de la pila eléctrica, cuyas corrientes de diferentes polos descomponen el agua volviéndola a sus elementos de origen, y súbitamente, con videncia de Dios, comprendió que al fin tenía en sus manos el medio suficientemente poderoso para ocasionar la última catástrofe... La fórmula era sencilla:

"Descomponer con formidables corrientes electroquímicas las aguas del Atlántico y cuando la



atmósfera terrestre estuviera saturada de hidrógeno, con una minúscula chispa provocar el incendio de las enormes masas del inflamable gas y calcinar en un minuto con la espantable llama, todo lo que sobre la tierra existía"...

John López había nacido en tierra sajona, y los sajones no sacrifican una iniciativa importante, al desaliento de millones de inconvenientes.

VI

Tres años, después del día en que John López concibió su estupendo proyecto nihilista, a lo largo de las costas de la América del Sur y de Africa se elevaban enormes usinas, donde millones de poderosas pilas, sistema Bunsen, esperaban descargar en las aguas del océano a lo largo de múltiples cables hundidos en las profundidades insondables, una corriente eléctrica capaz de fundir una montaña... John López había dispuesto las comunicaciones, de manera que desde su despacho, en Bahía Blanca, podía poner en actividad aquella ciclópea batería...

Durante tres años, millares de obreros trabajaron en aquellas obras que todos creían una soberbia locura, pues nadie imaginó su espantable finalidad; cientos de ingenieros electricistas desentrañaron los intrincados problemas de las conmutaciones; y todos los diarios del mundo hablaron de aquel gran demente que no quería explicar el objeto de tan fenomenal laboratorio...

Al fin, un día, John López recibió de todos sus ingenieros corresponsales, el telegrama último: "Todo está pronto".

Aquel día John López temió haber experimentado la sensación de la absoluta felicidad... ¡Tener bajo su mano la vida de todos los hombres, de todos los animales y de todas las plantas!... Su alma enferma reaccionó al sentirse alma de un Dios... Y John López se rió de Dios y de sus profetas, porque a su voluntad de hombre — miserable criatura atenaceada a todas las debilidades orgánicas y morales — estaba supeditada la vida creada por Dios... E igualándose a Dios, podía a Dios lanzarle su postrera burla, convirtiendo en obra humana la profetizada obra divina del Apocalipsis!...

John López creyó entonces morir de orgullo...

VII

Fijó un día domingo para la gran Purificación de la Tierra. Y como el calendario marcaba un martes, arribó a la conclusión de que aún tenía cinco días por delante...

El martes de noche desahogó un tanto su orgullo, al meditar si existía en el mundo un ser digno de sobrevivir al destructor incendio.

Pensó en un sabio, en un artista, en un filósofo, en la mujer más hermosa, en el hombre más fuerte, en los animales más grandes, en los seres más chicos, y al fin sólo consideró digno de quedar con vida a su perrillo fiel...

Mandó entonces construir a toda prisa un gran foso, lo hizo revestir de acero, elevó sobre él a manera de tapa una enorme cúpula infundible, dispuso en el interior de la campana aparatos de aprovisionamiento de aire atmosférico, ideó un mecanismo de relojería que en plazo de diez días abriría automáticamente la blindada tumba, y al estar todo listo cogió a su perro, bajó con él al foso, le indicó como pudo al animalito las cajas llenas de abundante comida, le ató después al cuello una de sus tarjetas de visita, le dió un beso y lo dejó encerrado...

Eso ocurría un sábado, al día siguiente era domingo, el postrer domingo del calendario cristiano.

VII

A la salida del sol, John López puso en actividad su máquina de muerte, lanzando a los misterios del mar su rayo electrolítico...

La aurora era extraordinariamente bella. Había inusitada alegría en todo lo creado...

John López, munido de un poderoso anteojo, observaba a la distancia. Creyó notar sobre la superficie tranquila del océano un gran extremecimiento...

Pero fué un instante: la calma volvió a reinar soberana...

Sin embargo, a la hora comenzaron a notarse los primeros fenómenos extraordinarios: las aguas se retiraban rápidamente y la playa avanzaba a medida que el mar se alejaba... La diafanidad de la atmósfera se enturbió... Grandes masas de vapores surgieron del horizonte y se arremolinaron amenazadoras... Una extraña sensación de ligereza, causada por el exceso de oxígeno, hacía reir a los hombres y brincar a los animales... Después, la luz solar perdió su brillo y una sombra gris envolvió a la tierra...

A medio día, casi todo el fondo del mar estaba descubierto. Extraños y jamás imaginados monstruos se debatían en medio a los bosques submarinos en horribles y agónicas convulsiones... Las aves morían de pavor...

Los humanos, locos de insana alegría, habían perdido el instinto de conservación...

A las tres de la tarde, en la atmósfera se libraban espantosas luchas de gases... Una especie de humo negro había borrado las lejanías... Todos los seres agonizaban en un exceso de vida...

Entonces John López (que estaba protegido por una escafandra para poder gozar del aire atmosférico puro), decidió terminar de una vez...

Avanzó en medio de las furias de los elementos enloquecidos, dispuesto a producir, con la minúscula llama de un fósforo, el cataclismo más inconcebible...

Miró hacia lo alto; sus ojos tuvieron una mirada de desprecio hacia todas las fuerzas extrahumanas; plegó sus labios con una sonrisa de sarcasmo propia del Destino, y buscó en sus bolsillos la caja de cerillas...

Primero fué una leve extrañeza, después un sobresalto, al fin un alarido de rabia... ¡Maldición! ¡John López no tenía fósforos!...

Quizo correr para buscar una cajilla, pero en aquel instante el vendaval lo arrojó contra el suelo. Después retumbó un trueno espantoso y en seguida cayó en cataratas una lluvia vivificante...

. . . .

El novelista en agraz, Paco Pérez, despertó... Había soñado "su" novela fantástica, durmiendo de bruces sobre el escritorio...

Al resbalar de la silla se dió un fenomenal porrazo, al tiempo que, volcando una jarra llena de agua, se puso hecho una lástima...

Enrique Crosa.



VUELVEN de la vendimia.

Alegría ruidosa que da la labor concluída, la caricia ardiente del sol sentida durante toda la jornada en el rostro, en el cuerpo; el jugo de la vid generosa absorbido de los granos sonrosados y cristalinos y de la proximidad de las vendimiadoras, que parecen bacantes al correr y saltar entre las viñas lujuriantes de verdor.

El amor prende en los campesinos sus cascabeles de locura. El amor en plena naturaleza, fuera de las líneas que limitan las prácticas severas, más allá del bien y del mal; amor que surge de la naturaleza como una flor más, como un avecilla, como una mariposa, como un reverdecer de praderas.

Cantan los mozos y ríen las mozas.

Un artista rústico suena el acordeón, que en el atardecer hermoso y en la paz infinita de los campos y del cielo, tiene modulaciones solemnes de órgano.

Cuadro de égloga; conjunto amable que proclama una irresistible alegría de vivir; rebullir de pasión que atraviesa los campos en eclosión infinita; ola de amor que parece surgir de la tierra, porque lleva una honda intención de fecundidad en su ruidoso avance.

Los brazos establecen comunión perfecta en el grupo: lazo de unión que rematan las manos, palpitantes de caricias, ardientes, con impulsos de conquista, casi de robo, con ansias de violencia, de asalto.

Las manos dicen lo que gritan los ojos, donde las miradas centellean; dicen lo que la boca calla, porque los labios se estremecen al batir de las carcajadas o se contraen nerviosamente ensayando la inmensa, la grandiosa, la triunfal explosión de un beso.

En la calma magestuosa del crepúsculo, marcha el grupo despertando con su estallar de risas los ecos dormidos en el fondo de los barrancos, en los huecos de las cisternas, en las lejanías imprecisas, brumosas con el vaho que se desprende de la tierra, enardecida por la larga mirada ardiente del sol.

Las lleva el eco de una a otra loma, de una a otra llanura, y en todos lados encuentran una acogida amable, porque en todos lados la vida estalla en flores, en frutos, en gemas, en besos, en amor; amor infinito, inconmensurable, que llega de lo ignoto del espacio con la llama ardiente del sol, que brilla en las innúmeras estrellas, que atraviesa el espantable vacío cabalgando en un rayo de luz y por el rayo de luz se establece comunión triunfal entre un mundo y otro mundo, porque en todos ellos el amor es una soberbia verdad ejecutiva.

Carcajadas de amor, tan divinas en la boca de una marquesa como en la boca de una campesina, realidad absolutamente igualitaria, la única que no admite discusión; carcajadas que ennoblecen a todas las mujeres, que a todas eleva, que a todas hermosea; más dulce que una música divina de violines, más arrulladora que el susurro de la brisa en el follaje, más tierna que una canción de madre, más seductora que un triunfo de celajes en un atardecer de primavera...

Marcha el grupo por la campiña de esmeralda, donde en cada insecto palpita un ansia infinita de vida, donde todo es afirmación, donde todo canta y ríe.



Marmol del escultor Garella propiedad del Dr. Carlos A. Fein



Los talles cimbreantes de las campesinas invitan al abrazo dominador de los labriegos. Los cuellos torneados, anhelantes, se ofrecen libres y tersos en la inconsciencia, en la locura a que las lleva la carcajada que provoca la frase picaresca.

Y un sentimiento de vida, de pasión, domina poderosamente en el grupo, dando calideces extrañas al blanco mármol...

La farándula se aleja, se pierde en lontananza, se confunde con el lujuriante follaje de las cepas. Y aún de cuando en cuando el céfiro trae el rumor de una carcajada, o el melancólico y solemne sonido del acordeón.

Se oculta el sol. Temerosa la noche avanza y en el silencio de la campiña restallante de vida llegan de no se sabe dónde supremas y raras armonías, que parecen estallar de besos...

Henry Esmond.

Para los niños



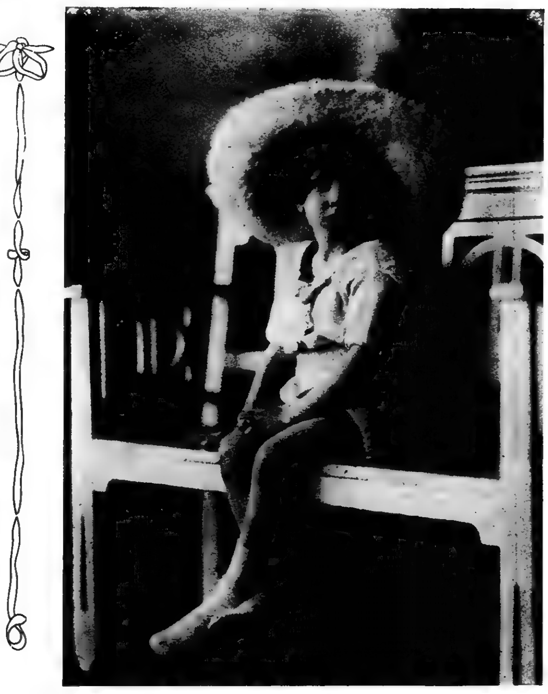
Sarita Alonso Cordero



María Ofelia, Eugenio y Emilio Winterhalter Magariños



Fabio, Marta y Raquel Zas Allende



Carlos Riviere Piaggio



Como fuí Rey

NO fué por la casualidad, esa hada madrina de reyezuelos, un tanto ciega y asaz veleidosa, que arrastra a sus protegidos hasta las cumbres para dejarlos luego, en la mayoría de las veces, desplomarse desde las alturas. No fué en el ensueño de felices mecimientos; ni bajo la enfermiza exaltación de la neurosis; ni en el engaño corrector del fiero Segismundo; ni bajo la presión de poética fantasía; ni tampoco en la rueda afanosa que se estrecha en torno del tapete, donde, provocando íntimos martirios, caen los naipes de las manos cautas, o donde, persiguiendo el jaque-mate, juegan las piezas de marfil. Ni fué en el imperio de las bambalinas donde el autor esgrime el arma de la crítica para destronar, con la farsa feliz, el defecto de arraigo entre los hombres, o el defectillo de circunstancias; ni en la otra comedia más ruda, y hasta soez, en la que, tras el escudo de la careta, con el acero de la risa o la contundencia de la fresca, se suelen sanear, aunque más a menudo envenenar, las vidas.

Parecerá utópico, pero a despecho de mi república y de mi credo ciudadano, yo fuí rey, y mi reinado, real y legítimo, dilatado y magnífico, firme y lleno de amor, y por ende sin intrigas, zozobras ni complicaciones. Es que es el caso de que la vida guarda sorpresas inauditas de dulzura para entremezclarlas a la mucha acerbitud que hay en su curso.

Para legitimar mi reinado no hay que recurrir a Zapicán ni a Abayubá, que el dominador hispano los arrolló en su ola, y luego, no se transfusionó jamás su raza en la sangre de los míos. Tampoco en el abuelo hidalgo que dejara en el solar de su patrimonio arruinado, el pergamino y los escudos de su nobiliaria prosopopeya, pues que, en el nuevo asiento de su conquista aventurera, dió primacía, en su afán, al lustre del proficuo caduceo de Mercurio; y menos en la rehabilitación que de aquéllos pudiera haber hecho el hijo nativo, que se hizo prócer en defensa de un credo antagónico a la reyecía.

Ajeno al traginar de la política que, al decir de Hugo, hace de un canto una bala como un general de un arenero, estuve siempre a cubierto de sus sorpresas e improvisaciones. Despectivo, por temperamento, de espectaciones y de honores; cursador de una vida casi cenobita, fué, sin embargo, mi reinado el más suntuoso de los reinados, y desde su origen, fué tan dilatado como el más amplio de los actuales, pues tres regias coronas orientales se conjuncionaron para formar la mía, y tres vastos dominios, para formar el de mi pertenencia.

Estábamos en vísperas del 6 de Enero. Entre mis brazos, inquieta, se agitaba mi traviesa muchachita que acababa de cumplir dos primaveras. Rehacia a mis caricias, pugnaba por abandonar sus dulces rehenes, afanada por un muñeco que yacía en el suelo de la estancia. Yo trataba de retenerla, pero ella insistía en su abandono, agotando todos mis recursos afectuosos, hasta que, favorecido por las circunstancias, tuve la feliz ocurrencia de narrarle la leyenda de los Reyes Magos; y con ella conseguí de inmediato seducir a su almita que recién despertaba al mundo legendario. La atención la dominó por completo; y en la quietud de sus pupilas se fué leyendo el deslumbramiento, como luego, la intermitencia tardía de su parpadeo dejó adivinar el novedoso desfile de las visiones que brotaban de su fantasía en ciernes.

¿Y a mí, papito, me pondrán juguetes y caramelos los Reyes en mis zapatos?—me interrogó con su media lengua.

Y a esa consabida pregunta secular, contestéle con la no menos consabida respuesta de todas las edades: Sí, si eres buena.

Con un afán que acusaba el querer reunir toda la bondad imaginable, afirmó resueltamente: Yo soy buena. Y para más convencer, soy muy buena, agregó.

Entonces, la dije, esta noche vendrán los Reyes a dejarte muchas de las cosas que más te gustan.

La noche llegó, y con ella, la hora de acostarse mi pequeña soñadora. Obediente, como nunca, se sometió a los cariñosos mandatos, pero no sin antes colocar, en la puerta de la alcoba, sus moninos zapatitos que parecían, en su quieta espectativa, dos bocas de pichones pidiendo juguetes y golosinas.

¡Oh! queridas ilusiones de la infancia, divinas inocencias, prodigiosas en fuerza perenne e indestructible, que váis flotando a través de las edades, como la espuma sobre las aguas encenegadas del torrente; oasis floridos de la vida, que guardáis el secreto más prodigioso que la fuente de Juvencio, pues que, irradiando, no dejáis nunca extinguirse al niño sublime en el alma del hombre!...

En el fondo de mi ser sonó, por primera vez, la hora singular del padre rey, que suena hace veinte siglos en el reloj de lo eterno, pero que yo no había sentido, porque no había sido posible que la sintiera hasta entonces.

Jamás conquistador satisfecho, ni emperador poderoso, sintió más honda su satisfacción y su poder, ni jamás lo conmovió más ternura en sus efemérides que la que envolvía todo mi ser en aquel momento en que los bíblicos reyes de Tharsis, de Arabia y de Sabá fusionaban sus coronas, sus cetros y sus mantos para investir mi feliz paternidad. La muñeca de porcelana, la caja de tacos, el arca de Noé, los chocolates y los caramelos, eran, por el amor que los depositaba en los pequeños zapatitos, dones del soberano de Ormuz, de Biznagar o de Colquide.

Pero lo glorioso de mi imperio no estaba en el acto de mis dádivas, sino que me esperaba en la felicidad de mi muchachita rubia, cuando al siguiente día, apenas despierta, fué a recoger la regia oblación de los generosos Magos. Sus gritos, su júbilo, su zapateo, su general alborozo, fueron himnos de mi coronación, fueron a mi alma salmos, campanas y víctores. Es que en aquel corazoncito residía el porqué de mi soberanía y en aquella cabecita se reflejaba, aquilatándose, el prodigio de mi poder.

La hora de aquélla mi exaltación pasó, pero mi investidura ha seguido en su dominio y su prestigio. ¿Pues qué, será imperecedero mi reinado, como fué, y es, real y legítimo, dilatado y magnífico, firme y lleno de amor? No se divisa en su torno ninguna amenaza, pero, es humano, y allá, en la lejanía de su horizonte, asoma una nube informe...

. . . .

¿El muñeco que yacía en el suelo de la estancia, sobre el que triunfó mi relato de la leyenda cristiana, encarnará algún día la deslumbrante y humana leyenda del príncipe azul, y, vengador, vendrá a la reconquista de lo que supo mi cariño arrebatarle: y, con su triunfadora presencia, vendrá a burlarse de mis nuevos intentos de seductoras narraciones?...

Mi imaginación vaga ávida y perpleja por lo indescifrable de la vida; y suspiro: si no es imperecedera en mí esta soberanía, es eterna en sí misma, como eterna es la risa de la divina Eulalia de que nos habla Darío.

J. J. Ylla Moreno.



El abrazo de las dos Américas

ES altamente honroso para los pueblos del Nuevo Continente, para nosotros, el contraste que se ofrece a la consideración del reflexivo.

Mientras en Europa, en el centro, en la fuente de la civilización y de cultura, las colectividades se entregan a una obra espantable de muerte y destrucción, ahondando inmensos surcos de furia y de venganza, de odio y de división, cuanto más grande es el derramamiento de sangre, cuanto más se empeñan del otro lado del Atlántico en derrumbar todo el costoso edificio elevado por la Ciencia, por la Razón y por la Justicia; aquí, en esta América nueva, fecunda y generosa, los pueblos se estrechan cada vez más en un abrazo leal de fraternidad, comprendiendo, ante la horrible experiencia ajena, que sólo el desvarío puede engendrar el choque fratricida, que es la guerra.

La visita que los marinos de la Unión realizan por las naciones del continente Sud, es como la materialización de un abrazo entre las dos Américas, hasta hoy demasiado alejadas, desconocida la una para la otra, sin intercambio intelectual y comercial, como si la América del Norte estuviese a una cuádruple distancia de nosotros de lo que está Europa.

Para beneficio de todos (y este es el anhelo ferviente de los que han recibido cariñosa y espontáneamente a los marinos), la unión pan-americana ha de ser una realidad no solamente diplomática sino que también sellada y mantenida por el afecto de los pueblos y por la realidad de una alianza, que no sea temible para una guerra, que jamás debe producirse, sino que fructífera, inmensamente fructífera, en la paz, en el orden, en el progreso y en la elevación cada vez mayor de la mentalidad general.

Hemos agasajado a los huéspedes norteamericanos con toda la franqueza, con toda la espontaneidad, que surge naturalmente de nuestra nobleza de raza.

A nosotros no nos resta más que hacernos eco de esos agasajos publicando algunas notas gráficas y desear ardientemente que la unión de los pueblos de América pueda ser un estímulo poderoso para la pacificación de Europa.



El banquete oficial realizado en el magnífico salón del Parque Hotel en honor del Almirante Caperton.



En el baile ofrecido a los marinos y organizado por una comisión de damas. Señoras: Dolores Estrázulas de Piñeyrúa, Esther Boffil de Lasala, Josefina Gómez Cibils de Pastori y Ema Lerena de Yereguy, Almirante Caperton, Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Baltasar Brum y Dr. Juan Zorrilla de San Martín.



En la gran fiesta hípica de Maroñas

Señoras: Montaner de García, Avalos de Basañez, Basañez de García; Señoritas de Basañez y de García Montaner.



Señoras: Ernestina Rodríguez de Riet Correa, Carmen Caumont Lenzi de Ferreria, Regina T. de Rodríguez Sosa, Señoritas: María Elia y María Noël Riet Correa, Rosa Ferreria Correa, Clotilde Santayana y Manuela Sanchez Solari.



Señoras: de Kadich y Uriarte de Costa Brie

Señoritas de Kadich.





Soprano: Gilda Dalla Rizza

Soprano: Fanny Anitúa

La gran temporada lírica

ESTAMOS a pocos días de la iniciación de la breve gran temporada lírica oficial que en el teatro Solís, nuestro viejo y glorioso coliseo, realizará la compañía que los empresarios Da Rosa y Mocchi han traído este año — año nefasto para las tournees — al Río de la Plata.

Con una intuición que habla muy bien del público montevideano, el abono para la temporada lírica ha tenido el más grande de los éxitos. Y elogiamos esa intuición porque es necesario considerar las enormes dificultades que se presentan para traer compañías de Europa a América, si se desea apreciar en toda su importancia el esfuerzo realizado por los empresarios Da Rosa y Mocchi.

No tenemos por qué hablar de estas particularidades de organización siguiendo un propósito de elogio. Lo hacemos, libres de toda intención secundaria, pues es justo, de alta justicia, señalar a la consideración del público las circunstancias difíciles, casi insalvables en que deben formarse los elencos y embarcar luego a los elementos que los componen.

En tiempos normales es enorme el trabajo que significa la formación de una compañía de la importancia artística y numérica de la que nos ha de visitar en breve. Júzguese cuánto han de centuplicarse esos esfuerzos, y se hará justicia a los activos y milagrosos empresarios Da Rosa y Mocchi si se les reconoce lo que puede calificarse de verdadera hazaña, irrealizable (no vacilamos en afirmarlo), si hubiera sido intentada por otros.

A veces, con un poco de ligereza y con otro poco de incompetencia, no nos detenemos a considerar todos los inacabables requisitos y dificultades que hay que vencerse para reunir en el cartel unos cuantos nombres, famosos en el mundo del arte.

Veamos un poco el elenco y detengámonos ante estos nombres: Caruso, Dalla Rizza, Vallin Pardo, Anitúa, Lafuente, Journet, Crabbé, Hackett, Giraldoni y Marinuzzi; pensemos en lo que significa embarcar sesenta coristas, casi otros tantos profesores de orquesta, veinticuatro bailarinas, personal de escena, y elementos complementarios del elenco en su parte principal; y compenetrándonos bien de todo eso, confesemos que la obra realizada es grande y que por ello merecen la más alta consideración los empresarios que, en reconocimiento al favor del público, se lanzan a una aventura que antes de realizarla todos creíamos descabellada e imposible.

¿Es o no justo el elogio en un caso tan excepcional, cuando el elogio se impondría, por la bondad del elenco, en épocas de perfecta normalidad?

Por otra parte, el repertorio que se cantará en Solís y que comprende los diez espectáculos de abono, evidencia el tino artístico de los que han intervenido en esa composición y el conocimiento de los gustos y preferencias de nuestro público.

Tendremos cuatro estrenos; cuatro obras que han ocupado en Europa la atención de la más alta crítica. Son ellas "La Rondine" de Puccini, "L'Etranger" de D'Indy, "Marouff" de Rabaud y "Lodoletta" de Mascagni.

Hemos leído las impresiones críticas que los estrenos de estas obras han sugerido a los principales diarios porteños y en verdad que con esas novedades tendremos cuatro noches de exquisito arte, por la importancia musical de las obras, por los artistas que han de intervenir en su ejecución y por la magnificencia del decorado con que serán llevadas a escena.

Las siete óperas que han de completar los programas de las diez funciones, reunen en sí toda una completa variedad en las distintas manifestaciones artísticas más aceptadas por el público: "Tristán e Isolda" de Wagner, "Il cavaliere della Rosa" de Strauss, "Siberia" de Giordano, Elixir d'Amore" de Donizetti, "Pagliacci" de Leoncavallo, "Dinorah" de Meyerbeer, y "Werther" de Massenet.

No cabe reparo alguno en este conjunto de óperas, seleccionadas con exquisita orientación moderna de arte musical y confiadas a intérpretes tan notables como los que hemos enunciado.

Olvidemos por un instante que Europa está convulsionada, que navegar es hoy tan peligroso como entrar en batalla, pensemos serenamente en la importancia indiscutible de los programas que se nos ofrecerán en las diez funciones y arribemos a la conclusión de que estamos ante un verdadero milagro, que los públicos del Río de la Plata deben al genio mágico de Da Rosa y Mocchi.

Colaborador eficaz en lo que al éxito indiscutible del abono se refiere, ha sido el señor J. Tuffanelli, hombre de una actividad extraordinaria y de una reconocida caballerosidad.



Tenor: Carlos Hackett



CHARLAS FEMENINAS



Una enseñanza racional de la confección.

El verdadero feminismo.

Nuestras jóvenes madres.

Trajes y sombreros, mantillas y tocados, encajes y joyas, concurren artísticamente al atavío de la escultura humana en el cuerpo femenino, y son en nuestros tiempos preocupación continua de la sociedad que se precia de elegante. Pero de esta general adoración a la diosa Moda se han aprovechado sus sacerdotes y sacerdotisas, o sean los modistos y costureras, para encarecer las labores de tal suerte y multiplicar los modelos y novedades con tan desmesurada profusión, que en las casas de familia resulta el vestir más espinoso problema que el comer, no obstante la carestía de las subsistencias. La cuenta de la modista es acaso la partida más cuantiosa del presupuesto doméstico. La costura ha llegado a ser por sucesivos refinamientos un arte difícil, cuya profesión monopolizan manos adiestradas pacientemente en la elaboración y hechura de esas maravillas de indumentaria cuyo coste supera, en los casos de mayor riqueza suntuaria, al de dilatadas fincas rústicas. Con lo que hoy lleva puesto una actriz de renombre al salir a escena en noche de estreno cuando la obra es de circunstancias, habría para costear la educación de diez niños abandonados, o para meter en redil a otras tantas ovejas descarriadas.

No por esto hemos de arremeter inconsideradamente contra el lujo femenino, que a multitud de industrias alimenta y pone pan en muchas bocas, pero sí conviene aconsejar a las madres de familia que al educar a sus hijas no pospongan la enseñanzan de la costura y el manejo de la tijera a otros conocimientos más bien superfluos que necesarios y no tan útiles en la vida. Se acerca el día en que toda mujer bien educada elaborará con sus propias manos las prendas de sus trajes, sin tener a desdoro la costura, como en los tiempos heroicos no se avergonzaban las princesas, las reinas y aun las mismas semidiosas de hilar y tejer con sus delicados dedos los finísimos lienzos que habían de subrayar los contornos de su gallardo cuerpo. A la divulgación del arte de la costura han contribuído poderosamente en estos últimos tiempos los diversos sistemas de corte, que relegaron al olvido el patrón de nuestras antepasadas y dieron fundamento científico, entre geométrico y anatómico, al manejo de la tijera modisteril. Pero no bastaban estos mejoras para domiciliar, por decirlo así, el arte de la costura y arrancarlo de manos de sus actuales monopolizadores, sino que era preciso metodizar su enseñanza, con el necesario acierto para que todas las jóvenes pudieran igualmente recibirla. En Berlín, a ejemplo de las escuelas de dibujo y pintura, en que los modelos de carne viva han substituído ventajosamente a las antiguas láminas, se ha fundado una escuela de corte y hechura de vestidos femeninos, con la curiosa novedad de que las alumnas tienen a la vista un modelo vivo para practicarse en la disposición y caída de los trajes, de suerte que, sin necesidad de patrones ni figurines pueden inventar por sí mismas nuevas modas, adaptadas con fundamento científico a las líneas del cuerpo femenino. Seguramente que con tan racional procedimiento ganará la verdadera elegancia todo cuanto pierda la fantasía extravagante, y las alumnas de la nueva escuela no necesitarán recurrir a la habilidad ajena para engalanarse honestamente con atavíos cuyo buen gusto en nada desmerezca del parisiense.

Este es el sano y provechoso feminismo que proporciona a la mujer más poderosos medios de asegurar y embellecer la vida apacible del hogar, en donde se asienta su inconmovible trono de esposa y madre, aunque no todas las mujeres tienen vocación ni oportunidad de entregarse exclusivamente a la vida de familia que, por otra parte, no es incompatible con el ejercicio de las profesiones sociales. Pero cuando se exagera el noble propósito de mejorar la condición femenina y se extravía hasta convertirse en lucha, desaparecen el encanto, la simpatía y el respeto que en modo alguno puede inspirar la mujer adustamente masculinizada a quienes con ella conviven.

❧

Poco a poco va conquistando mayor número de entendimientos y voluntades aquel sano feminismo que, sin confundir las naturales atribuciones de sexos en que está desdoblada la especie humana, anhela para la mujer un más anchuroso campo de actividad en donde pueda desplegar sus hasta ahora latentes energías.

Porque si por una parte pecan de utopistas quienes, con injusto menosprecio de las leyes naturales, abogan por la igualdad absoluta de la mujer y el hombre en los órdenes político, social y económico, por otra parte cometen un verdadero delito de lesa humanidad los que niegan a la mujer toda aptitud para la vida colectiva de pueblos y naciones, y la recluyen casi monásticamente en el hogar doméstico.

Sin duda que la primera y más augusta función de la mujer es la de madre de familia y ama y alma de casa, pues sin mujer hacendosa y diligente no es posible familia armónica ni hogar feliz; pero antes de ceñirse la corona de la maternidad y de empuñar el cetro de la monarquía doméstica, necesita la mujer soltera nutrirse de cuantos elementos sociales puedan concurrir a la formación de su carácter, el despertamiento de su inteligencia y el afianzado de su voluntad, entregándose a deportes convenientes al desarrollo físico, a estudios adecuados a su educación intelectual y a experiencias provechosas para su progreso moral. La vida de sociedad ha de alternarse durante el período educativo con la vida doméstica, de suerte que la misma habilidad y destreza adquiera la mujer en el manejo de la aguja y la tijera que en el de la pluma y la vilorta. El famoso aforismo de Juvenal: *Mens sana in córpore sano,* ha de tener más cumplica aplicación en la mujer que en el hombre, pues, al fin y al cabo, troquel y turquesa del hombre es la mujer su madre.

En las clases acomodadas de la sociedad que no han de preocuparse ni ocuparse en subvenir al mantenimiento de la vida física, ya de suyo asegurada por bienes de fortuna, es mucho más fácil dar a la mujer educación de conformidad con su naturaleza psíquica y su destino social, siempre que la materia primera, es decir, las condiciones éticas, se presten a la pedagógica labor que sobre ella se ejerza, pues de lo contrario, cuando la índole psicológica rechaza toda modificación constructiva del carácter, tanto monta nacer en dorada cuna como en miserable regazo.

Admirable ejemplo de esta rara coincidencia de la virtud congénita con la fortuna heredada, nos ofrece en su vida íntima la reina de España, doña Victoria Eugenia, por cuyas arterias circula la sangre de los sajones mezclada a la de los austeros anglos. La augusta esposa de don Alfonso XIII pone todas sus complacencias en la educación y crianza de los tres hijos con que el cielo ha bendecido su enlace, sin dar a esta meritoria obra mayor alcance que el del estricto cumplimiento de los deberes de la maternidad, más sagrados y difíciles, si no tan ostentosos y brillantes como los de la realeza.

La majestad real ha de aparecer fastuosa y magnificiente a los ojos del pueblo, que cegado por el brillo de la corte y el esplendor de las fiestas palatinas, imagina que la individual actividad de los reyes no alcanza más allá del salón del trono o del comedor de gala. Pero cuando desfilan los cortesanos y se recoge la servidumbre y se apaga el último rumor palaciego, se desciñen los reyes la corona y se transmutan en apacibles ciudadanos que también tienen corazón y nervios, sangre y alma, sentimientos y afecciones, alegrías y penas domésticas. En las horas de serena quietud y recóndita intimidad, la reina Victoria Eugenia es ama de casa, alma de su hogar, madre amantísima de sus hijos, y en el cumplimiento de tan elevados deberes no admite colaboradores ni tolera desmayos. La reina de España es súbdita de sus obligaciones familiares, y en recompensa de la solicitud con que al cuidado de su hogar atiende incesantemente, ve gozosa crecer a sus tres hijos como venturosas esperanzas, que cada día dan un nuevo paso en el camino por donde se dirigen a la realización de sus personales destinos.

❧

En la íntima reunión, como en el paseo o el entreacto, se comenta con un criterio anticuado, la actividad social de nuestras señoras jóvenes.

Opiniones equívocas — más que mal intencionadas — sostienen, que descuidan sus hogares, las jóvenes madres que se distraen.

No conciben que las noveles dueñas de casa cultiven el espíritu sin descuidar las atenciones domésticas; ni perdonan que rindan culto a la elegancia sin tacharlas de coquetas...

Este comentario rutinario e inconscientemente ofensivo, es como una telaraña que va envolviendo dignísimos apellidos y que va tomando el carácter de lacra social. En nuestro ambiente abundan las madrecitas ejemplares, que saben tanto de arte como de cuestiones domésticas e infantiles.

Es injustamente afrentoso ensañarse en la crítica a las señoras activas, que buscan en un rato de solaz, nuevos bríos para afrontar las diversas dificultades que trae consigo el manejo de un hogar.

Nadie gana, con más derecho, un rato de esparcimiento espiritual que las jóvenes madres, que se pasan la mayor parte del día oyendo llorar a un hijito o viendo caer a otro!

Seguramente mientras en rueda de espíritus ociosos, las censuran, ellas están con el sentido al alimento de uno o a la hora del colegio de otro.

¿Qué tiene, pues, de criticable, que una laboriosa dueña de casa alterne sus quehaceres domésticos con el teatro, el cine o la reunión?

Esa tensión nerviosa de su múltiple tarea diaria, reclama el sedante de una distracción distinta y confortadora.

No es menos madre la que matiza sus horas con diversiones, que la que por temor al "qué dirán" descuida su elegancia, suprime sus salidas y pasa — hasta con detrimento de su salud — en el mayor aislamiento, los mejores años de su vida.

Las madres modernas no pierden en celo maternal lo que ganan en espiritualidad y sociabilidad, al distraerse moderadamente en fiestas y paseos.

Actualmente, cuenta nuestra sociedad con un grupo encantador de jóvenes señoras, que sin perder en lo más mínimo la exquisita espiritualidad — que fuera encanto de los salones, al presentarse en sociedad — son competentísimas educadoras de sus pequeñuelos, que ostentan con legítimo orgullo por las playas y paseos.

En su triple tarea de esposas meritísimas, de celosísimas madres y de cultoras de la sociabilidad, merecen que la anticuada censura a sus frecuentes diversiones, se torne en panegírico ferviente a su compleja y exquisita modalidad de mujeres, bien femenina.

Bert.

CUMPLIENDO nuestro propósito de recordar las efemérides más culminantes y los natalicios de los jefes de Estado con los cuales nuestro país se halla en buenas relaciones, damos en este número una nota del Emperador Carlos I de Austria.

Tal hemos hecho, en la misma oportunidad, con el Rey de Inglaterra Jorge V, con el Rey de España Alfonso XIII, con la efeméride del 25 de Mayo, etc., fechas todas estas establecidas en las fiestas oficiales de nuestra cancillería.

En bien abrumadoras circunstancias le cupo a Carlos I sentarse en el trono dual. Difícilmente se ha de encontrar en la historia, el nombre de un príncipe elevado a la categoría de Emperador y Rey en momentos tan borrascosos, ante un problema tan intrincado, como el que ha tenido que afrontar el nuevo soberano.

Sean cuales fueren los íntimos sentires del joven emperador, es leal reconocer que ante la horrenda hecatombe en que se debate su pueblo, su alma ha de sentirse hondamente afectada, porque, aún solidarizado hoy con una actitud bélica, fué ajena su personalidad a la iniciación de la guerra.

El pueblo austro-húngaro es laborioso, es emprendedor, suma una enorme cantidad de energías bien fructificantes en el terreno de la civilización.

¿Cómo no es dable anhelar fervientemente la terminación de la espantosa lucha, si normalizada la vida en esas naciones puede nuevamente la Humanidad aguardar los magníficos resultados del esfuerzo y del estudio de colectividades tan activas, tan admirablemente aptas para encaminar a las sociedades humanas en un sendero de paz armoniosa e ideal?

Ya lo hemos dicho antes y lo repetimos ahora: hagamos los votos más fervientes, más sinceros, más de lo íntimo de nuestra buena voluntad, para que una situación tan espantosa cese lo antes posible, en bien del mundo, en bien del orden, de las ciencias, de las artes, de los principios democráticos, de la educación de los espíritus, puestos en inminente peligro de naufragar, en una desviación de los sentimientos, batidos por todos los vientos de las malas pasiones, habituados a una crueldad y a una dureza de alma que puede ser fatal para todas las conquistas hechas por la piedad.

La fatalidad, la más tremenda fatalidad, ha provocado este cataclismo horrible, la más enorme lucha que han presenciado los siglos. Que sean las mismas fuerzas ciegas las que se tornen en favor de la paz, del encauce de las actividades todas en los órdenes del progreso y de la civilización.

Es esa una nueva aurora que aguardan anhelantes los pueblos todos de la tierra. Es una vuelta al desarrollo normal de las relaciones humanas. Es la salud después de la tremenda locura en que se ha debatido y se debate aún el espíritu humano, en un momento de la historia que ha de quedar, a través de los siglos, como una imborrable, inmensa mancha de sangre.

Del optimismo de la juventud en los jefes de las colectividades hoy en lucha espantosa, cabe esperar esa aurora de bonanza a que antes nos hemos referido.

Y entre esos hombres jóvenes bien puede estar el nuevo Emperador.

No es posible que pueblos tan viriles, que tanto han honrado a la Humanidad con la imposición de sus altas mentalidades y con las conquistas inmensas en el terreno de las artes, de la ciencia y de la industria, no es posible, repetimos, que perdure este vértigo de destrucción que horroriza a todos los que, con dolor infinito, presenciamos la cruenta lucha.

Un punto de reflexión ha de volver todo a su cauce; un punto de piedad ha de llevar hasta el fondo de todos los corazones el repudio por los actos de violencia que nos parecen fantásticas invenciones de un espíritu morboso, y entonces, en el supremo momento del arrepentimiento, en el instante solemne en que se inicie la aurora de la paz, quizá en el alma humana penetre un rayo de alta sabiduría, y decrete, en pacto de universal amor, que esta guerra será la última guerra!



KARLS I



El Parlamento de Viena

Del Montevideo que el progreso ha de transformar.

Hermoso óleo,
del pintor argentino
CARLOS CRUZ



Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos. — Montevideo.



Doña Pascuala Obes de Alvarez

Selecta.

He aquí una de las más altas personificaciones femeninas de aquella época mil veces gloriosa, que nuestros patriotas iluminaron con los destellos de su hidalguía y de su fortaleza de carácter. La señora Obes de Alvarez reunió todas las más bellas virtudes, que son aureola en la mujer. Y si reinó en su hogar y en los salones, tuvo también la honra de desempeñar una misión ante el gobierno del Emperador Pedro I, misión que le confiara nuestro gobierno sabiéndola dotada de una preclara inteligencia y una exquisita sociabilidad. Del éxito de su gestión ante la corte de Río Janeiro, dieron fe las solemnidades brillantes con que fuera recibida. Fué esposa del ilustre ciudadano Don Julián Alvarez.

Selecta

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZÓN

MONTEVIDEO, SETIEMBRE DE 1917. AÑO I — NÚM. 5

Las gloriosas aulas

Los recios muros, verdaderas fortalezas españolas, de cuya resistencia pueden dar fe algunos edificios que aún se conservan en pie y entre los cuales debe citarse primero el antiguo Cabildo, hoy Cuerpo Legislativo; los recios muros, decimos, que se elevan en la esquina de Sarandí y Maciel, cobijaron en sus orígenes a un convento.

Fueron los coloniales "Ejercicios".

Aun hoy se pueden observar, en las casi ruinas, la distribución de los cuerpos principales del edificio dedicado al culto y a residencia de los monjes.

La nave de la que fué iglesia no tiene el techo de bóveda que ostentó en aquellos felices tiempos, pero se nota perfectamente el sitio donde se asentó el altar mayor, los lienzos de pared donde tuvieron ubicación los altares suplementarios, el coro, sobre la puerta de entrada que daba a la calle (que hoy se denomina Sarandí), la puerta lateral del baptisterio, etc. El piso de la iglesia es de legítimo mosaico, y a pesar de las injurias del tiempo y del abandono absoluto en que ese local se encontró durante muchos años, los baldosines, que forman bonitos dibujos, se conservan en muy buen estado.

Cuando el edificio dejó de pertenecer a la comunidad religiosa que lo ocupaba, se destinó a Universidad. En un salón lateral a la iglesia se estableció una especie de anfiteatro, donde han obtenido sus títulos de médicos y de abogados los compatriotas más ilustres, todos los que han pertenecido a la generación gloriosa posterior a la Independencia.

Ese salón, que debiera considerarse como una verdadera reliquia histórica, se conserva aún tal como en aquellos días de trabajo intenso.

El anfiteatro lo constituye una serie de escaños de madera en forma de semicírculo. En el centro principal se halla la tarima sobre la cual se encontraba la mesa y los sillones que se destinaban a las autoridades universitarias. El abandono en que se halló todo el edificio durante mucho tiempo ha carcomido las tablas y abierto grietas en el piso. Pero aun es tiempo de dedicarle a esas reliquias un poco de atención y ponerlas en condiciones de que se conserven tal como están ante las generaciones venideras, que las han de contemplar con verdadero amor y respeto, por lo que ellas significan en la historia intelectual y científica del país.

En el patio, que perteneció entonces a la primera Universidad de la República, se eleva un enorme pino. Fué plantado por aquellos universitarios y salvado en sus primeros años de crecimiento, durante un furioso temporal que amenazó arrancarlo de raiz, por el insigne periodista, ilustre representante de aquellas épocas admirables, señor Dermidio De María.

Todas estas venerables cosas se hallaban poco menos que sepultadas en una verdadera montaña de tierra y residuos. Hubiera desaparecido todo comido por el tiempo.

El que se salvaran y hoy se hallen colocadas en su sitio histórico ofreciendo a las generaciones jóvenes un ejemplo hermoso, se debe al esfuerzo generoso e inteligente del distinguido escultor compatriota, don Luis Cantú.

Cuando el señor Cantú, por encargo del Gobierno, instaló en ese histórico edificio su Escuela de Escultura, salvó de una segura y absoluta destrucción a esos objetos, muy dignos por cierto de que se les hubiera cuidado con más dedicación.

Merece el señor Cantú el reconocimiento de todos y el Estado haría obra buena dedicando a la conservación de todo eso la mayor atención, con el complemento de destinar el local que ocupa el Instituto de Higiene a un Museo Colonial, para el cual tanto material sumamente valioso existe en Montevideo.



Una de las aulas de la primera Universidad que tuvo el país

Pino que fué plantado en el local de la calle Sarandí y Maciel por los primeros universitarios.



MITRE Y LAMAS

ANECDOTA

Por el Dr. Sienra Carranza



Montevideo, Febrero 28 de 1917.

Señor doctor don Ricardo Guido Lavalle.

Buenos Aires.

Muchísimo he agradecido el ejemplar de su interesante libro sobre el general Guido, a propósito del Paso de los Andes. La obra de usted es la más oportuna contribución que un nieto de tan ilustre prócer podía ofrecer a la solemnización del glorioso centenario de la épica empresa, que, con la liberación de Chile y del Perú, aseguró el triunfo de la independencia americana.

Yo no tengo ahora condiciones para escribir; — ni tiempo, ni salud.

Algunas de las páginas de su libro han despertado más de un pensamiento relacionado con mi antigua amistad con los Guido, que usted ha evocado amablemente al enviármelo.

Otras cosas son resultado de una edad que va ya alcanzando lejanías de verdadera senectud.

Sus referencias a impresiones del general Mitre y de don Andrés Lamas sobre el general Guido, han tenido la curiosa virtud de devolverme a alguna escena de hace más de medio siglo, — cuando, es verdad, casi un niño, cabíame el honor de estar incorporado a la misión diplomática que con carácter de Agente Confidencial desempeñaba el señor Lamas en Buenos Aires.

Las relaciones de Lamas y Mitre, casi fraternales en su juventud y en el sitio de Montevideo, y algunos de sus accidentes ulteriores, como expuestos en forma cáustica por Alberdi ("Belgrano y sus historiadores"), pueden decirse notorias, — y tal vez siempre estuvieron accidentadas por alternativas de sincero afecto, y de astutas duplicidades, tan fina como inquebrantablemente sostenidas de parte a parte.

Creo poder decir que en la ocasión a que aludo, Lamas acababa de ser víctima de un singular ardid de Mitre.

Se había jugado una partida verdaderamente trascendental, en la que las miras de la política interna de Mitre, quedaron satisfechas en sus proyecciones internacionales con la conquista de la deferencia del Emperador del Brasil, que pasó íntegramente de la cordialidad de Montevideo, a la intimidad con Buenos Aires, — de donde el origen y la base de las inteligencias que habían de culminar oportunamente en la consumación de la obra emprendida con Flores en el Estado Oriental, y la triple alianza y la destrucción del Paraguay.

Lamas no había querido, ni pensado ir allá, y, como es natural, su mal humor era profundo.

No obstante su gran talento, a Lamas le había tocado, pues, la desventaja.

Mitre era dueño de su juego, teniendo en su mano los resortes de su autoridad absoluta en lo que a él tocaba al tratar de conquistar, para sí, o para sus planes, las gracias del Emperador. Lamas las quería para el Gobierno de Berro, bien que, en verdad, esto hubiera significado el sometimiento de Berro al Emperador (¡cuánto valor para Lamas!), cosa que Berro no quiso, con lo que, en resumen, quedó perdido el esfuerzo del que no tenía más autoridad que la que su Gobierno le diera.

Su mal humor fué profundo.

Entre tanto, el representante brasilero que en aquel lío había intervenido, y que, por su parte, era el verdadero vencedor, el señor Loureiro, Ministro que debía regresar a Montevideo, no podía dejar de dar el sello propio de una campaña diplomática de aquel género, con el inevitable complemento de su banquete de despedida al partir de Buenos Aires.



General Don Tomás Guido

El señor Loureiro brindó, como era de rigor, a la salud de Su Excelencia el señor general don Bartolomé Mitre, Presidente de la República Argentina.

El general Mitre brindó en seguida por Su Majestad el Emperador del Brasil... extendiéndose luego en una bella apología de la influencia europea sobre la civilización y las prosperidades americanas.

Era decano del cuerpo diplomático el Ministro de Francia, Monsieur Lefévre de Becour, y tocó a éste corresponder a aquella oficiosa galantería con el viejo mundo, lo que verificó haciendo notar que sólo por circunstancias ineludibles podía excepcionalmente sentirse en otra forma que la de la benevolencia la acción europea en las repúblicas de América (por aquellos momentos los ejércitos franceses nos atronaban con su estruendo en la tierra mejicana. En la Catedral de Buenos Aires se hacía el funeral por la caída de Puebla), don Andrés Lamas había enfundado el discurso que como un Himno a la paz llevara preparado para el banquete — cuyo ambiente no le pareció propicio para lo que habría querido que fuese un desquite de la derrota que en todo aquello había sufrido.

Al día siguiente se desquitaba en diálogo con su Secretario.

El señor Lamas no había dejado impune aquella actitud del Presidente argentino que, en tales momentos de dolor e indignación de los pueblos de América, proporcionaba al representante de Napoleón III la oportunidad de justificar la lección infligida a Méjico.

Sabiendo lo que podía mortificar al autor de la Historia de Belgrano, y aprovechando la circunstancia del parentesco político que unía al Ministro francés con el autor de la Memoria sobre el Paso de los Andes, había ahuecado la voz, para que, dada la inmediación de los asientos que los tres personajes ocupaban, el general Mitre no pudiese dejar de oir, como oyó, las siguientes palabras dirigidas a Monsieur Lefévre de Becour: "¿Qué noticias puede usted darme del señor general Guido, *el hombre más distinguido* de la República Argentina?".

Y Lamas estaba seguro de haberle amargado aquel momento del banquete al general Mitre.

Otra vez gracias por su interesante obsequio, y perdóneme mi imposibilidad de escribir. (1)

Con la vieja amistad.

José Sienra Carranza.

(1) Al librar a la publicidad esta página de referencia epistolar, justo es que se consigne lo que sin perjudicar a su objeto anecdótico, puede servir a honrar el carácter de las altas personalidades de cuyo recuerdo trata.

Así, es de notar la nobleza con que el ilustrado autor del libro sobre el general Guido, después de señalar la injusticia con que varios escritores, entre los que figura el General Mitre, pretendieron oscurecer el mérito del ilustre prócer colaborador de San Martín y de Belgrano, se expresa en los términos siguientes: «El general Mitre, no obstante, con su reconocida ecuanimidad en sus últimos años, tuvo por el poeta Guido Spano una singular amistad, visitándole o escribiéndole cartas o esquelas del más vivo afecto. El poeta respetó también al grande hombre y a su digna memoria, y el día del fallecimiento de don Bartolo, coincidente con el onomástico de aquél, se cerraron las puertas de su hogar para que todas las flores de los jardines de Buenos Aires fueran a la tumba del muerto ilustre, a las cuales agregara el bardo, profundamente conmovido, una simbólica palma».

Para terminar esta anotación creemos poder agregar, apoyando el espíritu que inspira las precedentes palabras, que, según nuestros recuerdos, cuando se solemnizó en Buenos Aires el centenario del general Alvear, la forma con que «La Nación» se asoció al homenaje consistió en la reproducción del clásico discurso pronunciado por el general Guido en 1854 al transbordarse en Montevideo los restos del vencedor de Ituzaingó venidos de los Estados Unidos en viaje para Buenos Aires.—Y fué en realidad un doble homenaje, siendo el diario del general Mitre el que enaltecía la memoria del autor al prohijar su obra bajo el epígrafe de «PAGINA DE BRONCE».

Nada de eso disminuye la gracia del alfilerazo diplomático de don Andrés Lamas: comprobando sólo que hay rasgos de cortesía que en su hidalga espontaneidad valen más que una reparación por la armas.

Sienra Carranza.



Da. Alcira Caravia de Muñoz

Con su porte magestuoso, con la noble sencillez de sus actos, con la elevada cultura de su espíritu, magnificó — doquier la llevara la carrera diplomática de su esposo, el eminente compatriota don Daniel Muñoz — los prestigios de nuestras damas y la distinción de nuestra sociedad. En las cortes de Europa y ante los gobiernos continentales, su figura gentilísima fué siempre un triunfo de elegancia. Actualmente ocupa en el gran mundo argentino un puesto de honor.

LES AMIS DE LA FRANCE.

Eugenio Garzón

PAR

M. Michel ANNEBAULT.



Michel Annebault, es un pseudónimo que guarda en sus mantillas a un eximio escritor francés, que no quiere que su modestia sea tocada por la luz del día. Es un original: todo París lo sabe y hay que respetar su determinación de vivir contento en la bruma. El artículo que insertamos sobre la personalidad de Eugenio Garzón, debe aparecer en «Les Nouvelles», publicación que se edita bajo los auspicios del Ministerio de Relaciones Exteriores de Francia. Al agradecer muy íntimamente al señor Michel Annebault su concurso, esperamos que su preciosa colaboración seguirá favoreciéndonos.

La Redacción.

Il y a quatre siècles passés, Christophe Colomb découvrait l'Amérique — et encore cette découverte lui est-elle contestée. Il y a vingt ans, l'Amérique du Sud, en tant que nation, socialement, intellectuellement, économiquement, nous était à peu près inconnue, à nous latins et peuple propagateur de toutes les initiatives et de tous les progrès. Phénomène inouï de paresse et d'inconsciente indifférence! Nous avions laissé fuir quatre siècles, et même un peu plus, sans nous inquiéter d'une terre merveilleuse, neuve, à l'aube de la vie, qu'aucun de nos poètes n'avait chantée, qu'aucun de nos économistes, — fait plus grave, — n'avait tenté de rapprocher de nous, pour qu'elle réponde à nos besoins. Il fallut que, devant l'emprise allemande, un homme politique de cette Amérique, un littérateur et un artiste, un polémiste et un gentilhomme, mit sa grâce énergique et fière à faire cesser notre inconcevable ignorance à son égard. Et celui-là qui est notre hôte, qui compte parmi les plus précieux et les plus dévoués amis de la France, c'est M. Eugenio Garzon. Et il y a peut-être une saveur plus intense à se que ce soit justement lui, citoyen libre de la libre Amérique latine, qui vienne à nous, nous offrir d'aimer et de servir cette France si attirante, simplement, pour le plaisir de l'aimer et de la servir.

Comment cette idée chevaleresque et d'un si grand intérêt pour l'avenir, vint-elle au propagandiste uruguayen? Les diverses et fécondes manifestations de sa tenace action journalistique au *Figaro*, nous l'apprendront.

Il y a vingt ans, l'Amérique du Sud se perdait dans les nuages d'un Eldorado fantastique, plus près de celui que découvrit Candide, que de la stricte réalité, lorsque Eugenio Garzon débarqua en France. Il vint à Paris, avec un bagage immense, qu'on ne voulut d'abord pas reconnaître. Deux années entières, il batailla pour une idée qui lui était chère, mais qui apparaissait à tous si étrange, si dénuée d'immédiat retentissement... Rapprocher d'Europe, par des liens de commerce, de culture, d'intellectualité, d'art, cette lointaine Amérique?... Oui, évidemment. L'idée était chatoyante comme un beau bijou exotique. Mais de combien de difficultés allait-on s'encombrer, par quelles déconvenues serait-on arrêté, de quelles embuches ne sémerait-on pa sa route, avant le but? Et pour quel résultat final, en somme?... La résistance à ces pusillanimités routinières exigeait autant de volonté que de tact. Eugenio Garzon, seul, disposait d'assez d'autorité et de cette science morale qu'on appelle tour à tour psychologie et connaissance des hommes, pour les vaincre. Un jour, enfin, il mit sur pied le projet longtemps caressé, élaboré fiévreusement et avec amour: l'Amérique latine, par ses soins, allait vivre sa belle vie indépendante attachée à la vieille civilisation d'Europe, méritant d'avance ce mot de Leroy-Beaulieu: "Le futur foyer ouvert aux classes déshéritées de l'Europe". *Le Figaro* serait l'organe, la tribune, d'où partirait son essor.

Depuis, jusqu'en 1914 où un incident faillit casser la trame de l'œuvre entreprise, Garzon n'a pas cessé une heure de remplir le mandat qu'il s'était imposé. Au *Figaro*, il poursuit ses campagnes. Ses articles, parus à Paris, consacrés par la renommée de la première ville du monde, sont reproduits en Amérique du Sud, dans l'Argentine, au Brésil, dans l'Uruguay, au Chili. Ses correspondances de journaux sud-américains secouent l'apathie, nouent des relations économiques, financières, artistiques, intellectuelles. Ses livres sur l'Amérique latine, — Argentine, Brésil, Chili, l'Uruguay, — ouvrent des horizons insoupçonnés à toutes les branches de l'activité européenne. Profondément documenté, écrivant avec la force convaincante de l'apôtre, Garzon parvint lentement à son but. En 1908, il a la joie de rédiger une brochure sur le voyage en Amérique du Sud de M. Bénard, président de l'Administration du Chemin de fer métropolitain. Mince incident social, dira-t-il lui-même mais dont le base même fait présager a plus heureuse et la plus utile des manifestations financières franco-américaines. Et ce voyage sera un triomphe.

Ami de la France, Garzon combat, à Paris, dans tous les centres intellectuels et mondains où sa haute courtoisie lui a fait trouver inmmédiatement la plus enviée des places, par la parole, par sa présence, par ses écrits. Sa vie est une lutte perpétuelle avec toutes les forces administratives attardées en des lenteurs tatillonnes, — lutte qu'il sait admirablement voiler d'élégance et d'un sens affiné de l'art. *L'Economiste sud-américain* écrira à son propos:

"Garzon eut à lutter, comme on lutte pour imposer une idée nouvelle, quelque chose de pas encore fait. Il travailla, comme il le dit lui-même, contre vents et marées, et de ce dicton populaire, il fit sa fière devise, qui couronne maintenant les dix gros volumes d'informations, d'études, de rapports, qui forment son œuvre sud-américaine!

"Grâce à lui, *Le Figaro* a recueille les suffrages et les abonnements de milliers d'Américains du Sud, heureux de trouver une feuille parisienne, leur donnant chaque jour des nouvelles précises, politiques, sociales, financières, de leur pays.

"Grâce à lui, à la rubrique créée au *Figaro*, les banquiers, les économistes, les capitalistes ou les simples curieux de savoir, savent chaque jour ce qui peut les intéresses, leur être utile.

"Grâce au *Figaro*, Eugenio Garzon a pu, de son côté, établir, en faveur de toute l'Amérique du Sud, en particulier du Bresil, de l'Uruguay et de l'Argentine, une tribune mondiale, d'où rayonne la plus féconde et plus puissante publicité qui soit, pour le plus grand bien général et pour l'épanouissement économique du nouveau continent.

"Avocat sans rival de la jeune Amérique auprès de sa vieille sœur, l'Europe, et de sa non moins vieille cousine germaine, la France, Garzon est devenu notre compatriote d'adoption, de cœur, de vie, de pensée."

Action d'avant-guerre, que celle-là, mais dont le Gouvernement français mesure déjà la portée puisqu'en 1913, il récompense l'admirable effort amical de Garzon par la croix de la Légion d'honneur. Comment l'eut-il récompensé un an plus tard et depuis? Les services de pareils hommes ne se peuvent payer en honneurs. Ils se payent avec le cœur. L'éminent directeur du *Figaro*, Gaston Calmette, l'avait bien compris, lorsqu'en 1909, il remerciait en ces termes Garzon de sa réussite:

"... Notre collaborateur mérite tous nos remerciements et tous vos applaudissements. Son œuvre patriotique est splendide, presque féerique: il a rapproché deux continents! Il a uni les Républiques sud-américaines à la République française, avec une même capitale: Paris, dont vous avez fait votre ville d'adoption, en même temps que vous faisiez du *Figaro* votre journal de prédilection...

"... Je vous demande de fêter ce diplomate prodigieux et de lever nos verres à la santé de Garzon."

Des mois se passèrent encore. Cet ami de la France, précieux à plus d'un titre et apprécié de tous venait de quitter *Le Figaro*, forcé par des incidents pénibles, qu'on eût dû épargner à ce gentilhomme et à cet artiste. Rentré dans son pays à bord de *la Principessa Mafalda*, son voyage fut un triomphe et l'affirmation de la réalisation de ses projets. Les amis du propagandiste se pressaient sur sa route, heureux de le féliciter, comparant leur grand compatriote à Don Quijote et à Paul-Louis Courier. Alors, Garzon put réellement se réclamer de son grand aïeul de la Manche espagnole: la guerre venait d'éclater. Garzon, se souvenant de son effort et de la façon dont la France, sa patrie d'élection, avait compris et salué ses campagnes courageuses, dit un seul mot: "Je rentre!". Parole lapidaire digne de son père, le général Garzon, un des chefs de l'Indépendance.

Il rentre, en effet, au mépris du danger maritime. Il rentrait pour recommencer de nouvelles et plus fécondes œuvres qui nous firent mieux apprécier encore l'immense et incommensurable précédent qu'il avait créé.

Le lendemain même de sa rentrée à Paris, Garzon réoccupait sa place au *Figaro*.

Cette place, il n'a pas cessé de la tenir avec esprit, science et tact. Il a combattu à Lyon, lors de la semaine latine de l'Exposition; combat commercial, mais qui n'en est pas moins primordial à gagner.

Son œuvre morale est incalculable. Avant d'entrer dans le détail des amitiés sud-américaines, j'ai tenu à la saluer ici, pour la solidité qu'elle a su donner à un groupement social, pour l'importance qu'elle a fait acquérir à un lien d'amitié, amitié économique, intellectuelle, financière, artistique, amitié qui, grâce à lui, le précurseur, ne se dénouera plus. L'Amérique latine, groupement de peuples, est définitivement soudée à l'Europe. L'épreuve de la guerre et la généreuse attitude prise par la jeune Amérique nous en sont la plus grande preuve. L'océan Atlantique n'existe plus que comme un trait d'union qui parachève l'accord moral, non comme une mer qui sépare deux races.

Garzon, celui que Ruben Dario, le grand poète, appela le *Mousquetaire de la Plata*, unissant ainsi, dans une formule heureusement romantique, ses qualités de fougue retenue et d'élégance spirituelle de hautes et pures races, incarnera désormais l'Amérique latine elle-même. Son œuvre est inséparable de l'homme très fin, très bon et très profondément psychologue que tant de Parisiens ont appris à connaitre et à admirer. Une fois de plus et publiquement, au seuil de mes études sur les Amitiés sud-américaines, je suis fier et joyeux de lui dire au nom de tous: "Merci!".

Michel Annebault.



Sra. Celia Alvarez de Amézaga

Todos los dones de la belleza cedió Natura, para distribuirlos armónicamente en su rostro y en las líneas de su cuerpo, donde los caprichos de la moda prenden siempre nuevos encantos. Su carácter complementa los atractivos de su físico admirado. — Esposa del distinguido político y jurisconsulto doctor Juan José de Amézaga, su gracia de diosa y su exquisitez mundana, le valieron en la sociedad argentina el homenaje de todas las simpatías y el agasajo de todas las admiraciones. Nuestra sociedad valora tan elevadas cualidades, rindiéndole todas sus más altas consideraciones.

VN VRVGVAYO, Capitán General en Portvgal



Don Miguel Ximenez

DON Miguel Ximénez, de la casa del mismo apellido que hoy tiene en nuestro pais tan distinguida y honorable descendencia, fué uno de los Generales más ilustres del Reino de Portugal.

Una nota sobre esta personalidad que en el ex reino ostentó el título de Vizconde de Pinheiro, tiene un gran interés.

Para darnos acabada idea de la carrera triunfal que el general Ximénez cumplió en 78 años de su vida, nada mejor que estos apuntes hechos en 1884 por el venerable tradicionalista don Isidoro De María.

He aquí esos apuntes:

A la edad de 78 años ha fallecido en Lisboa ese personaje, oriundo de Montevideo, y ligado por vínculos de parentesco a distinguidas familias de nuestra sociedad.

Era hijo de don Manuel Ximénez Gómez, antiguo vecino de Montevideo, y de doña Margarita Rodríguez, y hermano de la señora doña Juana y del señor don Salvador Ximénez, por parte de padre y madre. Su fallecimiento tuvo lugar el 21 de Mayo último, después de una enfermedad penosa, rodeado de su amante hija doña Mariana, marquesa de Castellos Meilhor, de sus nietos y amigos. Murió como creyente, recibiendo los auxilios de la religión que profesaba.

Fué su última voluntad que en su entierro se excusasen las honras militares.

Tres días antes de entregar su espíritu al Creador, recibió casualmente en su lecho de dolor la bendición del Santo Padre Pío Nono, que en vida de ese Pontífice le había dispensado en ocasión de hallarse gravemente enfermo, y que a consecuencia de haberse traspapelado, no le había sido remitida antes por su hermano don Salvador, en cuyo poder se encontraba.

Oriental por el nacimiento, el general Ximénez y miembro honorable de la estimable familia que lleva su apellido, nos merece un sentido recuerdo al desaparecer de entre los vivientes.

El rango que ocupó en Portugal, su patria adoptiva desde joven, y donde vivió 60 años, y las distinciones de que fué objeto en su larga y brillante carrera, deben ser un motivo de sincera satisfacción para nosotros, recordando que tuvo su cuna en nuestra querida Montevideo, donde recibió su primera educación, pasó sus primeros años, se distinguió en la vida social por su cultura y bello carácter, y ciñó por primera vez la espada en clase de oficial de los cívicos.

Trece condecoraciones adornaban el pecho del bizarro general Ximénez. Era Vizconde del Pinheiro, del Consejo de S. M. la Reina, Comendador de la muy noble Orden de la Torre y Espada, del Valor, Lealtad y Mérito; Comendador de la Orden Militar de Nuestro Señor Jesucristo y de Nuestra Señora de la Concepción de Villa Viçoza; Comendador por S. M. Católica en las distintas Ordenes de Carlos III de primera y segunda clase, y de Isabel la Católica, también en las mismas órdenes de primera y segunda clase; Caballero de primera clase de Orden de Mérito Militar de San Fernando de España, condecorado con la Cruz de honra por las campañas de Montevideo, Brigadier de los Reales Ejércitos, ex Gobernador de la Provincia de Angola, etc.

Como tuvo lugar su ida a Portugal y su carrera en el ejército de aquel reino, vamos a decirlo.

En la época de la dominación lusitana en Montevideo, se hospedó el general Saldaña en casa de don Manuel Ximénez Gómez una de las principales entonces de esta ciudad. Habitó en ella dos años y contrajo con ese motivo relaciones íntimas de amistad con la familia Ximénez. Gustó mucho del joven Miguel, mancebo de presencia arrogante y de bello carácter, y le profesó verdadero cariño, que le conservó en la vida con predilección. Distinguido por Saldaña, el año 23 cuando surgió la lucha entre lusitanos e imperiales, se formó el cuerpo cívico al mando del patriota Murgiondo, y el joven Miguel Ximénez fué nombrado su ayudante. En esa clase hizo su estreno en la milicia, sosteniendo simpática causa de la libertad, proclamada por el Cabildo Representante de Montevideo, bajo la protección de la división de voluntarios Reales, a cuyo frente se hallaba el brigadier don Alvaro da Costa de Souza Macedo, gobernador de la plaza. Sabido es que entonces el dulce nombre de Patria estaba en los labios de los orientales, que creían llegada la oportunidad de reconquistarla, cuando por la voz entusiasta del Cabildo Representante de Montevideo se les decía:

"Orientales! La guerra está principiada. La División de Voluntarios Reales que tan generosamente nos ha franqueado armas y municiones, está próxima a embarcarse de regreso para Europa, después que haga desaparecer las huestes del barón de la Laguna que asedian esta plaza. Todo nos anuncia que este es el tiempo de recobrar nuestra dulce y adorada libertad.

Con esa esperanza y pariótico propósito se organizaron los cívicos en ocho compañías, teniendo por capitanes a los patriotas don Antonio Chopitea, don Román Acha, don Gabriel Pereira, don José María Platero, don Manuel Vidal, don Juan Benito Blanco, don José Neira, y don Benito Pombo, siendo Ayudante Mayor del cuerpo don Miguel Ximénez.

Se organizaron también las milicias de caballería al mando del Mayor Comandante don Manuel Oribe, y en las que tuvieron su puesto de honor los Figueredo, los Burgueño, los Casavalle, los Lapido, los Aleman, los Irureta, los Aria, los Vidal y otros orientales, campeones después del año 25.

A esa campaña del 23 se refiere una de las cruces de honra que figuran en las condecoraciones del Vizconde del Pinheiro.

A principios del año 24 la división de Voluntarios Reales se embarcó para Lisboa, y don Miguel Ximénez partió para el mismo destino en compañía del general don Alvaro da Costa, que lo distinguía.

El objeto principal de su viaje fué el de realizar un cobro de su señor padre.

Protegido allí por el general Saldaña que lo hospedó, contrajo las mejores relaciones, decidiéndolo a seguir la carrera militar en aquel reino. Desde entonces formó la resolución de quedarse en Portugal, donde con el andar del tiempo se creó una buena posición, tomo estado y fué jefe de familia distinguida, permaneciendo allí por el espacio de 60 años hasta su fallecimiento.

Sucedió la guerra contra el reinado absoluto de don Miguel, cuando el famoso don Pedro I, duque de Braganza, abdicando el trono del Imperio del Brasil en su noble hijo don Pedro II, ilustre emperador de esa nación amiga, partió para Oporto a dar la libertad a Portugal y colocar su corona sobre las sienes de su hija la excelsa doña María II.

En esa lucha el general Ximénez militando con el duque de Saldaña bajo las banderas del intrépido Ximénez, le dice:

—"Miguel, jugabas tu cabeza en este lance, extralimitando mis órdenes. Eres un héroe!".

En el sitio de Lisboa hace prodigios de valor tomando una de sus formidables baterías, por cuya heroicidad personalmente don Pedro I colocó sobre su cuello el collar de la Orden de Torre y Espada, que ostentaba entre sus condecoraciones.

Tanto lo distinguía el duque de Braganza, que un día pasando con el de Saldaña por frente de la casa de la dama pretendida por Ximénez, en que aparecía, le dice a don Pedro I: "Aquella es la pretendida del general Ximénez". "Y por qué no se casa?, le contesta el duque de Braganza. Yo mismo voy a pedir su mano, y seré su padrino."

Dicho y hecho. La pidió, y fué padrino de su enlace con la Vizcondesa de Pinheiro.

Cuando emigró don Carlos de España a Portugal, fué comisionado a recibirlo en la frontera el general Ximénez, como cabe el año en cuya ocasión le regaló don Carlos, grato a su caballerosidad, un hermoso caballo blanco y un par de ricas pistolas, como recuerdo.



Ema Lagarre Lavalleja.

NVESTRO - GRAN - MVNDO - DE - ANTAÑO

Navidad ~

A la amabilidad — íntimamente agradecida por nosotros — de una distinguida dama, debemos hoy la transcripción de la interesante nota social que ha de leerse en seguida. Data de 1862 y el cronista describe una espléndida fiesta realizada en la residencia veraniega de doña Pascuala Camusso de Lecocq.

. . . .

. . . " Volviendo, pues, a la Noche Buena, que bien pudiera llamarse de amor y de adoración ¿habréis, acaso, asistido, lectoras mías, a nuestra suntuosa iglesia Matriz, en la que, con pompa solemne se celebraba el nacimiento del Divino niño Dios? El templo vestido de gala, los cánticos sagrados, las luces de miles de bujías, y todo un pueblo prosternado, reverente, adorando al Redentor es, en verdad, un espectáculo que impone, que impresiona al corazón. . .

Fuera de la iglesia, la hermosísima plaza iluminada a gas, llena de árboles y misteriosas frondosidades. Los soberbios acordes de la música sagrada con que concluye la misa de gallo, hacen abrir las puertas del templo de par en par, y se derrama por las pintorescas avenidas de la plaza una multitud animada y multicolor, de damas elegantes y niñas encantadoras. ¡Qué mágico golpe de vista, y quién hubiera podido escuchar los tiernos coloquios que se confundían con el murmullo de los árboles agitados por la brisa! A las dos y media empezaron a quedar solos los paraísos, las acacias, los ombúes; como ellos, abandonado, suspiró, a su vez el cronista, constatando la triste soledad en que volvió a quedar la plaza, hasta que volvió a animarla el bullicio de esas gentes sencillas que, hasta el amanecer, festejan al son de panderetas y castañuelas el nacimiento del Redentor. ¿Y qué decir de vuestros miriñaques, tan habituados a mecerse suavemente y con holgura?, que para ellos la Noche Buena fué de apreturas y destrucción, en la estrechez de las naves del templo, primero, y en las avenidas de la plaza, después. Quedaron maltrechos hasta los de más sólida armazón!

— Día 25. — Sale el sol a iluminar un magnífico día de Navidad, esperado ansiosamente para la realización de las diversiones proyectadas, casi todas ellas en el campo, en las quintas de los alrededores, a orillas del Miguelete y del Pantanoso. — Desde temprano corren en esta dirección infinidad de carruajes que hacen estremecer las calles, quitando el sueño a más de un cronista. En tanto que vosotras discurrís sobre la brillantez y las alegrías de aquel día, yo solo podré describiros la fiesta que se celebraba en la chacra del caballero don Francisco Lecocq.

Después de atravesar el puente del Miguelete, en el Paso del Molino, asciéndese la elevada cuchilla desde la que se domina el panorama completo de la ciudad, continuamos trasponiendo colinas pintorescas, hasta que, de repente, casi a nuestros pies, aparece una casa blanca, rodeada de paraísos y ombúes — y se adelanta a recibirnos la amable y simpática dueña de casa, señora Pascuala Camusso de Lecocq. — Su sonrisa y amabilidad no son convencionales, no nos recibe por vanidad ni por ostentación, sino que goza y es feliz con la alegría nuestra. Adelántanse, con ella, tres señoritas que son Elisa y Victoria Lecocq y Juana Camusso. Las primeras se caracterizan por su gracia y espiritualidad. En la tercera, todo es belleza y juventud. ¿Veis ahora aparecer por entre los árboles a ese respetable señor que se apresura a saludaros? Es don Francisco Lecocq. No estrañéis que os estreche demasiado la mano, o que os la retenga un momento en la suya; es muy bromista, y hoy se siente feliz porque os brinda hospitalidad. — Llegan dos elegantes carruajes. De uno de ellos baja doña Isabel Tornquist de Roosen, de fina y delicada belleza, con el trato sencillo que es buen tono. — Lleva de la mano a su pequeña hija Tuly. Completan el grupo la señorita Rosa Tornquist, tan linda como modesta, Celedonia Salvañach, la de los negros, chispeantes ojos, la espiritual señora de Diehl, Flora Parker, elegantísima, y María Engracia, su hermana, dulce y simpática a la vez. — Llega otro coche en el que viene la amable señora doña Felicia García Zúñiga de Villegas. — ¿Cuál es la más linda de sus tres hijas Fernanda, Clara y Dolores? El cronista no podría responder, y junto a él pasan las tres, como adorable, hechicera visión. — Detiénese, luego, un tilbury, conducido por un caballero que, joven aún, es padre, sin embargo, de la preciosa niña que se apea: es ésta Manuelita Quevedo. Su semblante refleja el candor de su alma, y en sus ojos brilla la alegría. — Sigue el carruaje que trae a la respetable señora María Quevedo de Lafone y a sus hijas, Marta, la de la bella, esbelta silueta, Ana y Julia, niñitas aún. — En aquella volanta de la que bajan varios caballeros, viene la señorita Petrona Luna. El tupido velo que le cae sobre la cara me impide verla. — Juzgadla vosotras. — Cierra la comitiva femenina el coche de la señora doña Goya Gómez de Oliveira, a la que acompaña la joven y elegantísima señora Angela Salvañach de Nery. En el gran corredor de la casa aparece ahora la joven y bella señora Casilda O. de Camusso; a su lado dos niñitas llenas de gracia y dulzura llamadas Pascuala y Carmen.



Doña Pascuala Camusso de Lecocq

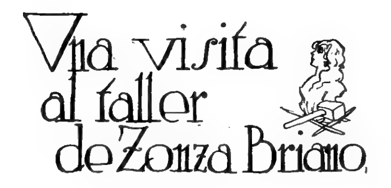
Pero, cronista—diréis vosotras — ¿cuándo piensas hablarnos de los caballeros? Ahora mismo. Son muchísimos y llegan, cabalgando en briosos corceles, algunos, en sus volantas los demás. — Los nombraré, pasando por alto la individualidad de cada cual, a fin de que juzguéis vosotros sobre sus respectivos méritos: Francisco de Elizalde, Samuel F. Lafone, Juan José de Herrera, Hermann Roosen, Francisco Gómez, Juan Quevedo, Adán Altgelt, Guillermo Bohm, doctor d'Oliveira, Antonio M. Pérez, Ministro de Hacienda; Alfredo de Brayer, José d'Oliveira Nery, Enrique Alsina, Thomas y John Best, Francisco Villegas, Bernabé Demaria, Rafael Fragueiro, Ricardo Roosen, Rafael Camusso, Eugenio Arana, Manuel García de Zúñiga, Tomás Tomkinson, Gil Alfaro.

Pero volvamos a la descripción de la fiesta. — Concluída la cordial recepción inicióse un paseo por los sitios más amenos de la quinta, en cuya calle principal, de grandes árboles, habíase preparado el juego de la sortija. Los afortunados vencedores recibieron coronas de manos de las más hermosas niñas de la reunión. — Llegaba, entre tanto, la hora del banquete, y cada caballero debió ofrecer el brazo a una dama. — La gran mesa, de setenta cubiertos, lujosamente adornada, y provista de los más delicados manjares, había sido puesta en una magnífica avenida de añosos álamos, que le prestaban la sombra de sus elevadísimas copas. — La presidían las señoras de Lecocq y de Lafone. Así, reunida toda aquella elegante sociedad, con el césped por alfombra, y el cielo por dosel, festejóse allí dignamente el gran día, entre conversación animada, tan animada que se hacía difícil oir algunos de los brindis que se pronunciaron por las personas más conspicuas de la mesa. El señor Lecocq brindó por el Presidente de la República y por el Ministro de Hacienda, allí presente. — Llegaba el sol a su ocaso, cuando finalizaba el banquete, y se pasó a tomar el café en el corredor de la casa, improvisándose en la sala un baile, en el que circularon dulces, té y un enorme *bol* de refresco exquisito preparado por el señor Altgelt.

A las once, previo agradecimiento a los dueños de casa, inicióse el regreso a la ciudad. — En la noche magnífica, pero sin más luz que la de las estrellas, ofrecía curioso espectáculo el de aquella fantástica comitiva de coches con faroles encendidos, corriendo por las cuchillas, con escolta de numeroso grupo de jinetes. — El cronista, en su volanta, pensaba en las emociones del día, en la suntuosa hospitalidad de los señores de Lecocq, en el baile, la sortija, el *bol* monstruo. . . y, al levantar los ojos para cerciorarse de que no soñaba, vió que marcaba las doce y cuarto el transparente reloj de la Matriz.



Sara Torres Cabrera



Para "Selecta".

...Ocho días en Buenos Aires... Muchas emociones en esos días... mucha gentileza; flores, muchas flores, flores fragantes, flores de rostros, flores de espíritu; templos de arte, veladas amenísimas, elegancias, sonrisas, todo "tourbillonne dans l'extase", no de una luna de Verlaine, pero sí de un rayo de sol de mi tierra, que es como libar el recuerdo en copa de oro... Y de entre esos recuerdos, todos gratísimos, el taller de Zonza Briano ha sido para mí la nota más sonora de la gama de mis impresiones.

Grande es la emoción de quien, con ojos azorados, contempla ese mundo blanco, esos mármoles que no hay que tocar, pues al contacto de ese frío de eternidad la sangre se helaría en nuestras venas... ¿Pues, qué? ¿esas figuras no viven?... y esa mujer que sonríe a un niño con alegría y ternura exquisita ¿no abriga en su pecho un corazón materno?... Y aquella otra, lánguida y temblorosa, que alarga sus manos en ademán de aprisionar el bien querido que en violento arranque acaban de robarle ¿no siente que la angustia lacera su alma?

. . . .

El artista esculpe con mano maestra la expresión del sentimiento, que es la nota predominante de su obra. Todas sus estatuas son fuente de emociones... Ya el surco del dolor que percibimos en unos ojos secos y desolados nos oprime el corazón, como lo serena y endulza el beso de una madre, la sonrisa candorosa de un niño... Nos sentimos subyugados ante una mirada soñadora; nos embelesan las languideces ideales y melancólicas, y nos regocija y encanta la gracia picaresca de una sirena... Todas esas figuras de esbelta línea y en dichoso consorcio, parecen aladas visiones que en busca de paz y reposo se han detenido en su vuelo y congregado en cenáculo divino.



El escultor Zonza Briano ejecutando en el armonium



San Francisco de Asís, notable escultura de Zonza Briano

No sé si el cincel prodigioso del escultor anima y da intensa vida al mármol o es que tiene la mágica mirada de Medusa para convertir en piedra la humana criatura en el fugaz instante de supremo sentimiento. Porque parece que merced a algún divino aliento fuérale dado retener ese culminante estremecimiento de vida, haciéndolo eterno, perdurable, para extasiar a los hombres en su contemplación.

Como en Andrés Chénier, se ha infundido en sus venas la herencia preciosa de dos razas de artistas, Grecia y Francia; y es por eso que su aptitud estética es tan amplia que aún para buscar el reposo reclamado por la sobrexcitación de la labor estatuaria, su espíritu se sumerge, como en lecho de plumas, en los acordes graves y melodiosos de un armonio.

Su mirada de artista ha bebido con deleite en el vasto y bello espectáculo de la naturaleza toda, deteniéndose con vivo centelleo en la nota que más hondo ha vibrado en su temperamento, para elaborar en las profundidades de su espíritu, obra armoniosa, palpitante de sentimiento y de vida.

Esa intensidad de su visión amaestrada para sorprender y desentrañar los más ricos tesoros de las cosas, ha despertado la idea que floreció en forma divina y es así como en la urdimbre de vibraciones de su alma, su "San Francisco de Asís", se hizo obra. Embelesada por su contemplación, me acude el pensamiento de que, en Zonza Briano se haya producido, al realizar esa obra, un caso de compenetración de almas que es don de los temperamentos elegidos. No dudo de que su espíritu haya acariciado con fruición la sublime figura, y en el fulgor divino de su imagen haya vivido el artista la vida del santo, llegando a ser como él lleno de amor y misticismo, el hermano del lobo y de la alondra y de la selva toda. Y siento aún que al aparecérsele en ensueño esa ráfaga insólita de arte que aleteara en la mente del monje — cuando por feliz inspiración cincelaron sus manos aquella copa primorosa, — fundido en común ardor y creyendo suya aquella presea del espíritu, la contempla con deleite, con arrobamiento...; pero siento también que al llegar el instante aquel en que el religioso, en su celo de pureza, consideró la obra signo de vanidad mundana, y la arrojó, destruyéndola, como cuerpo del mal, el escultor, instintivamente cierra sus manos con desesperada avaricia para retenerla y salvarla; un estremecimiento de angustia invade todo su ser y sus fibras de artista lanzan un grito de protesta, y ante ese acto de inconsciente sacrilegio se independiza horrorizado para enseñorearse en su personalidad. Pero,... no hay ya rencor. Ya la obra está consumada; ya a esa figura, inspiradora del arte, vejada en un momento de exaltación, se le ha entregado su cetro de soberanía suprema.

Como aparición hierática, velados por sus dolientes párpados los ojos, que miran para adentro en completa abstracción del mundo, lo sentimos deificado, entre los pliegues armoniosos de su vestidura mística.

El éxtasis que me produce esa creación grandiosa, me evoca otras, y otras de lejanas regiones... y con tal claridad las veo, que me siento presa de la misma emoción que cuando las contemplaba en los gloriosos tronos que el arte ha erigido para las obras consagradas... Y pienso en los mil elementos que concurren a formar una obra magna; en la pesadumbre y regocijo con que se amasa la imagen; en el amor y la fe que han temblado en un alma!... Y que en ese retraimiento de la vida interior, en el callar de las múltiples sonoridades de fuera que no adormece en la sombra a los cerebros activos, es cuando más se acrecienta el bullicio de los dominios internos. ¡Cuántos debates de ideas no se han librado en el análisis de la obra! Unas apuntan con frialdad severa la imperfección; menos sinceras las otras, pero más madres, defienden con amor la hija de su sentimiento; y cuando por común acuerdo se aplacan las voces de contienda para dar paso al grito de victoria, la sanción interior no es menos triunfal y clamorosa que las palmas, los lauros y clarines con que el mundo honra y enaltece a los elegidos.

Manlia Erea.

LAS DOS CATARATAS

Por el Dr. Luis A. de Herrera.



. . . . Como sorprendidas ante la existencia inesperada de ese foso gigantesco, las aguas parecen erguirse para retroceder cual si las aguijoneara el instinto de las humanas desesperaciones, pero el abismo no perdona y entonces se descuelgan, frenéticas, por aquel trampolín, desafiando, con la temeridad del ataque, la temeridad de la resistencia. Ese es el momento clásico de la lucha, cuando el espíritu, sacudido por borrascas, se rinde para admirar, postrado, tanta maravilla. El vellón blanquísimo, tegido en las rápidas por los dientes incisivos y crueles de un mecanismo cuya maestría artística no admite paralelo; ese manto de espumas inmaculadas, más puro todavía que el armiño, que envidiaría el más grande de los reyes, se desmenuza, queda reducido a polvo, cuando el turbión se desploma, rehaciéndose de nuevo allá abajo, en la llanura de las aguas dominadas, mientras sobre las neblinas que la caída engendra y que semejan un aliento, escribe el sol un arco iris perfecto, que también la creación tiene su signo hermoso de paz y de misericordia. He hablado sólo del blanco cuando en aquella paleta del mundo todos los colores fundamentales tienen espacio y todas las combinaciones complementarias están representadas, porque, contemplando al Niágara, se asiste a la coronación gloriosísima e infinita de la luz. Allí ha puesto ella con su cetro, el genio de la pintura; allí su capricho hilvana juegos de efectos prismáticos admirables; allí, sobre los encajes con que adorna orgullosa su cresta, cada onda llamada por el vértigo, traza, al pasar, pinceladas que no pertenecen a escuela alguna porque son inimitables. Nada entiendo de arte y, sin embargo, en ciertos momentos influencias extrañas enardecían a mi pobre imaginación estéril.

Mirad como se colora de un precioso rojo ese haz de aguas al arquearse, con las perfecciones de una ceja, sobre la roca viva; ved, a la izquierda, un tono distinto que cualquiera jugaría se ha obtenido fundiendo millones de esmeraldas; sorprended, a la derecha, un chorro azul, espléndido, de agua marina, que, atado con lazos de espuma a otros chorros azules, evoca la memoria de una bandera querida; buscad, que la encontraréis, en aquel joyel inagotable, satisfacción a la codicia de príncipes y de artífices, que no hay ensueño de la mente humana que no tenga engarce sobrenatural allí, en esos ríos de pedrería, que se precipitan abrazados, como si quisieran ablandar el corazón del gigante atando a su cuello collares infinitos de perlas, de diamantes, de topacios y de turquesas montadas sobre rubíes. ¿No habrá sido ese el asiento elegido por Satanás para tentar, con escaparate de argumentos feéricos, la virtud de la mujer? Hasta la leyenda mágica de los tesoros del Conde de Monte Cristo huye avergonzada ante esta rivalidad. Todos los talentos del pincel se encontrarían sin originalidad si interrogaran al Niágara, pues desde las bizarrías geniales de Rubens, que están reproducidas en proporciones inmensas, allá, en aquel caudal de aguas bermejas, que posee sombras de rostro humano, hasta las tintas vivísimas de Fortuny y de Villegas, cuya alegre confusión de claveles rojos y multicolores mantos sevillanos, parece calcada en estas irisaciones magníficas del frente, todos los secretos de la más audaz inspiración los descubre, los derrocha, la sugestiva catarata. Y en lo hondo del precipicio, cuando la corriente, después de enterrarse en una profundidad de doscientos a trescientos pies, vuelve a la superficie, todavía rumorosa, pero ya quebrada — porque se creería que también al líquido una tan enorme caída lo convierte en paralítico — asistimos a una serie de nuevas alquimias luminosas. Aquella pulpa, que se dijera dolorida una vez estrellada contra el suelo, se desliza, sin elasticidad, casi jadeante, cubierta de manchas obscuras con ribetes espumosos, que parecen imitar cuajarones sanguinolentos. Estrías, ora negras, ora violáceas, ora granadinas, caracterizan variadísimos aspectos que encuentran nutrido parentesco en la familia de las ágatas. Ese espectáculo pertenece a las horas del día. Durante la noche el telón no se corre por completo y, favorecidos por el contraste de las sombras, destacan como una corola, los altos penachos que envuelven en sus cendales el sitio de la eterna querella. Entonces el oído gana en atención lo que pierde el sentido de la vista e inclinados sobre la ribera se escucha, en el mayor silencio, la voz silbadora y nunca enronquecida del elemento. Como alaridos de júbilo salvaje, de incitación a la pelea, ruedan aquellos relinchos de volcán. Extraño concierto, presidido por todas las majestades de la tierra; endemoniadas sinfonías, sólo obedientes al compás infinito de la madre naturaleza. ¿Cómo no sentirse subyugado por tanta exuberancia de notas, arrancadas a las entrañas del misterio, cuando en la vida ordinaria las músicas de una mediocre banda militar nos llama y nos seduce? ¿Puede sorprender, entonces, que el Niágara haga esclavos de sus visitantes, noche y día, lo mismo cuando dialoga con el sol, vistiendo de oro y púrpura sus rayos mensajeros, que al poner en derrota al espíritu de las tinieblas? La atracción magnética que ejerce alcanza intensidades irresistibles y, talvez pagando tributo a esa dominación férrea, es que uno llega hasta el último escalón de la plataforma y, todavía no satisfecho, se inclina, casi con peligro, sobre la baranda, movido por un anhelo raro, que, como las glorias mortales, las glorias inmortales también poseen fascinaciones que invitan al fanatismo.

Si la oratoria tribunicia rompe voluntades, al punto de convertir en aplausos apasionados los apóstrofes iracundos de la víspera; si la palabra irreprochable de Lamartine amansa y conquista al populacho revolucionario de París, ebrio de cólera y orientado por odios de barricada; si, al influjo arrastrador de Castelar, caen instituciones podridas y surje, cual una alborada aunque efímera, el ideal de una república, ¿cómo suponer que esta otra elocuencia, engendrada por el huracán al desplomarse sobre el abismo, mucho más potente, más trágica, más próxima al ensueño, multiplicada millones de veces en la fuerza de sus bajos, de sus agudos y de sus inflexiones épicas, arrojada al oído de una muchedumbre, por la garganta atronadora de otra muchedumbre, cómo suponer, digo, que esa elocuencia, digna de titanes, no arrebate corazones y no rompa la caja del pecho con preces de admiración? Vencidos por esos atractivos perversos, reproduciendo la escena del débil pajarillo y de la víbora, muchos neuróticos se han adelantado a la cita inevitable, arrojándose al torbellino que, luego de macerar sus cuerpos y de arrancarles girones de carne ensangrentada, apenas se ha dignado escupirlos, como una resaca, informes y deshechos, en las estribaciones inferiores. Días antes de mi llegada, una pobre muchacha, dominada por esa singular pasión romántica, buscó, con éxito, el suicidio en la sima fragorosa. Pocas horas después, sus restos mutilados señalaron el rastro de otro fúnebre naufragio. Leí en los diarios de la localidad que su familia manifestó a la policía, como posible origen de aquella tragedia, el hecho de que la desgraciada, desde tiempo atrás, venía diciendo que el Niágara la llamaba a sí. Pero no es de ahora que la catarata engulle a infelices que voluntariamente se ofrecen de pasto a sus apetitos caníbales. Cuenta la tradición que cuando los indios eran señores de la comarca, ellos inmolaban todos los años la virgen más linda de la tribu arrojándola, como la más valiosa ofrenda, entre los tentáculos del mónstruo, para aplacar así sus cóleras despiadadas. ¡Horrible desposorio con la nada! Agrega la leyenda, que cierta vez la elección sacrílega recayó en la hija única del jefe, pues su belleza no admitía debate. El padre y el novio bajaron la cabeza ante la inmensidad de su infortunio; pero al día siguiente, cuando la víctima, prisionera de una canoa, por ella sola guiada, emprendió el derrotero de su martirio, impelida con la velocidad de una flecha hacia la enorme quijada, vieron los indios, aterrados, que otra barca se desprendía de la orilla llevando a un hombre anciano, en rumbo a la irremisible perdición: era el padre de la infeliz que acataba y extendía hasta él el fallo inexorable! Desde entonces la superstición suprimió ese homenaje al "Dios de las aguas".

No han faltado audaces que han querido gustar el placer mitológico de lanzarse al peligro, de rebotar luego sobre las rompientes y de referir más tarde, ilesos, las impresiones recibidas en el seno de la vorágine. Todos han cumplido las dos primeras partes del arriesgado programa pero, hasta la fecha, ninguno pudo llegar a la tercera. Un célebre nadador inglés hizo la prueba, veinte años atrás, y sólo consiguió aumentar la siniestra estadística.

. . . .

Quienes han visto una y otra cascada afirman que la del Iguazú posee aún mayores encantos que la del Niágara. Todo puede ser. Por lo demás, poco nos cuesta aceptar que aquélla exceda a ésta, al presente, en sus atavíos, en la inmensidad rústica de los panoramas y boscajes que le sirven de marco. A pesar de que el prodigio jamás perderá su carácter monumental, porque el timbre de su arquitectura imponderable está por encima de la crítica de los hombres, pienso que el Niágara que dejó extasiado al explorador La Salle en 1678, debió ser aún mas impresionante que el Niágara que nosotros hemos podido conocer. Los detalles dan o quitan y así como las águilas domesticadas no valen tanto como las águilas salvajes, predilectas de la intemperie y favoritas en los festines carniceros, casi me atrevo a decir que los puentes de hierro que cruza el ferrocarril, y los pueblos vecinos, cada día con más aspecto de ciudades, y los parques improvisados en las riberas, y las calzadas, a retaguardia, de material, y el humo de las chimeneas industriales, y el pasaje de los trenvías eléctricos; en una palabra, que la actitud nerviosa de los enjambres nacidos, como custodios, en la inmediación, ha arrancado al coloso matas enteras de su melena leonada. No atino a explicarme bien, pero vosotros entendéis mi pensamiento ¿verdad? La civilización, se dirá; mas no olvidéis que el Niágara, en su cabal y clásico concepto, está reñido con la civilización; que aquél encarna el señorío bárbaro de las soledades y que ésta tiene su símbolo en la colmena; que mientras una vive al calor de todos los refinamientos el otro ofrece la expresión de todos los desórdenes y de todas las inclemencias, en reino de selvas, de pájaros y de fieras. Pues precisamente, ese capital de prestigios indefinibles, que ya se despide de aquí, existe pletórico y todavía intacto en las costas, hasta hoy misteriosas, del Alto Paraná y por eso creo que la catarata del Iguazú ofrezca espectáculo de más silvestre poderío, abrazada por montes inexplorables de palmeras y presidiendo soberana, desde su lecho de Cleopatra, sin sentirse molestada por un sólo lamento de locomotora, las elaboraciones maravillosas de un mundo siniestro y tropical de indios bravos, de tigres y de venenos mortales.

Notas Sociales



EN NOCHE DE GRAN ÓPERA

HA pasado la clásica temporada lírica que año tras año se desarrolla en nuestro viejo y glorioso teatro Solís. Durante esas noches de intensa sociabilidad he ido anotando en mi cartera las impresiones rápidas y deslumbrantes que herían mi retina al girar la vista por la sala, y ahora, ante las cuartillas que esperan el desarrollo de la crónica, me resulta abrumadora la tarea.

¿Por qué?

Porque en ninguna otra oportunidad como en esta, he notado torpe mi pluma y pesada mi fantasía, pues es tan hermoso, tan rutilante, tan soberbio lo que he visto en la sala de Solís las noches de ópera, que sólo una mente privilegiada pudiera trasladar fielmente al papel una tan inmensa sucesión de hondas emociones.

Todas nuestras damas más elegantes, más distinguidas, de más alto rango en nuestro ambiente social, hicieron acto de presencia en las veladas de la lírica y en verdad que sólo con frase rimada, con vocablos forjados en oro y piedras preciosas pudiera yo rememorar tanta majestad y tanta belleza.

Un espectáculo fascinador que se repitió una y otra noche, y una y otra noche se renovó en intensidad subyugante, al extremo que los ojos llegaban fatigados de tanta hermosura al final de la jornada.

Rostros de perfecta línea, de armoniosos contornos; idealidad de artista exquisito materializada en facciones femeninas. Trajes deslumbradores, derroches de buen gusto y de riqueza. Joyas exornando las joyas palpitantes de los cuerpos de sus dueñas y llenando la sala de titilaciones de estrellas, al ser reflejada la intensa luz en las facetas de las piedras preciosas...

Espectáculo feérico, inolvidable, que no importa se repita año tras año. De él queda siempre un ansia perenne, un ansia que no se apaga nunca y que no bien termina una temporada, ya desea el espíritu volver a gustar de tan delicadas sensaciones...

Dejo un momento de divagar y mis ojos se tornan al carnet de apuntes. Los caracteres trazados apresuradamente, bajo el dominio de una impresión, cobran reflejos de pedrería. Nombres y detalles son como una diadema.

Y no sé cómo tocar, cómo llegar a tanta belleza, evocándola, con los rebeldes puntos de mi pluma.

Cierro entonces los ojos y...

En un alo fulgurante, como una visión de oriente, llega María Amelia Márquez Vaeza, envuelta en el incendio de un traje rojo-rubí. Es una silueta fantástica. Es como si de una admirable amapola surgiera un rostro de singular perfección; un copo de nieve escultural, sobre la perfecta ondulación de una llama...

Margarita Idiarte Borda Platero aparece en la tela de mis recuerdos con la suavidad purísima de una perla. Una delicadeza admirable de lirio, un triunfo de juventud y de elegancia.

Dos hermosos záfiros, los mejores, los más valiosos del mundo, como no se atreviera a soñarlos rey alguno para su corona, se me antojaron, envueltas en sus trajes azules, Blanca Saavedra y Amelia Búrmester.

Con un soberbio traje esmeralda se presentó en clásica noche Ana Mañé Algorta, brillando en el palco de sus mayores con los destellos de su belleza y de su distinción.

Detengo un instante el vuelo de la imaginación para volver luego al magnífico cuadro evocado.

Y se imponen a mi recuerdo: María Helena Serrato, Julia Helena Shaw Villegas y María Luisa Díaz Fournier, que lucieron en las noches líricas sus delicadísimas siluetas, envueltas en elegantes toilettes y como si fueran, en su esbeltez, tres flores de Lys.

Margarita Heber Uriarte pasó ante la admiración de todos, exhalando el perfume de su bondad, e imponiendo la realeza de su distinción.

Micha Villegas Márquez y Olga Beherens Hoffmann, como dos rosas de Francia, orgullo de jardines, dejaron a su paso una estela de homenajes.

María Angélica Requena Cordero, deslumbró con la pureza de líneas de su rostro y el brillo de sus ojos negros como dos diamantes fantásticos.

Y así podría continuar señalando y cantando a todas las flores de juventud y de elegancia que hicieron de la sala de Solís un sitio de ensueño.

Pero al volver las páginas de mi libro de apuntes encuentro los nombres de las señoras que dieron a las noches de ópera todo el prestigio, todo el impositivo relieve de su distinción.

Más reinas que las reinas verdaderas; reinas por su belleza, por su cultura, por su chic; disputaron las loas de toda la concurrencia y fueron, al igual que las señoritas, las que mantuvieron y elevaron quizá aun más el concepto envidiable en que se halla la sociabilidad uruguaya.

Al verlas, una y otra noche, en sus palcos o en sus plateas, luciendo toda la majestad altiva y serena de sus prendas físicas y morales, he pensado que en nuestras democracias no necesitamos de la depuración de un largo abolengo para tener damas que nada tienen que envidiar a las duquesas, y si a mucho me obligan, diré que nuestras mujeres tienen más espíritu nobiliario, más arrogante apostura que una infinidad de marquesas y princesas, de las que ocupan puesto principal en la clásica nómina de Gotha...

Y en este estado de ánimo, bien justiciero por cierto, contemplé con verdadera admiración a las señoras René Usher de Artagaveytia y Blanca Usher de Heber Uriarte.

A la señora Sara Guani de Cardoso, a quien evoqué interpretando en el escenario de Solís



Té organizado por la Sociedad Entre Nous a beneficio de los Premios a la Virtud

Fiestas Infantiles

NADA más encantador que una fiesta de niños. En ella el espíritu de los "grandes" encuentra un delicioso motivo de esparcimiento. Diríase que en el ambiente propicio, todas las dulces impresiones de los tiempos que ya no han de volver, resurgen con fuerza impositiva, y vuelve uno a sentirse niño y por ende completamente feliz.

Esto en lo que se refiere a nuestras impresiones.

Los niños tienen otros pensamientos en los instantes de amable reunión. Para ellos la vida no ha tenido aún rudezas y amarguras y esos minutos de holgorio los aprovechan con toda la vehemencia de sus candorosos entusiasmos.

Las fiestas infantiles son deliciosas y son también educativas. Son una escuela amena de sociabilidad. Si con motivo de la celebración de un natalicio o de un onomástico, un niño reune a su alrededor a sus amiguitos y amiguitas, es un medio muy hermoso de despertar en ellos principios de cultura y de distinción.

De esta suerte, los niños van preparándose para la vida de salón y cuando lleguen a verse obligados a las prácticas sociales, constatarán la utilidad de las reuniones infantiles, que sirvieron para darles las primeras nociones de corrección mundana...

Dos fiestas infantiles se realizaron en los últimos días. Una en casa de los esposos Amézaga-Alvarez y otra en la morada de los esposos Lasala-Alvarez.

En el primero de los hogares citados la reunión fué en honor del pequeño Juan José de Amézaga - Alvarez, quien celebraba su onomástico. — La segunda fiesta se dió en homenaje a los niños María Inés Peixoto Lasala y Panchito Lasala Boffil, los cuales celebraban en un mismo día la fecha de sus nacimientos.

Fueron — y esto se sobreentiende — dos hermosísimas reuniones. En la primera el número sensacional de la tarde lo constituyó una sección de biógrafo que obtuvo el más cumplido éxito. Las escenas divertidas que se reprodujeron nítidamente en la tela provocaron en el bullicioso cónclave el más grande de los regocijos. Se aplaudió y se ovacionó. Fueron momentos intensamente sentidos y de los cuales los pequeños han de guardar hondo recuerdo.

Después de la notable sección de biógrafo, los niños — imitando en esto a los mayores — se entregaron a las delicias del baile. Y se bailó con entusiasmo, con gran entusiasmo, sin desmayos. Tuvo la danza tantos atractivos como los habían tenido las cintas cinematográficas.



Un delicioso grupo de concurrentes a la fiesta realizada en honor del niño Juan José Amézaga Alvarez

Y al fin un soberbio lunch completó el programa del festival, y en él los pequeños repusieron energías.

En la otra fiesta — que fué también brillantísima y reunió a un gran número de pequeños — la sección de biógrafo fué sustituida por una función de teatro de marionetas.

¡Con qué profundo interés se siguieron las incidencias del espectáculo, conducido con suma habilidad por los encargados de comunicarles vida escénica a los muñecos!

Las escenas guignolescas fueron largamente aplaudidas y la más grande alegría resultó de la comicidad de las obras interpretadas.

También en esta reunión se bailó después de la función y luego se pasó al comedor donde el buffet obtuvo los más cumplidos homenajes de la minúscula concurrencia.

¡Y qué triunfo de cabecitas rubias y morenas en ambas reuniones!

Diríamos un jardín, un esplendoroso jardín, donde maravillosas flores de inocencia, de candor, de vida palpitante surgían ante nuestros ojos embelesados, llevando a lo más hondo de nuestro sentimiento una emoción dulcísima. Con los niños y entre los niños, se olvidan las asperezas de los hombres. La ingenuidad de esas almas en embrión, a las cuales aún la vida no ha maculado con sus trazos de amarguras y de egoísmos, llega a nuestro corazón como un rocío vivificante, que acalla fuegos pasionales, odios, desesperanzas, iras y malos anhelos.

La inocencia de unos ojos de niño descorre como por encanto todas las nieblas que la lucha de todos los días pone en nuestras pupilas.

Y diríase que la sonrisa de unos labios infantiles es como una aurora, a la cual despierta más de una vez nuestra obcecación para encontrar bueno lo que creíamos malo y solución a un problema que se presentaba ante nuestros ojos con aspecto aterrador.

Un día, unas horas tan sólo, entre los niños ejercen sobre nuestra mentalidad un efecto purificador, regenerador. Nos vincula con nuestro propio pasado, recordamos nuestra niñez, pensamos que entonces fuimos generosos, altruistas y sencillos, y bajo la influencia de aquella vida que para todos es placentera, nos sentimos capaces de ser más buenos, menos egoístas, más sensitivos.



Grupo encantador de los que participaron en la reunión con que se festejó el cumpleaños de los niños Inés Peixoto Lasala y Panchito Lasala Boffil

De ahí que nos sintamos tan íntimamente gratos a las dos fiestas infantiles de que damos cuenta en esta página.

Tanto Juan José Amézaga Alvarez como María Inés Peixoto Lasala y Panchito Lasala Boffil, fueron obsequiados con muchos y muy ricos regalos.

Tom.

EL TORNEO INTERNACIONAL DE GANADERIA

NO puede permanacer SELECTA indiferente ante las grandes, las verdaderamente gloriosas manifestaciones de la riqueza nacional, exteriorizada en torneos como el que se realizó en el Prado y al cual dió brillo inusitado la concurrencia de familias muy principales.

Constatar, elogiar debidamente, hacer que todo ello se conozca profusamente en el extranjero, cuando de manifestaciones de progreso se refiera, es coadyuvar a la gloria del país, porque si nuestros guerreros y nuestros patricios han puesto el nombre de la nacionalidad como una afirmación de arrogancia, de virilidad y de heroísmo; hoy nuestros hombres de trabajo y de iniciativa son los encargados de hacer conocer las características actuales de nuestro pueblo, vale decir, todo lo que ha podido avanzar en menos de una centuria en la senda luminosa del progreso, senda que guarda para nuestras actividades nuevas, una riqueza en cada palmo, una facilidad de producción en cada recodo y en una meta no muy lejana una potencialidad económica, que ha de ser en el Continente Sud como un faro radiante que atraerá irresistiblemente a todas las voluntades, a todas las iniciativas que, en los ámbitos más remotos del mundo anhelen un ambiente propicio para su fecunda aplicación.

La Exposición Internacional de Ganadería fué un admirable triunfo del país y fué una demostración bien concluyente de que ya nuestro solar no es más una extensión semisalvaje de tierra, donde el contraste de un abandono que fué resaltaba aun más lamentablemente con los progresos de la capital.

Ya las "cuchillas" no están deshabitadas, ni las llanuras se ofrecen al viajero como una desolación. Ahora tenemos inmensas praderas, praderas que remedan las famosas norteamericanas, donde los ganados de sangre, de alto refinamiento, desarrollan una riqueza que es ya asombrosa en relación al tamaño de nuestro territorio.

El afán y la dirección inteligente de los hombres progresistas, de los uruguayos que honran al país, ha amplificado la producción ganadera en una forma admirable, y de la bondad de los productos que se adquieren dan fe las magníficas cotizaciones que las carnes del país disfrutan en los mercados del mundo.

En nuestros establecimientos rurales ya no hay ganado "criollo". Un rodeo de cinco o seis mil cabezas Durham o Hereford no es cosa asombrosa, y de uno a otro confín de la República se alienta un espíritu nobilísimo de emulación que dará al país grandes, envidiables satisfacciones.

La antigua "estancia", que no era más que una gran extensión de tierra donde los ganados crecían en estado salvaje, sin que el hombre le proporcionara ningún recurso para defenderse de las inclemencias de la naturaleza — ya no existe casi en nuestro territorio, y si aun queda algún ejemplar, como verdadera curiosidad lo contemplamos.

Y es que el progreso sacude todos las voluntades, aun las más reacias, y lo remueve todo sin detenerse en sensiblerías inútiles, para obtener un mayor rendimiento de riqueza y de felicidad.



El Presidente de la República
acompañado de los miembros de la Asociación Rural,
entrando al local de la Exposición.



El brillante concurso de familias presenciando el desfile
de los valiosos productos exhibidos



El señor Vidiella (hijo) y familia visitando las dependencias de la Exposición

EL TEATRO SOLÍS A través de su historia

MAS de medio siglo tiene ya nuestro primer coliseo. Es casi un monumento nacional, no sólo por los hombres que intervinieron en las gestiones para su construcción, sino también por los artistas gloriosos que magnificaron su escenario.

Es ya venerable ese ambiente de alta intelectualidad que forma como una aureola al coliseo principal, aureola en la que se mezclan los recuerdos de muchos geniales cantantes, artistas, oradores, concertistas y poetas, que han dejado en la amplitud armónica de la sala como un eco de sus voces, de sus concepciones admirables.

Teatro de tradición, teatro que surgió de entre los fragores de una lucha terrible, como un iris de bonanza, como la materialización de un férvido anhelo de orden, de cultura, de civilización, y que bien nos dice, con las lineas severas de su arquitectura, que los hombres de aquella época triste, en que América toda se estremecía de horror, no se rendían a las imposiciones bárbaras del momento, y mientras combatían, pensaban que hay algo superior a todas los combates de las pasiones y a todos los impulsos de la ambición: el arte.



Francisco Javier Garmendía,
Arquitecto, autor de los planos que sirvieron para la construcción del Teatro Solís



Giuseppina Medori,
ilustre cantante que actuó en 1857

Así surgió el Teatro Solís, así se consolidó al ser "apadrinado" por los más esclarecidos ciudadanos de entonces, y al atraer muy luego a su escenario infinidad de glorias artísticas, adquirió rápidamente un prestigio que no se lo disputa ningún otro coliseo sudamericano.

Antes decimos que es un monumento nacional y tal repetimos al examinar ahora todas las características que precedieron a su construcción y al recorrer las páginas de su historia radiante.

***

El 24 de Junio de 1840 surgió la idea de construir un teatro, que reuniese las condiciones exigidas por la importancia de nuestra capital y la cultura de la población.

La primera Comisión nombrada para estudiar un plan por el que se pudiera llegar a este fin, la componían los señores: Juan Francisco Giró, como Presidente; Juan Miguel Martínez, Contador; Ramón Artagaveytia, Tesorero; y Vicente Vázquez, Secretario

Como se ve, eran todas personalidades las que acogieron con entusiasmo la idea de construir un coliseo y los que con sus nombres comenzaron a prestigiar tan noble propósito.

Ee prestigio se acrecentó al nombrarse al dia siguiente de la fecha indicada, la Comisión que debia formar la sociedad por la cual se llevaría a la práctica la idea de construir un teatro.

Componían esa Comisión los señores: Antonio Rius, Vicente Vázquez, Luis Lamas, Juan Benito Blanco, Ramón Artagaveytia, Manuel Herrera y Obes, Juan Miguel Martínez, Francisco Furriol y Florentino Castellanos.



El barítono José Cima
que actuó en el «Hernani» cantando en la noche de la inauguración del teatro

Esta Comisión tuvo a su cargo todo lo relativo a la organización de la nueva sociedad y el 16 de Julio del mismo año se nombró la primera Comisión Directiva, elegida con arreglo a los Estatutos redactados y en la que formaron los señores: Luis Lamas, Juan Miguel Martínez, Juan Benito Blanco, Francisco S. Antuña, Juan F. Giró, Ramón Artagaveytia y Vicente Vázquez.

Cuando se contó con el capital necesario para iniciar los trabajos de construcción del teatro, se encargaron los planos. El arquitecto señor Francisco Javier Garmendia presentó unos, los que fueron aprobados el 10 de Agosto de 1841, comenzándose de inmediato los trabajos.

Sin embargo la obra quedó paralizada durante la Guerra Grande — vale decir, durante nueve años — reanudándose en el año 1852.

El 25 de Agosto de 1856 se inauguró solemnemente el nuevo coliseo, realizándose una función de gala a la que asistieron los Poderes Públicos y toda la más distinguida sociedad de la época.



Ana Lagrange,
que actuó en 1859. Fué también una artista excepcional

Una compañía lírica puso en escena esa noche memorable la ópera "Hernani", estando el reparto hecho en esta forma:

Primera dama absoluta, señora Sofía Vera Lorini; primer tener absoluto, señor Juan Comoli; primer barítono, señor José Cima; segunda dama, señora Josefina Fati; bajo profundo, señor Felipe Fati; bajo profundo, señor Sardon; segundo tenor, señor J. Chiodini; director de orquesta, señor Pretty.

En esa noche se repartieron en el teatro unas hojas sueltas conteniendo unos versos que el poeta Francisco Xavier de Acha dedicaba a la Comisión que había llevado a cabo, tesoneramente y sin desmayos la construcción del que debia ser primer teatro del país, y uno de los importantes de Sud - América.

Esos versos los insertamos a continuación. Muy pocos conocen esas estrofas, las que constituyeron un galano saludo y amable felicitación a los ciudadanos que habían contribuido tan eficazmente a una obra de cultura nacional.

He aqui esos versos:

A LA INAUGURACION

DEL

TEATRO SOLIS

- -

Tributo de veneración

- -

DEDICADO A LA COMISIÓN DIRECTIVA DEL MISMO

- - -

Del progreso las artes y la industria
Que son del siglo la inmortal corona
Canta mi voz la gloria que hoy pregona
Todo un pueblo en dichosa animación.
Y de entusiasmo el alma arrebatada,
Inspirado por alto patriotismo,
Con la vista elevada hasta Dios mismo
Rindo un culto a Solís de admiración!

— —

Aqui, bajo su bóveda esplendente
Con los colores de la patria ornada,
Estático yo fijo la mirada
Y al genio y al trabajo envio — salud!
Salud a la conquista portentosa
Que el arte noble en Uruguay alcanza!
Reanímese del pueblo la esperanza
Del progreso al brillar la excelsa luz.

— —

Prenda salvada del naufragio horrible.
Padrón de gloria entre la ruina alzado.
Te ostentas tú, Solís engalanado
Con el primer blasón monumental,
Y el pueblo que te admira alborozado,
Confuso acierta a preguntarse apenas
Si en medio de sus horas inserenas
Fué posible este templo levantar!



El teatro Solís en la época de su inauguración. Como se vé en la fotografía los cuerpos laterales no existían

Dile que sí, Solís! dile que admire
De la constancia y el trabajo el fruto;
Dile que mire en tí el bello tributo
Del espíritu audaz de asociación!
Dile que te contemple y te lamente
Las horas ¡ay! de su infeliz pasado;
Dile que si a él la guerra lo ha postrado
Tú debes a la industria tu erección!

———

Gloria a la industria y a las artes gloria!
Gloria al trabajo que ennoblece al mundo
Glorias al genio, creador, fecundo,
Que hoy resplandece en Uruguay Feliz!
Glorias al pueblo que sus palmas bate
Celebrando dignísima victoria!
Para más señalada hacer su historia
Un día inmortal, necesitó Solís!

———

También tu nombre es inmortal Solís
Y rememora el del audaz piloto
Que el primero burlándose del Noto
En nuestras playas enclavó la cruz.
La cruz que es signo de progreso y vida,
En cuyo nombre al porvenir marchamos
Y templos y santuarios elevamos
A las artes, al genio, a la virtud!

- - -

Gloria también, honor y lauro eterno
A los hijos del pueblo que esforzados
En Comisión modelo congregados
Dieron cima a esta obra colosal!
Gloria a la abnegación, al patriotismo
Que los señala como honroso ejemplo:
Sus nombres inscribir en este templo
Debes tú en galardón, pueblo Oriental!

- - -

Arrebatada de entusiasmo el alma
Deja mudo mi labio al contemplarte;
Gloria monumental, puedes mostrarte
Siendo el orgullo de la patria, sí!
Admiración de propios y de extraños
Galardón nos darás y nombradía,
Como gloria y renombre nos dió el día
En que ostenta su gala el Gran Solís!

Francisco X. de Acha.

Montevideo, Agosto 25 de 1856.



Don Juan Miguel Martínez,
el «alma mater» de todos los trabajos realizados para poder llegar a ver erigido nuestro primer coliseo

———

LA ACTUAL COMISIÓN DEL TEATRO SOLÍS



Don Pedro Etchegaray,
Presidente



Don Román Freire,
Vice-presidente



Dr. Alfredo Etchegaray
Secretario



Luis Ollivier Montero
Contador

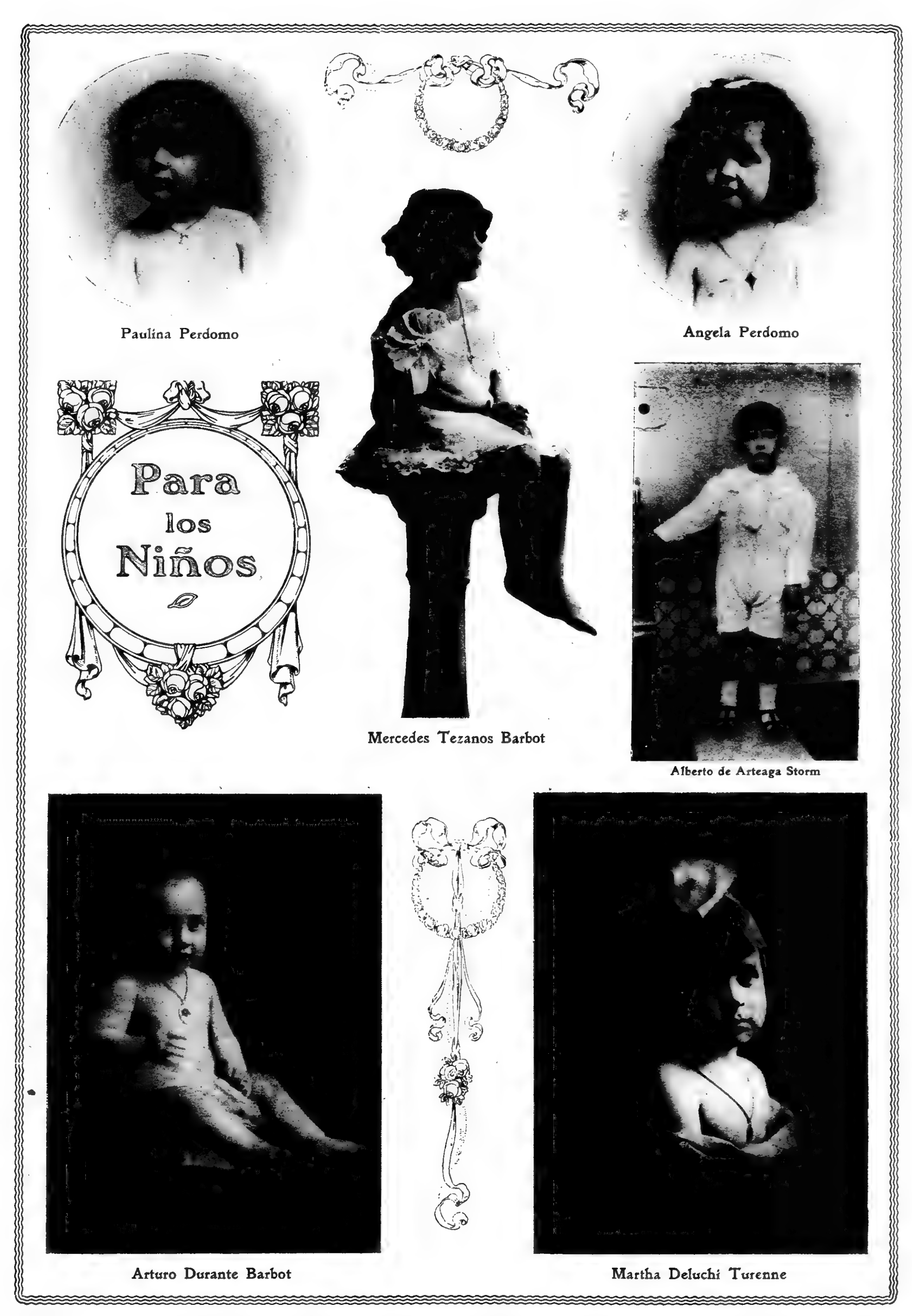




Juan Lorenzo Etcheverry
Vocal



Juan Benbow
Gerente Administrador



Paulina Perdomo

Angela Perdomo

Mercedes Tezanos Barbot

Alberto de Arteaga Storm

Arturo Durante Barbot

Martha Deluchi Turenne



HONOR a la hermana transandina! ¡Honor a sus virtudes cívicas en el mes de su efeméride más gloriosa! Rindiendo culto a nuestro americanismo sin vacilaciones, hoy saludamos a Chile, la República de la estrella rutilante, que detrás de los bastiones andinos guarda celosa la integridad continental frente a la inmensidad del Pacífico.

Para ella, para la hermana que enaltece con su progreso nuestra América libre, el saludo fraternal del Uruguay.

Y para completar esta nota nunca mejor que publicando estas páginas notables del ilustre escritor chileno don Marcial Martínez.

"Ninguno de los factores de la llamada impropiamente revolución de 1810, fué considerado individualmente, hombre extraordinario; pero, contemplados todos, en conjunto, en el grandioso cuadro de la epopeya sudamericana, merecen, a muy justo título, el nombre que el mundo les reconoce de "Padres de la Patria" y de Próceres de la Independencia americana.

No hay quien ignore cuál era el sistema colonial de la España en esta parte del mundo; y, conociéndolo, no es de extrañar que los colonos indígenas aspirasen a la libertad y, como medio de adquirirla, al gobierno propio.

Por más difícil que era, en aquel entonces, la introducción de libros, principalmente de los que podían excitar las aspiraciones a la independencia, no dejaban de circular, entre algunos hombres, nacidos casi todos en el país, pero de sangre española, ciertas obras de las más apropiadas para exaltar el sentimiento innato de la dignidad humana y de la libertad en el manejo de los negocios públicos, que se denomina política. Es hecho perfectamente averiguado que circulaban algunas obras de Raynal, de d'Holbach, de Condorcet, de Volney, de Voltaire y de otros filósofos del siglo 18. Los nombres de los oradores y pensadores, que demolían las viejas preocupaciones de los siglos anteriores, eran familiares a muchos chilenos; y es natural admitir que esos hombres de alta talla, en el mundo de las ideas, habrían hecho escuela en esta remota colonia española.

La historia de la revolución francesa, que trajo al suelo el edificio carcomido de las instituciones y creencias medioevales, era, si no perfectamente, bastante conocida de 40 o 50 chilenos de los más educados, y había muchos otros que tenían tinturas de ese colosal trastorno social y político europeo.

A ese antecedente, de suyo muy poderoso, se unió la emancipación de la Nueva Inglaterra y la consiguiente formación de la nación denominada Estados Unidos de Norte América. Ese ejemplo no podía menos que ser contagioso para la América española, cuya condición colonial era notablemente peor que la de aquel pueblo de origen inglés.

Por fin, ocurrió la invasión de España por el conquistador Napoleón. Nada sería para mí más interesante que detenerme en referir algunos, sino todos, los incidentes del colosal drama que se representó en la península española, de 1801 a 1809; pero esa obra me absorbería todo el espacio de que dispongo. Apenas me será dado dedicar unas cuantas pinceladas a ese episodio de la tragedia napoleónica.

La Corte española, bajo Carlos IV, estaba agonizante; la familia real se encontraba anarquizada por el odio que dividía al príncipe de Asturias Fernando, y el favorito Manuel Godoy. Napoleón se aprovechó de ese deplorable estado de cosas, para engañar al viejo Rey, pidiéndole permiso para atravesar la España con un ejército, falsamente dirigido contra el Portugal, cuando en realidad tenía por misión avasallar la península. De aquí la guerra legendaria que los españoles han calificado de guerra de la independencia, en la cual lucen como estrellas de primera magnitud el 2 de Mayo de 1808, fecha del primer signo de resistencia al invasor y la capitulación de Bailén, de Junio de ese mismo año, firmada por el general francés Dupont, en manos del general español Castaños. Ese desastre produjo honda tristeza, parecida a la desesperación, en el ánimo de Napoleón, quien, al recibir la noticia, exclamó: — "¡Cuánta razón tuvo Corneille al agregar a su famoso "*Qu'il mourut!*", el otro verso que le han criticado: "*Ou qu'un beau désespoir alors le secourut!*".

Es abrumadora la serie de gravísimos acontecimientos que forman la historia de la conquista de España. Cien libros han visto la luz pública sobre esa, para España, heroica guerra; pero, si alguien desease conocer la última palabra que se puede oir en la materia, me atrevo a recomendar de paso la obra que acaba de publicar M. Geoffroy de Grandmaison, titulada "La España y Napoleón", con más la correspondencia del conde de la Forest, Embajador francés en la transitoria Corte de don José Napoleón.

La abdicación del anciano Carlos IV, en favor de su hijo Fernando; la revocación de ese acto; la humillación de Fernando VII en ir a pedir a Napoleón, que se encontraba en Bayona, el reconocimiento de su carácter real; la nueva abdicación que el César francés impuso a Carlos IV y a su hijo; la detención de estos en Francia; la formación de la Junta Nacional de Defensa en Sevilla y del Consejo de Regencia en Cádiz; la guerra a muerte, que decretó la Junta de Sevilla; el levantamiento de toda España contra el usurpador; los numerosos encuentros con las partidas de guerrilleros y con los ejércitos medianamente organizados de los patriotas españoles; el *fervet opus* general en todo el territorio; la ayuda prestada a los peninsulares por la Inglaterra, representada por un ejército a las órdenes de Sir Arthur Wellesley, más tarde duque de Wellington; éstos y cien otros incidentes formaron la gloriosa guerra española contra el astuto, valiente y genial conquistador francés.

Esos acontecimientos tuvieron su contragolpe en América; y de ahí el levantamiento de la colonia chilena en contra de su metrópoli.

La lectura que he hecho de las diversas historias que sobre este particular han venido a mis manos, me ha producido el convencimiento de que no todos los que se pusieron en acción en 1810 tuvieron la firme voluntad de llegar a la independencia; pero que, una vez colocados en el plano inclinado de la revuelta, entraron de lleno en el objetivo de la emancipación y fueron tan entusiastas como el que más.

Se ha repetido con mucha generalidad que los hombres de más ilustración que encabezaron el movimiento emancipador fueron don Bernardo O'Higgins, don Manuel Salas y don José Antonio Rojas. No niego que estos tres caballeros fueron personas de talento y de notable ilustración para su época. Pero, no podría yo asentir a que fuesen los superiores en esos dos órdenes de capacidad, porque no hay medio de medir con fijeza, ni el talento ni la ilustración, y porque al lado de esos personajes figuraron otros que han dejado rastros de superioridad intelectual, como don Juan Egaña, don José Gregorio Argomedo, don Juan Martínez de Rozas, don Camilo Henríquez, don José Miguel Infante y algunos otros. Lo que puede decirse, a la par, de todos ellos, es que fueron hombres probos, de carácter entero, enérgicos, leales y patriotas, de costumbres correctas y de sentimientos elevados.

La historia universal registra infinidad de expresiones, de conceptos, de sentencias, de fórmulas, emanados de escritores, de oradores, de mandatarios, de hombres más o menos representativos de la época en que han vivido, que por sí solos retratan una situación o dan la clave de un problema social, o revelan la psicología de un pueblo o, en ocasiones, la de un personaje sobresaliente o bien sirven de programa a graves acontecimientos futuros; una de esas expresiones es la muy conocida, que Napoleón murmuraba desde 1808 y que no se cansaba de repetir durante su cautiverio: "La guerra de España ha sido una verdadera llaga y la causa primera de las desgracias de la Francia. Ella es la que me ha perdido". Los pueblos son siempre eminentemente egoístas. Los americanos hemos dicho muchas veces que, deplorando muy sinceramente las desgracias que acarreó a la Francia la guerra de España, agradecemos vivamente a Napoleón que cometiera la más fenomenal de las faltas, al emprender la conquista de su vecino, porque anticipó, quizá en medio siglo, la independencia de esta parte del mundo.

Aquí, en este país, y como prolegómeno de la guerra contra España, se pronunció también una expresión, que, no por salir de boca de personas relativamente humildes, dejó de ser una fórmula preciosa y enérgica del movimiento liberatorio. El prior del Hospital de San Juan de Dios de Chillán, fray Rosauro Acuña, y el Regidor don Pedro Ramón Arriagada, de la misma ciudad, propusieron y sostuvieron a principios de 1809, desembozadamente, el tema de que "así como estos pueblos se habían sometido al Gobierno español, también tenían pleno derecho para separarse de él y vivir libres de tantas pensiones y pechos". Esos héroes en ciernes fueron traídos a Santiago y procesados como reos de traición.

En cuatro de las repúblicas americanas se ha pretendido que cada una de ellas fué la primera en donde prendió la idea de la libertad; pero, esa controversia quedará tan obscura como el lugar en donde nació Homero o como el genuino autor de las obras que llevan el nombre de Shakespeare. Por lo que a mí toca, dudo que haya alguien proclamado en alta voz el principio de derecho público de la independencia y del *Self Governement* antes que los chillanejos Acuña y Arriagada.

Pero, sea de esto lo que fuere, no puede dudarse que la aspiración a tener una patria propia bullía en el alma de muchos americanos; y que la guerra fué el glorioso estallido de ese noble sentimiento.

Contemplando, al través de un siglo, el grandioso drama, vé el historiador destacarse tres caracteres predominantes de esa memorable guerra: que ella fué provocada por el elemento civil; que la iniciaron los hombres que formaban la más alta capa social, por la posición, la inteligencia, la instrucción y la fortuna; y que a pesar de la extremada pobreza del país, no se apeló al presente griego del papel moneda, que era un recurso entonces bien conocido, sino que se pidió a la misma miseria lo que ella pudo obrar en aras de la patria naciente. La obra de los próceres de la independencia fué, en la extensión de la palabra, milagrosa."


D. Bernardo O'Higgins


D. Manuel de Salas


Lord Tomás A. Cochrane
Conde de Dundonald


Don José M. Infante


D. Juan M. de Rozas


D. Manuel Blanco Encalada



LAROCHE



QUE "sabe interpretar el alma del paisaje" dice un apunte periodístico que tengo ante mí.

Y así es efectivamente.

Ernesto Laroche no es un paisajista a la manera de tantos paisajistas que andan por ahí. A la aguda penetración de su mirada, a la fuerza expresiva de su imaginación, la naturaleza cobra una fisonomía especial, vive, adquiere una modalidad, diríase que evidencia un pensamiento, un estado de espíritu.

Y es que Laroche desentraña de la campiña un sentimiento tan hondo, tan exacto, tan admirablemente expresivo, que diríase surge de sus cuadros una "psicología" del paisaje, porque es eso lo que sugieren sus telas.

Nunca mejor que en los lienzos de Laroche se puede comprobar la influencia que en toda manifestación de arte puede ejercer el temperamento que las crea.

Los paisajes del notable pintor compatriota tienen, al propio tiempo que una extraordinaria luminosidad, que una amplitud asombrosa de espacio, que una lejanía inmensa de horizonte, una profunda melancolía.

Los árboles adquieren majestuosidad impresionante. Se elevan en la diafanidad de los cielos generalmente serenos, amplios, infinitos, de un azul de poema, como expresiones hieráticas de un estado de alma, de una insondable melancolía, inmovilidad reflexiva y contemplativa.

Es como si Natura se contemplara a sí misma y de esa contemplación extragera un caudal enorme de serenidad, de paz, de armonía silenciosa y aleccionadora.



Paisaje Otoñal" galería particular

Si una obra de arte no es más que la naturaleza vista a través de un temperamento, es indudable que los cuadros de Laroche, son una acabada, una hermosísima materialización de este axioma, que tiene gran base de exactitud y ha servido para la orientación de todos los rumbos literarios, pictóricos y escultóricos iniciados en nuestra época.

No voy a señalar como alto mérito del pintor, su dominio grande del dibujo, su técnica impecable en la distribución de las tintas, su cuidadosa exactitud en la verdad de las tonalidades, sus grandes conocimientos de perspectiva. Por sobre todo eso, que es mucho, muchísimo, los cuadros de Laroche tienen lo que antes digo: una faz sentimental, un aspecto poético, algo que no está ni en los temas, ni en los matices y está en ellos y en todo el conjunto: forma la esencia preciada, la más preciada de la composición, da carácter a la pintura y subyuga no sólo a la mirada sino también a la imaginación.

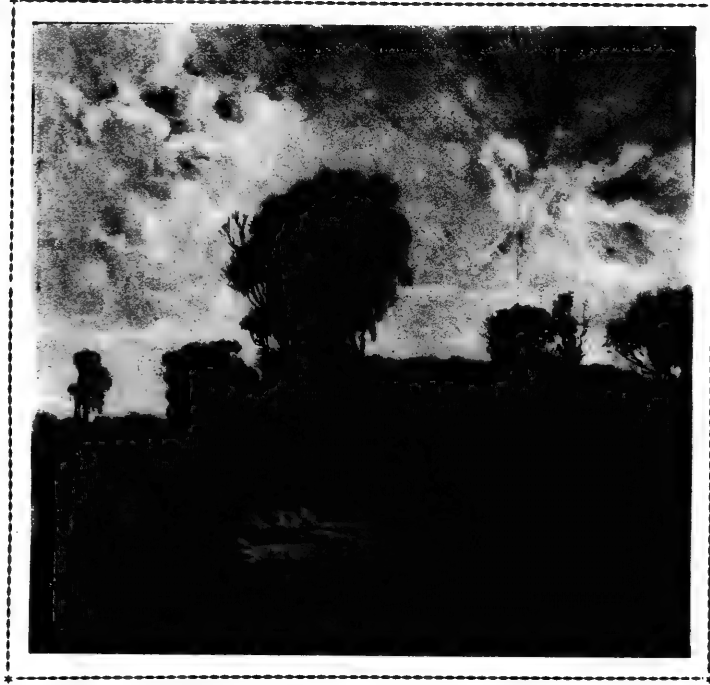
Siempre dentro de una admirable serenidad de expresión, en una calma majestática, los cuadros de nuestro estimado compatriota tienen variedad de "sentimiento" (y permítaseme el uso de este vocablo que quizá parezca inapropiado a primera vista).

En "La canción del silencio", por ejemplo (el cuadro se halla en el Museo de Bellas Artes), esos árboles que se elevan rectos, cortantes, como mástiles, queriendo utópicamente llegar hasta la altura azul, diáfana, infinita de la bóveda del cielo a mí me han causado una impresión que defino así: la soberbia se encarna en esos árboles, quieren elevarse a las nubes y ante la imponente grandiosidad del espacio, quedan amarrados por sus raíces al suelo carcelero, estremecidos, diríase, de temor, cuando la débil brisa los hace oscilar suavemente. El ambiente en el cual esos árboles se elevan es un trozo del infinito llevado a la tela.

En el hermosísimo lienzo titulado: "Los buenos amigos del rincón del bosque" el



"La Canción del Silencio" Museo Nacional de Bellas Artes



"La Picada', galería particular.

pintor da a los dos corpulentos y viejos árboles una encantadora expresión de amistad, de compañerismo secular en medio a la soledad embriagadora de aquel rincón del bosque, donde la huella humana no profana la calma, donde las aves armonizan con sus trinos, quebrando el silencio imponente. En este cuadro son los árboles tan sólo los que dan fuerza expresiva a la obra. El cielo, las lejanías, pasan a una figuración secundaria y son los copudos y fuertes "amigos" los que encierran todo el pensamiento que dió origen a la composición.

En otros cuadros Laroche pone toda la riqueza de su paleta, toda la brillantez de un colorido magnífico, llenando (esta es la palabra, llenando de sol todo el perímetro de la tela encerrado en el marco. Tal ocurre en un lienzo de gran tamaño, donde unas parvas reflejan, en el oro de las espigas, la intensa luz solar.

Sentimental, hondamente emotivo, con una irrefrenable intuición poética, Laroche tiene una firme personalidad a cuya influencia sus cuadros evidencian un extraordinario personalismo.

A mi juicio, es el primer paisajista de Sud - América.



Según unos datos biográficos que tengo a mano, la labor de Ernesto Laroche es muy vasta, estando representado con sus obras



en las principales galerías y colecciones particulares del país. Muchos de sus cuadros han sido difundidos por el grabado y la estampa.

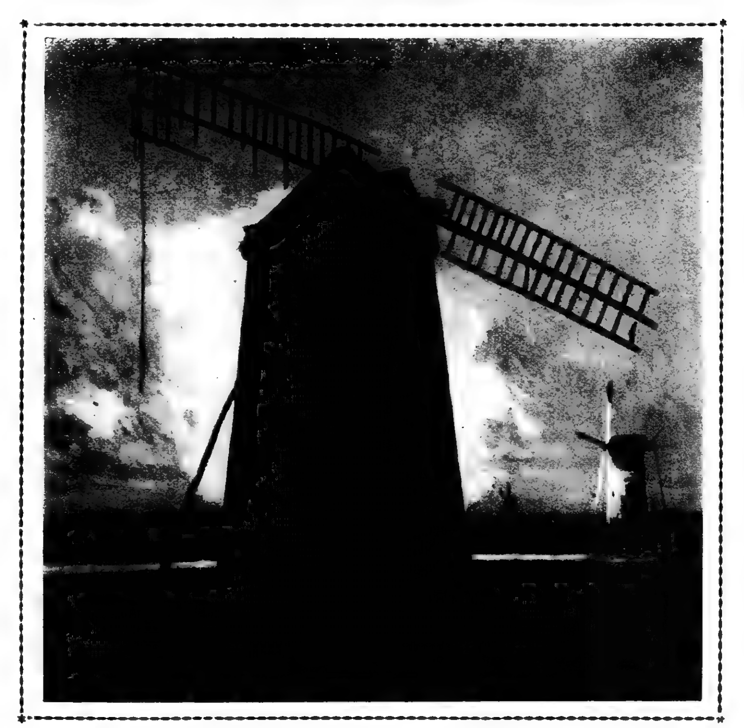
Nuestro Museo de Bellas Artes conserva dos de sus mejores óleos: "La canción del silencio" y "Cumbre del Cerro Arisco". El Museo de Bellas Artes de la Asunción del Paraguay, un óleo titulado "Tierra uruguaya". La Biblioteca Pública de Porto Alegre un óleo que lleva el título de: "El cerro de las ánimas" y cuadros suyos existen también en las principales galerías de Buenos Aires.

Es miembro honorario del Círculo Fomento de Bellas Artes de Montevideo; socio correspondiente de varias agrupaciones artísticas y desde 1911 desempeña el cargo de Secretario del Museo Nacional de Bellas Artes.

Actualmente, por resolución del Gobierno, ha pasado al Archivo y Museo Histórico Nacional, a fin de cooperar en la organización definitiva de la sección Museo de dicha institución.

Simón de Mántua.





La más reciente obra de Laroche

De otros tiempos

Joyas históricas



Prendedor perteneciente a Doña Mariana Cibils de Gómez

Pulsera que usó Doña Dolores Buxareo de Pereira

Mate que usó el gobernador del Paraguay Solano López

JOYAS históricas y algunas de inapreciable valor, son las que exornan esta página.

De valor por su antigüedad y por los elementos preciosos que en su composición entran y de valor también por su tradición histórica.

Se destaca del conjunto, con verdadero realce de mérito, el hermosísimo pretal de oro y plata, hecho en la época de la Independencia y usado por uno de aquellos caudillos que llenan con su valor y su arrogancia muchas páginas de nuestra historia.

Es un magnífico trabajo, en el que el cincel ha trazado dibujos de una delicadeza extrema, ornamentación admirable.

Este pretal, que reune tantos méritos, figura en la colección del doctor Martín Suárez.

El mate, de gran tamaño, fué usado por el Gobernador del Paraguay, Mariscal Solano López.

Es una soberbia pieza de plata en la que aparecen engarzadas grandes y legítimas esmeraldas.

El cincelado en este mate presenta también caracteres verdaderamente notables. Es un trabajo de gran mérito que adorna admirablemente la colección de la distinguida señora Sofía Blixen de Suárez.

De esta misma colección hemos obtenido la fotografía de un espléndido collar de perlas, amatistas y diamantes que pertenecieron a la matrona doña María Claret de Blixen. Es esta una joya de inestimable valor, hermosísima por el conjunto de piedras que la componen y por la originalidad de los engarces.

El prendedor y aros que también adornan esta página tienen un gran carácter. Son bien representativos de una época y por eso y por su riqueza intrínseca figuran entre las de más mérito en la colección de la distinguida señora doña Mariana Gómez Cibils de Pena. Fueron usados el prendedor y los aros por doña Mariana Cibils de Gómez.

La pulsera que también pertenece a la colección de la señora Cibils de Gómez fué usada por doña Dolores Buxareo de Pereira y es asimismo una pieza original y de mérito.

Como se ve esta página queda complementada con objetos de suma importancia histórica y artística y al publicarla llenamos, altamente satisfechos, una de las cláusulas de nuestro programa.

Collar que adornó el cuello de la matrona Doña María Claret de Blixen

Valioso pretal de plata y oro que perteneció a uno de los guerreros de la Independencia



La actualidad no me exige ya nada. Y en verdad que esa señora es muy absolutista y muy antipática. Gusta de un eclecticismo que desbarata todas las convicciones, que anula la voluntad, reclama con imperio irritante una rapidez de concepción que destroza todas las energías y a la postre no da más que precarias satisfacciones, uno que otro aplauso que se apaga tan pronto como se arroja el diario, ya inservible.

Escribir "jour au jour" es difícil y es fácil. Difícil porque el juicio y la redacción del juicio deben hacerse con una rapidez de vértigo. Fácil porque esa misma precipitación disculpa, no solamente errores de concepto y de apreciación sino que también errores de juicio, nada extraños si se considera que ante la sola representación de una obra, deben medirse los méritos de la misma y pesarlos para llegar a la conclusión de si esos méritos son mayores que los defectos.

Se escribe ¡ya lo creo!, pero al leer fríamente lo escrito cuántas veces, a solas con la conciencia, se avergüenza uno de lo escrito.

He aquí una de las fases más importantes del periodismo moderno. Y pensando en esto, puede considerarse cuál puede ser, en muchos casos, la consistencia de una propaganda, la exactitud de una opinión, máxime si de cuestiones de arte se refiere.

En cambio, escribir para una revista y si esa revista es como SELECTA, cuya Dirección me honra al encomendarme esta página, entonces la tarea cambia radicalmente de aspecto y al hacerse amable se torna más ecuánime, más serena, más digna.

Una impresión de arte, si de inmediato se traslada al papel, lleva consigo una inevitable ofuscación. En cambio si esa impresión tiene el suficiente tiempo como para ser madurada: si con esa impresión se consulta varias noches con la almohada (declaro que soy un férvido creyente de los consejos de la almohada), entonces puede llegarse a estamparla en el papel con mucho menos riesgo de cometer una tontería.

Una larga experiencia abona estas reflexiones. Por eso las formulo. Y que de ellas saque el lector el provecho que pueda o quiera.

Dicho esto, a manera de sinfonía, hablemos de los teatros.

***

Los bailes rusos apasionaron a todo el Montevideo que tiene inclinaciones a los temas artísticos. Se anunciaron como algo casi extraterreno, como lo más quintaesenciado que la mente humana habría creado hasta ahora para llevarlo al teatro.

Con verdadera unción, con un temor casi supersticioso, tal que si fuera a presenciar un milagro, así llegue a Solis la noche del primer espectáculo coreográfico.

Y vi... Me encantó... Pero no me asombró. Es indudable que en la composición de estos bailes colaboran artistas de gran fama. Para llevar a escena un espectáculo de esa índole, aunan sus esfuerzos, el escenógrafo, el director de las danzas, el músico, el sastre, el electricista, etc. Y con tantos elementos, todos de primera fila, se presentan al público cuadros muy hermosos.

Pero, si desglosamos todos esos méritos, si examinamos la urdimbre de esas combinaciones de elementos diversos, nos encontramos con un espectáculo que no sólo no es lo más extraordinario que se ha visto, sino que todo ello se reduce a la modesta proporción de unas danzas bordadas en el patrón de un argumento más o menos interesante y para el cual la música subraya un comentario amable y atrayente.

No se necesita llegar a sutilizaciones casi jeroglíficas para seguir el desarrollo de las patomimas danzantes, que eso son en sustancia los bailes rusos.

Alrededor de un argumento, generalmente sensual las bailarinas y los bailarines realizan una serie de habilidades coreográficas, las que, indudablemente, pueden calificarse de estupendas. Entiéndase que me refiero a la parte mecánica del baile.

El argumento tiene variantes, algunas constituyendo verdaderas notas de arte y demostrando en el director de la troupe un gusto muy elevado; pero ese argumento gira, invariablemente, sobre un mismo tema fundamental y por este lado, hay que reconocerlo, no es esa manifestación de arte cosa tan superior, tan asombrosa, tan indigna de ser contemplada y juzgada por aquellos que no nos consideramos ungidos por las más refinadas exquisiteces.

De todos modos, el "snobismo" ambiente tuvo amplia oportunidad para poner en juego todos sus encantadores asombros, todos sus cuasi misteriosos, cabalísticos conciliábulos, en los cuales no estábamos admitidos los profanos, y como todo esto es perfectamente inocente, los bailes rusos pasaron, se esfumaron y el mundo contento..., el empresario más, y yo con el empresario, que al fin y al cabo las bases de la belleza son inconmovibles y no ha de ser la agradable pirueta de un bailarín, ni la deliciosa y evocadora actitud de una bailarina gentil, las fuerzas que podrán solventar la estabilidad de lo que constituye el principio fundamental del arte.

***

El estreno de "La Sulamita", obra teatral del poeta argentino señor Capdevilla y a la que puso "acotaciones" musicales, el señor César Cortinas, fué la nota que despertó mayor interés en nuestro ambiente intelectual durante el mes que ha fenecido.

De esta labor del joven compositor uruguayo se ha escrito en una forma harto irregular. Unos (la mayoría), han censurado acerbamente y otros han elogiado empleando para ello una conocida serie de frases hechas, que no pueden considerarse como expresión de verdaderos juicios críticos.

Para que nos guiara, para que ofreciera la pauta, para que fuera algo así como un diapasón al que debiera someterse toda la crítica nacional, fué traído de Buenos Aires un crítico.

Este honor, el de importar por unas horas a un crítico para juzgar una obra criolla, no se le había dispensado aún a ninguna manifestación artística de autor compatriota. Y el juez que mandó uno de los más importantes diarios argentinos falló no muy favorablemente para el señor Cortinas. Sin embargo, yo me permito estar en discrepancia con la opinión del distinguido crítico extranjero, y sin meterme a urgar en las "apoyaturas de segunda", para encontrarlas más o menos espantosamente audaces, diré pura y simplemente que en estos comentarios musicales. Cortinas evidencia un inmenso progreso si esta labor musical se compara con la expuesta en "La última gavota".

Los temas quizá no estén desarrollados con la amplitud que fuera menester, pero lo indudable es que los sonidos orquestales subrayan acertadamente los momentos psicológicos de los personajes del poema dramático, y a mi sentir eso basta y sobra en una obra de esta naturaleza.

Podrá el joven Cortinas adolecer de irregularidades técnicas en la realización de sus inspiraciones, y esas irregularidades podrán acentuarse cuando los temas fundamentales pasaron a la distribución orquestal, pero todos los profanos, todos los que vamos al teatro o a un salón de conciertos para gustar de una emoción de arte, sin escrutar en la trabazón íntima de la obra, podemos decir que algunos de los comentarios musicales del señor Cortinas nos hicieron gustar una honda sensación de belleza.

Pero los profanos, que somos los más, al pensar esto y al aplaudir con arreglo a la emoción sentida, quizá no signifiquemos nada ante la opinión de alguien, porque no somos dómines y sobre todo porque no fuimos importados.

Con todo esto quiero decir que a mi me ha gustado la música del señor Cortinas, que ella pone en evidencia progresos muy sensibles y que es ya indudable en él la presencia de un compositor que realizará brillante carrera.

Y no terminaré estas líneas sin reprocharle lo que a mi juicio ha sido el error fundamental: la elección de la obra dramática.

Pese a la opinión del maestro Lugones, a mí me ha parecido "La Sulamita" del señor Capdevila, una pretensiosa ingenuidad teatral, donde si el vocablo tiene a veces bellezas, en cambio el desarrollo escénico es siempre pesado, ilógico, tan vulgar en los procedimientos, que las grandes figuras, magnificadas por la tradición de siglos en una perpetuación de infinitas formas de manifestaciones artísticas, quedan empequeñecidas, sin relieve, tan simples como pudieran serlo los más comunes mortales.

Esa lucha amorosa del gran Salomón con un pastor, es de lo más infantil que pueda concebirse, y esa figura de la dulce, de la divinal Sulamita a quien el rey - poeta exultó pretendiendo ser para ella "como una sello sobre su corazón" y por quien proclamó al amor "fuerte como la muerte", queda reducida a una ingenua de comedia romántica, con todas las nerviosidades, las indecisiones y los atolondramientos de una chica que haya leído mucho a Vargas Vila.

Comentar musicalmente una obra así, significa lanzarse en un terreno inseguro, y en la amalgama de la obra escénica y la obra musical, se corre el riesgo de que el público no haga en su juicio separación de esfuerzos y al aburrirse con lo hablado no pare mientes en lo que el músico ha hecho de efectivamente bueno.

En este desequilibrio de realizaciones fueron arrastrados también los intérpretes, los jóvenes artistas dirigidos por Supparo, y para quienes se procedió con ligereza injusta al no reconocerles toda la suma de condiciones sobresalientes y de buena voluntad que pusieron sin reato al servicio de una obra que se desmembraba, que no ofrecía a la interpretación ningún punto de apoyo, que no podía ser dicha con la grandilocuencia que exige el teatro griego (por ejemplo), dada la pequeñez de los momentos pasionales y las pasiones mismas puestas en juego; y tampoco pudo ser hablada en la forma intensa que puede serlo una obra de alta psicología, porque en ella no se sabe que cuidar más: si la simplicidad pastoril de un Salomón de calcomanía o la terquedad varonil de un pastor que es digno casi de llamarse Salomón.

Que le sirva de experiencia esto al joven compositor uruguayo, y tenga muy presente en el futuro que no es posible edificar castillos sobre médanos.

***

La Asociación Lírica del Uruguay que dirige con indiscutible competencia el maestro Ernesto Ruiz, dió una representación de la ópera de Puccini: "Boheme"

Ya en otra oportunidad he dado mi opinión favorable respecto de esta sociedad de cultura musical y de la bondad de los espectáculos que periódicamente ofrece, ocupándome precisamente de la primera representación de "Boheme" en el escenario de Solis.

Tendría que repetir hoy aquellos elogios puesto que casi todos los intérpretes de ahora fueron los que entonces tomaron parte.

Sólo una figura nueva se señaló en el elenco. Me refiero a la señorita Judith C. Acosta y Lara, que interpretó con bastante corrección el rol de Musetta.

Merece una frase de caluroso estímulo el maestro Ruiz, quien en una obra tan árdua pone la contribución de sus conocimientos y de su entusiasmo.

***

A esta altura de mis apuntes, noto que ya me he extralimitado. En consecuencia lo que debo decir aún lo haré en forma telegráfica.

Para el número próximo prometo ocuparme de la compañía Rossich-Ballerini, que con gran éxito actúa en el Politeama.

Se trata de una compañía dramática argentina con manifestaciones de toda índole.

Se anuncia para estos días el debut en Solis de la compañía del Lara de Madrid y en la que figuran la notable actriz María Palau y el actor Emilio Thuiller.

Tendremos una temporada de exquisito teatro español.

Es un buen final de temporada.

Don Melitón.

SCARABELLO



DE arte fotográfico suelen designarse las diversas operaciones consistentes en fijar una imagen en la superficie sensible que forma la emulsión de nitrato de plata y a la reproducción en papeles albuminosos o bromurados de la imagen obtenida.

Pero aun cuando generalizada está esa designación, en la mayoría de los casos el arte no se ve por ningún lado, y verdaderos adefesios son los que presentan muchos que andan por ahí, con el usurpado título de fotógrafos.

Esta reflexión que parecerá inoportuna, pero que no lo es, se nos ocurre no bien nos disponemos a escribir algunos párrafos referentes a un verdadero artista (éste sí que lo es y a sólida base), que pudiendo brillar e imponerse con los solos recursos de su lápiz, ha pedido a la fotografía una cooperción suplementaria, habiendo llegado a culminar en un procedimiento que él llama foto-óleo, y que es una verdadera maravilla.

El artista a que nos referimos es Scarabello, altamente conocido en nuestra más aristocrática sociedad y justamente celebrado por la crítica, a raiz de las exposiciones que ha realizado en nuestra capital.

Scarabello ha llevado el arte del retrato, utilizando en principio el recurso de la fotografía, a una perfección que es imposible superar.

Es una forma personalísima de tratar los papeles sensibilizados y aun más personalísima y más admirable el buen gusto y exquisitez que evidencia en la pose de las personas por él fotografiadas.

Evidentemente, Scarabello antes de llevar a una dama o un caballero frente al objetivo, realiza un verdadero estudio.

Para él, la personalidad moral y el físico son dos líneas, que, partiendo de puntos distintos van a reunirse en uno, que es el retrato. De esta suerte sus trabajos no son tan sólo de una estupenda exactitud fisonómica, sino que para complementar esa exactitud tienen siempre una característica que destaca la idiosincrasia del modelo; en una palabra, en sus fotografías hay vida, vida intensa, como pudiera haberla en el óleo más notable.

Estas sobresalientes condiciones son las que dan a los trabajos el gran mérito que todos, unánimemente, le han otorgado y que los críticos han reconocido sin discrepancia alguna.

Scarabello ha obtenido grandes éxitos en Italia, en París y en la Argentina.

Hablando con este artista sobre nuestro Montevideo, nos dijo que aquí le encantaba el clima, la pureza del cielo, la brillantez del sol y la hermosura y la elegancia de las mujeres.

Con ello Scarabello demuestra que, llevado de su arte, ha hecho un estudio general de todos los factores que deben concordar al absoluto resultado de sus trabajos.

Actualmente este celebrado artista prepara una nueva exposición, a realizarse en lo de Moretti, Catelli. En ella han de figurar retratos de las damas y caballeros que más prestigios tienen en nuestra sociedad, como asimismo las personalidades más espectables en el mundo político e intelectual.

Esta nota referente a un artista de tanto mérito, es justa y útil, porque Scarabello ha llevado su maestría hasta un extremo que nadie ha superado aún, no sólo en el país sino en el extranjero.

Transformar la frialdad inherente al procedimiento fotográfico, en la palpitante verdad que tienen todos sus retratos, es obra casi mágica, y de ahí el triunfo alcanzado por este joven artista, cuya incorporación a nuestro medio debe ser saludada con albricias.

Anna Pavlowa en Montevideo

UN poco más y veremos en el teatro Urquiza a la más famosa bailarina rusa contemporánea: Anna Pavlowa.

Dará una serie reducida de espectáculos a los cuales, sin duda alguna, nuestra sociedad le prestará su invalorable concurso.

La Pavlowa ocupó el más alto rango en el teatro Imperial de Petrogrado y fué la primera que consiguió autorización de los Zares para salir al extranjero: Suecia ha sido el país que ella visitó primeramente. Después bailó en Dinamarca, en Berlin y en Viena.

Cuando en 1911 Diaghilew formó su ballet ruso, que nunca actuó en Rusia, la Pavlowa era con Fokin, la figura descollante que asombró a París.

Pero ella estaba en desacuerdo con las ideas de arte de Diaghilew, y fué esa disparidad de ideales artísticos que decidieron a la Pavlowa a fundar en Londres una escuela de baile y formarse su propia troupe que desde hace seis años recorre el mundo en una gira triunfal. Están a la cabeza con la Pavlowa, Volinine, primer bailarín del teatro Imperial de Moscou e Iván Clustine, maestro de baile del mismo teatro y de la Opera de París, y es el director de orquesta el señor Smallen, de la Boston Opera.



Anna Pavlowa

En 1911, bailó la Pavlowa en Londres en casa de Lady Landsbrough que daba un festival en honor de Eduardo VII; desde entonces ella se ha convertido en el ídolo del público de Londres.

El Kaiser, en un gran festival con motivo del bautizo del primer hijo de su hija predilecta, que reunió cuarenta príncipes con sus fastuosas cortes, hizo invitar a la Pavlowa, que tomaba parte en el festival, por su Ministro de la Corte y delante de todos los magnates le presentó sus plácemes, hablándole de los grandes ballets que había visto en Rusia, en la fantástica residencia de los Zares en Peheroff.

La Pavlowa conoció a los reyes de España en el Palace Theatre de Londres; pasó con ellos largo rato en su palco y Alfonso XIII la comprometió a que fuera a España; sólo allí, le dijo, sabría ella lo que es éxito.

Y son sus grandes admiradores Saint Saens, Richard Strauss, Nikish, Sarah Bernhard y otros, príncipes del genio, que se inclinan respetuosos ante esta reina de la danza.

Talleres Gráficos A. Barreiro y Ramos. — Montevideo.



Dellazoppa & Morixe

ÚNICOS AGENTES

Plaza Independencia, 733
y Sarandí, 614.

de la Cía. **VICTOR**
y de los **Pianos "Howard"** New York
y **Collard y Collard** de Londres.



Óleo de GOULU, fechado en 1823.

Doña María Antonia Agell de Hocquard

Selecta

HE aquí una matrona, cuyos prestigios aún se imponen hoy a la consideración de nuestra sociedad, en razón de haber quedado su nombre vinculado a las organizaciones caritativas más importantes del país. — Fué fundadora de la Sociedad de Damas de Beneficencia Pública, institución que realizó tan inmensos beneficios; y falleció tan distinguida señora siendo presidenta de esa institución.— Multiplicando sus tareas benéficas, fundó el Asilo de Huérfanos y Expósitos, casa de refugio para todos los inocentes seres que el egoísmo y la perversión dejan abandonados a su destino, sin afectos y sin ternuras. — De refinada distinción e ilustración excepcional, no siendo aún casada, la señorita de Agell realizó con sus tíos: don Lucas Obes y doña Ignacia Blanco, un viaje a Río Janeiro, donde la corte de Pedro I. estaba en su apogeo. En reuniones de palacio y en saraos aristocráticos, nuestra compatriota brilló por su ele-



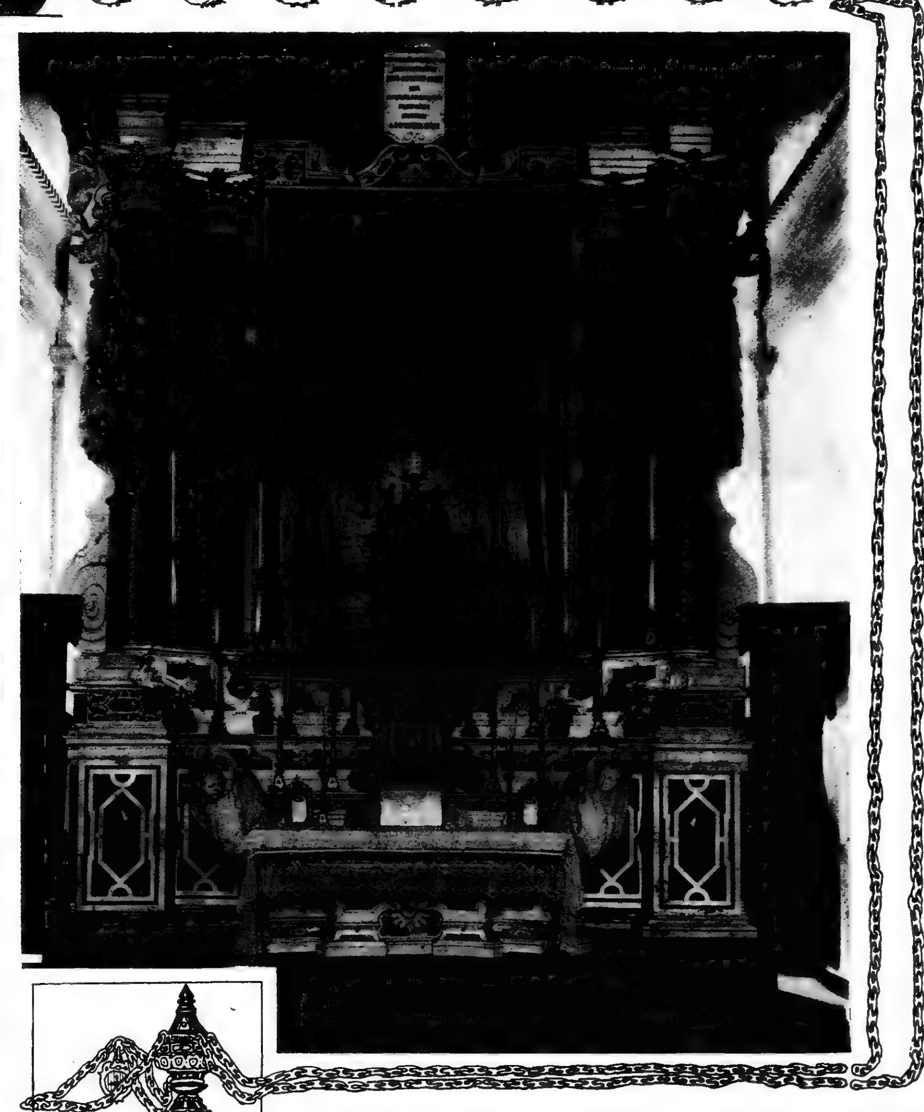
Doña María Antonia Agell de Hocquard

H

Selecta

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZÓN

MONTEVIDEO, OCTUBRE DE 1917. AÑO I — NÚM. 6



VN ALTAR CENTENARIO

Más de una vez, indiferente lector, habrás pasado ante el altar mayor existente en la Iglesia de San Antonio (Capuchinos) y al inclinar con reverencia la frente no habrás pensado, sin duda, que estabas junto a una admirable obra, de edad cinco veces secular Posiblemente no te habrán llamado la atención, intimidado por el ambiente austero y sagrado, las maravillas que en el alabastro y en el mármol ha hecho un cincel, con seguridad y exquisitez admirables.

Data esa obra del siglo XV y en consecuencia es ya varias veces secular.

¿Como es que ha llegado a Montevideo? — Pues de una manera curiosa.

Estaba primitivamente ese altar en la Iglesia de San Sebastián en Génova. En aquel tiempo el altar lo dedicaban a Santa Teresa de Jesús.

Por una resolución municipal, según la cual se resolvía abrir una calle denominada "Roma", la iglesia fué condenada a la demolición. — Y fué demolida.

El maravilloso altar se quitó de su sitio, y adquirido por los Padres Capuchinos de nuestra ciudad, fué traído a la tierra americana, hospitalaria y ansiosa de cosas bellas, para engalanar, para dar mayor belleza á la nave principal de la Iglesia de San Antonio. El mármol y el alabastro estan tratados con una extraordinaria delicadeza. Las columnas laterales que forman marco a una tela (también antiquísima) de San Antonio son de una riqueza y de una hermosura extraordinarias.

En la parte superior del altar, el mármol forma verdaderas filigranas.

Puede considerarse este altar como la obra de arte más antigua que existe en el país.

Conferencia Literaria

La robusta mentalidad y la grande ilustración del Doctor José Pedro Segundo, tuvieron ocasión de exteriorizarse ampliamente en la conferencia que bajo el patrocinio de "Entre Nous" se realizó días pasados.

El talentoso disertante habló a la selectísima concurrencia que asistió al acto, de la genial personalidad de Chateubriand, el gran literato francés, expresión la más alta de una generación de escritores que dejaron tan honda huella en el espíritu humano, que aún hoy, a través de los años hay mucho que admirar en sus obras, muchas orientaciones dignas de seguirse en su escuela y mucha expresión de sentimientos en la urdimbre de sus trabajos, sentimiento educador y suavizador de las malas pasiones, forma la más bella y la más noble de elevarse en el nivel moral.

El doctor Segundo desarolló el tema tan amplio y tan sugestivo como el que ofrece indudablemente la personalidad del gran escitor francés, en una forma interesantísima y original.



Doctor JOSÉ PEDRO SEGUNDO

No fué una conferencia en tono grandilocuente. Fué una delicada y oportunista disertación en la que la palabra galana, el concepto firme y la exactitud del juicio que caracterizan al doctor Segundo, tuvieron amplia expansión y pudieron ser apreciados en toda su brillantéz.

La distinguida concurrencia que llenó el local donde se efectuó la disertación aplaudió calurosamente al disertante, premiando así su labor meritísima.

Fué, pues, una agradabilísima é ilustrativa causerie, como las que hicieron famosas en París los más talentosos intelectuales franceses.

Disertaciones plenas de galanura, en las que el absoluto conocimiento de una personalidad hace que la vida y las obras de la mentalidad en estudio, al pasar por el tamiz de un juicio sereno y por la exquisitez de una fraseología galana, llegue al oyente con todos los caracteres de una preciada esencia de arte, para ser gustada por los verdaderamente refinados.

Lamentamos muy de veras no poder ofrecer una síntesis de la magnífica conferencia del doctor Segundo, pero, en cambio ofrecemos a continuación unos bellísimos versos del que ocupa tan elevado rango en la literatura uruguaya.

Querellas Románticas

I.

LA MANSIÓN FAMILIAR

Hoy he vuelto a la vieja posesión olvidada,
Después de tantos años de ausencia y abandono,
Y el albergue de aquellos señores de otro tono
Ya no guarda una huella de su vida pasada.

Yo no la reconozco, tras los árboles fuertes
Que plantó un jardinero cuando el dueño vivía;
Que eran leves y frágiles como la infancia mía
No tocada a esas horas del dolor de otras muertes. . . .

Pero el tiempo inclemente la pared agrietó
Y el paisaje se ha vuelto ora tosco y antiguo;
El contorno ha cobrado no sé que aspecto ambiguo
De algo que no se sabe si el propio Dios creó;

Y en las ramas frondosas ya no están los violines;
La arboleda ha vestido de rugosa corteza;
La casa agreste yace sepulta en la maleza
Que ha borrado la senda de los viejos jardines

Por donde en otro tiempo paseé en compañía,
Bajo el amor de un cielo azul y tutelar:
Yo, entonces, no sabía aún lo que era amar
Y no había enfermado de esta melancolía! . . .

* * *

Hoy que, he hallado de pronto todo el ámbito esbelto
Y la casa arruinada que el invierno deslustra, —
Sin poder remediarlo, — vuestro encanto se frustra
Y yo hubiera querido esta vez no haber vuelto,

Arboles victoriosos, vieja casa querida,
Porque junto al sendero y en la planta sin nombre,
Recordando el pasado, aquel niño, hecho hombre,
Ha llorado su infancia con la dicha perdida!

II.

ODA LIGERA

Si yo he mirado
Alguna vez
Fueron tus ojos de Anadíomena;
Si yo he mirado
Algunos ojos,
Fueron los tuyos;
Porque ellos solos valen la pena!

Si he contemplado
Figura humana,
Fué la divina forma del talle
Tuyo, ¡inhumana
Flor prodigiosa!
Por la elegancia de su detalle.

Si yo he soñado,
Para mi cumbre,
Con la corona de tus cabellos, —
Es porque ha tiempo
Busco la lumbre,
Toda la lumbre que he visto en ellos!

III.

CONTRAPOSICIÓN

Yo envidiaba a los niños — cuando era pequeño
Que no tienen hogar y que están en la calle:
Precisaba la holgura desenvuelta del valle,
Aun violando la férrea prohibición de mi dueño.

Yo necesitaba del sol, el campo abierto,
La amistad de los hombres y el espacio tendido;
Mi corazón saltaba en un inmenso latido
De total desvinculación, mal encubierto. . . .

Y hoy que seres y cosas los encuentro cambiados,
Como en una inversión radical de los polos,
La libertad que alcanzan los altivos y solos
Es precaria y nos cuesta demasiados cuidados!

José Pedro Segundo.



Sra. Blanca Usher de Heber Uriarte y su hija

El encanto que se desprende de la fotografía hermosísima que exorna esta página nos eximiría de agregar una sola línea de comentario, si impulsados por el encanto mismo no fluyeran a los puntos de nuestra pluma palabras galantes, que lamentamos, de veras, no poderlas transformar en madrigal. — Todos los dones de belleza, de elegancia y de distinción se hallan reunidos en esta dama, que impone en todas las manifestaciones de nuestra sociabilidad su gentileza y su cultura. — Como una encantadora floración surge junto a la señora Usher de Heber, su hermosa hija; complemento, se diría, de tanta gracia y de tanta perfección femenina.

BELLONI



De entre la plétora de artistas que honran a nuestro país con sus obras y con su perseverancia en la creación de la belleza, se destaca, con méritos indiscutibles, el escultor José L. Belloni.

Brillante en todo sentido ha sido la carrera de este cultor talentoso de la estatuaria.

Nació en Montevideo el 12 de Septiembre de 1872 y muy joven aún fué becado, con beca extraordinaria, para estudiar en Lugano (Suiza), en el taller del escultor Luis Vasselli.

En esta primera etapa de su vida, Belloni ya se distinguió por su gran amor al trabajo, su entusiasmo por el arte que concentraba todos sus afanes y su espíritu vivaz, dado a la originalidad y a la lógica en las obras que abocetaba.

Volvió a nuestro país unos años después y en 1899 obtiene por concurso otra beca, trasladándose entonces a Munich (Alemania), en cuya Academia ingresó para perfeccionar sus conocimientos.

En esta época su ansia creadora produjo muchas obras. Envió trabajos a las exposiciones que se realizaron en Munich, en Roma, en Budapest, en Laussane, en Neuchatel, etc.

En el concurso de interpretación celebrado en la Real Academia de Bellas Artes de la ciudad donde se había radicado, obtuvo una mención por su boceto titulado "El Pecado", obra esta que se conserva en nuestro Museo de Bellas Artes.

Compartiendo sus estudios, siempre apasionados y constantes, con el trabajo, ocupó la cátedra de Dibujo Profesional en Tesino (Suiza), donde fué siempre sumamente apreciado por los demás profesores y especialmente por sus discípulos.

Terminada la beca, regresó a Montevideo, siendo designado, no bien se instaló en su ciudad natal, Catedrático de Dibujo Ornamental en el Círculo Fomento de Bellas Artes.

Este cargo que con general beneplácito desempeñó hasta 1914, lo dejó tan sólo cuando, por el lamentado fallecimiento del pintor Carlos M. Herrera, fué nombrado Director del mencionado Círculo.

Belloni ha producido con intensidad y con verdadera maestría. Muchas de sus obras han obtenido el calificativo de notables y otras tienen aún el más elevado mérito de ser consideradas como definitivas para la valorización de la brillantísima mentalidad del escultor compatriota.

Su espíritu creador prefiere siempre los temas arrancados a la realidad, temas enérgicos, fuertes, como sus figuras, en las que el estudio anatómico está magnificado por la exacta sensación de vida que le da el cincel habilísimo.

De sus obras más celebradas, puede señalarse a la admiración pública, el busto de Artigas, ejecutado en mármol por encargo del Ministerio de Relaciones Exteriores y destinado al gran salón de recepciones en el Palacio de las Repúblicas Sudamericanas existente en los Estados Unidos.

En su carrera triunfal, cada manifestación de su talento marca un jalón ascendente.

En la Exposición Internacional celebrada en Buenos Aires con motivo del Centenario de Mayo, Belloni obtuvo medalla de plata, distinción bien alta y que habla mucho en favor del escultor uruguayo, desde el momento que en ese certamen figuraron obras de los principales artistas del mundo.

No hace aún dos meses, Belloni realizó en el salón de Moretti Catelli una exposición de sus obras más recientes.

Fué esa exhibición un gran éxito, no sólo considerado artísticamente sino que también por su magnífico resultado económico.

En esa exposición Belloni afirmó definitivamente su personalidad artística. Y ante esas obras no cabía otra exclamación que esta: "Es un gran escultor!".

Lo más notable que expuso fué, sin duda alguna, el bronce titulado: "El espíritu de la raza". En esta obra la vigorosidad, que es la característica de Belloni, tuvo amplio motivo como para manifestarse. El tipo aborigen fué interpretado admirablemente, con todos sus rasgos de energía, de fiereza, de altivez, de rebeldía y de valor.

La consagración de Belloni como uno de los primeros escultores del continente es indiscutible.

El porvenir le reserva grandes triunfos para nueva gloria del arte nacional, que cerebros robustos como el de Belloni, lo imponen a la admiración del mundo.

Simón de Mántua.







PROYECTO DE MONUMENTO A ARTIGAS



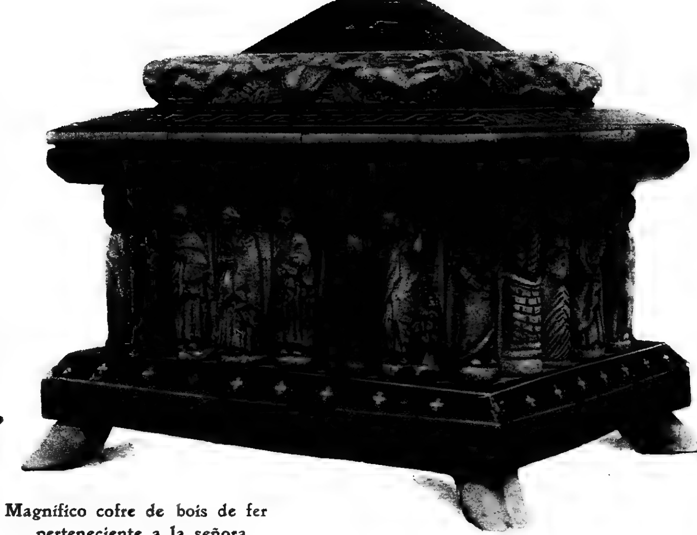
Sra. Ernestina Rodríguez de Riet Correa

En la exteriorización de su cultura, la señora de Ríet Correa evidencia una alta distinción. Elegante, su paso es siempre saludado con la más rendida admiración. En su lujosa residencia, las fiestas que se realizan, tienen el sello de una exquisita sociabilidad. Su bondad paga ejemplar tributo a los sentimientos caritativos, y son sus prendas morales las que realzan más aún sus prendas físicas.

Del pasado

En esta página, que dedicamos a la exhumación de objetos antiguos, valiosos en grado superlativo, incluímos hoy, cuatro magníficas comprobaciones de lo que en otro tiempo produjo el ingenio humano, y que son hoy verdaderas maravillas en las colecciones valiosisimas que existen en el país.

En primer lugar hemos de dedicarle unas líneas a las dos miniaturas que figuran en esta nota. Como todos los trabajos de esa índole, asombra en ellas, el vigor del colorido, la frescura que conservan las tintas sobre el marfil, la habilidad suma en el dibujo, circunstancias todas estas que ponen de manifiesto la exquisitez y preparación de los artistas que a esos trabajos se dedicaban.



Magnífico cofre de bois de fer perteneciente a la señora Camila Estrázulas de Berro

Miniatura de la Señora Cármen Sartori de Dellazoppa



Miniatura de la Señora Catalina Latour de Duplessis

Reproducen las dos miniaturas a las distinguidas señoras, doña Catalina Latour de Duplessis y doña Carmen Sartori de Dellazoppa, ambas de brillante figuración en los salones de antaño.

Posiblemente al ver la reproducción fotográfica de esas miniaturas no se tiene por cierto la sensación de su total belleza.

La señora Latour de Duplessis aparece caracterizada con el traje de Diana Cazadora, imitando artísticamente las más famosas pinturas que reproducen a la diosa mitológica.

El de la señora Sartori de Dellazoppa tiene toda la majestad de las damas que figuraron en las épocas de la colonización y la independencia.

Esta última miniatura se halla actualmente en poder del señor Enrique Dellazoppa.

El plato que figura en esta información es toda una gran pieza de museo. No sólo vale mucho por los materiales empleados en él, sino también por su procedencia, que data de cientos de años.

Pertenece a la primitiva manufactura de Sevres, y por esta circunstancia ya puede colegirse cuánto es su mérito. Luego, perteneció al Emperador Luis Felipe de Francia, y el monograma que acredita su histórica figuración en la vajilla del citado soberano, es de oro.

Se halla esta verdadera joya y la miniatura de la señora Latorre de Duplessis en la magnífica colección perteneciente a la señora Julia Duplessis de Bouvet.

El cofre es no solamente una verdadera obra de arte, sino también un objeto histórico.



Plato que perteneció al Rey Luís Felipe

Data del siglo XIV y perteneció al Conde Alberto de Lucerna de Campiglioni.

Figuró siempre en el magnífico Museo que puede admirarse en el Castillo de Montfleury, cuya majestad se eleva en las deliciosas cercanías de Niza.

La Condesa de Lucerna, nuestra compatriota, la señora Ventura Estrázulas, regaló este hermoso objeto a su sobrina la señora Camila Estrázulas de Berro.

El cofre está construído en bois de fer y tiene hermosos bajorrelieves de marfil.

Todas las distintas piezas de marfil y de labrado, así como la línea general del mismo, no solamente denotan un delicado gusto artístico, sino que tienen un gran carácter de época.

Cofres semejantes a éste, que es una nota admirable en la colección más valiosa, existen tan sólo tres, los cuales se guardan en el Museo de Cluny (París).

Sra. Raquel Sienra de Rodríguez Larreta y sus hijos



Cuadro encantador, de una sugestividad tan atrayente que en su sencillez evocadora de paz familiar y de afectos hondos, hay un hermoso poema. La distinción, la cultura y la belleza de la Señora Raquel Sienra de Rodríguez Larreta, se destaca soberana, en su serenidad maternal, junto a la belleza de sus dos hijos, preciosas criaturas que surgen en el conjunto como dos lirios. — Un interior de hogar como el que nos reproduce la fotografía, reclama, para su elogio, la galana pluma de un autor sentimental como Martínez Sienra, o como Azorín. - Ellos podrían bordar una página admirable de afectividad y de enseñanza. - Nosotros nos concretamos sencillamente, a sentir el encanto de esa sugestión, pero no nos atrevemos a traducir tales emociones con frases. — La fotografía es un joyel para nuestra revista.

Fot. de "Selecta".





El pintor uruguayo Juan Peluffo en su estudio

PELUFFO

HE aquí un artista cuya proverbial modestia lo mantiene alejado de ese medio ruidoso y muchas veces falso, en que se forman las reputaciones populares y suelen también brillar los que no tienen méritos para ello.

No es, desde luego, a base de bullanguería callejera que se fundamentan los verdaderos, los sólidos valimientos intelectuales. Artistas hay que tienen pasión por estas manifestaciones de baladí renombre; pero en cambio (y quizá los de más ilustración), rechazan estas consagraciones impresionistas, algunas de ellas con mucho carácter de teatralidad.

Peluffo es enemigo declarado de estas exteriorizaciones en las que tan sólo la vanidad es la que encuentra satisfacción. En el silencio de su taller, trabaja el artista infatigablemente, buscando sin desmayo la creación de la belleza, copiando a Natura la infinita variedad de sus formas, de sus matices y de sus colores.

De cuando en cuando realiza una exposición y en ella pone de manifiesto la labor de algunos meses, en el recogimiento de su hermosa residencia de la calle Larrañaga.

La crítica, o la pseudo crítica de arte, no es siempre justa con este pintor compatriota. Como en su paleta no hay caprichos raros, ni ridículas invenciones efectistas, ni absurdas combinaciones de tonos, ni pretendidos estudios de luces artificiales, la crítica lo califica de pintor anticuado, sin parar mientes en los grandes méritos del dibujo correctísimo, ni en el dominio extraordinario que tiene Peluffo para la coloración de sus telas, donde el procedimiento racional, el que se ajusta a la verdad y al sentido común, no da entrada a ninguna ridícula teoría modernista.

Tiene Peluffo admirable justeza para el retrato. Es antes que nada un gran retratista. Algunos de los trabajos de esta índole pudiera firmarlos Blanes, el viejo, pues la escuela y la perfección del dibujo así lo acreditan.

En todos los procedimientos la técnica no tiene secretos para este artista, de méritos indiscutibles, obtenidos a base de estudio perseverante y de sana orientación. No es sólo el óleo el que le ofrece amplio campo para fijar las seguridades de su pincel. La acuarela y el pastel también tienen en Peluffo un cultor distinguidísimo.

Consciente de su valer y de la bondad indiscutible de su escuela, no ha intentado este pintor un cambio, que siempre tiene que ser perjudicial. Las estrepitosas y fugaces imposiciones de escuelas nuevas no consiguieron nunca arrancarlo de su modalidad y de ahí que, dejando pasar por su lado la vorágine de ciertos caprichos voceados por la moda, ha continuado produciendo obras de gran mérito y que lo ponen en primera fila entre los pintores nacionales.

En estos últimos tiempos, Peluffo ha dedicado algunas horas a la ejecución de esculturas. La escuela verista y lógica que guía sus pinceles, se manifiesta también en sus ensayos escultóricos, felices ensayos que han llamado justamente la atención en la última exposición que realizara en los salones de Maveroff.

En la visita que hemos realizado al taller del señor Peluffo pudimos constatar con verdadera satisfacción todos los grandes méritos de este artista uruguayo, cuyas condiciones de trabajador y de estudioso son proverbiales.

Peluffo es un ejemplo para los jóvenes artistas que empiezan su carrera y que equivocadamente pierden el tiempo buscando modalidades nuevas, sin realizar más que obras inconclusas, y eso cuando las realizan.

El arte es belleza y la belleza es la sencillez. Si no se olvidara esto, no se malograrían muchas buenas dedicaciones.



Blanca Saavedra

La Cristóbal Colón

La compasión, enfrente al infortunio, es flor privilegiada de las almas gentiles.

— La mano que se tiende a los humildes recoje, al lavantarlos, título de nobleza.

— Sólo son perfumados los laureles, cuando se ofrece amparo al derrotado.

— La propiedad que dignifica al oro es la de mitigar el llanto ajeno.

Dr. Elías Regules.

He aquí otra de las instituciones de neficencia, que realiza, en un vasto rculo de acción, una obra altamente me-:oria.

Dice el artículo primero de sus estatus: "La Sociedad Filantrópica Cristóbal olón, tiene por objeto propender, por dos los medios a su alcance, al soco-o de los pobres virtuosos, sin distinción nacionalidad, raza, creencia religiosa opinión política. Nunca se podrá in-estigar ninguna de estas circunstancias, endo la única condición precisa, la constación de la indigencia y de la buena nducta."

He aquí en breves líneas especificados s fines nobilísimos de esta institución iyo arraigo es ya inmenso, y cuya obra ene actualmente proporciones vastísias.

De la Memoria correspondiente al añc timo sacamos estas líneas:

"La distribución de los socorros que s Estatutos y Reglamentos establecen se acuerdan a los solicitantes que han reditado en forma su estado de po-eza, se han continuado efectuando en s mismas condiciones de tiempo atrás tablecidas, es decir, diariamente en ve-.no y cada dos días en invierno, benefi-ándose así en lo posible a los menestesos, evitándoles, en la época en que no iste el temor de que produzca altera-ón la carne, las molestias de una concuencia diaria al local."

Y las cifras de esos donativos son muy randes. Demuestra ello en primer lugar nobilísimo sentimiento de un pueblo, iestro pueblo, que no olvida en ningún omento a los desheredados de la for-na; y luego los prestigios de la Cristó-l Colón, que concentra en sí a un vasto ícleo de benefactores, cuyo óbolo está empre pronto para contribuir al soco-o, al alivio de miserias y de dolores.

La Cristóbal Colón no se concreta tan lo al reparto de comestibles. A esta ac-ón eficacísima se unen otras comple-entarias y no menos eficaces.

He aquí una:

Las cincuenta máquinas donadas por el ñor Francisco Piria, se entregan, previa scalización e informe de una Subcomi-ón especial, en préstamo por tiempo de-rminado a las familias que las solicitan para usufructuarlas y que por ese medio atienden a su subsistencia.

Actualmente se hallan en préstamo todas esas máquinas y vencido el plazo de concesión se les prorroga si la necesidad persiste y cuidan convenientemente el útil.

Tiene también la Cristóbal Colón un servicio de médicos. Cientos y cientos de visitas gratuitas cuenta el cuerpo de facultativos en su honroso haber caritativo.

Las recetas son despachadas por la Asistencia Pública.

Componen este cuerpo médico, que tan benéfico y desinteresado concurso prestan a los humanitarios fines de la institución, los doctores: Juan Francisco Canessa, Elías Regules, José Martirené, Atilio Narancio, Luis Demicheri, Alberto Marroche, E. Fernández Espiro, Joaquín Canabal, José Rodríguez Anido, Enrique Méndez, Juan C. Demaría, Antonio Prunés, M. Becerro de Bengoa, Joaquín de Salterain, Angel Gaminara, José Reppeto, Andrés J. Puyol, José Infantozzi, Fausto Veiga, Félix Angel Olivera, Eduardo Birabén, Alberto Anselmi, Martín Martínez Pueta, Francisco R. Ruvertoni, Asociación de Practicantes, Domingo G. Santos, Dentista: Abelardo Fiol, Optica: Cándido Massó Hors.



Doctor ELÍAS REGULES,
Presidente de la Sociedad Cristóbal Colón

Otro de los beneficios que la Sociedad presta es el de tener establecido en la sede principal una oficina también gratuita de trabajo.

He aquí los datos estadísticos de esta dependencia durante el año anterior:

Pedidos de colocación, 1.046. Colocados, 678.

Y en resumen, la magnitud de los servicios benéficos que presta esta Sociedad puede medirse por la simple estadística de los artículos donados en un mes, un mes elegido al azar en las páginas de una Memoria.

He aquí lo entregado a los menesterosos en Abril del año pasado: las legumbres se cuentan por miles de kilos y luego véase una lista de ropas y demás efectos:

1.480 piezas de ropa, 380 metros de género, 180 frazadas, 54 trajecitos de niño, 32 colchones, 32 almohadas, 546 pares de calzado, 30 camas de hierro.

Además una gran cantidad de sábanas, fundas, toallas, sombreros, gorros, tricotas, menaje doméstico, etc., etc.

Se ha atendido especialmente el suministro de calzado a los niños en edad de concurrir a la escuela.

Las familias a quienes se ha concedido esos subsidios forman un conjunto de 3.249 con 15.838 personas, de las que 6.392 son mayores y 9.446 menores.

He aquí, a grandes rasgos, la labor tan noble y tan eficaz que realiza la Cristóbal Colón, por lo que en muchos años de empeño tiene ya conquistadas las simpatías de todo el país.

El 12 de este mes celebró la Colón sus bodas de plata, y con ese motivo se realizó un reparto extraordinario.

Actualmente componen la autoridad directiva de la institución altamente benéfica, los señores:

Presidente, doctor Elías Regules; Vicepresidente, doctor Carlos Anselmi; Contador, doctor Domingo Barbeito; Tesorero, doctor Lauro Méndez; Secretario, don Pedro C. Rodríguez; Secretario, doctor Alfredo J. Pernín; Vocales: doctor Eduardo Ravenna, Arturo Puig, Santiago Barabino, Ingeniero Pedro B. Magnon, Ingeniero Pablo Ferrando, doctor J. Américo Beisso, don Francisco Piria, don Juan B. Morixe, don Luis M. Laurito, don Matías Bauzá, don Teófilo M. Osorio, don Antonio Galfetti, don Matías A. Bauzá, don Ramón M. Muiños. Comisión Fiscal: señores Juan Aicardi y Justo Rodríguez.

Cuenta además la Cristóbal Colón con un hermoso y amplio local, ubicado en la calle Magallanes entre Uruguay y Mercedes, y la Subcomisión del Paso del Molino proyecta también la creación de otro edificio en aquella localidad.

La Cristóbal Colón tiene bien conquistada el título de benemérita.

La tumba de Lamartine

BAJANDO de Macon por el camino que bordea el curso ondulante del Saona, no lejos de las ruinas del castillo de aquel conde de Montrevel, decapitado durante la época del terror y que en 1789, la víspera de la revolución, poseía 600.000 libras de renta, una cuadra de cien caballos de caza, un teatro donde las damiselas del contorno representaban tragedias de Racine, y una orquesta a sueldo que rivalizaba con la orquesta de los Condé en Chantilly; siguiendo el sendero que entre las viñas más famosas del Franco - Condado, las viñas de Beaujolais, conduce directamente a la primer estribación de los Alpes francos; en el fondo de un valle verdinegro que se espejea en los anchos remansos del río, se alza la aldea de Saint-Point, la aldea humildísima que ennobleció el genio de un poeta.

Alfonso-María - Luis de Prat de Lamartine yace allí, en un panteón labrado en el rincón de un parque sombrío plantado de pinos, alerces y cedros del Líbano, sobre cuyo frontispicio bizantino se lee en letras góticas una divisa de supremo anhelo:

Speravit anima mea.

Este hombre, que estuvo a punto de ser el dueño de Francia, que hizo una revolución, que soñó con eclipsar la tiranía de Robespierre, que se vió encumbrado por la fuerza de una popularidad enorme, avasalladora, y que luego sucumbió miserablemente a su debilidad de poeta, vencido por las intrigas de un ambicioso sin talento pero más osado que él, reposa en una tierra que cantó con los acentos más nobles de su lira y de la cual apenas pudieron nunca separarle los acontecimientos de una vida azarosa y desgraciada.

Antes de 1848, Lamartine era el prestigio más grande de su país, el árbitro de los destinos franceses. Su gloria literaria y su gloria política resplandecían como una doble estrella, irradiando en el cenit de una vida. Diez años bastaron para que el implacable Rochefort, comentando los apuros económicos del autor de la *Historia de los Girondinos*, pudiera escribir estas palabras crueles: "El poeta no os pide gloria. Al tender su mano hacia vosotros, ¡oh inmortales! parece deciros: — ¡Dadme mi parte en dinero!" No fueron los de Rochefort, el futuro *communard* de 1871, los peores insultos que amargaron la vejez de este recio campeón del romanticismo literario. Otros, al recibir sus últimos libros, escritos bajo la presión de los editores que explotaban su miseria, le flagelaron acusándole de convertir en monedas los recuerdos íntimos de su alma.

Tal vez esta acusación no estuvo desprovista de fundamento. Un poeta que parecía haber agotado los sonidos de su lira; un historiador cuya pluma había recorrido el ciclo entero de la humanidad, desde los clasicismos heroicos hasta las tragedias de su época; un viajero infatigable que había derrochado una fortuna en visitar, con la pompa de un nabab, los Santos Lugares de la Palestina, no supo contener su pluma cuando ésta había dado ya a la literatura francesa un espléndido lote de obras maestras, y no vaciló en *sobrevivirse*, entregando a la maledicencia de una generación que ya no era suya, los tesoros preciosos de sus recuerdos y sensaciones más íntimos. Ni siquiera logró con ello salir de sus tristes apuros de dinero. Fué preciso que sus enemigos, el gobierno que había derrocado su república aristocrática, le concediera una limosna de 500 000 francos.

No era mucho para un hombre que, como Alfonso Lamartine, había derribado el trono que se oponía a las reivindicaciones de los bonapartistas triunfantes.

***

El pueblecillo de Saint - Point se compone de unas cuarenta casas agrupadas en torno de una iglesia romántica; una de estas vetustas iglesias francesas, de puntiagudo campanario, enmohecidas por el orín de los siglos. Al extremo norte del pueblo, en los ejidos, está el castillo de Lamartine, un poco más suntuoso pero bastante más pequeño que aquel de Milly, cerca de Bacon, donde nació el poeta y donde escribió sus primeros versos.



"La primera duda" — Acuarela de O. Baroffio

El castillo y su parque dan frente a las montañas del Jura, blanco por la nieve.

El poeta ha trazado en el capítulo primero de su novela *El Picapedrero de Saint - Point*, el panorama que a través de los vidrios de la ventana de su cuarto contemplaron tantas veces sus ojos... "Tras la ribera y los prados, la mirada empieza a ascender por escalones, los flancos hinchados y robustos de la alta cadena de colinas que separa el valle de Saint - Point del horizonte del Maconnais, de la Bresse, del Jura y de los Alpes. En primer término, las grandes y profundas tierras rojizas opulentas de vegetación"...

Este cuarto de Lamartine que parece el sencillo despacho de un rentista rural, conserva el aspecto que tenía cuando su dueño pasaba, como otro Don Quijote, las noches en claro y los días en turbio, afanándose por satisfacer las demandas apremiantes de sus editores. Sobre aquella mesa sencilla de roble, con aquella insignificante escribanía de peltre dorado, sobre aquellas cuartillas azuladas de papel del Marais, se escribieron *Rafael* y las *Confidencias;* la *Historia de la Revolución de Febrero, Tres meses en el poder, Toussaint Louverture, Genoveva* y los pobres libros de la vejez del poeta, entre ellos aquel *Picapedrero* que conserva todo el perfume de las estancias que visitamos con la curiosidad banal, un poco avarienta, del viajero que quiere sacar todo el jugo posible al dinero gastado en su viaje.

Hemos entrado en el castillo un poco antes de mediodía, por el soberbio porche gótico que retuerce sus columnas de piedra estriada sobre la yedra que tapiza el muro y entre dos espesas barreras de rosales y madreselvas. Delante del porche, una nube de pajaritos picotea descaradamente entre la grava de la explanada.

Son aquellos mismos pájaros tan amados del poeta, que escribió en su elogio estos poéticos renglones: "Les oiseaux sont la poesie des chants, l'himne de l'air. Si on les tue, qui donc chantera dans la creation?".

En el fondo del porche se abre la vidriera que da acceso al vestíbulo, de donde arranca la escalera. Toda la casa es un museo lamartinesco. Los amigos del poeta, los mismos que trajeron su cuerpo desde Passy, donde le tenía recluído la caridad de la villa de París, han hecho del viejo castillo un sagrario de amor hacia el poeta. Allí está, en el estrecho dormitorio, la cama en que murió, alta como un catafalco, traída con los demás muebles del *chalet* de Passy. Allí el armario de luna que guarda, junto a los restos de la vajilla que usó el poeta, dos de sus viejos sombreros, su bastón, su tapabocas, sus chanclos...

En un lugar del salón está su retrato: una vieja y amarillenta litografía de 1850. Sobre la mesita de lectura su libro favorito: *Childe Harold*. Los dos poetas, el inglés y el francés habían pactado la *entente cordiale* mucho antes de que llegara a ser Ministro Monsieur Delcassé.

La chimenea del salón está encuadrada por un alegre festón de tela, sobre el cual las manos primorosas de Madama Lamartine, aquella hermosa inglesa que se llamó Elisa Birch antes de unir su suerte a la del poeta, pintaron delicados medallones con retratos de hombres famosos. Desde la galería se divisa el parque, la campiña y la cordillera. En un rincón del jardín un viejo escarba la tierra de los rosales. Diríase que era el propio *papá Litaud,* acechando la llegada de Claudio el de las Chozas, aquel extraño picapedrero que encomendaba a Dios la redacción de sus facturas.

Todo el paisaje recuerda fuertemente la poesía de los cuadros trazados en las *Confidencias:* "Allí están los nombres familiares al oído, de estos encantadores pueblos que bordean el curso del Saona, mi río natal; las islas cubiertas de bosques de sauces y de mimbreras; los grandes rebaños de vacas que las abordan a nado, para pacer sus altas hierbas, y dejan flotar sobre el agua sus hocicos blancos y sus cuernos negros; las bellas montañas del Beaujolais y del Maconnais, que se tornan azules, como las olas, a los rayos del sol poniente, y parecen flotar como un mar cuyos confines oculta el vaivén de las ondas; a la derecha, estas inmensas praderas verdes de la Bresse, sembradas aquí y allá de puntos blancos que son los rebaños de vacas, y que anegan sus confines en una bruma que les hace parecerse a los paisajes de Holanda o a los horizontes de la China, sin otros límites que el pensamiento eterno"...

F. Martínez Yagües.

Una curiosa estampa

HE aquí una curiosísima y valiosa estampa, de la cual damos una reproducción debido a la gentileza del señor Manuel Mendoza Garibay, en cuya colección de antigüedades figura, en compañía de otras copias tan raras y de tanto mérito como la que reproducimos.

Se trata, en primer lugar, de un notable trabajo de grabado en acero, trabajos que exigían, en aquella época, años de dedicación. Eran los que tales planchas ejecutaban verdaderos artífices.

Luego el grabado tiene de notable que reproduce las características del Imperio moscovita en la época brillante, progresista, activa y famosa de la Czarina Catalina II.

La gran Emperatriz, como la designan algunos de sus biógrafos, nació el 25 de Abril de 1729 en Stettin.

Su reinado, lleno de acontecimientos a cual más resonante en el mundo civilizado de entonces, fué fecundo en glorias y grandezas para Rusia.

Dotada de las más envidiables prendas de inteligencia y de carácter, Catalina II fué diplomática hábil, pensadora, conquistadora y estadista.

Su temperamento en exceso apasionado llenó las intrigas de la corte de aventuras curiosas, emocionantes y hasta trágicas. Más de uno de sus adoradores murió de una manera inesperada y misteriosa. Otros fueron desterrados o hundidos en las regiones más despobladas del inmenso reino.

Hasta Catalina II llegaron los estruendos de la Revolución Francesa, las conquistas que en el pensamiento universal tuvieron los enciclopedistas. Todo aquello tan nuevo y tan extraño llamó la atención a la Emperatriz despótica y tuvo la curiosidad de ver cerca de ella a aquellos hombres plebeyos que con la sola fuerza de su talento habían cambiado la faz política de una gran parte de la Europa occidental.

Por eso fueron a la corte de San Petersburgo: Voltaire, D'Alembert y Diderot.

Claro es que no compartió con aquellos filósofos ningún principio democrático, pero los tuvo a su lado considerándolos seres excepcionales y curiosos, casi de exhibición.

En las dos guerras que sostuvo con el Imperio Otomano conquistó grandes extensiones de tierras, provincias, Estados enteros, asentando al turco golpes terribles.

Engrandeció de esa manera al Imperio moscovita, conquistándole el aprecio de su pueblo y el temor y el respeto de los soberanos de los pueblos vecinos.

En la lámina que nos ocupa aparece la famosa Emperatriz en su trono, rodeada de todos los atributos que dieron esplendor a su época. En la parte superior está el águila bicéfala, característica del escudo ruso.

En el marco del cuadro se leen leyendas en latín dando en sentencias la fisonomía de Rusia y de su pueblo, según el concepto de la época.

Hoy la dinastía de los Romanoff ya no reina. De ahí que tenga esta nota un doble interés.



Hermosa y original página antigua, de carácter simbólico, que forma parte de la colección del señor Manuel Mendoza Garibay.

La Estampa Japonesa

Es de origen relativamente moderno y dimana de los libros ilustrados. Los más antiguos que se conocen, datan del siglo XVI; pero la estampa no comienza hasta las postrimerías del XVII. Torii Kiyonobu (1664-1729), fundador de la rama de los Tori-i, fué el primero que hizo el tipo artístico de la estampa, que no era otra cosa en el fondo más que una página suelta de un libro ilustrado, policromando a pincel los grabados. Fué hacia la mitad del siglo XVIII cuando aparecieron los primeros trabajos que pueden calificarse, con toda propiedad, de estampas coloridas, si bien su unión a un texto literario perduró durante la *Oukiyo-ye* o escuela popular, de la que hablaremos más adelante.

La verdadera estampa japonesa es un grabado xilográfico en colores. El artista hace un dibujo sobre papel transparente, pegado sobre una plancha de madera de cerezo; luego se hace el grabado en forma muy parecida a la occidental, tallando la madera en el sentido de sus vetas. Esa talla se realiza después de haber calcado el dibujo sobre la plancha en forma de incisión, mediante un cuchillo. Este trabajo se repite tantas veces como tonos cromáticos ha de tener la estampa, al modo como hoy se procede en Occidente para los tirajes cincográficos, mediante la repetición de tantas planchas como colores haya de tener la estampa o ilustración del libro.

Grabadas las piezas de madera de cerezo (comúnmente de Sakura), se extiende el color en seco sobre cada plancha, y luego se pone una ligera capa de engrudo de arroz. La hoja de papel (muy esponjoso) se aplica sobre el grabado en madera y con un disco se hace la impresión. El procedimiento es de una gran sencillez mecánica; pero exige mucha habilidad y un sentimiento artístico muy delicado. Por eso las estampas japonesas no tienen la sequedad mecánica de que adolecen las de Occidente.

Con frecuencia, cada artista tenía su grabador predilecto; pero el tiraje cromático se hacía bajo la dirección del autor de la estampa. El dibujo original quedaba destruído después de hechos los grabados de las planchas de cerezo.

***

A la *Oukiyo-ye* se debe el maravilloso arte de la estampa japonesa. Esta constituyó una derivación regeneradora de la pintura nipona. Había ésta decaído en un insípido academismo en los sucesores de la escuela de Kano. La rama de los Korin (fundada por el gran pintor de lacas) pudo salvarse de esa decadencia, pero confinándose su arte a la decoración de lacas y cerámica con flores y pájaros, arte muy diferente al literario y tradicional de los continuadores de Tosa y Kano. Pero en modo alguno la tendencia de los Korin hubiera salvado la pintura japonesa de una decadencia mortal, si un grupo de artistas no hubiese buscado una orientación nueva, acudiendo directamente a la vida japonesa, a los hechos sencillos y corrientes; pero con un espíritu de observación psicológica que le apartó de todo realismo vulgar. A pesar de ello, esos artistas y su tendencia fueron apellidados de *vulgares*, por el público artístico del Japón; y esta fué la *Oukiyo-ye*, en oposición a las escuelas aristocráticas.

La *Oukiyo-ye* se toma como sinónimo de escuela vulgar o popular; esto no es exacto; su significación es más amplia. Edmundo de Goncourt dió a conocer en Occidente su verdadero significado. *Ouki*, quiere decir lo que flota o está en movimiento; *yo*, mundo; *ye*, dibujo; así, puede traducirse por expresión gráfica de todo lo que vive o existe en el Mundo. Y este es precisamente el contenido de la inmensa labor de los artistas de la *Oukiyo-ye*. Para ellos, nada fué impropio del arte; todos los hechos, todos los seres y todas las cosas son susceptibles de convertirse en temas gráficos o pictóricos.



***

Fueron las obras y los artistas de la *Oukiyo-ye*, los que abrieron en el mundo occidental la verdadera admiración por el arte japonés; y cosa rara, a los europeos y americanos, y no a los japoneses, se debe la exaltación artística de los grandes méritos de esa escuela y de sus maestros. Con tal entusiasmo se tomaron sus obras, que durante muchos años se llegó a creer que el gran arte nipón y su desarrollo esplendoroso estaba sólo en esta escuela. Concepto éste, muy falso, y que el conocimiento de los trabajos antiguos puso de manifiesto, pues con ser de un gran valor las obras de un Utamaro, un Hokusai, Toyokuni, Kuniyosi, Hiroshighe, etc., las obras antiguas son de una belleza insuperable.

Edmundo Goncourt, Gonse, Bing, Duret, Ary Renan y Barbouteau, en Francia; Oscar Münsterberg, Hans Sporry, entre los germanos; y W. Anderson, Fenollosa y Strange, entre los anglosajones; son los que han dado a conocer el admirable arte nipón en los países de Occidente. Las colecciones de Goncourt, Hayashi, Gillot, Burty, Duret, Guimet y Anvers, un buen número de exposiciones (hace pocos años una en Londres y otra en París), y últimamente las publicaciones estupendas del *Nippon Shimbi Kyokawai*, *Shimbi Shoin*, y *Koka*, en Tokio, han ido popularizando entre los europeos el arte maravilloso de la estampa y de la pintura japonesa.

Un estudio un tanto detenido de la primera, no cabe aquí, pues su extensión sería excesiva para los límites prudenciales que ha de tener todo trabajo de esta Revista.

Rafael Domenech.

El Encaje de Bruselas

He aprendido esta labor en la misma ciudad de Bruselas. Fuí con el decidido propósito de trabajar en alguna de las importantes fábricas allí establecidas, para perfeccionar este arte y conseguir que mis dibujos resultaran ejecutables. Pero en muy poco estuvo que mi viaje fuese inútil, porque las trabas que en las esferas oficiales ponen, son insuperables, y las pobres obreras belgas, con un patriotismo digno de la mayor admiración, se resisten a enseñar su arte a los extranjeros, sabiendo que él constituye una de las industrias más importantes y florecientes de su país.

Gracias al valioso apoyo del Ministro de España, señor Merry del Val, que con todo interés me facilitó los medios necesarios, procurándome una persona que me enseñara, puedo ahora, también explicar a mis lectoras la manera de hacer ese artístico encaje, dispuesta a desvanecer toda duda y aclarar cualquier concepto.

Lo primero que hay que procurar para hacer bien el encaje de Bruselas, es que el dibujo se pueda dividir en pequeñas partes, de modo que al unirlas luego, se disimule la unión; por ejemplo: en un tallo, en el perfil de una flor o en el de un adorno. Esto es sumamente necesario, siendo como es una labor larga; pues de otro modo, además de ser muy incómodo para trabajar, se arruga y desluce por mucho cuidado que se tenga. Y hecha esta advertencia previamente, paso a explicar la ejecución de las labores, tomando por modelo un proyecto de abanico.

Dividido en trozos el dibujo inicial, se toma la parte que se quiera confeccionar y se observan en su ejecución las siguientes instrucciones:

Una vez terminados estos trozos, sin hacerles el festón del contorno, se deshilvanan y en un dibujo completo del abanico, también hecho en papel negro, se van colocando, cuidando de poner bien el encaje sobre el dibujo, sujetándolo a él con puntaditas muy pequeñas como las que se emplearon para colocar las mechitas en los perfiles de los trozos. Este dibujo final ha de estar también puesto sobre las dos franelas. Se llenan del punto que les corresponda los huecos que quedan, se festonean los perfiles y, últimamente, se termina haciendo el festón del contorno total del abanico, que podrá ser un poco más grueso que el de los perfiles interiores.

Hay que recomendar con insistencia el planchado antes de quitar el trabajo del papel, lo mismo en los trozos pequeños que cuando está terminado por completo. Para hacer el sombreado de las alas se empiezan a trabajar por el sitio que figura estar en sombra, con puntos claros que se irán espesando a medida que se llega al borde. El dibujo se pica con un alfiler fino sobre un papel negro satinado y flexible. Este papel se coloca hilvanado encima de dos telas de franela de algodón fina, y hecho esto, con una mechita de cuatro hilos se perfila el dibujo, sujetando esta mechita por medio de puntos que se irán metiendo por el picado del dibujo. En seguida se llena de punto de tul más o menos tupido, a gusto de cada ejecutante, para que el dibujo tenga claroscuro y medias tintas; luego se festonean los perfiles y se plancha por el revés antes de quitarlo del papel. Esta operación se hace muy fácilmente, separando con fuerza, pero con cuidado, las dos franelas.

Aurora Gutiérrez Larraya.

El Círculo d



El gran árbol que adorna la entrada

HE aquí una entidad que, aun siendo de reciente fundación, tiene ya todos los prestigios más saneados y que pudiera exhibirlos la sociedad más representativa.

Es un núcleo selectísimo, donde figuran niñas de alta figuración social y caballeros de arraigo en los más saneados círculos mundanos.

Nosotros no conocíamos el magnífico local que el Círculo de Tennis posee en los Pocitos, e invitados gentilmente para visitarlo, concurrimos y nos hemos quedado maravillados.

De ahí esta nota, interesantísima, que engalana dos de nuestras páginas.

Coincidió nuestra visita con la realización de un gran torneo en el que tomaron parte todos los más hábiles jugadores pertenecientes al Círculo.

Llegamos. El portalón de entrada se abre sobre la calle Pereira, en los Pocitos. Ubicación inmejorable, en la amplitud deliciosa de la hermosa barriada balnearia.

Vimos maravillas. Allí no se reunen ya aficionados: son maestros los que evidencian pericia suma en el manejo de la raqueta. Los encuentros son interesantísimos, no sólo para el amateur, sino también para el simple profano. El aristocrático deporte se impone allí en toda su gallardía.

¿Cómo surgió este selecto centro de tennis?

Pues a impulsos del entusiasmo no acallado en ningún momento de sus fundadores, que lo fueron: el caballero Enrique Real de Azúa y su esposa, la señora María Antonieta Platero.

Surgió la idea inicial de la constitución del Círculo y de inmediato se obtuvo la colaboración de un grupo de entusiastas, damas y caballeros distinguidísimos, que, eligiendo la primera Comisión Directiva, nombraron Presidente al señor Real de Azúa.

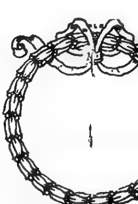


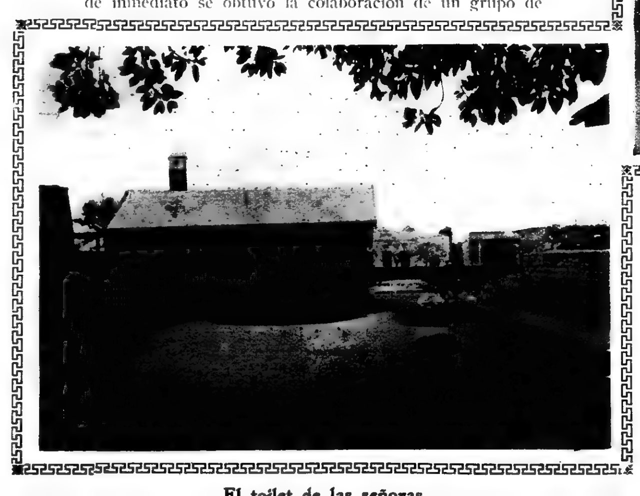
En el segundo período presidencial, ocupó ese alto cargo el caballero Rodolfo Sardá, y actualmente lo desempeña con pericia suma y absoluto beneplácito el señor Joaquín Serratosa, a quien acompañan en el cargo de Vicepresidente el doctor José Pedro Segundo, en el de Secretario el señor Rodolfo Sardá, en el de Tesorero el ingeniero Juan José de Arteaga y como Vocales los señores: Allen O. Crocker, Julio Arteaga y Quinto Bonomi.

A la Comisión Directiva acompaña y presta aún más brillo una Comisión de Honor compuesta por las distinguidas señoras: Sofía Stajano de Serratosa, Sara Fuentes de Sardá, Celia Crosa de Peixoto, Plácida Cibils de Pérez Butler, María Ingouville de Davie, María A. Villegas de Pérez Butler y señoritas: Pulvia Williman, María Inés de Arteaga, Margarita Heber Uriarte y Martha



COMPONENTES DEL TORNEO DE PRIMAVERA ☙ **Señoras: Sara Fuentes d
Señoritas: Margarita Heber Uriarte, María Inés de Arteaga, Esther Suffer
Nebel Panelo, Julieta Puig Spangemberg, Dora, Fulvia y María Antonia Will
Morales. Señores: Alberto Castells Carafí, Quinto Bonomi (hijo), Joaquín Serrat
Castellanos, Allen O. Crocker, Alberto de Armas, Carlos Garçao Marquez, Síd
Segundo, Julio Arteaga, Gerardo Zorrilla de San Martín, C. Dawson, Horacio**





El toilet de las señoras

o de Tennis

Amablemente guiados recorrimos todo el amplísimo campo de deportes ocupado por el Círculo. En ese gran perímetro de terreno se han hecho cinco canchas, dotadas de todos los requisitos necesarios como para que en ellas las gentilísimas jugadoras y los expertos jugadores puedan lucir ampliamente sus habilidades.

Desde que se entra en el local ya se experimenta una



a Fuentes de Sardá, María Antonieta Platero de Real de Azúa, Señora de Crocker, ther Suffern, Florentina y Blanca Butler, María M. Villegas Marquez, María ntonia Williman, Sofía Suarez Blixen, Raquel Dufort y Alvarez, María M. Gonzalez aquín Serratosa Cibils, A. Beherens Hoffman, Gildo Parada Taranco, Carlos Stewart arquez, Sidney R. Buck, Enrique Real de Azúa, Alberto Heber Uriarte, José Pedro n, Horacio Gonzalez Capurro, Arturo Williman, Enrique Lasala Alvarez.

amable impresión. Un frondoso, un magnífico "gonvern" os saluda y os atrae con una invitación a reposar bajo su follaje, en sombra amable.

A la derecha del árbol se eleva el kiosko destinado a toilet de señoras y a la izquierda una sala de espera.

Cuando habíamos ya visitado esas dependencias y nos había encantado el confort que en ellas reina, nos quedaba todavía la sorpresa del gran salón de te, alhajado con refinado buen gusto, amplio, confortable, y donde con galantería exquisita se nos sirvió una taza de te, más sabroso y más preciado puesto que nos lo alcanzaron unas delicadas y marfilinas manos.



El gran salón de te

En la organización del "Circulo de Tennis" se establece en forma rigurosa que el número de socios no puede exceder de 230. La admisión de los mismos está librada, sin apelación, a la Comisión Directiva, quien decide la solicitud por sorteo.

De esta suerte la selección es llevada a extremos rigurosos. Y por ello admira la armonía que allí impera, la distinción y cultura que son las características de todas las reuniones, y el cuidado que por la dignidad del Círculo pone cada asociado, solidarizando la propia estimación con la estimación que merece la entidad ante los extraños a ella.

No vacilamos en afirmar, en consecuencia, que el Círculo de Tennis es uno de los centros más cultos de la República; ejemplo de sociabilidad, elegantemente entendida, al par que elevada y eficaz realidad prestigiosa de una sana tendencia a la cultura física, cuya imposición es necesaria en todas las esferas de la sociedad.

El ambiente es en absoluto encantador. Ora jugando al tennis, ora en amable causserie, o tomando una taza de te, las damas y caballeros que prestigian este Círculo, afirman día a día y hora por hora la importancia cultural de una asociación que nada tiene que envidiar a las mejor organizadas del extranjero.

Hay emulación y reciprocidad entre los asociados. El ansia de realizar obra útil despierta el estímulo y todos por propia y valedera estimación buscan el respeto ajeno para la institución de que forman parte.

El Círculo de Tennis tiene la aureola más brillante que pudiera desear el centro más aristocrático y culto y su imposición en nuestro ambiente es ya absolutamente definitiva.



El salón de espera

Un brasileño ilustre — El General M. L. Osorio

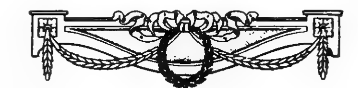






Mariscal Manuel Luís Osorio

Marquez de Herval



HE aquí otro americano ilustre. Guerrero, político, pensador, el general Manuel Luis Osorio llena con su extraordinaria personalidad toda una larga época de la historia del Brasil.

Fué uno de aquellos varones sin tacha, que contribuyeron con todo lo más puro, lo más noble, lo más elevado de sus individualidades a formar el carácter americano, a darnos una fisonomía propia, desentrañando elementos de progreso y de civilización del estado caótico en que quedó el continente después del año 1810.

El general Osorio "sustancia el alma riograndense y la conciencia popular y militar de su tiempo" — dice con mucha propiedad uno de sus biógrafos.

Perteneció a la antigua y gloriosa generación brasileña.

El 10 de Mayo de 1808 nació el que fué después una de las primeras personalidades del Brasil, en Concepción de los Arroyos, villa de Río Grande del Sur, siendo su padre el teniente coronel Manuel Luiz y su madre doña Ana Joaquina Osorio, descendiente de la antigua nobleza española de los Osorios.

"La familia de los Osorios — dice el vizconde Sánchez de Baena — es una de las más antiguas e ilustres de España. Tiene su origen en el Conde don Gutierre Osorio, del tiempo del Rey de Oviedo Mauregato, cuyo hijo el Conde D. Osorio, fué a residir en Portugal y se supone que sus descendientes dejaron ese apellido por otro, como se observa en el Conde D. Pedro hermano del Conde Gutierre."

El autor Antonio de Villas-Boas e Sampayo agrega:

"Proceden los Osorios, del Conde D. Osorio de Campos en el reinado de Alfonso VI. En el escudo figuran dos lobos de color púrpura en campo de oro."

La vida del general Osorio es de esas que no pueden sintetizarse sin verdadera extorsión para el deseo y el entusiasmo del que escribe.

Sólo con fechas, para él gloriosas, se llenaría un volumen. De modo que no tenemos más remedio que ir directamente a los puntos capitales de esa existencia.

El general Osorio tomó parte en las campañas militares de la Independencia del Brasil, en la Cisplatina, en la de Río Grande del Sur en 1835 hasta el 45, donde se le otorgó la condecoración de del Cruzeiro, en la Provincias Unidas del Plata contra Rosas en 1852, en la de nuestro país en 1864 y finalmente en la del Paraguay contra López.

En todas estas campañas tan llenas de jornadas gloriosas conquistó el general Osorio grandes merecimientos y honores, condecoraciones y ascensos, por su bravura, por su pericia por su heroísmo.

En la gran campaña del Paraguay tomó participación activísima como general en jefe del Ejército Brasileño, al cual organizó, dió una completa disciplina y condujo a la victoria.

En Julio de 1865 fué elevado por su admirable conducta a Mariscal de Campo, y a Teniente General el 1.º de Julio de 1867.

Y sin embargo, el guerrero indomable, el hombre que crecía en la acción, que se agigantaba a impulsos de su arrojo, dijo en cierta memorable ocasión, que su "mayor disgusto era ver a su patria en lucha, y encontrarse en el campo de batalla, y que sería su más feliz jornada aquélla en que le dieran la noticia de que los pueblos — por lo menos los civilizados — festejaban su confraternidad, quemando sus arsenales."

¡Admirables palabras de concordia, de juicio y de humanidad en un hombre que se había batido como un león en cien combates!

Todos los grandes americanos de su tiempo tuvieron admiración y honda estima por el general Osorio.

El general Mitre tiene estas frases concluyentes para elogiar su actuación en la guerra del Paraguay:

"La figura del general Osorio en la campaña del Paraguay, es una de las más grandes y más simpáticas de los tres Ejércitos Aliados; y por lo que a mí respecta, debo declarar que tuve en él, al mejor compañero de trabajos, y al más eficaz cooperador, desde que atravesó el Uruguay en el Juqueri, hasta que se retiró por enfermedad, y entregó el mando del Ejército Brasilero al general Polidoro.

"La comportación del general Osorio en el Paso del Paraná, fué heroica y hábil, cumpliendo las instrucciones acordadas por mí en la Junta de Guerra que lo precedió, a la cabeza de diez mil soldados del Imperio, diciéndole al tiempo de embarcarse con sus tropas, que le confiaba la más importante y decisiva operación de la campaña, en la seguridad de que la desempeñaría con la audacia y la prudencia que caracterizaban su genio militar.

"En las batallas del 2 y del 24 de Mayo, su comportación como general y como soldado, fué brillante, especialmente en la segunda, donde acreditó dotes de mando en el momento de la acción, con verdaderas inspiraciones del momento, reparando con admirable presencia de espíritu, los contrastes que sufrieron los de la primera línea, y completando la victoria del día, con un golpe decisivo, en que él valerosamente pagó con su persona, infundiendo en los soldados su ardor, que desde entonces lo constituyó en ídolo de ellos.

"Desde ese día, el general Osorio, fué un verdadero númen guerrero para los soldados brasi-



En los campos de batalla, en el Paraguay se abrió una suscripción, al concluirse la guerra, con objeto de comprar una espada de honor al general Osorio. La colecta se hizo en su totalidad en monedas de oro y el encargado de esa tarea y de hacer confeccionar la espada, ordenó que esas monedas fuesen fundidas y con ellas se hiciese la empuñadura, aplicaciones de la banda, hebilla del cinturón, etc. La espada es una verdadera obra de arte realizada por el reputado artífice Manuel Joaquín Valentín.

Fué avaluada, en el momento de ser terminada, en veinte contos. El pomo tiene en un extremo una cabeza de león; en el centro, (trabajo de esmalte) la siguiente leyenda "El ejército al bravo Osorio". En la cruz que está cuajada de brillantes tiene un dragón. En una placa de esmalte puesta en la empuñadura parece el héroe dirigiendo una batalla, en el otro lado otra placa con esta inscripción: "Campaña del Paraguay" La vaina, que es una gran obra de cincelado, está llena de ornamentos y figuras, y nombres de las batallas donde actuó el ilustre general.

leros, cuya sola vista les infundía entusiasmo y confianza; y esta gloriosa aureola de popularidad militar, lo acompañó hasta que fué herido en Avahy, donde decidió igualmente la victoria, por una hábil maniobra, concebida por él.

"A estas grandes dotes militares, el general Osorio unía un nobilísimo y franco carácter que lo hacia amar de sus compañeros de armas, tanto cuanto era querido de sus soldados.

"El Imperio no ha tenido jamás un general que haya sabido inspirar a sus tropas un espíritu más heroico. Con él a su cabeza los soldados eran invencibles.

"Era un verdadero héroe en toda la extensión de la palabra, y poseía, además, cualidades de mando en jefe que lo colocan en primera línea entre sus contemporáneos.

"Poseía, además, otra cualidad simpática, y era la modestia. No se enorgullecía con sus triunfos, y más bien, eclipsaba en ella su propio mérito, para hacer resaltar el de sus compañeros de glorias y fatigas."

En el combate de Avahy el general Osorio fué herido de bala en la cara. Por su arrojo, por su bravura pagó este cruel tributo de sangre. Por un tiempo abandonó el ejército, para curarse, pero reclamados sus servicios en el campo de acción, el Emperador le pidió que fuera — aún sufriente — a ponerse al frente de las tropas. Era el ídolo del ejército brasileño y sin él parecía que faltaba el espíritu de las valerosas legiones.

Volvió al Paraguay por vía del Plata y en Buenos Aires se le rindieron entonces imponentes homenajes. En un gran banquete que la colonia brasileña le ofreció, asistieron todos los miembros del Gobierno y elevados jefes y oficiales del Ejército Aliado. El pueblo participó en el grandioso homenaje ovacionando al general Osorio.

Después que habló el Ministro del Brasil, señor Paranhos, habló el Presidente argentino Sarmiento. Y dijo:

"Señores: Os agradezco el alto honor que me habéis hecho. El general Osorio, el valiente oficial que está a mi lado, no es un desconocido en esta República; su nombre figura en algunas de las más memorables batallas libradas en pro de la libertad de este país; él luchó con nosotros por echar abajo la tiranía que por tan largo tiempo afligió esta Nación, y con él fuimos victoriosos. Si reyes y emperadores pueden condecorar a este héroe con títulos y distinciones, yo, como el representante del pueblo argentino, le doy el único título que está a nuestra disposición, la única señal de distinción que la Nación puede conferir: le ofrezco la ciudadanía de la República Argentina:"

Estas palabras de Sarmiento son una verdadera consagración.

En otro gran banquete que en aquella oportunidad le ofrecieron los generales Mitre y Gelly y Obes, el jefe de los Ejércitos Aliados pronunció estas palabras:

"Señores: En el aniversario de la grande y memorable batalla de la guerra del Paraguay, en que el ejército del enemigo fué vencido, colocando los Aliados, sobre sus cabezas, la tripla corona de la victoria, unos cuantos amigos, intérpretes de los sentimientos de todo argentino, pensaron ofrecer al general Osorio un tributo de aprecio y lo hacen en el momento en que este valiente soldado, nuestro ilustre huésped de esta noche, vuelve con sus heridas todavía sin sanar, al campo de sus glorias anteriores, en busca de nuevas fatigas y peligros, dando así una prueba fehaciente de patriotismo, abnegación y fuerza de ánimo. Estoy seguro que ustedes profesan los mismos sentimientos que yo, y que se adhieren a esta manifestación todos los argentinos a quienes su nombre es popular en todos los vastos territorios de nuestra República. Todos sus compatriotas aquí presentes se adhieren desde el fondo de su alma, representando, como lo hacen al pueblo brasilero que tanto quiere y tanto admira el nombre de Osorio. Sus compañeros de armas de la campaña paraguaya, presentes aquí, harán lo mismo, pues habiendo sido testigos de sus acciones y de su constancia en medio del peligro y de las dificultades, pueden juzgar mejor que nadie sus méritos trascendentales y estimarlos doblemente hoy, cuando lo ven levantar en sus manos embebidas en la sangre que todavía sale de sus heridas, las palmas inmortales de la victoria. Invito a cada uno de los presentes a beber a la salud en primer lugar del comandante Osorio, del noble y generoso amigo de los argentinos que ahora están por retribuirle su hospitalidad; a beber a la salud del coronel Osorio, del valiente jinete de Monte Caseros, que, a la par de los argentinos, ayudó a romper con su espada las cadenas de veinte años de tiranía, y entró triunfante por las calles de Buenos Aires como un libertador y como un hermano; a brindar por el general Osorio, el general del tratado que selló con su sangre generosa esos documentos en los campos de batalla, consolidando la amistad de tres pueblos y la hermandad de tres ejércitos y finalmente a brindar por nuestro ilustre huésped, nuestro amigo y compañero que está por emprender, con sus heridas todavía abiertas, con su heroica espada en la mano, su kepí coronado con laureles imperecederos y con su corazón magnánimo que bate como un tambor contra su pecho, "o forte peito", "sin pavor", como dice el inmortal poeta lusitano. ¡Salud al gran Osorio!".

Estatua ecuestre del Mariscal Osorio, en Río Janeiro

La actuación del general Osorio en la campaña contra Rosas, que terminó con la victoria de Caseros para el ejército del general Urquiza, fué tan lucida, tan generosa, tan admirable como todas las que antes y después cumpliera.

Nada mejor a este respecto que transcribir una comunicación del ilustre general argentino La Madrid, que dice:

"Cábeme asimismo la satisfacción de haber en la última carga que dí con la División o Regimiento Brasileiro del Teniente Coronel Osorio sobre los últimos restos de la infantería del tirano, haberles obligado al abandono de dos obuses y tres o cuatro cañones, con que se dirigían haciéndonos fuego más allá de Morón, etc., etc.

En fin, la divisa del general Osorio era exactamente la misma que usara el famoso general Hoche, de la Revolución Francesa: "Acta non verba". Hechos y no palabras.

Su fuerza de voluntad, sus actividades múltiples han dejado rasgos memorables, tanto en la carrera civil como en la militar.

La vida de este ilustre general, guerrero intrépido y sin desmayos, político, estadista y ciudadano integérrimo es una inmensa sucesión de episodios brillantes, de jornadas épicas.

A una edad avanzada, el 4 de Octubre de 1879 siendo Ministro de la Guerra el mariscal Osorio falleció en Río de Janeiro, causando su muerte un duelo general.

Grandes homenajes fueron tributados al extinto.

La señora doña Manuela Osorio Mascarenhas, hija del general, es hoy la depositaria de las reliquias del héroe; y a la gentileza del caballero señor C. Osorio Mascarenhas debemos la publicación de estas páginas de gran valor histórico, en momentos en que Sud-America se entrega a los más francos y más hermosos actos de confraternidad.



Placa puesta al pie de la estatua del general por una delegación del gobierno de nuestro país

La Señora que no tenía perro y llevaba perro...

Hace unos días un hecho semejante al que se relata a continuación, ocurrió en la calle Sarandí, siendo la protagonista una distinguida dama.

UNA mañana de sol, a las doce, y cuando está en todo su esplendor el paseo que los elegantes han organizado durante el invierno por la Castellana, descendió de su lujoso automóvil una dama distinguidísima, y el lacayo, después de cerrar la portezuela y de llevarse la mano hasta el ala del sombrero de copa, en uno de esos saludos iniciados y no concluídos en que son maestros los lacayos, echó a andar tras de la señora y a respetuosa distancia.

La señora, que representaba tener unos sesenta años, aún traslucía los restos de una gran belleza, y su figura esbelta y airosa llamaba la atención. Era una de esas mujeres que, vistas de espalda, hacen a los hombres apresurar el paso para verla de frente... y luego lo hacen apresurar más todavía para alejarse.

Iba tocada con un gorrito de nutria y todo su cuerpo se ceñía en un gran abrigo, de nutria también, que le llegaba hasta los pies. Al pasar por su lado, los hombres admiraban su figura y las mujeres le envidiaban el abrigo, pero ella seguía su paso indiferente, con la mirada en lo lejano, según costumbre de todas las señoras que van solas, que quieren ir solas y que, además, se saben acompañar por quien les evitará cualquier menuda impertinencia, aunque ese quien sea de tan ínfima condición como un lacayo.

Claro es que ese desprecio por los lacayos, jóvenes y buenos mozos, tiene sus excepciones... pero aquí hablamos de la regla general.

Y dichas estas palabras, a guisa de antecedente, vayamos ya a la verídica historia que me propongo referir, y que no es menos trascendental que las dos columnas del periódico con la lista de los regalos y la descripción de la canastilla de Pepita Merrivolis, que se va a casar con el joven Andresito Volismeri, hijo segundo del marqués de Patatier, y aprovechado alumno del preparatorio de Derecho... y en la cual lista aparecen no sé cuántos encajes de Chantilly y unas cuantas cajas de marrons y otras dulcísimas menudencias por el estilo, todas igualmente dignas de ser referidas con prolijo detalle.

Como decíamos, iba la distinguida dama paseando por la Castellana, a las doce de un día de sol en invierno, cuando tuvo que detenerse un instante para dejar que atravesaran unos coches que bajaban de las bocacalles laterales hacia el centro del paseo.

Aquel momento de parada fué fatal para la dama, pues lo aprovechó incorrectamente un perrito callejero, que ya hacía rato venía fascinado por el magnífico abrigo de nutria, para alzar la patita y con toda la indelicadeza posible dejar en el borde del abrigo señales inequívocas del objeto e intención con que el susodicho perro había alzado la susodicha pata...

Como el desmán se realizó a espaldas de la dama, no pudo ella enterarse y continuó impertérrita su camino, con la natural majestad que su arrogante figura le prestaba.

El lacayo vió el lance completo, pero temeroso de que le repredieran por no haber acudido a tiempo para evitarlo, optó por callarse, dejando al tiempo y al aire que disiparan las pruebas de la canina felonía. Buena idea era... pero, desgraciadamente, por el paseo andaban otros canes, y pronto les llegaron a sus finas narices los efluvios de aquella emanación, ajena a la nutria primitiva, pero que la nutria actual exhalaba persistentemente...



Es ley fisiológica e imperativa, a cada objeto que les llama la atención, que el gato saque las uñas, que la liebre aguce las orejas y que el perro vaya a olerlo. Cumpliendo, pues, su ley de naturaleza, los canes del paseo empezaron la ronda en torno de aquel abrigo que indudablemente llevaba un perro dentro...

Mientras se trataba de enterarse perrunamente, es decir, de oler nada más, no iba mal el asunto... Pero los perros tienen la cortesía... — supongo yo que será cortesía... — de alzar la patita en donde otro compañero la alzó también con anterioridad... y con fruto. Y persiguiendo su noble fin de realizar el acostumbrado homenaje, los perros... — tres nada más... — rodeaban insistentemente a la buena señora, que, al principio, se conformaba con decirles: ¡Marcha, chucho!, pero con voz tan baja y ademanes tan quedos que el chucho no se enteraba de la orden, y al fin ya, molestada por la insistencia, se paró en firme y llamó con una seña al lacayo.

Los perros, al verla parada, creyeron que era una amabilidad de la señora para que realizaran cómodamente sus propósitos, y a ello se prepararon alzando a la vez sus tres patitas respectivas. Pero la señora, horrorizada, dió entonces unos cuantos chillidos de verdad... de verismo, como se dice ahora, y los perros se apartaron un poco.

—¡Eche usted a esos perros, Tomás!...

Pero cuando Tomás corría tras de uno, los otros dos se aproximaban. La gente parábase para contemplar la escena y la señora, avergonzada del espectáculo, decidió refugiarse y huir en el automóvil. Defendida por el lacayo, pudo por fin librarse del asedio perruno.

Subió el lacayo al auto y dió la orden de dirección al mecánico.

Los perros comprendieron que se quedaban ya sin realizar su cortesía en donde deseaban; pero para que no se malograra todo, por tácito acuerdo levantaron sus tres patitas respectivas sobre un neumático...

Lo que dice el refrán: del lobo un pelo...

O sea, del automóvil un neumático.

El lacayo, al contarlo en la cocina, ladraba de risa y de gozo...

Manuel Linares Rivas.

Mis pascuas

YO estaba solo, soñando. Siempre sueño. Mi vida es hecha de quimeras. Un rayo de luna trazó un puente brillante, entre mi cuarto y el cielo. Por ese puente de luz viniste tú a hacerme la visita de Noche Buena. Yo alfombré de flores el cuarto y se llenó de aromas capitosos. Pulsé la lira y mis versos, desplegando sus alas armoniosas, poblaron el espacio de músicas divinas.

El ángel de mi guarda se alejó al verte. Dios le reprendió, porque así descuida a sus elegidos. Y el ángel le repuso:

— Señor, si yo le he abandonado, otro ángel de amor le acompaña.

Cuando tus pies hollaron mis rosas, no supe distinguir los unos de las otras. Tan iguales eran.

— Aquí estoy.

— Te esperaba.

— ¿Dormías?

— Pensaba en tí.

— Poeta...

— ¿Qué me traes?

— Ilusiones.

Y pasastes tus manos suaves por mi frente ardorosa.

— Amores.

Y me enseñastes el corazón enrojecido de pasiones.

— Glorias.

Y me prometistes el laurel simbólico que convierte en héroes a los hombres.

— Placeres.

Y me envolviste en tu juventud.

— Deseos.

Y me ofrecistes tus labios lujuriosos.

— ¡La vida, mi poeta!

—¡Oh! sí; dame la vida, esa vida que prodigan tus manos, que palpita en tu corazón, que hierve en tus venas, que esplende en tu juventud y estalla en tus besos! ¡Oh! sí, muda, reina y mujer, que es decirlo todo, porque en tí está la poesía, la gloria y la vida!

Entonces nuestras bocas se encontraron y Dios quitó el puente de luz lunar, para que no volviera el ángel de mi guarda y tú pasaras conmigo la Noche Buena.

* * *

LA muñeca me esperaba. Lo comprendí en la incontenida alegría que decoró su carita de rosa y azucena. ¡Qué hermosa es mi muñeca cuando sonríe! Parece que en el cielo de sus pupilas brillaran todas las estrellas del ensueño y en la grana de su boquita florecieran todos los claveles del deseo. No sé qué ponderar más: si la fulgencia misteriosa de sus ojos o la purpúrea eclosión de sus labios. Una y otra me cautivan. Ella lo sabe, pero finge desconocerlo para obligarme a repetírselo. Y yo lo callo, como un secreto, para que sonría cada vez que la miro.

— Estoy sola.

— Lo sé.

— ¿Cómo?

— Porque, al igual que al caer una piedra sobre las tranquilas aguas de un lago, he turbado la serenidad de tu alma con mi presencia.

— ¿Quién te lo ha dicho?

— El rubor de tus mejillas y la vibración de tu cuerpo.

— Estaba triste.

— Lo he leído en tus miradas.

— ¿Eres brujo?

— Soy un enamorado.

— Hechicero del corazón, pasa, que la lámpara del amor no fué encendida en mi alcoba. Ven: consuela a esta desdichada muñeca que llora su libertad y muere en la prisión de un hogar sin ilusiones. Dime: ¿qué hay en la cima de aquella montaña azul, que me obsesiona y me atrae?

— ¿No lo sabes?

— Mi señor, a quien le he preguntado, lo ignora.

— No te comprende tu señor.

— Dices bien.

— Allí vive la Felicidad. Hacia ella voy y llegaré, porque tu recuerdo me acompaña.

— ¡Oh! llévame contigo. Hazme conocer la felicidad y me devuelves la vida.

La tomé en mis brazos y en alas de un beso escalamos la montaña azul que la atraía.

Faustino M. Teysera.

El Círculo de Bellas Artes

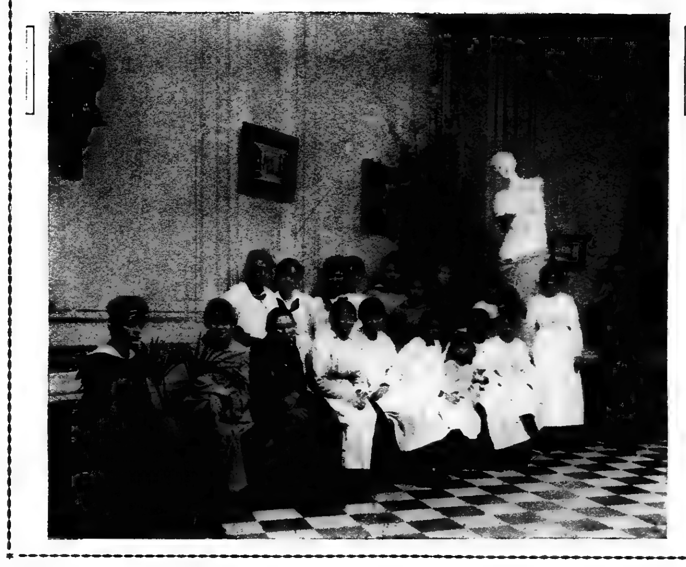
He aquí una institución que honra al país y de cuyos beneficios se ha tenido amplísima prueba en algunos años de funcionamiento.

El Círculo de Bellas Artes surgió como una cristalización casi inesperada de entusiasmos nobilísimos y de ansias culturales, extrañas entonces en nuestro ambiente, aun hoy fuera de las inclinaciones generales, pero, con tesón y buena voluntad los que lo iniciaron lo han mantenido, los que llegaron después sumaron esfuerzos para engrandecerlo y hoy, teniendo cariz oficial, es nuestra primera institución artística.

Se instituyeron clases nocturnas, se llamó al seno de la flamante academia de pintura, de escultura y de dibujo, a todos los que desearan dar a sus mentalidades sana orientación y así pudo funcionar en sus comienzos el Círculo.

Carlos María Herrera, completó la obra no sólo con el inatacable prestigio artístico de su nombre, sino también con su sereno y consciente amor al Arte y luchó desinteresadamente y con entusiasmo patriótico hasta hacer del Círculo una institución seria, sana y eminente.

Fué dura y larga la lucha pero por fin la victoria merecida coronó tantos inteligentes afanes.



El rincón de los recuerdos, donde se hallan dos bustos, uno de Carlos M. Herrera y otro de Juan Ferrari



El Director del Círculo: escultor Belloni y el Secretario señor Orestes Baroffio

El Gobierno fijó su vista paternal en esta meritoria y patriótica labor, y decidió acordar al Círculo una subvención que le da base inconmovible.

Hoy el Círculo es el centro más alto de la educación artística con que cuenta la República y son grandes y muy valiosos los resultados que con él se han obtenido.

A su frente se halla la mentalidad robusta y la firmeza de carácter del escultor José Belloni, un maestro de gran competencia y un artista cuyo nombre ya se impone más allá de las fronteras.

En el magnífico local que ocupa esta institución en la Avenida 18 de Julio, funcionan las diversas clases: dibujo, dibujo ornamental, modelado, pintura y escultura con modelos vivientes, etc.

Una de las clases más numerosas es la de señoritas. Un núcleo promisor de futuras artistas completa allí sus conocimientos y se prepara inteligentemente para las luchas por el arte.

Todas las tardes y todas las noches se suceden en el Círculo las clases en los diversos cursos y si el tesón de los maestros es ejemplar no lo es menos el de los discípulos.

En la Presidencia de la Comisión Directiva del Círculo de Bellas Artes han figurado hombres de positiva valía intelectual, tales como: doctor Augusto Turenne, don Martín Lasala, arquitecto Eugenio Baroffio, ingeniero Alfredo R. Campos y doctor José M. Fernández Saldaña.

Es actualmente Presidente del Círculo el señor José M. Vidal Belo.

Puede afirmarse con el regocijo consiguiente, que hoy el Círculo de Bellas Artes está asentado sobre bases inconmovibles y de él ya se han obtenido muy buenos resultados y se obtendrán aún mejores en plazo más o menos breve.



La clase femenina de dibujo y pintura en un momento de descanso

ATRIBUTOS DE REALEZA

La costumbre de ceñir la cabeza, la parte más noble del cuerpo humano, con un distintivo de dignidad o supremacía, es antiquísima en la humanidad. En el curso de los siglos, la corona ha tenido múltiples significados y variadas formas. Los faraones de Egipto tenían dos clases de coronas: una blanca en forma de mitra ó casco, que era la insignia de su dominación en el Mediodía; y otra roja, algo acampanada y abierta por arriba, insignia de la dominación en el Norte; a esta corona suele acompañar en los monumentos figurados, el simbólico bastón que acaba en voluta llamado lituo; ambas insignias solían ponerse a la vez, resultando la corona blanca, que era más alta, dentro de la roja pero sobresaliendo. Esta doble corona constituía el posquet, y los elementos que la componían simbolizaban los atributos solares inherentes a la prerrogativa real. Esta razón explica que en los monumentos figurados aparezcan algunas divinidades, como Osiris, con una de estas dos coronas o con la doble corona, pues viene a ser en estas imágenes un signo de soberanía. Fuera de esto, los egipcios acostumbraban a ceñir las cabezas a los difuntos con coronas de paja, de las cuales se han recogido algunas en las tumbas; estas coronas fúnebres eran una investidura del atributo divino, llamado verdad de la palabra, que confería a los difuntos el capítulo XVIII del libro de los Muertos.

Con respecto del Oriente antiguo, los monumentos figurados que nos dan a conocer la indumentaria de los asirios muestran que los reyes llevaban como distintivo una mitra, o, más bien, tiara bastante alta, que debía ser de metal con adornos, probablemente de pedrería, pero ignoramos que esta insignia tuviera en Oriente un valor simbólico como en Egipto. En Grecia y Roma la corona tuvo mayor importancia que en los demás pueblos de la antigüedad, y se amplió con muy diversas significaciones. Los griegos escribieron libros especiales referentes a las coronas, de las cuales conocieron gran variedad, pues las tenían para usos religiosos, profanos, públicos y privados. Los autores de dichos libros fueron Calimaco, Mnesites, Apolo Codoro y Aelio Asclepiades. En Roma Claums, y, aparte de esto, son muchas las memorias que se encuentran en varios textos antiguos referentes al asunto que nos ocupa; por todo lo cual se viene en conocimiento de que la corona, fuese símbolo o recompensa, mereció de los antiguos especial consideración.

También hubo coronas de hojas artificiales, que se fabricaban con pedazos de cuernos hechos virutas, teñidos de diversos colores, y con pedacitos de seda. Pero más preciosas eran las coronas hechas de metal, aun cuando éste tuviese poco valor y estuviese cubierto de una simple hojita de oro o de plata. Los romanos llamaban a estas coronas "inauratas" o "inargentatas". En Grecia fué muy común el uso de las coronas de oro; en los inventarios de los objetos consagrados en el Partenón de Atenas se hace mención de muchas, y de más de ciento en los del templo de Delfos. No sólo de oro, sino de piedras preciosas, se adornaron las coronas, imitándose en ellas el follaje, y las coronas llamadas "estéfanos" estaban exornadas con relieves, perlas o pedrería.



Corona de San Eduardo. La primitiva corona fué destruida en el Commonwealth habiéndose hecho una nueva para la coronación de Carlos II.



La Corona Imperial usada por la Reina Victoria. La piedra grande del centro es el famoso rubí llamado Blachprince. Se le hicieron algunas modificaciones cuando la coronación de Eduardo VII, habiéndose sustituido el brillante Cullivan por un záfiro.



La Corona de la Reina Alejandra, con el famosísimo y valiosísimo brillante "Koh-i-Noor".



La Coronilla del Príncipe de Gales

Además se decoraban también con figuras de bulto redondo. En el Atiquarium de Munich se conserva una preciosa corona de oro, hallada en una tumba de la Italia meridional, que tiene entre el follaje, en la parte alta, una figura en pie.

Domiciano presidía los juegos capitolinos teniendo puesta una corona adornada con las figuras de Júpiter, Juno y Minerva; detrás de él se ponían el flamen dialis, y el gran sacerdote de la familia de los Flavios con coronas que ostentaban la imagen del Emperador. Las treinta y tres coronas de perlas llevadas en el triunfo de Pompeyo muestran hasta dónde predominó en el mundo clásico el lujo asiático. Los romanos usaron muchas de cintas o vendas bordadas de pedrería y aún de hojas de oro estampadas, cuyos extremos flotaban sobre el cuello y los hombros y que vino a ser un atributo imperial a partir de Constantino. En cuanto al uso de las coronas y su antigüedad, diremos que la edad heroica de la Grecia no parece haber conocido la corona, con una simple rama se ofrendaba a los dioses, y muchas veces se ceñía la cabeza, sujetándola con una cinta o venda como lo demuestran las pinturas de los vasos. No es posible fijar con exactitud la época en que comenzaron los griegos a llevar coronas en los sacrificios y otras ceremonias del culto, pero esta costumbre era muy antigua y en los monumentos del siglo sexto como en vasos pintados de estilo asiático, se ven ya coronas de representaciones de sacrificios. Las coronas con que se adornaban en un principio las estatuas de los dioses, debieron ser de hojas y frutos naturales, que variaban según el carácter de la ceremonia y el de la divinidad. En todas las fiestas de los dioses, tanto los adoradores como los sacerdotes y sacerdotisas, se presentaban coronados. Los magistrados de algunas repúblicas griegas llevaban coronas.

Las coronas de los sacerdotes parece que estaban adornadas con imágenes de los dioses; las víctimas de los sacrificios se conducían al altar coronadas de flores, y lo mismo los vasos y cestas. También se coronaba el edificio en que tenían efecto las ceremonias. Por igual modo fué costumbre poner coronas a las naves cuando tomaban parte en alguna ceremonia religiosa, como, por ejemplo, la galera salaminiana que anualmente llevaba a Delos la procesión en recuerdo de Teseo y el barco que llevó a Roma el ídolo de Cibeles obtenido del rey Attala. Por la relación que existía entre el culto de los dioses y el misterio que rodeaba los muertos, se hizo mucho uso de las coronas en los funerales. En Grecia, como en Egipto, se coronaba a los difuntos, costumbre que, según Clemente de Alejandría, tenía origen fabuloso. Luciano dice, por otra parte, que se coronaba a los difuntos para amortiguar el mal olor, pero la corona fúnebre era a la vez un distintivo honroso y un símbolo religioso, pues que estaba considerada como atributo divino y a los muertos se les divinizaba. Además, la costumbre de depositar coronas en las tumbas viene de la antigüedad, pues cuando Augusto visitó el mausoleo de Alejandro depositó allí una corona de oro. En las exequias del rey latino Numa figuraron coronas, y la ley de las Doce Tablas autorizó las coronas funerarias. En las pompas fúnebres de Sila se

llevaron dos mil coronas de oro. Las coronas funerarias eran generalmente de mirto, y también se empleó la rosa, el jacinto, la violeta, etc. Las coronas que se depositaban en las tumbas no eran sólo ofrendas a los manes del muerto, sino también las que éste había recibido en vida como recompensas. En los banquetes fúnebres se coronaban las piezas de la vajilla, y lo mismo se hacía en los banquetes con que se solemnizaban faustos acontecimientos.

La corona del bebedor tuvo mucha importancia en la antigüedad, y se ceñía a cada convidado cuando se iba a hacer el segundo servicio de la comida; sin duda por esto la corona estuvo mirada en cierta época como un signo de intemperancia. Una misma persona solía reunir hasta tres de estas coronas: una rodeada al cuello a fin de que el perfume de las flores fuera más perceptible, y las otras dos en la cabeza. Esta costumbre fué común a griegos, etruscos y romanos. La costumbre de ceñirse coronas en los banquetes se generalizó, y decían los antiguos que la corona puesta en la cabeza preservaba de la embriaguez, por la acción refrescante o astringente de sus perfumes. En otras ceremonias privadas o públicas se emplearon las coronas como símbolo de regocijo; una de olivo puesta sobre la puerta de una casa, indicaba que allí había nacido un hijo varón. En las pinturas de los vasos se ve a los amantes ofreciendo coronas a sus prometidas, como símbolo de himeneo. La personificación de éste llevaba una corona en la cabeza y otra en la mano, y en las bodas no sólo ceñían corona las cabezas de los desposados, sino las de todos los asistentes a la ceremonia. La que en Roma llevaba la esposa era de flores y hierbas cogidas por ella misma. La corona nupcial fué, tanto en Grecia como en Roma, un símbolo religioso.

Los romanos no se ponían coronas fuera de los días en que la religión los autorizaba, especialmente en las fiestas de divinidades que presidían la fecundidad. Como signo de regocijo se ciñeron coronas los antiguos en varias circunstancias, siempre que la celebración tuviera carácter religioso. Los espartanos se ciñeron coronas cuando vencieron a los atenienses en Egos Pótamos. Por último, todo mensajero de buenas nuevas, con ocasión de los sacrificios ofrecidos a los dioses, ceñían una corona. Las coronas como recompensas se concedieron desde remota antigüedad, en un período cuyo comienzo se fija en el año 582 antes de J. C., a los vencedores de los grandes juegos de Olimpia, y en los concursos de Delfos, de Nemea y de Istmo. Antes de la fecha sólo se daban objetos como premio. Dichas coronas eran de follaje; de encina es la que ciñe la cabeza de un atleta que se cuenta entre las esculturas arcaicas atenienses. Las coronas que se daban a los vencedores de las panateneas y de los juegos olímpicos procedían del olivar sagrado de la Acrópolis de Atenas. Como la religión estaba asociada a la poesía dramática y a la lírica, el coro teatral llevaba coronas, que en tiempo de Demóstenes no eran siempre de simples follajes, sino de oro; los músicos recibían también coronas en los concursos, y en Roma las hubo también para los vencedores de los juegos gímnicos y agonísticos; en cuanto a los juegos del Circo, en Roma no se concedieron coronas a los vencedores hasta la época imperial, y lo mismo a los músicos, poetas y oradores. En los juegos capitolinos se daban coronas de encina en número de cinco, que sin duda correspondían a las cinco divisiones del concurso: Música, Drama, Poesía latina, Poesía griega, Canto e instrumentos. Estos juegos fueron los favoritos de Nerón, quien después de haber recogido mil ochocientas coronas durante el viaje a Grecia, entró triunfalmente en la capital con la frente ceñida por la corona de Olimpia y llevando en la mano la corona pítica.

Por la transmutación de ideas que los primeros cristianos hicieron con respecto a la sociedad pagana, la corona aparece citada por los escritores sagrados de los primeros siglos, y, reproducida en los antiguos monumentos cristianos, es un emblema de victoria y de recompensa.

En la Edad Media, la corona fué un adorno o una insignia que nada tuvo que ver con la religión. Esta es la diferencia esencial entre la corona de la antigüedad y la de esta época.

Es creencia general que el rey de Francia, Francisco I, fué quien primeramente se puso la corona cerrada, con el fin de demostrar a Carlos V, que acababa de ser elegido emperador, es decir, que él era soberano de un reino del cual sólo podía relevarle Dios.

He aquí ahora la descripción de las coronas de la casa de Inglaterra, motivo de esta curiosa y bella información y cuya reproducción fotográfica ofrecemos.

La Corona Real fué labrada por orden de la Reina Victoria y está enriquecida con las piedras sacadas de otras coronas. La diadema lleva delante un grueso záfiro, y en su circunferencia gran número de gemas y esmaltes. En el lado anterior y en medio la diadema está surmontada de la cruz de Malta, hecha toda de diamantes y con un gran rubí en el centro. Otras tres cruces de Malta alternadas con adornos de flores de Lys están colocadas sobre el círculo frontal.

Completa la información el manto real usado por Eduardo VII el día de su coronación. Es una admirable pieza de paño de seda, color cardenal con bordado de oro. Su valor artístico y su valor de joya es muy alto.

La corona del Príncipe de Gales es semejante en sus puntos esenciales con la corona real.

Manto real usado por Eduardo VII el día de su coronación

Porcelana y Plata



Juego Japonés de porcelana, propiedad de la Sra. Blanca Usher de Heber Uriarte.

TODOS los objetos de porcelana, antiguos y modernos tienen, además del mérito de su fabricación (Sevres, persas, indias, italianas, españolas, etc.), ese encanto que presta siempre la leyenda.

Y es la leyenda, precisamente, la que preside la invención de la porcelana, la que luego la acompaña a través de los siglos y le presta hoy ese encanto, esa atractibilidad que todos experimentamos ante un objeto construído de esa materia.

El juego de te, cuya reproducción fotográfica damos en esta página, es de porcelana japonesa, la que más prestigios seculares tiene y alrededor de la cual tanto se ha escrito y tanto ha urdido la fantasía.

Es opinión general que las porcelanas chinas son las más antiguas. Los comienzos de su fabricación se cree que fueron por los años 185 antes y 87 después de Jesucristo. El mercader árabe Solimán, en 851, escribía: "Se halla en China una arcilla excesivamente fina con la que se confeccionan vasos que tienen la transparencia del vidrio: puede verse el agua a través del vaso, que es de arcilla. La fabricación de la porcelana, como industria fué llevada del Celeste Imperio al Japón el año 27 antes de Jesucristo. No hay diferencia apreciable en la bondad, finura y valor, entre la porcelana china y la japonesa.

Dícese que un alfarero japonés llamado Gorodajú Shonsin fué el que llevó de la China al Japón hacia 1520 los principios de la fabricación de la porcelana. En torno de su primer horno se levantó una ciudad llamada Arita. Pero las porcelanas fabricadas por ese alfarero, que no debió hacer otra cosa que imitar los productos chinos en pequeñas dimensiones y en azul y blanco, no son las primeras porcelanas japonesas que proceden de la provincia de Ibizen, donde se encuentran grandes depósitos de caolín, sobre todo en los alrededores de la montaña de Karatzú, que ha dado su nombre a la cerámica primitiva de aquella provincia. Las piezas de Karatzú datan del siglo XIII y del XIV.

El tipo decorativo más común en las piezas de porcelana japonesa es el compuesto de crisantemos y peonias de colores azul, rojo y oro.

Las piezas llamadas de Kakujemon fueron siempre las preferidas por la aristocracia japonesa.

El juego de te, cuya reproducción ofrecemos en esta página, perteneció a la distinguida señora doña Sofía Usher de Sollosso y fué un obsequio que le hiciera el gobierno imperial en un viaje que realizó dicha dama en compañía de su esposo el almirante Sollosso.

Hoy esa verdadera joya, de cuyo valor es obvio hacer mención, se halla en poder de la señora Blanca Usher de Heber Uriarte.

Completa la parte gráfica de esta página un candelabro de plata maciza, que perteneció a la matrona Clara Errasquin de Jackson y es hoy propiedad del señor Alberto Heber Uriarte.

Es una magnífica pieza de época, donde no se sabe qué admirar más, si la finura del cincelado o la elegancia majestuosa del conjunto.

Ante una de estas maravillas de Museo vuelve uno la imaginación al pasado y contempla aquellas regias estancias de antaño en las que esos candelabros daban majestad a una consola o a una mesa.

A la luz de esos candelabros las siluetas de los gentiles pasaron e impusieron su gallardía.

Las vestimentas brillantes y los rostros plenos de gracia, la desenvoltura elegante de los movimientos, el oro y la plata que exornaban los trajes femeninos, todo fulgía a la luz de las bugías y diríase que eran los objetos que prestaban luz a las luces, al contrario de lo que suele pasar hoy, en que las luces eléctricas prestan brillo a muchas cosas.

Las mesas de antaño tenían en los candelabros, un complemento de majestuosidad que por cierto no tienen en la actualidad.

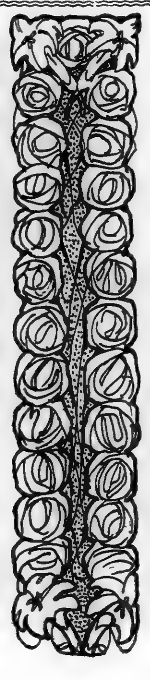
Y tan es así, tan es así comprendido, que hoy vuelve la moda de los candelabros, y en los mesas bien alhajadas son ellos los que presiden, dando, indudablemente, un caché especial al ambiente.

El "ritorniamo all antico" se cumple una vez más y por cierto en beneficio casi siempre del buen gusto.

Candelabro antiguo de plata cincelada propiedad del señor Alberto Heber Uriarte.

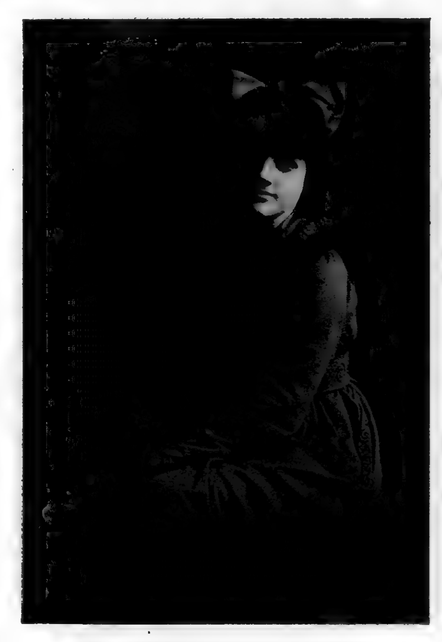


María Marta Menek Casaravilla

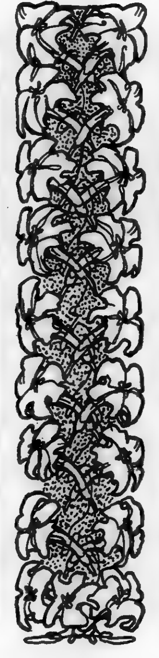


Carolina de Soria Gowland

¡Oh, Juventud! ¡Primavera de la Vida!

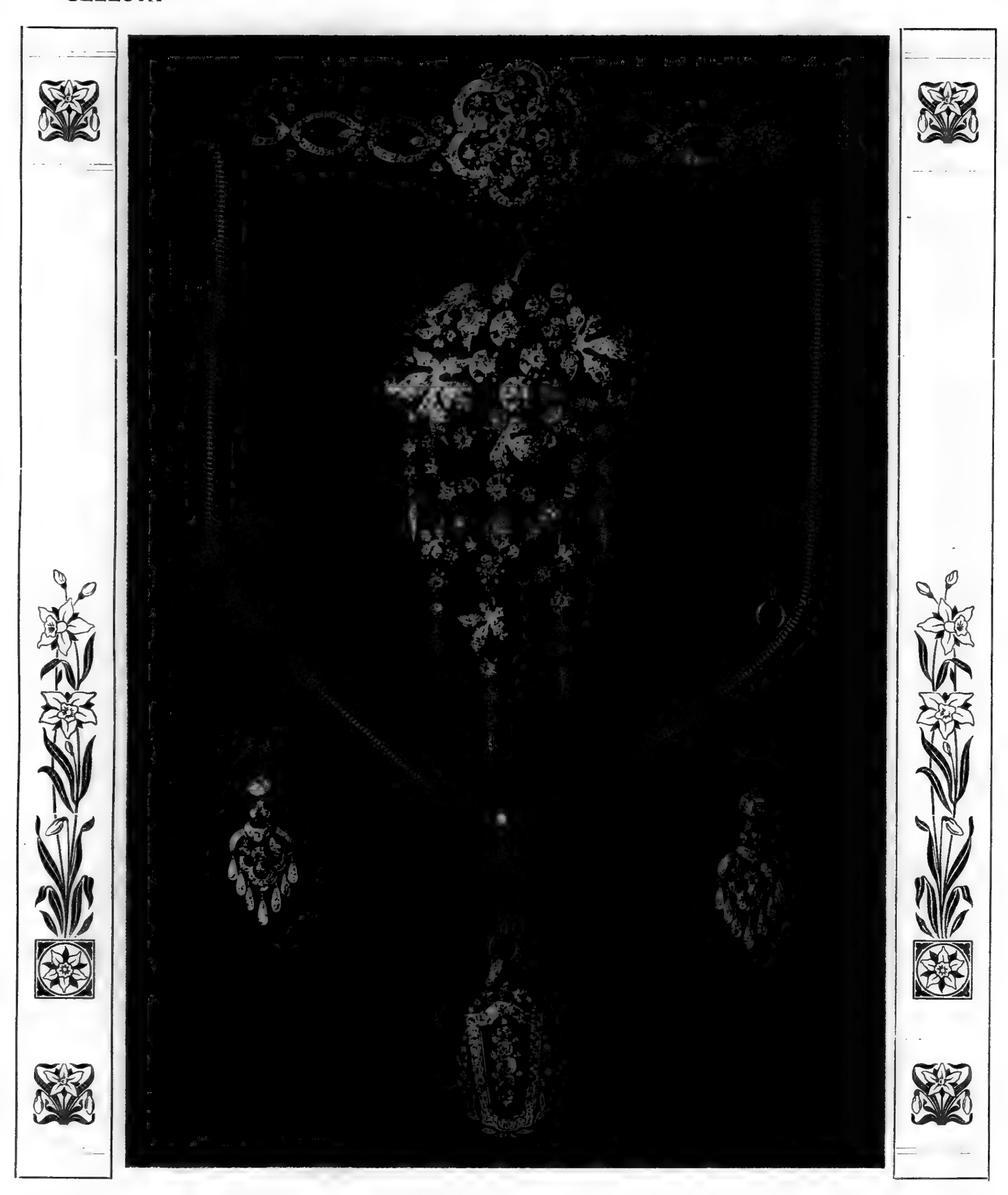


María Mercedes Ponce de León





Delia Hita



JOYAS

Es realmente asombroso lo que obscuros, pero no por eso menos geniales artífices, realizan en las joyas, en cuya pequeñez ponen un caudal de buen gusto, de profundo buen gusto, de originalidad extraordinaria.

En la limitación de un engarce, en los eslabones de una cadena, en la combinación de un pendantif, los artífices del oro, de la plata, del platino y de las piedras preciosas, acumulan una extraordinaria fuerza de creación. Se dijera que el frío metal cobra, a veces, palpitaciones de vida y que una maravillosa flor de pedrería, tiene perfume, tiene color y puede marchitarse.

El don de la delicadeza mueve las manos de estos artistas desconocidos que continuamente lanzan al mercado del mundo sus pequeñas grandes obras.

Nada más oportunas que estas reflexiones al contemplar las magníficas joyas, que, formando un juego de un valor muy alto, posee la distinguida señora Julia Duplessis de Bouvet, cuya gentileza nos permite dar en esta página una nota de sumo interés.

Componen el juego, un collar de oro admirablemente cincelado, con colgante de malaquita, orlado de diamantes. Se impone en seguida a nuestra admiración un gran prendedor de plata, que adquiere la forma de una gran flor, una flor de ensueño oriental, donde una mano principesca ha dejado caer hermosos brillantes, que diríase son gotas de un fantástico rocío.

Los pendientes de una belleza indiscutible completan este juego de emperatriz.

Ante estas maravillas el cronista se acuerda involuntariamente de la famosa "aria de las joyas" de "Fausto" y piensa que debieron ser como éstas, las que Mefistófeles puso en manos de Margarita, para enloquecerla, para rendirla, para despertar sus más íntimas vanidades de mujer.

Tienen las joyas, cuya reproducción fotográfica disminuye enormemente su esplendor, una irresistible atracción, por su delicadeza de cincelado, por lo artístico del engarce y por el valor grande que entrañan.

A la linda nena María Gorizia Salaverry

¡Borriquito manso de la Virgen María!
Manso borriquito que llevó a Jesús
Con su santa madre, que al Egipto huía
Una noche negra sin astros ni luz!

¡Lindo borriquito de luciente lomo!
Hasta el niño mío te venera ya
Y dice, mirando tu imagen en cromo:
— ¿Es el de la Virgen que hacia Egipto va?

¡Dulce borriquito, todo mansedumbre!
¡Nunca a tus pupilas asomó el vislumbre!
Más fugaz y leve del orgullo atroz!

Y eso que una noche sin luna ni estrellas,
Por largos caminos dejaste tus huellas,
Llevando la carga sagrada de un dios.

JEANETTE DE IBAR.





María Gorizia Salaverry

Minuetos

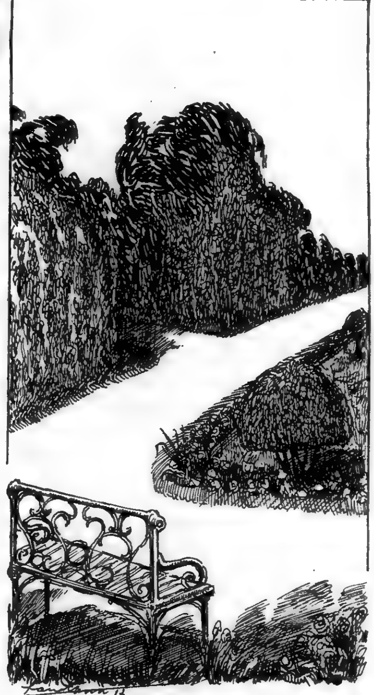
Al triste son de los minuetos
cantan mis deseos secretos
y estoy llorando
de oír el temblor de esta vana
voz de otro tiempo, voz lejana.
que está llorando

FERNAND GREGH.

JARDIN DE ENSUEÑO

Te amo jardín,
amo el aroma de tu jazmín,
la leve sombra de tus aromos,
que tienen jovialidad de gnomos:
amo tus verdes bancos,
que son el deseo cuotidiano
de uno que otro anciano
silencioso y de cabellos canos.

Te amo jardín:
amo tu larga senda enarenada,
por donde tantas veces
paseé con mi amada:
amo a la buena hada Flora,
porque adorna tu cesped
y aroma tu fronda.



Y te amo más cuando te enmusteces
al llegar el Otoño,
porque noto que entonces,
mucho a mí te pareces.

Amo tus bancos,
amo tus sendas,
amo tus flores.

Te amo jardín,
porque por tí pasaron
tantos que amaron!...;
porque tu acallas
los besuqueos;
porque fiel guardas
los discreteos
y galanteos
de los marqueses,
a las marquesas,
porque tu ofreces
reconditeces,
para beber dulces promesas
de las boquitas
de labios rojos,
rojos, muy rojos,
(de un rojo fresa),
de las marquesas.

Te amo jardín,
porque en tus toscos bancos,
y en tus pálidas sendas
tantas veces,
tantas veces!..
divagué yo mi esplín.....

En fín,
te amo jardín;
te amo, porque yo,
también soy un jardín,
un algo enmustecido,
y ya muy desflorado
por este cruel Otoño de mi vida,
que todo ha desgajado..!

¡Te amo jardín..!

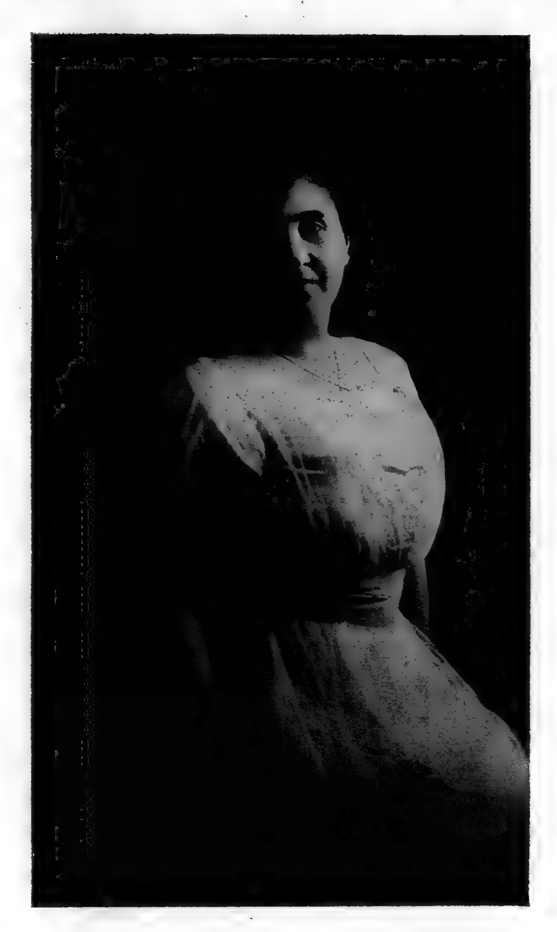
Pablo Suero.

Montevideo — año XVI.



Arte y Artistas





La talentosa concertista y profesora, Sra. María V. de Müller



SIEMPRE he experimentado un halago inmenso al ocuparme de manifestaciones artísticas o de artistas que tengan vinculaciones con el país, y mejor aún si son uruguayos.

Y el halago reside en dos fundamentos: en que tenemos en el terreno del arte muchas cosas de que estar satisfechos y en que es obra patriótica enaltecer a lo que en el país se presenta con méritos verdaderos.

En arte no hay chauvinismo.

Todos los pueblos que tienen perfectamente desarrollando el sentimiento del propio valer, practican un verdadero culto al arte y a los artistas nacionales.

Recordemos a Francia, centro de la intelectualidad universal. No sólo el pueblo francés, por un bien entendido acuerdo tácito para enaltecer a lo nativo antes que a lo extraño, disimula defectos y encuentra admirable lo que en rigor debiera ser tan sólo excelente, sino que lo extranjero que se radica o produce en Francia, merece de la masa, especial dedicación, para que de esta suerte, con el tiempo, se acostumbre el mundo a considerar francés al artista o al hombre de ciencia que no siendo francés tiene su residencia en Francia.

Sin necesidad de cruzar el Atlántico, tenemos muy cerca nuestro un ejemplo semejante: la Argentina. — Arraigado en el país hermano, el exacto y lógico sentimiento de la nacionalidad, sabe el pueblo cuál es su deber ante lo que sea una manifestación de la intelectualidad argentina.

Enaltece a sus artistas y cuando se trata de rendir homenaje al arte extranjero, acepta inteligentemente lo bueno que de allende las fronteras venga; pero exigiendo que, junto a eso bueno que de fuera llega, se coloque lo propio, que es bueno también y merece en consecuencia primer puesto.

Citaré en apoyo de esto lo que ocurre en las temporadas oficiales del Teatro Colón. La Municipalidad obliga a las empresas a estrenar durante la "saisson" varias óperas de autores argentinos.

Pues bien: ¿qué hacemos nosotros en un sentido semejante?

Casi nada.

No sólo guardamos para las manifestaciones de arte propio una gran indiferencia, sino que, llevados de un absurdo afán de extranjerismo, tenemos gestos de desprecio, que al ser injustos, no prueban en último caso, otra cosa que ignorancia.

No se completa la fisonomía de un pueblo hasta no poder ostentar un firme rasgo intelectual. Y si nosotros no tenemos aún personalidad en ese sentido, es porque no hemos querido tenerla.

Más aún: nuestros artistas y nuestros literatos han triunfado más fácilmente en el extranjero que en la tierra nativa. ¿Qué reproche más duro y más justo puede hacérsele a nuestro patriotismo, que el enrostrarle su falta de cariño a los artistas que tienen su hogar dentro del solar de la patria?

No se practica el culto del patriotismo, glorificando solamente al pasado; también se rinde pleitesía a ese culto enalteciendo al presente, que es tan grande o más que el pasado, puesto que si ayer se luchó para obtener una conformación política independiente, hoy se lucha para llegar a la conformación intelectual. No es la Revolución en sí lo que ha dado a Francia su preeminencia: es la actividad intelectual que pudo tener libre expansión después de abolidas las trabas feudales.

***

Por todo lo que ligeramente he expuesto, nunca experimento más honda satisfacción que cuando escribo ocupándome de artistas nuestros o de extranjeros radicados en el país.

Tengo para esta reseña dos notas muy simpáticas. La constituye una la distinguida personalidad de la señora María V. de Müller, notable concertista que brilla en nuestro ambiente por sus condiciones de cantante y profesora. La otra nota se refiere a la primera Compañía Dramática Uruguaya que con buen éxito actuó en el teatro 18 de Julio.

Ya ven ustedes: son dos manifestaciones de arte nuestro, de arte nacional, y yo deseo que no por ello deje el lector de concederles su atención en mérito a lo que antes he dicho referente a este asunto.

La señora María V. de Müller es una delicadísima intérprete de los autores modernos. Su voz suave, cálida, de una potencialidad que le permite vencer todas las dificultades que los músicos modernos buscan para el cantante, obedece a una escuela correctísima.

No solamente es una cantante distinguida en la verdadera acepción de la palabra, sino que de su modalidad surgen las frases con un encanto subyugante. Oyéndola en unas romanzas de Dupard todas sus dotes artísticas se imponen a la admiración del que puede gustar de las delicadezas de expresión, de la dulzura de los acentos apasionados, embellecidos siempre al surgir magnificados por una voz que no solamente llega a todos los extremos del registro sino que tiene una fuerza impositiva y una seguridad ejemplar.

Es una verdadera concertista. Su ilustración, su cultura, su amor invariable al arte que cultiva dan a sus interpretaciones un sello especialísimo de alta intelectualidad.

Aun cuando es española de nacimiento, la señora María V. de Müller es uruguaya por adaptación, por similitud de gustos con nuestros gustos y con nuestras inclinaciones y preferencias.

Inició sus estudios de canto y llegó al fin de ellos, bajo la dirección de la notable profesora Matilde Marchessi. Desde sus comienzos se propuso dedicarse al profesorado y nunca pensó ingresar en la escena lírica. Por cierto que el arte lírico teatral debe lamentar esta resolución.

En su carrera triunfal y siempre afirmativa, esta concertista cantó con Battistini, con Tedeschi, con el gran cantante polaco Kastner, etc.

El ilustre Massenet le llamaba fraternalmente "mi calandria"; y en verdad que la frase del maestro concentra el más exacto y delicado juicio sobre las condiciones artísticas de esta cantante.

Siguiendo sus inclinaciones invariables y firmes la señora de Müller se dedica a la enseñanza. Y si como concertista es notable, no lo es menos como profesora. Tuve oportunidad de oir a dos de sus discípulas, la señorita Socorrito Morales y la señora Antonia Metallo de Maza y en verdad que no sólo encontré dos voces soberbias sino que la afirmación de una escuela correctísima que ha de desarrollar brillantemente las condiciones naturales que sin duda alguna tienen ambas educandas.

La señora María V. de Müller, incorporada a nuestro ambiente artístico, será una fuerza indiscutible de cultura y de elevada orientación musical.

***

La Compañía Dramática Uruguaya, que ha actuado en el teatro 18 de Julio, ha evidenciado plenamente lo que fué el propósito fundamental en la realización de esta temporada de ensayo, vale decir: que tenemos un conjunto de artisas lo suficientemente correctos e inteligentes como para llevar a la práctica lo que tantas veces se ha reclamado; el funcionamiento de una compañía estable, formada con elementos propios y dedicada a dar a conocer las obras de nuestros autores, en primer lugar y luego la de los autores extranjeros, que sean exponentes de modalidades artísticas más o menos elevadas.

En la compañía uruguaya hay elementos sobresalientes: Rosita Arrieta, Gloria Ferrandiz, Carlos Brussa, Domingo Sapelli y Santiago Arrieta; y luego hay elémentos buenos, que forman un conjunto homogéneo y capaz de interpretar las obras con toda corrección.

He notado en estos artistas, cuya labor merece el mayor elogio, una condición que reputo primordial y que poco se encuentra en los elementos que actúan en los escenarios rioplatenses: sentido común y verdadero amor a la carrera. Agréguese a esto la posesión de condiciones indiscutibles para la labor interpretativa y no es absurdo esperar mucho y bueno de estos actores y actrices que están empeñados en una obra tan patriótica y tan simpática.

El público ha respondido a la temporada de prueba y eso alienta, prueba que el anhelo de los autores tiene eco en la colectividad y que el año próximo será el año feliz de la inauguración de una temporada de arte teatral con elementos puramente nacionales.

Don Melitón.

ODIO GAUCHO





ADENTRO el frío era intensísimo. Afuera rebramaba el pampero. A su recio empuje los árboles más corpulentos se doblaban como juncos. Sólo el ombú permanecía enhiesto y desafiador. Los animales temblando y con las cabezas gachas, daban el anca a las furiosas arremetidas del viento. Rechinaban las maderas del rancho viejo. Hubo momentos en que parecía que éste iba a ser arrancado de cuajo. El campo era una desolación.

Los dos pobres viejos habían quedado contrariados, silenciosos, abstraídos, tristes, abatidos. Ni el uno ni la otra se atrevían a levantar los ojos del suelo. El, maquinalmente, daba vueltas y más vueltas a la carta que acababa de leer. No sabía qué pensar ni qué decir. Los ojos, sin embargo, empezaban a llenársele de lágrimas. Ella no sufría menos. Ahogaba los sollozos que le subían a la garganta. A cada momento llevaba el pañuelo a los ojos. Lloraba en silencio. No quería aumentar la pena de su viejo compañero.

—Y de ái ¿qué hacemos, Liberata? — musitó el viejo sin levantar la vista.

—Lo que vos dispongás, Felipe — contestó ella sin hacer el menor movimiento.

Se produjo un nuevo silencio.

Doña Liberata se sonó ruidosamente las narices y dijo, haciendo pucheros:

—Jué una injusticia, un crimen su juída. Nos jugó sucio. No respetó nuestras canas, la indina.

—Era la mimosa. Nos espejábamos en ella. Tuvo tuito lo que quiso. Pa'ella lo mejor que vían sus ojos. Las golosinas. Los muebles. Los vestidos. Las prendas. ¡Ingrata! Nos engañaba como a chiquilines.

—Sí; nos engañaba. Tenés razón, Felipe; pero ansina son los hijos. Y parece brujería... Aquellos que más queremos son los piores y los primeritos que nos dan la patada...

—¡Los hijos! — interrumpió don Felipe. Güeno. Será lay de la vida. ¡Qué le vamos a'cer! Cuando el hijo viene al mundo... ¡Oh, qué bonito! — gritan tuitos. ¡Cuánto barullo en la casa! — Tuitos contentos. Y nosotros, — cayéndosenos la baba de puro gozo, — decimos: La esperanza'e la vejez. La calandria qu'endulzará con sus cantos nuestra vida. Pero dispués qu'el hijo es grande, se retoba y pega'los padres siempre, siempre... Y en tuitas partes lo mesmo. Los hijos quieren ser más que los padres. Y los tienen en menos. Y los despresean sin recordar, canejo, tuito lo que pu' ellos hemos hecho y sufrido.

— Es ansina, mesmito, viejo; pero, como vos lu has dicho ¿qué vamos a'cer? Al fin son carne'e nuestra carne, y güeso'e nuesnuestros güesos... Y es al cuete: no lo podemos negar, aun que nos pique...

—Sí, pues: y aura como le dijuntearon a su hombre, ricién se acuerda la cachafaza que tiene padre y madre. Y quiere volver al nido. ¡Pucha, digo! Me tiene tan indinao que ni en l'aura'e la muerte la perdono. Lo juro pu'esta...

Y don Felipe levantó la mano derecha y cruzando el pulgar sobre el índice los besó.

La vieja, asustada, volvió rápidamente la cabeza, diciendo:

— No prenunciés más esas palabras, Felipe, por Dios bendito. Pensá en que la disgracia tamién merece respeto. Pu'el nieto siquiera. Casimira nu era tan mala. Si no hubiera sido pu'ese vandallo que le trastornó el celebro... Y ¡mal haiga sea l'aura en que se atravesó en su camino!... ¡Mala cría! ¡Casta'e bandidos!

— Mala cabeza tamién ella. Al ñudo jueron los consejos y riflexiones. No hizo caso a naides. Y salió nomás con la suya. Y nos dejó plantaos. Y disonró a tuita la familia Una vergüenza, canejo.

Juan — el peón de la estancia, — sacándose humildemente el sombrero — entró medio receloso a la habitación donde estaban los viejos, y, casi por entre las piernas de aquél, salió, cual buscapiés, un gurí cambado y gordinflón que empezó a gritar:

—¡Agüelito, agüelito!

Don Felipe, algo desconfiado, preguntó al peón.

—¿Es tu hijo?

—No, patrón.

—¿Y'e quién, pues?

—E Casimira, patrón.

—¡Hijo'e mi alma! — exclamó la anciana y, saltando con increíble agilidad del asiento, tomó en sus brazos al botija, estrechándolo contra su pecho.

Y después, entre risas y gimoteos, doña Liberata empezó a besar ganosa, efusivamente al indiecillo.

—Güeno ¡basta! — dijo don Felipe.— ¿O te crees que vos sola sos agüela? Vos siempre la mesma: extremosa pa todo. Vaya, pues. Dejame ver la cara'el renacuajo. Y ta gordazo el chino... ¿eh?

Y volviéndose, interrogó a Juan:

—¿Quién lo trujo?

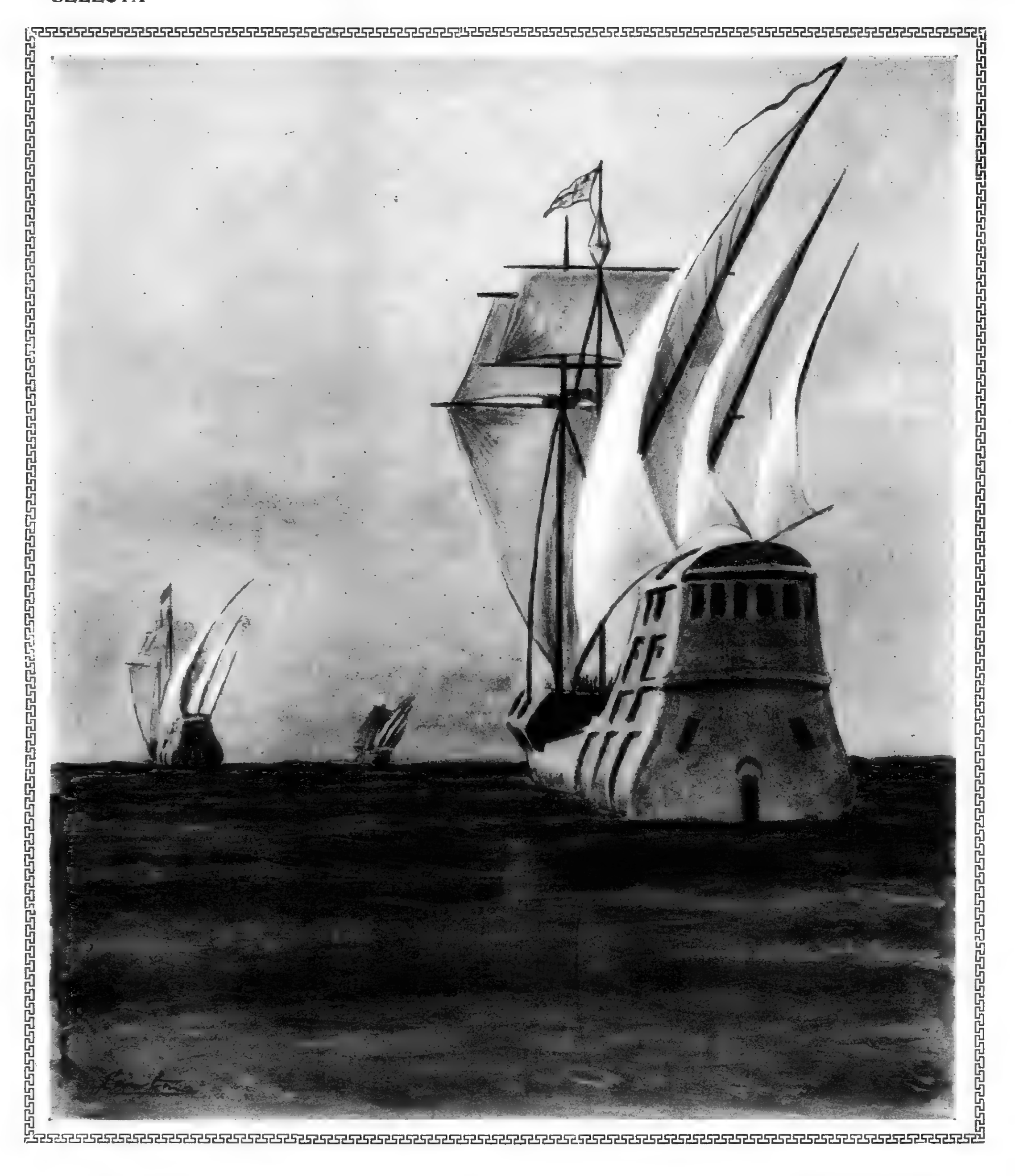
El peón, dando vueltas al sombrero, contestó tímidamente:

—Casimira. Ta en la cocina muerta'e frío. Da lástima verla, patrón. Vino a pie del pueblo.

Los ojos de don Felipe llamearon. Su rostro quedó pálido, exangüe. Del fondo de su alma brotó una imprecación que espiró en los labios temblorosos. Hizo después un gran esfuerzo para serenarse y dirigiéndose a Juan, le dijo suave, pausadamente:

—Y de ái ¿por qué no dentra? Desile nomás que pa los hijos, los padres no tienen cerrada nunca la puerta'e su casa.

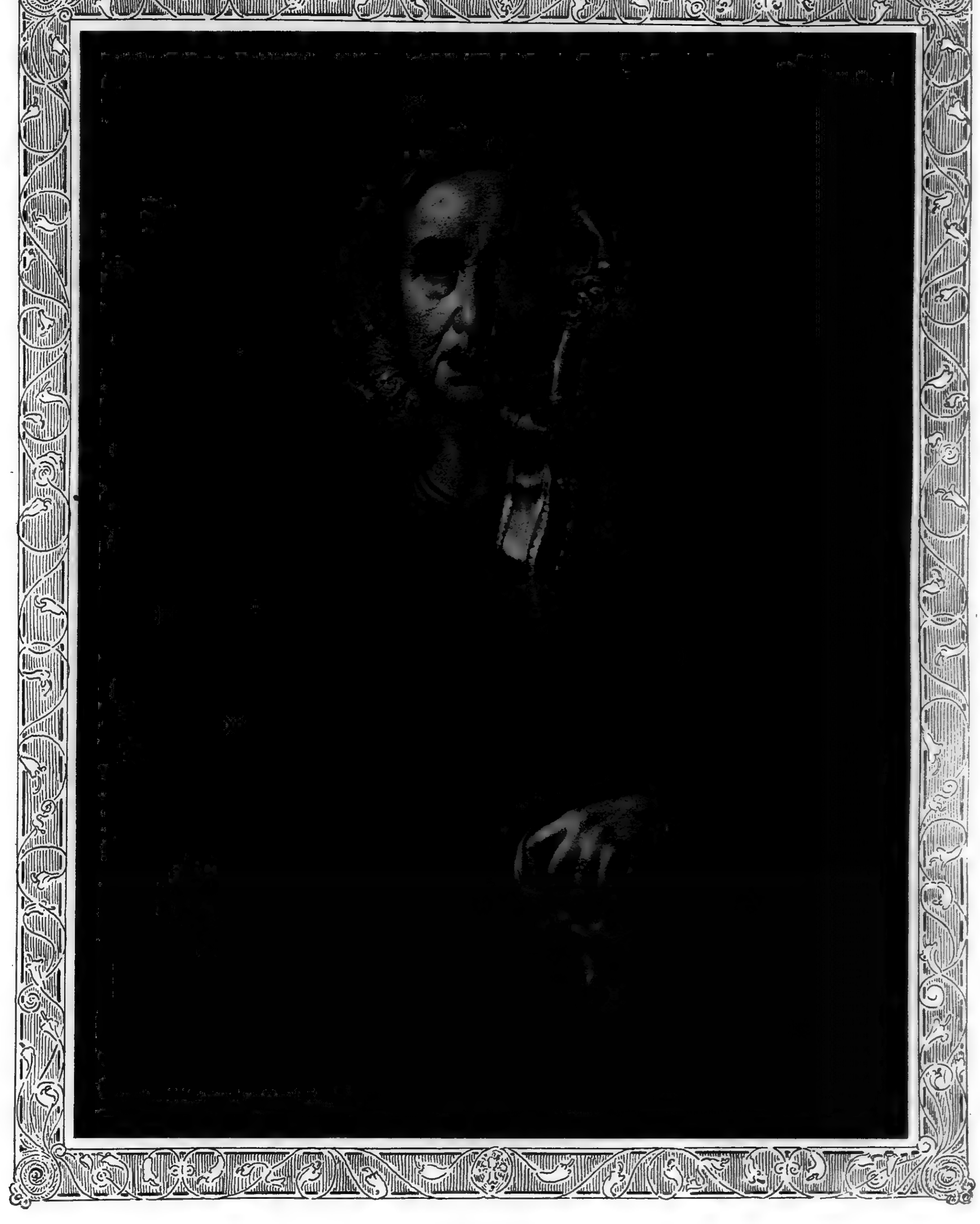
Solano A. Riestra.



Gouache de Santana

Por Castilla y por León
Nuevo Mundo halló Colón

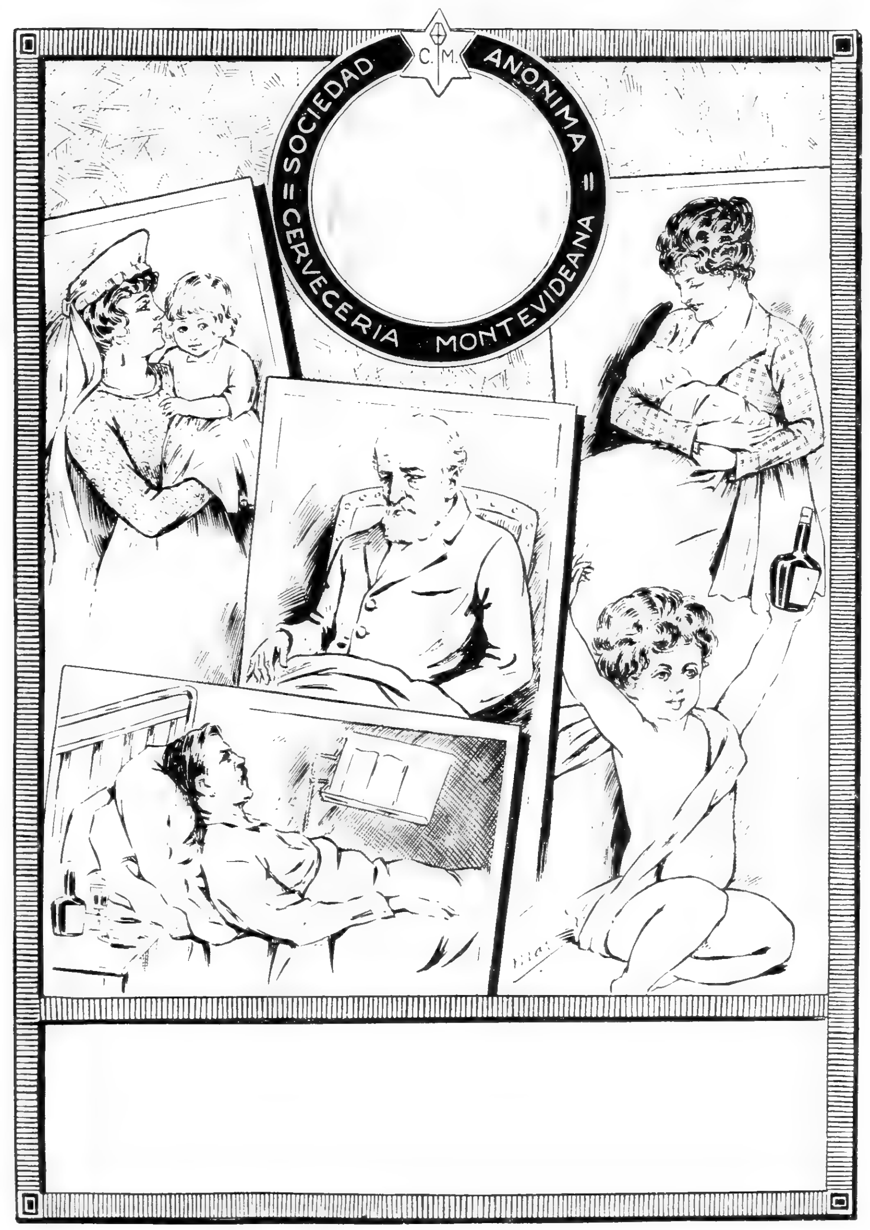

C. M.
SOCIEDAD ANONIMA
EXTRACTO
DE
MALTA
MONTEVIDEANA
CERVECERIA MONTEVIDEANA
378 Facultativos Nacionales
lo recomiendan
Como el mejor alimento tónico y reconstituyente para personas débiles, para fortificar a los niños, para las madres que crían. Es indispensable para alimentar a los enfermos y a los convalecientes.
ES LA BEBIDA-ALIMENTO IDEAL, AGRADABLE Y MUY NUTRITIVA
Se vende en todas partes
SOCIEDAD ANÓNIMA
CERVECERÍA MONTEVIDEANA



Doña María Puig de Cibils

SELECTA

Dama de virtudes ejemplares, que, habiendo brillado en los salones de la rancia nobleza española, tuvo en sus descendientes — incorporados a nuestro medio más culto y distinguido — respetuosos continuadores de sus tradiciones de hidalguía y de todos los prestigios de su casa. En la alta sociedad española, doña María Puig de Cibils ocupó puestos de preeminencia y hasta estas regiones de América se extendió la influencia de su espíritu selecto y la enseñanza de sus bondades sin límite. Digna representante de una generación brillante, su recuerdo es blasón preciado para quienes pueden hoy ostentar sus apellidos, conservando la limpidez de un linaje secular.


C. M.
SOCIEDAD ANONIMA
CERVECERIA MONTEVIDEANA

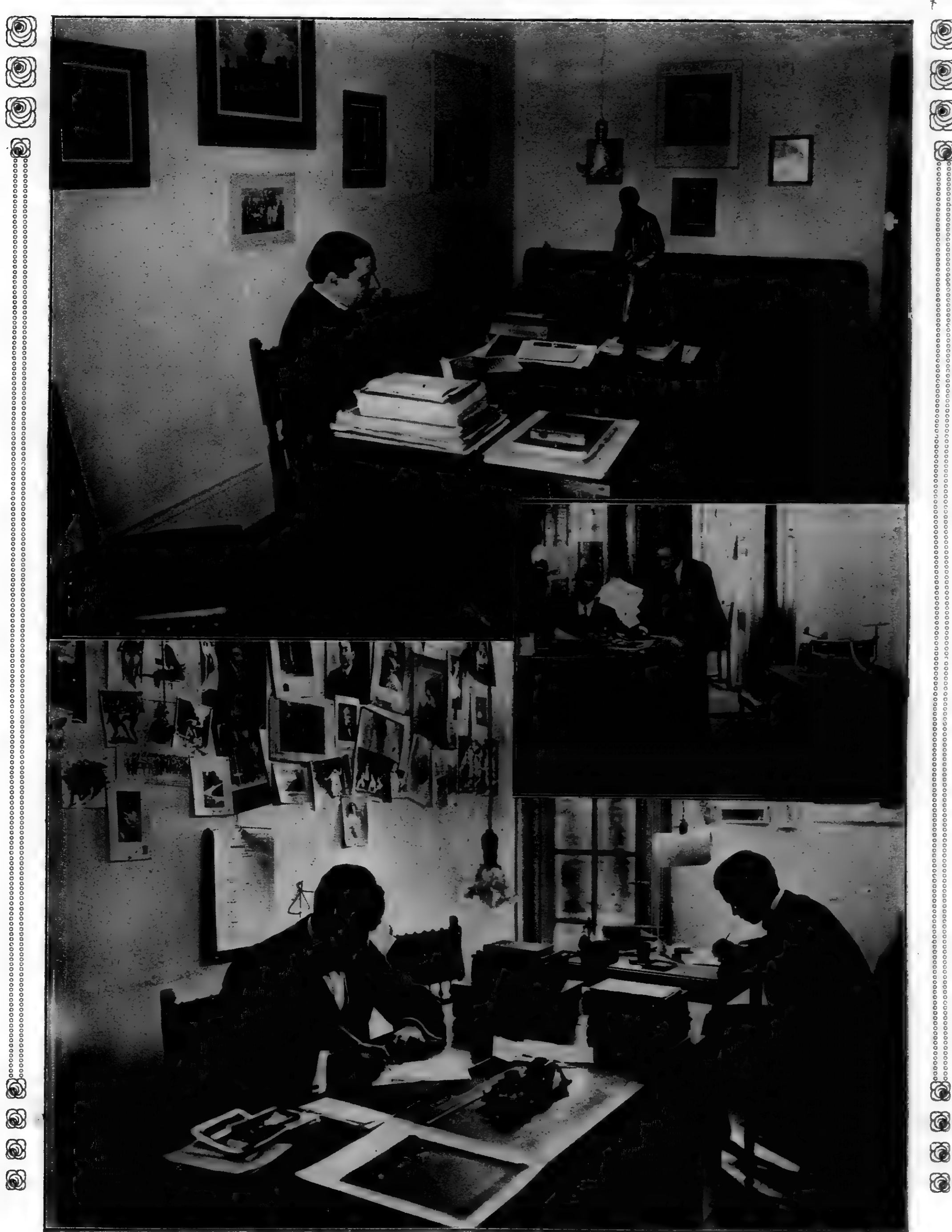


Doña María Puig de Cibils

D

AÑO I — NÚM. 7
MONTEVIDEO, NOVIEMBRE DE 1917.
DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZÓN

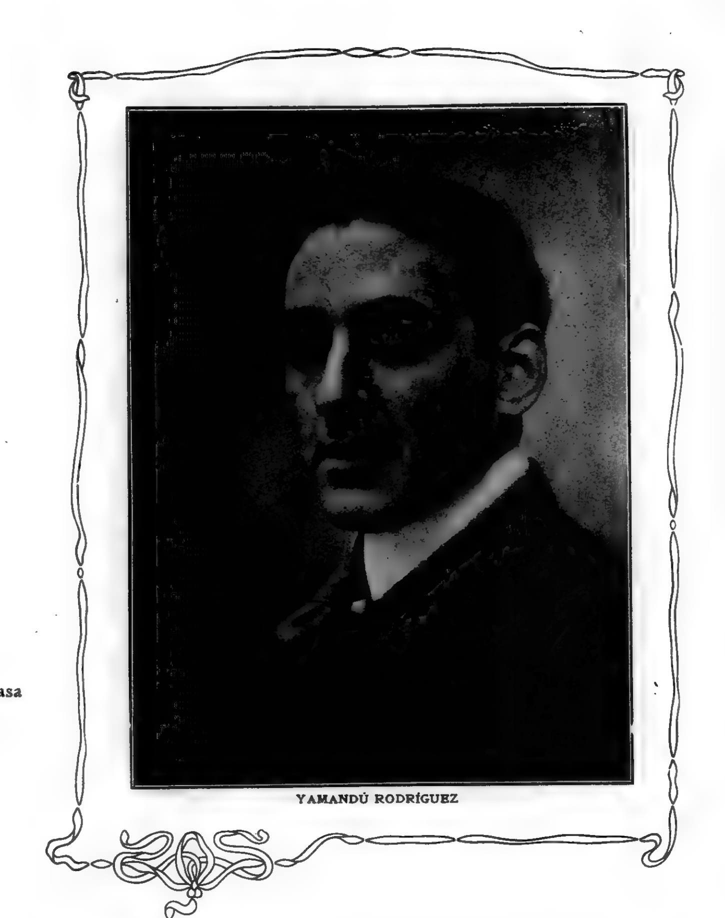
Selecta



No es prurito de reclame. Es simplemente una constatación de progresos, que nos satisfacen ampliamente, porque en ellos no sólo está nuestra colaboración, sino que la ayuda generosa de nuestra sociedad y la eficiente cooperación del comercio, que tiene para esta revista tan decididas simpatías. — He ahí, en esas tres fotografías la casa de "Selecta". En la primera aparece el despacho del Director señor Juan Carlos Garzón; en la intermediaria la administración, con los empleados Ricardo Corrége, Raul Beraldo y Leopoldo Otero; en la tercera fotografía aparece la Redacción, y trabajando en ella los señores Enrique Crosa y Carlos M. Santana. Esa es la casa de "Selecta". — Allí se concentran todos nuestros esfuerzos y allí procuramos responder al favor de todos, presentando una revista que enaltezca al intelecto y a las artes gráficas de la República. — Nuestra obra está cimentada, y al dejar constancia de ello nos complacemos en decir públicamente a todos los que nos han favorecido: ¡ Muchas gracias!

FLOR DE NIEVE





YAMANDÚ RODRÍGUEZ

Llamó...
Los candores corrieron a abrirle.
¿Quien eres? la dije.
—Soy alguien que pasa
con miedo en la noche. Llamé en esta casa
porque bien pudiera dar flor en tu vida;
que un alto en la ruta, a veces, enlaza
a la indiferente con la prometida...
—Ve que sólo guardo para tu acogida
vino de recuerdos, lirismo y hogaza...
—No importa, yo tengo alma de torcaza
que en los espinosos ramajes anida!
—Entonces, viajera, sé la bienvenida...
Entra... Mi ternura deshará tu escarcha,
en mi hogar entibia tu frente aterida.
Y porque mañana al romper la marcha
una flor de nieve vaya en tu memoria
y algo de mi sueño tu sueño se lleve,
esta noche quiero contarte una historia
de niños y brujas: la de Blanca Nieve...

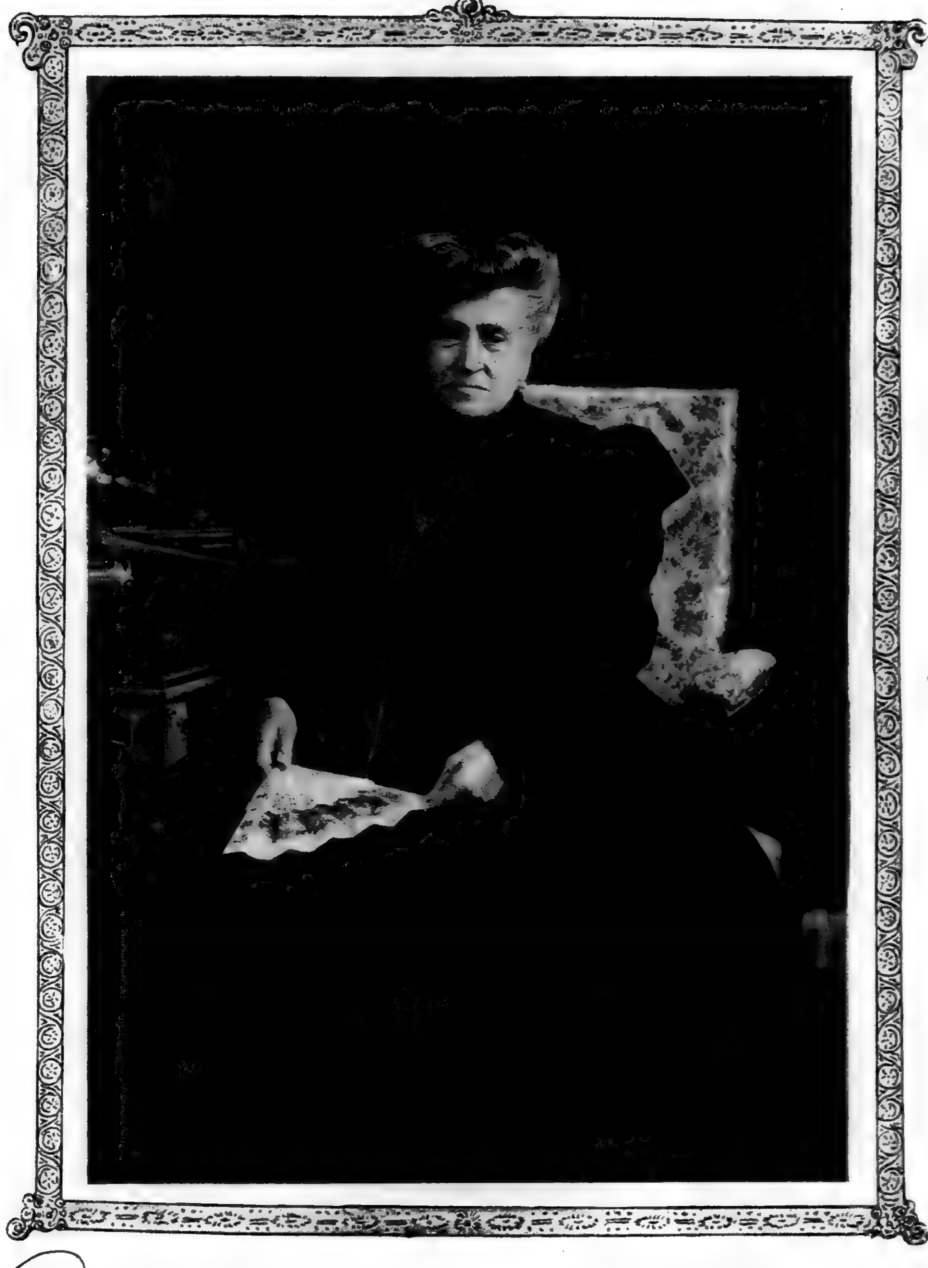
II

Y a pesar de todo fué una historia breve
aunque la acotamos con extrañas citas
que su autor, sin duda no ha dejado escritas,
de besos robados que hallaron lugar
para en cada frase dejarse robar...
Mas tarde, pensando le conquistaría
la llevó a Golconda y a Ceilán mi prosa
cuando abrí los cofres de la fantasía...
Prometí adornarla con piedras preciosas
su caperucita... Pero la viajera
no era impresionable, ni era codiciosa!
Despreció la magia de mi pedrería
y al saber que el lobo no la asaltaría,
pues los lobos duermen cuando sale el sol,
ya no tuvo miedo ni melancolía
y se fué cantando como van de día
todas las muñecas que pinta Perrault.

Se fué... Los candores corrieron tras ella.
Ahora se —la dije— quién pudiste ser...
fuiste una muñeca demasiado suave,
demasiado blanca, demasiado bella
y por ser tan bella te debí perder...
Pespunteó el camino su zapato breve.
Después otros hielos borraron su huella;
y desde aquel día cada atardecer,
pienso unos instantes en el alma aquella
que en mi pobre huerto creyó florecer...

Y ahora cuando llaman... —Perdona viajera!
dice la ternura —habrás de seguir...
Y aunque sopla el viento, y aunque se que llueve,
y aunque tu aterido rostro me conmueve,
perdona viajera, habrás de partir...
Me quemo las manos una flor de nieve
y a pesar de todo... no te puedo abrir!

Yamandú Rodriguez.



Sra. Zelmira Pérez de Pérez Zoman

LLEGA a la ancianidad aureolada con todos los respetos a que le dan amplio derecho los timbres de su apellido, sus virtudes ejemplares, y la bondad infinita de su carácter. Matrona dignamente representativa de las épocas de la independencia, su hogar es un refugio de nobilísimas tradiciones.

Grafologia Sud Americana

Una distinguida escritora francesa, que es además "una femme de monde" muy calificada, nos envía, con gentileza que nos honra, un estudio grafológico de los señores Pellegrini, Roca y Garzón.
La escritora en cuestión — a quien mucho agradecemos su precioso envío, invoca ante nuestro Director un parentesco con D. Eugenio Garzón, para llegar hasta esta casa, que, como buena casa patricia está abierta de par en par a la ilustre huésped.
Nunca fuimos mejor honrados.
Nuestros lectores leerán el estudio y dejando de lado los detalles no exactos que contiene, adivinará lo que de acertado encierra casi todo el conjunto, acierto realmente admirable, si se tiene en cuenta que la dama en cuestión no conoce a los personajes que examina.

Une intelligence remarquable, de l'ordre dans les idées, de la clarté, une méthode parfaite, un travail minutieux consciencieux



PELLEGRINI

jusq'a la recherche du mieux, une déduction réfléchie.

Sens du commandement malgré une volonté intermittente faite de doute. D'une bonté raisonnée. Très juste mais sévère dans ses jugements. En somme, un *cerveau* qui puise sa résistance dans un grand orgueil du *moi*.

On sent qu'il est né et qu'il a vécu — en subissant l'heureure influence, — dans un milieu cultivé. Grande facilité d'elocution. C'est un homme du gout, qui apprecié les choses d'Art, mais en cela comme en tout sans se soucier de la *Mode*, marque une grande indépendance, basée sur des idées a'lui, toujours intéressants et curieuses.

Egoiste? Non. Il est d'une générosite qui part d'un cœur inquiet, ombrageux, tourmenté, susceptible, jaloux, renfermé, souvent irritable, quelquefois grincheux. Un état nerveux qui marque une dèpression, de une profonde tristesse.

Physiquement il doit être grand, maigre, teint jaune.

Quelle polie harmonie l'écriture de cet homme dont les deux états moral et physique se complétent si parfaitement.

Indolent, souffrant, voire même malade, il a une douceur, une bonté bienveillante qui vient tout droit du cœur, avec un besoin intense d'affection, de tendresse: c'est un sensitif.

Toutes les qualités du rayonnant: serviable dévoné juq'a l'oubli de soi-même, désintéressé, d'une admiration prompte, sincère, enthousiaste devant touts les manifestations du Beau, un cœur dont tous les élans sont spontanés et purs. Quelle belle générosité d'âme surtout!

Fait le bien pour sa satisfaction propre, constate sans amertume mais non sans souffrance l'ingratitude humaine et pardonne.

C'est que ce cœur exceptionnel est inspiré, guidé par la plus belle, la plus noble partie de cet être: le *cerveau* dont l'activité intense prédomine le tempérament; et l'étude de ce cerveau apporte la découverte des ornements les plus rares. Il idéalise tout ce que son esprit effleure. Une vie intérieure profonde, grave, une inspiration allant jusqu'au sublime avec des côtés de mysticisme, de religion élevée.



ROCA

Tous ses sentiments, avant de se matérialiser, subissent les contrôles successifs du cerveau qui raisonne et épure, du cœur qui éprouve et humanise, du geste qui exprime et rayonne. (1) C'est ainsi que l'on découvre en lui un courageux d'ame, non point un orgueilleux, mais un *fier*, d'une haute probité morale, auquel le mensonge fait horreur. Juste assez de volonté pour marquer sa personnalité sans dureté ni violence.

Il est studieux et attentif.

Contrairement à la généralité il gagne a' être connu; d'une grande séduction, il attire la sympathie avec une nuance de respect, de vénération qui se dégagent de toute sa personne, et heureux ceux qui sont admis dans sa Pensée intime: les êtres d'election ne se plaisent qu'entre eux.

Oui, c'est bien la plus parfaite harmonie qui se puisse concevoir, le cerveau et le cœur collaborant intimément á la synthesè d'un esprit supérieur.

Voilá une écriture essentiellement intellectuelle, toute pleine de qualités appartenant á un rayonnant.

Il est armé pour la lutte: Sans orgueil banal, démesuré, il a conscience de sa supériorité — d'ailleurs incontestable — et cela lui donne l'assurance qui lui aide dans l'accomplissement de sa tâche. Car il vit avec un Idéal dont il vent la réalisation. Et il la veut cette réalisation avec une volonté trés nette, tres prononcée, parfois autoritaire. Il arrive que, dans la discussion il devient agressif — non par méchanceté — mais emporté par l'idée qu'il défend. Deux choses lui font toujours — même au plus fort de la polémique — garder la *mesure* 1.° il est adroit 2.° il a de la *race*. Il ne s'abaisse jamais; ses sentiments out toujours une source pure. Et puis quel beau courage, quel désintéressement, quelle abnégation!

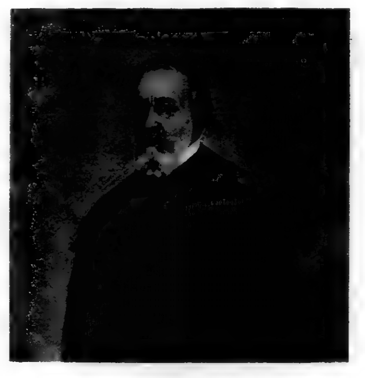
Il a une juste fierté de son altruisme.

Sans dedaigner les avantages du confort et les douceurs de la vie matérièlle (2). Le luxe ne l'étourne, ni ne l'eblouit: encore un signe de race.

Quelle belle intelligence claire précise, *seduisante*, artistique.

C'est un joli esprit curieux, cultivé, doué d'une imagination colorée, enthousiaste exaltée.

Grand chevaucheur de chimères! Parfois un peu d'amertume, de défiance traverse son rève et le ramène a la réalité de la vie. Mais la bourrasque passe vite: son cerveau follement actif se remet en campagne: le rayonant reprend courageusement sa tâche.



GARZÓN

(1) — Il est à constater que à côté de la générosité la plus large, il à du petits mesquineries. C'est un travers, non dejaut, die à la mobilité des sensations.

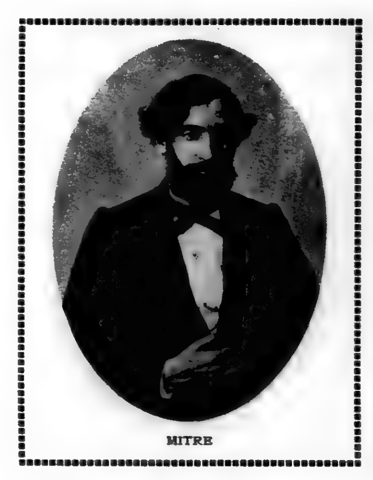
(2) — Il ne donne a ces choses d'ordre secondaire qu'une place secondaire.



Sra. Carmen Martínez de Williman

Su inapreciable y sincera modestia, condición tanto más preciosa cuanto es de rara, no ha sido obstáculo para que por su distinción, por su cultura, por su bondad sin límites, la señora Carmen Martínez de Williman ocupe las más altas posiciones sociales. — Todas las noblezas que guarda su espíritu, joyero envidiable, las pone esta dama al servicio de múltiples obras de caridad, y son infinitos los que bendicen su nombre. Pasa por los salones gentilísima y admirada, que si bellas son sus dotes morales, es tan exquisitamente bella su elegancia y su belleza.

De un álbum valioso


MITRE


GOTTSCHALK

NO se extrañe el "melange". Ojeando un álbum valioso hemos sacado al azar unas cuantas fotografías, cuya sola vista nos ha sugerido una serie de evocaciones, de recuerdos y de sentimientos.

Cinco personalidades, cinco nombres que han quedado en los anales históricos; unos con aureolas de respeto y admiración, los otros con un estigma de tragedia.

Las vidas humanas tienen — se diría — una trayectoria inmutable, como la de los astros. Es el destino, fuerza que no ha llegado a establecer ningún físico; potencia que escapa a la percepción humildísima de los matemáticos; voluntad que puede más que la voluntad de todo lo creado.

Vanas son las voces de la soberbia cuando proclaman la nulidad o la no evidencia de esas fuerzas ciegas que regulan la vida y la existencia de las cosas todas, no importando a su poder que el débil muñeco humano quiera escapar a los hilos misteriosos que lo guían y le dan impulso...

Esto pensábamos ante esas antiguas fotografías, recordando el paso por el mundo de quienes esas amarillentas efigies reproducen.

El retrato de Alejandro Dumas (padre) es altamente característico. Llama la atención ese rostro de rasgos tan delicados, a los cuales presta más singular atractivo la indumentaria que luce el gran novelista.

El original de ese retrato fué regalado por Dumas al general Melchor Pacheco y Obes, según consta en una carta que el doctor Mariano Ferreira envió en 1908 a D. Eugenio Garzón y que expresa: "Querido amigo: Tengo el gusto de acompañarte la copia fotográfica que te ofrecí, del retrato de Alejandro Dumas padre, regalado por éste al general Melchor Pacheco y Obes, Ministro del Uruguay en Francia el año 1850, cuyo original obra en mi poder en Montevideo".

¡Dumas!... Ante su retrato ¡cuántas emociones de juventud se vuelven a experimentar!... Sus novelas ¡cuántas páginas guardan con una impresión honda, con un ensueño nuestro!

Junto a esta figura tan simpática y creadora, surge otra que no imaginó aventuras sino que las vivió intensamente. Es el Mariscal Solano López, el que fué dueño y señor feudal de la nación paraguaya, y uno de los actores principales, sino el principal, en la tragedia que se llama guerra de la Triple Alianza.


DUMAS (Padre)

El Mariscal López dejó una estela sombría y hoy el mismo pueblo que él consiguió fanatizar y llevar al más cruento sacrificio, ya no tiene para su memoria más que indiferencia cuando no execración...

Volvemos las páginas del álbum y nos encontramos con una gran figura americana: Mitre. Es un retrato obtenido en la época de su presidencia. Admirable republicano, colaborador principalísimo en la definitiva organización y engrandecimiento de la República Argentina, su patricial figura es hoy un símbolo de civismo y de honorabilidad, no sólo en el país hermano, sino también en toda América.

La actividad de este hombre notable se bifurca en una serie de obras trascendentales para el progreso de su patria y del continente.

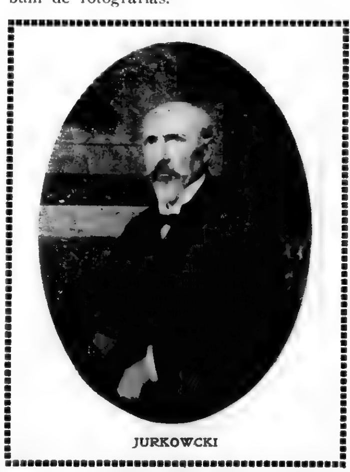
¡Gottschalk!... ¿Quién no recuerda con afecto este nombre, asociándolo a las sensaciones que experimentáramos oyendo su famosa "Tarantela"? Gottschalk fué no sólo un pianista distinguidísimo sino que sus composiciones, enteramente originales y exentas de las frivolidades que exigió y exige aún la moda, han desafiado a los años y hoy son verdaderos modelos y piedras de toque para probar la virtuosidad de los que a las ejecuciones pianísticas se dedican. El retrato, cuya reproducción publicamos, fué dedicado por el famoso músico norteamericano a la señora Mariana Cibils de Gómez. Gottschalk fué un gran modesto, al revés de otros que andan hoy por esos mundos reventando de egolatría.

Y terminamos esta nota con unas líneas dedicadas al doctor Julio Jurkowcki, de brillantísima actuación en nuestro país, uno de los galenos que dieron prestigios reales a la nobilísima carrera en épocas en que todo pasaba por un período de formación.

El doctor Jurkowcki fué uno de los fundadores de la Facultad de Medicina de Montevideo y su nombre es recordado hoy con alto respeto por los que fueron sus colegas y discípulos.

Y he aquí como se obtiene una página interesante hojeando simplemente un álbum de fotografías.

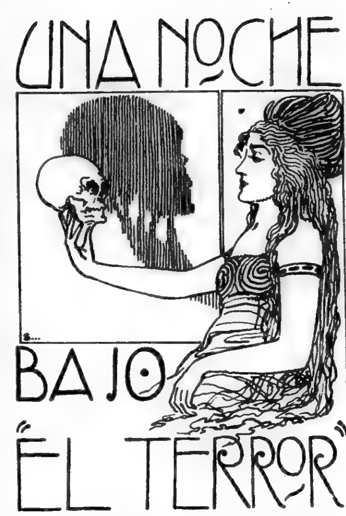

LÓPEZ


JURKOWCKI



Madame Joseph de Santamarina

EL pincel de Zuloaga ha trasladado a la tela con sugestividad profúndamente artística, la elegancia, el chic, la exquisitez mundana de la señora Santamarina, dama de la aristocracia porteña que radicada desde hace algunos años en París, ha conquistado para sus salones toda la atención y afecto de la sociedad parisiense. El famoso artista español ha puesto en la mirada de su aristocrático modelo, un brillo tal, que nunca como en este caso pueden compararse esas pupilas con dos soles, capaces de enceguecer a quien se atreva a mirarlos.



La ciudad tenía el encanto arcaico, un poco convencional, de esos grabados que se encuentran entre las páginas de los libros del siglo XVIII, viejas plazas o jardines trazados por Lenôtre, que atraviesa pomposa carroza arrastrada por seis briosos caballos empenachados de plumas y enjaezados de terciopelo recamado de oro. Había un jardín lleno de parterres y de umbrías, que eran Pafos y Citereas, en cuyas áureas verjas campaban en escudos azules, rematados por cerradas coronas, las regias lises doradas de los Borbones; había una plaza planeada por Mansard, que con sus columnas neoclásicas y sus frisos y montantes, llenos de vagas alegorías, recordaba la armónica severidad de la plaza Vendôme de París; había calles que tenían nombres llenos de candorosa poesía — calle de la Blanca Flor, del Bello Doncel, de las Dos Palomas y del Buen Amigo; — había...

Pero lo que me encantaba sobre las viejas calles, llenas de arcaico aroma y los borbonescos jardines, era la plaza en que se alzaba el palacio de los Rohan. Más que plaza era a su vez un jardín lleno de paganas estatuas y de grandes jarrones festoneados de marmóreas guirnaldas de flores y frutas, cerrado por alta verja de hierro cargada de frívolos emblemas, flanqueado por dos amazacotados edificios — caballerizas o dependencias en otros tiempos — y teniendo por telón de fondo la suprema elegancia del palacio cardenalicio. En la fachada de lo que fué residencia del galante Prelado, ostentábanse las armas principescas, bajo el romano *capelo* y la cerrada corona. Nobles columnas daban severidad y armonía al conjunto, en que era una nota frívola el alto relieve, donde Diosas y Amores se entregaban a sus juegos.

Retenido en la ciudad por la guerra, que no me había permitido proseguir mi viaje hacia el Sanatorio suizo, donde mis nervios, sacudidos por la neurastenia habían de encontrar reposo, perenne enamorado de la noche, gustaba, como siempre, de vagar por callejuelas laberínticas, soñar en los olvidados jardines y detenerme en las plazas desiertas a contemplar la luna. Convertido el palacio, por obra y gracia de la República en Museo de la Revolución, donde se guardaban trajes, muebles, armas y hasta una guillotina, profanado durante el día por el ir y venir de turistas y empleados, cobraba a las altas horas de la noche un prestigio de evocación.

¡El palacio del Cardenal Príncipe de Rohan! El solo nombre me hacía evocar la corte ideal, que en un paso de minué, resbaló hasta la guillotina. Pero no vista con la rígida frialdad de la Historia, sino buceando en las almas, buscando el misterioso *por qué* de las cosas. Y siempre la corte galante del gran patinadero de Versalles, de las artificiosas praderas del Trianón, llenas de corderillos lazados de rosa y de pastoras con chapines de raso, de la Galería de los Espejos y del Juego del Rey; la corte de las obscuras intrigas; la del Collar de la Reina y los artificios de Juana de la Motte Valois, la de la cubeta de Mesmer y los sospechosos experimentos de Cagliostro, reaparecía ante mí.

***

Vagaba yo una noche, como de costumbre, en busca de lo imprevisto, cuando mis pasos, sin saber cómo, me llevaron ante el palacio. La noche era clara, serena; en el cielo azul, muy obscuro, temblaban las estrellas y brillaba la luna con su magia de plata. En el prestigio de la claridad lunar, el palacio y el jardín tenían la vaga belleza de una evocación. Sobre los sombríos parterres, las estatuas erguíanse en pasos inverosímiles, con el pagano impudor de sus desnudeces de mármol, y las fontanas imitaban el susurrar de las voces que en los boscajes del Trianón suspiraron endechas de amor. Sentí vehementísimamente la tentación de entrar en el jardín y aspirar el malsano encanto que, con el aroma, conservaba el veneno del pasado. Busqué, inútilmente, un hueco por donde entrar, y no lo hallé; pero en mis exploraciones ví algo que en pleno día había pasado inadvertido para mí. Era un a modo de callejón o pasadizo, que se abría entre el edificio que formaba el ala derecha y unos viejos caserones, indudablemente del tiempo del palacio. No había en él farol ni luz ninguna, y como la luna no podía filtrarse entre los altos muros, formaba un boquete sombrío, lleno de intranquilizador misterio. Sentíme atraído por él, y sin encomendarme a Dios ni al diablo, internéme resueltamente.

Debía aquello haber sido en otro tiempo entrada para uso de la servidumbre, pues iba estrechándose para abocar a cierta puertecilla de cristales. Contemplábalo yo curiosamente, cuando vi brillar una lucecita mortecina tras la puerta de cuarterones.

Sugestionado por el misterio de aquella claridad, me aproximé y miré dentro. Estuve a punto de lanzar un grito, e instintivamente retrocedí un paso. Al través de los espesos vidrios emplomados, un espectáculo extraño se ofrecía a mis ojos. En reducida estancia, con honores de antesala, había una mujer. El fondo era inquietante: techo abovedado, paredes ennegrecidas por la humedad, y en torno a ellas viejas banquetas de laca blanca, con almohadones de terciopelo azul porcelana. La luz de un velón, pendiente del techo, hacía aún más temeroso el ambiente. Pero si el fondo era raro, la figura que sobre él se destacaba, superábalo con creces.

¡Aquella mujer! Prolongación caricaturesca de una vida de frivolidad, figura de un viejo museo de feria, rico en muñecos de cera, sangriento sarcasmo de la belleza y la elegancia, macabra irrisión, Lamballe de pesadilla... ¡La Princesa de Lamballe! ¡Justamente! La figura alucinante y ridícula que tenía ante mí era la Princesa Lamballe, la amiga de Marie Antoinette, la que jugó con ella a Filis y Amarilis en las praderas del Trianón, la que lloró en la guillotina.

***

Alucinado, hipnotizado por el horror y la curiosidad, volví a mirar. Alta, esquelética, envuelta en galas del siglo XVIII, unas galas de museo, marchitas y desvahidas, el busto encorvado, muy estrecho de hombros, envuelto en un chal de tejido de plata, aún más viejo y desvahido que el resto, destacábase la cabeza con todo el espanto de esos trofeos que pasearon los *sans - culotte* en la punta de sus picas. Demacrado, cadavérico, la piel como viejo pergamino se arrugaba en torno de la boca sin dientes y de los ojos hundidos, negros y relucientes como carbunclos, mientras la nariz ganchuda parodiaba el pico de un ave de rapiña en el rostro atroz. Y sobre aquella cara de vieja muerta, los labios pintados de bermellón y dos cínicos rosetones, ponían una máscara irónica de coqueta casquivana. Completaba la figura altísima peluca blanca, coronada de marchitas rosas de trapo.

Petrificado, meciéndome entre la razón y la locura, me preguntaba yo si vivía realmente o si vagaba por los terrenos de la pesadilla, cuando la figura alucinante volvióse hacia mí, y después de un movimiento de temor, esquivó un gesto de enamorada que ve al fin llegar el objeto de su deseo. Entonces me alejé a grandes pasos, y no paré de correr hasta el hotel.

***

Y sin embargo, volví. Todos mis propósitos del día, todo el acopio de serenidad y buen sentido, hecho a plena luz, evaporándose apenas llegaron las tinieblas nocharniegas. Inútil que me repitiese una y otra vez que con aquellas correrías no hacía sino exacerbar mi neurastenia, inútil que lo achacase todo a fantasmagorías de mis nervios sobreexcitados, una fuerza más poderosa que mi menguada voluntad me arrastraba hacia el viejo palacio, donde vivía aquel misterio. Al fin, la atracción pudo más que yo, y al filo de la media noche, me encaminé a la antigua residencia de los Rohan. Como la anterior, la luna, madre de la hechicería y de la locura, paseaba su traje de brumas y su corona de ópalos por el firmamento espolvoreado de oro; como la anterior también los dioses de mármol dormían en el recato de las frondas y las fontanas salmodiaban brujerías. Al extremo del callejón brillaba la lucecita, y decidido a todo, avancé resueltamente.

Ahora la figura alucinante asomaba su carátula, de burlesca tragedia, por los acuosos vidrios, y apenas me divisó, la mano sarmentosa, cargada de viejas sortijas de *ensaladilla*, enminotada de seda, con los puños prisioneros en brazaletes de negro terciopelo, enriquecidos con miniaturas, hizo un gesto de llamamiento, agitando un pañuelo de encajes.

La puerta, como en los ensueños del opio, abrióse sin ruido; sentí que una mano glacial, huesuda y áspera, cogía mi mano y tiraba de mí, y halléme en un rincón húmedo y frío, en que reinaba violento olor de humedad.

—Señora... — balbuceé.

Pero la incógnita se inclinó a mi oído, y mientras llevándose un dedo a los labios iniciaba una imperación de silencio, murmuró con voz cascada:

—¡Cuidado! La Reina está hablando con el Cardenal - Príncipe.

No pude contener un gesto de asombro, y entonces ella, bajando aún el tono y hablando siempre con la voz rota, burbujeante, explicó:

—Hace mal ¿verdad? Pero qué queréis... el asunto del collar...

Y como creyese leer en mí cierto desencanto, animó:

—¡Bah! Acabará pronto. Todo son intrigas de esa infame de Juana de la Motte Valois; pero el Cardenal no la interesa... — y añadió con una sonrisa de *preciosa*, en que mostraba las desmanteladas encías: —

Si fuese el caballero de Férsen... — Y a otro gesto mío, que ella interpretó como de reprobración, insistió: — Sí, hace mal; pero es joven, y el Rey no se ocupa más que de sus relojes... Claro que ayer el caballero de Charny, hoy el conde de Férsen... Se compromete... — Y frívola: — Mejor es ser como yo, que me basta con mi belleza.

Y soltando mi mano y apartándose un paso de mí, esquivó una reverencia que era casi un paso de minué. Después, abriendo una puerta y llamándome, metióse en el salón contiguo.

Había en él vestidos del reinado de Luis XVI, armas, muebles y un trineo reproducción del que se guarda en Versalles. Junto a él se detuvo mi guía.

—Hoy — explicó — hemos patinado en el estaque grande. La Reina ha ido en trineo, que empujaba el caballero de Tabernay. Iba vestida de terciopelo azul, con pieles de armiño, y parecía contenta; pero ha flirteado demasiado, y la Corte tendrá murmuración para unos días. Yo patino muy bien... Verá...

Y la figura de aquelarre comenzó a deslizarse con gestos de una monería pueril. El pomposo traje de tejido argentado con grandes ramos de rosas pálidas y desvanecidas, se hinchaba en exagerada campana; los bucles iban de un lado para otro, y la alta peluca, coronada de rosas, se bamboleaba.

Pasó al cuarto siguiente, y maquinalmente la seguí.

Era mayor que el anterior y contenía libros — viejos manuscritos miniados, obras impresas en gruesos caracteres con grabados en madera, autógrafos — mapas, esferas, estatuas, aparatos de física, retortas y alambiques para uso de alquimistas en busca de la piedra filosofal. La dama se acercó a mí, y con temeroso secreto murmuró a mi oído:

—¡Estamos en la cubeta de Mesmer!

Confieso que sentí un escalofrío recorrerme las espaldas. ¡La cubeta de Mesmer! El extraño recinto en que por rara fatalidad se representaron las primeras escenas de la Revolución; el cubil donde la Reina frívola y orgullosa fué, en no sé qué envilecedoras promiscuidades, a interrogar al Destino.

Pero mi extraña compañera parecía presa de un paroxismo de horror. Con grandes aspavientos de espanto daba vueltas en torno del hondo recipiente de metal instalado en el centro de la estancia. De pronto me llamó:

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Ay, Dios mío! ¡Qué espanto! ¡Qué espanto! ¡¡La cabeza de la Reina!!

Sin poderlo remediar me aproximé, y mis cabellos se erizaron, mientras se helaban mis espaldas y mis piernas temblaban. ¡Allí, en el fondo de la redoma, se veía la truncada cabeza de Marie Antoinette!

***

Desde aquel momento perdí ya la noción de la realidad y viví unas horas en plena pesadilla. Llevado por mi esotérica compañera de sala en sala, viví con ella los episodios todos de la Revolución. Las crudezas de aquel atroz invierno; las grandes nevadas; el pueblo hambriento que iba a Versalles para pedir pan; el terror de la Corte sorprendida en los frívolos pasatiempos del juego del Rey, en las obscuras peripecias del asunto del collar y en las amorosas intrigas de Monseñor el Conde de Artois; la apertura del Parlamento; las turbas famélicas; la huída; la prisión; toda la espantosa odisea del Terror.

Mi compañera lloraba, gemía, se retorcía las manos, imploraba y amenazaba alternativamente pasando, como si en vez de estar en las salas de un Museo viviésemos en los días trágicos, del orgullo a la cobardía. Súbitamente se detuvo: ¡Estábamos ante la guillotina! Ahora la caricaturesca Princesa imploraba misericordia, se humillaba, se hacía pequeña y miserable; pero todo era inútil: la mano inexorable de su verdugo la obligaba a tenderse sobre el temeroso artefacto.



Y se ofreció a mis ojos grotesca, espantosa y alucinante en el claro-obscuro de la inmensa estancia. Las sayas pomposas, marchitas y descoloridas se desbordaban del aparato de muerte; las manos sarmentosas se crispaban de horror mientras, sostenida por un cuello rugoso y descarnado, la cabeza, coronada por inmensa peluca, oscilaba sobre el cesto.

Maquinalmente tendí la mano y apreté el resorte. Brilló un relámpago azulado, resbaló silbando la cuchilla, y la cabeza cayó tronchada.

***

Cuando desperté a la mañana siguiente era muy tarde, y el sol entraba a raudales por las ventanas abiertas de par en par. A mi lado estaba la bandeja con el desayuno y los periódicos. Renuncié el café frío, por la larga espera, y cogiendo los diarios me puse a leer las últimas noticias de la guerra. Cansado, soñoliento aún, con esa sensación de inquietud que dejan las pesadillas, obsesionado por las horas vividas en el misterioso mundo del pasado, no encontraba fuerzas para concentrar mi atención en las peripecias de la campaña, y mis ojos comenzaron a vagar distraídamente por el impreso, leyendo retazos de sucesos, cuando de pronto me detuve, interesado vivamente, ante un rótulo: "Tragedia misteriosa".

Leí: "Una vulgar tragedia, uno de esos dramas que tienen, sin embargo, todo el espanto de una narración de Poe, ha tenido lugar anoche en el antiguo palacio del famoso Cardenal de Rohan.

Sabido es que por acuerdo del Municipio el soberbio edificio se ha convertido en Museo de la Revolución. Encargado de su custodia y vigilancia hallábase un portero, persona honradísima, funcionario modelo. Con él habitaba su anciana madre, señora de más de ochenta años, que padecía ataques de enajenación mental. El carácter leve de éstos hacia que la dejasen en completa libertad.

Y llegamos al drama: habiendo tenido que ausentarse el portero por cuarenta y ocho horas, quedó sola la anciana. La primera noche nada de anormal se dió, y tan sólo los empleados que hacen la limpieza encontraron un ligero desorden en el vestuario antiguo que guarda el Museo; pero hoy, al entrar, hallaron todas las puertas abiertas de par en par, y al llegar alarmados al salón de la guillotina, un cuadro espantoso se ofreció a sus ojos. Tendida sobre el terrible aparato, vestida de fantásticas galas, ajadas y polvorientas, yacía la anciana ¡¡decapitada!! Un hilo de sangre"...

No pude leer más. De un salto me puse en pie. Los cabellos erizados, los ojos fuera de las órbitas, miré a todas partes buscando la solución del horrendo enigma. Súbitamente me tambaleé, y tuve que cogerme a un mueble para no caer.

¡¡Sobre uno de los puños de mi camisa, tirada en una silla, brillaba como un rubí maldito una gota de sangre!!

Burdeos, Agosto 1914.



Casulla del Papa Pío V (Siglo XV)
En Santa María Maggiore, Roma



CASULLAS HISTÓRICAS



Casulla del Papa Calixto III (Siglo XV)
Se encuentra en Valencia

He aquí una página interesante. En ella se reproducen cuatro casullas históricas, notables por su riqueza y por los prelados que las llevaron.

En los siglos siguientes a las persecuciones de los cristianos empezó a adornarse la casulla con oro, plata y pedrería; con las imágenes de Jesús, de la Virgen y de los Santos; con flores y animales simbólicos.

Los documentos de los siglos XI y XII nos ofrecen las casullas guarnecidas con fajas bordadas por el cuello y por el bajo.

La casulla de Santo Tomás de Becket es de seda color morado; está decorada por delante con bordados de oro hechos a mano, representando dos serafines sobre la parte del pecho y roleos hasta la altura de las clavículas.

En el tesoro de la iglesia de San Fermín, en Francia, se conserva una casulla que se supone perteneció a San Domínico, pero que es de fecha más reciente, siglo XII. Es de seda de color purpúreo, está adornada, con roleos de color púrpura y pavos reales, pelícanos de oro, etc.

Las casullas de los siglos XIII y XIV son de telas más finas, que se plegaban mejor y de un modo más delicado.

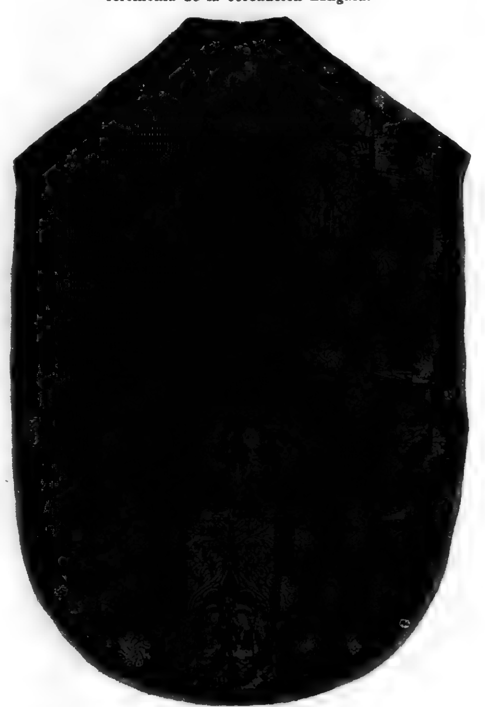
Antes de ser ornamento sagrado, la casulla fué vestidura profana. Luego fué común a los laicos, a los eclesiásticos y aún a las mujeres.

En los frescos de las catacumbas la visten un sinnúmero de figuras orantes. Según Juan el Diácono, eran entonces un vestido vulgar. Después la casulla, como vestidura destinada a los celebrantes, se hizo más amplia y elegante de hechura y de materia más rica.

Durante algunos siglos su uso fué común a todas las órdenes eclesiásticas, hasta que Roma prescribió que el acólito, cuando fuese ordenado, recibiera la casulla y el orarium.



Casulla ofrecida por San Estéfano de Hungría (997-1038) y su esposa Gisela. Usada como manto en la ceremonia de la coronación húngara.



Parte posterior de una casulla de damasco rojo bordada en relieve (Siglo XVI) Del Museo Victoria y Alberto, Londres

La casulla no fué incluída entre las vestiduras sagradas hasta después que lo fuera la estola, el alba, el colobium, o túnica preciosa, y la dalmática.

En el lenguaje místico de la Iglesia, la casulla representa el yugo de Jesucristo, por medio de la figura de la cruz que lleva bordada.

Muchos concilios han prohibido que se empleen para hacer casullas, telas que hayan servido para usos profanos; sin embargo se ha tolerado que así se haga cuando se trata de iglesias pobres.

El color de la casulla varía según la índole de las fiestas para que debe emplearse, y se entiende por color de la casulla, el del fondo, no el de la cruz que la adorna.

La casulla en España ofrece cada uno de sus paños divididos verticalmente en tres espacios por medio de dos galones que desde el cuello bajan hasta el borde.

El asunto más común de estos bordados consiste en figuras de santos, dentro de templetes o baldaquinos superpuestos. Estos bordados suelen ser de gran valor artístico y material, pues el oro campea en ellos, a veces más que las sedas de diversos y bellos colores.

También se emplean costosas telas de brocado para las casullas.

La pedrería y aun el esmalte se han empleado asimismo para adornarlos.

Por la reproducción de las casullas históricas, que ofrecemos en esta página, verá el lector lo estupendo de esos trabajos y tendrá una idea de las riquezas de las mismas.



María Magdalena
Villegas Marquez

EN EL PARQUE HOTEL — BAILE EN HONOR DEL ALMIRANTE CAPERTON

Señoras: Esther Boffil de Lasala, Nelly Packard, Señorita Aida Brum, Señores: Almirante Caperton, Teniente Harry Lebenten, Francisco Lasala Alvarez y Carlos Belinzon

En Sociedad



ALGUNOS acontecimientos mundanos de verdadera trascendencia ha registrado mi carnet en el mes que fenece. Ha sido un casi final de "saisson" brillante y muy digno de ser loado como se merece.

En primer lugar recordaré, con el placer con que se recuerdan siempre las cosas amables, el baile que el Excelentísimo señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Baltasar Brum, ofreció al Almirante Caperton.

El señor Ministro, en el deseo de que la fiesta resultara suntuosa y que a ella concurriera nuestro gran mundo, para evidenciar una vez más ante el ilustre marino norteamericano la cultura y la distinción de nuestra sociedad, confió la organización de la fiesta a la gentilísima señora doña Dolores Estrázulas de Piñeyrúa, cuyos altos merecimientos y reconocidos prestigios en nuestro mundo elegante, debían ser como una divisa que diera a la reunión la elevada significación que para ella se reclamaba.

De tal suerte, el baile tuvo una magnífica realización y a él dió todo su lucimiento una concurrencia de "elite", selecta y brillante.

El salón de honor resplandecía. Las luces se quebraban y diríase que se enloquecían al chocar y ser reflejadas en las joyas, en los oros de los uniformes y en los espejos. Un ambiente de fantasmagoría.

Arriba, en los palcos, una como guirnalda de flores de admirable jardín, semejaban los rostros de las damas y señoritas que desde allí presenciaban el desarrollo de la fiesta.

Regio el recinto y regia la concurrencia.

Se bailó con verdadero entusiasmo.

El Almirante Caperton, su oficialidad y nuestros "lions", dieron la nota entusiasta al rendir culto absoluto y fervoroso a la diosa de la danza.

Y en el raudo girar del vals o en el ondulante paseo de los bailes americanos de moda, la espléndida belleza de nuestras niñas, sus toiletes, sus gentilezas todas, daban al cuadro un encanto único, arrobador, encanto de ensueño.

Y mi ansia de bordar para cada belleza un madrigal, harto pobres, lo se, en razón de lo que ellas merecen, anoté en mi cartera algunas fugaces impresiones. Por eso llega de nuevo a mi memoria la señora Dolores Estrázulas de Piñeyrúa, prodigando a su alrededor y con exquisita generosidad, el encanto de su "yo" ejemplar, acreditando aún más todas las seducciones que integran su personalidad respetabilísima.

La señora Plácida Cibils de Pérez Butler fué centro de las admiraciones al desfilar por el salón con la gallardía de su silueta admirable: radiante de belleza y con la esplendidez de una toilete deslumbradora.

Un rasgo genial, soberbio en sus lineamientos y perturbador en su colorido, de esos rasgos admirados de Zuloaga, se me ocurrió que semejaba la señora Margarita Fonseca de Capurro.

Como si entre los celajes de un cielo de Andalucía surgiera, así surgió ante mí, en su tocado sutilísimo, la señora Esther Boffil de Lasala. De un gracioso y personalísimo encanto, pasa entre la concurrencia como una dulce dominadora. Hay que dejarla pasar arrojando a sus pies todas las flores de la galantería.

La señora María Angélica Villegas de Pérez Butler lucía una toilete que realzaba más aún su gentilísima silueta; una silueta que armonizara perfectamente en un conjunto versallesco, en la amplitud de un salón de majestades y en la gracia no superada de un minué.

Como una extraña y subyugante flor de ensueño, flor rara de seducción, surge en la radiante amplitud del cuadro, la señora María Carmen Basáñez de García.

Un triunfo de elegancia; una auroral imposición de lirios, de oros y de azules — el rostro, el cabello y los ojos — una esplendente silueta nórdica, es la señora Magdalena Marexiano de Estrázulas. Llenó el salón con el encanto de su trato, de su gracia y de su belleza. Admirada, y con todos los rendimientos admirativos a sus plantas, dejó en mi retina un deslumbramiento.

Junto a las señoras, como floración maravillosa de un jardín ideal, con la frescura acariciante de sus juventudes en gloria de alegría y de gracia, las más distinguidas niñas dieron al ambiente una seducción imposible de traducir con mi pluma precaria.

Dos maravillas en contraste fueron Esther Alvarez Mouliá y Magdalena Villegas Márquez. Luz la una, majestad noctámbula la otra. Una aurora bulliciosa, y una divina noche serena. Blonda, nívea es la una: sultana, de cabello de ébano, exquisita es la otra. Mi admiración fué para ellas.

Y en fin, Paz Stewart Vargas surge en mi recuerdo con la majestad alígera de una vestal. Hermosa, con hermosura tranquila y suave, como nos parecen hermosas las frondas, las fuentes y la tardes en calma. Una belleza helénica, estatuaria. Ante ella se experimenta la necesidad de inclinarnos en adoración...

Mi carnet no tiene más apuntes y de verdad que lo lamento porque todo en esta fiesta mereció una nota especialísima.

***

Una boda es una fiesta de completa felicidad. Se rinde homenaje a dos almas que llegan a la culminación de un anhelo; se asiste al comienzo de una ruta nueva por la que dos seres han de emprender largo camino, que en los augurios sinceros de todos, se desea ardientemente que siempre esté alfombrado de flores.

He asistido a la boda de la distinguida señorita María Antonieta Caprile con el caballero doctor Alfredo Pérsico y guardo de la ceremonia y de la recepción a que ésta dió motivo un amabilísimo recuerdo.

En la mansión de la respetable matrona doña Dolores Picardi de Caprile se realizó la consagración del matrimonio. La desposada apareció ante los invitados con todas las galas de su elegancia y de su distinción. Lleva nombre de reina y en verdad que la exquisitez de su espíritu, su bondad, las prendas de su alma, son tesoro real, inapreciable y magnífico.

Y nunca pudo una niña tan gentil y tan virtuosa, unir mejor sus destinos, que a un caballero de la talla moral e intelectual del doctor Pérsico, cuyos prestigios sociales son tan brillantes, como brillante fué su actuación en las aulas universitarias.

Y he aquí un nuevo hogar que se forma bajo la égida de la dicha y del cariño; un hogar que será modelo y centro de una distinción ejemplar, prolongación de los hogares que han formado los caracteres de los jóvenes esposos y que tienen todos los respetos sociales por su intachable integridad de principios.

Terminada la consagración religiosa de la gentilísima pareja, la muy distinguida concurrencia que asistió al acto, se diseminó por todos los hermosísimos ámbitos del palacio de la señora

de Caprile, y una orquesta comenzó a ejecutar las más selectas piezas de baile hoy en boga. Y fueron muchas las parejas que supieron aprovechar con entusiasmo la amable invitación a la danza.

En el hall, la fiesta tomó una brillantez característica. Allí se bailó con verdadera elegancia y en el rápido pasar de las parejas pude anotar los nombres siguientes: señoritas Marieta Morquio Márquez, Margarita Heber Uriarte, María Inés de Arteaga, Sara Caprile, Esther Alvarez Mouliá, Margarita Idiarte Borda Platero, María Antonia Pareja Guani, Margarita Lussich Siri, Dominga Carvalho Alvarez; y caballeros Rodolfo Muñoz Oribe, Juan José de Arteaga, José Pedro Segundo, Alfonso Ballin, representante de la casa de España; Carlos F. Muñoz, Miguel Becerro de Bengoa, Rafael Schiaffino, Alfredo Arocena Capurro, Carlos Terra Urioste, José Luis Ximénez, Juan B. Habiaga, Héctor Etcheverry, Guillermo Wilson (hijo) y Juan Carlos Figari Castro.

Fué un verdadero torneo de gentileza y de gracia. Ellas lucían todo el sugestionador encanto de sus bellezas, de su chic; ellos la apostura de su distinción caballeresca.

Marco suntuoso, soberbio, fué el que la concurrencia de señoras formó al delicadísimo grupo juvenil.

Y a tanta delicadeza y exquisitez tanta, sobrepasaron aún las atenciones que para sus invitados tuvo la señora Dolores Picardi de Caprile, a quien acompañaron su señorita hija Sara y las señoras Lola Caprile de Casaravilla Sienra y Amalia Zumarán de Caprile.

Todos los que tuvieron la dicha de asistir a la suntuosa fiesta no olvidarán nunca los agasajos de que fueron objeto, con una esplendidez altamente señoril.

***

Don Martín Lasala, caballero sin tacha, que une a sus prestigios personales, una brillantísima ascendencia, que se remonta a las épocas del Virreynato, algunos de cuyos antepasados ocuparon dignamente los sillones del Cabildo de Montevideo; y su distinguidísima esposa doña Consuelo Alvarez, que une a su abolengo todos los dones de la cultura y de la exquisitez social — tuvieron el placer de ser visitados en una noche de sus recibos semanales, por el Almirante Caperton y parte de los oficiales de su Estado Mayor.

Una residencia genuinamente española es la de los esposos Lasala-Alvarez, residencia de hidalgos, casa amplia y de grandes patios, escenario ahora de una hermosísima fiesta, agradable, y de la que participaron elementos representativos de nuestra sociedad, íntimos de la casa.

A las diez llegó el Almirante Caperton y sus acompañantes. El señor Lasala, su esposa y sus hijos recibieron al ilustre huésped con la sencilla simpatía que es sello de verdadera distinción. La concurrencia saludó al Almirante con sincero afecto.

Entre los concurrentes se hallaba el señor Ministro de Hacienda, don Federico Vidiella, quien departió unos instantes con el Almirante norteamericano. Desde un ángulo del salón observé el grupo: el simpático y estimado Ministro de Hacienda formaba evidente contraste con el señor Almirante. El uno voluminoso, el otro delgadísimo. Pero uno y otro personaje concentraban la atención, desbordante de simpatía, de toda la concurrencia. Y en fuerza de buscar nuevos motivos de contraste, anoté este otro: el señor Vidiella no baila, el Almirante baile infatigablemente...

Y por cierto que el Almirante tiene razón en entregarse entusiastamente a la danza. ¿Cómo no hacerlo cuando la atracción irresistible de las damas ejerce en el espíritu tan subyugante influencia?

¿Cómo no hacerlo cuando la concurrencia femenina fué selectísima?

Ví en aquellas salas a las distinguidas señoras Esther Vidal de Etcheverry, Celia Crosa de Peixoto, María Elena Requena de Rodríguez Larreta, Carmen Lasala de Peixoto, Esther Boffil de Lasala, Cristina Méndez de Pietracaprina, Violeta Supervielle de Lasala y María Aurelia Brusaferry de Pastori.

Grupo tan brillante, tan verdaderamente encantador prestó a las salas un encanto único, encanto que dió a la fiesta un carácter de excepción.

Vuelvo los ojos a mis apuntes y me encuentro con el nombre de la señorita Malvina Vidiella. Y con el nombre surge en mi imaginación la silueta de la distinguidísima niña, hermosa, elegante, evocación, diríase, asombrosa en su exactitud, de aquella majestuosa dama, que tuvo todos los homenajes de la admiración y que se llamó Malvina Horne de Vidiella. La joven que hoy cruza arrogante por nuestros salones, tiene como su noble madre, toda la admiración y el respeto de nuestra sociedad.

Pasa Ida Lefevre, la hija del ilustrado representante de Francia, bella y altiva, con un porte de reina, y al danzar con los marinos americanos su majestad se impone aún más, majestad que rinde.



Parte de los asistentes a la Boda Caprile-Pérsico. — Señoras: Celia Alvarez de Amézaga, Enriqueta Williams de Arteaga, Señoritas: Elena Alvarez Mouliá, María Inés Arteaga, María Antonia Pareja Guani, Dominga y Pascuala Carvalho Alvarez, Esther Alvarez Mouliá, Margarita Benzano, Señores: dolfo de Arteaga, Américo Calamet, Juan José Arteaga Herrera, Carlos F. Muñoz.

Como una figulina delicadísima de Sevres surgió ante mis ojos María Luisa Díaz Fournier.

Una flor de suavidades supremas, Dominga Carvalho Alvarez, flor de pureza, flor exquisita.

Espléndida, sugestionante, cruzó Zulema Giuffra Simoes.

Y así, como en una feerie oriental, los rostros de las damas, sus siluetas admirables y sus elegancias supremas, convirtieron la fiesta en una dulce ensoñación.

Los caballeros se dignificaron a sí mismos mostrándose gentiles y en los salones todo fué una sucesión de encantos versallescos.

***

Verdadero y sonado acontecimiento social fué la velada realizada en el Club Católico. El viejo y prestigiosísimo centro reabrió sus puertas para que en su amplio y glorioso salón, se reanudaran las soirées de arte que fueron famosas.

Al sólo anuncio de las personas que completarían el magnífico programa, ya se tuvo la sensación de la importancia artística y social que adquiriría la fiesta.

Los nombres de la señora Elvira Micoud de Boix y de las señoritas Aurora Camp, María Magdalena Villegas Márquez y Ofelia Berro Calo, fueron más que poderoso atractivo para que en nuestros centros más aristocráticos se aguardara con verdadero afán esa velada.

Y fué una soberbia fiesta, cuyos recuerdos permanecerán imborrables en la mente de los que tuvimos la dicha de asistir a ella.



Los esposos Caprile-Pérsico instantes después de la ceremonia

Voy a evocar tantas amables emociones, para volverlas a experimentar.

Y de esa suerte oigo de nuevo, embelesado, a la señora Micoud de Boix, cantando en una forma admirable el aria de "Alceste" "Fatal divinitá". Arte, escuela correctísima, dicción diáfana e interpretación perfecta: he aquí la síntesis de mi impresión y de la impresión de todos.

Por eso, ese trozo, lleno de energía, de expresión, de apasionamiento, alcanzó al ser cantado por la distinguida señora Micoud de Boix, una brillantez suma.

En una romanza de "Samson y Dalila" la señorita Aurora Camp, puso en evidencia su voz excepcional. Y digo voz excepcional, considerando apenas justo el elogio, pues en verdad, la notable diletanti, es la felicísima poseedora de la voz de contralto más estupenda que yo he oído.

Con razón produjo su interpretación del bello trozo de la ópera de Saint Saens un hondo efecto de asombro en todo el auditorio. Se le escuchó con una inmensa atención y al finalizar se le ovacionó calurosamente. Son extraordinarias las dotes vocales de esta distinguida niña, a quien auguro un pasaje triunfal por todos nuestros principales salones. Para llegar a una regularmente justa comparación tengo que remontarme al recuerdo de las más grandes cantantes. admiradas por las características de sus voces y por su arte.

Otro momento estupendo fué el que le correspondió a la señorita María Magdalena Villegas Márquez. Al descorrerse la cortina que cierra el estrado, apareció la gentilísima niña y para todos fué una encantadora visión de Wateau. Elegantísima, con toda la distinción característica de su raza, dominadora al mirar con sus ojos moriscos, bella y graciosa, recitó en una forma magistral los versos de Copée "La Petite Marchande des Fleurs".

Posiblemente el ilustre escritor francés no pensó jamás que su poesía pudiera alcanzar una tan intensa expresión y que toda la dulzura de sus versos llegara a ser traducida por las modulaciones de una voz aterciopelada, dulcísima, como un arrullo.

Una elevada espiritualidad dominó en todo el recitado de la distinguida señorita y el público, subyugado, vencido por el sentimiento más íntimo, tributó a la notable intérprete una prolongada salva de aplausos.

Y en fin otra de las niñas que triunfó ámpliamente fué la muy gentil Ofelia Calo Berro, que puso en evidencia su talento de poetisa y su sentimentalismo al recitar una de sus más bellas composiciones.

La concurrencia pudo apreciar ámpliamente una y otra sobresalientes cualidades, y al insistir entusiasmada en el aplauso, obligó a la señorita de Calo Berro a bisar su precioso recitado.

Declamaciones brillantísimas fueron las que tuvieron a su cargo los jóvenes Zorrilla de San Martín y Horacio Terra Arocena; y los coros, compuestos por muy hermosas y distinguidas señoritas, fueron otros de los números sobresalientes del festival.

La orquesta fué dirigida con elevada pericia por César Cortinas, que una vez más dejó sentada su competencia musical y su exquisito buen gusto.

Y con esta nota de alto interés social y artístico, termino mi reseña del mes social, deseando muy vivamente que en el próximo pueda conversar tan agradablemente con mis lectoras.

Cyrano.

De la galería de



Doña Matilde Regalía de Roosen

Doña Josefa Salvañach de Braga

Doña Marta Costa de Carril

Doña María Elena Platero de Nery

Doña Isabel Reyes de Rodríguez

Doña Sara Castellanos de Sosa Díaz

"SELECTA" honra sus págin
ducción de unas fotografías que han
mente la atención de nuestra socieda
rácter de ellas: son un recuerdo brill
evidencia de una distinción que se co
y es representativa de la cultura mon

Damas que concentran en sus pe
atributos de la distinción, de la elegan
de la nobleza de sentimientos, de la

De todos los dones de Natura ha
expresión.

En los grabados que engalanan
que constituyen una de las notas
que hemos publicado, aparecen las gen
en la época en que aún no habían co

Hoy cada una de ellas ha constit
son en verdad hogares modelos, res
los que se practica culto severo a la
más nobiliarias costumbres.

Brilian todas en nuestros salones
más característicos de su exquisite
tración.

De su valer da exacta medida la e
deración que para ellas se guarda en
más seleccionados, y de sus virtud
alto las obras de beneficencia, de soco
a las que han vinculado sus nombres

Esta revista rinde a las distinguid
sus más sinceros homenajes.

...a de "Selecta"



Doña Elisa Anavitarte de Eastman

Doña Elia Hill de Cibils

Doña Berna de Castillo de Cabrera Pérez

Doña Clara Urtubey de Puig

Doña Isolina Eastman de Vial Bello

Doña Manuela Alvarez de Acevedo

sus páginas dando la repro-
as que han de llamar justa-
stra sociedad por el doble ca-
ecuerdo brillantísimo y son la
n que se conserva incólume,
cultura montevideana.
n en sus personas todos los
de la elegencia, de la virtud,
ntos, de la inteligencia.
e Natura han tenido ellas alta

engalanan estas páginas y
las notas más interesantes
ecen las gentilísimas señoras
o habían contraído enlace.
ha constituído un hogar; y
nodelos, respetabilísimos, en
severo a las más sencillas y
es.
ros salones con los rasgos
exquisiteces y de su ilus-

medida la elevadísima consi-
e guarda en todos los círculos
sus virtudes, habían bien
ncia, de socorro y de caridad,
us nombres sin tacha.
s distinguidas damas todos
bles.



En el Jardín de Eros

(Cuento ingenuo para niños grandes)

"La Soledad moral es horrible"
(Biografía de Gorky por Ruiz y Contreras

Ya se había perdido el recuerdo de su ubicación, cuando en aquella tarde, llena del perfume de otra edad, la anciana abuela, yendo a paso lento por entre las ruinas del Acrópolis, entretenía la atención de sus dos nietos con una dulce leyenda referente a aquel jardín. Leyenda que había hecho las delicias de su adolescencia y que, al refrescarla en su memoria se hacían radiosos sus ojos, ya casi apagados por los años, y su voz, al repetirla, tomaba ese acento cariñoso y doliente con que relatan los ancianos, en los días de tristes nostalgias, las cosas felices que fueron. Su aspecto digno y amable, su esbeltez aun no perdida, los rasgos típicos de su raza, aun no borrados por el tiempo, hacían pensar en las esculturas impecables, en la túnica, la diadema, los collares, las flores, los juegos, las danzas, las fiestas y los sacrificios, cosas todas ya muertas en Atenas, pero a las que se empeñaba ella, a pesar de sus años y de su no distancia del reinado de Atropos, en rendirles en íntima remembranza, el culto ferviente que les había dedicado cuando aún hacía ofrendas floridas a Hebe.

Los niños de ambos sexos que la acompañaban, eran de extraordinaria belleza y en sus ojos dulces y misteriosos se agravaban en la expresión propia de la atención con que escuchaban el relato de su abuela.

—Hijos míos, jamás se vió maravilla mayor, ella les decía. Las flores de todos los climas ostentaban allí su más lozana frescura, y la fragancia había reservado lo más exquisito de sus pebeteros para exhalarlo en aquel ambiente. Reinaba entonces una tibia primavera; el primer rayo de sol era para besar las copas de los arbustos de aquel jardín; la aurora era allí la apoteosis de la Naturaleza. Me contaban, cuando yo era niña como vosotros, que las nubes no pasaban jamás sobre su cielo para no interceptar los rayos dorados y fecundantes que el sol prodigaba a aquella región. Un arroyo límpido, de una limpidez hialina lo circundaba y con el serpenteo de sus ramificaciones mantenía aquella tierra, perpetuamente propicia al florecimiento de las lozanas matas.

El plenilunio y los luceros derramaban allí luz singular y cuando no había luna, el arroyo se tornaba luminoso y de las flores surgía una dulce claridad, que inundando todo el ambiente, hacía tornar al jardín un aspecto de transparencia que lo presentaba como incorpóreo.

Solía de noche levantarse una suave brisa que al glisar entre el ramaje producía sonidos musicales de cuyo conjunto surgían suaves armonías. Los únicos habitantes de aquella región predilecta, eran pájaros.

En los nidos no se revolvían sólo suaves plumones sino que se agitaban temblorosas alas tentando el primer vuelo.

En un día en que las noveles gargantas daban su primer concierto, se vió un resplandor muy grande e inusitado y en medio a ese resplandor aparecer un niño alado, provisto de arco y con el carcax repleto de flechas de oro. El niño descendió al medio del jardín, y entonces todos los pájaros cesaron en sus cantos. El niño alado les habló así:

"¡Vosotros, los iniciados de la vida! Escuchad: He sentido vuestros gorgeos que significan el triunfo de vuestras existencias y que han sido para mí un llamado al que acudo solícito. Yo soy el dueño de este jardín, estáis en mi reino. Vivid en él que nadie os podrá arrojar fuera si tenéis mi consentimiento para habitarlo. Sólo os impongo que os améis, porque el amor es la única ley que rige en mis dominios. En su cumplimiento seréis eternamente felices, pero tened en cuenta que aquel que desprecie mi ley o que la traicione será vengado con la muerte.

" Mi entretenimiento exclusivo es el arco, mis flechas se hacen invisibles al ser lanzadas, y a los que con ellas hiero no mato sino que les doy vida. Vuestros corazones me servirán de blanco y es mi proeza atravesar dos de ellos de un sólo golpe para refundir su sangre y sus latidos en una sola sangre y en un sólo latido. Amáos, no dejéis de amaros, os lo repito. Sed felices!".

**
*

Para las aves nuevas fué aquella alocución una caricia hasta entonces ignorada, sintieron como si en sus vírgenes pechos hubiera quedado preso algo del resplandor de que iba nimbado aquel ángel. Una alegría impulsora los agitaba. Volaron de rama en rama, juguetones, traviesos, parlanchines. Los trinos fueron frases galantes, los galanteos se hicieron duos, los duos fueron íntimos y las intimidades engendraron el idilio. Se dijeron lo que hasta entonces ignoraban que sabían, y como consecuencia de esto, fué que una mañana se vió cruzar por todos los ámbitos del jardín de a dos avecillas rimando sus graciosos vuelos al impulso de un mismo afán.

**
*

Cuando las primeras hojas mustias desprendiéndose de las altas copas fueron heraldos del próximo invierno, en cada rama se mecía un nido al impulso de una brisa acariciadora y al compás de amantes himnos. Sólo en un rincón del jardín, donde por ventajas de la espesura duraban aún las galas festivales de la primavera, un pájaro entonaba endechas amorosas a las coquetas avecillas que vagando por el jardín no habían aún formado su nido.

Cuando cerca de allí pasó un ruiseñor con trazas de abuelo, se detuvo, para, en su musical lenguaje, aconsejarle que abandonara aquella práctica amorosa y que se apresurara a buscar compañera para construir su nido. Pero él saludó con un trino burlesco el consejo del experimentado ruiseñor. No obstante, éste, en bien moduladas frases, insistió en hacerle ver que el invierno venía pronto, y que, a no estar defendido por el calor de un nido, moriría helado. El rebelde pajarillo replicó que siempre había tiempo para consagrar sus cantos y su vida a un exclusivo cariño y continuó en graciosos volidos y cantos apasionados, su reclamo de amor, su galanteo favorito.

Varias incautas avecillas cayeron bajo el poder de sus mentidas frases amantes, y cuando las apasionadas víctimas de su engaño iban a morir de pena bajo la mata que había cobijado sus sueños, él pregonaba el himno de triunfo que apenas oían sus compañeros, empeñados en dar los últimos toques al habitáculo que protegería sus vidas y en el que perpetuarían la especie.

**
*

El invierno llegó y ante su presencia cayeron las últimas hojas rebeldes al soplo otoñal, los últimos doseles que habían servido hasta entonces de abrigo a las aves nómades. Con el invierno llegó naturalmente el séquito de lluvias, fríos y nevadas. El galante pajarillo sintió los dardos de todo esto, miró en su torno y vió que estaba solo. Buscó a su alrededor un refugio y no lo encontró. Quiso llamar entonces con un canto de amor a la primera avecilla que cruzara el ambiente y no pudo cantar, ya su voz se apagaba junto con el calor de su corazón. Intentó volar para buscar un albergue, pero la nieve le había quemado el plumaje de sus alas. Solo, aterido, impotente, haciendo un esfuerzo inaudito saltó de rama en rama hasta llegar a un nido. Allí imploró como limosna un refugio y una caricia de amor, pero su dueño, que no era otro que el viejo ruiseñor, lo rechazó diciéndole: "¡Insensato! ¿Ahora mendigas lo que despreciaste en otrora? ¡Apártate! En el reino de Eros no se hacen limosnas, se ejerce el heroísmo, el sacrificio, pero nunca la Caridad!".

Una ráfaga ruda hizo tremar las desnudas ramas y el pájaro mendigo rodó hasta el suelo. Allí se encontró con una piante avecilla que lloraba su misma suerte y sufría las tristes consecuencias de su mismo pecado. Creyó, al encontrarla, encontrada la salvación y la invitó a formar nido, pero ella lo rechazó diciéndole en trinos angustiosos que ya se habían consumido sus energías para emprender tal obra, que tampoco ya no había flores para tejerlo — pues que con flores era con lo que allí se tenían que tejer los nidos — y luego añadió: " Si llegáramos a construirlo la más leve brisa lo destruiría o envolviéndolo la nieve pereceríamos igualmente en él, pues como lo alentaríamos con nuestro egoísmo y no con nuestro amor, no tendría ni la necesaria fortaleza para resistir el vendaval, ni el suficiente fuego para desafiar la nieve del invierno.

Una nueva ráfaga lo separó de su interlocutora y lo arrastró a merced de su capricho. Lo arrastró hasta un solitario rincón del jardín donde espiró el galante pájaro sin que un suspiro canoro oficiara en su muerte, sin que una lágrima amorosa poematizara el dolor de su separación. Su cuerpo yerto siguió siendo juguete del cierzo sin que una pupila doliente siguiera su rumbo. Entre tanto, en las altas ramas de los desnudos árboles, vibraba el arrullo amoroso de los nidos y el himno de los férvidos besos pregonando el triunfo del amor sobre el intenso frío del invierno.

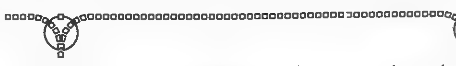
Con estas palabras enmudecieron los labios de la anciana, y fijando sus ojos en sus queridos niños, les vió silenciosos, con la mirada perdida entre las brumas del crepúsculo de Atenas.

¿Soñaban?... ¿Meditaban?...

La matrona griega comprendió en un hondo suspiro todo el cúmulo de recuerdos y de pensamientos que le despertaba el contemplar aquellos niños que eran el vívido rayo de sol en el invierno de su vida.

J. J. Illa Moreno.

La Casa de Cervantes



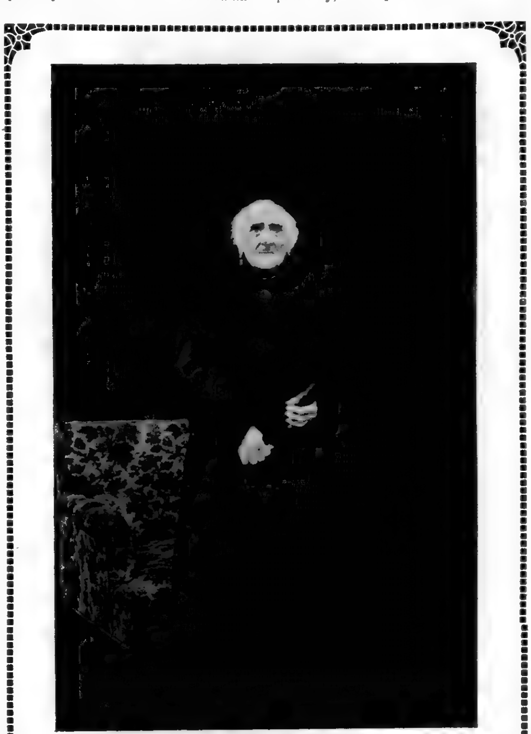
EN Valladolid, próximas al Hospital que fué de la Resurrección, donde Cervantes inmortalizó el célebre coloquio de Cipión y Berganza; en el Campillo de San Andrés, fronteras a un puentecillo sobre el Esgueva y en el fondo del Rastro, existían en 1605, y hoy se perpetúan, las casas nuevas que labró Juan de las Navas en los comienzos del siglo XVII. A una nobilísima colaboración de la Sociedad Hispánica de Nueva York y al grande amor a España de su presidente, el Excmo. señor Archer M. Huntington, se deberá en gran parte que la modestísima morada en que vivió Miguel de Cervantes Saavedra llegue a ser una institución ejemplarísima. Minuciosas investigaciones de ilustres académicos de la Lengua y de literatos que secundaron ha más de cincuenta años los acuerdos del Ayuntamiento de Valladolid, para depurar los antecedentes que testificaran la existencia de la casa en donde vivieron Cervantes y su familia, en el Rastro, certifican este importantísimo hecho, no de tanta trascendencia cultural, con ser mucha, como la demostración con que hoy afirma España un símbolo representativo, un homenaje al autor del Quijote y un acto de alta idealidad en honor suyo y del habla castellana, que al través de los mares y en remotos continentes, a pesar de las vicisitudes y los siglos, enaltece y glorifica el nombre de España.

Al conocer el Rey don Alfonso XIII que la Casa de Cervantes en plazo más o menos remoto pudiera borrarse y desaparecer, se dignó ordenarme en las postrimerías de 1912 que practicase las más activas gestiones para evitar la demolición o ruina inevitable en plazo no lejano.

Siguiendo sus instrucciones adquirí, en nombre de S. M., y de su propio peculio, la Casa que el Ayuntamiento de Valladolid, después de minuciosa investigación y en solemne acta de 23 de Junio del año 1866, designó como aquélla en que había vivido Cervantes. Preferentemente el Rey de España deseaba tener el honor de ser el que la adquiriese. De acuerdo con el señor Huntington, y en su representación, adquirí también las dos colindantes, números 12 y 16, para dar el desarrollo que quizá algún día requiriera esta cultísima institución hispano-americana. Hízose desde luego el reconocimiento para saber exactamente el estado de descomposición de sus fábricas y armaduras que no habían sido objeto de seria reparación desde que fueron labradas por Juan de las Navas.

Los arquitectos señores Laredo y Traver han realizado cumplidamente la consolidación de la finca, a pesar del peligroso estado de inminente ruina, principalmente por lo desatado y ruinoso de sus cubiertas, entramados y escaleras. Tan honroso como arduo era el problema de habilitar estas modestísimas mansiones, con la dignidad, decoro y respeto con que deben contemplarse por las muchedumbres que por ellas desfilen, para rendir un homenaje a Cervantes, al habla castellana y a España, en fin. En Sevilla y en Toledo y en cuantas edificaciones de arte he intervenido, muy fácil ha sido la tarea de exhibir o habilitar para Museos, y someter a la atención de los amantes del arte, obras como la Casa y el Museo del Greco, la Sinagoga del Tránsito, la Portada de Marchena, los Jardines de la Reina del Alcázar de Sevilla y las edificaciones del barrio de Santa Cruz, etc.; pero dado mi decidido propósito de evitar restauraciones y disfraces que borran generalmente el carácter de nuestros más preciados monumentos, y con la arraigada creencia y religioso respeto con que consideraba las modestas viviendas, ¿qué orientación, ni qué otro procedimiento debía y podía guiarme, sino el de una absoluta austeridad?

Para cumplir mi misión, he considerado más intensa la exhibición de aquella pobreza, donde renacerá una vida espiritual y de cultura que considero el mejor homenaje y el más suntuoso monumento conmemorativo, dejando a los privilegiados que sepan sentirla la más dramática de las emociones al contemplar las desnudas paredes y disposición primitiva de aquellos sagrados aposentos; pero sí rodeándolos de elementos que deben perdurar y dar vida a aquel homenaje: una Biblioteca, un Salón de lectura, una Imprenta y, a ser posible, una Escuela.



Doña Joaquina Carranza de Piccardi

Es una de las pocas sobrevivientes de un pasado que crece en atracciones, en ejemplos y en brillo, cuanto más se aleja. Un pasado en el que el heroismo se une a la generosidad y la elevación de miras a un desinterés magnánimo en la ejecución de las doctrinas sustentados.

La señora Carranza de Piccardi cuenta hoy 95 años de edad y si ella es como una representación palpitante de aquellos días de independencia; su ascendencia se remonta aún a los primeros tiempos del coloniaje.

Nació esta venerable anciana el 12 de Octubre de 1823 y fueron sus padres: el Coronel don José Ambrosio Carranza y Doña María de Navia, ambos de abolengo hidalgo.

Su padrino de pila lo fué el vencedor del Cerrito, el ilustre general Don José Rondeau.

Y hoy, a pesar de su edad avanzadísima, la señora Carranza de Piccardi conserva toda la lucidez de su intelecto, recuerda los hechos memorables ocurridos en su juventud, habla de las muchas personalidades ilustres con familiaridad anecdótica y es una verdadera reliquia en las sociedades rioplatenses.

Sus relatos de los lejanos tiempos de la Independencia tienen un color admirable de realidad; son evocaciones que asombran por su exactitud.

Por eso es que a través de sus interesantísimas conversaciones surgen con lineamientos perfectos, las personalidades de Lamas, Lavalleja, Garzón, Pacheco y Obes, Suárez, etc.

Venerable por sus años, por su distinción y por su cuna, esta dama guarda en sí todo el prestigio de aquellos días gloriosos.

En la boda de su nieta la señorita María Antonieta Caprile actuó de madrina, y durante la recepción brillantísima a que dió lugar la ceremonia, conversó animadamente con toda la distinguida concurrencia que llenaba los salones, obteniendo de todos el más respetuoso y el más merecido de los homenajes.

En la Biblioteca podrán atesorarse, con el tiempo, los mejores y los más raros ejemplares de la obra cervantina, así como de la literaria anterior a Cervantes y la de toda la décimaséptima centuria hasta el presente.

En la casa número 16 se instalará una prensa y modesta imprenta, que sin pretensiones de reproducir todas las obras de Cervantes, se limite a una acción lo más intensa y frecuente posible de divulgación y propaganda. Y contando con el celo y entusiasmo de los maestros contemporáneos de las Letras patrias, aquí se pueden iniciar campañas dirigidas a países y provincias donde deba mantenerse y depurarse el habla castellana, corrigiendo la algarabía y los dialectos emancipadores del sagrado vínculo con que están unidos a la madre Patria.

La única pequeña alteración que he permitido en aposentos de la planta baja, ha sido para habilitar una sala de regulares proporciones, donde puedan congregarse más de un centenar de devotos visitantes. En este grande aposento, diariamente podrá y deberá darse lectura de un trozo cervantino ya sea por el profesor de la Universidad destinado a esta institución, o por aquellas personas que por su alta representación o amor a nuestras letras deseen contribuir a este piadoso rito.

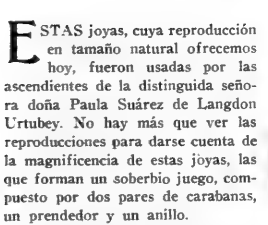
En cuanto a la Casa de Cervantes, ni galas, ni mármoles, ni primores ornamentales deben perturbar la emoción que ha de sentirse en aquella austera y pobre vivienda. En la alcoba donde debió reposar, sufrir y cavilar, sólo caben las fechas y nombre del cautiverio y desventuras de Argel, una gloriosa reliquia de Lepanto y un libro ante el cual la Humanidad acuda con su admiración y su homenaje.

A ser posible, como contraste con tanta pobreza, tal vez pudieran colgarse en aquellas paredes los retratos de Lope, de Góngora y de otros contemporáneos, que nos han legado los más gloriosos maestros de nuestra pintura en el siglo XVII. Estas intensas y excepcionales obras de arte deberán ser los únicos adornos que con gran sobriedad acompañen la memoria de Cervantes y de su obra. En cuanto a su propio retrato, sobre todos los que se encuentren y puedan encontrarse, creemos más elocuente y representativo un autógrafo que difunda el espíritu de su alto pensamiento y la huella de su mano...

Cuando comenzaron las obras, me otorgó el Ayuntamiento de Valladolid los más amplios ofrecimientos para su complemento y desarrollo, por lo que se refiere a las inmediaciones de dichas casas, pues éstas corrían el peligro de quedar escondidas y sepultadas entre las modernas edificaciones de una nueva vía. En crítico momento accedieron unánimemente y con gran entusiasmo los nobles Regidores Castellanos a la proposición de su Presidente, y mi ruego de que en las próximas parcelas no se edificara fué generosamente atendido, lo que me permitió construir un muro de mampostería y la escalinata que directamente, y con toda dignidad y holgura, conduce a la Casa de Cervantes desde una de las más concurridas y urbanizadas vías de Valladolid. En estas parcelas, a más de una balaustrada, terrado o compás, desde donde se contempla la institución Cervantina, florecerá un jardín de carácter absolutamente español con sus bojes y sus mirtos: como cerramento, una columnata con sus pilastras y leones y castillos, y como único monumento escultórico, una fuente de líneas clásicas y, a ser posible, de la época, fuente simbólica en donde el agua brote y caiga y vuelva a brotar de inagotable manantial, como inagotables y eternas son las puras y vivificadoras corrientes que el habla Castellana lleva a todas las regiones que deben su cultura a España.

Marqués de la Vega Inclán.

Joyas Antiguas



ESTAS joyas, cuya reproducción en tamaño natural ofrecemos hoy, fueron usadas por las ascendientes de la distinguida señora doña Paula Suárez de Langdon Urtubey. No hay más que ver las reproducciones para darse cuenta de la magnificencia de estas joyas, las que forman un soberbio juego, compuesto por dos pares de carabanas, un prendedor y un anillo.

Están formadas por diamantes de tallado antiguo, incrustados en chapas de plata. Fueron joyas de gran moda en las épocas del Virreynato y de la Revolución, joyas que realzaron la elegancia de los trajes usados en aquellos días por nuestras damas, y que tenían una majestad indiscutible.

Las joyas en cuestión tienen un sello de realeza y demuestran muy buen gusto dentro de su sencillez.

Actualmente se hallan en poder de la señora Suárez de Langdon, formando parte de una notable colección de objetos preciosos.



El "Lied"

Lied en alemán quiere decir, textualmente, canción. Pero al universalizarse el vocablo germánico su significación ha adquirido otro valor. Con esta palabra *lied* se designa un género especial de música para canto.

Cuando en Francia e Italia la producción de música vocal de cámara apenas nada significaba, y aun la música en general, se encontraba en ambos países en un período semidecadente, florecían en Alemania grandes músicos. Schubert y Schumann escribían entonces sus copiosas series de admirables *lieder*. Más tarde, al divulgarse estas canciones y elevarse el nivel de la música similar en otros países, por ejemplo, en gran parte, de aquéllas, se impuso la denominación alemana. Así, se adoptó la palabra *lied*.

Se han escrito *lieder* para una o más voces, solas o acompañadas instrumentalmente. Muchas composiciones corales son simplemente *lieder*. Modernamente se han escrito *lieder* para una sola voz, pero con acompañamiento orquestal. También se han transcrito para orquesta acompañamientos pianísticos de *lieder*. Esto es muy peligroso. La reducida sonoridad que supone un acompañamiento pianístico ideado para la interpretación en un local de no grandes proporciones, música de cámara, al ser llevada a la gran orquesta puede perder en íntimo matiz y en sutilidad lo que aparentemente gane en color. Además, el primordial efecto vocal, en desequilibrio con la sonoridad acompañante, cambia de sentido. Y además el canto interpretativo no será idéntico al producirse en una pequeña sala que en un gran teatro. O por lo menos se modificaría, desgraciadamente, la intensidad expresiva. Y la fidelidad al pensamiento original menguaría.

Por extensión, diversas piezas instrumentales han sido calificadas de *lieder*. Ejemplo: *Lieder ohne worte*, romanzas sin palabras, de Mendelssohn.

Pero el *lied* es, preferentemente, la interpretación o el comentario musical de una poesía, que una voz sola cantará acompañada casi siempre por el piano. Convendrá esta música para audiciones íntimas, y así ocupa un selecto lugar en el género de música de cámara.

Antes de Schubert y Schumann, creadores del moderno *lied*, escribieron música de esta especie los grandes clásicos alemanes Bach, Mozart, Beethoven. Pero su obra más importante y definitiva es otra.

Los gloriosos compositores setecentistas de Italia produjeron bellísima música vocal de cámara. Entonces aparecieron la mayor parte de las denominaciones: Aria, Cavatina, Romanza, Canzone, etc. Luego estas palabras adquirieron significados particulares. Llegó el período de Schubert y Schumann. La música vocal, de cámara, de ambos compositores aparecía con una nueva forma, y, sobre todo, con un sin igual expresivismo. Su producción de *lieder* es importantísima por cantidad y calidad. Escogieron para sus invenciones musicales textos selectísimos. Goethe, Schiller, Uhland, Heine, etc., son casi siempre los poetas preferidos. Y la poesía no es modificada, alterada. La música comenta justamente el texto poético y lo eleva a una categoría expresiva. El acompañamiento pianístico completa el comentario con un extraordinario interés musical.

De esta colaboración han nacido obras maravillosas, tales como *La bella molinera* o el *Viaje de invierno*, de Schubert, o el *Amor de poeta* y la *Vida amorosa de una mujer*, de Schumann, y tantas obras más en serie de canciones como las anteriores o únicas.

Al divulgarse la obra de Schubert y principalmente, más tarde, la de Schumann, se inició la nueva y actual tendencia en la música vocal de cámara: el *lied*.

En Italia triunfaba la *romanza de salón*. Bizet y Gounod escribían en Francia obras de más valor en un estilo que luego cultivó Massenet.

El ejemplo de Schumann fué fecundo.

En Alemania han sido y son ilustres compositores de *lieder* Wágner, Humperdinck, Weintgarner, Strauss, Reger, Brahms.

Particularmente hay que mencionar al desdichado Hugo Wolff, que acentuó aún más la forma expresiva del *lied*, orientándolo en un sentido paralelo al drama lírico wagneriano. Es decir: cultivando la declamación lírica y amplificando y concediendo absoluta y esencial importancia a la parte instrumental acompañante.

En Francia se significan modernamente como compositores de *lieder* Henry Duparc, prematuramente inutilizado para la actividad musical por causa de una terrible enfermedad mental; Chausson, D'Indy, cuya producción en el género, aunque escasa, ofrece obras de tan extraordinario valor como el romántico e intenso *Lied maritime;* Debussy, que ha innovado en el *lied* con el estilo general de su música, cultivando un raro impresionismo y un maravilloso preciosismo.

Pero el compositor francés que ha adquirido una extraordinaria personalidad escribiendo *lieder* es Fauré. Su obra es bellísima lo mismo en la invención melódica que en la escritura armónica.

Ha escrito muchos *lieder*. Recordemos sus comentarios a *La bonne chanson* verleniana y a las *Fêtes galantes*. El encanto sutil y de ensueño de la poesía ha sido profundamente sentido por Fauré.

Rimsky - Korsakoff, Mussorgsky y otros músicos rusos han producido *lieder* muy bellos y originales; a veces de extraordinaria novedad y carácter por emplear giros melódicos y ritmos típicos del arte popular moscovita.

El noruego Grieg ha compuesto muchos y hermosos *lieder*.

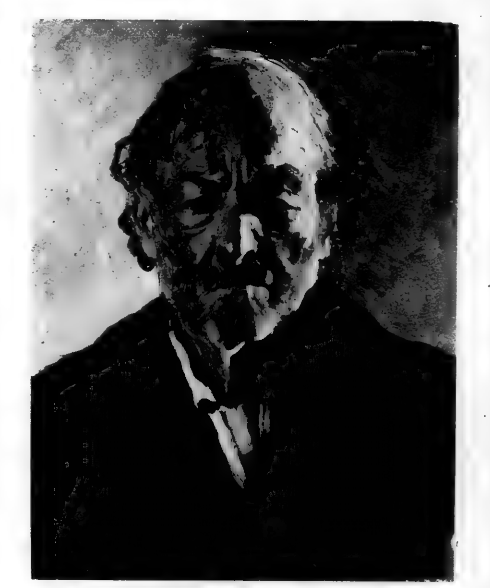
La producción musical española es difícil de conocer. Por motivos que ahora no hemos de exponer, se mantiene muchas veces inédita e ignorada. Conocemos, sin embargo, por haberse publicado, una serie de *lieder* de Morera, otra de Lamote de Grignon, *Violetes*, textos de Apeles Mestres, en donde hay bellas composiciones. Falla ha escrito, publicándose en París, tres canciones sobre poesías de Gautier, *Les colombes*, *Chinoiserie* y *La veritable manola*.

Enrique Gomá.



CARLOS F. SAEZ

UNA EXPOSICIÓN DE ARTE



Cabeza de Estudio



Retrato del Sr. J. C. M.



CON la exposición de cuadros realizada en el Salón Caviglia, cedido con gentileza y desprendimiento que enaltecen a quien tal acto lleva a cabo una y otra vez, se rindió póstumo y elocuente homenaje al malogrado pintor uruguayo Carlos F. Saez.

Al acto de la inauguración se le dió la trascendencia que en justicia debía obtener y se cumplió con todo brillo.

El Presidente de la Comisión Organizadora de esta exposición, el ilustre compatriota doctor Juan Zorrilla de San Martín, pronunció en ese acto un hermoso y como todos los de él, elocuente discurso.

El doctor Zorrilla de San Martín hizo la apología merecidísima del pintor que brilló un instante para luego caer arrebatado por el cruel destino.

Juicio exacto y justiciero del joven pleno de talento, que en su breve actuación descolló con un empuje tal, que a su alrededor ya se había formado la aureola brillante de los triunfadores, de los que llegan al pináculo, de los que concentran la admiración de muchas generaciones.

Y la exposición fué una elocuente forma de recordar al artista muerto, pues las múltiples obras que se llevaron a la admiración del público, pusieron bien de manifiesto la personalidad extraordinaria de Saez, como colorista y como dibujante.

Verdaderas riquezas de arte allí se expusieron y no podríamos hacer una selección porque todos los trabajos, aun los simples dibujos, ponen de manifiesto el talento y la seguridad del artista, una verdadera gloria del arte americano.

Al acto de la inaguración asistió una muy distinguida concurrencia y el éxito de la exposición fué completo.

De esta manera se ha glorificado una vez más al malogrado artista, glorificación póstuma, tanto más elocuente, cuanto que el juicio, a través de los años, es ámpliamente sereno y libre de influencias extrañas.

Carlos F. Saez fué uno de los pintores uruguayos que más amplia visión de su arte tuvo en el período muy breve que dedicó a ella todas las potencias de su imaginación.

En la concepción brillante de sus telas, en la seguridad del colorido, en la técnica extraordinaria que evidencian sus cuadros, queda patentizado en forma elocuente el talento admirable de este artista que hubiera llegado a las más altas cumbres.

Las telas que se exhiben tienen todas una fuerza estupenda de evocación, en ellas hay una honda palpitación de vida y de verdad. Bastaría con examinar las reproducciones que adornan esta página para darse cuenta de esto que afirmamos.

El éxito de la exposición fué, desde que ella se inició, absoluto y de ello cabe felicitarse, pues se tiene así la constatación de que no se olvidan tan fácilmente a los compatriotas ilustres.



"Il primo romanzo"

La Casa

—¡Veinte centésimos!... ¡Veinte!— gritaba el rematador encaramado en la silla. — ¡Veinte centésimos el metro!...

Pedro, el cerrajero, sentía que el corazón le palpitaba con fuerza, estaba realmente emocionado. Pero de pronto se resolvió y levantando la cabeza dijo tímidamente.

— Veinticinco.

— ¡Veinticinco!... ¡Veinticinco! — repitió el rematador, y casi en seguida bajó el martillo, dándose un golpe en la palma de la mano.

Llamaron a Pedro, que atravesó por entre la multitud que presenciaba el remate, y cuando estuvo delante de un jovencito que escribía en una libreta, dijo su nombre y abonó la primera mensualidad de cinco pesos. El pequeño solar era suyo desde aquel momento.

Pedro se marchó en seguida. Estaba un poco aturdido por las emociones experimentadas durante el remate. Y mientras caminaba a prisa por las calles llenas de sol de un hermoso día domingo, iba pensando en la impresión que causaría en su mujer y en sus hijos la noticia de que había comprado un terreno. Cuando llegó a su casa no encontró a nadie. Las dos míseras habitaciones del conventillo estaban solitarias y Pedro las miró con un poco de desprecio, pensando en la futura casita que él haría construir en el solar adquirido.

Cuando ya de noche, llegó su mujer con los tres hijos, Pedro estaba muy contento y cogiendo al menor, un chicuelo de tres años, lo sentó en sus rodillas y lo hizo bailar y reir mucho. Claudia, la hija mayor, de diez y nueve años, ordenó sobre la mesa la pobre vajilla y todos se sentaron a comer. Cuando se sirvió la sopa Pedro habló por fin: no podía callar ni un segundo más su secreto.

— Tengo una gran noticia — dijo, levantando en alto la cuchara.

Todos lo miraron sorprendidos, hubo un instante de silencio, y en seguida Pedro contó lo que había pasado en el remate.

Su mujer, una pobre mujer de obrero, flaca, amarilla, de pelo rojo, casi lloraba de alegría; Claudia palmoteaba y derramó un vaso de agua y los dos pequeños, sin comprender nada, chillaban también al ver la alegría de sus padres.

Pero de pronto la madre se puso seria, y con mucha inquietud preguntó:

— Pero... ¿podremos pagar todo?

— Sí — respondió Pedro; y explicó sus cálculos, sus ahorros, juntando su jornal y el de Claudia, que trabajaba en una fábrica de fósforos.

Y alegres, completamente dichosos, se olvidaban de la sopa que se enfriaba en los platos, y con los codos sobre la mesa oían a Pedro que hablaba y hablaba incesantemente, detallando proyectos y haciendo cuentas con ayuda de los dedos. Cuando fueron a dormir, aún conversaban y todavía en la cama cambiaron ideas mientras los dos pequeños dormían plácidamente en su camita, soñando quizá con los árboles de la playa donde habían ido a pasear aquel día.

Y pasaron los días y los meses, y al cabo de dos años de ansias y de privaciones el cerrajero y su familia tuvieron otra alegría: fueron todos a ver colocar la primera piedra del cimiento de las dos habitaciones que habían mandado construir.

Cuando llegaron al solar, vieron a los dos albañiles que se disponían a trabajar. Pedro los saludó, conversaron un instante porque eran amigos, y después empezaron la obra.

El cerrajero, su mujer y Claudia los contemplaban en silencio, mientras los dos chicos saltaban y se revolcaban en un montón de arena.

Al regresar al conventillo todos estaban silenciosos. Pedro era el que estaba más pensativo. Por su imaginación pasaron los dos años de esfuerzos continuos empleados en ahorrar el dinero necesario para pagar el terreno y construir la pequeña casa. Dos años de privaciones, de sobresaltos, de ansias, de fatigas, de extraordinaria constancia en el trabajo del taller. Pero los tres: él, su mujer y Claudia, no se habían quejado nunca. "Es para la casa" decían, y se conformaban comiendo un pedazo de pan duro y bebiendo siempre agua. Claudia no se había hecho un solo vestido en los dos años. Con los pocos trapitos que tenía había ido pasando, remendándolos cuando se rompían y no fregándolos mucho cuando los lavaba y planchaba por temor de gastarlos demasiado. Y la pobre madre, aquella mujer rubia y flaca, después de limpiar la casa y cuidar a los dos pequeños todavía encontraba tiempo y fuerzas para lavar la ropa de una familia muy rica que vivía en la vecindad. Eran días de privaciones sin cuento, de cálculos continuos, de temores incesantes. La casa, la casa, siempre estaba la sombra de aquella casa en proyecto, interponiéndose entre ellos y las más insignificantes satisfacciones de su vida miserable.



Y aquel día por fin respiraban, y pensando en todo lo que habían tenido que luchar para construirse aquel hogar propio, donde el casero no vendría a exigirles el odioso alquiler, y donde podrían hacer todo lo que quisieran porque era de ellos, todo de ellos, únicamente de ellos, marchaban en silencio, abatidos por el inmenso esfuerzo realizado.

Durante el almuerzo Pedro tuvo una idea. Se levantó antes de terminar la comida y salió diciendo:

— Vengo en seguida.

Cuando volvió traía una botella con vino y echando en los vasos, exclamó alegremente:

— Hay que festejar, que diablo. — Bastante hemos deseado esto durante dos años — y todos bebieron riendo.

Pasaron aún algunos meses, al cabo de los cuales estuvo concluída la casa. Las dos piezas y la cocina se elevaban en el centro del solar, blancas, muy blancas, húmedas todavía por el agua de la argamasa. El día que el carpintero la entregó con todas sus puertas nuevecitas, Pedro fué a recibir la llave. Dos días después la familia se mudó. Fué en un día de invierno, gris y lluvioso. El frío hacía lagrimear los ojos, una tormenta terrible se preparaba. Muy aprisa fueron llevados en un carrito los pocos muebles y Pedro, su mujer y sus hijos quedaron instalados en la nueva casa. Claudia se afanó por colocar los muebles con toda coquetería y hubo discusiones cuando se trató de clavar un clavo para colgar un cuadro. Pedro no quería, porque decía que se estropeaba la pared.

Cuando llegó la noche la tormenta que amenazó durante el día se desencadenó con gran violencia. Pedro, en la cama, escuchaba el estrépito del viento y del agua muy inquieto. Las puertas se sacudían con rudez y llegó un momento en que el cerrajero no pudo estarse quieto y se levantó. Cuando encendió un fósforo vió que el agua invadía el cuarto. Muy sobresaltado exclamó:

— El caño del patio no da salida al agua!...

Y mientras su mujer y Claudia se levantaban, él se puso rápidamente los botines y salió al patio. Un minuto bastó para que se mojara completamente. Destapó el desagüe y cuando entró de nuevo en el dormitorio temblaba como una hoja. Se cambió de ropa, su mujer lo arropó, pero el frío no se le quitaba. Al día siguiente ardía de fiebre. Se llamó al médico y cuando lo examinó declaró que tenía pulmonía. Aquel organismo de obrero robusto estaba minado, tronchado como un roble por la polilla. Pasaron algunos días crueles; en la casita nueva se lloraba mucho. Hasta los pequeños estaban silenciosos en un rincón. Pedro, hundido en la cama, miraba tristemente las paredes blancas y casi no hablaba. Un día vino el médico y no recetó nada más que reposo. Y pasaron veinte días. Pedro tosía mucho y manchaba los pañuelos de sangre; cuando escupía la saliva era roja.

Una mañana el sol penetró en la habitación por la puerta entreabierta. Era un rayito amarillo y templado, que hacía bailar los átomos de polvo con rápidos movimientos. Pedro se sentía algo mejor y se incorporó en la cama. Su mujer estaba sentada a su lado, más pálida y más flaca, con el pelo rojo recogido con desaliño. Claudia había ido a la fábrica. El silencio era completo. De pronto un pajarillo se posó en el alero del tejado, sobre la puerta, y cantó alegremente. Pedro levantó los ojos. Su mujer que lo observaba dijo:

— Están haciendo un nido.

Pedro quedó pensativo un instante. Toda su vida de trabajos pasó ante sus ojos, toda su vida de obrero, tronchada tan despiadadamente cuando se preparaba a ser un poco feliz. Contemplaba aquella casita que era suya y que había adquirido a costa de grandes fatigas, de heróicas privaciones, y una tristeza infinita, una tristeza de muerte, le empujaba un sollozo a la garganta. Después, siguiendo el curso de sus ideas, murmuró levemente:

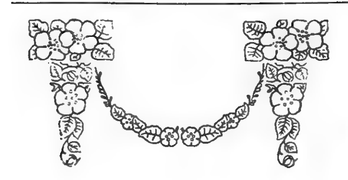
— A los pájaros no les cuesta casi nada una casa!...

Y pocos momentos después, mientras seguía pensando en su desgracia, murió sin violencia alguna, sin convulsiones, dulcemente, sin apercibirse que abandonaba la vida.

Al día siguiente, cuando sacaron el cadáver, el sol alegraba la casita nueva, que parecía más blanca y más risueña. Y Pedro se iba, se iba para siempre, para siempre!...

Enrique Crosa.

La Escuela de Nurses

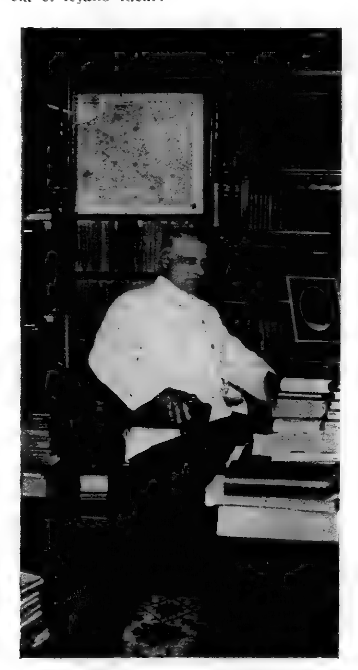




Las Nurses rodeando a la Directora Interna

La asistencia de los enfermos no se comprende hoy como se concebía hace veinte años. Todo evoluciona en el mundo.

Cuidado de aquellos que no siguen el movimiento que empuja a los hombres hacia el lejano ideal!



Doctor Carlos Nery, en su despacho

Para nuestros padres la enfermedad era una desgracia individual; el enfermo les parecía un ser digno de compasión a quien había que socorrer por caridad.

Cuidar a los enfermos era obra piadosa y las personas que se consagraban a su cuidado estaban sostenidas en su vocación por el espíritu religioso y por la esperanza de una recompensa futura.

Hoy pensamos que la enfermedad de un miembro de la sociedad es una desgracia para la sociedad entera. La gran familia social está herida en la persona del enfermo. Ella le debe asistencia en interés de todos. La idea de caridad se ha completado con la idea de solidaridad que eleva a la vez a aquel que presta los servicios y a aquel que los recibe. Por eso aquellos que han tenido la noción clara de esta evolución al fundar entre nosotros en 1913 la Escuela de Nurses de la Asistencia Pública han hecho una obra nacional de fecundo porvenir.

***

Dar a la joven la comprensión de sus múltiples deberes hacia el enfermo. Enseñarle no sólo a calmar el dolor, suavizar la miseria física sino también desenvolver el carácter moral de la mujer en una profesión hecha toda de amor, abnegación, de paciencia, de alegría comunicativa; encorazonar en ellas el instinto femenino del buen gusto y del orden. Esta es en síntesis la misión de la Escuela - Hospital de Nurses.

El " Home " de las alumnas es el fruto bien personal de la emoción femenina.

Es el templo sagrado, libres de arreglarlo a su modo, de adornarlo a su gusto. Cuanto más aman ellas a sus enfermos, ellas que encuentran en el dulce hogar de la Escuela la sociabilidad y estimulo de la vida común y de familia, el descanso en las horas de recogimiento, tan necesarios al desenvolvimiento de la conciencia individual!

Todo en la mujer la señala y predestina a llenar las funciones de preciosa auxiliar del médico en el tratamiento de los enfermos. Es ella quien por el dolor y la ternura perpetúa las generaciones humanas, es a ella a quien la naturaleza, por una admirable previsión, ha reservado tesoros de amor y de piedad; que a estas virtudes se agregue un severo entrenamiento de preparación física, intelectual y moral y ella sentirá profundamente la conciencia de sus deberes y realizará su espléndida misión en la sociedad.

Cuando uno considera ese rico tesoro de jóvenes y ardientes energías que se encierra estéril en nuestras escuelas y universidades se sorprende de su inercia ajeno al dominio de las actividades sociales! ¡Cuántas energías que encauzadas y cultivadas mejorarían su propia condición y reforzarían vigorosamente el organismo social!

El ejemplo de las fuertes y entusiastas energías femeninas que nos llega hoy de la Europa en sangre, debe servirnos de lección y estímulo para organizar nuestras propias fuerzas aplicándolas al mejoramiento en la obra de organización y regeneración de las casas de la Asistencia Pública.

Aquel ejemplo viviente prueba cuán grande es el tributo auxiliar que pueden aportar en una obra tan vasta y tan compleja las energías entusiastas y disciplinadas de aquellos que han sufrido menos porque menos han vivido y sólo guardan en el corazón el entusiasmo juvenil de la Esperanza!

En la formación del carácter reside el principal factor de una educación fuerte, ya sea en la mujer como en el hombre. Este carácter no se obtiene sino con una comprensión exacta de la vida capaz de mostrar todo su valor y su fin.

Ahora bien, ¿dónde encontrar mejor fuerza educativa que en aquella que pone a los jóvenes inmediatamente en marcha persiguiendo el ideal que no se encierra en el yo estrecho sino que amplia y generosa-



Señorita Magdalena Veiga,
Directora Interna, en su despacho



Realizando la curación de una de las asiladas

mente abre sus brazos a la gran familia humana que vive, sufre, trabaja y espera?

Tiempo es en que las escuelas y universidades, demasiado absorbidas en los estudios literarios abstractos, donde las palabras dolor y muerte no son sino fuente de goces estéticos, la juventud que penetra incierta en la edad de las energías viriles, aprenda, fuera de la pobre rutina profesional, a sentirse parte integrante de un organismo social. Que aprendan a sentir los lazos de solidaridad social que si a veces son fuente de amargas decepciones lo son también de los más puros goces y de los más humanos.

Que estas jóvenes sientan que forman parte indisoluble de esta actividad vasta e infatigable, por cuyo medio la Humanidad aspira sin cesar a un destino mejor, más feliz, más elevado.

Cuando hayamos aprendido a oir la voz inmensa de la miseria y del dolor que se eleva suplicante entre nosotros y a comprender el vastísimo horizonte de la acción útil y fecunda que se abre a todos, sólo entonces conoceremos todo el valor y significado de la Vida.

Ante obligaciones tan graves y apremiantes enseñemos que la indiferencia es un absurdo y una deserción, el descorazonamiento es una falta con nuestros semejantes y para nosotros mismos.

Cada día que pasa es el *día solemne* que no volverá jamás: el día de los grandes deberes que cumplir valientemente!

***

La doctrina es hermosa y sugestiva. Por ella y para ella pueden darse con entereza entusiasmos y nobles sentimientos. De modo que si bello es entregarse a la obra cuando la obra está en marcha, extraordinario y digno de admiración es el esfuerzo inicial, que en el caso de "La Escuela de Nurses" pertenece al doctor Carlos Nery, un hombre de ciencia, que siente el amor intensísimo de la profesión, y con talento elevadísimo y preparación excepcional arriba a culminar en un propósito que hoy tiene los caracteres de una obra trascendental.

La Escuela de Nurses tal como está instalada es un modelo. Ubicada en la calle 3 de Octubre y en un marco delicioso de jardín, allí se realiza el propósito de educar científicamente para curar y cuidar enfermos, con una amplitud digna de admiración.

Como decimos antes todo es allí obra del doctor Nery. Durante su larga permanencia en Londres, observó los establecimientos análogos al que ya funciona brillantemente en nuestra capital, y con un caudal valiosísimo de experiencia desarrolló aquí un plan que merece la admiración y la gratitud de todos.

Desde la gran capital inglesa trajo el doctor Nery los elementos preciosos que le secundaron inteligentemente en su iniciativa, y hoy el establecimiento a su cargo tiene ya elementos de primera fila formados en él y a él vinculados con los hondos afectos que son de imaginar.

Tan es así que el conjunto de nurses está dirigido por la inteligente señorita Magdalena Veiga, una compatriota que honra al país dedicando a una labor tan inmensamente simpática los dones de su claro intelecto y de su bondad. Ocupa, con singular competencia, el cargo de Directora interna de la Escuela y en ella el doctor Nery tiene un elemento precioso de colaboración.

Después de visitar este establecimiento modelo no caben más que homenajes al doctor Nery, fundador de la Escuela e incansable sostenedor de la misma.

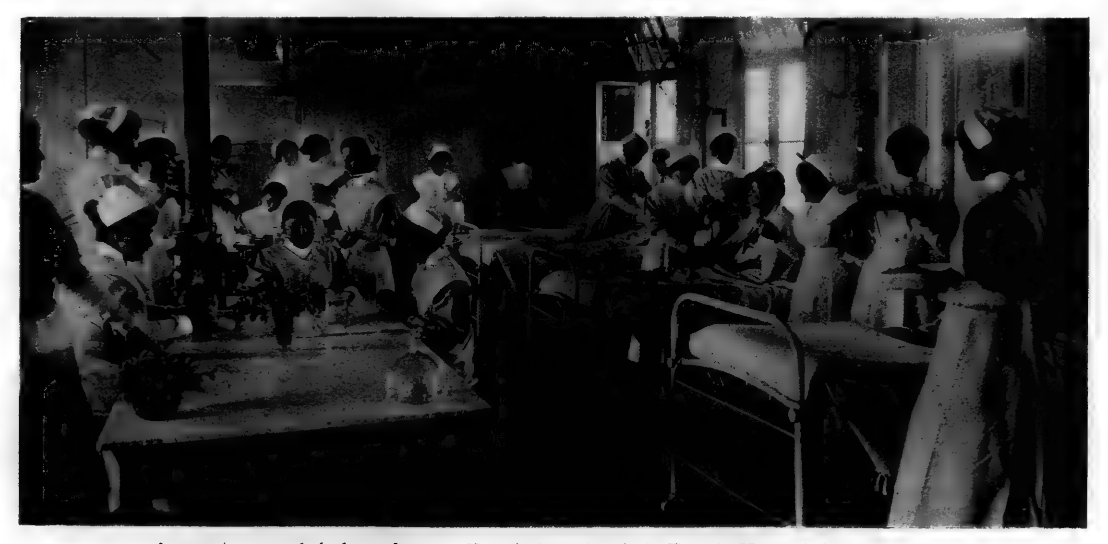
Es un nobilísimo apostolado que lleva a cabo el distinguido facultativo con una abnegación admirable.

Las nurses realizan con los enfermos que allí se asilan una práctica altamente científica y fuera del establecimiento se dedican a ejercer su profesión particularmente, constituyéndose entonces en elementos insustituibles dentro de un hogar donde se halla un enfermo.

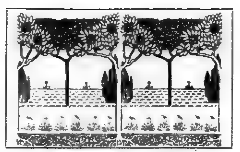
Junto a la Escuela de Nurses el doctor Nery tiene su consultorio.

Verdaderamente asombrados asistimos a una consulta, a la que concurren los enfermos por muchas decenas.

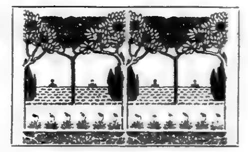
El caballeresco y distinguido médico atiende a sus enfermos, todos humildes y necesitados, con tal renunciamiento de todo otro propósito que el de darse por entero a su apostolado, que no podemos renunciar a tributarle aquí público y alto homenaje, aun cuando sepamos de antemano que con ello herimos la irreductible modestia de quien se ha hecho acreedor al homenaje general, por sus altas virtudes galénicas y por el talento y preparación que en su obra nobilísima pone de manifiesto.

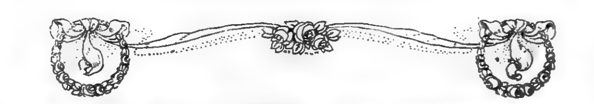


Asistencia general de los enfermos. Una de las salas de la Escuela Hospital durante la tarea



Un hermoso festival





EL Comité de Damas que integra la Comisión de Honor de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis organizó una hermosa fiesta en el Parque Hotel, a beneficio de la colecta que se realiza anualmente en pro de esta benemérita e importante institución, cuyos fines no pueden ser más altruistas y cuya acción se hace sentir poderosamente en la salud de nuestro pueblo.

La Comisión de Damas que con tanta inteligencia, dedicación y noble entusiasmo, preside la respetable matrona doña Bernardina Muñoz de De María, combinó para este festival un programa de sumo interés, en el cual figuraban números interesantísimos a cargo de bellísimas niñas, las cuales encantaron a la concurrencia con sus danzas y los cuadros plásticos.

Antes de comenzar la ejecución del variadísimo programa, en el salón comedor se sirvió un té, al cual dió un alto prestigio social la distinguidísima concurrencia que allí hizo acto de presencia.

Luego se pasó al salón de fiestas y allí se dió cumplimiento al programa del festival. Fué, como decimos antes, una serie de números a cual más hermoso y a los que la gran concurrencia prodigó verdaderas ovaciones.

Se destacaron de entre estos números, algunos cuadros plásticos, muy hermosamente combinados y hábilmente interpretados por el gentilísimo grupo de niñas que tuvo a su cargo tan interesantes números.

El cuadro que fué de homenaje a la Liga mereció una prolongada ovación.

Terminado que fué el programa, cumplido en todas sus partes, la orquesta ejecutó algunas piezas de baile, las que fueron aprovechadas por el elemento juvenil que se entregó con entusiasmo a las dulzuras de Terpsícore.

El éxito de este festival como el de todos los que esta institución ha realizado y realiza, prueban acabadamente los prestigios que la Liga tiene bien conquistado en nuestra sociedad y la imposición que en el espíritu público ha conquistado su vastísima obra de profilaxis y de socorro.

Las colectas anuales han obtenido siempre muy buen resultado y debieran en estos últimos años haberlos tenido mejor, si la situació económica del país fuera más desahogada.

De todos modos, la labor de la Liga prosigue triunfalmente y son algunos cientos los que forman en la legión de los reconocidos al socorro y al desvelo de esta institución que honra a nuestro país, por el cientifismo de su acción, por la vastedad de la acción misma y por los bellos resultados que de esa labor se obtienen.

Por el éxito del festival que da motivo a esta nota y por toda la gestión profícua que llevan realizada, felicitamos a la distinguida Comisión de Damas, cuyos sareados prestigios son base inconmovible para el buen resultado de los esfuerzos que se llevan a cabo y a los cuales aportan las nobilísimas señoras todo el tesón de que es bien merecedora la causa de los sufrientes y de los humildes.

Creemos que es un deber que impone la constatación de hechos, especializar esta nuestra felicitación a la dignísima presidenta de la Liga, señora Bernardina Muñoz de De María, quien por segunda vez ocupa ese elevado cargo rodeada de todos los prestigios y desde el cual ha podido aplicar en beneficio de la Liga las dotes preciosas de su inteligencia, de su distinción y de su bondad.



Señoras: Dolores Estrázulas de Piñeyrúa, Berta De María de Prat, y Oficiales del Estado Mayor de la Escuadra Caperton



Señoritas: Stewart Vargas y Lussich Siri



Cuadro alegórico de homenaje a la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis



EL LEÓN CIEGO

(La edición que acaba de ponerse a la venta, hecha por suscripción popular, de las obras escénicas de nuestro malogrado dramaturgo, da oportunidad al siguiente juicio, aparecido el 17 de Agosto de 1911, dos días después de estrenada aquella pieza, publicado en la crónica teatral de uno de los diarios de Montevideo, bajo pseudónimo, por nuestro colaborador, el doctor José Pedro Segundo.)

Ignoro que nadie hasta hoy, al menos de entre nuestros autores dramáticos, se haya aventurado a tratar el escabroso tema desarrollado por Ernesto Herrera en la obra estrenada estas noches por la compañía del "Cibils"; puesto que si él rebosa de no sé qué suerte de bizarra grandeza, las dificultades de su exposición, para nuestro público azotado por las mismas pasiones del drama, podría suscitar al autor, a poco que recargase las tintas de un bando, la animadversión de la sala. Con ser tan palpitantes, desgarradores y trágicos los mil y un episodios de la guerra civil en nuestro medio, sólo aquel serio obstáculo, en cierto sentido insuperable, ha podido ser el motivo por el cual no ha llegado a la escena el más fugaz reflejo de nuestras contiendas civiles, dejando de lado injustificadamente toda una modalidad tan peculiarísima e inconfundible de nuestra sociabilidad que pudo tenérsela por única en un momento dado. El primer elogio que debe tributarse al autor es la decisión valerosa con que afronta en su pieza tema tan arriesgado y la habilidad meticulosa con que, sin parcialidad por uno u otro bando, sigue su drama hasta donde ha debido llegar, sin mortificación para nadie, y sobre todo sin abdicar de la rigurosa veracidad que es su mérito.

Porque es necesario decir que de aquellos tres actos tan interesantes y animados, es una impresión de verdad sobrecogedora la que surge irresistiblemente y de inmediato. Con una parquedad de recursos que aparece a ocasiones como demasiado extremada, pero que se halla perfectamente concorde con la rusticidad del medio y de los tipos, Herrera ha evocado eficazmente el ambiente campesino y pintoresco en su primitiva rudeza y azotado por el vendabal revolucionario. Una gran sombra de fatalidad irremisible pasa, oscureciéndolos, sobre todos los destinos del cuadro; y aunque se diga en la obra que aquella raza predestinada se va, se la ve reaparecer en los hijos que sueñan de instinto con aventuras guerreras en el propio momento en que la catástrofe cierra, desgarrándonos, las alternativas del drama. Junto a tantos incidentes casi todos sin variación, pero que no resultan monótonos, la pasión estalla y pulula con un tal fervor inocente que no es posible contener nuestras lágrimas. Porque efectivamente, "El león ciego" hace llorar y pensar; y es ésta quizá (a lo menos, en un cierto sentido) la más alta ponderación que pueda hacerse a una obra dramática.

Tan apreciables episodios han constituído en conjunto un éxito justificadísimo de la pieza de Ernesto Herrera; pero ya que ha llegado tan airosamente hasta ahí, yo hubiera deseado verlo alcanzar hasta lo último. Existe cuanto pueda desearse de recomendable en la obra: argumento, novedad, interés; pero si yo no vacilo en decir que "El león ciego" es un drama excelente, no diré que sea un gran drama. Es una lástima comprobar que el autor haya tropezado por honestidad artística, con el tipo destinado a exaltar los momentos dramáticos de su obra, puesto que si el protagonista resulta verdaderamente humano por la ceguera y el repudio, ha perdido también cuanto tenía de culminante y dominadora grandeza por ese apocamiento fatal. Comprendo que Gumersindo, especialmente en el último acto, sea para el autor el personaje imprescindible puesto que es por su boca que habla; pero bien pudo sustituírlo por otro, como por ejemplo, la vieja, que no es necesario que muera. De esta conformidad y sin perjuicio para las reflexiones que el autor debe hacer al remate de su obra, pudo aquél vivir en su ley (lo que sería hermosamente dramático), en vez de aparecérsenos tan desmedrado y caduco, que ya no es más que un "estorbo" en la casa. Aquella resurrección de sus instintos guerreros, al ver pasar a lo lejos una división gubernista, tiene un extraordinario interés y magnitud, especialmente cuando reclama del niño que le traiga el "oscuro" con que quiere reunirse a sus fieles. Si para la economía del drama tal como lo ha planteado el autor, es cierto que el coronel debe quedar en la casa, ¡cuánta mayor grandeza trágica, pero irresistible por lo verdadera y tremenda, no hubiera alcanzado el autor haciéndole salir a la lucha, olvidado en un minuto de exaltación, de achaques, resentimientos y diatribas! El final hubiera cambiado en detalle, pero no en lo esencial; y el autor habría sacado quizá más partido abatiendo el desastre sobre las mujeres inculpadas.

Fuera de esto y acaso sin pretenderlo el autor, la obra resulta un convincente alegato en pro de la sinceridad campesina. Es una justicia que era necesario tributar al paisano que hace nuestra grandeza y se desangra por el cintillo. Él no tiene la culpa de haber nacido indomable, aventurero y belicoso, máxime cuando no repara en morir y padece sin queja la maldición del destino. Este aspecto del problema está planteado por el autor con una verdad simpática y simple; y puede servirnos de ejemplo para probar que el arte sincero no necesita denigrar a hombre alguno. Aparte alguna repetición (a la exposición de las ideas) y el lenguaje, alguna vez un poco suelto, la obra se escucha con marcado interés y el estilo es siempre apropiado y veraz como corresponde a los personajes del drama.

No conozco ninguna otra obra teatral de Ernesto Herrera; pero esta es suficiente para informarnos favorablemente sobre sus aptitudes dramáticas. Tiene intención, evoca verazmente los tipos, parece como que adivina inconscientemente la escena; a todo esto, le sobra una juventud bien temprana. Si no descuida esos excepcionales medios, es casi seguro que la madurez natural de sus dotes ha de darnos, para el tiempo propicio, el autor que "El león ciego" nos ha dejado entrever bruscamente.

José Pedro Segundo.

Dibujo de Santana.

Los ojos de Lady Rebeca

—¡Bah! Creyentes o escépticos, temblando ante cualquiera de los rumores que pueblan la noche o caminando con fanfarronería de matasiete en las tinieblas, ninguno de nosotros escapa una vez en su vida de la visita del misterio...

—Hombre, eso de que ninguno... — objetó Carlos Quiñones.

—Ninguno — aseguró con profundo convencimiento Jesús Valsera.

Estaban en una sala del Club, un saloncito muy frívolo, sin carácter, decorado a la moda del siglo XVIII, con esa banalidad amable que acaba por convertirse en uniformidad. Por esa misteriosa atracción que ejerce sobre nosotros lo sobrenatural, sobre todo a altas horas de la noche, la conversación había ido a parar a esos raros acontecimientos en que el misterio parece asomarse un momento a la prosa anodina de nuestra vida, y Jesús Valsera contaba *su caso*.

—No sé si ustedes, menos enamorados de Cosmópolis que yo, habrán conocido a Lady Rebeca Wintergay.

—Tengo una idea confusa — insinuó Carlos. — Creo que pasó una "season" en Biarritz, pero yo nunca la encontré la belleza admirable que decían. A mí me pareció siempre una muñeca bien vestida, pintada, enjoyada; pero siempre eso, una cosa artificiosa, falsa, es la palabra exacta; una muñeca.

Con aires de confidencial misterio aseguró Jesús:

—Es cierto; tenía algo de muñeca, algo de la Eva futura de Barbey d'Aurevilly y, sin embargo, sus ojos..

—Sí, me pareció que tenía una mirada interesante... — asintió Carlos.

—No, no — interrumpió Valsera con más vehemencia de la precisa; — una mirada, no, unos ojos. — Y prosiguió explicando su idea. La mirada es una cosa y los ojos otra. Hay personas que nos atraen, despiertan súbitamente en nosotros una gran simpatía, nos conquistan y hasta llegan a dominarnos por su mirada, y si vamos a estudiar, sus ojos son vulgares, insignificantes y, alguna vez, hasta feos. En cambio hay ojos admirables, pero fríos, inexpresivos, muertos como los ojos de las estatuas. Los ojos de Lady Rebeca — prosiguió el narrador — eran de éstos. Dos esmeraldas o dos záfiros (eran cambiantes como las aguas del mar) de cabala; dos gemmas portentosas incrustadas en un trozo de jaspe de un extraño blanco azulado; dos peridotas robadas en el sumergido palacio de la hija del Rey de Is. Porque la única comparación que aquellas divinas pupilas sugerían era la de las piedras preciosas. Como ellas, tenían brillo y, sin embargo, estaban muertas; detrás de ellas no lucía esa misteriosa luz de inteligencia que es amor, odio, ambición, entusiasmo o tristeza, no había nada, nada más que el vacío.

A las últimas palabras sucedió una pausa silenciosa. Los otros dos, interesados por la historia, le escuchaban sin interrumpirle ya; él continuó:

—Nada más fácil en la vida frívola de Biarritz que acercarse a ella. Su lujo, su *chic*, aquella perpetua ostentación de joyas fabulosas y de trenes atrabiliarios me atrajeron primero; sus pupilas me clavaron después. ¡Y me enamoré perdidamente de ella! Lady Wintergay, como todas las damas de la loca caravana emigrada al través del mundo, era una gran flirteadora. Persona acostumbrada a tales homenajes acogiolos con amabilidad; mundana esperta seguía el devaneo sin falsos sobresaltos de pudor, pero también sin peligrosos desfallecimientos. Y aquí estábamos, de la novela, cuando una noche...

—¿Una noche?...

—Una noche de luna, una de esas maravillosas noches de Biarritz, en que mar y cielo son como un prodigioso palacio de ópalos en la lechosa claridad del satélite, hablábamos Lady Rebeca y yo acodados al barandal de Villa Sans Soucci. Había habido una fiesta de trajes, y Rabeca, vestida de Schezereda, toda envuelta en tules y gasas recamadas de plata y perlas, cuello y brazos cubiertos de perlas enormes, de portentoso oriente, estaba bellísima. La magia de la noche, la hermosura de la dama, el cansancio morboso del fin de fiesta, y tal vez ¿por qué no? el champagne envolviendo mi espíritu en auras de melancolía, pusieron acentos de tristeza en mi voz, bañaron mis palabras de contenida pasión y vertieron



en ellas, como un ungüento maravilloso, la amargura de los grandes dolores sin esperanza. Lady Wintergay parecía escucharme con un anhelo hasta entonces desconocido para mi, vencida mal de su grado por una súbita ráfaga de pasión. Las manos destrozaban involuntariamente una flor; el pecho palpitaba y en las pupilas muertas, en las misteriosas gemas de embrujamiento, brillaba una mirada húmeda y apasionada. Súbitamente habló. Su voz era suave y musical, llena de inflexiones, de amor y de tristeza; ¡Jesús, por misericordia, por caridad, por compasión, no me hable usted así! ¡Ah!, ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Si supiera el horror, el misterioso espanto de mi tragedia! Estoy condenada a ser así siempre, a ser una estatua de mármol, algo admirable, bellísimo, divino, pero que sólo puede contemplarse en la desolada glaciedad de las salas de un museo! Mis ojos para que vivan es preciso que sean siempre eso, dos piedras preciosas que nunca, oye usted, nunca, pueden reflejar lo que siente el espíritu. El día — continuó trágica y fatal — en que mis ojos se alumbren con la llama divina de la pasión, ese día la llama misma los consumirá.

Calló Jesús para encender un cigarro, sin que sus amigos, cautivos en el interés de la peregrina historia, osaran interrumpirle, y al fin reanudó:

—Asuntos de gran interés para mí, alejáronme al día siguiente de la playa francesa y perdí de vista a la interesante criatura que por un momento estuvo a punto de turbar mi serenidad espiritual. Pasó tiempo: de tarde en tarde tenía vagas noticias de su vivir andariego y, por fin, un día supe que Lady Rebeca Wintergay, abroquelada en una gran pasión, se había decidido a desafiar la terrible fatalidad que según ella pesaba como un conjuro sobre su existencia.

—¡Bah! — rió Carlos, irónico. — ¡Que tú no le gustabas... y se acabó!

Cuando sus interlocutores esperaban una explosión de amor propio, oyéronle decir con voz timbrada de tristeza:

—¡Ojalá! Así por lo menos no hubiese dejado una huella imborrable en mi recuerdo. — Después continuó: — Fuí pasando el tiempo, reanudé mis correrías por Europa y, un día, al entrar en el comedor de Montreux-Palace, me detuve yerto. ¡Sentada a una mesa frente a mí, acompañada de un caballero de aire discreto, comía Lady Rebeca Wintergay! En la suntuosidad fastuosa del *dining-room*, en la reberveración de las luces, en la escenografía de las plantas tropicales, entre las mujeres cubiertas de sedas, de plumas, de pieles y de encajes, destacábase como una reina de leyenda, la inglesa. Toda vestida de Chantillyes blancos sobre los que temblaban los fulgores de los diamantes y las esmeraldas, permanecía serena, estática como un icono. Estaba bella, infinitamente bella, pero con la belleza muerta que me inquietara en otros tiempos. Sus pupilas maravillosas tenían aún menos vida que antaño y permanecían inmóviles, fijas en un punto imaginario. Inútil que me inclinase cortésmente, inútil que en todo el transcurso de la comida no apartase mis miradas de ella, Lady Rebeca parecía ausente, lejana.

—Acabada la comida corrí al *Bureau* del Hotel y pedí los libros de viajeros. Allí estaba Lady Rebeca Wintergay. Y tras su nombre otro nombre que puso en mi espíritu una inquietud irrazonada; el doctor Nanetti.

Hízose otra vez el silencio. Carlos y Montería escuchaban con esa inquietud con que oímos las historias de aparecidos. Jesús parecía presa de gran excitación. Siguió la historia:

—Durante unos cuantos días viví pendiente de aquella rara mujer. Veíala en el comedor, en el concierto, en el *auto*, siempre en compañía del misterioso doctor, siempre inmóvil, con los ojos fijos en un punto imaginario siempre. Inútil que buscase una ocasión de hablarla a solas, inútil que acechara la salida del médico, jamás, jamás parecía dejarla. Al fin un día...

Los cabellos de Jesús se erizaban, y helado sudor corríale por la frente.

—Al fin, un día al atravesar una galería, vi la puerta de su cuarto abierta de par en par. Miré dentro y... ¡Lady Rebeca! Estaba sola y vuelta hacia el balcón, parecía abismarse en la contemplación del lago. Resueltamente entré. ¡Más me valiera haber huído! Al sentir el ruido que hice, Lady Wintergay lanzó un débil chillido y volvióse hacia mí tendiendo las manos como hacen los ciegos que temen desplomarse en un abismo.

—Retrocedí mudo de horror. ¡En el rostro de belleza estatuaria, en el nácar rosado de la piel en que la boca era como una flor de pasión, los ojos habían desaparecido, y dos negros agujeros ponían el horrendo sarcasmo de la muerte, la atroz ironía de las calaveras! ¡Sobre una mesilla, como dos gemas de alucinación, brillaban los ojos azules!

A. H. V.

EL SNOB

POR JOSE DE LASERNA



¿Snob!

Y eso ¿con qué se come?

Con lo que ustedes quieran y en su propio jugo.

El *snob* no es un tipo de ayer por la mañana.

Nihil novum...

Aquí lo representa nuestro clásico y tradicional *Vicente.*

¿Dónde va Vicente?
Donde va la gente.

En tiempo de Panurgo ya había *snobs* en figura de carneros.

Vean los modernistas cómo no han inventado ni eso.

El *panurguismo* de ayer nó es más que el *snobismo* de hoy, y el *snobismo* de hoy no es más que la selección, el refinamiento del *vicentismo* histórico entre nosotros. *Mutatis mutandi...*

El *snob* es el *Vicente chic, pchut, becarre, smart, swell,* que de todas estas maneras y otras más lo sabemos decir cuando nos ponemos a *snobear, vicentear* y *panurguear.*

La corbata de moda, la iglesia elegante, el santo de última novedad...

Este es el ideal de los *snobs* de *ambi sexi;* todo lo que es moda, todo lo que es elegante, todo lo que es *bien,* como dicen ellos.

Y lo mismo en lo humano que en lo divino.

Há poco — por ejemplo — se llevaba mucho el niño milagroso que tenía en su tienda un encuadernador de la calle de la X. X.

Cayó el niño.

Shoking.

Luego, *le dernier cri* de la devoción elegante fué San Expedito.

¿Por qué cambian de santo igual que de corbata?

Por eso.

Porque es... *very select.*

Si fuese *bien* tirarse de cabeza por un Viaducto, quizá se tiraran, como se tiraron al mar, uno tras otro, siguiendo el ejemplo del primero, sus *antecesores* los ya susodichos carneros.

Las modas filosóficas, las modas literarias, las modas artísticas, tienen también sus correspondientes *snobs.*

Especialmente el teatro es el caldo más apropiado para el cultivo y florecimiento de la especie.

El *snob* teatral no *gasta* nada de su propio país, y se perece por las novedades extranjeras.

Lo que fuera de aquí es indecente, aquí resulta hasta moral.

Lo que aburrido en el París soñado, alegre e interesante del mar para acá.

Un *cabotin* de la *foire de pain d'epice* se transforma con el viaje en un Máiquez o un Romea.

Cualquier grotesco, pornográfico y disparatado sainetón, encanto de *debauchés, rastaquoires* y *demi-vierges,* es el colmo de la suprema distinción y de la *crême.*

Claro está que aquí y en todas partes hay muchos que *distinguen* de comedias, como de corbatas y de santos, y saben poner los santos y las corbatas y las comedias en su punto.

Hablo del *snob-tipo,* de esa calamidad simiesca, entusiasta inconsciente de lo nuevo, por nuevo y no por bueno, que se cree un estímulo y es una rémora, que se tiene por un Brummel y es un *Isidro.*

Mi primo Tonito — ya murió el pobre — era uno de éstos.

No iba al teatro en todo el año — si se exceptúan los días de moda, *soirées fashionables* y demás solemnidades, "a ver quién había"; — pero en cuanto se anunciaba una novedad extranjera, ya estaba él allí de los primeritos.

Antes le faltaría a Tonito el *monocle* — que como no lo necesitaba, le era de necesidad imprescindible — que su abono a la compañía francesa, o portuguesa, o italiana o lo que fuera.

Naturalmente, no sabía italiano, ni francés, ni portugués — ni castellano, por supuesto, — y se enteraba de lo que sucedía en la escena como el negro del sermón.

Pero había imaginado, a pesar de ser tonto, una ingeniosa martingala para hacer buen papel — según decía el propio *interfecto.*

Como estaba tan bien relacionado en *la haute,* se acompañaba al teatro de un agregado a la Embajada del país de que procedían los cómicos, y se admiraba o se reía cuando se reía o se admiraba el otro. Vamos, que veía la comedia como los cómicos las hacen, con apuntador.

Una noche me presentó a su *cicerone.*

—¿Es usted — le dije — el agregado de turno que trae hoy mi primo?

—No, señor — me replicó afablemente el joven diplomático. — El agregado siempre es él.

Otra clase de *snobs* más nocivos y molestos son los que conocen las obras y entienden el idioma. Estos van siempre delante de los cómicos y del público, explican lo que va a ocurrir, traducen y comentan lo que ha ocurrido, *madrugan* y se ríen del chiste antes del chiste, y no dejan ver, ni oir, ni entender, ni vivir al de la butaca de al lado.

¡Si al menos fuesen tan eruditos en lo nuestro!...

Pero...

Ya Iriarte lo dijo:

Español que tal vez recitaría
quinientos versos de Boileau y el Tasso,
es posible que ignore todavía
en qué lengua los hizo Garcilaso.

Dibujo de Santana.





María del Carmen, Juan Andrés y Enrique Carril Urta



Catita Gómez





María Lilia Etchevest Zuviria

Era el 16 de Enero de 1817, en Mendoza, la de gloriosas tradiciones.

Un calor sofocante invitaba a la tradicional siesta, que daba a la capital el aspecto de ciudad dormida.

El General San Martin estaba terminando las últimas disposiciones de su gigantesca cruzada libertadora, casi fantástica, y las grandes fatigas de su vida de actividad imponderable, habian alterado seriamente su salud y padecia de un tenaz insomnio, según consta en la historia del prócer, escrita pór el General Mitre: « San Martin no dormia pensando en los inmensos y escarpados montes que tenia que atravesar su ejército».

El General, que habia velado toda la noche última finalizando hasta los más pequeños detalles concernientes a su próxima campaña, estaba descansando con un sueño ligero que el más leve ruido interrumpia.

Remedios acariciaba dulcemente la rizada cabellera de su hijita, quien de vez en cuando la besaba en silencio, convencida de que debia respetar la consigna de velar el sueño de su padre, evitando cuanto pudiera molestarlo.

De pronto se oyó el trote de un caballo que se detenia en la puerta de calle, siempre abierta, y luego un dialogo que fué tomando visos de altercado, entre el asistente que hacia la guardia con orden de no dejar entar a nadie.

Despertado el General, apareció en la puerta del dormitorio preguntando lo que ocurria. Ella fué a inquirir el incidente y regresó diciéndole con su dulce sonrisa:

— Es una viejecita que vino a caballo y trae un gran envoltorio que quiere entregarte personalmente.

— Que entre, — dijo él, mientras tomaba en sus brazos a la nena.

Un momento después, Remedios introducia a una vieja, pobremente vestida, trayendo con fatiga, sudorosa y sofocada el atado que depositó a los pies del militar, al que saludó con la clásica frase de:

— Dios lo guarde a su mercé, señor General, por muchos años. Es el caso, que dende que se corrió la noticia d'esta guerra que parece una pesadilla, pero lindoza al mesmo tiempo, yo, con m'hija, qu'es muda la pobrecita, nos pusimos de tarea a tejer esta frazada pa que se engüelva los pieses su mercé en la pasada e la Cordillera, onde hace tantísimo frio que al finao mi viejo se le chamuscaron las puntas de los deos en una ocasión. Porque si se le infrean a su mercé los pieses, le puede dar la *puna*, que es mala enfermedá, u cualquier otro mal pior (que Dios no permita); pero estando bien abrigao no hay cuidao nenguno, y la patrona puede estar sigura de que su mercé y los soldaos pasarán sobre las lomas de la montaña lo mesmo que las águilas. Güeno, anoche nos himos amanecido yo y la Juanita cardando la frazada que ha salio gruesa y peluda que da calor de sólo mirarla, mas que no ha quedao muy bonito el pintao de la guarda, por el apurón con que la himos tejio, y como somos lerdazas y el telar está más viejo que yo, su mercé dispensará los defectos, mirando sólo la güena intención...

San Martin y Remedios miraban alternativamente el donativo y la donante, verdaderamente emocionados.

— Mil gracias, excelente paisana; acepto su generoso regalo, y dé, en nuestro nombre, las gracias a su hija; — y sacando de su bolsillo dos monedas de plata, tal vez las únicas que poseia, se las alargó, diciéndole: — Acepte estas moneditas para que tomen mate en mi nombre.

La vieja se negó a recibirlas, diciéndole:

— Yo le aprecio la voluntá a su mercé, pero me daria pena pensar que se ha mezclao plata al regalito que le traiba y que ha sio hecho pensando todito el dia en sus mercedes... Si me dan permiso pa besarles las manos a los dos, me vié contentasa!

Ambos extendieron sus manos, y la pobre paisana, después de limpiarse la boca con el rebozo, las besó con unción, como algo sagrado, y se retiró.

La niñita, que habia contemplado en silencio la escena, dijo:

— Papasito, yo quiero que me bese a mi también la mano la viejecita, y darle dos naranjas para ella y su hija.

— Anda, hijita, y realiza tu buen deseo.

La nena presentó sus manitas a la paisana quien se las besó, con lágrimas en los ojos, y esperó.... Volvió la niña y entregó sus naranjas, encargándole que no se comiese las dos, pues una era para Juanita

Al salir la mujer, volviéndose hacia el General le dijo, con voz profunda, profética:

— Vea señor, esa frazada le trairá suerte porque está todita llena de bendiciones de una vieja que rogará toditos los dias a la Santisima Señora del Cármel, por su mercé y sus soldados.

— Asi lo espero, y hasta la vuelta — contestó el jefe.

Remedios, saliendo detrás de ella, la hizo aceptar yerba y azúcar para que tomaran mate en su nombre.

Y San Martin, al envolverse los pies en la gruesa manta, pensando en su esposa y su hijita, recordaba, emocionado y agradecido, el amor y la abnegación de aquellos habitantes que no habian omitido sacrificio alguno para ayudarle en los preparativos de la magna campaña que su mente genial habia concebido y que su férrea voluntad realizó en pro de la libertad de las naciones hermanas.

R. Puebla de Godoy.



Luis Alberto Muñoz Casterés



Carlos Pérez Gomar

Una excursión al Escorial en Aeroplano con S. A. el Infante Don Alfonso

EL que sufre el reglaje, goza el viaje. Esto, que debiera ser una máxima en todo aerodromo, por la sencilla a la vez que poderosa razón de que a mí me conviene, la puso en práctica el Infante don Alfonso, y Dios se lo pague.

Le había acompañado en dos pruebas de reglaje, y yo os aseguro que el ejercicio de temple espiritual que se hace yendo con él a estos ensayos, es muy sano.

Encabritamiento, picado, *sacacorchos*, todo continuadito y en su grado máximo. Hay que tener estómago de marino inglés, y aun así hacen los ojos chiribitas y llega un momento en que parece que tragamos una nuez entera. Y en tanto él, cuando el aparato está casi perpendicular al suelo, y vemos el surquito que nos ha de recoger en su seguro, se vuelve sonriente, y señalando con el brazo extendido el extremo del ala que gira sobre nuestras cabezas, dice:

—Vea, vea, ya no vibra más que aquel tensor.

Yo asiento con la cabeza y me quedo con deseos de contestarle: — Señor, yo también vibro una miajita.

Pero una vez pasadas estas pruebas, ya puede asegurarse que el aparato está como un diamante, que dicen los hebreos.

Y a la mañana siguiente, previa cesión del puesto por el teniente Olarte — ¡colmado sea de bendiciones!, — nos vamos al éter, orgulloso él de su aparato y yo aún más por acompañar al augusto piloto.

La tierra está tentadora, brilla la nieve en el Guadarrama, el motor ronca poderoso, ya no vibra ni el alambrito de la víspera; me señala la dirección de El Escorial; debo poner una cara de júbilo que le hace sonreir y enfila decidido la montaña. ¡Qué dicha volar en un día tranquilo, en un buen aeroplano y con un gran piloto!

Abajo van pasando: Retamares; a la izquierda queda Villaviciosa, que tantas veces he visitado; el monte de Boadilla, que salpica la tierra de puntos verdes, tierras de labor. Hacia Madrid y en toda la cuenca del Manzanares, una gasa blanca cubre la tierra. Viajamos a 900 metros, demasiado bajos; los pueblecillos muestran sus sencillas piazas y producen sensación de égloga. Como en aero la conversación es algo difícil por el ruido del motor, hablamos poco y me dedico al monólogo.

Iba ensimismado, a la vez que gozaba de la visión del paisaje, sin preocuparme de otra cosa sino de que aquella nubecilla circular que forma la hélice siguiera redondita y transparente, cuando una sacudida algo violenta distrajo mis pensamientos.

Llegábamos a la Sierra; el río Guadarrama corre por unos barrancos profundos y el terreno comienza a ponerse hosco. Pienso que un aterrizaje allí sería a propósito para dedicarse después a la venta de astillas, y vuelvo a mis banales pensamientos; pero un meneo más fuerte me indigna un poco.

—¡Bah! serán los *gnomos* del Escorial; ¿pero qué importan los *gnomos* llevando un Mercedes? — digo jugando puniblemente el vocablo.

El Escorial está a nuestra vista. Los montes de Siete Picos, La Maliciosa, reverberan al sol. El espectáculo es soberbio.

Un tercer meneote más fuerte hace casi patine a S. A. el volante que antes llevaba confiadamente con una mano.

A partir de allí el camino se hace insoportable; los meneos se suceden rápidos y bruscos; cada vez más intensos. Las corrientes encontradas de la Sierra nos zarandean como a un papelito. Tan pronto sentimos levantarnos de golpe como descendemos, de proa, a veces de un costado, otras del otro.

Su Alteza, que no corrige nunca, sino que deja que por sí solo el aparato se restablezca, mueve el volante y los pies. Yo le diría de muy buena gana. ¡Rumbo a casa! pero conozco el temple de su alma y confío en él.

El Escorial está muy cerca. Unos minutos más y estaremos sobre él, pero ¡qué minutos!

Ya distinguía perfectamente los detalles del Monasterio, disparé mi máquina, y rapidísimamente hube de agarrarme al cinturón de Su Alteza con una mano, mientras con la otra oprimía contra el pecho mi cámara, porque me ví fuera del aparato. El meneote fué brutal. S. A. volvió el rostro indicándome que aquello estaba imposible, y ví gozoso que viraba.

Proa a Cuatro Vientos ya, sufrimos como si nos dieran dos puntapiés para echarnos de El Escorial, y a los tres minutos la calma se restablecía completamente.

¡Qué felicidad volar en medio de ella!

A la hora tomábamos tierra en el Aerodromo, y por todo comentario S. A. me dice al desmontarnos:

—¡Hemos tenido un viaje un poco duro!

Y yo, que aunque me esté mal el decirlo, estoy algo acostumbrado a las fatiguillas aéreas, me quedo estupefacto repitiendo la frase de Cúchares:

—*¿Qué quedrá?*







TEAM JOCKEY CLUB

Ricardo Gómez — Benjamín Capurro — Carlos Riviere — Carlos Zumarán
Ricardo Zumarán Gualberto Rodríguez Larreta — Carlos Rodríguez Larreta
Jorge Maschwitz — Arturo Alvarez Mouliá — Fernando de la Sierra — Jorge Barbat

UN PARTIDO FAMOSO

Fué un partido "formidable". Algo que dejará recuerdos imperecederos.

Los dos teams se portaron heróicamente.

Se luchó con bravura, con arrojo, sin miedos y sin tachas. Todos Caballeros Bayardos.

Un grupo selectísimo de concurrentes, en el que predominó el elemento femenino, fué un entusiasta coreador de las proezas realizadas por los jugadores.

No puede decirse que alguno de los jugadores estuvo flojo.

¿Para qué?

Todos estuvieron colosales y el entusiasmo del público estuvo a punto de desbordarse en diferentes ocasiones.

Dió el Kik el Ministro de Instrucción Pública Doctor Don Rodolfo Mezzera.

Y a los 18 minutos de iniciado el partido Barbat hizo el primer goal.

Hubo incidencias de todo calibre y el triunfo correspondió, al team del Jockey Club.



TEAM CÍRCULO DE TENNIS

Rodolfo Sarda — Enrique Real de Azua — Eduardo Castro — Joaquín Serratosa
Mario Pascual — Allen Crocker — Sidney Buck · Enrique Lasala — Doroteo Williman
Juan José Arteaga — Juan Carlos Da Silva

Talleres A. BARREIRO Y RAMOS — Montevideo



Doña Juana Silva de Vidal

SELECTA

Actuante en la época más esplendente de la Independencia y de la organización nacional, fué una de las matronas que descolló con más acentuados prestigios en la sociedad de entonces. A su entusiasmo, que no tuvo jamás desfallecimientos, a su bondad ilimitada, se debe en gran parte la fundación de la Sociedad de Damas de Beneficencia Pública, institución que fué la salvaguarda de todos los hogares humildes. En los salones brilló con toda la magestad de sus prendas físicas y morales. Vinculada su vida a la del esclarecido facultativo don Antonino





LA

NUEVA SIRENA

Ha recibido las
últimas novedades para

Primavera y Verano

Modelos exclusivos
en
Trajes
y Sombreros

Modelos exclusivos
en
Trajes
y Sombreros

C. Pfeiff & Cía.

Bartolomé Mitre y Sarandí

MONTEVIDEO

AÑO I — NÚM. 8

MONTEVIDEO, DICIEMBRE DE 1917.

OFICINAS: CIUDADELA, 1387.



DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZON

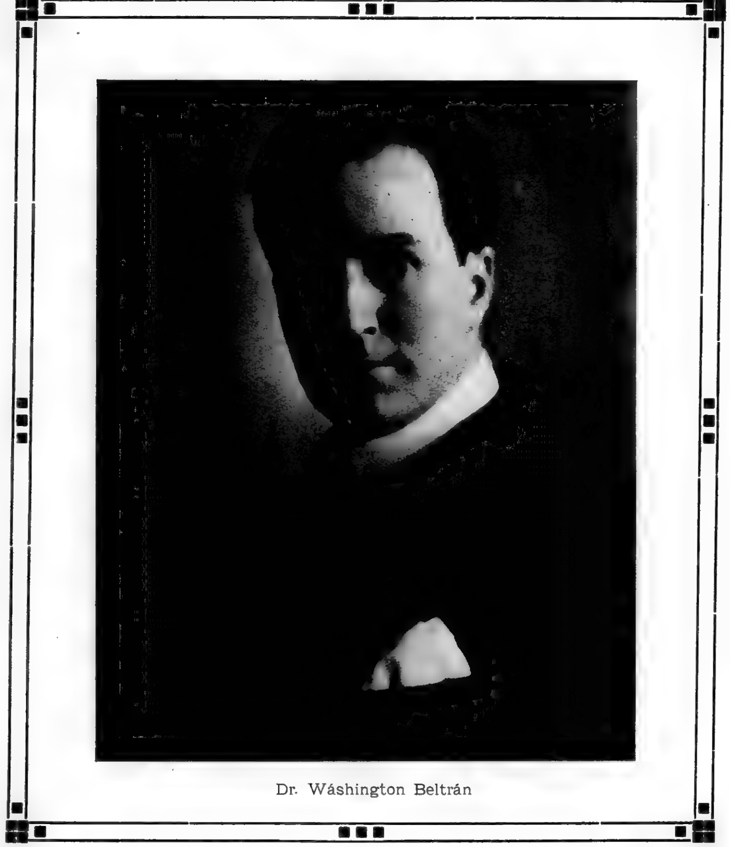
Después
de la
Misa de Gallo

La Navidad de nuestras abuelas

Copia de un grabado de la época.

LA BANDERA DEL PRECURSOR

Discurso pronunciado en el
"Teatro Solís",
en el primer centenario
de la Bandera de Artigas
(Año 1915)



Dr. Wáshington Beltrán

Señoras: señores:

Permita el cielo que mi voz vibre esta noche con sonoridades de bronce; que escale alto el pensamiento y el corazón se agite estremecido por la grandeza de este día meridiano; que haya una armonía perfecta entre mi palabra interpretativa y el sentimiento que adivino en el sugestivo fulgor de vuestros ojos: necesito esa inspiración purísima para hablaros de la bandera de Artigas en la hora de su primer centenario, porque esa bandera es la Igualdad, la Democracia, la República, el Derecho, pero por encima de todo, más alto que todo, esa bandera es la patria misma: la patria sin guerra civil, hermanados todos los orientales en la misma aspiración de vida soberana; la patria donde se guardan cenizas de muertos queridos y se mecen las cunas que anuncian la aurora de una vida nueva... la patria donde el cielo es más azul, el aire más puro, los prados más verdes, más cristalinas las aguas, la raza más altiva, las doncellas más bellas, las esposas más puras, las madres que saben predicar con más altura la suprema religión del sacrificio.

A la manera como los padres sienten predilección y centuplican su ternura para el hijo que más ha experimentado la adversidad y el contraste, los pueblos colocan en la preferencia de sus grandes amores todos aquellos símbolos que encarnan altos ideales y que recuerdan a la vez, lágrimas y sacrificios, infortunios y dolores. Sarmiento, en su bella oración a la bandera — la nota más alta de elocuencia del genial escritor — nos describe el espectáculo que presenció en Norte - América, donde desfilan doscientos mil soldados, en "un torrente de hombres, hierro, acero y bronce". Cada regimiento lleva su bandera y toda vez que la multitud advierte el símbolo nacional, aplaude frenética: mas de pronto, custodiada por treinta y seis soldados — resto de todo un regimiento — aparece "una percha, una vara llena de sablazos, con la moharra mellada y rota, pero gloriosa como ninguna" y ante esa asta que tiene un girón de bandera, descolorido por la lluvia y el sol, manchado por el humo de la pólvora, salpicado de sangre, despedazado en el combate, el pueblo entero prorrumpe en llanto, recordando el campo de Guesburg, donde cuarenta mil americanos han dado su vida por la patria.

Hoy, al ver a Montevideo embanderado con el pabellón de Artigas, más de un patriota habrá sentido también, como el pueblo de Wáshington en la ocasión referida por Sarmiento, los ojos nublados por alguna lágrima pronta a rodar. Esa bandera que la América entera debe venerar como la única bandera del republicanismo puro, es la gran calumniada de la historia: primera en la gloria, pero también, primera en el infortunio. Hay blanco y azul de cielo en sus franjas, que sólo la grandeza de un firmamento que no tiene fin puede simbolizar la ilimitada grandeza de esa enseña... hay, en esa roja diagonal, sangre de martirio sudada por Artigas: ese martirio con que la humanidad flagela a sus grandes benefactores, llámense Galileo, condenado a ceguera por su mirar profundo en el espacio, o la cicuta de Sócrates o los grillos que oprimen a Colón, o el puñal que ultima a Lincoln y por encima de todo, el madero que atormenta a Jesús; martirio que convierte la vida de Artigas en un eterno calvario, en los dolores del éxodo, en los cuatro años de la invasión portuguesa, donde de sesenta mil habitantes entre hombres y mujeres y niños que componen la población de nuestra patria, diez mil muertos, diez mil anónimos, que han quedado en las hondonadas y valles, en la calvicie de los cerros, oscuros, ignorados, sin cruces ni plegarias, sin tumba ni féretros, "sin tañido ni recuerdo"... martirio que se acrecienta a todos los instantes, cuando se le daclara fuera de la ley, a precio su cabeza, aquella cabeza genial, caucásica, de óvalo perfecto, de ojos azules llenos de ternura y de relámpagos, nariz de águila, enérgico el mentón, recio el perfil, las comisuras de la boca contraídas en un recogimiento meditativo, frente alta como si de ella fuera a brotar un mundo; martirio que lo acentúa la traición, luego la calumnia a través de la historia y esos treinta años enterrado vivo en aquel sepulcro del Paraguay donde Gaspar Francia como una limosna, le da amparo, sin pensar que en el correr del tiempo, como dijera un poeta aludiendo a un exilado gigante, Artigas le otorgaría al dictador la suprema limosna de hacerlo inmortal por haber dado asilo a su gloriosa grandeza sin mancilla.

Cuenta una leyenda sentimental cantada por la musa inspirada de Heine, cómo en cierta comarca de la tierra surgió la vida ante el magno sacrificio y el canto dominador de un ruiseñor. El cielo estaba muy azul, poblado de nubes blancas, inmóviles y tersas. El ave, en un supremo anhelo de sacrificio, con el pico se abrió herida, extensa y penetrante, en medio del pecho. A la manera como brota el agua de potente surtidor, la sangre de la herida corrió abundante. Manchó de rojo la tierra, pero se vió, al breve tiempo, en la mancha roja, transformarse la sangre en un rosal. Al venir la aurora del nuevo día, la planta apareció cubierta de rosas, de rosas encarnadas como llamaradas de incendio. La voz del ave de la leyenda hendió el espacio y ante sus trinos, vinieron pájaros de todos los contornos, porque esa voz era un mensaje de abnegación, de concordia y de amor, al mismo tiempo que brotaban lirios azules, violas y alelíes, olivos y castaños, almendros en flor: pero los trinos del ave deberían vibrar en todos los instantes, bajo el sol radiante como en la noche inquieta y misteriosa, porque si esa voz se apagara y tornase el silencio, doquiera reinaría la muerte: las flores, marchitadas, perderían su fragancia, el nido su calor, el césped su verde y los árboles rodarían por tierra como encina fulminada por el rayo.

Como en la leyenda podría decirse que Artigas se hizo una herida profunda en pleno corazón al abandonar para siempre el suelo nativo, en un renunciamiento que no conoce precedente en la historia; como en la leyenda era menester la voz del ave en todos los instantes para que reinara la vida, así también aquí, necesitamos que la voz de la tradición artiguista vibre en todos los momentos, porque el día que esa tradición, que a todos nos une, de tenaz resistencia al invasor y de porfiada defensa de nuestros fueros, se borrase del corazón de los orientales, podríamos estar seguros que en nuestra patria reinaría la noche, la noche sin aurora de los pueblos que pierden su independencia para convertirse en vasallos o esclavos de extrañas soberanías.

Vosotros conocéis, señores, el sueño genial de Bolívar: renovando la vieja fórmula de los griegos que tuvieron sus anfictionías en Delfos, creyó que del golfo de Méjico a los mares que protege la cruz del Sur, el continente todo podría congregarse en una gran confederación americana. Acaso no hay que desesperar del sueño gigantesco del Libertador. No sabemos ante esta formidable catástrofe europea, si estamos frente a la tumba de un mundo que se va, frente a la cuna de un mundo que nace, pero no será difícil que al correr de los lustros venideros, en suprema armonía de fraternidad y de amor, se convierta en realidad la noble quimera de Bolívar: entonces, señores, la confederación izará como enseña de América la bandera de Artigas: la única en el Continente que simboliza la República, que no juró adhesión a Fernando VII, ni pensó con Belgrano y San Martín en la testa de coronado príncipe, ni habló con el lenguaje de Bolívar del consulado vitalicio: enseña de los altivos, de los oprimidos, de los libres, ante la cual la Democracia americana ha de descubrirse diciendo en hora de reparación histórica que pronto llegará: ¡ Salud, bandera de Artigas! ¡ Salud, inmaculada bandera de República! ¡ Salud, señora de los inmortales destinos!

He dicho.

Wáshington Beltrán.



Da. Enriqueta Latorre de Costa.

Por sus virtudes, por su clara inteligencia, por la autoridad social que inviste, Doña Enriqueta Latorre de Costa ha impuesto en su respetabilísimo hogar todas las exquisiteces y todas las noblezas que constituyen su más preciado blasón, y que sus hijos han recogido y conservado como invalorable herencia. Matrona de altos prestigios, ejemplo de bondad, fué la compañera del gran estadista Dr. Angel Floro Costa, y es hoy una figura altamente representativa de nuestra más culta socied. d.



En el comedor del palacio, bebiendo una copa de champagne por los dueños de casa y el éxito de la fiesta. — Señoras de Henderson Back, Lamme, Norton, señoritas Alvarez Mouliá y Hunié, Ministros Baltasar Brun y A. Mitchell Innes y señores Henderson, Hughes y Garzón.

En el Parque Henderson



FUE una fiesta de tan novedosa brillantez, que ella ha de quedar en el recuerdo de todos los que tuvieron la dicha de asistir y será evocada siempre como uno de los más soberbios esfuerzos individuales en pro de una idea altamente benéfica.

La distinguida señora doña Beatriz de Henderson merece los más calurosos plácemes. Fué su propósito organizar una fiesta excepcional y en verdad que lo consiguió plenamente.

En su magnífico parque ubicado en la calle Lucas Obes el festival se desarrolló con un derroche de buen gusto. La decoración no pudo ser elegida con más acierto: el parque es una verdadera maravilla; el boscaje algo encantador y las flores en abundancia que se diría ilimitada, impregnaban el ambiente de todos los más delicados perfumes.

Momento en que el Exmo. Sr. Ministro de Inglaterra abrió el acto con un breve discurso, que fué entusiastamente aplaudido. Podean al Sr. Mitchell Innes, nuestro Canciller y miembros del Comité de Honor.

¿Cómo no resultar una fiesta estupenda, la que en tan encantador escenario se realizara?

La señora de Henderson y la Comisión de Damas que tuvo a su cargo la completa organización de la Kermese al aire libre, no se dió punto de reposo en su labor y así el más resonante triunfo coronó todos sus afanes nobilísimos.

Lo producido por esa magnífica fiesta se destinó, demostrando con ello un ecuánime criterio y un noble deseo de hacer el bien sin limitaciones, a la Sociedad Cristóbal Colón, a la Sociedad San Vicente de Paul, a los pobres de Villa Muñoz y a la Cruz Roja Británica.

La Comisión de Honor y la Comisión Ejecutiva estaban compuestas por un núcleo de distinguidísimas damas, que con sus prestigios sociales aseguraron a la Kermese el más resonante éxito. Todas esas damas tienen en su haber honroso muchas y muy importantes obras de caridad, pero esta Kermese pone en sus merecimientos un verdadero galardón.

Jamás en Montevideo se ha visto una afluencia tal de concurrencia, en una residencia particular. Desde la dama más altamente colocada en sociedad, hasta la más humilde. En una simpática afirmación democrática, todos (los potentados como los modestos), contribuyeron a la obra benéfica con una generosidad admirable.

La Kermesse se prolongó por varios días y siempre con una concurrencia que sobrepasó los cálculos más optimistas.

En la magnífica residencia se habían instalado diversos kioscos, un tinglado bellamente decorado y diversidad de entretenimientos.

Y fué realmente encantadora la vista de aquellos kioscos, donde núcleos de bellas y distinguidas señoritas, vistiendo trajes característicos, vendían con una gracia atrayente y una exquisita amabilidad, los objetos de arte y fantasía que se habían reco-

Uno de los kioscos de venta — Señoras: Platero de Wilson, Mañé de Hughes, Pereira de Pietracaprina, Boffil de Lasala, Back de Cooper, y señoritas: Margarita Benzano, Celina Costa, Esther Alvarez Mouliá, Marieta Morquio.

lectado con ese objeto, superando las donaciones, todas las más risueñas esperanzas.

El Excmo. señor Ministro de Inglaterra, Mr. Mitchell Innes, al iniciarse la fiesta dirigió, desde el escenario construído en medio de la fronda, unas elocuentes palabras a la concurrencia. Fué el discurso de apertura. Las frases del señor Ministro, de justo elogio a la labor realizada por las Comisiones de Damas, y de admiración por la belleza de la fiesta, fueron recibidas con grandes aplausos por la concurrencia.

En el momento que el diplomático británico dirigió la palabra a los presentes, estaba acompañado en el palco, por el Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Baltasar Brum y por la Comisión de Honor.

Inmediatamente de inaugurada la fiesta en forma tan solemne, la concurrencia se dispersó por el soberbio parque, agolpándose en los kioscos, donde las hermosas vendedoras comenzaron su tarea. La venta adquirió proporciones inusitadas, aunque no fué eso de extrañar, pues se llevaron a la subasta objetos de gran valor y muchos de importancia artística.

Pocos momentos después de iniciadas y cuando las dos mil personas asistentes a la Kermesse se entregaban al placer de la permanencia en el hermoso parque, el comedor de la regia mansión de la señora Henderson se abrió para dar entrada a un reducido número de invitados, los cuales fueron gentilmente obsequiados con una copa de champagne. Estaban presentes en ese instante el señor Ministro de Inglaterra, el señor Ministro de Relaciones Exteriores, los señores de Henderson y algunas damas y caballeros.

Y mientras en el salón - comedor se felicitaba calurosamente a la dueña de la espléndida residencia por la soberbia fiesta organizada y ofrecida a nuestra sociedad, en el parque la concurrencia realizaba la más eficiente obra de caridad contribuyendo con su óbolo al reclamo de las distinguidas señoras que constituían la Comisión Organizadora.

Las damas, gentilísimas, lucían sus toilettes de colores claros, llenando los jardines con la elegancia y coquetería que las hace tan seductoras.

Y todos, agradecidos a los deleites que proporcionó la interesantísima fiesta, única en los fastos sociales de estos últimos tiempos, permanecieron en el amable ambiente hasta muy entrada la noche.

Durante los días en que funcionó la Kermesse, la afluencia de público fué siempre muy grande, excepcional, y de esa suerte el resultado obtenido, y que se entregó a las instituciones de beneficencia antes nombradas, fué muy importante y muy halagador.

Nosotros unimos a las fecilitaciones calurosas y elocuentes que los señores de Henderson recibieron, por su nobilísimo y espléndido gesto caritativo al ceder su gran parque para la realización del festival, nuestras felicitaciones más sinceras, convencidos de que nada es más justo que este homenaje tributado a personas de tan elevados sentimientos.



El público frente al tinglado oyendo los cantos y presenciando los bailes que constituyeron el atrayente programa.



En el comedor del palacio, bebiendo una copa de champagne por los dueños de casa y el éxito de la fiesta. — Señoras de Henderson Back, Lamme, Norton, señoritas Alvarez Mouliá y Hunié, Ministros Baltasar Brun y A. Mitchell Innes y señores Henderson, Hughes y Garzón.

En el Parque Henderson

FUÉ una fiesta de tan novedosa brillantez, que ella ha de quedar en el re[illegible] en la [illegible] asistir y será evocada siempre como [illegible] esfuerzos individuales en pro de una idea altamente bene[illegible]

La distinguida señora doña Beatriz de Henderson merece los más calurosos plácemes. Fué su propósito organizar una fiesta excepcional y en verdad que lo consiguió plenamente.

En su magnífico parque ubicado en la calle Lucas Obes el festival se desarrolló con un derroche de buen gusto. La decoración no pudo ser elegida con más acierto: el parque es una verdadera maravilla; el boscaje algo encantador y las flores en abundancia que se diría ilimitada, impregnaban el ambiente de todos los más delicados perfumes.

¿Cómo no resultar una fiesta estupenda, la que en tan encantador escenario se realizara?

La señora de Henderson y la Comisión de Damas que tuvo a su cargo la completa organización de la Kermese al aire libre, no se dió punto de reposo en su labor y así el más resonante triunfo coronó todos sus afanes nobilísimos.

Lo producido por esa magnífica fiesta se destinó, demostrando con ello un ecuánime criterio y un noble deseo de hacer el bien sin limitaciones, a la Sociedad Cristóbal Colón, a la Sociedad San Vicente de Paul, a los pobres de Villa Muñoz y a la Cruz Roja Británica.

La Comisión de Honor y la Comisión Ejecutiva estaban compuestas por un núcleo de distinguidísimas damas, que con sus prestigios sociales aseguraron a la Kermese el más resonante éxito. Todas esas damas tienen en su haber honroso muchas y muy importantes obras de caridad, pero esta Kermese pone en sus merecimientos un verdadero galardón.

Jamás en Montevideo se ha visto una afluencia tal de concurrencia, en una residencia particular. Desde la dama más altamente colocada en sociedad, hasta la más humilde. En una simpática afirmación democrática, todos (los potentados como los modestos), contribuyeron a la obra benéfica con una generosidad admirable.

La Kermesse se prolongó por varios días y siempre con una concurrencia que sobrepasó los cálculos más optimistas.

En la magnífica residencia se habían instalado diversos kioscos, un tinglado bellamente decorado y diversidad de entretenimientos.

Y fué realmente encantadora la vista de aquellos kioscos, donde núcleos de bellas y distinguidas señoritas, vistiendo trajes característicos, vendían con una gracia atrayente y una exquisita amabilidad, los objetos de arte y fantasía que se habían reco

Momento en que el Exmo. Sr. Ministro de Inglaterra abrió el acto con un breve discurso, que fué entusiastamente aplaudido. Rodean al Sr. Mitchell Innes, nuestro Canciller y miembros del Comité de Honor.



Uno de los kioscos de venta — Señoras: Platero de Wilson, Mañé de Hughes, Pereira de Pietracaprina, Boffil de Lasala, Back de Cooper, y señoritas: Margarita Benzano, Celina Costa, Esther Alvarez Moulià, Marieta Morquio.

lectado con ese objeto, superando las donaciones, todas las más risueñas esperanzas.

El Excmo. señor Ministro de Inglaterra, Mr. Mitchell Innes, al iniciarse la fiesta dirigió, desde el escenario construido en medio de la fronda, unas elocuentes palabras a la concurrencia. Fué el discurso de apertura. Las frases del señor Ministro, de justo elogio a la labor realizada por las Comisiones de Damas, y de admiración por la belleza de la fiesta, fueron recibidas con grandes aplausos por la concurrencia.

En el momento que el diplomático británico dirigió la palabra a los presentes, estaba acompañado en el palco, por el Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores, doctor Baltasar Brum y por la Comisión de Honor.

Inmediatamente de inaugurada la fiesta en forma tan solemne, la concurrencia se dispersó por el soberbio parque, agolpándose en los kioscos, donde las hermosas vendedoras comenzaron su tarea. La venta adquirió proporciones inusitadas, aunque no fué eso de extrañar, pues se llevaron a la subasta objetos de gran valor y muchos de importancia artística.

Pocos momentos después de iniciadas y cuando las dos mil personas asistentes a la Kermesse se entregaban al placer de la permanencia en el hermoso parque, el comedor de la regia mansión de la señora Henderson se abrió para dar entrada a un reducido número de invitados, los cuales fueron gentilmente obsequiados con una copa de champagne. Estaban presentes en ese instante el señor Ministro de Inglaterra, el señor Ministro de Relaciones Exteriores, los señores de Henderson y algunas damas y caballeros.

Y mientras en el salón-comedor se felicitaba calurosamente a la dueña de la espléndida residencia por la soberbia fiesta organizada y ofrecida a nuestra sociedad, en el parque la concurrencia realizaba la más eficiente obra de caridad contribuyendo con su óbolo al reclamo de las distinguidas señoras que constituían la Comisión Organizadora.

Las damas, gentilísimas, lucían sus toilettes de colores claros, llenando los jardines con la elegancia y coquetería que las hace tan seductoras.

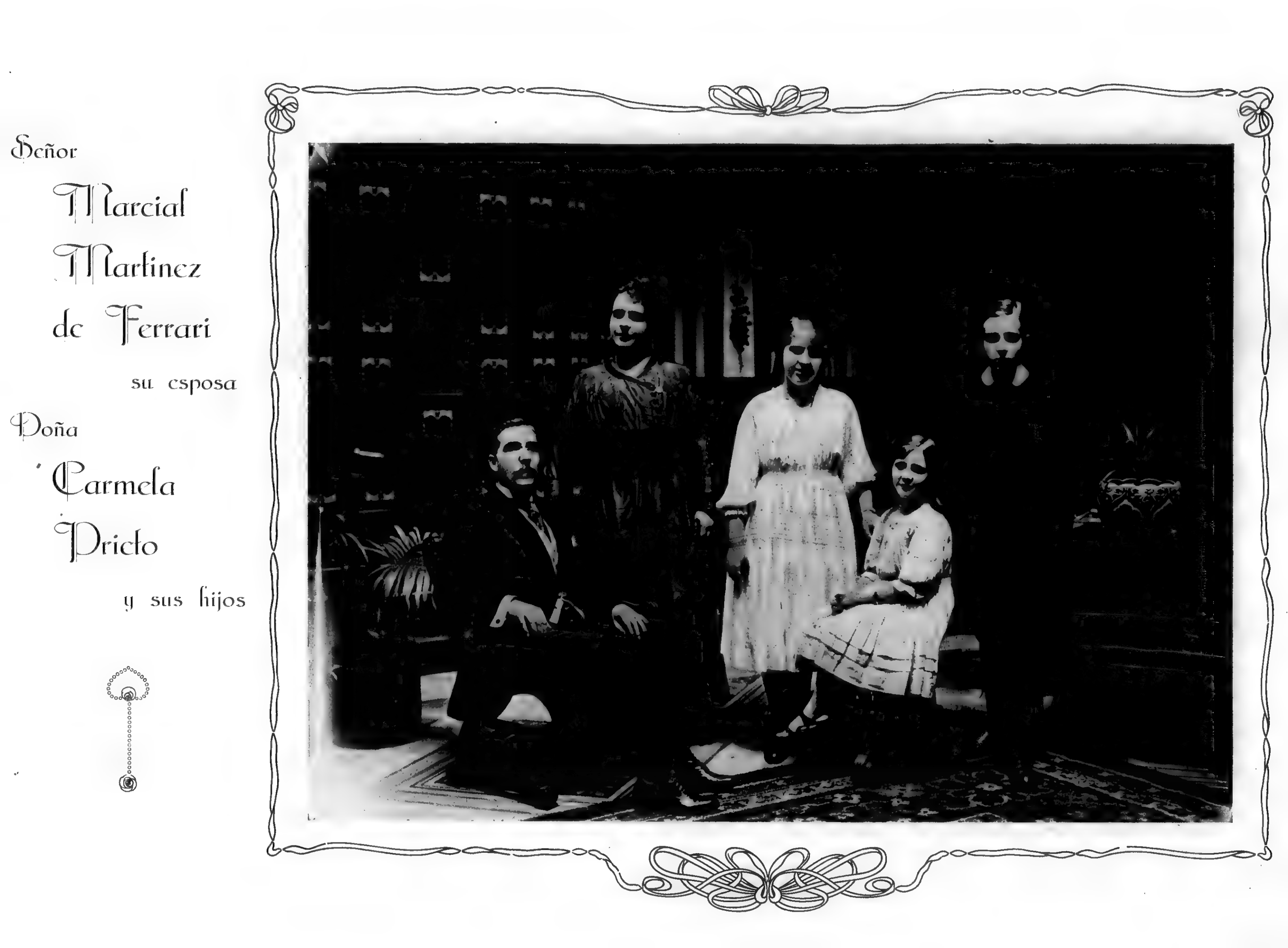
Y todos, agradecidos a los deleites que proporcionó la interesantísima fiesta, única en los fastos sociales de estos últimos tiempos, permanecieron en el amable ambiente hasta muy entrada la noche.

Durante los días en que funcionó la Kermesse, la afluencia de público fué [illegible] muy grande, excepcional, y de esa suerte el resultado obtenido, y que se entregó a las instituciones de beneficencia antes nombradas, fué muy importante [illegible] halagador.

Nosotros unimos a las felicitaciones [illegible] rosas y elocuentes que los señores de Henderson recibieron, por su nobilísimo y [illegible] gesto caritativo [illegible] su gran parque para la realización de [illegible] nuestras felicitaciones más sinceras, [illegible] de que nada es más justo [illegible] homenaje tributado a personas [illegible] sentimientos.



El público frente al tinglado oyendo los cantos y presenciando los bailes que constituyeron el atrayente programa.



Señor
Marcial
Martinez
de Ferrari
su esposa
Doña
Carmela
Prieto
y sus hijos



Señoras: Prieto de Martínez, Marquesa Maestri Molinari, Madame Ketels, Señora Estrada de Estrada, Señora Lerena de Yéreguy, Señora Pringles de Abente Haedo. Señoritas de Vidiella y Azevedo. Señores: Marcial Martínez de Ferrari, Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Baltasar Brum, Plenipotenciario de la Argentina Señor Carlos de Estrada, Plenipotenciario del Brasil Señor Cyro de Azevedo. Plenipotenciario de España Señor Silvio Fernández Vallín y Alonso, Plenipotenciario de Inglaterra Señor Alfredo Mitchell Ines, Plenipotenciario de Italia Marques Maestri Molinari, Encargado de Negocios de Cuba Señor José María Solano, Encargado de Negocios de Bélgica Señor Enrique Ketels, Encargado de Negocios del Paraguay Señor Luis Abente Haedo, Ministro del Interior Dr. Pablo Varzi, Ministro de Hacienda Don Federico Vidiella, Ministro de Instrucción Pública Dr. Rodolfo Mezzera, Introductor de Diplomáticos D. Fermín Carlosde Yéreguy, Secretario de la Presidencia de la República D. Arturo Brizuela, Doctores Juan Antonio Buero, Enrique Buero. Edmundo del Castillo, Matías Alonso Criado y Señor Pablo Minelli (hijo).

Homenaje a los esposos Martínez-Prieto



NUESTRA sociedad testimonió su afecto intenso y su galantería exquisita al ofrecer al señor Marcial Martínez, ex-Ministro de Chile en nuestro país y a su distinguida esposa, doña Carmela Prieto, una serie de suntuosos homenajes, aprovechando su breve pasaje de despedida por nuestra capital.

La gentilísima señora Celia Alvarez de Amézaga presidió la Comisión de Damas que tuvo a su cargo la organización del te danzante que se ofreció a los esposos Martínez-Prieto en los salones del Club Uruguay.

Fué la fiesta deliciosa, una brillante exteriorización de las hondas simpatías que conquistaron los homenajeados en nuestra sociedad, en los años que el caballero don Marcial Martínez representó en el Uruguay a la gloriosa República de Chile. Al reunirse todo nuestro gran mundo en los salones del Club Uruguay, donde la fiesta alcanzó un brillo singular, no hizo otra cosa que retribuir, en forma galana, todas las atenciones, delicadezas y afectos que los esposos Ferrari-Prieto tuvieron para con la sociedad montevideana en su larga estadía entre nosotros.

De esta suerte, no pudo extrañar a nadie, que a tan ilustres huéspedes, se les ofrecieron en pleitesía, comidas, tes, saraos, etc., y como coronamiento admirable a esas atenciones delicadísimas, la reunión en el Club Uruguay, cuyo éxito fué de tal magnitud que ha de ser recordado en mucho tiempo con verdadera admiración.

El día de la recepción, a las 5 y 30 los homenajeados hacían su entrada en el gran salón del Club. La señora Alvarez de Amézaga, en compañía de su esposo, el doctor Juan José de Amézaga, aguardaba a los esposos Martínez-Prieto, en el hall de nuestra aristocrática institución, para rendirles afectuosa acogida. Rodeados por un selecto número de sus íntimos los obsequiados hicieron su entrada al Club.

Iniciada así la recepción, las horas transcurrieron velozmente en aquel ambiente de refinada elegancia y de verdadera distinción.

Una orquesta ejecutó las piezas de baile más en boga y los entusiastas por la danza aprovecharon la atrayente circunstancia entregándose a los amables y elegantes giros, con verdadera pasión.

A las 7 se pasó al gran salón-comedor, donde un soberbio lunch fué servido. Allí pudimos admirar en toda su brillantez soberana a la concurrencia que dió a esa reunión tan alta importancia social.

Desfilan atrayendo las miradas todas, subyugando con la esbeltez de sus siluetas impecables, extasiando con la riqueza y buen gusto de sus toilettes las señoras y señoritas que dan extraordinario relieve mundano a la recepción.

Y así veo pasar ante mí, y obligándome a rendir en admiración todos mis sentimientos: a la señora Margarita Uriarte de Herrera, sencilla, aristocrática, con la serenidad majestuosa de una soberana; a la señora Celia Alvarez de Amézaga, que ofreció el admirable contraste de su toilette negra, de su sombrero negro, de su echarpe del mismo color, con la blancura de su rostro, marfil maravilloso, donde se reunen todas las delicadezas de la línea; a la señora María Mercedes Cibils de Castellanos, reina entre tantas reinas de belleza y de elegancia, dominadora como una sultana, en cuyos rasgados ojos negros reposan todas las expresiones tempestuosas del afecto. Encerraba el ébano de sus cabellos un sombrero de plumas blancas y conservamos en la retina el encanto de su imagen sorprendida mientras que con admirable elegancia saludaba a unas personas de su relación y sonreía mostrando dos hilos de perlas tras de sus labios; a la señora Elisa Rodríguez Larreta de Estrázulas de una elegancia modernísima, parisina, selecta; a la señora Rosina Pérez Butler de Blanco Acevedo, que envuelta en un traje color rosa, era la encarnación de un símbolo de poeta; a la señora Margarita Brunel de Barreiro, cuya suprema elegancia destacaba aun más la distinción impecable de su silueta; a la señora María Angélica Platero de Wilson, de gallarda arrogancia, dominadora, espléndida con su toilette correctísima, adornado su corsage con varios hilos de perlas, altamente chic.

Y haciendo un esfuerzo y poniendo a prueba el poder de mi impresionabilidad, recuerdo aún a las señoritas: Plácida Villegas Suárez, Margarita Idiarte Borda Platero, María Magdalena Villegas Márquez, Margarita Cat Alvarez, Amelia Márquez Vaeza, Mercedes Arocena Folle, Martha Iglesias Castellanos, Ernestina Muñoz Oribe, María Elena Wilson, Margarita Saavedra, Marieta Morquio, María Luisa Díaz Fournier, Isabel O' Brien, Esther Altamirano Villarnovo, Corina Seré Rücker, Sara Torres Cabrera, Orfilia Solari, Esperanza Basáñez, Paulina Algorta Camuso, Amelia Burmester, Julieta Spangemberg, Virginia Michelerena, Elvira Zorrilla de San Martín, Silvia Victorica, Laura Wilson Castellanos, María Teresa Piaggio Garzón, Zulema Giuffra, Blanca Gorlero, Mercedes Castells Carafí, Silvia Acevedo Braga, Ema Figari Castro, Adelina Pérez Montero y María Angélica Montero Bustamante.

¿Habéis alguna vez imaginado un jardín maravilloso, jardín de hadas, de ensueño, jardín versallesco, jardín donde las flores tuvieran rostros de belleza divinal, de tersura alabastrina, de tonalidades semejantes a los arreboles más delicados y más tenues en un tramonto excepcional? ¿Habéis imaginado, repito, un jardín de leyenda oriental, que no soñara Semiramis, ni Príncipe moro, ni Kedive suntuoso, ni Rajah fantástico? Pues un jardín así, parecióme ese grupo de niñas distinguidísimas, cuyos nombres mi memoria ha guardado como un tesoro. La coloración admirable de los rostros de unas, el perfume espiritual de otras, la elegancia impecable de todas, la gracia encantadora de éstas, la coquetería, el donaire de aquéllas, las hacía, ¡oh!, sí, flores de maravillosa belleza, que adornaron los salones del Club Uruguay como pocas veces lo he visto, y fueron la más estupenda guirnalda que pudo idearse para el homenaje a los ilustres huéspedes: el diplomático chileno y su esposa, cuyo recuerdo ha de perdurar en nuestra sociedad con toda la intensidad de la cortesía, cultura y bondad que originaron tan señalada ofrenda.

Cyrano.



Banquete ofrecido por el Excmo. Señor Ministro de Relaciones Exteriores a los esposos Martínez-Prieto

Señor

Marcial

Martinez

de Ferrari

su esposa

Doña

Carmela

Prieto

y sus hijos



Señoras: Prieto de Martínez, Marquesa Maestri Molinari, Madame Ketels, Señora Estrada de Estrada, Señora Lerena de Yereguy, Señora Pringles de Abente Haedo. Señoritas de Velhelli y Azevedo. Señores: Marcial Martínez de Ferrari, Ministro de Relaciones Exteriores Dr. Baltasar Brum, Plenipotenciario de la Argentina Señor Carlos [illegible], Plenipotenciario del Brasil Señor Cyro de A[illegible], [illegible] Señor Silvio Fernández [illegible], Plenipotenciario de Inglaterra Señor Alfredo Mitchell Innes, Plenipotenciario de Italia Marqués Maestri Molinari, Encargado de Negocios de Cuba Señor José María Solano, Encargado de Negocios de Bélgica Señor [illegible] Ketels, Encargado de Negocios del Paraguay Señor Luis Abente Haedo, Ministro del Interior Dr. Pablo Varzi, Ministro de Hacienda Don Federico Vidiella, Ministro de Instrucción Pública Dr. Rodolfo Mezzera, Introductor de Diplomáticos D. Fermín Carlos de Yereguy, Secretario de la Presidencia de la República D. Arturo Brenuela, Doctores Juan Antonio Buero, Enrique Elbrondo del Castillo, Matías Alonso Criado y Señor Pablo Minelli [illegible].

Homenaje a los esposos Martínez-Prieto



[illegible] Martínez Prieto








EL TIMÓN

por **Miguel Nebel**

Pensador solitario el timón es instinto
Y es meditación sobre el gran laberinto
De los solemnes mares. Es el mago-piloto
Que da luz a las sombras y razón a lo ignoto.
Es el genio latente; es la suprema ley,
Dócil como un pastor y altivo como un Rey!
Su ciencia ilimitada abarca los destinos
De todas las edades y de todos los sinos,
Al enigma descifra y descubre el arcano
Del misterio infinito que guarda el oceano.
Tiene alma y voluntad; debe de ser intensa
Y ruda su mirada cuando en la noche piensa,
Cuando a solas medita en hondas soledades
Contra el embate recio de sordas tempestades,
Gozoso de trazar en su obscuro aislamiento
El cauce que destruye la voluntad del viento.
¿Dónde escondes tu clave geroglífico mudo?
¿Quién ha templado el nervio de tu valiente escudo?
¿El hombre? ¡No! Mentira. El hombre te ha forjado
Rudamente en el molde, pero tú has hallado
En el crisol la idea y tus fibras vibrantes
Engarzan de los astros sus prismas de diamantes
Y tus luces que irradian del ocaso al oriente
Sobre el caos lanzaron, este reto: ¡Detente!

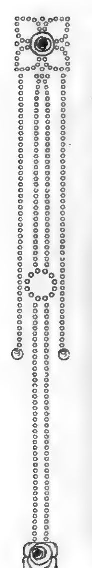


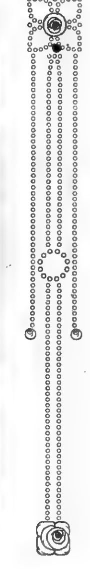
Luz que se interna a solas y las noches sorprende
En su meditación; luz que se enciende
Con más intensidad sobre la mar inmensa
Como diciendo al brazo que le gobierna: Piensa!
Arado palpitante que en las grandes mareas
Vas dejando en el surco un semillar de ideas.
Noble alma de acero, farola del Destino
Que con tu lumbre de oro te labras el camino
De la posteridad. ¿Qué fuera del valor
Si tú no le prestabas al gran Conquistador
El tesón admirable de tu porfiada ciencia?
¿Qué fuera de la audacia y de la inteligencia
Si tu ayuda negabas al genio alucinado
De Colón que veía este mundo ignorado?
¿Qué fuera de la raza, de su saber profundo
Si de tu ley se apartan, Padre del Nuevo Mundo?
Nada de nada. Señor!
Tú eres de nuestras patrias el grande Redentor.
Tú eres el texto sacro que todo lo compendia,
El corazón vigía, la clara luz que incendia
Todos los horizontes con su extraño arrebol,
Tú eres el pensamiento, tú eres el crisol
Que funde los espacios, tienes nervio de sol!



Sra. María Mercedes Cibils de Castellanos

Como una admirable encarnación de todas las perfecciones de la raza, surge ante nuestros ojos, esta dama tan distinguida, tan culta, tán gentil y tan virtuosa. De una belleza esplendente, Doña María Mercedes Cibils de Castellanos es comparable a un astro que irradia en nuestros salones: orgullo de una sociabilidad que tiene su definitiva imposición ante el propio y el ajeno concepto; y afirmación de un espíritu elevado y exquisito.

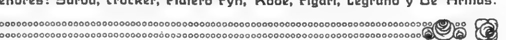


ECOS DEL ULTIMO CAMPEONATO DE TENNIS

Damas y caballeros que tomaron parte en el Campeonato de Tennis, realizado en el Circulo de Pocitos.
Señoras: Platero de Real de Azúa, Fuentes de Sardá, Garabelli de Platero, Cooper de Buck. — Señoritas: Olga Beheres Hoffman, Blanca Butler. Concepción Amézaga, Blanca Grove, Raquel Dupont y Alvarez, Florentina Bútler. Señores: Sardá, Crocker, Platero Fyn, Rodé, Figari, Legrand y De Armas.





Historia Ejemplar

ERA bajo las frondas de Aranjuez, en los bordes del Tajo y a la luz de la luna. Verbena de la Corte española distraída de los negocios públicos y acogida al recuerdo de otras cortes famosas por el amor y la galantería. Músicas enervantes ponían en el espíritu un amargor de melancolía en pugna con el holgorio de las discretas damas, regocijadas por el ambiente pícaro que las envolvía, con el rumor creciente de la intriga amorosa y la esperanza del escándalo.

Decíase que la Reina...

El gemido de los violines aún no era bastante para empañar la comezón criticona de los caballeros, más puestos al platicar que al bizarro juego de las armas.

Hablábase sin rebozo de un caballero militar que merecía singulares afectos de una mujer insigne por su cuna y alabada por su hermosura como por su discurso ameno. En los labios de los parlachines no hallaban sino finezas y loas los dos amantes, sin reparar en que el incienso, que era para el militar riquísimo perfume de Oriente, irritaba los lagrimales de un marido, que andaba por medio, tan coronado por su pueblo como por las liviandades de su egregia esposa.

En el corro de la Duquesa de los Arrayanes (que con algún mote andaluz hemos de conocer a aquella dama andalucísima), jactábanse los contertulios de la amistad con que les honraba el afortunado amante, y no daban reposo a la lengua ideando proyectos que le fueran gratos para merecer su confianza y su cariño en el próximo día de la exaltación. Y cuando las profecías eran más halagüeñas para la suerte del presunto tirano de España (porque tiranía y privanza son vocablos gemelos), tomó la palabra el abate emigrado del país de los Luises por santo horror a perecer a manos plebeyas, y, pidiendo la venia para impugnar la premisa que hasta entonces escuchó, dijo de esta manera:

—Extráñame, señoras y señores míos, que, enjuiciando sobre el porvenir de tan grande señor, os mostréis unánimes. No me parecería ligereza si en la frente de algunos de los reunidos no dibujara el tiempo la huella de su curso. Pero no hemos de engañarnos con la ilusión de la juventud, y mirémonos en un deleitoso espejo que corre entre la arboleda en demanda del ancho mar.

El abate, que gozaba fama de discreto, no se libró de las iras mentales de la Duquesa y sus contertulios, mal avenidos con la leyenda de la Humanidad, que se hace vieja antes que la voluntad lo pida. Tampoco en los oídos de los caballeros petulantes cayó bien el consejo de monseñor, y optaron por el disimulo, invitándole a seguir el discurso tan enojosamente comenzado. Y advirtiéndolo el abate en el fruncido gesto de los oyentes, cortó como pudo el exordio, sentando, como arranque de su relación, que está bien adular al que se encumbra cuando tenemos la sospecha de vivir poco, advirtiendo a la gente joven que es mejor esperar, como dicen los árabes, para ver el cortejo fúnebre del enemigo. Así que hubo terminado con este sermón, poniendo la moraleja antes que la fábula, anunció que contaría una historia para demostrar su teoría. Los del corro asintieron con gusto, huyendo de nuevas filosofías, y dispusieron la atención en beneficio del interés del relato.

Y este es el cuento que el eclesiástico narraba:

———

En aquellas edades felices en que la poesía imperaba en el mundo, como preciado regalo de los Dioses — tiempos de pagania, según habréis comprendido — llegó a los umbrales de un castillo famoso un gallardo juglar, repitiendo los cantos que compusieron los nobles trovadores.

Era su voz prodigio de la Naturaleza, encanto de doncellas adolecidas, regocijo de rodrigones burlescos y entretenimiento de castellanas aburridas. Llegó al castillo en tan buena hora, que los histriones de cámara causaban fastidio a los señores y eran befa de los sirvientes, cansados de la cotidiana farsa anodina.

Presto advirtieron los moradores del castillo que la fortuna cobijaba en sus alas impalpables al andariego mozo, y dedicáronse a la alabanza de su voz, a la adulación indecorosa de sus prendas personales y a la murmuración y menosprecio de sus predecesores: que ninguna adulación es más fácil que el desmerecimiento del ausente.

Era de ver el juicio favorable con que se recibía cualquier juego de la imaginación, si en los labios del juglar nacía: la posibilitud en complacer esos anhelos; la sonrisa para el saludo, la reverencia, la genuflexión... Bien se advertía que los siervos del conde buscaban el favor del juglar para el día venturoso y próximo que sus preclaras dotes, adivinadas antes que manifiestas, le hicieran dueño del mando del castillo.

¿Qué aconteció con esto? Que el conde, y más bien la condesa, si por impulso de su voluntad no hubieran estimado al advenedizo, en fuerza de oir de él alabanzas sin cuento, inclinaron su ánimo insensiblemente hacia el juglar errante. Llamáronle a su cámara en consulta de graves negocios, pidiéronle consejos al resolver cuestiones íntimas, hiciéronle depositario de sus recónditas afecciones y eleváronle, en fin a la privanza.

Pero en el punto y hora que le vieron tan alto, comenzaron las intrigas y murmuraciones, los cabildeos de conspiración en los apartados aposentos del castillo, las calumnias ante el mayordomo por si a este buen servidor le daba la gana de elevar el cieno hasta la alcurnia de los amos. Aquellas galantes dueñas que brindaron al mozo su tercería para punibles amores con la señora, nunca llegados a granación — dicho sea en elogio de su virtud — ahora se entretenían en fingir aventuras pecadoras en las que aparecía como culpable el desdichado favorito. Los ballesteros, que quisieran en otros días proclamarle jefe en reconocimiento de su valor, hoy le daban como el más encogido guerrero que salió por los campos de la frontera.

Las doncellas le tendían celadas con ánimo de que la señora le viera entretenido con plebeyas mozas. Y hasta los marmitones y reposteros idearon planes culinarios que dieran al traste con la argentina voz del privado, tan famoso ahora como antes en su arte de juglar.

Tantos aires adversos para la buena fortuna del favorito, concluyeron por enlazar en sus apretadas redes la voluntad de entrambos señores, y una noche de luna, como ésta esplendorosa que nos cobija, apareció el juglar de mi cuento colgado en una torre almenada, balanceando su cuerpecillo juvenil a impulsos del viento.

***

—Bien está la fábula — arguyó la duquesa, en concluyendo monseñor su historia; — pero no adivinamos el parecido con el caso presente.

—Señora mía — reparó el abate, — restábame añadir que, a la postre, la misma suerte que el juglar ahorcado, merecieron sus buenos amigos, que le acompañaron felizmente en las horas adversas. Eran dos solamente, y doscientos que hubieran sido alcanzarían la misma sanción. Y ahora os digo, en son de saludable advertimiento, que no hagáis amistad sincera con el encumbrado por artes irregulares, porque aún quedan almenas en los castillos reales donde ofrecer al viento y a las aves rapaces, juguete y pasto...

Iban a replicar los contertulios; pero reparando en un gallardo guardia que discurría por entre la arboleda, como movidos por un resorte mágico se alzaron de sus asientos y presurosos fueron a su encuentro.

—¡Don Manuel!... ¡Don Manuel!... — clamaban.

Y en torno del recién llegado todo fueron zalemas y adulaciones, reverencias y juego del espinazo, como si hubiera aparecido el propio libertador de los espíritus, hasta que el grupo se perdió en las sombras de un túnel de tilos.

Solos quedaron el abate y un jovenzuelo de la Corte que se llegó a su vera con gesto malicioso:

—Ya véis, monseñor. Le harán el hombre más eminente del país. Le quieren bien.

—Sí, sí. Pero no os engañe la vista. No se le acercan por llevarlo a la cumbre, sino por verle caer. Vos lo veréis. Sois joven.

El Caballero Audaz.

ECOS DEL ULTIMO CAMPEONATO DE TENNIS

Damas y caballeros que tomaron parte en el Campeonato de Tennis, realizado en el Circulo de [illegible].
[illegible]: Platero de Real de Azua, Fuentes de Sarda, Garavelli de Platero, Cooper de Buck. Señoritas: Olga Beheres Hoffman, Blanca Butler, Amezaga, Blanca Greve, Raquel Dupont y Alvarez, Florentina Butler. Señores: Sarda, Crocker, Platero Fyn, Rode, Figari, Legrand y De Armas.

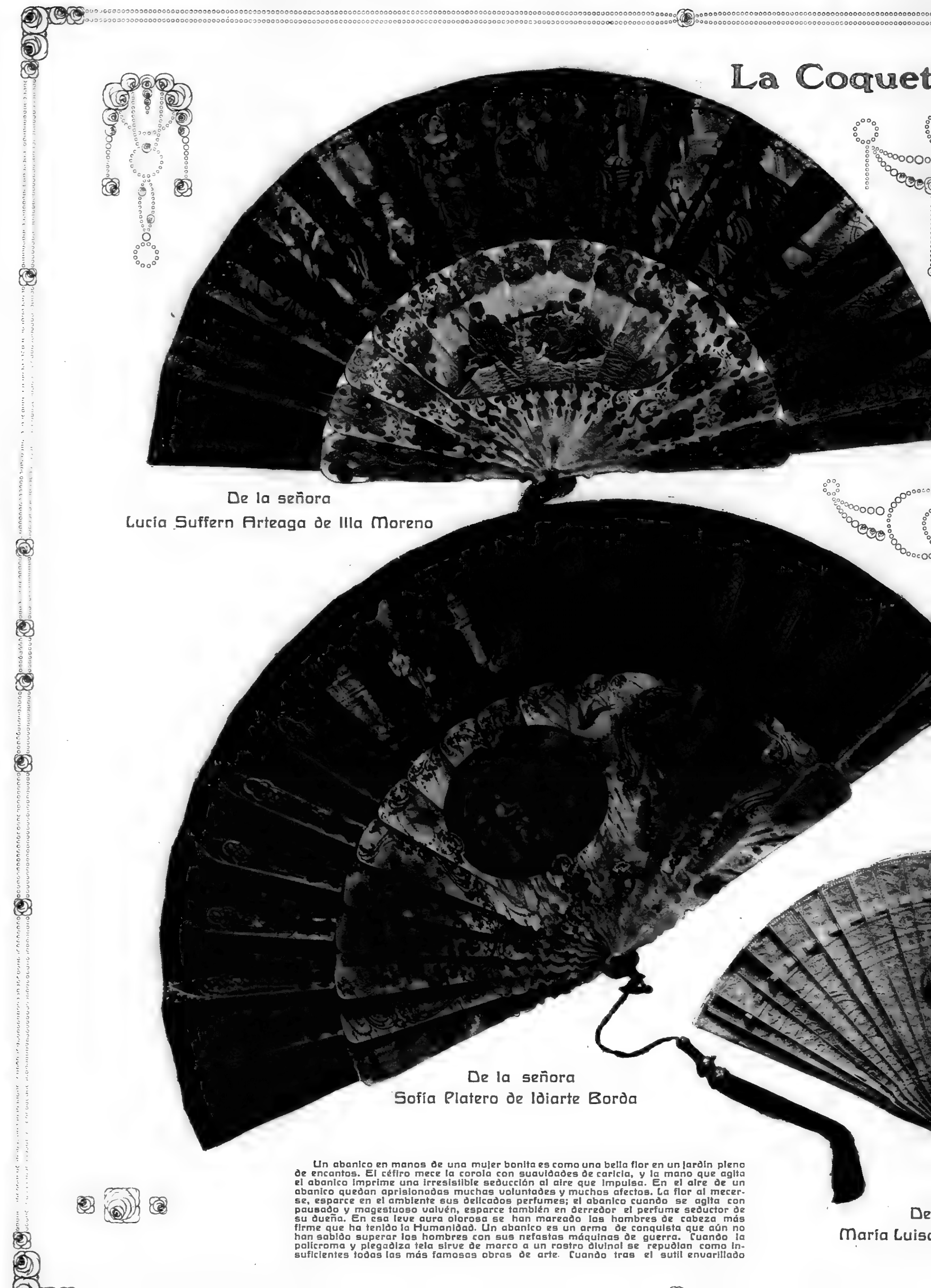
Historia Ejemplar

E



Srta. Emma Muñoz del Campo

La Coquet



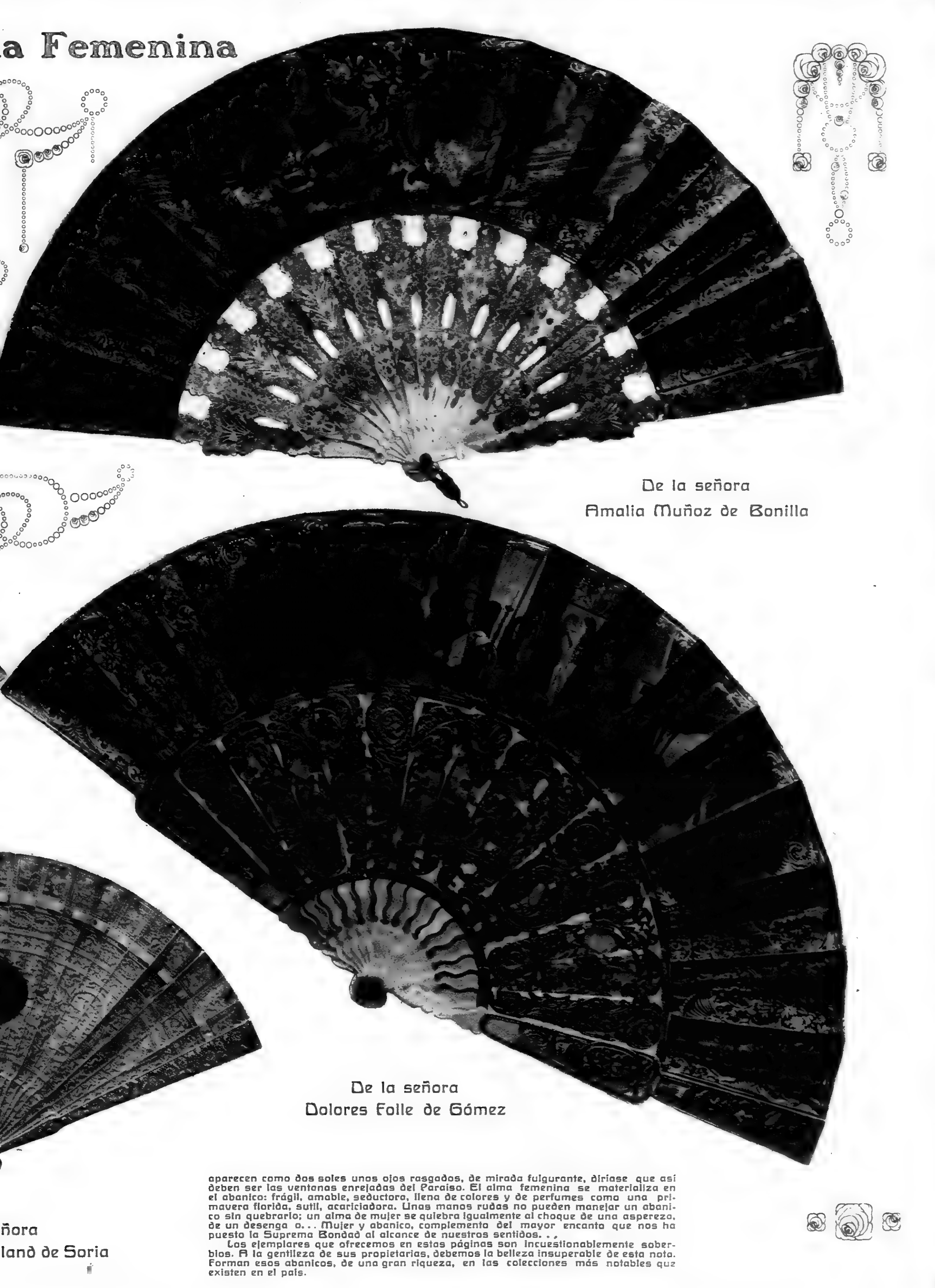
De la señora
Lucía Suffern Arteaga de Illa Moreno

De la señora
Sofía Platero de Idiarte Borda

De
María Luisa

Un abanico en manos de una mujer bonita es como una bella flor en un jardín pleno de encantos. El céfiro mece la corola con suavidades de caricia, y la mano que agita el abanico imprime una irresistible seducción al aire que impulsa. En el aire de un abanico quedan aprisionadas muchas voluntades y muchos afectos. La flor al mecerse, esparce en el ambiente sus delicados perfumes; el abanico cuando se agita con pausado y magestuoso valvén, esparce también en derredor el perfume seductor de su dueña. En esa leve aura olorosa se han mareado los hombres de cabeza más firme que ha tenido la Humanidad. Un abanico es un arma de conquista que aún no han sabido superar los hombres con sus nefastas máquinas de guerra. Cuando la policroma y plegadiza tela sirve de marco a un rostro divinal se repudian como insuficientes todas las más famosas obras de arte. Cuando tras el sutil envarillado

...a Femenina



De la señora
Amalia Muñoz de Bonilla

De la señora
Dolores Folle de Gómez

...ñora
...land de Soria

aparecen como dos soles unos ojos rasgados, de mirada fulgurante, diríase que así deben ser las ventanas enrejadas del Paraíso. El alma femenina se materializa en el abanico: frágil, amable, seductora, llena de colores y de perfumes como una primavera florida, sutil, acariciadora. Unas manos rudas no pueden manejar un abanico sin quebrarlo; un alma de mujer se quiebra igualmente al choque de una aspereza, de un desenga o... Mujer y abanico, complemento del mayor encanto que nos ha puesto la Suprema Bondad al alcance de nuestros sentidos...

Los ejemplares que ofrecemos en estas páginas son incuestionablemente soberbios. A la gentileza de sus propietarias, debemos la belleza insuperable de esta nota. Forman esos abanicos, de una gran riqueza, en las colecciones más notables que existen en el país.

Un recuerdo de la Barca "Puig"

He aquí una fotografía que rememora un suceso trascendental en la historia política de nuestro país. Suceso de carácter sombrío y que aun hoy, a través del tiempo, reviste caracteres tales de anormalidad, que casi parece imposible haya ocurrido.

Quince ilustres ciudadanos fueron deportados a la Habana en la bodega destartalada inmunda y estrecha de una barca que por milagro pudo llegar a su destino. Fué un viaje terrible por las condiciones en que los deportados lo realizaron. Triste viaje en el que se jugaron la vida algunos uruguayos de indiscutibles virtudes ciudadanas y de altos méritos intelectuales.

En la fotografía, que damos en esta página, para salvarla d ela destructora acción del tiempo, aparecen algunos de los exilados. Sentados: doctor Juan José de Herrera, doctor José Pedro Ramírez, don Juan Ramón Gómez, don Agustín de Vedia y Osvaldo Rodríguez. De pie: doctor Julio Herrera y Obes, don Cándido Robido, don Octavio Ramírez, doctor Aureliano R. Larreta y don Carlos Gurméndez.

Cuatro largos meses duró el tremendo viaje, y después de mil peripecias, los deportados pudieron sentirse libres y en salvo en el puerto norteamericano de Charleston.

De un impeesionante relato del viaje, hecho por el ilustre don Agustín de Vedia, relato casi tesconocido, tomamos los párrafos que van a continuación y que reflejan de una manera elocuente las impresiones que en su ánimo causó la inmensidad del océano.

"El cielo y el mar, esas dos inmensidades que se han desarrollado a nuestros ojos, límpidos, y serenos, u oscuros y tempestuosos, han despertado en nuestra alma grandes e indescriptibles emociones. Apenas habíamos concebido idea de esos espectáculos maravillosos, por los cantos entusiastas de algún bardo inspirado, o de algún sublime contemplador de las bellezas y de las armonías de la naturaleza.

El cielo de los trópicos nos ha sonreído con los más vivos y animados paisajes. Como si quisiera consolar a los que buscábamos con avidez en la línea del horizonte la sombra de la tierra lejana, vestíase de sus más ricos colores, y desplegaba a nuestras miradas estáticas toda la portentosa magnificencia a que se prestan las combinaciones múltiples, infinitas y fantásticas de la luz, en los celajes del firmamento.

¡Qué cuadros; qué horizontes! No acertára a reproducirlos, aún empapado en los más delicados colores, el pincel de los egregios artistas que dejaron con sus obras en la tierra, recuerdos inmortales.

Al caer el día, las nubes apiñadas en el ocaso, iluminadas por la reverberación del sol, nos ofrecían a veces las perspectivas de una isla encantada. Dibujábanse en el horizonte suaves colinas oscuras, separadas por valles de un tinte violáceo; ríos de plata serpenteaban en el fondo del valle y un puente de oro se destacaba suspendido sobre los abismos: todo aparecía envuelto en una atmósfera de lapislázuli y de púrpura.

Otras veces, alzábanse en occidente montañas elevadas, de cuya cima se desprendían cascadas de fuego, semejantes a islas volcánicas en erupción. En la hora del crepúsculo vespertino, esmaltaban casi siempre el horizonte celajes vaporosos en que, como en la paleta del artista divino, aparecían diluídos todos los colores que la fantasía del poeta pudiera idear en sus delirios; cuadros, es verdad, que una ráfaga desvanecía, para no reproducir jamás en la misma forma; como si fueran sólo una imagen fugitiva del ideal de lo bello y de lo sublime en el arte, expresión celestial de una belleza y de una armonía que en vano persiguiera la humanidad en sus dominios!

¡Y las noches tropicales! ¿Qué expresión podría definir esa majestad apacible, esa silenciosa inmensidad, esa claridad oscura del firmamento, tachonado de millones de brillantes astros y surcado de meteoros, calma celestial de que se impregna el alma, muda y absorta en la contemplación de la naturaleza, sumergida en los deliquios de un sueño poético y brillante?



Algunos de los deportados en la barca "Puig"

La pálida reina de las noches, desde su trono aéreo, despedía su luz mortecina que, con sus reflejos, delineaba en el mar una senda plateada.

Nubes blancas, semejantes a copos de espuma, esmaltaban el firmamento o cubrían la faz de la luna, como un diáfano tul. Las estrellas rutilaban en la atmósfera azulada, como lámparas suspendidas en la inmensidad del espacio. Y el ambiente llegaba hasta nosotros húmedo e impregnado de perfumes salinos...

Muy distintos, pero no menos soberbios espectáculos solían poblar el espacio. Densas sombras, en vez de rosados celajes; rudos huracanes en vez de apacibles brisas o de profunda calma. Hemos visto, a menudo, avanzar y precipitarse, como una legión satánica, esas negras hijas de la tempestad que lleva el rayo en sus entrañas: terrible elemento de desolación, a veces, para el hombre, como de vida y de fecundidad en la naturaleza lujuriante de los trópicos.

Uno de los más frecuentes y admirables fenómenos que sorprenden al viajero en las proximidades del Ecuador, es la formación de las trombas. Ese fenómeno, explicado por atracciones singulares de la atmósfera, suele aparecer en días serenos en el horizonte, como una misteriosa columna que se elevara del mar para sostener la bóveda celeste. Esas trombas llegan a ofrecer serios peligros a los navegantes, que sólo consiguen evitar muchas veces desgarrándolas a balazos, cuando pasan, como un furioso aluvión sobre el mar, inflamando su superficie y levantando una vasta oleada de espuma.

El mar ha ofrecido a nuestras miradas todas sus bellezas y todos sus horrores; ya se dilatase en llanuras azules, como un inmenso tapiz de Persia, al que los rayos del sol imprimían un lustre tornasolado; ya sus suavísimas ondulaciones se convirtieran en montañas que, entrechocándose furiosamente, se coronaran de espuma.

Nada expresa mejor nuestro pensamiento y nuestras impresiones que esta invocación de Byron:

"Espejo glorioso, en que la faz del Omnipotente se refleja durante la tempestad; apacible o irritado, rizado por la brisa o alzado por el aquilón, helado hacia el polo, oscurecido y agigantado bajo la zona tórrida,— siempre eres inmenso, sin límites, sublime,— imagen de la eternidad, —trono del Invisible! — De tu limo se han formado los monstruos del abismo; todas las zonas te obedecen; tú avanzas siempre, impenetrable, solitario!".

El lago más apacible envidiaría a veces su inmovilidad y su transparencia al mar, tan profundo como la bóveda celeste que lo cubre. Entonces, podíamos ver cruzar a los costados de nuestra barca los *dorados* que parecían de un azul turquí, bajo las aguas, y que tan sabrosas emociones proporcionaron a los presos del océano, cuando cayeron presa del instrumento de hierro llamado *fisga,* harpón de tres dientes que sirve para clavar, durante la navegación, los grandes cetáceos que, aun cuando se prendan a veces del anzuelo, lo rompen por su propio peso en el acto de ser alzados al puente del buque.

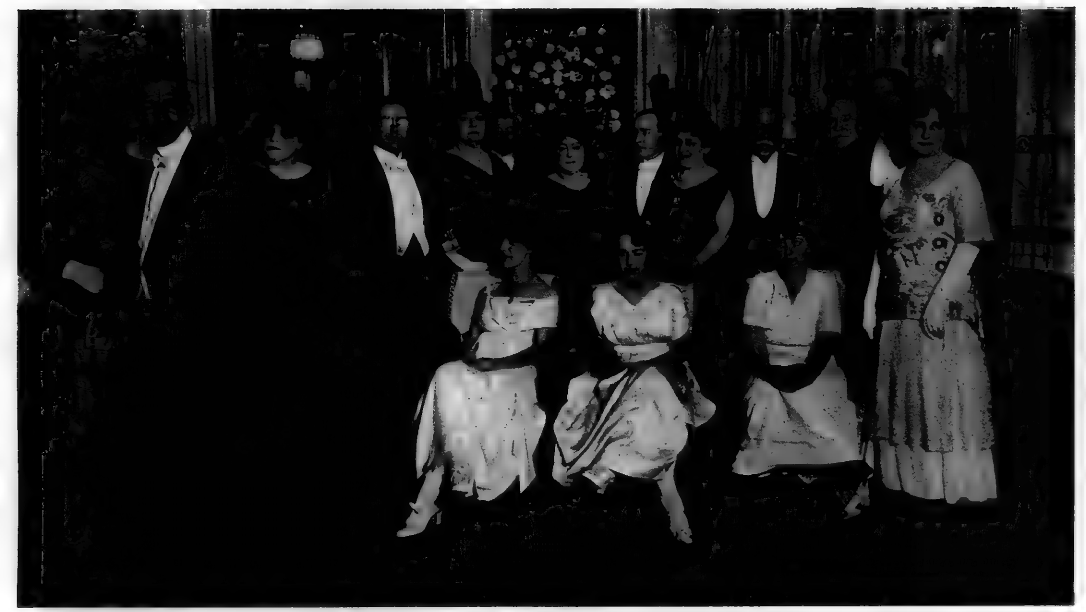
Los habitantes del líquido elemento nos han proporcionado días de verdadera emoción. Hemos asistido a esas escenas con una curiosidad infantil.

Al cortar las aguas, el buque ahuyentaba a los *peces voladores* que salen del agua en bandadas y recorren largas distancias, teniendo que humedecer constantemente sus alas, lo que explica que apenas se remontan de la superficie del océano caen con frecuencia en el puente de los buques. Grandes legiones de *delfines* suelen perseguir a los voladores, obligándoles a emprender la fuga. Los delfines cortan las aguas como flechas en su velocidad y los pequeños peces vuelan en confusión y desorden, en distintas direcciones, cayendo las más veces en las fauces de sus implacables perseguidores. En el mar se desarrolla también ese drama de la humanidad, tan distante de su perfección, en que los débiles suelen ser la presa de los fuertes o de los audaces."





Srta. Esther Alvarez Mouliá



Señoras: Adela Piria de Isola, Adelina Dell'Isola de Piria, Cora Dell'Isola de Piria, Octavia Piria de Cabiro, Carmen G. de Viana, Amalia F. de Piria
Señoritas: Beba Isola, Anita de León Marexiano y Angélica Bonasso — Señores: Francisco Piria, Dr. Albérico Isola, Lorenzo Piria y Piccirillo Isola

Boda Isola-Guerra

En un ambiente íntimo, pero no por ello menos suntuoso, se realizó días pasados la boda de la distinguida señorita Magdalena Isola Piria, con el caballero Rinado Rinaldi Guerra.

La mansión del doctor Albérito Isola en la calle Uruguay resplandecía. Los salones, espléndidamente alhajados daban al invitado la más aristocráticamente amable de las acogidas. En aquel medio encantador, donde el buen gusto se confunde en estrecha, en íntima ligazón, con el confort, la permanencia se hacía gratísima, y así las pocas personas que participaron de la fiesta nupcial pudieron deleitarse durante las fugaces horas que se aprovecharon en amenísima tertulia.

La novia apareció, en el momento en que iba a celebrarse la unión, magníficamente envuelta en sedas y tules. Elegante, atrayente, la bondad de su carácter estaba plenamente reflejada en su mirada y en la sonrisa de felicidad que plegaba sus labios.

En el templo, del brazo del padrino, señor Francisco Piria, avanzó hasta el sacerdote, seguida por la madrina, señora María G. de Rinaldi, a quien daba el brazo el novio, señor Guerra.

Después, en la casa, la concurrencia, que como decimos antes, la formaban los íntimos de las familias de los contrayentes, se diseminó por los salones y las horas transcurrieron en amabilísima soirée.

La unión de dos voluntades estaba consumada. La felicidad abría ante los nuevos esposos una avenida amplísima e interminable, en cuyas márgenes las flores más perfumadas y de coloración más perenne, hacían la ruta todavía más encantadora, más fácil, más atrayente.

A una juventud viril, fuerte, inteligente y emprendedora, se unía otra juventud llena de bondad, de virtud, de cultura y de elegancia. ¿No era, acaso, como una aurora que abre sus abanicos de luz esplendente, sobre un panorama de encantos interminables?

Y esa es la dicha y así tiene que ser la dicha, que, a despecho de los misántropos y de los excépticos, existe plena y luminosa en el mundo, surgiendo de la unión de dos anhelos juveniles, de dos cariños amplios, para los cuales una voluntad superior les prepara un mismo cauce, rebosante de ventura...

Casi incontables y valiosísimos en su mayoría fueron los regalos que el cariño familiar y la honda estimación amistosa envió a los novios.

En varias vitrinas se amontonaban: joyas de gran valor y de soberana belleza, cheques, títulos bancarios, objetos de arte preciosos. Y luego por todos los salones las flores se hallaban en tal cantidad que transformaban la casa en un admirable jardín, jardín de encanto.

Nosotros unimos a los votos de ventura formulados en homenaje al nuevo hogar nuestros votos ampliamente sinceros.



Los novios después de la ceremonia





¡ CALLEMOS !

¡ Cuánto, cuánto se habla
sin ton ni son ! ¡ Qué declamar perpetuo
de retóricas nulas !
¿ No es mejor, por ventura, el Silencio ?

Que el Espíritu selle nuestra boca
con sus siete sellos,
y florezcan en paz nuestros enigmas...
¡ Callemos, callemos !

¡ Oh ! la estéril balumba... ¡ Y ser la Vida
tan honda como es ! ¡ Ser el misterio
tan insondable !
! Triste afán de ruido, que mancilla lo Eterno
que palpita en nosotros !...
¡ Callemos, callemos !

Los ángeles vendrán a reposarse
en las ramas del Árbol, mudo y quieto,
como divinos pájaros de nieve :
¡ hay tantas cosas que callar con ellos !

Debe callarse todo lo sublime,
todo lo excelso,
Hasta los nombres que a las cosas damos,
empañan el espejo
del Ser, en que se mira
el Arquetipo, trémulo
de luz, de santidad y de pureza...
¡ Callemos, callemos !

En el callar hay posibilidades
sin límite, hay portentos
celestes, hay estrellas, más estrellas
que en todo el firmamento.

El Alma y Dios se besan, se confunden
y son una sola alma, en el inmenso
mar de Extasis, manso, inalterable...
¡ Callemos, callemos !

AMADO NERVO.



El primer baile

I

Magnífico estuvo el baile, como que todo contribuyó a su mayor realce, cuanto de ingenio, gracia y elegancia había por aquellos tiempos en esta ciudad. Unas con su belleza; con sus atractivos de espíritu, belleza de mejor quilate, las menos, y recargadas las más de alhajas, polvos y lunares, encontrábase en los salones del Alcázar de los virreyes, la noche del 25 de Diciembre de 1777, aquel "todo el mundo" que no falta en cortes ni aldeas.

Militares y comerciantes, pocos nobles, mucho alcalde, estancieros y advenedizos muy estirados, del estado llano, que con nombres y trajes de nobles, en demasiada llaneza se expresaban...

¡Pero qué más, si hasta las monjas estuvieron de baile en aquel que coronaba las fiestas de la inauguración del virreinato!

Es decir, concurrieron a él, si no con la ligereza de sus pies, con la habilidad de sus manos; como que las mejores pastas, dulces y confituras, no duros confites y canelones de Córdoba, eran, si no fina, especial factura de capuchinas.

Las catalinas con sus flores, los dominicos con sus pavos y demás fruta de corral, los franciscanos con toda clase de hortalizas; hasta San Antonio tuvo allí su representante en los congéneres de su marrano y lechoncitos adobados, que, servidos a media noche, produjeron magníficas indigestiones.

También la de estos frailes, como la iglesia más cercana, había prestado sus viejas alfombras y flamantes candelabros de plata que, con la herencia de los jesuítas, les llegaran de misiones.

Desde antes de prenderse todas sus luces en el salón espléndidamente adornado, notábase en el rincón de las zetas el dialecto en *crescendo* de vascos, y agudas voces como las que hoy se han retirado al otro lado de Barracas. Hablaban en voz alta y en montón: Zavalas, Zapatas, Zavaletas, Zeballos, Zúñigas, Zarrateas, Zaráchagas, Zorrillas, Zuloagas, Zarragas, Zubizarretas, Zuvirías; en el mismo salón donde luego danzaban, paseaban y chismografiaban en voz baja entre las primeras doncellas del virreinato, las de Anzoátegui, Uriburu, Arteaga, Echenagucía, Echegaray, Elizalde, Sagastizabal, Ibaceta, Gorriti, Szcurra, Garmendia, Iriarte, Mujica, Olavarría, Ortiz, Otamendi, Beracochea...

Vascos como langostas llovieron de Barracas y otros puntos a saludar al único rey que nos ha visitado un siglo más tarde, cuando llegó por estos barrios don Carlos, el pretendiente. Este fuerte erizado de cañones para defender la majestad de uno de sus abuelos, lo encontraron convertido en salón presidencial, abierto a todos los bienvenidos. No menos antecesores de los honrados vascos que alzaron entre nosotros su tienda de trabajo, acudieron a la recepción del virrey vascongado, menos por lo de primer vice que por lo de vencedor de portugueses.

No teniendo costumbre de seguir las crónicas que por hogaño se estilan, haciendo danzar todas las letras del alfabeto, sólo recordaremos de paso que en la primera contradanza de honor, frente al virrey, acompañando a la alcaldesa, señora de Zarratea, y al almirante, marqués de Casa Tilly, con la señora del Correo (Basavilvaso), hacía vis a vis el alcalde de *vara larga* y la señora de Riglos, y el esposo de ésta a la Mariquita Rospillosi, célebre por su ingenio, digna sobrina del primer abogado de campanillas que vino al país, sabio maestro de todos los doctores del virreinato.

Después de tres horas de baile, en la última cuadrilla la hacían *ojitos tiernos*, entre otros jóvenes oficiales adornados por el fresco laurel de la victoria, Diego de Alvear a la Balbastro; Arce a la Zarratea; frente a Olaguer, que figuraba con la bella Azcuénaga; Saavedra acompañando a la Escalada en danzas y contradanzas, hasta que bien pronto se enredó la danza en pasos y medios pasos, como que en todos los pasos buenos y malos acompañaron por toda su vida estas patriotas abuelas del virreinato a tan ilustres militares, cuyos descendientes después de un siglo siguen esparciendo la semilla de la elegancia en nuestra culta sociedad y nobles ejemplos de honradez tradicional.

Si algún cronista *clarovidente* hubiera asistido al primer baile del virreinato, no habría dejado de recordar, en el salón de honor, el rincón de los virreyes; pues en un momento dado rodearon al general Zeballos, si no todos, hasta la mitad al menos de los que bajo solio tan efímero le sucedieron: Vertiz, Olaguer, Sobremonte, etc., etc.

II

En la sala siguiente a la del estrado, otro grupo, que bien pudo clasificarse de primer grupo artístico del país, admiraba una antigua tela de Nuestra Señora de Luján, firmada por algún Miguel Angel (de exportación), autógrafo semejante al que, con anteojo de larga vista expresamente construído para divisar la hora de la Intendencia, se lee borrajeado en el gran cuadro de la sacristía en San Francisco, de gran elevación, si no por su mérito, por la bóveda en que se halla suspendido.

Extático la contemplaba el célebre escultor guaraní, misionero José, que más tarde exhibió esa obra admirable de inculto ingenio y de paciencia, en la imagen del Señor de la misma, a la entrada de la Merced; y el cuzqueño Rivera, que poco después nos había de legar el primer grabado hecho en el país, representando a Nuestra Señora del Luján, observaba la primera medalla acuñada en Buenos Aires, en 1746 (jura de Fernando VII), en el ángulo opuesto.

No obstante la gravedad y circunspección de las parejas en el baile, lo ceremonioso de los saludos y pausado de las figuras, del silencio entrecortado por medidos diálogos en voz baja, adivinados más que oídos, entre tímidos *percundantes* no dejaba de saltar alguna chispa de espiritualidad que iba a romper la monotonía de esa fila de mudas sentadas en camoncillos entarimados, a lo largo de las paredes.

No se hablaba de modas, que poca novedad se introducía en la de los tiempos coloniales; ni de política, que no había; ni de periódicos, que no llegaban. Se murmuraba menos, cortándose pocas sayas, que escasas eran las sastras; pero hasta en los bailes se conversaba de santos, que no sólo en iglesias, sino en calles y salones se veneraban. Medio siglo más tarde, en casas antiguas continuaba la costumbre de rezar el rosario antes de empezar el baile, ante la imagen de bulto, que era el adorno más preciado del salón; aunque las cuentas entre sus dedos bailaban menos que los ojos ansiosos de las devotas, pispando al través de la ventana si el preferido llegaba entre los que paseaban con paciencia en el patio.

III

Atraído sin duda por el recuerdo de la tierra lejana, cerca del San Bruno de naranjo sin espinas hallábase el artista del país de los mismos, indio Miguel, maestro de orquesta sin segundo, discípulo de los jesuítas.

Tanto vibró su violín, que hasta en la inauguración de San Fernando (1805) todavía guiaba en el Canal la banda de jóvenes guaraníes que alegraban la fiesta con su agreste música.

En un ángulo del salón principal, al pie del estrado, dirigía éste la orquesta que, a uno y otro lado del clavicordio, formaban arpas, violas, flautas y guitarras.

En el descanso había ido a tomar su matecito paraguayo, al tiempo que el joven Rivera se lo alcanzaba al teniente Vedia, y en momentos que éste, futuro abuelo del malogrado poeta Adolfo Mitre y Vedia, explicaba al padre del poeta Rivera Indarte como venía de voltear la última bandera portuguesa que flameó sobre los muros de la Colonia del Sacramento. Tan aprovechada lección dió por resultado que, años después, a pocos pasos de la sala del primer baile, desde el bastión sud de este mismo fuerte, con certero cañonazo volteara el padre del Tirteo argentino (poeta Rivera Indarte) la bandera inglesa, tan breves horas enarbolada en la *torre de las balas*.

Cada ramillete parecía un monumento, y cada mesa un altar, en la cargazón de adornos, de luces y de flores, que no en balde mandaran las monjas sus mulatas de mejor gusto en lo de componer altares.

El benjuí, las pastillas de las catalinas, los zahumadores y flores de seda y gusanillo, orlando los marcos de espejos venecianos, y aun el murmullo y cuchicheo de chinas y mulatillas (cabezas más o menos desgreñadas agrupándose entre las gruesas rejas de las ventanas), envolvían todo aquello en cierto ambiente de sacristía.

IV

Frente a la puerta de entrada colgaba un cuadro de Santa Cecilia, y a los lados dos consolas de pie de cabra sostenían largos espejos venecianos. Una araña central, de plata maciza, esparcía la luz de seis velas de cera hacia los estrados que a una y otra cabecera alzaban su grada.

A la derecha el de las señoras, y a la izquierda para los caballeros. De peluquines empolvados y con largas coletas éstos, lucían zapato de hebilla de plata sobre media de seda blanca, estirada y adherida al calzón corto, deslumbrante charretera, corto y largo chupetín bordado, como el casacón.

De cortos y encarpados vestidos de *brocato* y *tisú* de seda ellas, en sus ceremoniosos saludos y pausados movimientos parecían tiesas imágenes de palo, con amplios guardainfantes que las ahuecaba tanto como su vanidad; anchas mangas, cinturas de avispa, altísimos peinados blancos, daban, no la mano, sino apenas los dedos, como quiere el empresario Querubini en la parodia de la *Africana*, para contradanza tan solemne y muda como pasos de los conventuales de San Bruno.

La medida conversación en voz baja adolecía de parsimonia y monotonía, pues nadie se hubiera atrevido durante la danza a dirigir la palabra a su compañera, exponiéndola a perder el compás o equivocar una figura, cosa más grave que mayúsculo *lapsus linguae* entre vascos y andaluzas.

Grupos de hombres a un lado departiendo a media voz y murmurando menos que en la actualidad, y señoras sentadas en el opuesto. Apenas se aproximaban a éstas, cuando el maestro de ceremonias o bastonero oficial nombraba parejas.

Por su lujo y elegancia, por su belleza y *esprit*, tuvieron en aquel primer baile del virreinato digna representación, entre otras antiguas familias, las de Gainza, Agüero, Olavarría, López, Perdriel, Maciel, Balcarce, Uriarte, González, Rocamora, Aguirre, Ibáñez, Marín, Lezica, Acasus, Igarzábal, Rodríguez, Pereyra, Lucena, Lata-Rota, Arroyo, Irigoyen, Urien, Larrea, Sagurola, Leiva, Salas, Gómez, Gauna, Fernández, etc.

V

Alguna de nuestras amables críticas, que suele meter sus naricitas o pasar sus ojos por estas tradiciones antes de publicarse, asegura que no fué este el primer baile, pues leyó en Corcolorcobo que poco antes concurrió a un baile donde contara ochenta carruajes.

Tenemos para nuestra capota que sea este uno de sus ochocientos pecados contra el octavo.

Insistimos en creer que el primer baile en el Alcázar de los virreyes no pudo tener lugar antes de la invención de los mismos.

Y así acabó la fiesta sin accidente notable, más que el coronamiento de Zeballos por la más hermosa hija de la tierra, doña Mariquita Rospillosi, que puso sobre las sienes del vencedor de los portugueses corona de laurel y rosas.

La verdadera inauguración del virreinato ya le había anticipado Zeballos arrojando a cañonazos a estos intrusos de la otra banda.

P. Obligado.



Señoras: Adela Piria de Isola, Adelina Dell'Isola de Piria, Cora Dell'Isola de Piria, Octavia Piria de Cabiro, Carmen G. de Viana, Amalia F. de Piria
Señoritas: Beba Isola, Anita de León Marexiano y Angélica Bonasso — Señores: Francisco Piria, Dr. Albérico Isola, Lorenzo Piria y Piccirillo Isola

Boda Isola-Guerra

EN un ambiente intimo, pero no por ello menos suntuoso, se realizó dias pasados la boda de la distinguida señorita Magdalena Isola Piria, con el caballero Rinaldo Rinaldi Guerra.

La mansión del doctor Albérico Isola en la calle Uruguay resplandecia. Los salones, esplendidamente alhajados daban al invitado la más aristocráticamente amable de las acogidas. En aquel medio encantador, donde el buen gusto se confunde en estrecha, en intima ligazón, con el confort, la permanencia se hacia gratisima, y asi las pocas personas que participaron de la fiesta nupcial pudieron deleitarse durante las fugaces horas que se aprovecharon en amenisima tertulia.

La novia apareció, en el momento en que iba a celebrarse la unión, magnificamente envuelta en sedas y tules. Elegante, atrayente, la bondad de su carácter estaba plenamente reflejada en su mirada y en la sonrisa de felicidad que plegaba sus labios.

En el templo, del brazo del padrino, señor Francisco Piria, avanzó hasta el sacerdote, seguida por la madrina, señora Maria G. de Rinaldi, a quien daba el brazo el novio, señor Guerra.

Después, en la casa, la concurrencia, que como decimos antes, la formaban los intimos de las familias de los contrayentes, se diseminó por los salones y las horas transcurrieron en amabilisima soirée.

La unión de dos voluntades estaba consumada. La felicidad abria ante los nuevos esposos una avenida amplisima e interminable, en cuyas márgenes las flores más perfumadas y de coloración más perenne, hacian la ruta todavia más encantadora, más fácil, más atrayente.

A una juventud viril, fuerte, inteligente y emprendedora, se unia otra juventud llena de bondad, de virtud, de cultura y de elegancia. ¿No era, acaso, como una aurora que abre sus abanicos de luz esplendente, sobre un panorama de encantos interminables?

Y esa es la dicha y asi tiene que ser la dicha, que, a despecho de los misántropos y de los escépticos, existe plena y luminosa en el mundo, surgiendo de la unión de dos anhelos juveniles, de dos cariños amplios, para los cuales una voluntad superior les prepara un mismo cauce, rebosante de ventura...

Casi incontables y valiosisimos en su mayoria fueron los regalos que el cariño familiar y la honda estimación amistosa envió a los novios.

En varias vitrinas se amontonaban: joyas de gran valor y de soberana belleza, cheques, titulos bancarios, objetos de arte preciosos. Y luego por todos los salones las flores se hallaban en tal cantidad que transformaban la casa en un admirable jardin, jardin de encanto.

Nosotros unimos a los votos de ventura formulados en homenaje al nuevo hogar nuestros votos ampliamente sinceros.

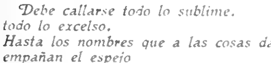
¡CALLEMOS!

¡Cuánto, cuánto se habla
sin ton ni son! ¡Qué declamar perpetuo
de retóricas nulas!
¿No es mejor, por ventura, el Silencio?

Que el Espíritu selle nuestra boca
con sus siete sellos,
y florezcan en paz nuestros enigmas...
¡Callemos, callemos!

¡Oh! la estéril balumba... ¡Y ser la Vida
tan honda como es! ¡Ser el misterio
tan insondable!
¡Triste afán de ruido, que mancilla lo Eterno
que palpita en nosotros!...
¡Callemos, callemos!

Los ángeles vendrán a reposarse
en las ramas del Árbol, mudo y quieto,
como divinos pájaros de nieve:
¡hay tantas cosas que callar con ellos!



Debe callarse todo lo sublime,
todo lo excelso.
Hasta los nombres que a las cosas damos,
empañan el espejo
del Ser, en que se mira
el Arquetipo, trémulo
de luz, de santidad y de pureza...
¡Callemos, callemos!

En el callar hay posibilidades
sin límite, hay portentos
celestes, hay estrellas, más estrellas
que en todo el firmamento.

El Alma y Dios se besan, se confunden
y son una sola alma, en el inmenso
mar de Extasis, manso, inalterable...
¡Callemos, callemos!

AMADO NERVO.



Los novios después de la ceremonia



MÉDICOS URUGUAYOS EN FRANCIA

Organizada por el Touring Club de France, los médicos Uruguayos que se hallaban en París, realizaron una visita a las estaciones termales de los Pirineos. La fotografía los da en Biarritz, y allí se hallan los señores (1) Dr. Juan Carlos Blanco, Ministro del Uruguay, (2) Profesor Sellier, de la Facultad de Burdeos, (3) Dr. Mezzera, (4) Dr. Armengaud, (5) Dr. Borrás, (6) Dr. Piaggio Garzon, (7) Dr. Bosch, (8) Dr. Garmendia, (9) Dr. Rodríguez, (10) Sr. Vaeza Ocampo, (11) Sr. Villagran, (12) Sr. M. Pascual, (13) Dr. Barbot, (14) Mr. Sarat, Maire de Bayonne, (15) Mr. Elous, delegado del Touring Club.

Día de Primavera en New Jersey.

I. — LA MAÑANA

Los troncos, secos aún, tan secos que parecen apolillados, han abierto orejas de arriba abajo, en sarta viva, por toda su madera, para oirla venir, como viene, cantando débilmente por los valles velados.

II. — MARIPOSA MALVA

Ya la nieve ha dejado al sol las hojas secas del otoño pasado, que conservaba iguales e intactas bajo su frío blanco y llenan todo el suelo.

Los árboles, aún sin brotes y sin flores, tienen, sobre el azul con viento, volubles copas de nubes blancas. Una mariposilla malva pasa entre los troncos crujientes y se va, antes casi de que podamos verla.

—¡Mira!

Cuando tú miras, ya se ha ido, dejando una inmensa desolación del tamaño de la esperanza de un minuto, que llenó todo el campo, en todo el valle solitario, que manda al olor seco con sol del bosque alto un olorcillo con sol, fresco y nuevo.

III. — MEDIODÍA

Por el ambiente yerran, como viento, colorines que aún no están posados en ninguna parte. Aquel bosque parece ahora vagamente verde, luego, lleno de flor roja, o violeta...

La hora, de oro claro, se va llevando al ocaso, en su seno, visiones de armonía y de hermosura que no se sabe qué son, ni cómo, ni por qué. Se salta, se ríe, se habla mucho, se canta... se suspira... ¡Ya viene, por la tarde también!

IV. — INSISTENCIA

Lejos, entre el fresco viento tembloroso, hay ilusiones de color nuevo, como manchas verdes, moradas, azules, que las sombras de las nubes quitan y ponen. Todo el paisaje está cual esfumado dulcemente por una eterna mano femenina. Estamos en dos tonos. No hay aún tricromía. Es como si Abril acercase a nuestra alma la primavera lejana a través de su telescopio de alegres cristales.

V. — INSISTENCIA

Aquí, a mi lado, en la infinita soledad de cerca, canta un rondaflor en una rama amarilla; la deja luego, y la rama se queda meciéndose. Allá, en la infinita soledad lejana, se adivinan, entre la niebla, vagas manchas verdes, tiernas, albinas, de campos grandes que tienen el gran sol débil de un cielo que insiste en despejarse.

VI. — LA TARDE

El claro oro de luz de las cinco se dilata inmensamente, hasta romperlo, en su marco de colores nuevos, como si fuera el alma ansiosa de la tarde que quisiera ser todo el mundo, mostrarse en toda su hermosura, desbaratar la naturaleza que la contiene para crear otra naturaleza más divina. Se enciende, se enciende... Todavía no puede... Y, poco a poco, apagándose otra vez en maravillosa retirada de color con luz, se va al ocaso suspirando inmensamente por una verdad que aún parece mentira.

Mañana, ya con un poco más de fuerza, dirá: ¡Mañana!

VII. — SOMBRAS VERDES

Sobre la yerba verdeoro, en que la luz decae y se enfría, verde que no ha igualado la guadaña, oro que el sol complica, nuestras sombras de amor se alargan, en pura esmeralda, hasta un naciente malva, rosa y gris de ramajes y nubes confundidos, que parece la retirada del invierno.

VIII. — LA NIÑA

La niña se ha quedado sola, sentada en el troncón, jugando con las culebrillas de tierra que saca de debajo de las piedras. No habla. Sólo sonríe.

Le sonríe y le tiende las manos, echando la cabeza atrás, abiertos los ojos al cielo que tiene a la espalda, en un deseo descuidado y tornadizo, al sol poniente que, como un caramelo grana, se pierde poco a poco tras la niebla de un alto horizonte de nube.

IX. — EN EL TREN DE VUELTA

Morado y verde todo, vagamente. La primavera, toda la primavera ante la que vamos pasando, gran fresco de un Puvis de Chavannes con más jugo, se recoge y se hunde en su propia alma como una flor de esas que se cierran de noche, una gran flor poco vista... Soñolencia... Cada vez que se abren los ojos, el paisaje real tiene el valor mismo que el del recuerdo, pintado en la ausencia momentánea del sueño. Nunca ví más armonía entre la ilusión y la verdad, amor, que entre tú y mi sueño, que entre mi sueño y este anochecer verde y morado de primavera.

Este clavel, esta fuente grana de esencia, colma de su viva frescura sensual todo el color azul y oro de la tarde que, siendo azul y oro, es roja por dentro, como si tuviera alma de sangre y la transparentara el sol poniente.

Es cual si yo tuviera en mi mano, dentro del cuerpo de Sevilla, cogido su corazón. Es como si todos los corazones de sus mujeres se hubieran hecho un solo clavel, este clavel que yo tengo en mi mano, del puesto verde de la calle de las Sierpes.

Este clavel es el mundo, que se ha hecho del tamaño de un clavel, digo, de Sevilla, que está prendida, clavel único, madre de los claveles, sobre el pecho izquierdo de la naturaleza.

...La tarde va cayendo, y como una mantilla negra, el anochecer viene sobre Sevilla; y la luna, roja igual que un clavel, asoma entre su nuca, fresca con el río, y el cielo hondo de su pelo.

Juan Ramón Jiménez.



La muerta viva

oooo

ERA en la primavera de 1839, y Londres, opulenta y fastuosa, ofrecía al halago de propios y admiración de extraños, las fiestas de lo que allí llaman la estación, aludiendo a la más bella y agradable del año.

Había por entonces comenzado la moda de viajar más allá de las fronteras patrias, y apenas había español que se estimase, y a más de este natural sentimiento de su propia estimación, contase con el suficiente peculio para demostrarse la estima en que se tenía, que no procurara salir por la puerta de Bilbao, si era vecino de la corte, y carretera de Francia arriba, marchar a conocer tierras ajenas, en que ejercitar su admiración, y suspender y maravillar, excitando sus envidias, a los amigos que acudiesen a recibirle en su regreso, al mismo pie de la diligencia en pleno patio de Correos.

Claudio Guevara, muchacho rico, gala del Prado y de las tertulias de la calle de la Montera, y el más cumplido maniquí de los fraques de Utrilla, no podía por menos de ir a perfeccionar sus cursos de elegancia en la corte de Luis Felipe, y una vez junto al Sena, acordóse del Támesis, y en la corte inglesa dió con su gentil persona, haciendo acopio de motivos para el asombro de quienes le hallasen a su vuelta en las calles de Madrid.

Habíase alojado en un hotel próximo al Teatro Italiano, que era uno de los templos de la elegancia londinense, y a concurrir al cual apresuróse la misma noche del día en que llegó. Era en la época en que se consideraba de mal tono en aquel coliseo el aplaudir con las manos desnudas, tanto que William Been, famoso redactor del *Times*, para dar idea a sus lectores de cómo se había ovacionado a una tiple, la Perriani, decía en su reseña que los espectadores habían cambiado tres veces de guantes, lo cual hace suponer que cada asistente a la ópera llevaba el saldo de una guantería en los bolsillos.

Al otro día, recorriendo Guevara la fonda donde se hospedaba, en su afán de curiosear con todo detalle cuanto veía fuera de España, extrañóse al ver que en medio del gran movimiento de gente que en la casa había, el dueño, como sometido a una preocupación extraña, iba y venía sin dirigir a nadie la palabra, y siempre se detenía ante la puerta del cuarto marcado con el número 34.

Hubo un momento en que el caballero español le sorprendió arrodillado delante de la puerta de aquella habitación. Y tan absorto estaba en no se sabe qué raros pensamientos, que no advirtió cómo don Claudio se acercaba, y poníale la mano sobre el hombro.

—Perdón, perdón, señor, — gimió más que dijo el hostelero, turbado ante la presencia del caballero, quien procuró tranquilizarle sonriente.

—No tema usted, amigo. No pienso matarle, ni mucho menos. A fe que no me perdonaría jamás el haber privado al mundo de un tan famoso cocinero.

—Perdóneme el señor...

—La verdad es que no sé de qué falta. Pero si le diré que me extraña el misterio que puede haber en ese cuarto.

—Misterio es y grande — respondió el hostelero poniendo gran seriedad en su semblante. — No hay que reírse de las cosas que son demasiado serias.

—Pero sepamos qué se esconde ahí.

—¡Ay!, el señor no lo creerá. Es una aparición.

—¡Caramba! Eso es efectivamente serio.

—Una muerta que ha salido de su tumba.

—¿Joven?

—Joven.

—¿Y bonita?

—Bonita.

—Pues celebraré mucho que me distinga apareciéndoseme. No me explico ese temor de usted.

—Porque el señor no sabe la historia que hay en todo esto.

—Ciertamente que no lo sé. Pero me figuro que debe ser interesante. Claro está que no tengo motivos para merecer de usted una confidencia, pero valía la pena de que la hiciera usted, aunque no fuese más que para que siendo dos a tener miedo, tocásemos a menos.

—Ay, señor, esto no es una broma.

—No, señor. Es algo muy grave. Cuente usted.

—Ya verá usted si es grave. Hace pocos años, estando yo recién casado, y muy feliz, empecé a inquietarme por ciertas ausencias de mi mujer, que nunca podía explicarme de una manera que me dejara satisfecho.

—Siga usted, que eso es interesante.

—Un criado que yo tenía de toda mi confianza ofrecióse a enterarse de la causa de aquellas misteriosas ausencias. Y cumplió tan bien su cometido, que pronto pudo avisarme de que mi mujer iba a ver un niño.

—No sería verdad.

—Verdad, porque yo mismo fuí luego a ver al ama que lo criaba, y supe por ella que aquella criatura era de mi mujer y la había tenido antes de casarse.

—Hombre, menos mal...

—Volví a mi casa furioso. Cogí a mi mujer, y la dije que me había propuesto matarla. Y a matarla iba, se lo juro a usted, cuando... cuando oí un grito, y apareció entre nosotros una joven muy bella, pálida y morena, que sujetó mi brazo, y me dijo:—No toques a esa mujer antes de que tenga tiempo para justificarse. La culpable pudo entre tanto ponerse a salvo, y con gran sorpresa mía, la dama recién llegada, de la cual yo no sabía sino que era extranjera, tomó un papel y me lo dió después de haber escrito en él algunas líneas.

—¿Y qué decía en ellas?

—Sencillamente que se me permitiese aquella noche la entrada en el Teatro Italiano, y se me sentase en una buena luneta.

—Es una manera filosófica de curar a un marido furioso. Se le procura una distracción, y puede ser el gran remedio.

—No se burle usted, caballero. Yo obedecí y fuí al teatro. Representábase *Otelo*. La historia del esposo que asesina por celos a una mujer inocente. ¿Y sabéis quién hacía el papel de la esposa? Pues la linda extranjera que me había proporcionado la entrada. ¡Ah, y cómo cantaba!

—Después de aquello...

—Delante de la extranjera dí a mi mujer palabra de no proceder contra ella, mientras no hubiese una evidencia de su falta. Y la hermosa cantante me prometió volver para desengañarme y restituirme la felicidad de mi casa.

—¿Volvió?

—Aquí viene mi mayor desgracia. La extranjera no pudo volver, porque de allí a poco, después de un concierto en que había cantado como un angel se acostó para no levantarse más. Y se llevó el secreto y con él mi felicidad.

—Bien, pero ¿y esa aparición de ahora, qué relación puede tener con esa historia?

—¡Señor, que es ella!

—¡Ella! ¿La cantante maravillosa?

—La misma. No hay duda.

—Pero, hombre, eso es muy raro.

—Es muy raro, pero es verdad.

Y estaba ya Guevara tentado de mandar a paseo al huésped, a pesar de que había comenzado a interesarle el episodio, cuando abrióse la puerta del aposento misterioso y surgió, en efecto, una linda figura de mujer, morena y pálida.

—Por algo — dijo la aparecida — he venido a casa de usted. Pero hasta ahora no le he visto y no he hablado más que con su esposa.

El fondista la contemplaba estupefacto, y ella proseguía:

—Vengo a traerle a usted el secreto prometido.

Y le alargó un sobre cerrado, a cuya vista el hostelero gritó de espanto:

—Es su letra, es su letra. — Y dirigiéndose a Guevara: — ¿Lo vé, lo vé el señor cómo es ella que ha salido de su tumba?

Pero la dama, pálida y morena, repuso sonriendo:

—Mi hermana conocía toda la intriga. Aquel niño era de una joven ilustre que confió su honor a la discreción de la mujer de usted. Muerto el tutor de miss X, ella se ha casado con el padre de su hijo.

—Y mi mujer sufría en silencio mis querellas.

—Para hacerle a usted un buen servicio, puesto que han pagado su atención y su silencio con mil libras esterlinas que le serán entregadas en seguida. Mi hermana le llevó a usted a ver *Otelo*, para confundir su cólera y aplacarla sin revelar por el momento el secreto que a ella también habían confiado. Ya que ella por desgracia no puede venir, llego yo en su nombre a devolverle a usted el honor, la calma y anunciarle el recibo de ese buen puñado de dinero. No vuelva usted a fiarse de las apariencias y sea usted feliz.

Guevara, a quien la escena pareció muy curiosa, dirigióse entonces a la dama, manifestándola cuánto le había interesado aquel suceso, y solicitando el nombre de su hermana y el de ella, invocando como pretexto a su curiosidad la condición de ser él también extranjero.

—¿De qué país? — preguntó ella.

—Español.

—Española soy yo y madrileña, lo mismo que mi hermana.

—¿Su nombre?

—Mi hermana se llamaba la Malibrán. Yo me llamo Paulina García.

Y haciéndole un saludo muy gracioso, con la promesa de volverse a ver, desapareció prontamente.

Claudio Guevara hallóse solo porque el fondista, pasado ya el susto de la aparición, y explicada la extraordinaria semejanza de esta dama con aquélla, igualmente bella, morena y pálida, habíase marchado a abrazar a su esposa, libre ya de temores y de sospechas.

Y Guevara tuvo ya algo curioso que contar, con referir cómo conoció a la hermana de la Malibrán, la no menos famosa Paulina García, que fué madama Viardot, y sobre todo la musa de Musset.

Pedro de Répide.



MÉDICOS URUGUAYOS EN FRANCIA

Organizada por el Touring Club de France, los médicos Uruguayos que se hallaban en París, realizaron una visita a las estaciones termales de los Pirineos. La fotografía los da en Biarritz, y allí se hallan los señores (1) Dr. Juan Carlos Blanco, Ministro del Uruguay, (2) Profesor Sellier, de la Facultad de Burdeos, (3) Dr. Mezzera, (4) Dr. Armengaud, (5) Dr. Borras, (6) Dr. Piaggio Garzon, (7) Dr. Bosch, (8) Dr. Garmendia, (9) Dr. Rodriguez, (10) Sr. Vaeza Ocampo, (11) Sr. Villagran, (12) Sr. M. Pascual, (13) Dr. Barbot, (14) Mr. Sarat, Maire de Bayonne, (15) Mr. Elou[illegible], delegado del Touring Club.

Día de Primavera en New Jersey.

[illegible] LA MAÑANA

[illegible] vendrán, como viene, [illegible] los valles velados.

[illegible]

[illegible] dejado al sol las hojas [illegible] blanco [illegible]

[illegible] aun sin brotes y sin flores [illegible] azul con viento [illegible] blancas. Una mariposilla [illegible] troncos [illegible]

[illegible] ha ido, dejando [illegible] tamaño de la [illegible] todo el [illegible] solitario, que manda [illegible] bosque alto un olor [illegible] fresco y nuevo.

III. [illegible]

[illegible] vendrán, como viento [illegible] bosque parece ahora [illegible] lleno de flor roja [illegible]

[illegible] claro, se va llevando al [illegible]

IV. [illegible] INSISTENCIA

[illegible] fresco viento [illegible] color [illegible] manchas [illegible] azules, que las sombras [illegible] Todo el [illegible] Estamos en [illegible] Es como si [illegible] la primavera

lejana a través de su telescopio de alegres [illegible]

V. [illegible] INSISTENCIA

[illegible] en la infinita soledad [illegible] cerca, canta un [illegible] en una rama a la orilla; la deja luego, y la rama se queda meciéndose. Allá, en la infinita soledad lejana, se adivinan, entre la niebla, vagas manchas verdes, tiernas, albinas, de campos grandes que tienen el gran sol débil de un cielo que [illegible] en despejarse.

VI. LA TARDE

El claro oro de luz de las cinco se dilata inmensamente, hasta romperlo, en su marco de colores nuevos, como si fuera el alma ansiosa de la tarde que quisiera sobre todo el mundo, mostrarse en toda su hermosura, desbaratar la naturaleza que la contiene para crear otra naturaleza más divina. Se enciende, se enciende... Todavía no puede... Y, poco a poco, apagándose otra vez, el maravilloso retira la del color con luz, se va al ocaso suspirando inmensamente por una verdad que aun parece mentira.

Mañana, ya con un poco más de fuerza, [illegible] ¡Mañana!

VII. [illegible] VERDE

Sobre la yerba verdeoro, en que la [illegible] se estira, verde que no ha igualado la guadaña, oro que el sol [illegible], [illegible] sombras de amor se alargan, en pura [illegible], hasta un naciente malva, rosa y gris de ramajes y nubes confundidos, que parece la retirada del invierno.

VIII. [illegible]

[illegible] con las estrellas [illegible]

[illegible] saca de debajo de las piedras. No habla. Sólo sonríe.

Le sonríe y le tiende las manos, echando la cabeza atrás, abiertos los ojos al cielo que tiene a la espalda, en un deseo descuidado y tornadizo, al sol poniente que, como un [illegible] grana, se pierde poco a poco tras la niebla de un alto horizonte de nubes.

IX. EN EL TREN DE VUELTA

[illegible] todo, vagamente. La primavera, toda la primavera ante la que vamos pasando [illegible] fresco de un Puvis de Chavannes con [illegible], se recoge y se [illegible] en su propia alma como una flor de esas que se cierran de noche, una gran flor poco vista... Soñolencia... Cada vez que se abren los ojos, el paisaje real tiene el valor mismo que el del recuerdo, pintado en la ausencia momentánea del sueño. Nunca vi más armonía entre la ilusión y la verdad, amor, que entre tú y mi sueño, que entre mi sueño y este anochecer verde y morado de primavera.

Este clavel está [illegible] grana de esencia, [illegible] de su viva frescura sensual toda el color azul y oro de la tarde que, siendo azul y oro, es roja por dentro, como si tuviera alma de sangre y la transparentara el poniente.

Es cual si yo tuviera en mi mano, dentro del cuerpo de Sevilla, cogido su corazón. [illegible] los corazones de sus mujeres [illegible] hubieran hecho un solo clavel, este [illegible]

Este clavel es el [illegible], que se ha hecho del tamaño de un clavel, digo, de Sevilla que está [illegible], clavel único, [illegible] los claveles, sobre el pecho izquierdo de [illegible] naturaleza.

... La tarde va cayendo, y como una [illegible] negra el anochecer viene sobre Sevilla, y la luna, roja igual que un clavel [illegible] entre su mano, fresca con el río, y el [illegible]

Juan Ramón Jiménez.



ENGALANAMOS hoy una página de nuestra revista con el retrato y algunas reproducciones del pintor argentino Antonio Alice. Artista vigoroso, de gran renombre, el que ha alcanzado a pesar de su juventud, ocupando hoy un puesto envidiable en el escenario artístico americano.

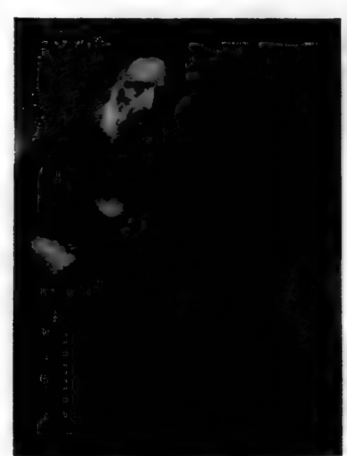
Nacido en Buenos Aires, de una familia humilde, debe su fama y su encumbrada posición a su talento y a su perseverancia. Al decir de una revista, representa para el arte argentino uno de los esfuerzos más dignos de admiración.

Los dibujos que este artista hiciera, allá en su niñez y en el taller donde trabajaba, llamaron poderosamente la atención del señor Carrigo, quien lo recomendó al pintor Bonifante, que entonces tenía un estudio en Buenos Aires. Este pintor fué para Alice no sólo el maestro sino el amigo. Bonifante — declaró Alice cierta vez a un periodista — no "hizo la América" porque no quiso. Era demasiado artista para ello. Hoy se encuentra en Italia admirado y reconocido en todo su valer.

Al maestro Bonifante debe Alice el éxito de sus primeros esfuerzos. Alentado y preparado por él logró ingresar directamente en el curso superior de la Escuela de Bellas Artes y ganó, por concurso, la beca otorgada por el Gobierno para estudiar en Italia.

Admitido en el curso de perfeccionamiento de la Academia de Turín, obtiene tres medallas de oro y expone obras suyas con notorio éxito en las exposiciones de Mónaco y París. Los cuadros expuestos son retratos, y es en ese trabajo donde demuestra más sobresalientes condiciones.

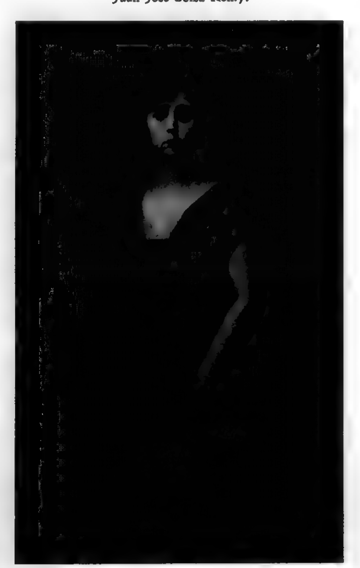
Después de una brillante estadía en los grandes centros artísticos de Europa, el pintor Alice vuelve a Buenos Aires, trayendo en su maleta las halagadoras constataciones de sus triunfos, un caudal de trabajo muy importante y muy bueno y el cuadro titulado "La muerte de Güemes" que, expuesto en el gran torneo mundial del Centenario realizado en la vecina República, obtiene medalla de oro.



"Confesión", cuadro premiado en el Salón de París con Medalla de Plata y en el Salón de Filadelfia con el Gran Premio.



El pintor argentino Antonio Alice, en su estudio, acompañado por el escritor y periodista Juan José Soiza Reilly.



Retrato de la señora Lola Torres Cabrera de Bottero.

Un año más tarde, en 1911, el Jurado del Primer Salón Nacional de Arte realizado en Buenos Aires le concede el premio de tres mil pesos, y lleno de entusiasmos nuevos y de nuevos bríos vuelve al Viejo Mundo y en París, en el gran Salón, obtiene Medalla de Plata por su cuadro titulado "Confesión", hermosísima tela, que poco después, en la Exposición continental de Filadelfia, obtiene el Gran Premio.

En una carta interesante que el pintor Alice ha enviado a nuestro compatriota, el señor Orestes Baroffio, a cuya gentileza debemos esta nota de arte, se contienen algunas apreciaciones del referido artista respecto de lo que debe ser un pintor y cómo entiende él la pintura. No resistimos al deseo de copiar algunos párrafos de esa epístola.

"Todo me interesa en la vida y pienso que un pintor debe pintar todo lo que su visión cree digno de pasar al lienzo. Sincero se debe ser siempre. Para ser original jamás hay que preocuparse de serlo. Difícil es hoy mantenerse en el camino del equilibrio, pues las "manías" de "tendencias" y de "snobismo" se han posesionado de muchos temperamentos jóvenes, lo que les hace malograr toda la parte buena que tienen para producir obras que resistan al análisis. — Mucho se habla de "moderno". ¿Y qué quiere decir esto? ¿Acaso el verdadero arte debe ser antiguo o moderno? Creo que no. ¡Debe ser eterno! Por eso el artista, que es expresión individual y no colectiva, debe estar siempre librado a su inspiración y sometido a su constante sinceridad. Ser humilde para ser grande."

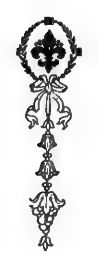
Alice ha merecido de la crítica argentina muy altas pruebas de estimación. *La Nación* con motivo de ser expuestas en un salón de la capital porteña algunas de las obras del distinguido artista, se expresó en estos términos: "Alice es un artista serio, honrado y sereno. No le agradan y no busca los efectos teatrales o friamente audaces que enamoran a cierta clase de públicos, o lo dejan boquiabierto. Su paleta, ni se mercantiliza, ni se entrega a la novelería. El pintor camina por el mundo en busca de la belleza, sincera, pero despreocupadamente, y cuando la ha hallado allí planta su caballete y trata de reproducirla con honestidad y verdad. — Toda la exposición de Alice es una magnífica prueba de estas dotes morales, de probidad artística, sin las cuales no es posible ser un pintor completo, del mismo modo que, sin ellas, en el curso común de la vida, no se puede ser un hombre estimable. Alice no es un "arrivista" que busca el éxito, ya sea entre los tontos o entre los "snobs", y, como no lo busca, halla por de pronto el aprecio de los entendidos."

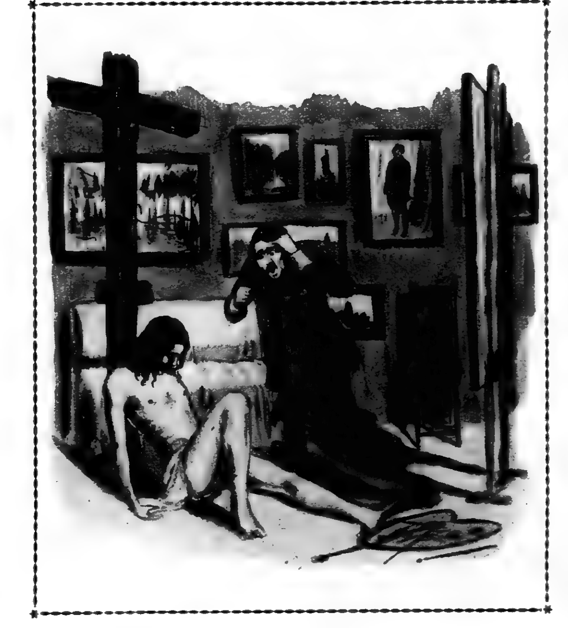
Tal es, a grandes rasgos la personalidad de este pintor argentino, verdadera gloria del arte pictórico en el vecino país.



Retrato de una dama italiana, uno de los trabajos más celebrados de Alice.

EL CRISTO DE LA AGONÍA





I

San Francisco de Quito, fundada en Agosto de 1543 sobre las ruinas de la antigua capital de los *Scyris*, posee hoy una población de 70 000 habitantes y se halla situada entre la falda oriental del Pichincha o monte que hierve.

El Pichincha descubre a las investigadoras miradas del viajero dos grandes cráteres, que sin duda son resultado de sus varias erupciones. Presenta tres picachos o respiraderos notables, conocidos con los nombres del *Rucu - Pichincha* o Pichincha Viejo, el *Guagua - Pichincha* o Pichincha Niño, y el *Cundor - Guachana* o Nido de Cóndores. Después del *Sangay*, el volcán más activo del mundo y que se encuentra en la misma patria de los *Scyris*, a inmediaciones de Riobamba, es indudable que el *Rucu - Pichincha* es el volcán más terrible de la América. La historia nos ha transmitido sólo la noticia de sus erupciones en 1534, 1539, 1577, 1588, 1660 y 1662. Casi dos siglos habían transcurrido sin que sus torrentes de lava y rudos estremecimientos esparcieron el luto y la desolación, y no faltaron geólogos que creyesen que era ya un volcán sin vida. Pero el 22 de Marzo de 1859 vino a desmentir a los sacerdotes de la ciencia. La pintoresca Quito quedó entonces casi destruída. Sin embargo, como el cráter principal del Pichincha se encuentra al Occidente, su lava es lanzada en dirección de los desiertos de Esmeraldas, circunstancia salvadora para la ciudad que sólo ha sido víctima de los sacudimientos del gigante que le sirve de atalaya. De desear sería, no obstante, para el mayor reposo de sus moradores, que se examinase hasta qué punto es fundada la opinión del barón de Humboldt, quien afirma que el espacio de seis mil trescientas millas cuadradas alrededor de Quito encierra las materias inflamables de un solo volcán.

Para los hijos de la América republicana, el Pichincha simboliza una de las más bellas páginas de la gran epopeya de la revolución. A las faldas del volcán tuvo lugar el 24 de Mayo de 1822 la sangrienta batalla que afianzó para siempre la independencia de Colombia.

¡Bendita seas, patria de valientes, y que el genio del porvenir te reserve horas más felices que las que forman tu presente! A orillas del pintoresco Guayas me has brindado hospitalario asilo en los días de la proscripción y del infortunio. Cumple a la gratitud del peregrino no olvidar nunca la fuente que apagó su sed, la palmera que le brindó frescor y sombra y el dulce oasis donde vió abrirse un horizonte a su esperanza.

Por eso vuelvo a tomar mi pluma de cronista para sacar del polvo del olvido una de tus más bellas tradiciones, el recuerdo de uno de tus hombres más ilustres, la historia del que con las inspiradas revelaciones de su pincel alcanzó los laureles del genio, como Olmedo con su homérico canto la inmortal corona del poeta.

II

Ya lo he dicho. Voy a hablaros de un pintor: de Miguel de Santiago.

El arte de la pintura, que en los tiempos coloniales ilustraron Antonio Salas, Gorívar, Morales y Rodríguez, está encarnado en los magníficos cuadros de nuestro protagonista, a quien debe considerarse como el verdadero maestro de la escuela quiteña. Como las creaciones de Rembrandt y de la escuela flamenca se distinguen por la especialidad de las sombras, por cierto misterioso claro - obscuro y por la feliz disposición de los grupos, así la escuela quiteña se hace notar por la viveza del colorido y la naturalidad. No busquéis en ella los refinamientos del arte, no pretendáis encontrar gran corrección en las líneas de sus *Madonnas;* pero si amáis lo poético como el cielo azul de nuestros valles, lo melancólicamente vago como el *yaraví* que nuestros indios cantan acompañados de las sentimentales armonías de la *quena*, contemplad en nuestros días las obras de Rafael Salas, Cadenas o Carrillo.

El templo de la Merced en Lima ostenta hoy con orgullo un cuadro de Anselmo Yáñez. No se halla en sus detalles el estilo quiteño en toda su extensión; pero el conjunto revela bien que el artista fué arrastrado en mucho por el sentimiento nacional. La *Oración en el Huerto* figuraría dignamente al lado de un cuadro del Veronés.

El pueblo quiteño tiene el sentimiento del arte. Un hecho bastará a probarlo. El convento de San Agustín adorna sus claustros con catorce cuadros de Miguel de Santiago, entre los que sobresale uno de grandes dimensiones, titulado *La genealogía del santo Obispo de Hipona*. Una mañana en 1857 fué robado un pedazo del cuadro que contenía un hermoso grupo. La ciudad se puso en alarma y el pueblo todo se constituyó en pesquisador. El cuadro fué restaurado. El ladrón había sido un extranjero comerciante en pinturas.

Pero ya que, por incidencia, hemos hablado de los catorce cuadros de Santiago que se conservan en San Agustín, cuadros que se distinguen por la propiedad del colorido y la majestad de la concepción, esencialmente el del *Bautismo*, daremos a conocer al lector la causa que los produjo y que, como la mayor parte de los datos biográficos que apuntamos sobre este gran artista, la hemos adquirido de un notable artículo que escribió el poeta ecuatoriano don Juan León Mera.

Un oidor español encomendó a Santiago que le hiciera su retrato. Concluído ya, partió el artista para un pueblo llamado Guápulo, dejando el retrato al sol para que se secara, y encomendando el cuidado de él a su esposa. La infeliz no supo impedir que el retrato se ensuciase, y llamó al famoso pintor Gorivar, discípulo y sobrino de Miguel, para que reparase el daño. De regreso Santiago, descubrió en la articulación de un dedo que otro pincel había pasado sobre el suyo. Confesáronle la verdad.

Nuestro artista era de un geniazo más atufado que el mar cuando le duele la barriga y le entran retortijones. Encolerizóse con lo que creía una profanación, dió de cintarazos a Gorivar y rebanó una oreja a su pobre consorte. Acudió el oidor y lo reconvino por su violencia. Santiago, sin respeto a las campanillas del personaje, arremetióle también a estocadas. El oidor huyó y entabló acusación contra aquel furioso. Este tomó asilo en la celda de un fraile; y durante los catorce meses que duró su escondite pintó los catorce cuadros que embellecen los claustros agustinos. Entre ellos merece especial mención, por el diestro manejo de las tintas, el titulado *Milagro del peso de las ceras*. Se afirma que una de las figuras que en él se hallan es el retrato del mismo Miguel de Santiago.

III

Cuando Miguel de Santiago volvió a aspirar el aire libre de la ciudad natal, su espíritu era ya presa del ascetismo de su siglo. Una idea abrasaba su cerebro. Trasladar al lienzo la suprema agonía de Cristo.

Muchas veces se puso a la obra; pero descontento de la ejecución, arrojaba la paleta y rompía el lienzo. Mas no por esto desmayaba en su idea.

La fiebre de la inspiración lo devoraba; y sin embargo, su pincel era rebelde para obedecer a tan poderosa inteligencia y a tan decidida voluntad. Pero el genio encuentra el medio de salir triunfador.

Entre los discípulos que frecuentaban el taller, hallábase un joven de bellísima figura. Miguel creyó ver en él el modelo que necesitaba para llevar a cumplida realización su pensamiento.

Hízolo desnudar, y colocólo en una cruz de madera. La actitud nada tenía de agradable ni de cómoda. Sin embargo, en el rostro del joven se dibujaba una ligera sonrisa.

Pero el artista no buscaba la expresión de la complacencia o del indiferentismo, sino la de la angustia y el dolor.

—¿Sufres? — preguntaba con frecuencia a su discípulo.

—No, maestro — contestaba el joven, sonriendo tranquilamente.

De repente Miguel de Santiago, con los ojos fuera de sus órbitas, erizado el cabello y lanzando una horrible imprecación, atravesó con una lanza el costado del mancebo.

Este arrojó un gemido y empezaron a reflejarse en su rostro las convulsiones de la agonía.

Y Miguel de Santiago, en el delirio de la inspiración, con la locura fanática del arte, copiaba la mortal congoja; y su pincel, rápido como el pensamiento, volaba por el terso lienzo.

El moribundo se agitaba, clamaba y retorcía en la cruz; y Santiago, al copiar cada una de sus convulsiones, exclamaba con creciente entusiasmo:

—¡Bien! ¡Bien, maestro Miguel! ¡Bien, muy bien, maestro Miguel!

Por fin el gran artista desata a la víctima; vela ensangrentada y exánime; pásase la mano por la frente como para evocar sus recuerdos, y como quien despierta de un sueño fatigoso, mide toda al enormidad de su crimen y, espantado de sí mismo, arroja la paleta y los pinceles y huye precipitadamente del taller.

¡El arte lo había arrastrado al crimen!

Pero su *Cristo de la Agonía* estaba terminado.

IV

Este fué el último cuadro de Miguel de Santiago. Su sobresaliente mérito sirvió de defensa al artista, quien después de largo juicio obtuvo sentencia absolutoria.

El cuadro fué llevado a España. ¿Existe aún, o se habrá perdido por la notable incuria peninsular? Lo ignoramos.

Miguel de Santiago, atacado desde el día de su crimen artístico de frecuentes alucinaciones cerebrales, falleció en Noviembre de 1673, y su sepulcro está al pie del altar de San Miguel en la capilla del Sagrario.

R. Palma.



Señora María Mercedes Puccio de Silveira

Album Social

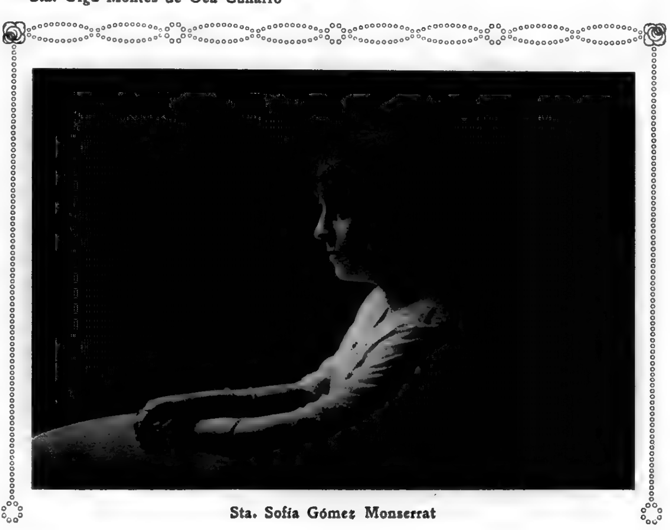


Sta. Anunciación Díaz Aznarez

Sta. Olga Montes de Oca Cuñarro

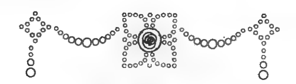


Sta. Margarita Ruiz Salinas



Sta. Sofía Gómez Monserrat

La ilustre casa de los Viana





Miniatura de la nieta de los Mariscales de Viana Doña Concepción de Estrada y Viana—su primer esposo fué su tio carnal Don FranciscoJavier de Viana Capitán de Fragata de la Real Armada y Gobernador de Córdoba (R. A.) luego casó con Don Agustín Urtubey Farias (Constituyente).



Doña Concepción de Urtubey y Estrada de Langdo — Biznieta de los Mariscales de Viana.
Sus padres fueron: **Doña Concepción de Estrada y Viana y Don Agustín de Urtubey y Farias. —** ***Sus abuelos:*** **Doña Teresa de Viana y Alzaibar y DonThomas de Estrada --** ***Bisabuelos:*** **Doña María Francisca de Alzaibar y Calo y Don José Joaquínde Viana y Saenz de Villaverde**

HE aquí una nota de verdadero mérito histórico. La constituyen algunos objetos — verdaderas reliquias — que pertenecieron a los ilustres señores de Viana, Mariscal de Campo y noble de antiquísimo abolengo.

En las más remotas lejanías del pasado se pierde, por así decirlo, la ascendencia de esta rama nobiliaria española, que tantos varones de fama ha dado y tantas damas virtuosas puede ostentar.

Consta la casa del apellido Viana de todas las partes que constituye asegurada nobleza, asistiéndole antigüedad tan venerable con relevantes méritos, que su origen se aparta de la más exacta diligencia de los genealogistas y de prolija investigación de los historiadores.

Sondando el piélago de su antigüedad entre las confusas ondas de repetidos siglos y entre los linajes del reino de Galicia, donde también es antiquísima y tiene su casa solariega en la villa de su propio nombre, Viana, entre los ríos de Duero y Miño como lo afirma el obispo don Servando que lo fué de Orense, sondando, repetimos, en los siglos se sabe que, imperando la monarquía goda, existió don Rodrigo, ascendiente de la familia Viana. El obispo, antes nombrado, fué confesor suyo y en el resumen historial genealógico que escribió de España, folio 24, expresa que el mayor lauro y realce de esa familia y casa de Viana tanto del mencionado reino como en el de Navarra (cuyo origen es inmemorial), fué el haber padecido por Cristo, San Justino de Viana tan insigne mártir como refiere Eusebio Nicéforo y San Jerónimo entre sus varones ilustres llevándose este preclaro héroe la antigüedad de su florecimiento, triunfo y victoria del enemigo de la religión, por la constante y firme confesión de fe, hasta entregar en el martirio la vida. En aquellos días tenía la suprema silla Aniceto Pontífice Máximo; y la del Romano Imperio Marco Aurelio, por los años de 168. Esta es la ponderación que más eleva la autoridad de la casa de Viana, pues por el tiempo excede a innumerables ilustres y compite con las de más grande estatura y por el mérito hace ventaja a todas las honras, graduaciones y dignidades temporales, cuando va de lo caduco a lo inmutable de la bienaventuranza.

"Traje" de la esposa de Don José Joaquín de Viana y Saenz de Villaverde — Doña María Francisca de Alzaibar y Calo, de brocato amarillo bordado en seda en realce de flores de colores, cubierto el corsaje con legítimo encaje de Flandes.

Algunos genealogistas descubren a todas luces la decorada nobleza de esta casa, pues el Marqués Montebelo y el Conde don Pedro en su nobiliario original le dan por primer progenitor de la casa de Viana a Pedro Yañez de Viana, cuyos hijos Bosco Pérez de Viana y doña María Pérez de Viana entroncaron con las casas más ilustres de Galicia y Castilla en aquellos tiempos, fundando con sus ilustres ramas todos los reinos y provincias ibéricas y principalmente en Toledo, Madrid, Andalucía y hasta en los reinos de las Indias, como expresa un escrito de la época.

Hasta nuestros días llegan los descendientes de tan noble casa y en el seno de nuestra sociedad, rodeados de la máxima consideración y respeto de todos, existen los herederos de tan seculares glorias caballerescas.

En poder de estos distinguidísimos descendientes de los Viana, se hallan los objetos preciosos que nos sirven para ilustrar esta hermosa página.

El escudo de armas y el distintivo de la Orden de Calatrava está en poder del señor Francisco de Viana.

El obleario lo posee doña Concepción Urtubey de Zufriateguy.

Y las hebillas, la miniatura de doña Concepción de Estrada y el traje de la Mariscala de Viana, en poder de la biznieta de la misma ilustre dama, señorita Celia Langdon Urtubey.

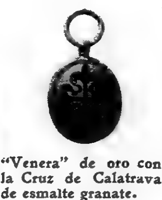
La misma consideración y afecto que rodeara siempre a los ilustres ascendientes en la casa de los Viana, rodea hoy a los distinguidos descendientes, cuya figuración en nuestra sociedad concentra innumerables simpatías y homenajes.



"Escudo" de Don José Joaquín de Viana y Saenz de Villaverde - Caballero del Hábito de Calatrava, Mariscal de Campo y Gobernador de Montevideo.







"Venera" de oro con la Cruz de Calatrava de esmalte granate.

"Hebillas" del Mariscal, de oro cinceladas y acero.



"Caja" de marfil con el escudo de los Viana en la cual el "Mariscal" tenía las obleas para cerrar sus cartas.



Señora María Mercedes Puccio de Silveira

Album Social



Sta. Anunciación Diaz Aznarez



Sta. Olga Montes de Oca Cuñarro



Sta. Margarita Ruiz Salinas



Sta. Sofía Gómez Monserrat

La ilustre casa de los Viana



Miniatura de la nieta de los Mariscales de Viana Doña Concepción de Estrada y Viana—su primer esposo fué su tío carnal Don Francisco Javier de Viana Capitán de Fragata de la Real Armada y Gobernador de Córdoba R. A.—luego casó con Don Agustín Urtubey Farías Constituyente).



Doña Concepción de Urtubey y Estrada de Langdon Biznieta de los Mariscales de Viana.

Sus padres fueron: Doña Concepción de Estrada y Viana y Don Agustín de Urtubey y Farías. *Sus abuelos:* Doña Teresa de Viana y Alzáibar y Don Thomas de Estrada. *Bisabuelos:* Doña María Francisca de Alzáibar y Calo y Don José Joaquín de Viana y Saenz de Villaverde.

HE aquí una nota de verdadero mérito histórico. La constituyen algunos objetos — verdaderas reliquias — que pertenecieron a los ilustres señores de Viana, Mariscal de Campo y noble de antiquísimo abolengo.

En las más remotas lejanías del pasado se pierde, por así decirlo, la ascendencia de esta rama nobiliaria española, que tantos varones de fama ha dado y tantas damas virtuosas puede ostentar.

Consta la casa del apellido Viana de todas las partes que constituye asegurada nobleza, asistiéndole antigüedad tan venerable con relevantes méritos, que su origen se aparta de la más exacta diligencia de los genealogistas y de prolija investigación de los historiadores.

Sondando el piélago de su antigüedad entre las confusas ondas de repetidos siglos y entre los linajes del reino de Galicia, donde también es antiquísima y tiene su casa solariega en la villa de su propio nombre, Viana, entre los ríos de Duero y Miño como lo afirma el obispo don Servando que lo fué de Orense, sondando, repetimos, en los siglos se sabe que, imperando la monarquía goda, existió don Rodrigo, ascendiente de la familia Viana. El obispo, antes nombrado, fué confesor suyo y en el resumen historial genealógico que escribió de España, folio 24, expresa que el mayor lauro y realce de esa familia y casa de Viana tanto del mencionado reino como en el de Navarra (cuyo origen es inmemorial), fué el haber padecido por Cristo, San Justino de Viana tan insigne mártir como refiere Eusebio Niceforo y San Jerónimo entre sus varones ilustres llevándose este preclaro héroe la antigüedad de su florecimiento, triunfo y victoria del enemigo de la religión, por la constante y firme confesión de fe, hasta entregar en el martirio la vida. En aquellos días tenía la suprema Silla Aniceto Pontífice Máximo; y la del Romano Imperio Marco Aurelio, por los años de 168. Esta es la ponderación que más eleva la autoridad de la casa de Viana, pues por el tiempo excede a innumerables ilustres y compite con las de más grande estatura y por el mérito hace ventaja a todas las honras, graduaciones y dignidades temporales, cuando va de lo caduco a lo inmutable de la bienaventuranza.

Algunos genealogistas descubren a todas luces la decorada nobleza de esta casa, pues el Marqués Montebelo y el Conde don Pedro en su nobiliario original le dan por primer progenitor de la casa de Viana a Pedro Yañez de Viana, cuyos hijos Bosco Pérez de Viana y doña María Pérez de Viana entroncaron con las casas más ilustres de Galicia y Castilla en aquellos tiempos, fundando con sus ilustres ramas todos los reinos y provincias ibéricas y principalmente en Toledo, Madrid, Andalucía y hasta en los reinos de las Indias, como expresa un escrito de la época.

Hasta nuestros días llegan los descendientes de tan noble casa y en el seno de nuestra sociedad, rodeados de la máxima consideración y respeto de todos, existen los herederos de tan seculares glorias caballerescas.

En poder de estos distinguidísimos descendientes de los Viana, se hallan los objetos preciosos que nos sirven para ilustrar esta hermosa página.

El escudo de armas y el distintivo de la Orden de Calatrava está en poder del señor Francisco de Viana.

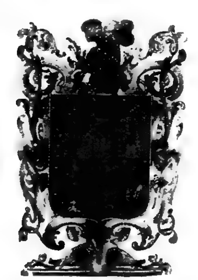
El oblеario lo posee doña Concepción Urtubey de Zufriategui.

Y las hebillas, la miniatura de doña Concepción de Estrada y el traje de la Mariscala de Viana, en poder de la biznieta de la misma ilustre dama, señorita Celia Langdon Urtubey.

La misma consideración y afecto que rodeara siempre a los ilustres ascendientes en la casa de los Viana, rodea hoy a los distinguidos descendientes, cuya figuración en nuestra sociedad concentra innumerables simpatías y homenajes.



"Traje" de la esposa de Don José Joaquín de Viana y Saenz de Villaverde — Doña María Francisca de Alzáibar y Calo, de brocato amarillo bordado en seda en realce de flores de colores, cubierto el corsaje con legítimo encaje de Flandes.





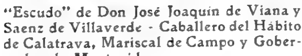
"Venera" de oro con la Cruz de Calatrava de esmalte granate.



"Hebillas" del Mariscal, de oro cinceladas y acero.



"Caja" de marfil con el escudo de los Viana en la cual el "Mariscal" tenía las obleas para cerrar sus cartas



"Escudo" de Don José Joaquín de Viana y Saenz de Villaverde - Caballero del Hábito de Calatrava, Mariscal de Campo y Gobernador de Montevideo.

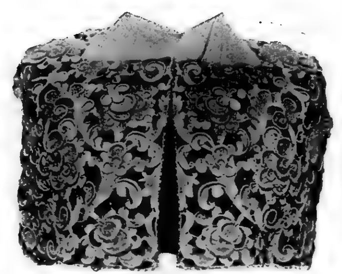


Chorrera de punto grueso de Venecia. Trabajo hecho en parte en relieve. Mediados del siglo XVII.

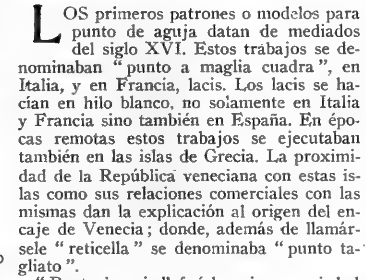


La Maravillosa Industria del Hilo





Cuello de festón, posiblemente del siglo XVII.





LOS primeros patrones o modelos para punto de aguja datan de mediados del siglo XVI. Estos trabajos se denominaban "punto a maglia cuadra", en Italia, y en Francia, lacis. Los lacis se hacían en hilo blanco, no solamente en Italia y Francia sino también en España. En épocas remotas estos trabajos se ejecutaban también en las islas de Grecia. La proximidad de la República veneciana con estas islas como sus relaciones comerciales con las mismas dan la explicación al origen del encaje de Venecia; donde, además de llamársele "reticella" se denominaba "punto tagliato".

"Punto in aria" fué la primer variedad de trabajos de punto de Venecia y encaje italiano a mediados del siglo XVI; con cuya aparición coincidió también la de los "merletti a piombini" que fué la primer puntilla hecha en Italia en esta forma.

Desde entonces la demanda de encajes y puntillas fué tal en Europa que en muchas partes mujeres aldeanas y pescadoras, en sus chozas dedicaban horas enteras al tejido de estas maravillas. Y así vinieron al mercado los suntuosos "Points de France" de Alençon, las "dentelles au fuseau" de las bajas tierras de Flandes y los célebres encajes de Inglaterra magistralmente trabajados en Youghol y Kemnare en el Sur de Irlanda.

Francia e Inglaterra llegaron a la misma altura de Venecia y Flandes en la fabricación de encaje.

Enrique III de Francia que reinó allá por los años de 1579 a 1589, encomendó a un célebre veneciano llamado Federico Vinciolo, la confección de todas las puntillas y encajes para su corte; dejándose ver pronto en los trabajos franceses la influencia del hábil hilandero Vinciolo; y fué bajo el reinado de Luis XIV que prosperó esta industria en el suelo francés.

En Alemania, un hijo de Nuremberg, B. Ultmann fué quien enseñó a los campesinos de las montañas de Harz a trenzar el hilo en 1561.

Encajes similares se hicieron luego en aldeas de Andalucía y en conventos de España. El "point d'Espagne", sin embargo, parece ser un nombre comercial dado por manufacturas francesas a una clase de puntilla con hilos de oro o plata muy apreciados por los españoles en el siglo XVII.

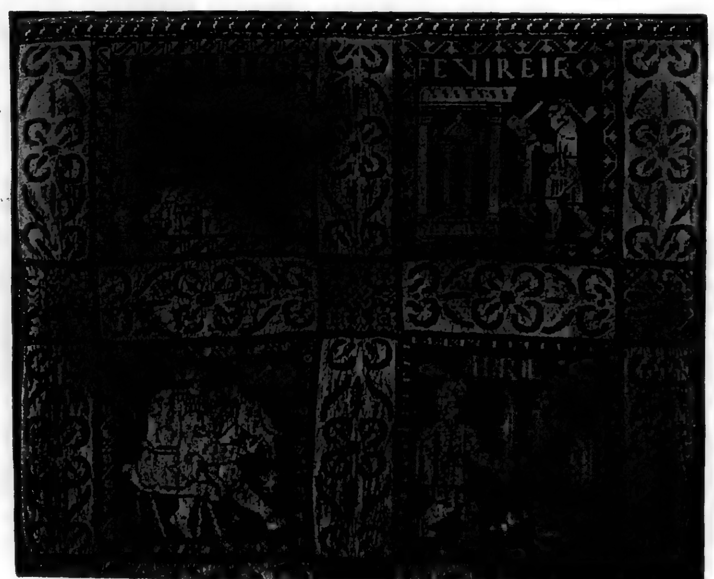
Los moros y los sarracenos hicieron después ciertos trabajos llamados puntillas macramé.

Rusia, Japón, Ceylán y otros países también tuvieron puntillas, y en el Paraguay manos pacientísimas trabajan el codiciado Ñanduty.

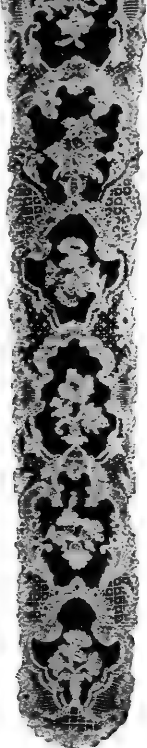
En Bélgica el Point de gaze; "Duchesse" y los mentadísimos encajes de Bruselas, místicamente trabajados en silencio llaman la atención de los entendidos al par que el "Point appliqué". Y en Irlanda se han hecho célebres por esta industria Linrick y Carrick, Macross, Kinsale, Neuvy y Crossmaglin.



Brida de toca o escofieta en "point de Venise a réseau" Epoca Luis XV.



Parte de una colcha de hilo hecha de cuadrados de "lacis" divididos por deshilados. Los cuadros representan los doce meses del año con escenas tomadas de "La Celestina" Siglo XVI (Museo Victoria y Alberto - Londres).



Brida de toca o escofieta en finísimo "point d' Alençon" Albores del siglo XVIII



UN SITIO ADMIRABLE DE RECREO

PUNTO DE REUNIÓN PARA FAMILIAS

En la calle Yatay entre Reducto y Marcelino Sosa, con los tranvías de la Estación Reducto en la puerta, a una cuadra de la calle Agraciada donde circulan los tranvías de la Transatlántica y a media cuadra de la calle Marcelino Sosa donde pasan todos los números de la Estación Goes, la Cervecería Uruguaya tiene establecido un antiguo y acreditado recreo, que si antes de ahora fué el punto de reunión de los que gustan saborear un buen chop, hoy con las reformas fundamentales que en ese local se han introducido, se ha transformado en sitio obligado de esparcimiento de las familias.

Allí se dispone de espléndidos salones donde se puede saborear un soberbio lunch y de una más soberbia cerveza.

Diariamente son muchas las familias que allí concurren, en busca de un sitio agradable y de una bebida sana, de calidad superior. Los domingos de tarde y de noche aquello es una verdadera romería. Y en verdad que son deliciosas las horas que en ese recreo pueden pasarse.

Como decimos es un sitio de recreo donde acuden incontables familias, en la seguridad de que allí pueden hallar no solamente un ambiente apropiado para señoras y señoritas sino que también ligeras meriendas y deliciosa cerveza.

Es el sitio único en Montevideo que de esa índole se ha establecido. De modo que no debe extrañar a nadie la enorme concurrencia que diariamente allí se reune.

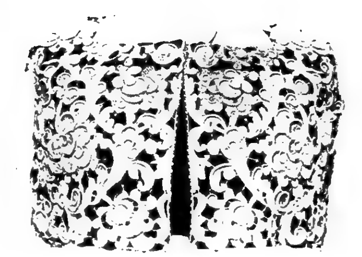
Los que aún no hayan visitado este amplísimo y confortable recreo, deben hacerlo. Nos agradecerán luego nuestra recomendación.



La Maravillosa Industria del Hilo



Chorrera de punto grueso de Venecia. Trabajo hecho en parte en relieve. Mediados del siglo XVII.



Cuello de festón, posiblemente del siglo XVII.

LOS primeros patrones o modelos para punto de aguja datan de mediados del siglo XVI. Estos trabajos se denominaban "punto a maglia cuadra", en Italia, y en Francia, lacis. Los lacis se hacían en hilo blanco, no solamente en Italia y Francia sino también en España. En épocas remotas estos trabajos se ejecutaban tambien en las islas de Grecia. La proximidad de la República veneciana con estas islas como sus relaciones comerciales con las mismas dan la explicación al origen del encaje de Venecia; donde, además de llamársele "reticella" se denominaba "punto tagliato".

"Punto in aria" fue la primer variedad de trabajos de punto de Venecia y encaje italiano a mediados del siglo XVI; cuya aparición coincidió también la de los "merletti a piombini" que fué la primer puntilla hecha en Italia en esta forma.

Desde entonces la demanda de encajes y puntillas fue tal en Europa que en muchas partes mujeres aldeanas y pescadoras, en sus chozas dedicaban horas enteras al tejido de estas maravillas. Y asi vinieron al mercado los suntuosos "Points de France" de Alençon, las "dentelles au fuseau" de las bajas tierras de Flandes y los célebres encajes de Inglaterra magistralmente trabajados en Younghol y Kenmare en el Sur de Irlanda.

Francia e Inglaterra llegaron a la misma altura de Venecia y Flandes en la fabricación de encaje.

Enrique III de Francia que reinó allá por los años de 1570 a 1589, encomendó a un celebre veneciano llamado Federico Vinciolo, la confección de todas las puntillas y encajes para su corte; dejándose ver pronto en los trabajos franceses la influencia del hábil hilandero Vinciolo; y fué bajo el reinado de Luis XIV que prosperó esta industria en el suelo francés.

En Alemania, un hijo de Nuremberg, B. Ultmann fue quien enseñó a los campesinos de las montañas de Harz a trenzar el hilo en 1561.

Encajes similares se hicieron luego en aldeas de Andalucía y en conventos de España. El "point d'Espagne", sin embargo, parece ser un nombre comercial dado por manufacturas francesas a una clase de puntilla con hilos de oro o plata muy apreciados por los españoles en el siglo XVII.

Los moros y los sarracenos hicieron después ciertos trabajos llamados puntillas macramé.

Rusia, Japón, Ceylán y otros paises tambien tuvieron puntillas, y en el Paraguay manos pacientísimas trabajan el codiciado Ñandutý.

En Bélgica el Point de gaze; "Duchesse" y los mentadísimos encajes de Bruselas, misticamente trabajados en silencio llaman la atención de los entendidos al par que el "Point appliqué". Y en Irlanda se han hecho célebres por esta industria Limrick y Carrick, Macross, Kinsale, Neuvy y Crossmaglin.



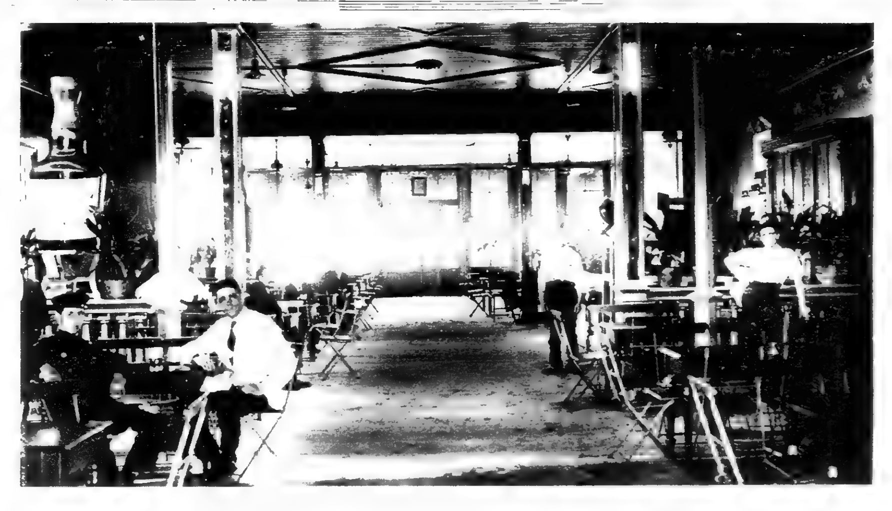
Brida de toca o escofieta en "point de Venise a réseau" Epoca Luis XV.



Brida de toca o escofieta en finísimo "point d' Alençon" Albores del siglo XVIII



Parte de una colcha de hilo hecha de cuadrados de "lacis" divididos por deshilados. Los cuadros representan los doce meses del año con escenas tomadas de "La Celestina" Siglo XVI (Museo Victoria y Alberto - Londres).



UN SITIO ADMIRABLE DE RECREO

PUNTO DE REUNIÓN PARA FAMILIAS

En la calle Yatay entre Reducto y Marcelino Sosa, con los tranvías de la Estación Reducto en la puerta, a una cuadra de la calle Agraciada donde circulan los tranvías de la Transatlántica y a media cuadra de la calle Marcelino Sosa donde pasan todos los números de la Estación Goes, la Cervecería Uruguaya tiene establecido un antiguo y acreditado recreo, que si antes de ahora fué el punto de reunión de los que gustan saborear un buen chop, hoy con las reformas fundamentales que en ese local se han introducido, se ha transformado en sitio obligado de esparcimiento de las familias.

Allí se dispone de espléndidos salones donde se pueda saborear un soberbio lunch y de una más soberbia cerveza.

Diariamente son muchas las familias que allí concurren, en busca de un sitio agradable y de una bebida sana, de calidad superior. Los domingos de tarde y de noche aquello es una verdadera romería. Y en verdad que son deliciosas las horas que en ese recreo pueden pasarse.

Como decimos es un sitio de recreo donde acuden incontables familias, en la seguridad de que allí pueden hallar no solamente un ambiente apropiado para señoras y señoritas sino que también ligeras meriendas y deliciosa cerveza.

Es el sitio único en Montevideo que de esa índole se ha establecido. De modo que no debe extrañar a nadie la enorme concurrencia que diariamente allí se reune.

Los que aún no hayan visitado este amplísimo y confortable recreo, deben hacerlo. Nos agradecerán luego nuestra recomendación.



Victor

El instrumento ideal para bailes

La Victor es el instrumento que proporciona los mejores medios para aprender fácilmente los nuevos bailes, los cuales reproduce con asombrosa nitidez y extraordinaria naturalidad.

La Victor ofrece la inapreciable ventaja de estar en todo tiempo y en toda ocasión a la disposición de los que deseen bailar, permitiendo prolongar el baile tanto como se quiera. Los Discos Victor de Baile son verdaderos modelos en su clase, habiéndose hecho acreedores a los mayores elogios de los más exigentes en esta materia.

Este instrumento no pone reparos en repetir cualquier baile. Tampoco molesta a los que bailan, y tiene la gran ventaja de ocupar muy poco lugar. Elimina, por otra parte, las molestias y los gastos en que es necesario incurrir cuando se contrata una orquesta.

La Victor y la Victrola ponen a la disposición de todos, además de un gran número de piezas de baile de todas clases, un selecto y variado repertorio de música popular y clásica, y contribuyen poderosamente a la alegría y bienestar de los aficionados al arte coreográfico.

Cualquier comerciante en artículos Victor se complacerá en hacerle oir los bailes más en boga, así como en enseñarle los diferentes modelos de la Victor y la Victrola.

Escribanos solicitando los últimos catálogos Victor en español, los cuales suministramos gratis y franco de porte.

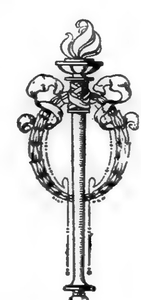
Victor Talking Machine Co.
Camden, N. J., E. U. de A.

Fxija siempre la famosa marca de fábrica de la Victor, "La Voz del Amo," la cual aparece estampada en todos los instrumentos Victor, Victrola y Discos Victor. Ningún instrumento Victor o Victrola es legítimo sin esta marca.

Victor
"LA VOZ DEL AMO"
MARCA INDUSTRIAL REGISTRADA

Victor I
Caja de roble
Otros modelos a diferentes precios

Dellazoppa & Morixe



Agente de la Compañía VICTOR
y de los
Pianos Howard de New York y
Pianos Collard y Collard de Londres

Plaza Independencia, 733 - Sarandí, 614

Montevideo

Talleres A. Barreiro y Ramos - Montevideo.



Doña María Ramírez de Oribe

SELECTA

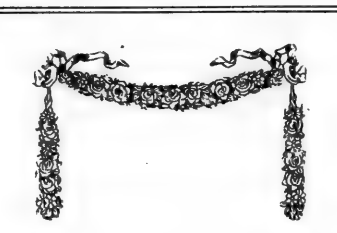
Fué una de las matronas más distinguidas de una época social, que se impone aún, a través del tiempo por ser expresión acabada de una alta cultura y porque se funden en ella, todas las gentilezas mundanas, con todas las energías indomables que dieron a la patria tantos héroes. Compañeras de aquellos hombres de acero, las damas de entonces tienen relieves admirables de carácter. Tal Doña María Ramírez de Oribe, cuyos dones de bondad y de inteligencia la colocaron en puesto preeminente dentro de la selecta sociedad de entonces. Guardadora severa de todos los prestigios de su linaje, fué una figura noblemente representativa en



Doña Maria Ramirez de Oribe

SELECTA

Fue una de las matronas mas distinguidas de una epoca social, que se impone aun, a traves del tiempo por ser expresion acabada de una alta cultura y porque se funden en ella, todas las gentilezas mundanas, con todas las energias indomables que dieron a la patria tantos heroes. Compañeras de aquellos hombres de acero, las damas de entonces tienen relieves admirables de caracter. Tal Doña Maria Ramirez de Oribe, cuyos dones de bondad y de inteligencia la colocaron en puesto preeminente dentro de la selecta sociedad de en-



"SELECTA"

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Mensual	$ 1.00
Semestral	„ 6.00
Anual	„ 11.00

En el Interior y Exterior:

Semestral	$ 6.50
Anual	„ 11.50

Por suscripciones, avisos, y venta de ejemplares: en sus oficinas Calle Ciudadela 1387.
La correspondencia a nombre del Director.



AÑO I — NÚM. 9
MONTEVIDEO, ENERO DE 1918
OFICINAS: CIUDADELA, 1387.
ADMINISTRADOR: A. RUGGERO.



DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZON


Fot. Oficina de Exposiciones.



MONTEVIDEO
VERANIEGO

LA RAMBLA
Y PLAYA DE POCITOS

Una Santa Española

El señor Renato Sánchez, Ministro de Chile ante el Rey de los Belgas, es descendiente de la Santa de Avila. Un hermano de este diplomático estuvo en Montevideo y aquí falleció.

Llevado el señor Sánchez por su interés en recoger todos los datos relacionados con la vida de Santa Teresa, acaba de traducir un interesante estudio psicológico de la fundadora de "los descalzos", estudio en el que se presenta a la Santa en su admirable faz humana: genio y voluntad.

Creemos de mucho interés destinar una página a la transcripción de algunos párrafos de ese estudio, en razón de lo interesante de los mismos y de llegar hasta nosotros por manos de un descendiente de aquella admirable monja.

He aquí esos párrafos:

Teresa Sánchez de Ahumada era bien proporcionada y tenía el andar de una diosa. Como las mujeres de los países donde quema el sol, la tonalidad de su rostro era mate, su piel fina y blanca.

Sus cabellos negros ondulaban sobre una frente inteligente.

Sus ojos muy negros y redondos, un tanto saltados, pero expresivos y burlones, chispeantes de ingenio. Sobre esos negros ojos, cejas cuasi rectas, que iluminaban su fisonomía. La nariz chica y redonda, banal; la boca más bien mal que bien, con el labio inferior un tanto caído; pero con dientes soberbios y sonrisa natural. Tres pequeños lunares, coquetonamente puestos por la naturaleza sobre su mejilla izquierda, daban un atractivo malicioso a su radiante cabeza.

Tenía la voz agradable, los movimientos agraciados, y cuidaba con esmero sus manos de mujer de raza, blancas, largas y delgadas.

Había heredado de su padre la distinción y la nobleza del rostro.

Uno de sus contemporáneos la describió como "una de esas bellezas de pelo negro, habitualmente majestuosas."

De su madre, tenía la afabilidad que conquista corazones, y que, durante su vida, le sirvió más que las órdenes y los estatutos, para conseguir de sus monjas prodigios de abnegación y obediencia.

Su constante alegría triunfó de los otros obstáculos. Tenía tanta y tan espontánea, que habría marchado sonriendo a la hoguera.

Ya madura, y con el prestigio de reformadora y de gran Santa, fué a instalarse en un convento de carmelitas donde era fama que las monjas se morían, al pie de la letra, de fastidio y de tristeza.

Recortó las penitencias, estuvo tan amable y entretenida, que dejó las monjas contentas y felices, con el ánimo levantado.

Su talento era sólido y de vasto horizonte, la imaginación ardiente y apasionada. Su educación, influenciada de doble manera por sus padres, se desarrolló en todo sentido.

Era la regalona de su padre, que le desarrolló la afición a la lectura desde pequeña, y le fomentó el gusto por las cosas científicas; se formó un criterio tan seguro y tan sano, que alejó siempre a sus monjas de la dirección de los confesores semisabios; les aconsejaba preferir un ignorante con buen sentido, y sin pretensiones.

Por otra parte los romances de caballería, prestados por su madre, daban alas a su imaginación. Se pasaba los días, y a veces las noches, leyéndolos, siempre temerosa de ser sorprendida por su padre.

Beatriz le hacía rezar rosarios y recitar oraciones de difícil comprensión; don Alfonso le daba a leer la *Vida de los Santos*, tan entretenida como un romance de caballería. Desde pequeña vió a sus hermanos hombres entretenidos en su habituales juegos militares, y su cabecita trabajaba. No sabía aun qué hacer, pero soñaba con hazañas extraordinarias, ejecutadas por ella.

A los siete años sugestionó a su hermano Rodrigo, que en esa época tenía once, la idea de arrancarse a tierras de moros para ser mártires, como en la *Vida de Santos*.

Realizaron su propósito y se escaparon de Avila; pero en el camino encontraron a uno de los tíos que los volvió a la casa. Rodrigo no anduvo valiente y acusó a la hermana. "Es la pequeña, dijo, la *niña* que tiene la culpa de todo."

La *niña* asumió con toda audacia la responsabilidad y adujo razones. Ella quería ir hacia Dios, y "era ese el buen camino señalado por los libros."

Durante cerca de veinte años Sor Teresa de Jesús fué una buena religiosa, que no se distinguió de sus compañeras. Decididamente las oraciones le causaban aburrimiento.

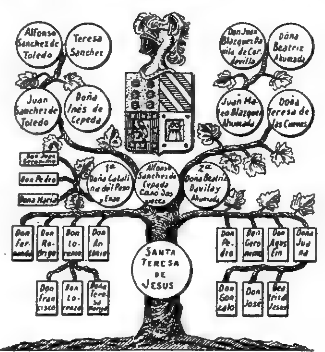
"Años enteros, según dice ella misma en sus escritos, en las oraciones sólo estaba pendiente de la hora en que debían acabarse". Sus hábitos de limpieza la hacían considerar como placer el barrido. A falta de otros títulos, siempre habría merecido ser llamada la Santa de la escoba.

En los primeros años, y mientras su actividad no tuvo a su cargo asuntos de mayor importancia, se ocupó en arreglar, limpiar, asear lo que le caía a mano, haciendo guerra a muerte a las telas de araña y a las toallas sucias.

Cuando, en los años siguientes llegó a ser la reformadora, con influencia en las resoluciones del rey y del nuncio, suplicaba al Superior de los frailes carmelitas pusiera mano de hierro e hi-

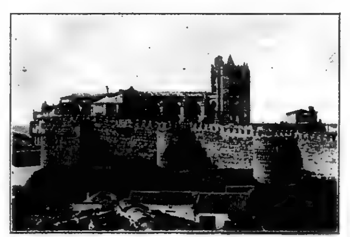


Santa Teresa



ARBOL GENEALOGICO DE Sta TERESA DE JESUS

nació en Avila el 28 de Marzo de 1515, murió en Alba el 4 de Octubre de 1582. Beatificada por Paulo V en 1614 y solemnemente canonizada por Gregorio XV en 1622.



AVILA — Donde nació la Santa

ciera estatutos para obligar a los frailes a la limpieza.

Los dos grandes acontecimientos de este período de su vida fueron una gran enfermedad que tuvo en esa época y la muerte de su padre. La enfermedad fué cruel y extraña. Sor Teresa sentía, de los pies a la cabeza, dolores tan atroces que le hacían el efecto de "ser desgarrada por agudos dientes".

Los médicos no acertaban con el diagnóstico, y se inclinaban a creer en una enfermedad nerviosa. Una última crisis la dejó privada de conocimiento y con el cuerpo encorvado. Recobró el sentido cuatro días después. "Mi lengua, dice ella en sus escritos, se había hecho pedazos a fuerza de mordiscos. Sentía mi cuerpo dislocado y la cabeza hueca. Mis nervios se habían contraído de tal manera, que mi cuerpo estaba todo encogido."

De este ataque le quedó una parálisis que desapareció al cabo de algunos años, y algunas penosas dolencias, que no la abandonaron en el resto de su vida.

Santa Teresa nos relata, en sus obras, sus impresiones corporales cuando sus ojos contemplaban a Dios en el mundo invisible, y sus oídos percibían las órdenes dictadas por El. En su relato la palabra "alma" está tomada en la acepción de persona en éxtasis.

"(El alma), dice ella, cae en una especie de desmayo. Me sería casi imposible mover una mano. Mis ojos se cierran contra mi voluntad, si trato de abrirlos, no veo casi nada. Me siento incapaz de hilvanar una frase y de pronunciar una palabra."

Estas crisis la dejaban en un extremo agotamiento y casi muerta. "Algunas veces, dice ella misma, quedo reducida a tal extremidad que pierdo enteramente el pulso, mis huesos se separan y parecen desprendidos, mis manos tan envaradas que no puedo plegarlas. A veces hasta el día siguiente siento un dolor tan violento en las arterias y en los músculos que mi cuerpo parece dislocado."

Esto duró años enteros y, cosa admirable, la mujercita o la "viejecita", como se llamaba ella misma, guardó siempre la cabeza despejada hasta que lanzó el último suspiro.

De este extraño estado de espíritu, de esta curiosa mezcla de preocupaciones, se desprendía un misticismo trascendental. Su análisis sutil se encuentra esparcido en todas las obras de Santa Teresa, en particular en su *Vida* (escrita por ella misma) y en el *Camino de la Perfección* y *Castillo interior*.

El propósito de fundar un convento en que se viviera en conformidad a la regla primitiva de los carmelitas maduró en el cerebro de la Santa en el año 1560. Una amiga, a quien habló del asunto, prometió los primeros fondos. Junto con las primeras noticias del proyecto, que se esparcieron rápidamente en Avila, toda la ciudad se levantó contra las dos intrigantes, con esa furia y esa indignación de la gente de provincia a quien se perturba las costumbres.

Los comadreos y los chismes, los comentos, las discusiones y las críticas corrían a parejas. La gente se indignaba y levantaba los brazos al cielo, en señal de protesta.

La lucha fué ruda y duró años pero al fin triunfó Santa Teresa y su nueva orden se impuso en el mundo cristiano.

Tuvo que defender su obra contra una orden poderosa, contra Roma, contra la indiscreción de los suyos; la salvó y la dejó a la posteridad.

Habrá quien censure sus ideas, se burle de su fe candorosa y de sus familiaridades con la divinidad, y tema su influencia en las cabezas jóvenes y sin experiencia, pero cuando penetramos en su vida íntima, a cuatrocientos años de distancia, sentimos en nosotros su ascendiente irresistible, y comprendemos la seducción que se apoderó de sus contemporáneos y los hizo levantar montañas.

Su encanto se adivina. Santa Teresa rebosaba vida. No conoció nunca la indiferencia que relaja. Detestó la melancolía, causa de debilidad, y también a los poltrones y a los llorones; quiso que el hombre fuera valiente y afrontara su destino. Creyó, tuvo voluntad y acción.

En el mes de Septiembre de 1582, estando ya muy enferma, emprendió viaje de Valladolid a Alba, languideció allí dos semanas y murió.

Se le enterró en el convento de carmelitas de Alba, al lado afuera de las murallas y de las rejas, al fondo de una fosa muy profunda y bajo un montón de piedras.

Todas las precauciones tomadas para proteger su cadáver fueron inútiles. Dos frailes trabajaron cuatro noches, la desenterraron y cortaron una mano para hacer de ella una reliquia.

Otro fraile enviado por el capítulo de los descalzos la volvió a desenterrar y quiso cortarle el brazo, que le quedó entre las manos "como una fruta madura". Una hermana lega vino a su torno, y como una fierecilla, le arrancó el corazón con un cuchillo. Su pobre cuerpo ha sido hecho jirones y sus pedazos dispersados en los altares de las iglesias. Diversas ciudades se disputaron su cuerpo mutilado, que fué llevado y traído; ahora descansa en paz en la misma ciudad donde encontró la muerte. En Alba.

Da. Antonia Garzon

De abolengo patricio, con invalorables dotes de cultura, de bondad y de distinción, pasó por la vida dejando tras sí la huella luminosa de su carácter ejemplar. Hija de un guerrero que dió generosamente a la libertad de América todas sus energías, que fué soldado en los Andes, en el Perú y en su patria: la noble dama heredó la fortaleza de espíritu necesaria para las grandes empresas y fué por eso, incansable, decidida, y eficaz cultora del precepto cristiano de la misericordia para el necesitado, para el desvalido, para el que reclama apoyo, para el enfermo. En el ejercicio de la caridad tuvo verdadero tesón de apóstol. Muere a los 83 años dejando las páginas brillantes de una vida dedicada al bien. La sociabilidad más exquisita la contó siempre en su círculo privilegiado, e impulsada por una fé respetable, fué colaboradora entusiasta en obras de educación cristiana. La Redacción de "Selecta" rinde todos sus homenajes a la memoria de esta virtuosa dama, que supo guardar respeto a las tradiciones, y fué una encarnación del pasado patriarcal, aleccionador y de armoniosa sencillez.

La Redacción.






Da. Antonia Garzon



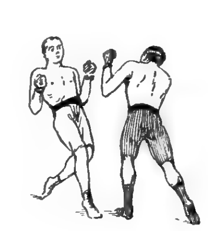
SI se me interrogara sobre los atractivos del *box* diría que, satisfecha la curiosidad observadora que me llevó a un *ring*, nunca caminaría media cuadra por presenciar un espectáculo semejante. Las carreras a pie o a caballo, la caza, el tiro a la paloma, el juego de pelota, todos poseen la fuerza imantada que engendran las grandes emociones en plena actividad. Me explico que cuando, atropellando en el último codo, media docena de puros se disputan el triunfo, que dependerá tal vez de la vista del corredor, de su pericia, del estado del *flete* que monta, la muchedumbre de los palcos se ponga maquinalmente de pie y vocifere, como queriendo estimular desde las tribunas el valor de sus favoritos en la lid; concibo que en las plazas de toros los hombres más sesudos se conviertan en verdaderos locos, y que en determinados momentos las banquetas vuelen por los aires, con monedas y sombreros, porque, al fin y al cabo, la bestia humana tiene derecho a romper la careta de los convencionalismos y a salir a tomar un baño de sol meridional cuando, al acorde de himnos reales, se destripa a reses y caballos y se insulta a la civilización. La sangre enturbia los sentidos y emborracha

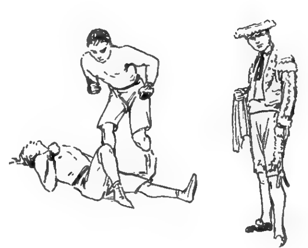
minado por zozobras que causan extraños deleites, cuando existe, en el fondo, la perspectiva constante de una catástrofe sólo alejada por la habilidad del protagonista. Tal es, precisamente, el caso del torero, y por eso la diversión en que él interviene provoca evidentes fanatismos.

Bien merece el calificativo de arrojada su actitud tranquila en medio del redondel, desafiando la desgracia, fresco, risueño y en postura académica, como si estuviera empeñado en unas cuadrillas, mientras el toro, a su frente, acepta servirle, de bis-a-bis y empieza la danza con un floreo impresionante de rabias y de mugidos salvajes. El lance se produce y cuando la res embiste, con rapidez de exhalación, buscando en el adversario audaz, sortija sangrienta para sus pitones, el público se confunde en una misma angustia, temeroso por la suerte de ese espada que él ha empujado momentos antes, y de manera cobarde, al conflicto.

Si sale ileso del duelo, ¿cómo no explicarse que las muchedumbres ignorantes y sin sospecha de las satisfacciones del comicio libre, se sientan seducidas por el cristiano que acaba de jugar a las cartas con la muerte, sin pestañear, erguido,







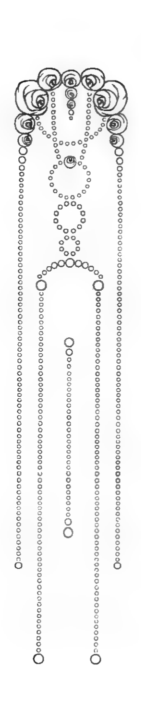


tanto como el jugo concentrado de las uvas. Acepto que viendo el desarrollo en un frontón de un partido de pelota, los espectadores prorrumpan en expresivas demostraciones cuando la cesta invencible del Chiquito de Eibar mide, desde el doce, una rasante, que después de avanzar besando el plano de la pared lateral, pica un decímetro más arriba de la línea válida, y que lo mismo sucediera cuando en los partidos a mano limpia el célebre Paysandú, entre nosotros, hacía silbar la pelota al hendir los aires como un proyectil, poniéndola, cautiva de su maestría, en el punto deseado por la inteligencia del jugador. En todos esos ejercicios, de tan diferentes matices, a poco de estudiarlos, se encuentra el secreto de los grandes éxitos pasionales. Creo que no sucede lo mismo con el *box*, que no agrega a su brutalidad y grosería una sola tinta conquistadora. El conjunto del espectáculo en sí, no puede ser más insípido, sin música, sin ovaciones, sin la variedad pintoresca de altercados y diálogos naturalistas, tan necesarios, como la pimienta a los platos fuertes, en circunstancias de placer y desenfreno populachero.

En medio del silencio más absoluto, impuesto por las reglas del acto, dos individuos, casi desnudos, salen a la palestra y se curten la fisonomía a puñetazos. En plena florescencia física, de espaldas angulares, de pecho soberbio, que parece va a romperse, como una tela demasiado extendida, bajo la presión de fragua de sus pulmones, es innegable que ellos proclaman, con una realidad hermosa, la eficacia espléndida de los movimientos gimnásticos sobre el cuerpo sometido a su régimen. Esos músculos perfectos, señalados mejor para el ajustamiento de la piel, al igual de las formas femeninas en el tránsito callejero, gracias a la moda agradecida de estirar para un lado las polleras, merecen ser admirados por la salud romana que denuncian y por el esfuerzo plausible que representan. La belleza poética de Narciso nada tiene que ver con la belleza fiera, reciamente masculina, de estos atletas que, como el Ursus de Enrique Sienkewiczk, serían capaces de luchar, a brazo partido, con un toro salvaje y de desnucarlo rompiéndole la cerviz, si lo mandara así su voluntad. Frente a frente, se atacan y se repelen, como dos autómatas, sin dirigirse una palabra, sin cambiar un reproche, hasta que, bajo el contacto del acero de un puño, se rinde la energía adversaria. He ahí una diversión que nunca adquirirá arraigo entre las razas latinas que, nerviosas y artísticas aún en sus horas de entretenimiento varonil, necesitan espectáculos ardientes que llenen con ecos animados sus oídos, que hieran con intensidad la vista, lastimando casi la pupila, y que arranquen a la garganta expresiones imperiosas. La ausencia misma de esos excitantes la hará perdurable aquí en donde el clima y la educación particular alían sus influencias glaciales sobre el mundo moral para ofrecernos el ejemplo de temperamentos flemáticos, rehacios al bullicio, que miden sus impresiones por reloj y que ignoran los estallidos ruidosos de la cólera y del placer. En ese sentido, el *box* satisface las preferencias de muchos al proporcionarles la oportunidad de seguir el desarrollo de dos actividades físicas encontradas.

De manera que, con todo de su torpeza, no cabe el paralelo que en tal concepto se ha intentado entre el *box* y las corridas de toros. Aquél se determina por el consentimiento, sereno e interesado, de dos sujetos racionales que ponen espontáneamente al servicio de sus ambiciones monetarias, el arte en que son diestros. Otros se ganan con dificultad la vida en el desempeño de las ocupaciones más duras; éste, cava la tierra; aquél, maneja un coche de plaza; pues el boxeador, con toda holgura, sin perder un minuto de su sueño, gordo, feliz y mimado, pone su porvenir en las muñecas, las cuida, ensaya con ellas las más hábiles estrategias y así, al precio ínfimo de medio litro de sangre nasal por año — lo que evita el uso de ventosas — prospera y se enriquece acariciado por ráfagas de positiva popularidad. El peligro de muerte que puede correr en su profesión es tan problemático como el que se cierne sobre cualquiera de nosotros al cruzar una boca-calle. Sabiéndolo así, el espectador no se arrebata porque el espíritu sólo se agita, dominado por zozobras... todo en homenaje a los caprichos de su arte y de sus admiradores? Y, a la verdad, que rompe las prevenciones de cualquiera el espectáculo de una lidia que, si sois aficionados a las memorias del pasado, os ofrece reminiscencias vívidas de costumbres, tan arcaicas que van a buscar cuna en los circos del mundo antiguo, en ese desfile de los diestros por frente a la presidencia, a los acordes de una marcha clásica, pues él reproduce, mucho menos soberbio, el *morituri te salutam* de los gladiadores, cebados por el paganismo para servir de manjar delicioso a las fieras; si sois artistas, os domina desde el instante en que vuestros ojos tropiezan con flores encarnadas, con mantas sevillanas, con chaquetillas recamadas de oro, con capas de colores fuertes, todos esos matices provocativos revueltos sobre una inmensa paleta ondulante que el sol anima y destaca dando, aquí, allí, en todas partes, mágicas pinceladas de fuego; si sois pensadores, estais obligados a confesar que ni el más reputado de los dramas, ni la mejor de las arengas tribunicias, ni el más sonado de los éxitos colectivos, alcanzan a conmover el corazón selvático de las masas como ese torneo, de fases dictadas por la emoción, que arrebata, exalta y desordena, fundiendo en una misma nota agudísima las pasiones enardecidas del público de los tendidos y del público de los palcos; si sois sensitivos y os agradan las escenas rudas, ninguna sacudirá como ésta vuestro espíritu, que ninguna diversión cobra tanto tributo de sobresaltos al asistente; y si sois filósofos y queréis descubrir una de las raíces de ciertas decadencias gigantes y encontrar el secreto de increíbles derivaciones del sentimiento cívico, ocurrid también a las plazas de toros, que en medio de ese picadero batido y limpio, encontraréis, sin embargo, la semilla profusa de muchas molicies, de muchos oscurantismos y de muchas chaturas, a cual más fatal. ¡Ni el alfabeto resiste a esa alianza de caries formidables!

Luis Alberto de Herrera.



Fot. González.

Sra María Angélica Villegas de Pérez Butler y su hijo

De un señorío que se mantiene incólume a través de las generaciones, con un carácter en el que se concentran todas las bondades y todas las delicadezas de una refinada cultura, bella, pasa por nuestros salones la señora Villegas de Perez Butler, dejando siempre tras sí una estela de admiraciones.— Paso de princesa, verdadera princesa por su distinción y por su elegancia, en nuestra democracia, que nunca podrá ser absolutamente igualitaria, mientras damas de tan preclara hidalguía pongan en el ambiente la nobleza de sus sentimientos, y la principesca distinción de sus siluetas.

En el Parque Hotel

Las Internacionales

UNA de las fiestas que más resonancia mundana tuvieron en este Enero benévolo que ha transcurrido con una temperatura primaveral, ha sido sin duda alguna la que organizó la distinguida señora doña Ema Lerena de Yéreguy y que tuvo por radiante escenario el gran salón del Parque Hotel. Fué una nota plena de elegancia, a la que le prestaron aristocrático encanto las damas más cultas y las niñas más bellas que figuran en primera fila en nuestra sociedad.

Un alto fin caritativo dió motivo a tan agradable reunión, y mal pudo extrañar a nadie que, persiguiendo tan noble finalidad, todo lo que nuestro mundo elegante tiene de más representativo, hiciera acto de presencia.

Debe elogiarse como se merece este bello gesto de la señora Lerena de Yéreguy, cuyo resultado fué tan brillante y tan consolador para infinidad de familias menesterosas.



Señoras Ema Lerena de Yéreguy, Plácida Suarez de Villegas, Josefa Reyes Lerena de Paysé, Dolores Estrázulas de Piñeyrúa, Blanca Viaña de Martí, María Eugenia Reyes Lerena de Reguíes.



En la Pelousse — Señoras: Nebel Panelo de Brizuela, Carve de Gomez Folle; Señores: Arturo Brizuela, Arturo Gomez Folle.

Fiestas como la organizada con encomiable tesón por el Comité de Damas que presidió la señora de Yéreguy, merecen todos nuestros aplausos más entusiastas, en razón que de esos momentos de expansión mundana, de exquisita sociabilidad se obtiene como resultado un socorro muy preciado para los que no pueden disfrutar de ninguna satisfacción en la vida, para los que, al margen de todas las regalías, aguardan estos recuerdos de las damas piadosas con ansia bien justificable.

La fiesta realizada en el Parque Hotel tuvo un brillo extraordinario y todos los que a ella pudieron asistir guardarán de tan gratísima tarde imborrable recuerdo.

Los palcos de socios y la "pelousse" durante las Carreras Internacionales, constituyeron la más soberbia demostración de cuanto es de brillante y distinguida nuestra sociedad.

Las damas ostentaban toilettes admirables. Toda la gracia, toda la riqueza, toda la hermosura de las telas combinadas con mil esfuerzos del ingenio modisteril, fulgían en la amplitud del aristocrático lugar y daban a la mirada un mareo de policromías y de resplandores.

¡Oh, imposición soberana de la belleza y de la elegancia femeninas bajo la inmensidad azul y a la luz radiante del sol! Más reinas fueron ellas en medio a la vastedad de tal escenario, que encerradas en el recinto estrecho de un salón.

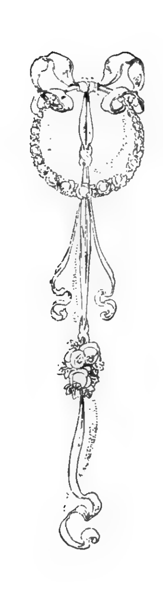
Junto a la belleza y a la elegancia de nuestras damas y de nuestras niñas, encontraba digna representación el chic de las damas y de las niñas porteñas que nos visitan actualmente. Todo impositivo en su esplendor y todo maravilloso.

Espectáculos como el que ofreció Maroñas el día de las Internacionales, quedan grabados para siempre en la retina de quien ha tenido la fortuna de contemplarlos.

Puede estar bien satisfecha la Comisión Directiva del Jockey Club por el soberbio resultado que han tenido las Internacionales este año, y por la decidida cooperación que para tal fin prestó nuestra sociedad más distinguida y más selecta.



Otro grupo interesante — Señoritas Elía y Quita del Cerro, Amalia Maeso de la Torre y Pascuala Carvalho Alvarez.

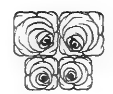




Sra. Ofelia Hamilton de Mañé y sus hijos



Hay delicados, sutilísimos rasgos de criolla en las líneas armoniosas de su rostro, en la mirada tranquila y honda de sus pupilas, en la ondulante esbeltez de su cuerpo, al que una refinada elegancia le da porte dominador. Culta y distinguida, su bondad es característica y en sociedad se guarda para ella altos respetos y sinceros afectos. Delicioso el grupo que reproducimos, dando soberana belleza a esta página. Dos encantadoras niñas realzan la serena belleza y elegancia de la señora Hamilton de Mañé,





CARNAVAL

REMEDO de las Saturnales, el Carnaval nuestro es una explosión de sentimientos subalternos. Antaño fué una fiesta de ingenio y de gentileza. Poco a poco primó en las carnestolendas la voluntad y la "iniciativa" de las clases ineducadas y la gentil Colombina, el melancólico Pierrot y el ingenioso Arlequín, huyeron, desaparecieron... En los corsos, la decadencia del Carnaval tiene su más lamentable representación. Allí triunfa la rudeza del lenguaje, la obscenidad del chiste (que por eso mismo ya no lo es), la pobreza de inventiva... La brutalidad vuelca en las calles sus elementos heterogéneos, que, ocultos, refrenados por las disposiciones policiales durante el año, estallan en los días dedicados a Momo con impetuosidades temibles. La careta da impunidades y facilita todo exceso de palabra. La cobardía moral también tiene algo que ver en todo esto. Con la cara cubierta se puede insultar e injuriar con impunidad e irresponsabilidad...

Inútiles los esfuerzos que se intentan año tras año para dar nuevas gentilezas al Carnaval. Como galvanizar a un muerto. Podrá moverse y armar bulla, pero los gestos son bruscos, pesados, rotos... Un pelele sin gracia.

Corridos el ingenio, la gracia, la galantería y la belleza por la brutalidad de la calle, se refugia en los salones. El Carnaval se dignifica, se ennoblece a la luz esplendente de las arañas, en el bullicio armonioso de las salas floridas, en el ambiente amable de las soirées elegantes.

En los salones se salva el prestigio del viejo Momo, al que tanto dignificaron en tiempos pretéritos. En los salones la hermosura de las mujeres, velada por el antifaz, tiene un encanto más fuerte, más dominador, que cuando se exhibe a la luz del sol y en toda su amplitud. Es el misterio que atrae. que seduce, que aguijonea todos los anhelos...

El Carnaval no ha muerto aún, es verdad, pero ha huído de la calle y se guarece en los salones. La danza lo arrulla y las flores lo perfuman. Y aun su locura tiene allí brillazones de ingenio, suavidades de galantería y redenciones de arte y buen gusto.

Moraleja del momento: Para saber de la cultura de un pueblo, hay que bajar a la calle en días de Carnaval.



Señoritas: María Amelia Márquez Vaeza, Silvia de Azevedo, Nené Díaz Fournier, María Angélica Márquez Castro, Marieta Morquio Márquez, Estela Sabbia y Oribe, Corina Seré Rücker, María Angélica Lussich Márquez, Adelaida Cranwell Suarez, Sofía Suarez Blixen, Angela Cat Alvarez, Maclovia Castro Márquez, Chupina Gianelli Suarez, Sara Turenne Puig, Maruja Martínez Correa, Laura Steward;
Caballeros: Doctor Rafael Schiaffino, José Luis Gimenez, Carlos Terra Urioste, Reynaldo Arraga Francia, Carlos César Lenzi, Alfredo Rodríguez, Juan Cat Alvarez, Andrés Lerena Acevedo, Carlos Rogberg.

Chez Márquez-Vaeza

ENCUADRADA en un brillante marco de distinción y alegría, desarrollóse el día 19 por la tarde, la espléndida fiesta que el señor Alberto Márquez Vaeza y su esposa, la señora Amelia Vaeza Ocampo ofrecían a las numerosas relaciones de su señorita hija, María Amelia, con motivo de festejar ésta su cumpleaños.

Si nosotros poseyéramos esa facultad privilegiada de algunos cronistas sociales, tendríamos facilidad para encontrar todos los adjetivos que se merece la gentil María Amelia, cuyos prestigios en sociedad son tan indiscutibles como sus raras condiciones de mujercita agradable y sutil, poseedora de una belleza subyugante y de unos ojos expresivos y atrayentes, que dan vida a un rostro fresco, lleno de vigor y colorido, donde (para acudir a una conocida expresión) parece que las rosas y la nieve se amalgamaran con el fin de dar relieve a sus facciones. Poseedora de una alegría sana, contagiosa y sincera, su presencia da indiscutible animación a los salones, pues su gesto vivo y su arrogante silueta, poseen encantos irresistibles, que invitan a la charla gracil y espiritual y a la galante frase admirativa. Por eso sus amigas son infinitas y si la envidia fuera una condición natural o lógica en sociedad, María Amelia Márquez, sería la más graciosa niña de las envidiadas y envidiables...

A las 5 de la tarde, descendían los primeros invitados frente al chalet del señor Márquez, siendo recibidos gentilmente por los distinguidos dueños de casa, secundados por su señorita hija, elegantemente ataviada con una toilette de tul blanco.

Poco a poco, la concurrencia fué aumentando y diseminándose por los verdes jardines, por el alhajado hall, por los elegantes saloncitos, mientras la orquesta atacaba con brío los two-steps más de moda y los valses lánguidos, delicia de la juventud de ahora.

El baile cuenta en la actualidad, con grandes propagandistas y cultores de los dos sexos, y el baile fué, naturalmente, lo que más atrajo a los visitantes, que como en estas últimas fiestas mundanas hemos tenido ocasión de observar, no desperdiciaban pieza. Se bailó muchísimo y en todos los lugares habilitados para ello y aún en los que no se prestaban precisamente para el roce veloz de los débiles zapatos femeninos. Tal, el pavimento del jardín que fué aprovechado valientemente en aras de Tersípcore. Ello dará una ligera idea de la animación que reinaba en aquel lugar, al que daban aún mayores atractivos un sol acariciante y una brisa fresca que hacía flotar las gasas y contorneaba blandamente, con ligeras insinuaciones, el arte de la forma que es eterna belleza.

Poco después de las 7, las puertas del salón-comedor se abrieron para los visitantes, que fueron espléndidamente obsequiados con un regio buffet; la mesa adornada con exquisito buen gusto, ostentaba una rica decoración floral, sobre un valioso mantel de filet y encaje de Venecia, que sustentaba la fina vajilla antigua y la cristalería de grabados multicolores.

A esa hora la animación llegaba a su apogeo, en tal forma, que parecía comenzarse recién la agradable fiesta. Más tarde, con los jardines iluminados "a giorno" y bajo la gran lámpara del hall, se siguió bailando con gran *entrain*, mientras otros animados grupos, en los bancos, junto a los parterres, y en las pequeñas salitas, se entretenían con los jóvenes menos amigos del baile, charlando animadamente.

Recordamos haber visto, entonces, y entre muchas otras, a las señoras Mercedes Folle de Arocena, Sofía Platero de Idiarte Borda, María Marini de Reboratti, Elena Balparda de Rogberg, María Vaeza Ocampo de Busto, Teresa García Lagos de Sanguinetti; señoritas Julia Olmedo Zumarán, Margot Zumarán Arocena, Clara Müller, Margarita Saavedra Barrozo, Mercedes y Elisa Arocena Folle, Maruja Martínez Correa, Elisa y Sarah Turenne Puig, Margarita Idiarte Borda Platero, Corina y Esther Seré Rucker, María Luisa Steward Vargas, María Elena Steward Mac-Lean, Elvira Reboratti, Silvia Azevedo Braga, Clotilde Cranwell, Amelia y Margarita Belfort Carril, Eloísa Gómez Harley, María E. Mac-Coll Zabalía, Estela y Herminia Sabbia Oribe, Manuelita Sánchez Solari, Angélica Lussich Márquez, Delia Christophersen Ungo, Elena y María Luisa Díaz Fournier, María Celia, Matilde y María J. O'Neill Arocena, Maricucha Bustos Vaeza, Plácida y Marta Villegas Suárez, Sofía Suárez Blixén, Margarita y Clotilde Figari Legrand, Marieta Morquio Márquez, María E. Castro Vázquez, María Angélica Márquez Castro, Ema e Isabel Figari Castro, Elisa Berro García, María E. Pareja Guani, Teresa Sanguinetti García Lagos, María E. Durán Rubio, María E. Berro Beán, María Teresa Alvarez Prese, Margarita Cat Alvarez, Sofía y Zelmira Iglesias Castellanos, Maruja y Angela González Villegas, y Lía Bonomi.

La señorita de Márquez Vaeza, recibió durante todo el día infinidad de tarjetas, flores y valiosos obsequios, lo que unido a las numerosas relaciones que acudieron esa tarde a festejarla, ponen claramente de relieve las simpatías con que cuenta esta bella niña en los círculos mundanos.

Muy cerca de las 11 de la noche, terminaba esta espléndida fiesta, que reunió por varias horas en la elegante casa de los esposos Márquez-Vaeza, a un numeroso núcleo de lo más representativo de nuestra sociedad, que se retiró encantado de la gentileza y "savoir faire" de los dueños de aquella residencia.

El Bachiller de la Rosa.

HEMOS tenido el honor de recibir la visita del R. P. Olivier Dabescat, que vino a presentarnos sus saludos en ocasión de haber llegado a Montevideo en misión encomendada por el Gobierno francés.

El padre Dabescat, que es un cultísimo sacerdote y un erudito de nota, residía habitualmente en París, consagrando sus energías a la obra de las famosas peregrinaciones a Londres y Tierra Santa a donde fué ya más de diez veces.

Allí le sorprendió la declaración de guerra, decidiendo entonces presentarse a las autoridades militares en clase de capellán voluntario. Aceptados sus servicios, el Padre Dabescat fué enviado sucesivamente a los frentes del Mosa, la Champagne, Verdún y el Iser donde fué herido el 29 de Julio de 1916, por varios cascos de granada, durante una de las frecuentes ráfagas de obuses, mientras se hallaba en las trincheras de primera línea, prodigando sus cuidados a los heridos, en un puesto de socorro.

A raiz de ese accidente, el Padre Olivier tuvo que permanecer varios meses en un hospital, sufriendo una difícil operación. Ahora, ya curado, se ha dirigido a América con objeto de organizar conferencias, algunas de las cuales ha dado ya en Montevideo a beneficio de la obra de reconstrucción de las iglesias, que han emprendido los católicos franceses.

El Padre Dabescat, fué condecorado con la cruz de guerra con palmas, por diversos actos de heroísmo y citado, entre otras, en la Orden del Día de los ejércitos de Francia. Es, además, por iguales motivos, Caballero de la Legión de Honor, ostentando también en su pecho una valiosa condecoración conferida por el Gobierno montenegrino.

Al dejar constancia de su visita nos complacemos en insertar la siguiente interesante colaboración con que ha honrado esta página el valiente sacerdote de la referencia, que tuvo la gentileza de calificar a SELECTA como una de las más notables revistas de las que se publican actualmente:



El R. P. Olivier Dabescat.



Heroísmo de un sacerdote francés



"La fleur des patries, la plus aimable et la plus aimée, c'est la France. Elle est belle aux yeux du ciel, car Dieu a pour elle une prédilection qu'il s'est plu à montrer sans cesse au cours de sa longue histoire. Nos pères en faisant retentir si souvent cette enthousiaste acclamation "Vivat Christus qui diligit Francos! Vive le Christ qui aime les Francs d'un amour particulier! et François 1[er] au soir de la bataille de Marignan, écrivait à sa mère, que Dieu s'y était montré bon Français.

Elle est belle aux yeux des étrangers qui en font leur seconde patrie et la villégiature de leurs rêves. Ils la déclarent par la voix du Hollandais Grotius "le plus beau des royumes après celui de Dieu". Un Anglais lui crie "Tu es la flamme dans la nuit" et un Italien "Tu es la grâce et le sourire". On l'appelle plutôt chez nous la "douce France" parce que ce mot est un mot d'amour, mais au dehors et dans toute les littératures on dit la "belle France", comme on dit "la verte Erin".

C'est un épithète de nature.

Elle est belle aux yeux de sec fils. Non seulement ils la chantent avec passion, mais ils meurent pour elle avec enthousiasme en murmurant tendrement son nom, depuis les preux de Roncevaux jusqu'aux héros de Verdun.

L'histoire du patriotisme français existe çà et lá en fragments, il faudra les réunir un jour en un livre d'or et la guerre actuelle le fournira peut être la page la plus magnifique.

Elle est belle aux yeux de ses filles. Leur patriotisme n'est pas moins ardent que celui de ses fils, leur héroisme n'est pas moins grand.

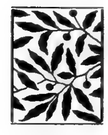
Depuis les Gauloises qui gardaient les charriots de leurs maris pendant la bataille jusqu'aux infirmières qui pansent nos blessés sous la pluie des balles et les obus, l'hymne de bravoure et de tendresse ne cesse de retentir aux pays de France.

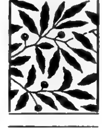
Et cette guerre a prouvé avec évidence que le sang des Géneviève, des Clotilde et des Jeanne d'Arc coule encore dans les veines des Française d'aujourd'hui...

Oh! mon pays bien aimé, pour te donner tout son coeur, il faut seulement te connaitre.

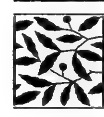
Je souhaite cette connaissance à tous les lecteurs de SELECTA."

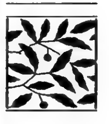
Abbé Olivier Dabescat,
Aumônier militaire
Chevalier de la Legión d'honneur











El P. Olivier Dabescat en el momento de recibir el abrazo del general Parreau, al ser creado Caballero de la Legión de Honor, en el patio del palacio de los Inválidos en París.

nes, un minuet que se bailó durante una de esas veladas deslumbrantes. El minuet, la danza clásica de la elegancia de toda una época de hidalguía y de romántica idealidad, fué bailado por un grupo escogido de parejas. Con la indumentaria de época rigurosa: miriñaque, peinetón y grandes abanicos, se presentaron las damas que bailaron el minuet. Y de noche tan memorable se recuerda aun hoy la gracia suprema que ostentara doña Amelia Muñoz de Ramírez, quien se presentó con el traje de corte que luciera gallardamente en la recepción diplomática realizada en el Palacio de Itamarati ante el último de los Braganza que ciñera la corona del Brasil, y ante el cual presentó sus credenciales de representante del Uruguay el ilustre doctor Carlos María Ramírez.

Se recuerda también a la señora Adela Ocampo de Heimendahl, que unía a su porte majestuoso de reina, toilette y joyas dignas también de una soberana. A la señora de Arellano, que no siendo infanta, bien lo parecía por la esplendidez de su tocado, por su belleza, por su distinción, que tal era el donaire con que lucía en salones la esposa del representante de la casa de España. A la señora Delia Márquez de Layte, de suprema distinción y encantadora gracia, era como una aurora. A doña Bernarda Arrien de Howard, que unía a su clara inteligencia "un charme" al cual se rendían todas las admiraciones.


La Sala de Música

Y otras damas aún, que el cronista no recuerda y lo lamenta en verdad, fueron las que bailaron el famosísimo minuet en compañía de un núcleo de caballeros, que por su nombre, por su distinción y por su arrogancia, tenían derecho a participar en fiesta tan lucida y en danza tan gentil y famosa.

He visitado la casa del doctor Ferreira y mi admiración ha tenido donde explayarse. Un museo de arte, de antigüedades, de admirables objetos y de exquisita decoración y mueblaje, tal es esa mansión. Allí las vitrinas están repletas de maravillas: encajes, joyas de antaño, miniaturas, toda la gama de preciosidades que dan caché a un salón y acreditan su riqueza.

Los cuadros exigen el mayor rendimiento admirativo. Todos los antepasados de las familias Artigas y Ferreira allí figuran diciendo de la nobleza y de la gloria de esa casa.

En el gran comedor candelabros y vajilla todo de plata maciza, de elevado mérito y riqueza sin precedentes entre nosotros.

Y así en todas las dependencias de esta casa señorial, que como digo antes es un valiosísimo museo, casa donde el pasado parece que ha dejado toda su majestad, y donde, se diría, se guarda la más alta expresión de la magnificencia patricia.

Y esta sensación de reposo, de silenciosa majestad, de noble evocación del pasado, se experimenta en tan respetable mansión en una forma intensa.

Por un instante quedo solo en medio del salón y se diría que el ambiente callado se puebla poco a poco de leves rumores, al principio apenas perceptibles y luego cada vez más intensos. Si, es el rumor confuso de una noche de reunión, cuando aquellas salas desbordaban de concurrencia y brillaban con el derroche de cientos de luces.


El hermoso Comedor

De la penumbra que allí reinaba, parece que surgieran muchas vagas formas, imprecisas, luego más acentuadas y al fin imponiéndose a mi fantasía con los lineamientos de aquellas arrogantes, hermosas, distinguidísimas damas que hollaron las alfombras con el roce suavísimo de sus zapatos de baile.

Los salones cobran así fantástica animación. Todo lo más selecto, todo lo más representativo, todo lo más elgante y famoso por su belleza y su distinción dan a los lujosos recintos todo el esplendor de su prestigio.

Sonrisas, frases galantes, flirts encantadores, danzas impregnadas de majestad, muy lejos de parecerse a las vertiginosas e insinuantes de hoy, en fin, todo el pasado con su admirable carácter de nobleza, sereno, armonioso, de una familiaridad que permitía la selección, realmente subyugante.

Tal vió mi imaginación, tal creí ver recordando épocas pasadas, tal evoqué en medio de la sala, donde flotan los recuerdos de fiestas soberbias.

Cyrano.





Dibujo a pluma de O. Baroffio.

Cuando la tarde cae...

Para "Selecta"

OH!, divina paz de los campos, cuando la caída de la tarde pone en el tinte grisáceo de todas las cosas, una nota de tristeza infinita que repercute en el rumoreo de las ramas y en el murmullo del agua clara de las cañadas!

Oh, dulce y embriagadora tristeza, que enerva los sentidos y aquieta, al mismo tiempo, el torbellino cerebral que pone fuego en las venas y en los ojos, como una anunciación de futuras generaciones!

Bendita y consoladora paz, que se levanta pura e intangible, entre los verdes pastos, tras las cuchillas y quebradas del patrio suelo, sobre los montes de tala y espinillo, o entre la gramilla abundante y jugosa que orilla el camino.

Bendita paz la de los ranchos criollos, que añoran el idilio campero, mientras el ombú los guarda y los sombrea con actitudes de guerrero siempre firme y siempre fuerte, o lo besan con sus claras y reverenciosas copas, los sauces llorones que a su vera han crecido!

Benditos los ranchos, que fueron primero paja y palo y que la sabia mano del hombre adaptó a sus necesidades.

Rancho que sabía ser palacio para aquellas gentes cuya sola pretensión era un chapeado de plata en el recado y un flete ligerón, para reserva y para correrlo en las fiestas, ante la mirada embobada y envidiosa del gauchaje del pago. Ninguno como él sabía sacar una sortija, o bolear "con lujo" o filetear un trenzado, o barajar con más suerte.

Ese era el más hombre!...

Rancho donde en piso de terrón, se bailaba hasta que el cansancio rendía a las parejas. Rancho que era sala y cocina y alcoba a un mismo tiempo; donde no se negaba un jarro de agua al pasajero, ni un rincón para descansar, al que anochecía en sus inmediaciones...

Benditos los pájaros trinadores, que cruzan como saetas en lo alto, buscando el refugio amigo del alero, o la rama en donde anidan.

Bendito el hornero — ejemplo de trabajo — y el saltarín picaflor y el brillante cardenal y el maravilloso mirlo y la gentil viudita, que pueblan nuestros montes por miríadas y cuyos conciertos, ninguna boca humana podrá jamás reproducir...

Benditas las tímidas florecitas del campo, cuyo perfume silvestre dan al aire, y cuyos colores vibrantes, nacen y mueren ignorados, y bendita por fin, entre todas las cosas, esa madre Naturaleza, que pone luz en los campos durante los enceguecedores medios días, y reparte después hasta más allá del horizonte, una sombra que se va acentuando hasta que la noche viene, sorprendente y tranquila, a calmar las inquietudes del espíritu, mientras las estrellas son todavía entre la sombra, mudos testimonios de su poderío y grandeza.

Bendita en la Vida y en la Muerte, que es madre de la Vida; en los lugares agrestes y en los campos arados; donde el tomillo y la verbena acusan con aromas su presencia, o donde los trigales y avenales se levantan briosos por entre los terrones destrozados por la rastra.

Bendita en los versos de Mallarmé y bendita en los de Regules, cuando canta al paisano viril, a la tierra de todos, sin alambrados divisores y sin patrones egoístas; cuando canta a la tapera, y al cardo y a la flechilla; cuando envuelve en los vibrantes versos de una décima el último gesto bravío del payador, o describe el paisanito decidor, de sombrero echado a la nuca, y golilla con letras bordadas...

Bendita mil veces por todo eso, tierra fértil de mis criollos campos, donde todavía hay huellas visibles de mil idilios amorosos en las tranqueras crugientes y en los palenques gastados, donde el pingo coscojero y reluciente restregaba con impaciencia su pelambre, mientras el gaucho, con el pie en el estribo, sorbía el último mate, o daba el último beso a la enamorada china, cuyos únicos ideales eran el cariño de su gaucho y la vistosa cinta de su trenza!

. . . .

Oh divina paz de los campos, cuyo tinte grisáceo pone en todas las cosas, a la caída de la tarde, una nota de tristeza infinita, que repercute hondamente en el rumoreo de las ramas del espinillo o del tala, y en el murmullo del agua clara de los cañadones orillados por la verbena y la gramilla!...

Montevideo, 1918.

J. L. Panizza.





Escudo de Armas y Blasones de la ilustre casa de don Manuel Ximénez y Gómez



La Ilustre casa de Ximénez y Gómez

ENTRE los españoles ilustres que arribaron a nuestras playas, en la época colonial, figura en primera línea don Manuel Antonio Ximénez Sandoval Gómez González, Marqués de Saavedra, cuyo origen que data de la más remota antigüedad, cuenta entre sus ascendientes, encumbrados personajes de la más rancia nobleza española.

Vasallo leal de S. M. Católica el Rey de España, desempeñó a entera satisfacción de su Gobierno, diferentes cargos públicos, quien le confió incesantemente arduas e importantes comisiones. Defendió valerosamente la Plaza contra las invasiones inglesas, apoyando heroicamente más tarde la causa de la Monarquía, no sólo durante las luchas de la independencia en el Río de la Plata, sino también con generosos donativos al tener noticia de los funestos acontecimientos ocasionados por los franceses en España. Hechos todos, que le acreditan en bastante forma su lealtad, amor y constante adhesión al Rey y a su Patria, en cuyo obsequio no sólo sacrificó su vida molestada con prisiones y amenazada de diferentes modos con la muerte, sino que se desprendió franca y espontáneamente de sus cuantiosos bienes y rica fortuna, como lo atestiguan los diversos documentos enviados a la Real Corte, donde fué recibido con demostraciones de simpatía y los honores debidos a su alto rango y muchos méritos.

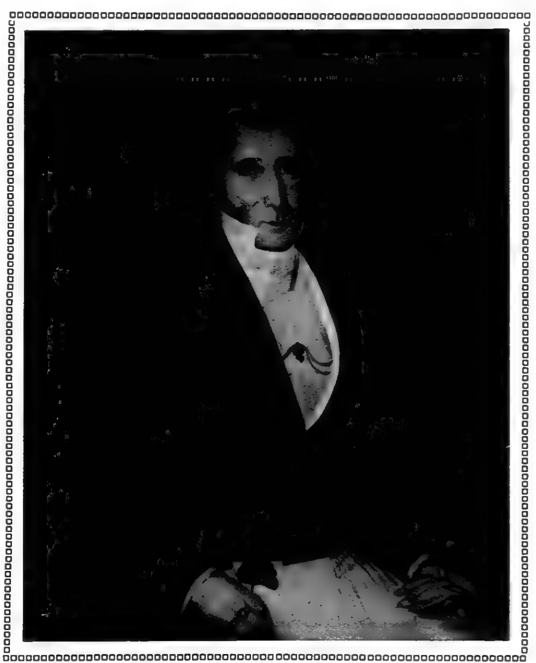
Dichos testimonios firmados por los Excmos. señores Marqués de Sobremonte, Virrey y Capitán General del Río de la Plata; don Martín de Garay, Virrey del Perú; don Javier de Elío, Teniente General de los Reales ejércitos; don Gaspar Vigodet, Capitán General, Ministro de la Guerra; don Jacinto de Acuña Figueroa, Comisario de Guerra, Ministro Principal de Hacienda; don Miguel de Sierra, Secretario de Estado y del Despacho universal de Marina; don José Magín Riuz, Síndico Procurador General; don Manuel Vicente Gutiérrez; don Manuel Nieto, don Manuel Masculino, don Bernabé Alcorta, don Ramón Doval, don Cristóbal Pugnou, don Domingo Vázquez, don Manuel García de la Sienra, don Juan de Dios Dozo (Secretario), Miembros del Cabildo, Justicia y Regimiento constitucional de la muy fiel, reconquistadora y benemérita de la patria, ciudad de San Felipe y Santiago de Montevideo; forman un valioso conjunto, que merecieron del Cronista, Rey de Armas de número en todos los reinos, dominios y señoríos de Su Majestad Católica el señor don Fernando VII, que Dios Guarde, Rey de las Españas, Islas y tierra firme del Mar Océano; don Francisco Doroteo de la Carrera, entre otros, el siguiente párrafo: "Con tan heroicas acciones, no sólo hase adquirido nobleza personal, dando nuevos realces a la heredada de sus mayores, sino que deja un estímulo y monumento eterno que imitar a su posteridad."

En su casa, centro de cultura y distinción, efectuáronse las reuniones más brillantes y aristocráticas de la época, conservándose hasta nuestros días su recuerdo.

Fué el jefe de una numerosa y distinguida descendencia, vinculada a hogares respetabilísimos de nuestra sociedad.

El retrato y el escudo cuya reproducción publicamos, encuéntranse actualmente en poder de una de sus nietas, doña Clementina Ximénez de Ellis.





Retrato de don Manuel Ximénez y Gómez
Marqués de Saavedra



Escenas de la Vida Moderna

En casa de los Marqueses de Castrojeriz. Gabinete estilo de Luis XV. (En el ARGOT *familiar,* LA SALITA DE MÚSICA). *Un gran piano de cola, y al lado un arpa (sello de Erard) justifican el mote. Decorado artístico sin tasación posible, en apariencia; sencillo y fácil de copiar a poco coste; examinando con atención, raro y costoso; de un conjunto sin disonancia, logrado en suma de exquisitos detalles. Cortinajes de seda antigua, azul desvahido en rosa pálido, con ramos de rosas blancas diminutas. Silloncitos de madera blanca con filetes de oro, y asientos de rejilla, también blancos, y sobre ellos almohadones sueltos, de igual tela y color que los cortinajes. Sobre una gran chimenea de mármol, espejo con marco de talla dorado a fuego, reloj y candelabros de bronce y porcelana de Sevres. Pantalla de chimenea y paravent, de cartones pintados, con imitación a copias de Watteau. Una vitrina con figurillas, tazas, tabaqueras y miniaturas antiguas. En las paredes, grabados en madera; un retrato de niña, al pastel, de mano y firma de maestro, y dos o tres cuadros, también al pastel, por el asunto y la ejecución de mano aficionada y femenina pero, con buen maestro.*

ESCENA PRIMERA

Personajes: PEPITA CASTROJERIZ, diez y nueve años. Nerviosa. fina como galguito inglés. Movilidad incesante de todo el cuerpo, que contrasta con la frialdad inexpresiva de la fisonomía: como en descoyuntado clown, de rostro rígido, bajo la espesa masa de albayalde. La boca rasgada, de labios finísimos, apretados, que marcan una sola línea roja en la cara pálida, y el pelo, rubio cenizoso, crespo y levantado en atrevido mechón sobre la frente, dan exactitud a la comparación *clownesca*.

Viste con aristocrática soltura traje que, con ser riquísimo (y así parecería, llevado con otro empaque), en ella sólo parece gracioso, lindo, encargado sin elección, entre otros muchos (cuando había costado más de dos mil francos entre modista, cartas, Aduanas y envío de ida y vuelta a París su media docena de veces). Un modelo de *Mme. Nicaud* para comida íntima. Blanco, de muselina de seda, adornado con encajes de Irlanda de un color marfileño que amortigua la blancura chillona de la seda. con suave pátina. Las mangas, larguísimas, caen hasta media mano y ciñen ajustadas los brazos, que parecen alargados en líneas inflexibles con majestad hierática. Sobre los hombros, la seda se abre plegada en graciosos abanicos, como alas juveniles atrevidas, que protestan abiertas de la rigidez fría, solemne de los brazos. Y en Pepita parece mayor la protesta: aquellas mangas a lo *ricahembra* oprimen sus bracitos nerviosos de *clown* descoyuntado. Se adivina que Pepita, si no un vuelo, daría por lo menos un salto mortal.

Anochece, y Pepita concluye de vestirse para la comida: ha pasado de su tocador a la *salita de música*, porque nadie como ella sabe buscar fondo adecuado a un traje. Sentada al piano, repasa una canción francesa, una canción del siglo XVIII, *marivaudage* expresivo de sentimientos amorosos abullonados, como hueca falda a lo Pompadour.

La armonía rebuscada por Pepita con artificiosa evocación aquieta su pensamiento y sus nervios, más que nunca excitados.

Por los balcones del gabinete (abiertos a un jardín húmedo, sombrío, muradado por las casas contiguas al palacio de los Castrojeriz) penetra la luz crepuscular, amarillenta, al través del follaje de unos altísimos y frondosos castaños de Indias. Los cortinajes apagan con pliegues de sombra los últimos alientos de la luz mortecina, reflejada sobre la seda brillante de colores tenues. La antigua canción suspira amores de otros tiempos, y Pepita prolonga en aquel anochecer de su alma, en que algo íntimo y profundo de su alma debía alejarse de ella para siempre. Quería suspender su pensamiento, adormecerle, para dulcificar la despedida inevitable.

—¿Cómo pudo ser?

Pepita repasa en su memoria, y al recordar una por una las circunstancias que a tan difícil situación la han traído, como extraña a ella las considera y como si atendiese relato confidencial de amiga íntima, antes curiosa que apenada, se pregunta a sí misma:

—¿Cómo pudo ser? ¿Cómo sin pensar nunca en amarse, sin poder pensarlo, Federico y ella se amaban? ¡Se amaban! No había palabra ni afecto capaces de ocultar el verdadero afecto que los unía. Pero ¿cómo pudo nacer aquel amor? ¿Cuándo pensaron en amarse?

Pepita no comprendía que existe una voluntad inconsciente: un querer lo que no se quiere, y esa voluntad *exterior* labra fuera de nosotros y de improviso levanta ante nuestra vista la viva imagen de nuestras acciones desconocida, odiosa, como de hijo adulterino que nació en nuestra casa sin ser hijo nuestro.



Doña Elvira Visillac de De la María y Doña Enriqueta Visillac de Fernández

Damas aureoladas por el respecto y la consideración de todos; representación de virtudes, de cultura y de bondad, han traído hasta nuestros días la verdad admirable del austero vivir de épocas pretéritas. Nacieron poco después del fausto acontecimiento de la Jura de la Constitución, el año 30, y hoy con 85 años, pueden ostentar orgullosamente energías extraordinarias. Viven una feliz vejez sin achaques, como era común en nuestros abuelos. Un ejemplo de esta extraordinaria fortaleza es un viaje que acaba de hacer a Paysandú Doña Elvira Visillac para festejar junto a su dignísima hermana el día de su común natalicio. Han descollado en el seno de nuestra sociedad con la imposición de sus altas condiciones morales, con la sencillez nobilísima de sus costumbres, con la verdad representativa de sus hogares modelos.

Se querían... sin querer. Sin querer, como dicen los chicos por disculpa, cuando acaba el reír de los juegos por llorar a los golpes de veras. Sin querer hacerse daño, sí; pero sin querer jugar, no.

Por juego prefería Pepita la amistad de Federico. La conversación con él era más divertida que con ningún otro. Por lo mismo que era casado, Pepita le hablaba con mayor libertad. La conversación con los muchachos era muy aburrida. Candidatos probables a maridos, al hablar con una muchacha, parecían temerosos de comprometerse con una frase demasiado expresiva, con una confidencia demasiado íntima. Todos pensaban: "Cuidadito, que puedo caer."

Las muchachas, por su parte, aún más temerosas que ellos por distinto motivo, parecen en actitud defensiva, desconfiadas; todas piensan: "Cuidadito, que puede no caer."

Pepita, de carácter expansivo hasta el descaro; curiosa observadora del mundo, con ansia de saber y de pensar por sí; Eva espiritual; mordedora golosa, no del fruto de la sabiduría, pero sí de la sabiduría del fruto, detestaba aparentar circunspección de niña casadera. Quería saber a qué sabía todo, el bien y el mal, y con Federico podía arriesgarse en confidencias escabrosas.

Daba pretexto y ocasión para ellas todo género de *sport*: la bicicleta, los patines, guiar un *tandem*, tirar al blanco.

La mujer de Federico, mimosa, delicada, flor de invernadero; como otras mujeres, vestidas, ella siempre enferma a la última moda, con neurastenia por aquella temporada, era una verdadera mujer de lujo, de harem o de gineceo, y Federico, halagado por el contraste, hallaba en Pepita un camarada encantador, juvenil, intrépido, con quien podía hablar de todo mientras guiaba cuatro caballos sin domar. Federico no sabía prescindir de Pepita; era su compañera de pescante en el *mail-coach* su compañera de puesto en las cacerías. En las comidas y recepciones, siempre juntos, departían en animado diálogo, que a ratos parecía de cocheros, a ratos de cazadores, pero siempre terminaba en amoroso tema.

Al principio nadie extrañó la intimidad de Federico y de Pepita. ¿Qué tenía de particular? Se conocían desde niños, eran de la misma clase, tenían las mismas aficiones; además, él casado y ella soltera... ¿quién podía pensar mal? Pero bien pronto notaron ellos mismos que la gente les dejaba mayor espacio, material y moral; ese espacio que las personas de buena sociedad marcan con discreción alrededor de dos amantes: islas del amor, fáciles de descubrir en cualquier salón a poca geografía social que se sepa.

Pronto empezaron las habladurías: los muchachos pretendientes al amor de Pepita retiraban sus candidaturas. Una noche, en un baile, preguntó una amiga a Pepita: "Pero ¿tan enferma está la mujer de Federico?" Un literato insolente insinuó con malicia: "Usted, que tan aficionado es al *modernismo*, ¿no ha leído usted las *Demi-vierges*, de Prevost?" Los Marqueses de Castrojeriz, padres de Pepita, fueron los últimos en enterarse, y aunque nada reprochable vieron en la conducta de su hija, por *el buen parecer* acordaron que aquello no podía continuar.

¡No podía continuar! Bien lo comprendía Pepita. Pero entonces comprendió cuán hondo era el daño, cómo era imposible romper la intimidad con Federico.

La vida de ambos era un conjunto de frívolos pasatiempos, de pequeñeces insubstanciales, pero en cada una de ellas iba unido algo de su pensamiento, de su vida, y eslabonado con soldadura misteriosa, era su vida entera.

Pepita fingió (a poca costa) una enfermedad para retrasar la explicación necesaria.

Llegó el día. Federico la escuchó y la facilitó por su parte. Todo eran habladurías. Su mujer había recibido anónimos: estaba celosa, insoportable...

—¿Has visto, Pepita? ¿Has visto qué gente? ¡Dios mío! ¿cómo es esto?... Tú eres hombre. ¿Qué me aconsejas?

—Cásate.

Y Federico se despidió de Pepita

Aquella palabra fué el atormentador de Pepita en muchos días de inquietud, en muchas noches sin sueño. ¡Cásate! ¿Era un consejo de arrepentimiento o de esperanza? ¿Un muro levantado entre los dos para siempre... o puerta franca a sus amores?... ¡Cásate! Sí, se casaría.

Por eso estrenaba un vestido Pepita en aquella comida; por eso repasaba una canción francesa; por eso al prolongar en el anochecer a su alrededor un anochecer de su alma, con el último aliento desmayado de la luz crepuscular, penetraba en su alma por resquicios del pensamiento la luz trémula, indecisa, de una esperanza pecadora.

Y al sentir el corazón acariciado por aquella esperanza, lloraba con indecible tristeza. ¡Pobre virgen loca, que dejó apagar la luz de la lámpara antes de que llegara el esposo!

Así termina la escena primera.

J. Benavente.

Arte femenino



Una bella labor pictórica

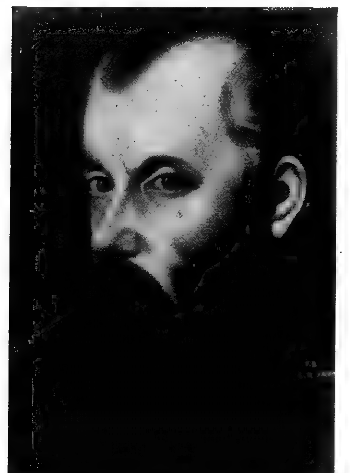
Señorita María de las Nieves Garino y Señorita Viera



"Estudio" por la señorita Garino

LOS progresos, en todas las ramas de la ciencia y de la industria, realizados por la mujer uruguaya son indiscutibles de algún tiempo a esta parte. La medicina y la abogacía cuentan ya entre sus profesionales a algunos conocidos nombres femeninos y si es cierto que ese movimiento dignificador no ha adquirido aún una importancia decisiva en los círculos respectivos, débese más que nada a la lógicamente lenta transformación de las leyes y costumbres sociales, que son todavía un obstáculo difícilmente salvable para la mayoría de nuestras mujeres.





"Estudio" por la señorita Garino

Sin embargo, quienes elevándose por sobre la generalidad logran destacar sus condiciones con alguna obra de aliento, que no sea sólo una bella esperanza ni una promesa, sino la consagración de aptitudes poco comunes y por lo mismo valiosas, debe merecer el aplauso de sus compatriotas y la frase alentadora de los que no consideran ya a la mujer como un vulgar adorno de la casa (uno más), sino como algo valioso e imprescindible con la mayor suma posible de teorías y conocimientos, ya sea para participar con el hombre de las agridulces sorpresas de la vida, o para bastarse a sí misma moral e intelectualmente. El rol de la mujer en la actualidad, se diferencia efectivamente, en forma fundamental del que se le asignaba en sociedad, cinco o seis lustros atrás. Ya no basta con que sea amorosa madre, esposa ejemplar o virtuosa hermana; las actividades cada vez mayores de la vida mundana, ejercen sobre el cerebro y el espíritu una influencia eficaz que se traduce en la necesidad de "saber" y ello es lo que impulsa a la femenina grey por nobilísimos caminos de trabajo y estudio, preparándose par dar bríos a las futuras generaciones.

Relacionada íntimamente con lo que decimos, está la labor interesante y valiosa de la señorita María de las Nieves Garino, que acaba de exponer en el salón Maveroff una serie de cuadros debidos a su pincel.

La señorita de Garino, cuñada del actual Presidente de la República, posee un fino temperamento artístico, y en la tranquilidad de su taller, mientras mezcla el color en la paleta, sus ojos serenos y lucientes, se animan fulgurantes, vivo testimonio de que el fuego interior tiene vida vigorosa.

Con motivo de esta exposición en la que había obras de verdadero mérito, la inteligente artista ha sido muy felicitada, así como su maestro, el conocido dibujante señor Rodríguez Arasa, que cuenta a la señorita de Garino como a una de sus discípulas más inteligentes y predilectas.

Una carta

MI querida: Indolentemente aburrida paseo todas las tardes por donde pasean todos. La fuerza de la costumbre nos lleva, aun cuando nosotros no queramos.

Los hombres, las mujeres, las parejas que también andan por ahí, creerán que aguardo algo... Nadie ha de creer, en cambio que medito. Y nadie lo ha de creer porque ninguno de esos hace lo que yo: eso es meditar.

Yo paseo y pienso. El tema de mis actuales y honestísimas correrías por el bosque es el evangelio de San Juan, capítulo octavo. ¿Qué te parece?

San Juan Evangelista me resulta el mejor de los cuatro, el más profundo, y ese capítulo octavo, un monumento de sabiduría poética.

Cuenta en tal pasaje que Jesús, muy de mañana, *"volvió al templo, y vino a El todo el pueblo, y sentado les enseñaba. Y los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en*··· en... ya supondrás que se trata de aquella esposa, víctima de la carencia de una ley sobre el divorcio.

Y Moisés nos mandó en la ley — añade el escriba o el fariseo que estaba en el uso de la palabra — *apedrear a éstas. ¿Pues tú qué dices?*

Entonces, Jesús inventó una sublime parábola sin palabras. *Inclinándose hacia abajo, escribía con el dedo en la tierra.*

¡Escribía con el dedo en la tierra! ¿comprendes? Escribía, como los enamorados, palabras de amor sobre la arena que el aire iguala luego.

Trazaba en los campos del olvido surcos inconstantes donde no germina la semilla de la justicia.

Aquel bendito índice que curó llagas, que intimó a Lázaro la perentoria orden de resurrección, aquel piadoso índice de aquella gloriosa mano, trazaba irónica y bondadosamente la escritura del amor, de la paz, de la clemencia.

Sermones en desierto, escritura en la movediza costra del globo, eso viene a ser la labor del Divino Moralista. Nos conocía.

Y como porfiasen en preguntarle, se enderezó y les dijo: El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero.

Y sin mirar a sus tentadores, Jesús volvió a insistir en la lección gráfica, pues *inclinándose de nuevo continuaba escribiendo en tierra.*

Desde entonces cuántas veces han repetido los literatos y los moralistas las sublimes palabras del Nazareno, aplicándolas únicamente a los pecados conyugales. Yo voy a extenderlas a todos.

En ninguno de los innumerables delitos de adulteración se puede ser el primero en tirar la piedra. Todos vivimos falsificando, adulterando la naturaleza, sin que el universo sea vino o aceite.

Un modisto parisiense, incitado por el ansia de lucro, se exprime el aterciopelado cacumen para inventar la moda. Su deseo es que las mujeres vistan con elegancia sin aprovechar los trajes de la temporada anterior. Y ese modisto, y otros de la misma clase, consiguen su intento. Somos esclavas de él, esclavas sumisas que, ¡oh paradoja!, se costean la esclavitud haciendo gastos principescos. Figúrate lo que es la vida de una sierva del señor Antoine, tirano caprichoso y loco. ¿Cómo queremos ser libres en tales condiciones?

El trabajo, verdadero o fingido, resulta el único remedio contra el hastío y la neurastenia, esos dos primeros ministros de Wold y Paquín.

¡Qué envidia tengo a las mujeres que ahora imitan a los hombres, no en llevar sombreritos varoniles ni capotes casi militares, sino en el trabajo de las balas, de las fábricas, de los hospitales, de la agricultura!...

Quedamos en que si no hubiera piedras, sería preciso inventarlas para arrojárselas a nuestros verdugos.

Volvamos al Evangelio.

Después que el Maestro dió su famosa sentencia: *El que esté libre de culpa*, etc., los que lo interrogaban se fueron poco a poco y sin chistar.

No podemos negar que es un modo muy gentil de oir verdades y... no enojarse.

Cuando Jesús levantó la cabeza, estaban solo; él y la pecadora. Y le dijo el Nazareno: — *Vete y no peques más.*

No pecó más, pero quisiera saber cómo vistió desde aquel día en adelante.

Berta.



RECUERDO

En el album de las
Señoritas Maínez Rondeau.

Cual cristalina gota de rocío
En la templada noche desprendida
Vino al mundo esa estrella bendecida
Que se ha llamado siempre la mujer,
Estrella de cariño y de consuelo
Estrella que fulgura a toda hora
Pura como la lumbre de la aurora
Dulce como la risa del placer.

Ella forma nuestro encanto
En la noche solitaria
Cuando su tierna plegaria
Entona tierna su amor;
Cuando con voz cariñosa
Y con su dulce sonrisa
Que brota el labio indecisa
Destruye nuestro dolor.

Y qué sería del hombre
Si abandonado a su suerte
A cada instante la muerte
Viera siempre en su vivir,
Sin que una mano süave
Su mano helada tocara,
Sin que su vista alcanzara
Compasión en su sufrir?

Sin destino fugitivo
En el mundo vagaría
En una noche sombría
De misterio y de dolor,
Su maldición inclemente
Llevando en su frente escrita
Sobre su frente maldita
Sin familia, sin amor

Mas ya que Dios en su bondad eterna
En ella fiel nos deparó su encanto
Quiero su amor para enjugar mi llanto,
Yo quiero siempre su amistad poseer:
Por eso en esta página bendita
Consagrada al futuro y al presente
Pido un recuerdo de amistad ferviente
A Isela y Julia Carmen e Isabel.

Amancio Alcorta.



A LA JUVENTUD

Jóvenes, avanzad sobre laureles
Para halagar del genio la esperanza!
Fco. Cea.

¡Juventud de mi patria! alza la frente
Del hondo abismo do yacías hundida,
Y tu mirada de arrogancia henchida
Elévese el excelso luminar;

Róbale un rayo de su foco ardiente
Que te ilumine como sacro faro;
Y lanza tu bagel, cual el avaro
Sediento de oro, de la gloria al mar!

***

Con arrojo sin par rompe la valla
Que obstruye el paso a la preclara cumbre
Donde entre nubes de azulada lumbre
Te ofrece el genio espléndido laurel:

Que en alas de la fe y el entusiasmo
Pronto se llega a su esplendente trono.
Basta ya de apatía y de abandono!...
Lánzate, pues, generación novel!

***

Muy grande es tu misión; más grande tu [alma,
Sabrá dejarla por tu prez cumplida!...
Tiempo es ya de emprender esa subida,
Tiempo es acaso de vencerla ya!

¿Qué importa lo escabroso de la senda
Cuando a nuestra alma la esperanza anima,
Cuando logramos escalar la cima
De esa eminencia do la gloria está?

***

¿Qué importa que la imbécil muchedumbre
Nos salga al paso como vil gavilla,
Si en nuestra frente fascinante brilla
Sólo un destello de esperanza y fe?...

—Ante esa lumbre fascinada un día
Ella verá su nada y su bajeza,
E inclinará humillada la cabeza
Hasta rozarla con su mismo pie!

***

El genio osado que su polvo huella,
Cuando el tiempo su nada pulveriza,
Sobre pueblos y edades se entroniza
Para brillar eterno como el sol;

Y como el sol, en su constante turno,
De mil generaciones en la aurora
El cielo hermoso de la fe colora
Con tintas de bellísimo arrebol.



Heraclio C. Fajardo

Lánzate, pues, generación presente.
Que los ánimos fuertes no zozobran!
Faltan cabezas y "laureles sobran"
Para del genio coronar la sien.

Lánzate avara, pues ejemplos tienes
Que alienten tu alma intrépida en su vuelo,
Hasta tocar el anhelado cielo
Donde la gloria colocó su Edén!...

***

A la par tuya me verás pugnando
Tras nueva esfera y perdurable vida,
Cual suele entre cóndores, atrevida,
Su vuelo una avecilla remontar.

Podrá faltarme la celeste chispa
Que constituye el genio y lo sublima,
Mas no la sed de gloria, que me anima
Y me hace un lauro de su mano ansiar!

***

Fe no me falta ni entusiasmo ardiente,
De la existencia en el fulgor temprano;
Fáltame sólo una potente mano
Que me ayude benéfica a subir...

¡Dame la tuya, Juventud robusta!
Y uniendo al tuyo mi entusiasta acento
Haremos resonar nuestro concento...
Y el mundo luego nos sabrá aplaudir!

***

Para ello sólo es necesario anhelo,
Perseverancia y entereza de alma;
Porque del triunfo nos darán la palma
Si en él tenemos inmutable fe...

¡Ea, pues, coraje!... El porvenir ya luce
Que ha de poner el sello a nuestra obra;
¡Constancia, juventud! y sin zozobra
Dejemos luego que su fallo dé!...

Heraclio Claudio Fajardo.

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

SU LIBRO "AMÉRICA"

Aunque la preclara Marta Costa de Carril (Gala Placidia) en *El Plata* y el siempre elocuente doctor Zorrilla de San Martín en la Conferencia de la Universidad han presentado ya al público de Montevideo su ilustre visitante actual, la insigne escritora Concepción Gimeno de Flaquer, Selecta debe a sus lectores algunos datos inéditos aún, sobre la dama meritísima española que ha formado su larga y noble vida consagrada exclusivamente al trabajo, a la cultura pública en la tribuna, en la prensa, en la honestidad, en el bien y en la justicia, con programa de verdades para los encumbrados y de consuelo y justicia para los humildes.

Nacida en Aragón, como el abuelo de Artigas, y los Echegaray, Ramón y Cajal, Cavia y Eusebio Blasco, comenzó muy joven su vida literaria con el entusiasmo y tenacidad característicos del solar de las libertades y del amor, eternizados la primera por el Juramento de sus Reyes al pueblo y el segundo cantado en los Amantes del Teruel en la ópera de Tomás Bretón y por Muñoz Degrain en el lienzo.

A los 23 años fundó en Madrid "El Album Ibero - Americano" en la época en que sobresalían el genial Alarcón, el sorprendente Selgas, el conceptuoso Castro y Serrano, el ameno Carlos Frontaura, el erudito Julio Nombela y tantos otros ilustres representantes de las letras castellanas.

Su libro *La mujer española* inspiró frases de elogio al polígrafo L. Augusto de Cueto y una carta encomiástica a Víctor Hugo.

Casada muy joven con el publicista catalán don Francisco de Paula y Flaquer, de la ilustre familia de Mané y Flaquer, Director durante 40 años de "El Diario de Barcelona", que tiene respetables deudos en Montevideo, y había formado parte de la prensa y Legación de España en Buenos Aires en 1862 como Secretario de don Carlos Creux; la señora Gimeno de Flaquer recorrió la Europa, visitando los grandes centros culturales y relacionándose con las más célebres personalidades de las letras, las artes y del pensamiento moderno.

En 1883 fué a Méjico, donde según nuestro amigo don Teodoro Guerrero, autor de "Las llaves", los poetas le cantaron; las sociedades científicas y literarias le ofrecieron un lugar en su seno y las familias se disputaron obsequiarla. Durante siete años publicó en la capital mejicana "El Album de la mujer".

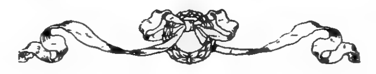
En 1887 visitó a Cuba y en La Habana dió varias veladas con gran éxito.

De regreso a España, dió conferencias en el Ateneo de Madrid, en la Sociedad Española de Higiene, en la Unión Ibero - Americana y en el Círculo de Bellas Artes.

En su visita a Italia, invitada por la Asociación de la Prensa, dió una conferencia, "La mujer italiana en el Arte y en la historia", que fué traducida en los principales periódicos de Roma, Florencia, Milán y Nápoles.



Doña Concepción Gimeno de Flaquer



Un gran critico, ha dicho que es una escritora seria, que en este mundo de miserias, envidias e injusticias, ve y concibe algo más que los pasados tiempos literarios, es la pensadora piadosa y humanitaria que pone su bien cortada pluma al servicio de las causas más nobles que agitan hoy al mundo.

Mme. Ratazzi, en cuyos salones napoleónicos del Gran Boulevard de París, conocimos a la señora Gimeno, decía en "L'Espagne": Mme. de Flaquer "est par excellence l'escrivain feministe de l'Espagne".

Las novelas "Culpa o Expiación", "Una Eva moderna", "Maura y Sofía", "El doctor alemán", han merecido juicios favorables de la crítica.

Sin embargo, la señora Gimeno ha dedicado su mayor pensamiento a crear una enciclopedia del feminismo inagresivo, tendente a la espiritualización gradual de la mujer como preparación para sus transformaciones futuras. Ha publicado nueve volúmenes que satisfacen aquél fin: "Evangelios de la mujer, "Mujeres de regia estirpe", "Mujeres de raza latina", "En el salón y en el tocador", "La mujer intelectual", "Madres de hombres célebres", "Mujeres vidas paralelas", "La mujer española", "La mujer juzgada por una mujer".

Como síntesis crítico de esta laboriosa bibliografía, basta la opinión de Salvany describiendo este temperamento intelectual: "La autora de "Evangelios de la mujer" constituye una alta personalidad literaria, posee estilo propio, brillante, correcto y pulcro, en el que hay algo caballeresco, y delicadamente femenino a la vez; es el estilo de una dama elegante sin rebuscamientos, ataviada sin pretensiones, y sencilla sin abandono."

Incansable en su propaganda feminista, ampliando continuamente su escenario, y deseando conocer personalmente toda la América de origen español, comenzó hace cinco años la gira continental que termina ahora en el Uruguay con sus aplaudidas conferencias en la Universidad de Montevideo, recogiendo con admirable energía, materiales propios, originales impresiones para su libro, obra de verdad y de arte sobre los hombres, la mujer, los hechos y cosas de América, con exclusivo y libre criterio de investigación, exposición y crítica.

En su larga y penosísima gira por algunas regiones, ha dado conferencias en Méjico, Venezuela, Colombia, Cuba, San Salvador, Costa Rica, Ecuador, Perú, Bolivia, Chile, Argentina, Paraguay y Uruguay, acompañada siempre de su esposo, formando una pareja viajera, digna de admiración bajo muchos conceptos.

La señora Gimeno de Flaquer ha tratado personalmente a los grandes políticos e ingenios gobernantes y pensadores de los países recorridos, sin distinción de partidos y creencias, estudiando el paralelismo de todos ellos, admirando el diferente barómetro de cultura social e individual en cada República y adjudicando a Montevideo el lugar preeminente por su posición geográfica, la cultura de su pueblo, la pureza de su raza, los progresos de su capital, los adelantos de sus instituciones y la equidad de su legislación con la mujer y hasta del valor de su moneda, la mayor del mundo.

La señora Gimeno de Flaquer por su cultura y modernismo refleja bien la nueva España que surje hoy tan gallardamente al sangriento resplandor de la tragedia europea y a la propaganda benéfica y labor honrada de sus hijos en América.

Que la obra de la insigne dama tenga feliz término y forme un eslabón más en los lazos de afecto que unen a la Madre Patria con sus hijas emancipadas.

Montevideo, Enero de 1918.

Matías Alonso Criado.

Un buen consejo

INOLVIDABLE Marcela: Tu larga misiva me ha dejado triste y cavilosa, haciéndome rememorar lo pretérito de nuestra juventud, ¡ay!. tan lejana que ya el oro de nuestros cabellos se trocó en plata y en ceniza casi todas nuestras ilusiones.

Al decirme que el próximo matrimonio de tu hija Isabel te produce grandes inquietudes, las que asaltan a las madres con hijas casaderas, has avivado, sin saberlo, la pesadumbre de toda mi vida desde que vestí las galas nupciales.

Y, aquí, como si lo viera, te quedas suspensa y asombrada como el que recibe noticia de algo inconcebible. Pero ¿qué dice esta Pilar? ¡Si no hay en el mundo quien pueda ser más feliz que ella! Posee todo cuanto debe satisfacer a una mujer: salud envidiable, bienes de fortuna en abundancia; la consideración y el afecto de la sociedad en que vive; un marido ejemplar, simpático, bondadoso, que la quiere con delirio. Y por si esto no bastara, podría halagar su vanidad. si Pilar fuera vanidosa, el ceñir a su cabezaa una corona condal...

Tal supones con lógica irrebatible al parecer, puesto que, loado sea Dios, gozo de excelente salud, me consideran, halagan y hasta me adulan cuantos me tratan, tengo un marido inmejorable que me adora, soy rica y soy condesa... Y, sin embargo, Marcela, no soy venturosa, no lo seré, no lo he sido nunca, es decir, sí, al alborear de mi juventud, cuando sin ser niñas ni mujeres del todo, anidan en nuestras cabecitas tantísimas mariposas de ilusión... Después...

Atiende... Voy a referirte un suceso que tu exquisita sensibilidad femenina sabrá apreciar en todo su valor, explicándote la causa de mi pesudumbre.

El lance resultaría vulgar y prosaico si no encerrara algo que tal vez los espíritus razonadores y fríos calificarían de sensiblería de mujer romántica. Acaso lo sea, pero, ¡Dios mío!, si a ratos no fuéramos un poco románticas, ¿seríamos mujeres?...

Años después de casada y en un hermoso día primaveral, retornaba yo a mis lares arrellanada en el landó. Era mediodía. El cochero paró de pronto para dar paso a otro carruaje que desembocaba por la próxima esquina. Distraída, dirigí la mirada hacia tal sitio, y ví al pie de la valla de una casa en construcción un cuadro típico popular. Los albañiles y sus familias comían, sentados en el santo suelo, el clásico cocido. Mis ojos fijáronse en una parejita: "él", un guapo mozo; "ella", una gentil morena; los dos con ese no sé qué inconfundible que delata a los hijos del pueblo: entre ambos humeaba una fuente de loza ordinaria, llena de garbanzos, carne y tocino que el azafrán daba aspecto apetitoso. Si hubieras visto con qué gusto comía su puchero la parejita; las miradas que el albañil dirigía a la moza, su mujer a todas luces, y las de de ésta a "su" hombre, seguramente habrías pensado, como yo pensé en aquel momento, que la felicidad existe en el mundo. ¡Ya lo creo que existe!

Cuando arrancó el coche, dirigí una última e intensa mirada a la pareja, y suspiré... envidiosa de su felicidad, porque en los ojos de "él" y de "ella" se asomaba el amor... ¿Acaso no es esta la mayor ventura que puede gozarse en la vida?

Mientras el landó rodaba, seguía mi pensamiento obsesionado con "aquello" que era tan diferente a lo "nuestro", es decir, a lo mío, porque tengo la evidencia absoluta de que Luis, mi marido, me ama. ¡Ojalá él pudiera hacer parecida afirmación respecto de mí!... Porque yo — te lo declaro a tí ahora, a tí que eres la más leal y querida de todas mis amigas — no correspondo a mi marido en su afecto... Antes de conocerle, otro hombre se adueñó de mi voluntad y hacia él volaron para siempre todas las mariposas de que te hablé antes. Con ese hombre hubiera sido tan dichosa como lo era la humilde menestrala que comía al pie de la obra con el albañil...

Pero no tuve valor para sufrir el calvario que el logro de tal ventura me imponía arrostrar. Lo confieso; fuí débil, fuí cobarde como lo son todas las hijas que no saben rebelarse contra la voluntad más veneranda de la tierra.

El, el único hombre que he amado, ocupaba la modesta plaza de escribiente en la fábrica de tejidos de mi padre... Se interpuso Luis, un aristócrata, realmente enamorado de mi persona, no de mi dinero puesto que poseía más cuantiosos bienes de fortuna que yo... Mis padres, llenos de júbilo, halagados en su vanidad, concertaron la boda... y me casé, sometiéndome a sus deseos con esa melancólica pasividad de los que se resignan a sacrificarse en holocausto de sus deberes filiales.

Ya lo sabes todo, amiga mía.

¿Comprendes el por qué tu carta ha avivado mi pesadumbre, esta pesadumbre que es el gusano roedor de mi existencia, que nadie, absolutamente nadie, salvo tú, conoce?

Por eso, cuando me cuentas tus inquietudes relacionadas con el próximo matrimonio de tu hija, y me haces entrever que el prometido no ocupa la posición social que tú y los tuyos hubiérais deseado ocupara, me atrevo a decirte que, si es hombre honrado y trabajador, y es verdad que Isabel le quiere — las madres siempre saben leer esta verdad en los ojos de sus hijas — no titubees un momento: acéptale y harás feliz a dos seres.

Te lo asegura, por la triste experiencia que ha adquirido, tu amiga que te envía mil besos,

Pilar.

¿Necesitaré indicarte que debes entregar al fuego esta carta?... — Por la copia: *Alejandro Larrubiera.*

Ernestina Muñoz y Maines de Biraben

Dama que ocupó sitio distinguido en nuestros salones. Brilló por su belleza, por su elegancia, por su distinción. Su recuerdo es como una brillazón de exquisitez y de cultura. Joven, en pleno triunfo de vida, la muerte la arrebató a los suyos y a la sociedad, donde actuaba con tanto lucimiento. Generosa, plena de virtudes, de nobilísimos sentimientos, vinculó su nombre a nuestras obras buenas.

Veraneo en la Estancia

Un paréntesis a la vida mundana. Un paréntesis que se abre en la comba majestuosa y magnífica del cielo extendiéndose infinito de uno a otro horizonte, y se cierra, cuando los primeros vientos recios arquean todos los árboles, los que bordean el arroyo, los que señalan a lo lejos el puesto o la estancia vecina.

Todas las frivolidades que suelen meterse de rondón en el espíritu, al aspirar el ambiente enrarecido de los lugares de reunión, se evaporan ante la inmensidad del campo, ante la fuerte imposición viril de la naturaleza, ante la contemplación del cielo, visto allí, fácilmente, apenas se levanta la vista, en toda su abrumadora grandiosidad.

Cae el sol. Todo experimenta en derredor un impulso de recogimiento. Cesa el viento, enmudecen las mil voces de la naturaleza, es como un compás de espera en la sublime sinfonía de lo creado. En esos instantes el alma se sobrecoge, y el más alocado de los espíritus rinde el homenaje de un punto de reflexión a la impresionable majestad de la hora.

Se esfuman entonces las pequeñas vanidades, los anhelos más o menos pecaminosos, las futilezas que son enormes en un salón y microscópicas en el campo, las rivalidades sociales, las murmuraciones, los flirts insustanciales... Sólo queda en el pensamiento, como una luz única y brillante en la vasta inmensidad de un templo, el hondo, el indestructible respeto hacia ese gran misterio que crea y destruye incesantemente, que nos forma y nos disuelve, que desencadena tempestades y nos ofrece la infinita belleza de una aurora, que juega con todos los poderes humanos como un chico con sus muñecos de cartón, que pone espantables rugidos en la garganta del tigre, y encantadores trinos en la del ruiseñor, que tranquiliza al mar y lo enfurece, que guía al sol en su carrera hoy de perpetuo triunfo y quizá mañana de espantable derrumbe.


Gouache de Santana

Veraneo en la estancia!...

Es algo más que una serie de cabalgatas, que la alegre contemplación de las faenas rurales, que las deliciosas excursiones al arroyo, que las siestas amables y que los insólitos madrugones, porque la novedad del ambiente rompe todas nuestras perezas y porque el sol se cuela porfiadamente aun por los resquicios de los postigos más cerrados, poniendo un escandaloso baileteo de átomos en diversos puntos de la habitación y aún, osadamente, sobre nuestra cara.

Es algo más que todo eso tan dulcemente eglógico: es también el paréntesis reflexivo de que he hablado antes, un baño de sol para el cuerpo y un baño de tranquilidad para el espíritu, un poco conturbado siempre por el vértigo de la vida mundana, por el mareo de la feérica visión de los salones en noches de fiesta.

Veraneo en la estancia es salud que se almacena, es vigor que se adquiere, es serenidad que entra en el espíritu; un poco de inmensidad que guardamos en las pupilas y que luego, vueltos a la ciudad, nos impide fijarnos en muchas cosas pequeñas.

Veraneo en la estancia!...

Enry Esmond.



Las Nubes

Calisto y Melibea se casaron — como sabrá el lector, si ha leído La Celestina — a pocos días de ser descubiertas las rebozadas entrevistas que tenían en el jardín. Se enamoró Calisto de la que después había de ser su mujer un día que entró en la huerta de Melibea persiguiendo un halcón. Hace de esto diez y ocho años. Veintitrés tenía entonces Calisto. Viven ahora marido y mujer en la casa solariega de Melibea; una hija les nació que lleva, como su abuela, el nombre de Alisa. Desde la ancha solana que está en la parte trasera de la casa se abarca toda la huerta en que Melibea y Calisto pasaban sus dulces coloquios de amor. La casa es ancha y rica; labrada escalera de piedra arranca de lo hondo del zaguán. Luego, arriba, hay solares vastos, apartadas y silenciosas camarillas, corredores penumbrosos, con una puertecilla de cuarterones en el fondo, que — como en Las Meninas, de Velázquez — deja ver un pedazo de luminoso patio. Un tapiz de verdes ramas y piñas gualdas sobre el fondo bermejo cubre el piso del salón principal: el salón, donde en cojines de seda, puestos en tierra, se sientan las damas. Acá y allá destacan silloncitos de cadera, guarnecidos de cuero rojo, o sillas de tijera con embutidos mudéjares; un contador con cajonería de pintada y estofada talla, guardapapeles y joyas; en el centro de la estancia, sobre la mesa de nogal, con las patas y las chambranas talladas, con fiadores de forjado hierro, reposa un lindo juego de ajedrez con embutidos de marfil, nácar y plata; en el alinde de un ancho espejo reflějanse las figuras aguileñas, sobre fondo de oro, de una tabla colgada en la pared frontera.

Todo es paz y silencio en la casa. Melibea anda pasito por cámaras y corredores. Lo observa todo; ocurre a todo. Todo lo previene y a todo ocurre la diligente Melibea; en todo pone sus dulces ojos verdes. De tarde en tarde, en el silencio de la casa, se escucha el lánguido y melodioso son de un clavicordio: es Alisa que tañe. Otras veces, por los viales de la huerta, se ve escabullirse calladamente la figura alta y esbelta de una moza: es Alisa que pasea entre los árboles.

La huerta es amena y frondosa. Crecen las adelfas al par de los jazmineros; al pie de los cipreses inmutables ponen los rosales la ofrenda fugaz — como la vida — de sus rosas amarillas, blancas y bermejas. Tres colores llenan los ojos en el jardín: el azul intenso del cielo, el blanco de las paredes encaladas y el verde del boscaje. En el silencio se oye — al igual de un diamante sobre un cristal — el chiar de las golondrinas, que cruzan raudas sobre el añil del firmamento. De la taza de mármol de una fuente cae deshilachada, en una franja, el agua. En el aire se respira un penetrante aroma de jazmines, rosas y magnolias. "Ven por las paredes de mi huerto", le dijo dulcemente Melibea a Calisto hace diez y ocho años.

Calisto está en el solejar, sentado junto a uno de los balcones. Tiene el codo puesto en el brazo del sillón y la mejilla reclinada en la mano. Hay en su casa bellos cuadros; cuando siente apetencia de música, su hija Alisa le regala con dulces melodías; si de poesía siente ganas, en su librería puede coger los más delicados poetas de España e Italia. Le adoran en la ciudad; le cuidan las manos solícitas de Melibea; ve continuada su estirpe, si no en un varón, al menos, por ahora, en una linda moza, de viva inteligencia y bondadoso corazón. Y, sin embargo, Calisto se halla absorto, con la cabeza reclinada en la mano. Juan Ruiz, al arcipreste de Hita, ha escrito en su libro:

... et creí la fabrilla

Que dis: Por lo pasado no estés mano en mejilla.

No tiene Calisto nada que sentir del pasado; pasado y presente están para él al mismo rasero de bienandanza. Nada puede conturbarle ni entristecerle. Y, sin embargo, Calisto, puesta en la mano la mejilla, mira pasar a lo lejos, sobre el cielo azul, las nubes.

Las nubes nos dan una sensación de inestabilidad y de eternidad. Las nubes son — como el mar — siempre varias y siempre las mismas. Sentimos mirándolas cómo nuestro ser y todas las cosas corren hacia la nada, en tanto que ellas — tan fugitivas — permanecen eternas. A estas nubes que ahora miramos, las miraron hace doscientos, quinientos, mil, tres mil años, otros hombres con las mismas pasiones y las mismas ansias que nosotros. Cuando queremos tener aprisionado el tiempo — en un momento de ventura — vemos que han pasado ya semanas, meses, años. Las nubes, sin embargo, que son siempre distintas, en todo momento, todos los días, van caminando por el cielo. Hay nubes redondas, henchidas, de un blanco brillante, que destacan en las mañanas de primavera sobre los cielos traslúcidos. Las hay como cendales tenues, que se perfilan en un fondo lechoso. Las hay grises sobre una lejanía gris. Las hay de carmín y de oro en los ocasos inacabables, profundamente melancólicos, de las llanuras. Las hay como vellencitos iguales e innumerables, que dejan ver por entre algún claro un pedazo de cielo azul. Unas marchan lentas, pausadas; otras pasan rápidamente. Algunas, de color ceniza, cuando cubren el firmamento, dejan caer sobre la tierra una luz opaca, tamizada, gris, que presta su encanto a los paisajes otoñales.

Siglos después de este día en que Calisto está con la mano en la mejilla, un gran poeta — Campoamor — habrá de dedicar a las nubes un canto en uno de sus poemas titulado "Colón". Las nubes — dice el poeta — nos ofrecen el espectáculo de la vida. La existencia ¿qué es sino un juego de nubes? Diríase que las nubes son "ideas que el viento ha condensado"; ellas se nos representan como un "traslado del insondable porvenir". "Vivir — escribe el poeta — es ver pasar". Sí; vivir es ver pasar: ver pasar, allá en lo alto, las nubes. Mejor diríamos: vivir es ver volver. Es ver volver todo en un retorno perdurable, eterno; ver volver todo — angustias, alegrías, esperanzas — como esas nubes que son siempre distintas y siempre las mismas, como esas nubes fugaces e inmutables.

Las nubes son la imagen del Tiempo. ¿Habrá sensación más trágica que aquella de quien sienta el Tiempo, la de quien vea ya en el presente el pasado y en el pasado lo porvenir?

En el jardín, lleno de silencio, se escucha el chiar de las rápidas golondrinas. El agua de la fuente cae deshilachada por el tazón de mármol. Al pie de los cipreses se abren las rosas fugaces, blancas, amarillas, bermejas. Un denso aroma de jazmines y magnolias embalsama el aire. Sobre las paredes de nítida cal resalta el verde de la fronda; por encima del verde y del blanco se extiende el añil del cielo. Alisa se halla en el jardín, sentada, con un libro en la mano. Sus menudos pies asoman por debajo de la falda de fino contray; están calzados con chapines de terciopelo negro, adornados con rapacejos y clavetes de bruñida plata. Los ojos de Alisa son verdes, como los de su madre; el rostro, más bien alargado que redondo. ¿Quién podría contar la nitidez y sedosidad de sus manos? Pues de la dulzura de su habla, ¿cuántos loores no podríamos decir?

En el jardín todo es silencio y paz. En lo alto de la solana, recostado sobre la barandilla, Calisto contempla extático a su hija. De pronto, un halcón aparece revolando rápida y violentamente por entre los árboles. Tras él persiguiéndole, todo agitado y descompuesto, surge un mancebo. Al llegar frente a Alisa, se detiene absorto, sonríe y comienza a hablarla.

Calisto lo ve desde el carasol y adivina sus palabras. Unas nubes redondas, blancas, pasan lentamente, sobre el cielo azul, en la lejanía.

Azorín.

Cosas de Teatro



"Maja" modelo de Nestor.

MONTEVIDEO tiene en materia teatral (y en otras materias) una característica particularísima. Para los felices montevideanos, afortunados habitantes de la muy Fiel y Reconquistadora, la temporada teatral no tiene, en forma apreciable, ni principio ni fin. La temporada no tiene comienzo apreciable ni fin que pueda ser señalado con una fecha. Para los empresarios, Montevideo es siempre plaza buena y fácil, aun cuando en la práctica se convenzan algunos que no es todo oro lo que brilla.

Por esta circunstancia nos pasamos el año presenciando debuts y temporadas más o menos felices. Que hace frío, pues porque hace frío y la gente anda con las narices coloradas; que hace calor, pues lo mismo da: los teatros abren sus puertas y por ellas se cuela el buen público sin preocuparse de que allí dentro se asarán de la manera más divertida posible.

Y algunas empresas, tan satisfechas. ¿Cómo no estarlo?

Este año, sin embargo, el verano se ha caracterizado por un movimiento teatral más acentuado que otros. Quizá más acentuado que durante el invierno, pues en los meses invernales tuvimos el triste espectáculo de contemplar cerradas las puertas de todos los teatros de Montevideo. ¡Y luego dirán que no es este el país de la viceversa, como decía el otro!

En fin, somos así y no seré yo quien pretenda una reforma en la modalidad nacional! ¿Para qué, si somos tan felices?

De modo, pues, que en pleno verano, funcionan casi todos los teatros de Montevideo y con excelente resultado para las empresas.

En Solís una compañía de opereta donde la Steffi Csillag ocupa sitio preeminente; en el 18 de Julio la Goya, la Gioconda y una compañía de comedias, y en el Politeama, Vittone y Pomar.

La Goya renueva una vez más sus triunfos, y su interesante personita domina desde el escenario del teatro de la Avenida con la gracia soberana que le brota de todos los poros y le forma como una aureola. Habrá que divinizarla: Goya, Diosa de la alegría y de... la Picardía.

En el mismo escenario actúa una buena compañía de comedias, en la que figura con todos los prestigios de su arte la actriz señorita Josefina Meliá.

En el Politeama Vittone - Pomar tienen destinados al público remedios diversos contra la hipocondria, neurastenia, dispepsias, neuralgias, etc. Son artistas galénicos. Como en estas duras y aburridísimas épocas de guerra europea, carestía de la vida y demás plagas, son muchos los que sufren de tales molestias, no es extraño que noche a noche el teatro - consultorio de la calle Colonia se vea muy concurrido. Se afirma que los casos de curación pueden contarse por millares. Vittone y Pomar están reclamando una estatua en la Facultad de Medicina.

***

Y si aun pareciera poca la actividad teatral de que me hago eco en forma sintética; también hemos tenido teatro al aire libre.

El joven maestro Ernesto Ruiz, talentoso como pocos (es amigo mío); activo y tozudo como "muchos más pocos" en este ambiente nuestro de desengañados e indolentes; enamorado de su arte como casi ninguno; y con una fe de esas que si no levantan montañas, levantan un teatro en el Parque Pereyra, que fué en "illo tempore" (y lo es casi hoy) una landa sólo habitable para alimañas, el maestro Ruiz, digo, ha conseguido ofrecer a nuestra población un espectáculo digno de las más cultas capitales.

No hay por qué decir que cuando el maestro Ruiz habló de su proyecto con algunas personas, o lo creyeron loco o por lo menos (los más amables) incapaz de realizar lo que proyectaba. Bueno, nosotros somos así. No viniendo de Europa o a mucho conceder, de Buenos Aires, no creemos en nada. Además, el maestro Ruiz tiene una mala condición. Sí, señores, malísima: se llama simplemente Ernesto Ruiz. ¡Y ustedes comprenden! Ruiz está gritando que aturde que es español... y aquí, para nosotros, no se cree en nada español. ¡Si fuera francés! Cuando Ruiz me habló del asunto, yo aplaudí la idea. (Yo creo en los españoles y en Ruiz, lo confieso ¡qué quieren ustedes! Será una debilidad, pero creo). Digo que aplaudí la idea y le propuse que se cambiara de nombre.

—Agréguele algunas letras imprescindibles a su apellido — le aconsejé. — Por ejemplo, llámese Ruizwtk. Claro que ni Dios pronuncia eso, pero no importa, a la gente nuestra le gustan estas cosas incomprensibles. Somos así...

Bueno, el maestro Ruiz no aceptó mi consejo y se quedó con las cuatro letras de su apellido y llevó a cabo su proyecto con un lucimiento que encandiló a más de un incrédulo y le proporcionó al inteligente director de orquesta un sonado triunfo.

No tendría por qué agregar que yo me alegro muchísimo por ese gran éxito, pues ante él tuvieron que rendirse los que no creen más que en los nombres raros que no por eso suelen ser con una frecuencia abrumadora verdaderos "timosffm".

"Aída", la primera ópera puesta en escena en el teatro levantado en el Parque Pereyra obtuvo una interpretación realmente estupenda. Nadie esperaba una justeza tan grande, ni nadie pudo pensar que se uniformaran elementos heterogéneos con tanta rapidez. Diríase que el maestro Ruiz no tenía en la mano una batuta, sino un varita mágica. El público apreció en toda su importancia el esfuerzo y ovacionó a los intérpretes y al hacedor del milagro, maestro Ernesto Ruiz.

¿Quién puso en duda que el talentoso director de orquesta arribara a la meta que se había propuesto? El que dudó llevó en la constatación del triunfo obtenido, la más contundente demostración de que "habían metido la pata".

Ahí queda eso — puede exclamar ahora el maestro Ruiz. — "Eso" que fué ensueño de algún empresario, pero en ensueño quedó. El joven maestro demostró con ello que posee energía para dar y regalar, y una preparación musical que ya se quisieran para un buen día de fiesta otros que la pretenden de eminencias, pero que nunca lo probaron.

El triunfo del maestro Ruiz ha sido legítimo y los dos espectáculos líricos al aire libre han quedado como demostraciones evidentes de su competencia artística y de su honestidad de propósitos.

***

El doctor Cyro de Azevedo, Ministro del Brasil ante nuestro Gobierno, es, además de un distinguidísimo diplomático, caballero nobilísimo y ejemplar, un escritor de alto vuelo, dramaturgo exquisito, espíritu abierto ampliamente a todas las puras sensaciones del arte.

Conocíamos al doctor Azevedo como escritor de honda ilustración, pero no como dramaturgo. Y hasta nuestra Redacción ha llegado una de sus obras dramáticas titulada: "La Cuscuta", para demostrarnos de una manera elocuente su valer como comediógrafo de fina psicología y de gran acierto en el trazo escénico.

Es una comedia dramática de corte modernísimo, que revela en su autor una orientación de refinado buen gusto hacia el teatro francés contemporáneo.

La acción está llevada con mano firme y experta y el diálogo se conserva siempre dentro de las exigencias más estrictas de lo que se ha dado en llamar (y está bien) lenguaje teatral.

Con la simple lectura de esta obra el espíritu se interesa gradualmente a medida que pasan las escenas y se llega con verdadera emoción a los finales de acto.

En resumen: una hermosa comedia, que han de incluir con éxito en su repertorio las compañías españolas y rioplatenses.

***

En el Urquiza ha debutado una compañía de zarzuela. La dirige Palmada, el activísimo actor - empresario cuyo nombre es popular entre nosotros.

Es una compañía buena. Vestuario excelente, decorados hermosos, obras interesantes y... mujeres bonitas. No se puede pedir más.

***

Y termino por hoy, con algunos párrafos de Nestor — crítico y dibujante — sobre el traje en escena.

Dice:

"El traje en la escena no ha tenido nunca en España la importancia de contribuir a la armonía total de un cuadro escenográfico.

"Las obras se presentan al público sin unidad plástica alguna; imaginaos la interpretación musical de una obra en la que, por capricho personal, cada uno eligiera la texitura que tuviera por conveniente. Es verdaderamente inconcebible la tolerancia de un público ante las desastrosas inarmonías de forma, color...

"Hay casos de ridiculez inenarrable y de asombrosa ignorancia; es contado el caso que se salva de esta espantosa atrofia del gusto.

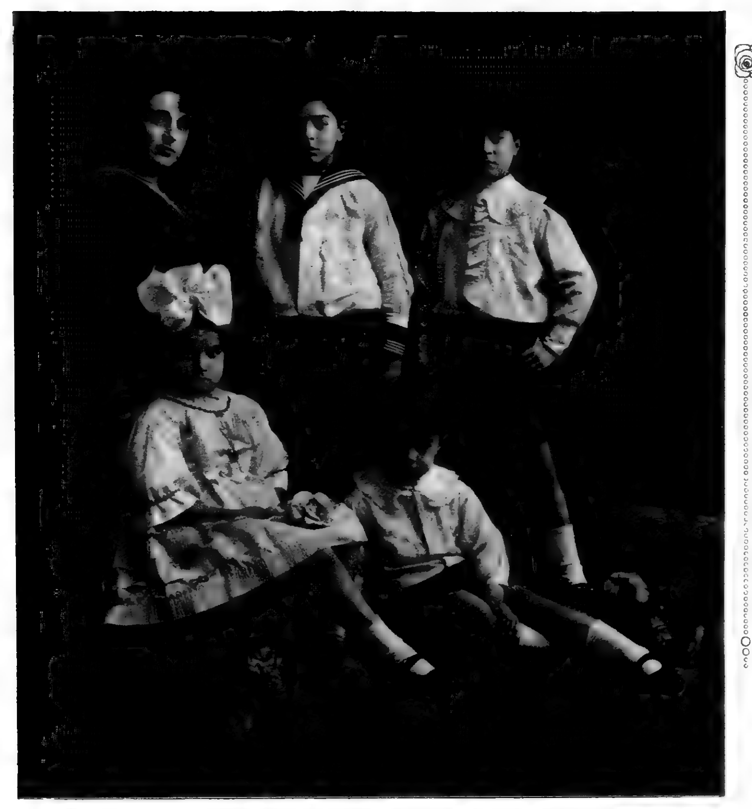
"Muchas obras son estrenadas sin que haya habido ni un solo ensayo general (lo que verdaderamente es un ensayo general); y cuando se hace, nada resuelve, porque cada profesional se viste a su antojo sin contar con decorados, luces, trajes de otros personajes, escenas y momentos en que han de formar un cuadro, ni con que cada uno de los personajes es elemento esencialísimo para un conjunto, y que aparte de la importancia que pueda caberle en reparto, como figura escenográfica no tiene más valor que un comparsa.

"Observad además cómo la actriz en España tiene la obsesión de su cara: quiere ser guapa y que su semblante no se descomponga; y por su cara (que no sabe maquillarse) descuida el total de su figura que es, en la escena, lo esencial; se preocupa, poco o mucho, no lo sé, de su *toilette*, pero sólo muy rarísima vez tiene un acierto, y creo que casual; el resto, es insoportable; ¡qué orientales, qué bayaderas, qué moras, qué chinitas! y si la obra es de época,... mejor es no decir nada.

"El traje, por ejemplo, encargado casi siempre al gusto particular de cada actriz, debería confeccionarse siempre con arreglo al proyecto del artista encargado del conjunto de la obra. Porque hay que tener en cuenta, no solamente el personaje que representa, sino, además, las condiciones físicas individuales, la entonación del decorado, la fuerza de la luz que ha de marcar los distintos momentos del día, el colorido de los demás trajes y hasta el pensamiento expuesto en la obra y la psicología de cada uno de los personajes que intervienen en la representación."

Bueno: ahora apliquemos estas reflexiones a nuestro teatro... y tendremos una buena lección aprendida.

Don Melitón.



Sra. Angela Barrios de Rodriguez Anido y sus hijos

Los niños en los jardines



LOS jardines constituyen en realidad el verdadero escenario de los niños, ya sean los parques suntuosos de las viviendas aristocráticas donde las plantas tropicales extienden las anchas hojas brillantes sobre los caminos bien cuidados, ya las huertas modestas de las casitas suburbanas en las cuales domina tras la verja el ingenuo arabesco de los arrayanes, ya las plazas públicas, soleadas y democráticas por cuyas amplias arboledas circulan los vencidos y los privilegiados, los hoscos transeuntes sin vivienda que se dejan caer pesadamente sobre los bancos y los grupos ágiles y curiosos bajan alegremente de los automóviles.

En todas partes los niños corren, se interpelan, ensayan incipientes partidas de *foot-ball* y parece que los jardines para recibirlos reverdecen sus alfombras de césped y ponen nuevo brillo en la corola de las flores.

En la rosaleda de Palermo, junto al lago, sorprendí cierta vez una escena sencilla, no exenta de lejano y misterioso simbolismo. Bajo la vigilancia de la institutriz meticulosa y correcta, jugaban en una de las escaleras que bajan hacia el agua dos niños rubios que parecían dialogar realmente con un lujoso polichinela. Los cisnes, hastiados, resbalaban, dispersos, a la distancia. Un cielo muy azul bajaba en curva hasta los últimos árboles. Y en la avenida circular, pintada de amarillo por el sol, continuaban su eterna ronda los carruajes de los cuales emergía de pronto una mano que saludaba o la mancha viva y fugaz de una sombrilla.

De pronto uno de los niños levantó en alto el polichinela que, oprimido en sus resortes, empezó a hacer resonar acompasadamente los platillos. Y algo inverosímil metamorfoseó la fisonomía del lago. Como movidos por una fuerza secreta acudieron de todas partes presurosamente los cisnes y se agruparon en tumulto al pie de la escalera, rozando los bordes con sus pechos de nieve. Los niños, sin sorprenderse, como si aquello fuera natural, se sentaron en el último escalón con el polichinela sobre las rodillas. Y todo se inmovilizó bajo el cielo, oprimido por un soplo extraño. Con los largos cuellos tendidos y los ojos atentos, observaron los cisnes el juguete, penetrados de una gravedad desconcertante, como si él contuviera el secreto de alguna verdad suprema y desconocida. Los niños, silenciosos, contemplaron a su vez a los cisnes, con cierta superstición respetuosa. Y en el mutismo y la quietud pareció que durante largo rato niños y cisnes fraternizaron, adivinando que llevaban en las almas, con la ilusión de un polichinela, el reflejo lloroso de un rayo de luna.

La tragedia del juguete en los primeros años de la infancia desvalida es tan honda y tan amarga, como la de los sentimientos y las ambiciones en la vida del hombre y acaso las pasiones que nos agitan y conmueven a nosotros tienen menos fundamento y menos consistencia final, que los ínfimos trastos que desencadenan el llanto de los niños. En el albor de las vidas, los objetos más risibles cobran una significación trascendente y un alcance simbólico que es como la indicación o el presentimiento de las direcciones y las encrucijadas del porvenir.



Roberto E. Stewart (hijo)



María Rosa Lohigorry Nogueira

Por eso la caridad del juguete es a veces superior a la caridad del pan, porque una se dirige al cuerpo, la otra se abre al espíritu, porque si la primera alimenta la vida, la segunda ensancha el imperio de la ilusión.

Así hemos visto alguna vez en un parque central, el gesto admirable de la niñita que al bajar del coche regala su muñeca a la hija de una mendiga.

Oprimiendo en la mano el billete que acababa de recibir, ésta expresaba efusivamente su agradecimiento y pretendía alejarse inútilmente porque la chicuela hambrienta que llevaba de la mano permanecía en éxtasis ante la muñeca de su benefactora.

Diálogo breve y penoso entre dos criaturas de la misma edad, tan diversamente tratadas por la suerte.

—Cierra los ojos, ¿no ves?

—¿Y dónde duerme?

—En mi camita de bronce...

—Yo no tengo cama y tampoco tengo muñeca, porque soy pobre.

—Llévatela...

Parecío que todas las flores del Parque se encendieron. Acababa de caer un rayo de sol sobre la vida.

M. Ugarte.

Las tres máscaras del misterio

I

COMENZABA a anochecer, cuando Salvador Barrera, cansado, aburrido y asqueado de la estupidez del festejo popular, dejando la tribuna del Club, dirigióse hacia el centro de Madrid. La tarde era fría, gris, oprimida por una amenaza de lluvia que no acababa de caer. Un cielo plomizo, muy bajo, pesaba abrumador sobre la ciudad causando vaga sensación de angustia y haciendo aún más trágicos los desnudos árboles de la Castellana y los que tras de las negras verjas de los jardines retorcían sus ramas esqueléticas como brazos imploradores de misericordia. Una atmósfera espesa hecha de polvo, de porquería, de vaho de caballos y humo de automóviles, esfumaba todas las cosas aumentando la angustia del cuadro. Y sobre aquel fondo trágico desfilaba una multitud hórrida, harapienta, sucia, cruel y sádica, borracha de idiotez, de vino y de brutalidad. Y de trecho en trecho, hendiendo la masa humana, precedida y seguida de su cohorte de golfos y trotacalles que se tiraban al suelo y batallaban para recoger los mustios ramitos, las serpentinas y los puñados de confetti que volvían a arrojar manchados de barro o inmundicia, desfilaba rota, desvencijada, una carroza llena de máscaras.

Salvador sentía cansancio físico mezclado con esa rara repugnancia moral que podríamos llamar desgano de la vida. Aunque parezca paradógico, en el alma del artista injerto en elegante, vivía la misma tristeza desencantada que conturbó la de los monjes medioevales y que se llama acedia. Sin fe y sin ilusión, aquejado de atroz escepticismo, cansado el cuerpo y cansada el alma, Barrera sentía la vida como un vacío inmenso.

Comenzó, pues, a bajar el paseo de Recoletos con un malestar que era como un deseo de irse e inquietud de arrancarse de allí, inquietud que nos asalta cuando pasada la hora de una cita frustrada no nos decidimos, sin embargo, a partir.

Oscurecía; por las aceras un río humano desfilaba, apretándose, empujándose, avanzando y retrocediendo, con incoherentes vaivenes de oleaje. De tiempo en tiempo, grupos de máscaras mugrientas, pingajosas, groseras y procaces, con disfraces de un hermafroditismo repugnante o simplemente sucias, hendían la muchedumbre profiriendo gritos agudos que por un momento dominaban la general algarabía. Por el arroyo, en apretada procesión, desfilaban los coches cubiertos de polvo y de confetti; una carroza bamboleándose en la luz roja y verde de las bengalas, a cuya claridad sangrienta o lívida los encapuchados, con sus grandes gestos bruscos e inútiles, parecían, más que gentiles mascaritas, trágicos herejes camino de las hogueras de la Inquisición.

Comenzó a lloviznar. Salvador Barrera alzóse el cuello del gabán y dispúsose a ganar el Prado, cuando tres enmascarados le rodearon. Eran los tres parecidos de estatura, los tres llevaban vulgares capuchones negros, de ese negro parduzco que podríamos denominar *negro de franela para forrar féretros pobres*, y tapaban los tres su rostro con vulgares caretas de una fealdad repulsiva. Rodeáronle, pues, las máscaras con grandes gritos y grandes aspavientos. Sus gestos eran duros, bruscos, de rigidez mecánica; sus voces opacas y lejanas, con extraños hervores de puchero o estertor de agonizante.

Parte por librarse de sus achuchones, parte porque era aquel el itinerario que se marcara de antemano, metióse por los jardinillos que guardan el galante encanto de la fontana de las Cuatro Estaciones. Allí le siguieron sus perseguidores con esa pesadez a que autorizan las Carnestolendas. Salvador no les hacía gran caso y limitábase a evitar sus acometidas, pues las dichosas mascaritas eran duras y descarnadas como esqueletos. Ellas, sin parar mientes en el desdén de su víctima, seguían gritando tonterías absurdas que, pese a los esfuerzos de Barrera para remediarlo, comenzaban a aprisionar su atención. Era el caso que entre el barboteo de sandeces, las máscaras rumiaban palabras extrañas y esotéricas que, ¡cosa rara!, había dicho él en aquellos cuentos estremecidos de misterio que escribía.

Para sacudir la necia sugestión de las tres máscaras, rechazóles airado.

—¡A ver si me dejáis en paz!

Los tres a coro afirmaron:

—¡No puede ser! ¡no puede ser! ¡Tenemos que acompañarte siempre!

Salvador, con risa forzada, afirmó:

—¡Pues sí que va a ser un bromazo!

Una de ellas, la más alta, salmodió con solemnidad casi litúrgica:

—Desde que naciste vamos contigo y contigo iremos hasta que te mueras.

El interrogó:

—¿Quién sois?

La máscara que había hablado antes dió la respuesta:

—Somos la Tristeza, la Vejez y la Muerte.

En vez de reirse, en vez de tomar la cosa a broma, Salvador Barrera detúvose a contemplar a sus interlocutoras. Las figuras que momentos antes parecían vulgares, hacíanse misteriosas é inquietadoras; mientras una de las máscaras parecía muy alta y delgada, la otra se encorvaba hacia la tierra como si no pudiese con el peso de invisible fardo. Los capuchones *color paño de féretro* tomaban vaguedades de niebla y hacían destacarse las caretas atroces. ¡Porque eran atroces aquellas caretas! Una amarillenta y demacrada con negras oquedades en los ojos, las mejillas y la nariz; la otra toda rugosa y apergaminada, con la boca tan hundida que la nariz ganchuda y la barbilla en punta, casi se tocaban; la tercera, doliente, macerada, por no sé qué interior sufrimiento.

Y Salvador sintió que la acedia huía, que el tedio fundíase y que una emoción agitaba sus nervios relajados, ¡la suprema emoción del misterio que se entronizaba en su vida!



II

¡La emoción del misterio! ¡la única, la excelsa, la maravillosa emoción del más allá! Ella había sido la única que había conseguido flotar sobre el tedio abrumador que consumía su existencia. Dos habían sido sus pasiones: el fasto y magnificencia evocadores de una vida remota, y la sonrisa escalofriante del no ser. Ellas dos habían llenado sus días y sus obras; y si sus joyas de Sátrapa habíanle hecho famoso en Madrid, sus obras, rivales de las de Hoffman y Poe, eran buscadas por los amantes de las grandes sacudidas nerviosas. Y he aquí que cuando comenzaba a desesperar de que *aquello* existiese más que en sus libros, surgía como por ensalmo ante él.

Quince días apenas iban transcurridos desde la publicación de su novela *Las tres máscaras del misterio*, e inopinadamente sus fantasmagóricos personajes tomaban realidad. ¡Y de que eran ellos no cabía la menor duda! Cuanto más les contemplaba más firme era su certeza. Caminaban junto a él, no como disfrazados amigos que dan una broma, sino como guardianes que custodian a un prisionero. Salvador les estudiaba detenidamente; no, no podía tratarse de una broma; sólo la Señora Muerte tenía aquella serena y horripilante nobleza; aquel era el paso abrumado y cansino de la Vejez y aquel el desencantado caminar de la Tristeza. Unicamente un detalle desentonaba de la macabra armonía: las manos. Eran unas manos plebeyas, grandes y achatadas, rojas y de uñas mal cuidadas, manos de chulo o de criado, manos de gestos innobles. Por un momento, Barrera lo pensó así y echó de menos las manos de marfil y finas de la Muerte.

Caminaban ahora por las Rondas. Allí el espectáculo carnavalesco era más innoble, más burdo y triste. Diablejos sucios, astrosos, con los cuernos caídos y el rabo arrastrando por el lodo, frailes sacrílegos, pierrots carcelarios, destrozonas inmundas corrían y brincaban profiriendo gritos estridentes. Mujeres del pueblo, carreteros borrachos, chulos y soldados bailaban y cantaban a los destemplados sones de las estudiantinas callejeras. La lluvia arreciaba y Salvador, apasionado por la aventura, no pensaba sino en seguirla hasta el fin. Había olvidado el baile de aquella noche en casa de la marquesa del Solar de las Victorias, el reuma acechador y hasta sus joyas; el maravilloso bracelete cincelado por Benvenuto e incrustado de esmeraldas que oprimía su muñeca, el solitario y la perla rosa que lucía en uno de sus dedos y la cadena de perlas, diamantes y viejos esmaltes traslucidos, que perteneció a una Dogaresa, y que, para él, hacia las veces de leontina.

Súbitamente, ante una taberna la Muerte se detuvo.

—¡Vamos a tomar una copa! — propuso.

La Vejez esquivó un gesto involuntario para detenerla; luego dominándose y con voz cascada rió:

—¡La hermana Muerte tiene sed, tiene sed siempre!

Salvador, un poco extrañado, interrogó:

—¿Pero la Muerte bebe vino, así, en una taberna?

La Vejez volvió a reir con sarcasmo.

—La Muerte bebe en todas partes. Ha bebido en la copa de Nabucodonosor y en la copa de Lázaro, el leproso.

Por cuarta o quinta vez, Salvador sintió el aviso de extrañeza. Hablaban realmente o no hacían más que recitar trozos de sus libros? ¿Las cosas cabalísticas que en sus palabras creía ver, lo eran realmente o, como las antiguas sibilas, poníalas él un sentido oculto?

Pero la Muerte había salido ya del chiscón y proponía:

—Vamos...

Echaron a andar; dejaron a un lado las rondas y metiéronse por lúgubres calles que llevan al campo. Salvador interrogó con recelo:

—¿Pero dónde vamos?

—Vamos al Reino del Reposo — fué la respuesta de la Vejez.

¡Cosa más rara! Aquella aventura era la perífrasis de su última narración en que el Caballero, llevado por las tres Hermanas, llegaba ante la puerta de bronce del Alcázar Silencioso.

Un vago temor asaltóle, ¿Sería aquello una encerrona? Paróse.

—¡Yo no sigo más! Para broma...

La Muerte, con voz natural en que había un vago anhelo de convencer, aseguró:

—¡Si estamos a un paso ya!

Pero la Vejez, más dueña de sí, acudió a arreglarlo:

—¡No te irás!: de la Tristeza, de la Vejez y de la Muerte, no escapa nadie!

La curiosidad fué más fuerte que el temor y Barrera siguió avanzando.

Más que calle era aquello un camino de herradura abierto entre tapias y vallares lleno de baches, hoyos y charcos: reinaba una oscuridad absoluta y al ruido de la ciudad había sucedido un silencio profundo. Entre dos nubarrones asomó una luna de cobre rojiza y enorme. De improviso Salvador perdió pie y sintió que se hundía en un abismo de malezas. Al mismo tiempo oyó la voz de la Muerte que decía:

—¡El golpe, fuerte, en la cabeza!

III

A la mañana siguiente, unos viandantes encontraron a Salvador Barrera tendido en el suelo sin sentido y cubierto de sangre. ¡Las joyas portentosas y la cartera, con siete mil pesetas, habían desaparecido!

Antonio de Hoyos y Vinent.



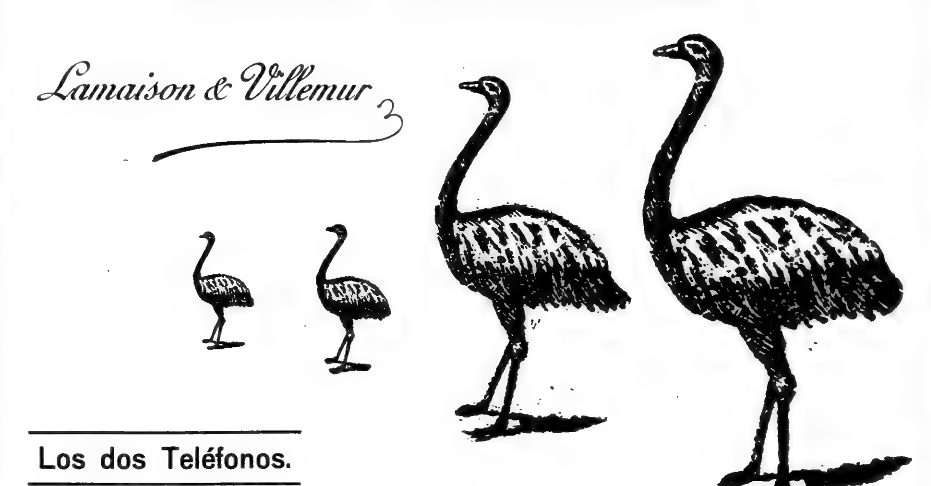


Un racimo de escogida uva fresca
puede usted saborearlo
en cualquier época del año,
bebiendo una copa de

ÑANDÚ

BODEGA NACIONAL

Calle Bmé. Mitre 1419 - Montevideo



Doña Clara Zabala



En la noble hermana del ilustre fundador de Montevideo Don Bruno Mauricio Zabala, se encarna las primeras y más altas manifestaciones de sociabilidad en los albores del Virreynato en el Río de la Plata. — Doña Clara Zabala fué la personificación de la cultura y de la hidalguía hispanas en una época de formación, algo caótica y ruda. — Fué a ella que se debie-

AÑO I — NÚM. 10
MONTEVIDEO, FEBRERO DE 1918
OFICINAS: CIUDADELA, 1387.

Selecta

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZON

Fotografía artística
del Dr. Miguel A. Paez Formoso.



En el Prado

AÑO I — NÚM. 10

MONTEVIDEO, FEBRERO DE 1918

OFICINAS: CIUDADELA, 1387.

Selecta

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZON

Fotografía artística
del Dr. Miguel A. Paez Formoso.



En el Prado

Fénix

" SELECTA " rinde al venerable periodista don Dermidio De-María, todos sus más respetuosos y admirativos homenajes.

Ya la prensa toda y el país, depusieron ante el anciano el más elocuente y glorificador sentimiento de admiración y cariño, y para nosotros es harto amable la ocasión que ahora se nos brinda para volvernos a adherir a esas unánimes manifestaciones de afecto, desde que el ilustre periodista nos ha honrado con un valiosísimo (como todos los suyos) trabajo, que es un bello recuerdo - tradición, traído hasta nosotros hoy por una pluma galana y expresiva.

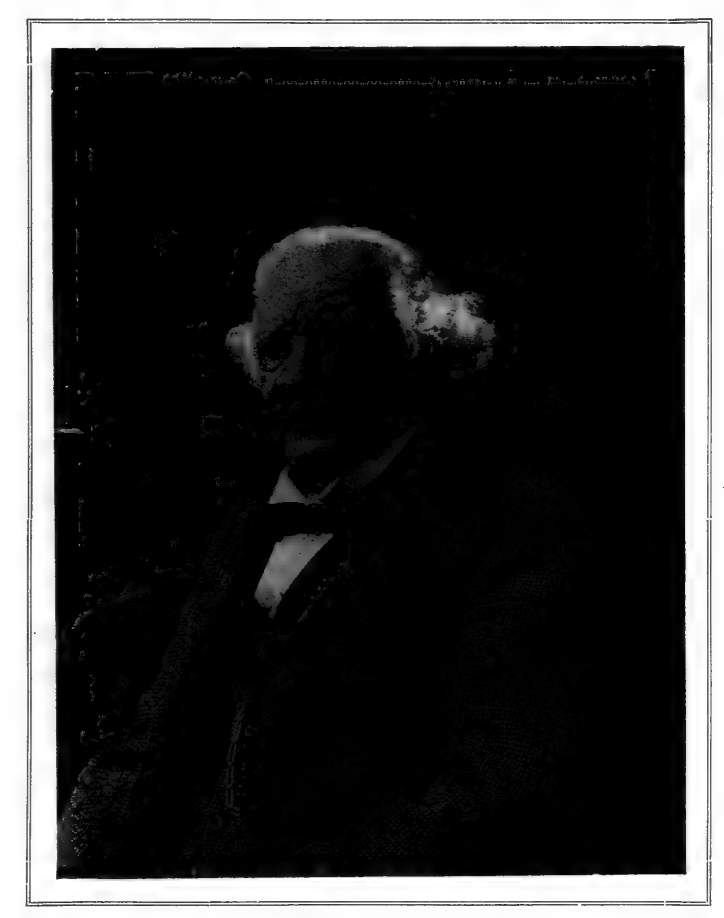
De cuando en cuando, en el voltear de las actividades humanas, suelen surgir hombres - símbolos. Tal este incansable luchador, que en muchísimos años de una labor continua, sin interrupción alguna, ha ido auroleándose con todos los prestigios de su entereza, de su civismo, de su ilustración amplísima.

Don Dermidio De - María es el hombre - periodista por excelencia, símbolo de una profesión que si bien tiene una exteriorización brillante, es muchas veces cruel, otras ingrata, y las más fatigante y extenuadora. La labor sin descanso, la obligatoriedad diaria de dar al lector una nota que le interese, esa fatiga de arrancar al cerebro una chispa de ingenio, de ciencia, de experiencia o de arte, es algo tan doloroso, que no lo imagina quien no lo ha experimentado sufriéndolo.

Y luego, después de tantas luchas, después de tanto esfuerzo, cuando se han puesto a contribución, conocimientos, voluntad e inteligencia, la obra realizada tiene una vida efímera, vida transitoria, como la brillación de un aerolito. Y vuelta a empezar, vuelta a hundirse en la sombra el esfuerzo. El símbolo de Sísifo nunca puede aplicase mejor que al periodista...

Don Dermidio De - María, el ilustre " Dr. Fénix ", ha erigido una sólida, una magestuosa reputación con esa labor tan fatigante del periodismo. Y hoy no es sólo una personalidad uruguaya, si que también sudamericana.





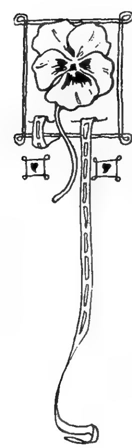
D. Dermidio De - María (Fénix)

Contradanza memorable

La alianza de 1851 contra Rosas tuvo una consagración social en la ciudad de Gualeguaychú, la que desde 1847, era simpático refugio de los orientales que abandonaban la patria empujados por el estado permanente de guerra, tras de cuya obscuridad se percibían débiles destellos de extraordinorios acontecimientos políticos. El espíritu hospitalario ejercía atracción irresistible, y allá trasladaron sus petates millares de compatriotas nuestros, llevando su ilustración los unos, sus actividades en la industria y el comercio los otros, y todos la firme voluntad de corresponder con sus esfuerzos progresistas a la acogida que se les dispensaba. Bajo ese plácido ambiente, en el que se confundían todas las nacionalidades y todas las individuales posiciones, unificadas en los propósitos de la triple alianza, se efectuó a mediados de aquel año, en el teatro de Gualeguaychú, que para ello había sido lujosamente engalanado, un baile brillantísimo cuyo atractivo culminante lo constituía la bizarra figura del general Urquiza, circundada de altas personalidades argentinas, brasileras y orientales, las cuales así ponían un sello de confraternidad diplomática y militar al programa del pronunciamiento que en Mayo de 1851 condensó los patrióticos anhelos de tres naciones. La vasta sala, profusamente iluminada por candelabros y arañas, luciendo en el testero guirnaldas de flores y trofeos con los colores aliados, artísticamente elaborados por el pintor escenógrafo Murature, contenía un número crecidísimo de damas y caballeros, tan galantes éstos, como atrayentes aquéllas por su belleza y distinción; y en medio de ese conjunto, realzado por los fulgores de los galones y las condecoraciones, se destacaba el general don Eugenio Garzón, agigantada su talla por el recuerdo de Ituzaingó, y cuyo marcial aspecto, suavizado por la influencia de esmerada educación, lo singularizaban una larga barba aristocrática y las líneas severas del uniforme que en el pecho ostentaba negros alamares de seda, a manera de escuadrones escalonados, en actitud guerrera. En tales circunstancias, agitándose aquel mundo impaciente a la espera de la primera contradanza, que era de riguroso protocolo, ocupan sus puestos los que debían ejecutarla. La orquesta emite los graves y acompasados acentos de aquel baile tradicional, tan majestuoso y tan adecuado a las expresiones de la gracia sin amaneramiento y de la cortesía sin afectación. Fué el momento supremo de la fiesta aquel en que el general Urquiza inició el movimiento general, dibujándose en su rostro la satisfacción que inundaba su alma. Imitáronle simultáneamente las demás parejas, hasta cumplirse las diversas figuras de la danza, cuyos encantos y cuyos gérmenes de nuevas vinculaciones entre pueblos y gobiernos, amigos y vecinos, ratificaban los compromisos de la diplomacia y los juramentos varoniles de los ciudadanos que habían ofrecido su sangre en aras de altísimos ideales trazados por la civilización.

D. De - María.
(Fenix)

Montevideo, Febrero 5 de 1918.



Da. Amalia Castellanos de Carvalho

Hija del ciudadano ilustre, Doctor Florentino Castellanos, y de la distinguida matrona Doña Valentina Illa, heredó de sus mayores, inapreciable caudal de virtud y de honorabilidad. Bondadosa, culta, dada a su hogar con todas las abnegaciones de una espartana, la rodea hoy la consideración y el respeto de la sociedad. — Llevada de sus sentimientos piadosos, la señora Castellanos de Carvalho integra varias comisiones de beneficencia, donde su actividad no conoce el cansancio.





El culto caballero con cuya fotografía engalanamos esta página, es uno de los diplomáticos más jóvenes de Sud-América. Espíritu sagaz y activo ha sido desde su más tierna juventud un luchador incansable. Su preparación lo ha llevado a desempeñar en su país los puestos más representativos a que se puede aspirar con los pocos años que cuenta.

Es un diplomático de carrera, pues en medio de las representaciones que su país le ha confiado en el extranjero, ha intervenido activamente en las luchas políticas de su patria y ocupado puestos tan elevados como el de Prefecto Gobernador de Oruro, la provincia más rica de Bolivia. Sin embargo, sus primeros años los ha dedicado a llevar por el extranjero el nombre de su país haciéndolo conocer honrosamente desde los puestos, tales como la Dirección Diplomática del Ministerio de Relaciones Exteriores, Secretario de Legación en Londres, Encargado de Negocios en Chile, España, Japón y otros países, hasta que un merecido ascenso lo ha llevado al rango de su actual investidura. Pero, téngase en cuenta que al ser nombrado Ministro se le ha confiado quizá la Legación que más importancia tiene para Bolivia, la del Paraguay, donde Bolivia tiene graves problemas que solucionar desde hace más de 25 años, como son sus límites con dicho país y de cuya solución dependerá el destino del Chaco Boreal. Bolivia desde esa época ha enviado a su Legación en Asunción sólo hombres de indiscutible valer político y diplomático, y Diez de Medina va a sustituir a esos eminentes políticos que se llamaron Baptista, Quijano, Cano, Arce, etc.



Excmo. Señor

Ministro de Bolivia

ante los gobiernos del Uruguay y Paraguay,

Don Eduardo Diez de Medina.

Las múltiples ocupaciones del político y diplomático, no le han impedido merecidos laureles en el campo de las letras, basta decir que ha escrito catorce folletos, literarios, políticos y didácticos.

En 1906, y en París, cúpole el honor de organizar la publicación de "Derecho internacional moderno", de su señor padre, don Federico Diez de Medina, uno de los primeros internacionalistas sudamericanos.

La simpática personalidad boliviana de que nos ocupamos comparte los triunfos y la actividad de su existencia con su gentil esposa, la señora Guachalla, hija del ex Presidente de Bolivia del mismo apellido.

Debido a la gentileza del señor Diez de Medina, hoy nuestras columnas transcriben una hermosa colaboración del eminente diplomático y poeta.







(A unos ojos verdes)

Para "Selecta"



Ojos dormidos y huraños
que en alba tez centellean
añorando los secretos
de nostálgicas tristezas;
ojos que tienen el brillo
de las ondas que se encrespan,
y ejercen la seductora
fascinación de las perlas;
divinos ojos! en ellos
quién náufrago ser pudiera
para robarles, perenne,
la irradiación de sus gemas!

Ojos diáfanos que tienen
del cristal la transparencia,
la suavidad de los pétalos
y el fondo mar de las selvas;
que acarician y sonríen
cuando sus pestañas pliegan,
y así dormidos se embriagan
en aromas de alhucemas;
divinos ojos! presumo
que al veros soñar, os dejan
entre plumones de cisne
su miel hiblea las abejas!

Ojos que nunca mintieron
si se les miró de cerca,
como engañar no podrían
si a la distancia destellan;
que si de lejos seducen,
cuando se aproximan queman,
y si dañan cuando miran
cuando no ven desesperan;
divinos ojos! junto a ellos
mariposa ser quisiera,
para calcinar mis alas
al fulgor de dos estrellas!

Ojos que dicen recuerdos
de fantásticas quimeras,
y al contemplarlos inspiran
en cada estrofa un poema;
que seducen cuando miran
y atraen cuando se cierran
porque les ponen su broche
los besos de las estrellas;
divinos ojos! ante ellos
remanso ser quién pudiera,
para copiar junto al iris
el verde-mar en que sueñan!

Ojos claros, de luz pálida,
cristales de onda magnética
que nos producen el vértigo
de su letal somnolencia;
son lagos donde el absinthio
vertió raudal de quimeras,
y sedientos los espíritus
en sus cálices abrevan;
divinos ojos! alumbran
como el sol de una diadema,
y al verlos las esmeraldas
palidecen y se amenguan!

Ojos verdes, ojos glaucos
que en mar misterioso ondean
y en cuyas linfas florecen
la ilusión y las anémonas;
miradme! que en esos ojos
donde la luz cabrillea,
toda esperanza renace,
reviven las hojas secas,
esparcen suaves fragancias
los amores que se alejan...
y al fulgor de esa mirada,
la Vida es luz y es poema!!

Montevideo, 1918.

E. Diez de Medina.



Sra. Magdalena Marexiano de Estrázulas y su hijo

Cuadro delicioso de belleza y maternidad. Una dama distinguidísima para quien los Hados fueron pródigos en dones de hermosura. distinción y bondad: y un niño encantador, que será mañana fiel depositario de la tradición nobilísima de un hogar respetable. La joven señora Magdaléna Marexiano de Estrázulas, es una de las más brillantes realidades de nuestro mundo social, y en los salones su silueta gentil se destaca siempre y atrae todos los homenajes y respetos.



La calle de los Suspiros, una de las más características de la Colonia

La Colonia del Sacramento

El distinguido amateur al arte fotográfico, acaballero doctor Miguel A. Paez Formoso, nos envía gentilmente unas hermosas fotografías en las que aparecen detalles interesantísimos de la secular ciudad Colonia del Sacramento, verdadera reliquia histórica, que el abandono de la Municipalidad y los años, van reduciendo poco a poco a escombros.

Hace algún tiempo, un colaborador de esta revista visitó la ciudad colonial y en aquel entonces escribió estas líneas que acompañan muy bien a las hermosas fotografías:

"Naturalmente, lo primero que siento deseos de contemplar es la ciudad histórica, la antiquísima ciudad cuyo "esqueleto" permanece aun en pie, desafiando a los siglos con su solidez de piedra. Construída sobre la margen del río, y abarcando una regular extensión está la gloriosa ciudad, víctima en tiempos casi remotos ya de las ambiciones de los colonizadores. Entré en ella por una calle cuyo nombre es una ridiculez en aquel sitio: se llama calle Wáshington. Estrecha, de casas bajas, cubiertas éstas de tejas españolas, redondas y carcomidas por el tiempo, con puertas pequeñas que dan acceso a patios amplios recubiertos algunos de piedra y ladrillos. La callejuela tuerce a derecha e izquierda, y va a terminar en la costa. En toda su extensión las casas, muy semejantes entre sí, forman un conjunto sumamente curioso. Doy algunas vueltas y observo en algunos patios parrales, en algunas ventanas macetas con claveles, cuyas flores rojas y blancas estallan de frescura y perfume. Y entonces, dejando correr libremente a "la loca de la casa", no me acuerdo ya de las mujeres que con curiosidad me miran, paradas en los umbrales de las puertas, ni de los chiquillos que con no menos curiosidad me observan a buena distancia, e invoco a los años pasados, a los lejanos tiempos en que sobre aquellas callejuelas tortuosas paseaban misteriosos los soldados iberos y las "criollas" con ojos y bocas de españolas, frescas como los claveles que tenía ante mí. Aquella era la ciudad disputada entre portugueses y españoles con tenacidad de amantes apasionados, teatro de heroicidades sin cuento y de victorias y derrotas continuas; era la misma Colonia del Sacramento, fundada hace siglos, destruida tres veces y otras tantas reedificada. Su existencia dañaba a los conquistadores portugueses, por consiguiente fué ella la tea que encendió los cañones de los dos colonizadores. ¡Y qué sangrientas fueron aquellas luchas! Se disputaban en ellas muchos intereses, muchas ambiciones, y quizás también, sobre todos esos sentimientos extraños y mezquinos flotara el más simpático y desinteresado: el cariño al pedazo de tela que flameaba sobre las ciudadelas, consagrado como símbolo de la patria...

Ceballos la destruyó por última vez, y sobre sus escombros todavía una vez más, volvió a surgir, tímida al principio, y como asustada de tantas calamidades, triunfante, poco a poco, hasta llegar de nuevo a producir la desesperación de los españoles. Decididamente la ciudad de 1680 no podía desaparecer y los iberos resolvieron entonces, construir una adversaria que pudiera alcanzar a vencerla, y bajo la dirección de Zabala se fundó Montevideo en 1726. Desde entonces se inició entre las dos ciudades una rivalidad tremenda. Actualmente — siglos después de aquellas épocas semibárbaras — la ciudad más joven ha vencido por completo a la ciudad más vieja. Mientras la Colonia progresa de una manera lenta, Montevideo, capital de la República, triunfa y se engrandece, y como rival rencorosa, relega a la Colonia a un intencionado olvido...

En la tarde que visité la reliquia histórica me sorprendió, recorriendo sus tortuosas callejas, el crepúsculo. Fué una tarde espléndida, de sol brillante, que se fué amortiguando con cambiantes de color hermosísimas hasta quedar convertido en un disco de fuego: un verdadero globo de hierro en fundición. ¡Cuántas cosas viejas evoqué en aquella hora! Las casuchas — actualmente gran parte de ellas verdaderas guaridas — tomaban aspecto más nuevo, parecían animarse al influjo de un soplo de vida que venía de lejanas épocas, las murallas de las fortificaciones volvían a levantarse inexpugnables, y los restos casi ignorados de las iglesias se amontonaban, se elevaban y volvían a formar los templos donde se meditó siempre mucho más sobre problemas políticos que sobre asuntos religiosos.

Pero la visión duró pocos instantes, la histórica ciudad tal como hoy está, abandonada y ruinosa, apareció de nuevo, y entonces tuve un pensamiento de reproche para los gobiernos o las municipalidades, que no se preocupan en lo más mínimo de conservar esos restos de una ciudad que por su vejez debe mirarse con respeto y con curiosidad. Hay allí "cosas" de siglos anteriores, cosas que han servido para formar y dar vida a este país. Que se preocupe Montevideo de conservar los restos de su vieja rival, y la paz vendrá a sellarse así, después del tremendo enojo de hace trescientos años"...



Un patio colonial. Ejemplo pintoresco, hermosísimo de las construcciones de hace dos siglos.



Otra calle de la Colonia del Sacramento. Tiene esta fotografía las admirables características de un cuadro. ¡Que fuerza de evocación!



El romanticismo de la época. Una ventana muy a propósito para "pelar la pava" ¡Cuantos idilios a través de esos hierros!

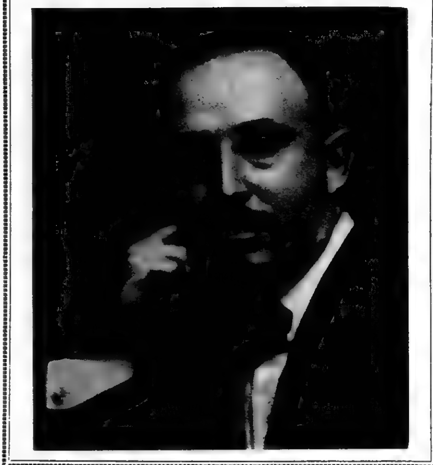
Fotografías del Dr. Miguel A. Paez Formoso



Srta. Paz Stewart Vargas

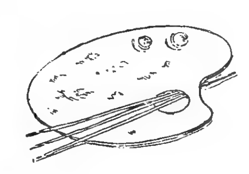
El pintor español Mariano Felez





MARIANO FELEZ

Una próxima gran Exposición



NO es un desconocido para nosotros. ¡De ninguna manera! El pintor español Mariano Felez está desde hace algún tiempo incorporado a nuestro ambiente artístico y sus exposiciones han sido verdaderos acontecimientos, interesando



"Calle de Palafox", existente en nuestro Museo de Bellas Artes

hondamente a la crítica y despertando en el público simpatía y verdadera admiración.

Es que Felez es de los buenos. Es de



"Paisaje de Kircberg" premiado en el Salón de Madrid de 1913

los que trabajan de firme y producen con valentía, con exacta convicción artística, con alma y vida en fin, que al arte hay que darse por entero si se desea triunfar y hacer obra perdurable.

Entre la brillante pléyade de pintores españoles contemporáneos, que tan alto mantienen el nombre de la madre patria en el concepto universal de cultura, Felez se destaca con vigorosidad muy propia y muy firme. Es su escuela enérgica y libre de influencias caprichosas e inconsistentes, la que impone su paleta y le proporciona los envidiables éxitos que registra ya en gloriosa multiplicación.

En exposiciones realizadas en Madrid, con el concurso de las principales firmas españolas, Felez ha sido premiado cuatro veces. Triunfos indiscutibles, sin vacilaciones, de esos que son como pedestales de estatuas.

En los torneos pictóricos efectuados en Londres, en París, en Viena, en Buenos Aires y en Río Janeiro, Felez ha triunfado asimismo, y han sido triunfos de consagración universal.

En galerías famosas pertenecientes a potentados europeos y americanos, figuran cuadros de este distinguido artista. Y su firma se cotiza alto y nada más justo, puesto que Felez ocupa uno de los primeros puestos.

Hace cuatro años Felez expuso por primera vez en Montevideo. Fué un suceso en toda la extensión de la palabra, un suceso que llevó a todo nuestro gran mundo a desfilar ante las telas expuestas, provocando ellas la admiración y por ende el comentario elogioso. En aquella oportunidad el Gobierno le adquirió para el Museo de Bellas Artes el cuadro titulado: "La calle de Palafox", una bellísima tela donde la maestría en el dibujo y la exactitud del color, se aunan con esa fuerza de expresión que es lo que sindica a una obra de arte, la destaca y la impone al concepto del público. Basta contemplar la reproducción que de ese cuadro ofrecemos para comprender lo que antes afirmamos.

Profunda melancolía, en un atardecer solemne y en el símbolo de los ancianos ante la inmensidad del campo, tiene el cuadro titulado "Paisaje de Kirchberg". El ocaso del sol y el ocaso de dos vidas. Hay una fuerza de sugestividad enorme en esta tela.

El "Interior" es otro de los cuadros más hermosos de Felez, que conocemos aquí. Hay en él una serie de dificultades técnicas vencidas con maestría...

Después de una ausencia relativamente larga, Felez realizará en nuestra capital una nueva exposición.



"Interior" una de las más bellas telas de Felez

Exhibirá cincuenta y seis telas en el acreditadísimo salón de Moretti - Catelli y desde ya nos preparamos a un nuevo acontecimiento artístico. Por de pronto grato nos es anunciarlo.



"Nimphenburg" propiedad de S. A. R. la Infanta Paz de Borbon

El cantor de la miseria

EN la traza, uno de tantos juglares callejeros, truhanes, desvergonzados, era el poeta avasallador de la multitud; de la multitud miserable, sufridora de todos los dolores, sin sentido del propio sufrimiento.

Desde el amanecer, errante por la ciudad, atravesaba las calles principales, donde la nobleza, el poderío, el tráfico, mostrábanse insolentes, sin pararse a cantar una vez sola; pero al pasar lento, contemplador melancólico del expansivo bullicio, recogía en el alma indignación y tristeza.

En las calles apartadas del centro, de tenebrosas viviendas amontonadas, respiraderos pestilentes de sus moradores miserables, cantaba el juglar rodeado de pobre gente, ignorante, haraposa, hambrienta; cantaba con ira santa de poeta unas veces, otras abatido, desconsolado; Cristo humano sin divinidad de Redentor; otras veces estrofas, sin sentido, pero resplandecientes de armonía; letanías de amor que penetraban el alma como un aroma de todos los amores, y en cuantos le escuchaban, rodeándole apretados, devoradores de las palabras, los rostros cerrados con dura expresión de triste ignorancia, se esclarecían como iluminados de súbito por interior aurora, y para siempre, ungidos por la divina poesía, quedaban grabadas en su frente las santas palabras... justicia, piedad, esperanza.

Jamás cantó de otros amores el poeta "Cantor de la Miseria", como le llamaban todos. Dama Miseria era su dama, y nunca tuvo más fiel amador.

La hija del Rey era muy aficionada a la poesía, y aunque cien poetas cortesanos halagaban de continuo su vanidad de hermosa y de princesa, deseaba escuchar al poeta callejero de libre espíritu, al que satirizaba las costumbres cortesanas, al que amenazaba con ruinas y muertes a los poderosos, al que no se humillaba a la hermosura, ni al poder, ni a la riqueza; al enamorado "Cantor de la Miseria".

Le oyó por fin y lloró al oirlo, y estaba tan hermosa llorando tristemente tristezas que nunca había sentido, que el poeta "Cantor de la Miseria" por vez primera cantó la hermosura de una mujer. Afirmaba la princesa que poeta alguno le había emocionado tan dulcemente, y afirmaba el poeta que nadie como la hermosa princesa había comprendido sus canciones.

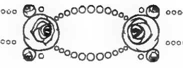
—¡Mal hice en escuchar a tanto poeta cortesano! ¿Qué podían decirme sino mentiras lisonjeras? Desde hoy tú serás mi poeta preferido.

—¡Mal hice en cantar mis canciones a los miserables! ¿No es mejor conmover piadosamente a los poderosos, que despertar amenazadores a los humildes? Desde hoy sólo cantaré para vos.

Y de este modo quedó el poeta al servicio de la hija del Rey. Con sus colores y bordadas las armas al pecho, sobre el corazón, le veían cabalgar al servicio de la carroza regia; los miserables habían perdido a su poeta para siempre, y desde entonces, si algún nuevo juglar venía a decirles: "Oidme, yo soy otro Cantor de la Miseria", pasaban de largo, desconfiados, tristes, incrédulos...

¡Bah! "Cantor de la Miseria", hasta que las princesas quieran oirte.

J. Benavente.



Distinguidos veraneantes argentinos



Madame Cahen, señorita Esther Viale del Carril y el Doctor Eduardo O' Farell.



Señora Jovita Gómez Pombo de Oyuela y Señoritas: Enriqueta de Urquiza, Justa, Haydée y María Cristina Campos Urquiza.



Señoritas: Elina Gándara, Clara Sarmiento Laspiur, Sarita Gándara, Carmen Breuer Moreno, Lyly Viale del Carril y el Secretario de la Legación del Perú Sr. Alfredo González Prada.

¡La Técnica!

¡Qué instrumentación! ¡Qué técnica! Lector. ¿No has visto esto mil veces al salir de un concierto o de una ópera? Es el eterno recurso del autor que complica sus composiciones para *epatar* al auditorio y mete instrumentos por batallones para que la orquesta suene mucho. Y, ¡claro!, el auditorio, si no complacido, porque aquello no le ha gustado, sale al menos *epatado* de ver tantas *dificultades* vencidas y de ver aquella masa sonora, imponente como una Catapulta que se le viene encima, y repite con convicción resignada: ¡Qué instrumentación! ¡Qué técnica!

¡Naranjas de la china! Ni la complicación ha sido casi nunca *técnica*, ni la instrumentación ha sido jamás la maza de traga. La prueba de ello es, que cualquier compositor recién salido de sus estudios y para probar lo *sabio* que es pone en su primera obra todo cuanto le han enseñado y un poquito más. Esta obra debe ser un prodigio de técnica. Pues este mismo compositor pasados algunos años va simplificando sus composiciones, en una palabra, procediendo por eliminación, de lo cual debería deducirse que este compositor va abandonando la técnica. En manera alguna, pues, en todo caso, habría dado una muestra de inteligencia quitando toda complicación inútil.

Recuerdas, lector, el tema del final de la novena sinfonía? Aquella melodía de grandeza infinita, que se desarrolla en un espacio de cinco notas durante tantos compases, es un verdadero alarde de técnica. ¿Recuerdas también el final de la sonata para violín de César Franck? Aquel canon perpetuo, que parece hecho al correr de la pluma, y de una emoción intensa, es otro alarde de técnica. La modulación o paso de un tono a otro hecho con tal naturalidad que el auditorio sienta la frescura de un nuevo ambiente, eso es técnica. El equilibrio de una composición larga, que se sostiene siempre sin ningún esfuerzo, sin *caerse* nunca, eso es también técnica. Lo que no es ni puede serlo jamás, es la complicación de un contrapunto averiado, que tapa defectos mayores y solo bueno para desarrugar la faz de un profesor de cartón.

Ni puede serlo tampoco las infantiles imitaciones, que tan baratas se venden en los tratados de composición, ni mucho menos la tradicional fuga añeja que viene a coronar el fin de una obra como apoteosis de epopeya pedante. No, el auditorio no debe dejarse engañar, ni deslumbrarse con estos productos *científicos* del compositor que, queriendo remontarse a Beethoven, se queda en Eslava (don Hilarión, naturalmente).

El auditorio no debe tener más guía que su propia emoción (el que la tenga) al escuchar una obra musical, sin preocuparse de la técnica, en la seguridad de que si la composición es buena, esta señora, que es muy discreta, estará velada allí en el fondo, dirigiendo todos los efectos pero sin que se le vea, porque gusta poco de lucir oropeles.

Otro tanto podría decirse de la instrumentación de los platillazos, trombonazos, y trompetazos, pero me he detenido demasiado en el párrafo anterior, y como sería asunto largo y sabroso, lo dejaremos para otro día, lector.

Joaquín Turina.

Cursilería

Los apóstoles de la postura

EL idioma académico, de suyo pobre y mezquino para calificar las distintas expresiones del vulgo, rebelde a la adusta disciplina del clasicismo, vése desdeñado por el carácter local y la popular idiosincrasia, más aficionada a bautizar ella misma sus diversos hábitos, tipos y costumbres, que a aplicar a éstos las añejas definiciones, que cuando no son míseras e insuficientes, duermen en los diccionarios el sueño del olvido, de puro abandonadas y enmohecidas. Y, como que la culta Academia de la Lengua, se empeña con una obcecación que raya en testarudez, en cerrar las puertas a toda innovación del lenguaje, claro está que casi todos los vocablos resultan injertos y modismos, y que de seguir así, habremos de expresarnos en verso, para hablar con propiedad y corrección, porque nuestra conversación corriente, está plagada de neologismos, barbarismos y otros pecados por el estilo.

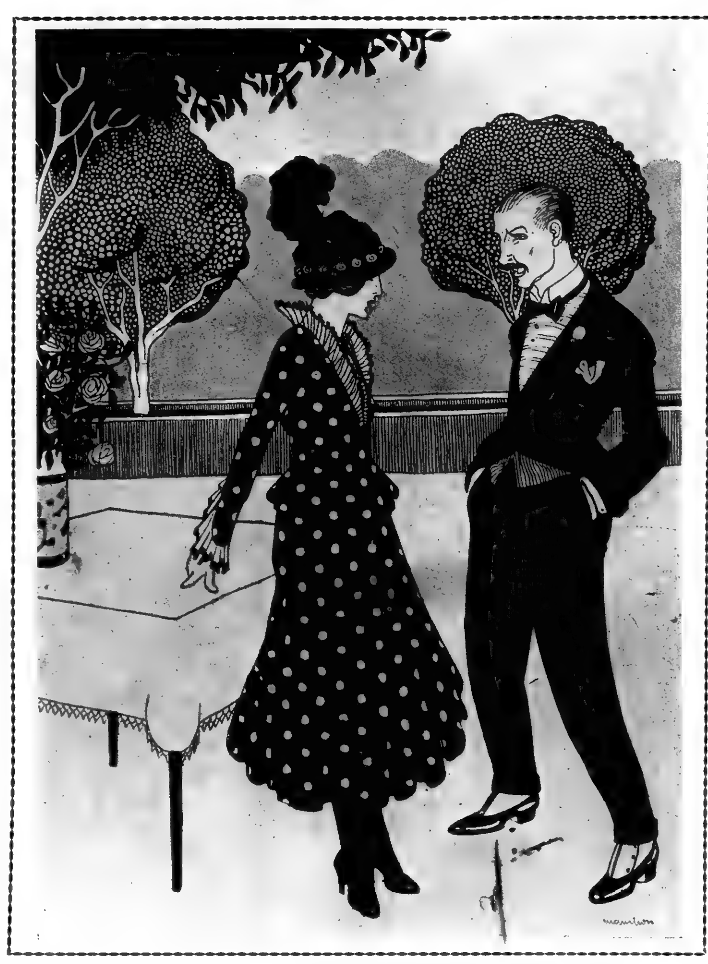
Pero en fin: dejemos esta disquisición que bien pudiera dar lugar a un meditado estudio y vayamos a otro comentario que hoy es la psicología de los tipos que el lenguaje popular llama "compadre", "guiso", "guarango", etc., queriendo significar a los que forman una mezcla compleja de lo que el léxico apellida cursi, ridículo, impertinente, fatuo, incivil, farolero, etc.

Para definir al "compadre" con arreglo a la acepción que entre nosotros tiene la palabra y no al significado oficial que le atribuye la relación entre el padrino y los padres de la criatura en la ceremonia bautismal, — para definirlo, decimos, ha menester caracterizarlo, como sucede con más de una pasión que hace presa de nos y cuya determinación está, no en lo que en realidad es, sino en los efectos que nos causa, o en la tal o cual manera de impresionar los sentidos.

El "compadre", es el tipo más fastidiosamente general de estas sociedades. En todos lados está y por todas partes se mete, como el aire que aspiramos y la luz que recibimos, no desperdiciando ocasión de erigirse en magister, tal cual sucede en los pesados días que sufrimos. (La filosofía histórica del Río de la Plata, cuenta con un capítulo más, para agregar a sus inéditas páginas: el "compadraje", que viene a formar trilogía con las plagas del "caudillaje" y el "militarismo", que le precedieron cronológicamente). Y en todas partes está el "compadre", llamándose "guarango" o "cursi", si es de alto tono y "ordinario" o "guiso", si de baja ralea; lo cual, no impide, que "guiso" pueda serlo siempre, o "guarango" sin ser genuinamente "compadre", presentando así distintos aspectos de la incivilidad disfrazada de cultura.

En la calle, en el tranvía, en el teatro, en el café, en los salones, en las oficinas públicas, en paseos y diversiones, en viajes y recreos, en antesalas de palacio y en recintos oficiales, en todo lugar en fin, que congregue o reciba gente, allá está el "compadre", que si nadie necesita de él, él necesita de los demás, para no pasar desapercibido; he ahí una de sus características fundamentales: llamar la atención.

Plaga que abruma, presenta diversos casos de manifestación: el compadre de "saco" que vemos todos los días, el de levita, el orillero de mirada siniestra y caminar quebrado, el cubierto por alamares y entorchados, y el más temible, el de frac, que es generalmente un disipado nocharniego por presunción necia, más que por hábito o afición.



Le vemos al primero en el tranvía, gesticulando grotescamente y hablando con altisonancia. En el teatro, incomodándonos con la conversación cuando estamos lejos, con apretones cuando a nuestro lado le tenemos y con los pies, cuando detrás de nuestras butacas. Es un bicho indómito e insoportable, pontificando siempre sobre lo que ve y deja de ver; utiliza cualquier coyuntura para trabar conversación con el vecino, ya sea comentando la representación, o recogiendo galante alguna prenda de indumentaria femenina que él mismo ha hecho caer. Tiene la obsesión de la molestia como mosca zumbona y cuando ya no sabe en qué forma distraer la pública atención, se remoza con afeites e insoportables perfumes y se acicala con abigarradas telas, que le hacen aparecer como un mosaico; esto, sin perjuicio de que deslumbre con resplandecientes alhajas de mal gusto y peor aplicación.

Siendo la antítesis del recato y la distinción, todo lo hace con aspavientos; así le vemos subir al tranvía y sentarse en el asiento delantero, con la premeditada intención que todos fijen sus miradas en él. Un recio bastón sostiene su pesada contextura, que se mueve para lucir el medallón de brillantes que pende de su cadena, obsequio de una corporación política. Pero, está inquieto: cruza las piernas, echa su cabeza atrás plácidamente y apoya su brazo en el trasero del asiento, haciendo juegos de luz con un enorme brillante que luce en el dedo más pequeño de la mano. Aun no está tranquilo, porque todavía no ha conseguido el objeto deseado, como es parar la atención de todos. Llama al "guarda", que cobra los pasajes de los últimos viajeros y le interpela duramente, porque aun no le ha devuelto el restante del billete de diez pesos, que le entregó al subir al tranvía:

—"¡Mire ché que me debe diez pesos!" — dice con jactancia y ostentosamente. ("Mire ché", "Vea ché", "Ché mozo", — es el tratamiento común de la especie.

—"Si señor, ahora le daré el vuelto" — responde humildemente el interpelado y se dispone a seguir su tarea, de la cual le saca nuevamente el pasajero, diciéndole con imperio:

—"¡Oiga ché, ábrame la ventana!" — y como el empleado se demora un poco en razón de estar ocupado, se indigna el solicitante y dice:

—"¡Dígame, pedazo de insolente!, ¿qué se ha figurado? ¿No le dije que abriera la ventana? — ¿Usted no sabe quien soy yo?".

Y el pobre guarda, que no atina en lo que está haciendo, acude presuroso, asustado por el dicterio del pasajero, que refunfuña dirigiéndose al vecino:

—"¡No faltaba más! — ¿Qué me dice ché, del tupé de estos gallegos?".

El tranvía sigue y al llegar a la estación, desciende nuestro hombre y se dirige a la Gerencia. Allí promueve un escándalo y el empleado del tranvía es declarado cesante, porque "el señor" es un diputado, o un miembro de influencia en la política local...

Tales, como el referido, son los tipos y momentos más comunes del "compadraje", que es el morbo más generalizado de la gente del Río de la Plata. Y aunque por generalizado y corriente vivamos poco menos que acostumbrados a él, ya que a cada momento lo encontramos, harto es preferible vivir en compañía de un tigre o del más feroz de los asesinos a soportar la vecindad de un "compadre".

No tanto como en los hombres, se manifiestan en las mujeres los síntomas del mismo morbo social, llevando los apodos de "guarangada" o "cursilería", que son otros aspectos del mal común: chillonas mujeres de barrio que viven en perpetua pendencia, opulentas señoras hoscas de militares, extravagantes niñas frívolas de inquietud eterna, que hablan con jactancia de esplendores y rumbosidades: el mareo del viaje a Europa, el cansancio del automóvil, el "choclo" del último festival, el tedio de las funciones de abono y las estancias del novio, — todo lo cual es un modo de llamar la atención.

Cursilería, cursilería en todo, hasta en el temor de ser cursi, que desvela a muchas personas.

—¿Que usted se conmueve en el teatro, ante la realidad de una buena función? — "Pues está usted perdido de cursilería", — como diría Benavente.

—¿Que usted protesta contra la injusticia de una ley, o de un mal fallo cualquiera? — "Cursi", — le llaman también, los que no se tienen por tales.

—¿Que a usted se le ocurre dar muestras de cariño a una persona? — "Cursi", igualmente dicen, los que de buen tono se tienen.

—¿Que en la conversación desea usted salir un poco de la trivialidad común, elevando las ideas a regiones un poquito elevadas? — "Cursi, cursi"...

En esto del juicio, abruma más que abunda la cursilería general de la gente, que temiendo ser cursi, lo es sin saberlo; gente, que tiene horror por el modo de pensar de la generalidad, no porque ésta piense mal o pueda hacerlo bien, sino porque piensa como mayoría que es, lo cual, es sobrado motivo para que muchos discurran entonces de modo contrario. Estos "muchos", suelen ser atildados maricones, viejos bellacos y niñas fatuas, todos los cuales de trágica vacuidad, viven de inaudita farsa con el propósito de ponerse en evidencia ante los ojos de las mayorías. Y ¿cómo destacar y llamar la atención pública, cuando faltan condiciones naturales para ello? — Pues haciendo y pensando lo que nadie hace ni piensa, que en esto cifran la originalidad.

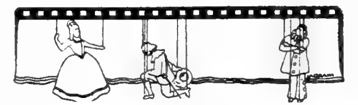
Prevalidos en la extravagancia que dominó la vida de muchos ingenios del pensamiento humano, se dedican a imitarles, creyendo tal vez que aquella y no la obra es la que da fama imperecedera en la historia. Y así, podrán no conocer nada de la obra pura de Oscar Wilde, nada de la correspondencia artística de Baudelaire, nada también de las tragedias de D'Annunzio o las comedias de Bernard Shaw, decimos citando a algunos espíritus que pasan por "extravagantes", — pero, en cambio sabrán bien que Wilde llevaba un lirio en la mano al pasear por las calles de Londres, que Baudelaire tenía una amante que llamaba "virgen negra", que D'Annunzio fuma opio y tiene muchos perros y que Bernard Shaw gasta una vanidad sin límites. Todo esto lo sabrán y habrán de imitarlo para ser famosos, espíritus refinados y selectos como Wilde, como Baudelaire, como D'Annunzio, como Shaw... Apóstoles de la postura, maricones y filisteos, falsarios neosentimentalistas, sensitivos ramplones de la quintaesencia sensiblera, que por pasar de vivos, vergüenza tienen de la idea común y ante ella se cubren el rostro como las mujeres despechadas, que no pudiendo morder lloran de rabia. ¡Cómo si ellos fueran capaces de tener ideas propias o convicciones! Enrique Heine, para su completa felicidad, deseaba una casita en el campo, con un árbol a la puerta y en las ramas del cual estuviesen colgados por los cabellos todos sus enemigos. ¡A cuántos de aquellos farsantes, que no son sin embargo nuestros enemigos, sino que pretenden ser amigos nuestros, quisiéramos ver colgados, — no ya de un árbol frondoso, — sino de cualquier farol callejero, para que hasta de los perros llamaran la atención que tanto les gusta.

—"Los clásicos, — dice un lechuguino aficionado a las bellas letras, — son un mamarracho que sólo lee la gente vulgar."

—"La música italiana, — dice otro filarmónico, — ¡uf qué bodrio!, — ¡mire que gustar esa ridiculez!".

Y así todo en este mundo, donde el que no es cursi, tiene horror de serlo y... lo es mucho más.

El Bufón.



Teatro de Títeres

Creo en el Destino.

Siempre me he imaginado a los hombres, como fantoches fabricados por habilísimo artífice, y puestos en movimiento por los consabidos hilos que se manejan "desde arriba". La mano del titiritero, para los fantoches que actúan en el teatro de los niños, es el Destino para los fantoches que se mueven en el teatro del mundo.

Nuestros orgullos, nuestros triunfos, nuestras rebeldías, nuestras convicciones, es posible que no sean sino otras tantas manifestaciones de la habilidad del volatinero que nos gobierna. Para divertirlo nos hace representar esta gran comedia de la vida, que es tan extraña, tan llena de detalles inesperados, ora terribles, ora cómicos, que no se sabe a ciencia cierta si la farsa que se desarrolla en el tinglado es más farsa que la de la vida, o si ésta nada tiene que envidiar a la del tinglado, por imprevista, por absurda, por impresionante, por irónica, por lamentable...

Los hilos, a los cuales obedecemos, representando nuestro papel en el mundo, diríase que se rompen con la muerte. También se rompen los muñecos del teatro infantil y se les destina al cajón de los desperdicios.

Es el fin...

En el guignol, encanto de los pequeños, suelen aparecer fantoches rebeldes. Se resisten a la imposición de la voluntad del "director" y adoptan aptitudes completamente inadecuadas al desarrollo normal de la comedia.

En el teatro de la vida también ocurren estas pequeñas salidas de tono. A los muñecos rebeldes la historia suele recordarlos con espanto o con admiración. Se llaman: Alejandro Magno, César, Napoleón, etc...

Sin embargo, el constructor de muñecos se empeña en evitar estos "contratiempos", y hoy ya es difícil, sino imposible, encontrar un fantoche genialmente rebelde a los hilos. Cuando quiere asomar alguno, queda vencido en seguida, y muchas veces en ridículo.

¿Degenera el espectáculo en sí, o por el contrario se hace poco a poco tan perfecto que ya los muñecos parecen hombres y pierden todo encanto por eso mismo?

También pudiera creerse que las "rebeldías" de que antes hablaba, ya no son patrimonio de uno, sino la acción combinada de muchos. Se abandona el género unipersonal para entrar en el pluripersonal. Las comedias a base de uno o dos protagonistas ya no son del gusto del público y tienen en cambio preferencia las que encierran el movimiento de grandes masas. Es la acción de las muchedumbres, de los oleajes humanos, más terribles que los del océano. En el mar esas formidables inquietudes tragan buques; en los pueblos tragan tronos, privilegios, creencias. Pero son tan ciegas éstas como aquéllas, tan inconscientes, tan crueles sin necesidad. Un día las furias populares tronchan inútilmente suaves cuellos femeninos, porque encontraron de necesidad el abatir la cabeza de un rey. Otro día destruyen una soberbia ciudad y queman archivos, bibliotecas y museos, porque tuvieron que desarraigar para siempre las raíces de un régimen.

Y todo así; en forma ciegamente huracanada; igual que los elementos.

Pero evidentemente en la preferencia universal, triunfan las obras de conjunto, de grandes conjuntos.

Son los coros los que adquieren una individualidad temible, los que ahogan con sus voces toda otra voz individual, por potente que sea.

Y en esto volvemos a lo antiguo; que tampoco procediendo así habremos inventado nada. En la tragedia griega, el coro tenía una individualidad tan potente, que, por su boca múltiple, el "hombre" oía la voz del destino, el juicio supremo para sus actos, la glorificación excelsa, o la condenación más inexorable.

El coro fué la avanzada de la democracia igualitaria.

Pero los griegos tenían dioses.

Y hoy ya hace rato que los dioses se han multiplicado de tal manera que ya forman muchedumbre. Y la muchedumbre es gregaria siempre. No podía tener divinidad.

Entiéndase bien: "no podía".

Hoy la va adquiriendo, o se la va concediendo a sí misma.

Y llegaremos, posiblemente, a la coronación de S. M. la Chusma, o más amablemente: la Multitud...

Un día se derrumbó una autocracia, y surgió sobre las ruinas una "multicracia". ¿Cambiaron los procedimientos? ¡No!... Y no podían cambiar. Para dar impulso a una cosa, se hace necesaria una fuerza inicial. ¿Fuerza? Precisamente: la "Kratos". Es la mitad de la autocracia: Aytokrates...

¿Una tontería, verdad?

Ya lo sabía yo antes que ninguno, puesto que se me ha ocurrido a mí y he sido el primero que he podido burlarme de la ingenuidad.

¿Pero es que acaso no estamos en el dominio de la farsa?

Mundo y tinglado: lo mismo da.

Y los muñecos, reyes y mendigos, con hilillos que se elevan a lo alto, muy a lo alto, donde está el farandulero, en cuyas manos se halla nuestro destino.

Enrique Crosa.





La hermosísima capilla

Una boda suntuosa



Los esposos Roosen - Regalía H

NUESTRA sociedad no había, en ninguna época, presenciado una ceremonia tan brillante, tan suntuosa, tan cuidada en los más pequeños detalles. Y la resonancia de acontecimiento tal ha llevado a las crónicas el eco de tanta maravilla, y trae hasta nosotros la nota más galana y más armoniosa de todas las que se registran en este número de SELECTA y que se refieren a un acontecimiento social...

Marco para tan admirable cuadro fué el inapreciable de la residencia que en la calle 25 de Mayo poseen los esposos: doctor Germán Roosen y doña Matilde Regalía. Casa patricia. En su frontispicio luce una fecha que rememora días de gloria para la patria: 1831, y en su interior, la arquitectura es fiel trasunto de aquellas mansiones coloniales, tan severas, tan amplias, donde el sol entraba sin timideces, a torrentes.

Y en la casa solariega, alcázar donde la virtud y el honor han guardado la tradición de una nobilísima familia, se desarrolló días pasados el acontecimiento social más deslumbrante de estos tiempos: la boda de la distinguidísima señorita Matilde Roosen Regalía con el caballero Eduardo Hughes.

Fué una consagración principesca.

A las seis y media de la tarde los novios atravesaron las diversas salas y el salón de honor, para llegar hasta la soberbia capilla instalada en la misma casa. A esa hora ya todos los ámbitos de la amplísima casa estaban llenos de una selectísima concurrencia.

En la capilla se había puesto toda la dedicación del más refinado buen gusto. Sobre un doble entarimado se elevaba el altar. La Virgen de Lourdes, en preciosa escultura de mármol, destacábase en medio a fondos de seda, de tules y de encajes. En las gradas dos almohadones de damasco blanco, guarnecidos de galones de oro viejo, esperaban a los novios en el momento de caer de rodillas para oir la sagrada fórmula del vínculo cristiano. Sobre el ara, verdaderas olas de encajes de Inglaterra, ponían una nota de gran riqueza y de refinado gusto. Esos encajes exornaron en otros días los cuerpos arrogantes de las damas que ostentaron orgullosamente los apellidos de: Durán, Montero y Regalía.

Seguidos los novios de numerosísimo y brillante cortejo, llegaron al pie del altar. La orquesta ejecutaba en ese instante la marcha nupcial de "Parsifal". Una vez que los desposados estuvieron delante del sacerdote, pronunció éste las palabras solemnes de la unión y cuando bendijo, la señora Blanca Viaña de Martí, elevó toda la dulce, la armoniosa armonía de su voz entonando la bellísima "Priere" de César Franck. En la concurrencia se elevó un murmullo de admiración para la exquisita cantante.

Continuó el sacerdote el ritual y cuando llegó el momento de la bendición de los anillos, otra voz delicadísima, de suavidades acariciadoras y emitidas con arte soberano: la de la señora Esther Vidal de Etcheverry, entonó un "Ave María" de severa concepción musical y admirable inspiración, compuesta por la inteligentísima señorita María Esther Roosen Regalía. Toda la íntima belleza de la página musical, su encanto místico, llegó al auditorio a través de la argentina voz y del sentimiento artístico puestos en su ejecución por la señora Vidal de Etcheverry.

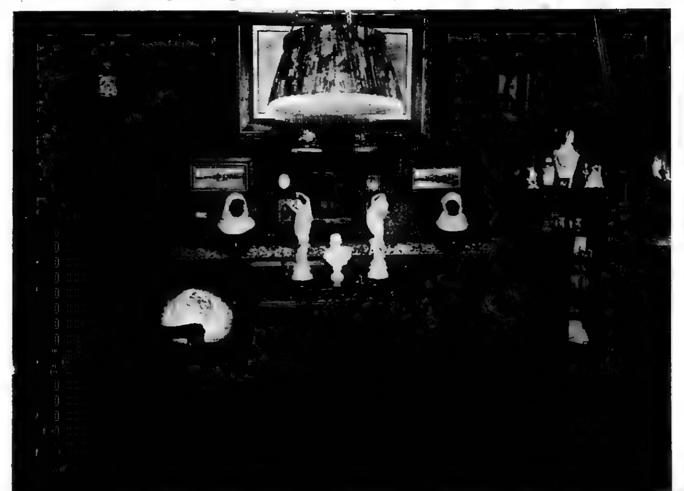
Terminó en este punto la consagración religiosa, pronunciando el sacerdote una breve alocución, e inmediatamente cuatro voces armoniosas, dulces, encantadoras, entonaron un "Hossanah" original del señor César Cortinas.

Con ello finalizó la ceremonia y la concurrencia se diseminó por todas las salas, llenando el gran salón de honor, donde las arañas derramaban torrentes de luz. Los nuevos esposos recibieron las calurosas enhorabuenas de sus íntimos y mientras una excelente orquesta inició un selecto programa de piezas de baile, el suntuoso comedor se abría y allí se congregaba un distinguido grupo de damas y caballeros.

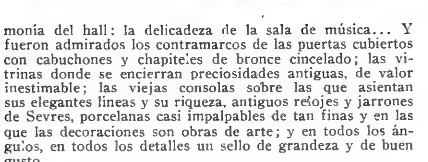
En las diversas salas, la concurrencia admiraba los regios mobiliarios, el arte y la exquisitez con que está decorada toda la casa; la severidad imponente del despacho del doctor Roosen; la riqueza del gran salón de honor; la ar-



En el comedor



El despacho del Doctor Germán Roosen

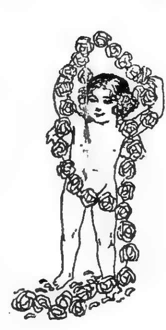


monía del hall; la delicadeza de la sala de música... Y fueron admirados los contramarcos de las puertas cubiertos con cabuchones y chapiteles de bronce cincelado; las vitrinas donde se encierran preciosidades antiguas, de valor inestimable; las viejas consolas sobre las que asientan sus elegantes líneas y su riqueza, antiguos relojes y jarrones de Sevres, porcelanas casi impalpables de tan finas y en las que las decoraciones son obras de arte; y en todos los ángulos, en todos los detalles un sello de grandeza y de buen gusto.

La gentilísima pareja que forman los nuevos esposos, después de recibir los homenajes de los asistentes, abandonaron el salón, descendiendo de la planta alta por una escalera que conduce al segundo gran patio de la vastísima mansión patricia. Allí aguarda un auto, el que ha de conducirlos a su residencia de campo.

Suben los esposos Roosen Regalía - Hughes al lujoso vehículo y cruza éste lentamente los dos patios del magnífico caserón, mientras la mayoría de los asistentes, acodados al varandal del piso alto, aplauden a los felices desposados y arrojan sobre ellos una lluvia de flores.

Recordamos a la novia. Envuelta en sedas, tules blancos, era una flor armoniosa de pureza. El traje de tul exornado de encajes de Bruselas, con manto también del mismo en-

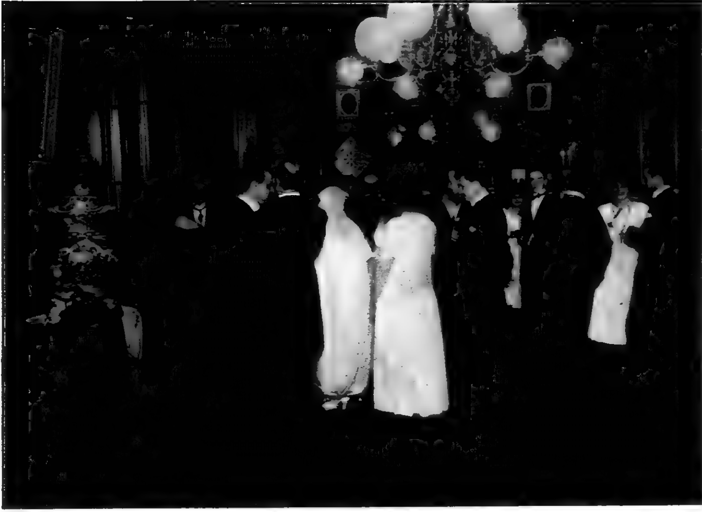


Roosen-Regalía Hughes





Los esposos Roosen - Regalía Hughes



El salón de honor

caje fué admirado como una verdadera maravilla. Y lo era, en grado superlativo, una maravilla de elegancia, de corrección, de originalidad.

Y pasó la novia, pasó como una princesa y nuestras miradas convergieron entonces en las elegantísimas damas que daban una animación brillantísima a las salas. Por ellas desfilaron, admirables y admiradas, majestuosas, espléndidas.

Recordamos con embeleso que no se borrará jamás: a doña Matilde Regalía de Roosen con regia toilette de pekín negro, cubierto con magníficos encajes de Chantilly, tomados con adornos de azabache y resplandeciendo sobre su cuello un soberbio *collier de chien* de perlas y brillantes, hermosas joyas en el "corsage" y complementando tan espléndido atavío con un valiosísimo abanico antiguo.

Doña Pilar Herrera de Hoffman, vestía irreprochable traje rosa viejo con exquisitos bordados de plata.

La Condesa de Brayer, de encaje negro y valiosas joyas antiguas.

Doña Margarita Uriarte de Herrera, de negro con *echarpe* de magnífico encaje de Inglaterra; hilos de grandes perlas, y hermosas joyas sobre el "corsage".

Doña Esther Vidal de Etcheverry, de azul sajón, profusión de ricas alhajas, gran sombrero estilo "Lamballe".

Doña Sofía Platero de Idiarte Borda, de negro sobre viso blanco, regias joyas; hermoso sombrero con muy ricos *aigrettes*.

Doña Mercedes Uhagón de Olivier, de pekín negro cubierto de Chantilly; magníficas alhajas antiguas.

Doña Matilde Frías de Nin, de Chantilly negro, profusión de alhajas de alto mérito.

Doña Joaquina Romero de Olivier, distinguida dama porteña, lucía hermoso traje negro sobre azul de Saxe; elegante toca de encajes y *aigrettes*.

Doña Celia Alvarez de Amézaga, de tul negro; gran sombrero del mismo color armonizando con el ébano admirable de su cabello y el azabache de sus ojos.

Rosa Olmedo Zumarán fué para nuestro capricho, como un girón del cielo argentino, su patria, cielo de un azul de gloria, en el que, como dos ventanas abiertas al infinito se nos ocurrieron sus admirables ojos negros.

Esther Alvarez Mouliá, estaba encantadora, circundada como en una aureola de hechizos; como una dulce visión en su traje blanco.

Julia Zumarán Arocena, fué para nuestra imaginación como un arrogante lirio; níveo su traje en correspondencia con la blancura maravillosa de su piel. Como contraste artístico un sombrero negro remataba su toilette.

María Inés de Arteaga destacaba su rostro de severas líneas en clásica belleza sobre la originalidad de un elegantísimo traje negro listado de blanco.

María Angélica Márquez Maza, con traje celeste y Margarita Saavedra, de rosa, se nos antojaron dos maravillosas flores de jardín encantado.

Margarita Idiarte Borda Platero llevó a su "toilette" irreprochable, la característica de su espíritu privilegiado: blanco el traje, blanco el sombrero; y de esa impoluta blancura surgía su belleza soberana.

Alcira Muñoz Oribe cruzó magestuosamente los salones en la corrección de su traje de voil celeste y de su sombrero negro. Sus ojos, de una negrura de abismo, se nos ocurrieron maravillosos trozos de noches inacabables.

Ema e Isabel Figari Castro vestían de blanco, con un chic subyugante, bellas, cultas.

Y también ahora debemos cesar en esta grata evocación. Termina el ensueño.

La señora Matilde Regalía de Roosen y el doctor Germán Roosen aguardaron a sus visitantes en el "hall", poniendo en este sencillo acto toda la hidalguía de su alta cultura y luego se multiplicaron para que todas las damas y caballeros tuvieran de ellos una gentileza.

La boda Roosen Regalía - Hughes quedará en los anales sociales del Uruguay como una de las más brillantes manifestaciones de distinción y de suntuosidad; fiesta de extraordinaria belleza que dijo en forma elocuente de la elevada cultura de los esposos Roosen - Regalía.



En el comedor

Fot. de "Selecta"

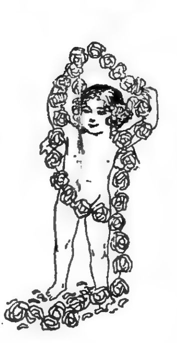


Un grupo de concurrentes en el gran Hall

. Y
rtos
vi-
alor
ntan
ones
las
án-
uen

sos,
pan-
una
ima
con-

oso
gní-
aco-
ices
res.
cos,
ado
en-



Doña María García Lagos de Hughes, de negro; toca del mismo color.

Doña Esther Boffil de Lasala, de blanco; sombrero también blanco, y gran cruz antigua de brillantes sobre el escote.

Doña Herminia Garzón de Mañé, de negro, gran cuello Médicis de piel de armiño, hilo de perlas orlando el cuello y elegantísimo sombrero negro rematando tan elegante toilette.

Doña Celia Crosa de Peixoto, de voil celeste, valiosísimas joyas en el "corsage", hermoso sombrero blanco.

Y en este punto nuestra memoria ya no nos obedece, tal es la cantidad de siluetas gentiles que pasaron y pasaron por las magníficas salas durante la fiesta memorable.

Con pena, con inmensa pena nos vemos obligados a no seguir en esa tan gratísima enumeración, y vamos a cerrar esta crónica, que reconocemos pobrísima para acontecimiento tan suntuoso, recordando a un grupo de niñas, a un florón delicadísimo de juventud, a un trozo enjoyado de primavera.

Y acude a nuestra memoria: Margarita Heber Uriarte, radiante, elegantísima, envuelta en la delicadeza exquisita de un traje del tono suave de la flor del aromo y en el perfume sutil de su distinción y cultura.

La moda, la mujer y sus caprichos



SIEMPRE, a través de los siglos y las generaciones, será la moda reina absoluta que nos ha de sugestionar hasta imperar de una manera sorprendente sobre nuestras costumbres, sujetándonos a sus más mínimos caprichos.

Es increíble... Fuimos y seremos siempre esclavos conscientes de ella, puesto que sus frivolidades, seduciéndonos para rendirle culto como reina soberana, culto que inconstante en sus caprichos, nos atrae con en el presente se ha transformado en verdadera veneración: nos atrae, sus nimiedades nos empujan hacia ella, con profundo fanatismo, con la convicción de que siguiéndola hemos de llegar a brillar, a imperar en todo tiempo y lugar, sin detenernos a pensar que este afán nuestro por seguir todas sus evoluciones, nos conduce muchas veces a la ridiculez cuando no a la extravagancia...

Esta ha sido mi meditación al concluir de pasar revista a una soberbia galería de retratos, espléndida colección donde se admiran y veneran las fotografías de nuestros antepasados que concentran en sus tipos, toda la característica de distinción y refinado buen gusto.

Todos son retratos de mujeres, ante los cuales me he detenido haciendo un examen minucioso de cada tipo y sus tocados primorosos evocando al propio tiempo el reinado glorioso de aquella moda de entonces.

Aquí aparece una dama de los tiempos del Virreynato: su traje oscuro, de estilo severo con profusión de pliegues, deja adivinar apenas las líneas de su cuerpo cubierto con un amplio chal que cae desde sus hombros. Una " papalina " de finísimos encajes, cubre su cabeza dejando al descubierto una tersa frente donde se refleja la rectitud y bondad de su carácter.



Más allá, infinidad de retratos de mujeres de épocas distintas: de los tiempos de María Antonieta y del miriñaque. Todas ellas visten largas polleras hasta el suelo, cubriendo por completo sus pies diminutos cual si fuera una profanación el enseñarlos. Los " corsages " ceñidos, ajustados graciosamente al talle dibujándose las líneas impecables de sus cuerpos esculturales. Cuellos altos los más, muy pocas lucen escotes para dejar entrever el nacimiento del pecho.

Se me presentan todas estas damas, jóvenes algunas de ellas, con sus trajes de irreprochable elegancia, sencillos, denotando en su porte distinguido, nobleza de sentimientos, evidenciando en sus rostros serenidad de alma.

Y bajo el impulso de esta reflexión me detengo a comparar aquéllas y éstas que siguiendo todos los caprichos de nuestra Reina soberana, aseméjanse a la mujer de los tiempos romanos. La moda imperante en los trajes, especie de túnicas, audaces en su escasez, dejan al descubierto desnudeces que antaño hubieran espantado. Las transparencias en las telas se han impuesto; grandes escotes como para trajes de baile, son los que se usan para calle y las faldas sumamente cortas, hace que la mujer de ahora haya abandonado aquellos reparos de otrora. Por ello se la admiraba, por aquel algo inexplicable, difícil de definir, que experimenté mientras pasaba revista a la espléndida galería de retratos antiguos...

Mary Acilegna.





De mes a mes

Comentarios veraniegos. —

La temporada de playas, toca ya a su término. Nuestra hospitalaria ciudad, ha sido este año visitadísima por familias extranjeras, que han animado nuestros paseos y reuniones sociales.

No obstante esta circunstancia, favorable para la sociabilidad, la hermosa rambla de Pocitos, ha presentado indefectiblemente, su monótono aspecto habitual.

De tarde como de noche, marchan con la más rigurosa disciplina grupos en fila, de damas, niñas y caballeros. Parece que alguien hubiera dado la tiránica orden de marchar mirando al frente y sin detenerse ni un instante y a la vez la de sentarse a mirar el desfile.

Los espectadores del movimiento casi militar de la rambla, que ocupan las rígidas filas de sillas, comentan detalladamente el gesto de una niña; los aros de una dama o la martingala más o menos bien cortada, del saco de cualquier joven paseante, que vaya con ellas.

Ante esta propensión a la crítica benigna y por eso mismo mísera e improcedente, muchas son las familias que se abstienen de caminar, tranquilamente y aumentan el número de los espectadores - fiscalizadores, que se instalan en las sillas.

Esta tirantez solo propia de una noche de banda municipal, en una plaza de Canelones, quita a las reuniones veraniegas toda naturalidad y comodidad y los que se disponen para pasar a la orilla del mar, un rato agradable, se ven asediados — si están sentados — por el molesto inspector que le hace enderezar la silla o le trae otra más, para que no quede desocupado el menor espacio; o en el mejor de los casos, si se quita el sombrero, lo desconoce y le cobra de nuevo o le exige el boleto, uno de los tantos revisadores, que interrumpen intempestivamente las conversaciones.

Todo esto, alternado con los insistentes vendedores de chocolate y caramelos que se instalan a la derecha de todos los novios y las mamás de pequeñuelos a fin de ponerlos en el compromiso de adquirir lo que pregonan, constituye una plaga incómoda que se está haciendo intolerable!

Es de desear que sea éste, el último verano de aldea y que nuestra sociedad quebrando la disciplina militar de la rambla, baje a la arena y allí forme grupos despreocupados, donde ningún inspector le haga enderezar la silla, ni le exija el boleto cada vez que cambia de sitio; ni tenga que oirle al vecino inmediato de silla, una crítica a una hermana o amiga. Como tampoco tenga que alternar su charla con cuatro o nueve. — ¡ No ! — Al insistente vendedor de chocolates, terror de las mamás y peligro de los chicos, que luego extragados, en la mesa, no prueban bocado.

En suma aquí se veranea con toda formalidad y nadie osa romper la rigidez tiránica del desfile, siguiendo días y meses las terribles y derechas caminatas sin que al fin de la estación se haya visto un solo grupo alegre, que sin temor a los susurros y censuras, se anime a charlar con ningún joven, presintiendo que al siguiente día, un señor que la mira desde una silla, divulge la noticia de que está comprometida.

Los jóvenes por su parte sabiendo esto, no se acercan a las niñas y algunos que forman grupos — siempre tiesos — se permiten poner motes a las paseantes, y es así como con irreverente espíritu de crítica morbosa, a una prestigiosa niña, de graciosa expresión alegre, le llaman: " Máscara sonriente ", y a dos inseparables hermanas: " Vittone y Pomar", y a un matrimonio joven y rico: " La grande y la aproximación "; cosas estas que no por inofensivas dejan de ser incultas y reveladoras de espíritus ociosos que más ganarían leyendo en la arena en cualquier libro instructivo, que observando tonterías propias de un club social, de extramuros...



El carnaval en los salones. —

Son del dominio público, las circunstancias que han obligado a nuestra sociedad a la abstención de los bailes de máscaras.

Es lamentable, que en un ambiente tan rehacio a las reuniones sociales, como éste, las únicas fiestas tradicionales, se hayan suspendido y que las escasas realizadas, no hayan tenido mayor brillo.

Sin hacer cuestión política ni religiosa, fuerza es confesar, que nuestras damas no comulgan con el rigor.

La mujer uruguaya por solidaridad femenina, se privó de pasar un rato de sociabilidad, en los bailes; aun sabiendo que hasta los salones no llegarían las máscaras ofensivas para las creencias religiosas.

El retraimiento social de este carnaval hay que lamentarlo realmente, puesto que de esa manera no se han producido las magníficas reuniones que año tras año se



repiten y que constituyen la parte más brillante y más característica de las fiestas de Carnaval.

Es doblemente doloroso, que el retraimiento social haya privado a infinidad de obreras, de valiosos ingresos, llevando así hasta los hogares pobres, el perjuicio de un conflicto, por el que no se pudo favorecer a los más damnificados con la escasez de trabajo.

El entredicho ha perjudicado a los que nada tenían que ver con él. Es común eso.

Sólo los niños, no se han privado este año del jolgorio de todos los veranos y es así como por nuestras principales avenidas se han visto autos con chicuelos alegres y bonitos, que han animado con sus bromas infantiles, los salones desiertos.



CORRESPONDENCIA

Margot: — Aquí no se estimula el teatro nacional por varias causas; la principal es que las obras no son en francés... ni requieren traje de tiqueta. Además la política, divide hasta las opiniones artísticas y un autor sabe que por mucho que valga su trabajo, tiene que hostilizarlo por enemistad política, el diario contrario a sus ideas. Tampoco es ajena a la inanición de los autores la falta de actrices de guardarropa.

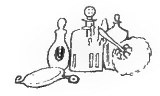
El arte como la comida, para que predisponga favorablemente ha de ofrecerse en forma correcta y adecuada. Recuerde usted los trajes de baile que sacaba una actriz en escenas matinales y los jackets de un actor para tomar el ferrocarril...

No hay arte que salga ileso con tales contradicciones.

Alicia, Violeta, Enamorada y *María Rosa.* — Atendiendo el pedido de ustedes la Administración de SELECTA tendrá corresponsal en Punta del Este.

A los lectores. — El señor Atilio Ruggero que desempeñó el cargo de Administrador de esta Revista, ha renunciado por haber sido reclamados sus servicios en una casa comercial de esta plaza.

BERTA.

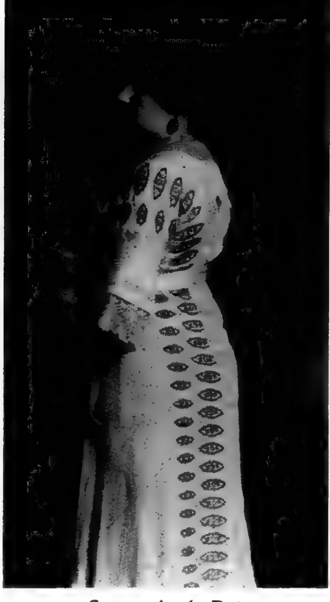




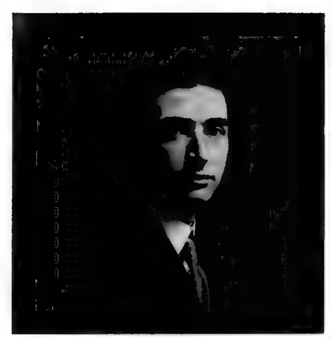
Una tarde de arte



Señorita Pilar Fenech



Señora A. de Ruiz



Maestro E. Ruiz

FUE una tarde de arte exquisito. Invitada amablemente la Dirección de SELECTA para asistir a una audición dada por la notable soprano señora A. de Ruiz, por la señorita Pilar Fenech y por el maestro Ernesto Ruiz, fueron tan inmensas las gratas emociones gustadas, como la admiración que la voz soberbia de la señora Ruiz despertó en nosotros, los que aun no habíamos tenido el placer de oirla.

Inició la audición selectísima la señorita Fenech, ejecutando con toda maestría un Paraphrase sobre Rigoletto, de Liszt. Demostró la talentosa concertista una técnica impecable y un exacto sentimiento de la música. Vigorosa en la expresión, no olvida nunca los factores suplementarios que dan a una interpretación el sello personalísimo del ejecutante. Fué muy aplaudida.

Cantó luego, acompañada al piano por su esposo, la señora de Ruiz. La romanza del tercer acto de "Madame Butterfly". Fué tan extraordinaria la interpretación que esta difícil página obtuvo de parte de la distinguida cantante, que no vacilamos en afirmar que nunca, nunca, la hemos oído tan estupendamente cantada. Potencialidad de voz, seguridad absoluta en todos los registros, calor de pasión en los vocablos desgarrantes, y delicadeza suma en los que añoran el dulce amor que se ha marchado para siempre.

Nos quedamos perplejos ante tan grande fuerza interpretativa al servicio de una voz poderosa, noble, amplia, que no vacila, ni se regatea, una de esas voces que ya van siendo desgraciadamente muy escasas en el teatro lírico. Una gran concertista de canto.

Excusamos decir que la ovación que le tributamos los pocos y felices afortunados que la oímos, fué enorme. Y no pudo ser de otra manera, pues la notable soprano nos hizo experimentar toda la honda belleza que encierra esa hermosa romanza de Puccini.

Cantó luego el "Raconto" de Santuzza (Cavallería Rusticana), y en esta romanza puso a brillante contribución toda la potencialidad de su registro grave, emitiendo notas de una fuerza y de una pureza admirables. Nueva ovación. Indiscutiblemente la señora de Ruiz es una cantante distinguidísima, de las que conocen el valor de expresión y pueden utilizarlo ampliamente por tener un gran caudal de voz.

Por su parte el maestro Ruiz demostró ser también un correctísimo concertista de piano. Pero al maestro lo conocemos como inteligentísimo director de orquesta y ya su nombre tiene muchos lauros para que le dediquemos aquí ligeras líneas de elogio.

Fué, como decimos antes, una tarde de arte exquisito, intenso, que gustamos plenamente y tan plenamente agradecimos.

Los esposos Ruiz y la señorita Fenech darán en estos días en el Parque Hotel, un concierto, al que desde ya auguramos un éxito absoluto, como lo merecen quienes tienen en el arte un culto, al que dedican todas sus energías y todos sus entusiasmos.

En honor del Almirante Caperton

SE realizó en el Club Italia una interesante fiesta de homenaje al distinguido marino norteamericano, Almirante Caperton.

Acompañado el Almirante de su brillante oficialidad, hizo acto de presencia en la bonita fiesta, para la cual la Comisión Directiva del Club no omitió detalle a fin de que todo resultara de buen gusto.

Se bailó con verdadero entusiasmo y está demás decir que el Almirante rindió como es costumbre entusiasta homenaje a la Diosa de la Danza.

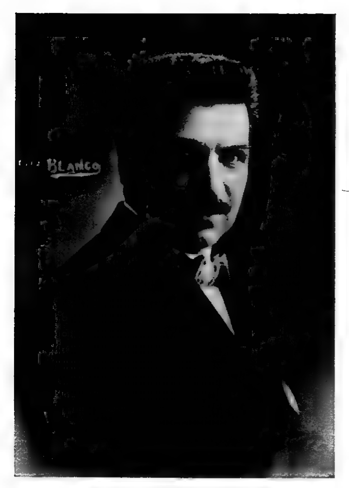
Los salones del Club habían sido adornados con mucho arte y por todo ello la Comisión obtuvo los plácemes más unánimes.





Fiesta dada en el Club Italia en honor del Almirante Caperton

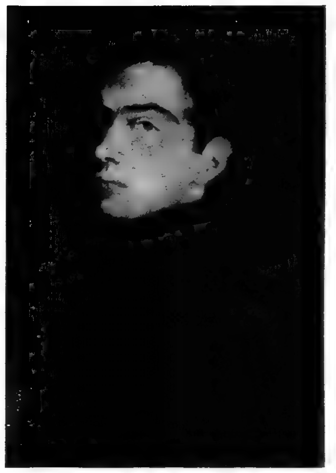
Nuestros nuevos colaboradores artísticos



Agustín Ezcurra



Luis Bello



Melchor Mendez Magariños

La Dirección de esta revista que tuvo siempre como el mejor y más alto deseo, el de ofrecer a sus favorecedores, una publicación que se destaque totalmente de sus congéneres, incluye desde esta fecha, en el cuerpo de sus colaboradores artísticos a los conocidos dibujantes Luis Bello, Agustín Ezcurra y Melchor Méndez Magariños.

Los tres son suficientemente apreciados en los círculos pictóricos, del Plata, para que sea necesario elogiarlos particularmente. El mejor adjetivo lo encontrarán los lectores al apreciar las obras que sus hábiles lápices produzcan y que Selecta se complace en dar a conocer.

Al presentar, pues, a los nuevos dibujantes, reiteramos con ello las seguridades de que en esta revista hay quien se esfuerza por mejorarla continuamente, y que no anteponemos nunca razones materiales, al alto valor moral, intelectual y social que deseamos prime en sus páginas, como lo hemos ofrecido y lo demostramos. Y porque es obvio el elogio que nos hagamos, preferimos hacer obra, que es en esa forma como se conquistan justicieras expresiones elogiosas que deben alentar nuestros esfuerzos y aguzar nuestro ingenio, para que Selecta sea siempre — como su título lo indica — un nido de cosas bellas, nuevas y útiles al cerebro o al corazón. A ello tienden nuestros afanes de ir siempre más arriba y siempre más lejos.



La pequeña "Juanito"

TRABAJABA como bailarina en el teatro de la Opera. Más que una artista, era un camarada, un amiguito. Su cuerpo no tenía ninguna curva insinuante y voluptuosa de esas que hablan a la carne y avivan las brasas del deseo. Gentil, delicada y frágil como un tallo. Su rostro estaba lleno de gracia, de luz divina y poseía una belleza extraordinaria. Siempre, siempre reía, mostrando, bajo el candente frescor de los labios encendidos, el encanto de sus dientecillos blanquísimos y perfectamente alineados. Por ojos tenía dos magníficas ágatas obscuras, dotadas de una mirada magnética y dominadora, y por cabello, ondulosos mechones de oro viejo... Recuerdo que eran del mismo tono de color sus ojos, su pelo, sus largas pestañas y las dos perfectas pinceladas de las cejas. Y resultaba delicioso el contraste con la transparencia rosada de su tez de alabastro. Con los ojos abiertos parecía una pecadora de Romero de Torres; cuando los entornaba, una virgen de Murillo...

Nos conocimos en una peña de escritores y artistas bohemios, que a las altas horas de la noche se formaba en un cabaret de la rue de la Paix...

Se llamaba Margot, pero para todos los camaradas de la vida nocturna era la pequeña "Juanito"... ¿Por qué?... No sé deciros; tal vez por su aspecto de príncipe de leyenda; tal vez porque sus gustos estaban identificados con los nuestros. Ella saboreaba el kummel y el ajenjo, discutía sobre literatura y arte con una suficiencia admirable, hacía versos, le encantaba narrar cuentos verdes, jugar al pocker y fumar cigarrillos egipcios. Leía muchas novelas y estaba abonada a un gabinete de lectura... Le entusiasmaba Walter Scott y Musset y hubiera querido vivir en un yatch que no cesase de navegar.

Margot hablaba un parisino atropellado, lleno de gracia y de ingenio. Su entrada en el café era siempre acogida con gritos de regocijo. Ella, sin azorarse, embutida en un gabancito de pieles y tocada con un casquete de terciopelo adornado con dorados racimos de uvas, se acercaba lentamente a nuestro grupo, como una gatita de Angora, atisbando siempre el momento de hacer una diablura que regocijaba a toda la tertulia...

Aquella noche, a fines de año, nuestra pequeña "Juanito" estaba muy triste. Con lágrimas temblándole en las rizadas pestañas, me contó el motivo de su amargura. Se le había muerto Caruso... Caruso era un canario holandés que la acompañaba en su cuartito del barrio Latino.

¡Pobre hijo! — murmuraba de vez en cuando con plañidera voz, ahogada por un fluido lánguido y perezoso...

Cartier, un joven macilento, alto, delgado, de aire distinguido, intervino en la conversación, diciéndola:

Mira, "Juanito", hazte espiritista y podrás volver a oir el canto de tu canario...

¡Oh... no me gastes bromas!... — desechó ella con un delicioso mohín de derrumbamiento espiritual.

¡De verdad!... ¿No crees tú en el espiritismo?...

No; pero además los pájaros no tienen alma...

¡Quién sabe!, expresó solemnemente, el joven Cartier.

"Juanito" se quedó un momento perpleja. Después, como acuciada por una idea, exclamó:

Oye, Cartier; tú me has dicho muchas veces que me quieres ¿verdad?...

Sí — aseguró él, impávido. — Estoy enamorado de tí y tú me desdeñas.

Te desdeño porque contigo me pasa lo mismo que con el espiritismo... No creo...

El caballero macilento sonrió y le dijo fríamente:

Pues la existencia del espiritismo y de mi amor, puedo probártelas... Cosa más fácil...

Pues bien; veamos antes eso del espiritismo... Yo querría poder hablar con el espíritu de mi hermana Lili, que murió el año pasado...

¿Cuándo? — inquirió Cartier.

Mañana mismo... ¿Puede ser?...

¿A qué hora?...

¿A qué hora?... ¿A qué hora?... — meditó Margot. — A las ocho de la noche.

Hablarás con ella... aseguró sacerdotalmente el camarada Cartier.

Y todos tomamos a risa este absurdo diálogo.

. . . .

A la noche siguiente una compañera de la pequeña "Juanito" llevó al cabaret la espantosa noticia: nuestra linda amiga había muerto de repente... Un terror helado nos invadió a todos...

¿Cómo?... ¿A qué hora?... — preguntamos con ansiedad loca...

—Serían las ocho de la noche.

El Caballero Audaz.



De otros tiempos

El grabado adjunto, es reproducción de una fotografía tomada a los señores Don Martín Lasala y Dr. A. Ramos Mejía, hace ya unos "cuantos" años.

Excusamos este comentario ante el original recuerdo de un tiempo que ya pasó para todos y en particular para las personas que figuran en el retrato, las cuales disfrutaban entonces de una juventud tan gallarda como puede verse. Los trajes que visten, son otro caro recuerdo de las modas antiguas; que como todas las cosas se han renovado, al punto de que hoy nos parecerá excéntrico aquello que fué ayer, *"le dernier cri"*.

Los Claveles Rojos





I

Por esas sonrisas, que son cual cuchillos,
que su filo esconden entre los rosales
de tus labios rojos como los corales
en que se desgranan tus áureos zarcillos;

por esas miradas, que son cual puñales,
que entre las tinieblas ocultan sus brillos,
me veré en la Audiencia, cargado de grillos,
sentado al banquillo de los criminales!

Si a prisión me mandan, pediré a mis jueces
que mi cuerpo encierren en las lobregueces
de tus grandes ojos, y si es ley que muera,

por morir esclavo de tu amante yugo,
— ¡ Ahórcame — en el palo, le diré al verdugo —
con los negros rizos de su cabellera!

II

Ante un crucifijo, postrado de hinojos,
mientras las saetas aullaban su canto,
enlutada y pálida te vieron mis ojos
rezar tus plegarias en el Jueves Santo.

Sangraba la herida de tus labios rojos;
y sobre tu seno, cruzadas de espanto,
tus manos de nieve eran cual manojos
de misticos lirios bañados en llanto!

Abrazada al leño, triste y lacrimosa,
a Jesús besabas, allí donde abría
la llaga de un clavo su sangrienta rosa...

Porque tus piadosos labios me besaran
con la unción que a Cristo, no me importaría
que en su propio leño me crucificaran!

III

Cuando entre tus labios su dolor destila
el escalofrio de una carcelera,
yo no sé qué pena baña tu pupila,
yo no sé qué angustia te estremece fiera,

que todo tu cuerpo retiembla y vacila,
como si de pronto sucumbir quisiera
de dolor, envuelto en la Primavera
de tu luminoso mantón de Manila!

Yo, oyendo la copla y viendo tu cara,
oculto en las manos la cabeza para
ahogar en mis labios mi propio sollozo...

¡ Ay, por qué presienten mis negros desvelos
que en tu amor pensando, morderé de celos
las obscuras rejas de mi calabozo!

IV

Tiende el plenilunio sobre el jazminero
que en la clara alberca su blancor retrata,
como una lujosa capa de torero
de raso celeste bordada de plata.

Tu guitarra rasga el silencio... Un fiero
resplandor de odio tus ojos dilata,
y hay en tus sonrisas como un fino acero
que entre rosas brilla y entre rosas mata!

Igual que una esclava sumisa y sonora
que siempre realiza tus locos anhelos,
la guitarra ríe, canta, gime y llora;

y siguiendo el ritmo de tus sueños vanos
se rompe de angustia y estalla de celos...
¡ Mi alma es como una guitarra en tus manos!

V

Cuando a los repiques de las castañuelas
ingrávida y ágil a bailar te lanzas,
diríase que esculpes y en tu ser modelas
todos los lascivos giros de las danzas.

Ya entornas los ojos y te aterciopelas;
ya agitas las trenzas y pálida avanzas...
De tus castidades tiemblan las gacelas,
y rugen los tigres de mis esperanzas!

Aunque entre damascos tu cuerpo aprisiones
y aunque en su pureza tengan tus facciones
de una estatua antigua la celeste calma,

tan profundo y lúbrico furor te estremece,
tal ansia te encrespa que, al danzar, parece
que danzas desnuda de cuerpo y de alma!!

VI

Entre las macetas de albahacas asomas
la viva y ardiente flor de tus sonrisas,
y como embriagadas por tantos aromas
temblando en sus labios se duermen las brisas.

Cantando entre dientes el espejo tomas
y tu tenebrosa cabellera alisas,
mientras arullándose, dos blancas palomas
arrastran sus alas sobre las cornisas.

Entre los encajes con que te recamas
se va deshojando una rosa roja,
poco a poco, en lentas lágrimas de llamas...

Y a mis ansias digo, de amargura lleno;
¡ Oh, quien fuera esa flor que se deshoja,
para desangrarme de amor en tu seno!

VII

Di ¿recuerdas cuando tan juntos vagamos
que de nuestros cuerpos uno sólo hicimos,
y en el mismo lecho juntos nos dormimos
y en la misma copa nuestra sed saciamos?

Vivimos unidos como dos racimos
que enredados cuelgan de los mismos ramos...
A fuerza de besos junto maduramos
y en las mismas penas vendimiados fuimos!!

Juntas se secaron tu ropa y la mía...
Y hoy, si nos hallamos en la misma vía,
sin que nuestras ropas siquiera se rocen,

pasamos de largo, sin decirnos nada,
sin una sonrisa, sin una mirada,
como dos extraños que no se conocen!

VIII

En el rojo fondo del mantón de seda
que en sus llamaradas enciende el tesoro
de ese cuerpo donde mi ilusión se enreda
y cuyas piedades sollozante imploro,

y arde y se consume toda una arboleda
de irrisados pájaros y rosas de oro...
Atada a sus flecos mi vida se queda,
y en cada uno de ellos mis tristezas lloro!...

¡ Ay, que me amortajen cuando yo sucumba
con tu luminoso mantón de la China,
porqué así a lo menos llevaré a la tumba,

para recordarte en mi eterna pena,
ese olor a albahaca, nardo y clavelina
que al danzar exhala tu carne morena!

FRANCISCO VILLAESPESA.

Leyenda Jonia

XANTULA era la más suave de las hijas de aquella época. No era bella, no tenía en su cara la clásica línea que eterniza el tipo perfecto de la belleza humana. Delgada, la blancura de sus carnes, la dulce languidez de sus ojos (dulces flores del crepúsculo) la rodeaban de deseo, la hacían igual a la postrera luz del día, de la que nunca se sacia el alma.

Era admirada y amada, así como se aman los ángeles y los niños, y se imponía por su sonrisa dulce y severa. Era tan fina y graciosa, y parecía hallarse tan lejos de este mundo, que se le podía creer una reina inviolable, puesta allí por el destino, en aquellas tierras desiertas, adonde nacen los nenúfares sobre las aguas que reflejan al sol y a las estrellas.

Pero un día vió pasar a Yoamis, el joven taciturno, la segur centellante al hombro. Pasó por el blanco camino, solo, como solía ir siempre, la cabeza descubierta, con espesos cabellos rizados, cabizbajo. Fué hacia la selva, velada aún por la niebla que se desprende de los pantanos cuando el sol muere. Ella lo vió desaparecer en el largo camino, y aquel día guardó en su mente un amoroso pensamiento para aquel ser hermoso que pasó cerca de ella, vagamente, como los duendes en las obscuras noches de la leyenda. Por la tarde, lo aguardó a la puerta de su rústica casa. Su corazón latía fuertemente.

Yoamis lentamente se le aproximó. ¿Quieres escucharme?

Xántula, muda, casi inconsciente, se acercó. — Eres bella, continuó Yoamis, tan bella que tendría que ofrecerte reinos, cuando sólo puedo ofrecerte mi pobreza y mi amor. Te quiero. Te quiero tanto que arrostraría la muerte por tí. Te pido seas sincera conmigo, para conocer tus sentimientos.

Ella no contestó, mirándolo en los ojos.

—No tengo más que una pequeña casa, y fea aún. — No importa. — Soy el más pobre de la landa.

—Es suficiente.

Entonces, Yoamis levantó los ojos al cielo, e hizo el antiguo juramento del rito. — "Por el alma de Dios, por mis muertos más santos, juro vivir y morir por tí, serte fiel como el árbol a la tierra, como el sol al cielo."

Xántula escuchó la voz ardiente y sincera de Yoamis, y se abandonó sobre su corazón.

Y dijo la madre. — Tenedla como el olivo sagrado. — Filippos el padre, díjole. — Mi casa queda sin ángel protector. Es justo que así sea porque Xántula así lo quiere. — Pero ¡ay de tí! si debe llorar por culpa tuya. Yoamis contestó: Padre, he jurado y mi juramento es santo.

Tenía Xántula un traje veraniego, el que solían llevar las jóvenes desposadas, y un pañuelo blanco sobre los cabellos.

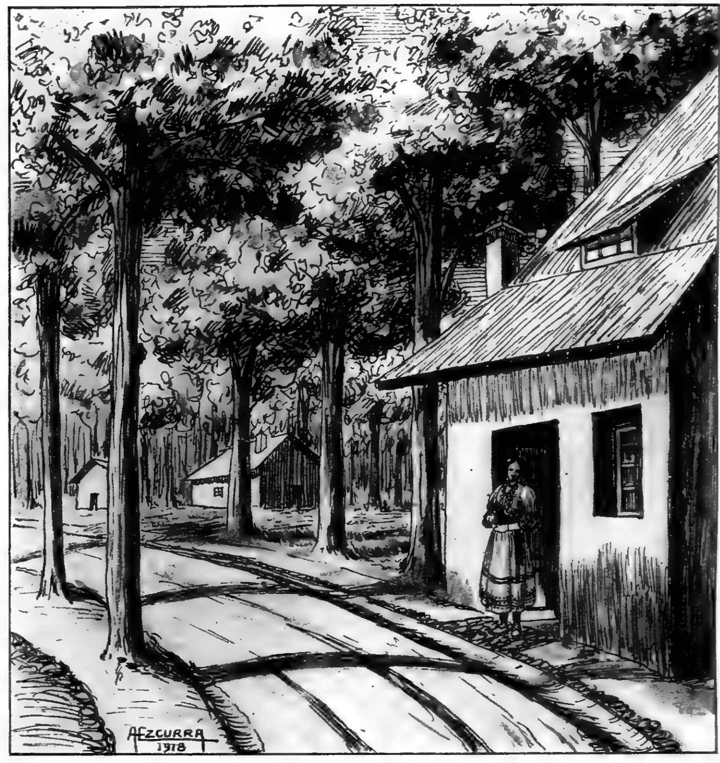
Estaba algo triste.

Cuando fueron por el camino, se volvió para mirar a su pequeña cabaña y apretóse más al brazo de Yoamis. — Anoche he oído a las grullas. — Hacía tanto tiempo que no pasaban. — Formaban dos líneas negras y madre dijo: — Ahí van los pájaros del sueño. — ¿Por qué del sueño? — Porque traen un mal... que no recuerdo. — ¿Crees tú eso? — Sí.

Yoamis movió la cabeza. Y continuaron en silencio el camino arenoso hacia el bosque.

—Aquí está nuestra casa...

Xántula levantó los ojos para mirar. — Apareció blanca entre los grandes pinos rugosos, una casita con dos pequeñas ventanas y una puerta gris. — La casa estaba lejos de las demás, perdida en el corazón de la selva.



—Ahora eres su dueña, exclamó Yoamis, cuando entraron.

Ella sonrió y dijo: — Estoy cansada, ayúdame.

Luego su blanca garganta tembló suavemente en una breve risa que murió en la boca de Yoamis, ávido de amor.

¡Xántula! — gritó Yoamis. — El regresaba del trabajo. Escuchó un instante, pero la puerta no se abrió, y Xántula no apareció como todas las tardes a festejar su vuelta. Empujó la puerta y entró. No vió a nadie en la semiobscuridad, y se adelantó a tientas hacia la mesa, en la que depositó la segur.

Al darse vuelta vió a Xántula sobre el lecho. Se le acercó y la llamó dulcemente. Ella no contestó. Dormía como una joven virgen, pálida, tranquila y sonriente. El cabello se le había dispuesto alrededor de su cara, como una corona.

Yoamis no quiso despertarla, cenaría solo, esperando que acabara su sueño tranquilo. Pasaron las horas pero tampoco Xántula despertó.

Dormía, sonriente, perdida en el oculto maleficio. Pasaron los días, y nada hizo que Xántula despertara. Militza, la vieja del mar, dijo: — El bosque es terrible, Yoamis. Está lleno de secretos. Y prometió traer un hombre, que supiera acabar con el maleficio. Una noche llegó Diattros, el brujo. Yoamis fué a su encuentro.

—¿Quieres verla? — Sí, contestó Diattros. — Hijo mío, hay un sólo remedio. — ¿Cuál?, ansioso preguntó Yoamis. — Tú sabes y no sabes... tu conoces y no conoces... podrías ser tú el involuntario causante del mal. — ¡Yo! — Sí, ella ha nacido para otras tierras, aquí crece la planta del sueño. — Pero con los pinos de la landa, podrás hacer la prueba.

La muchedumbre al enterarse, cantaba:

Alma de los trigos, señor de las sonrisas
Tu que mueves el mar, y alumbras la tierra
Que levantas las llamas y conduces la muerte
Ten piedad de su amor.

Iba Yoamis, llevando en sus fuertes brazos a su pequeña dormida. — La habían vestido de bermejo, como el día de la boda; y la habían puesto alrededor de la cabeza, las flores de los conjuros.

Escúchanos, tu que la hicistes dormir
Mientras tejía su lino, mientras cantaba su amor
Ten piedad.

Sobre la arena levantábase una enorme pira. — Filippos se adelantó llorando y dió fuego a la leña.

La muchedumbre se dispuso alrededor de la pira. Xántula fué puesta en el suelo, con las manos cruzadas. Filippos y Yoamis la miraban fijamente. De pronto Xántula se animó, una de sus manos hizo un leve gesto. Luego, un brazo se levantó, sus ojos y su boca se abrieron. — ¿Dónde estoy? — preguntó.

Miró fijamente alrededor, tembló toda, y su cabeza se abandonó sobre el pecho de Yoamis.

Había muerto.

Entonces aconteció lo que los viejos pastores cuentan aún.

Yoamis tomó a su esposa muerta, en los brazos, se volvió hacia Filippos gritando: — Padre, mi juramento es sagrado. — Mira.

Fijó su vista en la pira, dió unos pasos atrás y de un salto desapareció en las llamas.

Los hombres de alma generosa, cuentan aún a los jóvenes esta historia o leyenda, para exaltar el amor, la esencia más pura de la vida.

A. R.

Dibujo de A. Escurra

El peinado y la moda

La época actual, se ha sindicado, con respecto a las modas, por una absoluta desorientación en todo cuanto se refiera a norma definida. Tanto los trajes, como el calzado, como el sombrero, cuyos aditamentos son indispensables para que adquiera mayor realce la belleza femenina, no tienen hasta ahora una guía indicada, pues ni los grandes modistos, ni los creadores de muchos de esos accesorios que forman parte vital de la toilette dan al mercado una producción encuadrada dentro de determinados padrones.

A esa variedad de modelos, contribuye sin duda alguna poderosamente (y hasta podríamos asegurar que es el motivo primordial) la guerra que se desarrolla en Europa, la cual como a todas las otras ramas de las artes y las industrias que no son bélicas, ha restado energías o ha detenido bruscamente en su camino.

Lo que pasa con sombreros y vestidos, sucede igualmente con los peinados. En las fiestas celebradas últimamente se pudo ver la variedad de "coiffures" que lucían nuestras damas y niñas, lo que desde luego, si a alguna le prestaba encantos, a otras en cambio se los amenguaba, debido quizá al poco estudio que de sus características había hecho la interesada.

Deseando nosotros dar a nuestras favorecedoras una pauta para sus peinados, o por lo menos una opinión autorizada, acerca de la corriente que en el extranjero sigue la moda, nos dirigimos con ese objeto al reputado especialista señor José M. Bonacera, cuyo consultorio de higiene de la "beauté" es frecuentado por nuestra mejor sociedad y goza de merecida confianza.

El señor Bonacera, en conocimiento del objeto de la interview, se puso gentilmente a nuestra disposición, y así lo interrogamos:

— Nosotros desearíamos dar en SELECTA algunos datos sobre el peinado actual, que fueran de utilidad para las lectoras.

— Tendré mucho gusto en ello. El peinado se lleva ahora sumamente sencillo. Han desaparecido de él las pesadas vinchas que antes se utilizaban y — en el de soiree — tampoco se lleva ya, salvo raras excepciones, ni el "aigrette" ni el paraíso.

— ¿De modo que todas aquellas complicadas trenzas y bucles, han desaparecido?



El estilo griego perfectamente caracterizado



Un espléndido modelo para soirée. Sencillo y severo



Lo que nos dice un reputado especialista

— Casi completamente. Hasta las ondulaciones profundas han sido sustituídas por ligeras y huecas ondas.

— ¿Y cuál es el estilo más en boga?

— Sin duda alguna, el griego, con el moño colocado un poco más arriba de la nuca. Es el preferido porque anima el semblante, dándole una apariencia juvenil.

—Pero no será beneficioso para todas ¿verdad?

— No hay moda, ni uso, ni estilo, por bello que sea, cuyos beneficios alcancen a todos por igual. El estilo griego del peinado, sentará mejor a la mujer cuya silueta sea fina. La nariz y la frente también influencian en la estética general, siendo preferible que la frente sea un poco estrecha.

— ¿Y adornos?

— Para paseo o visita ninguno. Con traje de baile puede adicionársele un hilito de perlas o alguna alhajita, pero sobre todo — como ya he dicho — nada de cargazones ni diademas.

—¿Y precisa algún cuidado?

— Ninguno. Unicamente debe tratarse de que el rostro sea todo lo agradable que puede desearse, porque como ese peinado va estirado hacia atrás, lo deja completamente descubierto, resaltando en esa forma, cualquier imperfección de la tez. Conviene por lo tanto, cuidar las mejillas, las orejas, la boca y la nuca, así como el perfilar las cejas, para que el óvalo de la cara se perfeccione.

— ¿Algo más que pueda decirnos?

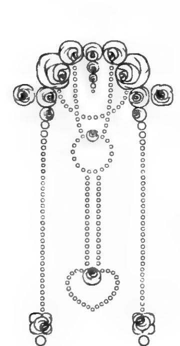
— Nada por ahora, pero estoy a las órdenes de ustedes para cualquier otra consulta que deseen sobre belleza femenina.

— Porque lo consideramos autoridad en la materia hemos venido a verlo y suponemos que los interesantes detalles que nos ha proporcionado, serán utilizados debidamente por las damas que nos lean.

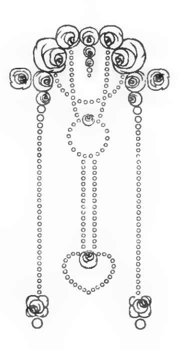
— Si lo desea, puedo ofrecerles algunos grabados que indican con mayor claridad, las consideraciones que acabo de exponerle.

— Agradecidos de antemano.

Y el señor Bonacera nos proporcionó gentilmente los tres modelos que reproducimos. En el de abajo, puede verse el efecto de un adorno pesado; en los otros dos, prima la sencillez, dando una sensación clara y agradable de juvenil belleza.







Este modelo no está en absoluto desechado, pero no es el que debe preferirse.
Tiene adornos pesados, hoy poco preferidos pues el macizo del peinado relega a un segundo término la belleza del rostro.



L'enfant gâté

Caricatura de
Luis Bello



La madera, el marfil, las piedras preciosas, el bronce y la plata y el oro se han usado desde los tiempos más remotos en la construcción y decorado de los muebles. La clase de muebles requeridos para el mobiliario ha variado de acuerdo con los cambios en las maneras y costumbres de los pueblos como también con la variedad del material al alcance del obrero en los diversos climas y países del mundo. De los verdaderas mobiliarios antiguos sólo quedan ahora muy pocos ejemplares, debiéndose ello en parte principalísima a lo difícil de su conservación a través del tiempo, y a que, apesar del esplendor de Egipto; del gusto refinado de Grecia, y de la fastuosa vida en la Roma milenaria, el número de los muebles usados era muy limitado.

La silla, el sofá, la mesa y la cama formaron el mobiliario completo de entonces, a pesar del grado de civilización alcanzado, hasta que terminó en Europa el periodo llamado de la edad media.

Los Egipcios usaron muebles de madera tallada y dorada, cubiertos con espléndidos textiles, con patas imitando las de los animales; ellos empleaban cajones y cofres para guardar sus ropas.

El lecho de Salomón era de cedro del Libano. Los amueblados griegos eran de forma oriental; la más suntuosa variedad era de bronce, incrustados con oro y plata. Los romanos empleaban trabajadores y artistas griegos y tomaron por modelo los muebles de éstos, especialmente para las sillas y sofaes. Las mesas romanas eran de magníficos mármoles o maderas rarísimas. En las postrimerías del imperio en Roma y después en Constantinopla, el oro y la plata se usaron con profusión en los amueblados; por esos tiempos fué tanta la abundancia de esos metales que con ellos se hacían hasta los utensilios de uso doméstico y de cocina.

En los tronos bizantinos y romanos fué donde los artistas medioevales se inspiraron para idear sus muebles. La mayoria de los muebles medioevales: cajones, asientos, bandejas, etc., de manufactura italiana estaban ricamente pintados y dorados.



Canapé, Butacas y Artesonado (Petit Trianon)



El "Escritorio del Rey" fabricado para Luis XV, ahora existente en el Louvre

Luego el Renacimiento hizo sentir su infuencia en la construcción del mobiliario. En Florencia, Roma, Venecia, Milán y otras capitales de Italia, suntuosos muebles fueron construídos por orden de los príncipes nativos. Durante el primer período del Renacimiento se usó en los muebles de lujo el ágata, lapis lazuli, marfil y otras piedras, así como el tallado y el dorado y la marquetería. Para las figuras del tallado los artistas se inspiraron en la mitología clásica, en las estaciones y en los meses, así como también en las virtudes teologales y cardinales.

El siglo 18 fué el periodo más brillante para la construcción de muebles.

Durante las tres cuartas partes del período entre la ascensión de Jaime I de Inglaterra y la de la reina Anna, los muebles se distinguieron por su construcción maciza y sólida. Sin embargo, durante el reinado de Jaime II se llegó a los estilos más artísticos y elegantes conocidos en Inglaterra. Casi una generación antes, Boulle en Francia, trabaja el espléndido método de inscrustación, que aunque no inventado por él está muy asociado a su nombre. El estilo "Queen Anne" y el que imperó durante el reinado de Jorge I es reconocido encantador. La regencia y los reinados de Luis XV y XVI en Francia formó el período del más grande esplendor artístico.

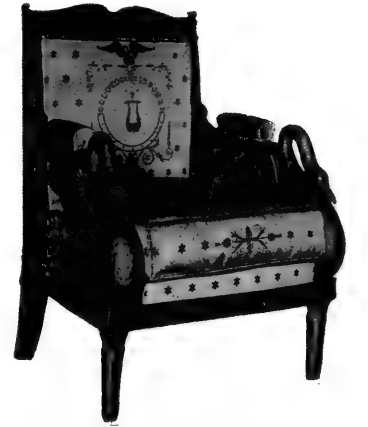
Los estilos franceses de este siglo, que empezaron con excesiva extravagancia terminaron antes de la revolución con detalles tan perfectos y elegantes, que es quizá, lo mejor que se ha hecho en muebles. En los trabajos de Riescner, David Röntegen, Gouthiere, Oeben y Rousseau de la Rottière, los grandes artistas de la época que luego Napoleón desdeñó, tenemos el mayor exponente de este arte. La marquetería aunque no siempre bella, fué ejecutada con extraordinaria delicadeza y perfección.

El Directorio y la Revolución que instauró la República en Francia marcan dos períodos de inacción en la búsqueda de la belleza estética; por eso los muebles que se construyeron entonces no tuvieron luego la aceptación de los estilos clásicos que han de perdurar siempre.

Los periodos de grandeza son seguidos siempre por otros de decadencia y así fué que vino el estilo Imperio falto de gracia y de la soberbia ejecución del estilo precedente. Estilo pesado y sin inspiración fué engendrado en la tragedia para perecer entre el desastre; sin embargo, es un estilo interesante por la razón de las raices clásicas de las cuales deriva.

Hasta mediados del siglo XVIII el único fabricante de muebles que consiguió reputación personal para que su nombre perdurara, fué André Charles Boulle: empezando con ese período Francia e Inglaterra produjeron muchos hombres de renombre en esta rama del arte.

Con Chippendale nació la brillante escuela de los muebles ingleses; en la cual sobresalen los nombres de Shcraton, Heppelwhite, Shacarer y los Adams. Pero si el arte de ellos fué bueno, por desgracia duró poco, ya que en el siglo XIX no habían podido ser sustituidos por otros de su misma talla.



Silla poltrona (Hôtel de Beauharnais)

- LA CAMARGO -



En los libros del amenísimo Arsenio Houssaye y en la interesante "Correspondencia" de Diderot con Grimm hallamos abundantes noticias relativas a María Ana Camargo, la bailarina más célebre de la Gran Opera, de París, en el siglo XVIII.

Aunque nacida en Bruselas, por las venas de la Camargo corría sangre española, y la pequeñez de sus manos, la finura de sus torsos y la brevedad de sus pies, decían claramente la distinción de su raza, familia noble que había dado a la Iglesia arzobispos y cardenales. En los varios retratos que de ella hizo Nicolás Lancret, el único pintor que ha rivalizado con Watteau en frivolidad y elegenacia, la Camargo aparece en la plenitud deslumbradora de su gracia.

En el óvalo nacarino, ligeramente carnoso, del rostro, los grandes ojos italianos llameaban tempestuosos y alegres; tenía la nariz respingueña y corta, voluntarioso el mento, la boquirrita breve y roja, como la herida de un florete; alrededor de la nieve de su frente sajona, los cabellos latinos, encrespados y negrísimos, tejían un marco de ébano. Y luego, su cuerpo, admirable escultura, trepidante y flexible, donde se unían a las redondeces blanquísimas de Rubens, las impacientes nerviosidades goyescas.

Enamorada del apuesto conde de Melun, María Ana huyó de su casa, a los diez y ocho años, una noche, llena de perfumes y de estrellas, del mes de Mayo de 1728.

A partir de aquel momento, su vida fué un vértigo de oro y de glorias, una disipación sin freno, un perpetuo festín. Sus ruidosos éxitos de bailarina restaban gravedad a sus extravíos; el reflexivo "Mercurio de Francia" elogió su arte muchas veces; los poetas más notables de su época festejaron su belleza, y si algunos satirizaron sus locuras, lo hicieron suavemente; el mismo Voltaire, en el apogeo entonces de su autoridad y de su gloria, compuso en honor de María Ana y de Mademoiselle Sallé estos versos famosos:

Ah! Camargo que vous êtes brillante!
Mais que Sallé, grands dieux, est ravisante!
Que vos pas sont légers, que les siens sont dansants!
Elle est inimitable, et vous êtes nouvelles!
Les Nymphes sautent comme vous,
et les Graces dansent comme elle.

La Camargo, frívola, interesada, caprichosa, perversa, enamorada siempre de la belleza de la distinción y del dinero, es dentro de la sociedad, galante y artista, que formaron las fastuosidades del Rey-Sol y de Luis XV, su hijo, como un símbolo de carne rosa.

Fué aquel un período admirable de desafíos a primera sangre y de madrigales. Los lacayos gozaban de la confianza de sus señores, y en el gabinete de las damas principales los abates componían versos; en los bailes palatinos, las marquesas, utilizando los trenzados ceremoniosos del minué, se dejaban oprimir los dedos. Había, para todos los errores una inagotable tolerancia; el bizarro marqués de Firmarcon se escapaba por las noches, disfrazado de mujer, de la cárcel, adonde le llevó un sucio asunto de intereses, para ir a los bastidores de la Opera; otro noble remitía a la bailarina señorita Pélissier 20.000 francos en un billetito, donde le declaraba su amor, y el mismo venerable cardenal de Fleury, sonreía bonachón y se encogía de hombros ante las lamentaciones del modesto burgués que iba a pedirle justicia contra el raptor de su hija...

María Ana Camargo usó largamente de aquella libertad de costumbres. A su amor estuvieron ligadas las figuras más ilustres; el conde de Clermont, rico como un príncipe oriental; el valiente Marteille, muerto en el campo de batalla; el marqués de Lourdis, pendenciero y libertino; y vió a sus pies a Vitry, a quien llamaban el "hermoso pastor", y al caballero de Rieux, de belleza apolina, y al brillante duque de Richelieu, seductor irresistible, cuyos tacones colorados habían pasado por todos los boudoirs nobles de la Corte, y conoció también al veterano Gruer y al músico Royer, ante quienes, una noche de locura, ella y otras dos célebres bellezas de la Opera representaron el "Juicio de París".

El tiempo, entre tanto, continuaba su obra desvatadora; pasaron los años, muchos, cerca de cuarenta, y una mañana la Camargo lloró ante el espejo viendo que sus mejillas habían perdido su frescura, que sus ojos no tenían brillo y que eran grises sus cabellos. Entonces, majestuosa y triste, como una reina que abdica, pidió su retiro, que Luis XV le otorgó con una pensión vitalicia de 1.500 libras. Abandonada por sus adoradores, y olvidada del público, María Ana se refugió en su hotel de la calle de San Honorato, donde vivió varios años entregada a sus cacatúas, a sus perros y a sus gatos; aquellos serían sus últimos amantes, los más felices.

Y ya la Camargo era muy viejecita, ya parecía que todo a su alrededor había concluído, cuando el buen dios Azar vino a consolarla permitiéndola dar al mundo un adiós romántico, de inmensa ternura, que fué como violeta humilde entre el manojo de calientes claveles de su vida.

Cierta tarde, la antigua bailarina recibió la visita de un señor anciano que dijo llamarse Mateo Breuil. Frisaba en los sesenta años, vestía de negro y era hombre enjuto de carnes y de ademanes ceremoniosos y pausados. En su semblante, cruelmente arrugado por las emociones, había tristeza y dulzura.

Al ver a María Ana, que le observaba atenta, el desconocido se inclinó respetuoso.

—Ya sé, señorita — dijo — que mi nombre no despierta en usted ningún recuerdo.

—En efecto...

—No me extraña: Yo nunca he sido presentado a usted; no me he atrevido a tanto; sus ojos, sus grandes ojos, que un tiempo fueron alegría de Francia, me hubiesen anonadado...

Muy sorprendida, la Camargo repuso:

—¿Y bien? No comprendo...

El señor Breuil continuó:

—Usted estaba muy lejos de mí, porque volaba muy alto; los hombres más ricos, los más célebres, los más nobles, solicitaban su amor, y yo, que lloraba por usted desde mi plebeyo asiento de "paraíso" era pobre y vulgar. ¿Cómo alcanzarla?... Pero los años han pasado, y con ellos los brillantes cortejadores que usted tuvo se fueron; ahora se halla usted sola, y por lo mismo, tal vez, un poco triste. Y yo María Ana, que la quiero a usted con un amor inextinguible, que se impone a la fealdad y a la vejez, yo, que he conquistado una fortuna y permanezco soltero porque de todas las mujeres que he conocido me separaba la imagen de usted y la seguridad de que algún día seríamos el uno del otro, vengo a ofrecerla a usted mi libertad. Nos casaremos, si usted quiere. Mi mano es esta...

Hablando así, el señor Breuil, los ojos arrasados en lágrimas, se había hincado de rodillas. La escena era demasiado tierna para no interesar al corazón artista de la Camargo, y sus manos trémulas estrecharon cordialmente las viejas manos de su adorador.

—No — dijo, — casados, no; ¿para qué? La edad de las pasiones está ya lejos. Seremos amigos, nada más que amigos...

Y el señor Breuil repuso.

—Lo que usted quiera.

Todas las noches se reunían, y charlando de sus lejanas mocedades pasaron horas muy bellas. El concluyó por instalarse en el piso segundo del hotel de María Ana. Nunca salían a la calle. Por las noches rezaban, jugaban al ajedrez, leían novelas y componían música. Y era dulce, con dulzura inexpresable, el ocaso de aquellos dos ancianitos que ante la proximidad de la Nada juntaban la nieve de sus cabezas.

Murió María Ana Camargo el día 29 de Abril de 1770, y su cuerpo, vestido de blanco, reposa en la iglesia de San Roque. Cerró sus ojos el señor Breuil, el único de sus amados que no conoció la miel de sus besos.

Eduardo Zamacois.



Señora Dolores Picardi de Caprile

De brillante posición social, con un nombre que es representación elocuente, de cultura y virtudes, la señora Picardi de Caprile es una altá expresión de bondad y distinción en un hogar que atrae todas las simpatías. — Una ascendencia ilustre puede obstentar orgullosa la dama cuyo retrato engalana hoy esta página.— Y a través del tiempo los prestigios del apellido se han conservado y acentúado para llegar a la dignísima matrona que hoy es, de ese blasón de honorabilidad, celosa guardadora.



Doña Nicolasa Anaya de Donado

Las familias patricias



Constituyente D. Carlos Anaya

Casa fundada por Don Carlos Anaya



Carlota Donado y Anaya

ENTRE los patriotas que se han destacado como figuras históricas de la patria, durante el tiempo en que el proceso de nuestra nacionalidad en formación, imponía el uso de todas las cívicas energías al servicio de la causa oriental, merece figurar en primera línea, por sus condiciones invalorables de recto ciudadano y denodado patriota, que dió a la República todas las fuerzas de su brazo y todo el heroísmo de su condición noble y caballeresca, don Carlos Anaya, fundador de una familia respetable y prestigiosa, que goza de verdadero respeto y simpatía en nuestra sociedad.

Surgió don Carlos Anaya a la vida pública, cuando aún lo que había de ser más tarde República Oriental del Uruguay, no era más que una tierra disputada por poderíos extranjeros; cuando no bastaban los esfuerzos de un denodado grupo de bravos luchadores, para imponer un derecho de sangre y de justicia, sobre una razón de fuerza; cuando nuestra nacionalidad era aún una nebulosa, que habían de convertir en imperecedera claridad, los vehementes deseos de don José Gervasio Artigas y de sus compañeros de armas. Fué durante esa lucha larga y llena de sacrificios que precedió a nuestra independencia, cuando don Carlos Anaya comenzó a figurar en diversos cargos públicos hasta culminar su actuación siendo uno de los constituyentes que en 1830 consagraron con su juramento nuestra magna carta nacional.

En el año 1804, nació su primera hija doña Tiburcia Cristina Anaya; en 1807 la segunda que se llamó María Josefa y en 1809 la tercera, bautizada con el nombre de Nicolasa Catalina, la cual casóse con el Teniente Coronel Esteban Donado, que tuvo lucida actuación en la batalla de Ituzaingó.

El señor Anaya, cuya figuración en la vida política del Uruguay es intensa y múltiple, fué de aquellos ciudadanos a quienes la patria está agradecida, porque supieron poner al servicio de una causa noble y santa todas sus viriles energías y toda la grandeza de un corazón y un cerebro que miraban como bien propio, el bien de la tierra en que habían nacido.

He aquí, además, una somera relación de los destinos desempeñados por el citado patriota, cuyo apellido es aún blasón de aquella caballerosidad de que hacían gala los nobles y heroicos paladines:





María Anaya, hija de Carlos Anaya



Tiburcia Anaya, hija de Carlos Anaya

Año 1811. Ayudante Mayor en servicio activo, durante el asedio de esta plaza, a la inmediata orden del General don José Gervasio Artigas.

Año 1814. Alcalde principal del Cuartel de Extramuros de Miguelete y Pantanoso por el Gobierno de la República Argentina.

Año 1815. Capitán Comandante de la 1.ª Compañía del 2.° Piquete de milicias a caballo de extramuros, al mando del coronel don Manuel Artigas.

Año 1815. Diputado elector por extramuros para la creación del Cabildo de Gobierno de 1816, en la Provincia Oriental, cuyo diploma figura en el Archivo General de la Nación.

Año 1825. Comisario General de Guerra nombrado por el Gobierno Provisorio de la Provincia Oriental y Administrador General de Rentas y Tesorero General Interno de la Provincia.

En el mismo año fué, además, representante en la 1.ª Legislatura Provincial por el departamento de Maldonado, para declarar su independencia del entonces Imperio del Brasil; su incorporación a la Argentina; nombramiento de Gobernador y Capitán General y legisladores.

Año 1826. Ministro Secretario de Gobierno y Hacienda, y Gobernador Sustituto de la Provincia Oriental.

Año 1827. Juez de 1.ª Instancia de los departamentos de Maldonado y Cerro Largo para la nueva organización de justicia.

Año 1828. Ministro de la Cámara de Apelaciones de la Provincia Oriental y Comisario General de Guerra del Estado Oriental del Uruguay.

Año 1830. Miembro de la Asamblea Constituyente.

Además el señor Anaya, fué honrado con varias comisiones importantes de servicio público, por los distintos gobiernos que rigieron la patria en vida de este preclaro ciudadano que prestó tan invalorables servicios a la nación, durante ese lapso de tiempo.

He aquí porque, ante muy atendibles razones de justicia, nos complacemos en dejar constancia de los méritos de este ciudadano, cuyo recuerdo será imborrable en los anales de nuestra democracia. Los retratos que integran esta página, nos han sido cedidos gentilmente por su actual poseedora la señora Magdalena Donado de Anaya.

Pláticas



ES necesario que el espíritu del niño despierte en un ambiente alegre, a la vez que saludable. Poniendo un poco de atención y de buena voluntad en ello, conseguiremos que sus primeros años — libres aun de las preocupaciones, luchas y vicisitudes de la vida — transcurran plácidamente.

Las madres no deben preocuparse solamente de atender el desenvolvimiento físico del niño, es deber imperioso de toda madre poner lo mejor de su voluntad en el cultivo espiritual del hijo.

Un ambiente de sana alegría ayuda a modelar el carácter. Para conseguir esto, es necesario que el niño no tropiece con obstáculos que impidan las expansiones de sus sueños ingenuos, que son el mejor reactivo de las gravedades del espíritu.

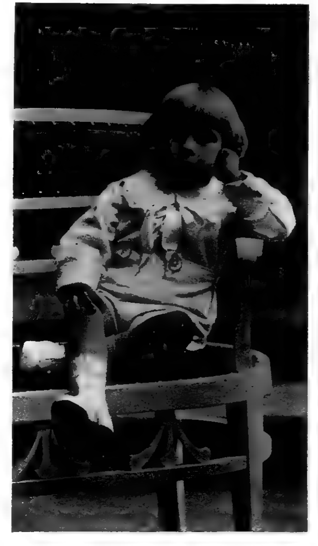
El decorado de la habitación del niño contribuye a su alegría. Debe procurar toda madre que el dormitorio de su hijo, además de la higiene y confort indispensables, reuna condiciones de belleza y alegría que estén en armonía con su espíritu infantil.

Supongámonos observando la habitación desde el cortinón que ha de separar el dormitorio y baño del niño; este cortinón ha de ser de un fondo claro en el cual se destaque la silueta simpática y amiga de Caperucita Roja corriendo tras de la tentadora mariposa... En el muro de la derecha el lavabo y dos sillones construidos en la pared, y en el de la izquierda un roperito y un armario para los juguetes; las puertas de los muebles han de abrirse para los lados, quedando escondidas en los muros, de esta manera le quedará al niño gran espacio para jugar y divertirse a su antojo.

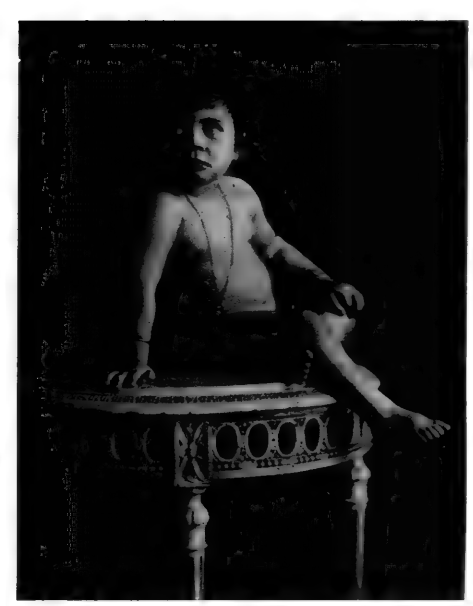
El empapelado ha de estar hecho con motivos de la Caperucita Roja, llevando un friso en maderas incrustadas; en los mismos motivos han de verse las cretonas para los cortinados, sillones, cama, etc.

Al fondo de la habitación y delante de la vidriera — que dará al jardín — se verá un pupitre con asientos para la institutriz y el niño, donde éste podrá dar sus lecciones.





Elzear De Camillé Giuffra



Marruca Mac-Coll Ferreiro





Fany Valdez García



Armando D. Mathurin

El resto de la habitación irá decorado con motivos de conejos, muñecos, perros, etc., es decir, con figuras que sean agradables y puedan gustar a los pequeños.

Estos detalles resultan ridículos para las personas graves, excesivamente serias, que creen hallar en las aventuras fantásticas motivo de excitación para la imaginación de las criaturas; y que se les antoja que ha de producirles sensación de miedo en vez de divertir alegremente su ánimo.

Mucho, muchísimo se ha llegado a discutir sobre la moral de los cuentos de hadas, y son muchas las personas que se inclinan hacia la opinión de que esas narraciones imaginativas debieran ser desterradas de la pedagogía moderna, siendo sustituídas por cuentos de argumento fácil y sencillo a la vez que instructivos.

Ese es un error grandísimo. Los cuentos de hadas despiertan la fantasía de los niños, avivando su imaginación, excitando su curiosidad. Esos relatos de vida campesina, su belleza, su poética descripción, cumplen con el sabio consejo de "instruir deleitando", y pocos son los cuentos útiles y agradables que diviertan a los niños con la ilusión de otros ambientes, de otras épocas, de otros lugares...

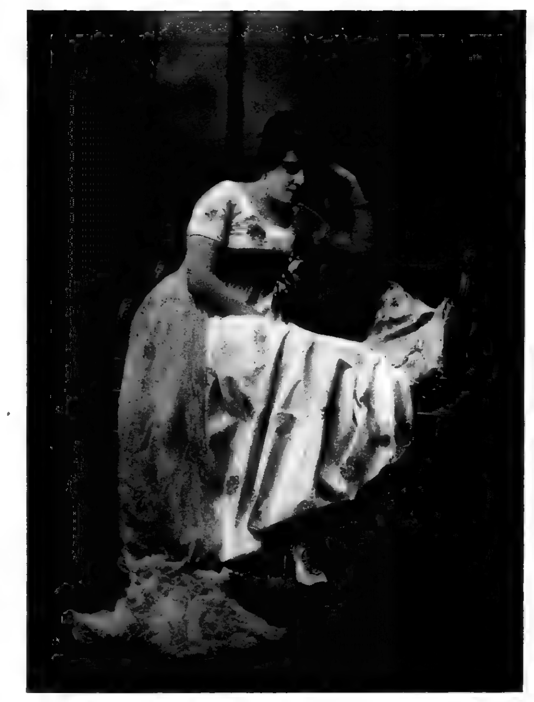
Las facultades intelectuales del niño se animan y se robustecen con ese deleite instructivo que se le proporciona.

Así se hará del niño una alegría latente que cante sin llorar y que ponga en su vida floreciente un aire pleno de poesía y de ensueño. Y así también se despertará su gusto artístico al despertarse su espíritu sutil y refinado, y un día llegará en que el niño ha de seleccionar con raro tino las estampas de Hogard y de Rops.

Los niños necesitan tantos juguetes como libros, tantas distracciones como estudios; todo lo que amplifique su imaginación a la vez que le encante. La decoración de sus dormitorios, evocadora de pasajes bellísimos de cuentos de Perrault, de Grim, de Andersen, hablarán a los niños de moral, de arte, de obediencia, de bondades infinitas. Y por costumbre del corazón llegarán a querer intensamente a Caperucita, Pulgarcillo, la Bella Durmiente, igual que al "patito feo" que Andersen quisiera tanto...

La Abuelita.

Teatralerías



Señora Camila Quiroga, notable actriz argentina que debutará en breve en el Urquiza.

CUANDO se escriba la historia del teatro en el Uruguay, el nombre de los Crodara llenará toda una época. Con ellos, realmente, surge en nuestro país el verdadero teatro, el verdadero ambiente teatral. Antes de actuar tan activos y conocidos empresarios, existían, es cierto, tres salas de espectáculos en Montevideo, pero teniendo una (Solís) el carácter solemne de teatro oficial, y las otras dos adoleciendo de muy incompetentes administraciones, resultaba que las compañías llegaban a Montevideo sin estar en plenos antecedentes de lo que era nuestra capital como plaza teatral.

Los Crodara dieron a estas prácticas verdaderamente coloniales un vuelco bien manifiesto, haciendo del antiguo Politeama un verdadero baluarte.

Allí comenzaron los conocidos y estimados empresarios a desarrollar sus actividades fecundas las que proporcionaron a la población de Montevideo tan gratos momentos de esparcimiento al presentarle conjuntos artísticos de primer orden.

Con los Crodara al frente del Politeama se inició en Montevideo ese desfile ininterrumpido de celebridades en el mundo teatral. Y puede decirse que a ellos se debe el que hayamos tenido el placer inmenso de ver y aplaudir a los colosos de la escena universal ya sea en el teatro lírico y dramático, a los cuales se pueden agregar las estrellas de primera magnitud en los géneros inferiores: zarzuela, opereta, teatro cómico, variedades, etc.

Todos los grandes maestros de la escena dramática fueron conocidos del público montevideano, y fué entonces cuando se anotaron aquellas brillantes veladas de arte, en un ambiente modestísimo (el Politeama) que se ennoblecía al ser dignificado por el genio.

¿Quién no guarda para aquel teatro, cuyo aspecto era bien precario por cierto, una inmensa gratitud?

Al cabo de los años, erigidos ya los Crodara en verdaderos espíritus tutelares del desarrollo teatral en Montevideo, ansiaron mejor campo de acción para sus empresas.

Y surgió el Urquiza, el modernísimo teatro, amplio, cómodo, donde el espectador, cualquiera que sea su localidad, puede contemplar el espectáculo sin violencia.

Para la solemne inaguración de tan importante coliseo, los Crodara trajeron expresamente a la eminente trágica Sarah Bernhardt. Recuerdo aún, con emoción, aquella noche triunfal. "La Sorciere", el intenso drama de Sardou, mago de la escena, fué la obra elegida. Y al evocar el ambiente aristocrático de la sala, evoco así mismo la figura hierática, clásica, impresionante, admirable de la "divina Sarah" declamando su defensa ante el tribunal sagrado, vibrando de pasión y de dolor. Noche triunfal en la que quedó altamente consagrado el coliseo de la calle Andes. Desde aquella velada inolvidable, por ese escenario han desfilado infinidad de genios artísticos. Y hoy ya tiene el Teatro Urquiza una gloriosa tradición.

Infatigables los Crodara en sus iniciativas de carácter teatral, años después iniciaron la construcción de otro teatro: el 18 de Julio, contando en esta empresa con la colaboración valiosísima del caballero don Luis Barbagelata.

Con este teatro, ideal para comedia y género chico, Montevideo contó con otro coliseo tan hermoso como bien ubicado, y que ya tiene, también, su muy recomendable historia artística.

Si no tuvieran los Crodara otros merecimientos a la admiración y al respeto por su labor progresista e infatigable (méritos que tienen, indiscutiblemente) siempre les señalaría al aplauso y al reconocimiento generales, el hecho de haber donado a Montevideo, con su esfuerzo perseverante, con tres teatros de primera categoría.

Obra de progreso y obra de cultura que ha colocado a sus respetables ejecutantes en la más elevada y más justiciera consideración de todos. Es una gloria conquistada en buena lid, que soy el primero en reconocer, pensando que en el futuro el nombre de los Crodara tendrá que ser evocado siempre con unánimes elogios y homenajes.

* * *

Dentro de unos días debutará en el Urquiza la compañía dramática argentina Quiroga - Rossich. Señalo este debut como un verdadero acontecimiento. La señora Camila Quiroga es hoy la artista dramática argentina de más relieve, de más temperamento, con un caudal de ilustración y de intuición que la coloca por sobre todas las demás intérpretes que actúan en los escenarios de Buenos Aires.

Cuando esta talentosa actriz trabajó en Montevideo en compañía del primer actor José Gómez, ya le auguré una rápida y gloriosa imposición en la escena dramática.

Hoy ha culminado y el público de la vecina capital tiene por ella verdadero y lógico apasionamiento.

Es la Quiroga una artista sensitiva; es de las intérpretes que se identifican sin violencia con los personajes que encarnan y les prestan los invalorables elementos de pasión y de verdad de que han menester los roles para llegar con toda pujanza de humanidad hasta el público.

Gentilísima en escena, es elegante, hermosa, no tiene ningún rozamiento de la incultura que ha sido común en las artistas rioplatenses y sabe moverse con naturalidad en un salón de teatro como en un salón de verdad, que su distinción y saber así se lo permiten ampliamente.

No vacilo en elevar a esta artista no sólo por sobre todas las que en Buenos Aires se dedican a interpretar obras locales, sino también por sobre algunas actrices extranjeras que nos han visitado con aureolas de celebridad.

Las pocas funciones que dará en el Teatro Urquiza la compañía Quiroga - Rossich pueden pues considerarse como verdaderas noches de arte. No dudo en calificarlas así porque el conjunto es el más completo, el más sobresaliente que se ha formado hasta ahora en la vecina orilla.

El primer actor señor Salvador Rosich es también la personalidad artística teatral de mayor relieve que tienen los argentinos en el elemento masculino.

Correctísimo, ap... sionado por una escuela moderna, ... olvidar la naturalidad, con... también a "la línea" mucha p... el éxito, Rosich es un inté... notable. No es casi conoci... Montevideo, pero estoy segu... causar verdadera admi... le pueda apreciar

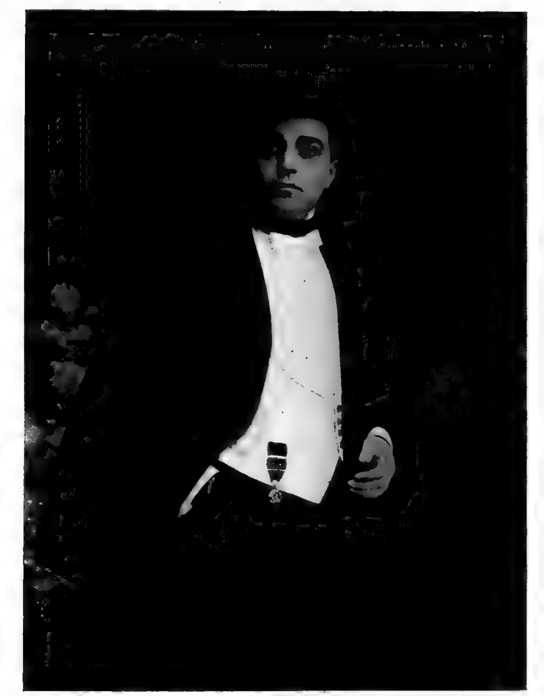
Es indudable ... Quiroga - Rosich es la que puede ofrecer más amplias garantías de interpretación a los autores.

Después de actuar aquí, marchará a Buenos Aires para ocupar el escenario del Teatro Moderno, en el cual realizarán la campaña artística más notable que se haya visto en la vecina orilla.

Para ello están esas dos grandes figuras hermanadas (Quiroga - Rosich) y a su alrededor lo más sobresaliente que tiene la escena argentina, amén de un repertorio muy seleccionado.

Hay que aplaudir esta iniciativa y tales propósitos, porque ellos van encaminados a dignificar el ambiente y la producción teatral rioplatense la cual de muy buen saneamiento ha menester.

Don Melitón



Señor Salvador Rosich, uno de los más talentosos artistas argentinos.



Doña Dolores Illa de Fernández de Echenique

SELECTA

Esta matrona integró una de las familias más representativas de su época. Con amplitud de espíritu y alta distinción, mantuvo incólume la respetabilidad de su casa, atrayéndose la consideración y el más grande aprecio de todos los que la trataron. Con energía y cultura labró un blasón de honorabilidad que hoy sus descendientes ostentan con legítimo orgullo y mantienen en todo su esplendor. Fué una



Doña Dolores Illa de Fernández de Echenique

Esta matrona integró una de las familias más representativas de su época. Con amplitud de espíritu y alta distinción, mantuvo incólume la respetabilidad de su casa, atrayéndose la consideración y el más grande aprecio de todos los que la trataron. Con energía y cultura labró un blasón de honorabilidad que hoy sus descendientes ostentan con legítimo orgu-

GUIA PROFESIONAL

MÉDICOS

Dr. Francisco Soca — San José 822

Dr. Luis Mondino — Uruguay 936

Dr. Alberto Mané — Paysandú 830

Dr. Juan C. Dighiero — Mercedes 922

Dr. Federico Garzón — Millán 374

Dr. Albérico Isola — Uruguay 967

Dr. Julián Alvarez Cortes — 8 de Octubre 218

Dr. Elvio Martínez Pueta — Ada. Gral. Rondeau, 1512

Dr. Constancio Castells — 18 de Julio 1998

Dr. Arturo Alvarez Mouliá — 25 de Mayo, 269.

ABOGADOS

Dr. Claudio Williman — Av. Brasil y Ellauri

Dr. Carlos Martínez Vigil — Zabala 1426

Dr. Blas Vidal — Rincón 442

Dr. Luis A. de Herrera — Colón 1308

Dr. Germán Roosen — 25 de Mayo 428

Dr. Agustín Cardoso — Treinta y Tres 1405

Dr. Alberto A. Márquez — Cerrito 455

Dr. Pablo Zufriategui (hijo) — Uruguay 780

MÉDICO VETERINARIO

Dr. Antonio De Boní — Chucarro 74 (Pocitos)

DENTISTA

Artigas Mier Odizzio — Reducto 2491

MASAJISTA

Carlos Siemers — Convención 1234

ARQUITECTOS

Arteaga y Lasala — Alzaibar 1313

ESCRIBANO

Mario Henón — Rincón 472

REMATADOR

Antonio Zorrilla — Misiones 1364





AÑO I — NÚM. 11

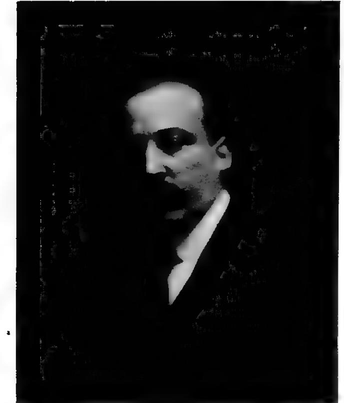
MONTEVIDEO, MARZO DE 1918.

OFICINAS: CIUDADELA, 1387.

Selecta

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZON


Busto del Doctor José Pedro Ramírez
Ejecutado por el distinguido escultor uruguayo señor Pablo Mañé


Pablo Mañé

NO es la primera vez que estas páginas se honran reproduciendo trabajos del talentoso artista compatriota, señor Pablo Mañé. En otra oportunidad tuvimos el placer de ocuparnos de tan distinguido escultor y ya en aquella fecha expusimos nuestra opinión entusiasta.

Ahora se nos brinda una nueva oportunidad de hablar de este uruguayo que en París ha honrado a su patria, poniendo en contribución todas sus actividades de estudioso y toda su amplia aptitud de creador.

El señor Mañé ha regresado de la gran capital de Francia, después de haber permanecido bastante tiempo en aquellos ambientes donde tanto puede observar y estudiar un artista. Trae consigo algunos trabajos y son ellos sencillamente admirables.

Se trata de tres bustos; tres próceres uruguayos, uno de los cuales reproducimos en esta página. Es un magnífico mármol que ha de perpetuar la efigie del doctor José Pedro Ramírez.

Hemos visto el mármol. No solamente ha puesto en él el artista toda la asombrosa verdad de un parecido exacto, sino que el cincel ha dado a la piedra suavidades tan hermosas, que se diría por momentos que se anima y cobra calor de vida.

La amplia frente que se erguía como una atalaya; el ceño contraído por el esfuerzo del pensamiento constante, hondo y noble; la barba patriarcal dando al rostro como un marco de respetabilidad,; todos los detalles, en fin, acusan un estudio soberbio realizado por el señor Mañé, al extremo que, como decimos antes, el mármol adquiere energías de vida y es la venerable cabeza del doctor Ramírez con toda su majestad patricia la que se contempla con admiración hacia el artista y con respeto a la memoria del ilustre compatriota.

La labor del señor Mañé tiene toda la energía que se constata sólo en los maestros y al expresar esta opinión lo hacemos con íntimo agrado porque se trata de aclamar el triunfo de un uruguayo, triunfo que ha tenido su consagración inicial en París y ha de culminar en Montevideo.

Nuestros plácemes más efusivos al distinguido escultor y nuestros augurios más absolutos respecto de sus futuros y cada vez más ruidosos triunfos.

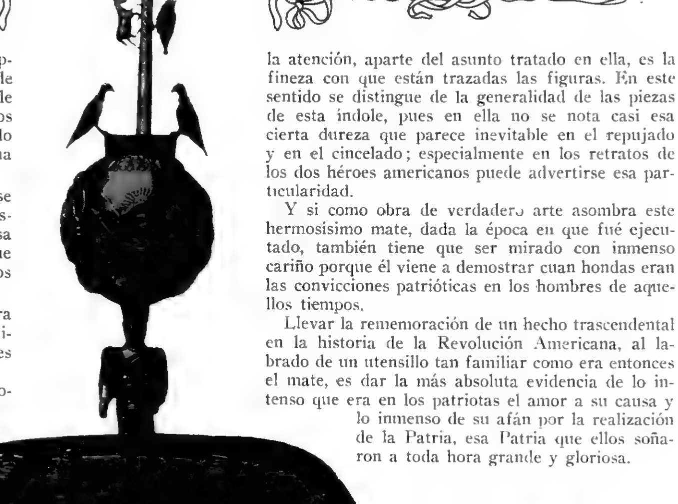
El mate de Chacabuco

El hábito, común en las épocas pasadas, de adaptar como temas decorativos en el ornato de objetos de uso común, la representación de hechos históricos, ha dado lugar a que esos objetos tengan hoy el doble interés del episodio rememorado y del objeto en sí como expresión artística de una época.

Uno de los más estimables ejemplares desde ese doble punto de vista, es el soberbio mate que nuestros grabados reproducen, perteneciente a la valiosa colección de joyas, cuadros y objetos de arte que posee el señor Gregorio F. Rodríguez, en Buenos Aires.

La hermosa pieza es una verdadera obra maestra de la orfebrería colonial. Su peso es de cuatro kilogramos, siendo plata y oro los únicos materiales en ella empleados.

Fué hecha en Chile en 1832, perteneciendo al coronel chileno don José Paciente de la Sotta, primer edecán del Presidente Pinto en 1828.



El Mate de Chacabuco, en conjunto

En el contorno del plato que sirve de base al mate aparecen sucesivamente reproducidos los principales movimientos del glorioso ejército, hasta llegar, después de recorrer los desfiladeros y librar los granaderos sus primeras cargas, al caserío de Chacabuco, donde se dió el golpe mortal al enemigo. Sobre una fortaleza almenada y con una torre en cada ángulo un gallardo granadero, sustenta el recipiente del mate, sobre el cual en gran relieve figuran las efigies de San Martín y de O'Higgins, separadas por los escudos chileno y argentino. En el borde principal o boquilla, de gruesa chapa de oro, se posan dos cóndores, también de ese metal finamente trabajados. La bombilla, por último, tiene sobre su centro un tercer cóndor y un huemel, también de oro, atributos ambos del escudo chileno.

En el interior del plato contorneando la fortaleza hay una leyenda grabada a buril, que dice: "Yo soy del coronel J. Paciente de la Sotta".

En esta obra lo que mayormente llama la atención, aparte del asunto tratado en ella, es la fineza con que están trazadas las figuras. En este sentido se distingue de la generalidad de las piezas de esta índole, pues en ella no se nota casi esa cierta dureza que parece inevitable en el repujado y en el cincelado; especialmente en los retratos de los dos héroes americanos puede advertirse esa particularidad.

Y si como obra de verdadero arte asombra este hermosísimo mate, dada la época en que fué ejecutado, también tiene que ser mirado con inmenso cariño porque él viene a demostrar cuan hondas eran las convicciones patrióticas en los hombres de aquellos tiempos.

Llevar la rememoración de un hecho trascendental en la historia de la Revolución Americana, al labrado de un utensillo tan familiar como era entonces el mate, es dar la más absoluta evidencia de lo intenso que era en los patriotas el amor a su causa y lo inmenso de su afán por la realización de la Patria, esa Patria que ellos soñaron a toda hora grande y gloriosa.

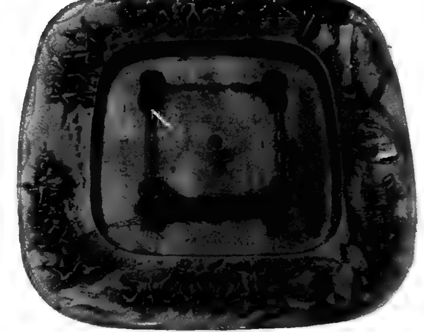
El recipiente del mate con la efigie del general San Martín y el escudo argentino, finamente cincelado



Otro aspecto del mate, presentando el busto de O' Higgins y el escudo chileno

Fué sin duda la travesía de los Andes realizada por el capitán de la Sotta, para trasladar de Mendoza a Santiago, los restos de los hermanos Carreras, que le sugirió la idea de rememorar este glorioso hecho del ejército de San Martín, cuyas jornadas observara con sus propios ojos y, deseando perpetuarlas, encomendó a hábiles manos de artífice la ejecución de tan acabada obra de repujado.

Sus diferentes fases reproducen diversas escenas del histórico hecho presentadas con fidelidad y minuciosidad de detalles.



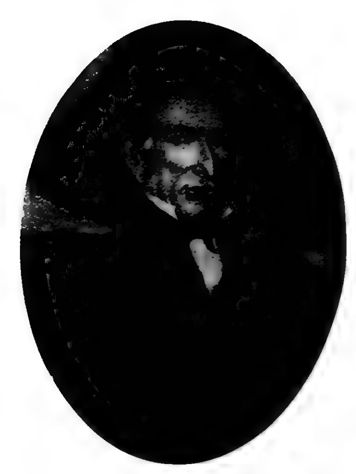
Base de la pieza histórica, propiedad del señor Gregorio F. Rodríguez, en que figuran hábilmente repujados distintos episodios del paso de los Andes. Una leyenda en el interior dice: "Yo soy del coronel J. Paciente de la Sotta"

En los minuciosos y bellos bajorelieves del plato se recuerda el famoso pasaje de los Andes, el golpe de alta estrategia militar que ideara el ilustre general don Tomás Guido y llevara a cabo con su valor y su pericia guerreros el prócer de la Independencia, general San Martín.

Indiscutiblemente es una pieza famosa que da a la colección del doctor Rodríguez una nota de subido mérito, no ya por los metales preciosos que en gran abundancia han sido empleados en ella, sino por la realización artística de los temas militares tratados en ella y por el noble carácter patriótico que tiene y que inspiró su ejecución.

: Los héroes de la : Revolución Americana





Almirante Guillermo Brown



Elizabeth Chitty de Brown

EL Almirante Brown es una de las figuras más admirables de la Independencia de Sud-América. Su gloriosa actuación ha llenado muchos volúmenes.

En esta página damos hoy una reproducción de uno de sus auténticos retratos, como asimismo otra fotografía de su esposa, la señora Elisabeth Chitty de Brown.

Para completar esta interesantísima nota histórica, nada más oportuno que dar la parte final de un casi desconocido relato del combate naval que frente a Montevideo sostuviera Brown con la flota realista, mandada por don Miguel Sierra.

...Descubrióse en la significada dirección, una vela que singlaba forzando paño hacia los buques argentinos, uniéndoseles a despecho de la calma, ya pasado el meridiano. Era la sumaca *Itatí*, comandante Miguel Ferreri, montando 10 piezas y tripulada por 94 hombres.

Esa pequeña embarcación pasó bajo los fuegos del enemigo, atribuyéndose no haber sido capturada, a la desmoralización en que iba éste, prosiguiendo su ruta sin detenerse, en vuelta del S. E., pues sólo acortaba de vela para aguardar de vez en cuando a las naves que se sotaventeaban de su convoy.

A las 2 de la tarde, el *Hércules* y *Belfast*, picaron la retaguardia realista, pero mientras esperaban la incorporación de los demás, que recién lo hacían una hora después, amainó el viento y tuvieron que hacerse remolcar por sus botes, como lo practicaba el contrario.

El poco andar y malas propiedades marineras de la *Agradable* y del *Nancy*, a pesar del esfuerzo de sus dotaciones, ya impotentes para vencer la inercia que oponían, perjudicaba los movimientos de los seis buques restantes, por lo que resolvió Brown dejarlos a la cola, y no obstante la escasez de viento, no desamparar la caza, avanzando en línea de frente, para estrechar cada vez más al enemigo, al que se le hacía fuego cuando estaba a tiro, sin que ese cambio de proyectiles pasara de ruido y echar municiones al agua, a causa de la distancia.

Mas, Brown, ganoso de que cesara una situación tan mortificante, a media tarde resolvió cambiar su insignia a la *Itatí*, que por su buena vela iba de avanzada. Acto continuo, dispuso que de su artillería sólo jugasen los dos cañones de a 18, sobre un bergantín enemigo, al que notándolo retrasado, se proponía cortar. Desventuradamente, a poco de abierto el fuego, una bala hirióle de refilón en la pierna, fracturándosela. Se hizo, pues, necesario trasbordarlo al *Hércules*, cuya cubierta rehusó dejar, no obstante la gravedad de la herida. Allí mismo le hacía la cura por primera intención su cirujano Bernardo Campbell, asistido por el del *Belfast* Francisco Ramiro y los capellanes de la escuadra, doctores Juan Andrés de Tupaj-Amaru y Martín Martínez.

A las 5 p. m. habíase suspendido el cañoneo y las escuadras se hallaban al Sud del Cerro, encalmados los barcos y lejanos unos de otros, a punto de no distinguirse las señales de la capitana que permanecían caídas en las drizas, hasta que dos horas después, refrescando del E. S. E. se proseguía la caza sobre el enemigo, que tomó la vuelta del N. sufriendo disparos intermitentes.

Serían las 10 de la noche, cuando el *Hércules*, que iba en la vanguardia, se entreveró resueltamente con la retaguardia de aquél, y pasando por entre el *Neptuno* y el *San José*, les largaba tan recias andanadas, que éste varó luego. Su conserva, mientras el *Hércules* marinaba al *San José*, forzando vela, intentaba zafarse del conflicto, pero cazado incontinenti por el *Belfast*, tuvo que rendirse sin sustentar su nombre pomposo.

No lejos de allí, sucedía otro tanto con la *Paloma*, que gobernando mal, como se ha dicho, fué a amarrarse con la quilla hacia la banda del *Céfiro*. El alférez de navío Toribio de Pasalagua, indignado por la cobardía de los que le rodean, pide a gritos no se rindieran sin hacer previamente toda resistencia compatible con el honor. Entonces, el capitán del piquete de la *Albuhera*, Mariano Maturana, que estaba a la bandera, antes de arriarla, ofuscado por el despecho, disparó un pistoletazo sobre la lancha del *Céfiro*, que atracaba a tomar posesión del buque: imprudencia que hubo de comprometer la vida de los prisioneros.

Desde la tarde, truena el cañón y aun la fusilería, con pausas alternativas, pero sin descanso, porque el combate ha revestido todas sus furias. Densa humareda de la que brotan relámpagos incesantes, extiéndese por la superficie de las aguas; los proyectiles zumban y matan, agujereando velas o haciéndolas jirones; quebrantando palos, llevándose cuerdas de las naves, que desaparecen en espesos remolinos de humo; y reanudándose el fuego después de medianoche, continúa hasta las tres de la mañana del 17, hora en que el enemigo, temeroso de percance análogo al que hiere a su capitana, perdía completamente la formación, y prevalido de las sombras, cazó escota, echando mano del arma de las liebres: la fuga, en la que buscaba su salud...

Al despuntar el alba del 17 de Mayo, risueña y apacible, se observó que los sucesos de la noche habían decidido la suerte de los combatientes, *cuando el sol y la victoria se presentaron a un tiempo en este memorable día.*

La escuadra del rey, en la que faltaban, además de las tres presas enunciadas, el *Hiena* y la *Mercedes*, enmarados ambos e ignorándose a qué regiones su pavor los impele, amaneció a barlovento y forzando lona para ganar el puerto, abrigo que Brown cazándola de cerca, trataba de impedirle.

En efecto, el *Hércules* con sus paños hinchados por el fresco soplo de la alborada, al despertar las olas, formaba en su contorno, surcos de hirviente espuma que se deshacían en seguida, y maniobrando con habilidad, consigue trabar en su azorada carrera al *Cisne*, balandra de *Castro* y goleta *María*. Capturada ésta, los primeros no tuvieron más recurso que aterrarse hacia la falda del Cerro, detrás del cual embicaron; refugiándose sus dotaciones en el castillo de la cumbre, no sin dejar siniestra mecha que los hiciera saltar por los aires, causando nuevas víctimas.

Consigna un testigo de aquella noche de estupor e indecible ansiedad, que nadie pegó sus ojos en Montevideo. ¡El sueño había huido de todos los párpados! Sólo los templos permanecieron abiertos y llenos de gente que oraba con los ministros del altar; mientras que en la ribera y el recinto, unos, en vano registraban los horizontes con el anteojo; los más, inclinado el cuerpo o en pronación, aplican atento oído al mar, y tomando por cañonazos hasta el sordo rumor del viento, creen columbrar en lontananza fantásticos despojos del combate... Pero es sepulcral el silencio del salado elemento, y manteniendo la dudosa congoja en los corazones, hace que todos apetezcan los albores del futuro día con singular sobresalto!

En efecto, apenas el sol lustró el horizonte con sus primeros reflejos, la población entera pudo contemplar a la corbeta *Mercurio*, que a todo paño volvía al puerto con más ventura que gloria. Pero en vez del bajel empavesado que se aguardaba, sus velas iban cubiertas de crespón como las naves de Teseo!

Era tal el pánico que la embargaba, que ni estando ya bajo los fuegos de la plaza, se atrevió a dar el costado al *Hércules*, que tan veloz como ella, la perseguía de cerca, disfrazado con el pabellón que matiza de amaranto y gualda.

Cuéntase que el honrado general Vigodet, quien desde las azoteas del Fuerte, presenciara con otros personajes aquel acto humillante, taciturno y ruborizado, arrojó el catalejo sin poder reprimir su indignación!

Cuando viró la capitana de los patriotas para salir del alcance de la artillería de las fortificaciones, que permanecía muda, lanzando como el sármata sus últimos disparos a la corbeta que buscaba asilo en el fondo del puerto, recién sospechó el populacho estupefacto, que aquella nave no era el trofeo que iba entrando en pos de la *Mercurio*...

A las 9 de la mañana, el *Hércules*, tomando puesto frente a la plaza, dió fondo, puede decirse, sobre la boya del enemigo. Acto continuo y con el paño apenas cargado, subía la gente a las vergas, y simultáneamente echóse arriba su lucida empavesada, sobre la que flameaba, al tope como una llamarada de gloria, la bandera patriota azul-celeste y blanca; maniobra a que siguió un inmenso relámpago que iluminó el horizonte; sus bandas aparecieron surcadas por una línea de fuego y veintiún disparos, retumbando en el vecino cerro y *cuchillas* orientales, anunciaron a los beligerantes y a los neutros, que las Provincias Unidas del Sud, habían conquistado al fin, la supremacía en las aguas!

El estampido del cañón patriota, hizo el efecto de una descarga eléctrica en aquel pueblo apiñado, que ofrecía desde a bordo un panorama harto curioso, pues servíanle de fondo las alturas de la ciudad, iluminadas todavía por las últimas tintas de la aurora.

Viviendo éste con las ilusiones del entusiasmo, y halagado su amor propio con la seguridad de un triunfo fácil, su sorpresa tradújose luego en desesperación; y en su furor febril, prorrumpía en denuestos los más hirientes contra sus autoridades, y en especial, la marina

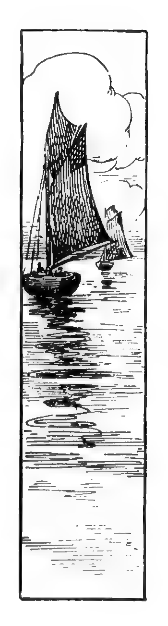
Mas, luego se develó en toda la elegancia de su gálibo, el renombrado *Hércules*, que con sus heridas no cicatrizadas aún, permanecía oculto bajo una cúpula de humo, hasta que fué saliendo de su nube, como aquellas deidades de la fábula que intervenían en los combates homéricos. Su casco poderoso, columpiándose con majestad sobre una mar gruesa y profunda, cuyas ondulaciones lamíanle sordamente, parecía desafiar los escollos y el abordaje. Puentes y sollados limpios y relucientes como el pavimento de un palacio; armas y bronces, deslumbrantes por el brillo y pulidez; simétricas troneras por las que asomaban 36 piezas de artillería prontas a vomitar la desolación y la muerte, elevados árboles con sus velas ya aferradas, engalanadas por larga y espesa cabellera de cordaje, en la que flotaban cubiertos de honor los colores de Mayo, teñidos con el azul celeste de los cielos y la nieve de las crestas andinas; tal era el conjunto que presentaba la nave en que lucía altiva la insignia de Brown. A no haber arrebatado el lauro versátil del triunfo, habría caído al abismo con la bandera desplegada, legando a su patria días de llanto y de luto, pero no de afrenta o de vergüenza!

Este saludo del cañón, celebrando la victoria, devuelto en el acto por las baterías del ejército sitiador, fué repetido en toda la escuadra igualmente engalanada, y hasta por las míseras presas que con la enseña argentina sobrepuesta a la española, festejaban también su propia derrota. . ¡Traición del destino!



Sra. Sara Hamilton de Fialho

Con exquisita arrogancia, que es suprema distinción, y con un caudal de refinada cultura, descolló la señora Hamilton de Fialho en las distintas jornadas diplomáticas en que tocóle actuar brillantemente junto a su esposo el doctor Alberto Fialho. Nuestra sociedad recuerda con verdadera simpatía a tan distinguida dama, cuya gentileza fué elevada expresión de la modalidad de la mujer uruguaya a través de las sociedades europeas donde la actuación descollante de su esposo la llevó y donde triunfó justa y ampliamente.



Silueta





Fotografía artística
por el Dr. Miguel A. Paez Formoso



Sra. Sara Hamilton de Fialho



Silueta

Un hombre perdido

Novela de Boy

El distinguido periodista señor Antonio Soto (Boy) ha obtenido un éxito indiscutible con su novela titulada «Un hombre perdido». Honrados con el envío de un ejemplar, gentileza que agradecemos al señor Soto, creemos de interés dedicarle una nota al que ha sido el acontecimiento literario en estos últimos días. A continuación va, en forma de carta, para seguir el estilo de la novela, un breve juicio crítico.

Amigo Boy:

Tiene usted en el estilo una gran fuerza de sugestión. De no ser así, raro hubiera sido el lector que se rindiera al sutil dominio de su novela romántica. Hablo por mí. No puedo sufrir los folletines. Esa emoción, dada diariamente con cuentagotas, exaspera todos mis nervios. Pero usted se apoderó de mi interés, como del interés de millares de lectores, y así éramos legión los que aguardábamos la aparición de "El Plata" para seguir afanosamente el desarrollo de una aventura amorosa.

Otro triunfo suyo es el de haber despertado la atención de las gentes con una novela romántica. Cuando la anunció el diario con esa designación, dudé de su éxito ante el público. ¿Romanticismos hoy? No son evidentemente de época. Pero también salió usted triunfante sobre esta circunstancia adversa.

Y he aquí, que hemos llegado al fin de la novela, con una multiplicación del interés y una admiración, también multiplicada, al talento novelador de usted. Se ha creado usted una dificultad al elegir para su novela la forma epistolar. Para un hábil psicólogo como es usted, la forma ofrece ventajas, pues son los espíritus de los personajes los que constantemente se encuentran delante del lector. Los gestos, las "decoraciones", que la descripción pone en las escenas, desaparecen en absoluto. Quedan las almas, debatiéndose en el marco bien reducido del estilo epistolar. Es difícil realizar de esta suerte una obra. Sin embargo, para usted no lo ha sido y el triunfo ha coronado justamente el esfuerzo.

Son almas las que usted presenta, pero tienen ellas tal fuerza de verdad, que se materializan, por decirlo así, y ante la imaginación del lector, adquieren fisonomía familiar esa deliciosamente femenina Marú, ese atormentado y casuístico Jorge y aun los personajes apenas reflejados en las epístolas: Mauricio, Robert, Yolanda.

Esa Marú es en realidad adorable. Adorable porque es intensa, ampliamente, mujer. Mujer de una línea, línea acentuadamente femenina. Diríase que a través de sus cartas se la adivina gracil, elegante, envuelta en una embriagadora aureola de perfumes. Tan realmente adorable la presenta usted a esa adorable Marú, que uno siente su seducción y también... ¿por qué no decirlo? nos colocamos en actitud de rivalidad probable ante Jorge. Leyendo al misterioso, al escrupuloso, al tímido, lo compadecemos; pero leyéndola a "ella", en el fondo de nuestro pensamiento, asoma su cabecilla diabólica un mal deseo de que Jorge no pueda ser nunca dueño absoluto de tanta poesía de mujer. ¡Vea usted si



Antonio Soto (Boy)

consigue, a despecho de todo, compenetrar al lector en el conflicto imaginado, que más parece vivido y por ende sufrido!

Su habilidad de novelista, hace que ese Jorge tan espiritual y tan retórico, no salga nunca de una penumbra que diluye su figura y que si acrece en el alma de Marú el anhelo de descubrirlo, también despierta, simultáneamente, en el lector una irrefrenable nerviosidad por saber de él, por "conocerlo", por contemplarlo de cuerpo entero. Y esta nerviosidad llega a tal punto que se transforma en despecho, cuando el misterio se cierra porfiado ante el protagonista; y entonces se experimenta el malsano deseo de que Robert le "burle la dama". Tengo la seguridad, mi estimado amigo, que este deseo mío ha sido el deseo de muchos y sobre todo... de muchas! Y en esto reside, precisamente, a mi modesto entender, el defecto único de su novela y al propio tiempo su mayor belleza. Defecto de orden secundario, en razón de que no se "lamenta" tanto como el sacrificio lo exige, ese final tristemente trágico de Jorge. Belleza primaria, dado que Jorge no abandona su anhelo de idealidad, el único que lo sabe él posible, y al que Marú — mujer, mujer y mujer — no se resigna a someterse. Buscando el símbolo, podríamos afirmar que con su novela ha querido usted demostrar una vez más y bellamente, que el amor no puede ser, entre humanos, absolutamente espiritual, y que cuando un ser de excepción se empeña en ello, cae de la más vulgar manera: atravesado por una bala y arrollado por las ruedas de un automóvil, como un pingajo, a la vera de un camino.

Mis sinceras felicitaciones por la realización tan feliz, tan noble y hermosa de su novela.

Enrique Crosa.

***

En el folletín que publicó "El Plata" dando a conocer la hermosa novela de Boy, no se incluyó la última carta. Completamos esta nota reproduciendo esa epístola que termina de una manera habilísima la celebrada novela.

Río Janeiro, Diciembre 20.

Querida Yolanda: Hoy te pongo un telegrama para decirte que no me escribas más a Río Janeiro porque pasado mañana nos embarcamos de regreso para ésa aprovechando el paso del vapor "Oriana". Cuando recibas esta carta ya estaremos de viaje ¡gracias a Dios!

No puedo más. Experimento algo así como si me faltase oxígeno en la atmósfera de esta ciudad. Nunca hubiera imaginado una desgracia tan triste. Cuando pienso cuanto hice yo por provocarla, no sé qué pensar de mí. Ni de él, que es lo peor. Porque quisiera tener por qué llorar y tampoco puedo eso. ¡Ni llorar!

Lo ví sólo un instante, como una sombra que pasa en la noche y que al pasar nos hace el efecto de una aparición maléfica.

En su última carta, una carta que recojí al día siguiente del suceso que te dije y que me dió la evidencia de la espantosa desgracia, él me decía que le bastaba con la satisfacción de saber que yo sabía lo que no hubiera querido saber nunca. ¡Ya vez si era imposible que nos encontrásemos alguna vez!

Y sin embargo, ahora siento como un vacío insuperable.

Yo lo atribuyo a los nervios y creo que pronto me olvidaré de todo. Ya sabes que desde chica siempre fuí demasiado impresionable. Papá me contaba que en casa había un gato negro y que un día tuvo que mandarlo a matar porque yo soñé que estaba rabioso y seguí soñando despierta. Hasta que llamaron al jardinero y se llevó al minino en una bolsa. Al rato sonó un disparo en el fondo del jardín.

Creo que aquel disparo y el de la otra madrugada son los dos únicos tiros que he oído en mi vida. ¡Qué espanto!

Me decía también en la carta que él era un hombre perdido porque la belleza del alma sin la arrogancia del cuerpo es cosa de sacrificio. Tendría razón. ¿Pero qué es la arrogancia del cuerpo sin la belleza del alma? Yo te digo que a pesar de lo pervertida y estragada que me encuentro, ahora pienso con verdadero hastío en nuestros amigos más lindos e interesantes. Sobre todo en Robert. Es horror lo que siento al pensar que pudiera atreverse a presentársenie.

Pero así no se puede vivir. Como te digo, yo creo que todo es nervioso y que pronto recobraré mi tranquilidad.

¡Si Mauricio fuera otro! Pero cada día me entiende menos. Figúrate que ahora, con motivo de esto que ha pasado, le ha dado por hacerse el celoso, que era lo único que le faltaba.

¿Y celos de quién? ¿Celos de un pobre diablo a quien han matado en la calle sin saberse siquiera a quien mataban? Así se lo he tenido que decir yo misma. ¡Yo!

Porque te digo que está insufrible.

En fin, no veo la hora de salir volando. Volando, sí! ¡Necesito volar! — *Marú.*

en forma extraordinaria a Madame Recamier, pero superando aún con su belleza la clásica belleza de la dama francesa, que fué diosa inspiradora de pintores y poetas.

En una de las noches líricas llamó la atención, más que nunca, la señora Carmen Seré de Varela. Se presentó ataviada con un soberbio traje color obispo y la delicada finura de su silueta fué para mis pupilas una encarnación perfecta de una marquesa de Wateau.

La señora Plácida Cibils de Pérez Butler, triunfó en las soirées de Solís al presentar su principesca elegancia, exornada con la irreprochable corrección de sus toilettes.

Una sinfonía cautivante en rojo vivo, sinfonía de encanto irresistible, fué con su traje de fuego, poema rojo, la señora María Antonieta Platero de Real de Azúa. Aureolada con los destellos de la llama que la envolvía, apareció como una espléndida visión de pintor genial.

Como un destello de astro en noche serena, méride patriótica, con la luminosidad de una diadema imperial. Cuando en momentos que se ejecutaba el Himno apareció tan distinguida dama en su palco, toda la admiración de la sala le rindió pleitesía.

La señora Sofía Platero de Idiarte Borda mantuvo todos los envidiables prestigios de su elegancia única, luciendo toilettes estupendas por su chic y su valor. Una guirnalda de flores de brillantes puso a su rostro un marco enceguecedor y digno de tanta majestad.

Y he de terminar; pero no antes de evocar respetuosamente la noble figura de una dama distinguidísima. Severamente ataviada de negro, en contraste con la nívea blancura de sus cabellos, con la fulguración de los hilos de brillantes y perlas que ciñendo su cuello caen sobre su "corsage", y con la luminosidad de los grandes brillantes que son como puntos de sol, la señora Eloísa Ibarra de Seré aparece en su palco como una innegable, como una "home" un sitio de encanto, donde el visitante encuentra esparcimiento a su espíritu y halagos de toda índole, pues la gentileza de los dueños de casa no conoce límites.

Por eso fué sencillamente espléndida la recepción realizada en esos salones días pasados, recepción a la que concurrieron nuestras principales familias y miembros del cuerpo diplomático.

Con ello quedaron bien testimoniadas las grandes simpatías que los esposos Cabrera Pérez del Castillo gozan en nuestra sociedad.

Durante la deliciosísima recepción, se hizo música y recitado. Se ejecutaron dificilísimos trozos en el piano, y los intérpretes fueron calurosamente felicitados, pero la nota de la tarde la dió, recitando admirablemente unos versos en el idioma de Racine, la distinguida señorita Idiarte Borda Platero. Una salva atronadora de aplausos resonó en la sala, cuando terminó su declamación y fué muy felicitada.



Señoritas: Elisa Langdon Urtubey, Cora Lerena, María Carolina Pérez ✠ Señoras: Berna del Castillo de Cabrera Pérez, Rosario Estrada de Estrada, Berta De María de Prat, Concepción Pringles de Habente Haedo, Matilde Testasseca de Guerra Romero, María Solari de Sanchez ✠ Manuela Sanchez Solari, María Elena Muñoz y Orfilia Solari

como una visión de ensueño, admirable y admirada, la señora Celia Alvarez de Amézaga, deslumbró con su belleza cautivante.

Las señoras María Eugenia Courtoissi de Vidiella y María Herminia García Cames de Morató han quedado en mi recuerdo con la brillantez de sus toilettes, las que contribuían poderosamente a dar mayor realce a sus siluetas hermosísimas.

Las suavísimas, las delicadas líneas del rostro de la señora Ana Benzano de Costa, daban la impresión de una idealidad escultórica.

La señora Blanca Larravide de Rucker se me antojó una hermosa azucena, nívea, delicada, y la señora Matilde Testaseca de Guerra Romero la más linda personificación del tipo nativo, tan enérgico, tan vivaz, subyugante y dominador.

Y por último, ya marcado, rendido por tanta belleza y por elegancia tanta, llego audazmente a querer evocar la majestuosidad, la soberana distinción de las damas que representan la más alta expresión de nuestro gran mundo.

Tengo la desalentadora seguridad de que mi vocablo será pobrísimo, al intentar delinearos la silueta de la señora Margarita Uriarte de Herrera, cuyo impecable aristocraticismo fué realzado, en la noche de la efe- soberbia afirmación de elevada sociabilidad.

Aun quedan notas en mi carnet, pero el espacio falta y dejo la pluma un poco atribulado porque tengo la seguridad de no haber podido ser lo suficientemente gráfico y galano al evocar tanta distinción, tanta hermosura y tanta gentileza.

***

Con harta complacencia nos ocupamos en estas páginas de las recepciones sociales realizadas en diversos salones de nuestra capital, convencidos de que al dar resonancia a esas manifestaciones de la sociabilidad montevideana, no sólo llenamos una de las partes más importantes de nuestro programa, sino que valoramos nuestra cultura y contribuímos en consecuencia a una obra de bien entendido patriotismo.

Por eso nos es hoy agradabilísimo ocuparnos de la fiesta que los esposos Cabrera Pérez del Castillo ofrecieron a sus relaciones, dando con ello exteriorización a su cultura y a su distinción.

Es doña Berna del Castillo de Cabrera Pérez una dama espiritualmente exquisita. Por sus dotes de selecta distinción tiene en nuestro gran mundo un sitio de preferencia.

Ella y su esposo han hecho de su delicioso

Las horas transcurrieron fugazmente y al terminar la bella reunión, todos llevamos en el espíritu como un agradable perfume de dicha.

***

La primera fiesta a la que fué llamada nuestra sociedad por la nueva Comisión Directiva de "Entre Nous" obtuvo un éxito brillantísimo.

Las gentiles organizadoras del te danzante en el Hotel Oriental tuvieron con ello plena demostración de las inmensas simpatías con que cuenta la entidad social que preside la distinguida señorita María Rafaela Araucho.

Es altamente noble el afán que estas niñas ponen en la realización de una obra benéfica.

Nuevos triunfos, aun más ruidosos si cabe, obtendrá "Entre Nous" en la serie de fiestas que realizará en breve.

Es para mí una inmensa satisfacción dejar constancia del primer triunfo y augurar los que han de producirse, para felicidad de los humildes que esperan de "Entre Nous" el consuelo de sus angustias, y regocijo para nuestra sociedad que tendrá en las fiestas a realizarse gratos instantes de esparcimiento.

Cyrano.

Un hombre perdido





Antonio Soto (Boy)

en forma extraordinaria a Madame Recamier, pero superándola aún con su belleza la clásica belleza de la dama francesa, que fué diosa inspiradora de pintores y poetas.

En una de las noches líricas llamó la atención, más que ninguna, la señora Carmen S[illegible] de Varela. Se presentó ataviada con un soberbio traje color obispo y la delicada línea de su silueta fué para mis pupilas una encarnación perfecta de una marquesa de Watteau.

La señora Plácida Cibils de Pérez Butler, triunfó en las soirées de Solís al presentar su principesca elegancia, exornada con la irreprochable corrección de sus toilettes.

Una sinfonía cautivante en rojo vivo, sinfonía de encanto irresistible, fué con su traje de fuego, poema rojo, la señora María Antonieta Platero de Real de Azúa. Aureolada con los destellos de la llama que la envolvía, apareció como una estilizada [illegible] sensual.

Como un destello de astro en noche serena, [illegible] patriótico [illegible] esfera imperial. Cuando en [illegible] se [illegible] el Himno, apareció [illegible] dando a su palco toda [illegible] de la sala [illegible]

La señora Sofía Platero de [illegible] mantuvo todos los envidiables [illegible] su elegancia única, luciendo [illegible] joyas por su clase y su valor [illegible] marco enriquecedor y digno [illegible] estad.

Y he de terminar, pero no antes [illegible] respetuosamente la noble figura de distinguidísima [illegible] ataviada en [illegible], en contraste con la [illegible] de sus cabellos, con la fulguración de los brillantes y perlas que [illegible] [illegible] los grandes brillantes que [illegible] sol, la señora Eloísa [illegible] en su palco como una [illegible]



Señoritas: Elisa Langdon Urtubey, Cora Lerena, María Carolina Pérez ☙ Señoras: Berna del Castillo de Cabrera Pérez, Rosario Estrada de Estrada, Berta De María de Prat, Concepción Pringles de Habente Haedo, Matilde Testasecca de Guerra Romero, María Solari de Sánchez ☙ Manuela Sánchez Solari, María Elena Muñoz y Orfilia Solari

como una visión de ensueño, admirable y armonizada, la señora Celia Álvarez de Anizaga, deslumbró con su belleza cautivante.

Las señoras María Eugenia Contrassi de Vidiella y María Herminia García Lamas de Morató [illegible] con la brillantez de sus toilettes, las que contribuían poderosamente a dar mayor realce a sus siluetas hermosísimas.

Las [illegible] delicadas líneas del rostro de la señora Ana Benzano de Costa daban la impresión de una idealidad escultórica.

La señora Blanca Larravide de Rucker se [illegible] hermosa [illegible], y la señora Matilde Testasecca de Guerra Romero la más linda personificación del tipo nativo, tan enérgico, tan vivaz, subyugante y [illegible]

Y por último, ya marcado [illegible] por tanta belleza y por elegancia tanta, llego audazmente a querer [illegible] la soberana distinción de las damas que representan la más alta expresión de nuestro gran mundo.

Tengo la desalentadora seguridad de que mi vocablo será pobrísimo, al intentar delinearos la silueta de la señora Margarita Uriarte de Herrera, cuyo impecable aristocratismo fué realzado en la noche de la [illegible]

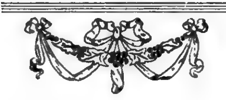
[illegible] tanta distinción, tanta [illegible] gentileza.

Con [illegible] estas páginas de las recepciones [illegible] lizadas en diversos salones [illegible] Hotel Oriental con [illegible] manifestaciones de [illegible] no sólo [illegible] distinguida señora [illegible] importantes [illegible] valoramos [illegible] patriotismo.

Por [illegible] del Castillo [illegible] con ello exteriorización a su cultura y [illegible]

Es doña Berna del Castillo de Cabrera Pérez una dama espiritualísima [illegible] sus dotes de selección [illegible] gran mundo un sitio de preferencia.

Ella y su esposo [illegible]



Entre

UNO de los centros de más alta sociabilidad de Montevideo es sin duda alguna "Entre Nous".

Fundada el 25 de Agosto de 1907 constituyó en sus comienzos una entidad exclusivamente mundana, aun cuando sus asociadas, con ese encomiable espíritu caritativo que tanto distingue a la mujer uruguaya, se dedicaban a labores, confeccionando ropas para los pobres, a los cuales socorría la Sociedad.

En el período de Julio de 1907 a Enero de 1908, el primero después de su fundación, presidió los destinos de la Sociedad la señorita María Manuela de Pena, actuando como Secretaria la señorita Rosa Guerra Stewart.

En la segunda presidencia, que se prolongó tan sólo de Enero a Julio de 1908 ocupó ese cargo la señorita Laura Castells Carafí. Durante ese lapso de tiempo la institución hizo varios repartos de ropa a los pobres.

El período de Julio de 1908 a Julio de 1909 tuvo como Presidenta a la señorita Lucrecia Berro. En este tiempo, durante el cual se realizaron diversas obras y se tomaron iniciativas, se instituyó el Premio a la Virtud. Este premio ejerce una elevada acción moralizadora en las clases humildes. Y si por una parte estimula a los buenos comportamientos, por otra reconoce y premia muchas de esas heroicas acciones, de esos inmensos renunciamientos que se llevan a cabo en el silencio del hogar.

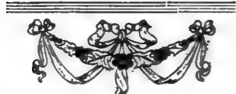
Los premios repartidos a raiz de esta fundación fueron donados por diversas personas y obtenidos de los productos de algunos festivales. Sumaron esas entregas 1.801 y con ellas se instituyeron 12 premios.

La señorita Elvira Iglesias Castellanos ocupó la presidencia desde Julio de 1909 a Julio de 1910. En el Premio a la Virtud se entregaron a los agraciados $ 1.356.41.

Desde Julio de 1910 a Ju-

LA ACTUAL COMISIÓN DIRECT

Sentadas: Amelia Belfort, María Reina Pietracaprina, Ana Mañé Algorta,
De pie: Adela Pons Puig, Amelia Burmester, María Celia De



lio de 1911 fué Presidenta la señorita Manuelita Suárez Abella. En los Premios a la Virtud se repartieron 2.794 pesos.

El período presidencial de 1911 a 1912 fué desempeñado por la señorita María Herminia Garzón Casaravilla. Se repartieron $ 3.822.44 en 16 premios de 100 a 300 y 26 donaciones de 30 a 70.

De Julio de 1912 a Julio de 1913 ocupó nuevamente la presidencia la señorita Manuelita Suárez Abella y en 11 premios y 43 donaciones se entregaron a los pobres $ 3.814.07.

La señorita Mercedes Moratorio Lerena, fué Presidenta de 1913 a 1914, y la suma de $ 2.060.05 fué repartida en el Premio a la Virtud.

En 1914 fué elegida Presidenta la señorita Margarita Benzano y durante su mandato el Premio a la Virtud pudo alcanzar una totalidad de $ 3.404.79.

De 1915 a 1916 ocupó por tercera vez la Presidencia la señorita Manuelita Suárez Abella y en este período los premios a la virtud alcanzaron la cifra de $ 5.797.10, instituyéndose 16 premios y 120 donaciones; habiendo sido además enviados al Brasil 500 pesos para los pobres de Ceará.

La presidencia anterior a la actual la desempeñó la señorita María Elena Larriera Velazco y la suma de pesos 5.145.50 fué repartida en 10 premios y 200 donaciones.

La Comisión Directiva actual está presidida por la señorita María Rafaela Araucho. Realiza "Entre Nous" festivales y conferencias para obtener la suma que ha de destinarse a los Premios a la Virtud y a juzgar por la actividad de la Comisión cabe esperar un magnífico resultado.

Tal es a grandes rasgos esta distinguidísima Sociedad, que es una de las más altas agrupaciones femeninas del país.

DIRECTIVA DE "ENTRE NOUS"

Algorta, Esther Cristophersen, Bimba Beherens, María Luisa Díaz Fournier
Celia De Simoni, María Rafaela Araucho, Julieta Spangenberg

Las Cómodas

OTROS tiempos, otras costumbres y otras modas. ¿Cuáles son mejores? ¿Los que pasaron, o los actuales? ¡Vaya uno a saberlo!

A nosotros, lo confesamos sinceramente, nos agradan los tiempos idos. ¿Por qué? Por muchas cosas; en primer lugar porque en aquellos días se dedicaba la gente a cosas trascendentales: crearon nuestra individualidad política, nos dieron un código, cimentaron en los campos de batalla la grandeza de la patria.

También nos gustan aquellas épocas, por las costumbres que imperaban. Pero en este punto, nuestras preferencias no son muy arraigadas; nos placen asimismo los tiempos actuales, de refinamiento social, de elegancia y de elevada cultura.

Y a esta altura de nuestras reflexiones, en verdad de verdades, aun cuando el pasado nos atrae poderosamente, debemos declarar con toda sinceridad, que el presente tiene también sus cosas buenas. Y así estamos como el personaje de una conocida zarzuela que con una botella de "Chateaux" por delante exclamaba antes de beber: "¡El vino es cosa muy mala!". E inmediatamente, apenas ha paladeado el sabroso tinto: "¡Pero qué bueno es el vino!"...



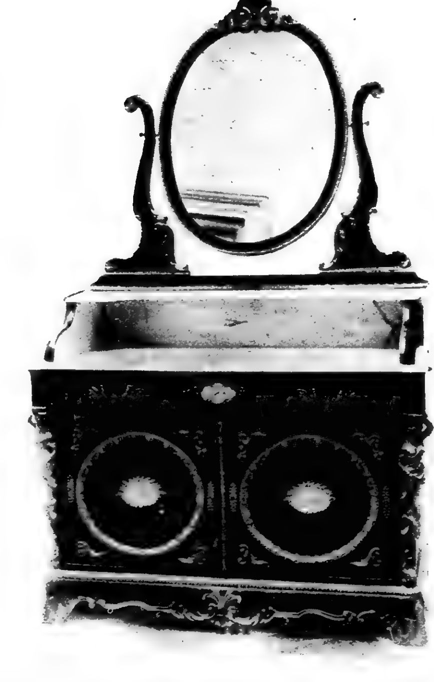
Cómoda de ébano, con adornos de bronce y nácar, perteneciente a la señora María Luisa Gowland de Soria.

Sin embargo, ahora estamos en presencia de tres antigüedades valiosísimas, de tres ejemplares de muebles usados por nuestros abuelos y que son tres verdaderas obras de arte.

Como verá el lector, o la amable y bella lectora, son tres "cómodas".

¡Las cómodas! He aquí una de las características del mobiliario de antaño; el complemento obligado de un dormitorio en la época del virreinato y de la independencia.

Con la imaginación (esta "loca de la casa" que vuela más que un aeroplano y levanta castillos en menos que canta un gallo), la imaginación, decimos, nos trae la imagen de una habitación de antaño y "vemos" en ella, en sitio preeminente, a la cómoda, exornada con un par de floreros, con un reloj de bronce, o con una campana de cristal en la que resplandece una imagen sagrada, centro y objeto del culto familiar, confidente y consuelo de una madre o de una esposa afligidas o sobresaltadas, que llegan hasta ella para caer de rodillas y elevar sus preces al cielo...



Cómoda de palo de rosa con aplicaciones de bronce y medallones de Sevres, perteneciente a la señora Enriqueta Latorre de Costa.

Los ejemplares cuya reproducción fotográfica ofrecemos son realmente extraordinarios.

La primera es una cómoda auténtica de la época de Luis XV. Tiene, pues, la friolera de casi dos centurias. Está construída en palo de rosa, con aplicaciones de porcelana de Sevres. Forma el total un conjunto armonioso y muy rico. Pertenece a la señora Enriqueta Latorre de Costa.

La que aparece luego en la página es una cómoda originalísima. Está construída con madera de ébano, decorada con flores de nácar y bronce cincelado. Dos fanales le dan al mueble un carácter originalísimo. En poder de la familia Gowland de Soria se halla este valioso mueble desde hace siglo y medio.

El tercer ejemplar, es el que más se ajusta al modelo clásico de la cómoda. Está construída en citronie; las bocallaves y tiradores son de bronce cincelado. La construcción demuestra la admirable habilidad de un artífice inteligentísimo. Pertenece a la señora Marión Price de Estrázulas.

¿Qué dice ahora el lector respecto de estas curiosidades de las épocas pasadas? ¿No es verdad que encantan y evidencian un buen gusto que hoy no se encuentra con mucha frecuencia en los muebles?



Cómoda de «citronie», boca llaves y tiradores de bronce perteneciente a la señora Marión Price de Estrázulas



Srta. María Carmen Cibils Larravide



VENID MADRES



Madres tímidas, altivas, temerosas o valientes,
Venid todas, venid todas, potentadas e indigentes;
Reposad vuestras pupilas en mirajes de esperanza,
Calmad el dolor del mundo con presagios de bonanza.
Y rebeldes a los odios de la trágica contienda,
Compasivas y abnegadas — en magnánima prebenda —
Venid todas, venid todas, potentadas e indigentes,
Madres tímidas, altivas, temerosas o valientes.

No os hundáis también vosotras en el flagelante horror
Con orgullos indomables, con fermentos de rencor.
Vuestras lágrimas benditas, vuestras santas oraciones
Dad ¡oh, madres dolorosas! por la paz de las naciones.
Vuestras ansias invencibles, vuestro inmenso amor de esposas,
Vuestros íntimos quebrantos dad ¡oh madres dolorosas!
Con orgullos indomables, con fermentos de rencor,
No os hundáis también vosotras en el flagelante horror.

Sed heroicas y sublimes, sed Volumnias y Veturias;
Dad ternura al sufrimiento, dad perdón á las injurias.
Por los ojos en tinieblas; por los gritos desgarrantes
En la noche interminable; por los cuerpos palpitantes
De dolor; por las congojas de suprema despedida;
Por la gloria de los muertos; por el duelo de la vida;
Dad ternura al sufrimiento, dad perdón a las injurias,
Sed heroicas y sublimes, sed Volumnias y Veturias.

Inconmensurable y honda, por la triste Humanidad,
En el alma de los pueblos encended vuestra piedad.
Con el ritmo de los grandes sentimientos inmortales
Templad vuestros generosos corazones maternales.
Frente a todas las angustias sed la paz consoladora,
Frente a todas las miserias sed la fuerza redentora;
Y en el alma de los pueblos encended vuestra piedad
Inconmensurable y honda por la triste Humanidad.

1918.

María H. Sabbia y Oribe.



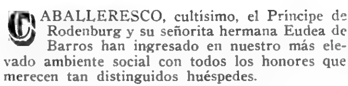


Srta. Mercedes Rivière Podestá



Una fiesta del principe Rodenburg







Señoritas: Margot Idiarte Borda, Esther Roosen Regalía, Silvia Acevedo Braga, María Carolina Perez.
Señores: Príncipe Van Holland Rodenburg, Enrique Bueno, Secretario de la Legación del Brasil, Ignacio Zorrilla de San Martín y Aurelio Rodríguez.

CABALLERESCO, cultísimo, el Príncipe de Rodenburg y su señorita hermana Eudea de Barros han ingresado en nuestro más elevado ambiente social con todos los honores que merecen tan distinguidos huéspedes.

Han sido objeto de los homenajes más cariñosos y con una refinadaa exquisitez el Príncipe ha retribuido esas atenciones, dando ello lugar a una fiesta tan hermosa como la realizada en el Parque Hotel.

El Príncipe de Rodenburg ha tenido una brillantísima actuación en los centros más aristocráticos de Europa. La guerra, al detener en aquellas naciones el desenvolvimiento normal de la vida mundana, obligó al Príncipe a buscar en América un poco de calma y la cultura y el ambiente social, que han sido reemplazados del otro lado del Atlántico por una constante nerviosidad guerrera, y un continuo alerta ante el peligro.



De ahí que Montevideo haya tenido la fortuna de tener en su seno a un huésped tan distinguido, el cual a sus títulos de nobleza une títulos de elevada intelectualidad, pues además de ser un ilustrado médico psiquiatra, es un cultor apasionado de la literatura.

Queriendo el Príncipe de Rodenburg retribuir las atenciones de que fué objeto por parte de nuestra sociedad, invitó a nuestras más linajudas familias a un te en el Parque Hotel y ello dió motivo a una hermosísima fiesta.

El Príncipe con su caballerosidad impecable y su señorita hermana que es una encantadora niña, con todos los dones de su nativa distinción y todos los atractivos de una esmerada cultura, agasajaron a sus invitados con tan correcta amabilidad que el ambiente del hotel se transformó y se hubiera dicho que se estaba en una severa sala de palacio real.

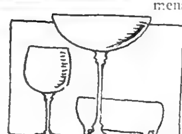
Ni un detalle ingrato, nada que rompiera la encantadora armonía del conjunto y en ese marco de tan severa distinción un grupo distinguidísimo de damas y caballeros rindiendo a la galantería versallesca el más inteligente de los homenajes.

Gran parte de lo más granado de nuestro mundo social asistió a esta fiesta, donde los momentos pasaron veloces y donde se hizo derroche de buen gusto.

Bien quisiéramos dar en estas líneas un reflejo exacto de aquellas horas hermosísimas en aquel salón transcurridas, pero el tiránico espacio nos veda ese buen deseo, el cual por otra parte quizá no pudiéramos cumplir por pobreza de estilo y falta de imaginación.



Señora María Antonia Platero de Real de Azua
Señoritas: Esther Alvarez Mouliá, Herminia Sabbia y Oribe. Señores: Enrique Real de Azua y Alberto Castels Carafí.



A las 5 el Príncipe de Rodenburg, su señorita hermana y la señora y señorita de Rodríguez Castro, esperaban a sus invitados dando a todos un protocolar saludo de bienvenida.

Luego la concurrencia se diseminó por el salón de honor y se sirvió un exquisito te. Una orquesta poblaba entre tanto el ambiente de gratas armonías.

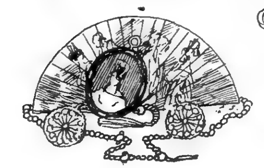
Más tarde se bailó con entusiasmo y las horas transcurrieron fugaces en aquel ambiente de alta distinción, de refinada cultura.

Todos los concurrentes tuvieron palabras de caluroso agradecimiento para el Príncipe de Rodenburg y su distinguida hermana y el recuerdo de tan hermosa fiesta ha de perdurar en todos los que tuvieron la dicha de participar de ella.





Señoritas: Eudea Barros de la Cerda, de Goes Muñoz, Rosita Basañez.
Señoras: Braga de Acevedo y Salvañach de Braga.
Señores: Antonio Braga y Alvaro Pinazo.



El Instituto Nacional de Ciegos

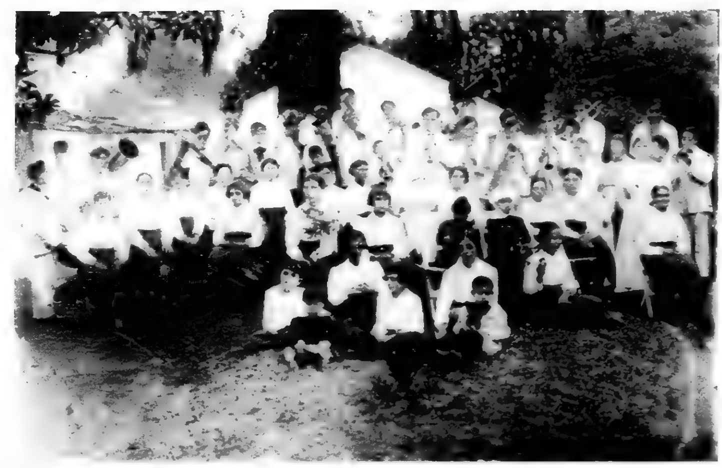
El 12 de Marzo de 1914 la señora Teresa Santos de Bosch, concibió la nobilísima idea, que inmediatamente puso en práctica, de fundar un instituto de ciegos, institución de que carecía el país y cuyos resultados benéficos tanto se han podido apreciar en el poco tiempo que funciona.

De todas las desdichas que pueden afligir al ser humano, indudablemente la ceguera es la más terrible, la más desesperante, la más cruel.

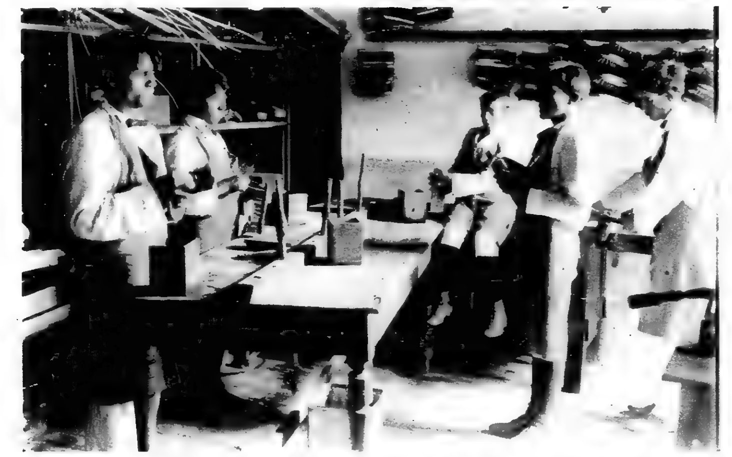
La señora Santos de Bosch tendió generosamente su mano a estos pobres seres que viven en medio de las gentes como unos desterrados, y surgió el Instituto de Ciegos.

El mismo año de su fundación, la señora Santos de Bosch, se trasladaba a Europa, dejando de esa suerte en manos de la señora Carmen Cuestas de Nery la realización definitiva de un vasto plan, el cual, felizmente, y con todo brillo ha culminado en una espléndida realidad.

El Instituto Nacional de Ciegos es la obra de un espíritu superior. Y doña Carmen Cuestas de Nery lo posee ampliamente, como asimismo una inteligencia admirable, gracias a todo lo cual la institución honra al país y demuestra bien a las claras y en forma honrosa cuanto puede y a donde alcanza el generoso esfuerzo de la mujer uruguaya.



Los ciegos asilados oyendo los acordes de la banda que ellos mismos componen



En el taller donde se fabrican cepillos

En una rápida visita que realizamos al Instituto, pudimos valorar toda la grandeza de la obra llevada a cabo, obra que habla de una manera elocuente de la abnegación de la mujer, de su gran amor por los desdichados y de cuan amplio es su concepto de la caridad.

Allí nos encontramos con el triste espectáculo de más de sesenta ciegos, niñas y niños, para quienes les está vedado eternamente el placer de la luz, el color de las flores, la majestad del cielo. Componen los cieguitos una verdadera familia tan unida que esos infortunados llegan a comprenderse entre sí, confortados por las caricias de la Presidenta doña Carmen Cuestas de Nery, y de las señoras de la Comisión que secundan en su labor a tan dignísima dama.

Los Poderes Públicos contribuyen al sostenimiento de esa obra, y el pueblo ha acudido siempre a prestarle ayuda, como también se cuentan con gratitud a algunas personas de fortuna que han sabido hacer honor a su bondad enviando importantes donativos.

Digno de visitarse es el establecimiento modelo. Los talleres de tejidos y de costura son para ser vistos y no descriptos, Hay internados que tienen matrícula de masajistas y éstos poseen ya a su cuenta en el Banco de la República más de cincuenta pesos cada uno ganados con su trabajo. La música tiene sus virtuosos intérpretes. Hay entre ellos maestras y maestros diplomados. La señora Cuestas de Nery enseña el canto y los señores Kolicher y Cluzot Mortet el piano. Hay allí verdaderos intérpretes de garra, para quienes los grandes músicos les son familiares. El francés y el inglés lo hablan y escriben admirablemente bien.

Las clases en dicho establecimiento están ajustadas al reglamento oficial.

El orden y la más severa pulcritud reinan por doquier. La instrucción y el trabajo están allí reglamentados en una forma admirable y de una a otra sala y de uno a otra taller, las exclamaciones de asombro se suceden cuando se tiene el placer de visitar el establecimiento.

La Presidenta de la Comisión que patrocina el Instituto, doña Carmen Cuestas de Nery, es dignísima acreedora al aplauso más entusiasta de todos, por la inteligente y perseverante acción desplegada en tan benéfica fundación. Nuestro aplauso se lo otorgamos ampliamente y con verdadera satisfacción, puesto que nada nos enorgullece tanto como el poder constatar los triunfos de damas compatriotas tan distinguidas como la señora Cuestas de Nery. Y ese aplauso lo hacemos extensivo a las nobilísimas señoras que componen la Comisión de Honor y Comisión Directiva, cuyos nombres nos honramos estampando aquí:

Comisión de Honor. — Presidenta Honoraria, Teresa Santos de Bosch; Presidenta Honoraria, Leonor Cachón de Correa; Presidenta Honoraria, Auristela Rodríguez de Brum.

Comisión Directiva. — Presidenta, Carmen Cuestas de Nery; Vicepresidenta, Flora Wells de Shaw; Vicepresidenta, Dolores Estrázulas de Piñeyrúa; Secretaria, Delia Castellanos de Etchepare; Prosecretaria, Socorro Martínez de Sosa Dias; Tesorera, Carolina Ortega de Tabárez; Protesorera, Lola Montaner de García. — En la Comisión Fiscal y en los vocales figuran asimismo muy distinguidas damas.





La fabricación de escobas



EN la Edad Media el sistema feudal dió a los *castillos* gran importancia, y su número se extendió de tal manera, que en España misma donde el poder de la nobleza no llegó al alto grado que en otros países, apenas hubo pueblo, dice Almirante, que no tuviera un *castillo*, o alguno de sus diminutivos, *castillejo*, *castillete*, *castilluelo;* en el siglo XIV, en opinión de Moiteil, existían en Francia 40.000 *castillos*, y para defenderlos debieron ascender a 800.000 hombres las fuerzas de las guarniciones feudales o la *infantería comunal;* y aun cuando estas cifras parecen realmente exageradas, es innegable que en aquella época había profusión inmensa de *castillos* esparcidos por todo el territorio, cuyo número fué aumentando rápidamente en Francia desde el año 960, en que los señores arrancaron al monarca el derecho de atrincherar sus viviendas y particulares dominios. Desaparecieron los ejércitos organizados, y con ellos los verdaderos *castros* o campos, de donde procedía el vocablo *castillo;* la autoridad real quedó sometida a la voluntad de los nobles, de quienes dependía el levantamiento y reunión de gentes para la guerra, y a menudo sufrían los monarcas menoscabos en su prestigio y humillaciones en su crédito, faltos de medios propios para contrarrestar la altivez de los grandes señores que desde sus *castillos* despreciaban unas veces, y ponían otras en gravísimo aprieto, la reputación y el poder de los soberanos.

Hubo *castillos* edificados en sitios enteramente aislados, y *castillos* afectos a lugares habitados; cuando estos últimos eran por sí mismos puntos fuertes, los castillos constituían reductos propios para extremar la defensa, a la manera de las *ciudadelas* empleadas en los posteriores modos de fortificar. De todas suertes, los *castillos* solían hallarse asentados en parajes altos y dominantes, en situación adecuada para dificultar el acceso, bien que esta circunstancia se expresara más clara y distintamente en los titulados *castillos montanos*, siendo el *castillo roquero* el que significaba la idea o condición de coronar una roca o peñón de laderas inaccesibles. Por lo demás. la voz *castillo* se aplicó durante la Edad Media a un atrincheramiento cerrado, flanqueado por torres, rodeado por un foso, y dispuesto con todos los medios de defensa para resistir a los defectos de ataque entonces usados. Un cuerpo de guardia vigilaba la puerta, una campana daba las señales de alarma, y una bandera o pendón arbolado en sitio culminante señalaba y distinguía al señor que él mandaba. Algunas de esas obras fortificadas se caracterizaban por su gran amplitul, llegando a estar formadas por un triple recinto con sus tres fosos y puentes levadizos, y aumentaba su poder la *Torre* llamada del *Homenaje*, la más im-



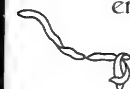
El ...

Th...

Eda...

El Ca...

en...

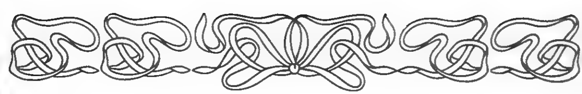


Salón de la Duquesa de Berry

Fotografías cedi... Velazco



e Enrique IV



portante en robustez, capacidad y situación de cuantas existían en el *castillo* que era el *reducto de seguridad,* el último refugio de los defensores.

El enaltecimiento del poder real, y, más que nada, la aplicación de la pólvora a los usos de la guerra, amenguaron la importancia de los *castillos,* que simbolizaron los procedimientos de fortificar en el largo período de la Edad Media, y que por su construcción, trazado y medios defensivos, no podían resistir el empleo de procedimientos de ataque del todo distintos y mucho más poderosos que los usados en la época feudal. Sin embargo de eso, no puede afirmarse que el *castillo fuerte* haya dejado de utilizarse después del Renacimiento; dejó de estar al servicio del *noble,* o del *señor,* para consagrarse a más importantes fines, y la historia militar de los siglos posteriores al décimoquinto acredita la importancia que han tenido en ciertas ocasiones obras de fortificación así tituladas.

En edad más moderna los castillos han sido transformados en suntuosas residencias señoriales. Lo que perdieron en aspecto y preparación guerrera lo ganaron en lujo, en riqueza, en comodidades sin cuento.

Tener un castillo aún en la Francia republicana actual, es signo de gran holgura económica. De ahí que todos los potentados, los de la nobleza y los de la burguesía posean su castillo, que suele ser una magnífica residencia veraniega.

Por esta circunstancia tantos castillos existen en Francia y casi todos son admirables. La mayoría son antiguos y en sucesivas reparaciones los han ido manteniendo y conservando, constituyendo así otros tantos sitios donde se guardan inmensas riquezas de arte, en muebles, tapices, cuadros, etc.

Damos en estas páginas tres fotografías reproduciendo tres salas del hermosísimo castillo de Rosny. Como puede verse, en esas habitaciones admirables no hay un sólo detalle que desentone. Todo es allí regio, suntuoso, estupendo. Hay inconfundible señorío en esos salones donde la riqueza tanto ha acumulado. Los estilos están rigurosamente contemplados y allí se auna lo bello con lo confortable. Obsérvense los detalles del comedor y se verá que toda ponderación es poca.

Los castillos, todos los que existen en Europa, son evidencias magníficas de una época en que la nobleza estuvo en su apogeo, acumulando en ellos verdaderos tesoros.

Hoy los contemplamos con admiración y también con gratitud, pues en inmensa parte se debe a los castillos que hayan llegado a nosotros tantas y tantas obras de arte.

ravillas

la

Media

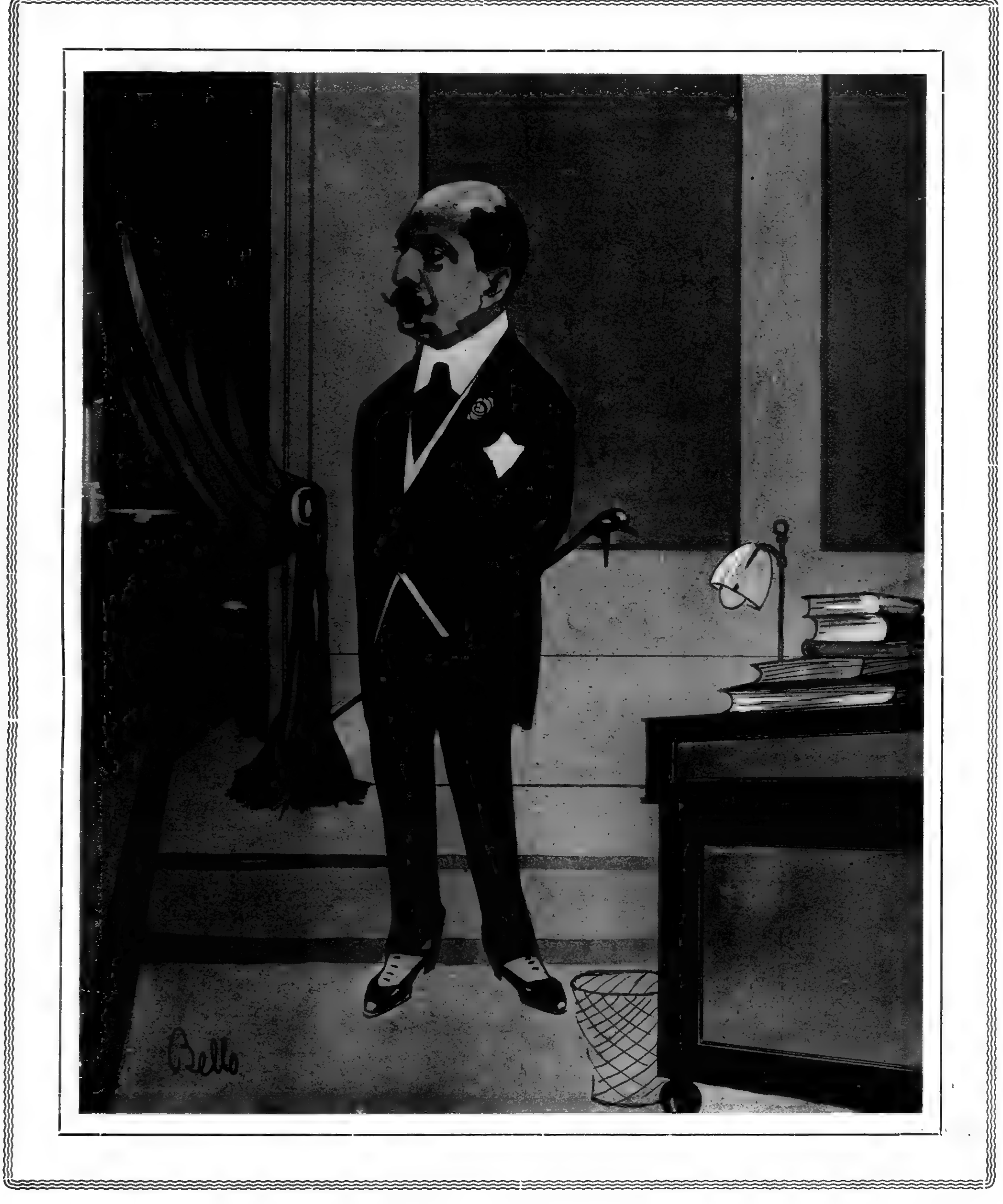


o de Rosny

francia

El gran Comedor de Honor

antemente por los señores y De Benedetti



Caricatura
· por Bello

Arbiter
elegantiárum

La muerte del pastor

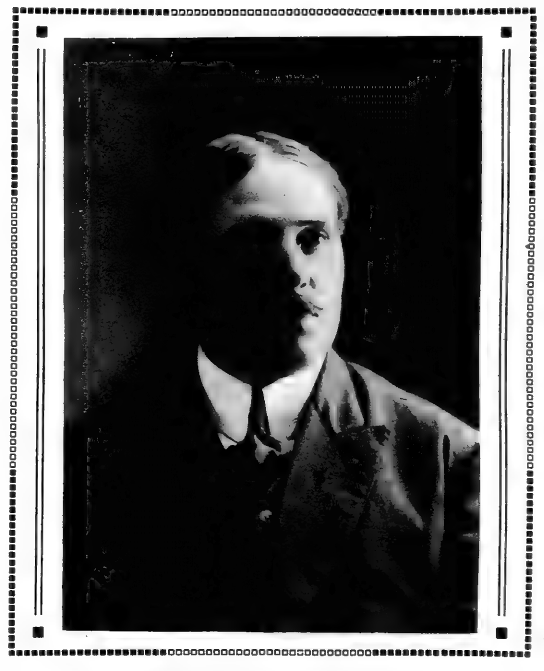
BALADA EGLÓGICA

Infelix o semper, oves, pecus...

El recuerdo de Julio Herrera y Reissig perdura a través del tiempo en la admiración de los que han tenido la dicha de llegar a la luminosa belleza de su inspiración, a la extraordinaria riqueza de su estro, a la inmensidad de su apasionamiento por la vida, por el amor, por lo hermoso, por lo grande...

A iniciativa de los que permanecen fieles a su memoria gloriosa, se intenta rendirle un homenaje, cuando se coloque en una calle que llevará su nombre, una placa conmemorativa.

SELECTA se adhiere a ese tributo justísimo de admiración para el poeta y se honra recogiendo en una de sus páginas, unos cuantos brillantes de los que tan prodigalmente derramara aquel nabad del verso.



I

Se lo dijo a la fontana
El llanto de una aldeana,
Ya el carrizal no lo duda,
Que oyó gemir al Poeta.
Todo, todo lo trasuda:
El sauce y la mejorana...
Es bien cierto: Pobre nieta!...

Lo cuenta en su lengua ruda
La soledad rusticana;
Lo deplora la campana
Desde la Ermita desnuda,
La zampoña que está muda,
La flauta y la pandereta
Y hasta el cielo que interpreta
Una gran tristeza humana...

Pobre nieta!...
Pobre abuelo!...

Hay un gran beso de duelo
En la quietud del ambiente.
Murió el pastor: quién lo duda!
Desde la Ermita hasta el Huerto,
La montaña lentamente
Se está vistiendo de viuda!...

Es cierto, es cierto!
Ya todos saben que ha muerto
El mozo de la carreta...
Por el camino violeta
Su corazón va llorando
Como un cordero inexperto:
Armando! Armando!...

El alma de las montañas,
De sugestiones tranquilas,
Mira, con penas hurañas,
Aquellas claras pupilas
Que en el camino violeta
Lloran con lágrimas lilas...
Muda está la pandereta,
Mudas están las esquilas,
Ya nadie emboca las cañas,
Desde que Armando está ausente.
En tanto que en las montañas
Miran pasar lentamente
Aquellas vagas pupilas
Que, tarde a tarde, intranquilas
Van a llorar a la fuente...

Cuánto tarda la carreta!
Armando! Armando!...
Van sus ojos escrutando
Por el camino violeta...

Por el camino violeta
Va la pastora llorando,
Sin rumbo, no tiene mando
Su voluntad incompleta...
—Llora acaso por Armando,
El mozo de la carreta?
Adónde van sus pupilas?

Por el camino violeta
Va la pastora dejando
Su alma en lágrimas lilas.
Armando! Armando!...

Murió su pastor? Es cierto?
Ella interroga a la vieja
Choza y al campo desierto,
A la distancia bermeja
Y hasta al porfiado pedrisco...
A la retama, al lentisco,
A la vaguedad perpleja
Del horizonte incierto,
Al palomar, al aprisco,
Al buey y al cardal arisco,
Al asno, a la comadreja,
A la congoja del Huerto,
Al buho rapaz, que vizco,
Un mito burlón semeja...
Y todo le grita: ha muerto!

Armando! Armando!...
Su corazón va lloranda
Como un cordero inexperto...

II

Cruza junto al Adivino,
Junto al Sabio y al Poeta,
No se fija en el pollino
Del anciano Anacoreta,
Y atraviesa la meseta,
Bajo el misterio opalino
De aquella tarde secreta...
—A dónde va? Qué le inquieta?
Ya la perdieron de vista
Las cabañas lugareñas,
El pañuelo de batista
Que de lejos le hizo señas,
El sonámbulo molino
Y hasta el estanque amatista
Donde termina el camino...

Va sin rumbo, soñadora
Por el camino violeta,
La pastora...
Por qué llora?
Desde cuándo?
Adónde va? Qué la inquieta?
Hoy se tarda más que nunca la carreta.
Armando! Armando!...

El aire es de terciopelo...
Por el camino violeta,
Cual a través de una grieta,
Se ve cómo piensa el cielo.
En el umbral el abuelo
Está esperando a su nieta,
Tiene en la mano un pañuelo
Y en los ojos el consuelo
De una lágrima secreta...
Desde que partió la nieta,
Llora a menudo el abuelo,
Y por un ceño de hielo
Se encuentra ¡Ay Dios! obsedido
El hace, con su pañuelo,
Señas al Sabio, al Poeta,
A la inválida carreta
De andar penoso y dolido,
A la corneja, al mochuelo
Y al misterioso cometa
Que, hace noches, desde el cielo
Le está diciendo: Y tu nieta?
¡Mal año tienes abuelo!...

No es esa, no, la carreta
Que tu esperabas, ni el vuelo
De aquellas cornejas grises
Te traerá a los paises
Tenebrosos a tu nieta...
Pobre abuelo! Pobre nieta!...

Ya no verás la carreta
Por el atajo vecino,
Ya no oirás la pandereta
Ni comerás del tocino
Que te brindara tu nieta...
Ya ni el Sabio, ni el Poeta
Podrán darte algún consuelo,
Ya no tendrás otro abrigo
Que la lámpara del cielo,
Ni tendrás más fiel amigo
Que el pobre perro mendigo,
Que fué en un tiempo de Armando,
Y que ha de venir llorando
A consolarse contigo.
Armando! Armando!...

III

El aire es de terciopelo...
Por el sendero vecino
Llega un eco mortecino
De voces graves; el cielo
Tiene un ensueño opalino...
A la vera del camino,
El Sabio y el Adivino
Conversan con el Poeta
Sobre el Amor y el Destino...

De repente, el Adivino,
Después de invocar al Cielo,
Solemnizó: — Pobre Armando!...
Es un decreto divino!...
Dios sabe... — y sobre el pañuelo
Se inclinó un rato llorando...
Dice el Sabio: — Qué saeta
Tuvo el ingrato destino!...
—Cierto — reza el Adivino.
Era virtuoso, era blando!...
Dice a su turno el Poeta:
—Hemos perdido un amigo!...
Mientras el perro mendigo
Se acerca al grupo ladrando.
Armando! Armando!...

Hoy no viene la carreta...
¡Qué desolación secreta
Tiene la tarde en el huerto!
Adónde irá la pastora!
Se habrá extraviado que llora
Como un cordero inexperto?...

IV

A la orilla de un camino
Que frecuentó por su infancia,
Oye el rumor campesino
De una antigua resonancia...
Es el pino, el viejo pino,
Que le murmura temblando:
—Qué es de la vida de Armando?
Cuál ha de ser su destino?
Armando! Armando!...

En una de esas mañanas,
De esas mañanas muy blancas,
Que parecen tener francas
Ingenuidades de hermanas...
En una de esas mañanas,
Al pie de ese mismo pino,
Se dieron el primer beso
Y partieron su destino
Con una sola palabra,
Mientras partieron el queso,
El pan, la leche de cabra,
La miel y las avellanas!...
En una de esas mañanas...

El perejil y el hinojo,
El romero y el tomillo,
Lamen el ruedo sencillo
De su trajecito rojo;
Y por el vago rastrojo
Y el carrizal amarillo,
Llega Lux, el perro cojo
Que perdió a su pastorcillo.
Armando! Armando!...

Cómo lo ha perdido y cuándo?
De qué suerte? Lux lo ignora,
Pero ahulla y lo deplora
Y al presentir la pastora,
Brizna y brizna rastreando,
Corre a su encuentro, la implora,
Pregúntale por Armando,
Si es que murió, cómo y cuándo?
Y se arodilla y lo llora.
Armando! Armando!...

—Adónde fué el pastorcillo?
—Adónde irá la pastora?
—Qué será del perro cojo?
El Adivino lo ignora,
Y también el ruedo rojo
Y el perejil y el tomillo!...

V

Nunca vendrá, la carreta...
Ya no se oyen las tranquilas
Dulzuras del caramillo,
Y el crepúsculo amarillo
Cuenta una historia secreta...
Muertas están las esquilas,
Colgada la pandereta...
Sólo gime la campana
Desde la Ermita desnuda,
Bajo el cielo que concreta
Una gran tristeza hermana!...

Mas, ciertas noches no hay duda,
Cuenta la grey rusticana,
Suele verse una carreta
Y detrás una serrana
Tocando la pandereta,
Por el camino violeta
Que conduce a la fontana...

—Adiós, mañanas tranquilas!
¡Oh, qué destino nefando!
—Diz que llora la silueta,
Siempre andando, siempre andando.

—Qué ven sus glaucas pupilas?
Adónde marcha sin mando
Su voluntad incompleta?...

Por el camino violeta,
Va la pastora dejando
Su alma en lágrimas lilas.
Armando! Armando!...

Julio Herrera y Reissig.

1907.

Recuerdo de una patricia



Para nosotras y para todos los que guardan respeto y gratitud por los seres y las cosas del pasado, tan llenas de ejemplo; siempre que podemos fijar nuestras miradas sobre algo que perteneció a los que contribuyeron con su esfuerzo heroico e inteligente a la formación de nuestra nacionalidad, sentimos una satisfacción inmensa y un franco sentimiento de orgullo.

Y es porque en los días pretéritos, los del virreinato y los de la revolución encontramos, con una prodigalidad abrumadora, motivos más que sobrados para sentirnos satisfechos de pertenecer a un país que tantas glorias atesora en la historio de su gestación.

Estas reflexiones se nos ocurren contemplando dos reliquias que gentilmente nos facilitara para exhornar una página de la revista la señora Manuela Ramos Latorre de Medeiros.

Se trata de un daguerrotipo y de un hermosísimo tapado de terciopelo negro con delicadísimos bordados en seda. El daguerrotipo, enmarcado en un medallón de oro, fija la venerable imagen de doña Modesta Artigas, hija del hermano del Precursor, general Manuel Francisco Artigas, y de doña Estefania Maestre. Damos de este daguerrotipo, que se halla bastante desvanecido, una ampliación, y también la fotografía del tapado que perteneció a la referida patricia y que hoy, a través de tantos años, se conserva con su color de una firmeza asombrosa y la brillantez más asombrosa de la seda, que salpica el terciopelo con delicados motivos de flores.

Doña Modesta Artigas casó con don Ramón Menchaca, y por su sangre y por su cultura y bondad ocupó puesto preeminente en la sociedad montevideana.

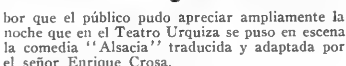


Doña Modesta Artigas
hija del general Manuel Francisco Artigas



Hermoso manto de terciopelo con bordados de seda

Artistas Nacionales



CON verdadero regocijo hemos de constatar en estas páginas el triunfo de artistas uruguayos, que van surgiendo a la consideración y al respeto del público. Entendiendo nosotros el patriotismo en la forma razonada y eficaz que lo entendían nuestros antepasados y que lo entienden hoy todos aquellos que no rinden culto idólatra e irreflexivo a lo extranjero en injusto olvido de lo propio, nos hemos propuesto hacernos eco de todos aquellos triunfos legítimos que coronen la labor de los compatriotas de talento.

Por eso debemos en estas líneas unas palabras de elogio para un grupo de inteligentísimos artistas nacionales, que, bajo la notable dirección del señor Atilio Supparo, han culminado en una labor que el público pudo apreciar ampliamente la noche que en el Teatro Urquiza se puso en escena la comedia "Alsacia" traducida y adaptada por el señor Enrique Crosa.

De este grupo de artistas, que forman la Escuela Nacional de Arte Dramático, se destacan con verdadero relieve, por su talento y por sus condiciones interpretativas, las señoritas Gloria Ferrandiz y Teresa Lacanau.

Ambas actrices fueron, en la noche referida, ovacionadas por el distinguido público que llenaba la sala del Urquiza, y fueron esas ovaciones casi una consagración de sus personalidades como artistas nuestras que están llamadas a dar gran impulso a nuestro teatro.

De los actores, el que se impuso también esa noche, confirmando los elogiosos juicios que ya se le habían tributado, fué el señor Pedro Becco, artista de una sobriedad de procedimientos escénicos verdaderamente asombrosos en nuestro medio, muy inteligente y muy ilustrado.

Otras figuras, también recomendables, complementan el cuadro artístico que dirige el señor Supparo, cuadro que, no nos explicamos cómo constituído en compañía estable, no trabaja en uno de nuestros teatros, contribuyendo en forma eficacísima al desarrollo de nuestro teatro y al conocimiento de las obras de nuestros autores.

Y no se hagan apreciaciones despectivas al leer estas líneas. Con ese conjunto, nada tendríamos que envidiar a las mejores compañías argentinas que, con éxito extraordinario, actúan en Buenos Aires.

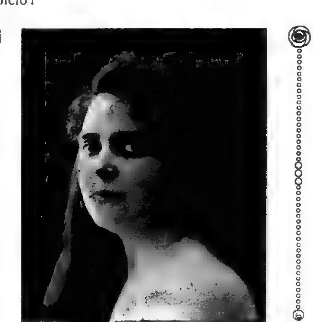
Nuestro público no se mostraría reacio a colaborar en la simpática obra y los autores trabajarían de firme encontrando estímulo.

¿Qué hacen, pues, la Sociedad Uruguaya de Autores y el señor Supparo?

¡Manos a la obra, y con fe que el momento es propicio!

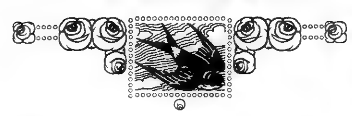


Gloria Ferrandiz

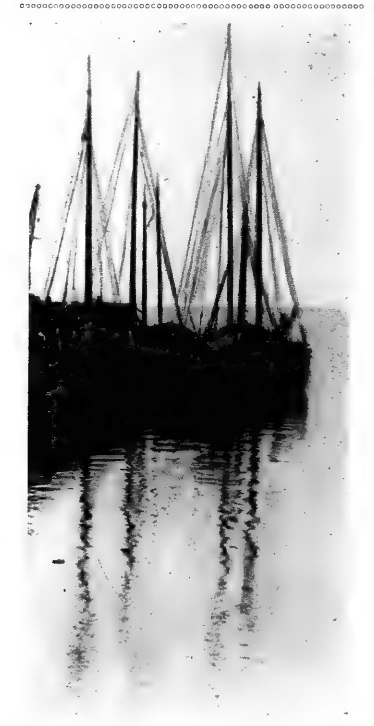


Teresa Lacanau

Lluvias y nieblas



En las brumosas tardes del Otoño, es cuando en lo hondo del espíritu brota una indefinible nostalgia de las cosas que se ansían. Al conjuro de los días sin sol, en que la brisa helada barre las calles y hace tintinear los vidrios de los balcones, es cuando parece achicarse el cora-





zón, reduciéndonos a una cosa sufriente; es cuando parecen más grandes los dolores, más cruentas las miserias, más tibios los goces y más lejana la dicha; es entonces cuando entrecerramos los ojos para abismarnos en la contemplación de un mundo interior, en el que se revuelven y desarrollan los deseos más múltiples, y una rabia sorda mitad odio a la existencia y mitad tristeza por nuestros errores.

Es que el tono gris del cielo, al herir las pupilas, transmite un hálito misterioso que ni los psicólogos podrían explicar; algo que se entremezcla en el cerebro, en el alma, en las mismas venas, para trocarnos de alegres en malhumorados, envolviéndonos en una red sutil, que nos aparta y nos aleja de nosotros mismos, remontándonos a oscuros lugares donde se cavila y se cavila, mientras el espíritu después de pugnar en vano por romper sus ataduras, decae y se abate como se abate una bandera cuando el viento ha calmado. Esa es la tristeza del Otoño! La enorme y grave tristeza que ahuyenta la alegría — flor de bendición — amortajándonos en nuestro lecho de añoranzas... Esa es la tristeza del cielo gris, de las cosas sin color, que se esfuman a lo lejos, perdiendo los contornos vigorosos de la estructura!... ,

Tristeza del Otoño!... tristeza y pesimismo que desconsuela, que violenta, que aniquila...

Pero... tristeza y encanto.

¿Por qué no?

Las nieblas tienen un poder extraordinario de fascinación. Se diría que son como un velo de misterio, que guardan en su seno una partícula de lo incognoscible.

Cuando penden del cielo, como innumerables tules impalpables, el alma se predispone a todas las más sutiles melancolías. Y se ennoblece uno sin quererlo, al olvidar por un instante el estallante optimismo, el pletórico vivir a que impulsa el padre sol cuando domina soberano en el azul impecable de un dia de estío.

Bien viene, para acallar un poco esa ansia de vivir que nos acomete en verano, aguijoneados por las punzantes incitaciones de la luz y de la naturaleza toda en



eclosión, bien nos viene, sí, un poco de niebla, para ensombrecernos el espíritu.

No siempre debe vivirse una lujuriosa vida exterior; un poco de vida interior templa los caracteres y nos hace superiores...

Nieblas y Lluvias.

Avanzadas del Invierno. Recogimiento previsor de la Naturaleza que se dispone a descansar.

Después de la ruidosa sinfonía de los oros, de los rojos y de los verdes, en el cielo y en los campos; la dulce sonatina sobre un tema en gris...

Por qué se baila mal y se dirige peor

SABER bailar, como en todas las cosas, no es lo mismo que saber enseñar. De una cosa más sencilla se hace a veces un enigma, o por demasiada explicación técnica de detalles (casi siempre errados) o por carecer de las bases más elementales.

Por lo general acuden a los buenos maestros, los que ya han quedado... *deshauciados* o los que no tienen por naturaleza, ningún oido al ritmo. Para estos es inútil y para los otros es tarea muy ardua y pocos logran corregirse.

De manera que los que tienen buena disposición y que con buena escuela podrían sacar excelentes resultados, llegan a bailar siempre mediocramente y con defectos que les parecen galas, y los demás bailan mal.

Otra de las causas que impide bailar bien es la rigidez de la postura y la vehemencia de los movimientos con que se ejecuta una pieza. En otras ocasiones hemos hecho notar cómo la sencillez y la naturalidad de los movimientos son las bases imprescindibles de la verdadera elegancia. Sin ellas es imposible bailar bien y menos conducir bien a su pareja La espontaneidad y sencillez es cosa fácil, todos la tenemos porque es natural, y daríamos con ella si se evitaran las posturas tiesas y casi catalépticas y los movimientos fuertes, casi violentos, que algunos de ellos amenazan degenerar... en lucha romana.

Sígase sin ninguna presión y sin el menor esfuerzo el compás de la música, ella le llevará a seguir su ritmo con toda flexibilidad que no se estudia porque es innata especialmente en las personas que tienen buen oido para el compás. Los que no tienen ese don de *sentir* la uniformidad del ritmo pierden tiempo si se empeñan en querer bailar bien; el oido es cosa natural, si no hay, no habrá nunca: llegarán a bailar pero lo harán siempre sin ritmo, luego bailarán siempre mal; pero el ritmo de las piezas de baile de salón es fácil, y puede considerarse que tan sólo un 5 por ciento carecen de él; luego no se desanimen los deseosos de aprender a bailar.

Los pasos bruscos suceden generalmente en los cambios de movimiento, en este caso se suele apretar la pareja y llevarla casi de peso sobre un cambio de dirección; mal hecho: dicho cambio se hace mucho mejor sin brusquedad y si se fija aún más la atención a la música se notará cómo hay tiempo suficiente par ejecutar todos los movimientos con suavidad sin hacer la menor presión.

La postura de la pareja, varía, según se dice, a capricho de la moda (aquí sería el caso de preguntar de dónde y cómo nacen ciertas modas); y nosotros afirmamos que la escuela impone un modo correcto a la par que cómodo y que no afecta ni a la estética, ni a la *corrección*.

De esta última no hablamos porque no es nuestro propósito, y, por lo contrario, diremos que los danzantes de salón suelen aceptar lo que la conveniencia les ofrece, entonces la costumbre impone la *moda* y la moda se impone a... todo.

Si la pareja está unida y no nerviosamente apretada y rígida, bailará mejor y no afectará la estética, será elegante y no será... caricaturesca.

Tales defectos son algunos de los que impiden bailar bien pero son también los más difíciles de suprimirse por la sencillísima razón de que algunas personas dicen que "*no pueden bailar si no están apretadas*" (textual).

Otras causas que impiden bailar bien es a veces el tiempo de la música, por lo general se acelera demasiado; esto es muy fácil subsanarlo si los músicos se ocupan en ejecutar las diversas piezas con su justo metrónomo.

El *One-Step* es menor que la marcha esto es 116 movimientos, el *Fox-Trot*, 100; el *Vals* (según los movimientos del paso moderno que va en contratiempo) no excede nunca de 132.

Los músicos que saben bailar bien aplican bien este metrónomo porque ven la necesidad de hacerlo y comprenden mejor la relación del compás con el movimiento, y saben que el baile moderno es un atractivo de salón y que no debe revestir ningún otro carácter sportivo.

El espacio también es indispensable para que las parejas cumplan su deseo. Es general el hecho de que la concurrencia sea siempre superior a la capacidad del local del baile pero este *bello* inconveniente no influirá en el *bien bailar* si la cortesía de los espectadores acude en obsequio a los danzantes tratando de no aglomerarse en el parquet.

Téngase por norma *principalísima* que del caballero depende todo el éxito de una pieza; él debe saber conducir a cualquier dama que pueda serle presentada.

El baile moderno ofrece campo para los que saben poco y los que saben mucho. Una dama que *tenga oido* es siempre fácil conducirla a ejecutar las piezas más esenciales aunque en su



Prof. M. Vignali

lado más sencillo. El caballero que no puede bailar más que con las con quienes ha ensayado o bailado, mucho puede estar cierto que *no sabe bailar*.

¿Cómo se arreglaría en un salón donde todos le son recién presentados? Si se observa bien las indicaciones de la *Primera* causa que impide *bailar bien*, ya indicada, se obtendrá excelentes resultados en cualquiera ocasión y con cualquiera pareja.

ONE-STEB (1900).—

Primero el Kake Walk, luego el Two-Step y más tarde el Boston constituyeron la vanguardia de la entrada en moda de los bailes americanos.

Desde hace 5 o 6 años impera el One-Step, el cual presenta cierta facilidad en apariencia, por lo cual se ha generalizado.

Esta pieza ha pasado por varias modificaciones, una de ellas su última etapa con la cual (aunque conservando siempre su nombre) se llamaría Fox-Step.

La postura es de la de los bailes girados (Tiempo par).

Su paso es cauteloso suave; para danzarlo bien debe llevarse el cuerpo muy sereno y los pies no deben transmitirle ningún movimiento al apoyarse al suelo. Se da el paso extendiendo la pierna y el empeine pero sin rigidez y se debe apoyar primero la punta del pie, la que debe deslizar siempre el parquet.

Entre las múltiples variaciones que se atribuyeron a esta pieza, como figuradas fueron de la Valse Chaloupée, Machicha, Tirolesa, etc.; y como variante girada, que son las últimas, algunas del Tango como el *8*, el *ascensor*, especialmente el *tirabuzón*, que unidas con otras de carácter americano, el *pato rengo*, forman una colección de verdaderas humoradas cuando vienen efectuadas con poca habilidad.

Consideramos inútil la descripción de cualquiera de esas figuras por ser imposible explicarlas, lo que debe ser hecho prácticamente.

EL FOX-TROT (1914).—

Hemos dicho ya que las piezas nuevas al entrar en los salones, traen siempre los inconvenientes de la confusión por no ser bien interpretada su teoría que, en verdad, resulta siempre un enigma para los profanos. El Fox-Trot (relativamente nuevo), en su principio fué una pieza algo sportiva por sus pasos fuertes y casi violentos, una de las causas quizás, que haya retardado su propagación. Se vino luego suavizando, pero el orden de sus cambios de pasos, sigue dificultando su ejecución. Daremos como base, algunas indicaciones, que una vez bien estudiadas, cada danzante podrá darle el orden que mejor le plazca. Utilizaremos un "yergo", digamos así, que todos puedan entender prescindiendo de los términos técnicos de la teoría.

Primero. — El Fox-Trot (trote del zorro) se baila sobre una música de tiempos pares (metrónomo 100), más lenta que el One-Step.

Segundo. — La postura es casi siempre como la de los bailes girados.

Tercero. — Los pasos se resumen en dos principales que llamaremos paso "sencillo" y "paso doble" (base de todos los bailes de salón). Uno y otro se ejecutan apoyando la planta del pie teniendo el empeine muy flexible para transmitir a todo el cuerpo el movimiento del pie, que debe ser muy espontáneo.

Cuarto. — Las figuras o cambios de pasos son varias, pero indicaremos las más esenciales. Obsérvese especialmente que todas las figuras son de una frase de ocho tiempos o de media frase de cuatro tiempos. Los pasos, como todas las piezas, deben darse con estricta precisión a la música. El caballero inicia siempre con el pie izquierdo y la dama con el derecho (téngase esta regla como elemental y principalísima), para todas las piezas de baile; solamente el tango "criollo" puede prescindir de ella.

Figuras principales.—

I Figura. — Déjese pasar la introducción, luego ejecútense 8 pasos sencillos (o marchando).

II Figura. — Se ejecutan dos pasos dobles (que llamaremos salto simple) de este modo: *a)* un paso adelante con el pie izquierdo contando "uno", substituyéndose el izquierdo por el derecho llevando el izquierdo atrás contando "dos"; *b)* disimúlese un paso con el derecho que se halla adelante contando "tres"; substitúyase el derecho por el izquierdo, llevando el derecho atrás, contando "cuatro"; luego márchese cuatro pasos sencillos saliendo siempre con el izquierdo para mantener el orden alternado de los pies. (En resumen esta figura, la característica del Fox-Trot, está compuesta de dos pasos dobles en el sitio, uno adelante y otro atrás). Márchese luego con otros cuatro pasos sencillos.

III Figura. — Es de 8 tiempos: 1 y 2 disimulando con cada pie en el sitio. 3 y 4 salto simple ya descripto; 5 y 6 disimulando otra vez en el sitio; 7 y 8 salto simple de nuevo, alternando siempre los pies.

IV Figura. — Ejecútese tres adelante, o atrás con el pie izquierdo del caballero y derecho de la dama, concluyendo la frase 8 con el paso sencillo.

V Figura. — Ejecútese un paso adelante y uno atrás juntando los pies a cada vez, luego sígase marchando desde el 3 hasta el 8 iniciando siempre con el izquierdo el caballero y derecho la dama.

Estas dos figuras pueden ser intercaladas con el paso de pausa o simulado como el anterior (III) o bien pueden ser una continuación de la otra, etc.

VI Figura. — Cuatro pasos seguidos con un pie y cuatro con el otro en cualquier dirección (repítase la I, II y III).

VII Figura. — Consta de 4 movimientos que llamaremos "paso alto": al primero se apoya (siempre con pie) el pie adelante y se levanta otro pie atrás flexionando levemente la rodilla: al segundo apóyese este pie atrás y levántese el de adelante flexionando también un poco la rodilla. (La dama hace los movimientos en sentido opuesto), luego márchese 4 pasos. (Repítase la I, II y III).

VIII Figura. — Ejecútese la primera figura del antiguo "Pas de Quatre" un poco movida, y otros cuatro pasos dobles, uno con cada pie, un poco saltados o girando.

IX Figura. — Se ejecuta con el salto simple (fig. II), pero sin pausas, esto es: 8 pasos cortos en el sitio de medio tiempo cada uno, uno adelante y otro atrás, concluyendo luego la frase de ocho tiempos con cuatro pasos simples marchando.

X Figura. — Se marcha 5 pasos sencillos, luego se abre la pareja del lado izquierdo del caballero, y se ejecutan dos breves pasos parecidos a vals antiguo, un poco rápidos para completar sobre el 7 y el 8 tiempos.

Nota. — Nuestra opinión sobre esta pieza es en todo favorable, pues hallamos en ella mucha originalidad dentro de su carácter excéntrico, y, sin carecer de elegancia y fineza en todas sus partes refleja el modernismo puro de la danza de salón, digno de figurar al lado del majestuoso doble boston con el cual ofrece un contraste en extremo delicado y artístico.

Su música, ahora sincopada, es alegre sin ser agitada y para los buenos amateurs ofrece un bello tema para ostentar sus habilidades y su buen tacto en la danza del salón moderno.

Prof. M. Vignali.

La Broma



I

Después de cambiar el cotidiano beso de saludo, las dos hermanas tomaron asiento en gemelas butaquitas enanas situadas frente al balcón.

A través de los calados "stores" se veía el cielo de la tarde otoñal, como un inmenso vidrio esmerilado y se filtraba la amable y vaga sombra del atardecer.

De la calle — zumbido de colmena, — ascendía un rumor polifónico.

Ana María quitóse la gorra de granate terciopelo adornada por un gallardo "Sprit" trémulo y recostóse en la butaca. Sobre el fondo obscuro del respaldo se destacaba el caso rubio de su cabellera, aureolando con una gracia, ingenua por la sencillez del tocado, el óvalo perfecto del rostro pálido y blanco, los ojos inquietos y brillantes y la boca pequeñina y roja en forma de corazón, fruncida en un gesto ambiguo y gracioso de pilluelo.

Luisa, frente a ella, la contemplaba complacida, llena de íntima ternura hacia la hermana menor, sonriente, por el desenfadado encanto del rostro de la nena.

De pronto, y dejando de mirar a través de la cristalera, Ana María preguntó a su hermana:

—¿Y tu señor marido?

—En el casino está — le respondió Luisa.

—¡Dichosos casinos! exclamó Ana María. Y luego, súbitamente:

—Oye, ¿qué tendrán los casinos para que se entretengan tanto en ellos los hombres?

—Mujer, ¡yo qué sé! Como hay amigos...

—¡Uf! Ni que fueran los amigos más interesantes que nosotras... Es lo que yo digo: si lo que ellos buscan es comodidad, no han de encontrarla en el casino mejor que en su casa. Y si son amistades o afectos, ¿cuáles mayores que los de su familia?

—Tienes razón — le contestó Luisa, pensativa.

Por eso me extraña tanto — siguió Ana María — que pasen la vida en el casino. Mi novio, siempre que le pregunto a dónde va o de dónde viene, ¡ya se sabe! la misma respuesta: "Voy al círculo", o "Vengo del círculo". ¡Qué fastidio!

Hubo un largo silencio. La estancia se iba sumiendo en la penumbra. Una claridad borrosa filtraba de la calle, y en los cristales, la fina lluvia de Octubre fijaba infinitos brillantes...

—¿Y qué te parecería, Luisa, si hiciéramos venir a tu marido?

—¡Mujer!

—¡No seas tonta! Vamos a llamarlo, y que venga junto a su mujercita, que estará mejor que perdiendo el tiempo con sus amigos...

Y Ana María, sin esperar a más, se dirigió al teléfono e hizo girar la manecilla del timbre.

—Pero muchacha, ¡no seas loca! — le interrumpió Luisa.

Ya sonaba, respondiendo, el timbre.

—¿Central? — interrogó Ana María. — Con el Nuevo Club. ¡Alza! ¡Al aparato! — le dijo luego a su hermana.

Luisa vencida por las lagoterías de la linda nena, se puso ante el teléfono.

Ana María rompió a reir escandalosamente.

—¿Qué te pasa, chiquilla? — le preguntó Luisa.

—¡Nada!... Que se me ocurre una broma muy graciosa. Tú ve repitiendo lo que yo te dicte... Verás, verás, cómo tu marido viene corriendo antes de cinco minutos.

—Dificilillo lo veo. Pero...

Y obligada por las zalamerías de la hermana, interesada también en la broma, Luisa dijo ante el aparato cuanto Ana María le indicó.

II

Pepe Santisteban, avisado por un mozo del Club, se dirigió a la cabina del teléfono.

Empuñó el auricular, y preguntó:

—¿Quién habla?

Y, sorprendido, oyó claramente la voz de su mujer, que decía:

—Soy yo, Luisa. ¿Eres tú, Felipe?

Pepe Santisteban, intrigado por la extraña pregunta, sospechando que una equivocación del mozo habíale llevado al teléfono, contestó con voz ahogada.

—Sí, soy yo.

Oyó luego, como un sordo murmullo de disputa, entrecortadas risas femeninas, un ¡anda tonta!, pronunciado por una voz de mujer que no era la de su esposa y, por último, escuchó, mudo de sorpresa, lo que Luisa, con acento claro decía:

—Mira, Felipe. Ya puedes venir sin cuidado, Pepe está ahí en el Club, hace rato y no volverá hasta la hora de comer. Tenemos tiempo...

Inconsciente, había colgado el auricular y no pudo oir más.

Y cuando, ciego de pena y de rabia, con un paso lento y tambaleante de beodo, descendía las escaleras, aún viraba insistente el timbre del teléfono.

III

Las dos hermanas, en el gabinete, reían como locas.

—¡Ya verás, ya verás! — decía la pequeña — como viene en seguida tu marido. ¡Y habrá que verle la cara!

Luisa, más reflexiva, pasado el primer instante de regocijo, contestó:

—Sin embargo, yo creo que ha sido demasiado... Se va a enfadar con nosotras.

—Tonta, pero se le quitará el enfado, con la alegría de ver que todo ha sido broma...

Anochecía. Y a través de los "stores" no penetraba claridad alguna. Un reloj dió siete campanadas.

—¡Ya tenía tiempo de haber llegado Pepe! — murmuró Luisa.

—¡No te impacientes mujer! — dijo Ana María. — Lo habrá tomado con calma y vendrá pensando, por el camino, la forma en que ha de matarte...

. . . .

Y dieron las ocho y las nueve y las doce, y el marido no llegó.

Y al día siguiente, sobre un banco de un paseo de las afueras, fué encontrado el cadáver de Pepe Santisteban con la frente destrozada por un balazo.

En el suelo, junto al revólver con que se suicidara, se encontró, hecho pedazos un retrato de su esposa.

Julián Fernández Piñero.



TRÍPTICO SIMBÓLICO

Por el Príncipe Rodenburg

Para "Selecta"



SUBYUGADO

A paso tardo, moroso,
Pero firme y sin tropiezos,
Por campo intérmino y vario
Va plácido y manso buey;
Es formidable el esfuerzo
De músculos sanos, tiesos,
Y él la cerviz buena inclina
Bajo el yugo, que es su ley.

Sus ojos dulces, tranquilos,
Retratan siempre el descanso;
Mas las venas del pescuezo,
En formal contradicción,
Entumecidas, visibles,
Enseñan que, si él es manso,
Virtud constante es su fuerza,
Su energía no es ficción.



El vigor infatigable
De sus miembros adiestrados
Abre el seno de la tierra
Para volverla feraz;
El arado fecundante,
De cuchillos afilados,
Cortando, revuelve el suelo,
Y es instrumento de paz.

Serenamente él prosigue
Preparando las cosechas
Y el mismo pan que su esfuerzo
Le debe dar a comer;
Si alguna vez se rebela
Por sus fatigas deshechas,
Luego retoma sus penas,
Que su destino es ceder.

Y, en su vida humilde y bella,
De continuo sacrificio,
Su esfuerzo lo nobilita,
Que por su esfuerzo él es rey;
El progreso es su conquista;
Y él, por derecho agnaticio,
Posee majestad humana:
Es el trabajo ese buey.

INDÓMITO

Salvando montes y valles,
En desmedida carrera,
Maravilloso caballo
Sigue sin freno, veloz;
Nada se opone a su paso:
Ninguna valla o barrera;
Nadie hay más que lo detenga,
Nadie, sino el mismo Dios.

Su color, que ora se muestra
Rojo de llama, encendido,
Y ora pálido, amarillo,
Sea lívido o cruel,
Tiene sombras más oscuras,
Como si sólo el vestido,
Variando, cambie sus tintas,
No las manchas de la piel.

Y el caballo sigue, sigue
Por esos mundos afuera,
Pasando por cada pueblo,
Por cada villa o ciudad;
Si a su paso esparce lloros,
No lo ve, que, en su carrera,
Él es instrumento ciego
De la propia humanidad.

Siempre indómito, siniestro,
Sus cascos huyen del suelo,
Echando chispas de fuego
En su trayecto fatal;
No es él como otros destreros:
Su corrida es casi un vuelo,
Y, el galope resonante,
Marcha fúnebre, mortal.

¿A dónde va?... No lo sabe
¿Por qué no para?... Imposible.
A tanto correr sin brida
No hay pausa ni restricción;
Venciendo montes y valles,
Sin freno, loco, temible,
Sigue abriéndose camino
El corcel de la pasión.

ESFINGE

Mal principia su jornada,
Para buscar ilusiones,
Y, en fatal encrucijada,
Se encuentra infante gentil.
El sitio es el más propicio;
Tiene extremas atracciones:
A la izquierda, un precipicio;
A la derecha, un pensil.

Aun niño, él juega con flores,
Entre abejas, mariposas
Y alados, lindos cantores
Del encantado jardín;
Pero, en su juego inocente,
Prefiere siempre las rosas
Que marginan la pendiente
Del precipicio sin fin.

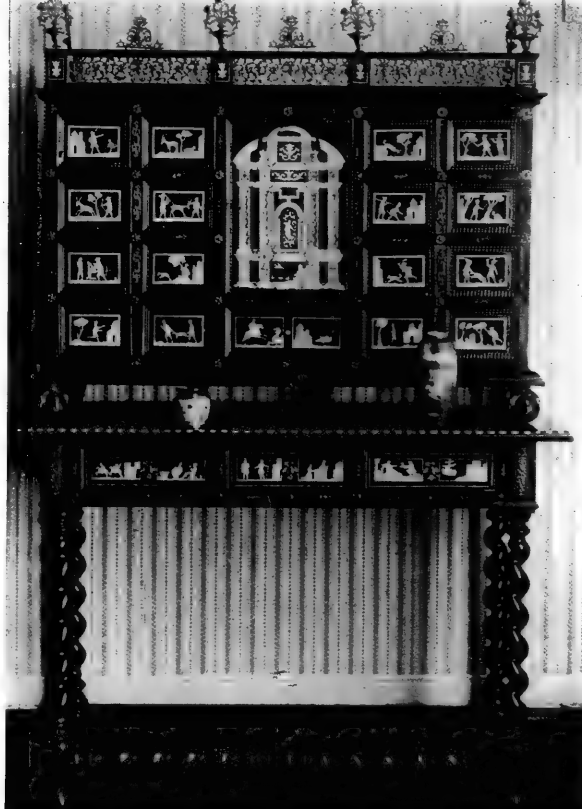
Es joven, más tarde, el niño;
Sintiendo fuego en sus venas,
Por conquistar un cariño,
Poseído de su ardor,
Se expone al peligro ingente,
Desprecia riesgos y penas
Con temeridad creciente,
Y es paladín del amor.

Más adelante es ya viejo;
Los pasos trémulos, flojos,
Siguiendo el propio consejo,
Apóyase en su bastón:
Porque se ha vuelto prudente,
Confía poco en sus ojos;
Ya no es más independiente:
Lo domina su razón.

Y así sigue, hasta la muerte,
El errante peregrino,
Buscando llenar su suerte
— Destino o fatalidad. —
Por todas partes lo vemos,
¡Que es muy largo su camino!
Algo de él todos tenemos:
Ese hombre es la humanidad.

Montevideo, 1917.





SERENATA

Dedicada a la señorita Ursula P. Otero.

(INÉDITO)

I

Con las sombras de la noche,
Suspirando el corazón
Llega al pie de tu ventana
A cantar el trovador.
Todo es mudo y misterioso;
Todo sombras en redor;
Niña hermosa que despiertas
¿Tú no hospedas el amor?
Escucha sus cuitas ¡oh, niña, por Dios!

II

Sueño dulce en blando lecho
A tus párpados bajó;
Y a estas horas, suspirando,
Vaga errante el trovador.
Como el trino de las aves
Te despierta su canción
Y a tus puertas ha llegado
¿Tú no hospedas el amor?
Escucha sus cuitas ¡oh, niña, por Dios!

III

Abre, niña, tus ventanas
Que aun no asoma el claro sol.
Y la luz de tus pupilas
Sea el sol del trovador.
Abre, niña, que mañana
Palpitando el corazón,
Rogarás por que te ruegue
En las noches el amor.
Escucha sus cuitas ¡oh, niña, por Dios!

José Mármol.

Montevideo, Julio de 1848.



El jazmín de tus manos

(Inédita para "Selecta")

¡Oh palidez del mármol, en tus albas
y transparentes manos! yemas suaves
cual lampo virginal;
flor de azucena, grácil y simbólica,
flor que semeja la impecable albura
de un vaso de cristal!

Oh suavidad! Blancor que purifica
tus manos de marfil, tus dedos gráciles
cual péta'os en flor.
En su alba nitidez, azules venas
que en delicadas líneas se entrelazan
un beso son de amor!

Oh placidez! Tus manos vaporosas
incitanos a orar, en la penumbra
de agonizante luz;
tus manos de perdón, piadosas, blancas,
cuando se extienden al fervor del ruego
semejan una cruz.

Oh tímido candor en piel de armiño!
Tu mística beldad es el ensueño,
la pálida visión;
tus nieves puras, de fulgor sin mácula,
son luz espiritual, amor excelso,
o emblema de perdón.

Oh excelsitud de tus ebúrneas manos
con que soñara un día entre delirios
la Reina del Sabá!
Capullos de jazmín, cendal de nieves,
sugieren ritos, preces, holocausto,
la fe del más allá...

Cuando plegadas alcen en el templo
junto a la mirra y el gemir del órgano
su flébil oración,
tus manos sean las palomas blancas
que arrojen una lluvia de ambrosía
sobre mi corazón!

E. Diez de Medina.

Muebles antiguos

Reproducimos en esta página las fotografías de dos muebles cuya valor, considerados como obras de arte y como antigüedades, es sumamente apreciable.

Se trata, como se verá, de un bargueño y un sofá.

Admirables son ambos muebles, admirables por su construcción, por la finura del torneado y escultura que se ostentan en las diversas piezas y por la riqueza del material empleado.

El bargueño, es de ébano con incrustaciones de marfil y carey. Fué tallado en la ciudad de Granada en el siglo XVII y adquirido por la distinguida señora Matilde Artagaveytia de Arocena en el año 1889, se halla hoy en poder de la familia Muñoz Arocena.

Aun cuando la fotografía y luego el grabado pierden muchos de los detalles de tan hermoso mueble, sin embargo hacemos notar al lector la delicadeza que se nota en las siluetas de las figuras que forman los motivos de las incrustaciones de marfil y carey. Hay en esas incrustaciones una finura admirable de ejecución y un notable buen gusto en la elección de los temas.

Este bargueño es realmente una obra de arte y una reliquia por su antigüedad. Por ese estupendo ejemplo, bien podemos darnos cuenta de como se trabajaban los muebles en aquellas lejanas épocas y cuanto era el refinamiento que en el hogar habian implantado los españoles de entonces.

El sofá es otro hermosísimo mueble, construido en caoba y tapizado con cachemira rameada. Las esculturas que ostenta son de gran mérito y el conjunto constituye un mueble soberbio en su clase.



La confesión del tullido

LAS tardes de Caracas son lindas. Los crepúsculos duran largo tiempo; el cielo y las cosas atenúan su brillo hiriente: los tintes, amortiguándose con lentitud, bañan la atmósfera de tonos suaves. El sol de ocaso pincela de áureos matices la frente de las montañas vecinas; el aire se endulza; el cielo viste un bello y tenue azul.

En ventanas y balcones se apiñan hermosuras, ávidas de ver y de ser vistas. Las feas, por de contado, también se asoman a sus ventanas de balaustres. Por entre las rejas salen volando, a veces, ráfagas de música. La música del país es muelle como esa otra armonía que se desprende silenciosa, de los contornos del seno, de las caderas, de los brazos y gargantas de casi todas las caraqueñas.

Como la gente es perezosa, a las mujeres les gusta poco salir; los hombres mismos, en vez de irse, ya a pie, ya en carruaje, a tomar el aire fresco a los vecinos campos, o siquiera al bello jardín de "El calvario", se pasean por las polvorientas calles, en coche los que pueden, no bien declina el sol, hacia las seis. Los enamorados, más o menos platónicos, son los primeros. Casi todas las mujeres están en las ventanas. A esa hora, pues, aunque de lejos y al paso, pueden ver a la que aman. Otros se paran en las esquinas. Otros en las ventanas, a pelar la pava.

Una mujer había, la más bella de todas, que encastillada en su hermosura y orgullosa de sí, no quiso rendir a nadie su corazón.

Admirarla era casi un deber. Cierto poetilla, que la echaba de picaflor o, como dicen en otras partes, de Tenorio, compuso un tomo de madrigales para ella: madrigales a sus manos, madrigales a su boca. Ella, aunque lisonjeada, no le hizo caso, porque ni el poeta ni los versos valían la pena.

Sinnúmero de amadores hacían la ronda a su puerta; o pasaban de tarde por frente a su ventana.

Pero uno se distinguía entre los fieles de aquella diosa de carne y hueso.

Este no corría en carretela ni pasaba a pie sino que se plantaba en una silla rodante, en toda la esquina. Era un joven paralítico. Se decía de él, sin razón, que era fatuo: y ninguno ignoraba el amor del infeliz.

Yo ardí en deseos de saber qué pasaba en el corazón de aquel mísero, a quien el infortunio baldó el cuerpo y no el alma.

El tullido, el pobre, tenía el pudor de su afecto; mas, a la postre, un día estuvo en vena de confidencias y me abrió su corazón



Señora Rosa Camuso de Torquist

De la más ilustre sociabilidad porteña fué esta dama cuyo retrato, es como una joya en las páginas de "Selecta". Noble y generosa no olvidó nunca que más allá de los dinteles de su palacio, había gentes humildes que necesitaban socorro y consuelo. Las obras pías encontraron en esta matrona una colaboradora tan eficaz como entusiasta. El recuerdo de la señora de Torquist perdura en la sociedad porteña y se intensifica aún ante el celo que por conservarlo incólume ponen en toda su actuación los descendientes de tan noble señora.

"Es cierto me dijo, estuve y creo que aún estoy enamorado. No es mía la culpa. Ella es hermosa; y yo no tengo alma, porque no soy, según han dado en la flor de creer y aun decir, un idiota. Yo sé que haberme enamorado de esta señorita es, dada mi invalidez, algo ridículo; pero no puedo pasarme sin verla. Aquí me encontrará usted casi todas las tardes. Antes, ella no se mostraba cruel, sino más bien benévola conmigo. Yo le mandaba ramos de flores, rosas, jazmines, violetas, lo mejor que podía encontrar. Siempre aceptaba con una sonrisa de bondad mis presentes; y yo empecé a sentirme, en medio de mi infortunio, algo feliz. Luego supe que su benevolencia fué mofada; se hizo burla de su piedad, para darle algún nombre a su sentimiento, y de mi amor. Yo no tengo la culpa. Yo no dije que la amaba. Pero el amor es el diablo y se le sale a uno por los ojos. Al fin le prohibieron en su casa que aceptase mis flores. Cuando me rechazó mi regalo, un macito de violetas, tuve que contener mis lágrimas. Es tonto lo que estoy confesando y más tonto aún que se lo confiese a usted. Pero en fin, sin alardear, ni mucho menos, como alardean los poetas, de sus infortunios amorosos, bien puedo hacerle a usted esta confidencia. Al fin somos todos del mismo barro miserable y sensible. En la noche lloré; esa noche juré no verla más.

A la tarde siguiente, no pude, con franqueza, resistir al deseo de contemplarla, y me hice arrastrar hasta aquí. Las burlas siguieron. Ella dejó de saludarme, o más bien dicho, de responder a mi saludo; pero yo siempre fiel, siempre atado con una cadena invisible a su hermosura maldita. Una tarde, al yo insistir en saludarla, me sacó fuera su lengua, en señal despectivo o de cólera, como lo hubiera hecho una chiquilla.

Ese día no lloré sino reí; me reí con ganas, me reí mucho, muchísimo; y empecé a reírme en sus ojos. Ella se puso muy enojada, tanto, que me volvió la cara, y desde ese día ya no quiso más sentarse sino de espaldas a esta esquina donde me detengo. Su enojo se trocó en malquerencia, y decirle puedo a usted satisfecho que hoy me odia. Y vea usted lo que son las cosas, ahora es cuando soy menos infeliz. Ahora poseo algo muy sincero, muy puro, del alma de esa mujer: poseo su odio. Yo he obtenido más que todos esos estúpidos que la enamoran. Ninguno ha podido entrar en su corazón. Yo, sí. ¿Qué importa por qué puerta? Yo me siento posesor de algo que no se puede mentir. Soy casi feliz; y me creo más afortunado que el hombre a quien ella ofrezca su mano y hasta su corazón. Una mujer tan vanidosa, tan pagada de sí, amará siempre y por sobre todo su hermosura. En cambio ella no puede odiarse a sí misma, y mal puede tener otra persona a quien odiar. Su odio, pues, es íntegro para mí; y su amor, en cambio, nunca será completo para su esposo.

Tengo la mitad de su alma, por lo menos ahora. ¿Quién pudiera decir otro tanto?

Usted me verá todas las tardes aquí, mirándole por detrás las orejas, casi contento."

La fisonomía del paralítico se iluminaba. Hasta sus piernas de perlático parecían animarse.

Al fin lo dejé; y me fuí calle arriba, taciturno, todavía con algo del vértigo que me produjo el fondo de aquella alma, a la cual quiso asomarse mi curiosidad.

R. Blanco - Fombona.

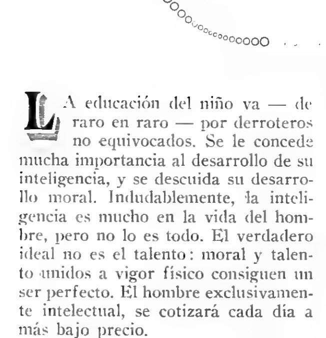
Página de los niños



María Josefina Estradé Zugasti



Maruja y Osvaldo Raúl Martínez Jaume







Alberto Biraben Muñoz



Chichí Rodríguez Aubriot

LA educación del niño va — de raro en raro — por derroteros no equivocados. Se le concede mucha importancia al desarrollo de su inteligencia, y se descuida su desarrollo moral. Indudablemente, la inteligencia es mucho en la vida del hombre, pero no lo es todo. El verdadero ideal no es el talento: moral y talento unidos a vigor físico consiguen un ser perfecto. El hombre exclusivamente intelectual, se cotizará cada día a más bajo precio.

La gimnasia no tiene la finalidad de hacer acróbatas, ella quiere acostumbrar al organismo a obtener el mayor rendimiento con el menor gasto de energías y con la menor fatiga. Los niños deben ser hábiles también. Las manos no han de servir únicamente para escribir y dar vuelta hojas de libros.

En las escuelas inglesas y francesas, se dedica gran atención y una gran parte de las horas diarias a trabajos manuales. Todo niño debe saber manejar la madera y el hierro. En el campo, lejos casi siempre de recursos, es necesario saber manejar con tanta habilidad el fusil como la azada. Hay que hacer niños ágiles, hábiles y emprendedores.

Estas enseñanzas infantiles, requieren, para que pierdan su base de cansancio y aburrimiento, un poco de amenidad. Hay que desterrar la enseñanza tiránica. Esta orientación es tan provechosa que, en las escuelas francesas, una gran parte del tiempo en que los niños permanecen en ellas, se dedican al juego. Juegos seleccionados, se entiende, juegos reglamentados, de manera que adiestren a los jugadores infantiles a apreciar pronto la naturaleza de los problemas, a vencer las dificultades que brotan, y así se van formando hombres aptos para las más difíciles y arriesgadas empresas.

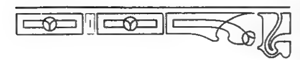
"Instruir deleitando" es el mejor sistema de la educación moderna. En los asilos maternales de Montevideo se sigue, con gran provecho, ese sistema de enseñanza y se obtiene un magnífico resultado. Hay allí centenares de niños cuyas madres han buscado la utilidad y conveniencia de esas casas benéficas que facilitan a sus pequeños hijos, a la vez que un albergue seguro, salud al cuerpo y bienestar al espíritu

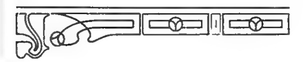
En los asilos maternales, los niños son objeto, de parte del personal enseñante, de derroches de ternura y abnegación. Las maestras son verdaderas madres que velan constantemente por ellos.

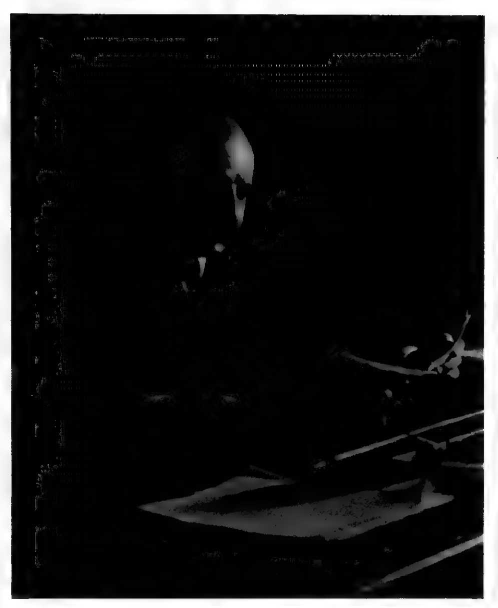
En una visita que hice recientemente a ellos, he podido apreciar de cerca la labor realizada en esas casas de caridad que sostiene la Asistencia Pública Nacional. Obra bellísima y de fructíferos resultados, es la realizada en esas instituciones que cada día dan mayores muestras de su desarrollo. Propender al desenvolvimiento, estimulando su amor al estudio, es obra digna de aplauso y el aplauso es más entusiasta aún cuando se pueden apreciar los frutos de esa labor en inteligencias privilegiadas como las que despiertan en los asilos maternales.

La Abuelita.

La educación del público en materia de Arquitectura







Arquitecto Eugenio P. Baroffio

MUCHAS veces, cuando se han suscitado discusiones alrededor de alguna obra o de algún proyecto se ha evidenciado la necesidad que existe de difundir en el público la educación en materia de arquitectura, como medio de contribuir al mejoramiento artístico de la ciudad y a la extensión positiva de la cultura general.

Los edificios monumentales tanto como las casas de habitación más simples; las grandes construcciones industriales de índole utilitaria, como los más pequeños elementos decorativos de una ciudad, todos desempeñan un papel preponderante en la determinación de las características locales y en su conjunto constituyen el ambiente artístico más sensible, que acusa el sentimiento, la educación, las costumbres y la inteligencia de una población.

Nada hay tan elocuente para el viajero observador como ese cuadro de creaciones materiales que integran las manifestaciones de la naturaleza, imprimiendo el sello particular del sentimiento dominante de los hombres. Y cuando ese conjunto de cosas creadas añade sabiamente cierto espíritu concordante con el ambiente natural y con las leyes que imponen las necesidades de la vida en su expresión proteiforme, se obtiene esa armonía, ese inefable encanto que deleita y subyuga en las ciudades hermosas.

Toda ciudad debe tratar de crear o conservar su individual fisonomía, desarrollándose y adaptándose a las exigencias del progreso sin violentar las condiciones propias del medio, fuente segura de caracteres originales. Y esto tanto más se hará sensible cuanto más la arquitectura, inspirándose en las profundas razones de la lógica y en las puras regiones del sentimiento, trate de ajustar sus formas abstractas a composiciones expresivas, capaces de trasmitir ideas y sensaciones singulares.

Pero, para esto será necesario que el público y los arquitectos estén colocados en un plano de educación artística que los haga pensar y sentir en una forma concordante, que exista entre ellos una corriente de simpatía tal que les permita interpretar lógicamente las necesidades de la vida material y moral y comprender el lenguaje usado en las soluciones estéticas.

El estudio y el amor por las obras arquitectónicas y por su historia, son como un medio profiláctico que evita igualmente las rachas violentas de pretendidas novedades, como el estancamiento morboso de ideas añejas, anacrónicos resabios que aparentan un sentimiento que no existe, porque no responden a la vida, siempre variable a través del tiempo.

La arquitectura existe en todo, no sólo en edificios y monumentos. Existe en una escultura cuando la sostiene y le dispone las masas en una armoniosa distribución y en una estable unidad de líneas. Existe en una verja, como en un mueble; en un friso de cerámica, como en una vidriera pintada. Existe en todo ello porque las hace partes lógicas de un conjunto único, y las define en la historia con su estilo.

La arquitectura es la razón del arte y los pueblos que sienten su solemnidad y su íntima esencia, alcanzan a comprender profundamente el equilibrio, la armonía y la lógica sublime que encierra la Naturaleza, que es la esencia misma del Arte.

En nuestro país, donde aún no existe el ambiente que tienen otros pueblos por herencia de los siglos vividos, y donde los sentimientos de tradición, atávicos, no pueden influir en sentido determinado, para impulsar la forma artística hacia un ideal preconcebido, debemos preocuparnos de preparar la capacidad de juicio del público y hacerle apto para comprender y sentir la arquitectura en todas sus manifestaciones. Hay que interesarlo por las cuestiones que a ella se relacionan, puesto que así obtendremos en él un consciente entusiasta y eficaz colaborador en la gran obra de embellecimiento de todo lo que rodea nuestra vida.

Pero, esa preparación no debe tender a una educación formal, doctrinaria, de erudición, superficial, sino a intensificar y a aumentar su capacidad para sentir y comprender lo bello, sin prejuicios y libre de toda influencia de la moda, que crea una atmósfera artificial, muchas veces bien perfumada pero en la que flotan también las miasmas del tartufismo.

Las clases dirigentes deberán por tanto estimular los estudios de arquitectura, provocar los concursos públicos, discutir públicamente los problemas arquitectónicos de cualquier magnitud, y hacer intervenir al público interesándolo a todas esas cuestiones, ya sean ellas relativas a las modestas casas populares, ya traten sobre los grandes monumentos nacionales.

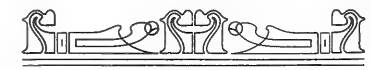
El Gobierno y el Municipio, la prensa y las instituciones intelectuales, deben poner el mayor empeño en esa tarea, de la que dependerá necesariamente la formación del ambiente nuestro, como marco proporcionado y armónico de nuestras condiciones naturales y de nuestra potencialidad económica y social.

Los concursos públicos y privados, la protección razonada y prudente a todos los esfuerzos bien intencionados, los premios a las obras de aliento, deben instituirse entre nosotros con mayor razón que en otros países, porque como sociedad naciente, sin convicciones arraigadas, de conceptos reflejos, sin ejemplos educativos que nos rodeen, necesitamos una labor preparatoria de tentativas y de enseñanzas que nos indicará el camino propio y adecuado para conseguir el sello particular que debe distinguir lo nuestro.

La crítica sana, de criterio amplio, que encauce todo el movimiento arquitectónico, por la verdadera vía, contribuirá a ilustrar al público y a obligar al arquitecto a ser noble y honesto en su profesión. Y esa crítica y el interés de todos en penetrar y analizar la obra de arquitectura, con relación a todos los factores que deben determinar su carácter, constituirán la base de una orientación definida, sin las trabas de los prejuicios erigidos en normas reguladoras indiscutibles.

Eugenio P. Baroffio.

Montevideo.



La princesa Yolanda

Un hermoso óleo

HEMOS visto expuesto en una de nuestras principales casas un hermoso óleo que representa a la Princesa Yolanda, hija de los Reyes de Italia. Obedeciedo a la impresión recibida al contemplar el retrato, diremos que es un bello cuadro.

Quizá en esta impresión vaya mezclada también la belleza del original, pero de todas maneras, cuando una labor artística nos atrae y nos hace sentir la necesidad de afirmar que es hermosa, es prueba de que habla elocuentemente al sentimiento y de que hay innegables valores emotivos en ella.

En este retrato de la Princesa Yolanda, debido al pincel habilísimo de la señora Luisa R. Vignali, nos place sobre manera la exquisita delicadeza de la ejecución, el colorido suave y la corrección del dibujo y acierto en el parecido. El rostro juvenil de la Princesa surge de la tela en todo su amable frescor, una frescura perfumada de rosa y de lirio. En los ojos hay una honda expresión de vida, y la mirada evidencia toda la bondad de un espíritu de selección, de un alma encantadora, pura y sencilla.

La cabellera negra tiene suavidades deliciosas, y las ropas que cubren el cuerpo airoso dan la completa sensación de la habilidad que el pincel ha puesto en todos los detalles, aun en aquellos de menos importancia para la armónica presentación del conjunto.

Ante este retrato, además y por sobre todas sus bondades técnicas, tiene el observador la sensación de que se halla ante una augusta descendiente de reyes. Hay en toda la elegante figura, una como majestad impositiva, que diríase en el mejor mérito de la tela y donde el sentimiento de la artista se ha demostrado con más elocuencia.

Con esta obra la señora de Vignali queda una vez más consagrada delicadísima artista y notable profesora, cosa esta última bien sabida por muchas familias de nuestra alta sociedad. Esta artista, sin embargo, por exceso de modestia no lleva sus trabajos a las exposiciones que periódicamente se realizan. Y ello en verdad es una lástima. Podría brillar plenamente en esos torneos.

El retrato de la Princesa Yolanda ha sido donado por su autora a la señora Marquesa Maestri Molinari, bajo cuyos auspicios y los de su hija, será puesto en venta a beneficio íntegro de los huérfanos de los maestros muertos en la guerra.





Por qué Amor es ciego

(cuento de Infantas)

ES viejo el bufón, muy viejo. Conoció a tres reyes, los más gloriosos de la dinastía, bajo cuyo recio poderío floreció la república como planta bien cuidada. Ahora su merced don Gironcillo, que fué monarca del donaire así como su amo lo es de la nación, no usa la vestimenta de chillones colores, atributo de la locura, ni cascabeles ni sonajas, sufre ya como insignia de tan humillante menester un severo traje de fino paño de Segovia, como a su edad venerable corresponde, encuadra su persona, que es breve y arrugadita, las barbas de plata, mucho respeto atraen; tócase con un birretillo de terciopelo, también negro sin pluma ni joya, y en la diestra lleva a manera de báculo que le vale de apoyo un rico bastón de ébano, con puño y contera de oro, los cuales fueron fundidos, según el mismo dice, con los haberes de su primera soldada, allá en tiempos del César. ¡Dios lo tenga en su santa gloria! Era un gran rey y era un buen hombre.

En esta mañana que nos trae a cuento, está el anciano patriarca de la risa, sentado ante un gran ventanal de las bajas galerías; atalaya desde allí con mucha nostalgia de su tiempo mozo, los amplios y bellos jardines de la Casa de Campo, y el horizonte diáfano y limpio que besa los picos de la sierra vecina.

"¡Aquella dama Ysabel que me fué amable una tarde en Riofrío, casó luego con un montero mayor!... Esotra aya Amelia... que curaba de la Princesa Ysabel Clara Eugenia"...

En las Descalzas reales paró aquel traspiés.

¡El Escorial! Así como era Panteón de reyes, era también Panteón de los más queridos recuerdos y de los más sublimes amores del juglar.

Por estas penas ándanse haciéndole los ojos devoción de ellas, cuando muy quedo lléganse le a traición la infantita doña Margarita María, y su azafatilla Agustina Velasco, y remendándole un susto tórnanle a la realidad.

El vejete trae hacia sí a la Infanta, y pídele burlesca cuenta de aquel desacato.

Y la Infanta y la azafata corrían en torno de su merced, riendo como dos locas.

—Oye, Gironcillo — dícele S. A. — Cuéntanos una historieta.

—¿Vieja o nueva? — responde éste.

Cosa tuya, poca novedad puede tener. Mil veces he oído decir a mi madre, que cuando él era muchacho de mis años, tú eras ya muy maduro.

Veinte años de ventaja llevábale yo a tu abuelo, y mis primeros pasos en la corte del suyo los di.

—Bien, bien, cuéntanos algo.

Y comenzó el bueno de Gironcillo su narración con voz de misterio, en que había algo de canturria.

—Pues, sabe tú, princesita mía, que esta era una vez, que allá en tierras Germanas, por donde comienza a ponerse el sol en los estados españoles, había una infantita pulida y bella así como tú lo eres, sino que en edad ganábate un lustro por la mano. Aconteció que allá por cuando las luchas de la Reforma, que fué traza ideada por el malo, para perder almas débiles, hubo menester el padre y señor desta princesa, de salir a la cabeza de sus gentes para combatir por la virginidad de María, madre nuestra, y la irrecusable verdad del Santo Evangelio.

Erase el atardecer del mesmo día en que el padre se partió contra los infieles. Muy sola y apenada estaba en el parque del castillo la dolorida, cuando a punto en que el sol dejaba ver su última brasa, llegó un muchachuelo muy lindo y despejado, que comenzó a querer alegrarla. Iba todo él desnudico, y no más que una aljaba y una coronilla de flores traía por gala e indumento. La niña miróle un rato, pero sin atender con grande entusiasmo a los juegos y bojigangas que urdía. Viendo el tal que éste no era camino para quitarle la tristura, recurrió al ingenio y comenzó a decirla madrigales muy a par del oído a la manera desos que vos sabéis de vuestro tío don Carlos y de los maestros Gutierre de Cetina y Luis Martín. Y esto ya comenzó a ser más del gusto de S. A. Llegó a sonreir, y deste modo transcurrió al filo de media hora, sin acordarse de su padre más que yo del huevo de Juanelo, cuando, héte aquí, que un bufoncejo de mala muerte, que a lo que yo entiendo era renegado huído de la cámara de algún embajador español, llegó hasta ella pensando que había sustituto, y esto era caer en desgracia, enojóse harto, pero bañando su cólera en agua burlesca, que es la ponzoña del ridículo, la más venenosa de cuanta inventara la alquimia, comenzó a parodiarle y comentarle cuanto decía, que era saetazos que iban requebrajando el corazón de la infantita y al fin ésta soltó una estrepitosa carcajada y con ella toda la obra del sitiador se vino al suelo.

No quiso esperar a más el bufoncillo, y mientras la princesa reía arrojó de mala manera al muchacho galán que no era otro que Amor. Aún no tienes tú noticias de él, quizá no tardes, que ya vendrá tiempo de que en tu corazón le enciendas una lámpara.

Muy condolido salió el mocito del parque, no miró dónde iba, imagino que no teníalo pensado, y echó hacia el bosque. A poco, las sombras cerraron del todo; allá en el cielo como lamparitas de plata, lucían las estrellas. Sentóse al pie de un recio arbusto, y pensando en su derrota lloró, y llorando, vino a dormirse.

Amaneció una mañana espléndida.

Dos mozuelas desarrapadas, salieron a buscar leña, y más que en ello, era menester que habían de cumplir, entreteníanse en correr y triscar por la verde fronda, en esta pararon en Amor que dormía y llegáronsele a mirar si era chiquillo con quien tuviesen amistad y vieron como no.

Desparramóse entonces por la tierra el primer bostezo de Febo, y un rayo tenue fué a reflejarse en dos lágrimas rezagadas que Cupidillo tenía a las puertas de los ojos. Al descomponerse la luz en ellas, advirtiéronle las pécoras, y pensando que fueran cuentas de cristal, a las que eran muy aficionadas, quisiéronlas cojer; pero entráronse en discusión y ésta fué la desdicha, cada una contábalas para sí, discutiendo vinieron a la greña, y a la postre, en un alto del duelo fuéronse como víboras para el dormido rapaz; y queriendo a un tiempo quitarle las lágrimas, entre las garras de bestia, puercas y afiladas, de cada una sacáronle prendidos los ojos.

. . . .

Ya sabes, princesita mía, por qué Amor es ciego. Antes deste desaguisado, él no asaltaba más que a los corazones que tenían el estuche galano y pulido, esto es, a las damas hermosas y a los caballeros gentiles, pero desde entonces, como dispara a ciegas, lo mismo caen sus flechas en lindezas extremadas y niñas como tú, que en cuerpos de cofre tan viejos y barbados como yo.

Diego San José.

De la nobleza española ::

Palacios famosos ::

En todo proceso artístico, es interesantísima la investigación de esos períodos *transitivos* en que las formas de un estilo que muere se esfuman en las de otro naciente. Aumenta el interés, si se trata de aquella revolución que en la historia de la cultura humana se conoce con el nombre de *Renacimiento;* y aun es mayor para nuestra España, donde un tradicionalismo consanguíneo hízonos siempre perezosos para los cambios de postura. No será inútil, por lo tanto, este *apunte* en el estudio de los comienzos de la arquitectura del Renacimiento en España.

***

Actualmente, dos edificios aparecen como primeros jalones en la introducción, en nuestro suelo, de las formas importadas de Italia. El uno, de historia muy conocida, aunque no exenta de nebulosidades, es el colegio de Santa Cruz, de Valladolid, fundación del Gran Cardenal Mendoza, y obra, a lo que se cree, de Enrique Egas, que lo levantó entre 1486 y 1492, pensándolo en estilo gótico y acabándolo en el del *Renacimiento.* El otro, es el palacio de los duques de Medinaceli, en Cogolludo (Guadalajara).

Pasó esta villa, tras múltiples peripecias que no son del caso, al patrimonio del insigne marqués de Santillana, el cual la dió en la dote de su hija doña Leonor de Mendoza, señora, por ello, de Cogolludo, cuando la casó con don Gastón de Lacerda, cuarto conde de Medinaceli. Hijo de este matrimonio fué don Luis de Lacerda, primer duque de Medinaceli por merced Real de 31 de Octubre de 1479; el cual, casado tres veces, tuvo por vástagos a una doña Leonor (esposa, un día, de don Rodrigo de Mendoza, marqués del Zenete, hijo del Gran Cardenal), y a don Juan de Lacerda, segundo duque de aquel estado. Don Luis, el primero, murió en 1501. (1)

¿Cuál de estos próceres construyó el palacio de Cogolludo? Ignorábase, lo mismo que la fecha precisa y el nombre del autor. Quadrado, en su conocida obra *Castilla la Nueva,* sienta que el edificio se levantó "entrado ya el siglo XVI". A esto se reducían todas las noticias. Una, curiosísima e inesperada, rectifica y aclara todo. Antonio de Lalaing, personaje flamenco que vino a España en 1501 en la comitiva de don Felipe de Borgoña y doña Juana de Castilla y que reseñó detalladamente su viaje, dice (2): "El miércoles (12 de Octubre de 1502), Monseñor y Madama estuvieron en Jadraque, y Monseñor fué a ver un palacio situado en el mercado de la pequeña villa de Cogolludo, perteneciente al duque de Medina, a tres leguas de Jadraque;... es el más bello alojamiento de España". Como se ve, la noticia es interesantísima, por cuanto prueba que en 1502 estaba ya construído el palacio.

¿Quién era a la sazón duque de Medinaceli? Oigamos al mismo cronista, al reseñar el recibimiento hecho, el 15 de Octubre, a los futuros reyes de España por el duque, en su castillo de Medinaceli: "El duque,

(1) "Historia Genealógica de la Casa de Mendoza", por don Diego Gutiérrez Coronel. Ms. del Archivo de Osuna.

(2) "Voyage de Philippe le Beau en Espagne en 1501", par Antoine de Lalaing, Sr. de Montigny. (Collection du Voyages du Soverains du Pays-Bas, publié par M. Gachard. Tome premier. Bruxelles, 1876).



Palacio de Medinacelli, en Cogolludo (España)

que sólo tiene diez y siete años, se hace sostener por dos criados, a causa de una enfermedad que padece en las piernas"... Luego este joven e inválido duque (nacido en 1485), no puede ser otro que don Juan de Lacerda, huérfano de padre desde 1501, como hemos visto en los datos genealógicos expuestos. Y como su corta edad y el escaso tiempo que llevaba en posesión del título y mayorazgo, son obstáculos para que hubiese podido construir el palacio de Cogolludo, hay que dar por cosa cierta y averiguada que éste fué levantado en los tiempos del primer duque, don Luis de Lacerda. Es, por lo tanto, obra de hacia el año 1500.

¿Y el autor? (1) El duque don Luis había sido consuegro del Gran Cardenal; pero muerto éste en 1495, y muerta también la marquesa del Zenete (doña Leonor de Lacerda) antes de 1500, los lazos de parentesco habían quedado rotos ya por esta fecha. No es imposible, sin embargo, que comenzando el palacio cuatro o cinco años antes, hubiese sido encargado su proyecto y construcción a alguno de los cinco maestros de la Casa de Mendoza, que nos son conocidos (2). Faltos del dato documental, sólo un estudio de los monumentos podría aclararnos el supuesto.

El palacio de Cogolludo es una obra bellísima: su fachada, especialmente, produce una sensación de equilibrio y al par, aunque parecer pudiera antagónico, de animación pintoresca. Pertenece a un estilo mixto gótico - mudéjar - renacimiento. La fachada, de silueta rectangular, se compone de un primer cuerpo almohadillado, sin más hueco que la puerta central; un segundo, con seis ventanas ajimezadas, gran cornisa y antepecho con crestería. En este conjunto, hay que asignar al Renacimiento la idea general que, en la continuidad de la superficie (sin contrafuertes) y en la carencia de torres, tanto se aparta del tipo del palacio gótico castellano: el aparejo almohadillado tan *italiano* y distinto de las conchas, puntas de diamante, etc., etc., de lo gótico florido español; la gran cornisa, de perfil *clásico:* la puerta principal, plateresca en su conjunto y en muchos de sus detalles: el *tondo* que sobre la portada circunda el escudo ducal. Al estilo gótico, con sabor mudéjar, corresponden las ventanas ajimezadas con arcos mixtilíneos y guarnición de vegetales; el arco de descarga de la puerta, de tradición medioeval; el *relleno* del antepecho, profuso y floreado, gótico - plateresco.

En el interior, el palacio tiene un patio de mediocre valor, en el cual el Renacimiento puso las columnas, de un orden *compuesto* inocentísimo, y los arcos de medio punto. Hay también una galería a un jardín, con columnas, zapatas y dinteles (transformación de una estructura en madera, muy española). Y en los salones y galerías, varias sobrepuertas y frentes de chimeneas, de labor afiligranada, bellísimos y de un gran valor *informativo*, como hechuras de espíritu y mano mudéjares, y pruebas de que, no obstante la invasión del Renacimiento, seguían los mahometanos españoles usufructuando las artes decorativas en los palacios españoles.

No es propicia la ocasión para entablar un juicio comparativo entre el palacio de Cogolludo y el colegio de Santa Cruz; y entre aquél y las obras conocidas de los Guas y de los Egas, para deducir paternidades y sacar consecuencias en orden a prioridades y a pretensiones *clásicas* de unos y otros monumentos. Bastará decir aquí, que así como el colegio vallisoletano demuestra ser del *Renacimiento* por *mezcla,* puesto que los elementos góticos y *renacientes* están sobrepuestos, en épocas y acaso por manos distintas, el palacio de Cogolludo parece tener el factor *Renacimiento* por *combinación*, o sea por compenetración de los dos estilos rivales. En este sentido, es magnífico y sugestivo ejemplar de la transición *gótico - renacimiento - italo - española,* tan bella en sí y tan importante como dato. Y como al fin hemos podido asignarle una fecha, resulta el palacio de Cogolludo jalón de positivo valor en nuestra historia artística, como probatorio de que antes de 1500 conocíase ya en España las corrientes del pseudo clacisismo; dominador ya en Italia.

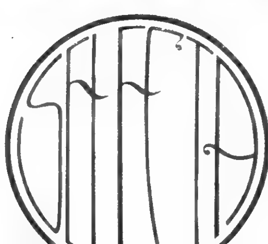
Vicente Lampérez y Romea.

(1) El señor Catalina García, en su Inventario de la provincia de Guadalajara, dice que ni en el archivo de Cogolludo ni en el de la Casa de Medinaceli, se halla nada sobre los artistas que hicieron el Palacio.

(2) Son los siguientes: Enrique Egas, que entre 1486 y 1492 dirigió, a lo que parece, el colegio de Santa Cruz, de Valladolid, como maestro del Gran Cardenal; los hermanos Juan y Enrique Guas, que *firman* el patio del palacio de los Mendoza, en Guadalajara, levantado entre 1488 y 1492; el maestro Ximon, que figura como maestro de la Casa, en Guadalajara, en el año 1486 (según la reciente investigación del señor Pérez Villamil); Lorenzo Vázquez, a quien cita en su testamento el Gran Cardenal (1494), llamándole "maestro de nuestras obras" (lo cual prueba que ya no lo era Enrique Egas), y también por lo que la misma cita dice, que trabajaba en el estilo "antiguo", o sea en el del Renacimiento. Ahora: Ximon estuvo en Sevilla, desde 1496 a 1502, como maestro de su catedral; los Guas tienen estancia conocida en Toledo, en esos años; y lo mismo, Egas, aunque eso no es impedimento para que pudieran hacer obras fuera de su residencia habitual, como es bien sabido.

Doña Antonia Avellaneda de Garzón

Madre del General D. Eugenio Garzón







Lujoso y amplio salón de te en el gran magazin "La Nueva Sirena"

Un elegante sitio de reunión

El salón de te en "La Nueva Sirena"

Es indudable que el grande magazin "LA NUEVA SIRENA" es el que con mayor frecuencia ofrece al público importantes modificaciones de organización y atractivos mas novedosos para despertar la atención de su inmensa clientela.

La reforma que acaban de introducir sus propietarios es digna de todo aplauso. En todas las grandes capitales, los magasines de la importancia de "LA NUEVA SIRENA" tienen en la parte quiza más lujosa de su dependencia un salón de te, que es sitio obligado de reunión de importantes núcleos de la sociedad elegante. Esos salones tienen todo el prestigio de los lugares preferidos por las damas y caballeros de más alta posición social para unas selectísimas reuniones a la hora del te. En ningún sitio como allí, más encantador.

Pues bien, "LA NUEVA SIRENA" cuenta con un suntuoso salón de té. Es el primero que de esa índole se inaugura en Montevideo, y realmente, a trueque de emplear una socorrida frase, diremos que un tal sitio de reunión y esparcimiento era una sentida necesidad.

Allí nuestras damas y caballeros tendrán un hermoso, elegante y distinguido lugar de tertulia en las tardes invernales. Bellamente decorado, con todas las ventajas de un bien entendido confort, amplio y alegre, el salón de te del importante magazin montevideano ha de transformarse en breve en el sitio más elegante de tertulia, el preferido de nuestras damas, que se hallarán allí poco menos que en sus salones propios.

Al chic de la instalación, en la que no se ha escatimado gasto alguno a fin de que el más exigente no encuentre un solo detalle en de-entono, se agrega la corrección del servicio, atendido por un personal absolutamente idóneo.

Además, todos los dias, de 4 a 7 p. m. una correctísima orquesta ejecutará elegidos programas de concierto, y con este complemento, la atracción que ejercerá el salón de té de "LA NUEVA SIRENA" será irresistible.

Por otra parte los precios que han de regir en esta nueva dependencia de "LA NUEVA SIRENA", serán exactamente iguales a los comunes en las confiterías. Sólo que, en ninguna otra parte, se podrá estar tan a gusto como allí, ni el te será tan exquisito, ni tan delicadamente servido.

Rapidamente este salón de tertulia se ha de transformar en el sitio más chic de Montevideo, pues sabemos que nuestras damas se aprestan a concederle con su diaria presencia todo el mayor prestigio y brillo.

Terminaremos, manifestando que el salón ocupa la parte alta del edificio y que un ascensor lleva hasta él.

Así, pues, la crónica social tiene que citar las horas del te en el salón de "LA NUEVA SIRENA" como manifestaciones de alta sociabilidad y elegancia.



GUIA PROFESIONAL

MÉDICOS

Dr. Francisco Soca — San Jose 822

Dr. Luis Mondino — Uruguay 936

Dr. Alberto Mané — Paysandú 830

Dr. Juan C. Dighiero — Mercedes 922

Dr. Federico Garzón — Millan 374

Dr. Albérico Isola — Uruguay 967

Dr. Julián Alvarez Cortes — 8 de Octubre 218

Dr. Elvio Martínez Pueta — Ada. Gral. Rondeau, 1512

Dr. Constancio Castells — 18 de Julio 1998

Dr. Arturo Alvarez Mouliá — 25 de Mayo, 269.

ABOGADOS

Dr. Claudio Williman — Av. Brasil y Ellauri

Dr. Carlos Martínez Vigil — Zabala 1426

Dr. Blas Vidal — Rincon 442

Dr. Luis A. de Herrera — Colon 1308

Dr. Germán Roosen — 25 de Mayo 428

Dr. Agustín Cardoso — Treinta y Tres 1405

Dr. Alberto A. Márquez — Cerrito 455

Dr. Pablo Zufriategui (hijo) — Uruguay 780

MÉDICO VETERINARIO

Dr. Antonio De Boni — Chucarro 74 (Pocitos)

DENTISTA

Artigas Mier Odizzio — Reducto 2491

MASAJISTA

Carlos Siemers — Convencion 1234

ARQUITECTOS

Arteaga y Lasala — Alzaibar 1313

ESCRIBANO

Mario Henón — Rincon 472

REMATADOR

Antonio Zorrilla — Misiones 1364

AÑO I — NÚM. 12

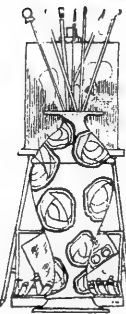
MONTEVIDEO, ABRIL DE 1918.

OFICINAS. CIUDADELA, 1387.

Selecta

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZON

HORA DE SIESTA (Cuadro de Carlos A. Castellanos)



SELECTA se honra reproduciendo uno de los cuadros del distinguido pintor compatriota don Carlos A. Castellanos. Y rindiendo un justo homenaje trascribe una opinión que sobre este artista ha emitido el crítico español señor Ballesteros de Martos. Dice así el escritor refiriéndose a una exposición que hizo Castellanos en Madrid:

«Cinco obras presenta este pintor americano; tan fantástico como original, que se apartan por completo de todo canon establecido, de toda regla estatuída en materia de arte.

« Castellanos es el desenfreno imaginativo. Su fuerte personalidad entra en los bosques sagrados de Apolo, como un hipocentauro frenético y arrollador.

« Las tintas más extrañas, las más bárbaras armonías, las más detonantes coloraciones y los procedimientos más raros son las características de sus cuadros.

« La América tropical ha dotado a este singular artista de una fantasía volcánica, capaz de concebir el superlativo de lo exótico.

« Castellanos es un revolucionador, y como todos los seres de escepción, tendrá sus apasionados detractores y defensores; que es norma de la vida que todo aquel que sobresale por la fuerza de la personalidad levante a su alrededor encontradas opiniones carentes de serena reflexión. »

AÑO I — NÚM. 6

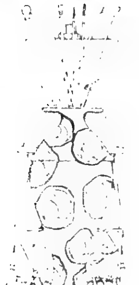
MONTEVIDEO, ABRIL DE 1918.

OFICINAS CIUDADELA, 1387.

Selecta

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZON

HORA DE SIESTA



SELECTA se honra reproduciendo uno de los cuadros del distinguido pintor compatriota don Carlos A. Castellanos. Y rindiendo un justo homenaje trascribe una opinion que sobre este artista ha emitido el crítico español señor Ballesteros de Martos. Dice así el escritor refiriéndose a una exposicion que hizo Castellanos en Madrid:

«Cinco obras presenta este pintor americano: tan fantástico como original, que se apartan por completo de todo canon establecido, de toda regla estatuida en materia de arte.

«Castellanos es el desenfreno imaginativo. Su fuerte personalidad entra en los bosques sagrados de Apolo, como un hipocentauro frenético y arrollador.

«Las tintas mas extrañas, las mas barbaras armonias, las más detonantes coloraciones y los procedimientos más raros son las caracteristicas de sus cuadros.

«La América tropical ha dotado a este singular artista de una fantasia volcanica, capaz de concebir el superlativo de lo exotico.

«Castellanos es un revolucionador, y como todos los seres de escepcion, tendra sus apasionados detractores y defensores: que es norma de la vida que todo aquel que sobresale por la fuerza de la personalidad levante a su alrededor encontradas opiniones carentes de serena reflexion.





Amor de Romance



I

Me pedís que os olvide ¡ruego vano!
Como se ve que no sabéis, señora,
Lo que es amor!..... Al escribir, la mano,
No os temblara quiza, la muy traidora?

Os parece tan fácil, tan humano
Y así me lo escribís, en mala hora:
« Olvidad, como yo, aquel lejano
Y romántico amor de soñadora ».

Pedirme que os olvide con la fria
Sequedad que lo hacéis, no lo creeria
Si no viese esta epistola que os plugo

Dirigirme y repitelo, obsesora.....
¿Ser de mi propio corazón verdugo?
Pedidle que os olvide a él señora!

II

Habéis creído, alteza, que os rebaja
El culto del vasallo favorito
Y queréis que ese amor que es infinito
Ponga a su primavera una mortaja.
Con mi fiera altivez eso no encaja;
A la soberbia de mi amor no quito
Un ápice siquiera, yo no admito
En las fiestas de amor una migaja.
Para olvidaros, si valor tuviera,
Si pudiera tronchar a mi quimera
Lo haría, por guardaros el secreto,
Y viviera ese amor que reverencio
Bajo catorce llaves de silencio
En el cofre ideal de este soneto.

III

..... Fuerza será callar; mas si deshecho
Habéis el sueño que forjéme un día,
Allegaos a mí, sed algo pía,
Y arrancad este dardo de mi pecho.
Amaros locamente es lo que he hecho,
Rendiros mi profunda pleitesía,
Y deshojar la flor de mi poesía
De vuestros piecesitos en acecho!
De silencios y olvidos en procura
Aquel puñal de fina empuñadura
Con la hoja de acero toledano
Que lucía de amor una leyenda,
Como si fuera vuestra propia mano
Me debe abrir la irretornable senda.

IV

Cuando el invierno nieve en la pradera
Y el viento finja horrísonos lamentos
Soñaréis la princesa de los cuentos
El palacio encantado, la hechicera.....
Quién podrá descifrar de la vidriera
De la vida de santos los portentos?
Quién gigantes, amor o encantamientos
Glosará con voz suave y placentera?
En las trágicas noches invernales,
Salvando de la muerte la distancia,
El alma, como un pájaro aterido,
Irá a rondar vuestra dormida estancia
Golpeando con sus alas los cristales
En la dulce ilusión del tibio nido!

Montiel Ballesteros.





Sra. Manuela de Herrera de Salterain

Cuando se escriba el libro que consagre en homenaje justo y altísimo los méritos de la mujer uruguaya, el nombre de doña Manuela de Herrera de Salterain ocupará en esas páginas puesto preeminente. Ilustre por su estirpe y por las brillantes conquistas de su intelecto, ocupa en nuestra sociedad uno de los mas elevados puestos. Dedicados todos los dones de su bondad y de su inteligencia al servicio del bien, todas las obras de beneficencia y todas las iniciativas nobles la cuentan honrosamente en sus filas. Doctrinando con el ejemplo, su hogar es un modelo de cultura, evidencia admirable de todo lo que puede hacer el afecto inteligente de una dama en el «pequeño gran mundo» que es una casa. Damas como doña Manuela de Herrera de Salterain honran a la sociedad en que actúan.

Los Plenipotenciarios de Francia e Inglaterra firmando con el Canciller Uruguayo Dr. Baltasar Brum, el tratado de arbitraje.

Un acontecimiento diplomático

UNO de los actos más trascendentales de nuestra vida diplomática, se realizó en los últimos días del mes pasado. Nos referimos a la firma del Tratado de Arbitraje entre nuestro país y la República Francesa y Reino de Inglaterra.

Tiene este acto una significación especialísima en estos momentos, que son de violencia, de fuerza y de odio en la vieja Europa.

Mientras del otro lado del Atlántico las pasiones desencadenadas producen en el alma de los pueblos el surgimiento de sentimientos regresivos, en la joven América, radiante, laboriosa, plena de fuerzas productoras, promisora y amplia, se piensa en soluciones tranquilas y razonables de las cuestiones que puedan surgir en el futuro entre pueblos que se tienen mutuo respeto y alta consideración civilizadora.

Por eso dice el artículo primero del Tratado en cuestión: " Todas las controversias, de cualquier naturaleza, que por cualquier causa, surgieren entre las altas partes proponentes, y que no haya sido posible resolver por la vía diplomática, serán sometidas a juicio arbitral. "

Amplio y noble el espíritu que domina en la concepción de este Tratado y que honra mucho a nuestro país porque con él se demuestra que hemos entrado definitivamente y con todos los honores que se merecen las naciones cultas, en la consideración de los pueblos más representativos de la tierra.

La forma despectiva de calificar en otras épocas a Sud - América ha desaparecido de la prensa y de la expresión popular en las naciones europeas. La América Latina, en razón obligada de contraste con los dolorosos sucesos que se desarrollan en el Viejo Mundo, se ha elevado en la consideración de la Humanidad y en su actual movimiento febril de progreso científico, de afirmación económica y de desarrollo industrial, está la demostración más admirable de su definitivo encauce en las más brillantes manifestaciones civilizadoras.

El porvenir es de América...

CRÍTICA LITERARIA



El cuento de Pedro Corazón.

Montevideo, Abril de 1918. — Señor Francisco Alejandro Lanza. — Poeta amigo: — Raro obsequio, en estos tiempos, es el libro de sus versos, porque no es frecuente, en nuestros días, la revelación de un temperamento lírico como el que muchas veces inspira a su obra de arte. Copiosa es la metrificación de las simulaciones psíquicas que los espíritus ápteros se complacen en llevar a la imprenta: pueril labor sin fundamento real en el corazón y en la vida, — más de artesano que de artista — apenas denota quimérico empeño contra los impedimentos insuperables de la existencia vacía y del alma sin emoción. Pero al volver las hojas del libro de usted aparece con frecuencia la sinceridad, ingenua y confiadamente expresada, con la simpática valentía de la certeza de los sentimientos y de la lealtad a las realidades que los inspiraron.

Es esa y es así la virtud del númen que da transparencia a la expresión artística hasta mostrar en el alma el sentimiento creador vibrando como la cuerda de una lira: con la sonoridad y los destellos que le imprime el infortunio o la dicha que estremece las manos que la pulsan. Otro poeta cuya obra también llevara ese signo de la fuente original, dictaba así la norma de la fidelidad al corazón en el arte: "L'esentiel est de rester sincère, loyal avec soi - même, et de ne rien exprimer qui n'ait été vraiment ressenti. Tout ce qui est pleinement sincère en poésie est personnel au poëte, c'est-a-dire original."

Me parece que en algunos sonetos alcanza su mayor característica la aptitud lírica de usted: la más delicada sensibilidad, la más flúida inspiración, y el buen gusto del arte, revélanse con luz propia en "Adiós Lejano", "Esperanza Postrera", "Perdón", "Endía", "Requiem", "Honor al Usó", "Nibil", sin decir con esto que su estro no remonte a igual elevación en "Ultimo Ensueño", "Póstuma" y otras composiciones de diferente forma.

Y además: para justicia y homenaje a las más bellas dotes del poeta ¿no hubiera sido preferible, en consulta con el docto prologuista, disminuir el número, por sección, elevando el nivel de la calidad hasta que el mérito del libro hubiese sido todo el de las estrofas que secuestran a mayor altura el espíritu de su autor?

Con la misma consecuencia a las ideas y a los sentimientos vívidos aparece, más maduro que el poeta, el prosista del "Preludio". Quien se muestra capaz de tal labor es un escritor hecho, y apto para realizar mucho honroso en las letras americanas. Por eso es doble el triunfo de su primer libro, pero, también por eso, á más le obliga. Le deseo que haga toda la obra de sentimiento, meditación y arte que es deber impuesto por las páginas que tan brillantemente acaban de revelarle poeta y prosista.

Lo saluda atte. su affmo.,

Juan Antonio Zubillaga.



Sta. María Sara
Rodríguez Larreta

Azahares

Calamet - Alvarez Mouliá

EN la residencia del señor Javier Alvarez, residencia elegante, de sencillo y delicadísimo decorado, evidenciando en los detalles el más exquisito buen gusto, se realizó la ceremonia nupcial que consagró esposos a la distinguida señorita Elena Alvarez Mouliá y al señor Américo Calamet. Es una nueva y gentil pareja que se incorpora con muy brillantes prestigios a nuestro ambiente social, donde cuentan con muy arraigadas simpatías y donde han de tener siempre un puesto de honor.

Esa unión de afectos que cada uno de los contrayentes tiene en los círculos sociales, hizo que el "home" del señor Alvarez se viera lucido y exornado con un núcleo de lo más alto de nuestro gran mundo.

Al compás melodioso y subyugante de la marcha nupcial de Mendelshon, los novios hicieron su entrada en la gran sala donde debía efectuarse la ceremonia. Los seguía un brillante cortejo formado por los miembros de las familias Calamet, Alvarez Mouliá.

Acogidos afectuosamente por el presbítero Generoso Pérez, dió inmediato comienzo a la ceremonia, a cuya terminación los novios recibieron los augurios más calurosamente sinceros de todos los presentes.

Desde un ángulo del salón el cronista pudo observar a su sabor, deleitándose en la contemplación de aquel brillante conjunto, en el que la belleza se unía a la elegancia y la cultura a la distinción, formando de esa suerte un admirable cuadro, digna expresión de nuestra elevación social.

La novia estaba esplendente de belleza. Vestía irreprochablemente un traje riquísimo de liberty blanco, en el que los encajes ponían una nota armoniosa, y daban, por contraste, al velo nupcial una casi impalpabilidad de ensueño. Los azahares materializaban, por así decirlo, aquel delicadísimo velo, que envolvía a la novia como en una aureola. Con tan elegantísima toilette la señorita de Alvarez Mouliá destacaba regiamente su arrogante silueta, apareciendo como soberana indiscutible en aquel conjunto de bellezas que formaban como un torneo de elegancia y distinción.

Después que la gentilísima pareja fué agasajada por todos y de todos recibió los más risueños augurios de futuro, en sincero deseo de dichas incontables; todas las salas y el hall cobraron inusitada animación al diseminarse por ellas las elegantes damas y las bellas niñas que daba a la concurrencia un brillante lucimiento.

Sta. Elena Alvarez Mouliá, Sr. Américo Calamet

Y mientras la orquesta ejecutaba las primeras danzas, una parte de los invitados admiraban los múltiples y valiosos regalos y otros pasaron al salón comedor, rodeando a los novios, para brindar allí por la dicha que tan auspiciosamente presidía aquella unión y que había de fundir dos vidas en una sola realidad de ventura

Nuestro impenitente afán de mirarlo todo nos llevó a la admiración y al deslumbramiento, a medida que íbamos detallando la suntuosa hermosura y el chic impecable de cada una de las señoras y niñas que pasaban de una a otra sala, dejando tras sí una estela de elogios.

Y de esa manera en nuestra retina se grabó la imagen de la señora María Luisa Gómez Cibils de Domínguez, cuya distinción estaba, si es posible, realzada por un regio traje de brocato azul, bordado en oro, rutilante corona de brillantes aprisionándole la cabellera, un collier de perlas y brillantes rodeando su cuello, y sobre el corsage varios hilos de perlas rematando así tan suntuosa toilette.

En una sucesión mareante de impresiones, vimos así, en admiración renovada, a la señora Celia Alvarez de Amézaga, envuelta en la maravilla de un traje de charmeusse blanco, bordado en oro, esplendorosa, más esplendorosa que nunca. En el corsage una cascada de perlas realzaba su busto en competencia de blancura.

Vuelve nuestra imaginación a recordar a la señora María Angélica Platero de Wilson, cuya silueta llena de señorío, apareció con la imposición majestuosa de una toilette de charmeusse negra, en la que los encajes de Inglaterra ponían un sello inconfundible de riqueza, acentuado aun más por un gran cabouchon de grandes brillantes y en el escote un hilo de perlas valiosísimo.

De una severa elegancia fué la señora Isolina Eastman de Vial Bello. Con la impositiva majestad que la distingue, cruzó las salas luciendo un magnífico traje de soie lila, exornado de encajes, con profusión de joyas, de las que destacaban como dos gotas de luz los solitarios de sus brazaletes.

Como un poema en rojo se impuso a la admiración de todos la señora María Antonieta Platero de Real de Azúa. En un originalísimo y elegante traje de terciopelo rubí se erguía su busto arrogante, emergiendo como de una llama su rostro blanco donde la alegría irradia, rostro de andaluza, poseedora de los secretos de encantamiento.

En nuestro carnet de apuntes surge la anotación que nos recuerda a la señora



Sras: Celia Mouliá de Alvarez, María Antonieta Caprile de Pérsico, Zoraida Casterás de Muñoz, Celia Alvarez de Amézaga, María Carolina Regules de Castellanos, Adelaida Casterás de Scosería, María Angélica Platero de Wilson, María Luisa Gómez de Domínguez, Elena Calamet de Pareja.

Zoraida Casterás de Muñoz. Vestía un traje color tilo, con riquísimos encajes bordados en realce, y sobre el escote poniendo una suprema nota de riqueza un hilo de gruesas perlas.

Como una visión de pesadilla pasional, diabólicamente encantadora, la señora Lulú Castellanos de Pascual puso en el ambiente una nota de vivísimo color, una nota tropical, fué una brasa en la irradiación de su hermoso traje fuego.

Para contraste la señora Elena Calamet de Pareja lucía una toilette de gasa color perla, con adornos de encaje de Inglaterra, todo de colores suaves, como una balada nórdica. Un hilo de perlas remataba la delicadeza del conjunto.

Un trazo de noche honda, infinita, subyugante, parecía en su traje negro, donde los azabaches tenían brillazones de astros, la señora María Antonieta Caprile de Pérsico. Las perlas ponían una luz de constelación en el corsage y una flor de Mayo era como un poco de primavera en la severidad del conjunto.

La señora Ema Platero de Risso lucía una notable toilette de piel de seda blanca, encajes de Inglaterra y profusión de joyas. Tenía aires de zarina.

Sencilla y elegantísima la señora Esther Boffil de Lassala, lucía una toilette de charmeusse gris perla; en el corsage una soberbia placa de brillantes, y orlando la línea purísima de su cuello un hilo de perlas.

Y seguiría aún el desfile de damas, siempre brillantísimo, siempre admirable, un derroche de belleza, de boato y de elegancia, pero el espacio apremia y en nuestro recuerdo avanza, riente, como un cascabeleo perlino, como una aurora, el grupo de las niñas, el grupo primaveral. Y así vemos a Esther Alvarez Mouliá, más bella, si cabe posibilidad de mayor belleza en esta delicadísima flor de nuestra sociedad. Como en un nimbo de sol se presentó a nuestros ojos, pues su traje era como un resplandor. En medio de tanta luz, sus ojos brillaban con fulgores de acero, eran lampos, eran titilaciones de estrellas. Con la exquisita amabilidad que complementa sus encantos, atendió a los invitados, teniendo para cada uno una delicada atención.

Luego otras siluetas se destacan del grupo que aparece en nuestra evocación. Y así vemos a Margarita Cat Alvarez, como una magnífica flor que abre su corola a todos los esplendores de la vida.

A Olga Beherens Hoffmann que brilló con su dominadora hermosura, realzada por una nívea y delicadísima toilette.

A María Elena Serrato Perey, que como una princesa paseó su gentileza por todas las salas, despertando el elogio más caluroso y más sincero.

A Esther Roosen Regalia que esparció pródiga a su alrededor el perfume encantador de su espiritualidad.

A Silvia de Azevedo, la distinguida Presidenta de "Entre Nous", que do quiera está afirma siempre con rasgos de purísimo ingenio, su talento y cultura.

A María Luisa Díaz Fournier que se nos antojó una delicadísima figulina, graciosa, encantadora, espiritual.

A Margot Zumarán Arocena, que emergía del conjunto como un triunfo de albura, flor de nieve, pureza de armiño.

A Rosa Olmedo Zumarán, tipo bellísimo de sultana, que envidiara Zuloaga para obligar aun más a su pincel a darnos la apasionada expresión de la raza.

A Estela Sabbia y Oribe irreprochable en su toilette celeste, un trozo de cielo, una Sulamita encantadora, en cuya frente una cinta roja ponía una línea de pasión.

A Esther Suffern Arteaga que fué una vez más la maga de la palabra, brillante de ingenio, afirmadora de su clara inteligencia.

A Elisa Eastman Anavitarte para quien no encontramos mejor símil que el de una rosa de Jericó.

A Sara Elsa Scoseria, cuyo paso evocó en nosotros un ángulo de jardín de hadas, porque en ella hay un complemento de encantos.

A Amalia Maeso de la Torre, cuya túnica celeste le daba un aspecto divino, digno de una tela de Murillo.

Y tantas otras aún, que no recuerda nuestra mente y por ello se lo reprocha, porque, al dar de todas las niñas encantadoras que en la fiesta estaban un pálido trazo descriptivo, volvemos a gustar las dulces sensaciones que ante su triunfal presencia experimentamos.

La residencia de los esposos Celia Mouliá y Javier Alvarez fué durante unas horas el más delicioso rincón de encantos que pudiera imaginar el nabab más artista y más exquisito.

Sta. María Carolina Sosa de Idiartegaray, Sr. Carlos Zumarán Arocena

Zumarán Arocena-Sosa Idiartegaray

Un acontecimiento de exquisita sociabilidad fué la consagración religiosa en el enlace de la distinguida señorita María Carolina Sosa Idiartegaray con el caballero Carlos Zumarán Arocena.

En nuestro mundo elegante los nuevos esposos gozan de muy saneados prestigios y de ahí que la ceremonia adquiriera brillantísimas proyecciones.

En la Capilla de Nuestra Señora de Lourdes se realizó la boda, revistiendo el acto las proyecciones de una espléndida solemnidad.

La entrada de la desposada fué acogida por la selectísima concurrencia con vivas muestras de admiración. Fué un paso triunfal de reina, magnificada por el hermosísimo y elegante traje, en el que los tules, los encajes y las sedas formaban una armoniosa toilette.

El señor Zumarán Arocena se destacaba con gallardía señoril.

Los novios estaban acompañados por los padrinos, que lo eran la distinguida señora Amalia Arocena de Zumarán y el señor Salvador Sosa.

Una bella marcha nupcial saludó la presencia de los novios en el templo, y recibidos en el dintel por el sacerdote llegaron al altar mayor pasando en medio de dos lucidas filas de invitados, donde figuraba lo más distinguido de nuestra sociedad.

Se realiza la ceremonia de la consagración con todo lucimiento y al terminar, el oficiante pronunció algunas palabras deseando la felicidad de los nuevos esposos y reflejando así el deseo unánime de todos los presentes, evidencia bien clara de las grandes simpatías que la elegante pareja cuenta por doquier.

Luego, cuando los nuevos esposos abandonan la iglesia, toda la concurrencna formó un deslumbrante acompañamiento, una verdadera corte de honor, que da al ceremonial una mayor grandeza.

Puestos intencionalmente al margen de ese admirable desfile, vamos anotando los nombres de las personas que lo componen y nuestro carnet se llena rápidamente con los apellidos de uno de los núcleos más representativos de nuestro gran mundo.

Completaremos esta ligera crónica, donde tan sólo ponemos un reflejo de tan radiante ceremonia, dando una incompleta nómina de las personas que formaron en el cortejo. Hela aquí:

Doctor Carlos Saenz de Zumarán, señora Elvira R. de Fernández, doctor Hugo Antuña, señora Carolina Zumarán de Antuña, señor Ricardo Butler, señora Livia Sosa Idiartegaray de Butler, señor César Caprile, señora Amalia Zumarán de Caprile, señor José María Zumarán, señora Clara Riso de Zumarán, doctor José María Migues, señorita Julia Zumarán Arocena, señor Benjamín Capurro, señorita Margot Zumarán Arocena, señor Alfredo Zumarán, señorita Julia Idiartegaray, señor Ricardo Zumarán, señorita Julia Madalena, señor Eduardo Madalena, señorita María Teresa Zumarán Arocena, señor Alejandro Saenz de Zumarán, señora Julia Zumarán de Olmedo, doctor Alejo Idiartegaray, señora Dionisia S. de Idiartegaray, doctor Alfredo Arocena, señora Elina Capurro de Arocena, doctor Bernardo Riet Correa, señora Ernestina Rodríguez Sosa de Riet Correa, señor Francisco Estrázulas Folle, señora Elisa Rodríguez Larreta de Estrázulas Folle, doctor Abel Pérez Sánchez, señora Ofelia Barrabino de Pérez Sánchez, señor Guillermo von Bülow, señora Aída Rodríguez Sosa de von Bülow, señor Raúl Arocena Capurro, señorita Rosita Olmedo Zumarán, señor Alfredo Rodríguez Sosa y señorita María Elena Madalena.

La hora florida



Es la hora de encanto en los jardines
que rima nuestras dulces cultas tempranas
con el blancor de luna de los jazmines
y el madrigal sonoro de las fontanas.
Hora de las primeras, líricas citas,
mientras las niñas tejen coplas galanas
y hay en el huerto virgen de sus almitas
un florecer de ingenuas rosas mundanas.

Papeles son papeles,
cartas son cartas;
palabras de los hombres
todas son falsas.

¡¡Dolor de los gusanos entre las rosas;
voz que dice en la vieja trova florida
cómo algunas palabras son venenosas
y que hay besos que duelen toda la vida!!
Y, ¡oh, dulce amor que al alma pone una venda!
Gerineldo aparece por la avenida
entre el oro galante de su leyenda
toda ensueños, la noble frente pulida.

Y su voz tiene un hondo
perfume de alma:
¡Donde irás, amor mío,
que yo no vaya!

¡Oh, noches que han dejado fragantes rastros,
en que vimos el alma toda arrobada,
como en lagos de ensueño, temblar los astros
en los ojos azules de nuestra amada!
Juramentos que pronto llevó la brisa.
— ¡Te querré siempre! — ¡Siempre! Voz encantada
del instante florido, que se hizo risa
al volar al encaje de la enramada.

Papeles son papeles,
cartas son cartas;
palabras de los hombres
todas son falsas.

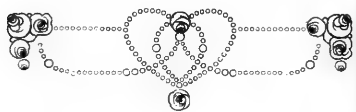
¡Oh, la carta primera! Casta paloma,
que tiene en los recuerdos un santuario,
y que hallamos un día, con un aroma
antiguo, en el misterio de un relicario.
¡Juventud, primavera! Visión florida,
que encanta nuestras horas de soledad,
¿por qué las cosas bellas que hay en la vida
no tienen una gracia de eternidad?

La copla lleva un tierno
jirón del alma:
¡Dónde irás tú bien mío,
que yo no vaya!

Se ha esfumado el romance, y el aire en calma
se embriaga de azahares y de jazmines;
con qué dulce saudade se abate el alma
florida y añorante de los jardines!
Gerineldo se pierde por los senderos
soñando... El cielo es una tersa laguna,
y entre la flora de oro de los luceros
en su góndola blanca cruza la luna.

EMILIO CARRERE.

Chez Sánchez Solari



FUE una lucida fiesta, como no podía serlo menos tratándose de un caballero tan culto como el señor Ricardo Sánchez y de una dama tan amable como la señora María Solari de Sánchez, los dueños del "home" elegantísimo donde se realizó la hermosa soiree en honor de la gentilísima señorita Manuelita Sánchez Solari.

Fué una lucida fiesta, repetimos, fiesta amable y señoril, digna de quien la motivaba, pues que, en ambiente tan brillante, era la señorita Manuelita Sánchez como un triunfo de gentileza, de candor, de inteligencia.



Señoritas: Sánchez Solari, Marquez Vaeza Ocampo, Seré Rucker, Piaggio Garzón, Caumón Lenzi, Bustamante, Muñoz Callorda



Señoritas: Clotilde Santayana, Amelia Marquez Vaeza, Manuelita Sánchez Solari, Eudea Barros de la Cerda. Señores: Luis Giménez Pérez Gomar y J. C. Garzón.

En el corro encantador que formaban todas las amiguitas de la festejada, era esta como una flor admirable en medio de un bouquet excepcional.

Y así triunfó la encantadora niña, triunfó con la imposición de su amabilidad exquisita, con la delicadeza de su rostro y con su sencilla elegancia.

A las cinco de la tarde ya las salas estaban llenas de concurrencia. Y lo más representativo de la sociedad montevideana hacía allí acto de presencia. Las damas elegantísimas, formaban grupos encantadores; las niñas rivalizando con las flores que ponían notas policromas en todos los ángulos, daban mayor atracción y gracia al ambiente tan distinguido.

Y era realmente interesante, bello, digno de ser ensalzado en versos sonoros, el cuadro bullicioso, alegre, promisor, todo luz y encanto, que formaban las niñas, enmarcado por grupo de señoras, severamente ataviadas, deslumbrantes de joyas, en la plena majestad de su alta representación.

Prodigándose, con una cortesía hidalga, teniendo para todos la frase oportuna y amable, gentilísima, la señora María Solari de Sánchez atendió a sus invitados, en compañía de su distinguido esposo, señor Ricardo Sánchez, cuya caballerosidad intachable tuvo amplia exteriorización.

En ambiente tan grato las horas se deslizaron raudas. Tarde de la noche comenzó a disgregarse la concurrencia, llevando todos un poco de melancolía, porque la fiesta concluía y el encanto se esfumaba.

Y en ese instante, en que se concentran todas las emociones y se recapacita sobre todos los instantes gratos allí disfrutados, al contemplar a la señorita Manuelita Sánchez, la imaginamos envuelta en el delicado color rosa de su toilette, una flor muy bella, emergiendo del conjunto admirable que, como una corbeille de maravilla formaban Clotilde Santayana, Margarita Idiarte Borda Platero, Eudea de Barros de la Cerda, Amelia Márquez Vaeza, Josefa Puig Larravide, Estela Sabbia y Oribe, María Luisa Quintela Castro, Esther Alvarez Mouliá, María Teresa Piaggio Garzón, Paulina Algorta Camusso, Corina Seré Rücker, María Luisa Díaz Fournier, Liliana Susviela, Elía del Cerro, Azema Martínez Correa, Sara Regules Fernández, Julieta Caumont Lenzi, Esther Altamirano Villarnobo, Cora Muñoz, Nené Coutinho, María Carolina Pérez, Manuela González Carvalho, Margot Castellanos Cranwell, Angélica Requena Cordero y María Angélica Castellanos.





Señoras: Solari de Sánchez, Larravide de Puig, Platero de Idiarte Borda, Liendo de Castellanos, Cordero de Requena Maurino de Camusso, Muñoz de Moyano

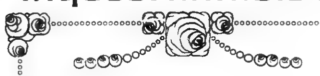
Sta. Ernestina Muñoz Oribe





Srta. María Alicia Martorell

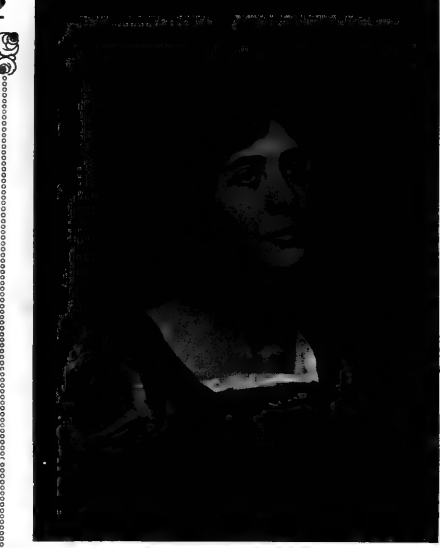
¡Sublime e inquebrantable!



Con toda gentileza para SELECTA.

TODA evolución social es progreso; es un avance hacia la civilización. La civilización es libertad y libertad es gloria: es la corona de laurel con que se ciñe la frente de los pueblos fuertes. Libertad es luz, es horizonte infinito por el que no cruzan jamás las sombras de la opresión. Pero evolucionar no es solamente cambiar los sistemas y las costumbres de las sociedades, dentro de los pueblos independientes. Puede ser evolución, levantarse en defensa de las conveniencias implantadas por las conveniencias.

Así, pues, la figura sugestiva y deslumbrante de una mujer superior que se levanta desplegando su bandera de combate: "Todo por nuestros hijos", es la evolución de un sentimiento confiado y noblemente adormecido, pero que, al grito de alarma, despierta e invita a las masas a la defensa de sus derechos que peligran; a la defensa de sus más caros ideales de madre y de mujer, porque también hay hijos del espíritu, hijos del corazón, que importan tanto y tanto se internan en nuestros sentimientos como pueden hacerlo los hijos verdaderos... Bajo aquella bandera, todas se sintieron hermanas: todas sanas de espíritu; fuertes para la lucha e invencibles en sus anhelos. La batalla se inicia desigual; de un lado la fuerza con sus arsenales repletos; del otro, sólo por baterías el derecho, el amor, la súplica; pero la voz amiga que se levanta ante esas masas conmovidas, les enseña que la fuerza poderosa de la debilidad de la mujer, puede triunfar en la debilidad de la fuerza del hombre; se los enseña así, haciéndoles comprender que las que van a combatir allí son mujeres, en todo su rol y su faz de mujeres: son madres...



Señora Ernestina Mendez Reissig de Narvaja

"Educar a nuestros hijos como nos plazca y nos convenga" — dijo la voz firme de la figura surgida: verdad palpitante que se confundió, ondulando como una llama de luz entre miles de manos que agitaba el aplauso; verdad sí; verdad impecable y conmovedora que nos hizo comprender que puede no ser nuestro, lo nuestro en absoluto, ¡nuestro como nada!... nuestros hijos pequeñuelos... La figura se imponía surgiendo cada vez más alto... Fundiendo en su crisol las voluntades de todas y aclamada por todos, escala su pedestal de granito la personalidad de la señora Pilar de Herrera de Arteaga. Pero no es solamente el cerebro robusto de la pensadora de fibra el que abre surco profundo a los anhelos de todas, no; son también los labios de la madre los que movidos por el dolor de la herida de su corazón, conmueven y enternecen el corazón de las masas que la escuchan. En sus labios el nombre de "hijo" es plegaria, es arrullo, es ternura infinita y honda, por eso todas la comprendieron y todas la seguirán hasta el fin.

Equilibrando cabeza y corazón, dió el grito de ¡libertad! para la educación e instrucción de los hijos de su pueblo; interpreta el amor de todas las madres, lo comprende con todo su valer, como lo único *sublime e inquebrantable*, y como tal, lo siente bullir dentro de su pecho.

Su grito intenso y vibrante, es el himno de batalla que une en un mismo impulso todas las almas, todos los pensamientos, las ideas, las opiniones, los partidos y todas las religiones.

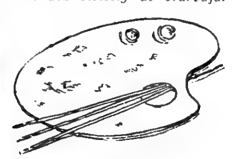
"Todo por los hijos": la obra no es sólo de amor, es más; es humanitaria, piadosa; "nadie más que una madre conoce el temperamento, la sensibilidad y las inclinaciones del niño para saber lo que convenga para guiar sus primeros estudios ensayando sus conveniencias", — así dijo la señora de Arteaga con el convencimiento y la firmeza del que ha triunfado en su obra y en su afán de madre...

En esta evolución que hoy agita a la mujer uruguaya, las veremos a todas luchar con la inspiración del que pide justicia y defiende derechos. A la cabeza de estas masas, heridas en lo más profundo de sus sentimientos, marcha esa personalidad bien terminada, de temple firme y sereno que bien puede compararse con aquellas soberbias y heroicas espartanas, que si caían, eran vencidas por la fuerza, pero siempre junto a sus hijos y por sus hijos.

Ernestina Méndez Reissig de Narvaja.



El notable pintor español D. Enrique Martinez Cubells, rodeado de un grupo de admiradores en la Legación de Cuba



En honor de Martínez Cubells

EL Exmo. Señor Ministro Plenipotenciario de la hermana República de Cuba, Dr. José M. Solano, ofreció en su magnífica residencia, que es un verdadero museo de arte, una muy hermosa fiesta, en honor del insigne pintor español D. Enrique Martinez Cubells, uno de los más gloriosos representantes de la España artística. En la selectísima velada, hicieron acto de presencia, además del obsequiante y obsequiado, los señores: Martín Lasala, Luis Piera, Daniel Castellanos, Arriaga Vidal, Francisco Lasala Alvarez, Blanes Viale, Ricardo Sanchez etc.

El eximio artista español fué muy agasajado, rindiéndosele justo homenaje a su talento, y en un ambiente de alta cultura artística se admiró también la notable colección de telas que posée el Dr. Solano.

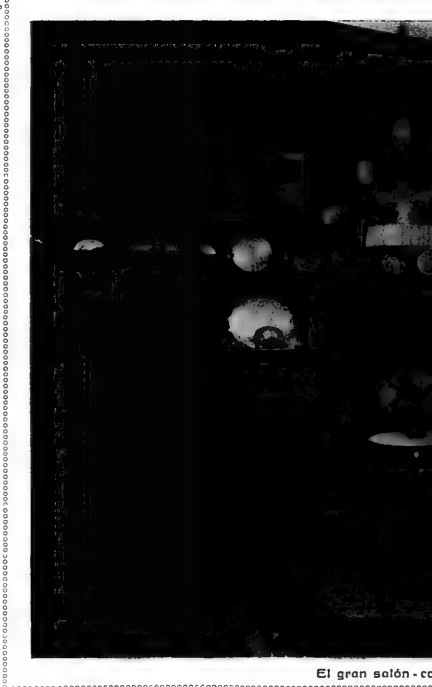


Da. Matilde Escardó de Platero.

De antiguo abolengo, compenetrada de los principios sinceramente nobles que formaron como la esencia de toda una época, constituyó una familia que en todo momento ocupó en nuestra sociedad honroso puesto. Vivió una vida ejemplar, rodeada de todos los prestigios y de todos los afectos, y llegó al final de la brillante jornada aureolada por sus propias virtudes y por los méritos de sus descendientes. — Deja tras si como una estela de distinción y de cultura. En otra época, cuando Doña Matilde Escardó de Platero, hacía deslumbrante vida social, su morada fué centro de la más elevada distinción y punto de cita de todo lo que era más representativo y considerado. En marco tan rutilante la señora Escardó de Platero imponía su belleza, triunfadora siempre y siempre admirada.



Un "coin" del salón de honor Luis XVI



El gran salón - co

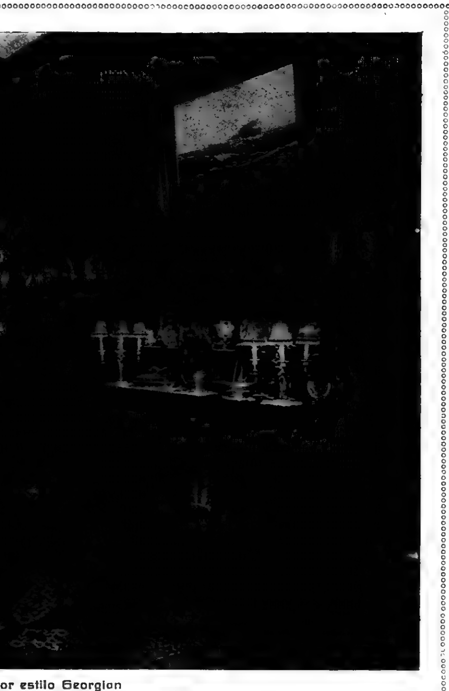
Palacios Montevideanos

LA residencia de los distinguidos esposos Shaw - Villegas, en la calle Daymán, es sin duda alguna, una de las más confortables, elegantes y lujosas de Montevideo. No debe extrañar esto para quienes conocemos la exquisita cultura de tan simpáticas personas, como son los dueños del artístico "home". Llevados de nuestro
afán por conocer y hacer conc
nuestra ciudad, hemos visitado
Shaw - Villegas, y obtenido unas
estas páginas. No vamos a escr
que merece esta residencia. Nos
mero de las diversas dependenci
gamos imposibilidad absoluta de
Al trasponer el cancel ya nos
Charles II, hermoso, severo, con
nuestra mirada una elegante
draperia del Japón y de la Ind
de realce. Aquí y allí se ven m
con macetas de las que emerger
mesas vestidas con riquísimos t
arranca una gran escalera, la qu
iluminación del hall complement
eléctricas, dentro de artísticos
una luz tenue, agradable, que co
recubre las paredes. Es un "c
El salón de honor es del más
blanca cubre totalmente las pare
en trecho una nota brillante y
testero una gran majestuosidad.
las mesas de arrimo, elegantes,
tenticas piezas de Sevres y cand
y que se ofrecen en armónica r
tral. Sobre uno de los espejos,
retrato de la muy distinguida s
trata de una obra estupenda de c
la firma: Carlos M. Herrera. E
bierto con un magnífico manto
entre las bergeres se elevan s
níficas ánforas de Sevres y má
perando el más puro estilo, el
los más pequeños detalles el deli
Junto a este salón de honor,
que lamentamos no poder ofre
Es una sala elegantísima, severa
elegancia y seriedad.
Pasando de nuevo por el h
sala estilo Elizabeth. Todo el e
reina está allí suntuosamente e
blemente esculpidos, lucen su s
jestuosos respaldos, dan carácte
cada instante la entrada de un
abierto, el libro de las Sagradas
de recogimiento, de elevación de
tos de la señora Flora Wells de
Shaw, ejecutados también por
Llegamos, por último, al gra
grana. Sobre la repisa que bord
rosa platería moderna y antigu
admiración porcelanas y crista
biombo rojo se abre en mitad
pesados y ricos cortinajes, sev
grandeza.





El hall - Charles II, hermosísimo




or estilo Georgian

Mansión Shaw - Villegas

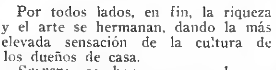
todo lo que existe de notable en tamente complacidos, la mansión tografías con las que engalanamos el extenso comentario descriptivo retaremos tan sólo a un detalle so- lamentando muy de veras que ten- tendernos como deseáramos.

ontramos con un amplio hall estilo able. En todo el ambiente descubre rie, sofáes, sillones, cubiertos de icamente bordados en oro y sedas con potiches y armónicos soportes ntas del trópico; y luego, todavía, es. De un ángulo del elegante hall, onduce al piso alto del palacete. La primor del conjunto. Las bombitas anes de tela verde nilo, esparcen na admirablemente con el tapiz que " hermosísimo.

isimo estilo Luis XVI. La boiserie y grandes espejos ponen de trecho ntuosa. El bronce cincelado da al o los magníficos "miroirs" lucen eras, artísticas. Y sobre ellas, au- os antiguos, de bronce, con caireles ón con el soberbio lampadario cen- asido con cadenas de bronce, el a doña Julia Villegas de Shaw. Se de dibujo y de parecido. Basta ver ángulo, el gran piano de cola, cu- que lucen bordados en realce. Por es ostentando gallardamente mag- es delicadísimos. Y en el todo im- correcto buen gusto, denotando en tino de la señora Villegas de Shaw. bre otra sala estilo Imperio, de la fotografía por haber salido mal. de el estilo se muestra en toda su

nos encontramos en una hermosa te estilo de la época de la famosa lo. Dos muebles antiguos, admira- armonía. Sillones con altos, ma- esta sala, que, se diría, aguarda a erano. Un facistol antiguo ostenta. rituras. Es un salón de meditación, ritu. En los muros lucen los retra- w y de su extinto esposo, don Juan incel admirable de Herrera.

medor estilo Georgian, tapizado de oda la alta boiserie, luce esplendo- obre los muebles se imponen a la le elevado mérito. Un magnífico salón, y penden en las puertas los majestuosos, verdadera nota de

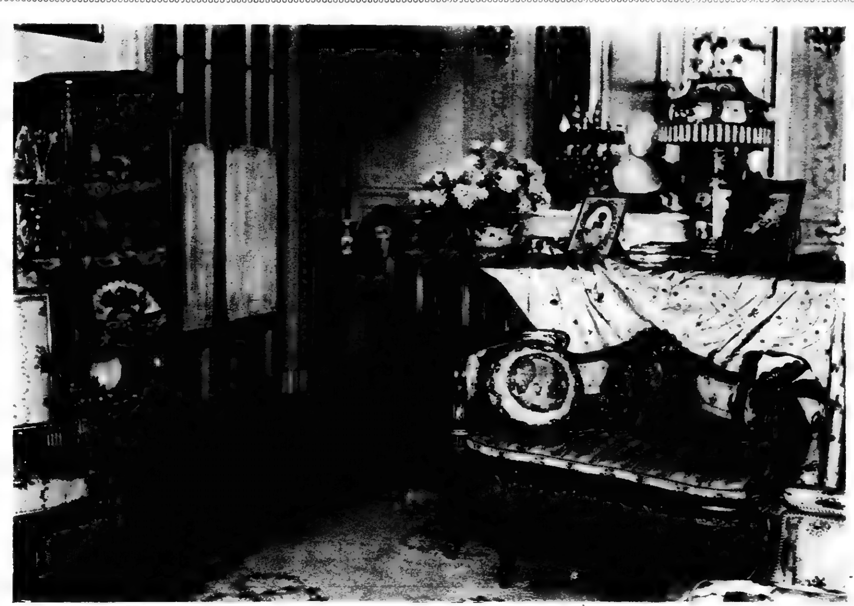


Por todos lados, en fin, la riqueza y el arte se hermanan, dando la más elevada sensación de la cultura de los dueños de casa.

SELECTA se honra exornando sus páginas con las fotografías de este palacio, cuyos propietarios tienen el respeto y el afecto de toda nuestra sociedad más distinguida.


Precioso salón estilo Elizabeth




Otra parte del gran salón de honor

Por los Salones

POCAS veces con un conjunto de factores seleccionados y tan brillantes, se realizan en Montevideo fiestas de la importancia social que asumió la ofrecida por los esposos Seré - Rücker en su residencia de la calle Agraciada.

Fiesta tan gentil, tuvo como causa inicial, la celebración del onomástico de la distinguida señorita Corina Seré Rücker, una de las niñas que con más brillantez cultural y más elegancia son en nuestros salones evidentes y altas representaciones de la belleza y preparación mental de nuestras mujeres.

Cuando ingresamos a uno de los salones, y contemplamos a la festejada en tan suntuosa fiesta, tuvimos la impresión de encontrarla más encantadora, más atrayente, y era que sus dotes físicas y morales tenían un marco de realce en el delicioso grupo de niñas que la circundaban, todas gentilísimas, todas hermosas, todas espirituales y en consecuencia todas a hacer resaltar la distinción y la cultura de la señorita Corina Seré Rücker. Llevando sin reservas a los ojos y a los labios toda la alegría nobilísima que la inundaba en su día feliz, la señorita de Seré prodigaba a sus obsequiantes sonrisas encantadoras, y en sus ojos brillaban reflejos de honda satisfacción. Y motivos tuvo para estar satisfecha: a su alrededor pudo contemplar todo cuanto de más distinguido figura en nuestra sociedad, todo un mundo que le rendía pleitesía de afecto, demostrándole en forma elocuente la estimación que la rodea como una aureola.

Luego, ¡qué gusto exquisito en la toilette que daba mayor realce a su belleza! Un matiz de aurora prestaba admirable coloración a su traje y diríase que era ella como un arrebol de amanecer sereno, majestuoso.

Y en medio de aquel ambiente pleno de suntuosidad y elegancia, un desborde de juventud llenaba las salas, el hall, el comedor... Era como un revuelo de mariposas, como un batir de alas blancas, como una visión de jardín en flor. Ambiente arrobador, a que contribuían para darle mayor intensidad de ensueño, los sones suaves de una orquesta, cuyas repetidas incitaciones a la danza fueron aprovechadas entusiastamente por el elemento joven.



EN LO DE SERÉ-RÜCKER — Señoritas: Zulma Burmeister Navarro, Esther Alvarez Mouliá, María Esther Roosen Regalía, Corina Seré Rücker, Delia Christophersen Ungo, Rosina García Arocena; Dora Piñeyrúa Sanguinetti, Carmen Acevedo Alvarez.
Caballeros: Rafael Capurro Ruano, Guillermo D. Wilson, Miguel A. Acevedo Alvarez, Carlos Rogberg Balparda, Walter S. Bayley.

Y nosotros, atraídos, subyugados, por aquel medio donde la belleza, la juventud y la elegancia rivalizaban, contemplamos el cuadro desde un sitio en que, dominándose el conjunto, se podía apreciar toda la fastuosidad de la reunión.

Por eso grabamos intensamente en la retina algunas siluetas admirables; y por eso recordamos con íntimo placer a Rosina García Acevedo y a Carmen Acevedo Alvarez, ambas envueltas en elegantísimas toilettes de color negro, color que prestaba a sus siluetas un singular encanto y hacía resaltar aun más la belleza de sus rostros de líneas suavísimas, boticelescas.

María Amalia Márquez Vaeza, linda, cada vez más linda, pasó en el triunfal estallido del color rubí de su traje. Parecía su rostro una flor delicadísima, surgiendo de la intensidad de una llama.

Luisa Wilson Castellanos, destacaba la gentileza de su figura en la elegancia amable de su vestido rosa y celeste, bella combinación que nos hablaba de cielos serenos y de luces aurorales.

Margot Zumarán Arocena, nos trajo a la memoria las admirables madonas de Fra Angélico, tal apareció de hermosa.

María Mercedes Arocena Folle, cruzó los salones con el seductor imperio de su elegancia, de su distinción y de su rango.

Juanita Herrera Thode imponía con su principesca línea, y demostraba elocuentemente su alta alcurnia patricia.

Margarita Christophersen Hugo nos dió la impresión de una deliciosa miniatura de Sevres, delicadísima, gentil, encantadora.

Enriqueta Pareja Guani y Dinorah Muñoz Nin, como dos admirables flores de un jardín tropical, triunfaban en la coloración de su toilettes, en su airosa apostura.

Julia Rodríguez Reyes, envuelta en el rojo de su traje, diríase una admirable rosa de Francia.

Y cuando más atraídos nos veíamos con el delicioso desfile, cuando suponíamos que nada podría ya darnos más sensación intensa de belleza, surgieron ante nuestras asombradas pupilas, dos niñas, dos encantadoras niñas; la una rubia, la otra morena, una guardando en sus ojos todo el encanto de un infinito azul; otra encerrando en sus pupilas la grandeza impresionante de una noche profunda. Dos niñas de singular belleza y para quienes los salones les reservan incontables triunfos. Nos referimos a Lola Gómez Larravide y Teresita Sanguinetti García Lagos.

Y pasaron también angelicales criaturas.

Y la fiesta continuó desenvolviéndose cada vez más brillante, cada vez más arrobadora, fiesta de proporciones excepcionales y por la que bien pueden estar satisfechos los amabilísimos dueños de casa.

Fiesta grata, que dejará huellas hondas en el recuerdo de todos los que a ella asistieron y que fué un justo homenaje para la señorita Corina Seré Rücker.



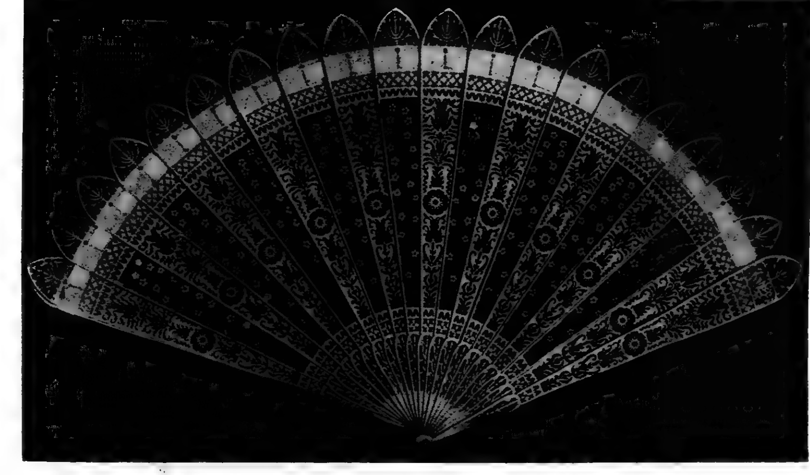
Señoritas: Sara Turenne Puig, Eloisa Gomez Harley, Dora Piñeyrúa Sanguinetti, Esther Seré Rucker, María Luisa Rucker Ramirez, Delia Christophersen Ungo.
Caballeros: Alejo Arocena Folle, Enrique Lussich Marquez, Reynaldo Arraga Francia, Roberto Ellis, etc.

Abanicos

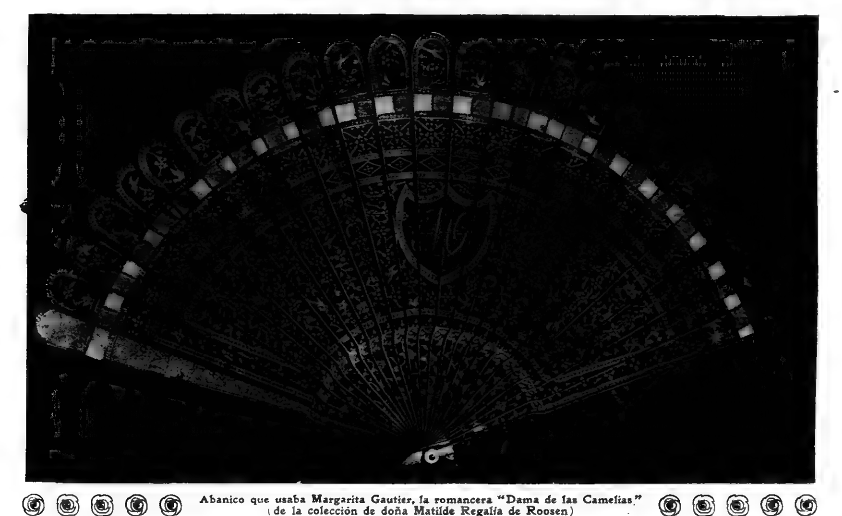
He aquí tres magníficos ejemplares de ese encantador adorno femenino, que a través de las épocas es un complemento obligado de la toilette y una como materialización de la coquetería, de la frívola y adorable coquetería de la mujer.

Dos de esos abanicos tienen grande importancia histórica y el tercero muy acentuado mérito artístico.

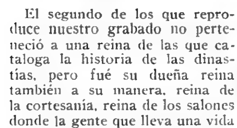
El primero de los que figura en el grabado perteneció a la Emperatriz Josefina, esposa de Napoleón el Grande. ¡Cuántas veces aquella interesantísima dama habrá puesto todas las seducciones y todos los refinamientos de su coquetería, en la frágil, en la casi alígera hurdimbre del calado marfil de su abanico! ¡En cuántas suntuosas fiestas de la brillante corte del Conquistador habrá jugado ese abanico un rol principalísimo!...



 **Abanico de la Emperatriz Josefina, primera esposa de Napoleón**
(propiedad de la señora Regalía de Roosen)    



Abanico que usaba Margarita Gautier, la romancera "Dama de las Camelias"
(de la colección de doña Matilde Regalía de Roosen)



El segundo de los que reproduce nuestro grabado no perteneció a una reina de las que cataloga la historia de las dinastías, pero fué su dueña reina también a su manera, reina de la cortesanía, reina de los salones donde la gente que lleva una vida de placeres, se reune para aturdirse y para olvidar.

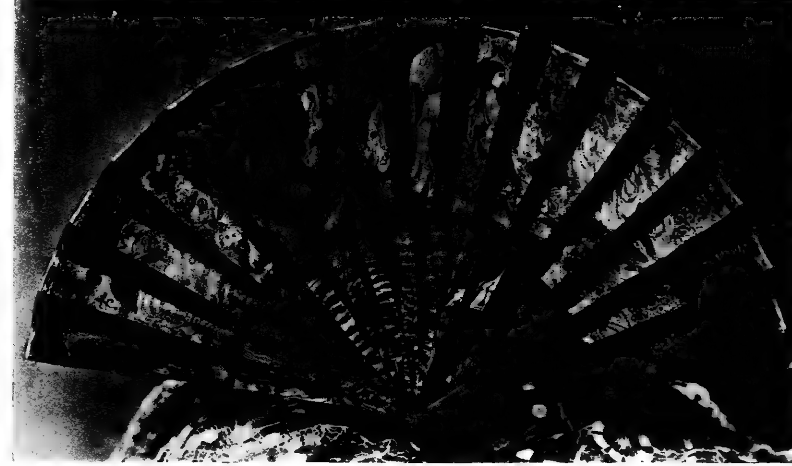
La novela, el drama, la ópera, el verso, casi todas las manifestaciones de la literatura, han recordado a la que hace ya muchos años luciera ese abanico de calado marfil, en cuyo centro se ostentan dos iniciales: M. G., es decir, Margarita Gautier, la seductora, la triste, la dolorosa Margarita Gautier que Dumas inmortalizara en su novela famosa, en su drama quizá más famoso y que luego el gran Verdi eligiera como romántica heroína de una de sus óperas más populares.

¡La Dama de las Camelias! En este nombre, impregnado de leyenda, con un perdurable brillo de amor y de sacrificio, muchas generaciones han concentrado sus simpatías. El arte, al recoger un detalle de la vida de una cortesana, creó una figura legendaria, ennobleció un amor y puso tanta verdad pasional en el alma de los personajes, que el espíritu sencillo de todos los pueblos se conmovió hondamente ante los infortunados amores de Margarita y de Armando y al dolor del sacrificio de ella unió el sentimiento afectuoso ante la muerte que pone fin al idilio.

La vida novelesca de Margarita da al abanico que perteneciera a tan idealizada amorosa, una atracción invencible. ¡Cuántas evocaciones, cuánta recordada emoción ante esas caladas varillas, que materializan un rasgo, un detalle, un algo de la romántica Dama de las Camelias!...

Esos dos históricos abanicos formaron parte de la colección de doña Isabel Tornsquist de Roosen y se hallan en poder de la señora Matilde Regalía de Roosen.

El tercero de los abanicos que reproduce el grabado, tiene alto mérito artístico. El pincel de Carlos M. Castellanos puso en la tela las tonalidades luminosas de su paleta, creando un bello motivo galante. Es una verdadera obra de mérito. Pertenece a la señora Margarita Castellanos de Echevarría.





Hermoso abanico que tiene una encantadora pintura debida al pincel de Carlos M. Castellanos
(pertenece a la señora Margarita Castellanos de Echevarría)



Contra el Alcoholismo

POR el Hogar, por la Patria, por la Humanidad; tal es el lema que en letras brillantes está grabado en el airón que levanta orgullosamente esa benéfica institución mundial que se llama Liga contra el Alcoholismo. En estas pocas palabras está encerrado un vasto programa, y con ellas se expresa también todo el mal que el alcoholismo puede causar, desde el momento que luchando contra él se vela por la Patria, por el Hogar y por la Humanidad.

En el Uruguay, la Liga contra el Alcoholismo tiene a su frente un espíritu tan emprendedor, tan noble, tan altruísta como el de doña Bernardina Muñoz de De-María. Con esta dama, tan altamente colocada en nuestra sociedad, era lógico esperar el mayor éxito en las gestiones iniciales de esta benemérita institución.

Así, pues, el primer Congreso Regional de la Liga contra el Alcoholismo fué coronado con el más brillante de los resultados, tan brillante que fué un asombro para todos, comprobándose una vez más que la obra de nuestras damas puede realizar verdaderos milagros, cuando sus altruístas actividades las reclama una obra de salud social, de bondad y de socorro.

El Congreso tuvo su elocuente demostración de ciencia y de eficaz propaganda en las sesiones realizadas en los salones del Ateneo de Montevideo.

Todos los disertantes obtuvieron ruidoso éxito ante la numerosísima y selecta concurrencia que asistió a las referidas sesiones.

Damas de tan elevada alcurnia como doña Bernardina Muñoz de De-María, doña Manuela de Herrera de Salterain, doña Hardynia K. de Norville, doña Carolina C. de Van Domselaar, doña Cata Castro de Quintela, Aurelia Viera, Isabel González Vázquez y otras muchas todavía, son las que, multiplicándose en la tarea humanitaria han conseguido que el Primer Congreso Regional contra el alcoholismo obtuviera el completo éxito que todos pudimos constatar.

A todos esos nobilísimos espíritus femeninos, dados al bien en una obra de tanta trascendencia como es la lucha contra el alcoholismo, nuestra más calurosa enhorabuena y la proclamación de que por esta labor y la que han de continuar con igual empeño, merecen la gratitud de todos.

Acompañamos estas líneas con tres notas gráficas, obtenidas durante los actos más importantes del Congreso. La tercera de esas fotografías reproduce una parte del hermoso cuadro alegórico que un grupo de encantadoras niñas formó en el escenario del Urquiza la noche en que se celebró la fiesta de clausura del Congreso. Esa fiesta fué el corolario de todos los éxitos anteriores.



En el Hotel Oriental. – Té de clausura del Congreso Regional contra el Alcoholismo
Comité de Damas y Delegadas. — De izquierda a derecha: Señoras y Señoritas, María L. de More Franco, Elena Fabrega de Caetano, Catalina Castro de Quintela, Margarita V. de Pintos, Isabel González Vázquez, Manuela de Herrera de Salterain, A. Tejería, Elisa Bruel de Villemur, N. Pintos, Leonie Jude de Mola, Aurelia Viera, Rosa G. de Tejería.



Durante el té de clausura. — Parte de la distinguida concurrencia que dió caracteres de acontecimiento social a este acto

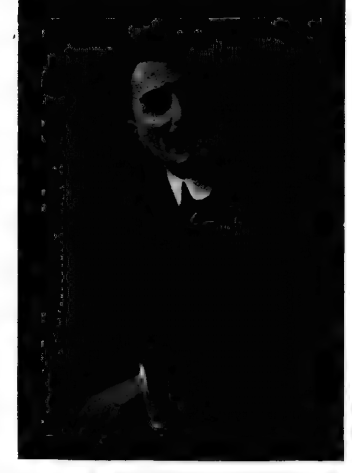


Núcleo de encantadoras niñas que en el escenario del Urquiza, formaron un hermoso cuadro alegórico en la función de clausura del Primer Congreso Regional contra el Alcoholismo

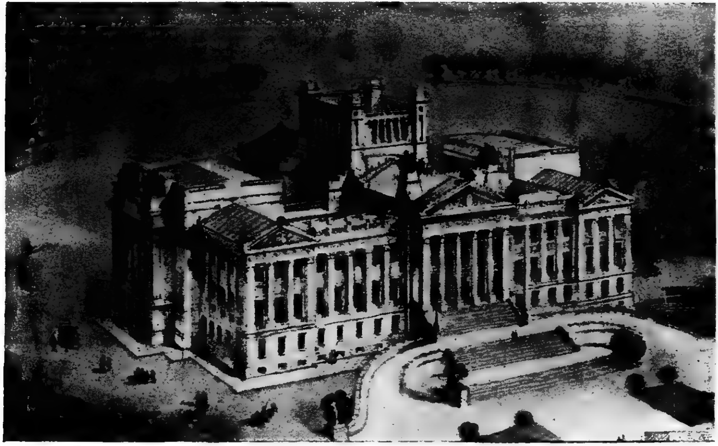
El Arquitecto Moretti

RECLAMADA su presencia por el mayor impulso que se imprimirá a las obras del Palacio Legislativo, está de nuevo entre nosotros el eximio arquitecto italiano Gaetano Moretti, autor del proyecto de modificación y director de las obras de complementación de ese monumento arquitectónico.

Superfluo es ya tejer una vez más la biografía del notable artista, que es una de las figuras culminantes de la arquitectura contemporánea. Suficientemente conocidas son sus cualidades y muchísimas veces ya se han enumerado en la prensa del país, las innumerables obras por él realizadas, los cargos honrosos que brillantemente ha desempeñado, las distinciones de todo género de que ha sido objeto por los múltiples méritos que él posee como maestro, como profesional, como celoso guardián de los tesoros infinitos que forman el incomparable patrimonio artístico de Italia.




Gaetano Moretti



Palacio Legislativo a vuelo de pájaro

La reputación de que goza el arquitecto Moretti, se apoya en su vida de constante labor, de luchas intensas y nobles, y en las victorias completas e indiscutibles obtenidas por su privilegiado talento.

Modesto sin afectación, de su natural y sincera modestia podría decirse lo que él dijera refiriéndose a su querido maestro el insigne arquitecto Boito: que parece basada en una clara noción de su propia superioridad, en la serenidad de conciencia, en el desprecio por las debilidades humanas y en la inmensa bondad que alberga su alma pura y sensible.

Toda su compleja obra de artista es una evidente demostración de su intenso amor a su arte, en cuyos dominios entró con ardiente espíritu de estudioso, deseando hallar una expresión estética, arquitectónica, de racional y lógica subordinación a las imposiciones de la época moderna, sin prescindir de la armónica sucesión de los caracteres estilísticos del pasado, como fundamento de las innovaciones requeridas, y como integración de las manifestaciones del espíritu actual.

Pasado el periodo de ciego acatamiento al academismo arquitectónico que imperaba en Italia a mediados del siglo XIX y apagados los entusiasmos románticos que luego le sucedieron, el profesor Moretti con otros pocos estudiosos rebeldes como Basile, como Sommaruga, como Magni y otros dotados de sólida preparación clásica, desarrollaron entusiastas su labor de artística busca de nuevos ideales, encuadrados en una amplia y armónica visión de fuerza, de vida, de aristocrático clacisismo en las masas arquitectónicas. Y en la obra de Moretti más que en ninguna otra se ofrece — como dice el ilustre arquitecto Luca Beltrami — la prueba palmaria y tangible de un consorcio de las distintas tendencias que erróneamente se consideraban como opuestas, cuando en realidad en todo tiempo fueron acordes en la inagotable transformación de los estilos.

Tanto en las composiciones inspiradas en reproducciones estilísticas las más variadas — continúa diciendo Beltrami — como en las composiciones desarrolladas con la más amplia libertad de concepto, Gaetano Moretti afirma la constante y segura aspiración hacia nuevos horizontes del arte, destruyendo así el prejuicio de suponer que la meta corresponda a quienes mayormente hayan desdeñado toda tradición del pasado.

La larga actuación que el arquitecto Moretti tuvo en la superintendencia de los monumentos de la Lombardia y el Véneto y la vasta labor arquitectónica realizada, han demostrado sobre todo, el estudio meticuloso y acabado que él hace siempre de los programas y el respeto honesto que les profesa en la realización de sus proyectos.

Moretti — "siendo un dibujante fácil y elegante, presenta sus estudios como arquitecto — dice nuestro compatriota el arquitecto Scasso —



Muebles y decoraciones de un comedor



Palacio Legislativo: Detalle del motivo central

sin la frondosa y engañosa exuberancia de líneas que halaga la vista pero que nada sugiere el espíritu, y en ellos aparece de inmediato el nervio constructivo, el arabesco orgánico, sincero y sabio, que da el profundo conocimiento de todos los secretos de la plástica de cada material.''

Las ilustraciones gráficas que acompañan estas líneas, dan una idea de los distintos temas arquitectónicos desarrollados por el profesor Moretti y hacen ver el ancho campo que recorrió su mente creadora en la concepción de monumentos de más diversa índole, y el amoroso estudio de innumerables temas decorativos.

Templos, monumentos conmemorativos, palacios, sepulcros, altares, interiores suntuosos, edificios industriales, planes de urbanización, detalles decorativos múltiples y varios, todo abarcó su espíritu culto y amplísimo de profesional práctico y eminentemente artista, con el mismo dominio y el mismo acierto singular.

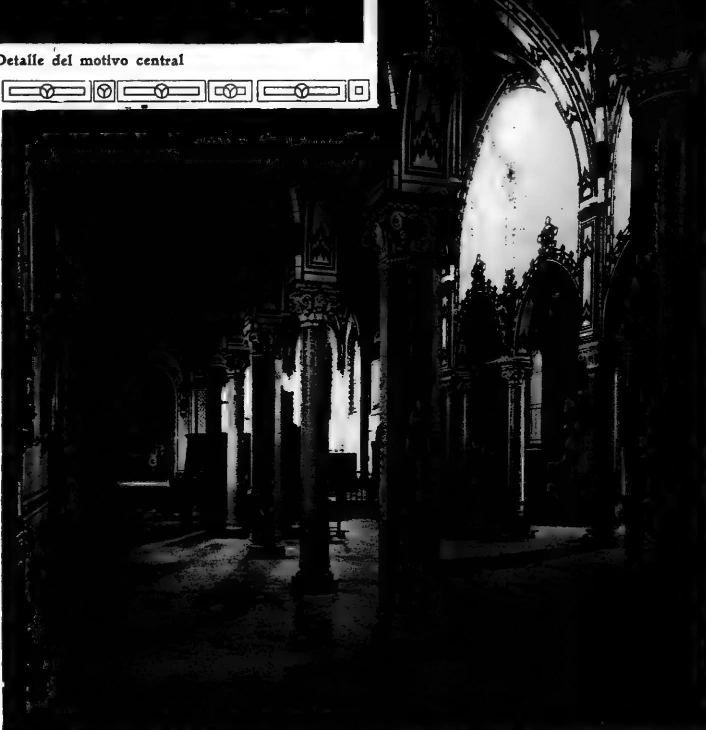
La obra del Palacio Legislativo será quizá su obra de mayor desarrollo y será la que mayormente evidenciará el conjunto de cualidades que lo caracterizan como uno de los arquitectos contemporáneos de más valía.

Esa será la obra de su plena y brillante madurez artística, síntesis natural de todo ese proceso de contralor eficaz que la autocritica ejerce en los que como él han estudiado con pasión, han observado en frecuentes viajes, han meditado en múltiples problemas y han afinado su criterio de apreciación y amplificado su espíritu en largos años de profesorado inteligente.

Y aun cuando en esa obra, supeditando su inspiración artística a los puntos obligados de una estructura arquitectónica ya definida antes de su intervención, no podrá dar vuelo completo a sus ideas, toda solución constructiva o decorativa en qie Moretti modifique el concepto primitivo, será una demostración de su equilibrado criterio profesional y del intenso amor de artista con que realiza el estudio prolijo y constante de sus temas, siempre con recursos de honestos. Dentro de las líneas generales de clásica composición, que acusan la trama de las masas principales del edificio, los elementos ornamentales, de espíritu moderno, serán como un soplo de vida actual, que acentuará la expresión arquitectónica del monumento.

El Palacio Legislativo del Uruguay será sin duda una obra de arquitectura noble, de expresiva e imponente serenidad, tal como todos ardientemente lo deseamos y como lo esperamos con fe los admiradores del eximio artista, que tan gloriosamente mantiene las tradiciones brillantes del arte italiano.

EUGENIO P. BAROFFIO.



Interior de la Iglesia de San Francisco en Gallarate (Italia)

Inspiración...

(LA LEYENDA DE LA ARAÑA)

EL poeta vagó por el bosque, detúvose en un jardín solitario que encontró a su paso, entonó la más sentida de las canciones; luego evocó los recuerdos de su niñez, recordando su amor primero, aspiró el perfume de un pañuelo, acarició con su mirada a una rosa fraganciosa como toda una primavera. En vano fueron sus esfuerzos; la inspiración no se manifestaba en su mente acalorada. Ni la naturaleza, ni la obra del hombre, ni las ruinas de una tapera donde se había amado y llorado, ni un pedazo de lago tranquilo y dulce que reflejaba sauces llorones y ceibos en flor, lograron sugerirle un motivo para un soneto. Imaginó un drama sombrío, un idilio amoroso, una fábula moral y el verso fué reacio a tomar la forma de endecasílabo. Desesperado al meditar en la atonía súbita de su estro poético que le había sido siempre propicio y fiel hasta ese instante, cayó en tristes reflexiones.

La causa la halló de súbito.

En él, la poesía había surgido profunda y espontáneamente desde su más tierna infancia. Dar forma versificada a sus sueños juveniles había sido fácil juego de su mente. Por intuición conocía las emociones, los dolores y las pasiones humanas; pero jamás había experimentado en su propio ser el más leve pesar, la más sutil emoción amorosa, el menor asomo de entusiasmo pasional, igualándose en esto a casi todos los poetas jóvenes, que caen en la desesperación excéptica, más por exceso de romanticismo que por obedecer a su idiosincrasia; tristes por seguir la moda de parecer cansados de la vida; exhaustos de sensaciones con el alma muerta a todo optimismo y sin haberla hecho vibrar nunca en el laúd de una pasión, sin haberla hecho incendiar en el crisol de una decepción, sin haberla quintesenciado, alambicado y purificado en el sacrificio de un deseo por ser fiel a una virtud, a un deber, a una verdad. Su ética era rudimentaria, hallándose más predispuesto a elogiar un acto cínico de egoísmo, que un heroísmo o una abnegación.

No había vivido, ni había observado la vida con ojos de psicólogo. Su propia ignorancia de la vida era la barrera que le ocultaba el mundo. Ser poeta sin conocer la realidad de lo humano era como ser músico sin conocer el pentagrama y la harmonía.

Detúvose debajo de una acacia negra y sentóse sobre una roca, con la evidencia de que la poesía en él, había sido canto sin sentimiento, fragancia nativa de flor silvestre.

Tenía que estudiar nuevos ritmos para ser ruiseñor, rey de la selva, y seleccionar las flores de su jardín interior sometiéndolas al frío de las noches invernales y al calor canicular de los mediodías tropicales, para llegar a extraer de su poesía el aroma intenso y embriagador de la verdadera vida.

No bastaba haber amado la naturaleza con el entusiasmo de un neófito. Había que sufrirla. No bastaba detenerse admirado ante la esfinge de la vida, había que desentrañarla. No bastaba marchitarse estérilmente en suponer las pasiones, había que experimentarlas en carne y en espíritu propios, sangrarse el alma y si fuere menester sangrar sus propias arterias. Dejar entrar el mundo en sí mismo y posesionarse de él, torturándose voluptuosamente. Convertir el alma en un eco sentido y no en substancia amorfa. Plasmar las impresiones a través de las propias alegrías, amarguras y automartirizaciones. Ser a la vez espiritual hasta el idealismo y sensual hasta el materialismo. Desposarse con la vida intensa, poseerla hasta el paroxismo de la pasión, hasta el hastío, hasta la repulsión misma; porque de las grandes emociones y decepciones experimentadas se forjan los ideales del mañana.



No ser neófito en ningún dolor y en ningún placer para arribar a ser maestro de las selecciones futuras. Curarse de las sorpresas imaginarias, esperar siempre lo malo, aceptar lo bueno como un azar y sobre todo vivir, vivir y vivir. Amar la vida y no temer la muerte. Esperarla como invitada fiel que no ha de faltar al convite final y buscar ávidamente en todas partes la belleza; ser su sacerdote humilde y hacer de ella el culto de los cultos. Hacer de sus nervios un arpa vibrante y no un receptáculo apagado de impresiones...

El sol caía hecho una brasa de fuego.

Sus últimos rayos llegaban fríos a los pies del poeta. En plena juventud el poeta era un sol que se pone y que sólo da rayos fríos!

Irguióse con un gesto de protesta al comprender la verdad del símil, y al ver una tela de araña que acababa de tejer una *epeira fasciata*, entre varias ramas bajas de la acacia, observó:

En el centro, junto a la intersección de los radios, en actitud suspensa yacía la araña ostentando su grueso abdomen. De pronto descolgóse de un hilo tenue una *epeira pequeña*, y que bajaba a trechos como temerosa. Era el macho que por instinto no ignoraba su triste destino. Se detuvo a unos milímetros cerca de la hembra y confiado quizá en la inmovilidad de ésta, bajó a la tela y cumplió su amoroso anhelo como lo cumplen los seres a los que guía la fuerza ignota del amor que anima los insectos y atrae las estrellas.

Disponíase a partir por donde había venido utilizando la sutil escala de seda, cuando Julieta en un rápido movimiento aprisionó en sus peludos brazos al inocente Romeo, y después de darle un beso mortal, le tejió una mortaja. Luego comenzó a sorberle lentamente con la fruición de una golosa que gusta del jugo de una naranja.

¡El poeta comprendió!...

No bastaba amar sino había que ser víctima o héroe del amor para tener inspiración.

No bastaba amar a una mujer, amar a la natura, amar al género humano, con fe, con confianza, con abnegación, dándose todo, todo, en cuerpo y alma, sino morir aniquilado por el mismo objeto de su amor, morir como enamorado, como víctima de entusiasmo por la naturaleza, como apóstol de una idea. Sentir el beso de la muerte por el objeto amado, por un abismo, por un ideal. Sentirse amortajado por las mismas manos de la mujer a la cual se le ha dado el alma, por el agua de una catarata, por los mismos hombres a los cuales se les ha querido traer la buena nueva. Ser Romeo, flor que arrastra un torrente, Jesús en la tierra; he ahí la verdadera misión del poeta.

Los catorce versos del soneto eran muy pocos para desarrollar el tema que se le había ocurrido y que se hallaba ávido de ensayar en carne propia.

¡Qué inmenso poema había enseñado a un gran poeta una misera araña! ¡Inspiración! Y recordó el aforismo de Guerra Junqueiro: "La poesía es ciencia de la vida transformada en sentimiento". Y una lágrima verdadera fué a calentar el último rayo de sol que se moría de frío a sus pies!

(Dibujo de Pesce Castro)

Otto Miguel Cione.



Busto de
Eduardo Salteraín de Herrera



Una escultora

Lila Pujadas Ferreira

"La Ira"
boceto expuesto en 1817

QUEDA escrito en el título de estas líneas, el asunto que ellas desarrollan, con tanta pobreza de forma como justicia de juicio y sinceridad de fondo.

Lila Pujadas Ferreira, se llama una mujer joven y artista, más artista que joven, porque si los años parecen pocos, muchos en cambio los dones de la inteligencia, que cultivan el arte con predilección y dignidad.

Niña aún, aprendió dibujo y pintura en la Escuela de Bellas Artes que dirigía entonces Carlos María Herrera. Apasionada de la forma como elemento de belleza y reflejo del entendimiento, no le bastó, más tarde, el trazo del lápiz ni tampoco los colores de la paleta, para saciar sus ansias de representación artística, — y fué entonces que aprendió a modelar el barro, soñando con altas concepciones escultóricas. Sola, sin maestros directores ni enseñanzas de cátedra, recogiéndose piadosamente en el silencio de su retiro lejano, — Lila Pujadas trabajó mucho y sigue aún trabajando con obstinación ejemplar, descubriendo graciosamente con el cincel, los secretos del arte, los misterios de la mente y las profundidades del sentimiento, que oculta la expresión humana.

Interpretando fielmente, ejecutando con inteligencia, cuidando la forma con paciente escrupulosidad y soberano dominio de la voluntad que crea el esfuerzo y exalta la devoción, como la fe de los iluminados, — esta brillante escultora, que no tiene más halago que la consciente satisfacción moral de sus obras puras y desinteresadas, — es digna de las recompensas mayores, a sus altas virtudes de talento y dedicación. Enamorada de su arte, no vive de él como muchos que lo olvidan para recordar que viven; pero, vive en cambio para él, consagrándole los afanes de su pensamiento y acción. Y más que vivir con él, con él sueña afanosa en la calma de su taller, al que no llegan tumultos ni vanidosos ruidos.

De sus obras escultóricas, ya conoce nuestro público las primeras, que fueron expuestas hace un año. De las que siguieron a aquella época, — y que son sin duda más completas y mejores que las primeras, — SELECTA ofrece el grabado de algunas: copias del natural unas, concepciones artísticas otras, como el boceto de "Los Peregrinos", — de "Motivos de Proteo", — y todas brillantes manifestaciones plásticas, de vigoroso carácter.

Luego de dominar el barro, que Lila Pujadas maneja con extraordinaria habilidad, vendrá la escultura en mármol, que la autora sueña como una ventura suprema. Todo, obra de la inteligencia, de la contracción, y la fe en el esfuerzo creador, que avasalla y somete.



Lila Pujadas, trabajando en el boceto de "Los peregrinos", (de la parábola de Rodó)

Con las pocas palabras dichas, — que son también boceto, aunque tosco, de un refinado temperamento artístico, — queda descubierto el mérito ejemplar de una niña que vive dedicada al maravilloso arte escultórico, tan poco común entre nosotros y tan difícil de tratarle bien, como digno del mayor estímulo; dedicada por entero a él, con gloria y sabiduría, — desdeñando frívolas ocupaciones de la vida diaria.



Un rincón del taller. Tres esculturas, copias del natural



Un Cristo, hecho sin modelo, y un boceto del natural (señorita Sara Pujadas)

Y si todo es costumbre de prodigar elogios aun a aquellas discutibles inteligencias, que en busca van del común halago, — ¿cómo no discernírselos, a quien no los quiere, ni los busca, pero los merece justamente por la inteligencia de sus condiciones, y la condición de su inteligencia notable?

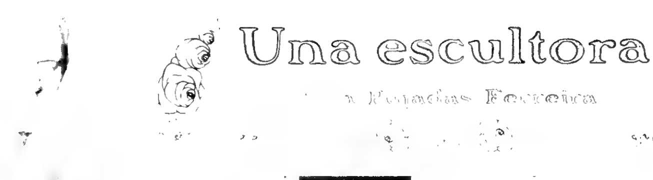
Próxima a estas impresiones escritas, el público tendrá ocasión de apreciar de nuevo, una exposición de bocetos de Lila Pujadas.

Incansable en su labor artística, esta escultora ha compuesto últimamente varias obras nuevas de verdadero mérito y carácter, entre las que sobresalen un busto del glorioso José Enrique Rodó, y un trabajo de composición creadora, — las que contribuirán a los prestigios artísticos indiscutidos que hemos condensado en las líneas que preceden; líneas ligeras de comentario, que no pueden tener aquí un fin crítico y analítico de la obra artística, sino puramente una misión de justicia, al divulgar dignísimas condiciones de la inteligencia. Y esta misma impresión de méritos, la recibirá como decimos, el público, frente a las obras a exponerse en breve, — y las recibirá mejor, sin duda alguna, que con el pálido reflejo de nuestro comentario.

Sólo deseamos, al rendir nuestro homenaje de admiración a Lila Pujadas Ferreira, que para el bien y la cultura de nuestro ambiente, sea imitado por muchos, el ejemplo de laboriosidad y pertinacia artística que referimos.

"Los trabajadores intelectuales, — dice Smiles, — son los primeros por el valor y por la autoridad y constituyen la verdadera aristocracia del trabajo". Y agrega: "Son los capitalistas de la sociedad, los hombres de inteligencia. Los mayores trabajadores han estado a la cabeza de la sociedad en todas las épocas. Pueden haber tropezado con dificultades y obstáculos, haber sido perseguidos, condenados y, al parecer, vencidos y aniquilados; sin embargo los grandes espíritus de esos muertos nos gobiernan actualmente. Sócrates y Platón, viven aún en la filosofía; Homero y Virgilio, en la poesía; Aristóteles y Galileo, en la ciencia: en tanto que sus legisladores contemporáneos, tiranos, cónsules, presidentes, reyes o emperadores, yacen casi todos en olvido."

Dick.



Una escultora

[illegible]a Pujadas Ferreira

Busto de
Eduardo Salterain de Herrera



Lila Pujadas, trabajando en el boceto de "Los peregrinos", de la parabola de Rodo



"La Ira"
boceto expuesto en 1817

Q[illegible]

[illegible]

Y si todo es costumbre de prodigar elogios aun a aquellas discutibles inteligencias, que en busca van del común halago, ¿cómo no discernírselos, a quien no los quiere, ni los busca, pero los merece justamente por la inteligencia de sus condiciones, y la condición de su inteligencia noble?

Proxima a estas impresiones escritas, el público tendrá ocasion de apreciar de nuevo, una exposición de bocetos de Lila Pujadas.

Incansable en su labor artistica, esta escultora ha compuesto últimamente varias obras nuevas de verdadero merito y caracter, entre las que sobresalen un busto del glorioso José Enrique Rodó, y un trabajo de composicion creadora, [illegible] las que contribuirán a los prestigios artisticos indiscutidos que hemos condensado en las líneas que preceden; líneas ligeras de comentario, que no pueden tener aquí un fin crítico y analítico de la obra artistica, sino puramente una misión de justicia, al divulgar dignísimas condiciones de la inteligencia. Y esta misma impresión de meritos, la recibirá como decimos, el público, frente a las obras a exponerse en breve, [illegible] y las recibirá mejor, sin duda alguna, que con el pálido reflejo de nuestro comentario.

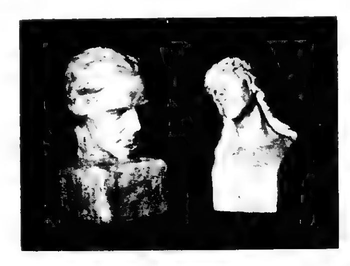


Un rincon del taller. Tres esculturas, copias del natural

Solo deseamos, al rendir nuestro homenaje de admiración a Lila Pujadas Ferreira, que para el bien y la cultura de nuestro ambiente, sea imitado por muchos, el ejemplo de laboriosidad y pertinacia artistica que referimos.

"Los trabajadores intelectuales, [illegible] dice Smiles, [illegible] son los primeros por el valor y por la autoridad y constituyen la verdadera aristocracia del trabajo". Y agrega: "Son los capitalistas de la sociedad, los hombres de inteligencia. Los mayores trabajadores han estado a la cabeza de la sociedad en todas las épocas. Pueden haber tropezado con dificultades y obstáculos, haber sido perseguidos, condenados y, al parecer, vencidos y aniquilados; sin embargo los grandes espiritus de esos muertos nos gobiernan actualmente. Socrates y Platón, viven aun en la filosofía; Homero y Virgilio, en la poesía; Aristoteles y Galileo, en la ciencia; en tanto que sus legisladores contemporaneos, tiranos, consules, presidentes, reyes o emperadores, yacen casi todos en olvido."

Dick.



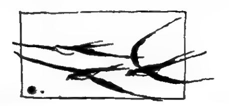
Un Cristo, hecho sin modelo, y un boceto del natural señorita Sara Pujadas



Laissez faire,
laissez passer

Caricatura
de Bello

Tardes de Otoño



COMO todos los años, la terminación de la temporada veraniega, deja cierta inanición social, hasta que empieza "oficialmente" la estación de los fríos.

Nuestras mujeres — pese a los que dicen que son andariegas — en general, son retraídas.

Las jóvenes, sólo salen con motivo; sea éste una compra, una visita o un cine. Las señoras, menos aún; sólo dejan un rato su hogar para adquirir el ajuar de invierno a sus chicos; para elegir un regalo de boda; para visitar a una enferma o para comer en casa de los suegros... Fuera de estas salidas imprescindibles, no se ven, más que alguna que otra vez en el teatro y nada más!

Es casi una epidemia nacional, la crítica al titulado callejeo.

No se concibe, que una niña salga simplemente por ejercicio — tan necesario — sin que se susurre, que quiere pescar novio...

Tampoco puede salir muy seguido una señora sin que se le tache de abandonada!

Salir seguido es siempre censurado.

Sin embargo, nada más absurdo, que el retiro obligado y éste también es duramente reñido.

¿Qué le pasará a "Fulanita", que no se ve por ningún lado? — comentan. — ¿Habrá quebrado con el novio; la habrá dejado?...

Las señoras, tampoco quedan ilesas y dicen de ellas:

—¡Pero hija; qué vida la de "Fulana"; o el marido es un celoso — quisiera saber de qué... con semejante cara! — o estarán atrasados; pero si ni por la calle se le ve la cara!

En suma, la "comidilla" nunca falta y no merece que por evitar las dos críticas, se dosifiquen los paseos.

¿Qué tiene de censurable, que en estas plácidas tardes otoñales todas las señoras salgan con sus chicos, al Parque, al Prado o a donde se les antoje?

Si las madres no vivieran supeditadas a la rutina, la murmuración y otros prejuicios tontos, los médicos especialistas en niños, tendrían que poner un biógrafo...

¡Cuántas y cuántas enfermedades recojen los niños en el paseo con su niñera, que le saca, con otra "colega" las tiras a los patrones, mientras los niños en el Parque, se humedecen, caen, se besan con otros chicos enfermos y regresan a sus hogares con frío; porque la niñera con su charla, se olvidó de ponerles el abrigo!

El cuidado de la casa — que dicen las señoras — es un pretexto, para seguir la rutina del encierro y vivir hasta malhumoradas, en esa igualdad de ambiente y de atmósfera, por el miedo al callejeo!

Nuestras señoras debieran imitar a las inglesas, que salen con sus pequeñuelos continuamente y no por eso desatienden su hogar, pues es bien conocida la fama de que gozan, como perfectas dueñas de casa.

En el peor de los casos, siempre sera preferible, encontrarse al regresar a la casa, con unas sillas mal colocadas o unos cubiertos de menos... que buscar el termómetro para el niño, que la sirvienta trae enfermo del paseo por los chocolates que le ha comprado, para que no interrumpa su charla con el novio, o con la garganta irritada por la humedad que ha tomado en un paseo, que sólo sirve para aumentar las finanzas de los médicos!

Por su parte, las jóvenes bien podrían prescindir del miedo a los motes, que les ponen los desocupados, cuando las ven con frecuencia en determinado paseo; y salir a menudo, sin tener que ir, fatalmente a comprar vestidos o a encerrarse en un cine, para mirar las contorsiones de la Bertini.

En un clima como el nuestro, es hasta criminal no salir simplemente a tomar sol, a jugar al tennis o a caminar con las amigas.

Hasta la propia "comidilla" desaparecería, pues esas tonterías son fruto de la inanición física y espiritual en que viven nuestras mujeres por temor al "qué dirán"...

Berta.



Señora Mercedes Uhagon de Ollivier Montero

En el retiro de su hogar honorable la señora de Ollivier Montero, cumple una elevada misión de bondad y de bien. Virtuosa, distinguida, la rodea el aprecio social, que llega hasta la austeridad de su casa como un reconocimiento a todos sus méritos y a todas sus noblezas. De ilustre y antiguo abolengo, ha guardado respetuoso culto a las honrosas tradiciones de familia, y en ella se afirman hoy aquellas ejemplares costumbres de antaño, elevadas aún más por una cultura y una distinción intachable. Es hija de D. Julio José de Uhagón, hidalgo español que fundara el barrio de Salamanca, Conde de Olea y perteneciente a la alta banca madrileña. La madre de la señora de Ollivier era hija de D. Antonio Montero y de Doña Matilde Raña de Montero.





FEMENINAS

A toda mujer de buen gusto le satisface tener el lecho bien vestido, elegantemente vestido. Por eso quiero daros, amables lectoras, algunas indicaciones para que vuestro lecho luzca hermosos atavíos. Las colchas de seda han caído en el más completo desuso; únicamente deben aceptarse, por lo prácticas y elegantes, las colchas blancas, transparentes, ya sean de tul o de clarín. Puede servirles de viso raso de algodón de cualquier color, y que es perfectamente lavable.

Las colchas de clarín tienen la conveniencia de poder llevar en el centro un bonito bordado, todo calado, para que luzca el viso; en los costados y desde el borde de la cama se le pone un vuelo del mismo género, unido por una vainillita doble. Puede emplearse igual para su confección, un género de hilo o un tejido de batista, esto es indiferente y se deja a gusto de cada una o, mejor dicho, a gusto de quien ha de trabajarla.

Yo aconsejo se haga de una tela liviana, pues no soy muy amiga de los trabajos pesados y recargados que no se terminan nunca y van envejeciéndose con nosotras.

Una colcha con una bonita labor en el centro es de muchísimo efecto, y se hace muy pronto. Un dibujo que lleve hojas y flores, adornos, etc., se le pasa una bastilla menudita por el contorno del dibujo, luego se corta por el centro, se doblan los bordes de la tela para adentro y se le hace un cordón al realce; los tronquitos de las hojas son de un cordón falso.

Los dibujos pueden combinarse con aplicaciones de encajes o malla y en el centro pueden ponérsele las iniciales que pueden ser del mismo carácter del dibujo.

Para la parte que cubre la almohada se puede hacer un pequeño dibujo, con los mismos motivos de la colcha; de esta manera quedará una cubrecama completa y bien terminada.

LAS FLORES

Alguien ha llegado a culpar a la vanidad y coquetería femenina de la desaparición de tantas aves bellísimas; dicen que las mujeres disponen que se despoje a la Naturaleza de sus galas y atavíos, para adornarse con ellas.

No negaremos que esos lujosos atavíos favorecen a la mujer, ya sea en pieles que la cubran o en plumas que adornen su sombrero, pero hemos de lamentar que esos lujos representan grandes sacrificios y matanzas; esos lujos disminuyen el vuelo de las pobrecitas garzas...

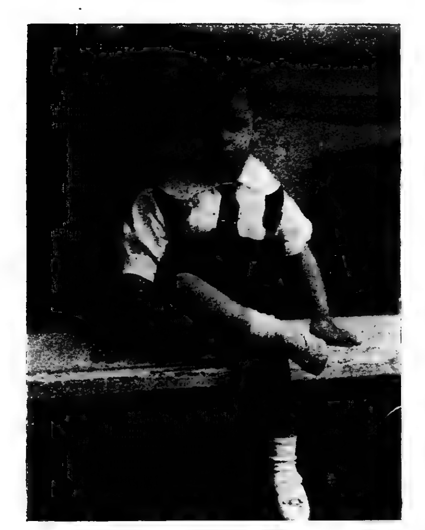
Las mujeres disponen de mil atractivos para aumentar su belleza y su gracia... ¿Por qué, pues, han de recrearse en la desaparición de esos animalitos que han de ser luego arma de ostentación y de vanidad?

Las flores debieran ser el adorno preferido de la mujer. Su vida efímera está más de acuerdo con la volubilidad y capricho femenino. Ellas son el verdadero emblema, se apoderan de todos los instantes de nuestra vida con esa plenitud de belleza, negada a todo lo que dura más que su perfume.

Las flores son el adorno desinteresado, sus pétalos perfumados son verdaderas galas que debieran ostentar orgullosísimas todas las mujeres de buen gusto. Engalanada con flores la mujer es verdaderamente mujer y no mujer-vitrina, como tan acertadamente califica un crítico español a las damas que se embellecen únicamente con la belleza de sus joyas y trajes.

Ninón de Lluprén.

Modas Infantiles



Wáshington Carcavallo Antón



Fernando Cardoso Saavedra



Sofía y Amalio Correa Carreras

NO hay que dejar en olvido a la gentecita menuda, cuando se habla de modas; ellas también merecen nuestra atención y nuestra preocupación. La toilette infantil debe ser objeto de un prolijo cuidado por parte de las madres, es necesario que las niñas aprendan a llevar con gracia y desenvoltura las mismas prendas elegantes que — con algunas modificaciones — han de vestir en otra edad. Las niñas tienen también, mejor dicho, deben tener su día de recibo. Nada más agradable y chic que ver a una de esas pequeñas dueñas de casa haciendo los honores a sus visitantes con la misma exquisita gentileza que pudiera derrochar una persona acostumbrada a los salones.

Dedicar al traje de las niñas un minucioso examen y una prolija y severa elección es obra del buen gusto, del buen sentido. En verdad, que no necesitan mucho adorno, ni extravagancia alguna, por elegante que parezca, la toilette infantil. Describiré dos trajes que acaban de llegar de París y, estoy segura, que alguna de mis pequeñas lectoras ha de aprovechar el modelo. Una toilette para recibir y que tiene la ventaja de prestarse para paseos, es la hecha en paño "gris - argent", bordado en seda un tono más obscuro; botones de plata oxidada; vestido enterizo con un gran cuello bordado; puños muy amplios guarnecidos de galones gris del mismo tono que el bordado.

Otra: falda de terciopelo negro, blusa de jersey de seda color rubí guarnecida de marta; en el escote una "guipure" de seda cruda. La blusa se ha de prender sobre los hombros de manera que los botones queden ocultos.

Las telas deben arreglarse y elegirse según el gusto de las mamás, pero sin olvidar el color que ha de favorecer a la niña si es rubia o morena. No siempre ha de escogerse aquello que la haga aparecer como vestida con hábito colegial. Los colores claros sientan admirablemente a las morenas y, si se les viste de obscuro, es necesario poner en el cuello una guarnición clara, que haga resaltar el busto; en cambio a las rubias, el traje obscuro les queda muy bien sin necesidad de adornos ni de tonos claros.

Tengo la seguridad de que mis pequeñas lectorcitas sabrán armonizar mejor que yo la tonalidad de sus toilettes; por eso, me abstengo de continuar.

La Abuelita.



Rubén Carcavallo De Lilla



Ninón Alvarez Muñoz

Los Guachitos



Fotografía artística
del Dr. Miguel A. Paez Formoso


Gloria Ferrandiz


Teresa Lacanau


María A. Reissig


Josefina Foubert


Asunción Carreras

TEATRO NACIONAL



UN núcleo importante de nuestra sociedad y de nuestro mundo intelectual presenció el mes pasado, en el teatro Urquiza, la representación de una obra dramática por los artistas de la Compañía de Comedias que dirige el señor Atilio Supparo.

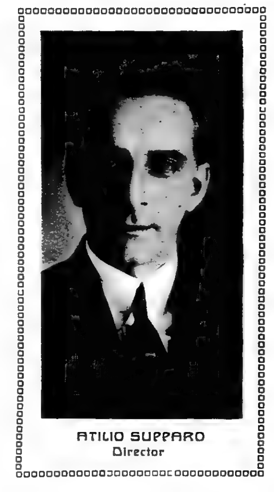
Antes de ahora tenía yo el más elevado concepto del señor Supparo como director de compañía. Pero nunca lo había visto dirigir. Después que lo observé en plena labor educativa ante sus inteligentes artistas he comprendido plenamente el milagro por él realizado con actores de gran cartel en Buenos Aires, en la época, ya un poco lejana, que surgió a la consideración del público el teatro nacional.

Supparo es un extraordinario director de escena. Sus cualidades son múltiples; sus facultades excepcionales. Crear y modelar artistas es para él tarea tan fácil, como lo es para un escultor el moldear el barro informe y hacer surgir de él un rostro, una, cabeza, un busto. Luego, tiene la rapidez y justa visión del efecto escénico, el acierto maravilloso en la colocación de las figuras, el exacto sentido de juego fisionómico, y otras cualidades tan fundamentales como estas.

¿Es de extrañar, pues, que con un director de esta talla surjan a su conjuro artistas tan correctos (y empleo el menos elogioso de los vocablos) como los que lo rodean actualmente y forman la única compañía de comedias que con justo título de tal existe en nuestro país?

Indudablemente que no debe extrañar este verdadero milagro a quienes conozcan a Supparo y sepan apreciar lo que vale, que es mucho, muchísimo y que nosotros, posiblemente hasta ahora, no hemos sabido tener en cuenta como merece.

No exagero; téngase en cuenta que en muy pocas oportunidades como esta he sido más parco en el elogio; sépase que al escribir estas líneas me lleva no sólo un espíritu justiciero hacia un gran esfuerzo realizado, sino que asimismo un amplio anhelo de que tengamos también nosotros lo que ya con tanto legítimo orgullo poseen, argentinos, brasileños y chilenos; vale decir compañías propias, teatro propio, autores que año tras año enriquecen a la literatura teatral, esa manifestación de arte tan apreciada en pueblos directivos como Francia e Inglaterra.


ATILIO SUPPARO
Director

Miremos un instante allende el Plata y constataremos en Buenos Aires un fuerte movimiento de opinión en favor del teatro nacional. ¿Que en esas actividades febriles hay puntos obscuros; detalles que afean el cuadro; descaradas manifestaciones de comercialismo? De acuerdo; pero en pleno fárrago de producción mediocre, surge de tanto en tanto una obra bella, fuerte, definitiva en la consagración de un autor y en la glorificación de un teatro. ¿Y qué otra cosa ocurre en centros más elevados intelectualmente, como París, pongamos por caso? Algo por el estilo. Se estrenan muchas obras teatrales en el año, pero pocas son las que consiguen sobreponerse al olvido del público y de la crítica. Y por este hecho ¿se le ocurre a nadie desconocer la enorme importancia que tiene la producción teatral francesa?

Pasando a otro punto, digo: nosotros vemos ya un núcleo muy estimable de autores distinguidos. Nótese que ese núcleo de apasionados, de valerosos, están actuando porfiadamente en un medio adverso; que escriben obras meritísimas sin esperanza de estrenarlas, que no encuentran ninguna clase de estímulo. ¡Y sin embargo escriben! ¿No es fácil imaginar cuánto aumentaría esa producción y el número de autores, no bien se pudiera contar en Montevideo con una compañía dedicada a cultivar el género, que el público, el gran público, aprecia ya en todo lo que vale y lo desea?

Este propósito es bien fácil de realizar, sin embargo. Y por cierto muy sencillamente. Los elementos necesarios para llevar a cabo la obra los poseemos. Sólo que están dispersos. Hay que reunirlos. Y esa es la labor que se ha impuesto un núcleo de autores respondiendo a una iniciativa del señor Supparo. No se trata de levantar montañas, ni de pedir la luna. Los propósitos están fundamentados en una base práctica y con algo tan sólo que colabore el público, en breve podremos aplaudir la primera iniciativa seria de teatro nuestro.

La Compañía de Comedias que dirige Atilio Supparo está en condiciones de afrontar la realización de esta empresa. Hay en ese conjunto elementos apreciabilísimos que una vez puestos en la brega del escenario han de llamar la atención y convertirse rápidamente en los preferidos del público. Tales las actrices Ferrandiz, Lacanau y Reissig y los actores Becco, Caviglia, Mastandrea, Dutra, Longo, Accerenza, Rodríguez y Bombaglio.

No se trata aquí de disimular defectos en mérito a un equivocado espíritu de patriotismo. Nada de eso. Nadie ha de presentarse, pidiendo — como en las comedias de otros días — disculpas por las muchas faltas. Sin que se pretenda deslumbrar, ni imponer a genios, se pondrán en escena las obras con toda corrección, con la corrección a que, posiblemente, no están acostumbradas las compañías que actúan en Buenos Aires. Esto sea dicho en rigor de juicio y sin que veamos fantasmagorías.

¿Creen ustedes que con esos actores y actrices, plenos de entusiasmos, con ansias inmensas de trabajar, respetuosos del arte, de los autores y del público, creen, repito, que no se puede realizar una excelente temporada?

Me consta que autores de cartel como el doctor Pérez Petit, Bianchi, Cortinas, Cione, Varzi, Favaro Imhoff, Queirolo, Dallegri, Nebel Principalle, y otros que sin tener aún una reputación poseen obras muy buenas, como Yamandú Rodríguez, Montiel Ballesteros, Trías du Pré, Benavente y Rodríguez Prous, han trabajado de firme y guardan en cartera una serie de comedias, entre las cuales pueden contarse, de antemano, algunos sonados éxitos.

¿Es posible que el público no preste prestigie y colabore en esta simpática obra? No lo creo. Espero en cambio una cooperación decidida, en el caso muy probable de iniciarse el mes próximo, una temporada, que patrocinaría la Sociedad Uruguaya de Autores y que sería, algo así como la temporada oficial del teatro uruguayo.

Blixen y Sánchez soñaron con algo semejante a esto. Tuve el honor de contarme entre los colaboradores de "Suplente" cuando se intentó, hace quince años, la iniciación del teatro nuestro, y si entonces, para alcanzar un completo éxito, no se contaba ni con actores ni los suficientes autores uruguayos, hoy ya tenemos lo uno y lo otro, con efectiva promesa de que, iniciada la obra, han de sumarse al núcleo inicial otras entusiastas y brillantes intelectualidades.

Don Melitón

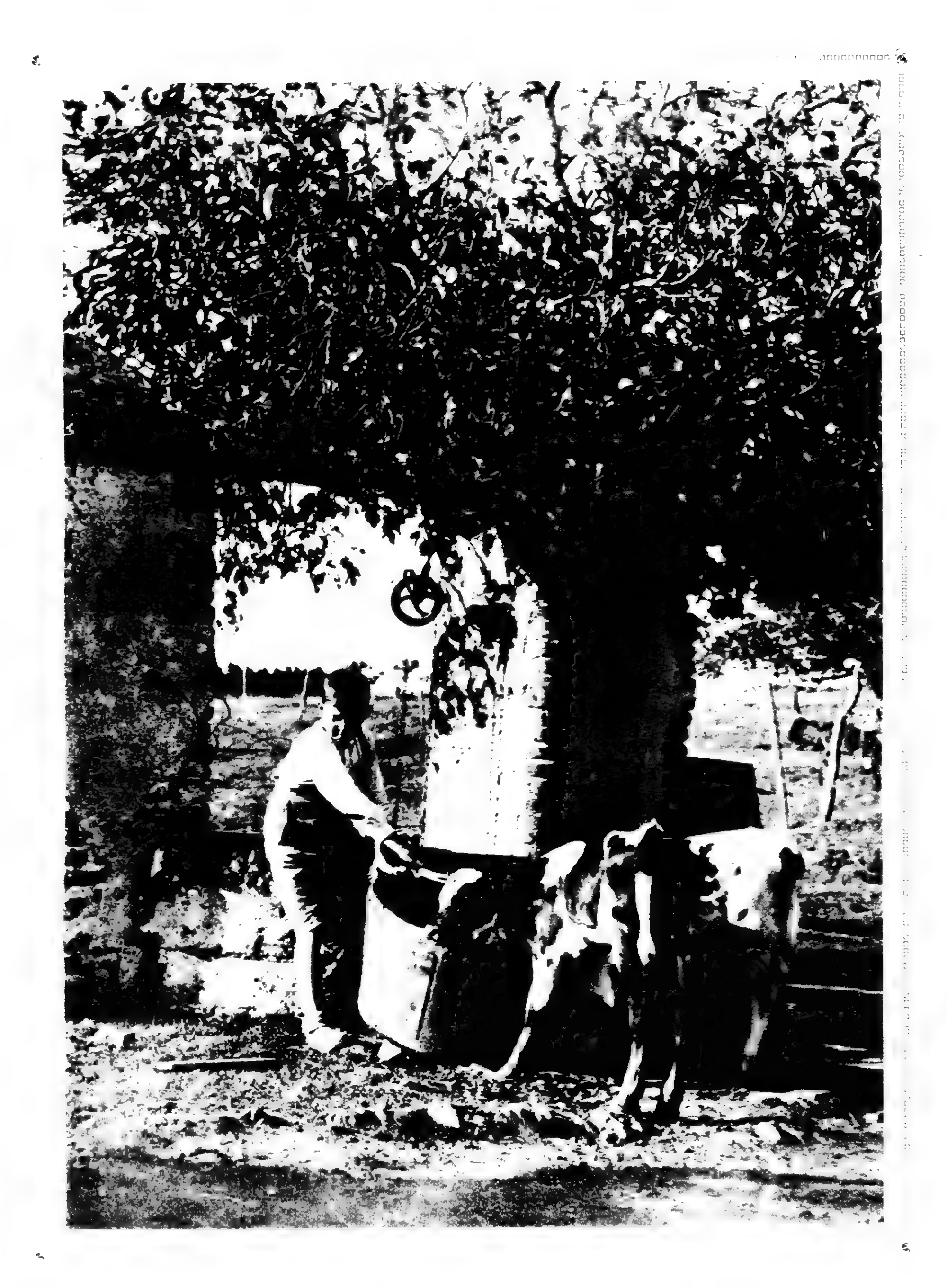

Pedro Becco


Orestes Caviglia

José Accerenza


Roberto Longo


Horacio Dutra



Los Guachitos

Dr. Manuel A. Pérez Larroso

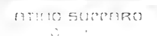






U

TEATRO NACIONAL



ATILIO SUPPARO







La última pavana

(Traducido del francés)

POR aquel entonces en Madrid no se hablaba de otra cosa que de la enemistad de la reina María Luisa de Parma con su dama de honor, la duquesa de Avila.

¿La causa? Se adivinaba: Godoy, el favorito de la reina, don Manuel Godoy y Alvarez de Feria, duque de Alcurdia, conocido por el príncipe de la Paz, desde que había firmado el tratado de Bale con la República Francesa, demostraba cierta simpatía por la bella duquesa.

Y María Luisa no podía tolerar que este hombre que, de simple guardamancebo, gracias a su influencia había llegado a Presidente del Consejo y a grande de España a los veinticinco años, dirigiese sus miradas a otra mujer que no fuera ella.

Imperiosa, altiva, con unos ojos ardientes que en su rostro delgado brillaban como dos carbunclos, pagada de su distinción, era ella la que imponía en Madrid la moda de... París.

Por esa tarde de Octubre de 1795 los suaves rayos de un sol de otoño acariciaban la atmósfera tibia del Prado, por cuyas avenidas María Luisa acababa de aparecer.

Iba vestida con un traje de taffetas color hoja seca adornado con marta zibelina, de un efecto encantador. Tocada con pieles de la misma clase que los del vestido, su sombrero era como todos los sombreros, y, sin embargo, algo denotaba que no había sido hecho por manos madrileñas.

De repente la reina, en un movimiento instintivo, se mordió los labios y mostrando con un ademán breve a su dama de compañía una bella joven que se paseaba distraídamente, vestida, como ella, con un traje de taffetas color hoja seca adornado con zibelina y con una toca exactamente igual a la suya, exclamó:

—¿Quién es esa mujer?

La dama de compañía no pudo responder a la pregunta. La reina le ordenó, secamente: — Averígüelo usted.

Al día siguiente pudo saber que la mujer que se paseaba por el Prado no era ninguna noble extranjera, ni burguesa adinerada, ni siquiera una nueva recluta del batallón de Citérea. Era, ¡oh vergüenza! la tercera aya de cámara de la duquesa de Avila.

La duquesa había, en efecto, encargado a su intendente en París, de comprarle, a no importara qué precio, vestidos iguales a los pedidos por la reina, y este hombre bien avisado había cumplido el pedido a maravilla.

La afrenta, a pesar de lo grande que ya era, debía hacerse mayor aún esa noche.

Cuando María Luisa, que llevaba una túnica de gasa color oro, tomó asiento en el palco real de la Opera, vió con asombro en los asientos de platea, a la paseante del Prado otra vez con un traje igual al suyo. Y bien pronto todas las miradas de la concurrencia fueron de la reina a la ayuda de cámara y de ésta a la reina, con el obligado irónico comentario.

Nada, en la actitud de María Luisa, pudo sospechar el odio intenso que sentía en ese momento; pero, una vez sola no pudo menos que exclamar:

—¡No será la duquesa la que venza, o yo perderé mi corona!

Proscripta de la corte la duquesa ofrecía brillantes fiestas... y los invitados acudían presurosos en la seguridad de encontrar en ellas placeres sin límites en un círculo sin etiquetas.

La duquesa era joven, graciosa, bonita, rica, con una inmensa fortuna que le dejara su difunto esposo el duque; todo lo que Madrid tenía de más representativo e ilustre comenzó a frecuentar su casa, y Godoy entre ellos.

Los acontecimientos no tardaron en sucederse. Dos veces el palacio que eclipsaba el de la reina fué devorado por las llamas. Otras tantas veces la duquesa lo hizo reconstruir, cada vez más bello, como estuche sin igual para los esplendores del arte que ella había acumulado en él.

Entonces invitó a sus íntimos y los trató con toda la magnificencia que le fué dado ofrecer para encantarlos.

A la madrugada ella les dijo:—Una última pavana, mis amigos, vamos a bailar en esta mansión que yo *he edificado nada más que para ustedes.* Luego, cuando me dejéis, el cielo se iluminará como una apoteósis.

No vayáis a creer que es el alba naciente, que adelantándose a su hora viene a disipar ante vosotros los fantasmas de la noche. No... Será el palacio al cual vosotros habéis tenido la gracia de venir, que arderá como una antorcha en medio de la ciudad dormida; pues yo no quiero conceder a ninguna persona, *por más encumbrada que ella esté,* el placer de quemar mi casa; yo misma me encargaré de este cuidado.

Mientras tanto, mis amigos, bailemos la última pavana...

Al son de las violas, tamburines y oboes, en medio de esos suntuosos salones cuyos muros momentos después iban a desmoronarse entre las llamas, se empezó la pavana graciosamente.

Pero la duquesa había hablado demasiado: al instante no más, sucumbía en plena juventud, víctima de un mal misterioso contra el cual fué impotente todo el poder de la ciencia.

Cuando en 1808, nuestras tropas victoriosas entraron en Madrid, sólo encontraron ruinas en el lugar donde se había alzado el palacio de la duquesa, que perduraban allí como tristes testigos de una lucha desigual y cruel.

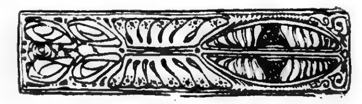
Jacobo Cesanne.

La hora del silencio

Al espíritu sereno de mi hermano Eugenio, afino.

Orestes.

Mayo 25 - 1915



Las riquezas Nacionales

Cabañas del Señor A. Michón



Dos de los padres de la Cabaña: Campeones

DEBEMOS repetirlo una vez más: SELECTA tiene como norma de conducta invariable prestigiar todo lo que sea una manifestación de cultura o de progreso nacional.

Convencida su Redacción de que nuestra patria está llamada a muy altos destinos y de que ya en la actualidad es una entidad muy representativa en el concierto de las naciones civilizadas, se tiene en esta casa como primera obligación el rendir a nuestras cosas el homenaje de que son merecedoras, dejando de lado todo lo que sea una manifestación de extranjerismo, que si bien es cierto conviene rendir al esfuerzo extraño una pleitesía justa, eso ha de hacerse en todos los casos, absolutamente en todos, cuando a lo propio, a lo del terruño, a lo nuestro, a lo que nos habla tan hondo, se le haya concedido toda su importancia y premiado como se merece.

Y no sólo, repetimos, es nuestro programa reconocer, ensalzar e imponer en nuestra esfera de acción toda manifestación de cultura, sino también toda obra de progreso que de una manera indirecta, está demostrado, propende a que se eleve el nivel intelectual de la colectividad.

Un día habremos de glorificar el esfuerzo de uno de nuestros artistas, o escritores y otro día el de un hombre de trabajo, de perseverancia en la actividad sin brillazones, pero efectiva para los propios intereses y para los de la riqueza nacional.

Tal el cabañero señor A. Michón, que en las cabañas "Los Cerros de Melilla" y "La Esperanza" ha culminado en un propósito nobilísimo de refinamiento de razas ovinas, pudiendo hoy contemplar en sus importantes y acreditados establecimientos notabilísimos planteles de la más pura raza Merino y Corriedale.

Decíamos antes que nuestro propósito primordial es hacer conocer todo lo de notable que tiene nuestro país. Y bien.

Es bueno que sepan tanto los estancieros como los aficionados a paseos pintorescos, que existe en las puertas de Montevideo un sitio donde la naturaleza no ha mezquinado nada para hacer un verdadero paraíso. Hablamos de la Cabaña "Los Cerros de Melilla", ubicada en un paraje de los más hermosos que se puede idear. En la extensión de campo que ocupa, se cuentan nada menos que diez y nueve cerros, adornados en sus partes altas de eucaliptus y en sus partes bajas de pinos, unos y otros de las más variadas clases. Sus diferentes arroyos embellecidos por los sauces, sus galpones amplios, sus potreros al infinito, etc., todo forma un cortijo de tales proporciones que no podemos a menos que felicitar al dueño de la propiedad, señor don Angel Bonilla, y al propietario de la cabaña, señor Alberto Michón.

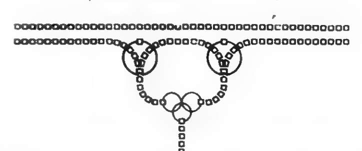
Este señor a más del establecimiento de su propiedad ubicado en el Departamento de Canelones, se dedicó a hacer en Melilla un verdadero establecimiento modelo, donde los compradores de carneros pueden ir sin recelo alguno a elegir los animales ofrecidos permanentemente en venta. El señor Michón a más de haber reunido en su ca



Uno de los padres Corriedale. Raza Australiana

La última pavana

(Traducido del francés)



POR aquel entonces en Madrid no se hablaba de otra cosa que de la enemistad de la reina María Luisa de Parma con su dama de honor, la duquesa de Avila.

¿La causa? Se adivinaba: Godoy, el favorito de la reina, don Manuel Godoy y Alvarez de Feria, duque de Alcurdia, conocido por el príncipe de la Paz, desde que había firmado el tratado de Bale con la República Francesa, demostraba cierta simpatía por la bella duquesa.

Y María Luisa no podía tolerar que este hombre que, de simple guardamancebo, gracias a su influencia había llegado a Presidente del Consejo y a grande de España a los veinticinco años, dirigiese sus miradas a otra mujer que no fuera ella.

Imperiosa, altiva, con unos ojos ardientes que en su rostro delgado brillaban como dos carbunclos, pagada de su distinción, era ella la que imponía en Madrid la moda de París.

Por esa tarde de Octubre de 1795 los suaves rayos de un sol de otoño acariciaban la atmósfera tibia del Prado, por cuyas avenidas María Luisa acababa de aparecer.

Se vestía con un traje de taffetas color hoja seca adornado con marta zibelina, de un efecto encantador. Tocada con pieles de la misma clase que las del vestido, su sombrero era como todos los sombreros, y, sin embargo, algo denotaba que no había sido hecho por manos madrileñas.

De repente la reina, en un movimiento instintivo, se mordió los labios y mostrando con un ademán breve a su dama de compañía una bella joven que se paseaba distraidamente, vestida, como ella, con un traje de taffetas color hoja seca adornado con zibelina y con una toca exactamente igual a la suya, exclamó:

—¿Quién es esa mujer?

La dama de compañía no pudo responder a la pregunta. La reina le ordenó, secamente: —Averígüelo usted.

Al día siguiente pudo saber que la mujer que se paseaba por el Prado no era ninguna noble extranjera, ni burguesa adinerada, ni siquiera una nueva recluta del batallón de Citerea. Era, ¡oh verguenza! la tercera aya de cámara de la duquesa de Avila.

La duquesa había, en efecto, encargado a su intendente en París, de comprarle, a no importara qué precio, vestidos iguales a los pedidos por la reina, y este hombre bien avisado había cumplido el pedido a maravilla.



La hora del silencio

Al espíritu sereno de mi hermano Eugenio, affmo. *Orestes.* Mayo 25 - 1915

La afrenta, a pesar de lo grande que ya era, debía hacerse mayor aún esa noche.

Cuando María Luisa, que llevaba una túnica de gasa color oro, tomó asiento en el palco real de la Opera, vió con asombro en los asientos de platea, a la paseante del Prado otra vez con un traje igual al suyo. Y bien pronto todas las miradas de la concurrencia fueron de la reina a la ayuda de cámara y de ésta a la reina, con el obligado irónico comentario.

Nada, en la actitud de María Luisa, pudo sospechar el odio intenso que sentía en ese momento; pero, una vez sola no pudo menos que exclamar:

—¡No será la duquesa la que venza, o yo perderé mi corona!

Proscripta de la corte la duquesa ofrecía brillantes fiestas... y los invitados acudían presurosos en la seguridad de encontrar en ellas placeres sin límites en un círculo sin etiquetas.

La duquesa era joven, graciosa, bonita, rica, con una inmensa fortuna que le dejara su difunto esposo el duque; todo lo que Madrid tenía de más representativo e ilustre comenzó a frecuentar su casa, y Godoy entre ellos.

Los acontecimientos no tardaron en sucederse. Dos veces el palacio que eclipsaba el de la reina fué devorado por las llamas. Otras tantas veces la duquesa lo hizo reconstruir, cada vez más bello, como estuche sin igual para los esplendores del arte que ella había acumulado en él.

Entonces invitó a sus íntimos y los trató con toda la magnificencia que le fué dado ofrecer para encantarlos.

A la madrugada ella les dijo:—Una última pavana, mis amigos, vamos a bailar en esta mansión que yo *he edificado nada más que para ustedes.* Luego, cuando me dejéis, el cielo se iluminará como una apoteósis.

No vayáis a creer que es el alba naciente, que adelantándose a su hora viene a disipar ante vosotros los fantasmas de la noche. No... Será el palacio al cual vosotros habéis tenido la gracia de venir, que arderá como una antorcha en medio de la ciudad dormida: pues yo no quiero conceder a ninguna persona, *por más encumbrada que ella esté,* el placer de quemar mi casa; yo misma me encargaré de este cuidado.

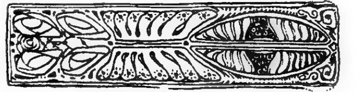
Mientras tanto, mis amigos, bailemos la última pavana...

Al son de las violas, tamburines y oboes, en medio de esos suntuosos salones cuyos muros momentos después iban a desmoronarse entre las llamas, se empezó la pavana graciosamente.

Pero la duquesa había hablado demasiado: al instante no más, sucumbía en plena juventud, víctima de un mal misterioso contra el cual fué impotente todo el poder de la ciencia.

Cuando en 1808, nuestras tropas victoriosas entraron en Madrid, sólo encontraron ruinas en el lugar donde se había alzado el palacio de la duquesa, que perduraban allí como tristes testigos de una lucha desigual y cruel.

Jacobo Cesanne.



Las riquezas Nacionales
Cabañas del Señor A. Michón



Dos de los padres de la Cabaña: Campeones

DEBEMOS repetirlo una vez más: Selecta tiene como norma de conducta invariable prestigiar todo lo que sea una manifestación de cultura o de progreso nacional.

Convencida su Redacción de que nuestra patria está llamada a muy altos destinos y de que ya en la actualidad es una entidad muy representativa en el concierto de las naciones civilizadas, se tiene en esta casa como primera obligación el rendir a nuestras cosas el homenaje de que son merecedoras, dejando de lado todo lo que sea una manifestación de extranjerismo, que si bien es cierto conviene rendir al esfuerzo extraño una pleitesía justa, eso ha de hacerse en todos los casos, absolutamente en todos, cuando a lo propio, a lo del terruño, a lo nuestro, a lo que nos habla tan hondo, se le haya concedido toda su importancia y premiado como se merece.

Y no sólo, repetimos, es nuestro programa reconocer, ensalzar e imponer en nuestra esfera de acción toda manifestación de cultura, sino también toda obra de progreso que de una manera indirecta, está demostrado, propende a que se eleve el nivel intelectual de la colectividad.

Un día habremos de glorificar el esfuerzo de uno de nuestros artistas, o escritores y otro día el de un hombre de trabajo, de perseverancia en la actividad sin brillazones, pero efectiva para los propios intereses y para los de la riqueza nacional.

Tal el cabañero señor A. Michón, que en las cabañas "Los Cerros de Melilla" y "La Esperanza" ha culminado en un propósito nobilísimo de refinamiento de razas ovinas, pudiendo hoy contemplar en sus importantes y acreditados establecimientos notabilísimos planteles de la más pura raza Merino y Corriedale.

Decíamos antes que nuestro propósito primordial es hacer conocer todo lo de notable que tiene nuestro país. Y bien.

Es bueno que sepan tanto los estancieros como los aficionados a paseos pintorescos, que existe en las puertas de Montevideo un sitio donde la naturaleza no ha mezquinado nada para hacer un verdadero paraíso. Hablamos de la Cabaña "Los Cerros de Melilla", ubicada en un paraje de los más hermosos que se puede idear. En la extensión de campo que ocupa, se cuentan nada menos que diez y nueve cerros, adornados en sus partes altas de eucaliptus y en sus partes bajas de pinos, unos y otros de las más variadas clases. Sus diferentes arroyos embellecidos por los sauces, sus galpones amplios, sus potreros al infinito, etc., todo forma un cortijo de tales proporciones que no podemos a menos que felicitar al dueño de la propiedad, señor don Angel Bonilla, y al propietario de la cabaña, señor Alberto Michón.

Este señor a más del establecimiento de su propiedad ubicado en el Departamento de Canelones, se dedicó a hacer en Melilla un verdadero establecimiento modelo, donde los compradores de carneros pueden ir sin recelo alguno a elegir los animales ofrecidos permanentemente en venta. El señor Michón a más de haber reunido en su ca-



Uno de los padres Corriedale. Raza Australiana



Parte de las magníficas quinientas ovejas del plantel Merino

baña las mejores sangres Merina, que amenazaban desaparecer del país, dedica también sus esfuerzos a propagar la raza de los "Corriedale". Esta raza cuyo ejemplar se ve en una de las fotografías, fué hace pocos años importada de Australia donde es hoy la más renombrada. Ya es muy conocida en la República Argentina y más aún en los territorios del Sur. Los precios conseguidos en las ventas fueron muy elevados. El carnero "Corriedale" es el ideal para refinar las lanas en las majadas. Su lana es cruza fina de la misma finura en todas las partes del vellón, no teniendo nunca cuartos gruesos y no engrosando en los cruzamientos sucesivos.

Para demostración evidente y honrosa de la importancia que tienen las cabañas del señor Michón y de la pureza de sus productos, bastará decir, que en la última Exposición de lanas realizada en nuestra capital obtuvo por unanimidad el Premio Nacional y el Primer Premio Departamental de Raza Merino y las mismas distinciones con la lana cruza fina de los "Corriedale"

Es grande, pues, nuestra satisfacción al poder tributar al señor Michón las más calurosas felicitaciones, dando publicidad a sus legítimos triunfos, que son verdaderos jalones de progreso para la ganadería nacional.



Frente de la gran casa Vignau, Figari Hnos. & Cía., en la calle Sarandí

EX CASA LETE

SUCESORES:

VIGNAU, FIGARI Hnos. & Cía.

Departamentos:

Artículos para señoras, señoritas, niñas, niños y bebes; camas cunas y accesorios.

Estamos en presencia de una casa montada al estilo moderno, casi oxótico en nuestro país, pero que por eso mismo ha de llamar justamente la atención.

Los propietarios de este importante magazín conocedores, inteligentes y hábiles del negocio, al que dedican sus nobilísimos afanes, no han escatimado esfuerzo, ni erogación a fin de ofrecer al público montevideano una verdadera casa modelo. Con la importante innovación de la peluquería para gente menuda, está atendida por su especialista, un verdadero maestro, procedente de la Casa Mussión de Buenos Aires. Este notable coiffeur de niños, testifica autoridad con un honrosísimo certificado. Ahora bien, este modernísimo magazín al estilo de lo que más atrae al público en las grandes capitales europeas, tiene como importante dependencia, un muestrario completo de la Tienda Figari de la calle Agraciada 2269, casa conocida por sus precios que a diario llaman la atención por ser completamente baratísimos.

En combinación telefónica directa de una y otra casa se ofrecerá al público de la calle Sarandí, los artículos a los precios que ofrece la Tienda Figari. En fin una verdadera casa sin competencia, única en su género.

Señoras: Es necesario que visiten el gran magazín de los señores VIGNAU, FIGARI Hnos. y Cía., que en el encontraréis verdaderas maravillas.



Doña Clemencia Esteves de Posadas

SELECTA

POR su linaje, por su cultura, por su ilustración y por su belleza, dones supremos que adornaban su personalidad de brillante figuración social, fué Doña Clemencia Esteves de Posadas, una de las figuras culminantes de su época; dominante triunfadora en un ambiente de exquisitas distinciones mundanas.



Todos los amantes de la musica y todos los que han oido á Caruso alguna vez, deberian de oir los Discos Victor impresionados por este famoso artista el más celebre tenor que jamás se haya conocido en el mundo.

El catálogo Victor contiene más de ochenta discos solos, dúos y números concertados con impresiones de las arias en las cuales Caruso ha alcanzado sus mas grandes triunfos.

Dondequiera que vea la famosa marca de fabrica Victor, lo considerarán como un placer el tocar éstas ó cualquier otra pieza de musica que Vd. desee oir.



Victrolas desde $13.00 u. á $120.00 u. Victor-Victrolas desde $17.00 u. á $250.00 u. La marca de fabrica Victor aparece en cada instrumento y en cada disco. No es un producto Victor genuino sin esta marca de fabrica.

Victor Talking Machine Co., Camden, N. J., E. U. de A.

Invitamos a Vd. a oir el nuevo piano automático

NEW YORK

Con el registro "ACENTUADOR AUTOMÁTICO DE NOTAS"
El máximo de la perfección

PLAZA INDEPENDENCIA, 733
MONTEVIDEO

Sucursal :
SARANDÍ, 614



Dona Clemencia Esteves de [illegible]



Lujoso y amplio salón de te en el gran magazín "La Nueva Sirena"



UN ELEGANTE SITIO DE REUNION

El salón de te en "La Nueva Sirena"



ES indudable que el grande magazín "LA NUEVA SIRENA" es el que con mayor frecuencia ofrece al público importantes modificaciones de organización y atractivos más novedosos para despertar la atención de su inmensa clientela.

LA reforma que acaban de introducir sus propietarios es digna de todo aplauso. En todas las grandes capitales, los magazines de la importancia de "LA NUEVA SIRENA" tienen en la parte quiza más lujosa de su dependencia un salón de te, que es sitio obligado de reunión de importantes núcleos de la sociedad elegante. Esos salones tienen todo el prestigio de los lugares preferidos por las damas y caballeros de más alta posición social para unas selectísimas reuniones a la hora del te. En ningún sitio como allí, más encantador.

PUES bien, "LA NUEVA SIRENA" cuenta con un suntuoso salón de te. Es el primero que de esa índole se inaugura en Montevideo, y realmente, a trueque de emplear una socorrida frase, diremos que un tal sitio de reunión y esparcimiento era una sentida necesidad.

ALLI nuestras damas y caballeros tendrán un hermoso, elegante y distinguido lugar de tertulia en las tardes invernales. Bellamente decorado, con todas las ventajas de un bien entendido confort, amplio y alegre, el salón de te del importante magazín montevideano ha de transformarse en breve en el sitio más elegante de tertulia, el preferido de nuestras damas, que se hallarán allí poco menos que en sus salones propios.

AL chic de la instalación, en la que no se ha escatimado gasto alguno a fin de que el más exigente no encuentre un solo detalle en desentono, se agrega la corrección del servicio, atendido por un personal absolutamente idóneo.

ADEMAS, todos los días, de 4 a 7 p. m. una correctísima orquesta ejecuta elegidos programas de concierto y con este complemento, la atracción que ejerce el salón de te de "LA NUEVA SIRENA" es irresistible.

POR otra parte los precios que rigen en esta nueva dependencia de "LA NUEVA SIRENA", son exactamente iguales a los comunes en las confiterías. Sólo que, en ninguna otra parte, se puede estar tan a gusto como allí, ni el té es tan exquisito, ni tan delicadamente servido.

RAPIDAMENTE este salón de tertulia se ha transformado en el sitio más chic de Montevideo, pues ya vemos que nuestras damas se aprestan a concederle con su diaria presencia todo el mayor prestigio y brillo.

TERMINAREMOS, manifestando que el salón ocupa la parte alta del edificio y que un ascensor lleva hasta él.

ASI, pues, la crónica social tiene que citar las horas del te en el salón de "LA NUEVA SIRENA" como manifestaciones de alta sociabilidad y elegancia.

En sustitución de la niñera

Estamos en época de transformaciones. Diriase que la guerra lo altera todo y a su influencia catastrófica las costumbres varian, los estados sociales sufren vuelcos y la vida cobra en las sociedades nuevos aspectos—La mujer, por lo visto, tiende a suplir al hombre en todos aquellos menesteres que le estaban, se diria, reservados al sexo fuerte, y como el hombre no cumple los trabajos de la mujer, de aquí muchas faenas femeninas sin manos que las realicen. Tales los cuidados de una niñera. ¿Quién suplirá a la niñera, cuando ya no existan niñeras? El problema ya está resuelto. El fiel perro cuidará al rorro... y puede que con mas amor y más sacrificio que la criada ruda e ineducada.





La manía de saludar

Si expresan los saludos afecto verdadero, preciso es confesar que los hombres se quieren entrañablemente. Por desgracia no sucede así. Ni los hombres hacen gran caso de las palabras de Cristo, que les mandó amarse los unos a los otros, ni los saludos son otra cosa que fórmulas inventadas por ellos mismos para cubrir hipócritamente sus rencores. Nunca se han odiado tanto los hombres como en estos tiempos de lucha por la vida, y, sin embargo, jamás tuvieron tan arraigada la costumbre de saludarse. Más que costumbre es una verdadera manía. El individuo que no tenga afición al ascetismo y haga vida comunicativa se acostará todas las noches con sus doscientos saludos en el cuerpo. Y esto se prueba en seguida.

No bien despierta el burgués o es despertado con tierno beso por su amante compañera (primer saludo), recibe de la doméstica, a más del chocolate, estas frases cariñosas: "¿Qué tal ha descansado el señorito?" A continuación los nenes de la casa saludan a su papá antes de marcharse al colegio. Si la familia se compone de más individuos, nuevos saludos, hasta dar la vuelta a todos los parientes.



Lo más fácil es que el señor tenga que salir a la calle por la mañana; si tal hace tendrá que saludar a los porteros, al panadero, al aguador o al lechero, que subirán cuando él baje, a los conocidos que encuentre en la calle a los compañeros de la oficina, si es empleado, á sus amigos y deudos, si va de visita, y, en fin, hasta a los muertos que por su lado pasen en doloroso entierro. De nuevo, al retornar a su domicilio, tendrá que decir: "Buenos días" a la portera; "¡Hola!" a la doncella; "¿Qué tal?" a la esposa y repartir mil besos entre los niños.

Por la tarde, en paseo, la escena toma mayor desarrollo. Nuestro burgués no tiene tiempo para contestar a cuantos le saludan. Si desde algún coche de lujo le dicen "Abur", se hincha de orgullo al responder la atención. Cuando puede dar la mano a algún conocido político, su vanidad no tiene límites. Y es extraño esto que sucede con los saludos. La vanidad más reside en el que saluda que en el saludado. Hay que ver la sonrisa de suficiencia que ilumina el rostro del que cree que al ejecutar la ridícula fórmula, cumple una augusta misión. Filosofías aparte, lo cierto es que en los paseos los saludos menudean, y nada digamos de los teatros en los que tan bien sientan las reverencias y sombrerazos entre los que se conocen.

Se vé, por tanto, que el hombre apenas hace otra cosa desde que se levanta hasta que se acuesta sino dar la mano a éste, quitarse el sombrero ante aquél o decir frases de salutación al de más allá. Y lo más gracioso es la forma en que los saludos se exteriorizan. Si el objeto es desear saludar a una persona ¿por qué se expresa esto quitándose el sombrero? ¿Por qué no ha de ser otra prenda de nuestra indumentaria y aún todas ellas? ¿No sería mayor nuestro respeto, arrojando a los pies de la persona saludada un envoltorio de ropa? ¿Por qué no quedar desnudos de

La manía de saludar

todo cuerpo como lo quedamos de mollera? No he podido nunca comprender por qué es preciso que el burgués enseñe el forro de su sombrero al amigo de poca confianza, ni a que viene esa prisa de enseñar la frente a los que aun no han dudado de la fidelidad de su esposa.

Pero nada tan encantador como la costumbre de dar la mano. En cuanto un amigo nos divisa, extiende la suya y viene hacia nosotros en actitud de pordiosero. ¡Ay de nuestros dedos si nos quiere de verdad! A mayor cariño, apretón más cruel. Si el encuentro es en invierno, con su mano helada enfría la nuestra; si es en verano nos la cubre de sudor; si es en otoño y el amiguito es pesado, nos la retiene sin soltarla hasta que se verifica entera la caída de la hoja. Porque hay señores que saben dar la conversación durante dos horas, sin soltar la mano que cae entre las suyas poniéndonos nerviosos con tan efusivo masaje. ¡Y qué manos nos estrechan algunas veces! Unas acaban de soltar los grilletes del presidio, otras vienen de ofendernos con la pluma que oprimieron sus dedos, otras, en fin, estrujarían de buen grado nuestra garganta...

Pero todo esto es triste y conviene dejarlo. Conste, tan sólo, que las manos deben guardarse para los usos que fueron creadas, y que el sombrero no debe quitarse sino cuando molesta. ¿Qué alguien se enfada?... Pues que se cubra y en paz.



Y hablemos de las clases de saludos que son dignos de observar, porque demuestran distintos estados de ánimo. ¿Qué candidez de alma revelan esos individuos que entran en un tranvía lleno de gente y dan los buenos días? ¿Qué encopetado orgullo no se nota en los altivos viajeros que nunca contestan a este saludo? ¿No es un hipócrita redomado aquel señor que, libre de impuestos por su influencia política, sin haber sido soldado por trampas en el censo, saluda gallardamente la bandera y se enfada con los que no la saludan? ¿Acaso no es un adulador el estudiante que en vísperas de examen se quita, hasta los pies, el sombrero, ante el catedrático que cruza los claustros universitarios? ¿Y el novio que pone todas las mieles de su trato en dar la mano a los futuros suegros, no busca su benevolencia y quizá sus dineros? Por eso no son los mejores medios de expresar afecto. Es preciso que las gentes no se conozcan para que tengan alguna fuerza. A mi el único saludo que me emociona es el que me dirige en medio del campo un hombre al que nunca he visto.

Luis de Tapia.

GUIA PROFESIONAL

MEDICOS

Dr. Francisco Soca — San José 822

Dr. Luis Mondino — Uruguay 936

Dr. Alberto Mañé — Paysandú 830

Dr. Juan C. Dighiero — Mercedes 922

Dr. Federico Garzón — Millán 374

Dr. Albérico Isola — Uruguay 967

Dr. Julián Alvarez Cortes — 8 de Octubre 218

Dr. Juan A. González Tafernaberry — CIRUJANO PARTERO — Boulevard Artigas 1419

Dr. Elvio Martínez Pueta — Ada. Gral. Rondeau, 1512

Dr. Constancio Castells — 18 de Julio 1998

Dr. Arturo Alvarez Mouliá — 25 de Mayo 269

ABOGADOS

Dr. Claudio Williman — Av. Brasil y Ellauri

Dr. Carlos Martínez Vigil — Zabala 1426

Dr. Blas Vidal — Rincón 142

Dr. Luis A. de Herrera — Colón 1308

Dr. Germán Roosen — 25 de Mayo 428

Dr. Agustín Cardoso — Treinta y Tres 1405

Dr. Alberto A. Márquez — Cerrito 455

Dr. Pablo Zufriategui (hijo) — Uruguay 780

MEDICO VETERINARIO

Dr. Antonio De Boni — Chucarro 74 (Pocitos)

DENTISTA

Artigas Mier Odizzio — Reducto 2491

MASAJISTA

Carlos Siemers — Convención 1234

ARQUITECTOS

Arteaga y Lasala — Alzaibar 1313

ESCRIBANOS

Mario Henón — Rincón 472

Mario Márquez — Av. Brasil 154

REMATADOR

Antonio Zorrilla — Misiones 1364

Alrededores de Montevideo

Es hermosa nuestra ciudad de Montevideo! ¿Verdad? Sea cual sea la disposición de nuestro espíritu cuando la contemplamos, siempre nos ha de sorprender un detalle de belleza que hasta ese momento no habíamos observado.

Pero donde realmente se encuentran cuadros indiscutiblemente encantadores, es en el radio sub urbano de la ciudad.

Cuando se llega al límite de la edificación compacta y de las calles regulares, se encuentran rincones deliciosos; rincones donde el jardín se mezcla con la huerta y con el campo libre. Son lugares de infinita paz, de verdadera égloga, donde el espíritu puede encontrar amplio esparcimiento. En ningún lado como en esos sitios son mas oportunas las meditaciones serenas sobre las ventajas de la vida pacífica ante y en la naturaleza, la vida "lejos del mundanal ruido" que diría el poeta.



ALREDEDORES DE MONTEVIDEO

Fot. Artística del D. Paez Formoso.



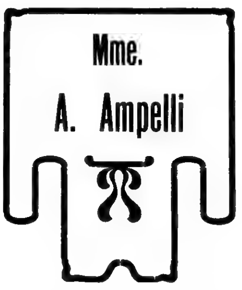
A LA ESPECIAL DE LUTOS

Unica en Sud - América

Calle Juan C. Gómez 1309

Entre Sarandí y Buenos Aires

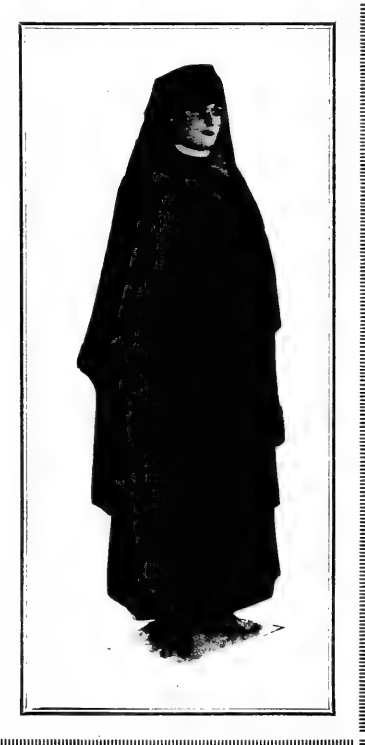
DE



En la especialización a que esta casa debe su crédito, encontrarán las damas elegantes todo lo más selecto que crea la moda.

Casa premiada con
MEDALLA DE ORO
el 30 de Noviembre 1909

Teléfono: La Uruguaya 1589, Central



No necesitamos recomendarlo

Todas las familias lo conocen

AU PETIT PARIS



NUESTROS CORSES Y FAJAS HAN MERECIDO EN LAS EXPOSICIONES LAS MAS ALTAS RECOMPENSAS : : : : : :

A LAS DAMAS ELEGANTES SE LES ADIVINA CON SOLO VERLAS, QUE LLEVAN LOS CORSES DE ESTA CASA : : : : :

NO HAY OTRA MEJOR SURTIDA

M. IZQUIERDO

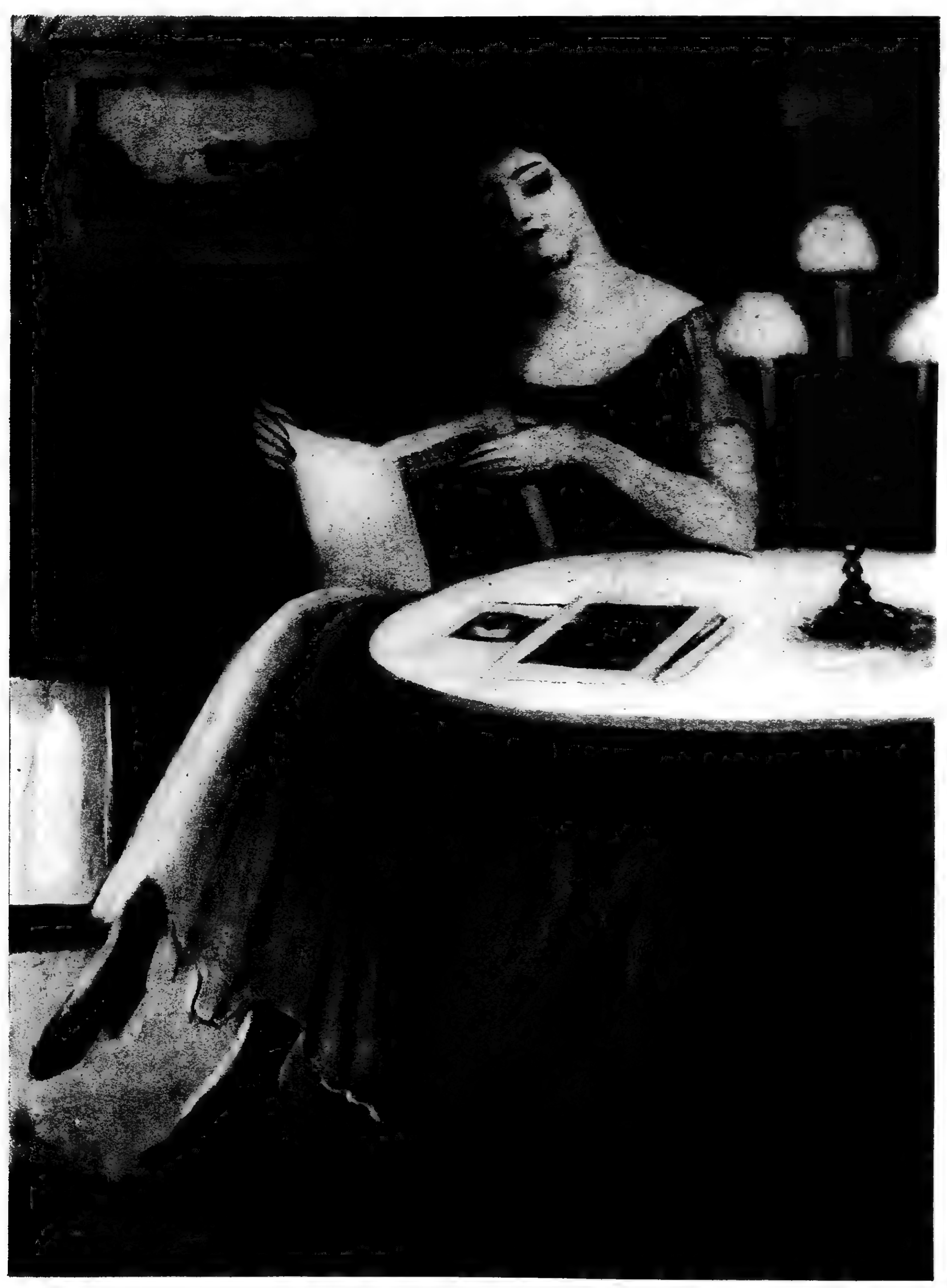
AVENIDA 18 DE JULIO 942 MONTEVIDEO

AÑO II — NUMERO 13

MONTEVIDEO, 1918

Selecta

Director: JUAN CARLOS GARZON



"SELECTA" SALUDA A SUS LECTORES AL INICIAR SU SEGUNDO AÑO

JUNTO AL PINTOR DE LAS ELEGANCIAS
Las extrañas muñecas de Antonio de la Gándara
Por Teófilo Sánchez Castellanos alias Taxis.

« Tout Paris ! c'est un monde et c'est un univers ».
A. Houssaye

No es bajo el alegre techo del "Chat-noir", adormecido por los grises tintes de melancolía de los pálidos Pierrots de Willette, ni junto al desolador espectáculo del revoloteo de las mariposas nocturnas de Steinlen, cegadas por la luz artificial de un buen "affaire" de amor, donde nace la verdadera elegancia. En el templo donde oficiaba Salis, sólo Tabarin, — el histrión de la plaza de la Delfina que entretenía con sus bufonadas a medio París—tiene entrada y éxito. Las visiones de cerebros atormentados que engalanaban aquellas paredes, las cuales han contemplado mansamente durante largos años miserias y seducciones, tenían mucho de humanas — ¡terriblemente humanas!—Nada de divinas.

Aquella musa de arrabal que con Pierre Veber y Willy se llamó "Monna", busca a un poeta pobre para amarlo unos días, lo más, un mes. En el momento del abandono dirá por escrito: "La Esfinge hierática, no se admira de la traición; una vez más, colocó mal su amor". Actitud verdaderamente sumisa y desengañada literariamente. No os admire esto último, pues de tanto amar a poetas y literatos algo tenía que sacar en su provecho, ya que no el amor.

Su tarea hermosa no fué coronada por el éxito, pero en medio de sus desengaños y escasos medios pecuniarios, trató de ser elegante... Alguien dijo: ¡No lo fué!... Alguien respondió: Fué encantadora!

Si queremos abarcar más espacio subamos del todo los peldaños de la galantería. Al evocar a las reinas de la moda en el transcurso de diez años, vienen a la memoria nombres que pusieron todos sus prestigios en el arte de agradar, siendo: Mlles. Forzane, Monna Delza, Jane Renouardt, la encantadora Gabrielle Dorziat, la romántica y bella Lantelme, Felyne, Cecil Sorel, Marcelle Lender, Jane Hading y Rolly, las dignas nietas de Madame de Girardin bajo la restauración, o de la Marquesa de Chatelet o de María Dorval, aquella gran trágica romántica que, postulando para una fiesta a beneficio de los pobres, al pedirle a un rico industrial que contribuyera con una limosna, éste le contestó malhumorado: !No tengo nada! Entonces, replicó élla: Tomad, pues recojo para los indigentes!... Flores de la "joliese" que junto con Marión Delorme, aquella famosa aventurera exaltada por Víctor Hugo en el célebre drama de su nombre, encarnan el tipo ideal de una raza destinada a avasallar estética y espiritualmente.

Recordad que pintores famosos reprodujeron e interpretaron los encantos de aquellas abuelas bajo las distintas modalidades de sus pinceles.

La moderna Eva ha desfilado por el clásico "Sentier de la Vertu" con su almibarada corte de admiradores. Los estrechos senderos, conservan todavía impresa la presión de su leve pie y los árboles del bosque de Bolonia estremecían sus verdes cabelleras en un ronco murmullo de admiración al aproximarse aquel cortejo de triunfadoras.

Para establecer su psicología, dejad hablar al poeta, pues es quien comprende mejor a la mujer. Oid a Arsenio Houssaye:

La reconnaissez vous? C'est la Parisienne.

—Rieuse a l'Opéra, réveuse á Ventandour.

—C'est la reine, la feé et la patricienne: Diane de Poitiers, Montospan, Pompadour.

Señora Josefina Anchorena de Rodriguez Larreta

¡Extraordinaria psicología! Al en tiempos del pobre Alfredo era más sincera. Vive le mélodrame oú Margot a pleuré! — exclama de Musset después de haber asistido a una representación, como mejor aplauso crítico y consagratorio al autor. (Aprended como se juzga una obra, ¡Oh críticos actuales!).

La de ahora es más complicada, "ríe a través de sus lágrimas" y no sólo eso: examinad detenidamente su habitación: vive entre encajes. Sobre su velador encontraréis versos de Baudelaire y de Rostand; después de haberse desayunado con tres páginas de "Bergerac" sentirá no ser Roxana, aquella que fué amada doblemente.

El aristocrático artista cautivó a la crítica con sus cuadros, verdaderos poemas en "blanco mayor". El tenebroso autor de Mr. de Phocas fué atormentado por las verdes pupilas de las mujeres de dicho pintor. Bajo los extraños y terribles efectos del "Idolo Negro" en el cual sucumbieron Edouard Dubuis y Stanislas Guaita, — en contraposición con la "Musa Verde" — le ha sugerido todo un pasado de inquietantes figuras. "Sonyeuse" ha vivido latente en los ojos de aguas muertas, en las claridades de piedras preciosas, la virgen mirada de Ofelia y el sortilegio de la mirada de Camilia.

Oigámosle, es de La Gándara quien habla: "Un pintor es por definición un visual: lo que debe por consecuencia llamar la atención en una mujer es el color. Desde ese punto de vista soy un escultor; veo el conjunto, no el detalle y ha dado el caso de no poderme acordar del tono de un vestido llevado por una persona con la cual he hablado largamente. Pero, recuerdo la forma y esa forma se acentúa en mi derecho de una manera plástica. No vayáis a creer que por esto desprecio el color, todo lo contrario, elijo el género que voy a pintar escrupulosamente y después hago una especie de "repetición general" de mi cuadro en casa del modisto.

Según mi manera de pensar, el blanco es la suprema elegancia y apaga a todos los otros colores, mismo a los de la fantasía persa, las más extravagantes, el blanco que es la llave, el destino de las elegancias femeninas.

El secreto de la elegancia se puede conocer inconscientemente, pero no sabemos revelarlo. Para los pintores que quieran tentar de expresar el encanto de la elegancia femenina, es necesario observar, ante todo, en el movimiento una gran simplicidad, una simplicidad clásica. Edmond de Goncourt me decía una vez: "la materia es la poesía de la pintura".

Las mujeres que pinta de La Gándara, tienen la gracia caballeresca de una amazona de la Fronda; la dignidad decorativa de una duquesa del "Gran Siglo", con un sello de espiritualidad y seducción verdaderamente raros, pero no raros en el sentido vulgar de la palabra, sino raros por su rebuscada personalidad. Es la moderna millonaria de Gip, temible por lo peligroso de sus avances y caprichos; es la sensitiva que desfallece pensando en "Yocelyn" y que os dirá con una sonrisa triste "que ella no es de esta época" y que de haber vivido en los tiempos de Manon hubiera — ella también — muerto trágicamente. Después de ésto, sólo podemos decir que es encantadora.

¿Y su alma? diréis. Es interesante conocer su alma... ¿Pero acaso una mujer bonita tiene alma? Y si la tiene es como la de Fernando de Fouque, llena de extravíos suntuarios. Recordad que el pobre Fernando vivía en palacios espléndidos, entre joyas, camafeos y vasos antiguos, pero, desgraciadamente, era su poderosa imaginación, su embriaguez artística, quien los construía. ¡El desgraciado bohemio cantaba el confort y el lujo, después de haber pasado la noche en los fosos del bosque de Bolonia y de dormir meses enteros bajo el arco de un puente! Pasó privaciones que parecen increíbles y murió en el hospital.

Sus ojos de evocadora, nos hablan de piedras preciosas, sus manos, sus bellas manos son joyas de carne y su cuerpo oprimido por blancas y costosas telas tiende a cantar un himno de sensual languidez.

Pintada sola refleja cansancio espiritual, un sereno aburrimiento que la hace más interesante, pintada con su marido nunca o casi nunca la veréis, porque la fórmula del gracioso trio contemporáneo que nos hace reir en la comedia ligera no hace más que repetir la receta de los Lavedan y Bourget o sea: "Monsieu, Madame et l'autre"... En la comedia o mejor dicho en la farsa antigua es Pantalone el engañado, el ridículo marido de la bella y codiciada Isabel, que reaparece a través del tiempo vestida por Premet e idealizada por de La Gándara. Su complicación sentimental, el enmarañamiento de sus pasiones es más difícil, en una palabra; ha aprendido a engañar con arte. A través de los años que la separan de su relativa pureza ha evolucionado en el sentido de la feminidad. Todavía su conciencia acepta el matrimonio desigual: él — Monsieur — un viejo como Pantalone — et l'autre — bello como Mezetino. Sus manos manejan con rara y artera inteligencia esos dos seres opuestos en edades y afines en gustos; a veces esa mujer como la duquesa de Althorneyshare — la antigua bailarina casada con el Duque — tiene un tenebroso pasado que la obsecciona y la vende.

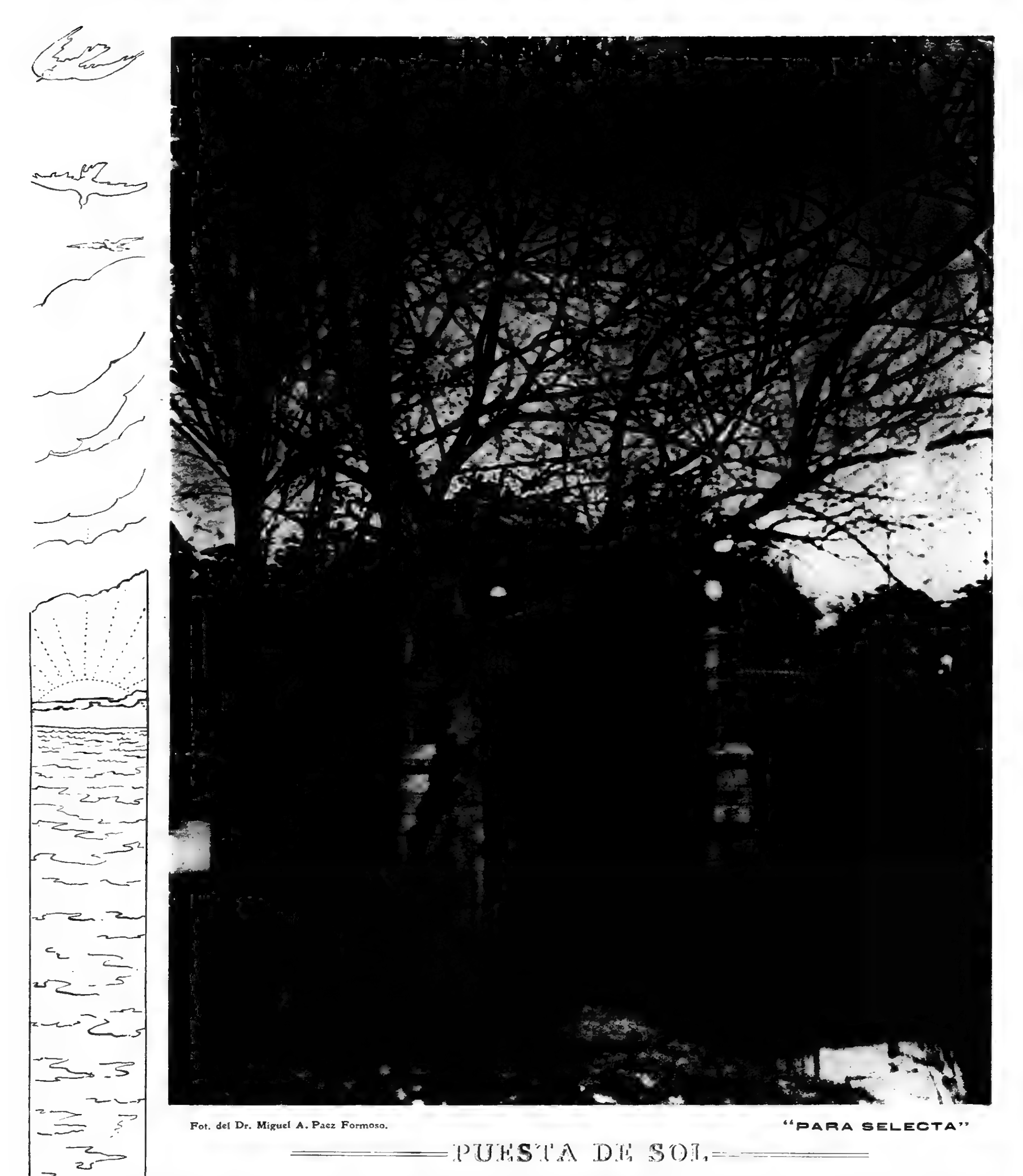
Examinad con atención la reproducción del cuadro que ilustra este artículo. La dama que tenéis ante vuestra vista es la esposa del ilutre autor de "La Gloria de Don Ramiro". Tiene este cuadro un marcado sello de aristocracia y distinción que sólo han alcanzado a reproducir con singular acierto, Reynols, Burner Jones y Winterhalter.

Al contemplar la serena mirada de la dama vienen a nuestra memoria unas estrofas de "Fleurs du mal": J'aime de vos longs yeux la lumiere verdâtre — douce beauté..." Extraños ojos que guardan prisionera al alma azul del artista. Dulce misterio..¿Ensueño, locura o infinito?...



Sra. Amelia Braga de Azevedo

TODA una alta personalidad social es la señora Braga de Azevedo. A su distinción, a su cultura, a la altivez nobilísima de su porte, a su trato afectuoso y lleno de encantos, debe el prestigio de que goza dentro y fuera de los círculos diplomáticos. — Dama representativa, su nombre es un galardón en las crónicas de sociedad. Esposa del distinguido Ministro Plenipotenciario del Brasil doctor Cyro de Azevedo, comparte con él, con exquisito tacto, las actividades mundanas a que la obliga el alto cargo que desempeña su esposo. Por todo ello ocupa la señora Braga de Azevedo puesto preeminente en nuestra sociedad.



Fot. del Dr. Miguel A. Paez Formoso. "PARA SELECTA"

PUESTA DE SOL.

¿Recuerdas? Seguíamos con ojos encantados el espectáculo bellísimo de una puesta de sol y yo te dije — "No se porqué ese sol esplendoroso, deslumbrante, que dora las nubes y las aguas y la campiña toda, me recuerda a esos seres dichosos que irradian felicidad sobre cuanto los rodea. Esa faja rosada que fusiona el azul del cielo al azul del mar, me hace pensar en el lazo de amor que transfunde dos almas fraternas. Mira esos rayos que suben hasta perderse en el infinito formando inmensa aureola alrededor del Sol... ¿serán así los sueños del hombre superior?... ¡parecen remontarse al cielo y planean en el vacío!... Y esas nubes en sus múltiples formas, unas iluminadas, otras perdidas ya en la sombra ¿no se asemejan a las vidas humanas? unas radiantes de ventura, otras obscurecidas por el estigma del dolor!...

Mientras te hablaba, hablándome a mi misma, el Sol se hundía lentamente en el ocaso. Luego... quedamos silenciosos penetrados de la melancolía infinita en que nos envolvía la luz del Sol poniente....

¡Caía sobre el paisaje el misterio de la noche como sobre nosotros la ignorancia del futuro destino!

Teresa Santos de Bosch.

Fabiola.





Señora Cristina Méndez Pereyra de Pietracaprina, Señoritas Amelia Burmenster, Corina Seré, María Amelia Márquez Vaeza, María Angélica Castellanos, María Reina Pietracaprina, María Elena Larriera Velazco Clara Piñeyrúa Winteralther y Silvia Victorica Calvi.

Fué una fiesta excepcional, algo que, sin necesidad de recurrir a una frase hecha como elogio, ha de quedar en el recuerdo de todos.

La magnificencia, el confort, un justo sentido de elegancia y de belleza, fueron los factores primordiales de ese éxito señalado a coro por todos los concurrentes a la recepción que los gentiles esposos Pietracaprina, Mendez Pereira ofrecieron a las relaciones de la señorita María Reina Pietracaprina en vísperas de su enlace con el caballero José Ramón Seijo.

Hemos de convenir en que el marco soberbio en que se desarrolló la fiesta contribuyó grandemente a esa impresión de feerismo que constatamos en la soberbia recepción.

El palacio del señor Pietracaprina, es una mansión realmente principesca. Distribuido arquitectónicamente en forma admirable, pone en evidencia el talento constructivo y el buen gusto exquisito de los ya famosos arquitectos, señores Arteaga y Lasala. Sin temor a exageración, podemos asegurar que este palacio es uno de los más suntuosos, mejor decorados y más artísticos del Río de la Plata.

Allí el lujo hermana admirablemente con el más rígido criterio artístico y por eso en todas las salas, en todas las dependencias de la regia mansión domina un buen gusto sin falla, ni concesiones a caprichos carentes de orientación artística. Los estilos se hallan allí reproducidos con una justeza impecable y por cierto que en todo su conjunto ese palacio es una verdadera joya, de la que bien puede enorgullecerse nuestra ciudad.

En una residencia tan extraordinariamente bella, una fiesta tiene forzosamente que adquirir contornos magestuosos. Y así ocurrió con la recepción dada en homenaje a la señorita María Reina Pietracaprina. Un prestigioso grupo de niñas rodeó a la gentilísima festejada y si de una parte hubo elocuente exteriorización de afectos hondos y de grandes simpatías, del otro se puso de manifiesto una exquisita amabilidad, una espiritual manera en el agasajo y una sencillez ejemplar.

Y es que la señorita María Reina Pietracaprina bien puede ostentar con propiedad su segundo nombre, por cuanto su serena cortesanía, su culta bondad, la hacen una verdadera reina por sus prendas morales y por su cultura que es mucha y es delicada y es espiritual.

Su trato sencillo, sus amabilidades expontáneas y oportunas, sus frases impregnadas de un sincerismo encantador, la convierten en un ejemplo de distinción.

Por eso que la fiesta, teniendo las radiaciones de su bondad y en medio a una suntuosidad de corte, adquirió las proporciones de una gran recepción palaciega.

La soberbia mansión brillaba al conjuro feérico de una cascada de luz, que se reflejaba en los espejos, en los cristales, en los oros, en las joyas... Era una visión versallesca...

La fiesta comenzó a las 6 de la tarde y desde el comienzo adquirió caracteres inusitados de animación. La elegancia, la más aristocrática sociabilidad tenían allí amplio escenario donde expandirse.

En unos salones se practicaba la más exquisita causerie y en otros se bailaba con entusiasmo.

Los dueños de casa: el caballero Roberto Pietracaprina y su gentilísima esposa señora María Cristina Méndez Pereira, pusieron en aquel torneo de galanterías, de refinamientos de amabilidad y de sprit, toda la contribución de su cultura, de su distinción y de su bondad...

Cuando se abrieron las puertas del principesco comedor, se renovaron los augurios de felicidad futura para la señorita María Reina Pietracaprina y para su prometido el señor José Ramos Seijo, los cuales días después quedaron unidos por el sagrado vínculo matrimonial.

Volvió la concurrencia luego a disgregarse por los salones soberbios, y el encantador nucleo de niñas que imponía allí su distinción y su belleza, se nos antojó una imponderable guirnalda de flores, flores admirables, únicas, mareantes. Y en esa guirnalda figuraban: Silvia Victorica, María Elena Larriera Velazco, María Amelia Vazquez Vaeza, María Angélica Castellanos, Corina Seré Rüker, María Amelia Burmester, Aurelia Muñoz Callorda, Clarita Piñeyrúa Winterhalter, Ana de León Marexiano, Olga y Bimba Beherens, Ana Mañé Algorta, María y Rafaela Arauecho, Cora Muñoz Callorda, Simona Capurro, Juliana y Margarita Belfor, Liliana Favaro, María Nelsis y María Elena García.

El señor Pietracaprina, su esposa y la señorita María Reina Pietracaprina, colmaron de agasajos a sus invitados y la fiesta quedó en el recuerdo como ejemplo de elegancia y de gentileza.

* * *

Días pasados, los socios del Club de Tennis de Pocitos, se reunieron en Asamblea General, adoptando para ese fin el salón de fiestas de uno de nuestros principales hoteles.

El objeto de la Asamblea era el de elegir la Comisión Directiva que debe regir los destinos del aristocrático Club en el ejercicio 1918-1919.

El hall y salón del hotel, presentaban un aspecto realmente encantador. Dominaba allí el bullicio y alegría, la animación y la actividad que reclamaba el acto eleccionario.

Niñas y caballeros se entregaban con entusiasmo a prestigiar determinadas listas de candidatos las que, como banderas de combate, flameaban en más de una marfileña mano.

Después de la preparación del sufragio y antes de la elección, el presidente saliente, caballero Joaquín Serratosa, da lectura a la memoria del año. Toda la labor realizada por la Comisión saliente merece la más calurosa aprobación de los asociados y al terminar la lectura una salva de aplausos demuestra en forma elocuente el agrado que las gestiones realizadas han producido en todos los asociados.

Se procede enseguida al acto del sufragio y se nombra la Comisión Escrutadora, que la componen los señores: Alberto Heber Uriarte, Enrique Real de Azúa y Horacio González Capurro.

Mientras se realiza la tarea de esa Comisión, los concurrentes se entregan



Señoras Stajano de Serratosa, Fuentes de Sardá, Castellanos de Pascual, y señoritas Julia Elena Shaw Villegas, Martha Iglesias Castellanos, Margarita Heber Uriarte, Margarita Figari Castro, Magdalena Villegas Marquez, Mercedes Castel Carafí, Clotilde Figari Legrand, Simona Capurro, Mercedes Nebel Panelo, Bimba y Olga Beherens

a las delicias de la charla espiritual y amable. El ambiente es propicio para ello. Las señoras y señoritas concurrentes se distinguen por su cultura; los caballeros por su gentileza. De modo, pues que las frases ingeniosas se cruzan y provocan animados comentarios y alegría franca.

Terminado el acto del escrutinio, los señores que formaban la Comisión dieron cuenta a la mesa del resultado obtenido en las elecciones. Entonces la presidencia proclamó la lista triunfante por unanimidad.

La presidencia de la nueva Comisión del Club de Tennis recayó en el distinguido caballero señor José Pedro Segundo, la vicepresidencia en el señor Rodolfo Sardá, secretario señor Alberto Castel, tesorero señor Juan José de Arteaga, vocales: señores Arturo Williman, Juan Carlos da Silva y capitán Mario Pascual.

Estos nombramientos otorgados a falanje tan bizarra, fueron recibidos con una simpática demostración de cariño y de aplauso a la vez.

Terminado el escrutinio se pasó al salón comedor donde se sirvió un exquisito té; y luego Carlos Warren acarició el teclado en la forma brillante que lo sabe hacer, y las niñas y los caballeros aprovechando tan feliz ocasión se dedicaron a la danza transcurriendo así las horas inadvertidamente en un ambiente amable y aristocráticamente sencillo.

Y en la danza fugaz y elegante vimos las ideales siluetas de un grupo de gentilísimas señoras y niñas, destacándose entre éstas María Magdalena Villegas Márquez, María Inés de Arteaga, Margarita Heber Uriarte, Martha Iglesias Castellanos, Julia Helena Shaw Villegas, María Mercedes Nebel Panelo, Sofía Cardoso Sosa Diaz, señoritas de Amézaga, Haedo Youn, Williman, Castel Carafí, y tantas otras que como las citadas emergían de aquel cuadro lleno de plasticidad con todas sus gracias, su distinción y su elegancia.

A las nueve de la noche la concurrencia de niñas, señoras y caballeros que forman la entidad "Círculo de Tennis", que alberga en su seno a casi todo lo más genuinamente caracterizado de nuestra sociedad, se retiraba complacida de las horas de sana expansión allí pasadas.

El caballero Juan José de Arteaga y su señorita hermana María Inés, que con su familia pasan una temporada en el Hotel Oriental, retuvieron a comer con ellos a un grupo íntimo de sus relaciones, prolongándose así y gracias a esa gentileza, la alegría de la tarde, hasta altas horas de la noche.

No es posible dar término a estas líneas sin dejar expresado la manera extraordinariamente delicada y brillante como recitó después de la cena, la gentil y bella señorita María Magdalena Villegas Márquez.

Su bien timbrada voz, su perfecta dicción, unida a la sugestión brillante y aristocrática de su exquisita personalidad, bella y singularmente distinguida, la dulzura de su voz y su coquetería francesa, que emana dominadora de su correctísima silueta, dejó una impresión dulce en todos los espíritus de los que tuvimos la suerte de oirla.

Y tanto se la aplaudió y tanto se la exigió el "bis" que ella, condescendiente y gentil, recitó de nuevo y de nuevo los aplausos demostraron en forma elocuente la impresión que causara en su auditorio.

La fiesta a que dió lugar la elección de las nuevas autoridades del Círculo de Tennis ha sido de tal magnitud que por derecho ampliamente conquistado figura entre las muy buenas realizadas en estos últimos días.

Por ello felicitamos muy sinceramente a las comisiones saliente y entrante y a todos los asociados, puesto que el triunfo otorga a todos una recompensa y demuestra que en la admirable organización del Club, prima un alto espíritu de distinción y de cultura.

⁂

La inauguración del salón de te de *La Sirena* ha venido a llenar una necesidad imperiosa, desde largo tiempo sentida. Mentira parece que Montevideo no contara antes con un salón de esta clase destinado a "tea roon" de nuestra sociedad elegante; algo así como un distinguido rendez-vous donde damas y caballeros pasan unas horas de verdadero esparcimiento, oyendo, a la vez que se sa-

borea un bien servido te, como no se toma en ningún otro lado, una orquesta que deleita el espíritu.

De esta suerte, tarde a tarde la concurrencia que asiste a las reuniones de *La Sirena* es de lo más chic y distinguido. Los dueños de este hermoso magazín tuvieron la idea felicísima de decorar con sencillez y distinción uno de sus salones para el servicio de te. Nosotros, como el mejor de los aplausos a tributarles, podemos decir que hemos oído en nuestra sociedad las merecidas alabanzas a que se han hecho acreedores los distinguidos propietarios de ese magazín, y prueba de lo que aseveramos, es la enorme y selecta concurrencia que tarde a tarde concurre a ese local, preferido hoy y con sobrada razón, por cuanto de distinguido cuenta nuestra sociedad. Como prueba de lo que decimos damos una lista de las familias que justicieramente se presentan al salón de te todas las tardes de 4 a 7.

Entre otras recordamos las de Roosen Regalía, Shaw Villegas, Arteaga Herrera, Herrera Uriarte, Lasala Alvarez, Hebert Uriarte, Zumarán Arocena, Cardoso



Silvya de Azevedo Braga, María Amelia Larriera Velazco, Julia Elena Shaw Villegas, María Julia Barcia y Eduardo de Azevedo



Cora y Amelia Muñoz Callorda, Irma Nelcis, Zulma y Amelia Burmenster y María Reina Pietracaprina

Correa, Spangember, Cabrera Pérez del Castillo, Ocampo, Echevarría, Blixen Ramírez, Echeverry Vidal Arteaga, Vidal Roosen, Santayana, Sánchez Solari, Garcao Márquez, Muñoz del Campo, Zorrilla de San Martín, Abente Haedo y muchísimas otras que lamentamos muy deveras no recordar, además de un núcleo de caballeros, que dan el complemento de gentileza a esas reuniones que día a día cobran mayor y más justiciero prestigio.

El salón de te de *La Sirena* honra de verdad al comercio nacional orientado en forma moderna y proporciona a nuestra sociedad un sitio preferido para reunirse en las últimas horas de la tarde.

El salón de te del magazín montevideano nada tiene que envidiar, respecto de esto, a sus similares extrangeros y por ello debemos alegrarnos los que deseamos toda clase de progresos para nuestro país.

Guani, Saavedra, Muñoz Oribe, Seré, Heber Usher, Villegas Marques, Shaw Howard, Cuevas, Estrada, Barreiro Zorrilla, Casaravilla, Alvarez Mouliá, Amézaga, Carvalho Alvarez, Giuffra Simoes, Barreiro Brunel, Del Cerro, Regules Lerena, Mañé, Lapeyre Lavalleja, Brito del Pino, Varela Acevedo, Iglesias Castellanos, Serrato, Pietracaprina, Sabbia y Oribe, Cat Alvarez, Seré Rücker, Márquez Vaeza, Lussich Márquez, Morchio, Otero Cardoso, Boffil, Real de Azúa Platero, Christophersen Ungo, Suffern Arteaga, Suárez Abella, Gianelli, Díaz Fournier, Villegas Suárez, Acevedo Alvarez, Lanza, García Arocena, Nebel Panelo, Stewar Vargas, Rodríguez Larreta, Marexiano, Costa, Belfort, Benzano, Ramasso, Guerra Romero, Garabelli Marexiano, Victorica Calvi, Azevedo, Rodembur, Brizuela, Ferreira Martínez, Estrázulas, Algorta Camuso, Muñoz Casterás, Vial Bello, Basáñez, Olmedo, Muñoz Callorda, Sosa Díaz, Pons Martínez, Pons Echeverry, Serratosa, Pringles, Peixoto Lasala, Castellanos, Beherens Hoffman, Sardá, Cachón de



Señoritas de Requena Lenzi

HOMENAJE AL ESCULTOR PABLO MAÑE

Días antes de la partida para el Viejo Mundo del notable escultor nacional señor Pablo Mañé, un grupo de sus amigos, lo despidió con una comida.

En un ambiente de franca camaradería, [illegible] esparcimiento intelectual, se agasajó con toda clase de atenciones al distinguido artista y se recordó con íntima satisfacción el éxito extraordinario que alcanzara en la exposición de esculturas realizada en el salón [illegible] Moretti y Catelli.

Mañé ha triunfado en París y al triunfar impuso el respeto de aquel gran mundo artístico a [illegible] de su patria, [illegible] admirada así a través de las obras de uno de sus hijos más talentosos.

El señor Mañé, después de [illegible] de una manera bien terminante que es un artista de garra, ha vuelto al gran estrado de sus luchas para seguir produciendo y para seguir su marcha ascencional hacia una absoluta consagración.

No ha de pasar sin duda mucho tiempo sin que tengamos noticias de nuevos triunfos de Mañé, conquistados en buena [illegible] y [illegible].

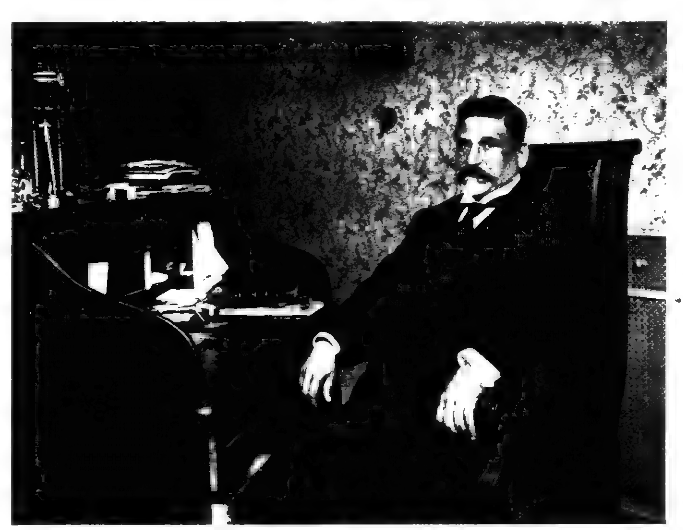
[illegible] íntimamente [illegible] que [illegible] nos referimos y que [illegible] gráfica que engalana estas líneas, hicieron acto de presencia los caballeros: doctor Pablo Varzi, Eduardo Castell Castellanos, Pedro Blanes Viale, Horacio Salvem, Gastón Nr., Arcario Rodríguez, José Evia, Luis Alberto Otero, Luis M. Perez Butler y Juan Carlos Garzón.

El Dr. Vicente Cabrera Perez

El Directorio de la Sociedad Fraternidad ha [illegible] los servicios [illegible] y sobresalientes del doctor Vicente Cabrera Perez, designándolo [illegible] consultivo, [illegible] es un honor y [illegible] [illegible] cierto.

[illegible] Directorio [illegible] estas [illegible] apreciaciones.

"Para aspirar [illegible] necesario haber [illegible] cargo de [illegible] [illegible]



EL Dr. VICENTE CABRERA PEREZ, EN SU DESPACHO

[illegible]

Srta. Julia Elena Shaw Villegas



Recordar los acontecimientos agradables del pasado es vivir aquellos momentos por partida doble. Por eso damos a continuación una crónica del estreno de "Jauja", obra en la que la señorita Numancia Espinosa tuvo tan brillante actuación.

Crónicas de otros días

El estreno de "Jauja"

EL 11 de Enero de 1896 se estrenaba en nuestro teatro Solís la opereta en tres actos ''Jauja'' cuya letra pertenecía al siempre recordado y querido Samuel Blixen y la música al simpático maestro Adolfo Errante.

La opereta fué puesta con todo lujo y las decoraciones fueron expresamente pintadas por los escenógrafos señores Baroffio y Pagano.

En esta función, que fué de gala, tomaron participación 150 niños de ambos sexos, y el reparto, recordamos que estuvo a cargo, entre otras, de las niñas Numancia Espinosa, Ernestina Muñoz y Maines, Amelia Arrúe, Martha Riviere y de los niños Ulises Favaro, Carlos Lecot, Laurentino Sienra y Carranza, Arturo Bergamino, Francisco Brito, Wenceslao Regules, Antonio Pittaluga y otros.

Los pajes, las damas, caballeros de Corte, embajadores, astrólogos, etc., se descontaban, como ya lo hemos dicho, de entre los 150 comparsas.

El teatro estaba repleto por las más distinguidas familias de nuestra metrópolis, que presurosas se habían adelantado a retirar localidades, pues estaba descontado de muchos días atrás el exitazo que obtendría la opereta de Errante y Blixen. Una distinguida persona nos trae el recuerdo de Jauja a la memoria y nos remite una de las crónicas de la época, escrita en uno de los diarios vespertinos y de más prestigios de la época:

''Es indudable que como representación teatral ha sido esta opereta de lo más original y excepcionalmente hermosa que hayan visto nuestros escenarios. No queremos entrar hoy a hacer consideraciones sobre su valor literario y sobre la originalidad del asunto; pero vamos a hacer una rápida reseña de los jóvenes artistas que con tanta inteligencia se han desempeñado y del éxito de conjunto indiscutiblemente efectista, donde pasan ante la vista del espectador algo así como visiones hermosas, como cuadros de una gentileza maravillosa, como esas imágenes pintorescas e iluminadas de las linternas mágicas.

La precocidad de los jóvenes intérpretes, las bellas melodías intercaladas por Errante en la composición musical, los chistes que, puestos en boca de las criaturas, tienen doble encanto; todas las especialidades, las maneras, los dichos... hasta los mismos errores y las pequeñas deficiencias de los chiquilines forman, como sensación teatral, algo a que no estamos acostumbrados y que por su típica originalidad merece ser vista y aplaudida.

Por otra parte, es necesario confesar que a muchos de los intérpretes sería menester juzgarlos fuera de las relatividades infantiles. Hay en ellos prodigios de intuición escénica; artistas en la acepción alta de la palabra cuyo desenvolvimiento y soltura parece los hubieran adquirido después de largas y viejas prácticas teatrales.

El desempeño que de los personajes de ''Jauja'' hacen algunos jóvenes es una revelación elocuente de talentos futuros.

Anoche había en el escenario de Solís muchas promesas, inteligencias en embrión que confortaban el espíritu en la hermosa previsión del desarrollo intelectual que al país prometen esos actuales moradores de ''Jauja''.

Entre las niñas haremos mención de Amelia Arrúe, cuyo modo de decir y de cantar es un asombro. Desde los primeros ensayos dióse exacta cuenta de su papel y en cada representación va ganando en dominio y posesión de su rol de hada Bondad. — Tien. Amelia Arrúe, aparte de su delicada belleza, una finura tal en la dicción, una expresión musical tan grande y sentida que es imposible oirla hablar con su voz siempre suave y armoniosa sin adivinar en ella al complemento notable de aquella deliciosa Susana de la Verbena del año pasado, cuya gracia andaluza hase trocado en la distinción fina, en el porte aristocrático y elegante de la dama de corte y cuyo salero español se ha convertido ahora en esa moderación distinguida, copia de la escuela francesa, que las marquesas de ''Jauja'' debieron usar allá por el siglo XV. Hay que hacer constar que en ''Jauja'' predomina el espíritu de imitación. Por eso es que en ese país de las riquezas y de los halagos tenían el ''Panier'' y el ''orgnon'' y la ''reverence'', el mismo ''chic'' proverbial que gastábase en las cortes de Francia allá por las épocas de los grandes reyes.

La princesa ''Charlarina'', Martha Riviere, es otro pequeño prodigio; habla... hasta por los codos y tiene una facilidad de palabra que revela mucha práctica en eso de mover la sin hueso!... Martha es graciosísima. No decía anoche una frase de las que pronuncia en la obra, sin que el público aplaudiera y riera a carcajadas.

Numancia Espinosa es quien valientemente sostiene la parte musical de ''Jauja''. Errante ha puesto en las distintas romanzas y dúos que a ella corresponden, momentos difíciles, notas agudas, cadencias de agilidad, y Numancia Espinosa canta admirablemente, con un gusto y entonación excepcionales. Para esta joven, empleamos una vez más la frase de estilo: es una artista consumada. Gracia y belleza juveniles, distinción, conocimiento musical, suavidad al atacar las notas, sentimiento, todo, en una palabra, lo reune la señorita de Espinosa que ha hecho de su doble papel de Lucinda Estrella, una creación acreedora al más alto elogio.

En los coros, en esos coros deliciosos, multicolores, donde bajo los ''coiffiures'' blancas destácanse cabecitas angelicales, expresivas, de ojos azules, de ojos negros, de ojos celestes; de labios siempre rojos, risueños y de rosadas mejillas, hay algunos ''personajes'' acreedores a un párrafo aparte.

Celia Alvarez, por ejemplo, la graciosa y bella, la que en el ''minuet'' saluda con una distinción que quizás desconocieron muchas princesas y nobles damas de sangre azul; Ernestina Muñoz y Maines, una figurita hermosa, ideal, con toda la belleza de esas miniaturas de las porcelanas de Sevres o de Watteau.

Entre los jóvenes basta recordar a Bergamino, el papamoscas menos papamoscas de todos los que puedan haber existido; un príncipe de ''adeveras'', de porte distinguido y de dicción graciosa que tiene además el privilegio de cantar primorosamente con una vocesita dulce como pocas; a Laurentino Sienra y Carranza, el gran ministro, gran artista y gran tipo que ha sabido conquistar al público con su palabra llena del énfasis oratorio que gastaban los hábiles diplomáticos de Jauja, que a fuerza de negociar conveniencias, pudieron acumular para el soñado país tantas riquezas y tantos tesoros!...

Ulises Favaro renovó los grandes momentos que tuvo en las representaciones del año pasado, y Tácito Herrera, Wenceslao Regules, Carlos Ferreira, Perogrullo-Lecot, y todos los coristas y bailarines de ambos sexos, fueron aplaudidos y festejados como se merecían.

En resumen, las representaciones de ''Jauja'' son verdaderos acontecimientos dignos de verse. La obra de Blixen y Errante ha triunfado brillantemente.

La señorita Numancia Espinosa fué, por decirlo así, el alma mater de esta opereta que nuestro público ha aplaudido con frenesí y que por varias noches más aparecerá en el cartel de nuestro querido Coliseo.

14 de Enero de 1896.



Señora Numancia Espinosa de Catelli y su hijito



Srta. María Teresa Braga Salvañach.

No podía ser de otra manera. La joven desposada reune todas las prendas físicas y morales como para imponerse en sociedad y de tal suerte es vastísimo el círculo de sus relaciones. Todas las simpatías que su bondad ha formado a su alrededor, se congregaron en el templo para alfombrar su camino hacia el altar con todos los más sinceros augurios de dicha.

Y la iglesia resplandecía en esos instantes como colaborando en aquella solemnidad regocijante, en aquel minuto en que se abrían para una joven y noble pareja nuevos horizontes de felicidad. La amplia nave refulgía. Todas las riquezas de arte allí acumuladas, adquirían en aquel ambiente un extraordinario relieve. Todas las preciosidades, todas las maravillas del estilo bizantino tienen allí una magnífica reproducción. Lo deslumbrante de los colores propios del estilo: los rojos, los azules, los verdes, los oros, dan al recinto un brillo inusitado. Las diez columnas de pórfido que sostienen la bóveda y dividen la nave central, constituyen verdaderas joyas. Indiscutiblemente es esta una de las iglesias más hermosas de Montevideo.

En este ambiente de misticismo y de arte, la concurrencia selectísima tenía digno marco.

Avanzaron los novios hacia el altar mayor. Ella estaba admirable envuelta en las níveas telas y en los tules casi impalpables. Toda su belleza, toda su elegancia, todas las prendas que adornan su espíritu se imponían en aquellos instantes solemnes, y el afecto que su carácter y su cultura han sabido despertar por doquier, se acrecentaba, se diría, en esa hora trascendental para ella.

El doctor Miquens, caballero sin tacha, de elevada preparación intelectual y que por ello ocupa un puesto principalísimo en la magistratura argentina, aparecía junto a la señorita Zumarán Arocena, con toda su gallarda apostura y toda su distinción.

Del coro surgieron armonías, graves, admirables de solemnidad y de inspiración: las notas primeras de la Marcha Nupcial de "Lohengrin", y cuando los novios llegaron al pie del ara el motivo soberbio de la Marcha alcanzó toda su grandiosa expresión, para luego amenguar y desaparecer.

Comenzó el sacerdote, doctor Semería, el ritual de la consagración.

En aquellos instantes, cuando la desposada se inclinó ante el altar, estaba deslumbrante de belleza. Todos tuvieron palabras de verdadera admiración. Y todos pensaron, como pensamos nosotros, que la hoy señora Zumarán Arocena de Miquens ha de llevar una vez más al ambiente de la alta sociabilidad porteña, todos los prestigios de belleza y de cultura de la mujer uruguaya.



Esposos Zumarán Arocena - Miquens





Esposos Brenda Touriz - González

El padre Semería pronunció las solemnes frases de la consagración, y la ceremonia terminó.

Entonces la concurrencia se dividió en dos alas formando a los jóvenes esposos una calle de honor. Y a medida que la pareja avanzaba iban formando detrás de ella los asistentes a la ceremonia. Y fué un cortejo principesco, brillantísimo, donde las bellísimas damas lucían espléndidas toilettes, ostentadas con singular donaire, con exquisita elegancia, y donde los caballeros imponían la gravedad correcta de sus siluetas y la gentileza de sus maneras.

El órgano volvió a sonar llenando la nave con la majestad de sus notas y el acto terminó dejando en todos los asistentes una impresión admirativa.

***

A otra reunión brillantísima, dió lugar la boda de la bella señorita María Brenda Touriz con el caballero Pedro Alberto González.

En la casa paterna de la joven desposada se realizó la ceremonia, la que alcanzó sobresalientes proporciones.

Al aparecer la novia hubo en la concurrencia un movimiento de admiración, tan espléndidamente ataviada estaba y tanto resaltaba en la albura del traje las líneas delicadas de su rostro. En todos los labios hubo frases admirativas. A la bondad de su alma, la gentil niña unía toda la magnificencia de su belleza.

El ceremonial religioso de la consagración se realizó con toda esplendidez.

Después los concurrentes formularon las más expresivas y las más sinceras felicitaciones y los augurios más calurosos de felicidad futura para los jóvenes esposos.

En seguida comenzó el baile, el que adquirió extraordinarias proporciones. La gente amante de la danza se entregó a ella, y las horas transcurrieron en un ambiente encantador.

No podía ser de otra manera. Todos los invitados aportaban para ello su distinción y su cultura, y en las salas espléndidas se hacía fácil no solo la amabilidad exquisita, sino que también el madrigal más delicado.

Recorrimos los salones embargados por lo exquisito de la reunión, contemplando de paso los innumerables y valiosos regalos recibidos por los novios, exteriorización brillantísima de la simpatía que tienen en el gran círculo de sus relaciones.

Los señores dueños de casa tuvieron para todos los concurrentes gentilezas innumerables, agregando así nuevos encantos a los que en aquella reunión tan selecta se hallaban por doquier.

Nupciales

En la hermosa residencia del caballero don Jacinto Casaravilla y de su esposa señora María Elena Estrada, fué bendecida la unión de la señorita María Celia Casaravilla con el doctor Guillermo Carrau. Ese acto dió lugar a que se desarrollara una de las fiestas más brillantes del mes de Junio. Para alcanzar ese magnífico resultado fué elemento primordial la distinción de los cultísimos dueños de casa. Distinción tradicional, que se perpetúa a través de las generaciones; y que forma el abolengo de una casa cuyos fundadores tienen noble actuación en las épocas del coloniaje y de la independencia.

Ofició en la consagración religiosa el fiscal eclesiástico doctor Marcos Semería, y concluída la ceremonia y oído, con sumo placer, un elocuente discurso del ilustrado sacerdote, la concurrencia tuvo para los desposados muy calurosos augurios de felicidad.

Después los invitados, que eran tan numerosos como selectos, se diseminaron por las salas de la suntuosa mansión. Y al cabo los criados abrieron las puertas del gran comedor donde se sirvió un exquisito buffet.

Para todas y cada una de las personas que tuvieron la dicha de hacer acto de presencia en esta fiesta tan bella, el señor Casaravilla, su esposa e hijos, tuvieron una delicada atención, una frase oportuna y plena de seducción; poniendo así de manifiesto esa inconfundible herencia de cultura que a través de los años se perpetúa en las familias de tradicional ascendencia. Con una caballerosidad hidalga los dueños de casa atendieron a todos sus invitados en una forma tan sencillamente aristocrática que el recuerdo de esas atenciones ha de perdurar en el ánimo de las personas que tuvieron la dicha de asistir a esa amabilísima reunión.

Constatamos, pues, con harta satisfacción al transponer los umbrales de la aristocrática casa, que en el espíritu de los que en ella moran se conserva incólume el respeto tradicional por las nobles maneras, por los agasajos finamente sencillos que son pregón elocuente de una educación exquisita y de una manera de ser patricia. En un ambiente tan de acuerdo con nuestros sentimientos y nuestro modo de ser, las horas nos parecieron minutos y la velada fué para nosotros harto dichosa.

Y tal debieron experimentar todos los asistentes a la reunión puesto que ésta se prolongó algunas horas con inusitada animación.

Después de la brillante ceremonia nupcial, la concurrencia se diseminó por las salas, y ante tan magnífico grupo de personas distinguidísimas, nuestra admiración tuvo amplio campo donde desarrollarse.

Vimos allí a la señora María Elena Casaravilla de Estrada, emergiendo en elegancia suprema de un traje azul, de corte irreprochable. Unos soberbios aros antiguos daban gran realce á su iristocrática toilette.

La señora María Inés Tezanos de Carrau se presentó dominadora en un traje obscuro, elegantísimo, adornado el corsage con riquísimos prendedores de brillantes y orlando su escultural garganta una regia gargantilla de las mismas valiosas piedras.

Doña María Aurelia Carrau de Saprizza Vera vestía una originalísima y rica toilette de paño blanco bordado en oro; sobre su escotte caía un hilo de perlas.

ESPOSOS CASARAVILLA-CARRAU

La señora Sara Casaravilla de Garzón Funes, reapareció en el estrado de sus mayores después de la ausencia a que la obligo una pasajera enfermedad, más radiante, si es posible, de belleza y de elegancia. Arrancado a un cielo sereno era el color de su traje y en la suavidad de tono de la rica tela rememoraba su silueta una de esas místicas figuras sagradas que han inmortilizado los pinceles de los más grandes artistas.

La señora Margarita Brunel de Barreiro y Ortega, irreprochablemente elegante, destacó su elevada distinción al par que sus deslumbrantes encantos.

Idealizada en la aristocrática corrección de una soberbia toilette, la señora María Elena Morales de Casaravilla, fué una nota sobresaliente en aquel conjunto armónico de buen gusto y de riqueza. Se nos antojó una princesa versallesca, de aquellas damas cuyo boato y elegancia sellaron una época, pasando de generación en generación como modelos de nobiliarias costumbres.

La señora Isolina Zorrilla de Barreiro y Ortega magnífica de belleza, emergió del conjunto con todos los realces de su silueta elegantísima envuelta en una toilette valiosa y evidenciadora de un indiscutible buen gusto.

La señora Lía Mathurín de Ferreira, magestuosa, soberana, como una reina, cruza los salones despertando admiración respeto.

Y en este punto la pluma tiene que aguzarse aún más en galanura y la mente quintaesenciar lo florido y amable del concepto, para poder seguir a la realidad en su derroche de gracias supremas. Y es que en nuestros apuntes surgen, con imposición de flores maravillosas, como admirable afirmación de juventud, de alegría y de bondad, los nombres de un grupo rutilante de niñas.

Es Esther Casaravilla Estrada que avanza plena de belleza, elegantísima, imponiendo su definida personalidad de abolengo. Es María Inés de Arteaga, cuya juventud tiene un extraño realce al destacarse en contraste con una toilette de color negro, que daba al marfil de su rostro, de líneas perfectas, una intensidad admirable de color; no podía exigirse mayor elegancia: una silueta admirable que fué un triunfo en aquel ambiente de triunfadoras. María Carmen Ferreira, se nos antojó, al verla tan bella y tan aristocrática, como la más genuina personificación de su raza patricia, flor de lis de una casa cuya tradición ilustre tiene consagración en las páginas de nuestra historia.

Y así otras niñas cruzan ante nosotros llenando de resplandores de aurora los salones; ponen gracia y alegría en el ambiente de fiesta y dejan en nuestro carnet, como una radiación de piedras preciosas, que tal son sus nombres afirmativos de hermosura, de elegancia y de distinción. Y así aparecen en nuestros apuntes las señoritas de: Arocena Folle, Zumarán Arocena, Benzano, Castro Huertas, Durán Guani, Victorica Calvi, González Morales, García Arocena, Sienra Casaravilla, Avila, De Simoni, etc.

***

La consagración religiosa de la unión de la gentilísima señorita Julia Zumarán Arocena, con el doctor José C. Miquens, perteneciente a la sociedad argentina, en la capilla del Perpetuo Socorro, dió ocación a que un núcleo respetable de nuestra sociedad evidenciara una vez mas su distinción y su boato.



EL SALON DE HONOR





EL (

Exornamos estas páginas con las fotografías de una casa patricia, que es toda una reliquia histórica, pero que aun teniendo a nuestro juicio ese carácter, será demolida en breve para dar en ese solar asiento a un gran palacio destinado a sede del Banco de Seguros del Estado.

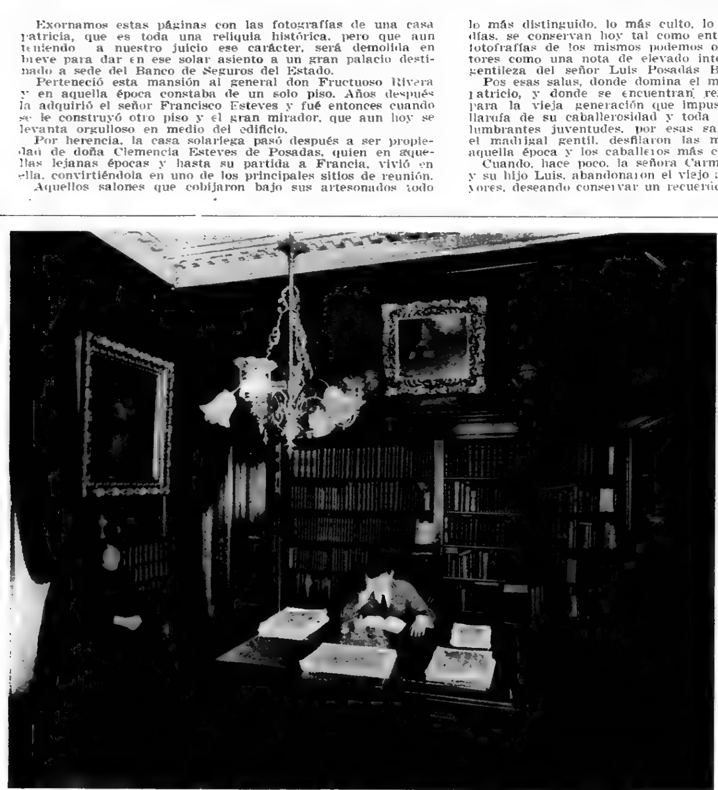
Perteneció esta mansión al general don Fructuoso Rivera y en aquella época constaba de un solo piso. Años después la adquirió el señor Francisco Esteves y fué entonces cuando se le construyó otro piso y el gran mirador, que aun hoy se levanta orgulloso en medio del edificio.

Por herencia, la casa solariega pasó después a ser propiedad de doña Clemencia Esteves de Posadas, quien en aquellas lejanas épocas y hasta su partida a Francia, vivió en ella, convirtiéndola en uno de los principales sitios de reunión.

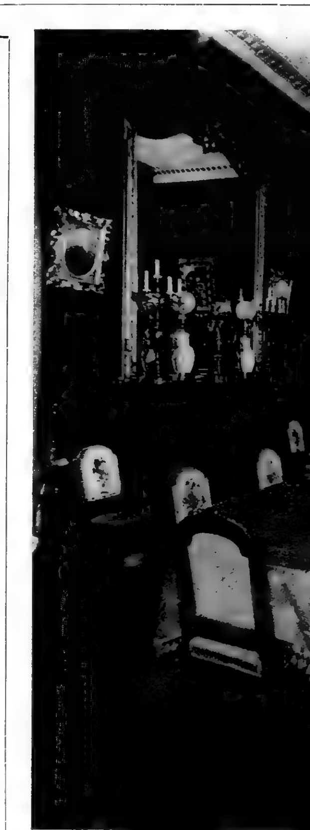
Aquellos salones que cobijaron bajo sus artesonados todo lo más distinguido, lo más culto, lo más selecto de aquellos días, se conservan hoy tal como entonces estaban, y las fotofrafías de los mismos podemos ofrecerlas a nuestros lectores como una nota de elevado interés social, gracias a la gentileza del señor Luis Posadas Belgrano.

Pos esas salas, donde domina el más severo lujo y confort patricio, y donde se encuentran remembranzas nobilísimas para la vieja generación que impuso en ellas toda la gallardía de su caballerosidad y toda la gentileza de sus deslumbrantes juventudes, por esas salas donde tanto triunfó el madrigal gentil, desfilaron las más linajudas damas de aquella época y los caballeros más conspicuos.

Cuando, hace poco, la señora Carmen Belgrano de Posadas y su hijo Luis, abandonaron el viejo solar que fué de sus mayores, deseando conservar un recuerdo de lo que en breve des-



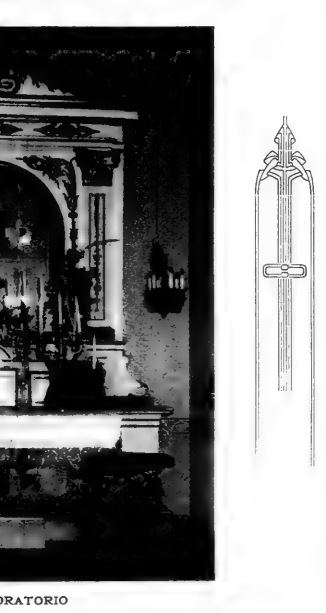
LA BIBLIOTECA



EL GRA

ias

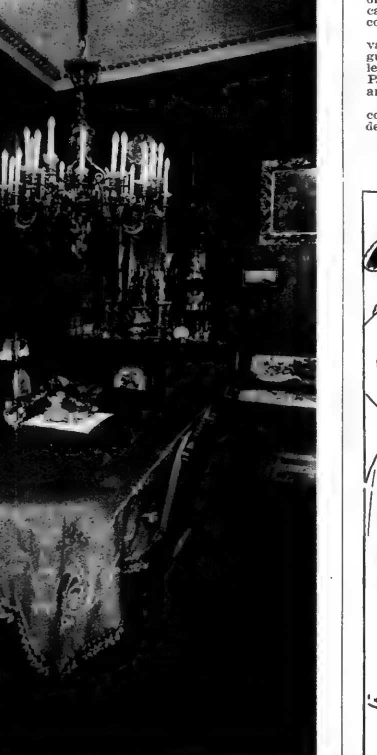
La de Posadas



ORATORIO



SALA DE RECIBO



AN COMEDOR

aparecerá a golpes de inconsciente piqueta, ordenaron la obtención de las fotografías de todas las dependencias de la casa solariega y son algunas de esas fotografías las que con gran placer ofrecemos en esta interesante nota.

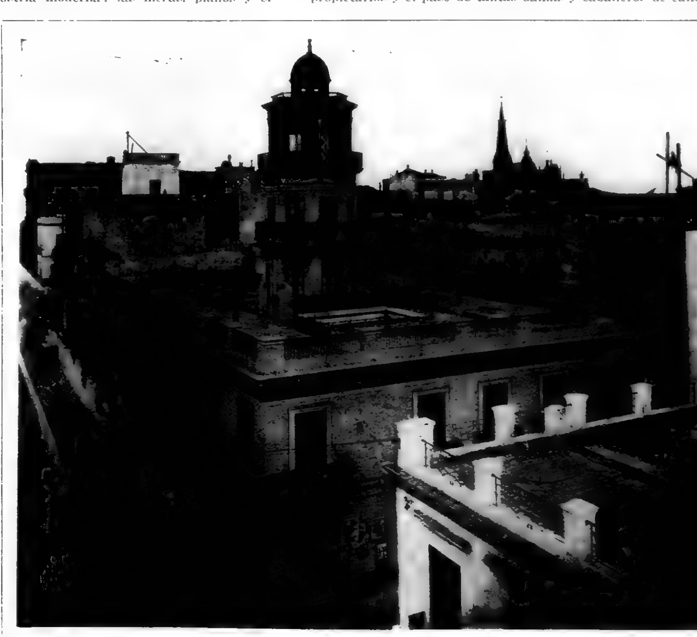
Y en esos salones, cuyo mueblaje y decoración se conservan en la nueva casa tal como estaban en la antigua, se guardan verdaderas reliquias históricas, en medio de las cuales vivieron las generaciones todas de la patricia familia de Posadas. En los muros lucen los retratos de los ilustres antepasados, damas y caballeros de noble apostura.

Los muebles son de aquella época: las magníficas estufas constituyen verdaderas maravillas de ornato, hoy imposible de hallar en la industria moderna: las mesas, pianos y sillería tan ricos y tan característicos que se dirían de mus

Las vitrinas se hallan repletas de objetos de inestima valor: abanicos, marfiles, miniaturas soberbias, peineto que lucieran las damas elegantes que ostentaron con orgu los apellidos Posadas y Esteves, y destacándose por su riq za extraordinaria las joyas antiguas, de entre las que su soberano un aderezo, aros brazaletes y prendedor, todo filigrana de plata cubierto de diamantes y esmeraldas, e es un asombro por lo artístico y lo rico.

Por las fotografías que publicamos puede colegirse lo s tuoso de los salones, lo severo de la decoración y el carác patriarcal de esas salas, ennoblecidas por el abolengo de propietarios y el paso de tantas damas y caballeros de calid





VISTA EXTERIOR DE LA CASA PATRICIA



DE OMNI RE SCÍBILI

Caricatura de Bello



Srta. Celia Repetto

1810
~ POEMA DRAMÁTICO ~
YAMANDÚ RODRIGUEZ



Se anuncia para en breve el estreno, por la Compañía Nacional que dirige el Señor **ATILIO SUPPARO**, del poema dramático en tres actos, de nuestro talentoso compatriota, Yamandú Rodriguez, titulada "1810" Ya conocemos la obra y la encontramos hermosisima. De alta concepción teatral y de gran valor poético, le aseguramos un gran exito. D,amos en esta página un fragmento de "1810" y algunas interesantes notas gráficas de personajes y decoraciones.

LA REDACCION.

JULIO

Háblame, yo quiero ser tu confesor!
Hay en mi aspereza un lírico oculto,
otro yo que supo nacer soñador!
No lo reconoce la vulgaridad;
sale en los insomnios, canta en los delirios,
un yo que cultiva absurdos y lirios
allá en los jardines de la intimidad...

ELENA

Pasó en el lejano país de la infancia...
Como tantas otras, junto a una ciudad
de novela: Java, Bizancio Bagdad,
elevó su tienda la imaginación...
La tienda tenía una puerta abierta
hacia el panorama de la sensación.
El alma solía salir a esa puerta
a esperar el paso del Rey Ilusión...
Un día sereno llegó, y con el día
un emperador de la rebeldía
detuvo el cortejo frente a mi balcón...
Lo demás es breve. Sentí en mi floresta
que los colibríes estaban de fiesta...
Y al saber que el alma de la multitud
cruzaba la horas de la esclavitud
esperando el paso triunfal de la gesta,
con broche de anhelo cerré mi alegría,
apagué las risas de la juventud,
y al lado de Eduardo me puse a rezar
por aquella patria nueva, que sufría
clavada en los brazos de la Cruz del Sud.

JULIO

Cuando aquella orden era una sentencia
¿por qué contra todos no te defendiste?

ELENA

A mansalva, hermano, me asaltó la ausencia

ELENA Señorita LACANAU
Es mi dolor, como el cedrón, Eduardo, que cuanto más lo estrujan, más perfuma.

MARGARA, sta. FERRANDIZ
Pobre la que nazca! Si alguna se atreve, para hacer que pague su curiosidad.
Don Invierno trae guadañas de nieve...

JULIO

Yo también me acuso del mal que sufriste.
Y me acuso Elena, porque al verte triste
y no adivinar toda tu aflicción,
contribuí al delito de lesa ilusión...
Pero aún es tiempo, sobre mi cimera
pongo la esperanza de tu redención!

ELENA

Me opongo.

JULIO

No sabes que América impera?

ELENA

Por eso prefiero quedar prisionera...

JULIO

Quiere encarcelarse tu espíritu, cuando
acaso se encuentra próximo el segundo
en que como un bólido rompiendo la entraña
de la madre España
saldrá el nuevo mundo!
Y si nadie llega para emanciparte?

ELENA

Que importa! En lo íntimo no soy prisionera.
Conservo una cima en la cordillera
de los entusiasmos. Un refugio aparte
del sendero hollado por el invasor
y allí el guantelete del conquistador
no ha podido nunca clavar su estandarte!
Si... Me sacrifico, renuncio a la dicha!
Esa misma suerte que hoy nos acompaña
en el pobre padre se trueca en desdicha...
Por eso yo quiero seguir su bandera
hoy que en su bandera el dolor se ensaña...
Hoy que a nuestro padre tanto mal espera,
una de sus hijas quede por España!



EDUARDO, Señor **BECCO**
Hoy me voy contigo turba de los libres, con olor a selva y altivez de monte!...



Decoración del 1er. acto, boceto del Señor **JOSE LUIS ZORRILLA DE SAN MARTIN.**



FRAY LEON, Señor **CAVIGLIA**
Yo alzaré en mitad de la jornada, en el nombre de Dios, el crucifijo, y en el nombre de América, la espada!...

La ciencia culinaria

> Quién hubiera jamás sospechado que desde la simple ración de Adán la cocina había de progresar tanto que llegaría a ser una ciencia.
>
> LORD BYRON. — Don Juan — Canto XIV.



CIERTOS moralistas severos no han tolerado jamás que pueda darse la debida importancia a la preparación de los alimentos y han despreciado siempre los manjares más exquisitos, llegando hasta a alabar a la mujer de Foción, porque cocía las legumbres en agua clara.

Los casuitas han clasificado la gula entre los pecados capitales, y ya que ella no es el vicio de beber hasta la embriaguez y de comer hasta el exceso, bien merece, por cierto, contársele entre las virtudes teologales.

Las pasiones ordenadas y encaminadas por su verdadera vía llegan a ser virtudes y ninguna es más magnífica, más noble ni más útil que la gula. Ella busca todas las elegancias y todas las cortesías que hacen el encanto de las relaciones sociales; emplea los productos más excelentes de la tierra y del cielo; da que hacer a las bellas artes: a la música para encantar el oído del convidado, a la pintura y a la escultura para decorar la sala de los festines; y hace que el obrero le teja los tapices más finos y delicados, esculpa los muebles más ricos y cincele los metales más preciosos: Sevres le prepara sus obras maestras de la cerámica y Baccarat le talla vasos y copas de cristal para los vinos rutilantes como maravillosas piedras preciosas.

La gula contribuye a la obra de la civilización; y puede decirse de ella que es quizá, la única pasión que no deja remordimientos ni pesares tras de sí.

Para realizar lo bello el pintor emplea la gama de los colores, el músico la de los sonidos y el cocinero la de los gustos, debiéndose tener en cuenta que existen siete colores, siete sonidos y siete gustos. Lo bello y lo bueno son idénticos, pero las impresiones pasajeras por la obra del cocinero o del músico terminan a medida que se les disfruta, y si el cuadro de la Transfiguración es inmortal, el guiso de trufas a la parisienne del gran Caréme dura lo que el tiempo que se emplea en comerlo, como las rosas el tiempo que nos es dado aspirar su fragancia.

El cocinero no es inferior a un artista y si bien es cierto que no está a la altura de Polignoto y de Fidias, tiene su cometido y su puesto en una civilización completa.

La princesa palatina duquesa de Orleans, cuenta en sus memorias que su hijo Felipe el regente, había aprendido el arte de cocinar en España; y fué este príncipe el promotor del movimiento culinario que ejerció una influencia tan directa en el espíritu de Francia.

La conversación francesa nació en los grandes banquetes del siglo XVIII: de los comedores del regente, de los del presidente Hénault, barón Holbach y Madame Geoffrin surgió una sociedad en verdad escéptica e impía, pero poseída de una delicada, ingeniosa y sabia urbanidad que invadió luego toda la Europa llegando a ser una de las caracteríticas mayores de la civilización moderna.

La cocina refinada siempre se ha hecho presente en las épocas más gloriosas de la historia. En el siglo de Pericles Arquestrato de Siracusa codificaba las leyes de la mesa y por los tiempos de Horacio y de Virgilio, Apicio escribía el primer tratado de gastronomía. En los albores del renacimiento, cuando las huertas de los Médicos llamaban la atención en Italia, las elegantes y suntuosas fiestas del campo de la Tela de Oro hicieron comprender a Wolsey que Francia quería ser la primera en las artes de la paz.

Bajo el reinado de Luis XIV, Vatel no es menos célebre que su amo el vencedor de Rocroi, y si la gloria no es más que humo, Antonín Caréme hizo tanto como Napoleón.

Y como lo dice Bossuet, cuando la cocina fuera inútil a los hombres, habría que hacerla aprender a los príncipes, a los diplomáticos, a los hombres de Estado y a los médicos, ya que:

"Tout se fait en dinant dans le siécle ou nous sommes
Et c'est par des diners qu'on gouverne les hommes"

Las cuestiones políticas se discuten en la mesa; el señor de Talleyrand a menudo debió sus éxitos a las sabias combinaciones del famoso Caréme. Y cuando el congreso a celebrarse en Viena, el embajador enviado por Luis XVIII, en el momento de despedirse le decía: Crea bien Su Majestad que me serían más útiles unas buenas cacerolas que todas las instrucciones escritas que llevo. M. Guizot aseguraba que durante su embajada en Londres su cocinero le había sido más útil a su política que sus secretarios.

Nadie ignora que las poderosas cualidades enófilas del señor Pouyer-Quertier le sirvieron más en el tratado de Franckfort negociado con Bismarck que todas las teorías de la economía política.

La cocina es a la vez que un arte una ciencia: un arte cuando trata de realizar lo verdadero o lo bello llamado lo bueno en el orden de las ideas culinarias. Como ciencia ella deriva de la química, de la física y de la historia natural. Sus axiomas se llaman aforismos; sus teoremas, recetas, y su filosofía, gastronomía o gastrosofía.

En resumen, la ciencia culinaria puede proporcionar un estudio agradable y útil; aquellos que sienten una perfecta indiferencia para los placeres que nos brinda la mesa son casi siempre personas tristes, no amenas y poco agradables.

Las personas de ingenio, ha dicho Sainte-Beuve, que comen o engullen de cualquier manera y en forma desdeñosa el alimento que les es necesario al organismo, podrán ser grandes razonadores y grandes inteligencias, pero nunca personas de gusto.

Letsac

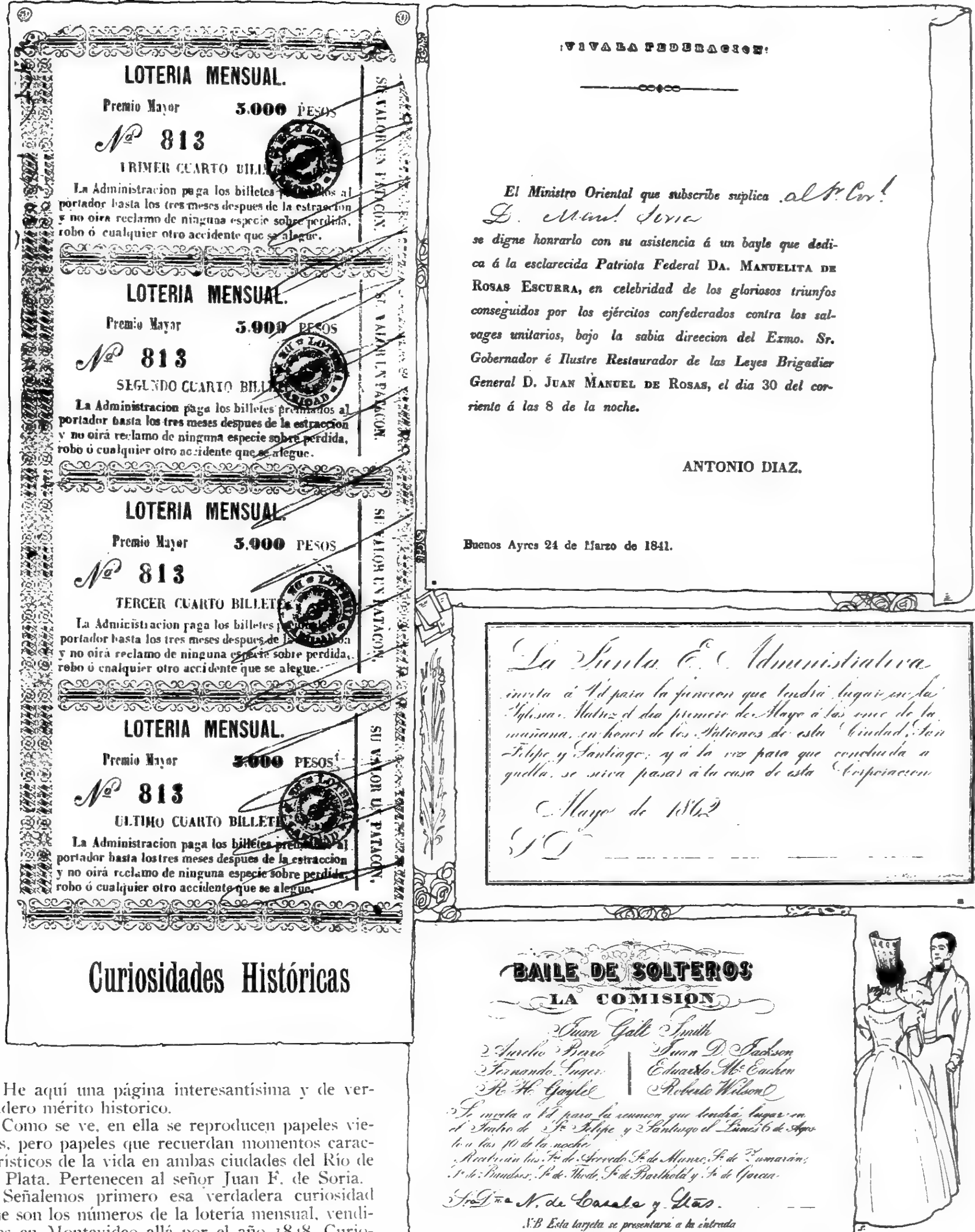
Dibujos de Bello y Santana

De la colección del Dr. Víctor Pérez Petit

PLAYA RAMIREZ

Apunte al óleo
de **M. BENZO**





LOTERIA MENSUAL.

Premio Mayor 5.000 PESOS

Nº 813

PRIMER CUARTO BILLETE

La Administracion paga los billetes premiados al portador hasta los tres meses despues de la estraccion y no oirá reclamo de ninguna especie sobre perdida, robo ó cualquier otro accidente que se alegue.

SU VALOR UN PATACON.

LOTERIA MENSUAL.

Premio Mayor 5.000 PESOS

Nº 813

SEGUNDO CUARTO BILLETE

La Administracion paga los billetes premiados al portador hasta los tres meses despues de la estraccion y no oirá reclamo de ninguna especie sobre perdida, robo ó cualquier otro accidente que se alegue.

SU VALOR UN PATACON.

LOTERIA MENSUAL.

Premio Mayor 5.000 PESOS

Nº 813

TERCER CUARTO BILLETE

La Administracion paga los billetes premiados al portador hasta los tres meses despues de la estraccion y no oirá reclamo de ninguna especie sobre perdida, robo ó cualquier otro accidente que se alegue.

SU VALOR UN PATACON.

LOTERIA MENSUAL.

Premio Mayor 5.000 PESOS

Nº 813

ULTIMO CUARTO BILLETE

La Administracion paga los billetes premiados al portador hasta los tres meses despues de la estraccion y no oirá reclamo de ninguna especie sobre perdida, robo ó cualquier otro accidente que se alegue.

SU VALOR UN PATACON.

¡VIVA LA FEDERACION!

El Ministro Oriental que subscribe suplica al Sr. Cor.! D. Man.l Soria

se digne honrarlo con su asistencia á un bayle que dedica á la esclarecida Patriota Federal DA. MANUELITA DE ROSAS ESCURRA, *en celebridad de los gloriosos triunfos conseguidos por los ejércitos confederados contra los salvages unitarios, bajo la sabia direccion del Exmo. Sr. Gobernador é Ilustre Restaurador de las Leyes Brigadier General* D. JUAN MANUEL DE ROSAS, *el dia 30 del corriente á las 8 de la noche.*

ANTONIO DIAZ.

Buenos Ayres 24 de Marzo de 1841.

La Junta E. Administrativa

invita á Vd para la funcion que tendrá lugar en la Iglesia Matriz el dia primero de Mayo á las once de la mañana, en honor de los Patronos de esta Ciudad San Felipe y Santiago; y á la vez para que concluida aquella, se sirva pasar á la casa de esta Corporacion

Mayo de 1862

S. D.

BAILE DE SOLTEROS

LA COMISION

Juan Galt Smith

Aurelio Berró	*Juan D. Jackson*
Fernando Luger	*Eduardo Mc. Eachen*
R. H. Gaylel	*Roberto Wilson*

Se invita a Vd para la reunion que tendrá lugar en el Teatro de Sn. Felipe y Santiago el Lúnes 6 de Agosto a las 10 de la noche.

Recibirán las Sras. de Acevedo, Sa. de Munoz, Sa. de Zumarán, Sa. de Buadas, Sa. de Vhede, Sa. de Barthold y Sa. de Garcia.

Sra. Dña. N. de Casala y Htas.

N.B. Esta tarjeta se presentará a la entrada

Curiosidades Históricas

He aquí una página interesantísima y de verdadero mérito historico.

Como se ve, en ella se reproducen papeles viejos, pero papeles que recuerdan momentos característicos de la vida en ambas ciudades del Río de la Plata. Pertenecen al señor Juan F. de Soria.

Señalemos primero esa verdadera curiosidad que son los números de la lotería mensual, vendibles en Montevideo allá por el año 1848. Curiosísimos son esos ejemplares de billetes, y mas curiosos aun si se les compara con los de venta hoy, en los que las artes gráficas y el temor justificado a las falsificaciones han reunido tantos primores.

Detengámonos luego en las tarjetas que recuerdan otros tantos acontecimientos sociales. Una de ellas trae una evocación de los días sombríos de la tiranía. Conserva el papel, aun a través de los años el color rojo obligatorio en aquella época de imposiciones. También luce la leyenda impositiva: "¡Viva la Federación!"

La tarjeta invitación de la Junta E. Administrativa, prestigiando una fiesta religiosa en el año 1862 pone en evidencia un notable progreso en las artes litográficas, progresos que trajo, para asombro de todos, la famosa litografía de Mege.

La invitación para el Baile de los Solteros rememora un acontecimiento social originalísimo y que tuvo gran resonancia.

Y a este respecto cabe aquí un melancólico reproche a nuestra falta de inventiva o de actividad. Ya no se discurren hoy fiestas tan originales y tan simpáticas. ¿Qué hoy han ganado en suntuosidad? Es indiscutible. Pero en aquella familiaridad ingeniosa de antes había, sin duda alguna, encantos muy grandes y que no en vano los recuerdan con gran complacencia los que entonces eran jóvenes.



Luisa Muñoz de Guzmendez





María Farrulla de Juega

Se han extinguido en estos últimos días tres matronas, de las cuales se enorgullecía nuestra sociedad. Esta página las recuerda, rindiéndoles un sentido homenaje.

Fué doña Luisa Muñoz de Gurméndez, en los albores de su vida, junto con sus hermanas, el ramo de flores más fragante de una época. La belleza, nombre, distinción, posición social y virtudes, fueron el blasón de esta familia, que tan alto rango ocupa en sociedad.

La extinta señora era esposa de aquel caballero que llamóse Rufino Gurméndez, a quien todas las generaciones que alcanzó lo tuvieron en la alta consideración que se merecía.

La señora Luisa Muñoz de Gurméndez terminó su existencia en el retiro amoroso de su hogar, dejando tras sí una estela de virtudes.

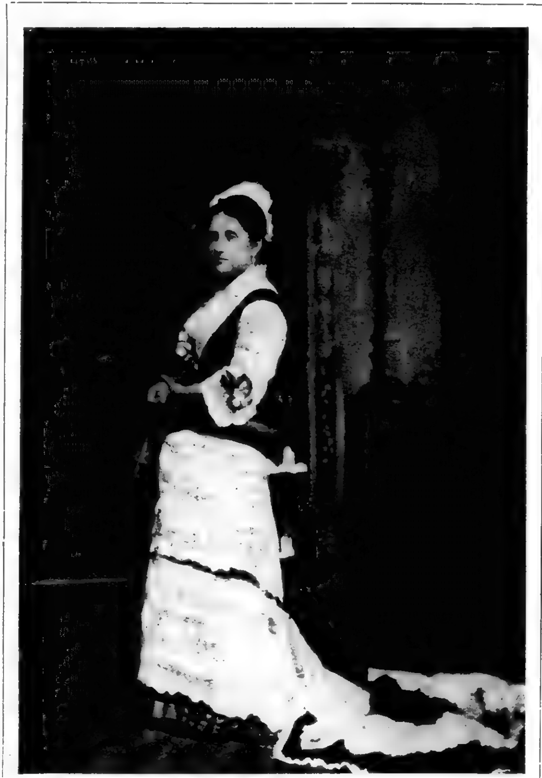
La señora María Farrulla de Juega desaparece del escenario social, donde tanto brillara, dejando desolado el honorable hogar formado por ella y en el que tuvo rol de madre ejemplar.

Doña Blanca Gómez de Hughes, tronco de una venerable familia, de abolengo antiguo e ilustre, llevó una vida consagrada al bien.

Joven, reinó y triunfó en los salones más prestigiosos de su época; viuda, se concretó a su hogar y vivió para los suyos, siendo su casa la única y noble preocupación de su vida.

Una gran dama, escribió lo que va a leerse en seguida, al conocer el fallecimiento de esta matrona:

"El heraldo de la muerte con su clarín de plata velado en negros crespones, anunció ayer a la sociedad de Montevideo la muerte de



Blanca Gómez de Hughes

esta distinguida e ilustrada dama, y el eco funerario resonó por los ámbitos del espacio, produciendo en los corazones de cuantos la admiraban y querían, una conmoción tan honda como dolorosa.

"Blanca Gómez de Hughes fué todo un carácter y toda una personalidad en su rol de hija, de esposa, de madre y de amiga.

"Vivió su vida entera consagrada de lleno a sus hijos a los que formó en un ambiente de purísima y ejemplar moral cristiana. Supo hacer de su hogar un santuario del cual fué ella el dios para los suyos, quienes la adoraban y veneraban con aquel respeto profundo y único de los tiempos patriarcales.

"El collar más valioso que rodeó su cuello al morir fueron sus hijos. Como la célebre Cornelia podría haber dicho de ellos alguna vez con justo orgullo: "He aquí mis joyas".

"Su alma purísima aureolada de un nimbo de excelsas e inmaculadas virtudes se ha desprendido de la tierra para volar al cielo de donde fué llamada para formar parte del reino de las elejidas del Señor. *M. R. de R.*".

SELECTA se inclina reverente ante las tres tumbas recientemente abiertas y rinde homenaje a la memoria de esas damas que tan alto sitial ocuparon en el mundo social.

Su recuerdo ha de perdurar en la mente de las personas que las conocieron, y que al tratarlas encontraron en sus bondades y en sus culturas demostraciones elocuentes de todo lo que significa, para las convivencias afectivas, una distinción ejemplar.

RAQUEL, LA TRAGICA

En un salón de la Comedia Francesa y guardado respetuosamente entre los cristales de una vieja vitrina, hay un zapatito, un zapatito blanco, de tacón muy levantado y punta muy fina, que perteneció a Raquel. Y el cronista, que conocía la doliente historia de la gran trágica, se preguntaba atónito:

"¿Cómo bajo esos pies tan pequeños, tan frágiles, tan lindos, más hechos para holgar entre pieles que para correr descalzos sobre el polvo o la nieve de los caminos, ha podido pasar media Europa?..."

Porque Raquel (Elisa Félix era su verdadero nombre) fué hija de bohemios y hasta los diez años ella y sus hermanos siguieron a sus padres por todas las carreteras de Alemania y Suiza. Sucia, desgreñada, curtida por los vientos y el sol, desnuda de pie y pierna, el cuerpecito raquítico y asexual vestido de andrajos, la pobre niña durmió al raso, donde la noche la sorprendía; y fué de villorrio en villorrio pidiendo limosna, apurando todas las hieles de desdén que tiene para los mendigos la caridad pública; y en las calles de Lyón bailó, al son de la pandereta que golpeaba su padre, sobre la tragedia de sus piececitos ensangrentados...

Desde Lyón, la familia, andando siempre, se trasladó a París. Allí la niña también bailó por las calles y cantaba esas tonadillas alegres, canciones de bohemia que parecen flotar sobre los caminos como un perfume rústico y que los nómadas aprenden nadie sabe dónde. Su voz de contralto y las graciosas muecas y arrumacos de su rostro atraían a la gente.

Entre estos curiosos, acertó a detenerse una tarde Mr. Choron, profesor de canto y fundador de la Real Institución de Música Religiosa. La voz de la niña mendiga le interesó; era extensa y dulce, y había en ella un ardor extraño. Choron llamó a la futura histriona con un gesto.

—¿Qué edad tienes?—le preguntó.

—Once años.

—¿Quieres que yo te enseñe a cantar?

—Sí, señor; ya lo creo!...

Su respuesta fué rápida, terminante; en su cara cobreña, los grandes ojos artistas brillaron de ambición. La diosa Fortuna acababa de pasar junto a Raquel, y Raquel la siguió...

Meses después, Elisa Félix dejaba la escuela de canto para concurrir a la clase libre de declamación que explicaba Saint-Aulaire, comediante meritísimo, frío, correcto, cuya técnica había de dejar en el espíritu de su discípula huella perdurable y excelente. En aquella época, Raquel no pensaba dedicarse a la tragedia; prefería la comedia; sus días de hambre no habían podido secar la vena caudalosa de su buen humor. Era indócil, endiablada, aventurera y alegre como un muchacho. Sus compañeras la llamaban Pierrot, y ella misma firmó con este pseudónimo muchas cartas íntimas que Mlle. Valentina Thomson ha publicado más tarde.

La primera entrevista de Raquel con el gran actor Samson, que luego había de dirigirla y favorecerla eficazmente, merece relatarse.

Pequeña, desmirriada, sin otro encanto que el prestigio de sus ojos magníficos, la pobre niña acababa de cumplir quince años y representaba doce apenas. Inconsolable, su madre repetía:

¡Qué desgracia! M. Samson cuando te vea dirá que todavía eres muy joven.

Entonces, con objeto de dar a su hija mayor plasticidad y representación, la astuta mujer endosó a Raquel varios trajes, unos encima de otros; ya que no podía ser alta, sería ancha. Raquel, bajo su disfraz, reía a carcajadas; aquella truhanería, de verdadera bohemia, la hacía feliz. De este modo, las dos mujeres se presentaron en casa de M. Samson, que las esperaba. Al ver a Raquel, el célebre actor tuvo una ruda explosión de sinceridad.

—Imposible, señorita —dijo, ¿por qué vamos a perder el tiempo? Usted no sirve para el teatro; está demasiado gorda... usted ya no crece...

Hija y madre se miraban consternadas. ¿Qué hacer?... Al fin, la madre, reconociéndose autora única de aquel descalabro, confesó su superchería.

—Todo esto—balbuceaba.—M. Samson... todo esto... ¿sabe usted?... es trapo.

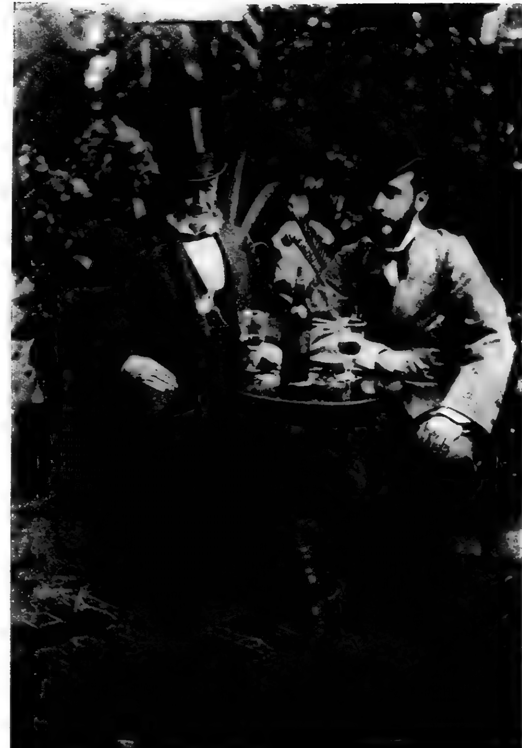
El comediante se hechó a reír.

Pues hágame usted el favor de desnudar a esta señorita, — repuso, — y sabré a qué atenerme.

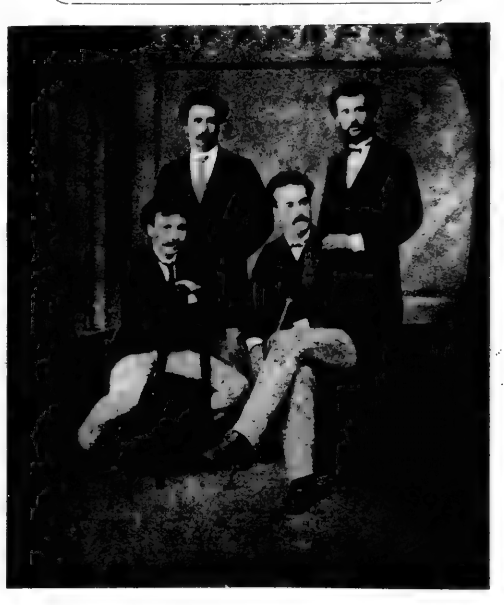
Raquel ingresó en el Conservatorio en 1836, y al año siguiente apareció como primera actriz sobre el escenario del Teatro Gimnasio, y en un drama histórico de escaso mérito, titulado "La vandeada". Nerviosa, vehemente, dotada de impetuosidades sobrehumanas, poseedora de una voz capaz de repetir todos los alaridos dantescos de la tragedia, con ella resucitaron las heroínas sangrantes y solemnes de Corneille y de Racine: China Safonisbe, Andrómaca, Ifigenia... Pero siempre, a despecho de tantos triunfos, persistía en ella el recuerdo romántico de "La Vandeana", su primer drama, con el que salió de la obscuridad y que, según la frase feliz de Julio Janin, fué para Raquel "La marsellesa de sus días de hambre..."

La mendiga que bailaba al son de la pandereta bohemia en las calles de Lyon y de París, murió agasajada, envidiada, rica; la que anduvo descalza y alegre por tantos caminos, marchó rápidamente por el de la gloria. Tenía, al finar su vida, treinta y ocho años. ¿Qué actriz, en menos tiempo, habrá subido más alto?

Eduardo Zamacois



He aquí dos fotografías viejas que reclaman todo el respeto de las cosas venerables. En ellas aparecen hombres que han concentrado en sí el homenaje de la sociedad. En la primera se ven dos personalidades venerables: don Ignacio Soria y don Pablo Mañé, ambos jefes de dos familias que tienen puesto preeminente en nuestro mundo social. En la segunda fotografía aparecen los señores Enrique Estrázulas, Ruperto Mendez (sentados) y de pié los señores C. Bezzi y Pantaleón Cabral. Esta fotografía data del año 75. Son dos notas interesantísimas. - - - - -





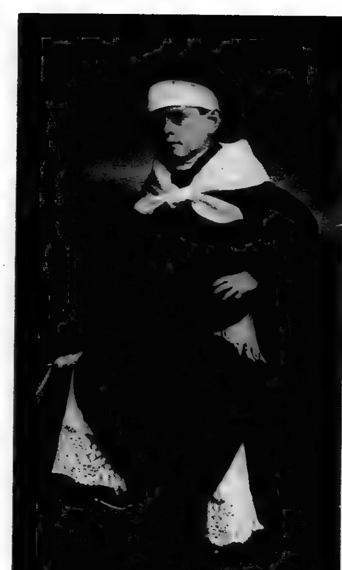


El Instituto Nacional de Ciegos se ha impuesto como se impone toda obra buena y piadosa. La creación de esa casa de caridad, de esa casa hospitalaria vino a llenar un vacío que preocupaba ya intensamente a las personas que—como Teresa Santos de Bosch — tienen un alma, y esa alma es albergue de sentimientos nobles y de superioridades exquisitas.

La vida de sombras de los pobres niños ciegos interesó a la gentil compatriota ausente; y de inmediato, luchando con el egoismo, con mil obstáculos que se le interpusieron, fundó el Instituto "General Artigas", poniendo lo más grande de su esfuerzo para colocarlo a la altura de los asilos de ciegos de Europa.

Y la triste caravana de los huérfanos de la luz ha hallado en ese refugio un medio seguro de vida y de educación.

Un fondo humanitario tuvo la creación de la casa de ciegos, un fondo tan humanitario que dió márgen a comentarios plenamente favorables; porque en el Uruguay hay miserias y necesidades que es humano combatir con armas tan poderosas como la fundación de esas grandes hospitalarias casas.



JUAN C. QUINTELA CASAS

—15 años. Soy Argentino.

—¿Hace mucho que habitas esta hospitalaria casa?

—Tres años.

—¿Eres ciego de nacimiento?

—No, señorita. A los cuatro años quedé ciego.

—¿Qué impresión te ha hecho ese reciente viaje a mi patria?

—Muy buena, excelente. Al desembarcar, nos dimos cuenta del enorme público que esperaba nuestro arribo. Temíamos, nosotros y la señorita directora, que se nos recibiera indiferentemente, pero cuando sentimos los gritos del público que nos recibía entusiasmado y benévolo, nos reanimamos y, puedo asegurarle, que la gentileza de los uruguayos nos alentó muchísimo.

—No deja de halagarme tu buen recuerdo para el terruño en que vivo, y te lo agradezco. Dime, Horacio, ¿estás conforme aquí?...

—¡Y como no estarlo?... La bondad y ternura de la Directora y el empeño de todos por vernos contentos nos llena de satisfacción y alegría.

...Y escudriñando en sus pupilas apagadas preguntéle: —¿Y el sol, Horacio?

PLATICAS



ANTOÑITO MIGUEL CARVALHO

FELIPE CARVE FONT

Hace algunos años tuve oportunidad de hablar en Buenos Aires con un asilado de Eva San Román, la inteligente directora del Instituto de Ciegos de esa ciudad. Horacio Barrionuevo llamábase mi interrogado, acababa de regresar de un viaje a Montevideo y quería yo ser la primera que conociera sus impresiones.

Alto, delgado, en sus grandes pupilas apagadas—ávidas de luz — busqué lo que hubiera podido estampar el sol de mi tierra. Y nada...

—¿Cómo te llamas pequeño?

—Horacio Barrionuevo.

—¿Cuántos años tienes? ¿Nacionalidad?



ENRIQUE LUIS LAPIDO SALDÍAS

—Aquí también lo sentimos, y volvió la cabeza como queriendo adivinar a su protectora que, en un rincón aislado de la sala, sonreía su triunfo.

En mis correrías por la ciudad supe que una familia pobre tenía a su cuidado una cieguecita de diez años y le prometí buscarle asilo en el Instituto de Ciegos y, al despedirme de la señorita San Román, le supliqué me concediera esa gracia.

Y desde ese día, para tranquilidad mía y para satisfacción de la pequeña enferma los pobres cieguecitos de la calle Rivadavia contaron con una nueva compañera de infortunio...

La Abuelita.



RAFAGAS DE TEMPESTAD

OIR ESTRELLAS

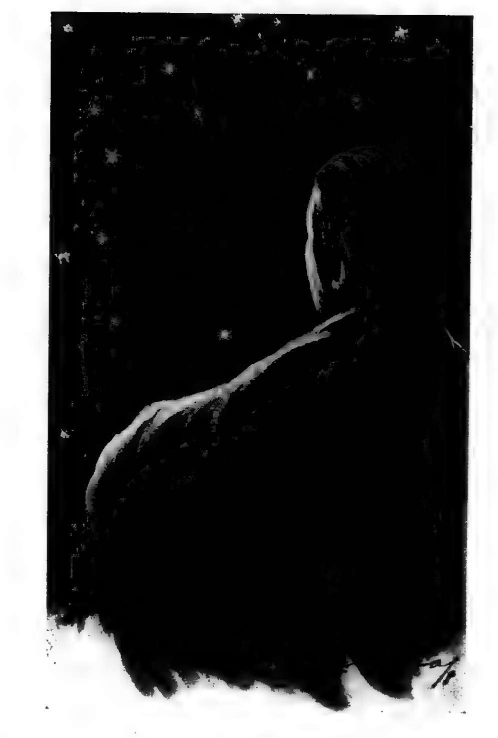
A mi ilustre amigo y colega,
Excmo. Cyro de Azevedo.)

(De Bilac)

Cómo, direis, oir estrellas? Cierto!
perdiste el juicio! Y os respondo en tanto,
que para oirlas, veces mil, despierto
me acerco a ellas, pálido de espanto!
Y conversamos sin cesar, en cuanto
la vía láctea como un palio abierto
cintila; y al rasgar el Sol su manto,
aun las sigo en el azul desierto.
Direis ahora: Trastornado amigo!
que hablas con ellas? cuál es el sentido
de su coloquio cuando están contigo?
Y yo os diré: Amad y hablad con ellas.
pues sólo el que ama tiene aquel oído
capaz de oir y de entender estrellas!

Montevideo, 1918. —

E. Diez de Medina.



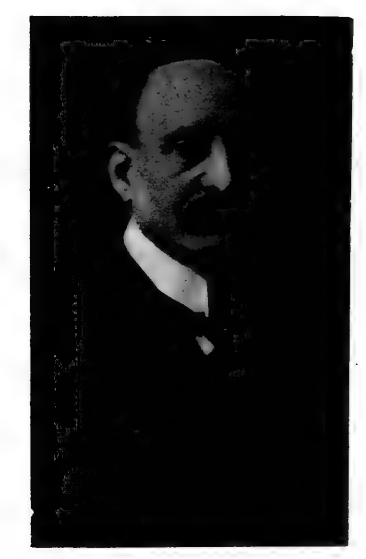
CUANDO ELLA RIE...

A la luz ardiente de sus negros ojos,
como los rubies de su llamarada
florece en la rosa de sus labios rojos
la risa sagrada.
Cuando ella se ríe su boca de fresa
es como una gruta de limpios cristales
donde un gnomo canta su canción traviesa,
mientras forja el oro de anillos nupciales.
Es como una taza de mármol florido
donde riza el agua sus blancos raudales
y llora entre sombras su lento gemido;
es como una fuente de ritmos sensuales
que borda con gotas, estrellas y flores,
es como una concha de vivos colores
es como un poema de versos triunfales.
Cuando por su boca la risa resbala
como apasionada cadencia divina,



la voz en los labios sus notas exhala,
como el ritornello de una cavatina.
Volando se aleja perdida y llorosa
bajo el verde palio que forma el boscaje
entre los rosales se enreda graciosa
y al plegar cansada sus alas, se posa
cerrando en las rosas su blanco plumaje.
Es como un zumbido de abejas de oro
que muere y se apaga,
igual que la nota misteriosa y vaga
sobre los marfiles del clave sonoro.
Cuando ella se ríe, su boca graciosa
como una granada se enciende y fulgura,
se llena de sangre su cara rosada,
su seno es más alto, su frente es más pura.
De sus labios brota
un sartal de perlas de gayos colores,
como un hilo de agua que cae gota a gota,
como un arco iris de vivos fulgores.
Y como en un nido
colgado en las ramas de blancos jazmines,
con lúbricas hojas de rosas tejido,
se besan y estallan capullos y flores,
cantan serafines
suenan violines
pían ruiseñores.
Su risa es cadencia, color y palabra,
su voz es saeta, su acento es aguja,
buril que en el aire sus primores labra
pincel que en el viento sus líneas dibuja.
Como si el espacio fuese lienzo y lira,
la risa se enciende y atruena y suspira
y prende en el aire ritmos señoriales,
traza con las luces lindos arabescos,
teje con los ruidos estrofas triunfales,
forma con las sombras caprichos goyescos.
Cuando ella se ríe, su risa es sagrada,
se enciende en un fuego de amor su mirada,
se inflama el penacho de su cabellera,
y brilla en sus ojos una llamarada,
de diosa guerrera.
Cuando ella se ríe, nacen bulliciosas
dentro de su pecho flores de pasión,
como si se abrieran las sangrientas rosas
del rosal divino de su corazón.

José Montero.



DON FELIPE L. MONTEVERDE

LOS HOMBRES DE PROGRESO

EL 13 del corriente cumple el primer aniversario del inesperado y muy lamentado deceso del señor Felipe L. Monteverde, una de nuestras figuras culminantes en el radio de las nobles actividades industriales, carácter íntegro, patriota sin renunciamientos que en labor proficua e infatigable donó a su patria muy apreciables elementos de progreso.

En la vida del señor Monteverde hay una inacabable sucesión de rasgos admirables de energía, de iniciativa, de propósitos muy encomiables y encaminados siempre a un fin de engrandecimiento nacional. Todas las empresas progresistas lo tuvieron al señor Monteverde como elemento de trabajo activo, o como eficaz propagandista.

No fué simplemente un industrial de garra. Fué mucho más aún; fué un visionario, que marchó siempre con las pupilas llenas de una visión de futuro. Y es que el señor Monteverde amaba intensamente a su patria; pensando en ella imprimía formidables impulsos a sus empresas industriales; pensando en ella quería una manifestación de progreso cada día más creciente.

De ahí que su nombre haya quedado tan fuertemente vinculado a obras que son hoy orgullo para todos los que no acordándose mucho de las glorias pretéritas laboran en la consolidación definitiva de una gloria presente, gloria de avance, de engrandecimiento: la formación de una patria rica, respetada y admirada.

Vida ejemplar fué la del señor Felipe L. Monteverde, y en nuestro afán de señalar a la consideración pública todos los rasgos salientes de los uruguayos de mérito, en este primer aniversario de la muerte del estimadísimo industrial y caballero, vamos a dar una breve reseña de todas sus actividades.

⁂

Puede decirse sin temor, que en el apellido Monteverde hay una dinastía de industriales. El fundador de la casa lo fué, en el año 1849 el señor J. Monteverde. Tuvo la primitiva casa una época de gran auge, y luego, al cambiar las circunstancias ambientes, se inició una decadencia que detuvo con varonil esfuerzo el señor Felipe L. Monteverde.

Este, en efecto, llevó a la dirección de la fábrica, a más de la enérgica fibra paterna, los brios juveniles de sus 23 años de edad.

Rebosando de fe en sus recursos de laboriosidad, de constancia y de inteligencia, — viendo en su actuación industrial una especie de apostolado patriótico y filantrópico a la vez por el bien que esa clase de actividad puede aportar al país y por los beneficios que el jefe iluminado de un gran taller puede distribuir entre el gremio obrero, — dió comienzo animosamente a su tarea.

Empezó en pequeño. Y la fortuna, amiga de los jóvenes, sonrióle benevolente.

Cuando el señor Felipe L. Monteverde se vió al frente de un regular plantel de operarios, se apresuró a ensayar cierto programa entre socialista y redentorista, germinado en su alma bondadosa al calor de las teorías de Samuel Smiles.

Para combatir el vicio de la ebriedad entre sus obreros, estableció premios en metálico, los cuales se entregaban diariamente a los que, bajo su palabra de honor aseguraban no haber tomado bebidas alcohólicas durante las últimas veinte y cuatro horas; — y, para poner la luz de la instrucción al alcance del personal de su fábrica, gestionó y obtuvo, de las autoridades competentes, el local de una escuela pública y allí organizó y costeó una cimiento a los operarios más contraídos al clase nocturna, para adultos. Al propio tiempo interesó en las utilidades de su establetrabajo, en proporción al concurso que prestaban al mayor florecimiento de la casa.

⁂

Luego, en 1886, acometió la realización de dos iniciativas filantrópicas que, por si solas, bastarían para abonar luminosamente el alto civismo y la hombría de bien del señor Monteverde.

Conceptuando, con clarovidente acierto, que es obra buena y moral ensanchar todo lo más posible el campo de trabajo donde la mujer puede ganarse el pan diario, y juzgando que el ramo de la tapicería es más adecuado para las manos femeninas que para las de los hombres, — instaló en la plaza Cagancha, bajo el patronato de una comisión de damas, formada por las señoras de Ferreyra de Lessa y de Jackson, un taller de tapicería, bordado y pintura sobre telas, para niñas pobres. Todos los gastos inclusos los sueldos de la directora, subdirectora y tres maestras, corrían por cuenta del generoso fundador, quien, además, pagaba al precio corriente todos los trabajos que salían de aquella especie de colegio y que tenían aplicación en su establecimiento industrial.

El taller de la referencia llegó a tener hasta cuarenta discípulas y así muchas niñas pobres aprendieron gratuitamente un oficio el cual figura todavía entre los mejor remunerados.

A las vez, el señor Monteverde fundó un asilo-taller de aprendizaje, para huérfanos y niños pobres, especialmente de la campaña, con el santo propósito de redimir a aquellas pobres almas del abandono, que conduce fatalmente al vicio y a la criminalidad, y transformarlas en elementos laboriosos, concientes de sus destinos y útiles para la sociedad.

Durante los primeros años, ese asilo estuvo instalado en la calle Colonia. Después pasó a ocupar un local propio, construído expresamente en la calle Queguay, cuando la fábrica de muebles también ocupó un local propio, construído expresamente.

La inauguración de este establecimiento se efectuó, con cierta solemnidad, el 25 de Mayo de 1889, ante una numerosa y selecta concurrencia a los acordes del himno patrio tocado por la banda de la Escuela de Artes y Oficios. Toda la prensa montevideana, al hacer la crónica de la simpática fiesta, estuvo conteste en reconocer la magnitud de la empresa, la grandiosidad de la fábrica y su organización modelo.

⁂

En forma análoga, se inauguró el 8 de Diciembre de aquel mismo año el asilo de huérfanos y niños pobres — edificio de dos pisos, que abarcaba un cuarto de manzana y contenía, en la planta alta, dos dormitorios con capacidad para 150 asilados, y, en la planta baja, comedor, clase de enseñanza elemental, enfermería, patio de recreo y biblioteca, en cuya pared principal campeaba un hermoso retrato de Samuel Smiles. La enfermería era atendida gratuitamente por el doctor Isabelino Bosch.

Pues bien: tanto la gran fábrica — que, por honor y provecho del país, era ampliamente acreedora al apoyo de los pudientes, cuanto el asilo de huérfanos y niños pobres,— el cual a luz meridiana merecía el decidido concurso de todos los ciudadanos bien intencionados, — se desplomaron lastimosamente bajo el vendabal de la crisis de 1890.

De entre los escombros, que sepultaron toda su fortuna, el señor Monteverde salió con estoica entereza, lamentando sólo el malogro de su iniciativa filantrópica.

Pero, fué elaborando los elementos de su resurrección industrial, y en Octubre de 1902 volvió a establecerse.

Y otra vez, el noble industrial hizo resurgir de las cenizas — nueva Fenix — una casa, una industria, la que, como siempre concentró todas las simpatías de la alta sociedad montevideana.

Hoy, desaparecido aquel espíritu fuerte, emprendedor, pleno de fé y de alta emulación patriótica, la casa ha pasado a manos de su hijo, el señor Felipe Luis Monteverde, quien ha heredado del padre su acrisolada honradez, su ansia incansable de trabajo, la clara inteligencia y el indomable sentimiento del progreso.

Notas y Comentarios

"Joyas falsas"

Miguel H. Escuder, nos ha enviado su novela corta, recientemente publicada, y que se titula: "Joyas falsas". En esta nueva obra el joven periodista y escritor pone una vez más de manifiesto su estilo incisivo, gráfico, que si tiene incorrecciones, en cambio se recomienda por su espontaneidad y su sincerismo Esta novela tiene descripciones de ambiente muy bien realizadas, una urdimbre muy interesante y una finalidad que revela en su autor grandes condiciones de novelador. Desearíamos que en obras futuras, Escuder cuidara más la corrección del estilo y le diera en esa forma una consistencia y un brillo de que hoy en ciertos momentos carece. De todos modos "Joyas falsas" es un plausible esfuerzo y estamos seguros que obtendrá un buen éxito.

"La salud de los niños"

El conocido propagandista del régimen naturista señor Antonio Valeta, nos ha remitido su interesante libro titulado: "La salud de los niños" y otros folletos sobre plantas medicinales y alimentación carnívora. El tomo referente a la salud de los niños, es en verdad un estudio muy concienzudo y muy bueno, que no vacilamos en recomendar. No importa en absoluto que no se practique el sistema naturista para reconocer la bondad de algunos consejos, indicaciones y prácticas contenidas en el libro de la referencia. Los niños necesitan de un cuidado especial, contínuo y diríamos absolutista. En consecuencia, el médico no puede estar casi permanentemente en la casa. De modo que un libro como el del señor Valeta, es un consejero permanente que tienen las madres a su alcance, para resolver todos esos pequeños problemas que se presentan al cabo del día y referidos a la salud de los pequeños. Esto no quiere decir, por otra parte, que, para los que practican el régimen naturista, este libro no sea de elevada importancia y necesario, altamente necesario, en los más graves conflictos de la salud. Agradecemos al señor Valeta su envío y dejamos constancia del éxito que con él ha obtenido.

Salvando erratas

En la carta-crítica que nuestro distinguido colaborador señor Juan Antonio Zubillaga, enviara al señor Francisco Alejandro Lanza, autor del libro "El cuento de Pedro Corazón", carta que publicamos en nuestro número anterior, se deslizaron algunos errores que nos apresuramos a salvar. Donde dice: "disminuir el número por sección" debe leerse "disminuir por selección". En vez de "las estrofas que secuestran a mayor altura", ha de leerse: "que muestran a mayor altura".

Queda salvada la errata, que de verdad lamentamos.

"Cantos Rodados"

El doctor Francisco Imhof ha tenido la gentileza de obsequiarnos con un ejemplar de su comedia "Cantos Rodados" estrenada con tan ruidoso y merecido éxito en el Teatro Solís. No hemos de explayarnos aquí en un juicio sobre esta aplaudida obra. No podríamos agregar nada a todo lo que la crítica opinó, en elogio, de esa obra, que indudablemente se incorpora con grandes y positivos méritos a la producción dramática nacional. El público, acudiendo en masa a aplaudir esa comedia, dió el mas acabado y definitivo juicio sobre ella, y nosotros creemos que en el teatro las obras de éxito verdadero son aquellas que despiertan el unánime interés de las clases sociales. Cúmplenos, pues, aprovechar la oportunidad para felicitar al doctor Imhof y agradecer su valioso envío.

Un gran magazine. — En lo de Vignau, Figari, Hnos. y Cía.

Después del aviso publicado en nuestra revista de la ex-casa Lete de los señores Vignau, Figari Hnos y Cía., en el que lucía en una de las carátulas la fotografía de las amplias vidrieras de entrada, hemos querido darnos una idea de la importancia de esta progresista firma, visitando dicha casa y dándonos cuenta de los distintos departamentos, encontrando una numerosa cantidad de clientes que en la planta alta y baja realizaba compras, al sistema que vende la Tienda Figari, de los señores Figari Hnos. y Cía., que su lema ya es conocido: vender barato para vender mucho. Y esto es lo que en pocos días a dado una corriente de numerosa clientela que aprovecha las ocasiones que a diario ofrece dicha casa.

Después de felicitar a los señores dueños nos han hecho visitar la nueva y flamante sección peluquería para la gente menuda, única por su originalidad en nuestra plaza.

LA GUERRA EN LOS LUGARES DE LEYENDA

No hay, entre los caminos del mundo, senda venerable como ésta por la cual van, sobre el polvo de los siglos, las huestes de la paradoja: cipayos de Varanasi, de Palibothra y de Kapurtala, marchando a la sombra de la bandera británica... Hijos y nietos de aquellos irreductibles "xatriyas" que hasta la última gota de su sangre lucharon contra la opresión inglesa, hélos trocados por mengua o por merced del destino — ¡quién lo sabe! — en servidores fieles del Imperio, para el cual, al precio de sus vidas, conquista el Asia Menor.

Palestina... Judea... Mesopotamia...

No hay un palmo de tierra que no guarde, en el surco trazado por la Historia, la fecunda semilla del recuerdo...

No hay un oasis cuya sombra no se pueble con los fantasmas de aquellos inmortales muertos que "nos mandan"...

No hay una piedra que en su relieve no diga, cincelado, el poema de la evocación...

Y entre las ruinas, y en el silencio de los desiertos, y bajo el oro y el azul del cielo, el paisaje es nave augusta de un inmenso templo que induce a piedad, en la enseñanza de cómo pasan las cosas, los hombres y los tiempos...

Es Babilonia, sepulcro de las razas y las civilizaciones...

Es Palmira, "reina de Oriente": la que yergue sobre el osario de sus mármoles una diadema que aun le tejen, orgullosas, las columnas del Templo del Sol...

Es Bagdad, la amada de los Califas: la sultana enjoyada con las gemas de Ctsepihon la venerable y la muerta...

Es Pérgamo, la sabia, que aun muestra los sillares entre los cuales albergó aquella Biblioteca de los docientos mil pergaminos, que un tiempo obscureció el docto resplandor de Alejandría...

Es Mileto, la solitaria, ensoñada en lo remoto de su grandeza...

Es Efeso, la divina: santuario de Diana Artemisa, profanado por la demencia de Eróstrato...

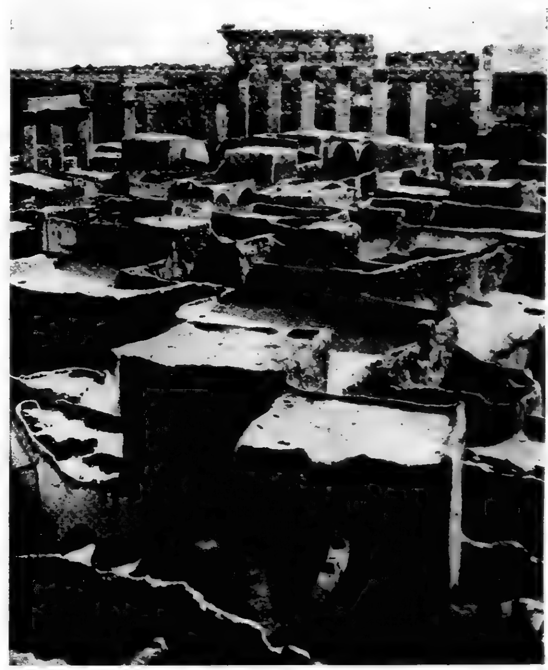
Es, en fin, Jerusalén, la enigmática, la sombría...

. . . .

Y cuando sean pasados los siglos del mañana, cual lo fueron los siglos del ayer:

Cuando el drama que vivimos, y en cuyo fuego ardemos, no sea en los confines de la edad sino estelar y frío reflejo:

Entonces las innúmeras legiones asiáticas, al invadir a Europa, en las jornadas de la enésima guerra de los hombres, meditarán sobre las ruinas de París, de Berlín y de Londres, como ahora, en los altos de sus marchas victoriosas han de meditar, junto a las ruinas de Babilonia, de Nínive, de Pérgamo y de Palmira, esas huestes de la paradoja: cipayos de Varanasi, de Palibothra y de Kapurtala, marchando a la sombra de la bandera británica sobre los legendarios campos de Asia Menor, bajo la nave augusta de un inmenso templo que induce a la piedad, en la enseñanza de cómo pasan las cosas, los hombres y los tiempos...



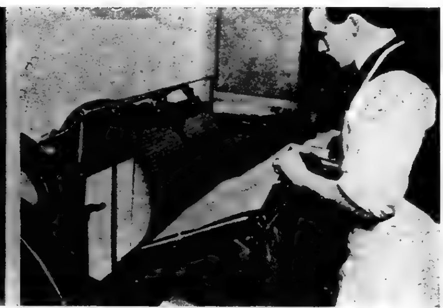
Palmira: Ruinas del Templo del Sol

Imprenta para los ciegos

El gran número de soldados que han quedado ciegos en la guerra ha dado gran actualidad, en Europa, a todo lo relacionado con la ilustración y el trabajo de los que tienen la desgracia de no ver.

Como se sabe, Braille inventó para los ciegos el alfabeto que lleva su nombre; pero los libros así impresos son caros, de modo que no están al alcance de todos los que los necesitan. Pero últimamente se han hecho en Inglaterra grandes esfuerzos para abaratar los libros para ciegos, mediante nuevos procedimientos de impresión, de que dan idea estos grabados.


Composición de la escritura Braille


Impresión de escritura Braille, con planchas de cinc

El primero es el de la máquina de componer páginas en escritura Braille. El tipógrafo hace jugar seis teclas que dan todas las letras de dicho alfabeto, las cuales se fijan en relieve sobre una plancha de cinc.

Luego mediante una máquina especial se imprimen en el papel los caracteres en relieve, como indica el segundo grabado.

Estas operaciones son ejecutadas por tipógrafos ciegos, que dan prueba de gran habilidad en el oficio.



Faltan hombres!... Y las mujeres ya se dedican en los Estados Unidos a las pesadas tareas agrícolas. Veáse un ejemplo en el grabado

"SELECTA"

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

Mensual	$	1.00
Semestral	„	6.00
Anual	„	11.00

En el Interior y Exterior:

Semestral	$	6.00
Anual	„	11.50

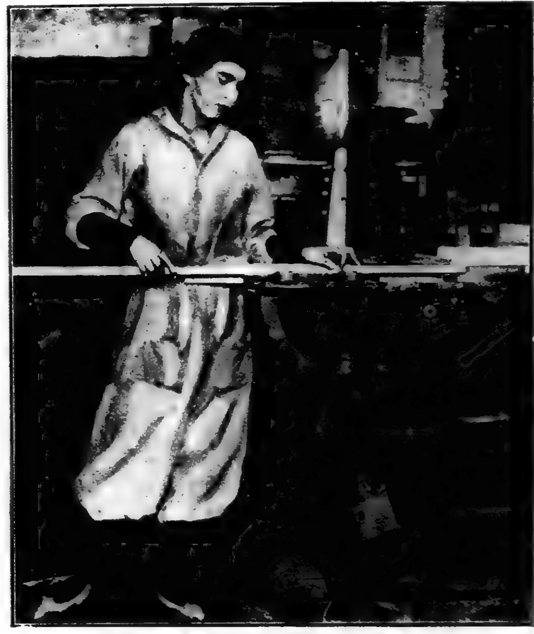
Por suscripciones, avisos, y venta de ejemplares: en sus oficinas Calle Ciudadela 1387.
La correspondencia a nombre del Director.

Las que solo tocaban ahora lo fabrican

Hablamos del piano, delicia de un hogar, adorno femenino, encanto de los amateurs. Antes la mujer no hacía más que pasar sus delicadísimos dedos en las marfilinas teclas. Y... más o menos artística e inteligentemente, le arrancaba al cordaje dulces melodías. La que era artista de verdad, como la niña cursi que aprendía de oído algún vals lánguido para asombrar al novio hortera, todas cifraban una de sus aspiraciones en la posesión de un piano, adorno de la sala y objeto de envidia para la vecina de enfrente.

Hoy, en plena era de renovaciones más o menos revolucionarias, la mujer no es tan sólo la llamada a tocar el piano, arrancándole las divinas melodías de Beethoven o las tontas frases lánguidas de un tango de moda. En las grandes fábricas norteamericanas el hombre ha desaparecido de los talleres y es la mujer la que realiza la tarea de fabricar las cajas armónicas, armar los cordajes, esculpir en la madera las esculturas que dan carácter lujoso al piano, etc. En nuestro grabado se ve a una obrera trabajando en la fabricación de una de las piezas de hierro que dan resistencia a la máquina de un piano. ¡Pobres manos femeninas entregadas a las duras tareas del yunque y de la lima; ennegrecidas, destrozadas, heridas por el fuego y el acero!... ¡Pobres manos que fueron blancas y suaves; manos que acariciaban el teclado y arrancaban a las cuerdas dulces sones!...

Hoy esas manos están dedicadas a menesteres bien distintos, extraños a su delicadeza, a su tersura, a la suavidad creada para las más intensas caricias. ¿Será esto el principio de un cambio tan radical en el estado de las sociedades humanas? No podemos creerlo. La mujer debe continuar siendo para el hombre la compañera amante, que embellece todos los instantes más amables en la vida del hogar; la razón de existir de nosotros, los que tenemos en la brega diaria que recoger muchos desengaños.



Una obrera norteamericana fabricando una pieza de hierro destinada a un piano

London & Brazilian Bank, Limited

1477 - CALLE ZABALA - 1477

Capital autorizado (125.000 acciones de £ 20 c/u.)	£ 2.500 000
Capital integrado	„ 1.250 000
Fondo de reserva	„ 1.400 000

Casa Matriz:
7, TOKENHOUSE YARD, Londres

REPUBLICA ARGENTINA: Buenos Aires, Rosario Santa Fe.

BRASIL: Rio de Janeiro, Pará, Manaos, Ceará, Pernambuco, Báhía, Santos, Sao Paulo, Curityba, Rio Grande do Sul, Porto Alegre, Pelotas.

FRANCIA: París, (5 Rue Scribe).

ESTADOS UNIDOS: Nueva York (agencia), 56, Wall Street.

PORTUGAL: Lisboa, Oporto.

El Banco tiene corresponsales en Portugal, Francia, Italia, España, Sud Africa, Australia, Nueva Zelandia.

El Banco emite giros sobre las ciudades y pueblos principales de los países que preceden.

Tasa de intereses

EL BANCO ABONA:

En cuenta. Depósito a retirar con 30 días de aviso	3	o|o anual
" " " " " " 60 " " "	4	" "
" " " " 3 meses fijos	4	" "
" " " " 6 " "	4 1|2	" "
En Caja de Ahorros hasta $ 10.000	4	" "
Por depósitos a mayor plazo	Convencional	

Se encarga de toda clase de negocios bancarios.

F. B. HILL, Gerente.

Banco de Londres y Río de la Plata

418 - CALLE CERRITO - 418

Agencia: Calle RIO NEGRO, esq. MIGUELETE
Frente a la Estación del Ferrocarril

CASA MATRIZ: EN LONDRES

SUCURSALES:

FRANCIA: París.

REPUBLICA O. DEL URUGUAY: Paysandú, Salto.

REPUBLICA ARGENTINA: Buenos Aires, Barracas al Norte, Once de Setiembre, Boca, Calle Santa Fe 2122, B. Irigoyen 1138, Rosario Santa Fe, Mendoza, Bahía Blanca, Concordia, Córdoba, Tucumán, Paraná.

BRASIL: Rio Janeiro, Santos, San Paulo, Pernambuco, Bahía, Pará Curityba, Victoria, Manaos, (Agencia).

CHILE: Valparaíso, Santiago.

NUEVA YORK Agencia.

CAPITAL AUTORIZADO	£	1.000.000	o sean	$ 18.800.000
" SUSCRIPTO	"	3.000.000	o sean	" 11.160.000
" INTEGRADO	"	1.800.000	o sean	" 8.400.000
FONDO DE RESERVA	"	2.000.000	o sean	" 9.400.000

El Banco da y toma giros y emite cartas de crédito sobre las principales ciudades del mundo. También expide Giros Postales sobre todos los pueblos de Italia que tengan Oficina Postal y en general se ocupa de todas clases de operaciones bancarias.

Tasa de intereses

SE ABONA: Por depósitos a 30 días de aviso	1	o|o anual
" " " 3 meses fijos	3	" "
" " " 6 "	4	" "
" " " 12 "	4	" "
En caja de ahorros con libreta de $ 10 para arriba a vencer cada 3 meses	3	" "
Id. " " " 6 "	4	" "
Id. " " " 12 "	4	" "
SE COBRA: Por adelantado en cuenta corriente	Convencional	
" descuentos de vales o conformes		

Montevideo, Marzo 30 de 1912.

EDUARDO RICHARDS, Gerente.

BANCO FRANCÉS

SUPERVIELLE & Cía.

ESTABLECIDO EN EL AÑO 1887

423 - 25 de MAYO - 427 — Montevideo

En comunicación directa con su casa de Buenos Aires

SUPERVIELLE & Cía -- San Martín 156

OPERACIONES

Sección Banco: Descuentos, cobros, compra y venta de títulos y monedas extranjeras, cartas de crédito, órdenes de Bolsa, cauciones de títulos cotizables en la Bolsa, giros sobre el Interior y Exterior, cobro de cupones, custodia de títulos de renta. Recibe dinero en cuenta corriente y a plazo fijo y efectúa toda clase de operaciones bancarias.

Sección Propiedades: Se ocupa de todo lo que se relaciona con las propiedades, tanto urbanas como rurales.

Sección Remates: Se encarga de vender (por cuenta de terceros) fincas, campos y terrenos, en subasta pública y particularmente.

Sección Coffres-Forts. Posee una completa instalación de "Cajas de Seguridad", que alquila a precios reducidos.

Sección Alcancías: Ofrece al público pequeñas cajas de níquel, destinadas a acumular fondos en "Cajas de ahorros", disponibles para el depositante en cualquier momento.

Sección Representaciones: En esta Sección, cuyas oficinas se hallan en la misma calle 25 de Mayo 415, están instaladas las Agencias de Navegación "Sud Atlantique", "Transports Maritimes" y "France Amerique".

Se encarga de la representación de casas extranjeras que deseen tramitar negocios de importancia en el Uruguay y Argentina.

Atiende por teléfono, órdenes relacionadas con las diversas Secciones del Banco y facilita detalles sobre cualquier asunto referente a las mismas.

JUAN M. GORLERO.
Gerente.

La

Caja Nacional

de

Ahorros y Descuentos

completando el programa de acción que informa sus fines, pone **gratis** a disposición de su numerosa clientela **las ALCANCIAS populares.**

EXPLICACIONES — Deposita usted DOS PESOS en la Caja y en el acto se le entregará GRATUITAMENTE una ALCANCIA cerrada con llave. Guardad la Caja.

Esos DOS PESOS, SON SUYOS. Ganan interés, y puede usted retirarlos en cualquier momento, devolviendo la alcancía.

Cuando lo crea oportuno, trae usted la Alcancía a la Caja donde se abre a su vista y se le devuelve cerrada después de retirar el dinero que contenga y de acreditárselo en su cuenta.

Los saldos de dinero así depositado, ganan intereses de acuerdo con la siguientes escala:

Desde $ 1 a $ 300	**6 por ciento anual**
" " 301 " " 1.000	**5 " " "**
Por mayor suma	**Convencional.**

Su dinero lo tiene usted siempre disponible, pudiendo retirarlo en cualquier momento.

Colonia esquina Ciudadela

Montevideo



Imprenta Latina, Florida 1532. — Montevideo.

Doña Carolina Lasala de Soria

Selecta

DE abolengo ilustre, con virtudes ejemplares, impuso su cultura y su distinción en el ambiente social más caracterizado de la época en que actuó. Fué toda una gran dama, cuyo recuerdo aleccionador perdura a traves del tiempo. Sus descendientes mantienen incólume el blasón respetable que dejara aquella matrona y por ello ocupan en nuestra sociedad puesto de honor.



Las damas chic

se vis-

ten en

Elegancias

Debeis

visitar

esta casa

Palma, Bozzo y Cía.

Calle 25 y Juan C. Gómez - Montevideo

Los descendientes de Nicolás Romanoff

Antes de dar a luz al heredero de un trono que no le sería dado escalar, la emperatriz tuvo sucesivamente cuatro hijas: Olga, que por derecho de nacimiento, era coronel del 3.er regimiento de húsares; Titiana, que cuenta 23 años, y que vestía gallardamente el uniforme del 3.º regimiento de lanceros reales y María y Anastasia, de 19 y 17 años, respectivamente, también coroneles de otros regimientos.

La educación de las grandes duquesas fué dirigida por su augusta madre, quien siguió paso a paso los progresos de los estudios. Poseen a la perfección los idiomas francés, alemán e inglés, lenguas que les son familiares y que, a menudo, hablan entre ellas.

Estas cuatro encantadoras niñas unen a su inteligencia una gracia delicada que se revela en la fotografía que publicamos.

El tzarevitch fué durante su infancia cuidado por un simple marinero, su guardián fiel, a quien profesó inmenso cariño, fué jefe de numerosos regimientos de todas las armas y vistió a los siete años por primera vez el uniforme de *ataman*, que lució bizarramente. El pasado mes de Julio cumplió catorce años.

Su preciosa existencia transcurrió rodeada de los mayores cuidados hasta que el movimiento revolucionario dió por tierra con el zarismo de Rusia, poniendo la angustia en la familia de Romanoff y malogrando todas las ambiciones de mando del joven y desgraciado heredero.

Decididamente, como ya lo dijo alguien, "los reyes se van"...





La familia imperial rusa.—El tsarevitch A. Nicolaievitch rodeado de sus cuatro hermanas vistiendo el traje nacional. De izquierda a derecha, las grandes duquesas María, Tatiana, Anastasia (la menor) y Olga (la mayor). Fotografía tomada en 1911.

Un día en la cama



Tengo a la disposición de ustedes, un gran catarro.

Un catarro sin trampa ni cartón.

Yo no soy político "amenazado de crisis". Yo no tengo necesidad de fingir golpes de tos. Los míos, ¡ay!, son auténticos.

¡Valiente catarrito!

Pero no es esto lo peor. Lo más desagradable de un catarro no es la pesadez de cabeza, ni la tos frecuente, ni el recargo febril. Lo más terrible de un catarro es el empeño con que quieren "meterle a usted en la cama", cuantos le rodean.

Un amigo me oyó, hace días, toser en la calle, y tiempo le faltó para decirme entre amable y severo: Por qué no te vas a casa y te acuestas?

"Eso" se te quita quedándote un día en cama...

Me fuí a casa, efectivamente. La maldita escalera me hizo de nuevo toser.

Mi doncella, abriendo la puerta, exclamó asombrada: ¡Qué tos tiene el señorito! Debía guardar cama aunque sólo fuese un día...

Mi cariñosa esposa, ante aquella persistente fatiga que no me abandonó en algunos minutos, me reconvino en estos términos: Tú andas jugando con la salud y ya verás. Lo que es mañana no te levantas de la cama...

Y no me levanté.

He pasado un día en la cama "para dar gusto a los señores", pues para el catarro ya sé yo que es inútil este sacrificio.

¿No han pasado ustedes, alguna vez, un día en la cama?... Supongo que sí.

Y supongo que se habrán aburrido soberanamente.

Las primeras horas menos mal. Como nos levantamos tarde, tenemos matinal apego a los colchones, y en nada se diferencia, el sano del enfermo, en esto de quedarse en el lecho toda la mañana. Yo, hasta la una de la tarde no conocí que me había "quedado en cama".

A esta hora me entraron una taza de caldo. La primera aún se soporta. Aquel gustillo salado es agradable. Pero no hay derecho a darle al enfermo catorce tazas en un sólo día, siempre acompañadas de estas palabras: "Esto te sentará bien. No hay que dejarse dominar por la debilidad..."

Eso debía yo haber hecho, "no dejarme dominar por la debilidad... de carácter, y haberme levantado.

Pero es preciso soportar veinticuatro horas metido en un hoyo que cada vez se hace más profundo, amenazando con sepultarle a uno vivo. Es necesario aguantar la visita del "amigo tranquilizador" que entra en la alcoba diciendo: Hola, "maula". ¿Crees que nos tragamos el paquete?... Anda, anda, levántate y vámonos a ver a "esa"... (Todo esto guiñando el ojo a mi mujer, y con

Un día en la cama

cierto aire pillín y desenfadado, ¡Qué gracioso!)

Pues ¿y las largas horas de soledad? El dibujo de los muros es veinte veces recorrido por nuestros cansados ojos. Los más extraños pensamientos cruzan el cerebro. Se pergeñan versos y artículos. La cabeza duele cada vez más. El timbre de la puerta de entrada no suena... Y esto es horrible.

Porque la alegría única del enfermo es que alguien llegue y distraiga su aburrimiento.

Yo recibí la visita de mi madre, que me dijo: Has hecho bien en quedarte acostado y "sudando..." (la manía de todas las madres es que sus hijos suden).

Después volví a quedarme solo. Era la hora crepuscular. El sol mandaba un rayo oblicuo a las ropas de mi cama; a lo lejos sonaba, en la calle, un organillo, y los vendedores ambulantes voceaban sus pregones.

Este es el momento de mayor melancolía para los enfermos...

Mandé encender la luz y mullir mis almohadas. El instante siguiente a éste de rehacer la cama y golpear los almohadones, es el



único dichoso del condenado a hoyo perpetuo. Pero, ¡cuán poco dura! Pronto volvemos a caer revueltos en las húmedas y calientes sábanas.

¡Qué horrible día! La sola esperanza de distracción está en el médico ¿Cuándo llegará?...

El mío no se hizo esperar. Entró alegre y quitándose los guantes. Me dijo que llevaba hechas veintidós visitas. Me habló de política, de música y hasta de los "molinetes" de Belmonte. De mi enfermedad nada dijo... ¡Ah, sí! "Que no tenía importancia". "Que era un estado gripal..."

Ahora todo es "gripal..." ¿Qué será eso?

El médico partió. Volví a quedarme solo, y a la una de la madrugada, mi mujer, mullendo por centésima vez las almohadas, me decía con cariño: Ahora a ver si puedes conciliar el sueño.

¡Qué había de conciliar!...

. . . .

Todo esto sucedió ayer. Hoy, a las siete de la mañana, me he levantado de la cama y no me vuelvo a meter en ella "ni para dormir".

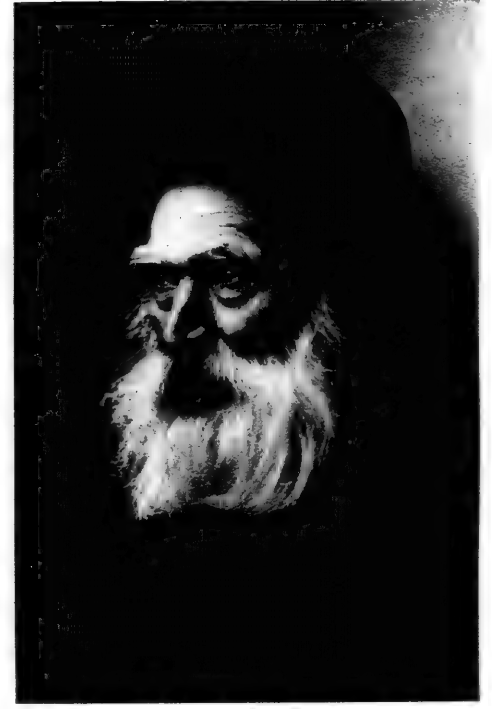
Del catarro estoy igual. ¡Naturalmente!

Como de los catarros, según dice el doctor Simarro, con mucha gracia, "cuidándolos bien, duran treinta días y abandonándolos, treinta y uno".

En vista de lo cual, en seguidita me cogen otra vez para que sude.

Luis de Tapia.

Dibujos de Santana.



CABEZA DE ESTUDIO o o o Fot. artística del Dr. Páez Formoso.



COSTUMBRES INDIAS

Cada pueblo tiene sus caracteristicas. Y estas caracteristicas se manifiestan en una infinidad de detalles. He aqui por ejemplo a un barquero indú navegando por las tranquilas aguas de un lago. El sistema de navegación no puede ser mas primitivo. Contemplándolo se piensa en los rudimentarios medios de surcar las aguas, empleados por los más remotos navegantes, por los primeros argonáutas que se lanzaron audazmente a la conquista del liquido elemento desafiando el misterio de lo desconocido.

AÑO II — NÚMERO 14

MONTEVIDEO, 1918

Selecta

Director: JUAN CARLOS GARZON



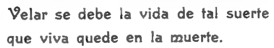
EN EL DIA DE LA PATRIA — Gonache de SANTANA — LA GRAN FUNCION DE GALA



DON JUAN MANUEL ZORRILLA DE SAN MARTIN

- - - - - - - - - - Español - - - - - - - - - -

El abolengo de Zorrilla de San Martín



Velar se debe la vida de tal suerte
que viva quede en la muerte.

(Del escudo de la Casa)



ALEJANDRINA DEL POZO DE ZORRILLA DE SAN MARTIN, uruguaya, hija de don Francisco María del Pozo hermano del Brigadier General don José María del Pozo, autor de los planos de la Ciudadela.

He tenido en mis manos un rimero de venerables documentos apergaminados que parecen contener como un temblor de cariño... Es acaso el temblor de las hojas y las ramas empolvadas de un árbol genealógico, estremecidas por el aliento de cosas viejas, de cosas que ya solo habitan entre recuerdos. Importa poco en nuestro moderno mundo democrático el contenido substancial de un ilustre abolengo. Tiene el fenómeno varias interpretaciones. Pensemos, por ejemplo, que quizás no sea oro todo lo que en nuestra igualdad reluce, y que, probablemente, si hemos resuelto no medirnos con la vara magnífica de lo heráldico, es en parte porque tampoco hemos sabido ponernos a nivel de la medida.

Pero he aquí una página donde el talento reclama su escudo, desde que es una página de sinceridad, de gratitud, de afecto, de homenaje. Y aquí está el escudo. Lo tenemos bien cerca, a la vista, con sus colores y atributos peculiares — auténticos, castizos, de real orden — encabezando el texto de estas apergaminadas hojas polvorientas que tiemblan como de amor en nuestras manos. Hállase partido de arriba a abajo el escudo, ostentando, una mitad, sobre dorado fondo opaco, dos zorras de gules empinadas en una encina, y la otra mitad, sobre azul, un castillo feudal con minarete. La orla, de plata vieja, nos ofrece grabada en negro esta inscripción:

"Velar se debe la vida de tal suerte que viva quede en la muerte".

Y en lo alto, yérguese gallarda y definitiva una celada de encaje, con su yelmo, con su gorguera, con su alto blandiente penacho de plumas blancas y azules.

* * *

Aun se conserva este escudo tallado en piedra en el frontis principal de la torre de un castillo casi en ruinas llamado de Gándara, y situado en San Martín del Valle de Soba, hacia el norte de España, cerca de Santander; mansión que tiene su leyenda épica, solar que fué de ilustres caballeros blasonados, con su enorme portada de claveteadas pruertas, su oratorio a una parte, sus estancias a la otra, su ancha escalera de piedra sillería en el centro, su granero, su huerta, su palomar, su solana al fondo, su pavimento de grandes losas irregulares... Y hoy todavía, tal vez, en medio del abandono, alguna antigua armadura española, como un símbolo, colgada en la pared, en la penumbra húmeda y angustiosa de una de esas habitaciones solitarias, a donde sólo desciende, de cuando en cuando, un tibio rayo de sol, recto y dorado rayo de sol clemente.

¿Quién habitó aquel castillo? Estos papeles dicen que en el siglo XVIII lo habitó don Diego Zorrilla de San Martín, mariscal de campo de los reales ejércitos, caballero de la Orden de Santiago, gentilhombre de cámara del rey Carlos III, gobernador y capitán general de Santo Domingo, y a quien el propio rey, siéndolo de España y Nápoles, concedió por gracia merecida el título de marqués de Gándara, nombre tomado de uno de los dos ríos que circundan el valle de Soba. Y pasemos por alto una leyenda. Sobre las hazañas que dieron mérito a la concesión del marquesado, nada nos dicen en detalle estas páginas sobrias y amarillentas, todas llenas de verdad. Pero sabemos por ellas que dos siglos antes, don García Alfonso de Torres, Rey de Armas de Isabel la Católica, firmó un certificado por el que se hacía justicia a la Casa de los Zorrilla, diciendo que "ha producido eminentes varones en las armas y las letras", y reconociéndosele feudos y solares en San Martín de Soba, en Espinosa de los Montero y también en Santa Ana de Lorea.

No se perdió el patrimonio en lo que pudo haber de verdaderamente notable y representativo. De la propia descendencia y apellido, hubo un obispo de Salamanca, otro de Pamplona, un canónigo en la colegiata de Bribiesca, un general de brigada en los reales ejércitos de 1807, y otro con el mismo grado, de Guardias Reales, a mediados del siglo XIX.

Y agrega un manuscrito de data más reciente: "De don Pedro, hermano de don Diego, Marqués de Gándara, desciende en línea recta de varones el eminente poeta y orador don Juan Zorrilla de San Martín, nacido en Montevideo". Por su cuenta el autor de esta semblanza se permite acentuar el prestigio de la casa con el interesante dato de que, originario del valle de Soba y emparentados en cierto grado con los Zorrillas, están los Peredas, los Menéndez y Pelayo, los Rozas, los Gutiérrez, los Terreros, los Saravias, los Regules y los Sáenz Peña, muchos de los cuales han aportado a la América del Sud una etapa de hombres eminentes, siendo de notar que tres hijos de cántabros sobanos han alcanzado en la Argentina la presidencia de la república.

* * *

Pero han pasado en este punto a la posteridad cinco generaciones de Zorrillas, desde la de aquel don Pedro, hermano de don Diego, morador del castillo que hemos visto a la orilla del río Gándara, y en cuyo escudo de piedra sillería se cristaliza el tributo de una noble ejecutoria.

Don Juan, como su hijo, se ha llamado el padre de nuestro gran poeta. No nació en San Martín, sino en San Pedro, otro de los veintiún grupitos de edificios que componen la entidad civil del valle de Soba, en una casona grande de paterna heredad, con su pajar y su granero abajo, su palomar y su solana arriba y más alto el saetero con la cruz. Pronto habríamos de ver, a lo largo de esta historia, cómo suenan las campanas, entre riscos y robledales, de la ermita de este pueblo. Apuntemos por ahora que en él nació don Juan, hacia 1811; que era menudo de cuerpo, grande de corazón, claro de inteligencia, industrioso de natural y que, *segundón de casa grande*, dejó el hato al mayorazgo y se embarcó en Santander en 1830 con rumbo al Río de la Plata.

Así llegó don Juan a Montevideo, a los 19 años de edad, con un documento en el bolsillo que decía lo siguiente:

"Don Antonio Zorrilla de San Martín, vecino del lugar de San Pedro, en este Valle de Soba, ante V., como mejor en derecho proceda, digo: que para ciertos y honestos fines conviene al mío, que por el secretario del Ayuntamiento General de este insinuado Valle, se me provea del correspondiente testimonio relativo a hacer constar que, tanto yo, como mis padres, abuelos y demás causantes somos y fueron nobles hijos dalgos, notorios de sangre, pues como tales nos hallamos empadronados en los libros pertenecientes a este distinguido estado; y así mismo, como es cierto, que mi hijo Juan Zorrilla de San Martín es mozo libre, soltero, sin sugesión a esponsales ni otro servicio personal de quintas, por no haber sido comprendido hasta ahora en ningún sorteo, respecto no tener la talla, como se comprobó en el último celebrado en esta jurisdicción; y para conseguirlo, suplico a V. se sirva mandar por concitación del Caballero Pro-Sídico de este prenotado Valle, se me provea el testimonio indicado."

Firmaba este petitorio el interesado y al pié seguía la certificación con las firmas de las autoridades civiles y eclesiásticas, llenando ampliamente los deseos del interesado.

* * *

No era, sin embargo, este documentado joven de diecinueve años el primer descendiente de los Zorrillas que llegaba al Río de la Plata. Desde principios de siglo se hallaba ya en Montevideo un tío suyo don Pablo, a cuyo amparo venía precisamente el nuevo vástago del solar norteño, y el cual tenía un hijo llamado Daniel que andando el tiempo había de ser ministro del general Flores. Tampoco puede decirse que con el nuevo nómade adquiriese la república una potencia cultural de primer orden, pues aunque persona, como se ha dicho, de claro entendimiento y ricas prendas morales, su ilustración lugareña no había puesto en su memoria algo más que el romancero del Cid y la poética de Martínez de la Rosa, producciones de un recóndito sentido popular, a las que nuestro don Juan había consagrado un culto caluroso y decidido. Puede darse también por averiguado que en sus horas de nostalgia solariega recordase alguna vez aquellas coplas que, entre gallos y medias noches, los mozos del lugar canturreaban en rondalla a la vera de las rejas, cuando ya iba despuntando la primavera...

Marzo florido,
seas bien venido;
florecido Marzo
seas bien llegado.
. . . .
En aquel castillo
hay doce doncellas;
las seis fueron monjas
prioras y abadesas,
y las otras seis,
que fueron muy bellas,
seis duques y condes
casaron con ellas.
Veinticinco infantes
dieron a la tierra,
hombres valerosos
dados a la guerra.
De turcos y moros
limpiaron la sierra
y la casa santa
volverá a ser nuestra...

O bien, aquellas tributarias redondillas en que Rodrigo Yañez nos legó la crónica de las cacerías de Alfonso XI a través del valle santanderino...

El noble rey don Alfonso,
muy acabado sennor,
para ir mataro el oso
siempre ovo gran valor.
. . . .
Quebrantando las montañas
fasiendo gran montería,
matando las animálias,
de que gran placer tenía.
. . . .

¿Cómo resonarían aquellos viejos cantares en las oquedades del recuerdo del andariego muchacho? ¿Cómo flotarían en la niebla melancólica de las cosas que se alejan para siempre? Nunca volvió a su tierra este don Juan. Trabajó mucho tiempo en el comercio montevideano, al lado de don Pablo Zorrilla, y, apadrinado por el mismo, contrajo matrimonio en 1853 con Alejandrina del Pozo, quien había nacido en Montevideo el propio año de 1830 en que don Juan llegaba a la capital uruguaya. Era Alejandrina hija de don Francisco María del Pozo, español, de la provincia de Jaen, persona de gran figuración en la sociedad de entonces y estrechamente emparentado con aquel general de ingenieros don José del Pozo, que dirigió la construcción de la fortaleza del Cerro.

No duró mucho tiempo la felicidad del matrimonio. El 28 de Diciembre de 1855, nació de él un niño a quien se bautizó en la Metropolitana con el nombre de Juan Pablo. Era nuestro gran poeta. El 11 de Julio de 1857, nació otro niño a quien se llamó Alejandro. Dieciseis días después, en la noche del 27, moría la madre.

El papel que nos trasmite estos tres apuntes finales, contiene un drama. Los dos primeros están escritos con letra clara y enérgica. El tercero está lleno de tachas, zozobras, incorrecciones.. .Vemos después un borrón; después, un número; debajo, un nombre: Juan Manuel, con rúbrica de rasgos temblorosos, desconcertados, desconcertantes.

Algunos años mas tarde, el alma llena de brumas del indio Tabaré esparcirá entre las selvas algún tributo del alma del poeta huérfano:

Era así, como tu, la madre mía,
Blanca y hermosa; pero no eras tú...

Boy.



Sra. Plácida Cibils de Pérez Butler

DE hermosura deslumbrante, que realza aun más una distinción ejemplar; de cultura exquisita y suprema elegancia, la joven señora Plácida Cibils de Pérez Butler, es una evidencia radiante de todas las altas condiciones que rodean a la mujer uruguaya y le dan puesto de honor en el conjunto social sudamericano.

CAMINOS SOLITARIOS

Por OTTO-MIGUEL-CIONE

Cruza el ferrocarril a toda velocidad los suburbios o los alrededores de la urbe; vá más allá, donde las quintas y las chacras se recuestan en las lomas y la vista distraída del viajero, a cada instante se escurre, se insinua por entre los caminos que salen al encuentro del tren, como pasajeros que esperan seres queridos en las esquinas y que pocas veces llegan.

Y tras la mirada distraída que se desliza por sobre los viejos muros cubiertos de enredaderas que se echan al camino como una angustia, como si al otro lado se sintieran perseguidas, los setos intrincados de malezas, los cercos de cinacinas espinosas, las teorías de los escuálidos álamos que parecen frailes en procesión cuando el viento les azota las copas; los eucaliptus despeinados cual muchachones traviesos puestos en fila por orden terminante que no logra nunca la exactitud de un batallón; las silbadoras casuarinas, hirsutas agresivas al cielo; las sombras y magníficas avenidas de paraísos, que parecen invitar con su sombra a la reflexión de cosas íntimas y melancólicas; tras la mirada quedan vagos pensamientos, como una estela de impresiones fugitivas que casi no alcanzan a definirse, tristezas incomprensibles, anhelos apenas esbozados... Y las asociaciones de ideas hacen su obra. El camino entre árboles varios se encorva a pocas cuadras de su cruce con la vía y desaparece. Una tapia lo corta dulcemente acompañándolo por breve trecho.

¿Que hay más allá y adonde conduce?

¿Quienes son los seres felices o doloridos que pasan por él todos los dias? ¿Acaso un anciano sin familia, como un tronco solitario a quien los embates del vendaval le han tronchado todas las ramas y acoge su soledad en una casucha que se destruye como los nidos antiguos; detrás de la tapia?

¿O dos esposos en plena luna de miel juguetean todas las tardes por el camino y se detienen a recoger florecillas, se aproximan, se huyen, se persiguen hasta juntar los picos como los pájaros rebosantes de la alegría de vivir?

Y tus recuerdos de escenas análogas resurgen vigorosos, para hacerte sufrir el bien perdido, con la amargura de acibar de las cosas irreparables. ¿Quien detiene la obra insconsciente de la fatalidad o de la muerte? ¿Que joven esposa muerta ha vuelto alguna vez al camino solitario donde su luna de miel fué marcada con jalones de besos, que parecían eternos y capaces de florecer durante todas las primaveras que le quedan a la tierra desde ahora hasta su fin?

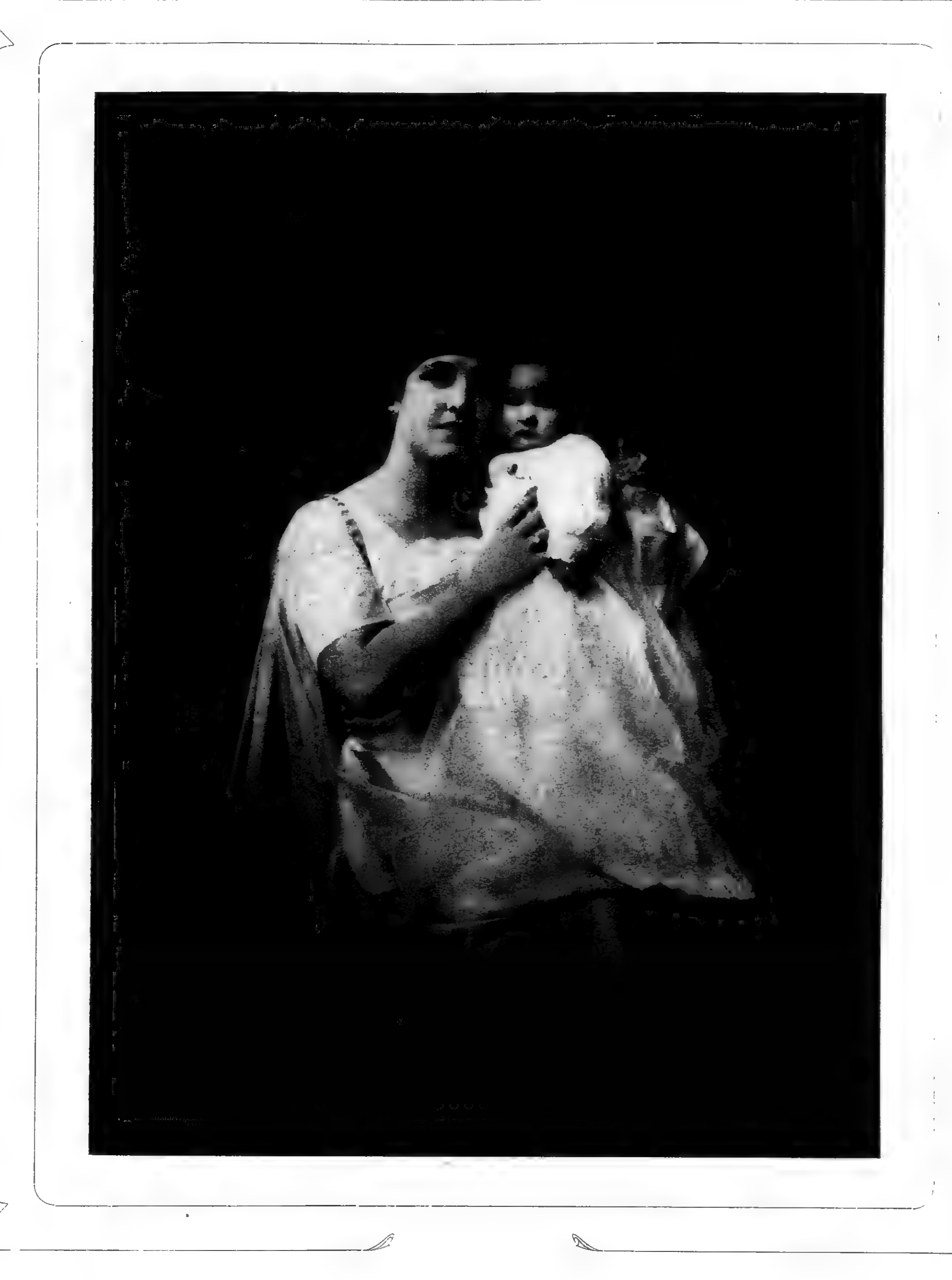


Las hondonadas por donde cruza una débil corriente de agua haragana, sugieren también miles de ideas indefinibles, mezclas de elegias y madrigales de amor. El encanto que rebosa tu alma al sentirse bajo la fronda cadente de su sauce llorón, se amarga con la imagen de lúgubre ciprés que se yergue de pronto, dentro de tu mente, como símbolo de un pesar intenso.

Y pasas el arroyuelo, sigues adelante, quieres borrar el ciprés que es tu dolor y remplazarlo por el sauce, que es tu lenitivo, y la soledad del camino, el silencio que lo cubre, la tarde que cae rendida a dormirse, te insinúa la idea de un sollozo casi sin saber porqué, pero que sería necesario para el desahogo de tu angustia.

No lo haces porque... porque, aunque excesivamente romántico, eres fuerte para las emociones sentimentales; pero al llegar a lo alto de la loma miras hacia la hondonada, y el último reflejo del sol, te hace ver una mancha tranquila de agua, que parece estar formada por las lágrimas del sollozo, que solo has sentido el valor de lanzar a los árboles, matas y yuyales que te rodean, temeroso quizá de despertarlos de su primer sueño y de que te miraran asombrados pensando agresivos: "¿pero hay quien llora todavía entre los que están dormidos e insensibles para siempre?"

¡Oh, lo que dicen los caminos solitarios a las almas que comprenden la melancolía de las cosas!



Sra. Enriqueta Williams de Arteaga

EN esta hermosa fotografía hay todo un cuadro de amor maternal, de belleza femenina, y de efectos hondos.—La distinguida señora Enriqueta Williams de Arteaga y su pequeña hija, ofrecen la más encantadora realidad de un poema de hogar. Y en esa espléndida realidad, hay ejemplo y hay sana emulación. Los triunfos sociales, complementados por los triunfos en la vida del « home », son los que elevan realmente a la mujer.



Grünwaldt Cuestas-Ramasso Marexiano. — En la elegante casa de los esposos Ramasso Marexiano, se realizó la boda del caballero Federico Grünwaldt Cuestas con la bella señorita Helena Ramasso Marexiano. La gentil desposada realzaba su elegante silueta con una irreprochable toilette, cuya nota sobresaliente era el tul que descendía de su cabellera, en ondas de legítimo encaje de Inglaterra. Blanca era su toilette, dando mayor realce a la blancura de su rostro, en armonía con la luminosidad de su espíritu superior.

Los más calurosos, los más sinceros augurios fueron deshojando sus flores más delicadas al paso de los desposados, y en el acto de la ceremonia, oficiada por Monseñor De León, en todos los espíritus surgió la visión radiante de la felicidad que habría de cernirse sobre el hogar que se formaba. Bajo estos auspicios tienen los desposados que llegar sin tropiezos a la realidad de la más completa dicha. Todos estos homenajes fueron agradecidos con la gentileza que caracteriza a los noveles esposos.

El doctor José Ramasso y la señora Angela Cuestas de Grüwaldt apadrinaron la boda que fué presenciada solamente por los parientes más allegados y los amigos más íntimos de las familias de los contrayentes.

Un buffet admirabemente servido por el "Jockey Club", lucía sobre la brillante mesa del elegante comedor, cuyas puertas al abrirse, dieron paso a los novios, a quienes seguía la elegante y selecta concurrencia. Allí se hicieron nuevos votos por la felicidad de los desposados, pasándose unos momentos de animada causserie.

De esta suerte transcurrieron las horas inadvertidamente. Luego se hizo muy buena música y se danzó con entusiasmo.

El doctor don José Ramasso y su distinguida esposa la señora Elena Marexiano, colmaron, con toda clase de delicadezas y atenciones, a los asistentes y al par los señores Ramasso Marexiano tan atentos como esquisitos sellaron su íntima y brillante fiesta con la cortesía que les da un puesto sobresaliente en nuestra sociedad.

ESPOSOS ROOSEN-REGALIA - RODRIGUEZ LARRETA

Roosen Regalía-Rodríguez Larreta. — Uno de los acontecimientos más sonados de este año, fué sin duda alguna la consagración religiosa de la señorita María Sara Rodríguez Larreta con el caballero Germán Roosen Regalía, elementos ambos de alta figuración social, los que por derecho de educación y nacimiento, han llegado a concentrar las más sentidas y hondas simpatías de todos los que se honran con su amistad.

A las cinco y treinta de la tarde se extendió el contrato civil en la residencia del doctor don Aureliano Rodríguez Larreta y a las seis los novios y el cortejo abandonaban la hospitalaria casa, donde con la aristocrática sencillez hidalga habían, el doctor Rodríguez Larreta y su esposa doña Matilde Arocena, dispensado toda clase de singulares atenciones a los invitados, atenciones que fueron debidamente agradecidas.

Llegados luego al templo, cruza la calle central hasta el altar mayor, el doctor Rodríguez Larreta y su hija Sara. Un silencio admirativo se produce a su paso. Viste la aristocrática joven un principesco traje, llevado con magestad evocadora de los clásicos ceremoniales palatinos, donde las desposadas de regia estirpe, al prestigio de su rango, unen el sello personal de su belleza, de su candor, de su gracia y de su distinción. De esta suerte, como una princesa, atravesó el templo María Sara Rodríguez Larreta. En todos los presentes causó verdadera admiración, y en el severo ambiente del viejo templo todo parecía cantar un himno de felicidad a la doncella que avanzaba hacia el altar para recibir del Visitador Apostólico y Jefe interino de la Iglesia uruguaya Monseñor Johanemann la bendición consagratoria de su unión matrimonial con el caballero Germán Roosen Regalía. El señor Roosen Regalía entra al templo dando el brazo a su señora madre, madrina en el enlace.

Luego sigue el cortejo de honor, formado por damas y caballeros pertenecientes a la familia o a la amistad íntima de los contrayentes. Vemos en el cortejo al doctor Germán Roosen y a doña Matilde Arocena, al doctor Leonel Aguirre dando el brazo a doña Nidia Ocampo de Atucha, al doctor Francisco Rodríguez Larreta y doña Raquel Sienra, al señor Cuno Vidal con doña Tuly Roosen, al doctor Alejo Arocena y doña Mercedes Folle, al doctor Francisco Estrázulas Folle con doña Matilde Rodríguez Larreta, al señor Carlos Rodríguez Larreta con doña María Antonieta Piera, al doctor Eduardo Rodríguez Larreta con doña María Elena Requena Lenzi,



ESPOSOS RODRIGUEZ DEMBY - OYENART



SEÑORAS: Rodríguez Larreta de Estrázulas, Piera de Rodríguez Larreta Roosen de Vidal, Requena Lenzi de Rodríguez Larreta, Rodríguez Larreta de Aguirre, Sienra de Rodríguez Larreta.—Señoritas: Mercedes Folle Arocena, María Carmen Pereira Martínez y Magdalena Echevarne.

a don Andrés Folle Illa con doña María Elena Rodríguez Larreta, a César Ferreira con doña Lía Mathurin, a Carlos Roosen Regalía con Luisa Ocampo, a Gualberto Rodríguez Larreta con María Carmen Ferreira Martínez, a Juan Carlos Garzón con Adela Eastman Montero, a Ricardo Arocena con María Mercedes Arocena, a Eduardo Alvarez Aguiar con Magdalena Etchevarne, a Raúl Arocena con Lola Gómez Larravide.

En ese momento el templo pareció conmoverse ante el brillo, la elegancia, la distinción de la concurrencia que invadía la nave central, poniendo en la magestad del ambiente místico, en la solemnidad del local consagrado a la meditación y al rezo, una nota hermosa de fina sociabilidad y de elevado buen tono.

El momento es impresionante. Hay en la austeridad de aquel minuto, una fuente de hondas y suaves emociones.

El templo resplandece con todos los oros de los altares, con todas las brillazones que la fé ha concentrado allí, dando grandeza y aparatosidad a la casa consagrada a la veneración y donde los espíritus, influenciados por las formas exteriores, brillantes y suntuosas, se entregan a todas las nobles exaltaciones de la fé.

Complementaron la intensa solemnidad del momento, los acordes melodiosos de una orquesta, que ejecutaba una página armónica apropiada a los momentos.

El templo recogía las melodías; y se diría que los agrandaba, que los hacía mas magestuosas, impresionantes. Resonaban en las bóvedas y los ecos se mezclaban, formando extrañas sonoridades.

Fué aquel un instante realmente excepcional, que emocionó a todos y que dejará hondas huellas en el espíritu de todos los que tuvieron el honor y la dicha de asistir a esa ceremonia.

Llegado el cortejo a las gradas del altar mayor y así que enmudeció la orquesta dejando el recinto sagrado en un silencio de recogimiento y de emoción, comenzó el Visitador Apostólico el ceremonial consagratorio. Terminado que fué éste, el ilustre prelado pronunció una corta, pero bellísima pieza oratoria que fué escuchada con la atención que se merecía. Terminó aquí el ceremonial y al son de una sinfonía clásica los desposados, el cortejo y los demás asistentes abandonan el sagrado templo llevando todos en la mente las radiaciones de la estrella que el prelado en su discurso hizo descender sobre las las frentes de los desposados, destellos de dicha que simbolizaba la bendición que en el nombre de Dios acababa de impartirles.



ESPOSOS GRÜNWALDT-CUESTAS - RAMASSO-MAREXIANO

Descienden del altar los nuevos esposos radiantes, como en una aureola.

Los contemplamos en ese instante, y tuvimos la visión clara, precisa, bella, de la felicidad que han de gustar en todos los días de su vida, desde que para ello se unen un mutuo caudal de distinción, de delicadeza de espíritu, de preclaras virtudes, heredadas honrosa y ejemplarmente de sus mayores.

Rodríguez Demby-Oyenart. — En la casa quinta que en la Avenida Agraciada posee el doctor Sebastián Rodríguez, fué consagrada la boda de su hija, la gentil señorita Eloisa Rodríguez Demby con el caballero Juan M. Oyenart. Este acontecimiento fué festejado con una elegante recepción, a la cual concurrieron los parientes y relaciones de la familia Rodríguez y Demby.

Los salones y hall de la casa se vieron desde las seis de la tarde plenos de distinguida concurrencia. La novia apareció en el salón de honor junto a su señor padre y padrino doctor Sebastián Rodríguez y el caballero Juan M. Oyenart dando el brazo a su señora madre y madrina en la ceremonia del enlace.

La señorita de Rodríguez Demby lucía con irreprochable distinción una rica toilette, que daba exacto relieve a la linea elegante de su admirada silueta.

Después de la consagración religiosa, otorgada por el reverendo sacerdote Antonio Ardoino, la concurrencia presentó sus felicitaciones a los desposados, a sus respectivos padres, haciendo extensivos estos sinceros plácemes a la anciana y venerable anciana doña Gregoria de las Carreras de Rodríguez, que al llegar casi a los noventa años presenciaba llena de salud física y mental la boda de su nieta.

Los asistentes, así que rindieron sus homenajes de cariño y verdadera simpatía, se entregaron a la danza con grande entusiasmo.

Lapido-Díaz Aznárez. — La redacción de SELECTA deplora no poder presentar la nota gráfica del enlace del doctor Héctor Lapido con la señorita Anunciación Díaz Aznárez a causa de las tiránicas urgencias que tiene la impresión del número. Este acontecimiento fué festejando con una hermosa fiesta para los que tuvieron el placer de asistir a ella.

La señorita de Díaz Aznárez, una de nuestras bellezas más admiradas, estaba deslumbrante en su estupendo traje nupcial. Fué felicitadísima lo mismo que su esposo el doctor Lapido.

Cyrano.



EN LO DE BRAGA SALVAÑACK. — Comida ofrecida por la señorita María Teresa Braga Salvañack, a las señoritas y caballeros siguientes: Margarita Heber Uriarte, Sofía Cardoso Sosa Díaz, Margarita e Isabel Saavedra, Adela y Sara Urioste, Mercedes Nebel Panelo, María Mercedes Muñoz Nin, Margarita y Clotilde Fígari Legrand, Zelmira Requena Cardoso; Antonio Braga Salvañack, Arturo Alvarez Mouliá, Carlos y Conrado Terra Urioste, Rafael Ruano Zubillaga, Gerardo Zorrilla de San Martín, Juan Carlos Fígari Castro, Alberto Castells Carafí, Gonzalo Vazquez Barriere, Franklin de Souza, Esteban Armas, Enrique Fígari Legrand.

Galanteria..

Por Montiel Ballesteros.

En este férreo siglo, portentoso y preclaro
En donde el practicismo glorificado impera,
En el que todo el mundo de su tiempo es avaro
Aun resta un soñador, que en medio a su carrera
Se detiene y os canta!... Es éste un ente raro

***

Mitad Señor Poeta, mitad Señor Bohemio
Que sufre una deslumbración de cosas bellas
Y canta, como un pájaro, dichoso con el premio
Que le ofrecen en lírica suavidad las estrellas!

***

Cuéntase de este hombre, complejo y discordante,
Que es su genealogía de hidalgos señoriales:
Que en el siglo XVIII fué un abate galante
Rival de los marqueses en hacer madrigales.

***

En tiempos del Rey Astro idealizó sus horas,
Oyendo clavicordios en el fino Trianon
O recitando eglógicos versos a las pastoras
De los tirsos floridos y del rojo tacón.

***

Cantó la Carmañola, pero tuvo respeto
Para María Antonieta, la reina infortunada,
Cuando a la guillotina subió don Luis Capeto
En la Plaza del Temple él sintió su mirada.

***

Las joyas con veneno y el labrado puñal
Manejó con los Médici; fué soldado, fué impío,
Intentó biografiarlo el cincel ideal
De Maese Darío.
¿Y por qué no lo hizo? No lo sé, pero abona
Mi afirmación un prólogo compuesto en forma empírica
Para Blanco Fombona
En aquella encantada "Pequeña Opera Lírica".

***

En el Renacimiento, se escapó en Sinigaglia
De la garra del Borgia; y salvó su memoria
Benvenuto Cellini que en una áurea medalla
Con un bajo relieve despertóle a la Gloria.

***

Lo hubiera retratado Ramón del Valle Inclán,
Entre las tres princesas del romano jardín.
Tenía la elegancia, lo audaz y lo galán,
Del católico y feo marqués de Bradomín.
Dicen fué compañero del ínclito Cyrano,
Poeta, matemático y amador infeliz;
Desenvainó su espada para cuando un villano
Sin respeto al Maestro se reía en su nariz.

***

Conoció el nudoso bordón del peregrino.
Comió en mesa de reyes y pasó sin comer.
Su melena y su rembrandt en el Barrio Latino
Le hermanaron Rodolfo y Mimis de Murguer.

***

En épocas que era un soneto una gloria
En batallas de amor y se amaba porque
El alma lo quería!... él revivió la historia
De Jorge Sand, Venecia y Alfredo de Mussett.

***

Propalan más quimeras sobre este personaje
Que saboreó el ajenjo de Verlaine, el astchis
De Baudelaire; el éther azuló su miraje,
Con Wilde, en una anciana bohardilla de París...

***

Esa vida tan múltiple, desordenada, inquieta,
Es como una incongruencia de la imaginación
Vive en todos los tiempos el alma del poeta
Vibra en todos los bellos ritmos su corazón!...

***

Y de todos los tiempos él recoge poesía,
En todos los espíritus él liba su emoción
Y qué hay de extraño, pues, que se haga su armonía,
En homenaje nuestro, madrigal y canción!



Señora Carmen Cuestas de Nery

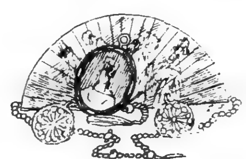
Miniatura por - - - - -
RENÉE DE MIERMONT



Señora Josefina Lerena Acevedo de Blixen

Miniatura por -
AARON BILÍS





Señorita María Carmen

Ferreira Martínez

BLANES VIALE



NGALANAMOS una de nuestras páginas en tricomía con una hermosa reproducción de un cuadro del pintor nacional señor Pedro Blanes Viale.

Ese óleo reproduce cosas de la tierra, algo de los Cerros de Arequita, algo que es nuestro y que el pincel del maestro ha trasladado al lienzo con el vigor que es en él peculiar.

El aguilucho indígena, que podría ser símbolo de la raza, altiva, fiera y fuerte, domina en el cuadro. Las flores propias de aquellas soledades abruptas, blancas, incontaminadas, matizan la tela, dándole delicadas notas de colorido.

Es un hermoso cuadro, que acredita una vez más al pintor de las sublimes cataratas del Iguazú, trabajos estos que han de perdurar en la historia pictórica del Río de la Plata.

Mucho se ha escrito respecto de esas telas de Blanes Viale que han de perpetuar una visión de las imponentes cataratas, contempladas a través de un temperamento artístico originalísimo y vigoroso como es, indiscutiblemente, el de Blanes Viale.

En esos cuadros no hay "verdad fotográfica" quizá, pero en cambio hay un raudal enorme de poesía, de sentimiento, una bella interpretación del paisaje, una concepción artística y personal de la naturaleza, pero sin quitarle, claro es, a la verdad su imperio soberano y sin cuya verdad no hay verdadera obra de arte.

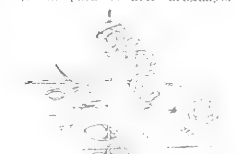
Nótese esto que acabamos de decir en la reproducción que de uno de los cuadros de las Cataratas ofrecemos en esta página. A través de la coloración uniforme que dá la fotografía y de la ausencia de los efectos que se obtienen con los colores, la magestad del inmenso salto de agua aparece en todo su vigor, en toda su verdad.

El objetivo de la máquina fotográfica tamiza la visión y le quita todo efecto de paleta. Y después de esta prueba, que podríamos llamar de "simplificación", queda la verdad de la maravillosa catarata con toda la fuerza de una concepción robusta y toda la valentía de una ejecución que no sabe de obstáculos. Es indiscutible que en ese cuadro está reproducida la catarata con toda su grandiosa amplitud. No es toda ella, pero en esos saltos enormes de agua está la parte más admirable de la rival del Niágara.

Pedro Blanes Viale ha expuesto telas en Madrid, en París, en Barcelona, en Buenos Aires y en Bruselas. Prepara actualmente unos trabajos destinados a la Exposición Internacional Americana que se realizará en Río Janeiro.

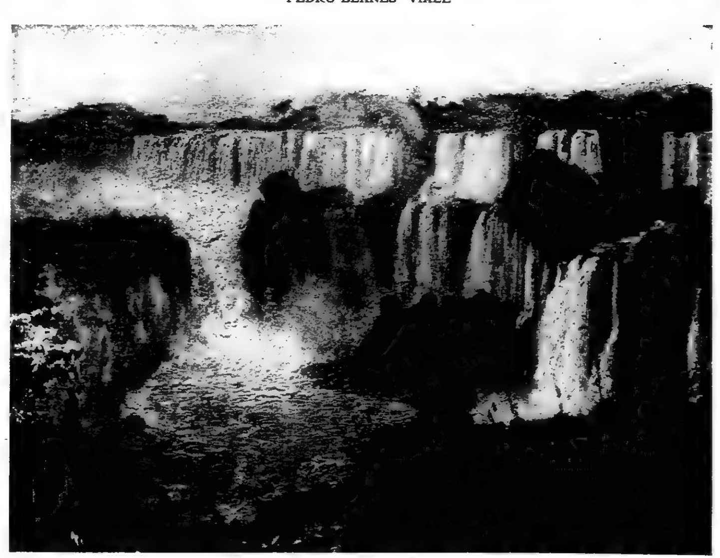
Nuestro celebrado artista inició sus estudios en el arte que tanto lo glorificara, a los 16 años y en la Academia San Fernando de Madrid. (Blanes Viale, es uruguayo; nació en Mercedes). Más adelante pasó a París y continuó sus estudios con el gran Benjamín Constant. También estuvo en Italia donde sus conocimientos pictóricos se enriquecieron notablemente. De nuevo en París trabajó brillantemente junto al maestro De la Gándara.

Hoy Blanes Viale es uno de los más celebrados pintores sudamericanos, y una gloria para el arte uruguayo.





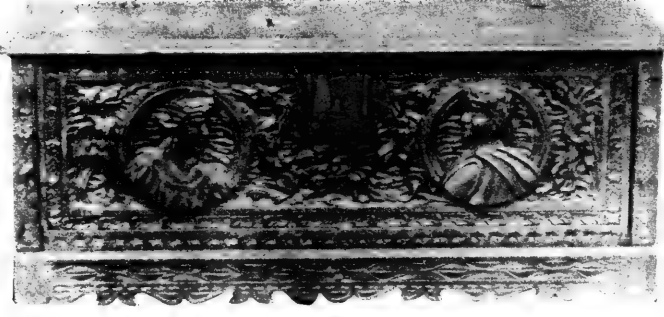
PEDRO BLANES VIALE



LAS CATARATAS DEL IGUAZU, óleo de Blanes Viale



ARCAS



Una magnífica arca española del siglo XVI

EN la magnífica colección de antigüedades perteneciente al caballero don Alejo Rosell Rius, figuran esas soberbias arcas españolas; cuya reproducción fotográfica ofrecemos en esta página. Se trata de tres hermosos ejemplares de una valiosísima autenticidad.

No hay que confundir el arca o hucha con el baúl empleado desde los primeros tiempos de la Edad Media para transportar en los viajes las ropas y objetos de uso personal y necesario, por más que algún autor, como Viollet-le-Duc, suponga que del baúl de viaje nació el arca, destinada a contener ropas, plata, ropa blanca, objetos preciosos, y que servía de mesa o de banco, formando con el armario y el lecho las piezas más principales del mobiliario privado, tanto en las casas de los ricos como en las de los humildes particulares. Venga o nó el arca del baúl, es lo cierto que en la Edad Media, encontramos un mueble de la misma forma y sirviendo para el mismo uso que el ya indicado de la antigüedad. Y de igual modo que en el opistodomo de los templos paganos se conservaba en un arca el tesoro del pueblo, en las sacristías, salas particulares y guardarropas de las iglesias, se conservaban en arcas las tapicerías, las velas destinadas a adornar los coros en los días solemnes, los pergaminos, las actas, etc. Lo que sí es cierto es que a estos muebles, como a los cofres de viaje, se les dió hasta fines del siglo XV el nombre de baúl.



Otro ejemplar muy hermoso

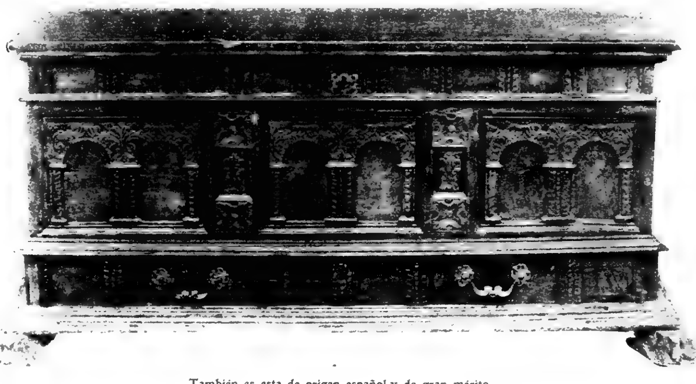
Las arcas de la Edad Media son de madera cubierta de piel o de tela pintada al temple y sólidamente cerradas con bandas de hierro forjado; a veces los cueros están gafreados y dorados y los herrajes, suelen ser de bastante lujo. Más tarde empezaron las arcas de madera a cubrirse con bajos relieves decorativos.

Según el citado Viollet-le-Duc, el arca fué el mueble doméstico más usual en la Edad Media, pues era cofre, hucha, banco, lecho, a veces armario y tesoro. Antes del siglo XIII, en los tiempos en que se vivía con menos comodidad, y en que el arte estaba más atrasado, el arca, aunque era mueble tan importante como queda indicado, era un producto de carpintería, tanto que en los tiempos de Etienne Boileau, autor del Livre des Métiers, los hucheros formaban partes de la corporación de carpinteros, estando diferenciados de los ebanistas, quienes se ocupaban en obras más finas, en las cuales empleaban maderas preciosas, marfil, etc., y a pesar de lo comunes que eran los baúles, cofres y huchas, se hizo un reglamento especial para los hucheros franceses que consta en el indicado libro, con el fin de evitar que los obreros hucheros trabajasen para los clientes del maestro, que éste no pudiese procurar herramientas a los obreros que trabajaban a jornal y que no hiciesen cofres o cajas para los muertos.

Cuando el refinamiento del gusto y del progreso artístico procuró mayor lujo y riqueza al interior de las habitaciones, el arca se fabricó esculpida convirtiéndose los hucheros en verdaderos artistas.

Las arcas de los siglos XIV y XV presentan con toda la variedad y fineza de la ornamentación de la época ojival, los escudos de armas, emblemas, divisas e inscripciones. En este tiempo, tampoco están ferradas las arcas tan sólidamente como antes, llevando cerraduras delicadamente trabajadas.

La mayor parte de estas arcas, decoradas tan artísticamente, son las denominadas arcas de novia que el esposo enviaba llena de joyas a su prometida la víspera de las bodas. En España, especialmente en Cataluña, se conservan preciosos ejemplares de arcas de novia esculpida, doradas y pintadas por dentro y por fuera, y otras veces solamente esculpidas. Las arcas correspondientes al gusto ojival florido que predomino en el siglo XV, presentan en sus tres paramentos exteriores que se ofrecían cuando el arca estaba arrimada a la pared para servir de banco, las variadísimas combinaciones de las tracerías ojivales formando arcadas, rosetores y lóbulos.



También es esta de origen español y de gran mérito

DEL NATVRAL
(TRADVCCIÓN)
Victor Hugo.

...Ella tenía un collar de perlas finísimas y un chal de cachemira rojo de una rara belleza, bordado en oro y plata, que le llegaba hasta los talones; de suerte que podría decirse que en su cuello tenía el encanto, y la seducción a sus pies. Símbolo completo de la mujer que voluntariamente introduce un poeta en su alcoba, y deja un príncipe a la puerta de su antecámara.

Al entrar arrojó el chal sobre un sofá, y vino a sentarse junto a la mesa que estaba servida cerca del fuego; un pollo, una ensalada y algunas botellas de vino de Champaña y del Rhin.

Ella hizo sentar su pintor a su izquierda, e indicándome una silla a su derecha, me dijo:

—Siéntese usted aquí, a mi lado, y no me toque con los pies; no hay que traicionar a este imbécil. Si usted supiera, soy yo la imbécil, puesto que le amo. Usted lo ve. El es bien feo.

Al hablar así, miraba a Serio con ojos extasiados.

—Es cierto — prosiguió ella — que él tiene talento, un gran talento si se quiere; pero imagínese usted que me ha enamorado de una manera bien rara. Desde un tiempo a esta parte, yo le veía rondar por los corredores del teatro, y me preguntaba a mí misma: Quién diablo será este señor tan feo? También se lo pregunté al príncipe Caprasti, quien lo trajo una noche a cenar conmigo. Cuando lo vi bien de cerca, no pude menos de exclamar: Es un mono. Mientras tanto, él me miraba de una manera inexplicable. Al finalizar la cena yo le presioné la mano al ofrecerle un cigarro. Cuando llegó el momento de despedirse, me dijo por lo bajo:

—Qué día quiere usted que vuelva?

Yo le respondí:

—Qué día? No, no vuelva usted de día, es usted demasiado feo, vuelva usted de noche.

Yo hice apagar las luces. Y volvió a la noche siguiente y siguió viniendo por tres noches consecutivas. Yo no sabía lo que me pasaba. Al cuarto día le dije a mi maestra de piano: —No sé lo que tengo. Hay un hombre que no conozco, — yo todavía ignoraba su nombre — que viene a verme todas las noches. Me pone la cabeza sobre su pecho, y me habla dulcemente, muy dulcemente. Es muy pobre, a tal punto que no posee un sólo céntimo; tiene dos hermanas tan pobres como él, es enfermo y sufre de palpitaciones. Yo tengo un temor muy grande de haberme enamorado locamente de él. Mi maestra sólo me respondió: Bah!

Al quinto día me pareció que este tipo ya no me interesaba, y le dije a mi maestra de piano: — Me empieza a aburrir este señor! Ya no podía explicarme mi estado de ánimo. Y esto, señor, dura hace treinta y dos días. Y figúrese usted que él no duerme ni un sólo instante. Por la mañana yo lo hecho a puntapiés.

—Es cierto,—interrumpió Serio, melancólicamente.

Ella se inclinó hacia él, y le dijo con idolatría:

—Tú eres demasiado feo, sabes, para tener una mujer bonita como yo.

En verdad, señor, — prosiguió ella, dirigiéndose a mí — usted no puede juzgarme, vestida así como estoy; pero yo tengo cosas muy bellas. Dí tú, Serio, ¿quieres que le muestre mi garganta al señor?

—Si tú quieres,—contestó el pintor.

Yo miré a Serio. Estaba intensamente pálido.

Por su parte, ella se desabrochaba lentamente el vestido, con un movimiento lleno de coquetería y de hesitación al mismo tiempo, en tanto que interrogaba a Serio con unos ojos que parecían adorarlo y una sonrisa que diríase se burlaba de él:

—Pero qué te importa que yo muestre mi garganta a este señor? Es necesario que él la vea. No ves tú que yo puedo pertenecerle algún día. Yo deseo mostrársela. Quieres?

—Sí, respondió Serio.

Su voz se había vuelto gutural. Su color era verde. Sufría horriblemente. Ella lanzó una carcajada.

—Tonto, le dijo, ¿qué tiene que él vea mi garganta, si todo el mundo la ha visto?

Y uniendo la acción a la palabra abrió resueltamente su vestido, y como no llevaba corsé, su camisa abierta por delante dejó ver una de esas gargantas admirables que los poetas cantan. Danae debía tener esa postura y esa camisa abierta el día que Júpiter, para entrar en su casa, se metamorfoseó en Rothschild.

En ese instante yo no miraba a Zubirí, miraba solamente a Serio.

El temblaba de ira y de dolor.

De repente, sonrió irónicamente como un miserable que tiene una pena inmensa en el corazón.

—Pero, mire! me dijo, la garganta de una virgen y la sonrisa de una ramera!

Olvidaba decir que mientras esta escena tenía lugar, no sé cual de nosotros dos había trinchado el pollo, y cenábamos.

Zubirí se abrochó el vestido, y dijo:

—Ah! bien sabes tú que te amo.

No te enojes, pues. Si tú no has tenido hasta ahora más que amigas viejas! Tú no estás acostumbrado a mujeres como yo, por cierto! Esto es muy sencillo. Tus viejas no tenían nada que mostrar. No es verdad, mi pobre amigo, que tú no has tenido más que mujeres viejas? Eres tan feo!



Y bien, qué quieres tú que mostrasen el espectro de tu princesa de Belle-Joyeuse!, la bruja de tu condesa de Agorta!, y tu gran diablo "bas-bleu" de cuarenta y cinco años, con sus cabellos grises!

A propósito, señor, usted no ha visto mi pierna?

Y antes que Serio pudiera hacer un gesto, ella había puesto el taco sobre la mesa, y levantándose la falda mostraba hasta la liga la pierna más perfecta del mundo, cubierta por una media de seda transparente.

Yo me volví hacia Serio. El pintor ya no hablaba ni se movía, su cabeza se había inclinado sobre la silla y se había desvanecido.

Zubirí se puso de pie rápidamente.

Su mirada, que momentos antes expresaba todas las coqueterías, ahora decía de todas las angustias.

—Qué es lo que tienes?—preguntóle casi gritando.—Pero si serás tonto!

Y se le arrojó encima, le golpeó las manos, le echó agua en la cara; y en un santiamén toda clase de recipientes conteniendo elixires, vinagres, cubrieron la mesa, mezclados con los vasos medio vacíos y el pollo comido a medias.

Serio abrió lentamente los ojos.

Zubirí se dejó caer a sus pies al mismo tiempo que tomaba las manos del pintor entre sus manitas blancas què parecían modeladas por Coustou, y mirando a Serio, murmuró:

—Vaya con este diablo! Indisponerse así porque yo muestro la pierna! Si hiciera más tiempo que me conocieras, ya hubieras tenido desvanecimientos! Vamos, Serio, tú no eres una criatura, y bien sabes que Zurbara ha hecho mi retrato completamente desnuda!...

—Sí, respondió lánguidamente el pintor. Y ha pintado una mujer gruesa, pesada, una flamenca, algo bien malo.

—Zurbara es un animal, replicó Zubirí, y como yo no tenía dinero para pagarle el cuadro, ahora lo anda ofreciendo por cualquier cosa.

Por consiguiente, ya ves que tú no debes enojarte. Al fin y al cabo, qué es una pierna? Además es casi seguro que tu amigo sea mi preferido después de tí.

Es cierto, señor, que por el momento no podría ser así. Aunque usted fuera Luis XIV. Si se me ofrecieran cincuenta mil francos para engañar a Serio yo no los aceptaría, y eso que como usted bien sabe siempre hay en nosotras un fondo de comercio. Además hay muchas personas que me desean. Nunca faltan curiosos con dinero que digan: Me gustaría pasar un rato con esta criatura, con esta muchacha; con sus ojos ardientes, con su hermosa nuca, con su cinismo. Debe ser muy entretenido tener junto a sí a esta Zubirí.

Pues bien, yo no aceptaría a ninguno, a ninguno, lo oye usted! Yo estoy acostumbrada al príncipe Caprasti, y, sin embargo, puedo asegurarle, señor, que cuando Caprasti vuelva no lo podré soportar ni diez minutos.

Si se atreve a quedarse en casa un cuarto de hora, lo mato. Vea usted hasta donde he llegado. Ahora adoro a éste,—dijo señalando a Serio, y él ha sido tan imbécil que se ha indispuesto y me ha asustado!

Yo debí haber llamado a Celina.

Mi ayuda de cámara se llama Celina. Una señora de la alta sociedad la hubiera llamado en mi caso, pero las mujeres como nosotras dejamos dormir a nuestros sirvientes. Nosotras somos buenas, ya que no podemos ser otra cosa.

Ah! Al fin él se repone.

Mi pobre viejo! si tú supieras lo que te amo! Señor, todas las madrugadas a las 4 él me despierta, y me habla de su familia, de su pobreza y de su gran cuadro que ha pintado para el consejo de estado. Yo no puedo explicar lo que me pasa, pero es el caso que me estremezco y lloro. Y después de todo quién sabe si él no ríe de mí; quién sabe si él no usaba este mismo procedimiento con sus viejas. Estos hombres son tan miserables! Comprendo que soy una tonta en dejarme llevar así, no le parece a usted, señor? Qué me importa, al fin.

Creerá usted que me paso el día pensando en él, y que hay momentos en que me pongo tristísima. Me comprende usted? A veces deseo morir.

También voy a cumplir veinticuatro años. Pronto seré vieja. A qué diablos irse arrugando, marchitando y descomponiéndose poco a poco?

Es mucho mejor desaparecer de pronto. Esto haría decir a esos ociosos que fuman su cigarro en Tortoni: Te acuerdas de Zubirí, aquella muchacha tan linda? Se murió la pobre. Mientras que más tarde dirían: Cuándo se morirá esta bruja? Para qué vivirá? Ya nos está aburriendo!

Estas y otras por el estilo son las elegías que yo me hago, señor.

Oh! pero en verdad que estoy bien enamorada. Enamorada locamente de este macaco de Serio. Sí señor, de este macaco de Serio!

Figúrese usted que hasta lo llamo mi madre!

Al decir esto ella fijó sus ojos en Serio. El los tenía puestos en el cielo. Entonces Zubirí le preguntó dulcemente:

— Qué haces?

El le respondió:

—Te escucho.

—Y bien, qué oyes?

Oigo un himno, dijo Serio.







EN el aristocrático Club Progreso de Buenos Aires se ha instalado, ocupando una de las paredes del gran salón del piso bajo una pintura mural que se titula "Las Porteñas", cuya reproducción damos en esta página.

Es una restauración histórico-social, de una de las famosas "tertulias" de aquellos tiempos, que dan un alto concepto de la cultura de los salones rioplatenses durante un período que puede ser llamado la "edad de oro" de la sociabilidad, de 1830 a 1835.

La riqueza, el bienestar y la alegría de que gozaba Buenos Aires, como consecuencia de la paz con el Brasil, imprimieron al movimiento social una encantadora y romántica actividad.

La elegancia, las modas más hermosas que introducían las modistas francesas e inglesas, el buen gusto y la belleza de las "porteñas", sus maneras delicadas, su espiritualidad y su gentileza hospitalaria, resplandecían en un ambiente de buen tono y de mesura exquisita, sin manifestaciones ni excesos vulgares.

Los ilustres militares, diplomáticos, comerciantes y viajeros europeos, franceses e ingleses, principalmente, que vivían en Buenos Aires o que la visitaron en aquella época, han escrito páginas honrosísimas para aquella sociedad.

La belleza de las mujeres, sus refinamientos, su inteligencia vivaz y cultivada, y la hidalguía y educación de los hombres, son tópicos favoritos en los libros de viaje de aquellos tiempos. El ilustre Alcides D'Orbigny, describiendo el barrio aristocrático de Santo Domingo, sus balcones festoneados por jazmines y "arirumas" y la hospitalaria distinción de sus "tertulias", dice que le recordaba la sociedad parisiense del "quartier de la chaussée d'Antin". La moda femenina era rigurosamente "estilo primer imperio" y la de los hombres irreprochablemente londinense.

El Club del Progreso, decano de los clubs sociales argentinos, ha querido acertadamente conmemorar aquel edificante estado social, presentándolo al presente y al futuro en la hermosa restauración histórica de este cuadro.

La Composición fué ideada y dirigida por el presidente del club, doctor E. S. Zeballos, de acuerdo con un escrupuloso análisis de la documentación histórica, artística e iconográfica de la época.

La arquitectura del salón ha sido compuesta según los detalles de las conocidas litografías iluminadas de Bacle (1830). Su decoración, en seda, estilo imperio, es copia de interiores de famosos cuadros del ingeniero Carlos Pellegrini. La alfombra de Bruselas es reproducción fiel de una fotografía animada de Bacle, (casa del barrio de Santo Domingo, 1830, colección del doctor Zeballos).

Los muebles son copias fieles de ejemplares auténticos de la misma colección.

Los retratos murales de San Martín y de Belgrano, son característicos. El primero, copia del chileno, de 1821, y el segundo, del óleo original, pintado en Londres, de la galería del señor Juan Bautista Peña, hoy en poder de su nieto, el doctor Julio Peña, vicepresidente primero del Club del Progreso.

Un florero estilo imperio (del mobiliario de la señora María Josefa Escurra, hoy en la colección del doctor E. S. Zeballos), contiene un ramo de violetas con ejemplares del bellísimo lirio peculiar de Santa Fe y de sus islas, que encantaba a D.Orbigny, como hemos dicho, llamado "ariruma", por los indígenas del tiempo de la conquista.

En fin, espejos venecianos y jarrones de plata, según adorno interior de Pellegrini. Las joyas son copiadas de los retratos originales.

El cuadro contiene veintisiete retratos de damas y caballeros, de cuerpo entero.

Para formar el grupo social se ha prescindido de toda preocupación política, obedeciendo al doble criterio de retratar señoras y señoritas que en la época ocupaban una alta posición y cuyos descendientes la conservan ahora mismo, prefiriendo, en igualdad de condiciones, a aquellas cuyos deudos forman parte del Club del Progreso. Así los hijos y los nietos de aquellas damas, sentirán una emoción delicada en la contemplación de tal conjunto social.

En cuanto a los caballeros, se ha elegido la representación intelectual, y a los actores en aquellas memorables tertulias o que fueron más tarde presidentes del Club del Progreso.

En fin, el cuadro se aparta de las modas europeas en uso en aquella ciudad, solamente en un detalle nacional que bien pudo también dar su nombre a la obra: "los peinetones", inventados y fabricados en Buenos Aires por Masculino, cuya familia puso a disposición del doctor Zeballos valiosos documentos y

TEÑA 1830-35

grabados utilizados en el cuadro.

Los peinetones han sido prolijamente copiados del natural, o de los mismos retratos, reproduciéndolos en cartón, para que los llevaran las "modelos" del artista. Trajes, calzado y demás detalles de vestimenta fueron mandados confeccionar por el Club para vestir las "modelos".



Comienza el cuadro (izquierda del espectador) por un animado diálogo entre un caballero, de abolengo, ex presidente del Club, don Miguel de Azcuénaga, y una dama, doña Aniceta Villarino de Lagos, cuya familia tiene hoy en la sociedad extensísimas ramificaciones. El retrato de Azcuénaga, tomado del archivo del Club es notable. El de la señora de Lagos es copia de un retrato de Pellegrini.

El segundo grupo es "diplomático", lo preside doña María Sánchez viuda de Thompson, más tarde esposa de Mr. Mandeville. Es copia fiel de un retrato de la época. "Misia Mariquita" era presidenta de la Sociedad de Beneficencia. A su derecha, el coronel Forbes, encargado de negocios de los Estados Unidos de América; a la izquierda el patriota don Juan Bautista Peña, de un parecido singular, copia del retrato ofrecido por su nieto, doctor Julio Peña.

En fin, viene la reproducción de una miniatura, del doctor Dalmacio Vélez Sársfield en 1830, único retrato del codificador en su edad mediana, que ofreció al Club su hija, la señorita Aurelia Vélez Sársfield. Es una copia fiel. Este retrato es así una novedad.

Sigue un diálogo animado. Desde luego, la señora Secundina Iglesias de Castellanos, cuyo hijo, don Miguel, es ahora mismo miembro de la comisión directiva del Club. Este retrato, copia de uno de Pellegrini, de la que en aquellos tiempos era cariñosamente llamada en sociedad la "Inglesita", es de un parecido completo.

Conversa con ella la señorita Mercedes Anchorena, más tarde esposa del señor Manuel Aguirre, madre de la señorita Victoria Aguirre.

Entre estos grupos aparece la fisonomía varonilmente bella, sonriente, del ingeniero Carlos Pellegrini, a cuyas aptitudes debemos la preciosa documentación social y artística que forman sus obras. Se reproduce un retrato ofrecido por su hija, la señora Anita Pellegrini de Galeano, que, además, puso a la disposición del Club todas las obras de su señor padre.

Continúa un retrato de la señora Manuela L. de Garmendia, madre del general José Ignacio Garmendia, según retrato original cedido por él mismo, y pintado bajo su crítica o indicaciones frecuentes.

Con un notable relieve ocupa el centro del salón una pareja doblemente histórica: la señora Carmen Quintanilla de Alvear y el general Juan Martín de Pueyrredón, uno de los próceres de la epopeya de la Independencia.

El retrato de la señora de Alvear, copiado de una acuarela de la época, es una nota feliz del artista, por su vivacidad y belleza. Su tipo andaluz (era gaditana), está tratado con brillo.

Rodean el piano la señora Josefa Lavalle de Cobo, cuyo hijo, ex presidente del Club del Progreso, señor Rafael Cobo lo frecuenta todos los días. Forman pareja atenta al canto con la señora Pastora Botet de Senillosa, según retrato de Pellegrini. Sigue otro grupo de las señoras Antonia Pereyra de Iraola, copia de un retrato original ofrecido por su nieto el doctor Leonardo Pereyra Iraola, doña Pascuala Beláustegui de Arana, secretaria de la sociedad de Beneficencia y doña Petrona Demaría de Arana, por una miniatura original ofrecida por la señora Joaquina Arana de Torres.

En medio de ellas se destacan las figuras del doctor Juan Bautista Alberdi y don Juan Pedro Esnaola. En los salones se cantaban las preciosas y románticas canciones para piano y guitarra que estos caballeros componían y cuya letra, de Echevarría, Varela, Corvalán, Victorica (B.) y otros, corre impresa en cuatro raros e interesantísimos cuadernos del "Cancionero Argentino", impreso en Buenos Aires en 1837, agotado y hoy rarísimo.

Canta una canción, música de Alberdi, doña Pilar Spano de Guido, madre del poeta fallecido, y del magistrado en retiro doctor Eduardo Guido. Atiende a la música la señora Carmen Segurola de Ortiz Basualdo, según retrato de Pellegrini.

Se destaca frente al piano la bella figura de doña Encarnación Ezcurra de Rosas, esposa del gobernador de la provincia entonces.

Cierran el cuadro el provisor (regente del obispado), monseñor Terrero, el ex presidente del Club señor Manuel José de Guerrico y el señor Narciso Martínez de Hoz, uno de cuyos hijos, don Federico, vive aún.

El artista señor Arturo Eusevi se ha posesionado del ambiente del tema en forma notable.

VIRGINIA DÉJAZET



Reloj que perteneció a la esposa del Mariscal de Santa Cruz. Regalado por esta al General Eugenio Garzón y hoy en poder de la familia Garzón. Es de oro con miniatura rodeada de crisólitos.

Alejandro Dumas hizo inútilmente cuanto pudo para obligar a Virginia Déjazet, que entonces triunfaba sobre el escenario del "Vaudeville", a representar "La dama de las camelias".

—Sería un nuevo triunfo para usted — decía el célebre autor adorado de las mujeres; — ¿acaso no le gusta a usted el tipo de Margarita tanto o más que el de Frétillon?

—¡No señor, al contrario!

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Muy sencillo: porque Frétillon se dá, y Margarita Gauthier se vende...

Y esta breve contestación, llena de espiritualidad y de delicadeza, retrata toda el alma de la actriz famosa; alma rebelde, paradógica, elegante, irónica, cínica y sentimental a la vez, como la de Richelieu o la del duque de Lauzun, y que parece una síntesis o evaporación del gran espíritu adorable de París.

"Mi vida — escribía la Déjazet a cierto adorador que la invitaba a publicar sus Memorias, — es mucho más sencilla de lo que creen, y no ofrecería nada de interesante, pues ni tengo bastantes vicios para atraer la curiosidad, ni tampoco las virtudes necesarias para aspirar a ser admirada."

Así fué, en efecto; aquella mujer indócil, que parecía ingrata porque lo amaba todo, que se reía malévola de sus adoradores y luego en Lyon rompía su falda bordada para que envolviesen con ella a un obrero que sacaron moribundo de un pozo; voluntad amoral, sin más ley ni otro cauce que su alegre capricho; libertina sin sensualidad y liviana sin codicia, que llegó a ser citada como modelo de madres amantísimas, sin haber podido, sin embargo, recogerse jamás en la uniforme santidad del matrimonio.

Nació Virginia Déjazet en París, el día 30 de Agosto de 1798, y a los cinco años, y bajo la dirección de su hermana Teresa que pertenecía al cuerpo coreográfico de la Opera, debutó como bailarina. A los dieciseis años Virginia era una criatura llena de seducciones y de gentileza, con las manos y los pies muy menudos y un cuerpo grácil, que comprendía todos los ritmos y daba vida a todos los disfraces. El papel de Nabotte, que creó en "La belle au bois dormant", popularizó el nombre de Déjazet, quien, después de una larga excursión por provincias, regresó a París y entró en el teatro del Gimnasio, donde afirmó su popularidad con los estrenos de "Carolina" y "La hermanita". Por rivalidades con la Vertpré, entonces omnipotente, trasladóse al teatro de Novedades y más tarde al glorioso teatro del Palais Royal, sobre cuyo escenario había de merecer aquel prestigio de travesura y de gracia genuinamente francesa, que había de consagrar su apellido y hacerle inmortal.

—Es la atriz universal — declara su biógrafo Mirecourt, — a cuyo genio se avienen todos los papeles, como a su cuerpo se acoplan todos los trajes.

Este rasgo último constituye el mérito capital de su arte.

—Poseía — dicen sus contemporáneos, una habilidad extraordinaria para disfrazarse; los trajes varoniles, especialmente, vestíalos a maravilla, y movíase dentro de ellos con tanto aplomo y desenvoltura, que el sexo desaparecía por completo en aquella mujer, tan mujer y tan linda. Era Virginia Déjazet algo más que una actriz; era también una escultura, una modeladora prodigiosa de sí misma, y sus recursos para transformarse y dar a su rostro expresiones diversas y a sus ademanes ritmos distintos parecían inagotables.

Sobre su cuerpo proteico revivieron la silueta pensativa y delicada de Rousseau, joven; el perfil epigramático de Voltaire, la gracia conquistadora de Richelieu, la hermosura arrogante de Enrique IV, la cabeza atormentada de Napoleón, y también la belleza infinitamente espiritual de Sofía Arnould, la célebre intérprete de Gluck y de Remeau, y la frivolidad boulevardier de Frétillon, y la hermosura voluptuosa de Ninon de Lenclos... Para todos estos "elegidos" del talento y de la gracia, tuvo el genio multiforme de Virginia Déjazet una inflexión exacta de voz y un gesto feliz.

Además de actriz, fué la Déjazet mujer de fértil y amable conversación. Tenía el ingenio alerta; la réplica libre y pronta, y sus "frases", a fuerza de graciosas, solían pecar de crueles.

Alguien, queriendo mortificarla, la dijo, en su cuarto de teatro, que a Leontina, una belleza pomposa y rosada que gozaba entonces de gran popularidad, la llamaban "la Déjazet del boulevard du Temple". A lo que, picada Virginia, contestó: "No me extraña; el duque de Orleans tenía en sus caballerizas un jumento que llevaba su nombre."

Cierta noche, la Déjazet tomó parte en una representación que la Empresa del teatro de la Opera había organizado a beneficio de las víctimas de las inundaciones del Loire. Iba a comenzar la función, y la célebre actriz atisbaba por una de las mirillas del telón el aspecto de la sala. En aquel instante, cierto caballero que por su riqueza y noble rango disfrutaba en aquellos bastidores de gran predicamento y libertad, llegándose de puntillas a Virginia la cogió por el talle. Ella volvió la cabeza. "Se equivoca usted, caballero — exclamó — no soy de la casa".

Desesperado, uno de sus adoradores llegó a decirla: "Deme usted siquiera la limosna de un beso". Pero ella, aludiendo con una sonrisa a las veleidades que la murmuración la atribuía, repuso: "¿Una limosna así?... Imposible. Tengo mis pobres..."

En sus ratos escasos de soledad y melancolía, la hermana de Frétillon y de Lisette también era poetisa. Su lirismo tenía un dulzor femenino y penetrante de poderosa emoción.

Claretie cita estos versos que la Déjazet compuso a propósito del cumpleaños de un amado, que bien pudo ser el cancionista Federico Bérat:

Ami! Depuis un an, combien de jours de fête
on fleuri sous tes pas!
Dans le sentier de l'art le bruit de tes conquêtes,
l'ont salué tout bas!...

Y así continúa la composición, en una fusión delicadísima de triunfos crepitantes y de amistad silenciosa.

El éxito más noble de Virginia Déjazet, el más personal, aquel que por sí solo hubiese bastado a perfumar, con un suave aroma de rosas viejas, toda su vida, se lo proporcionó "La Lisette de Béranger", canción de amor, canción sagrada, que todas las bocas jóvenes de París repetían de memoria.

La compuso Federico Bérat en honor del anciano y glorioso Béranger, y aquellas notas sencillas, prendidas en no sé qué inexplicable hechizo romántico, tuvieron la virtud peregrina de hacer latir todas las almas y de agarrarse a todos los oídos; y Lisette fué un "tipo" que de una generación a otra ha dejado un rastro de gracia liviana en las obrerillas sentimentales y alegres de la Ciudad-Sol.

Una mañana, Virginia Déjazet fué a conocer a Béranger a su retiro de Passy. Allí, cuidando las flores de su jardín, estaba el buen viejo, a quien el público tornadizo casi había olvidado.

A su alrededor, los árboles, donde susurraba la suave brisa mañanera, esparcían sombra grata.

—Soy mademoiselle Déjazet — dijo la actriz, — y como usted no puede ir a verme al teatro, vengo a cantarle la canción de Bérat, esa canción que usted ha inspirado y que ya conoce todo París.

Acomodáronse los dos sobre un banco, y en el encanto verde y plata del jardín, la voz de la Déjazet vibró cristalina:

Enfants, c'est moi qui suis Lisette,
la Lisette du chansonnier...

Y mientras cantaba, muy cerca de allí, la señora Judit Frére, la anciana compañera de Béranger, la verdadera Lisette, oyendo aquella canción que ella inspiró y que era su juventud, lloraba en silencio.

Cuando la actriz calló, Beranger tenía los dulces ojos arrastados de lágrimas.

—¡Hija mía! balbució,—¡hija mía!...

No pudo hablar más, y la besó en la frente. Mucho después, refiriendo esta escena, la Déjazet llena de admiración, decía:

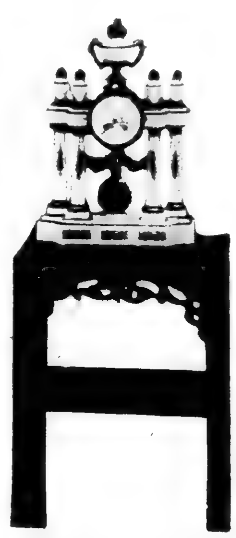
—¡Me dió un beso! Es la representación que he cobrado mejor.

Y al decir esto, no exageraba aquella mujer, todo corazón, que había ganado millones...

Eduardo Zamacois



Gran reloj francés de madera tallada y bronce cincelado. Data de más de un siglo y medio. Propiedad del señor Alejo Rosell Rius.



Delicado reloj estilo Imperio de alabastro y bronce. Propiedad del señor Alejo Rossell Rius.

Hermoso bronce representando un Fauno y una Ninfa. — Pieza de alto valor artístico. — De la colección del señor Rosell Rius.











LA COLONIA SECULAR

En uno de nuestros números anteriores engalanamos una página con algunas hermosas fotografías de la Colonia antigua, cedidas galantemente por nuestro distinguido colaborador el doctor Miguel A. Paez Formoso.

Dimos con aquellas fotografías una nota original y bien interesante, nota que tenemos el gusto de completar hoy, ofreciendo nuevos aspectos de esas ruinas venerables que, a la acción del tiempo y huérfanas de la protección oficial que debieran tener, se desmoronan día tras día, perdiéndose con ellas una verdadera reliquia colonial.

En la primera de las fotografías que hoy ofrecemos, se ven los restos de las antiquísimas murallas que rodeaban como una cintura fortificada a la secular población. Esas murallas eran la garantía de seguridad que tenían los habitantes ante los ataques enemigos. Eran murallas de una resistencia grande, como las que fabricaban aquellos primeros moradores, que tenían necesidad de resistir a todos las acechanzas de un país salvaje, donde los indígenas eran feroces y tenaces en la resistencia a toda intromisión civilizadora.

En la segunda fotografía aparece un modelo de las viviendas primitivas, bien característica por cierto.

En la tercera se reproduce una calle de la ciudad colonial, calle que conserva todo el aspecto de la época. Se ve en ella la base del antiguo faro, en cuya historia hay un detalle trágico. Cuéntase que cierta vez estalló una de las lámparas a petróleo y que el vigía que realizaba en lo alto la guardia se vió envuelto en las llamas. Por la escalerilla de piedra saltaba el liquido inflamado y el infeliz guardián, con las ropas ardiendo daba alaridos terribles de dolor corriendo enloquecido por el balcón circular que corona el faro.

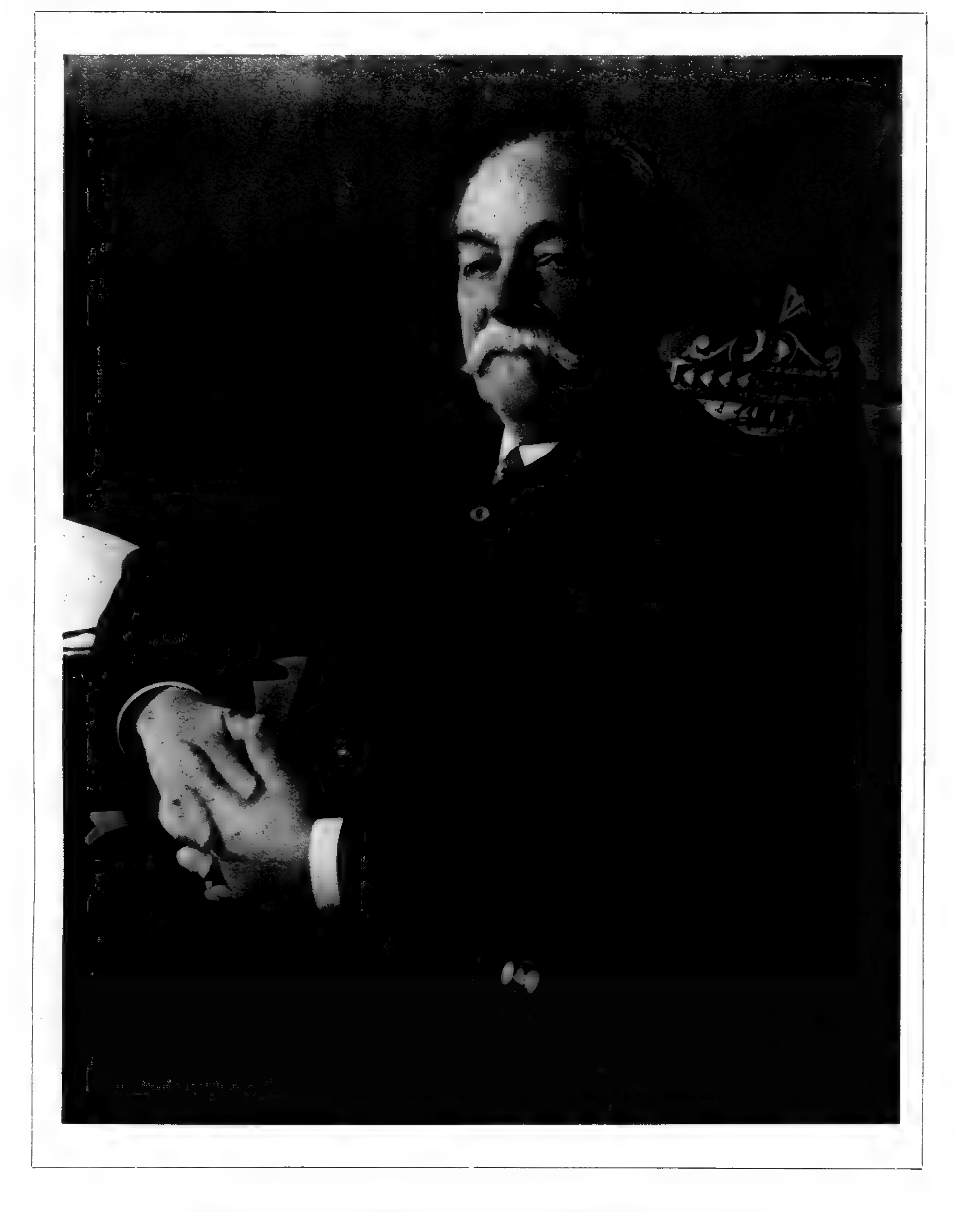
Las gentes no podían prestarle ayuda porque



la escalera se había convertido en un agujero de fuego. Y el desdichado dió a los pobladores que horrorizados presenciaban el suceso, la visión de una antorcha viviente, consumiéndose en lo alto.

En la cuarta fotografía nuestro distinguido colaborador ha tomado a la ciudad secular desde la playa y también por allí se notan los restos de la muralla de defensa, cuyas puertas se cerraban al tronar del cañón que saludaba la entrada del sol.

¿Continuará reduciéndose a polvo esta reliquia histórica?



NUESTROS MUSICOS - EL MAESTRO GIRIBALDI

He aquí un artista solitario. Como una torre en medio de las campiñas desiertas o frente al mar, midiendo su majestad con la grandeza de las dos infinitas llanuras, eleva este músico uruguayo su personalidad simpática.

Es de los que viven para si, importándosele muy poco lo que la gente pueda opinar de ellos. Vidas interiores, que suelen ser más intensas — como más terribles son los dolores que no se exteriorizan y como más formidables las fuerzas que no puedan expandirse.

El ambiente no ha conseguido dominar su fiereza de luchador. ¿Quien puede afirmar que el maestro Giribaldi ha cesado de escribir música, en todo el período que media entre sus triunfos y hoy?

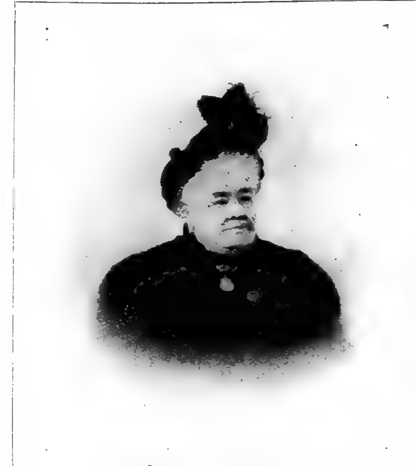
¿Quién puede afirmar que su orgullosa soledad no la ha poblado él de múltiples melodías, de creaciones armónicas que parmanecen guardadas, sin expresión instrumental, a la espera de tiempos mejores?

El maestro trabaja, pero el medio ahoga todos los armónicos rumores de su actividad.

¿Hasta cuando?

Cuando sepamos tener un poco más de orgullo por lo que es nuestro, por lo que es producto de una vibración de nuestra vitalidad, por lo que guarda en su esencia perfume de la tierra amada, cuando comprendamos que la más noble orientación del patriotismo es glorificar a los artistas propios, entonces el maestro Giribaldi y otros podrán ver sus obras expuestas al juicio de la muchedumbre que da gloria o la niega, y que es definitiva, aun en sus errores.

Ahí está la efigie del maestro Giribaldi, el que es amigo franco y bueno, el que se muestra intransigente cuando se trata de cuestiones musicales y el que sabe guardar sus amores artísticos incontaminados de mercantilismo y de concesiones.



o o o **DOÑA JULIA LABANDERA** o o o
† el 23 de Julio último en Montevideo

JULIA LABANDERA. — Fué esta dama un ejemplo ilustre de mujer cristiana. Poseía en alto grado el sentido del bien, el sentido social del bien. No hacía el bien por bondad natural, sin discernimiento, por que la arrastrara a ello un espíritu bonachón; no. El bien que ella realizaba era espontaneo, sí; no era un bien razonado y calculado; no obraba jamás a impulsos de simpatías o apreciando la trabazón de intereses afines: eran siempre sus acciones y los resultados de sus actos, hijos de un espíritu amplio, generoso, noble, pronto a todos los requirimientos de la necesidad y del dolor; pero su sentido social, su compenetración admirable con el espíritu de San Vicente de Paul, el gran apóstol de la caridad y el gran amante de los pobres; su exasto conocimiento de los malestares contemporaneos, y su firme creencia de que en los medios que pone en actividad la fe católica están los recursos para morijerar y aliviar esos malestares, daban a todas sus inspiraciones, por rápidas que fueran, un sello tan inconfundible de oportunidad, de notable precisión, de adaptación tan plausible al momento y hora en que surgían, que se dijera que eran inspiraciones meditadas y razonadas profundamente. Vivía con el corazón las verdades de la fé católica.

Por su nacimiento había actuado en el seno de nuestra más distinguida sociedad. Hija de un guerrero de la independencia, oficial de Artigas — Don Mariano Labandera — había heredado el temperamento batallador e indomable de esa época heroica en la que todos eran profesores de energía; hija de una dama ilustre, famosa por su ilustración y su don de gentes—Doña María Antuña, hermana del Dr. Francisco Solano Antuña — había bebido en su hogar toda la distinción y la idealidad romántica de la época, alternando en su juventud en círculos sociales y literarios ennoblecidos por los Ferreira y Artigas, los Berro, los Joanicó, los Estrázulas, los Requena, los Vázquez Sagastume, y tantos otros. Su inteligencia se formó en ese ambiente glorioso de nuestra epopeya, y aún en estos sus últimos años — había cumplido 82 — tenía clarísimos destellos de talento, y su vivacidad, su ingenio y su agudeza proverbiales, ganan el encanto de sus oyentes, de manera tal que el Dr. Luis Alberto de Herrera, que la visitara poco tiempo hace, decía que él callaba en presencia de la anciana para gozar mejor de su animada conversación.

Con esas dotes de energía e inteligencia inició en plena juventud su apostolado por el bien. Su intensa dedicación fueron los pobres. Entró a formar parte de la Conferencia de San Vicente de Paul, de la Catedral, que estaba compuesta por las damas más insignes de nuestra sociedad, Doña Catalina O'Neill de Fernández, Doña Estanislada Márquez de Lessa, Doña Antonia Garzón, Doña Sofía Jackson de Buxareo, Doña Petrona Cibils de Jackson y muchas más que sería largo enumerar, practicaban la caridad ampliamente, suavizando dolores, dando de comer al necesitado, amparando huérfanos y viudas, sin distinción de creencias, sin otro postulado que el grande y sublime de "ama a tu prójimo como a tí mismo". En ese ambiente Doña Julia Labandera desarrolló su acción. Su carácter, su espíritu emprendedor, la extensión de la miseria humana, la lectura de las obras de Doña Concepción Arenal, le hicieron comprender que más allá de los límites de la ciudad vieja había campo de trabajo para otras Conferencias; que una sola no llenaba todas las necesidades; que los pobres desbordaban por todas partes, y que, a medida que el desborde de la miseria era mayor, también debía ser mayor el desborde de la caridad.

Y rápidamente hizo de este pensamiento una realidad bienhechora. Democratizó el círculo al extenderlo, y trajo nueva sabia, nuevo vigor a la hermosa institución vicentina, primera organización nacida en el país para amparar la desgracia. La Conferencia de la Catedral no quedó sola; a su lado surgieron las del Cordón, Aguada, Paso del Molino, Unión.... La iniciativa de Julia Labandera trajo como consecuencia la fundación del Consejo Superior de todas las Conferencias, — que siguieron extendiéndose por todo el país, — del que fué primera secretaria bajo la presidencia de la insigne dama Doña Sofía Jackson de Buxareo.

Mas su actividad no se circunscribió a los pobres; tenía nociones elevadas de la misión social de la mujer, y poseía una clara visión de las necesidades morales de la época. De ahí que dedicara sus energías a diversas obras e impulsara muchas iniciativas; ennoblecía y magnificaba su soltería, consagrando su corazón y su tiempo a obras de apostolado. Pero su concepto de la misión social de la mujer no era unilateral. No podía concebir a una esposa, a una madre, descuidando su hogar para cumplir con buenas obras fuera de él. Primero, el hogar propio; después lo demás. Descuidar el hogar era para ella un delito; y por eso concebía ella hermosamente la misión de la mujer soltera, y en sus límites el de la casada, cuidando del hogar uruguayo, por medio de su acción en las catequísticas, en el trabajo de sostenimiento de escuelas católicas gratuitas para la juventud obrera de ambos sexos, en la propaganda de buenos libros y de buena prensa, en la visita a los pobres, fuente de grandes consolaciones y regeneraciones... En estas líneas generales encuadró ella su deber, y lo cumplió magistralmente, manteniendo en todo instante su piedad que era intensa y fervorosa. En su fé, radicaba ella su abnegación; en su piedad, alimentaba ella su esperanza.

Y así se la vió fundar la Pía Unión del Sagrado Corazón de Jesús de los Bayoneses, obra de oración, al mismo tiempo que fundaba las Conferencias vicentinas, obra de apostolado; así se la vió fundar el colegio que en el Cordón tienen las Hermanas Vicentinas para la enseñanza de niñas pobres, y propender eficazmente a las instalación de las Hermanas Adoratrices, al mismo tiempo que secundaba el magistral esfuerzo de Don Francisco Bauzá, — fundador del Instituto Pedagógico, — sosteniendo en unión con otras damas — especialmente con Doña Antonia Garzón, otro gran carácter y más grande corazón, uno de los cuatro colegios de que constaba ese instituto para instrucción gratuita de jóvenes; y así se la vió enseñando el catecismo a los niños los domingos, mientras en otros días de la semana pregonaba a sus amistades las excelencias de un diario católico nacional, fuerte y preponderante en la conciencia pública; incitaba a sus amigas a encausar su propaganda moral y religiosa en la unidad de acción de la Liga de Damas, y no menospreciaba jamás el instante de poder extender la zona de influencia de los Círculos Católicos de Obreros...

No llenaría Doña Julia Labandera el concepto de Napoleón cuando, hablando despectivamente de Madame Stael y de su acción social, decía pensando en los hogares diezmados por la muerte atraída por su ambición: — dadme madres; no llenaría nunca ese concepto materialista; pero, sí preguntamos al sociólogo que estudia todos los grandes factores de regeneración moral y social, si preguntamos al pobre que ha visto su miseria redimida, al joven su instrucción alcanzada, a la niña su honor santificado, a la sociedad sus lacras mitigadas, nos responderán con emoción: — dadnos también estas madres cristianas. No será el grito egoísta de Napoleón frente a la hetacombe y a la despoblación producida por la muerte, será el grito ansioso de los desamparados de la vida que encuentran en esas almas privilegiadas el áncora salvadora de su salud social.

Doña Julia Labandera trabajó hondamente, noblemente, santamente. Así murió, rodeada del respeto de toda la sociedad; así perdurará su memoria entre los pobres que la conocieron y escucharon de sus labios los consuelos siempre elocuentes de su alma generosa; así la recordarán siempre sus amistades con el afecto imborrable que inspira una vida consagrada al bien.

Era una mujer excepcional.

Juan N. Quagliotti.



Señora Sara Saez de Ellazri.—El destino tronchó en forma despiadada la vida radiante de esta joven señora, cuya belleza virtudes y distinción merecian el elogio de cuantos la conocieron.



NUESTROS MUSICOS - EL MAESTRO GIRIBALDI

He aquí un artista solitario. C[illegible] torre en medio de las campiñas desiertas o frente al mar, midiendo su majestad con la grandeza de las [illegible] llanuras, eleva este músico [illegible] su personalidad [illegible].

Es de los que viven para su [illegible] sólo muy poco lo que la gente [illegible] de ellos. [illegible] [illegible] [illegible] que no [illegible].

El ambiente [illegible] segur[illegible] tereza de [illegible] [illegible] que [illegible] Giribaldi [illegible]

[illegible] entre sus [illegible]

[illegible] ha poblado [illegible] de creaciones [illegible] guardadas [illegible] a la escena [illegible]

[illegible] cantos [illegible]

[illegible] es nuestro [illegible] que [illegible] obras [illegible]

[illegible] nuestra [illegible] esencia perfume de la tierra [illegible] cuando comprendamos que la más noble orientación del patriotismo es elogiar a los artistas propios, entonces el maestro Giribaldi y otros podrán ver sus obras expuestas al juicio de la muchedumbre que da gloria o la niega y que es definitiva, aun en sus errores.

Ahí está la efigie del maestro Giribaldi, el que es amigo franco y bueno, el que se muestra intransigente cuando se trata de cuestiones musicales y [illegible] sabe guardar sus amores artísticos contaminados de mercantilismo [illegible]





DOÑA JULIA LALANDE...



Señora Sara Saez de Ellazu.—El destino tron... [illegible]

En los Cerros de Arequita

Oleo de - - - - -
P. BLANES VIALE



EL Dr. GREGORIO L. RODRIGUEZ, rodeado de su distinguida familia, en el dia de su cumpleaños. Nuestro fotógrafo sorprendió el hermoso cuadro de familia que engalana esta página, momentos antes de iniciarse la brillante recepción que, celebrando la fecha referida se realizó en la residencia del culto caballero, en compañia de sus amigos y parientes.

ARTE MUSICAL

Bajo la competente dirección de la señora María V. de Muller se realizó en el Instituto Verdi el recital que todos los años efectúan las discípulas de tan inteligente profesora. Esta pública audición tuvo poderosos atractivos para llenar por completo el salón de fiestas del citado instituto.

Se trataba de un exponente de cultura artística en el que tomaron parte un núcleo de discípulas de la señora de Muller, entre las que figuraban: la señora Metallo de Maza y señoritas de Díaz Aznárez, Casaravilla Estrada, Cardelino Pla, Sueiro, Lamaison, de Crossi, Morales, Davis, Fitz Patrick, Tejada, Bonomi Costa, Márquez, Fabini, Bolani.

Evidenciaron estas discípulas las ventajas que ofrece la buena escuela de canto que pone en práctica su maestra, la que fué muy felicitada por el éxito. La mayoría de las discípulas demostraron también poseer buenas voces, algunas realmente sorprendentes, destacándose el dulcísimo registro de soprano de la distinguida señorita Socorro Morales Arrillaga, que reune todas las más altas cualidades de notable cantante. Nos hemos extasiado oyendo cantar a la señorita Morales, a quien sólo aventajan las voces ya perfectamente hechas y ampliamente consagradas de las señoritas Luisa Valdez, Carolina García Lagos y Justa Wilson. En pos de ellas llega esta gentilísima señorita a quien le esperan los más sonados triunfos, conquistados ya por las triunfadoras del canto que hemos citado.



Señorita Socorro Morales Arrillaga

No se han apagado ni se apagarán jamás en nosotros los ecos de la privilegiada voz de la señorita Luisa Valdez, ni el de las diletantis Carolina García Lagos y Justa Wilson, pero la señorita de Morales provocó en nosotros, en el momento de interpretar magistralmente "O del mio dolce ardor", de Gluk y "Xenia" de Mefistófeles, de Boito, las más amables emociones artísticas.

Puede estar orgullosa la señora de Muller con tan notable discípula, a quien auguramos muy grandes triunfos en todos nuestros salones.

INDEPENDENCIA DEL PERÚ

El 28 de Julio último hicieron 97 años que el Perú se declaró libre de toda dominación extranjera. En su honor publicamos una copia del cuadro en que aparece rodeado de su familia, uno de los hombres más eminentes de aquel país hermano Es el señor don Andrés de Santa Cruz, Gran Mariscal de los Ejércitos Nacionales y Presidente del Consejo de Gobierno.—Esta copia es tomada del cuadro que de tan esclarecido americano posee la familia de Garzón, a cuyo jefe fué dedicado.—Gloria al Perú, para quien la heroica leyenda del Callao ha inmortalizado la frase: «En la cuna de los tiranos labré su sepulcro».



EL LIBRO

POR

JOSÉ ENRIQUE RODÓ

¡Qué inmensa y varia vida, qué inmensa y varia fuerza, en ese mundo de papel liviano, subido sobre el mundo real, como sobre el caballo el jinete!

Hay el libro movedor de revoluciones; el libro conductor de multitudes; el debelador de tiranías; el evocador y restaurador de cosas muertas; el que publica miserias ignoradas; el que constituye o resucita naciones; el que desentraña recónditos tesoros; el que avienta fantasmas y melancolías; el que levanta sobre las aras dioses nuevos. Hay el libro que, hundido, como un gigante en sopor, bajo el polvo de los siglos, se alza un día a la luz, y con el golpe de su pie estremece al mundo. Hay el libro donde está presente el porvenir, de lo que ha de trocarse en vida humana, en movimiento, en color, en piedra. Hay el libro que se transforma a la par de las generaciones, inmortalmente eficaz, mas nunca igual a sí mismo; el libro de que se puede preguntar: "¿Qué sentirán, leyéndolo, los hombres de los tiempos futuros?", como se puede decir: "¿Qué sentirán, aun no sentido por nosotros, ante una puesta de sol, o ante la sublimidad del mar y la montaña?" Hay el libro cuyo nombre permanece, significativo y arrebatador, como una bandera que ondea en las alturas, cuando ya pocos leen en él otra cosa que el nombre. Hay el que salva a un pueblo del olvido, o de ver rota su unidad en el tiempo, o de que le sea quitada su libertad; y el que multiplica, en la red del miserable, los peces; y el que apacienta los dulces sueños, gratos al alma del trabajador y a la del príncipe: los sueños: suave, balsámico elemento, del que necesita también el orden del mundo.

Pero aún hay otro género de libros, por el cual lo que ese frágil y maravilloso objeto tiene de instrumento de acción, de energía manifiesta en lo real, obra en más hondos talleres de la vida: y es el libro modelador de caracteres, artífice de la voluntad, propagador de cierto tipo de hombres; aquel que toma, como un montón de cera, una o varias generaciones humanas, y con fuerza plasmante las maneja, entregándolas a las vías del mundo marcadas de su sello invisible y perdurable.

. . . .

Grande instrumento de reforma interior es el libro: pero no principalmente por su eficacia intelectual y el poder de convicciones que atesore, sino por su intensidad en el sentimiento y en la imagen, no principalmente por lo que argumenta sino por lo que conmueve; no principalmente por su luz, sino por su calor y su vida, y por lo que hay en él de voluntad subyugante y de la hechicería del corazón: no principalmente por la fuerza de la propia idea, sino por la virtud que la idea, pintada y animada, adquiere para tocar los resortes con que se despierta la emoción y se provoca el movimiento.

Acaso nunca hubo libro de abstracto y frío filósofo que, sin interposición de otros libros, hiciera modificarse un alma humana; pero la doctrina se convierte en fervor y redención, o en vértigo y locura, cuando el artista la suelta a los vientos de la vida: y artista llamo aquí a todo el que, con sus escritos, su prédica o su ejemplo, viste de hermosura y claridad una idea

Una doctrina nueva es como el verbo de un Dios, que, para revelarnos su ley, precisa tomar cuerpo en carne humana, y andar, vivo y tangible, entre nosotros, y hablarnos con parábolas, y hacernos llorar con su pasión. Esto es el libro del artista, cuando junta un designio ideal a su belleza: la vida y la pasión de una idea encarnada para revelársenos.

No hay concepto intelectual que por sí sólo nos mueva a la práctica y la acción ni que, sin el auxilio de la imagen, nos enamore. Cuando el místico siente necesidad de defender la idea de lo infinito y eterno, objeto de su amor, de la competencia de los bienes terrenos, reales y sensibles, ha menester prestar a aquel supremo, indeterminado bien, una forma imaginaria, un divino cuerpo, que humille y oscurezca la belleza de las cosas del mundo. Tal es la visión del extático; y el arte la reproduce, para cada idea, en cada uno de nosotros, encendiéndonos en la fe y el amor de un pensamiento que arranca de la obscuridad de la abstracción y levanta sobre el altar donde se le ofrenda la oración y el sacrificio.

LA GRAN ÓPERA

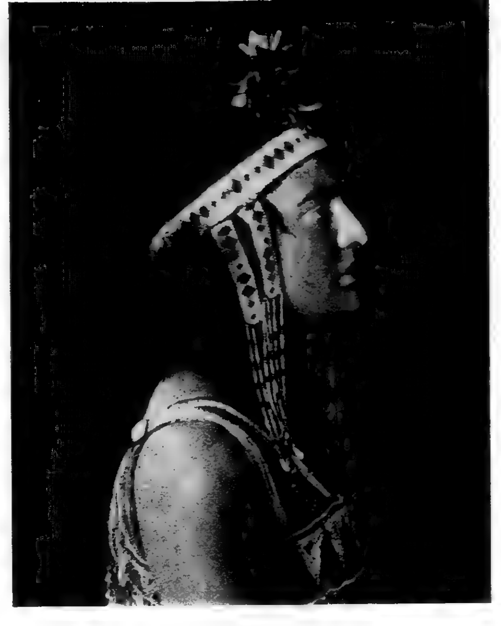
Un poco más y se inaugurará brillantemente en el Teatro Urquiza la temporada oficial de gran ópera.

Los mejores augurios se han hecho respecto del resultado de esta temporada, de los resultados artísticos, naturalmente, que los sociales ya están de antemano asegurados.

El elenco de la compañía es bueno; es elenco de conjunto que asegura a los espectadores una homogeneidad muy digna de ser señalada a la consideración de los amateurs.

El maestro director señor Gino Marinuzzi tiene en nuestro público grandes y muy legítimos prestigios.

Las sopranos Ivonne Gall, Rosa Raisa, Vallin Pardo, Angela Ottein y Gabriela Bessanzoni con una garantía de la corrección que obtendrán los espectáculos líricos.



ROSA RAISA

En esta temporada conoceremos una nueva ópera: la del maestro Marinuzzi, titulada "Jaquerie" y que la crítica argentina ha saludado con grandes y repetidos elogios.

Horas más y se inaugurarán las brillantes veladas de gala en el Urquiza, veladas donde se auna la más exquisita sociabilidad, con las más altas manifestaciones del arte lírico.

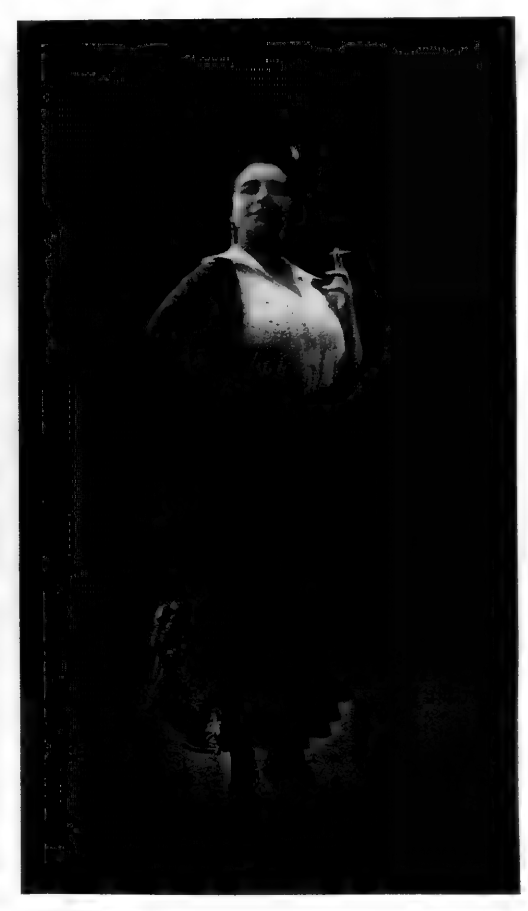
Tendremos noches muy buenas y noches que marcarán un verdadero triunfo artístico.

Trae el elenco elementos de primera fila, los que hoy por hoy pueden considerarse como las figuras sobresalientes de la escena lírica.

Espectáculos de conjunto serán los que veremos, preferibles siempre a los que se organizan para lucimiento de un solo cantante.



ANGELA OTEIN — Soprano ligero



GABRIELA BESSANZONI — Soprano

FRANCISQUITO. Por Solano A. Riestra

I

Francisquito era el hijo menor del estanciero don Crisanto Peloaga. Francisquito tenía fama de infeliz. Había nacido demasiado bueno. Más bueno que el pan, que el aire, que el agua y que el sol. Se desvivía por hacer un servicio. Quería siempre contentar a todos. Trabajaba como quien juega: alegre, sonriente, dicharachero.. No conocía la maldad ni la envidia ni el rencor. Por eso, todos en la estancia, hincaban en su bondad los dientes llenos de ponzoña. Hasta los peones se ensañaban con él. El que más y el que menos lo aprovechaba. Pero Francisquito sonreía siempre. Complacía a todos sin preocuparse de saber si le habían o no agradecido el servicio. ¿Para qué? No valía la pena.

Un buen día Francisquito se enamoró de Eusebia, la lavandera del establecimiento. Tal para cual. Eusebia era una de esas desgraciadas que vienen al mundo para trabajar día y noche, sin descanso y sin retribución, cual una simple bestia de carga. Cuando concluía de lavar, aseaba y vestía a los chicos, cosía o ayudaba a la cocinera a limpiar los platos y acomodarlos en la alacena. Después cebaba mate, daba leche a los guachos, ataba los perros, o cerraba a cada rato la tranquera para que no entraran al patio las tamberas a hacer daño en el jardín, o comerse la paja del rancho.

En cuanto fueron conocidos los amores de Francisquito y Eusebia, las burlas y las puyas no se hicieron esperar. Zumbaban como una nube de mosquitos en los oídos del pobre muchacho. En cuanto a él se refiriesen se le daba un comino las cuchufletas de sus propios hermanos y los peones. Con la sonrisa en los labios, todo lo soportaba; pero en cambio, se erguía como un león herido, cuando alguien, en su presencia, pretendía hacer lo mismo con Eusebia. Sus ojos cobraban entonces una intensidad y un brillo de ascuas que ponían miedo. Se encaraba, trémulo de ira, con cualquiera que se presentase con aire de hacer mofa de Eusebia. Hasta ahí no llegaba su tolerancia.

Todos tomaban a chacota sus desplantes. Nadie pensaba en el refrán: *Del agua mansa me libre Dios, que de la brava me guardaré yo.*

II

Climaco era un indiecillo astroso con empaque de gallo criollo y malicia perversa de lagarto viejo. Sus ojos parecían dos puntos negros hundidos en lo más hondo de las cuencas. Su mirada era torva, repelente. Su boca semejaba el hocico de un oso hormiguero. Su fealdad era espantosa.

Tal era el lucido rival que el destino deparaba al pobre Francisquito, pues, en efecto, Climaco empezó a arrastrarle el ala a Eusebia. No por amor — como él lo decía — sino por el puro gusto de desbancar al bobeta de Francisquito.

—Cómo me voy a rair! — exclamaba, soltando carcajada tal que, al contraerse los músculos de la cara, los ojillos desaparecían por completo, quedando en su sitio dos mechones de cerda.

Pero Eusebia no le daba corte.

Irritado por el desprecio y resistencia de Eusebia, Climaco, en presencia de Francisquito, manoseó a aquélla.

La mano pesada de Francisquito cayó como un martillazo en la mejilla del indiecillo que quedó rojinegra como una mancha de vino.

Climaco estaba aturdido. No había contado jamás con semejante audacia. Para mayor de sus males estaba desarmado. Se contentó por el momento con jurársela a Francisquito.

Francisquito, mirando con lástima a Climaco, le contestó tranquilamente:

¡Qué vas'acer, disgraciao!

Y siguió sonriendo como si nada hubiera sucedido.

Transcurrieron algunos días.

El indiecillo nada dijo a sus camaradas.

Francisquito, a su vez, guardó silencio absoluto.

Pero Climaco seguía en sus trece. No abandonaba su propósito. Provocaba a Eusebia donde quiera que la encontraba sola. Francisquito lo sabía y no le perdía pisada.

Una tardecita de calor sofocante, Climaco vió a Eusebia, remendando ropa a la sombra del ombú.

El sol desaparecía lentamente, dorando las crestas de las cuchillas. Las sombras de la noche avanzaban en pelotones, desordenadas, silenciosas, como un ejército en derrota.

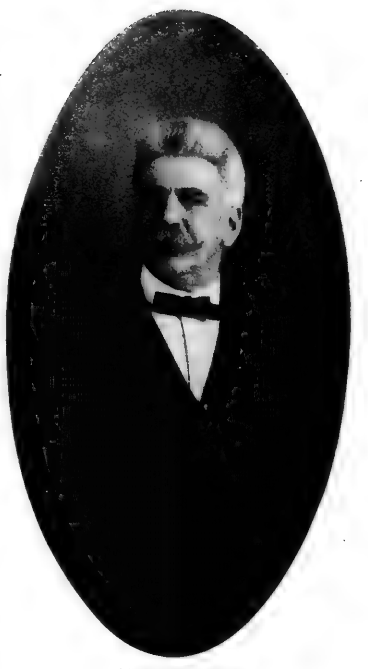
Del lado opuesto del ombú en que se hallaba Eusebia, deslizó Climaco su asquerosa silueta de zorro cebado. Después, a pasos furtivos, llegó hasta Eusebia, y, abrazándola fuertemente, la colmó de besos con un ardor de fauno encelado.

Eusebia, en un supremo esfuerzo, se irguió rugiendo como una tigresa contra la lujuria de Climaco a quien arrancó un pedazo del belfo que luego escupió con asco, haciendo arcadas.

Los labios ensangrentados del sátiro vomitaron una imprecación, y forcejeando consiguió hacer una zancadilla a la indefensa muchacha, dando con ella en tierra.

Francisquito surgió entonces imponente de indignación y de coraje, ante aquel canalla que así abusaba de una infeliz mujer.

El indiecillo, al ver a Francisquito, lo



D. SOLANO A. RIESTRA

arremetió furioso, cuchillo en mano.

Francisquito, ágil como una gato, se atajó — por una hábil maniobra — de la puñalada que Climaco, ciego de rabia, le dirigía certeramente al corazón; y, tomando de flanco a aquél, le hundió la daga en el abdomen. La enorme herida produjo la violenta salida de los intestinos.

Climaco, dando un alarido de dolor, sólo atinó a hacer fuerza para entrar la víscera ensangrentada. Luego cayó pesadamente de espaldas, exclamando:

—¡Po esa puerca!

—¡Es una mujer! — gritó enfurecido Francisquito, dando un puntapié a Climaco, que empezaba a agonizar.

Eusebia, aun medio paralizada por el terror, abrazó a Francisquito y lo besó ardiente, apasionadamente en los labios.

Y, en medio de ahogados sollozos, exclamó:

—¿Qué has hecho, Francisquito?

—¡Quererte, Usebia!

HUMO DE OPIO — EN LOOR A UNA MUJER MORENA

Yo sufro el sueño extraño de una mujer morena
Que se me acerca eufónica como un ánima en pena.
Yo la he visto en los toros o en la Macarena.

Ella exhala un perfume de exótico país,
Su andar tiene la suave dulzura de un desliz.
Sus ojos son dorados o rubios como un *luis*.

(¡Oh sus ojos, nacidos para mirarme a mí:
Sus ojos que son ascuas que me iluminan y
Que son dos pebeteros para quemar benjuí!)

(Yo sueño con sus ojos movibles y brillantes:
Y con sus manos lirias, flexibles y fragantes
Que han vivido una vida monjil entre sus guantes.)

Sus labios son apenas dos labios diseñados,
Sus orejas, botones de rosa malogrados,
Y sus hombros, modelos de hombros escotados.

Desciende, cuando queda mi alcoba a media luz,
Alada y de puntillas, meciéndose al trasluz,
Con los ojos en blanco. Con los brazos en cruz.

(Con sus brazos en cruz... ¡oh sus curvados brazos
Que son tirsos de estrellas vistos en los ocasos
Cuando el día y la noche confunden sus abrazos!)

No sé de donde baja; tal vez de alguna estrella,
Tal vez de alguna nube, e ignoro si esta bella
Mujer sueña conmigo o yo sueño con ella! —

. . . .

...Y adoro su perfume de exótico país;
Sus movimientos rítmicos, suaves como un desliz:
Y sus ojos dorados o rubios como un luis.

Fernan Silva Valdez.



CORINITA, LUIS, RAUL YJUAN ANTONIO MARTINEZ NAVIA SILVEIRA

Página de los Niños

La reina Isabel de Bélgica ha sido siempre una de las madres que más se ha consagrado a la divina misión de criar y educar a sus hijos.

Nunca su alta estirpe la ha llevado a la deserción del hogar, como sucede generalmente con las damas de noble alcurnia.

Isabel de Bélgica no sólo se ha dedicado a perfeccionar la educación de sus hijitos, a depararles una vida amable, plena de ternuras, de tranquilidades y de alegrías, sino que ha puesto lo mejor y más grande de su instinto maternal al servicio de los niños huérfanos de padres y huérfanos de caricias...

Mientras los países europeos se entregan a la cruel lucha, la piadosa y gentilísima reina y madre, entretiene su vida visitando hospitales y asilos que cobijan niños — que crecen al amparo de la tristeza y del dolor — dejando en todos ellos el rastro sublime de su corazón exquisito y de su ternura piadosa.

El día de su santo la reina y madre hizo presente a su pueblo el agrado con que vería que — aquéllos que fielmente la quisieran—ostentaran en su día la rosa de la reina, una pequeña y bonita florecilla que cuesta en todo tiempo tres centésimos, pero que ese día habría de venderse en diez.

Supérfluo es decir que millones de belgas lucieron la simbólica flor.

El producto total de la venta destinóse a los asilos y hospitales de niños. ¿Cabe gesto más hermoso y más humano que el de la reina madre Isabel de Bélgica?...

Las mujeres que saben asociarse a los encantos de la caridad que bien se ejerce, merecen el aplauso unánime de cuantos a conocer alcanzan esos actos que las elevan y las ennoblece.

Cuando alguna mujer, al ocuparse de sus propios hijos, no olvida los hijos ajenos que pueden carecer de lo esencial y les tiende piadosamente la mano nos obliga a pensar que la caridad no solamente la embellece de una manera única sino que nos la enseña bajo un atractivo más poderoso que el de la belleza.

De ahí que el nombre de Isabel de Bélgica sea pronunciado amorosamente por millares de niños que guardan para la reina y madre una gratitud profunda por toda la piedad que volcó sobre ellos.

Los hospitales y asilos belgas albergaron — por obra y gracia de un sublime y exquisito espíritu femenino — muchas caras de niños sonrientes, tranquilos, satisfechos, con los ojos plenos de luz y de alegría mirando de frente hacia la esperanza.

La Abuelita.



MARIO EDUARDO AUDISIO ABAL

Notas y Comentarios

PASANDO LAS HORAS

Con la gentilísima visita de su autora, la señorita Cleopatra Cordiviola, hemos tenido el placer de recibir el valioso obsequio de un libro de cuentos titulado "Pasando las horas".

La señorita Cordiviola, que firma con el pseudónimo de "Cleonice", es una distinguida escritora argentina, sumamente apreciada en los círculos literarios del vecino país.

Y nada más justo, nada más merecido que este concepto honroso de que goza. Sus dotes literarias son indiscutibles. Aun cuando no conocemos más obra de la señorita Cordiviola, que este libro de cuentos, basta él para evidenciar a una escritora meritísima, dueña de un estilo claro, conciso, justo.

Sus cuentos tienen todos una bella originalidad. Quizá se note en ellos un poco de infantilidad, pero esto, lejos de ser un defecto, es un encanto, y una demostración evidente de que no han influído en la escritora lecturas, ni ideas ajenas.

Vale este tomo de cuentos con valor intrínseco, y pone de manifiesto a una escritora muy bien orientada, para la cual el porvenir reserva muy legítimos triunfos.

"MANOJO DE FIBRAS"

Versos de dolor, de desesperación y de esperanza, califica su autor, el poeta español Luis Mallos, los que contiene el libro que titula "Manojo de fibras".

Efectivamente: todo el sincerismo de una vida atormentada, batida cruelmente por la realidad y llena de amargura por la destrucción de muchos ensueños, queda patentizado en esos versos de Mallol, que se dirían pedazos de alma expuestos en forma siempre bella y en oportunidades brillantes, a la mirada del lector, no siempre, por desgracia, capaz de entender estas delicadezas del sentimiento.

Dice Mallol en su prólogo, reasumiendo el espíritu de sus versos:

"No encontrarás lector, por más que busques,
otra cosa que páginas sencillas;
escritas, ¡eso sí! con el ensueño
de los que saben estimar la vida.
No encontrarás, lector, en estas páginas,
derroche de elocuencia parlanchina;
encontrarás tan sólo, y es mi orgullo,
el alma toda que he sentido mía.
Encontrarás quizá de mis angustias
noches más largas que la pena misma,
y puede que también halles al paso
una gota de miel en tres de acíbar;
que no hemos sido todos destinados
para vivir de halagos y sonrisas,
y en ocasiones el dolor acerbo
se clava en nos como una aguda espina...
Son mis versos, lector, huérfanos pobres
de cualquier pulimento y maestría;
son los hijos del alma; son mis hijos,
y llevan los pecados de mi vida.
Acógelos así como son ellos,
y niégalos también, mas no los riñas,
que para ser sinceros han nacido
en un mundo de engaños y mentiras".

Los versos del señor Mallol, como lo hemos ya expresado, son siempre bellos y ponen de relieve una noble inspiración, un respeto muy acertado a la forma y una ausencia de modernismo enfermizo, que no puede tener cabida en poesías donde siempre domina un pensamiento, una idea, una impresión, una creencia.

UNA GRAN INDUSTRIA. — "Son más numerosas que las estrellas". ¿Quiénes? Pues las lamparitas Philips que se encienden en todo el mundo.

He aquí una industria que hoy tiene proporciones enormes. Curiosos son algunos datos históricos de ella. — El año 1915 la "Philips Glowlampworks Lda.", de Eindhoven, celebró el 25 aniversario de su fundación. El iniciador de esta poderosa Compañía, que envía sus productos a todas partes del mundo, es el señor G. L. F. Philips, que cursó sus estudios en el Instituto Técnico Superior de Delft, una de las instituciones más importantes de enseñanza industrial en Holanda.

Los principios de la que hoy es formidable industria, fueron difíciles, y solamente al año de haber iniciado la fabricación pudo suministrarse el primer lote de 50 lamparitas, las que, por una rara casualidad fueron vendidas a una fábrica de velas, en Gouda. Esto sucedía en el año 1892.

Al año siguiente, la fábrica produjo 11.000 lámparas, pero sin ganancia alguna para los propietarios; en el año 1894 la ganancia fué de 130 florines, con una producción total de 70.000 lamparitas.

El señor A. F. Philips se asoció con su hermano, iniciador de la nueva industria, y se hizo cargo de la parte comercial. Esta cooperación y división del trabajo empezó a dar sus resultados, y en el año 1895 el señor G. L. Philips lograba producir 200.000 lamparitas, mientras que su hermano aseguraba a la compañía una ganancia mucho mayor que la de los años anteriores.

La lámpara de filamento metálico triunfó en todo el mundo y la Fábrica Philips fué de renombre universal.

Pero no se detuvo allí el poderoso esfuerzo. En 1913 se inventó la lámpara de medio watt y hoy es Philips quien fabrica estas admirables lámparas, cuya luz blanca y poderosa, ha suprimido la noche en el hogar y en la calle.

Hoy trabajan en las fábricas Philips más de 5.000 operarios, los que se alojan en las casitas obreras hechas por la Compañía y que constituyen Philipsdorp. En esta ciudad de Philips, los obreros viven en pequeños chalets, en buenas condiciones higiénicas y morales, contando con sociedades deportivas, iniciadas por los señores Philips para el bienestar de sus empleados.

Obreros y empleados tienen asegurada la vejez con una pensión que abona la casa Philips.

Las fábricas cuentan con grandes laboratorios, donde trabaja el personal técnico dedicado a estudiar continuamente los posibles perfeccionamientos.

LA BELLEZA FEMENINA



El rostro es lo que mas luce en la belleza femenina. Conservar el rostro debe ser la preocupacin de toda mujer elegante.

Complemento obligado de la hermosura facial, es la cabellera. Una carita deliciosa, mal complementada por una cabellera antiartística es el derrumbe de todo efecto estético.

La cabellera es algo así como el airón que va proclamando una elegancia exquisita.

¿Saben peinarse nuestras mujeres? En general no.

Y no lo saben, porque no consultan a quienes pueden darles indicaciones precisas sobre la línea a seguir para obtener, en esta parte de la toilette, todas las ventajas fácilmente accesibles a una mujer elegante.

El peinado no es un detalle de menor cuantía. Al contrario, reclama una atención y condiciones de ejecución que no se improvisan.

¿Como pueden nuestras elegantes llegar a esa perfección? Pues muy sencillamente:—recurriendo al consejo, a la enseñanza a la orientación del técnico, del que ha hecho en la materia un estudio especial—y conoce todos los efectos.

Para cada sitio al que acude la mujer debe cuidar de la variedad de su peinado.

El traje reclama también una uniformidad con el arreglo de la cabellera.

Son estos detalles que no deben parar desapercibidos para una mujer que quiera conservar siempre la línea.

Hoy las modas tienden a complicar nuevamente los peinados.

Pero a complicarlo dando preferancia, a las formas clásicas, digámoslo así.

No debe ser esto desconocido por las que pretendan de chic.

Por otra parte la conservación del cutis es otro renglón importantísimo en la toilette femenina.

Un rostro se conserva terso, fresco, dulcemente coloreado si se le dedican esmerados y continuos cuidados. No es con las mezclas dudosas de la qumica barata que esto se obtiene.

Es necesario también el consejo experimentado y el estudio complejo de un profesional de la "bouté" el que debe orientar a las damas cuidadoras de su tez.

¿A quien recurrir? preguntaréis.

Pues a una persona que pueda guiar con experiencia y con la responsabilidad de sus consejos.

En Montevideo existe una persona, cuyos estudios y cuya práctica lo acreditan maestro en estas difíciles materias del tocado femenino. Nos referimos al señor José M. Bonacera, experto y conocidísimo profesor.

A él hemos recurrido siempre que necesitamos de una indicación precisa y en estas consultas que le formulamos para responder al pedido de una suscriptora, hemos podido compulsar sus vastos conocimientos, su grande preparación y su firme criterio artístico.

Es un verdadero maestro.



No lo olvideis, lectoras: la cabellera y el rostro deben ser vuestros cuidados mas especiales, mas constantes y mas firmes.

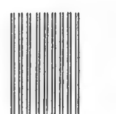
Acordaos de Ninon de Lenclos, cuya belleza no conoció la amargura desesperante de una marchita vejez

La guerra europea, casi mundial, a fuerza de influir en los diversos órdenes de las actividades humanas, también ha impuesto sus características a las modas femeninas. En el grabado que publicamos, el lápiz de un dibujante de fino esprit, ha puesto en evidencia la influencia de las cosas bélicas en el tocado femenino. El casco francés, el casco acerado que resguarda un tanto de las balas el cráneo de los combatientes, ha sido imitado en los sombreros de las elegantes. El casco de combate está adornado con el símbolo del arma a que pertenece su propietario; al "casco" femenino lo adorna una rosa. También el sombrero femenino es de guerra: les sirve a ellas para sus combates de coquetería.





INFLUENCIA DE LA GUERRA EN LAS MODAS FEMENINAS




El buen público del cinematógrafo



Cascadas de frescas risas ponen una alegría ingenua en el salón donde se dá una sección cinematográfica para espectadores menores de diez años.

La cinta que se proyecta y que a nosotros no nos es dado ver, seguramente es, en el momento en que el fotógrafo ha impresionado la placa, de una excepcional comicidad, ya que provoca una alegría desbordante y temultuosas carcajadas en el pequeño público de bocas abiertas y ojos asombrados, y de manos que se juntan estrepitosamente para aplaudir.

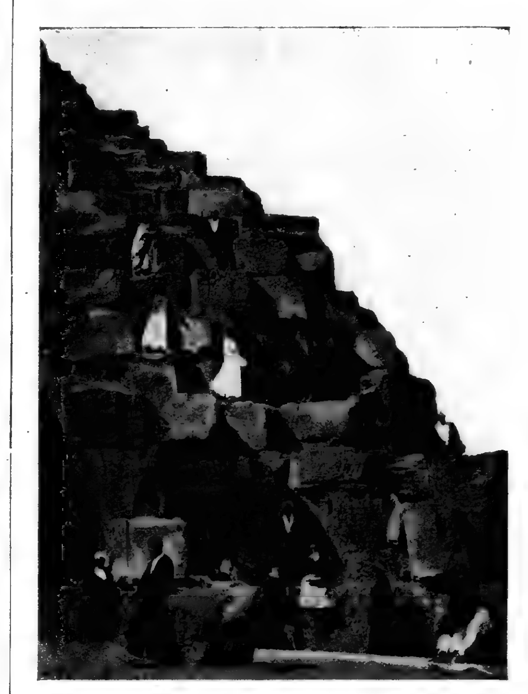
Las caritas de los chicos son alegres e interesantes. Pero cuánto más interesantes y curiosas, y más diversas son las fisonomías de las chiquillas!...

Las hay que poseen la alegría discreta y moderada, las que la tienen exuberante y excesiva; las que ya la tienen fina y coqueta y las que se ríen simple y llanamente, porque hace bien vivir cuando se es bebé y se os lleva al cinematógrafo — esa sorprendente linterna mágica! que sólo debía funcionar para instruirnos y distraernos infinitamente y no, como tantas veces sucede, para hacernos asomar cruelmente a la Vida que aun ignoráis y no podéis comprender.

Y aquí encaja perfectamente un reproche para las madres que no cuidan de la selección de los programas en los cines, cuando se trata de enviar a ellos a los pequeñuelos.

No procediendo a este trabajo de selección ocurre generalmente que los chicos presencian el desarrollo de cintas, en absoluto inconvenientes para su candor, para la delicadeza de sus sentimientos, incontaminados de toda influencia malsana. Vistas terroríficas, vistas en muchas de las cuales se rodea el delito con el brillo de hazañas, y que son una malsana enseñanza.





Estado actual de las grandes pirámides. Un ángulo de uno de esos grandiosos monumentos.

GUIA PROFESIONAL

MEDICOS

Dr. Francisco Soca — San José 822

Dr. Luis Mondino — Uruguay 936

Dr. Alberto Mañé — Paysandú 830

Dr. Juan C. Dighiero — Mercedes 922

Dr. Federico Garzón — Millán 374

Dr. Albérico Isola — Uruguay 967

Dr. Julián Alvarez Cortes — 8 de Octubre 218

Dr. Juan A. González Tafernaberry — CIRUJANO PARTERO — Boulevard Artigas 1419

Dr. Elvio Martínez Pueta — Ada. Gral. Rondeau, 1512

Dr. Constancio Castells — 18 de Julio 1998

Dr. Arturo Alvarez Mouliá — 25 de Mayo 269

ABOGADOS

Dr. Claudio Williman — Av. Brasil y Ellauri

Dr. Carlos Martínez Vigil — Zabala 1426

Dr. Blas Vidal — Rincón 442

Dr. Luis A. de Herrera — Colón 1308

Dr. Germán Roosen — 25 de Mayo 428

Dr. Agustín Cardoso — Treinta y Tres 1405

Dr. Alberto A. Márquez — Cerrito 455

Dr. Pablo Zufriategui (hijo) — Uruguay 780

MEDICO VETERINARIO

Dr. Antonio De Boni — Chucarro 74 (Pocitos)

DENTISTA

Artigas Mier Odizzio — Reducto 2491

MASAJISTA

Carlos Siemers — Convención 1234

ARQUITECTOS

Arteaga y Lasala — Alzaibar 1313

ESCRIBANOS

Mario Henón — Rincón 472

Mario Márquez — Av. Brasil 154

REMATADOR

Antonio Zorrilla — Misiones 1264



Lujoso y amplio salón de te en el gran magazín "La Nueva Sirena"





UN ELEGANTE SITIO DE REUNION



El salón de te en "La Nueva Sirena"

ES indudable que el grande magazin "LA NUEVA SIRENA" es el que con mayor frecuencia ofrece al público importantes modificaciones de organización y atractivos más novedosos para despertar la atención de su inmensa clientela.

LA reforma que acaban de introducir sus propietarios es digna de todo aplauso. En todas las grandes capitales, los magazines de la importancia de "LA NUEVA SIRENA" tienen en la parte quiza más lujosa de su dependencia un salón de te, que es sitio obligado de reunión de importantes núcleos de la sociedad elegante. Esos salones tienen todo el prestigio de los lugares preferidos por las damas y caballeros de más alta posición social para unas selectísimas reuniones a la hora del te. En ningún sitio como allí, más encantador.

PUES bien, "LA NUEVA SIRENA" cuenta con un suntuoso salón de te. Es el primero que de esa índole se inaugura en Montevideo, y realmente, a trueque de emplear una socorrida frase, diremos que un tal sitio de reunión y esparcimiento era una sentida necesidad.

ALLI nuestras damas y caballeros tendrán un hermoso, elegante y distinguido lugar de tertulia en las tardes invernales. Bellamente decorado, con todas las ventajas de un bien entendido confort, amplio y alegre, el salón de te del importante magazin montevideano ha de transformarse en breve en el sitio más elegante de tertulia, el preferido de nuestras damas, que se hallarán allí poco menos que en sus salones propios.

AL chic de la instalación, en la que no se ha escatimado gasto alguno a fin de que el más exigente no encuentre un solo detalle en desentono, se agrega la corrección del servicio, atendido por un personal absolutamente idóneo.

ADEMAS, todos los días, de 4 a 7 p. m. una correctísima orquesta ejecuta elegidos programas de concierto y con este complemento, la atracción que ejerce el salón de te de "LA NUEVA SIRENA" es irresistible.

POR otra parte los precios que rigen en esta nueva dependencia de "LA NUEVA SIRENA", son exactamente iguales a los comunes en las confiterías. Sólo que, en ninguna otra parte, se puede estar tan a gusto como allí, ni el té es tan exquisito, ni tan delicadamente servido.

RAPIDAMENTE este salón de tertulia se ha transformado en el sitio más chic de Montevideo, pues ya vemos que nuestras damas se aprestan a concederle con su diaria presencia todo el mayor prestigio y brillo.

TERMINAREMOS, manifestando que el salón ocupa la parte alta del edificio y que un ascensor lleva hasta él.

ASI, pues, la crónica social tiene que citar las horas del te en el salón de "LA NUEVA SIRENA" como manifestaciones de alta sociabilidad y elegancia.



DOÑA PLÁCIDA BUXAREO DE CIBILS

SELECTA

POR la distinción y rango social de su familia, por sus virtudes, por su belleza, fué la señora Buxareo de Cibils venerable fundadora de una familia cuyos descendientes tienen hasta hoy puesto de honor en el escenario de nuestra sociabilidad.—La matrona que nos ocupa integró conjuntamente con otras ilustres damas de la época, la comisión de señoras de la Beneficencia Pública que tantos bienes aportó a los desheredados y al país.



[illegible]NA [illegible]CIDA SUAREZ [illegible]

La Argentinita

Saqué un cuadernito de notas y ella, disimuladamente, alargó la cabeza y se dispuso a leer lo que yo escribía... Sin levantar los ojos del papel y sin darle importancia a mi pregunta, le dije:

¿Sabe usted leer?...

Encarna se encendió de indignación y, haciendo un gracioso mohín de enojo, protestó airadamente:

—¡Vaya una pregunta!... Sí, señor; sé leer y escribir... Me he educado en un colegio de monjas...

—¡Caramba! —exclamé yo.

—Sí, señor... Y aquí en mi casa ni las criadas necesitan del memorialista... Aquí sabe leer hasta el gato...

—¡Muy bien, señorita —disculpé yo. —Perdone la indiscreción. Entonces, si sabe usted leer, tomaré mis precauciones.

Y éstas consistieron en tapar con mi mano izquierda el cuaderno de notas.

—¡Ay, qué gracioso! —murmuró ella. —Creería usted que miraba... Nada de eso. ¡Lo que usted escribirá ahí!... Bueno, le advierto a usted que se va a ver negro para hacerme a mí una interviú...

—¿Por qué? —inquirí extrañado.

—Porque yo no tengo nada interesante que contar... A mí no me ha ocurrido nunca nada. Soy, como dice Benavente, "una mujer sin historia"... Además muy sosa.

Yo sonreí y murmuré:

—No lo creo, *Argentinita*... Ya hablaremos alguna cosilla que se leerá... Pero es preciso que usted sea usted...

—¿Cómo que sea yo? —preguntó asombrada. —¿Es que ahora soy una vecina mía?...

—Algo parecido... Quiero decir, que es preciso que deseche usted esos pequeños temores que la tienen invadida... Está usted inquieta... algo azorada... ¿Es que cree usted que yo, *El Caballero Audaz*, le voy a hacer una cosa que la perjudique?...

—¡Oh, no! ¿que he de creer tal cosa? —mintió ella por cortesía. —Ya sé que usted es muy discreto.

Esta vez el indignado fuí yo...

—No, señorita...: ¡discreto, no!...; eso jamás... Soy muy indiscreto, pero soy también algo galante...

—Sí, es verdad... —rectificó. —Es usted muy indiscreto; por eso estoy preocupada... Le advierto a usted que sus informaciones las leo siempre. La de Amalia era muy graciosa... ¡Oh! y la de Tórtola era muy pintoresca... y la de Pastora.

—Y la de usted —la interrumpí —la dejará satisfecha. Descuide...

La gentil artista se tranquilizó con estas últimas sinceras palabras mías... Volvió ella a la naturalidad...

Estábamos en un coquetón gabinetito de su casa. Ella, sentada en un sofá, entre dos muñecas; yo, en un sillón, a su lado... Desde allí se veía el tocador y la *coqueta* del gabinete cercano. La bailarina se hallaba pálida... Sus ojos, muy brillantes y muy negros, de linda japonesita, estaban velados por una melancolía suprema... Ella se esforzaba por tenerlos alegres y vivaces; pero... ¡no era eso!...

Un brillante adornaba su descotito moreno y escuálido.



—¿Se llama usted Encarna?

—Sí, señor; para toda la vida.

—Yo creía hasta hace poco que era usted andaluza.

—Pues creyó usted mal... Soy nacida en Buenos Aires; por eso me llamo *la Argentinita*; si no me llamaría *la Sevillanita*.

—No veo la lógica... ¡pero en fin!... ¿Desde pequeña nació en usted la afición por el baile?...

—Sí, señor. —Y agregó en broma: —*Desde la más tierna infancia me aficioné por la danza.* Son unas aleluyas que me he hecho yo misma —muy malas por cierto, —pero es la verdad. Mire usted, ahí hay un retrato de cuando yo tenía seis años, y estoy ya con mantón de Manila, castañuelas, y tengo tipo de *bailaora*...

Y contemplamos la fotografía que nos indicaba Encarna.

—¿A qué edad vino usted a España?...

—Entonces: a los seis años... Aquí entré en un colegio de monjas, y al mismo tiempo iba a la academia de Julia Castelao...

—Eso es una paradoja encantadora. Monjas y bailarinas...

—Pues a las monjitas bien les gustaba verme bailar...

—¿Y la afición por el baile partía de usted o era por consejos de sus papás?...

—No, no. Yo tenía una afición loca; mi padre también es muy aficionado y a tocar la guitarra... Le advierto a usted que en casa todos sabemos bailar...

—¿A qué edad debutó usted?

—A los ocho años, en San Sebastián... Una casualidad; verá usted. Nosotros acostumbramos a ir allí a veranear. ¡No dirá usted que no éramos elegantes! ¡Ay! Allí, en San Sebastián, me vió bailar el señor Pardiñas, empresario del Circo que se quemó. "A esta chiquilla me la llevo yo a mi teatro para que baile delante del público..." Y así... así, casi en broma, debuté en el Circo y bailé un mes seguido. Ya ve usted: mi carrera artstica empezó en broma y... me parece que todavía sigo en broma... Es decir —rectificó cómicamente, —ya no hemos tomado esto del baile muy en serio...

Y Encarna se reía infantilmente mostrando sus dientes muy blancos y perfectamente apiñados.

—¿Y qué sueldo le dieron a usted en San Sebastián?...

Un duro diario... Yo no pedí nada, pero al final de mes me dieron treinta duritos...

—¿Y gustaba entonces?...

—Yo no sé... —respondió ingenuamente. —No me acuerdo. Mi familia dice que sí. De San Sebastián vine a Madrid y continué mis estudios con las monjas y con las bailarinas hasta los once años, que me salió un contrato para Zaragoza, ganando cinco duros.

—¿Y qué impresión le produjo a usted el público la primera vez que salió a trabajar?

—¡Oh! Nada; ninguna... Ahora, sí; conforme voy siendo mayor me infunde más respeto.

Una indiscreción... ¿Cuántos años tiene usted?...

—Veinte... ¿Qué?...—Y se me quedó mirando fijamente.

—Que no representa usted más que diecisiete.




Lujoso y amplio salón de te en el gran magazín "La Nueva Sirena"



UN ELEGANTE SITIO DE REUNION

El salón de te en "La Nueva Sirena"



ES indudable que el grande magazín "LA NUEVA SIRENA" es el que con mayor frecuencia ofrece al público importantes modificaciones de organización y atractivos más novedosos para despertar la atención de su inmensa clientela.

LA reforma que acaban de introducir sus propietarios es digna de todo aplauso. En todas las grandes capitales, los magazines de la importancia de "LA NUEVA SIRENA" tienen en la parte quiza más lujosa de su dependencia un salón de te, que es sitio obligado de reunión de importantes núcleos de la sociedad elegante. Esos salones tienen todo el prestigio de los lugares preferidos por las damas y caballeros de más alta posición social para unas selectísimas reuniones a la hora del te. En ningún sitio como allí, más encantador.

PUES bien, "LA NUEVA SIRENA" cuenta con un suntuoso salón de te. Es el primero que de esa índole se inaugura en Montevideo, y realmente, a trueque de emplear una socorrida frase, diremos que un tal sitio de reunión y esparcimiento era una sentida necesidad.

ALLI nuestras damas y caballeros tendrán un hermoso, elegante y distinguido lugar de tertulia en las tardes invernales. Bellamente decorado, con todas las ventajas de un bien entendido confort, amplio y alegre, el salón de te del importante magazín montevideano ha de transformarse en breve en el sitio más elegante de tertulia, el preferido de nuestras damas, que se hallarán allí poco menos que en sus salones propios.

AL chic de la instalación, en la que no se ha escatimado gasto alguno a fin de que el más exigente no encuentre un solo detalle en desentono, se agrega la corrección del servicio, atendido por un personal absolutamente idóneo.

ADEMAS, todos los días, de 4 a 7 p. m. una correctísima orquesta ejecuta elegidos programas de concierto y con este complemento, la atracción que ejerce el salón de te de "LA NUEVA SIRENA" es irresistible.

POR otra parte los precios que rigen en esta nueva dependencia de "LA NUEVA SIRENA", son exactamente iguales a los comunes en las confiterías. Sólo que, en ninguna otra parte, se puede estar tan a gusto como allí, ni el té es tan exquisito, ni tan delicadamente servido.

RAPIDAMENTE este salón de tertulia se ha transformado en el sitio más chic de Montevideo, pues ya vemos que nuestras damas se aprestan a concederle con su diaria presencia todo el mayor prestigio y brillo.

TERMINAREMOS, manifestando que el salón ocupa la parte alta del edificio y que un ascensor lleva hasta él.

ASI, pues, la crónica social tiene que citar las horas del te en el salón de "LA NUEVA SIRENA" como manifestaciones de alta sociabilidad y elegancia.



La Argentinita

—¡Oh, qué bien!... Pues sea usted bueno alguna vez y ponga los que represente nada más...

—¿Y tendrá usted ya muchos cuartitos ahorrados?...

—Qué curioso!... No sé... Como yo no los guardo... ¿Acaso tengo yo manos de contar dinero?...

Señorita, usted tiene manos de hacer castillitos con los naipes. ¿Quién le guarda a usted el dinero?

—Papá y mamá...

Hubo un silencio. Ella no sabía que hacer con sus lindas manos de alabastro. Hojeaba un album.

—Pues bien, señorita, estoy muy disgustado...

—¿Por qué? — inquirió ingenua.

—Porque no me dice usted nada interesante...

Hizo un gesto de apenada...

—¿Y qué quiere usted que yo le haga?... Ya se lo dije antes.

—Es que es usted una mujer fría de alma...

—No lo crea usted; las apariencias engañan... Soy una polvorilla...

—¿Cuántos novios ha tenido usted?...

—Ninguno...

—¿Ninguno? — exclamé, asombrado — ¡Parece mentira!...

—Y ¿qué quiere usted que le haga? La culpa la tienen los hombres, que no han sabido interesarme... Todos mis pretendientes desisten en seguida de mí, y luego se casan con una que se parece a mí... Esto ya me ha ocurrido con tres o cuatro... Es una pena esto de tener un físico tan vulgar.

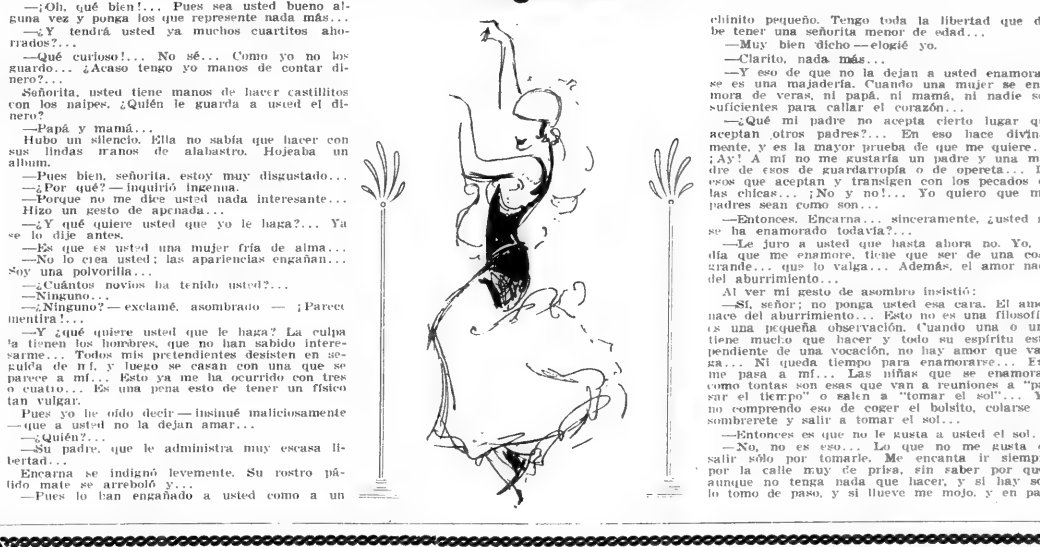
Pues yo he oído decir — insinué maliciosamente — que a usted no la dejan amar...

—¿Quién?...

—Su padre, que le administra muy escasa libertad...

Encarna se indignó levemente. Su rostro pálido mate se arreboló y...

—Pues lo han engañado a usted como a un



chinito pequeño. Tengo toda la libertad que debe tener una señorita menor de edad...

—Muy bien dicho — elogié yo.

—Clarito, nada más...

—Y eso de que no la dejan a usted enamorarse es una majadería. Cuando una mujer se enamora de veras, ni papá, ni mamá, ni nadie son suficientes para callar el corazón...

—¿Qué mi padre no acepta cierto lugar que aceptan otros padres?... En eso hace divinamente, y es la mayor prueba de que me quiere... ¡Ay! A mí no me gustaría un padre y una madre de esos de guardarropía o de opereta... De esos que aceptan y transigen con los pecados de las chicas... ¡No y no!... Yo quiero que mis padres sean como son...

—Entonces, Encarna... sinceramente, ¿usted no se ha enamorado todavía?...

—Le juro a usted que hasta ahora no. Yo, el día que me enamore, tiene que ser de una cosa grande... que lo valga... Además, el amor nace del aburrimiento...

Al ver mi gesto de asombro insistió:

—Sí, señor; no ponga usted esa cara. El amor nace del aburrimiento... Esto no es una filosofía. Es una pequeña observación. Cuando una o uno tiene mucho que hacer y todo su espíritu está pendiente de una vocación, no hay amor que valga... Ni queda tiempo para enamorarse... Eso me pasa a mí... Las niñas que se enamoran como tontas son esas que van a reuniones a "pasar el tiempo" o salen a "tomar el sol"... Yo no comprendo eso de coger el bolsito, colarse el sombrerete y salir a tomar el sol...

—Entonces es que no le gusta a usted el sol...

—No, no es eso... Lo que no me gusta es salir sólo por tomarle. Me encanta ir siempre por la calle muy de prisa, sin saber por qué, aunque no tenga nada que hacer, y si hay sol, lo tomo de paso, y si llueve me mojo, y en paz.

La Argentinita

Y *la Argentinita* hablaba ya con una soltura y una gracia extraordinarias... Continuó: — A mí la noche me seduce. Me gusta mucho... Yo en las secciones de tarde trabajo de mala gana; en cambio, por la noche me agrada mucho... Nada en la vida, para mí, tiene el encanto de una madrugada de otoño o de primavera... Los artistas somos como grillos... Vivimos de noche...

—¿Se levanta usted tarde?

—Cuando no tengo nada que hacer, a las doce, y cuando tengo algo que hacer, a las doce y media.

Reímos y murmuramos.

—Encarna, usted es una mujer que ofrece tres aspectos distintos.

—Digamelos usted... ¡digamelos usted!..

—En el escenario y ante el público es usted encantadora y graciosa... En la calle... ¿Me permite usted que se lo diga?...

—Sí, sí...

—En la calle es usted *patosilla*.

Me interrumpió:

—Usted es miope, mi querido amigo... Usted me ha mirado de lejos y le he parecido una niña cursi de esas de cuarto piso con piano... Nada de eso... La gente que me trata dice que... ¡vamos!... que soy graciosilla...

—No basta; la gente es muy aduladora...

—¡Y usted un guasón!

—Conformes. Y su tercer aspecto es en la intimidad, donde vuelve usted a ser salada y graciosa como en las tablas.

—¿Y usted cree que esto es en la intimidad?...

La pregunta me dejó sin respiración.

—Relativa... Nada más que relativa... Soltó una carcajada maliciosa.

Callamos... Ella acariciaba la cabecita de una de sus muñecas, y como viese que yo me fijaba en ellas, exclamó ingenuamente:

—Estas son mis hijas... Se las presento a usted.

Y, entregándome las manos de las muñecas, dijo cómicamente:

—Manolita Algarroba y Cristeta Tab'adillo; a Cirila la tengo en el teatro. Tiene usted que ir por allí para conocerla. Es deliciosa, graciosísima... Tiene magníficos golpes... Como la tengo en una reprisa, siempre se está cayendo al suelo y... ¡tiene muchos golpes!...

Elogié el chiste, aunque malo; pero dicho por boca tan fragante, mejoraba.



—Y... ¿ante qué público trabaja usted más a gusto?...

—Ante el de la Villa y Corte.

—¿Cuál artista de su género es la que más admira?...

Meditó.

—No sé... Amalia Molina, porque tiene aromilla andaluz. Además como a mí me gusta mucho el flamenco...

—¿Y qué proyectos o ilusiones guarda usted para el porvenir?

Se encogió de hombros.

Trabajar... Trabajar hasta que llegue eso que usted dice de enamorarse... Y sino, cuando sea vieja... muy vieja, que ya no pueda bailar ni nada, solicitaré que me den una plaza en el asilo de Pastora y en la Colonia veraniega de Amalia... Yo creo que ellas me la darán... ¿verdad?...

—Es posible. ¿Qué vicios tiene usted?...

—Ninguno... Es decir, sí; tomar café y el teatro... Pero eso del café no lo diga usted, porque ya estoy viendo que mis admiradores me van a regalar diez céntimos de caracolillo y moka.

—¿Tiene usted muchos admiradores?

—Todos los que les sobran a las demás...

—¿Recibe usted epístolas amorosas?...

—¡Oh!, muchas... Ayer me decía un pollo en una: "Si no me quiere usted tomaré duchas"...

—Y usted ¿por qué no le hace caso a alguno?...

—Ya se lo he dicho: porque no me gustan. Y... además, porque yo tengo un defecto de consideración.

—¿Cuál? — pregunté alarmado.

—No se inquiete usted, que no es para tanto... Es que soy sonámbula... Todas las noches, a la hora de haberme acostado, me levanto y me pongo en medio de la alcoba a bailar bulerías o boleros o rumbas... Algunas temporadas tienen que atarme a la cama... La cosa para un marido, es un poco seria... Cualquiera carga con ese hueso...

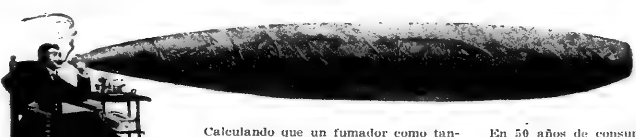
Y como me viera tomar nota, protestó encantadoramente:

—¡No! ¡No!...: eso no lo cuente usted...: Mire usted que lo demando...

—No importa... Ya está.

El Caballero Audaz.

Lo que se fuma en 50 años



Calculando que un fumador como tantos que andan por ahí, consume, dos cigarros de hoja al día, del peso de 15 gramos de tabaco. En un año habrá transformado en humo, 5 kilos 775 gramos de tabaco.

En 50 años de consumo el mismo fumador habrá consumido 288 kilos 750 gramos de tabaco.

Un dibujante dado a la estadística ha querido representar gráficamente el volumen de esa enorme cantidad de tabaco consumido en 50 años, y he ahí a ese fumador disponiéndose a consumir un cigarro colosal de 288 kilos 750 gramos.

Sería curioso saber ahora que cantidad de pelos, de residuos y demás sustancias ajenas al tabaco se consumen simultáneamente con los 36.500 cigarros de 7 gramos y medio cada uno de peso!

AÑO II — NÚMERO 15

MONTEVIDEO, 1918





Director: JUAN CARLOS GARZON

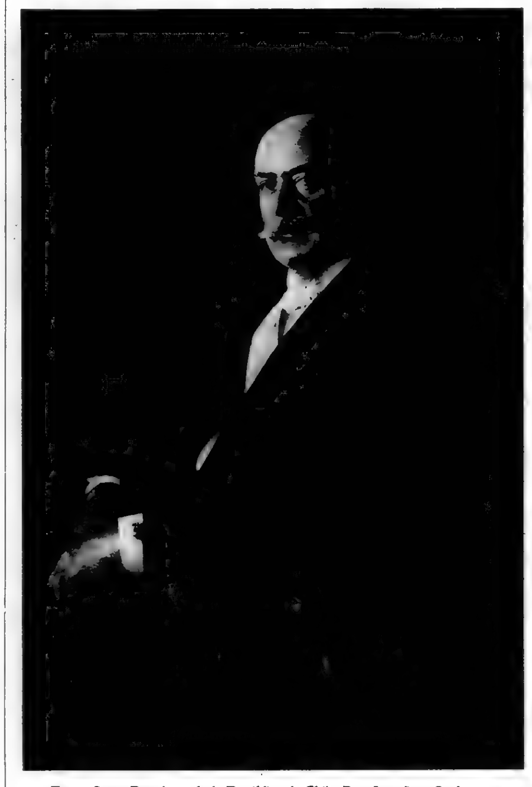
Guach de Santana.

PRIMAVERA

Primeras tardes de primavera: ternura inconfesada...—Chal desplegado a la tibieza de la brisa...—Caricia aérea... Incienso misterioso—Urna que una angélica mano inclina en el borde de los cielos...—¡Oh, que deseo turbando así el fondo de las almas—deja ese pliegue de languidez en las caderas de las mujeres!—El atardecer es de oro rosa y la alegría llena el aire—Y la ciudad esta tarde canta como el mar.—Está entreabierta la puerta del claro jardín de abril.—en los ligeros árboles tiembla una polvareda verde—un pueblo de artesanos desciende de los talleres—y en la sombra en donde sin cesar resuenan los pesados zapatos—se diría que una mano de Verónica enjuga las frentes rudas manchadas de sudor y de grasa.—La semana termina. Y he aquí que de repente—alegres de anunciar las Pascuas de mañana—se agitan las campanas en las viejas torres góticas.—Y volviendo del fondo de los siglos católicos—hacen estremecerse a pesar de todo con los antiguos calofríos—lo que queda de fé en nuestros cristianos huesos viejos.—Pero ya sonriendo bajo sus velos severos—la noche, la pagana noche, prepara sus misterios—Y el creciente de oro fino que asciende en el azul—refulge a cada instante más límpido y más puro. Sobre la ciudad quemante—serenada un instante—se diría que se ha posado una mano de mujer. Poco a poco se apagan los colores y los rumores;—el encanto de la tarde termina y... todo se torna azul—Inefable minuto en que el alma de la muchedumbre—se siente morir también con el día que fluye...—Y el corazón va flotando hacia tierras azares—en la sombra que se llena de estrellas por las linternas de los carros.—Primeras tardes de primaveras: ¡brisas, ligeras fiebres! —Dulzura de los ojos... Tibieza de las manos... languidez de los labios—Y el Amor con una rosa en la boca, deja—arrastrarse por el suelo un pedazo de su manto que se desliza,—con negligencia se apoya en el parapeto del río—Y cogiendo en el carcaj de oro una flecha nueva,—con los bellos ojos velados, adolescente cruel,—sonríe silencioso a la noche que consiente.

Alberto Samain.

Homenaje a una República Hermana



Exmo. Señor Presidente de la República de Chile, Don Juan Luis Sanfuentes

Debemos un homenaje a la República hermana de Chile, aprovechando la celebración del aniversario de su independencia.

Chile es una cúspide del progreso sudamericano. Es el centinela avanzado de la cultura continental puesto en guardia frente al Pacífico.

Tierra de hidalgos, de artistas; tierra donde intelectualidad y el esfuerzo material ha llegado a alturas admirables.

En Chile se conservan quizá como en ninguna otra nación sudamericana, las características de la vida española. Es un eco del coloniaje, de la época en que todas las noblezas tenían amplio arraigo y en que la vida aún se desarrollaba en sinceridad plena y hermosa.

Chile es uno país eminentemente intelectual. Y dentro de esa elevada intecletualidad la mujer ocupa puesto distinguidísimo.

La mujer en el libro y en la prensa de Chile desempeña, como en muchas otras manifestaciones de la cultura y el arte, un papel muy en armonía con los refinamientos y delicadezas de su noble espíritu. Haremos aquí una somera mención de las más distinguidas cultivadoras de las letras chilenas.

Inés Echeverría de Larraín (Iris) maneja efectivamente una pluma irisada, policroma, sutilmente impregnada de fantasía y misterio. Al leerla siéntese el espíritu subyugado por una fascinación extraña. Maga deliciosa, posee el secreto poder de sustraernos a las materialidades, a las crudezas, traiciones y envidias del antropoide que a diario soportamos y que nos envenena el ambiente. Ella es a nuestra atmósfera moral lo que el oxígeno a la atmósfera física.

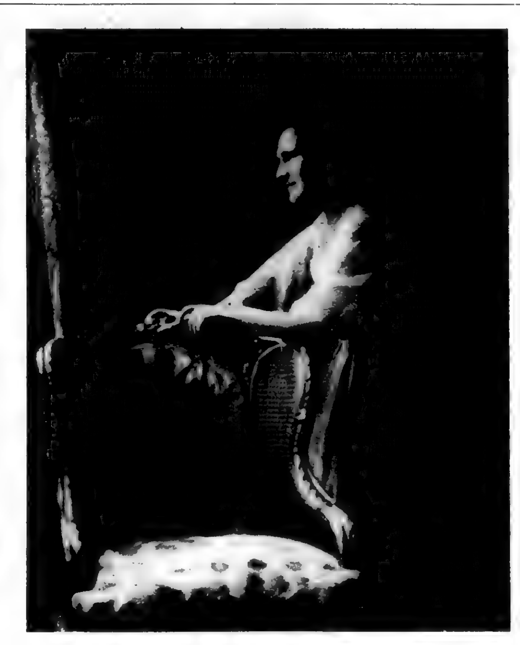
Ese "dominio de imaginación, de sensibilidad, de pensamiento", como dice Marcial Prevost, tratando de las "Reinas de las letras", caracteriza, como a *Iris*, a *Shade* (Mariana Cox de Stuven). Tiene esta exquisita escritora el privilegio de extraer, por decirlo así, las más sutiles esencias del espíritu, de penetrar hasta la más recónditas honduras de nuestro ser íntimo. Se diría, si ello no fuera impropio, que posee una seguridad asombrosa para manejar el escalpelo de las almas. Compruébalo, entre otras, su obra "Un Remordimiento", libro lleno de honda psicología y que es al propio tiempo un bello estudio moral. Ha producido otra obra muy aplaudida por la crítica: "La vida íntima de Marie Goetz."

Teresa Prats de Sarratea, que ha desempeñado nobilísima misión educadora propia de su sexo y de las tendencias de su espíritu superior y cultivado, es también una escritora de pluma fulgurante y aristocrática. Son sus temas favoritos los estudios acerca de psicología, arte y educación de la mujer. Muy celebrado ha sido entre otros de sus trabajos "El Romance de Mme. Récamier".

Amalia Errázuriz de Subercaseuax nos ha regalado con el libro "Roma del Alma", obra empapada en un poético y edificador misticismo. Posee una pluma elegante y sencilla, un espíritu observador y un estilo lleno de animación y movimiento. Anteriormente había escrito otro libro en el cual se hallan reunidas sus impresiones acerca de Jeuralem.

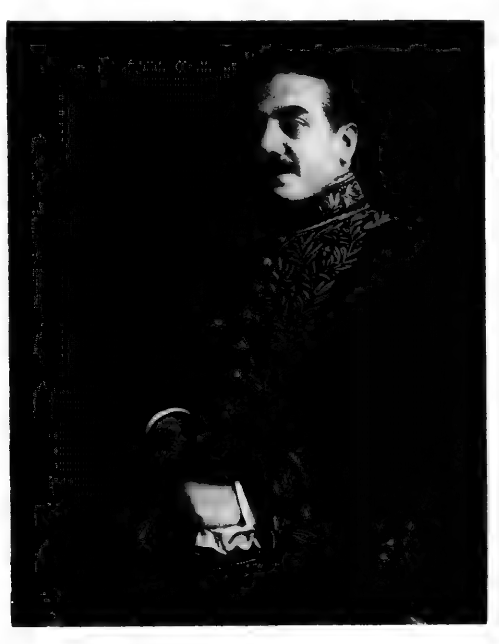
Y así podríamos continuar enumerando nombres, pero esta nota, destinada a expresar un homenaje de intensa simpatía a Chile no puede ser todo lo extensa que desearíamos y podría ser.

Vayan estas líneas como demostración de nuestro afecto profundo a la República hermana, una República, cuyo pueblo tiene firme concepto de su destino civilizador, destino que cumple con altura de miras realmente ejemplar.





Sra. Carmela Mackennan de Cuevas



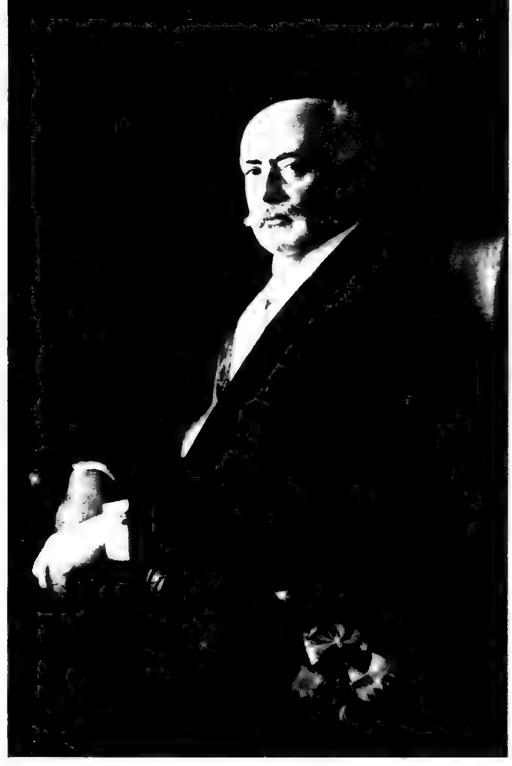
Exmo. Señor Ministro de Chile Don Enrique Cuevas

Sra. Pilar Saavedra de Supervielle

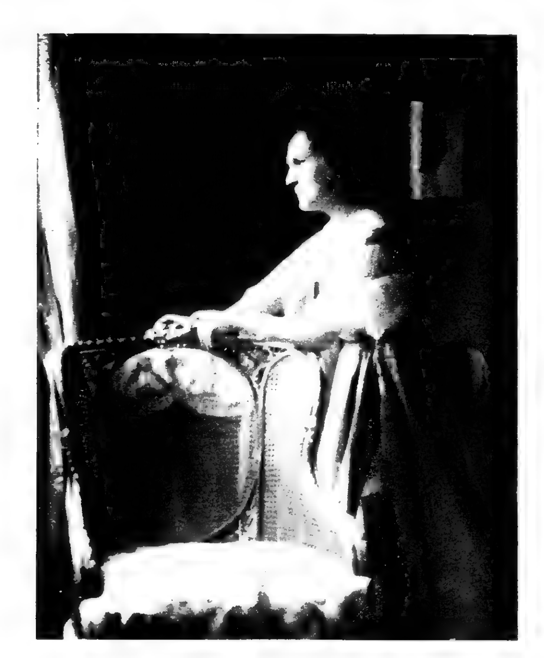
TODA una brillante personalidad en nuestro mundo social, es la señora Pilar Saavedra de Supervielle. —Tradiciones de cultura y de virtud se encuentran en ella, para darnos la expresión elevadísima de nuestras aristocráticas damas de hoy. Desde hace algunos años está radicada en Paris, donde su distinción ha dejado bien sentado el concepto de la mujer uruguaya.



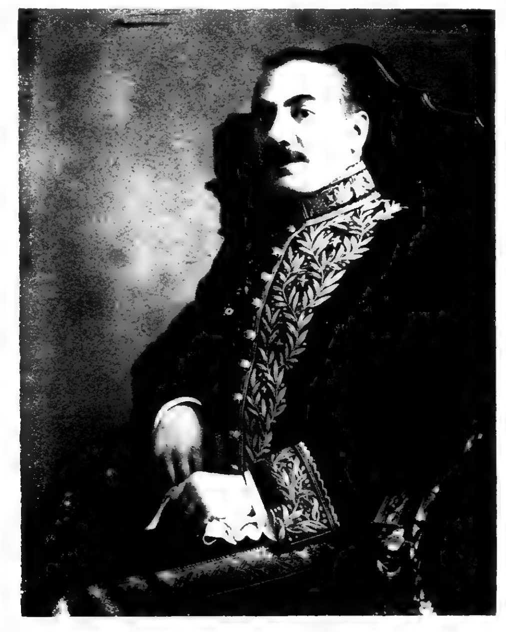
Homenaje a una República Hermana



Exmo. Señor Presidente de la República de Chile, Don Juan Luis Sanfuentes



[illegible] Cuevas

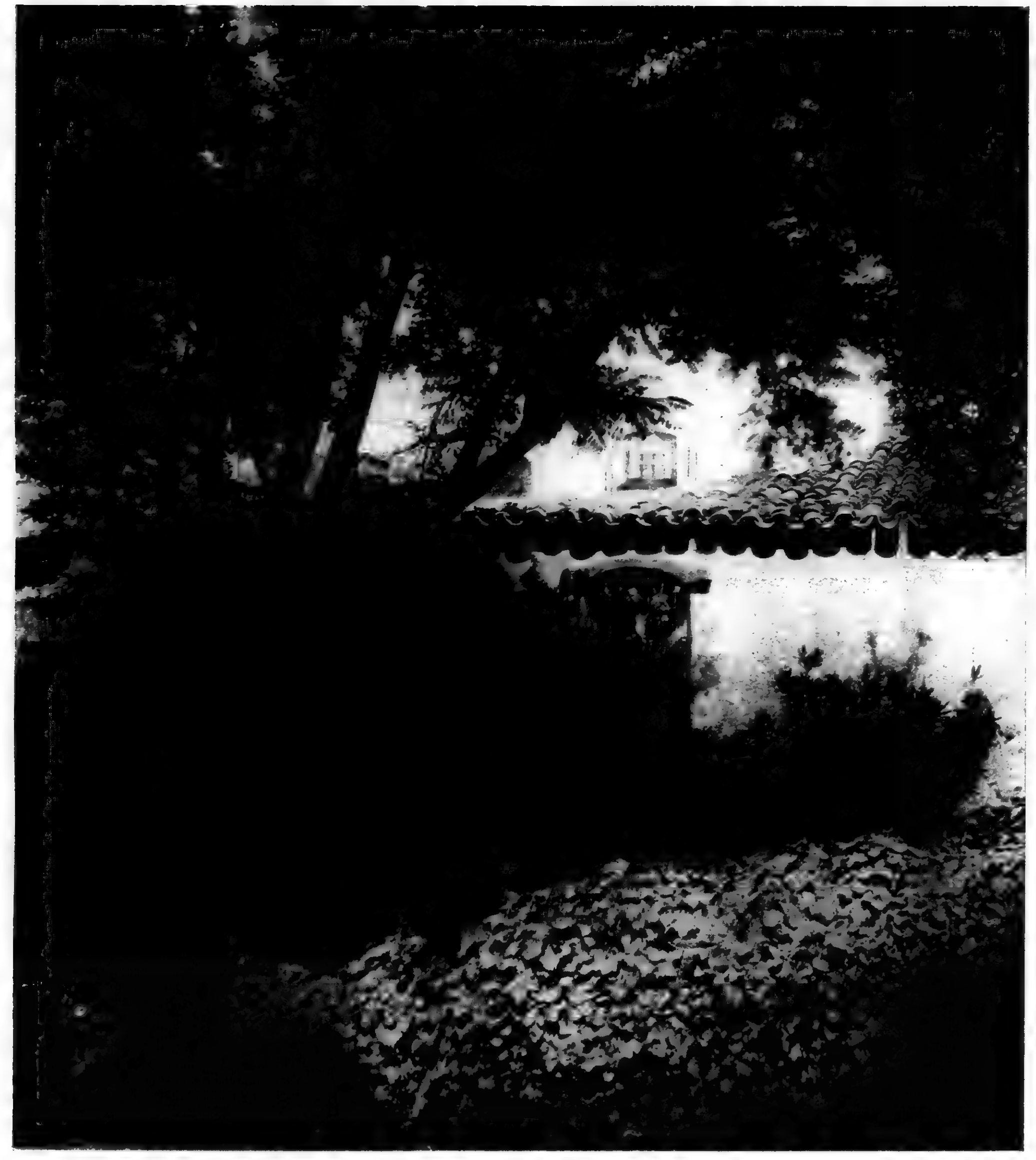


Exmo. Señor Ministro de Chile Don Enrique Cuevas



Sra. Pilar Saavedra de Supervielle

TODA una brillante personalidad [illegible] social, es la señora Pilar Saavedra de Super[illegible] [illegible] [illegible] [illegible] De [illegible] [illegible] radicada en París, donde [illegible] [illegible] sentado el concepto de la mujer uruguaya.



CASA SOLARIEGA DE RIOS — COLONIA ANTIGUA

Las ruinas tienen una magestad siempre impresionante. Una ruina es como un anciano: venerable. — Y es que los muros derruídos, las columnas derribadas, los tejados hecho polvo, han visto pasar al tiempo, guardan en si el respeto de las cosas que fueron, y que, a través de las edades, cobran un relieve extraordinario.

En nuestra Colonia secular hay ruinas admirables. He ahí ese patio que la habilidad de un talentoso "amateur" a la fotografía ha fijado en la placa con una exactitud y un carácter asombrosos.

Todas las características pintorescas de los patios de casas coloniales están alli reproducidos. Sol, amables y dulces sombras proyectadas por los árboles, flores en profusión, muros bajos para que el cielo no sea tan solo un marco azul en lo alto de un cubo de mampostería, como ocurre en las casas de varios pisos; ventanas de rejas españolas hablando de idilios a la luz de la luna, canalones que dan desagüe a los techos de teja...

Honda belleza tiene este cuadro colonial, que llega hasta nosotros para darnos una exacta unión de aquellas austeridades de otros días, austeridades que hasta en la disposición de las casas quedaba fuertemente evidenciada.

El espíritu de aquellas gentes perdura en los restos de sus habitaciones, que el tiempo ha respetado. Casas llenas de sol y de aire; casas donde la nobleza se transparente en la solidez de los muros, en la amplitud de las habitaciones, en la robustez de los pilares. Casas llenas de alegría, de luz, en cuyos patios los árboles y las flores tienen amplio sitio donde desarrollarse, donde expandirse para dar a la decoración un encanto extraordinario.

Explicable es que en aquellas casas tan amplias y tan aireadas, pudieran habitar hombres de tan elevada talla moral como los que construyeron los cimientos de la organización nacional, los que dieron elementos de gloria y de inmortalidad a la epopeya de la emancipación.

Fot. Páez Formoso.



Sra. María Elena Requena de Rodríguez Larreta y sus hijos.

Delicioso cuadro, donde los encantos femeninos aparecen magnificados por una expresión dulcísima de amor maternal. La señora Requena de Rodríguez Larreta es una de las más caracterizadas damas de nuestra sociedad, porque en ella se aunan prestigios propios y tradiciones patricias sobresalientes.



CASA SOLARIEGA DE RIOS — COLONIA ANTIGUA

Las ruinas tienen una magestad siempre impresionante. Una ruina es como un anciano: venerable. Y es que los muros derruidos, las columnas derribadas, los tejados hecho polvo, han visto pasar al tiempo, guardan en sí el respeto de las cosas que fueron, y que, a través de las edades, cobran un relieve extraordinario.

En nuestra Colonia secular hay ruinas admirables. He ahí ese patio que la habilidad de un talentoso "amateur" a la fotografía ha fijado en la placa con una exactitud y un caracter asombrosos.

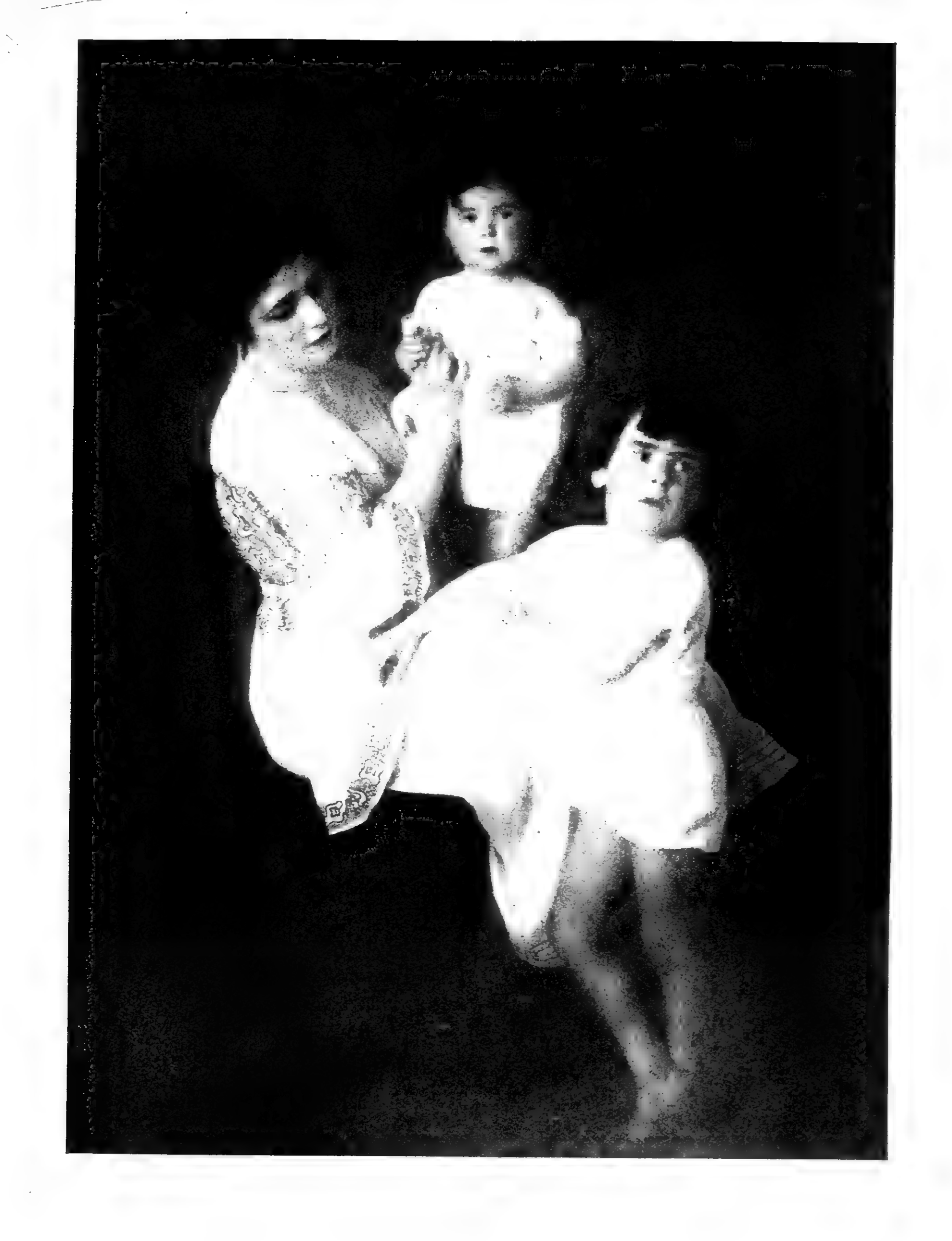
Todas las características pintorescas de los patios de casas coloniales están allí reproducidos. Sol, amables y dulces sombras proyectadas por los árboles, flores en profusión, muros bajos para que el cielo no sea tan solo un marco azul en lo alto de un cubo de mampostería, como ocurre en las casas de varios pisos; ventanas de rejas españolas hablando de idilios a la luz de la luna, canalones que dan desagüe a los techos de teja...

Honda belleza tiene este cuadro colonial, que llega hasta nosotros para darnos una exacta unión de aquellas austeridades de otros días, austeridades que hasta en la disposición de las casas quedaba fuertemente evidenciada.

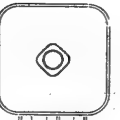
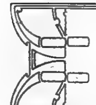
El espíritu de aquellas gentes perdura en los restos de sus habitaciones, que el tiempo ha respetado. Casas llenas de sol y de aire; casas donde la nobleza se transparente en la solidez de los muros, en la amplitud de las habitaciones, en la robustez de los pilares. Casas llenas de alegría, de luz, en cuyos patios los árboles y las flores tienen amplio sitio donde desarrollarse, donde expandirse para dar a la decoración un encanto extraordinario.

Explicable es que en aquellas casas tan amplias y tan aireadas, pudieran habitar hombres de tan elevada talla moral como los que construyeron los cimientos de la organización nacional, los que dieron elementos de gloria y de inmortalidad a la epopeya de la emancipación.

Fot. Paez Formoso.

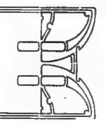
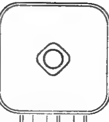


Sra. María Elena Requena de Rodriguez Larreta y sus hijos.

ARTE INDIGENA

DURANTE LA CONQUISTA

EXISTEN algunas notables colecciones de objetos de arte, hechos por los indígenas durante el largo período de la conquista y de la colonización.

El caballero argentino doctor Juan B. Ambrosetti, posee una gran cantidad de estas obras, realmente soberbias.

El arte indígena es un arte que se apoya en un cristianismo primitivo. Porque allá donde fué un soldado fué un fraile, y aun más allá, pues cuando aquél desmayó, éste encontró todavía fuerzas suficientes para reanimarle y encaminarle hacia el triunfo. Sólo que la cruz penetró más hondo que la espada y sus frutos fueron más duraderos.

Ahora bien, los religiosos penetraban en las almas en forma que demuestra su sutil ingenio. La idea de la trinidad, — por ejemplo, — en aquella representación del Renacimiento con la paloma del Espíritu Santo, no sería comprensible para las materialistas cabezas indígenas e inventaron la forma que muestra un cuadro de origen indígena: tres cabezas exactamente iguales. "Tres personas", "y un solo Dios verdadero". Los cultos eran todos de gran pompa y lucimiento, como para deslumbrar, y esta característica pasó a las costumbres de los colonizadores que la mantuvieron aumentando a sus expensas la suntuosidad de aquéllos y riqueza de trajes. Y no contenta cada familia con formar parte de alguna orden o congregación, levantaron ya una capilla o ya un altar, según los medios disponibles, con las imágenes de los santos predilectos.

La obra de los religiosos y la demanda de los particulares dió cierto cariz de prosperidad a los "artistas", que abundan precisamente en razón directa del elemento indígena.

Cabeza de San Juan, de un calvario. Es de algarrobo y una verdadera obra de arte criollo. Procede de Purma Marca, en Jujuy.

Hay quien cree que esto demostraría la tradición de poner el arte en manos serviles, — pero si se piensa que los cronistas de Méjico y el mismo Solís y los del Perú, como Antonio de Herrera, mencionan a los pintores como elemento profesional "en uso", podría deducirse que el arte durante la colonia no cambió de manos, sino de motivos y de aplicación. Los españoles, religiosos o civiles, aprovecharon inclinaciones naturales y las encauzaron a sus fines. El virrey don Francisco de Toledo envió, en 1572, unos lienzos a Felipe II, que representaban a los incas y a sus mujeres, y le proponía mandar algunos de los pintores indígenas "que aunque los indios pintores, no tienen la curiosidad de los de allá, que por la flema y poca pesadumbre de su naturaleza, creo que gustaría V. M. de tener algunos en las casas de Aranjuez y el Bosque y el Pardo, no los he osado ynbiar sin licencia, que no es gente con quienes menester hacer mas asiento que darles la comida y la manta con que se cubren."

De la condición de los tales artistas aún en época muy posterior, a mediados del siglo pasado, da una idea el relato de un viajero que pasó por el Cuzco y conoció a uno. Vivía en una inmunda pocilga, cocina, dormitorio, comedor, gallinero y taller, todo a un tiempo y en el mismo lugar. Su mujer tratábale de holgazán y borracho, pues apenas lo que pintaba satisfacía su amor por la bebida. El preparaba los colores y fabricaba sus pinceles, cortando pelo de los perros muertos. No tenía nociones de anatomía, ni conocía reglas de perspectiva, pero copia una cara de aquí, una mano de allá, un cuerpo de tal otra parte, ese "artista", como los que le precedieron y tal como se echa de ver en las obras que reproducimos, salvo las copias, como el Cristo que pintó el Demonio, cumplía sus encargos que, tratándose de Santos o Vírgenes, cobraba según el desnudo que mostraban.

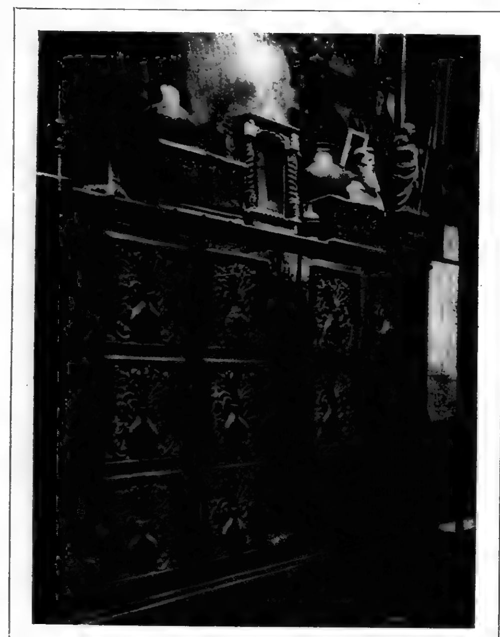
Desde Felipe II hasta Carlos IV, vinieron a América cuadros y esculturas de los más famosos artistas de la Península y la mayor parte fueron copiadas o imitadas, como sucedió con las labores en madera, arquetas, etc. Las tallas de puertas, de capillas o iglesias o de armarios, en cambio, alcanzaron a definir un verdadero arte colonial.

Así, por ejemplo, el armario de algarrobo y cedro, obra de exquisito buen gusto y quizás del siglo XVII que reproducimos.

El Cristo de Nogolí (San Luis), aparte de mostrar el ensañamiento del artista, pues le ha llenado el cuerpo de llagas, desgarraduras y sangre, es un ejemplo de como los religiosos querían que sus creencias entraran por los ojos.

La puerta de una capilla de Catamarca es del siglo XVIII, y es arte de decadencia, no así la otra de Salta, que no ofrece mezcla ninguna.

Como lo hace notar Julio Noé, las regiones de más abundante producción artística fueron aquellas donde predominó el elemento indígena. Allí ejercía su influencia absorbente la Compañía de Jesús y las órdenes Seráfica de Predicadores y Mercedarios. Estas disputaron a la primera la grandiosidad y lucimiento de las ceremonias del culto, pero sin resultado, pues los jesuítas no sólo inclinaron en su favor el espíritu de las familias colonizadoras, sino que acentuaron su poderío con el desarrollo y afianzamiento de las misiones que les proporcionaron riquezas y los elementos consiguientes a su predominio.

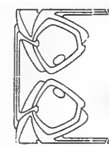


Armario de algarrobo y cedro.
Talla criolla del siglo XVII. Procede de Jujuy.

El carácter de la religión en la Colonia coincide con el que señala Julián Juderías para la época de Carlos el Hechizado en España: "Los días más solemnes, bulliciosos y alegres del año, eran aquellos en que se conmemoraban los grandes misterios de la fe y, sin necesidad de ello, bendecíanse los campos, los vientos, los ríos y las aguas, sacábanse en procesión los cuerpos de los santos lo mismo en épocas de sequía que en época de apuro y hasta el Santísimo servía para apaciguar los tumultos populares".

Es esa época americana la que proporcionó mas *obras de arte* indígena, cuyas muestras llegan hasta hoy con todo el encanto que les comunicaba el alma ingenua de sus autores.

Hay sin embargo en muchas de esas obras verdaderos destellos de intelectualidad superior, prueba que en los aborígenes había elementos de cultura fáciles de amplificar.



Monumento a Varela

Grupo "Los Colegiales"



DENTRO de pocos días se inaugurará en la plazuela que forman la convergencia del Boulevard Artigas, Avenida Canelones y Avenidaa Brasil, el monumento al Reformador de la Escuela Uruguaya: José Pedro Varela.

Es un homenaje que la Nación tributa a uno de sus hijos ilustres, a un uruguayo que tuvo visión clara del porvenir de la Patria.

Esta notable obra pertenece al gran escultor español don Miguel Blay.

Cuando Blay estuvo en la Argentina para dirigir la colocación de su monumento a Moreno, un periodista argentino hizo de él esta breve y exacta silueta:

"Entre la agitación de un anochecer, en la Avenida de Mayo, habíamos sorprendido días antes su recia y simpática figura de menestral catalán. Pasaba por en medio de los grupos bulliciosos, apresurado, algo triste, un si es no es cabizbajo. Rusiñol había dicho de él que parecía un pájaro mojado. Por lo menos tenía ese aire de abandono y sorpresa que caracteriza a los hombres fuera de su medio.

Sabíamos que Blay, el autor de tantas obras maestras, debía encontrarse en Buenos Aires. Lo habían dicho los periódicos, en breves sueltos informativos, casi a regañadientes. Pero lo que menos podíamos figurarnos era verle aparecer así, como le vimos en esa tarde, hundido también él en el anonimato de la multitud.

Fuimos a verle y al hablarle de sus trabajos corrió la abundante verba del artista. La transformación fué cosa de un segundo; bastó preguntarle por sus trabajos, por sus proyectos, por sus ideas. Entonces la barba enmarañada, esa barba de los escultores, se abre para dejar paso a una franca sonrisa; los ojuelos brillan, en el entusiasmo de la fe íntima y la frente parece ensancharse. Poco a poco se ve aparecer al hombre verdadero, el artista que se oculta vergonzante en tierra de comercialerías bajo la apariencia de cualquier burgués acomodado y una corriente de franca cordialidad tiende el puente a las confidencias".

Blay contribuirá también a embellecer nuestra ciudad, con el monumento a Varela.

Todos los que han visto el monumento elogian su armonía, su grandiosa concepción y la forma impecable con que ha sido ejecutado.

Damos de esa obra de arte un detalle, por el que podrá colegirse toda la belleza del conjunto.

Se titula el grupo: "Los colegiales", y en el aparecen reproducidos de mano maestra unos discípulos de una escuela popular. Hay una asombrosa energía de línea en la realización de las figuras y una armoniosa plasticidad en el conjunto.

Sobre todo el chico que aparece en primer término, tiene una verdad tan asombrosa que se diría puesto allí por la realidad misma.

Varela tendrá un monumento digno de su figura noblemente apostólica, digna de su obra grandiosa en pro de la educación popular.

La danza de los siete velos

Dentro de unos días se estrenará en el Teatro 18 de Julio, donde actúa con tanto éxito la Compañía Nacional dirigida por Supparo, una comedia en tres actos del señor Enrique Crosa titulada: "La danza de los siete velos". Las vinculaciones que nos unen con el autor nos prohiben adelantar juicio sobre esta nueva obra del conocido comediógrafo compatriota, aun cuando de ella emiten sus futuros intérpretes muy elogiosas opiniones. Damos de la obra las escenas finales del segundo acto, y a título de primicia.

EMA. — *(Después de una pausa).* Tú dirás...

ARTURO. — *(Saliendo de un momento de reflexión).* Estás más tranquila?

EMA. — *(Con amargura).* Te aseguro que no he de llorar...

ARTURO. — Así... Bien... Nada de sentimentalismos... ¿Tú crees que los merece la vida?

EMA. — *(Impaciente).* Concluyamos, Arturo. ¿Qué debo hacer?

ARTURO. — ¿Decidida a todo?

EMA. — *(Con energía).* A todo...

ARTURO. — Pues bien, escucha. He ganado anteanoche mil quinientos pesos... Los gané... Bueno, como los gané no hace al caso... El hecho es que los tengo aquí *(por la cartera).* Con esos pesos tenemos asegurados dos o más meses de vida, de buena vida... Vayamos a Montevideo. Cuando se concluya... pues... cuando se concluya nos separaremos... Tú, para seguir un nuevo camino... yo, para continuar el de siempre...

EMA. — *(Con desgarramiento).* Oh, Arturo!... Arturo!... ¡Qué angustia!...

ARTURO. — ¿Preferirías que te mintiera y que te dejara abandonada como hacen otros, como hacen muchos? No sé si lo que te propongo es bueno o malo. Pero es lo único que, lealmente, puedo proponerte... Piénsalo... *(Ema inclina la cabeza sobre el pecho y se inmoviliza con honda amargura, solloza quedamente. Es un instante decisivo para su vida. Ella lo presiente y se sobrecoje ante el misterio del futuro. Suena el timbre de la puerta de calle).*

ESCENA III

DICHOS Y RAQUEL

ARTURO. — *(Mirando hacia la puerta cancel).* ¿Eh?... ¡quién llamará?... Es raro! Voy a ver... *(Se dirige a la puerta cancel, hace mutis — una pausa — luego exclamación de Arturo).* ¡Raquel! ¿Qué ocurre? *(Ema al oír el nombre de Raquel se incorpora con sobresalto, después anhelante. Se oye en la derecha voces confusas y luego la de Arturo)* Entre... Estamos solos... *(Aparece Arturo y siguiéndolo con humildad y recelo, Raquel. Está muy cambiada, pobremente vestida, con un chal raído a la cabeza).*

EMA. — ¡Raquel! *(va hacia ella)* ¿Qué ocurre? ¿Está enferma mañana...

RAQUEL. — No hubiera venido, te lo juro, pero es que Antonio...

EMA. — ¿Te ha castigado otra vez?

RAQUEL. — *(Dice que sí con la cabeza y rompe a llorar).*

EMA. — ¡Bárbaro!... ¡Canalla!..

ARTURO. — Cariños conyugales!...

EMA. — ¡Pero, y por qué? ¿Que quiere? ¿No está conforme todavía?

RAQUEL. — *(Entre sollozos)* Llegó borracho... Quería dinero... Revolvió todos los cajones como un loco... Y me castigó.

EMA. — ¿Pero y tú, como llegaste aquí?

RAQUEL. — *(Con temerosa humildad)* Sí... comprendo, no debí venir... Pero... perdóneme Arturo!

ARTURO. — ¿Qué yo la perdone?... ¿Y por qué?

RAQUEL. — Es que no debí venir...

ARTURO. — ¿No debió venir por usted o por nosotros?... *(Con un poco de ironía).*

RAQUEL. — *(Con cortedad).* Por... Ema!...

EMA. — Raquel!...

ARTURO. — *(Conciliador).* Nada hay que reprochar, ni nada que perdonar... Ha hecho bien Raquel. ¿A que otra puerta pudo haber llamado? ¿Usted sabía que aquí estábamos nosotros? Pues aquí debía venir!... Hable, hable sin reparos... ¿Qué necesita?

RAQUEL. — *(Con vergüenza infinita).* Oh, yo... Usted es muy bueno Arturo!

ARTURO. — ¿Que soy bueno?... Sí... es posible... No se ha averiguado bien todavía que es lo bueno y lo malo... Pero en fin, yo quiero que me hable francamente... Yo la ayudaré... ¿Antonio la ha golpeado porque quería dinero y usted no lo tenía? ¿No es así?

RAQUEL. — *(Humillada).* Sí...

ARTURO. — *(Saca la cartera y de ella unos billetes de a peso).* Tome, Raquel!...

EMA. — *(Vivamente, interponiéndose).* No!... No quiero!

ARTURO. — ¿Por qué?... ¡A título de préstamo!... No hemos de permitir que Raquel vuelva a casa para recibir nuevos golpes... *(Ema baja la cabeza).* Tome, Raquel!... *(Rapidamente le pone el dinero en una mano). (Una pausa — Arturo enciende un cigarrillo).*

RAQUEL. — *(De pronto y girando los pies hacia la puerta).* Gracias Arturo!... *(llora).*

ARTURO. — *(Cuando Raquel llega a la puerta cancel).* ¡Raquel!... Escuche... Se me ha ocurrido una cosa; es posible que sea un disparate.. pero escuche... *(Raquel se detiene y se vuelve sin avanzar).* ¿No trabaja Antonio?

RAQUEL. — No...

ARTURO. — Y se emborracha cada vez con más frecuencia?

RAQUEL. — *(Casi sin voz).* Sí...

ARTURO. — ¿Y la castiga, la maltrata y lleva la casa a la ruina, a la miseria? *(Una pausa y para sí)* ¡Eso sí que es una canallada!... *(Otra pausa, de pronto).* Perdóneme Raquel!...

RAQUEL. — *(Con asombro).* ¡Oh! ¿Y por qué?

ARTURO. — Porque en un mal momento intervine para que usted se casara con ese hombre... No... Entonces se lo agradecí con el alma...

RAQUEL. — *(Con indecisión, bajando los ojos).*

ARTURO. — ¿Entonces?... ¿Y ahora?

RAQUEL. — *(Con tristeza).* Ahora... Ahora paciencia!...

ARTURO. — De modo que está completamente resignada a continuar esa vida...

RAQUEL. — Es mi deber...

ARTURO. — ¡Ah! sí... Es verdad!... El deber!...

RAQUEL. — *(Después de una pausa).* Me voy... Gracias...

EMA. — *(De pronto)* Raquel!... Escucha!...

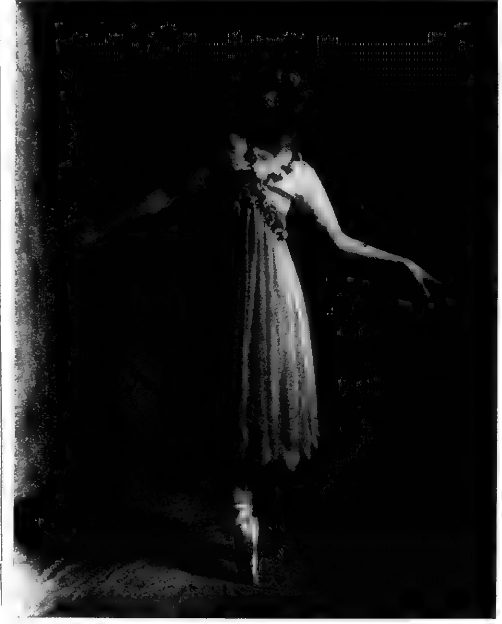
RAQUEL. — ¿Qué?

EMA. — Mira... yo... *(Vacila y luego precipitadamente).* Sí, es mejor ahora... Que se concluya de una vez!... Raquel, es posible que no nos veamos en mucho tiempo... Me voy...

RAQUEL. — *(Absorta).* ¿Qué dices?

EMA. — Sí... debo irme. Me voy con Arturo.

RAQUEL. — *(Asombrada).* ¿Te vas con Arturo? ¿Y por qué?



Mlle. FELINE VEREIST

Notable bailarina belga, que todos pudimos admirar durante su breve actuación en Montevideo.

El notable fotógrafo Scarabello nos ha obsequiado con esa fotografía de la gran danzarina, en la que aparece en una de sus actitudes mas armoniosas.

EMA. — *(Vacila).* Porque... Porque yo no debo volver a casa... Como tú!... ¿Entiendes?

RAQUEL. — *(Comprendiendo).* Oh! tú también!..

EMA. — Yo también!... *(una pausa).*

RAQUEL. — *(Reaccionando).* Pero Arturo es bueno... No te abandonará... Se casará... y nadie padrá decir nada... Después de todo es lo mismo...

ARTURO. — *(Calla, evitando explicaciones).*

RAQUEL. — ¿No es cierto Arturo?

ARTURO. — Por más que habláramos, Raquel, usted no me entendería... No puedo casarme con Ema... No me resigno a vivir una vida de amarguras y obligaciones...

RAQUEL. — ¿Obligaciones? ¡Pero Arturo!... Acuérdese de lo que usted le decía a Antonio!... Sí, deben casarse...

ARTURO. — Por lo que dije entonces, ya le pedí perdón... Son modos de ver... Pero le aseguro, eso sí que nunca me atreveré a levantarle la mano a Ema... Nos vamos juntos y juntos estaremos hasta que podamos... Después... después... el porvenir dirá...

RAQUEL. — *(Casi con espanto).* ¡Ema, no vayas por Dios!... ¡No vayas!... No te quiere!...

ARTURO. — *(Con un poco de ironía).* ¡Pobre Raquel! ¿Y Antonio la quiere a usted?

RAQUEL. — Vámonos, Ema!...

EMA. — *(Con esfuerzo).* — No! No es posible!...

RAQUEL. — Acuérdate de mamá!...

EMA. — Déjame, Raquel!...

RAQUEL. — Oh, te compadezco... Hasta donde rodarás... *(Por Arturo).* Ese hombre! *(con ira de honrada) (acordándose de pronto del dinero que recibió).* Tome, tome, *(se lo entrega a la fuerza).* No puedo... no quiero llevar ese dinero...

ARTURO. — *(Con ironía).* Antonio la espera...

RAQUEL. — Aunque me mate... Soy honrada!... Adiós... Adiós Ema *(se lleva el pañuelo a los ojos).*

EMA. — *(Con mucha amargura).* Raquel!...

RAQUEL. — *(Desde la puerta).* ¡Adiós!... *(Desaparece).*

ESCENA V

ARTURO, EMA. — DESPUÉS LOS PERSONAJES DE LA ESCENA I

ARTURO. — *(Después de una pausa).* ¡Pobre Raquel!...

EMA — *(Poniendo en la frase una mezcla de temor, de ira y de reproche).* Y a mí no me compadeces?...

ARTURO. — *(Insinuante).* Dime, ¡te resignarías a la miseria, a los golpes de un marido como Antonio...

EMA. — A ser pobre, muy pobre, es posible... A ser maltratada no!...

ARTURO. — Ya ves, dices que *posiblemente* te resignarías a una vida de miseria... Posiblemente; no estás segura de tu abnegación... y es porque sabes que por ese camino no se encuentra la felicidad... ¿Estás tú bien segura de que Raquel se haya en lo cierto al hacer lo que hace? Yo te confieso que no sé si admirarla o burlarme de ella... Mira, sí; tú también puedes decir: ¡Pobre Raquel!

EMA. — ¿Y lo podré decir siempre?

ARTURO. — De tí depende...

EMA. — *(Con extrañeza).* ¿De mí?

ARTURO. — Sí, de tí...

EMA. — Explícate...

ARTURO. — Debes echarle llave al corazón. Una llave muy segura... Para ser feliz en el mundo, es necesario tener mejor guardado el corazón que el dinero... No lo olvides...

EMA. — Y me lo dices tú... a quien he dado todo mi cariño, toda mi alma...

ARTURO. — Y yo te lo agradezco, en la forma que mejor puedo agradecértelo... Pero que te sirva de experiencia... *(Se oyen risas y gritos: en seguida el couplet de la Goya):*

"El amor es cosa rara"

(Con ese canto aparecen todos los personajes de la escena primera, tomados de la mano; cantando rodean a Ema y Arturo y después de girar alrededor de ellos un momento, Díaz impone silencio, y levantando las manos sobre ellos como si los uniera en matrimonio).

DÍAZ. — En el nombre armonioso de Venus Afrodita... *(Todos ríen y se rompe la rueda).*

CARLOS — A bailar! A bailar...

ALGUNOS. — Sí, sí!... Díaz, un tango... Un tanguito!...

DÍAZ. — *(Yendo al piano).* Allá va!... *(Entra al comedor y comienza un tango que bailan dos o tres parejas; la música no debe oírse muy fuerte para no ahogar el diálogo). (Ema en primer término, abatida — Arturo pasa al comedor).*

GOMEZ. — *(Saliendo del comedor, donde había entrado poco antes. Trae una botella en la mano y está mucho más ebrio; viene haciendo eses y tropieza con Carlos que está bailando).*

CARLOS. — ¡Eh!... No molestes... Ya estás tan borracho que no puedes aguantar el equilibrio;... *(Sigue bailando).*

GOMEZ. — *(Sentándose en primer término).* ¿Y quién guarda el equilibrio en el mundo, pedazo de bruto? *(Habla con la dificultad del que ya está muy borracho, pero con claridad).* El equilibrio es una cosa que no existe... ¿Tú crees en la balanza?... Si crees eres un ignorante... Ya lo dijo Arquímedes: los cuerpos tienen peso específico; como los billetes de Banco tienen un valor nominal... Del orden inventado por los hombres, se ríe la naturaleza, que un día sopla un ciclón y echa todo patas arriba. ¿Quién está seguro del equilibrio de sus ideas? *(Levantándose tambaleante).* ¡A ver! ¿Quién está seguro?... *(Con risa alcohólica).* ¡Já, já! ¿No ven? Nadie... Nadie... Una cosa equilibrada sería una cosa eterna... ¿Y dónde están las cosas eternas?

CARLOS. — *(Deteniéndose delante de él).* Sí, señor, hay una cosa eterna... sin equilibrio...

GOMEZ. — *(Levantándose o intentando levantarse).* ¿Y qué es? ¡A ver! ¿Qué es?

CARLOS. — ¡Tu borrachera!... *(Todos ríen).*

GOMEZ. — *(Cuando se restablece el silencio).* No, tampoco es eterna... Es la pena de mi vida. *(Bebe con la botella).*

ARTURO. — *(Se ha acercado nuevamente a Ema).* ¿No bailamos?

EMA *(con amargura).* Mas bien quisiera llorar..,

ARTURO. — Tan inútil es una cosa como la otra... *(movimiento para apartarse).*

EMA. — *(Deteniéndolo).* No, espera!... *(Con mucha tristeza irónica).* Es que todavía no puedo ser como tu.. .

ARTURO. — ¿Cómo yo?

EMA. — Sí, perverso, sin corazón...

ARTURO. — ¿El corazón? Me lo comieron los hombres. El corazón es manjar de perros... Guarda el tuyo...

EMA. — Ya te lo has comido tú!... ¡Canalla!.. ¡¡Canalla!!... *(Casi con un sollozo ahogado se deja caer en los brazos de Arturo).* Te quiero!...

ARTURO. — Sí, tienes razón, soy un canalla!... Pero tengo una ventaja sobre los otros que me rodean: que me reconozco canalla... Por eso es posible que se un poco más bueno...

EMA. — *(Abandonándose más).* Arturo!...

ARTURO. — *(Enlazándola por la cintura).* ¡A vivir Ema!...

CARLOS. — *(Pasando junto a ellos).* Ustedes, están verdaderamente insoportables... Les ha dado fuerte el romanticismo...

COCA. — A ver si bailan! ¡No sean pavos!...

ARTURO. — Sí, ya vamos... *(A Ema).* A bailar Ema!... *(la arrastra; ella se deja conducir casi sollozando y con la cara oculta en el hombro de Arturo).* ¡A bailar la vida!



Señorita María Emilia Bonilla

MINIATURA - -
DE AARON BILIS



DON MANUEL OSUNA

Carbón por Yamandú Rodríguez

Con decir que es Osuna un pintor español se habría dicho todo; pero...

España sueña en Andalucía, y Andalucía sangra hidalgos rencores en Málaga, se hace sobrio donaire en los salones gaditanos, reza en Córdoba, y ríe en Sevilla bruja hilandera del ingenio.

Sevilla es el fleco del mantón de España.

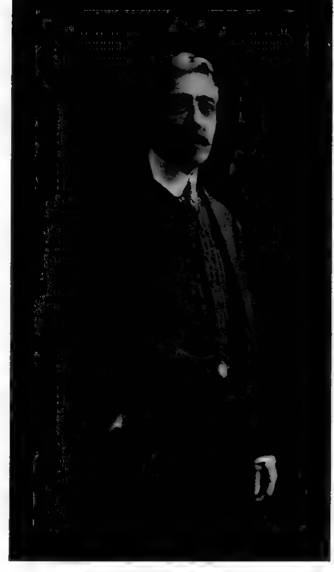
Todo es sutil en ella: arte, ajimeces, intenciones, cristal de *cañas* y cristal de risas; mas es la academia de la sutilidad perdurable como el suspiro en argamasa de la Tore del Oro. Los imagineros árabes le confiaron su secreto. Allí se sabe ser sutil y ser eterno.

Manuel Osuna nació pintor en esa ciudad de maravilla, la de los cielos de sangre más aristocrática.

Pero no es extranjero entre nosotros; porque conlleva en la farándula siempre un poco triste del soñar, la trilogía del amor a la cuna, encarnada en un lienzo, una manola y una guitarra. El sol y don José Villegas fueron sus maestros.

***

Vestida como una señorona en día de toros la majeza le sirvió de modelo y muchas veces con el ritmo de sus mantones abanicó la bruma señorial del pintor.



El pintor don Manuel Osuna



"Paisaje", cuadro de Osuna

Cabe toda emoción en su obra: para solaz de superfluos ahillanta Osuna sus planos; ofrece el misterio de la fundición del color a la obsesión de los inteligentes y por último para alivio de esa enfermedad de peregrinaje que padecen los sensitivos, abre el artista la perspectiva de sus senderos.

El siente que las nubes piensan en Dios cuando los vésperos se levantan. Sus campos viven esperanzados en el apasionamiento del estío y tienen verde para enseñanza de los menos y para alimentos de los más. Y pinta discutidores a los mares, esos veleidosos plagiarios del cielo.

En el alma siempre cambiante de los paisajes — que los paisajes como los hombres mueren un poco cada día — pone un aire de transparencia delatora, un ambiente que se hace ingenuo entre la sonrisa de los azahares, apicarado cuando cruza entre piropos o provocativo como ráfaga que mece unos claveles... Todo muy sincero, de castas desnudeces; sin esos velados que hacen acordar a los cuadros de las posadas de campaña defendidos por un tul polvoriento.

Sus mujeres tienen en la gloria de los ojos yo no sé qué tinte de melancolía; en el espíritu una suave tendencia hacia el ensueño, canela de sobrio dulzor en los decires y a flor de labio un crótalo sonoro.

Yo sé que muchas veces se recetan alegría para desarrugar el ceño, la quejumbre, el azumbar moruno.

Guardan la valentía casta de la estirpe bajo el ritmo picaresco de los ademanes...

Se destacan sobre un fondo de mármoles historiados con un laberíntico verso del Corán.

Las he visto moverse graciosamente dentro de sus marcos.

***

Siendo don Manuel Osuna de una familia donde el valor es hermano del arte, a nadie extrañará que en su taller haya llenado de sol y sombra el coso taurino, para poner en éste como un símbolo de oro, seda y coraje el corazón de un diestro frente a la indómita acometividad de una bestia... el revuelo gracioso de los trapos capeando la muerte... y una gran borrachera de sol, manzanilla y belleza cuando lo ceñido de la faena adquiere relieves épicos, la braveza de la raza se sube a las manos y el trueno del aplauso sigue al relampagueo del estoque.

Es la de Osuna la pintura de España triunfadora.

Zuloaga como Velázquez son síntomas de resurrección.

Siempre el alba artística ha precedido en algunos años al alba nacional; primero besa en luz la frente de los pensadores porque son las más altas...

Es la España flor milagrera de la estirpe, la que de hidalga y quijotesca no ciñó su armadura para salir al palenque de Europa; porque no quería herir carne latina y porque tampoco acostumbraba a combatir con muchos contra uno.

Todo me dice que mañana, jinete en Rocinante saldrá de Montiel llevando en la plata heráldica del arreo un escintillo de victoria, será de nuevo índice, guión, adelantada de nobleza...

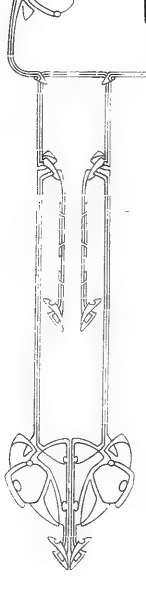
Es la madre de Inurria, de Romeo de Torres, de Ramón y Cajal, la mágica alfarera en el barro del triunfo, vaso glorioso de la raza. ¡Nuestra Señora de los renacimientos!

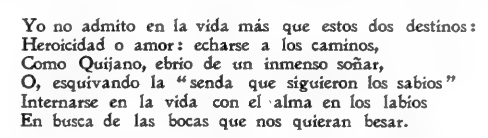


La Confidencia, cuadro de Osuna

URUGUAYOS ILUSTRES **Dr. JUAN ZORRILLA DE SAN MARTIN** Fot. Scarabello

En el album de la Srta. Olga Villemur





Yo no admito en la vida más que estos dos destinos:
Heroicidad o amor: echarse a los caminos,
Como Quijano, ebrio de un inmenso soñar,
O, esquivando la "senda que siguieron los sabios"
Internarse en la vida con el alma en los labios
En busca de las bocas que nos quieran besar.

¿Y la muerte? Una muerte de gloria y de tragedia,
Como aquella del águila del soneto de Heredia:
"Eblouissante et breve", o un morir en olor
De pasión, apretando contra el alma aterida
Lo que haya perfumado de recuerdo la vida:
Una carta, una cita, un beso, o una flor.

¿Y después? Si hay después, poder, vivo en la muerte,
Como el Cid legendario, herir con brazo fuerte
Al audaz que ofendiese mi fiera majestad,
O sujeto al suplicio de la visión dantesca,
Rodar, rodar sin trégua como Paolo y Francesca
Besándose en la boca para la Eternidad.

CARLOS ZUM FELDE



JOYAS DE LA PINTURA ESPAÑOLA

"RINCONETE Y CORTADILLO"

OLEO DE ANTONIO CABRAL BEJARANO

Colaboración de Ernesto Laroche, Secretario del Museo Nacional de Bellas Artes

No ha sido al azar que yo haya elegido la obra de Antonius Cabral Bejarano, para ilustrar esta página. Entre los pocos pintores de la escuela española representados en nuestro Museo, es sin duda el que más se destaca con relieve propio y el que mejor representación ofrece al observador, sea éste artista, crítico o simplemente visitante. Y júzguesele bajo cualquiera de estas acepciones, su obra se impondrá siempre al público, por la psicología de los personajes que la animan, a los críticos y a los artistas, por la simplicidad de la técnica, la sobriedad del color, y la justeza del dibujo y de las perspectivas.

Dominar con feliz maestría los elementos de su arte, y hacer de ellos gala, en telas de grandes dimensiones, no es común a todos los artistas de esa época de transición en que impera el tema bíblico, el episodio guerrero, o el retrato de personaje. Por eso es, que me he detenido ante el cuadro de Antonius Cabral Bejarano. Vive en él, un instante, costumbres populares, digamos de arrabal, e interpreta a través del temperamento de Cervantes, la novela del inmortal escritor, titulada *Rinconete y Cortadillo* y le representa siguiendo la más interesante página de su libro, con la intensa expresión de vida que le es propia. Rinconete, con su media espada al cinto, apoyando una mano sobre el hombro de su compinche Cortadillo, contempla a la Cariharta, moza de alegre vivir, mientras Repolido, su amante, sonríe de orgullo.

Reina el jaleo. La atmósfera se caldea y la gente se anima.

Manipodio, el jefe de la banda de truhanes, hace sonar, a guisa de castañuelas, pedazos de un plato roto. La Gananciosa razga una escoba y le acompaña, y la Escalanta, con un chapín en la mano, danza y tañe en él como en un pandero. Selvatillo se ha sentado sobre un canasto; los dos bravucones, Chiquizñaque y Maniferro, animan en sus canciones a la vieja Pipota, que bate palmas detrás de la bailarina...

Y así se desarrolla la escena, entre grupos de estudiantes y de mendigos, con sus trajes pintorescos, luciendo en sus semblantes la honda huella de la depravación y de la orgía.

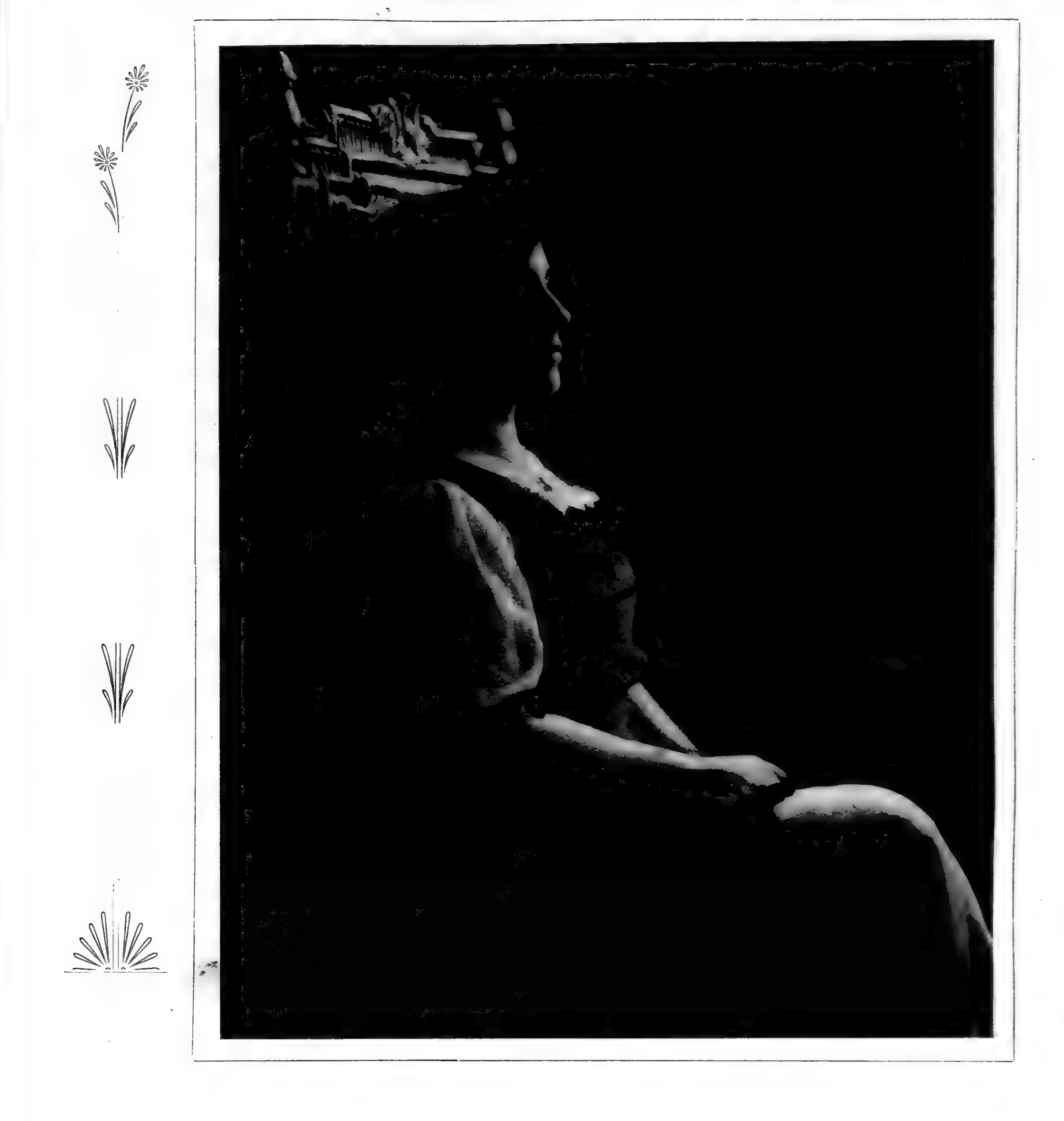
De este artista eximio que así interpretó una obra que no era de su época y transparentó en la tela una idea de otro, con la potencialidad de la obra propia, la historia artística guarda bien poca memoria. Oscuros son sus datos biográficos, y su producción casi desconocida. Sábese, sin embargo, que allá por 1825, ya era profesor de la Escuela de Bellas Artes y Miembro del Liceo Artístico de Sevilla, que más tarde fué conservador del Museo de la misma ciudad, y que el 7 de Agosto de 1836 se le otorgó el título de Individuo de Mérito de la Real Academia de San Fernando.

En cuanto a su obra, se cita el *Retrato de S. A. la Reina doña Isabel de España*, tela pintada con destino al Consulado de Sevilla; *Una Escena de Duendes*, para la galería particular del señor Lerdo de Tejada; *Una Visita de Torreblanca*, *Un Torero* y *Una Maja*.

Para el Coro de la Catedral de Sevilla, pintó varios ángeles que más tarde pasaron a figurar a la galería particular del señor López Cepedo. Pintó también parte de la bóveda de la Capilla del Palacio de San Telmo, y las principales decoraciones de los teatros Principal y de San Fernando, de Sevilla.

Su obra capital parece ser la ejecutada con destino al Convento de la Rábida, representando la estancia que en él hiciera el ilustre navegante genovés, y su partida para el Nuevo Mundo.

En 1847, por encargo de don José de Salamanca, que más tarde alcanzó el título de Marqués de los Llanos, pintó *Rinconete y Cortadillo*, el hermoso lienzo que le hace honor, y que hoy día figura dignamente en nuestro Museo Nacional de Bellas Artes.



Srta. Carmen Acevedo Alvarez

Al comenzar el siglo XVI tuvo lugar en Italia la explosión que en todas las esferas del Arte influyó tan grandemente, época llamada del Renacimiento, que concluyó con el estilo ojival y que en las construcciones religiosas se inició con la erección del monumento mas notable de la cristiandad: el templo de San Pedro en Roma. Esta iglesia ha llegado a ser el prototipo para todas las iglesias católicas durante los siglos XVII y XXVIII.

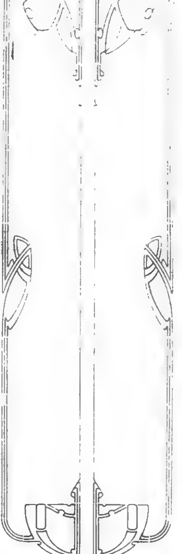
Conservando la forma de cruz latina para la planta, se hizo la reparación de la nave principal de las colaterales por machones rectangulares decorados con pilastras, a veces con cornisamento; y de la pintura se disputaron el honor de dejar en el templo soberbio uno de los mas grandes destellos de sus inteligencias privilegiadas.

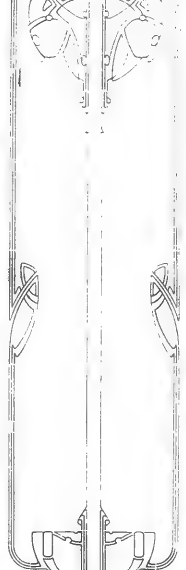
A fines del siglo XVII los gastos de construcción de la soberbia iglesia habian excedido de 235 millones de francos. Los de entretenimiento se calculan en 180.000 por año. La Nueva Sacristía, construida por Pio VI costó cuatro y medio millones de francos, y después de muchas vicisitudes y muchos contratiempos San Pedro llegó a ser la iglesia más grande del mundo.

Ocupa una superficie de 15.160 metros. La fachada tiene 112 metros 60 centímetros de ancho y 44 metros, 3 centímetros de alto con ocho

LAS ARTES EN LA RELIGION



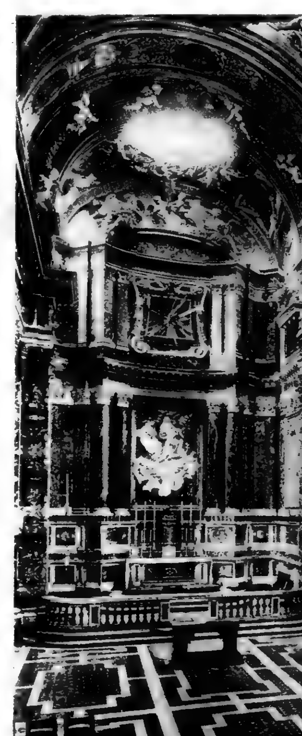




Iglesia de Santa María en Traspontina —Altar Mayor esculpido por Carlos Fontana (Años 1634-1714)



Basilica de San Pedro. — Monumento a Maria Clementina Sobriecki Stuardo, Reina de Inglaterra.—Dibujo de Felipe Biargione. Escultura de Pedro Bracci.



la bóveda en cañón tiene penetraciones para recibir la luz, y una cúpula central de mayor o menor importancia corona el crucero.

Para dar una idea de la enorme capacidad de la Iglesia de San Pedro en Roma, basta decir que pueden caber en sus distintas naves 54 mil personas.

Todos los mas grandes artistas del Renacimiento y aquellos que surgieron después de esta época gloriosa; escultores y pintores, dejaron en el maravilloso templo huella admirable de un paso.

Ya fuera una estátua, un altar, un coro, una decoración. Y así todos los genios de la escultura columnas, cuatro pilastras y seis semipilastras corintias. Remata con una balaustrada y la adornan estátuas del Salvador y los Apóstoles de 5 metros 70 centímetros de altura.

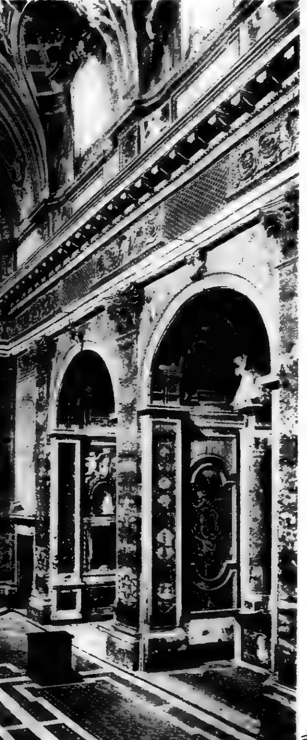
Sobre la puerta del centro está la "logia" donde el Papa recibe la tiara y desde dondd daba antes del año 1870, la bendición apostólica al pueblo reunido en la Plaza de San Pedro.

El pórtico tiene 71 metros de ancho, 20 de alto y 13.50 de profundidad; y es notable sobre todo por su decorado.

Pero lo que mas admira es el ancho de la nave y el crucero, los cuatro grandes pilares de la cú-



Iglesia de Santa Catalina de Siena.—Altar Mayor y Nave Central, construidos por Juan Bautista Loriat.



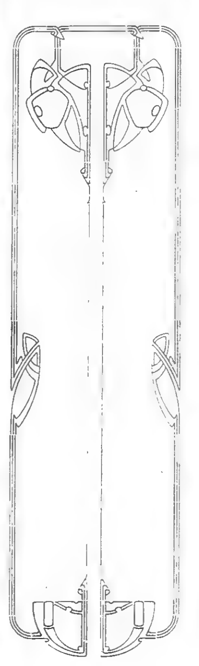
pula, las arcadas que hay bajo esta y las colosales dimensiones de todo.

Entre otros magníficos detalles, recordamos ahora, la estatua de bronce de San Pedro: cuyo pie derecho está ya gastado por los besos que allí depositan los fieles.

La magnífica cúpula descansa en cuatro enormes pilastras de 71 metros de circunsferencia, en cuyos nichos hay estátuas de 5 metros de alto: San Longinos, Santa Elena, Santa Verónica y San Andrés.

Bajo la cúpula hay un precioso baldaquino de bronce sostenido por cuatro columnas doradas. Su altura con la cruz es de 29 metros y pesa

IGLESIAS Y MONUMENTOS FAMOSOS



63.050 kilos. Debajo de este baldaquino está el altar mayor sobre la tumba de San Pedro y allí tan solo el Papa dice misa en las grandes festividades.

La "Confesión" está rodeada de 80 lámparas las cuales permanecen encendidas continuamente.

Una doble escalera de marmol conduce al fondo de la cueva; puertas de bronce dorado cierran el nicho que contiene el sarcófago del santo. Entre las dos escaleras hay una hermosa estátua de Pío VI en oración.

Interminable sería la descripcipción detallada del templo: solo agregaremos en esta nota lo más notable que hay en él. Y son: las tumbas de Urbano VIII, Paulo III, Gregorio XIII y XIV, Clemente X y Alejandro VIII.

De esta última tumba damos en esta página una reproducción notable. Fué ejecutada por el famoso escultor italiano Juan Lorenzo Bernini, que era en aquel entonces director-arquitecto de la iglesia, puesto que le fué confiado por voluntad de Mateo Borbenini. Bernini ejecutó también algún tiempo después las urnas, estátuas y columnas que sostienen la cúpula del Monumento.

Damos también en esta página otra de las maravillas que guarda la iglesia famosa.

Nos referimos al Monumento dedicado a María Stuardo, Reina de Inglaterra.



Basílica de San Pedro.—Monumento a Alejandro VII, por el escultor Lorenzo Bernini

Se debe este estupendo trabajo escultórico a Pedro Bracci, uno de los mas notables de su época.

El cuadro que sostiene un angel y que es el retrato de la infortunada Reina, es obra del pintor Felipe Brarigione.

Para completar esta página de arte religioso damos dos notas tan notables como las descriptas: el altar mayor de la Iglesia de Santa Maria en Traspontina, obra del escultor Carlos Fontana, y al Altar Mayor y Nave Central de la Iglesia de Santa Catalina de Siena otra maravilla de la arquitectura.

Salones y Teatros



Aún contra todos los inconvenientes que demoraron este año la realización de la temporada lírica, ésta adquirió brillantísimas proporciones, puesto que nuestra sociedad le prestó todos sus prestigios y nuestras damas el encanto imponderable de sus elegancias y de sus bellezas.

Todas las más rutilantes condiciones de la feminilidad triunfadora contribuyeron a convertir la sala del Urquiza en un sitio de maravilla, en un verdadero rincón de paraíso, si hemos de recurrir a una frase hecha, que en el caso cobra una exactitud que no podríamos obtener con otros calificativos.

Noches de armonía y de belleza, en que el arte de la escena se aunaba con la majestad triunfadora de nuestras damas, formando un conjunto seductor.

A muchos días de la realización de esas magníficas soirées, aun conservamos en la retina las visiones espléndidas de las damas que desfilaron magestuosamente durante las veladas líricas.

Y así recordamos a la señora Blanca Usher de Heber Uriarte, cuya perfecta belleza fué



admirada por todos, realzada aún más cuando en noches triunfadoras apareció ataviada de terciopelo negro y acariciada la línea armoniosa de su garganta por un hilo de brillantes.

La señora Margarita Castellanos de Echevarría deslumbró y magnificó la perfección de la mujer uruguaya, al presentarse en la sala del teatro, elegantemente envuelta en un traje negro, cubierto de azabaches, intenso color de noche que realzaba aun más el ébano de sus magníficos cabellos, bajo los cuales se destacaba la línea purísima de su rostro.

En traje blanco, alígera, sutil, armoniosa, en los tules que daban un gran realce a su toilette, la señora Celia Margarita Crosa de Peixoto, imponía a toda admiración el marfil de su rostro, marfil tallado por artífice divino, escultura humana.

Triunfal, admirable, quedó en nuestros recuerdos la señora Julia Villegas de Shaw. La contemplamos aún en una de sus noches más brillantes: en la elegancia finamente aristocrática de un traje negro con bandas de plata y en el corsage una condecoración de diamantes, que, conquistada por sus mayores, puede bien lucir ella actualmente, en mérito a su distinción excepcional, a su elevada cultura.

La señora Bibí Bergstrom de Otero, representante de la hierática belleza de las mujeres nórdicas, vestía de negro, y ella emergía de la austeridad de su toilette como una estatua viviente.

Una intensa impresión de belleza, de elegancia, y de gentileza, nos dió con su admirable silueta, la señora Esther Vidal de Echeverry.

La señora Sara Rodríguez Larreta de Roosen como una flor extraña, triunfó en la armoniosa elegancia de una toilette color esmeralda. Con ella pasaron brillazones de oriente.

Para completar nuestra impresión; para concluír el cuadro cuyas líneas no acertamos a destacar como fuera menester; para dar la exacta sensación de tanta deslumbradora belleza, surgen en nuestra mente las siluetas de tres señoritas distinguidísimas, tres flores magníficas, tres soberbias afirmaciones de gracia, tres estrellas de primera magnitud, y son ellas: Blanca Saavedra, Justa Wilson, y Carolina García Lagos. A las tres las recordamos unidas en nuestro pensamiento, porque una vez más impusieron ellas en el aristocrático ambiente de las veladas líricas, toda la nobleza de su porte, toda la gracia de sus siluetas gentilísimas.

***

Cuando apenas se habían apagado las melodías oídas y aplaudidas en las noches líricas, se iniciaron las noches de intenso arte dramático en el viejo y glorioso estrado de Solís, donde los esposos Guerrero Díaz de Mendoza triunfaron una vez más.

Veladas inolvidables, noches de intensas vibraciones estéticas, provocadas por las manifestaciones artísticas que descendían del escenario, y por la elegancia y belleza que diseminadas por plateas y palcos dan a estas clásicas temporadas de teatro español un relieve especialísimo. Toda nuestra sociedad ha asistido a las representaciones ofrecidas por la compañía Guerrero Díaz de Mendoza, y toda nuestra sociedad evidenció una vez más con ello sus altas preferencias estéticas.

Felices podemos llamarnos los que, enamorados de la línea y de las delicadezas del espíritu, pudimos extasiarnos noche a noche ante un conjunto tan admirable.

Nuestra butaca la transformamos en amable sitial de observación y nos deleitamos una vez y otra vez ante el desfile de damas.

Y así vimos a doña Margarita Uriarte de Herrera, a doña María Elena Pérez Butler de del Castillo, a doña Inah Acevedo de Mañé, a doña Olga R. de Porciúncula, a doña Josefina Perey de Serrato, a doña Ernestina Hoffman de Beherens, a doña Matilde Regalía de Roosen, a doña Marta Costa de Carril, a doña Ana Algorta de Mañé, dando a la sala el brillo que emana de sus respectivas personalidades.

En otra noche de encanto, vimos a la señora María Angélica Villegas de Pérez Butler, a quien podríamos comparar con absoluta exactitud a una de aquellas marquesitas que Watteau nos dejara en sus cuadros admirables. Vestía la distinguida dama, un severo traje color tilo, un lazo celeste orlaba su frente nívea y sobre la seda una magnífica perla rodeada de brillantes ponía en la regia toilette un detalle de realeza.

La señora María Elena Uriarte de Montero, bellísima dama, que une a su aristocrática y elegante sencillez una distinción palaciega, no llevaba joyas, y vestía severo traje negro bordado en oro, un echarpe de tul también negro orlaba el marfil de su escote.

En un instante que levantamos nuestros ojos nos hallamos frente a un palco en que aparecen las señoras Sara Guani de Saavedra Helena Mullins de Beltrán y Margarita Guani de Cardoso. Lucen las tres damas elegantes toilettes, llevadas con distinguida elegancia; son tres lozanas rosas que los asistentes a Solís justamente admiran. La señora Zoraida Casterás de Muñoz, destaca de la albura de las blondas de su traje blanco, el blanco rostro de diamela fragante y delicada.

La señora Serrana Méndez Alcain de Vilaró, lleva hermosa toilette amarilla, que da más realce, si cabe, a la realidad de su belleza.

Una deslumbrante toilette lució la señora Ketty Orejuela de Alvarez Catá: era de terciopelo celeste adornada con hermosos camafeos antiguos rodeados de brillantes. A este traje daba complemento magnífico un valioso abanico de plumas.

Nuestra mirada llena de radiaciones de be-



lleza y de distinción tiene todavía donde asombrarse. Es el grupo de las niñas; ráfagas de primavera, visión de jardines maravillosos, triunfos de juventud y de gracia.

En el palco de la señora Flora Wells de Shaw, se destaca una silueta andaluza: ojos negros incendiarios, cabellos de ébano, blancura nívea en el cutis, hilos de perlas por dientes tras la grana de unos labios admirables. Es Magdalena Villegas Márquez.

Josefina Serrato Perey, tiene el garbo y la distinción de una castellana de raza; su exquisita silueta descubre una cultura de ejemplo.

Un hermoso lirio, con toda la delicadeza de ensueño propia de esa flor, es Mercedes Capurro Morales.

De sencillez aristocrática, triunfadora, impone su personalidad María Inés de Arteaga.

En un traje del color admirable de sus pupilas, floridos sus cabellos con la albura del jazmín, delicada, gentil, elegante; tal apareció Carmen Acevedo Alvarez.

Parangonemos a Julia Elena Shaw Villegas con la simbólica, aristocrática flor que es sello en el blasón de los Borbones.

La dulce y delicada silueta de Margarita Heber Uriarte se destaca brillantemente en



un palco como reina de la flor que guarda en sus pétalos el oróscopo de los enamorados.

Ema Shaw Pareja se impone en nuestro recuerdo, envuelta en delicadezas de ensueño, admirable expresión de belleza serena, de mayestática elegancia.

Y, en fin, Angélica Requena Cordero tiene en nuestra visión las soberbias características de una lámina de Fuché.

Quedan en nuestro carnet infinidad de apuntes, destellos de tantas bellezas y de tantas arrogancias como pasaron a nuestro lado en las noches brillantes de la Guerrero, y de verdad lamentamos no podernos extender más esta crónica, que es débil reflejo del acontecimiento mundano y artístico más trascendental del año.

***

De brillante puede calificarse el gran concierto realizado en los últimos días de Agosto en el gran salón de actos públicos del Club Católico.

Todo nuestro mundo elegante correspondió a la atenta invitación suscripta por el caballero don Clemente Martínez, presidente del Club.

El Visitador Apostólico y Jefe de la Iglesia Uruguaya don José Johanneman, presidió el festival que estuvo a cargo de notables intérpretes.

Abrió el acto el docto caballero e ilustrado compatriota doctor Dardo Regules con un discurso brillante en su forma y de una profundidad filosófica, dignas del talento del autor.

La bella señorita Josefina Requena Cordero recitó con bastante justeza, unos versos de la comedia de Marquina "En Flandes se ha puesto el sol" que le valieron nutridas salvas de aplauso.

La señora Mercedes Betancourt de Bueno, interpretó inteligentemente "Au claire de lune" de Beethoven.

La señorita Pilar Lichtenberger jugó magistralmente en el arpa unos trozos de Godefroid. Un profundo silencio se sucedió en la sala, para oir a esta feliz intérprete del más hermoso de los instrumentos, que acaricia los oídos y arrulla el espíritu.

La señorita María Teresa Braga recitó unos versos del gran Edmond Rostand, con perfecta dicción y exquisita delicadeza; y luego tocó el turno a la señora Esther Vidal Arteaga de Etcheverry, que cantó magistralmente "La maja y el ruiseñor" de Granados, "Chansson Triste" de Dupart y el aria de "Louise" de Charpentier. Todo cuanto pudiéramos decir de esta gentil intérprete, sería pálido. Poseedora de una voz admirablemente bien timbrada y modelada dentro de una perfecta escuela de canto, fué un ruiseñor encantando el numeroso y brillante auditorio que premió su interesante labor con interminables salvas de aplausos.

Con broche de esmeraldas cerró la señora Vidal de Etcheverry el hermoso concierto con que el Club Católico obsequiaba a sus asociados.

Después del concierto la distinguido señora doña Corina Rücker de Seré, que preside con verdadero acierto la Comisión de Damas patrocinadora de los festivales que deben desarrollarse en todo este año en el Club, obsequió a la concurrencia con un exquisito té, prolongándose con ese motivo las horas de encantadora sociabilidad.

BODAS

En la Iglesia de Nuestra Señora de Lourdes se realizó días pasados la consagración religiosa en el enlace de la señorita Ema Piaggio Garzón con el señor Ingeniero Carlos Fonseca.

Al sagrado recinto entraron los novios, rindiéndoles acompañamiento de honor un numeroso grupo de invitados, entre los cuales recordamos al doctor Exequiel Garzón y señora Celia Garzón de Garzón, al doctor Rodolfo Fonseca y señorita Elena Muñoz Arocena; señor Alejandro Beck y señora Sofía Garzón de Beck; doctor Alberto Mañé y señora María Herminia Garzón Casaravilla de Mañé; doctor Domingo Bordabehere y señorita María Teresa Piaggio Garzón; señor Isaac Ferreyra Correa y señorita Blanca Ofelia Piaggio Garzón; señor Juan Carlos Garzón y señorita María Virginia Piaggio Garzón; señor Isidro Tellechea y señorita Ofelia Piagio Terra; señor Horacio Piaggio Garzón y señorita Isabel Irureta Goyena; señor Gustavo Gallinal y señorita María Amelia Fonseca Montaldo; señor Guillermo Fynn y señora María Celia Garzón de Fynn; señor Federico Garzón y señora María Elena Barreira de Garzón; señor Roberto Beck Garzón y señorita Wlady Ferreira Correa.



Esposos Mañé Algorta-Del Campo

La gentilísima desposada, que en el seno de nuestra sociedad tantas simpatías tiene y tan alto puesto ocupa, realzaba su elegante silueta con una hermosa toilette, cuya blancura prestaba a su rostro un mayor encanto.

Al entrar al templo los novios, la orquesta ejecutó una marcha nupcial. Y ya al pie del ara, el sacerdote les impartió la bendición de ritual, pronunciando luego unas conceptuosas palabras, en las que se exteriorizó en forma elocuente el augurio de felicidad que ha de sonreír perennemente en el nuevo hogar.

Después la concurrencia se trasladó a la residencia del señor José T. Piaggio, donde se desarrolló una animadísima fiesta, y de la que todos sus asistentes conservan gratísimos recuerdos, por los agasajos que prodigaron gentilmente los dueños de casa.

***

En la residencia del caballero don Pablo Mañé y de su esposa la distinguida matrona doña Ana Algorta, se consagró la boda de su hija señorita Paulina Mañé Algorta con el doctor don Juan Domingo del Campo.

Con un elegante mobiliario, con el raudal de luces que de las arañas descendía reflejándose y multiplicando su intensidad, con la policromía de las flores que diseminadas en todos los angulos ponían una intensa nota primaveral en el ambiente, la mansión de los esposos Mañé-Algorta ofrecía un encantador aspecto.

La consagración religiosa se efectuó en el salón de honor, donde se había levantado un hermoso altar, cubierto con valiosisímos encajes de Flandes y en cuya ara imponía la dulzura de su expresión mística, la Virgen de la Imaculada Concepción.

Impartió la bendición el Padre Camacho y después la brillantísima y distinguida concurrencia otorgó a los desposados toda clase de agasajos y augurios de dicha inmutable.

Enseguida una notable orquesta inició el baile ejecutando las piezas preferidas en nuestros salones.

A media noche se abrió el gran salón-comedor y en el se hicieron todos los honores al exquisito buffet.

Después continuó el baile y las parejas pasaron raudas, en armoniosos giros, en cadencias acariciadoras.

Y mientras pasan, podemos recibir las amables impresiones que las gentiles danzarinas nos producen con sus siluetas elegantes, distinguidas.

Nos llama poderosamente la atención Amelia Mac-Coll Zaballa, cuya arrogante línea pasa envuelta en un girón que se nos antoja de cielo.

Margarita Heber Urioste que es como una aurora en la dulce tonalidad rosa de su traje.

Plácida Villegas Suárez que se diría un rayo de sol de estío, dorado, vivificador, triunfal, pues cruza aristocráticamente el hall envuelta en el oro de un traje elegantísimo.

Eloisa Gómez Harley, para quien los salones reservan resonantes triunfos, por sus cultura, por la suave afirmación de su belleza, por su gracia.

María Luisa Díaz Fournier, gentilísima, bella, con una belleza suave, serena, de Madonna rafaelista.

Y por último Ana Mañé Algorta, que auna en sus perfecciones, su hermosura y los dones brillantes de su intelecto. Fué el centro triunfal de la fiesta, porque sus amabilidades para con la concurrencia, llegaron a todas las más altas expresiones de la hidalguía.

Y todos los que tuvimos el honor y la dicha de asistir a tan soberbia fiesta, hemos guardado la más honda gratitud para el caballero don Pablo Mañé, su esposa doña Ana Algorta y sus hijos, por las delicadísimas atenciones de ellos recibidas.

***

La comisión de señoritas que tiene a su cargo las obras de la "Liga Juvenil", realizó en el palacete de la distinguida señora doña Eulalia Sánchez de Urtubey, un concierto, que obtuvo un éxito extraordinario. No podía ser de otro modo, dados los elementos de positivo valimiento que en él tomaron parte.

La señora Sánchez de Urtubey cedió los salones de su residencia para la realización

de la fiesta, sirviendo ella de admirable marco a los dignos propósitos de la comisión patrocinadora de la obra, que la forman entre otras: las señoritas Rosita Lanza, María Magdalena Villegas Marques, Mercedes Nebel, Margarita Zumarán Arocena, Plácida Villegas Suárez, Dora García Gómez, María Celia Varela Acevedo, Margarita Heber Uriarte, Carmen Acevedo Alvarez, María Mercedes Arocena Folle, María Elisa Blanco Wilson, Estela Sabbia Oribe, Margarita e Isabel Saavedra, M. Teresa Braga, Delia y Margarita Christophersen Ungo, María Elisa Wilson, Mary, Sara y Blanca Torres Cabrera, Mercedes Castells Carafí, Laura Wilson Castellanos, Ester y Margarita Christophersen Ibarlucea, Ana Mañé Algorta, Rosina García Arocena, Adela de Estrada, María Ester Casaravilla, María Isabel Williams, Ernestina Muñoz Oribe, Berta Ruano, Margarita Benzano, M. Antonia Pareja Guani, María Angélica Márquez Maza.

Con tan prestigiosos elementos, no extrañó a nadie el éxito alcanzado.

Una comisión de tanta valía arrastró como se esperaba a lo más granado de nuestro mundo elegante que vibró de entusiasmo ante las armonías, ante las soberbias expresiones de arte que evocaron los que tuvieron a su cargo el desarrollo del programa.

Con inimitable delicadeza ejecutó al piano el caballero Leopoldo Boffil, poniendo un sutil comentario al recitado de la señorita María Elena Serrato, que interpretó con la dulzura de su palabra y la dicción perfecta de su escuela de recitación: "L'eternelle Chanson", de Mme. Rostand. Admirable voz de soprano la que posee la señora Elvira Micoud de Boix, quien descolló brillantemente cantando la cavatina de "I pescatori di perle" de Bizet y "L'enfant prodigue" de Debussy.

Le siguió la señora Amelia Brusaferri de Pastori que triunfó cantando el bonito Vals de Mireille, de Gounod.

Tocó el turno a la señora Esther Vidal de Etcheverry, una de nuestras notables intérpretes que se desempeñó notablemente, provocando en el público encanto y entusiasmo. Interpretó varias romanzas, de las cuales salvó todas las dificultades, arrancando al auditorio que se deleitó escuchándola, sus más entusiastas aplausos.

Otros números que figuraban en el brillante programa tuvieron que suspenderse por motivos justificados. Esos números fueron los correspondientes a las distinguidas señoritas María Elisa Arocena Folle, y Margarita Chistophersen Ibarlucea en el piano, y Luisa Valdez, la eximia dilettanti, en el canto.

Concluído el concierto, doña Eulalia Sánchez de Urtubey obsequió en la planta alta de su palacete con un espléndido buffet, a las señoritas de la Comisión de la "Liga Juvenil" y a las personas que tomaron parte en el concierto realizado en su hospitalaria residencia.

***

Bajo la presidencia de la distinguida señora doña Ana Chain de Piñeiro, se ha constituído en los Pocitos, un interesante Club Social, denominado "Pocitenia" con el amable y plausible fin de realizar quincenalmente bailes o conciertos, para sus asociados, destinando el beneficio pecuniario que se obtenga a la institución denominada Copa de Leche, que funciona en los colegios del Estado, ubicados en los Pocitos.

Estos saraos tienden a llenar un fin altamente preventivo para la salud de los futuros hombres, que, mañana, con sus energías, robustecerán más si aún cabe, el hogar y la nacionalidad.

Preside, como ya hemos dicho, esta comisión, la señora doña Ana Chain de Piñeiro, ocupando la presidencia honoraria doña Bernardina Muñoz de De María, matrona de actividades humanitarias infatigables, a



Esposos Piaggio Garzón - Fonseca

quien a pesar de sus muchísimas tareas desempeñadas en las distintas comisiones que preside o integra, se la encuentra siempre dispuesta a cumplir un rol honroso en todas las entidades que tengan por finalidad, el bien al prójimo y el socorro al menesteroso. La batalla bellamente iniciada por estas damas, secundadas por muchas otras, esta ya ganada.

Es un laurel más que ciñe las sienes de las que conquistaron antes muy bellos triunfos. Por todo esto estamos obligados a honrar con sus nombres las páginas de SELECTA, considerando que así cumplimos un deber que nos enaltece.

Las fiestas de la "Pocitenia", tienen por sede el Club Social de Pocitos. Su presidente el doctor Arturo Puig y la Comisión que digna y activamente preside puso a disposición de las damas el local del Club otorgando además toda clase de facilidades. Y en este punto de nuestra crónica nos creemos obligados a consignar un detalle. A raíz de la primera fiesta y con la exquisita delicadeza que lo distigue, el doctor Puig, sin realizar la más mínima violencia a persona alguna, recaudó entre los asistentes la suma de 400 pesos que fué puesta en manos de la comisión que preside la señora Chain de Piñeiro. Un aplauso pues, al caballero que tan eficazmente coopera en favor de los hombres del futuro, de los que tendrán en sus manos el destino y la grandeza siempre creciente de la Patria.

***

Los alumnos del Institutos Nacional de Ciegos General Artigas, ofrecieron noches pasadas, en la sala de La Lira, un recital de canto, en honor de los suscriptores y donantes que contribuyen al sostenimiento de tan benéfica institución.

El aspecto de la sala era imponente. Un público selecto ocupaba todas las distintas localidades, dándole un aspecto asaz brillante al amplio salón.

El señor Rufino Montes de Oca cantó con su hermosa voz de barítono varios trozos de autores consagrados, tales como Wagner, Massenet, Duparc, Debussy, Hahan, Fauré, etc., siendo merecidamente aplaudido.

Los coros de "La Schola Cantorum" cantaron con una justeza admirable, dejando en el espíritu de la distinguida concurrencia una amabilísima impresión.

La Escuela de Canto del Instituto se halla bajo la dirección de la señora Presidenta de la Comisión que rige los destinos de ese refugio de ciegos. Con esto la señora Carmen Cuestas de Nery evidencia una vez más cuán multiformes son sus actividades y sus relevantes aptitudes.

Los pobres asilados, bajo tan hábil y cariñosa dirección, realizan progresos notables en el canto, y hasta sus sensibilidades tan cruelmente retaceadas por la carencia de la vista, llegan de esa manera las emociones dulcísimas de la música, que ellos aprecian en toda su íntima fuerza emotiva, comunicando a las canciones que entonan una suavidad delicadísima, un poco melancólica y un poco ingenua. Es indudable que los coros formados por los ciegos impresionan hondamente al auditorio. Hay en esas voces un inconfundible tinte de melancolía, de resignación y de humildad. Cantan los cieguitos poniendo en sus canciones toda la suave ternura de que son capaces sus espíritus en blanco, incontaminados, se diría, por la vida, que hasta sus sensibilidades no ha podido llegar.

Las voces emergen puras, bien timbradas, con modulaciones tiernísimas. Y la palabra cantada cobra de esta manera una infinita suavidad. Parece que en esos coros hay algo de oración, de queja humilde y de serena resignación.

Quien oye una vez estos coros, no olvida nunca la impresión de inmensa piedad que se experimenta.

El Instituto Nacional de Ciegos merece toda la protección de nuestra sociedad, por cuanto sus fines altamente benéficos son cumplidos con inteligencia, amor y verdadero acierto.

Cyrano

La ejecución bajo el cielo estrellado

(Traducido del francés)

UNA noche de la estación de invernada, noche de "crachen" (léase llovizna), Artaud y yo conducíamos dos prisioneros chinos, al cuartel general, a fin de que su suerte quedase decidida. Densos nubarrones negros como tinta habíanse arrastrado durante el día a tan poca distancia de la tierra, que no parecía sino que con calar las bayonetas y sostener los fusiles por las culatas con el brazo extendido, alzándonos de puntillas hubiéramos podido agujerearlos. Hacía frío, un frío que penetraba bajo las vestiduras y erizaba los pelos. Todo estaba sumido en silencio. Antes de que despuntara el alba habíamos tenido una pequeña escaramuza y cruzado algunos tiros, y al amanecer el campo apareció abandonado; dijérase un campo después del éxodo de sus habitantes, amenazante, terrible, pues bien sabíamos que era aquello un hormiguero de Bóxers. Nunca lo olvidaré; yo estaba de avanzada. Luego, al anochecer, precisamente cuando conducíamos a nuestros *Celestes*, los densos nubarrones se resolvieron en agua.

Aquello no era lluvia; eran las nubes que se transformaban en una especie de neblina penetrante que escuchábamos caer; el aire traspiraba. Andábamos a través de un vapor espeso, frío y pegajoso que se adhería a las manos y al rostro.

Por todas partes, detrás, a derecha, a izquierda, oíase un inmenso y lejano chapalear. Esta humedad se esparcía por toda la campiña, lentamente, como un jarabe que fluyera del cielo. La tierra, los árboles, las chozas, todo parecía fundirse, exactamente como el terrón de azúcar sobre la cucharilla de remover ajenjo.

¡Aquello era el "crachen"!

¡Ah! Por fin, henos en el fuerte. Una antiquísima pagoda, toda gastada por un roce de siglos. Un centinela advierte al oficial de mando, un teniente, que traen dos prisioneros. El oficial se enfurece, y oímos que su cólera se desata de esta manera: —¿Cómo?... ¿Conque, traen prisioneros?... ¿Decís que el sargento nos los manda?... ¿Y qué diablos voy a hacer yo con ellos?... ¿Acaso esos monigotes os mantienen cuando os cogen?... ¿Verdad que no?... ¡Os cortan la cabeza sencillamente!... Pues lo que es ahora... que se larguen, que hagan con ellos lo que les dé la gana..."

Aturdidos, regresamos.

Este mismo camino lo recorrimos hace un mes, todos alerta, ojo avisor y con el dedo en el gatillo del fusil.

¡Toma, ahí están las bardas en que una bala dió a Dubois en mitad de la frente y lo dejó en el sitio!

Más allá pasamos junto a un bosquecillo. Allí tuve que coger el fusil de Lorin, muerto igualmente, pues un proyectil chino me había roto el arma... He aquí el sitio en que antes estaba acantonado mi regimiento... Cerca de esta casucha hay aún cuatro piedras negruscas con las que el cocinero de mi compañía hizo un fogón.

Seguimos andando. Los dos chinos van delante, atados por la coleta, llevando en las espaldas sus grandes sombreros cónicos de paja de arroz. De cuando en cuando se dicen algo que nosotros no entendemos, y oímos su risita breve: excelente ocasión para desahogar la cólera de vernos embarazados. Les propinamos sendos puntapiés en las pantorrillas, gritando al propio tiempo: "¡Malditos monigotes... cabezas de alcornoque!..."

Entonces anduvimos errantes mucho tiempo, mucho tiempo! Por fin llegamos a un pueblecillo.

Me gustan los pueblos chinos de noche, por cuantas cosas curiosas que permiten ver las hendiduras de las puertas. Este lo ocupaba militarmente desde hacía algún tiempo, una pequeña guarnición de infantería de marina. Los Boxers, emboscados bastante lejos, ya no se acercaban allí, y, por lo tanto, el comercio empezaba a reanudarse. Nosotros nos divertimos inspeccionando el interior de algunas casas. Teníamos a los prisioneros sujetos por las coletas, y, agachándonos, mirábamos por entre las hendiduras de las tablas, principalmente en las casas que tenían en la puerta una larga plancha negra y barnizada, en donde estaban grabadas grandes letras doradas y dispuestas como cifras en una suma: esto significaba que era aquella una casa de banca. El cuarto obscuro, estaba sólo alumbrado por una lamparilla humeante. Los *celestes*, detrás de un mostrador, verificaban las cuentas en sus libros a pinceladas; otros contaban el dinero por los suelos o se aseguraban de la legitimidad de los lingotes de plata. Nosotros percibíamos muy bien el retintín de las monedas. En el fondo, sobre una cama baja, algunos hombres recostados rodeaban una especie de mariposa, cuya llama relucía, minúscula, dentro de un estrecho globo de cristal. Un bastón pasaba de mano en mano, y cuando se detenía ante uno de ellos, veíamos de súbito alzarse una nubecilla que obscurecía la llama.

"¡Fumadores de opio!, nos decíamos.

Otros mataban el tiempo jugando al "baquhuan". Al pasar por delante de ciertas casas de madera oíamos ruidos semejantes al de un lejano son de tamboril. Una docena de chinos sentados como sastres ante unos montecillos de "sapeques" (moneda muy pequeña, con un agujero en el centro, equivalente a medio céntimo) agitaban por turno un trozo de bambú hueco, cerrado con tripa de buey por un extremo y lleno por la otra parte de palillos con cabezas encarnadas.

Al mirarlos nos parecía que les jugábamos una mala pasada, pues este juego, al que la clase baja tiene afición desmedida, había sido prohibido por los oficiales europeos de policía; porque jugando al "baquhuan" se pueden hacer todas las cosas imaginables, todas, aún tramar una astucia de guerra.

Entonces Artaud y yo dábamos unos golpecillos en el tabique con los nudillos de los dedos: ¡pam! ¡pam! Nos reíamos la mar al ver sus caras inquietas y nos íbamos contentos de nuestra burla.

Abrimos una puerta que estaba debajo de un cobertizo de paja de arroz. Sentí en la cara una bocanada de aire caliente como si estuviera ante una boca de calorífico; era un refugio para viajeros, tal como existen en toda China, hasta en la aldehuela más pequeña.

Atado con un bramante pendía del techo un farol de papel aceitoso, y a lo largo de las paredes veíanse unas tablas inclinadas.

La sala estaba casi a obscuras; pero desde el umbral, antes de haber tenido tiempo de ver lo que allí había, percibíase un soplo fuerte y cadencioso, y luego se distinguía en el borde de las tablas a lo largo de las paredes una hilera de pies con sandalias polvorientas. Los cuerpos estaban tan apretados entre sí, que no parecía sino que una sola y única frazada los cubría. No se veían las cabezas. En el techo un ruidito roncaba con obstinación y dulcemente. Alcé los ojos: un murciélago iba rayando esta pesada noche con su vuelo en zig-zig. A veces revoloteaba en torno del farol, con tembloroso vuelo blando, la pálida claridad que filtraba del papel alumbraba sus espaldas y sus alas temblorosas; el ave entonces parecía toda gris y polvorienta. Esto duraba apenas un segundo; y se desvanecía...

Al llegar a las últimas casas, de pronto se nos apareció la campiña vaga y brusca. Alzóse un vientecillo que agitaba los bambúes y luego apaciguábase; pero el inmenso mormullo que las hojas se extendía a lo lejos, semejante al ruido que la brisa produce al pasar por entre mallas de alambre. Y las sombras agitábanse en la noche serena, pues el "crachen" había desaparecido. Ahora el cielo, cuajado de miriadas de estrellas temblorosas, estaba despejado, pizarroso, abriéndose por encima de nuestras cabezas un grande espacio azul pálido donde velaba una luna blanca. El aire estaba sosegado; parecía flotar.

Allí fué donde nos paramos y donde se realizó la ejecución. Pero bien podréis figuraros que esto empezó sin que nosotros mismos nos diéramos cuenta de ello, primero les tuvimos lástima. Verdad es que la víspera de aquel día, con la excitación del tiroteo los hubiéramos traspasado de parte a parte: ¡se defendían! Pero ahora fríamente y a causa de la serena noche, bajo el cielo estrellado, vacilábamos. Eso vino del otro, que apareció de improviso, porque las cosas *habían* de ser así.

—Oye, chico ¿vamos a cargar hasta el día del juicio con esos malditos monigotes?...

—¡A fé mía, que ya l as oído al teniente!... Lo que es a él le importa un pito.

—Caramba! ¡Maldita vida!... ¿A que no sería tan tonto como nosotros si se trocarán los papeles ...

Los dos chinos se ríen y cruzan algunas chanzas. Oigo que uno de ellos dice: Fa-Kua... Fa-Kua... "Francés... Francés..." Luego sigue riendo. Entonces tiro con fuerza de las coletas; las dos cabezas chocan entre sí. Les grito: "¡Callaos, so marranos!"

Artaud me insinúa:

—¿Y si les levantáramos de un balazo la tapa de los sesos?

—Eso es, animal, para que nos lleven al calabozo... Tira tú si quieres... que lo que es yo, no tengo ningún empeño en causar alboroto... Ya sabes que no andan lejos las avanzadas.

—Entonces, vamos a espetarlos... ¡zás!...

—¡Hombre! yo no me atrevo a eso; ayer ellos tiraban también... ¡pero lo que es ahora!...

—¡Ah! maldita la hora!....

Como nos viéramos embarazados, aplazamos nuestra decisión. Y henos ahí, a ambos lados del camino, charlando, yo a la derecha y Artaud a la izquierda de los *Celestes*. Encendimos un par de pitillos, y entonces siguiendo con la vista los dibujos caprichosos del humo del tabaco, oigo decir al otro que en cuanto la campaña se termine va a ser repatriado, pues sólo se había alistado para aquella expedición.

En París era vendedor ambulante, y... ¡vamos! no es este un oficio que da de comer todos los días... En cuanto a mí, pienso tristemente que me quedan aún dos años. Y como echara de ver que el final está tan lejos, de pronto me coge miedo de perecer en alguna acción antes de haber gozado de las dulzuras de la licencia absoluta.

En seguida nos damos cuenta de que en París hemos vivido los dos en el mismo barrio: La Villete. El vivía en el quai de la Marne y yo en la rue de Crimée. ¡Y allí fué el evocar recuerdos!

¿Cuánto tiempo duró este coloquio a la luz de la luna?

Seguramente mucho tiempo, tal vez dos horas. Los chinos también hablaban con frases breves y guturales, interrumpidas por prolongados silencios.

De pronto abrimos los oídos al galopar de un caballo en el barro: ruidos blandos y lejanos. Luego esos ruidos se fueron acercando, sordos y cadenciosos; de un bosquecillos de bambúes vinieron ruidos de herradura, y de súbito en la transparencia de aquella noche apareció un *cazador de Africa*.

Cabalgaba con paso natural; nosotros estábamos de cara a la luna, cuya diáfana claridad formaba un pálido telón detrás de él, y esto le hizo aparecer enteramente negro, de una estatura gigantesca, con un semblante blanco que brillaba. Su sable y el cañón de su mosquetón, que le sobresalía por detrás del hombro, reflejaban breves destellos.

—¡Hola!... *Chass d'aff*.... ¿a donde vas?

—A llevar un parte al general Pelacot... y a escape... y vosotros, ¿a quién escoltáis?

—A un par de monigotes, de quienes se nos importa un bledo... Buenas ganas tenemos de despanzurrarlos, pero esto metería ruido, y tal vez alarma...

—Pues a fé, chicos, que habéis tropezado con un colega que trabaja bien y sin palabrerías.

Sonríese; en la negra hendidura de su boca vimos brillar sus dientes. Desenvainó el sable de un tirón. En aquella noche azul la hoja del sable despedía relampagueos nítidos. Agitóla por delante como para asegurarse de que no estaba mellada, y lanzó su caballo con un ligero movimiento del brazo izquierdo, alzando así un poco las riendas y haciendo ademán de tomar bríos; luego, al primer paso brusco del corcel irguió el pecho y enarcóse ligeramente de riñones.

De pronto, como si fuera un autómata y una mano invisible le hubiese apretado un resorte por la espalda, el jinete se inclinó rápidamente sobre el cuello del caballo y en seguida se irguió de nuevo con la hoja del sable teñida en sangre hasta la empuñadura.

Herido en pleno vientre, el chino se desplomó sin el menor ruido y como si le hubieran segado las dos piernas con una hoz.

—Lo que es éste ya está listo... ¡Ahora, al otro!...

Este cayó sobre el lado derecho lanzando un ligero grito. La hoja del sable se había deslizado al sesgo entre dos costillas, atravesándolo de parte a parte. Rodó por el suelo y quedó tendido boca arriba. Se desangraba en abundancia; la sangre corría lentamente a lo largo de su cuerpo y formaba un charco en el suelo y otro debajo de él, en donde se empapaba.

Por donde el sable penetrara, veíanse manar gruesos borbotones negros que relucían.

El otro estaba boca abajo, de cara al suelo. No se le veía ensangrentado, pues su mismo cuerpo ocultaba la herida. No parecía sino un hombre fatigado, que se hubiera dormido de tal manera porque la luz de la luna le incomodaba. Primero había caído de rodillas, y luego se desplomó poco a poco.

—"Hasta otra, muchachos... Si acaso no vuelvo, ya os escribiré.... ¡Vaya un recuerdo para el pueblo!"

¡Caramba, cuando me acuerdo de eso!

Bernard Combette.

COMPATRIOTAS EN PARÍS

He aquí una nota interesante. En ella aparecen nuestros compatriotas: la Sra. Blanca Supervielle de Lasala, Srta. Ema Vaeza Ocampo y los Dres. Lasala y Bevilaqua.

PAX

- Arte Nacional -

GALERÍA DE LA
SEÑORA DE CHIARINO

OLEO DE
ERNESTO LARROCHE



- - Ofrenda lírica - -

Por S. Cabrera Martínez

I

Por que ostentas en los ojos
La tristeza más sagrada,
La más pura, la más noble
La que nunca, pero nunca
Fué un emblema del Dolor;
Yo adivino tus antojos,
Yo me miro en tu mirada,
Me redimo de lo innoble
Y hasta creo para nunca
Para siempre en el amor!

II

Por que tienes en los labios
Los ardores del Averno,
La crueldad de los martirios
Y la sangre voluptuosa
De las guindas en sazón;
Yo me rindo a los agravios,
Yo me sueño sempiterno,
Yo depongo en mis delirios
Ante tí, como una rosa
Mi doliente corazón!



Sta. AMANDA VELÁZQUEZ (Condesa de Littoff)

III

Por que llevas con orgullos
La suprema aristocracia,
La más noble, la más bella
La que dice de las glorias
Tentadoras del ideal;
Se constela de capullos
El cercado de la Gracia
Y se enciende alguna estrella
En las noches punitorias
Del pecado original!

IV

Por que luces en la frente
La deidad de tu destino
Rutilante como un astro,
Rutilante como el germen
De algún sol, ¡oh Magestad!
Me arrodillo penitente
En las zarzas del camino,
Y en mi verso de alabastro
Nuestras ánimas aduermen
Su obsesión de Eternidad!

Concurrentes a la fiesta de confraternidad argentino—brasileña—uruguaya, celebrada en el Centro Militar y Naval: Encargado de Negocios del Brasil, Dr. Bueno; Comandantes de los cruceros acorazados "Barroso" y "Brown"; Attaché de la Legación del Brasil; General B. Carámbula; Coroneles: Fabregat, Scabini, Laborde, Robido, Rovira, Romero, Riveros, Matto, Carrasco Galeano; Mayores: Gomera, Monegal y Pereyra; Capitanes: Herrero, Monegal y Lezama.

En el Centro Militar y Naval

En honor de los marinos brasileños y argentinos que ultimamente nos visitaron, para rendir homenajes a nuestro país en ocasión de nuestra gran efeméride de Agosto, se realizó en el Centro Militar y Naval una interesantísima fiesta.

En ambiente de fraternal camaradería, que evidencia una vez mas el espíritu de solidaridad que anima a todos los pueblos de Sud América, la recepción se desenvolvió, causando en los numerosos invitados infinitos halagos.

Los salones, que en la sede de la calle 18 de Julio posee el Centro Militar, se vieron concurridísimos, no faltando, como era lógico, la presencia de algunas familias.

Los marinos extrangeros fueron ampliamente agasajados, y al pasar al salón donde se sirvió el lunch se pronunciaron algunos discursos, todos brillantísimos y muy aplaudidos.

Actos de esta naturaleza merecen el aplauso de todos, por cuanto contribuyen al afianzamiento de una alianza sudamericana que ha de dar tan grandes resultados en el futuro y tanto ha de influir en salvaguardia de la civilización.

MUJERES CELEBRES — Margarita de Valois



Margarita de Valois, escribía rápidamente sentada en su amplio sillón, ante una amplia mesa, sobre la que se amontonaban cartas, papeles, libros. Era en la sala de la biblioteca del castillo de Angulema.

Escribía versos y componía novelas para su "Heptameron", el cual sería publicado por primera vez muchos años más tarde, cuando de súbito, a causa de su segundo matrimonio, fué llevada a la dignidad de Reina de Navarra.

Del "Heptameron" conocido y apreciado en todo su mérito, aún cuando no es otra cosa que una copilación de novelas a lo Boccacio, Brantóme dice, que eran originales de esta princesa, y que las había compuesto la mayor parte mientras era conducida en litera, en las horas de paseo, pues el resto del día lo tenía absorvido en otras ocupaciones.

En aquel tiempo esta dama llevaba todavía luto por el Duque de Alençon, quien la había dejado viuda a los veinticinco años.

Era hermosa, con aquella hermosura fascinadora de la raza de los Valois, la que unía a la perfección de la forma, el encanto de un espíritu exquisito, educado en todas las sutilezas del arte ,y además con una inteligencia rara, sutilísima y caballeresca.

Todas estas condiciones parecía que se habían acentuado más aún en Margarita de Valois; pues era tan bella e inteligente que mereció ser llamada por los poetas la cuarta gracia y décima Musa. Muy erudita, sabía el hebreo, además del francés, el italiano, el latín y el español.

Sus versos fueron publicados bajo el nombre de "Margarita de las Margaritas de las Princesas". Y Margarita de las Margaritas la llamaba cariñosamente su hermano Francisco I, dos años menor que ella.

Un triste día de invierno, Francisco I había venido ha buscar junto a Margarita un poco de consuelo y de ánimos. Esto ocurría muy amenudo, porque Margarita de las Margaritas conocía, ella sola, las recónditas amarguras de aquel rey y caballero. Como él, tenía ella un alma apasionada, y como él, sufría ella los dolores de la vida, para los que no existen la excepción de los Reyes.

La princesa dejó de escribir, abandonó la pluma, y con gesto gracioso apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, donde aparecían esculpidas las armas de los Valois y Angulema; luego se volvió y con mirada afectuosa contempló a su hermano. Este continuaba taciturno y triste, con la cabeza apoyada en la vidriera y la mirada perdida en la inmensidad del parque desolado.

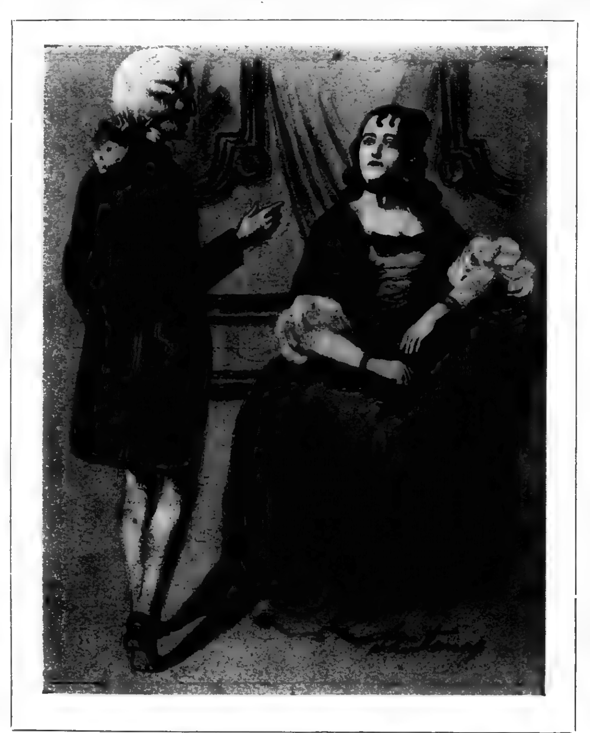
El perfil emergía sobre el fondo claro como un camafeo de modelo purísimo. El pensaba en Mlle. d'Heilly en aquella infernal criatura, que, presentada en la corte hacía muy poco tiempo, lo había completamente seducido con las gracias de su persona y de su espíritu. ¿Qué efecto le había él producido a Mlle. d'Heilly? Ninguno! Tal era la opinión de todos. La hermosa había permanecido fría e indiferente a los avances del Rey, quien desde el primer momento había quedado preso en sus redes.

Ella parecía no haber comprendido nada. Pero si Francisco I hubiera sido menos enamorado y titubeante, habría comprendido la expresión de ironía compasiva que adoptaba la insensible damisela cuando se cruzaba su mirada con la de la condesa de Chateaubriand, la favorita **en-**



titre. Mlle. d'Heilly, dotada de una rara belleza y de una aún más rara inteligencia, sabía que ninguna mujer podía comparársele por inteligencia y por cultura, y, viniendo a la corte, había ya formado sus planes; si ella gustaba al Rey el plan era fácil y el camino breve. Gustó naturalmente, pero eso no bastaba. Era necesario captarse la afección duradera y constante del monarca, y esto no se obtenía más que resistiendo.

Resistió, fué suplicada, pedida de rodillas; entonces impuso sus condiciones, y la Chateubriand fué eliminada. Recogió ella entonces triunfante todo aquello que Francisco I había regalado a la otra: sus diamantes y sus favores. Fué hecha duquesa d'Etems y fué llamada la "plus belle des sabantes et la plus sabante des belles". Fué ese el último y el más fuerte amor de Francisco I, y tuvo esta mujer tal influencia sobre todos que apenas muerto el soberano, fué inmediatamente desterrada lejos de París temiéndose que a su influjo se realizara algún complot político.



Sus fabulosos diamantes pasaron a ser propiedad de Diana de Poitiers.

Pero en aquel triste día de invierno antes recordado, era todavía la fría e insensible damisela que turbaba el corazón y la mente de Francisco I, y que le había quitado, al menos por un momento, la caballeresca desenvoltura con que se entregaba al juego del amor, para él, siempre renovado y siempre ardiente. No parecía el mismo que poco tiempo antes trazara sobre los vidrios húmedos de una ventana del mismo castillo, con la punta de su estileto, los versos que fueron célebres, y atribuidos después a todos los príncipes galantes de otras épocas:

> Suvent femme varie,
> Bien foi est qui s'y fie.

El amor ha hecho sufrir a los hombres, las más extraordinarias transformaciones.

¡Margarita de Valois continuaba mirándolo, y fué quizá por la sugestión magnética de aquella mirada fija en él, que Francisco I se volvió. Sonrieron ambos, él se acercó lentamente a su hermana, y tomándole la cabeza entre sus manos, le puso un beso largo, muy largo en la frente—¡Margarita mía!

Ella respondió.

No siempre soy tu Margarita. Bien puedes dejar a un lado a tu Margarita, aún cuando puedes estar seguro que soy tu única amiga. Eres muy inconstante en tus afectos, y eso no te puede traer fortuna Francisco.

Francisco I se sentó en un taburete, casi a los pies de la princesa de Valois, y teniendo en su mano una de las de ella, recogió con la otra los papeles esparcidos sobre la mesa. se los entregó a Margrita diciéndole:

—Léeme tus versos.

Pero al mirar lo escrito, vió repetido una infinidad de veces su nombre: Francois de Valois, y le preguntó sonriendo el por qué de aquel capricho.

—Intenté formar un anagrama con tu nombre; respondió ella.

Pocos días después el Rey recibía de manos de Margarita de Valois un gran medallón de oro, en el que aparecía grabada una salamandra entre llamas con esta leyenda: Ardo pero no me quemo; y del otro lado el anagrama de su nombre: De façon suis royale.

Dicen que él, desde aquel día no se separó nunca de aquel medallón, y que, con el al cuello, fué llevado al sepulcro.

Lo indudable es que aquel recuerdo fué para él un amuleto de buen augurio, pues en la próxima fiesta, en la corte, Mlle. d'Heilly, fué menos esquiva, y sus ojos divinos tuvieron para el Rey tal expresión que él entrevió, como en un milagro, toda la felicidad que le deparaba el porvenir, y en plena corte la rindió homenaje como a la elegida de su corazón.

Aquella noche la Chateubriand lloró de rabia, y Margarita de Valois, en el fondo de su castillo de Angulema, suspiró......

***

Margarita de Valois publicó los siguientes libros: "Espejo del alma pecadora" "Heptamerón", "Cartas", etc. Todos sus poemas fueron tachados de muy libres por los asuntos que trataba y por la forma.

Margarita murió en el año 1492, dejando un solo hijo de su segundo matrimonio.

Escritoras Argentinas

COMO UN HOMBRE



E llamaba León. Era un lindo perro lanudo, no muy grande, blanco y con una gran mancha negra sobre el lomo y parte de las orejas. Andaba siempre tan gordo y tan limpito que se le hubiera tomado por perro de ricacho. Había nacido, en el mismo dormitorio de su amo, de una perrita feucha y flaca que había muerto rabiosa poco después de haberle dado vida. Y acaso fué por eso, por lástima a su nacer tan triste, que su dueño le tomó desde un principio un cariño tan grande.

¡El amo de León! Aun se le recuerda en Luján, pues fué uno de los tipos más poulares del lugar. Durante muchos años su oficio consistió en pedir limosna. Era viejo, muy viejo, envejecido más que por sus ochenta y tantos años, por el alcohol. Nadie conoció nunca, a ciencia cierta, su apellido. Se sabía únicamente que se llamaba Juan, pero todo el mundo lo llamaba *Juanín*. Era italiano. Había salido de su aldea siendo ya mozo hecho.

Había quienes aseguraban en Luján que no lo trajo la ambición de hacer fortuna. Contaban que una tarde, excitado Juanín por la bebida, dijo algo de su juventud.

Brillaban los ojos del viejo mientras sus labios barbotaban recuerdos del pasado.

Y no sé qué historia dijeron de una aldeana hermosa y un pérfido amigo...

En Luján todos le tenían simpatías y era el pobre predilecto de las señoras mayores del pueblo.

Alguna vez le había sonreído la suerte: ganó en la lotería cuarenta mil pesos. Otro hubiera tenido, quizás, comodidades para toda la vida. Pero tenía alma de lírico el rudo campesino; y empleó — tiró, dicen algunos — todo su dinero en viajes a través de la república.

Supo de las soberanas belleza de la Cordillera, de los naranjos en flor de Tucumán, del misterio de las selvas chaqueñas, de la magia del Iguazú, de los lagos del sur y del encanto apacible de las islas del Paraná. Hasta que un día se encontró con un caudal muy grande de recuerdos...

Y sin un centavo.

Entonces se dispuso a trabajar e ingresó como modesto peón en una fábrica de Luján.

Un domingo — algo nublada la vista por el alcohol — al querer tomar el tren, cayó bajo sus ruedas y perdió una pierna. Su patrón, que practicaba sencillamente la dulce y buena doctrina de Jesús, viendo en cada hombre un hermano, le atendió con solicitud y le dió luego una pieza con su respectiva cocinita, para que terminara allí su vida.

Poco tiempo después, empezó Juanín a concurrir a las puertas de la Basílica a pedir limosna. El aspecto simpático del viejo y su invalidez le valieron la preferencia de convecinos y romeros. Y vió asegurada así su subsistencia.

Aborrecía al clero, pero era, a su manera, muy religioso. Todas las noches, después de realizada su frugal comida, elevaba al Cielo sus oraciones. Y hasta en eso era original. No rezaba como todo el mundo, de una manera vulgar. Sentado en su catre desvencijado, cantaba... Cantaba sus oraciones con una unción tan grande y tan sincera que todo el que lo oía — creyente o no — sentía en su interior el cosquilleo de una emoción vaga, imprecisa, pero dulce. Y es que la fé es bella: bella hasta para quien tuvo la desgracia de perderla.

Desde que León nació, Juanín no tuvo otro amigo que su perro. Este constituía además, toda su familia. Y había algo de conmovedor en el afecto que los unía.

Andaban siempre juntos, inevitablemente, de tal modo que cuando una tropezaba con León podía jurar sin temor de equivocarse, que allí, a dos pasos, estaba Juanín.

Cierta vez el hijito de una peregrina de tono se enamoró del perro, que estaba echado tranquilamente a los pies del viejo mendicante, y clamó encaprichado:

—Mamá, cómprame ese perro. ¡Yo quiero que me compres ese perro!

La señora, dócil al antojo del pequeño, intentó la compra.

—Eh, buen hombre, ¿quiere Vd. venderme su perro?

—No, señora, no lo vendo—contestó gravemente Juanín.

La señora sonrió. Ya sabría ella ablandar al miserable... Sacó de su cartera un billete de cincuenta pesos y se lo mostró al viejo.

—Le doy "esto" a cambio de su perro.

El chico entretanto seguía encaprichado.

—Sí, mamá, yo lo quiero, yo lo quiero...

El viejo al ver el billete enrojeció de indignación, y con voz vibrante dijo:

—Si yo fuera millonario y le ofreciera un millón de pesos por ese chico — y señalaba al pequeño caprichoso — ¿Vd. me lo daría?

La señora protestó:

—Pero, es mi hijo...

—Bueno, señora. León es también eso para mí: es mi madre, mi mujer, mi hijo...

Pareció entonces que la señora había comprendido. Pero alguien que presenciaba la escena la oyó murmurar al alejarse:

—Pobre viejo, ¡está loco!

Mientras tanto Juanín charlaba alegremente con su perro:

—¿Te diste cuenta, León? ¡Querían comprarte por un mísero billete de cincuenta!

Y, sin sospechar que hacía la versión al femenino de la misma frase de ella terminó:

—¡Pobre señora, debe estar loca!...

Los descendientes del patrón de Juanín, muerto hacía muchos años, respetando la voluntad de su antecesor, habían dejado que el viejo viviera libremente en su antigua vivienda.

La pieza de Juanín estaba en los fondos de la propiedad, a casi dos cuadras de las casas principales, y se iba a ella por un sendero techado de rosales que separaba a los patios, cercados de enredaderas, del jardín abandonado donde la maleza crecía libremente entre plantas valiosas y bellas.

Se le llamaba "el caminito de Juanín", porque, además de ser su paso obligado cada vez que entraba o salía de la propiedad era él, Juanín, quien cuidaba de arrancar los yuyos que a veces aparecían entre los lirios y violetas que bordeaban los costados del camino.

Graciela, que era una muchachita dulce y buena, gustaba de charlar con Juanín. Le tenía cariño. Sabía que el viejo ya estaba en casa cuando ella nació y recordaba cuantas veces, de pequeña, se había extasiado oyendo los cuentos que él le contara, complaciente. Pero casi más que a Juanín quería a León. También el perro había sido su buen amigo desde los tiempos lejanos de la infancia. Por eso a veces, cuando charlaba con Juanín, le decía mientras deslizaba sus manos cariñosas sobre el lomo sedoso de León:

—Juanín, cuando Vd. se muera, tendrá que dejarme a León para mí.

Juanín sonreía. Pero había algo de grave, de solemne, en su voz cuando contestaba:

—Cuando yo me muera, no podré dejarle a León porque León se morirá también.

Y terminaba con tono profético:

—Se morirá de pena...

Y León, como si comprendiera, huía de las blancas manos cariñosas para ir a lamer el pié del amo, mientras su cola inquieta sonreía.

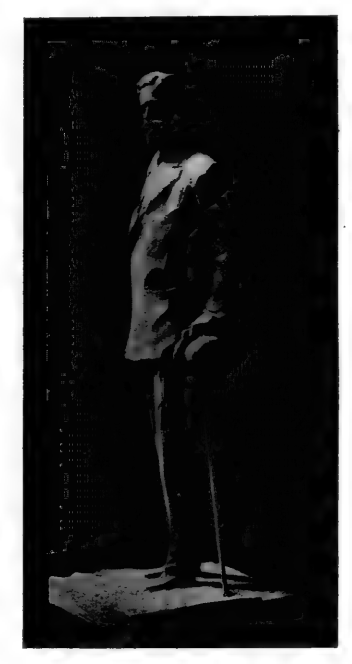
Una tarde en que la charla entre el viejo mendigo y la chica rubia, había sido más íntima y más dulce, Juanín quiso hacer un pedido.

Y rogó:

—Graciela. — llamaba así por su nombre, familiarmente, a todos los de la casa

—Graciela, prométame que cuando yo haya muerto y se muera León, Vd. va a hacerlo enterrar a mis pies...

—¿A "sus pies", Juanín? — sonrió Graciela, mirando traviesamente el único pie del viejo.



Dr. JUAN CUESTAS.

He aquí una "statuette" de mucho mérito artístico. En ella surge elegante y altiva la silueta de aquél caballero distinguidísimo que fué el doctor Juan Cuestas. Fundida en bronce, la "statuette" vale como realización artística y como fiel evocación del original.

—Bueno, — contestó él, riendo también — a "mis pies", no; a mi pie...

Y como, a pesar de las risas de ambos, había algo de inusitada gravedad en el momento aquel, Graciela, seria de pronto, prometió; y juró con la mano extendida sobre la cabeza del perro querido, que cumpliría su promesa.

Así mismo los días de peregrinación algo producían todavía. Pero entonces Juanín ya no pensaba en comer. Sólo recordaba el hambre de León. Y cuando el perro estaba harto, él se daba por completo a la bebida.

Una tarde, de peregrinación, por cierto, la borrachera fué tal que cuando el viejo quiso regresar a su vivienda, cayó pesadamente en la calle y sabe Dios cuánto tiempo hubiera permanecido allí a no mediar la bondad de un cochero que lo recogió por lástima en su coche y lo llevó hasta su pieza.

Esa fué la última salida de Juanín.

Dos días después fué hallado caído en medio de su habitación, y sin conocimiento. Por entre sus dientes apretados se escapaban largos gemidos que el eco repetía dolorosamente.

Afuera, frente a la puerta, estaba echado León. No lloraba, pero miraba al amo con una pena tan grande en los ojos que se hubiera dicho que su dolor era mayor aun que el que gemía en la boca desdentada del inválido.

Sin embargo, cuando la policía, llamada por Graciela, sacó, envuelto en amplia frazada a Juanín, para llevarlo al hospital, el perro no se movió.

Quedó allí, echado en su hoyo de siempre, inmóvil, perdida a lo lejos la mirada apagada.

¿Fué, quizás, que no comprendió que en esa especie de bulto que sacaban del cuarto iba su amo en camino, acaso, de la eternidad?

En el hospital el médico dictaminó con la acostumbrada gravedad:

—Derrame cerebral ocasionado probablemente por el alcohol. Caso fatal.

Graciela fué al día siguiente a visitarlo. Y en la sala triste ¡tan triste! donde estaba Juanín, sollozó largamente la pena de ver partir para siempre al amigo humilde.

Mientras tanto, León no se había movido de su rincón habitual. Cuando Graciela fué a verlo, allí lo encontró inmóvil como la tarde anterior y, como entonces, perdida a lo lejos la mirada apenada.

Fué vano su intento de hacerlo jugar. León por nada sonreía. Y la cola que antes agitaba con alegría en cuanto ella se acercaba, quedó ahora lánguidamente, desoladoramente quieta.

Graciela, estremeciéndose, recordó entonces la profecía de Juanín:

—El día que yo me muera, León se morirá también.

Y tembló pensando que cuando León pasara dos o tres días sin ver a Juanín, su dolor iba a hacerse llanto. Oh, iba a ser terrible, desesperante eso de tener que oir sus aullidos largos, dolientes, penetrantes...

Pero no, León no lloró. Cansado, sin duda, de esperar al amo inútilmente, un día empezó a buscarlo por toda la propiedad. La recorrió varias veces de un extremo al otro: desde la entrada principal hasta el portón del fondo; desde las caballerizas vacías hasta la vera misma del río. Luego, como por ningún rincón apareciera, se dirigió a los lugares que antes frecuentaban los dos. Estuvo en la Basílica, en la confitería cercana, en el Descanso de los peregrinos. Y decepcionado al no encontrarlo en ningún lado, se dirigió por último a la fonda.

Caminaba lentamente con la cabeza agachada, los ojos tristes, la cola caída. Se hubiera dicho que en esos pocos días había vivido siglos. Era tal su aspecto que le inspiró lástima al fondero.

Tenía fama éste de ser un desalmado. Pero no era verdad; era nada más que un negociante. Por eso a Juanín no había querido fiarle en los últimos tiempos ni un mal plato de sopa; por eso, también los miserables que allí se alimentaban, debían, antes de ocupar un lugar en las mesas, acercarse al mostrador a hacer ver las monedas con que contaban...

Con León fué distinto. Al verlo entrar con su paso funerario, con su enorme pesar a cuestas, el tierno corazón del fondero estuvo a medio centímetro de deshacerse de pena. Y toda la caridad de que su alma era capaz, se deshojó en honor de León. Este no necesitó desde entonces el pedazo de carne que Graciela de buena gana le hubiera dado. Poco a poco volvió a hacr la misma vida de antes. Se pasaba las mañanas en las puertas de la Basílica, la siesta en el Descanso, el atardecer en el umbral de la confitería. Y siempre, invariablemente, hacia el medio día entraba lento y triste a la fonda, donde tenía su plato bien provisto.

Luego, cuando la noche se acercaba, tomaba sólo el camino que antes hiciera tantas veces detrás de su amo y llegaba hasta la pieza, vacía ahora, en que había nacido. Entraba diariamente como si la vaga esperanza de encontrar otra vez al antiguo ocupante lo persiguiera y volvía a salir decepcionado, siempre lento, siempre triste.

Afuera, frente a la puerta, estaba el hoyo en el que él mismo se había preparado su cama. Allí dormía.

Graciela, que había visto con tristeza cuán inútiles eran sus caricias para retener al perro a su lado, se resignó a verlo alejarte todas las mañanas y observar su regreso cuando anochecía.

Esperaba el día en que encontraría muerto al animalito frente al cuarto de Juanín con un temor vago, con un sentimiento raro que, a pesar suyo, le hacía desear el fin profetizado aún sabiendo que iba a costarle lágrimas.

No había olvidado su promesa. Cuando León muriera, ella misma iría a pedirle a Don Demetrio, el sepulturero, que lo enterrara cerquita, bien cerquita del amo. Sin duda, el sepulturero no se opondría a sus deseos: Don Demetrio era otro de los buenos amigos humildes a quienes Graciela estrechaba con simpatía sus manos callosas. Pero en el peor de los casos, si aquel le negaba su ayuda, ya se arreglaría ella de cualquier manera, ¡de cualquier manera!, para cumplir la promesa jurada.

Mientras tanto los días corrían y León no sólo no moría sino que ahora, bien alimentado, volvía a engordar. Graciela creyó notar un día que ya no era tan triste su mirada ni tan lento su paso. Otra vez, con gran sorpresa suya, al decirle como siempre que pasaba por el caminito de Juanín: "Buenas tardes, León", vió que el perro sonreía.

No, no había sido ilusión. Realmente el perro había movido la cola. El hecho la sorprendió tanto que, aún mucho después de haberse perdido a lo lejos la silueta perruna, quedó Graciela allí, en el camino, con los ojos inmensamente abiertos.

Por fin una tarde León no llegó.

—Dios mío, si se habrá muerto en la fonda...— pensó Graciela estremeciéndose.

Pero se equivocó porque al día siguiente lo vió volver.

Desde entonces las idas al cuarto de Juanín, dejaron de ser diarias. Ahora León dormía muchas veces en la fonda. Sólo de vez en cuando se le veía pasar por el sendero techado de rosales. Y poco a poco las visitas fueron mermando de tal modo que, algún tiempo después, se acabaron definitivamente.

Esta vez ya no pensó Graciela que hubiera muerto.

Lo había visto pocos días antes echado tranquilamente en el umbral de la fonda. Estaba de nuevo tan gordo y tan limpito como perro de ricacho. Los ojos habían perdido por completo su mirar tristón. Y otra vez la cola reía juguetonamente una inquieta alegría.

Graciela había comprendido...

Y con un furor sordo, inconsciente, había alejado de un puntapié a León cuando éste había querido acercarse a hacerle fiestas. Ya él no era digno de su cariño: había deshonrado vilmente a la raza en que siempre se hizo carne la fidelidad. El olvido había hecho presa de él como si sólo hubiera sido un simple ente humano. Ya no merecía ser tratado como perro.

Y con rabia y con dolor, con más dolor que rabia, le había escupido febrilmente todo su desprecio:

—León, León, te has portado como un hombre...

CLEOPATRA CORDIVIOLA.
(Cleonice)

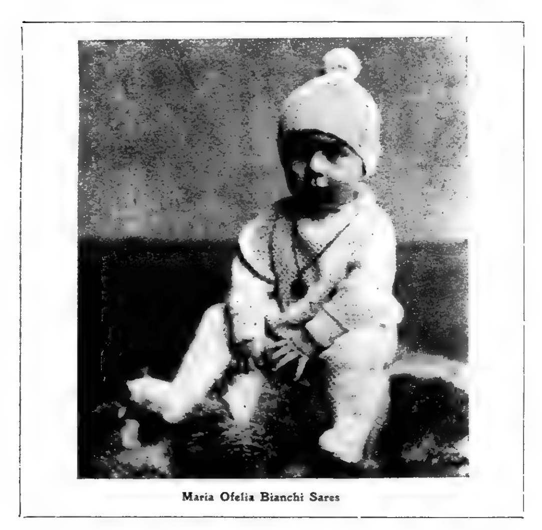
El arbol tiene un alma . . .



Niños de Alvarez Cortés-Arismendi

"Plantemos nuestros árboles la tierra nos convida...." Plantemos nuestros árboles, mis pequeños lectores amigos, volquemos en el surco, que generoso se abre, la semilla que ha de germinar más tarde para ofrecernos su sombra pródiga o su sabroso fruto.

"Plantemos nuestros árboles..." Ellos han de cobijarnos amorosamente en los cansancios y fatigas de los días de verano en que el sol se entretiene en besar la tierra;



María Ofelia Bianchi Sares

cuidemos del arbol con la misma ternura con que la madre amante cuida del hijo pequeño.

Cuidemos del arbol que nos presta su natural belleza, desde el ciprés funerario que reza su oración temblorosa a la manera de un campanario de aldea, hasta los naranjos jóvenes y las decrépitas higueras. Cuidemos del rosal que se viste con su túnica de mil pétalos perfumados, cuidemos de los geranios sangrientos, de los pálidos crisantemos, de los girasoles que magestuosamente se ierguen desafiando al sol, de los lirios desfallecidos que se inclinan tristemente hasta besar el suelo...

El arbol es algo más que una planta que nos presta sombra y abrigo, es un amigo que hallamos en todas nuestras jornadas y que nos tiende sus ramas, que parecen brazos maternales cuando bajo de ellas nos guarecemos.

El arbol presta también sus servicios a los nidos, las maravillosas viviendas de las alas palpitantes, de las avecillas que alegran con sus melodiosos cantos, entonando "los ritmos del alma universal". Los pájaros son también un adorno de la naturaleza que, al igual de las flores, la engalanan con la belleza del color.

Pequeños lectores amigos: prodigad siempre vuestra protección al arbol y sereis en cada nuevo retoño la obra de nuestra humanitaria consagración; cuidad del arbol y veréis en cada pétalo de sus flores algo de vuestra propia alma.

Y no olvidéis nunca, mis amigos lectores, que el arbol tiene un alma, un alma que lloró la agonía del viejo padre Artigas en su expatriación voluntaria y lloró lágrimas de sangre en el madero que crucificó al poeta hombre en uno de los más tristes crepúsculos del Calvario...

La Abuelita.



Dora Judith Carcavallo

CAUTIVO!...

Fotografía artística del Dr. Miguel A. Páez Formoso -



UNA ARTISTA — CELINA MASCIAS



La pintora argentina Celina Mascias.

Cuando surge una mentalidad fuerte, es lo mismo que cuando aparece en el cielo un nuevo astro. Celina Mascias está en esta condición. Es una artista que se impone ya a la admiración del público. Y es una artista joven. Está en pleno albor de juventud. Un crítico argentino ha dicho de ella:

"Hay seres prematuros para el arte.

Dijérase que la conciencia de la propia personalidad los invade, y apenas han penetrado en la vida se les revela luminosamente esa misión de amor y belleza.

Sin haber tenido tiempo de ser niños, de jugar ingenuamente, imprégnase su espíritu de las realidades que palpitan en la vida y vibra su joven sensibilidad al impulso de las emociones que las cosas despiertan en ellos precozmente.



Srta. Flora Tutzo Rodríguez

Celina Mascías es de esos espíritus elegidos. Hija de nuestro celebrado artista Máscias Mac Dougall, cuenta apenas 15 años y está ya empeñada en una obra de alta trascendencia artística, que algunos de nuestros artistas quisieran para fruto de su madurez.

La gran inquietud de la naturaleza parece poseer a esta juvenil artista; la figura no debe preocuparla mayormente, a juzgar por lo poco que la trata, pero en cambio, ante el paisaje, vibra toda entera en unánime apasionamiento.

Así, sus pinceladas, cuando decora la ramazón del árbol que el viento hace trémulo, la piedra en el claro sendero, la espuma albeante en la ola agitada y convulsa, la florecilla frágil entre el húmedo verdor del musgo, parecen caricias, por la ternura del trazo, la delicadeza del detalle y la tenuidad del matiz.

No de otro modo que con ese amor hubiera pintado, aquel pobrecito Francisco de Asís, que llamaba hermano al árbol, al lobo, al pájaro, a la flor.

Es precisamente lo que más impresiona en esta artista; la sencillez prerrafaélica de sus "motivos del paisaje".

Su prerrafaelismo, sólo está, sin embargo, en la manera de concebir la obra; realizándola, su procedimiento es de nuevos moldes.

Véase, por ejemplo, la tela titulada: "Despertar primaveral". Tiene un dulce encanto de égloga; expresa diáfanamente el despertar de la naturaleza, jubilosa de plenitud, bajo las primeras cálidas caricias del astro, solar. El verde musgo da una sensación de humedad y la fronda verdegueante parece agitarse rumorosa al ledo soplar de la fresca brisa. Sola, allá en el fondo, la casita blaqui-roja, destácase en la agreste calma del paisaje.

Como se ve, el motivo no puede ser más sencillo, y sin embargo, este trabajo está impregnado de una vitalidad emocional, que es el mérito que más particularmente distingue la labor de la artista que nos ocupa, de la de varios de nuestros pintores jóvenes, a los que caracteriza generalmente una audacia que pretende ser taumatúrgico instinto creador.

Contrariamente a esos "nuevos" que "crean" siempre activos, fecundos, sin saber, sin querer concebir, a ciegas el espíritu, y tan solo preocupados por la cuestión formal, por lo constructivo de la obra, sin que el espíritu y la emoción colaboren con hondura, pues en ellos solo la mano obra, combinando audazmente los colores, en tonalidades violetas para que sorprendan; raquitizando la figura, aunque ambos, color y figura disientan totalmente con lo real: contrariamente a estos, Celina Mascias, piensa y siente antes la obra que luego ha de realizar, así sus telas se destacan por el caudal de emoción con que han sido vividas, y por la forma meditada con que las realiza.

"Crepúsculo en el Parque Urbano", la bella playa montevideana, es de sus cuadros aquel en que más culminan esas dos eficaces condiciones.

Toda la tristeza misteriosa de esa hora de claudicación, está condensada en las sobrias pinceladas que ilustran el motivo.

Admira la intensidad emotiva que lo concibió y realizó y que vibra, en el mar calmo, como muerto, en la ciudad lejana cuyas primeras luces se insinúan, y en el halo gris que lo envuelve todo sútilmente.

Esta es sin duda su obra más completa, aunque las otras impresiones de Montevideo, "Puesta de Sol", "Rayos solares en el Parque", "Paseo en Pocitos" etc., acusan una seguridad y un temperamento singulares.

Aparte de la limpidez en el dibujo y las otras vigorosas cualidades que hemos apuntado, tiene esta artista como mérito de importancia la gran sinceridad que pone en su obra, que como ya hemos dicho ya quisieran algunos para fruto de su madurez.

Por todo esto, Celina Mascias, está llamada a figurar en primera fila entre nuestros cultores del arte pictórico. Que no le falte aliento y no se aparte de la pura senda de arte que ha elegido, y dejará de ser una promesa — ya es algo más — de nuestro arte para trocarse en uno de sus valores más representativos.

P. S.



Srta. María Estela Barbé Zugasti



Srta. Rosa Salvático.

Notas y Comentarios

PEGASO

Hemos recibido el N.° 3 de esta importante revista nacional de Letras, Artes y Ciencias, que dirigen los señores Pablo de Grecia y doctor José María Delgado.

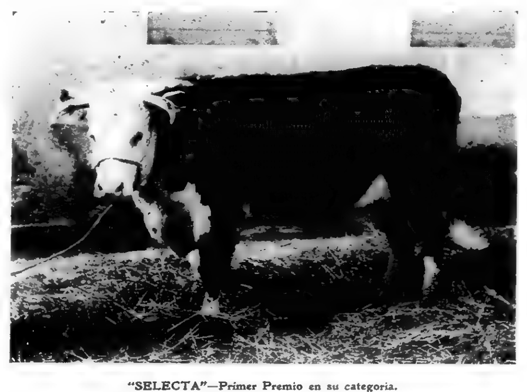
Como los números anteriores, el que tenemos a la vista, contiene un notable material literario.

He aquí el sumario, y por los nombres que brillan al pie de las composiciones, se tendrá exacta idea de la selección y el interés de las mismas:

Daniel Muñoz: Estética; Pablo de Grecia: La Ninfa; Horacio Quiroga: Lucila Stringberg; Ernesto Morales: Comunión; F. Silva Valdés: Ensayo Crítico; Guzmán Papini: Las Boyas Luminosas; R. Schamini Crespo: La Danza; C. Sabat Ercasty: La Pampa; A. Alvaro Vasseur: Alado Corcel; Notas bibliográficas; Noticias y comentarios.

SELECTA

Complacidos damos la efigie de la triunfadora en la Gran Exposición de Ganadería realizada últimamente en el Prado. Magnífico ejemplar Hereford que expuso el distinguido caballero doctor Alejandro Gallinal. Producto soberbio, que hace honor a la ganadería nacional.



"SELECTA"—*Primer Premio en su categoría.*
Criador y expositor: doctor Alejandro Gallinal.

EL LIBRO DE LAS RIMAS

Editado por Claudio García, ha aparecido un tomo de poesías del ilustre poeta señor Carlos Roxlo. Se titula el ejemplar "El libro de las rimas", y es esta que tenemos a la vista una segunda edición, corregida y aumentada.

No hemos de cometer la irreverencia de juzgar en unas pocas líneas el mérito de los versos de Roxlo, máxime cuando los que figuran en ese tomo ya han sido publicados.

Basta sólo que dejemos constancia del íntimo placer que hemos experimentado al leer de nuevo estos versos, rimas plenas de inspiración, en las que el alma del poeta se presenta en sus infinitos matices de ternura, de amor, de fiereza, de civismo y de ilusión.

La edición hecha por el señor García pone las rimas del exquisito poeta al alcance popular y por ello merece el editor un elogio.

"HELIOS"

Hemos recibido el N.° 1 de esta importante revista argentina, cuyo director es el señor M. Conde Montero. Muy notable su material, contiene trabajos excelentes sobre Literatura, Historia, Filosofía, Crítica, Pedagogía y Arte.

El número trae este sumario: "Quevedo y Avellaneda" por el doctor J. Millé y Jiménez; "Ya que eres hombre!..." por Rafael Ruiz López; "Realismo y Naturalismo" por Julio Tejador y Franco; "Versos al Mar" por Francisco Romero; "Dulce Milagro" traducción de Eca de Queiroz; "Notas Intimas" por el doctor Horacio H. Dobranich y "Los seis peregrinos" por F. Gil Izquierdo.

Estamos en presencia de una publicación que ha de contribuir eficazmente al progreso intelectual sudamericano, estrechando vínculos y haciéndonos conocer unos de otros en el continente.

GUIA PROFESIONAL

MEDICOS

Dr. Francisco Soca
San José 822

Dr. Luis Mondino
Uruguay 936

Dr. Alberto Mañé
Paysandú 830

Dr. Juan C. Dighiero
Mercedes 922

Dr. Federico Garzón
Millán 374

Dr. Albérico Isola
Uruguay 967

Dr. Julián Alvarez Cortes
8 de Octubre 218

Dr. Juan A. González Tafernaberry
CIRUJANO PARTERO
Boulevard Artigas 1419

Dr. Elvio Martínez Pueta
Ada. Gral. Rondeau. 1512

Dr. Constancio Castells
18 de Julio 1998

Dr. Arturo Alvarez Mouliá
25 de Mayo 269

ABOGADOS

Dr. Claudio Williman
Av. Brasil y Ellauri

Dr. Carlos Martínez Vigil
Zabala 1426

Dr. Blas Vidal
Rincón 442

Dr. Luis A. de Herrera
Colón 1308

Dr. Germán Roosen
25 de Mayo 428

Dr. Agustín Cardoso
Treinta y Tres 1405

Dr. Alberto A. Márquez
Cerrito 455

Dr. Pablo Zufriategui (hijo)
Uruguay 780

MEDICO VETERINARIO

Dr. Antonio De Boni
Chucarro 74 (Pocitos)

DENTISTA

Artigas Mier Odizzio
Reducto 2491

Ramón Blanco
FOTÓGRAFO DE SELECTA
SAN JOSÉ 921

MASAJISTA

Carlos Siemers
Convención 1234

ARQUITECTOS

Arteaga y Lasala
Alzaibar 1313

ESCRIBANOS

Mario Henón
Rincón 472

Mario Márquez
Av. Brasil 154

REMATADOR

Antonio Zorrilla
Misiones 1364



DULCE CALMA — Fot. artística del Dr. Miguel A. Páez Formoso.

Las Cunas

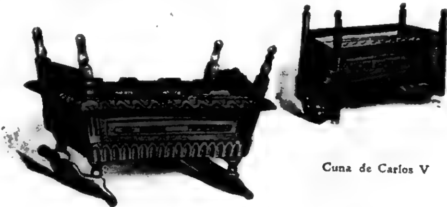
No pueden pronunciarse estas palabras "las cunas" sin sentir un hondo sentimiento de ternura, de reconfortante recuerdo, de sano amor.

¿Existe acaso una cosa más sagrada y más bella que una cuna, destinala a acoger, a dar abrigo al sér que entra en la vida, indefenso y expuesto a todos los peligros?

Inmenso, indestructible sentimiento de solidaridad humana: mientras el pequeño duerme en la cuna, a su alrededor se agitan, trabajan, luchan los demás séres, y luchan para él, para el pequeño que necesita de todo amparo y cuyo destino es el de trabajar luego para otros séres inocentes e indefensos.

Nada más útil y práctico que una cuna. En ella se concentra todo el amor y toda la coquetería de la madre. Y no importa que la cuna sea rústica o exornada de ricos tejidos: siempre es una cuna, es la evidencia del amor maternal.

Una mujer del pueblo adorna la modesta cuna donde ha de cobijarse el pequeño que vendrá. Las puntillas hechas pacientemente con las rudimentarias agujas, las telas blancas adquiridas a costa de algunos sacrificios, todo está allí en el cesto que aguarda, blanco como una gran corola de lirio. ¿Cómo será el pequeño?



Cuna de Santiago I de Inglaterra

Cuna de Carlos V

Y piensa la madre en todas las glorias y en todas las riquezas para el hijo amado. Y en ese instante recuerda las cunas de los ricos, las cunas que parecen impalpables de tan ligeras y tan bellas. Pero reacciona en seguida y con un suspiro exclama: "Que sea muy sano y basta!"

* * *

En la cámara de palacio más alegre y más íntima, a cuya puerta se detiene el protocolo con inusitado respeto, emerge la magnífica cuna que ha de albergar al heredero del trono.

Es un momento solemne para la nación. Luego, con un vagido igual al que llena de armonías infinitas la humilde choza del labriego, el principito anuncia su entrada al mundo y poco después la cuna de oro y encajes lo recibe amorosa.

El pequeño no sabe nada del mundo, ni de su destino, no sabe que todo un pueblo lo ha esperado y desde aquel instante pone ya en él una esperanza o un odio. Apenas

nacido y ya todas las pasiones humanas inician a su alrededor su cabalgata diabólica y terrible.

*
**

Nuestras ilustraciones reproducen algunas cunas célebres y otras que son características en los diversos pueblos de la tierra.

Todo estado social, toda época ha implantado sus modas también en las cunas.

Desde la cuna, obra maravillosa de escultura y de labrado, rica, donde el oro refulge; hasta la humilde del campesino, fabricada toscamente con algunas tablas; todas las costumbres y todos los desniveles sociales han puesto un reflejo.

Si se escribiera la historia de la cuna, se escribiría indudablemente la historia de la Humanidad.

Sin embargo, un autor, Riley, ha observado esto: que la moda ha respetado siempre la forma tradicional de este mueble de infancia. El buen sentido, el espíritu práctico ha detenido todos los arrebatos del capricho o de la mal entendida originalidad y la moda en las cunas, no ha podido introducir más que detalles: el fundamento del mueble ha sido respetado siempre.


Cuna medioeval

Por nuestros grabados se tendrá una rápida demostración de lo que decimos: la forma varía, pero lo fundamental en la cuna, ha quedado. Nos referimos al sistema de balance, vale decir al movimiento que la madre o la nodriza imprime al mueble para adormecer al pequeño.

Y eso,es claro, no podía variar porque la cuna es una prolongación del regazo de la madre.

Poco antes de la guerra se organizó en París una exposición dedicada a la infancia, en la que figuraba una colección de cunas realmente notable.

En esa exposición se vieron ejemplares de gran valor artístico unos, y de valor histórico las otras, pero se notó que faltaba la cuna de un grande hombre, de una de esas figuras que llenan con su nombre todo un período de



Cuna árabe.

la historia, lo cual vino a demostrar cuan difícil es hacer presagios para el porvenir ante uno de esos artísticos y endebles mueblecitos que sirven para cobijar el inocente sueño de un niño.

Las cunas históricas expuestas en París habían pertenecido a personalidades que, como el Rey de Roma o el príncipe imperial Eugenio hijo de Napoleón III entraron en la historia tan sólo porque los acontecimientos, dispuestos inexorablemente por el destino, los obligaron a no ocupar las posiciones, y a no gozar de los honores que por derecho de nacimiento hubieran podido disfrutar.

"Sobre la cuna bate sus alas el misterio del destino a escrito Shakespeare, y esto a ido repitiéndose a través de las épocas.

Dice la historia que las primeras cunas debieron ser cestos; por lo menos tales fueron las primeras que usaron los griegos y no en época muy antigua. Cuando Platón dice que a los niños no se les mecía mucho, se refiere a la nodriza a al esclavo que hacía con sus brazos las veces de la cuna para dormir a los niños. En un antiguo bajo relieve griego se ve a Baco, niño, acostado sobre un harnero que un sátiro y una bacante mecen al bailar. En un vaso pintado, del museo del Vaticano, aparece Mercurio, niño, sentado en una especie de cesta tapada, que solo le deja libre la parte superior del cuerpo, y que tiene un asa al costado. Las antiguas cunas griegas tenían forma de barco a fin de que su convexidad permitiera imprimirle un movimiento oscilante.

La cuna romana, según puede apreciarse por algunos monumentos figurados en que aparece representada tenía la forma de una teja, es decir, que su parte inferior era convexa, a fin de que se pudiera mecer al niño con facilidad, y además la cruzaba por arriba una correa para seguridad del mismo.

Cuna de campesinos.

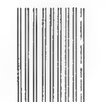
Respecto de la edad media las cunas más antiguas figuradas en las miniaturas de los siglos IX y X, parecen estar hechas en un tronco de árbol vaciado, con agujeros en los bordes para pasar una cinta que impidiese moverse a las criaturas.

Algunas veces la cuna de los siglos medios fué también un cesto. Hubo además cunas en forma de lechos puestos sobre maderos curvos. La cuna suspendida no aparece en los monumentos figurados hasta el siglo XV. Y en este mismo siglo aparecieron por primera vez las cunas con cortinas.

Y hemos de terminar esta nota curiosa recordando el consejo del sabio doctor Monlau. "Las criaturas no deben por ningún motivo dormir en la cama de los padres o de la nodriza, sino en la cuna".



Cuna moderna.




FONT Y STARICCO



El Bazarcito y Bazar Colón



CALLE SARANDÍ 580 AL 586



TELÉFONO
LA URUGUAYA 1627
CENTRAL



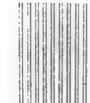
MONTEVIDEO



TELÉFONO



LA COOPERATIVA 345

El Extracto de Malta URUGUAYA como alimento

Excelentes condiciones analíticas

Por el análisis que publicamos a continuación pueden estimarse las propiedades excepcionales que reune el EXTRACTO DE MALTA "URUGUAYA" como alimento de primer orden, pues ninguno de sus componentes deja llenar ese alto rol medicinal, tan afanosamente perseguido por la ciencia médica, en tanto su actividad diastásica evidencia las excelentes condiciones técnicas en que es elaborado; todas cuyas circunstancias dan a ese producto la característica de una verdadera revelación:

LABORATORIO DE ANALISIS

(SECCION DE HIGIENE ALIMENTICIA)

COMPRENDE Productos naturales ó artificialmente elaborados, de origen albuminoide, graso, hidrocarbonado ó mineral, utilizables en la alimentación
Determinación del valor nutritivo de productos empleados en régimenes especiales ó suplementarios

PAYSANDU N.° 1280 — MONTEVIDEO
Teléfono:
La Uruguaya, 950 (Cordón)

Dirección Técnica
Doctor J. F. GONZALEZ
Químico A. PRUNELL

DIRECCION POR CABLE
"BIOLABORO"

Análisis N.º 10279

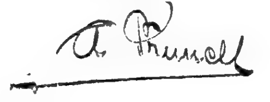
Montevideo, Junio 27 de 1918

Cervecería Uruguaya

ANALISIS DE EXTRACTO DE MALTA

Densidad a 15°	1.0925
Alcohol en volúmen % a 15°	0.1
Extracto seco ‰	240.70
Materias reductoras totales en maltosa (azúcares) ‰	144.61
Poder diastásico % (en maltosa)	10.00
Materias albuminoideas o nitrogenadas ‰	10.83
Fosfatos anhidrido fosfórico ‰	2.25
Acidez total ‰	2.54
Acidez fija ‰	2.25
Acidez volátil ‰	0.29
Cloruros en cloruros de sodio ‰	0.234
Cenizas ‰	5.78

Los elementos que entran en la composición del Extracto de Malta remitido por la Cervecería Uruguaya, puesto en evidencia por el Análisis Químico, dan cuenta de su poder nutritivo. Además de los albuminoideos y de otros principios que contiene el valor alimenticio de este preparado, se estima especialmente por su actividad diastásica y por su riqueza en principios dinamógenos, como los azúcares, los cuales al ser utilizados por el organismo, son una fuente de producción de energía. Desde luego este preparado es particularmente útil, toda vez que es necesario hacer predominar el régimen de alimentos hidrocarbonados.



A. Prunell — Justo F. González

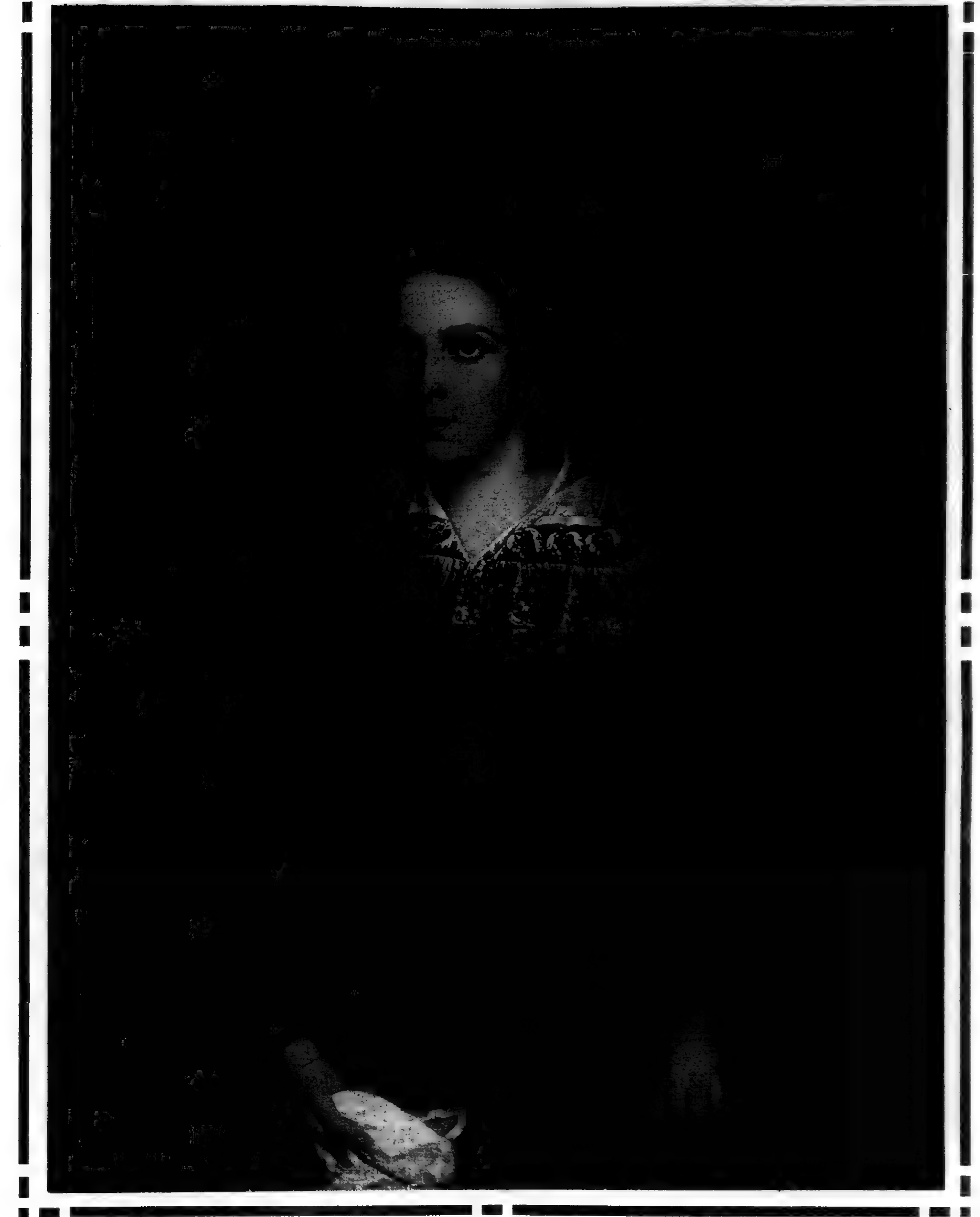
El dato expresado de la actividad diastásica asegura por si solo las condiciones técnicas de elaboración de este producto.

NUESTRO ESTABLECIMIENTO, ANTE ESTA VALIOSA AUTORIZADA PRUEBA, NO NECESITA OFRECER OTRA RECOMENDACION, YA QUE, POR OTRA PARTE, LA EXPERIENCIA SE HA ENCARGADO DE PONER EN TRANSPARENCIA TAN AUSPICIOSAS VERDADES

CERVECERÍA URUGUAYA

Calle Asunción 1229 — Montevideo

IMPRENTA LATINA — Florida 1532 — Montevideo



SEÑORA ENRIQUETA PEREYRA DE JONES

Selecta

DESCENDIENTE de una familia hidalga, cuyos orígenes se remontan a la época brillante y legendaria de los virreyes del Perú, fué Doña Enriqueta Pereyra de Jones una de las personalidades femeninas de la época en que actuó. De clara inteligencia, de bondad infinita y de serena belleza, fué en los salones una evidencia de gentileza y de distinción. La matrona cuyo retrato ofrecemos, fué madre de aquella virtuosa dama, que nuestra sociedad recuerda con todo respecto y que se llamó Doña Enriqueta Jones de Araucho. - - - - - - - - - - - - - - - - - -



SENORA ENRIQUETA PEREYRA DE JONES

DESCENDIENTE


No hay alimento
No hay tónico
No hay nutrición
más perfecta para
los niños que el
Extracto de Malta
Montevideana
Es absolutamente puro, sin alcohol; pueden tomar cualquier cantidad.
En las criaturas anémicas o simplemente débiles, sus efectos son maravillosos.
Todos los médicos nacionales, lo indican como el mejor alimento-tónico.
Se vende en todas partes
SOCIEDAD ANONIMA
CERVECERIA MONTEVIDEANA

Los aprensivos

Hay muchas personas que, como ustedes saben, "no tienen pizca de aprensión".

En cambio, hay otras que tienen aprensión de todo.

Durante los meses de invierno el número de los aprensivos es muy crecido.

Disfrutamos de la "grippe", del sarampión, de la viruela, del tifus y de la amenaza de un próximo cólera.

El sarampión, por fortuna (por fortuna para los que piensen tenerlo), es benigno; la viruela no será en adelante muy grave, pues tratándose de una viruela propia que sea "loca"; el tifus tampoco ofrece cuidado, ya que no es tifus exantemático, o de "manchas", sino un tifus jaspeadito, no tan rebelde como el tifus teatral ni mucho menos.

Resulta, pues, que el único peligro serio que por hoy existe es la llegada del cólera.

Y el cólera no llegará, porque el vehículo en que suele venir es el agua, y dentro de poco el agua será artículo de lujo, y los "bacilus virgula" se quedarán detenidos en el contador de la Compañía.

Debíamos, por lo tanto, estar tranquilos respecto a nuestra "cabal salud, que yo para mí deseo"; pero la verdad es que no existe semejante tranquilidad.



Los aprensivos nos tienen siempre con el alma en un hilo.

¡Y cuidado si hay aprensivos!

Los hay de todas clases y "sistemas" (sobre todo del sistema "respiratorio").

Al señor que se le mete en la cabeza que "hay que evitar las corrientes de aire" es inútil tratarle como no sea "a puerta cerrada". Estos aprensivos pulmonares gozarían lo indecible con las vistas judiciales de asuntos escabrosos, vistas que siempre se verifican de aquella manera. La manía de cerrarlo todo convierte a estos señores en maniáticos cuya única preocupación es evitar los aires colados.

Probad a entrar en un café donde se halle uno de estos aprensivos, dejad abierta la mampara, y veréis qué miradita os lanza el individuo. Apenas hayáis entrado llamará el mozo y le dirá en tono alto:

—Felipe, haz el favor de cerrar la puerta, que hay quien entra aquí como en su casa y quien quiere que "pesquemos" una pulmonía.

El aprensivo pulmonar es irónico "de suyo" y suele poseer un carácter insoporta-

Los aprensivos

ble. Su cuidado estriba en defender sus pulmones, y de donde está realmente enfermo es del hígado, a juzgar por la "bilis" que segrega en abundancia.

El miedo a la tuberculosis vuelve locos a estos aprensivos, y los que están enterados de que tal enfermedad es hereditaria no viven tranquilos hasta no poseer el árbol genealógico de toda su familia.

Respetemos a estos infelices y hablemos de los "gástricos".

Los aprensivos de esta clase tienen verdadero terror a las enfermedades del estómago.

Son los que filtran el agua, beben "Matutina", comen "cosas sanas" y se miran 30 veces al espejo, para decir siempre: "Parece que tengo la lengua sucia". Son los que a la hora de la cena llegan a casa diciendo:

—No me encuentro bien. Que me hagan un huevo pasado por agua porque no pienso cenar.

Y, efectivamente, se comen el huevo, y al ver en la mesa los demás manjares los encuentran apetitosos, empiezan "a picar de todo" y acaban por tomarse la cena de costumbre y además el huevo.

Estos aprensivos no pueden vivir si no llevan en el bolsillo la caja de bicarbonato.

Decir "se me ha olvidado el bicarbonato" es sinónimo de gran desdicha, y en el lugar donde esta catástrofe les ocurre se apresuran los que les escuchan a ofrecerles del que poseen.

—Aquí tenemos también bicarbonato — le dicen con cariño.

—¿Es químicamente puro? pregunta el aprensivo.

—Es el que toma mamá cuando se disgusta después de las comidas.

Y el enfermo acepta, un poco contrariado, aquel bicarbonato que "no es el que él usa".

Tan inaguantables como estos "gástricos" son los "intestinales". Hay personas que todo lo evitan con "llevar abrigado el vientre". Esto es para ellos lo principal, y ¡hay que ver las fajas que se colocan y la combinación de hebillas y enganches que las tales fajas llevan! Sus formas son infinitas.

—A mí me las hace mi señora, y son más prácticas que las del ortopédico — dicen estos señores del frío abdomen...



Tampoco son muy simpáticos los aprensivos que en todas partes ven microbios. Desde que la bacteriología se ha hecho vulgar, son muchas las personas que no gozan en ninguna parte.

El polvo les irrita, y cuando ven barrer las calles se ponen furiosos.

—Esto es una temeridad — exclaman indignados. — En ningún país de Europa se barren las calles.

¿Que no?... Pues ¿qué hacen?...

—En Bélgica las limpian con petróleo.

—¡Caramba! ¡Qué mal debe oler Bélgica!...

—Eso. El chistecito en seguida. Pues todo ese polvo lleva gérmenes en suspensión que pueden ocasionarnos la muerte.

Con estos aprensivos no se puede discutir. Si se los quiere hacer rabiar, basta con sacudir una alfombra sobre el balcón de la casa en que habitan.

Ese acto les pone furiosos, y no debe ser tan malo cuando hasta las ocho de la mañana lo autorizan las Ordenanzas municipales. Para la Municipalidad, la vitalidad de los microbios empieza a eso de las nueve y pico.

Bromas aparte, lo evidente es que existen señores aprensivos, y que con ser inaguantables no lo son tanto como otra clase de tipos que se dedican a echarles en cara su aprensión.

Claro es que la mayor parte de las veces exageran aquéllos su temor a las enfermedades, pero también es cierto que en mil ocasiones están enfermos de verdad, y entonces no hay nadie que se lo crea.

—No sea usted aprensivo, don Fulano — dicen los del bando opuesto. — Esa tos es nerviosa y sólo nerviosa.

—Pero si he tenido anoche un vómito de sangre.

—Aprensión, y nada más que aprensión. Déjese usted de vómitos y véngase al teatro a ver el "début" de la nueva tiple...

Estos seres son aun más temibles que los aprensivos.

De los unos, de los otros y de las enfermedades nos libre el Destino.

Y ni una sílaba más.

Luis de Tapia.

AÑO II — NÚMERO 16

o o o

o o o MONTEVIDEO, 1918 o o o



Selecta

Director: JUAN CARLOS GARZON

Cuadro de Franz von Stuck.

"La Guerra"

Pasa la guerra! Y en los campos hay un estremecimiento de terror. Es que pasa la muerte, pasa el espanto, pasa lo inconcebible.

Hay filósofos tétricos que proclaman a la guerra como el estado natural de la humanidad.

No!

No puede ser verdad eso. No puede ser verdad por cuanto entonces habria sido fantasía de poetas y de apóstoles, el verbo santo de la piedad.

¿Por qué han de odiarse y asesinarse siempre los hombres, si no hay una suprema razón para ello?

¿No es posible la vida en régimen de paz?

¡Ya lo creo que es posible!

En cambio la guerra es la negación de la vida.

Triunfa en la guerra el mas fuerte o el mas audáz o el mejor dotado para la defensa. Pero con este triunfo no se intensifica la vida, ni siquiera se asegura un progreso selectivo.

No, la guerra es un producto de barbarie ancestral. Con ella no se obtienen beneficios, y es sofismático todo lo que se afirme en contrario.

Dolor, desvastación, atropellos, desconocimiento de derechos, olvido de todos los sentimientos nobles de los humanos, violación de la justicia, regresion de los pueblos a formas primitivas de existencia.

Eso es la guerra.

Maldita sea!

Guerra es muerte. Paz es vida.

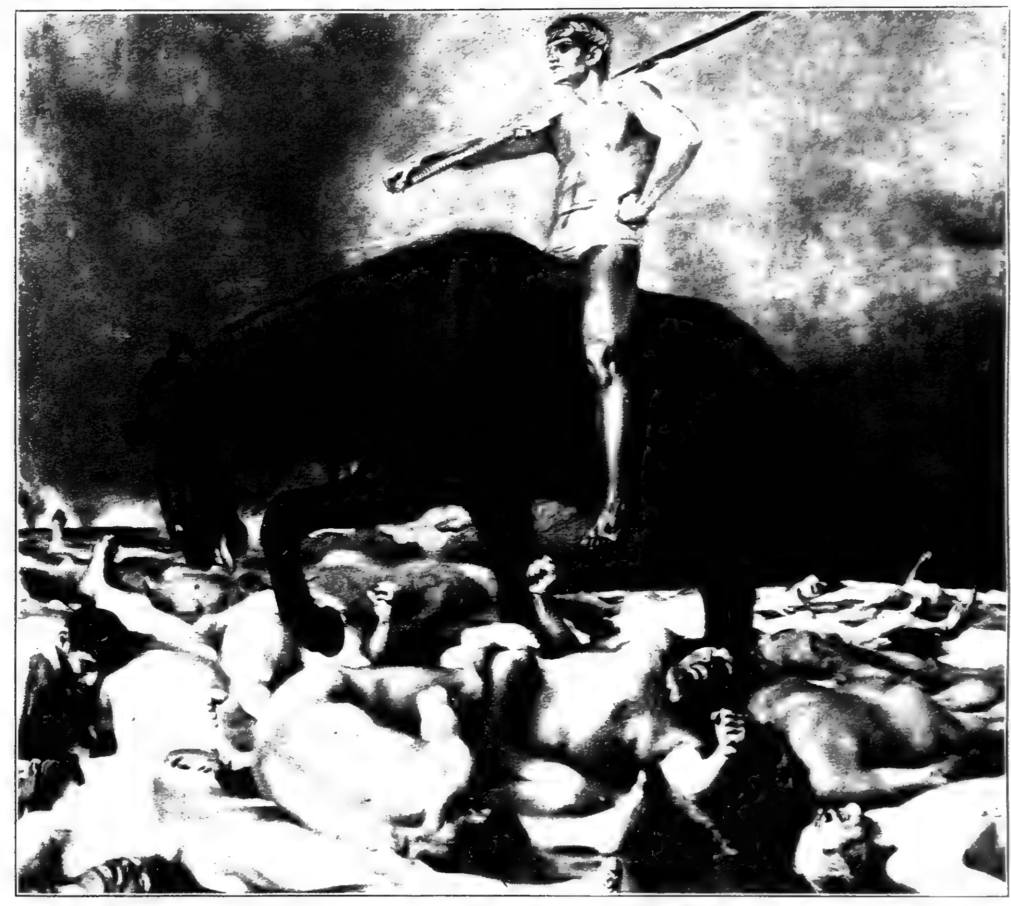
Bendita sea la paz!

¿Dominará ella en el mundo, cuando se apague en el tiempo el eco del último cañonazo?

Así hay que esperarlo, así hay que desearlo con toda el alma.

Que sea esta guerra, que ha espantado al mundo y conmovido en su base los mas sólidos cimientos de la sociedad, la última que manche la conciencia humana, la última que rebaje el sentimiento moral de los pueblos, la última que deje en el libro de la historia un humillante trazo sangriento.

MONTEVIDEO, 191[illegible]



"La Guerra"

Pasa la guerra! [illegible] un estremecimiento [illegible] pasa la muerte, [illegible] inconcebible.

Hay filósofos [illegible] a la guerra como [illegible] humanidad.

No!

No [illegible] ser verdad [illegible] sido fantasía [illegible] el verbo santo de [illegible]

¿Por qué [illegible] siempre los [illegible] premia razón [illegible]

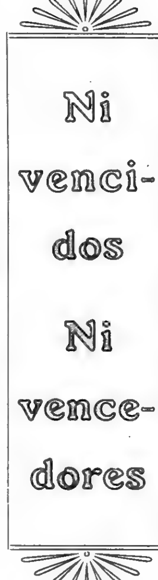
¿No es [illegible] paz?

¡Ya [illegible]

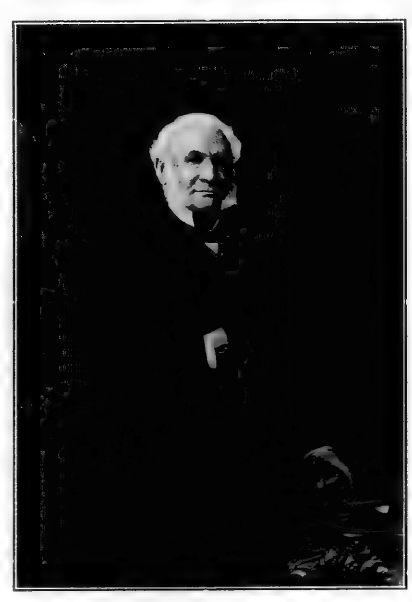
[illegible]



DUQUE DE CAXIAS



Ni vencidos Ni vencedores



Dr. MANUEL HERRERA y OBES

Un año antes de celebrarse el famoso tratado de paz de Octubre, Artigas moría en la Asunción del Paraguay.

Hasta él llegarían sin duda alguna, los ecos de la espantosa tragedia que durante ocho años tenía por escenario la tierra querida, la tierra que él hubiera deseado contemplar libre de toda dominación, de todo egosimo, grande, democrática, ejemplar.

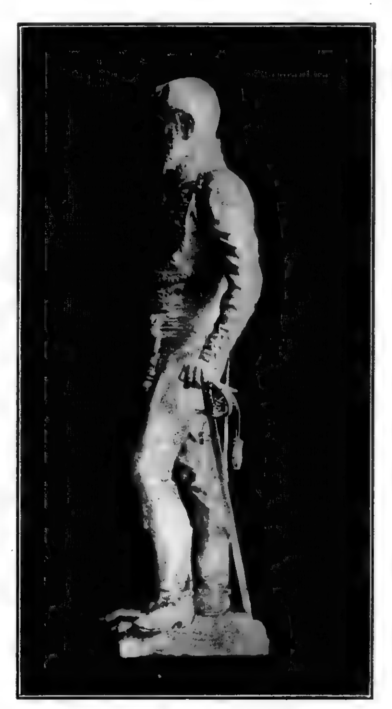
¡Pobre León envejecido! Llevó a la tumba la visión desolada de una patria infeliz, en la que las pasiones más terribles, los días más nefastos, todo lo desbarataban, todo lo aniquilaban, todo lo sacrificaban sin reparo, sin remordimientos, en un frenesi de sangre y de muerte.

El viejo patriarca llenó los largos años de su vida de expatriado, con un silencio tenaz. Observaba desde su retiro los acontecimientos que se desarrollaban en su patria y sin duda alguna una gran amargura fué el premio que tuvieron todos sus sacrificios.

La "guerra grande" había llegado en 1851 a su periodo álgido. Sitiadores y sitiados ya no tenían más energías para continuar la homérica lucha.



General D. JUSTO JOSÉ de URQUIZA



General D. EUGENIO GARZÓN

Había que terminar con aquella situación espantosa.

El hambre, la miseria, las enfermedades dominaban dentro de los muros de Montevideo. El Gobierno de la Defensa buscó en el apoyo del Brasil y del gobierno de Entre Ríos una mediación que pusiera término a la lucha.

El doctor Andrés Lamas fué comisionado ante el general Urquiza. El tratado de alianza que poco después dió por resultado la victoria de Monte Caseros, fué rapidamente concertado, y estando junto al general Urquiza, el general Eugenio Garzón, el presidente Suarez lo nombró, de acuerdo con todos los aliados, general en jefe del Ejército Oriental.

Cuando este ejército, verdadero libertador de la patria, se aproximaba al Cerrito, algunos jefes de las tropas sitiadoras, defeccionaron, pasándose a las filas del general Garzón.

El ejército oriental y el argentino al mando de Urquiza no tuvieron casi que luchar. La paz quedó concertada con poca resistencia.

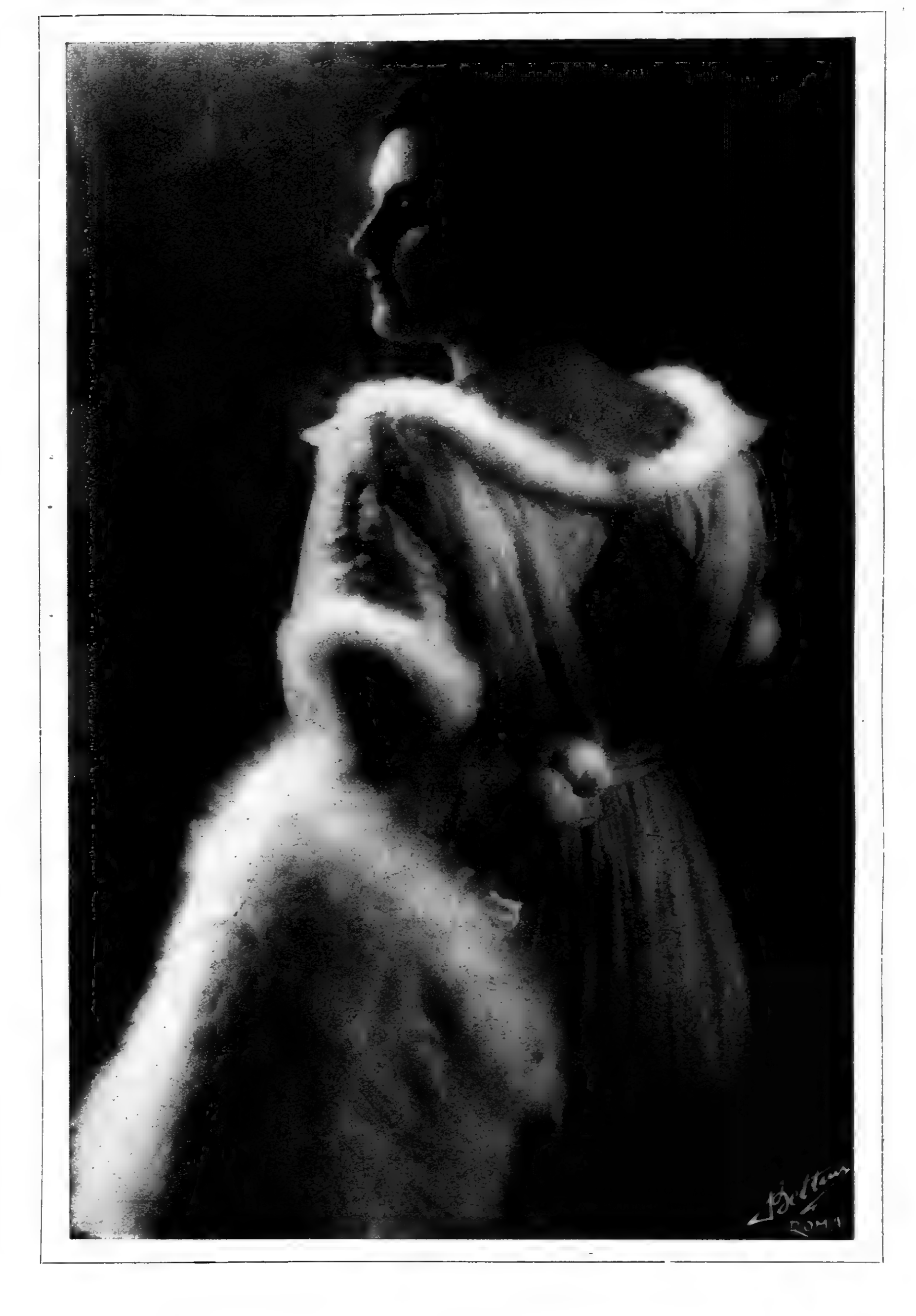
Y el 8 de Octubre de 1851 se firmaba el tratado de paz bajo la fórmula noble y patriótica de que "No hay vencidos ni vencedores entre todas las diferentes opiniones en que han estado divididos los orientales".

Este es uno de los acontecimientos mas extraordinarios de la historia patria.

La lucha de nueve años valió a Montevideo el calificativo de Nueva Troya.

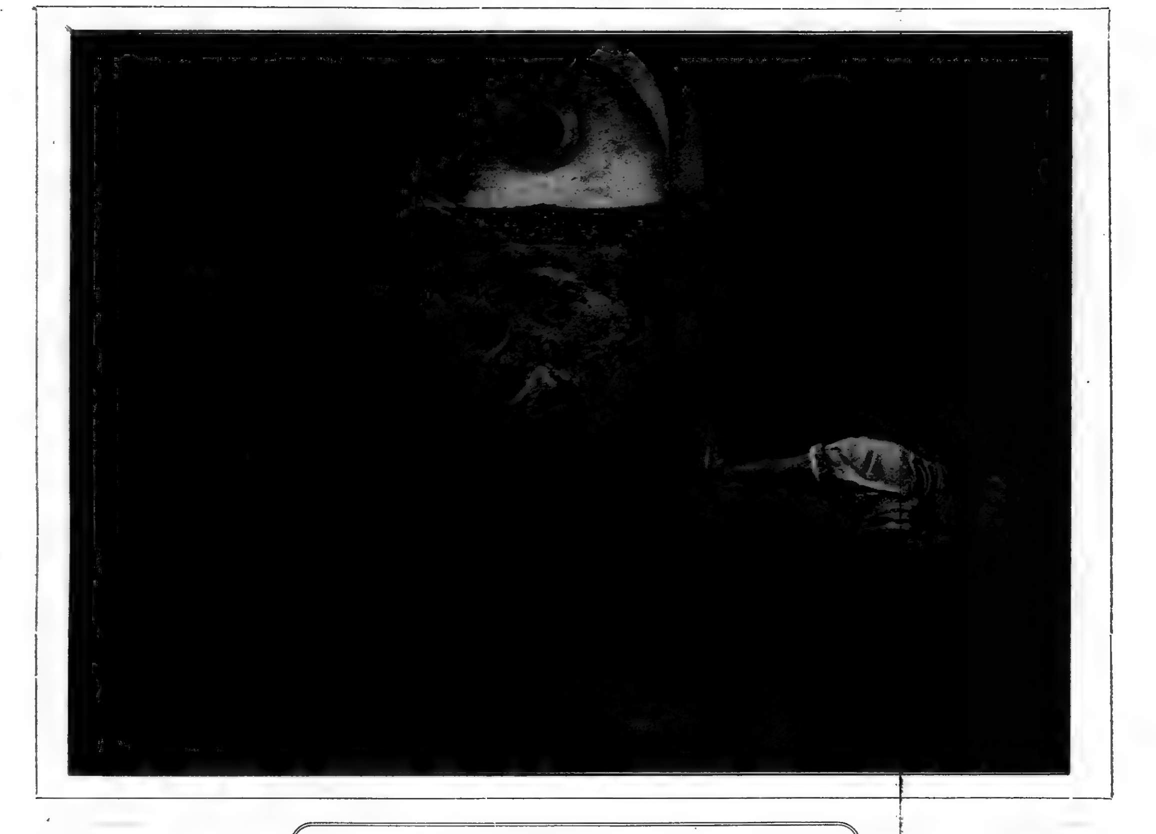


Don ANDRÉS LAMAS



Sra. Celia Crosa de Peixoto.

PLENA de distinción, de belleza y de elegancia, la señora Crosa de Peixoto, es una de nuestras damas más admiradas. Su paso por los salones ha sido siempre la realidad de un triunfo tan señalado, que al distinguirla en tal forma, diríase que en ella se distingue a la mujer uruguaya, cuya belleza y dones morales se encuentran espléndidamente representados en la distinguida dama cuyo retrato honra esta página. - - - - - - - - - - - - - -



Joyas de la pintura española — Las Hilanderas de Velázquez

Mi alma errante

Pasa la farándula. Músicos errantes que van de pueblo en pueblo, de región en región . . .

Almas viajeras, almas líricas... Irreductibles espíritus de amadores del arte... Soñadores... Rebeldes... Tras una bella independencia corren el mundo... De país en país... De pueblo en pueblo... Llevando a cuestas las agudezas arrebatadoras del violín, la sonoridad marcial del pintón, la gravedad armónica de la flauta, el reposado cantar del clarinete y la inimitable, única estupenda magestuosidad del violoncello... Van por tierras exoticas, mirando las cosas del mundo con la mirada analítica de los que están acostumbrados a tratar gentes diversas... Catadores de idiosincracias extrañas... A veces indiferentes a veces melancólicos, a veces risueños, a veces admirados... Muchas veces irónicos...

Los he oído ejecutar correctamente un bello trozo de música amable, los he visto pedir de puerta en puerta el óbolo-premio a sus habilidades filarmónicas, he pensado en la incertidumbre de esas vidas sin rumbo, y les he tenido envidia...

¡Oh, mi alma viajera!... Profiada alma de titiritero, de cómico, de charlatán de feria; alma de arlequín, sentimental, excéptica, curiosa, enamorada, inconstante... Alma resignada, prisionera del ambiente, estorsionada por las voluntades extrañas que han tirado de ella como grilletes, después de haberla llevado en forzados andadores de convencionalismos y de obligaciones...

Alma de gitano; pobre alma mía ansiosa de espacio, de sensaciones, de cosas siempre renovadas...

¡Con que anhelante mirada he contemplado uno y otro otoño el partir de las golondrinas!... Que extraña sugestión ejerce sobre mi espíritu la estela dejada por un vapor que se mancha... no sé a donde, muy lejos, muy lejos!.. ¡Cuanto amor a los libros que hablan de países raros, de regiones a las cuales se tiene la íntima seguridad de no llegar nunca, rincones de ensueño: Turquía, el Asia Central, la Rusia ignota, el país de los "fjords" la india novelesca...

Ver cielos raros: vivir vidas extrañas; adaptarse a costumbres chocantes; estudiar las diferentes moralidades que rigen a los pueblos, para luego con más firmeza no creer en ninguna moral; llegar hasta cerca de las grandes obras producidas por el ingenio humano; detenerse en estásis ante los soberanos caprichos de la Naturaleza; dormir en miles de camas distintas; amar a mujeres de todas las razas; siempre mas allá, siempre tras la nueva emoción, al acecho del nuevo espectáculo; una peregrinación de toda la vida, peregrinación silenciosa alrededor del mundo, solo en medio a los bosques, solo en las cumbres, más solo aun al entrar en el mareante rebullir de las multitudes cosmopolitas en las grandes capitales...

Y un violoncello a la espalda, y una amada idealidad artística en el corazón, y un invencible orgullo de independencia, plegando los labios en una contracción que a muchos les parecería una sonrisa...

Peregrinaje absurdo, fantástico, sin rumbo. Peregrinaje que odia a la brújula, que no sabe de puntos cardinales, que no conoce fronteras.

Vagar, vagar sin rumbo, detrás de una idealidad, detrás de una quimera.

¿Una locura?

Es posible.

Una locura que emana del hastío, de las triste exactitud que nos dan las cosas humanas vistas de muy cerca, analizadas, subdivididas, puestas al examen en la mesa de todas las disecciones morales.

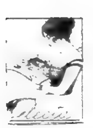
Por eso, ¡qué dulce es vagar; qué dulce es no sentirse ligado; qué dulce es llevarse consigo los afectos, y errar siempre, siempre...

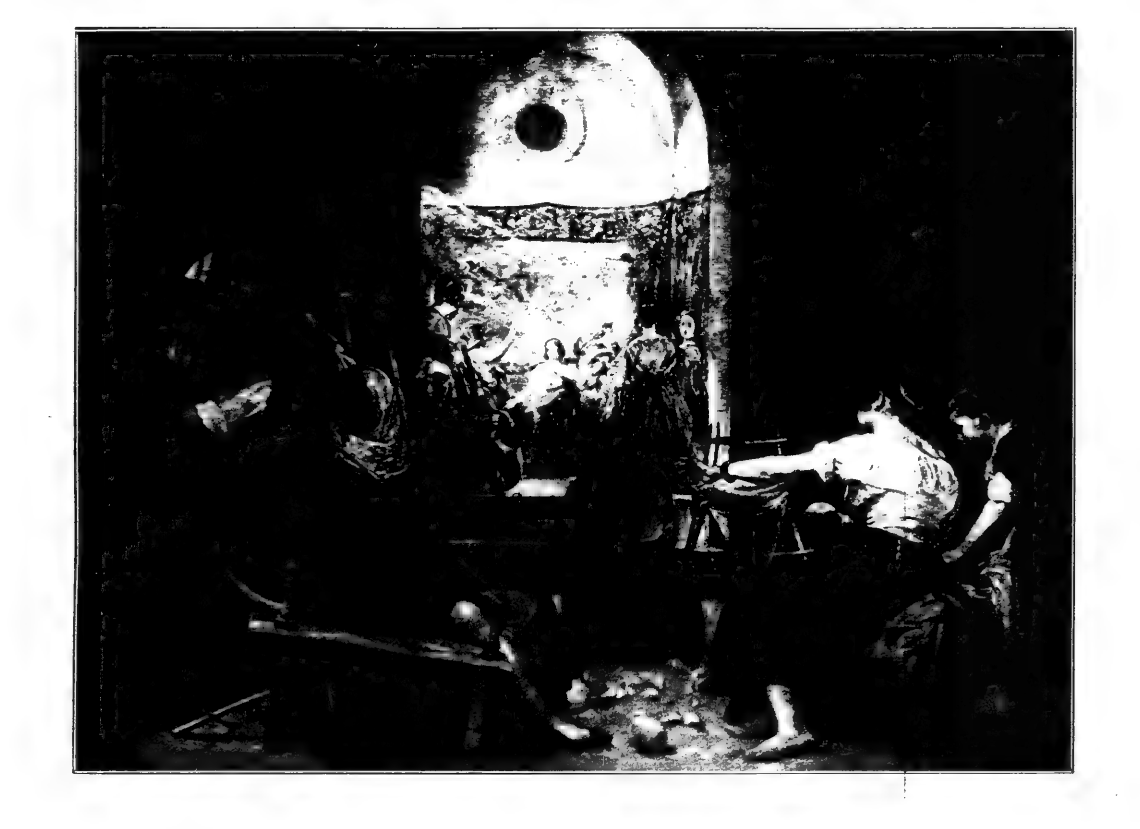
¡Alma viajera, alma errante, alma de titiritero, alma de gitano!... ¡Pobre alma mía, que tristes son tus jornadas de bestia tahonera, asida al palo de una desesperante vulgaridad!...

Enrique Crosa.

Crepúsculo

- - Fotografía artística del - -
Dr. Miguel A. Páez Formoso





Mi alma errante

Pasa la farándula. Músicos errantes que van de pueblo en pueblo, de región en región . . .

Almas viajeras, almas líricas... Irreductibles espíritus de amadores del arte... Soñadores... Rebeldes... Tras una bella independencia corren el mundo... De país en país... De pueblo en pueblo... Llevando a cuestas las agudezas arrebatadoras del violín, la sonoridad marcial del pistón, la gravedad armónica de la flauta, el reposado cantar del clarinete y la inmutable, única estupenda magestuosidad del violoncello... Van por tierras exóticas, mirando las cosas del mundo con la mirada analítica de los que están acostumbrados a tratar gentes diversas... Catadores de idiosincracias extrañas... A veces indiferentes, a veces melancólicos, a veces risueños, a veces admirados... Muchas veces irónicos...

Los he oído ejecutar correctamente un bello trozo de música agradable, los he visto pedir de puerta en puerta el óbolo premio a sus habilidades filarmónicas, he pensado en la incertidumbre de esas vidas [illegible]

[illegible]

Alma de gitano; pobre alma mía ansiosa de espacio, de sensaciones, de cosas siempre renovadas...

¡Con qué anhelante mirada he contemplado uno y otro otoño el partir de las golondrinas!... Qué extraña sugestión ejerce sobre mi espíritu la estela dejada por un vapor que se marcha... no sé a dónde, muy lejos, muy lejos!... ¡Cuánto amor a los libros que hablan de países raros, de regiones a las cuales se tiene la íntima seguridad de no llegar nunca, rincones de ensueño: Turquía, el Asia Central, la Rusia ignota, el país de los "Nórdis", la India novelesca...

Ver cielos raros; vivir vidas extrañas; adaptarse a costumbres chocantes; estudiar las diferentes moralidades que rigen a los pueblos, para luego con más firmeza no creer en ninguna moral; llegar hasta cerca de las grandes obras [illegible]

[illegible]

bres, mas sólo aún al entrar en el mareante rebullir de las multitudes cosmopolitas en las grandes capitales...

Y un violoncello a la espalda, y una amada idealidad artística en el corazón, y un invencible orgullo de independencia, plegando los labios en una contracción que a muchos les parecería una sonrisa...

Peregrinaje absurdo, fantástico, sin rumbo. Peregrinaje que odia a la brújula, que no sabe de puntos cardinales, que no conoce fronteras.

Vagar, vagar sin rumbo, detrás de una idealidad, detrás de una quimera...

¿Una locura?

Es posible.

Una locura que emana del hastío, de las triste exactitud que nos dan las cosas [illegible] muy cerca, analizadas [illegible] sujetas al examen [illegible] todas las [illegible] morales.

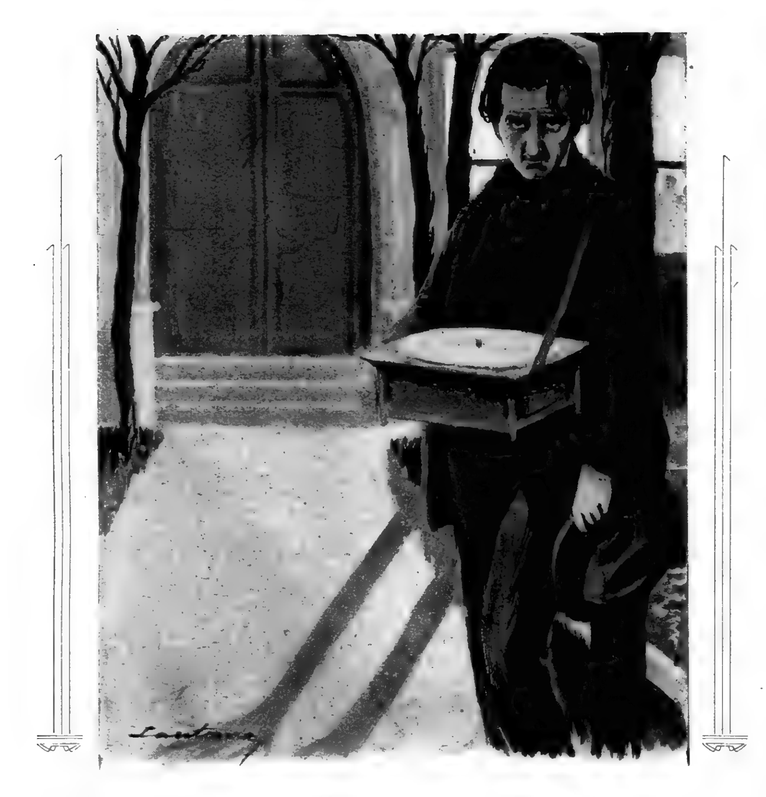
[illegible] dulce es vagar; qué dul[illegible]

[illegible]



Crepúsculo

M... A. P... F.



EL REY BURGUES

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichoso y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras; caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos y monteros con cuernos de bronce, que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.

El rey tenía un palacio soberbio, donde había acumulado riquezas y objetos de arte maravilloso. Llegaba a él por entre grupos de lilas y extensos estanques, siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmaragdine, que tenía a los lados leones de mármol, como los de los troncos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu leyendo novelas de Jorge Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí, defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime amante de la lija y de la ortografía.

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y de maestros de equitación y de baile.

— ¿Qué es eso? — preguntó.

— Señor, es un poeta.

El rey tenía cisnes en el estanque, canarios, gorriones, senzontes en la pajarera; un poeta era algo nuevo y extraño.

— Dejadle aquí.

Y el poeta:

— Señor, no he comido.

Y el rey:

— Habla, y comerás.

— Señor, ha tiempo que yo canto el verbo del porvenir. He tendido mis alas al huracán, he nacido en el tiempo de la aurora: busco la raza escogida que debe esperar, con el himno en la boca y la lira en la mano, la salida del gran sol. He abandonado la inspiración de la ciudad malsana, la alcoba llena de perfumes, la musa de carne que llena el alma de pequeñez y el rostro de polvos de arroz. He roto el arpa adulona de las cuerdas débiles contra las copas de Bohemia y las jarras donde espumea el vino que embriaga sin dar fortaleza; he arrojado el manto que me hacía parecer histrión, o mujer, y he vestido de modo salvaje y espléndido: mi harapo es de púrpura.

He acariciado a la gran Naturaleza, y he buscado el calor del ideal, el verso que está en el astro en el fondo del cielo, y el que está en la perla en lo más profundo del Océano. ¡He querido ser pujante! Porque viene el tiempo de las grandes revoluciones, con un Mesías todo luz, toda agitación y potencia, y es preciso recibir su espíritu con el poema que sea arco triunfal, de estrofas de acero, de estrofas de oro, de estrofas de amor.

¡Señor!, el arte no está en los fríos envoltorios del mármol, ni en los cuadros lamidos, ni en el excelente señor Ohnet! ¡Señor!, el arte no viste pantalones, ni habla en burgués ni pone todos los puntos en todas las íes.

El es augusto, tiene mantos de oro, o de llamas, o anda desnudo, y amasa la greda con fiebre, y pinta con luz, y es opulento, y da golpes de ala como águilas, o *zarpazos* como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid al Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...

El rey interrumpió:

— Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

—Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando vos paseéis.

— Sí — dijo el rey; — dirigiéndose al poeta: — Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valses, cuadrillas y galopas, como no prefiráis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes al poeta hambriento, que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín..., ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín!... ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas, entre el zumbido de las abejas que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas... ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta en la montaña coronada de águilas no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio: ¡tiririrín!

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial, que le mordía las carnes y le azotaba el rostro.

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dáctilos, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el Champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz, cubierto de de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse, tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal..., y en que el arte no vestiría pantalones, sino mantos de llamas de oro... Hasta que al día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.

Rubén Darío



Sra. Ema Piera de Carvalho Lerena

UNA cultura elevada, exquisita, que alienta un espiritu delicadisimo y superior; la señora Ema Piera de Carvalho Lerena tiene en nuestra sociedad puesto altamente representativo. Exponente de distinción, mantiene todos los prestigios que conquistaron plenamente sus mayores. :



EL REY BURGUES

Había en una ciudad inmensa y brillante un rey muy poderoso, que tenía trajes caprichosos y ricos, esclavas desnudas, blancas y negras; caballos de largas crines, armas flamantísimas, galgos rápidos y monteros con cuernos de bronce que llenaban el viento con sus fanfarrias. ¿Era un rey poeta? No, amigo mío: era el Rey Burgués.

El rey tenía un palacio [illegible] de había acumulado [illegible] de arte maravillosos. [illegible] tre grupos de lilas y [illegible] siendo saludado por los cisnes de cuellos blancos antes que por los lacayos estirados. Buen gusto. Subía por una escalera llena de columnas de alabastro y de esmaragdina, que tenía a los lados leones de mármol, como los de los tronos salomónicos. Refinamiento. A más de los cisnes tenía una vasta pajarera, como amante de la armonía, del arrullo, del trino; y cerca de ella iba a ensanchar su espíritu leyendo novelas de Jorge Ohnet, o bellos libros sobre cuestiones gramaticales, o críticas hermosillescas. Eso sí: defensor acérrimo de la corrección académica en letras, y del modo lamido en artes; alma sublime y amante de la lija y de la ortografía.

Un día le llevaron una rara especie de hombre ante su trono, donde se hallaba rodeado de cortesanos, de retóricos y maestros de equitación y de baile.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Señor, es un poeta.

El rey te[illegible]

De[illegible]

[illegible]

Se[illegible]

[illegible]

Hablad y comeréis.

Señor, hace tiempo [illegible]

[illegible] esperar, con el [illegible] en la boca [illegible] del gran sol. [illegible] distante, la alcoba llena de perfumes, [illegible] de carne que llena el alma de [illegible] y el rostro de polvos de arroz. [illegible] el arpa adulona de las cuerdas [illegible] las copas de Bohemia y [illegible] imágenes [illegible] hacía parecer histrión [illegible] espléndido [illegible] es de púrpura. He acariciado a la gran Naturaleza [illegible] Mesías [illegible] estrofas [illegible]

¡Señor, [illegible] Ohnet! ¡Señor! el arte [illegible]

[illegible]

[illegible] y tiene rayos y sonidos, y da golpes de ala como águilas, o zarpazos como los leones. Señor, entre un Apolo y un ganso, preferid al Apolo, aunque el uno sea de tierra cocida y el otro de marfil.

¡Oh, la poesía!

¡Y bien! Los ritmos se prostituyen, se cantan los lunares de las mujeres y se fabrican jarabes poéticos. Además, señor, el zapatero critica mis endecasílabos, y el señor profesor de farmacia pone puntos y comas a mi inspiración. Señor, ¡y vos lo autorizáis todo esto!... El ideal, el ideal...

El rey interrumpió:

—Ya habéis oído. ¿Qué hacer?

Y un filósofo al uso:

—Si lo permitís, señor, puede ganarse la comida con una caja de música; podemos colocarle en el jardín, cerca de los cisnes, para cuando vos paseéis.

—Sí —dijo el rey; y dirigiéndose al poeta: —Daréis vueltas a un manubrio. Cerraréis la boca. Haréis sonar una caja de música que toca valses, cuadrillas y galopas, como no prefiráis moriros de hambre. Pieza de música por pedazo de pan. Nada de jerigonzas ni de ideales. Id.

Y desde aquel día pudo verse a la orilla del estanque de los cisnes al poeta hambriento, que daba vueltas al manubrio: tiririrín, tiririrín.... ¡avergonzado a las miradas del gran sol! ¿Pasaba el rey por las cercanías? ¡Tiririrín, tiririrín!... ¿Había que llenar el estómago? ¡Tiririrín! Todo entre las burlas de los pájaros libres que llegaban a beber rocío en las lilas floridas, entre el zumbido de las abejas que le picaban el rostro y le llenaban los ojos de lágrimas... ¡lágrimas amargas que rodaban por sus mejillas y que caían a la tierra negra!

Y llegó el invierno, y el pobre sintió frío en el cuerpo y en el alma. Y su cerebro estaba como petrificado, y los grandes himnos estaban en el olvido, y el poeta en la montaña coronada de águilas no era sino un pobre diablo que daba vueltas al manubrio: ¡tiririrín!

Y cuando cayó la nieve se olvidaron de él el rey y sus vasallos; a los pájaros se les abrigó, y a él se le dejó al aire glacial, que le mordía las carnes y le azotaba el rostro.

Y una noche en que caía de lo alto la lluvia blanca de plumillas cristalizadas, en el palacio había festín, y la luz de las arañas reía alegre sobre los mármoles, sobre el oro y sobre las túnicas de los mandarines de las viejas porcelanas. Y se aplaudían hasta la locura los brindis del señor profesor de retórica, cuajados de dáctilos, de anapestos y de pirriquios, mientras en las copas cristalinas hervía el Champaña con su burbujeo luminoso y fugaz. ¡Noche de invierno, noche de fiesta! Y el infeliz, cubierto de nieve, cerca del estanque, daba vueltas al manubrio para calentarse, tembloroso y aterido, insultado por el cierzo, bajo la blancura implacable y helada, en la noche sombría, haciendo resonar entre los árboles sin hojas la música loca de las galopas y cuadrillas; y se quedó muerto, pensando en que nacería el sol del día venidero, y con él el ideal..., y en que el arte no vestiría pantalones, sino mantos de llamas de oro.... Hasta que al día siguiente lo hallaron el rey y sus cortesanos, al pobre diablo de poeta, como gorrión que mata el hielo, con una sonrisa amarga en los labios, y todavía con la mano en el manubrio.



Sra. Ema Viera de Carvalho Lerena.



Te en honor de la señorita Sara Blanca Acevedo

Celebrando el regreso a la patria de la distinguida señorita Sara Blanco Acevedo, un núcleo de sus amigas le ofreció un te. Organizaron la hermosa demostración las señoritas Esther Suffern Arteaga, Paz Stewart Vargas, María Luisa Díaz Fournier y Ernestina Muñoz Oribe.

El te danzante, que adquirió notables proporciones de reunión aristocrática, se realizó en el Parque Hotel.

A nadie extrañaron los contornos brillantísimos que adquirió la fiesta, puesto que para llegar a tal fin, se aunaban los prestigios sociales de las organizadoras de la fiesta y los hondos y extensos afectos que tiene la señorita de Blanco Acevedo en nuestra sociedad.

Su distinción, su vastísima cultura, su bondad sin límites, la nobleza de su estirpe, todo lo reune para que su personalidad social sea indiscutible.

La recordamos tal como se presentó en la tarde del magnífico homenaje: en un elegantísimo y valioso traje negro, en armonía con el azabache de sus ojos y de su cabellera, la que ocultaba casi un soberbio sombrero del mismo color, que ella llevaba con gracia suprema. con gracia parisina. Un largo tul negro envolvía su cuello marfilino, y era su silueta impecable, la más pura afirmación de eleganeia y de distinción.



Un grupo de jugadores y triufadores

Al verla así, arrogante, de líneas delicadísimas, impecables, todas sus amigas, todos sus admiradores, le otorgaron el más amplio tributo de admiración. Y ella agradeció finamente el homenaje, poniendo así a contribución todos los dones de su cultura.

El salón del Parque Hotel ofrecía un magnífico aspecto. El te fué servido en mesitas dispuestas para cuatro, seis y ocho personas. Una escogida orquesta ejecutó con toda corrección, y los entusiastas de la danza aprovecharon los momentos para entregarse a ella.

Las gentiles siluetas pasaban raudas, elegantísimas, señoriles. Y entre las bellas danzarinas vimos a Paz Stewart Vargas, a María Elena Serrato Pérez, a Estela Sabbia y Oribe, a Maricucha Bustos Vaeza, a Julia Elena Shaw Villegas, a María Magdalena Villegas Márquez, a Esther Alvarez Mouliá, a Ernestina Muñoz Oribe, a Rosina García Acevedo, a Julieta García Lagos, a María Luisa Díaz Fournier, a Adela Folle Belgrano, a Isabel Williams Bocage, a María Mercedes y Elisa Arocena Folle, A Celia Mendívil, a Dominga Carvalho Alvarez, a Angélica Lussich Márquez, a Amalia Castro Blixen, a Carmen Acevedo Alvarez, y a otras aun que escapan a nuestra memoria y que formaban uno de los conjuntos juveniles más bellos, más lucidos, y más aristocráticos que nos ha sido dado presenciar.

Fué una fiesta que dejará huella imperecedera en el recuerdo de los que a ella asistieron, fiesta brillantísima, digna de quien le había dado origen, y que dominó en ella con arrogancias de reina.



TORNEO DE TENNIS



En la elegantísima y amplia sede que el Club de Tennis tiene en Pocitos, se realizó la fiesta por la obtención de los campeonatos, fiesta que adquirió proporciones de acontecimiento social, no sólo por lo que significaba la reunión, sino también y principalmente, por la concurrencia que dió brillo a la reunión.

A las 11 a. m. el local del Club de Tennis ya estaba en todo el apogeo de la concurrencia de jugadores. Este dato demuestra el entusiasmo y la notable organización que allí impera.

Bien es cierto que el Presidente del Club es el ilustrado y distinguido caballero doctor José Pedro Segundo, deportista entusiasta, decidido, que no escatima esfuerzo para que el deporte aristocrático se imponga absolutamente en nuestra sociedad.

Sus dotes de organizador, sus condiciones caballerescas, sus prestigios indiscutibles, actúan poderosamente para que la elegante institución deportista sea un centro de sociabilidad indiscutiblemente selecto.

Y el entusiasmo del doctor Segundo puesto al servicio de este deporte, ha hecho que su practicabilidad se generalizara en nuestro gran mundo, al extremo que puede decirse es hoy el deporte de moda más generalizado en nuestra sociedad.



Durante uno de los más interesantes y reñidos encuentros

El juego comenzó a las 10 a. m. entre los primeros jugadores concurrentes. Como era lógico, desde los primeros instantes se notó un entusiasmo extraordinario. El juego se presentó lleno de incidencias interesantes y los competidores ponían en su acción todo su conocimiento, toda su habilidad y todos sus medios físicos. Había interés en obtener las palmas del vencedor.

Animación y alegría. He aquí las características del juego en el día del sensacional partido de competencia.

Animación y alegría que daban al ambiente un aspecto encantador. Fué en verdad un día delicioso. Día de esparcimientos sanos, de nobles emulaciones en el juego viril, que desarrolla los músculos, prepara el ánimo para toda fortaleza, da agilidad al pensamiento, y es por sobre todo, elegante, amable, culto, con incidencias que no obligan a abandonar la línea y tiene la maravillosa facultad de ser apto para señoritas y caballeros.

Se jugó con entusiasmo, con un entusiasmo que no decayó un momento y que dejó evidenciado plenamente el afán de vencer, el afán muy justificado de obtener las palmas de la victoria.

A la 1 p. m. se inició en el hermoso salón comedor un exquisito almuerzo, después de una antemesa en que se hizo muy ingeniosa y muy amena causserie. Durante el almuerzo se exteriorizó una vez mas la elegancia que es característica en todas las reuniones del Club de Tennis.

A las 2 se reanudó, con más entusiasmo si es posible el juego. Y a las 5 se sirvió el te, del cual participaron las familias de los jugadores dando ello lugar a una brillantísima reunión social. También hicieron acto de presencia algunos invitados, los cuales tuvieron la dicha de participar de tan distinguida y amena fiesta.

Después del te se realizó el escrutinio para otorgar los títulos de vencedores. Fué un momento en que se montuvo despierta la atención de todos. Existía verdadera ansia en conocer el nombre de los vencedores. Y esos nombres fueron proclamados.

Primer premio: a la señora Gladis Cooper de Buck y al señor Walter Friling.

Segundo premio: a la señorita Marta Iglesias Castellanos y Sr. Juan José de Arteaga.

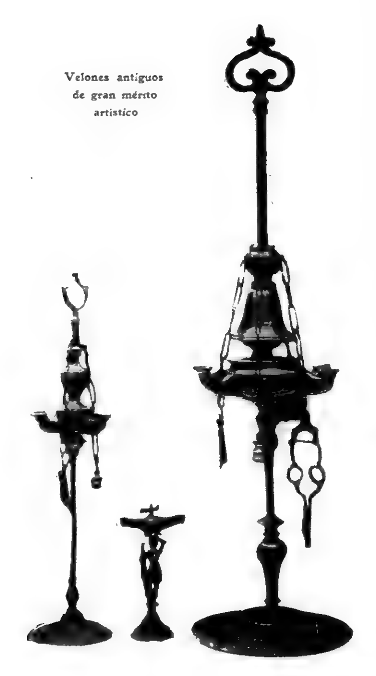
En el instante solemne de adjudicarse los premios a los vencedores el doctor José Pedro Segundo improvisó en la brillante forma que es en él característica, una alocución, en la que dejó constatada la forma sobresaliente que los vencedores habían obtenido el premio, enalteciendo también el aristocrático deporte que los congregaba, e invitando a que se perseverara en tan utilísimo ejercicio.

Practicando el tennis, dijo en síntesis el doctor Segundo, se vela por la salud y se da ocasión a reuniones tan distinguidas y tan amables como la que en aquellos instantes se realizaba.



S... Sofia Sua... B...

De la colección del Dr. F. García y Santos



Velones antiguos de gran mérito artístico

Icono que se venera en las casas de los aldeanos rusos y siberianos

No hay nada mas hermoso, indudablemente, que poder reunir en una residencia particular una colección de antigüedades; objetos preciosos por mas de un concepto, de mérito artístico unos, de mérito histórico otros y de rareza y curiosidad los demás.

Una colección de esta naturaleza engalana una mansión, le da carácter, pone bien de manifiesto el buen gusto de su propietario y constituye un esfuerzo meritísimo que se aprecia tanto mas, cuanto pasa el tiempo.

En Montevideo, algunas distinguidas personas: poseen colecciones de antigüedades muy valiosas.

Algunas de esas colecciones tienen exclusivamente alto mérito histórico, colonial o patricio. Otras en cambio, abarcan un miraje universal.

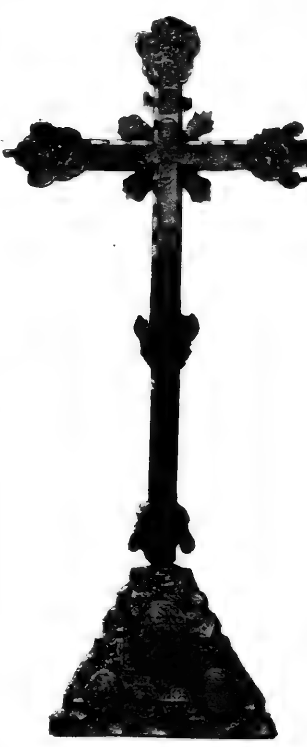
En esta última categoría está clasificada la espléndida colección que posee el distinguido caballero doctor Francisco García Santos.

Existen en ella verdaderas maravillas. Contemplando el conjunto, se tiene la exacta sensación de todo el paciente e inteligente esfuerzo que se ha necesitado para poder reunir tantos objetos de valor efectivo, algunos de valor trascendental.

Lamentamos, en verdad, no poder disponer de mayor espacio en este número para dar la reproducción fotográfica de los innumerables objetos preciosos que figuran en esa colección.

Es una variedad extraordinaria, que abarca todas las épocas, todas las regiones, todas las caracteristicas.

Como se verá, junto a un icono que adoran los campesinos rusos, los sombríos mujick que pueblan las estepas siberianas, figura una cruz de corte bizantino de procedencia histórica muy recomendable, o la magnífica condecoración que perteneció al fundador de la Ciudad de Montevideo don Bruno Mauricio de Zabala.



Cruz de nacar cincelada. Tiene dos siglos. Procede de la Casa de Pilatos en Granada

El buen gusto, la pericia de habilísimo coleccionista, priman en todo el conjunto de esas maravillas, las que en verdad constituyen un verdadero museo de elevadísimo mérito.

Honramos esta página con algunos ejemplares de esa colección, agradeciendo muy intimamente al doctor García Santos su gentileza al facilitarnos la oportunidad de poder ofrecer estas interesantes notas a los lectores de la revista.

Nada mas digno de aplauso, y con el aplauso de estímulo, que estas realizaciones artísticas que ponen de manifiesto un alto espíritu de cultura, un afán muy noble de poseer todo lo que represente un valor artístico.

Por otra parte estos afanes coleccionistas contribuyen en forma principalísima a conservar a través de las épocas objetos de mérito histórico.

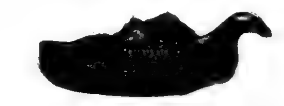
Esas colecciones han salvado de la destrucción mas completa a muchas inapreciables reliquias de valor tradicional. No son precisamente los museos nacionales los que realizan con mas eficacia esta labor pacientísima de investigación y de conservación. En nuestro país, sobretodo, podemos afirmar que casi existen mas objetos de valor histórico en las colecciones particulares que en los museos del Estado.

Por eso decimos antes, que los afanes llevados tan talentosamente a cabo como el que nos ocupa, merecen todo elogio.

Copa de bronce, para mantener el fuego



Magnífico pebetero de bronce cincelado



Otro modelo hermosísimo de copa de bronce

URUGUAYOS..

DISTINGUIDOS..

Dr.

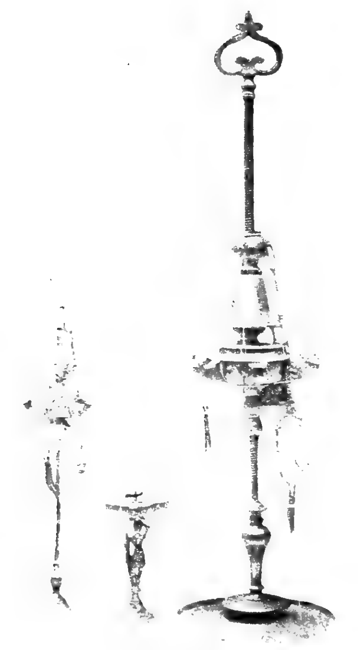
HORACIO

GARCIA..

LAGOS..

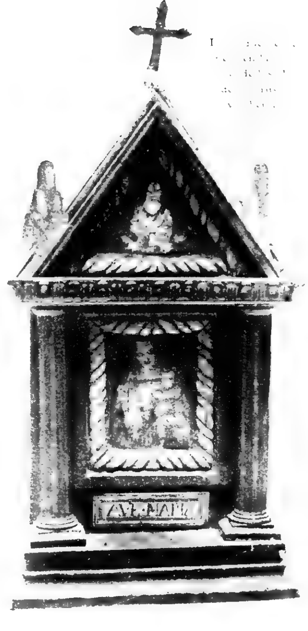
De la colección del Dr. F. García y Santos

[illegible]



[illegible] en una resid[illegible] [illegible] antigüedades [illegible] de mérito [illegible] naturaleza [illegible] carácter [illegible] buen gusto de [illegible] esfuerz[illegible] [illegible]

[illegible] posee [illegible] Francisco [illegible]





[illegible]

[illegible] campesinos rusos, los sombríos [illegible] que pueblan las estepas siberianas, [illegible] una cruz de corte bizantino de pro[illegible] [illegible]cia histórica muy recomendable, o la [m]agnífica condecoración que perteneció al [f]undador de la Ciudad de Montevideo Don [Bruno] Mauricio de Zabala.

[E]l buen gusto, la pericia de habilísimo [col]eccionista, priman en todo el conjunto [d]e esas maravillas, las que en verdad cons[tit]uyen un verdadero museo de elevadísi[mo] mérito.

[I]lustramos esta página con algunos ejem[pl]ares de esa colección, agradeciendo muy [vi]vamente al doctor García Santos su [g]entileza al facilitarnos la oportunidad de [pod]er ofrecer estas interesantes notas a los [lect]ores de la revista.

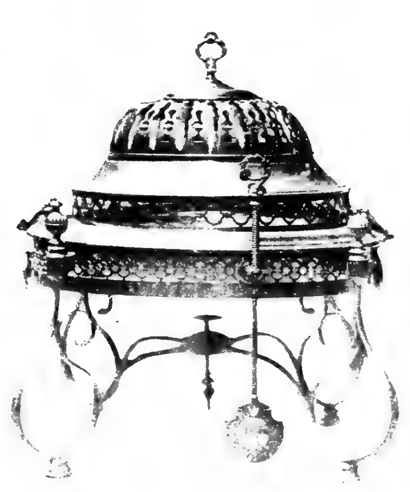
Nada más digno de aplauso, y con el [aplauso] de estímulo, que estas realizacio[n]es artísticas que ponen de manifiesto un [alt]o espíritu de cultura, un afán muy no[ble] de poseer todo lo que represente un [illegible]

Por otra parte estos afanes colec[ci]onistas contribuyen en forma prin[ci]palísima a conservar a través de las [ép]ocas objetos de mérito histórico.

[E]sas colecciones han salvado de la [de]strucción, más completa a muchas [irre]cuperables reliquias de valor tradi[cion]al. No son precisamente los mu[se]os nacionales los que realizan con [m]ás eficacia esta labor pacientísima de [inv]estigación y de conservación. En [illegible] podemos afir[m]ar que existen más objetos de [valor] histórico en las colecciones par[ticu]lares que en los museos del Estado. [illegible] antes, que los a[illegible] talentosamente a [illegible] merecer.



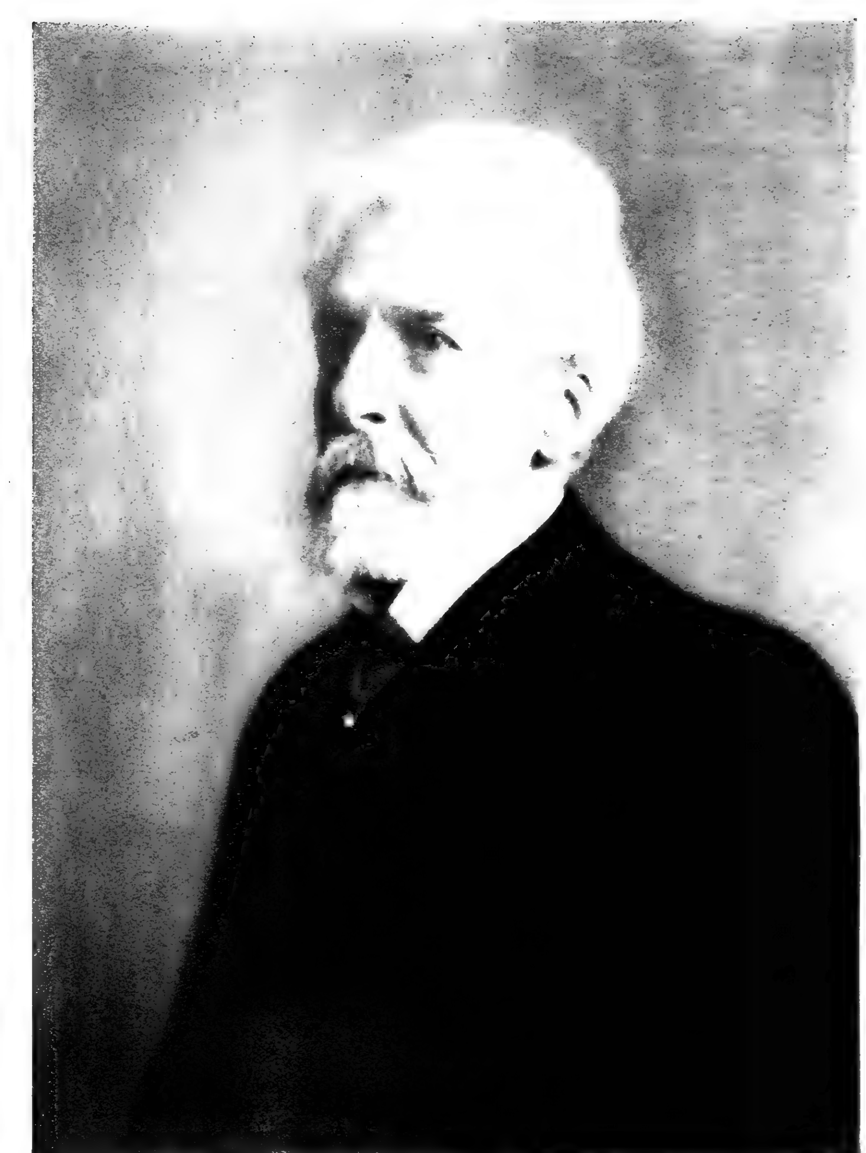
[illegible]



[illegible]



[illegible]



URUGUAYOS

DISTINGUIDOS

DR.

HORACIO

GARCIA

LAGOS

Ruinas de la Iglesia del Convento de las Huérfanas, en Colonia, punto de gloriosa recordación histórica por ser en la llamada «Calera de las Huérfanas» donde desembarcó Artigas en Abril ce 1811 para dar el grito de independencia y levantar en armas a todos los patriotas contra el gobierno de Elío

Doña Justa Simoes de Giuffra

Siempre es hondo el pesar que despierta el fallecimiento de una dama, cuya vida fué dedicada al bien, al hogar, a las dulces tareas a que obliga la familia.

Una madre tiene magestad que no superan las magestades de las soberanas; magestad auroleada de ternura, de amor, de bondad.

Una dama que hace de su hogar un culto, conquista por eso el respeto de todos los que saben cuanto significa el hogar en la vida, cuanto de él se espera, se recibe y a cuanto obliga, si no se es ingrato.

Doña Justa Simoes de Giuffra fué una madre buena, fué una dama de altas virtudes, cuidó con celo admirable de su hogar, e impulsada por sus buenos sentimientos dedicó al ejercicio de la caridad todas sus inteligentes actividades.

La mas noble, la mas excelsa, la mas respetable de las virtudes: la piedad, encontró en ella una cultora sincera, espontánea, convencida. Y era piedosa porque su alma sabía sentir los dolores ajenos, sin agoísmo, compartiéndolos casi. Era piadosa porque ha serlo la impulsaban sus sentimientos, sus nobles inclinaciones.

Por eso se la respetaba, se la quería; ocupando en nuestra sociedad un puesto de primera fila.



Doña Justa Simoes de Giuffra

Culta, distinguida, sencillamente aristocrática, su actuación en los salones fué siempre brillante, sobresaliente; y por eso era vastísimo el círculo de sus amistades y también por eso su nombre figuraba en todos aquellos acontecimientos de alto relieve mundano.

Fué una dama de virtudes ejemplares; madre que dió toda su alma al hogar, personalidad sobresaliente en nuestro mundo social.

Joven aun, cuando todavía la vida le ofrecía toda clase de agasajos y amables compensaciones a sus desvelos de madre, ha tenido que pagar injusto tributo a la muerte, dejando un hogar en plena desolación, sin sus afectos que eran el eje alrededor del cual giraban todas las voluntades de una distinguida y apreciada familia.

Realizó la ciencia toda clase de esfuerzos para salvar esta vida preciosa, pero todo fué inútil.

Al sepelio de la señora Simoes de Giuffra concurrió toda nuestra sociedad, testimoniando así, en forma bien elocuente el pesar que causara su prematura desaparición.

A sus deudos nuestras condolencias mas sinceras.

Panchitos

—Oye, me dicen que se casa tu novia...

—Sí, yo mismo se lo he aconsejado.

¡Tanto que le querías!

—Y la quiero... Creerás tú que yo he venido aquí esta mañana para contemplar una vez más el caballero de la mano en el pecho... y he venido, en realidad, porque frente al maravilloso retrato pintado por el **Greco**, nos dábamos cita Rosario y yo... **Tía Amparo**, que autorizaba nuestro idilio, prefería la sala Murillo; con que nos dejaba solos, y nosotros jugábamos a fingirnos una de aquellas parejas libres de otros países; jugábamos a vivir en París...

Según se desprende del anterior diálogo, la escena ocurre en el madrileño Museo del Prado. Las nieblas invernales persisten desde amanacer, y a la hora del medio día no entró aún el sol a reanimar las seculares coloraciones. Ambiente melancólico. Soledad, silencio, penumbra. A través de los vidrios se divisa una gigantesca araucaria, como un fantasma que vigilase la esclavitud de tantos y tantos espectros gloriosos del ayer, que parecen momificados en la pinacoteca nacional.

La figurilla encantadora de Rosario ha brotado en el aire. Un gorrito, el velo que sirve de red a los ojos negros y de párpados aleteantes, a los rizos, a la boca de pájaro, a la almendra de la barbeta. La gabardina entallada, los zapatitos altos y finos como búcaros. Rosario, la armoniosa y diminuta, semeja una estatua clásica que mirásemos con unos gemelos del revés. Hace varias semanas que sorprendí a Rosario en la compañía de mi amigo el ilustre pintor... el cual me llamó y me presentó a su prometida. Quiso la casualidad que pudiese yo ofrecer a Rosario unas violetas adquirida momentos antes en la acera de Alcalá. Charlamos y reímos en presencia del caballero de la mano en el pecho. Recuerdo que la deliciosa muchacha se envolvía en un **renard** enorme. Rosario contó que un viejo y barbudo marqués de su tierra navarra había cazado el magnífico raposón para regalarlo a su pequeña amiguita Charito. Luego refirió cómo visitaba Madrid por primera vez, y su desilusión al encontrarse en las callejas archiprovincianas de la villa y corte, y su desilusión por la nueva vida que revelaba mi camarada, el pintor famoso en plena juventud...

Se repitieron los encuentros con la pareja, y **tía** Amparo en la Castellana, en el cine, en los conciertos, en una pastelería, en un estreno de la Princesa. De repente desaparecieron Rosario y doña Amparo, y corrió la voz de que ya no se efectuaba la boda del pintor y aquel muñeco vascongado...

Si quieres a Rosario hasta el extremo de orar en su memoria — replico yo a la parrafada del artista, — ¿por qué consientes que te arrebaten tu felicidad?

—Me sacrifico por la de Rosario.

—No comprendo...

—Yo ignoraba que Rosario había tenido un novio allá en provincia... El mismo día en que iba yo a formalizar nuestras relaciones, recibí una carta disparatada y conmovedoramente apasionada, una terrible confesión de servilismo amatorio... La escribió **el otro**...

—¿Y qué derecho asiste a ese señor para mezclarse en vidas ajenas?

—Y qué derecho tengo ya para destruir la dicha de **monsieur** y de Rosario? Escucha. Como el personaje de **El dúo de la Africana** yo no he nacido para casado. Siento con demasiada avidez la necesidad de emociones violentas, cada día renovadas. A decir verdad, me casaba con Rosario, por haber empeñado mi palabra... ¡qué sé yo! Me casaba enamoradísimo, pero con una visión clara del porvenir... ya demasiado fatigoso y aburrido o dramático...

—Total, que regañaste con tu novia.

—No regañé... Aunque no nos veamos, ni nos escribamos, seguimos siendo los mejores amigos del mundo. ¿Cuántos enamorados podrán conservar un recuerdo tan dulce como Rosario y yo, que no llegamos al hastío, ni siquiera a la luna de miel?

—Rosario se opondría a tus juegos, tan diplomáticos.

—Ya lo ves: no tardará en oir la Epístola de San...

—¿Se casa con el **otro**?

—Sí, con el **otro**... Un buen muchacho, un hombre como los demás...

—¿Pero no comprendes que Rosario ya está envenenada de lo que pudiéramos llamar la literatura en que tú vives?

—Y tus juicios son de una vanidad insufrible... Para humillar tu soberbia, voy a enseñarte una lección que también yo hube de aprender... Oye, ¿tú sabes qué cosa sea un **panchito?**

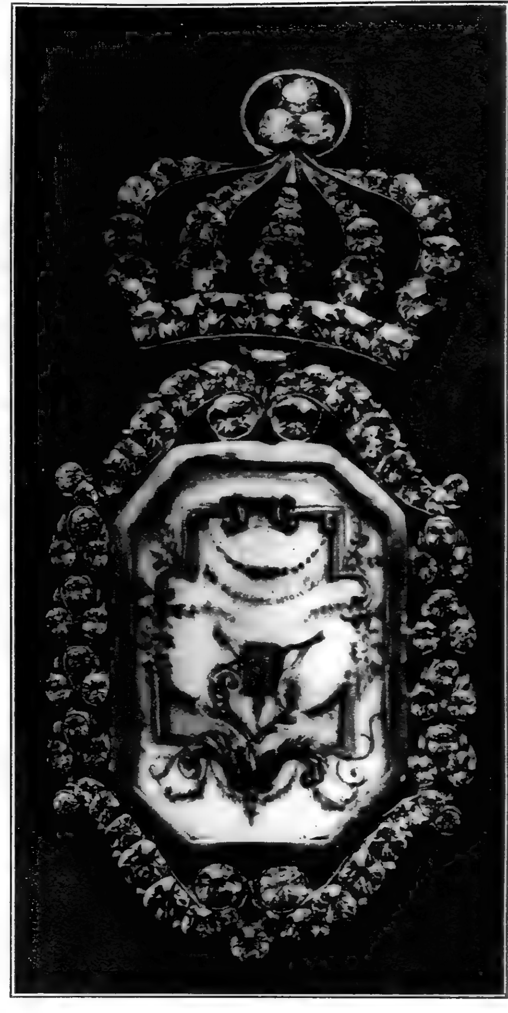
—Algo de zarzuelón con ambiente tropical...

—No, no... Los pescadores de caña bilbaínos denominan **panchitos** a unos peces minúsculos y sin substancia... Venía acaeciendo, que los referidos **panchitos** devoraban la carnada de los anzuelos grandes, con que a más de comerse la sabrosa gusanera, no quedaban presos nunca... ¡Imagínate el humor de los pescadores!... Por fin, el honorable gremio de la caña discurrió todo un maquiavelismo... Echando dos anzuelos, uno chiquitín, y el antiguo... Acude el **panchito** y cae en el garfio que le corresponde... Naturalmente, el pescador no se molesta en cobrar su presa... Si después pica un pez grande, lleva su magnificencia el pescador hasta devolver el **panchito** a las aguas... Pero si no acude un prócer del mar, ¡ay del **panchito infeliz!**

—Curiosa la historieta... y no acierto a relacionarla con... la otra historieta, la tuya...

—Muy fácil... La mujer guarda que pase por su lado la riqueza, el talento, la bravura, la aristocracia, cualquier prestigio firme y de verdad... Y por si no llega el príncipe azul, o por si llega y se va, cultiva en una pecera su buen **panchito**

¡Ríe el pintor su propia humorada, y yo me marcho creyendo oirle llorar!



Magnífica reliquia histórica. Una de las condecoraciones del fundador de la ciudad de Montevideo, D. Bruno Mauricio de Zabala, conservada hasta hace poco por la biznieta del ilustre adelantado español, Doña Teresa de Obregón. Valiosísima por su procedencia y por su riqueza intrínseca, es una de las piezas más notables de la colección del Doctor don Francisco García y Santos.

EL MINUET EN EL P

RESUCITAR las danzas antiguas, las danzas de la reverencia y de la gentileza, es empresa buena, que ha de tener siempre todos nuestros aplausos.

Estamos en una época en el baile se ha encaminado decididamente en una senda de exotismo marcadísimo.

Importamos de Norte América, de Inglaterra, etc. E importamos danzas que no tienen, en verdad; más que un sincronismo desesperante, rígido, de una elegancia discutible y que puede confundirse fácilmente con un paso gimnástico.

Es la racha de lo nuevo, de lo raro, de lo que no tiene afinidad con el espíritu de la raza.

Moda extraña y forzada; moda que por eso mismo no podrá prosperar.

Teníamos en nuestras danzas una característica.

La pavana, el minuet, la gavota, en lo salones; el pericón y el gato, en el campo, en el pueblo; la milonga en el suburbio.

Nuestra alma se expandia en esas danzas. Teníamos carácter cuando bailábamos. Eramos una entidad dedicándole a Terpsícore nuestros entusiasmos.

Hoy con los bailes norteamericanos disfrazamos nuestro esparcimiento de sajonismo que no nos sienta bien.

Y bailamos mal.

¡Es claro, va contra el espiritu de la raza, va contra nuestra espontaneidad, contra nuestro sincerismo hidalgo, contra nuestra impetuosidad latina, contra nuestras más caras inclinaciones!

Eso no puede perdurar.

Es una racha de yanquismo que ha de perderse pronto para dejar de nuevo su puesto a los bailes que están dentro de nuestro modo de ser.

Nuestros abuelos se hubieran espantado al contemplar un baile moderno.

Hubieran dudado de la verdad de lo que veían. Esa unidad de acción que los bailes modernos exijen a la pareja debía necesariamente que chocarles.

Y era lógico.

Ellos entendian la danza a base de reverencias, de cadencias, de giros pausa-



Parejas que bailaron el Minuet, en la fiesta realizada en el "Pocitenian Club": Srta. Paulina Vanrell Ramos - Sr. Enrique Vazquez Varela. — Srta. Carola Díaz Larriera - Sr. Eugenio Petit Muñoz. — Srta. María L
Srta. Olga Vilaró Braga - Sr. Octavio Ramírez Nebel.

L POCITENIAN CLUB



...nos - Sr. Teófilo Piñeyro Chain. — Srta. Sara Garabelli Puig - Sr. Elbio Rodríguez. — Srta. Sara Turenne Puig - ...ría Luisa Rucker Ramirez - Sr. Eduardo Brito del Pino. — Srta. Isabel Larriera - Sr. Julio Arocena Capurro. —

Fot. del Dr. Miguel Paez Formoso

dos, de sonrisas amables, de nobleza, de distinción.

El giro mecánico, raudo, el salto que fatiga, la tensión en que se tortura el espíritu para no perder el ritmo, la ausencia — por imposibilidad — de la amable conversación entre los bailarines, todo ese moverse en rigidez de máquina, hubiera asombrado y disgustado a nuestros abuelos...

Debemos confesar, sinceramente, que tampoco hemos ganado mucho con el modernismo en la danza.

Un distinguido profesor de euritmia, opina que, detrás de todos esos nombres raros de bailes norteamericanos, se agazapa el tango, el famoso tango, bien justamente rechazado de los salones, pero colado de rondon bajo un antifaz de extranjerismo que mal lo encubre.

Muchos compartirán la opinión del referido profesor.

Nosotros... pues, nosotros ya hemos dicho como pensamos. No hay ninguna danza moderna que tenga la magestad, la nobleza, la corrección, la serenidad armónica del minuet.

En este sentido somos intransigentes.

Y por eso concedemos a toda iniciativa que tienda a resucitar la danza nobilísima de la reverencia, nuestro entusiasmo más decidido.

Por un grupo gentilísimo de niñas y caballeros, se bailó hace unos días un minuet, con trajes 1830.

Fué en los salones del Pocitenian Club, institución aristocrática que preside la distinguida señora doña Berta De María de Prat.

El minuet, que obtuvo un ruidoso éxito, fué dirigido por el profesor Carlos Herrera.

Y la ejecución adquirió contornos de acontecimiento, tan correcto, tan brillantemente fué llevada a cabo.

Muy digna de aplauso son estas iniciativas, por lo que ellas significan de buen gusto y por la forma en que se ejecutan.

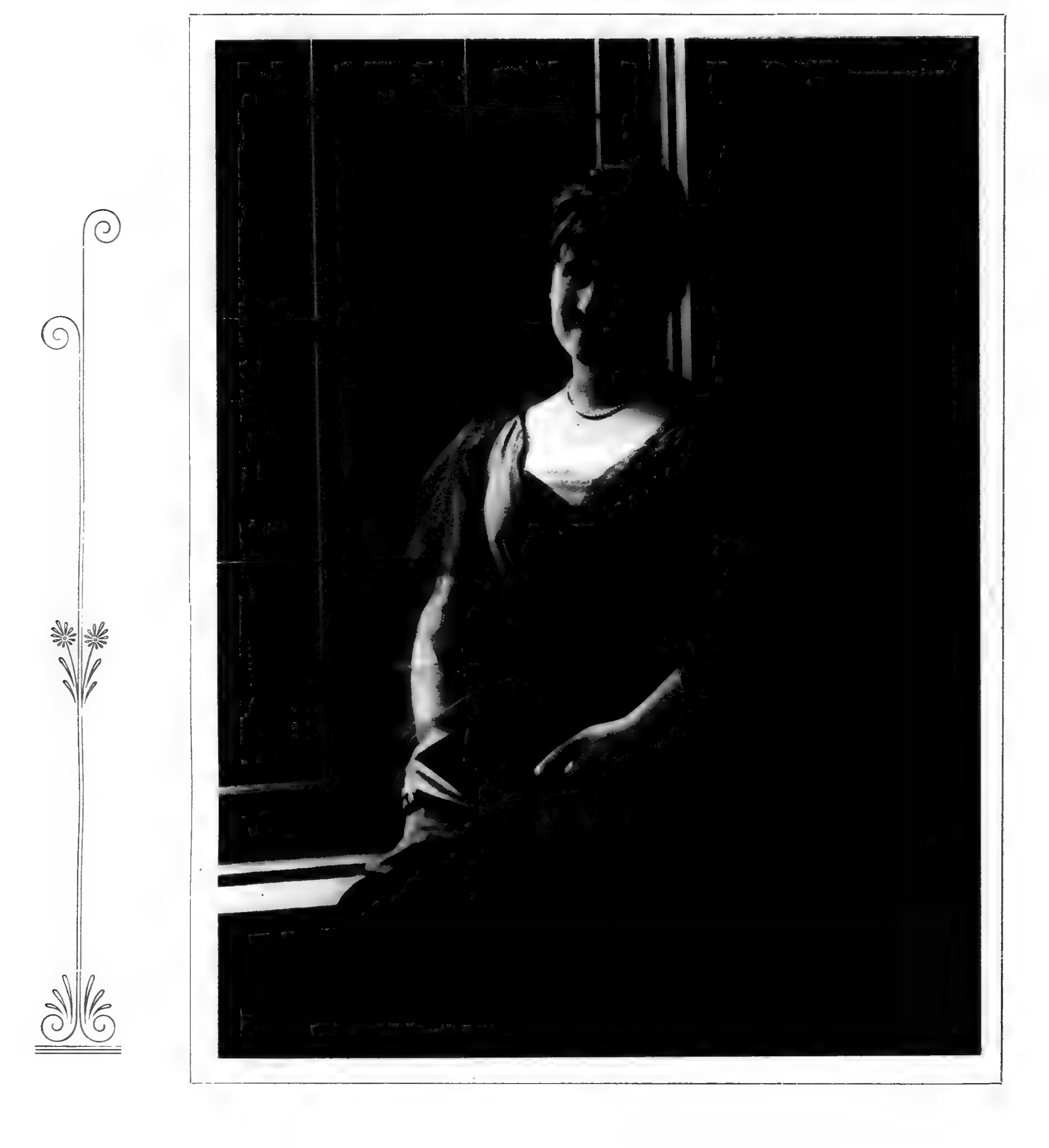
La fiesta adquirió proporciones de gran acontecimiento social, y no podía ser de otra manera dados los elementos que en ella intervinieron.



Parejas que bailaron el Minuet, en la fiesta realizada en el "Pocitenian Club": Srta. Paulina Vanrell Ramos - Sr. Teofil
Sr. Enrique Vazquez Varela. — Srta. Carola Diaz Larrnera - Sr. Eugenio Petit Muñoz. — Srta. Maria Luisa R
Srta. Olga Vilaro Braga - Sr. Octavio Ramirez Nerel.



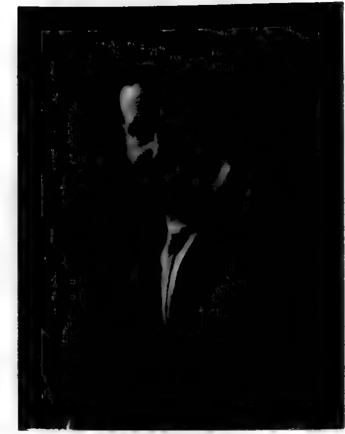
Vanreli Ram... Sr. Teofilo Piñeyro Chain. — Srta. Sara Garabeli... Puig - Sr. Elpio Rodriguez. Srta. Sara Turene... P...
— Srta. Maria Luisa Rucker Ramirez Sr. Ed... Brito de P... Srta. Isabel Larrera Sr. Julio Arocena Ca...



Sta. Justa Wilson

Glorias desaparecidas

JUAN M. FERRARI



Escultor Juan M. Ferrari

Cuando ya había conseguido a pesar del ambiente naturalmente reacio de estos países, la consagración en forma indiscutible y definitiva, que lo acreditaba como uno de los artistas americanos más geniales, y apenas traspuestos los cuarenta años, falleció el 31 de Octubre de 1916 el escultor nacional Juan Manuel Ferrari.

La pérdida inmensa que esa muerte representa para el arte americano, puede justamente valorarse por la magnitud de la obra realizada. Ella es prueba elocuente de una singular significación de la personalidad artística de Ferrari y constituye el fundamento legítimo de las grandes esperanzas que el arte podía poner en este artista en la plenitud de sus fuerzas.

Modesto sin afectación, Ferrari era un hombre íntegro, lleno de nobleza y de rectitud en todos los actos de la vida social y artística. Parco de palabras, lleno de dignidad, su figura atraía por esa sencillez característica de los hombres singulares. Sus aspiraciones, sus tendencias artísticas, llevadas en su fuero interno con religioso recogimiento, rara vez constituían el tema de sus conversaciones. Esos sentimientos no le servían a Ferrari para declamaciones efectistas sino para determinar su actividad productiva, comprobatoria de las arraigadas convicciones ideológicas y de los intensos sentimientos que le dominaban.

Desde niño puede decirse que Ferrari empezó su aprendizaje en el taller de su padre. Cuando más tarde fué enviado a Roma como pensionado por el Gobierno, entró en el estudio del grande y célebre escultor Héctor Ferrari. Pasó después a cursar en el Instituto de Bellas Artes, los estudios correspondientes a la clase de Ercole Rosa, autor del monumento a Víctor Manuel, en Milán. Este genial artista, que falleció joven también, influyó mucho en el espíritu de Ferrari, haciéndole intensificar las expresiones de vida, de movimiento, de pasión más propias de la época presente, y que las formas de Héctor Ferrari, de modelado correcto y equilibrado, dejaban menos acentuadas. De esos dos maestros derivó el artista uruguayo su particular modo de modelar y su espíritu de observación local, que luego desarrollados por su genial intuición, dieron origen a esas composiciones escultóricas llenas de sabor nacional y de ímpetus guerreros, propios de nuestro ambiente.

Vuelto a la patria, mientras se ocupaba de algunos trabajos de escultura funeraria, fundó el primer taller de modelado para los estudiantes de Arquitectura, desempeñando honorariamente durante tres años ese cargo. Esa era de labor múltiple, silenciosa, de acuerdo con su temperamento, siempre indómito y enemigo del exhibicionismo, preparó en Ferrari su personalidad propia. Hizo muchos monumentos funerarios como el de la familia de Alvarez, de Blengio Rocca, del periodista Santa Anna, que son notas salientes entre las obras de arte que encierra el Cementerio del Buceo. Para el Central levantó varios otros de menor mole, pero todos ellos, llenos de espíritu simbólico, encuadrados en formas plásticas orgánicas sanas y de intensa expresión.

No limitó Ferrari su actividad a los monumentos funerarios y pudo así hacer la estátua de Artigas para el monumento de San José; el monumento ecuestre del general Lavalleja erigido en Minas, y el monumento conmemorativo de la batalla de Las Piedras levantado en dicho lugar.

Pero entre todas las obras, la que da más acabada demostración de la genialidad del artista y de la potencia de realización es el monumento al Ejército de los Andes, que los argentinos, con motivo de las fiestas del Centenario, quisieron levantar en Mendoza. En esa obra une Ferrari a las líneas fundamentales clásicas, de estructura orgánica, la inquietud y la pujanza del espíritu moderno, y sobre todo la elocuencia de expresión intensa, turbulenta, fogosa que caracteriza el impulso patriótico de estos países en la época de su formación política.

El monumento al Ejército de San Martín, corona sublimemente el Cerro de la Gloria de Mendoza, y canta con la armonía de sus formas las gestas legendarias de los guerreros argentinos. De una composición que integra maravillosamente el marco natural sobre el que se destaca para la perpetuación del recuerdo patriótico, el monumento que Ferrari ha dejado como su última obra, es realmente el título más saneado que puede oponerse a los excépticos de nuestro raquítico medio, inclinado al desconocimiento de los méritos propios de los hijos modestos, que en su labor honesta y perseverante, fundan todas sus esperanzas de gloria y de bienestar.

Tanto el grupo imponente que corona el bloque del monumento, como los soberbios bajorrelieves que decoran la parte baja, todo en esa obra de arte revela una maestría extraordinaria en la técnica, varia, apropiada, dócil a las distintas exigencias de la idea artística, que en el monumento al Ejército de los Andes, subyuga e impone, en su expresión de conjunto, de unidad armónica y de fuerza evocativa, vibrante y patriótica.

La obra de Ferrari apreciada en el desarrollo de su corta vida, señala toda ella una marcha ascendente, en cada una de cuyas etapas marca una dificultad vencida y un nuevo ideal esbozado.

Desde los primeros pasos de sus estudios en Italia, cuya expresión sintética puede dárnosla el *Prometeo* que está en el Museo de Bellas Artes, hasta las últimas obras, siempre se mantuvo dentro de un espíritu artístico respetuoso de las buenas tradiciones plásticas, sin ceñirse a recetas académicas ni embanderarse en pretendidas escuelas estéticas.

En muchas de sus obras Ferrari llegó a conseguir el consorcio armónico de la audacia en el concepto con la realización elegante. Una idealización de la materia, vivificada por la luz de la idea, expresando la intensidad de la vida en el bronce y en el mármol.

Para los monumentos públicos de carácter patriótico, supo inspirarse en buenos modelos pero infundiéndoles la vida y el sello particular de nuestro ambiente: con sus rasgos más característicos y todos sus pequeños detalles que determinan como fieles reflejos las costumbres y el medio en que se agita la vida nacional.

Considerada desde este punto de vista la obra de Ferrari asumía la importancia de una obra nacional, que pocos como él podrán hacerla y cuya pérdida justifica el dolor que el país debe sentir con la muerte del ilustre escultor nacional.

Eugenio P. Baroffio.

Monumento al ejército de los Andes que se eleva en Mendoza



Bajorrelieve del Monumento a los Andes.

Blasón Colombino

DAMOS a continuación la descripción blasónica de las armas de las varias familias del apellido Colombo que pretenden haber dado origen al descubridor de América.

Este trabajo es el resultado de largas investigaciones practicadas tanto para hallar esas armas como para corroborar su autenticidad y esperamos será acogido favorablemente por los cultores de la ciencia del Blasón.

Colombo de Plasencia. — En campo de oro, banda de azur, jefe de gules, alias de sinople.

Colombo de Cúccaro y de Cogolcto.—En campo de azur, tres palomas de plata — cimera: la *Justicia* con el mote: *Fede, Speranza, Caritá.*

Colombo de Finale y de Savona. — En campo de azur, tres palomas de plata mal ordenadas, la primera con un ramo de olivo de sinople en el pico.

Colombo de Chiavari. — En campo de azur, cabrío de oro acompañado en jefe de una paloma de plata con ramo de olivo de sinople en el pico; y en punta tres fajas ondeadas de plata, alternadas con tres del campo.

Colombo de Módena. — En campo de azur, faja de oro acompañada de cuatro rosas, una de plata y otra de oro en jefe; una de oro y otra de plata en punta.

Colombo de Milán. — Escudo cortado de azur y de plata, al cabrío de gules con cinco luceros de oro, acompañado en jefe de una paloma de plata con un ramo de olivo de sinople en el pico; y en punta de las letras negras:

S
S A S
X M Y

Jefe del escudo cosido de azur con un sol de oro y una luna llena de plata entre cinco luceros de oro.

Colombo. — Según Jouffroy d'Eschavannes, Rietstap, de Magny y otros.

Tres fajas ondeadas de plata, alternadas con tres de azur.

Colombo. — Liguria.—En campo azur, paloma de plata acompañada de tres luceros, may ordenados, de oro.

Colombo. — Según Rivarola. — En campo de oro, tres fajas de azur.

Veamos ahora las armas que se atribuyen a *Cristobal Colón.* Según Las Casas: Escudo en cuatro cuarteles; el 1.º de gules con castillo de oro; el 2.º de plata con león de oro; el 3.º un mar de azur con cinco islas de oro; el 4.º de oro con banda de azur.

Cristóbal Colón, según Oviedo y Valdés. — Escudo en cuatro cuarteles; el 1.º de Castilla, el 2.º de León, el 3.º de azur sembrado de islas de oro, el 4.º de azur con cuatro anclas de oro, mantelado en punta de oro a la banda de azur y jefe de gules, orla de oro con el mote en letras latinas negras: *Por Castilla y por León nuevo mundo halló colón.*

Cristóbal Colón, según López de Haro. — Escudo de cuatro cuarteles: el 1.º de gules con un castillo de oro abierto de azur, el 2.º de plata y un león de gules, coronado de oro, el 3.º de azur con cinco islas de oro, el 4.º de azur con cinco anclas de oro mantelado en punta de oro con una banda de azur y el jefe de gules.

Cristóbal Colón, según Rivarola. — Escudo en cuatro cuarteles; el 1.º de gules con castillo de oro; el 2.º de plata y un león de gules, el 3.º de oro con tres fajas de azur, el 4.º de azur con cinco anclas de oro; sobre el todo de plata y un globo sobre un mar de azur.

Cristóbal Colón, según Herrera. — Escudo en cuatro cuarteles: el 1.º de gules con castillo de oro, el 2.º de plata con león de gules, el 3.º un mar de azur rodeado del continente y sembrado de islas de oro, el 4.º de azur con cuatro anclas de oro. Divisa: *A Castilla y a León nuevo mundo dió Colón.*

Cristóbal Colón, según Jouffroy l'Echavannes, marqués de Magny Riestap, etc.—Escudo en cuatro cuarteles: el 1.º de gules con castillo de oro, abierto de azur, el 2.º de plata y un león de gules coronado de oro, el 3.º un mar de azur rodeado del continente y sembrado de islas de plata, *alias* de oro, el 4.º de azur con cinco anclas de oro mantelado en punta, con tres fajas ondeadas de plata, alternadas con otras de azur.

Cristóbal Colón, según Charlevoix, Pautet du Parois Spotorno, Roselly de Lorgues, Harrisse, Asensio y muchos otros: Escudo en cuatro cuarteles: el 1.º de gules con castillo de oro, abierto de azur; el 2.º de plata con león de gules, coronado de oro; el 3.º un mar de azur, rodeado del continente y sembrado de islas de plata *alias* de oro; el 4.º de azur con cinco anclas de oro; mantelado en punta de oro, con una banda de azur y el jefe de gules. — Casco puesto de frente con rejilla de oro; cimera: un globo de azur con la divisa: *A castilla y a León nuevo mundo dió Colón.*

Cristóbal Colón, según Argote de Molina. — Escudo en mantel: el 1.º de gules y un castillo de oro; el 2.º de plata con león de gules; el 3.º de plata y un mar de azur con cinco islas de oro y un globo de plata. Divisa: *A castilla y a León nuevo Mundo dió Colón.*

Cristóbal Colón, según el vizconde de Magni y otros. — Escudo de armas igual al anterior, menos la divisa.

Cristóbal Colón, según Whasington Irving, Bossi, Argote de Molina, Crollalanza, Ginanni, etc. — Escudo en mantel: el 1.º de gules con castillo de oro: el 2.º de plata y un león de gules; el 3.º de azur con cinco (o sembrado de) islas de oro.

Esta es la interesantísima heráldica que se atribuye a Cristóbal Colón, el gran Almirante, cuya gloria por cierto no necesita de escudos y clasificaciones para ser inmortal y llenar todo un enorme ciclo en la historia de la Humanidad.





Los verdaderos restos de Cristóbal Colón. Hallados en Santo Domingo en 1877.

— Ahora, queridos niños — nos dijo la maestra, — hablemos de la patria. ¿Quién de ustedes sabe lo que es la patria?

Todos los alumnos, menos yo, levantaron la mano.

— Yo, señorita. Yo sé... — dijo uno de ellos, — "la patria es el lugar donde nacimos".

— Muy bien.

— No, señorita — gritó una niña, — yo sé decirlo mejor que Roberto: "la patria es como el nido para los pajaritos".

— Muy bien — repetía nuestra profesora, oyendo la respuestas; respuestas más o menos copiadas de los libros. De pronto, la maestra me vió... Yo no había levantado la mano.

—¿Y usted?... ¿Usted no sabe qué es la "patria"?

———

Todos me miraron. ¡Qué vergüenza! Los colores me encendieron el rostro. Pero, tuve el coraje heróico de ponerme de pie y contestar ingenuamente:

—No, señorita... No sé lo que es la patria...

— ¿Y no sabe usted ningún verso en que se hable de la patria? ¿En el libro de lectura no ha leído usted páginas enteras dedicadas a la patria?

Uno de mis compañeros, cuya amistad conservo todavía, Orestes Baroffio, hombre que hoy tiene cerca de 30 años, además de un hijo, un gran corazón y un exquisito talento de artista, se puso de pie e interrumpiendo a la maestra, díjole:

— Señorita: yo sé que tengo patria y sé lo que es la patria cuando veo flamear la bandera...

— Magnífico — repuso la maestra. — Es una hermosa contestación.

———

Por mucho tiempo la vergüenza de aquel instante me irritó la sangre. Ya hombre, me pregunté a menudo:

— ¿Qué cosa es la patria?

Nunca había salido de mi país... Estaba acostumbrado a oir todos los días el himno nacional de mi tierra, y a ver muy a menudo, mi bandera flameando en todos los edificios... El abuso de las insignias gloriosas falseó en mi espíritu el ideal de la patria... Se me hizo tan vulgar, común y prosaica la palabra "patria", que para mí perdió toda la importancia que ella podía tener... Pasa lo mismo con la "conciencia", con el "honor", con la "honradez"... Todo el mundo habla de la honradez, del honor y de la conciencia. En cambio son muy escasos los hombres que practican esos defectos... Por ello, sin duda, ya no creemos en la existencia de tales cosas...

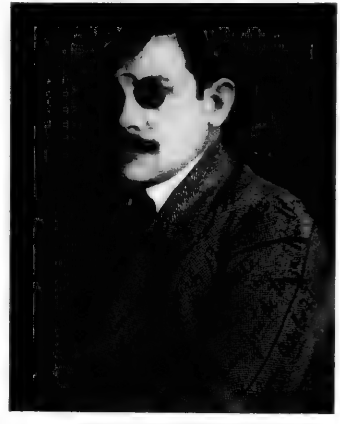
———

— ¿Qué es la patria?

Muchos años después pude saberlo. Fué necesario que saliera de mi propio país y que sufriera la terrible nostalgia del terruño. Estaba en el extranjero, cuando ví pasar un batallón... El público aplaudía a los soldados con un entusiasmo delirante. Pasó la bandera de la patria, y la multitud estalló en una apoteosis de locura patriótica. Y luego vibró el himno. El populacho arrojaba los sombreros al aire, como en un manicomio...

Un niño que no sabía que cosa era la patria

Sin embargo, junto a aquel entusiasmo, un hombre no aplaudía. Callaba. Era yo... Era yo que al ver que esa bandera no era la mía; al ver que aquellos soldados no eran los que pelearon por mi tierra, y al ver que aquel himno no era el himno de amor -- de guerra que acompañara en la lucha a mis antepasados; — entonces, recién entonces, comprendí qué cosa era la patria.



El notable escritor compatriota Juan José de Souza Reilly.

———

Hace poco, en Montevideo, encontré a mi maestra. Está vieja. Muy vieja. Es una viejecita toda arrugada y blanca... Ese día, recordando la aventura del colegio, cuando yo, con vergüenza, no supe contestarle, le dije:

— Ahora, señora, ya sé qué significa en la vida, la palabra patria.

— ¿A ver? ¿Diga usted? ¿Qué es la patria?

— La patria, señora, es el hogar ausente.

Y la viejecita se puso a llorar, porque la pobre sabe cuánta tristeza encierra el recuerdo del "hogar ausente". Figuráos que no tiene hermanos, ni esposo, ni padres. Ni siquiera — lo mejor, — un hijo... Todos han muerto. Todos. ¡Pobrecita! ¿verdad? ¡No tiene patria!

Juan José de Soiza Reilly.

❊ ❊ ❊

Pequeños dramas provinciales

Señoritas mayores

(Traducido del francés).

Voy a ver a Marta y la encuentro cambiada. Sus ojos brillan, su pecho se levanta largamente, y he aquí que mientras habla, lanza inquietas miradas a la ventana.

También yo miro; y en la otra parte de la calle, apoyado en el balcón de los contribuyentes, veo al subprefecto, rubio y sanguíneo mocetón, que respira desesperadamente hacia las ventanas de Marta, y ante la idea de un posible terrón de asúcar, muestra ojos bonachones de perro fiel.

Nada me gustan esas interminables confidencias que las muchachas jóvenes sólo reservan a los Tántalos con canas, y, prudentemente, vuelvo la cabeza.

Mas ya es demasiado tarde: Marta — Ya que me obliga usted, antiguo baja los ojos y murmura:
amigo mío, a que diga todo, ¡pues bien! sí, es verdad...

Y añade ruborizándose:

— Cada día me escribe cartas a escondidas...

Por cortesía, pregunto:

— ¿Hace ya mucho tiempo, Marta?

— ¡Oh, no — me contesta — no me ha hablado más que una sola vez, en el baile de la subprefactura; pero ¡si usted supiera cuánto me ama!

Tan llena está de polvo la diosa Razón, y tan rodeada de cepos para lobos, que renuncio a ir a buscarla.

En el mismo tono con que uno se informa del estado de un Banco del que acaba de retirar los fondos, me confundo en inútiles parabienes; y en el estilo habitual de los discursos municipales, expreso mis votos por la felicidad de Marta.

En fin, dándome cuenta de que estoy de más, me voy.

Algunos días después encuentro a Marta en una librería: acaba de comprar dos tomos de Ohnet y parece muy triste.

—¡Está sufriendo horriblemente! — me dice. — Después de una desgarradora carta de despedida, ha cesado de escribirme y no se atreve ni aun a levantar los ojos hacia mis ventanas; a veces me enfurezco contra mí misma por haber sido tan cruel, mas sin embargo, a riesgo de comprometerme no puedo obrar de otro modo. ¡Si usted supiera qué cambio ha operado en él el sufrimiento, en él, antes tan alegre! ¡Con una larga barba negra que se ha dejado, sus pálidas y enflaquecidas mejillas, a duras penas podría usted reconocerlo al pobre mozo!

———

Ayer, Marta vino a mi casa como loca, con la faz descompuesta, sollozando, desesperada.

—¡Es horrible, — díjome — ¡lo que pasa!... ¡Oh, esta vez no se ría usted!... ¡Tienen razón los novelistas! ¡Nunca lo hubiera creído posible!

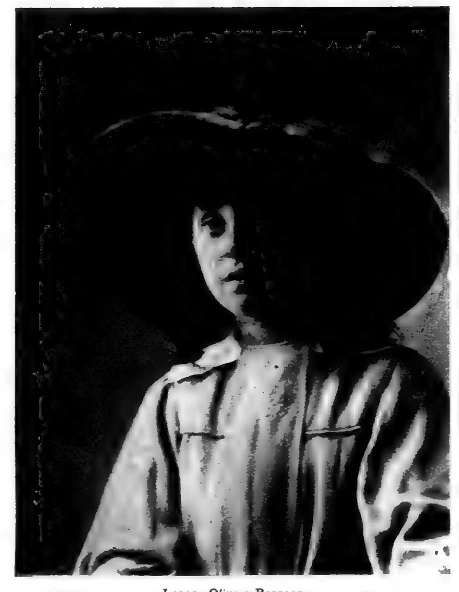
Inquieto, la interrogo, insisto para que todo me lo confíe.

—He aquí, — me dice — a lo que puede conducir la coquetería! Durante todo el día de ayer se me antojó, por puro capricho, no dejarme ver; entonces, vea usted lo que son las cosas, entonces sin duda se me creyó muerta, y, esta mañana, al asomarme a la ventana, miro: ¡ah, es horrible! Sus cabellos han encanecido en una noche!

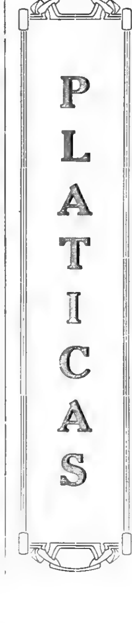
La consuelo, la conforto, le digo cuan estimable ha de ser para ella esta prueba de amor, y, no obstante su dolor, la veo tan orgullosa de este amor sobrehumano, tan dichosa, al fin y al cabo, por haberlo inspirado, que me callo.

No le diré que, desde hace un año en nuestro pueblecillo, reemplazan al subprefecto cada mes.

G. de Pawlowski.



Leonor Olivera Benzano




Ernesto Olivera Benzano

Las fechas imponen siempre el tema para nuestras crónicas, esta vez la imposición no deja de ser grata.

El rosal se viste plenamente con su traje de pétalos de mil colores; estos días de primavera, tibios y luminosos, invitan a lucir las galas primaverales, las toilettes vaporosas que ponen una nota animada, elegante, después de la larga jornada de días grises y monótonos...

El oscuro traje invernal se verá reemplazado por las telas claras, que avivan la silueta y le dan un aspecto de coquetería chic, de pintoresca elegancia.

Mis pequeñas lectoras podrán lucir ya sus trajecitos de muselina con los cuales quedan tan primorosamente ataviadas, tan bellamente vestidas.

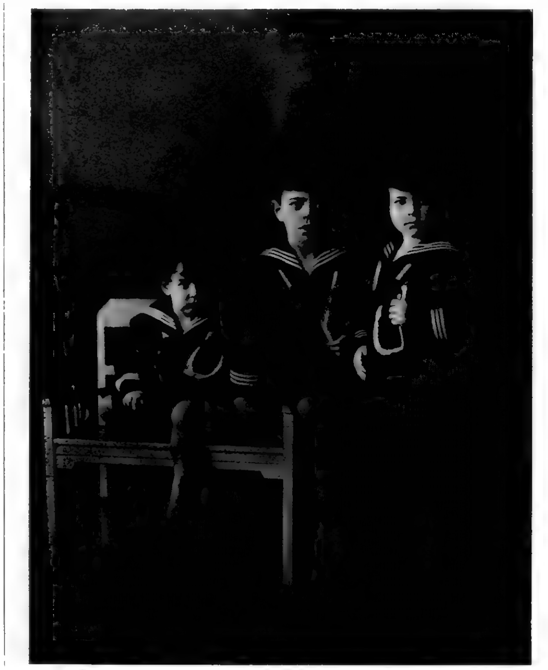
Los creadores de la moda, los que saben imponer esas variaciones que a ratos nos resistimos en aceptar, han hallado el medio práctico de contrarrestar la carestía de las telas y de casi todos los artículos de toilette femenina. De ahí han surgido las combinaciones, es decir, los trajecitos combinados de dos telas distintas; modificando también la amplitud del vestido.

Se buscan telas que puedan ser combinadas armoniosamente. Por ejemplo, un traje de "voile" de un color liso combinado con un "voile" floreado, tratando de hallar siempre un tono que se asemeje con el género de un solo color.

A estas combinaciones se les ha dado en llamar 'remiendos"; remiendos bien aprovechables, por cierto, y que ayudan a la economía, una de las principales virtudes de la época actual.

Cualquier resto de lana o terciopelo puede ser unido a otro género distinto y resultará un traje elegante y poco costoso.

Los vestidos de fiesta también admiten esa combinación. Una toilette de muselina floreada puede adornarse con tul, con grandes volados que se vainillan o se bordan.


Niños de Rocca Susena

La primavera se presta para estas toilettes sencillas y vaporosas; ella invita con sus días luminosas, tibios y serenos al paseo cuotidiano, a la caminata matinal, a las tardes playeras.

La Primavera es una colaboradora eficaz de la elegancia; pues, nada hay más hermoso, más bellamente elegante, que esas siluetas de niñas artísticamente ataviadas con tules, muselinas, telas livianas, flores... El invierno con sus días monótonos, interminables grises, sombríos, no puede lucir esa nota del color que en la Primavera es gala y es gloria.

Los días luminosos, tibios y serenos, las tardes primaverales, se prestan para el lucimiento de las toilettes claras; describirlas sería supérfluo, nadie aconsejará mejor que eu buen gusto y el criterio de cada personita.

Nada de trajes severos, de trajes oscuros; nada de telas pesadas, sofocantes. Blancura, mucha blancura... ¿Hay algo más elegante para esos paseos primaverales, que los tules, las flores, las muselinas?...

Trajes claros, mis pequeñas nietecitas, trajes que reflejen la blancura de vuestras almas, que parezcan copia de vuestros espíritus, de vuestros sueños, de vuestras ilusiones...

La Abuelita.





La canción del cuco

Hora sin sol de la tarde.
En el romántico alarde
del crepúsculo yacente
gime enigmáticamente
— presagio y melancolía —
una canción agorera.
Como si mi alma se hubiera
puesto a cantar en la umbría.

El sol arrastra en su ocaso
nubes de púrpura y raso
— sirena, fauno y pegaso —,
metempsícosis triunfal
y evocadora; girando
van cinematografiando
mi epopeya criminal.

Y la canción agorera,
serenata plañidera
del cuco triste y burlón,
va explicando lenta, lenta,
la película sangrienta
de mi trágico blasón.

—Una mujer, una loanza,
un idilio. Una asechanza,
una estocada mortal:
y en su pecho mi venganza
con un beso y un puñal.

Bajo una pálida estrella
funde su gayo arrebol
la sangre de mi epopeya
con la púrpura del sol.
Solloza el cuco. Su pena
viste de melancolía
a la tarde honda y serena.

Silencio. Soledad. Sombra. Ya el día
Tiene un éxtasis trágico en la calma.

Ha muerto el cuco en el dolor de mi alma



La canción de la cigarra

Canta la cigarra:
su canción chirria frenéticamente,
y es un largo y frío zarpazo de garra
que araña el crepúsculo metálicamente.

Canta la cigarra, y en la tarde augusta
su canción es agria y áspera y adusta;
canta un monorritmo de una sola nota
de guitarra vieja, destemplada y rota,
que una mano fría
pulsa y alborota.
Y es el alma rota
—¡ malagueña mía! —
de una copla vieja
y una copa añeja.
— sangre de mi raza, sol de Andalucía. —
Canta la cigarra; su canción restriega
con las piedras hoscas, duras sobre el suelo;
luego se sacude, se remonta y ciega
y es como un diamante que rayase el cielo.
Los chopos encumbran sus penachos, rojos
de sol y de estío; viejo anacoreta
se amortaja un pino. Sobre los rastrojos
la tarde abre sombras-flores de violeta.
La pupila roja de Helios se dilata
bajo el gigantesco párpado escarlata
de una nube. Luego tuerce un guiño. El ojo
muere. Y sólo queda un epitafio en rojo.

Hay una cigarra rubia en el rastrojo.



La canción de los grillos

Cayó la tarde como muerta,
y por la herida abierta
saltó la luz y ensangrentó el ocaso.
Hubo un largo silencio de agonía
y detrás de los árboles hacía
la noche pantomimas de payaso.

Y fué primero un grillo que en el silencio aquí
sonó como un lejano temblor de cascabel,
sonó como un lejano brindis de copas de oro,
sonó como un silencio que se hiciese sonoro.
Y luego, en una vaga divagación del viento
donde vibra toda la angustia del momento,
cantaron sus dolientes saudades vespertinas
veinte grillos tañendo sus flautas campesinas.
Una onda estival
arrastra la efusiva fragancia de un rosal.
Por las glorietas de la noche muda,
la luna va sonámbula y desnuda.
Blasona una corneja sobre campo de gules.
Hay revuelos de estrellas en las pampas azules,
rumorean los trigos, y bajo el aguacero
de la luna, los grillos al pie de su agujero
fatigan el silencio, rizando una sonata
los trémulos agudos de sus liras de plata.

Y sólo cuando el alba carmina el horizonte
y decora la vaga lejanía del monte,
un azul de pinares sobre un gris de tomillos,
da el silencio a la alondra la canción de los grillos.

JOSE MARTINEZ JEREZ.



La canción del viejo

Ya estoy viejo, mi Dios, yo ya no sirvo...
Mis amores callaron con las sombras,
Mis quimeras nostálgicas murieron
Con murmullos sonoros; fueron hondas.

"Yo estoy viejo, mi Dios, y ya no siento
Los cariños de ayer que se esfumaron...
Sólo siento vivir hasta en las brisas
Mis bellezas de amor: amo al hermano.

"Yo estoy viejo, mi Dios, yo ya me marcho
Cansado de vagar por el desierto...
Tú triunfas con bondades en el cielo,
Y yo en mi alma sabiendo que te siento"...

Así cerró el broche de su vida, ese
Anciano todo Amor, triste y bendito,
Que lleva la nostalgia de la vida
Sin quejas de dolor: ¡alma de niño!

Así con sus tristezas y sus llantos
Volóse como el ave para el nido...
Las flores le cantaron el hosanna
De un cruzado de Amor: de Jesucristo.

La sentida canción del viejo bueno
Entristece mis horas reflexivas,
Llevando a los columpios de mis sueños
Nostalgias agitadas que en mí oscilan...

Ella enseña moral a los profanos,
Con lecciones de amor y de embeleso,
Ella guía mi espíritu rebelde
A fundir mis palabras en el cielo...

Ella corre secreta por las ondas
Sonoras de las brisas y los mares,
Y rozando la prosa de la Vida
Me enseña a mitigar todos los males...

J. M. ABELLA VIERA.

Lo ineluctable

mas tú dijiste que todo se acaba, — que todo muere; que todo es vano.

que el hombre pasa como las aves, — como las nubes, como las sombras.

Amado Nervo. — A. Kempis.

Ella era una azucena por lo blanca y lo pura. — El era un lis enfermo por lo pálido y triste. — Se amaron por encima de todo lo que existe. — Su amor fué como un canto de paz y de ventura; — mas duró solamente lo que una rosa dura.

(¡Oh! Asceta incomparable! ¿Tú acaso dijiste — que todo es en la vida breve y falaz? Que existe — tan sólo lo inmutable tras de la sepultura?)

... Un día gris y frío se amustió la azucena; — y, quizás por lo pura, por lo hermosa o lo buena, — pasó a vida mejor.

Y él que era por lo pálido y triste un lis enfermo, — se fué tras de la amada quemado por el termo — cauterio del dolor.



Srta. María del Carmen Rodríguez Vera

A una señora

Señora: si no me amáis, — ¿por qué ese empeño en fingir — lo que no habréis de sentir — por más que os lo propongáis? — ¿Por qué ese empeño en fingir, — señora, si no me amáis?

¿Es que acaso no encontráis — pretexto para reñir — y deste paso salir — difícil en que os halláis? — ¿Pretexto para reñir — es que acaso no encontráis?

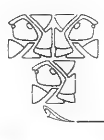
Harto ingenua demostráis — ser si así es, vive Dios, — pues por poco que busquéis

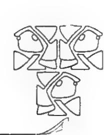
uno muy grande hallaréis: — y es que quiero más que a vos — las musas que vos odiáis.

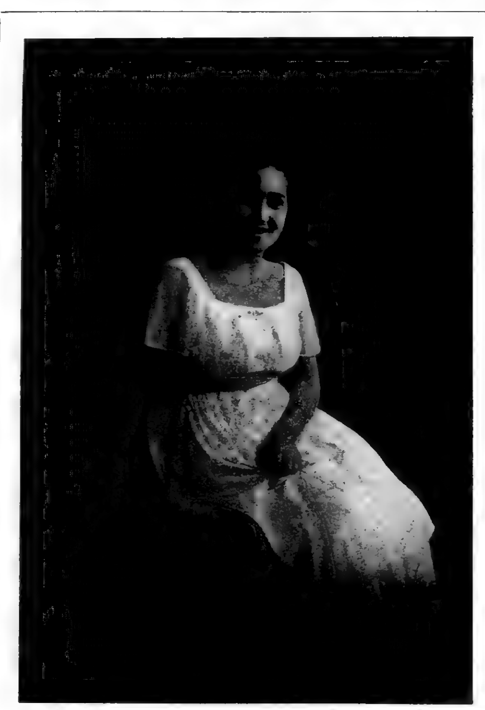
. . . .

¿Acaso en esto no halláis — pretexto para reñir?... — y entonces... ¿por qué fingir, — señora, si no me amáis?

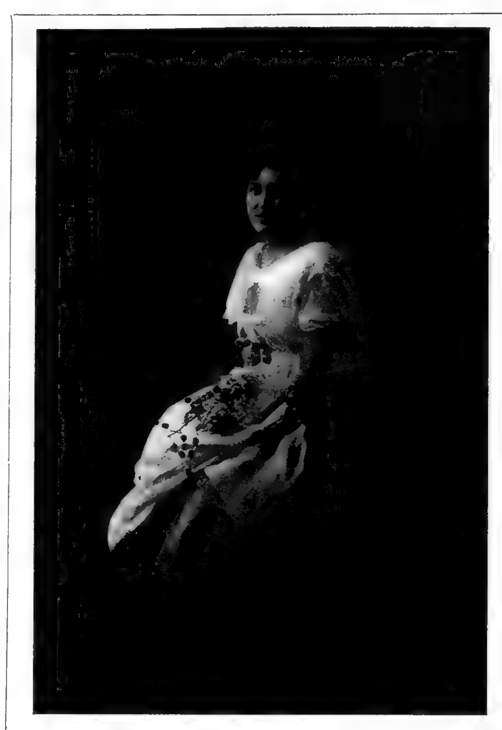
Florio A. Gabulli.







Srta. Ubelia Callorda Acosta



Srta. Cristina Martínez Low

Mujeres famosas — María Antonieta



EL día 8 de Agosto de 1775, el conde de Viry, embajador extraordinario del Rey de Cerdeña ante la corte de Francia, pedía, para el príncipe heredero de Piemonte, Carlos Alberto, la mano de Mlle. Clotilde, a su hermano el Rey Luis XVI.

El embajador fué recibido con pompa estupenda en el castillo de Versalles, presentado al Rey, que estaba rodeado de toda su corte, luego a María Antonieta, que lo recibió en audiencia pública, a los condes de Provenza y de Artois y a todos los príncipes de sangre.

Ante la princesa Clotilde, el conde de Viry, le entregó de parte del Príncipe de Piemonte, dos brazaletes de diamantes con la miniatura del prometido.

Ante el boato expuesto por la corte de Versalles, el embajador desarrolló también un lujo fantástico. Coches, libreas, trajes, todo era digno de una corte tan fastuosa como la de Turin. Sabíase que el Conde de Viry había sido autorizado por su soberano, para gastar sin medida, y esta circunstancia y la de la propia largueza del conde, dió a todos aquellos actos palatinos una grandeza fantástica.

De modo que la pequeña corte italiana, tuvo que vérselas (y se las vió bien) con la gran corte de París.

Todo aquello gustó sobremanera al buen pueblo francés, que en aquel entonces participaba de corazón en las alegrías y los dolores de la familia real.

Hasta el 24 de Agosto, día de la partida de Mlle. Clotilde, rumbo a Turin, fué un continuo sucederse de fiestas espléndidas. Toda la corte tomó parte en ellas. De estas fiestas, y especialmente la que se dió en la sala de la ópera y la del castillo de Versalles, Horacio Walpole, testigo presencial, ha dejado algunos datos en su diario de viaje. La sala llamada de la ópera, donde la corte realizaba sus representaciones teatrales, era la mas bella de Francia, y se prestaba admirablemente para las grandes fiestas de ese género. Una fila de palcos movibles rodeaban el escenario y formaban con los palcos fijos un gran óvalo. Las paredes pintadas imitaban perfectamente al mármol verde antiguo; los relieves eran de oro pálido y los panneau de seda turquí.

Las grandes arañas, la riqueza y la profusión de obras de arte, habían hecho célebre esta sala en toda Europa, desde la época en que se realizaron en ella las fiestas por el casamiento de María Antonieta.

La noche del baile a que nos referimos, a las 10 la sala estaba llena de gente. Toda la más alta aristocracia francesa estaba allí. Los caballeros, gentilmente, sonreían y se inclinaban ante las damas, las que aparecían espléndidas bajo los grandes peinados de moda.

Sobre aquella multitud aristocrática y elegantísima, las lámparas arrojaban torrentes de luz haciendo brillar los diamantes, los innumerables espejos, los oros del decorado. Pero cuando apareció el Rey y la Reina los príncipes y las princesas de sangre, todos los ojos se fijaron estáticos en una sola persona: en María Antonieta, que aquella noche estaba mas bella, mas fascinadora que nunca. Vestía un traje de tejidos de plata, adornado de flores de laurel rosa; la cabeza adornada con magníficas plumas blancas, sujetas por una enorme estrella de diamantes: en la mano un pequeño abanico con notables miniaturas, y un impertinente que la Reina llevaba frecuentemente a los ojos.

Pocos instantes después de su entrada en el salón la graciosa Reina inició el baile con el Conde de Artois, el más joven de los hermanos del Rey, y que formaba con María Antonieta una bella pareja. Y mientras la música cadenciosa del minué se espandía en el ambiente cálido y perfumado, Horacio Walpole, hablando con el embajador inglés comparaba a María Antonieta con Flora, con Helena, con las gracias y poesía, pero agregando que las superaba a todas. Y escribiendo pocos días después a una amiga suya de Londres, completaba el retrato de la Reina con estas palabras: Cuando está sentada o en pie parece la estatua de la belleza: cuando camina es la gracia en persona.



A aquel famoso gran recibimiento el embajador del Rey de Cardeña correspondió con otras magníficas fiestas. El 23 de Agosto ofreció un concierto y un gran almuerzo de trescientas personas a todos los embajadores y ministros extranjeros, a los secretarios de estado, a los oficiales de la casa del Rey de la Reina y de los príncipes. Y la misma noche un baile al que concurrió el Rey, la Reina y mas de seis mil personas. A las once de la noche la fiesta comenzó quemándose un magnífico fuego de artificio al que siguió en el momento de llegar la familia real una gran sinfonía.

A su entrada la nueva princesa del Piamonte se dirigió hacia la condesa de Viry ofreciéndole dos brazaletes con el retrato del Rey y el suyo: gentil retribución del regalo recibido el día del compromiso matrimonial. La Reina se divertió mucho en el baile en el que permaneció hasta las tres de la mañana y en este momento fué precisamente que ocurrió la pequeña aventura que propagada adquirió proporciones exajeradas al punto de haberle sido referida a la Emperatriz María Teresa, como un verdadero hecho de crónica escandalosa.

Al baile del embajador habían coucurrido todos de dominó. El mismo Rey se sujetó a esa regla y la Reina la aceptó con entusiasmo. Apenas había partido el Rey que tenía la costumbre de retirarse temprano de los espetáculos y de los bailes, María Antonieta aprovechando de su incógnito (se hallaba cubierta con un dominó de seda blanco) volvió al salón en compañía de la duquesa de Vanguyon que también estaba disfrazada. Un joven señor extranjero las tomó por dos grandes damas de la casa de la reina y trabó con ellas animada conversación incitado por María Antonieta, que bajo su máscara se complacía en intrigarlo hasta el extremo de hacerle perder la cabeza. Conocía ella perfectamente al joven gentil hombre que no era otro que el marques Caracciolo, embajador de Nápoles. Lo había visto amenudo en Versalles le había llamado la atención lo distinguido y la expresiva belleza de la fisonomía del elegante gran señor napolitano. En el círculo de sus damas había también oído hablar del ingenio y de las románticas locuras del caballero italiano y por todo esto había sentido nacer en ella el deseo de conocerlo mas de cerca. Quizá María Antonieta, no quería confesarse a sí misma que en todo aquello había un incentivo de naturaleza mas íntima: el deseo de oir por sí propia como hablaba de la Reina aquel noble joven, a quien había visto mas de una vez en Versalles contemplarla con arrobamiento cuando ella pasaba.

Aquella conversación que el disfraz hacía ligera fué poco a poco al tema obligado: el del amor.

Y la Reina supo entonces todo lo que quiso.

Supo que el Marques de Caracciolo idolatraba en secreto a una dama, cuya posición era tan elevada, que era una verdadera locura esperar que ella fijase los ojos en él... La vida de esa manera se le había vuelto triste, su estadía en París que tanto ambicionaba antes, se le hacía insoportable a tal punto que desaba ser llamado a la patria.

—Ella le preguntó entonces— ¿Y que hariais si pudieseis acercaros un momento a la dama de vuestros pensamientos?

Caracciolo se inmutó, se puso muy pálido, y mirando intensamente las pupilas de la Reina que brillaban detrás del antifaz, respondió:

—Desafiaría a la muerte.

Ella exclamó entonces.

Me gustais!...... Sabeis cual es la divisa de esa dama? Celui lá aime peu, que craint de mourir!"

Y se quitó el antifaz. Se hallaban en un lugar apartado del jardín: la duquesa de Vauguyon se había alejado prudentemente y la luna daba de lleno en el rostro de María Antonieta, quien sonriente y feliz estendía su mano a Caracciolo.

El Marques tomó aquella mano y muy lentamente apoyó sus labios en ella, murmurando casi de rodillas: Vuestra divisa señora, será la ley de mi vida.



Celui-lá aime peu, que craint de mourir!»

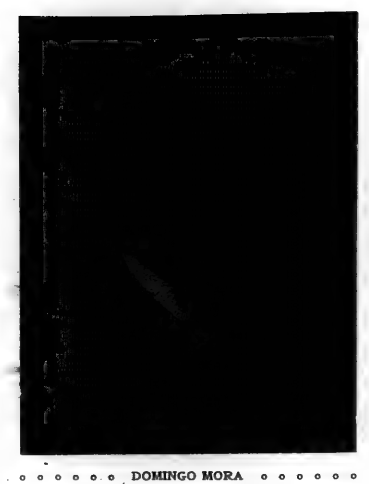
La Fronda

- - Fotografía artística del - -
Dr. Miguel A. Páez Formoso.



EL ESCULTOR DOMINGO MORA

APUNTES BIOGRÁFICOS de Ernesto Laroche



DOMINGO MORA

HACE más de medio siglo llegó a nuestras playas abordo de un buque de ultramar, un joven que entre el abigarrado conjunto del pasaje, destacaba con singular distinción su gallarda figura y sus grandes ojos de intenso mirar. Traía en la mano un pequeño equipaje y en la mente un mundo de ilusiones y de esperanzas. Era escultor y se llamaba Domingo Mora. Había nacido en Barcelona el 8 de Setiembre de 1840 y ya en 1864, había terminado sus estudios en la Academia de Bellas Artes de su país natal.

Soñador de gloria, la lejana América le atrajo como a tantos otros que han dejado en ella, ignorados, con cruentos sacrificios, el fruto de su talento, cuando nó su propia vida.

Iluso corazón de artista! Llegó a estas tierras americanas en una época en que todavía eran tierras de herederos directos de emigrantes y mercaderes ávidos de hacer fortuna, sin otras preocupaciones que las materiales de la lucha por la existencia, agenos a toda aspiración intelectual o artística. Pero espíritu de luchador, sobrellevó las intemperancias del medio; y solo en la confianza de su propio valer, se dedicó a su arte con la modestia de los que triunfan. Y triunfó! Más no en esta tierra nuestra de la que él hizo su patria adoptiva y que más tarde fué la de sus hijos (1)

Historiemos: En 1864, expuso aquí sus primeros trabajos escultóricos tallados en madera, consagrados al arte decorativo y religioso, más de acuerdo con el gusto del público, que con el de su propio sentir. Luego fué el modelado el que reclamó sus actividades y de su taller salieron entonces esculturas en yeso, terracotas y, ¡hasta vidriados de alfarería! Y mientras sus dedos hábiles amasaban la maleable arcilla, su pensamiento cobraba nuevos vuelos y eran el tipo del indio y del gaucho el que le obsesionaban.



Víctima de la guerra civil. Escultura de Mora.

De esa época datan las figuras que adornaron el coronamiento de la Bolsa de Comercio, (hoy destruídas) el gaucho aquel, todavía en pie en la azotea de una casa esquina de la calle Yatay, que siente con salvaje nostalgia el cuadro de tierra adentro que tuvo por escenario la antigua plaza de las Carretas; las fuentes para las quintas de don Atanasio Aguirre y de don Aurelio Berro; el friso con motivos camperos, colocado en el salón principal de la quinta del Sr. Piñeyrúa y un sin número de vasos, jarrones y ánforas de estilos griego y del renacimiento francés, que la *magnificencia* de algunos potentados, adquirió liberalmente. (2).

Después del 70 ejecutó su capo-lavoro. Compenetrado de nuestro ambiente, amando por tradición de raza el suelo en que vivía, no ajeno a las pasiones políticas de la época, plasmó en el yeso las vibraciones de su hondo sentir. Su "Víctima de la Guerra Civil",. (3) es una página de la historia de nuestras luchas intestinas, intensamente evocada; y también sangrienta protesta, ese gaucho moribundo, tendido en el suelo con el pecho atravesado por una lanza, que en el extertor de su agonía, vuelve la cara hacia el cielo, testigo mudo de su postrer reproche. Símbolo triste el de esa "carne de cañón" que tantas veces regó noblemente con su sangre, las fértiles cuchillas de la patria.

Para eterna enseñanza debería ser colocado en una plaza pública.



Cabeza del gaucho moribundo.

Dejando al margen cuestiones que transparentan mi modo de pensar, me ocuparé solamente de este artista que pudo contribuir, poderosamente, por sus condiciones de laboriosidad y de talento, al desarrollo cultural de nuestro país. Sin la tiranía de un medio precario, casi hostil al desenvolvimiento de las bellas artes, hoy sería toda nuestra la fama de su nombre, al figurar entre los precursores más representativos de la brillante generación contemporánea. Su labor fué sana y noble. Desde el ligero esbozo hasta la más pulida de sus estatuas, revelan al artista, tal vez ingenuo, pero siempre consciente consigo mismo, incapaz por temperamento, de incurrir en vana artificiosidad. Esto lo atestigua cualesquiera de sus esculturas, bajo relieves y cariátides, lo mismo que sus cornisones, y balustres coloreados de vidreada alfarería, que aun permanecen en pie.

Escultor, modelador, y a veces alfarero, la expresión de su talento está latente en estas manifestaciones, porque su cerebro tenía, precisa, la intuición de la forma.

Seguir paso a paso la vida de este hombre en nuestro país, equivale seguir durante trece años ese espectro que llaman "la miseria", para verlo golpear frecuentemente, a la puerta de su taller. La pobreza del ambiente limitaron el mercado. Nuestras principales quintas y algunas de Buenos Aires, tenían ya su fuente, sus jarrones o sus estatuas. Algunos pocos edificios, sus cariátides, sus cornisones o sus frisos, y la protección oficial no era entonces moneda corriente. Y así, un día del año 1877, el escultor Domingo Mora, se fué como había venido, — ignorado y pobre, — llevándose su familia rumbo a España. (4).

Radicado en Barcelona, expuso allí su bagaje artístico, pero sus indios y sus gauchos no merecieron la atención de la crítica, corriendo igual suerte su grupo titulado "Ralet-Ralet", que representa un viejecito haciendo cosquillas en la palma de la mano a un chiquillo que aprisiona entre sus rodillas.

Tres años llevaba de permanencia en la ciudad Condal, perseguido siempre por adversa suerte, cuando la ida de un nuevo peregrinaje, fijó en su mente el recuerdo de la fabulosa América, y como otrora, con un mundo de ilusiones y de esperanzas, se aprestó resuelto a realizarlo. Pero esta vez el barco que había de conducirlo, enfiló su proa hacia el Oeste, y en 1880, Domingo Mora desembarcaba en el puerto de Nueva York. ¿La experiencia de sus años de infatigable labor, torció aquí el rumbo de su arte?

Difícil sería decirlo, porque aun cuando, bien recibida por la crítica neoyorkina la exposición de su grupo "Ralet-Ralet", — obra con que hizo su presentación, y que fué luego adquirida por Mr. Pacher, de Pennsylvania, — la personalidad artística de Mora, no debía culminar allí, sino en la escultura arquitectónica. Su conocimiento técnico en la materia, y su gusto refinado, interesaron a los grandes manufactureros que no tardaron en disputarse su labor y su cooperación valiosa. Aquellas mismas cariátidas, frisos y cornisones en terracota y mayólica, que con tan poco éxito intentaría introducir en nuestra edificación urbana, le consagraron bien pronto, dándole renombre y fortuna.

El figura hoy al lado de Post, Mackin, Richardson, Cady, Renwick, White, Brigham, Peabody, Clough y Stewardson, los grandes arquitectos a quienes se debe el resurgimiento de la arquitectura, en momentos que las construcciones monstruosas en hierro forjado, afeaban las perspectivas de las grandes ciudades de la Unión.

J. C. Cady, que construyó el Metropolitan - Opera, fué el primero en incorporar la obra del arquitecto-artista, a la del escultor-arquitecto, encargándole los cuatro bajorelieves que decoran la fachada del gran teatro, que, si pequeños en dimensiones para la enorme masa de ladrillos del edificio, grandes y hermosos son en su aspecto decorativo.

Desde entonces, la obra de Mora fué fecunda, y se repartió por todos los Estados Americanos. Se citan como sus mejores creaciones, el friso del entablamiento del edificio de la Sociedad de Ahorros de Hartford, por el agrupamiento de las figuras y los detalles de ornamentación floral, que constituyen un estudio completo de sus elementos, unidos por sabia armonía lineal y de coloración; la que decora el corredor del Tribunal de Justicia de Boston que representa el desenvolvimiento de las razas a través de las edades; la del salón de música de la residencia de Morgan; los del soberbio edificio de los Harrison de Filadelfia; del New Hall y del Hospital de Niños de San Francisco de California, que luce hermosísimos altos relieves del más puro estilo cuatrocentista; las esculturas del Teatro Orpheum y del Club Atlético de Los Angeles; las del Templo Masónico de Trentón, etc., e infinidad de cariátides, cuádrigas y alegorías que suman una fecunda y continuada labor. Y por sobre toda ella, que es la consagración elocuente y definitiva de su gran talento, están las obras escultóricas de sumo arte, como el grupo simbólico "El Nacimiento de la Humanidad", "Hymen", o la estatua de "Aristóteles", que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Boston. Domingo Mora murió en San Francisco de California, en Junio de 1911.

Montevideo, Octubre de 1918.

(1) F. Luis. Pintor.

Jacinto. Escultor. Actualmente están radicados en Nueva York y en San Francisco de California, respectivamente.

(2) El Teniente Coronel Arquitecto Alfredo R. Campos, fino espíritu de artista, posee dos hermosas ánforas de terra-cotta, decoradas con guirnaldas y amorcillos que, aun deterioradas por la intemperie, lucen maravillosamente la pureza de su ejecución. Estas ánforas fueron halladas bajo tierra en un rincón de un viejo jardín abandonado, en una de las tantas excursiones de artista, que nos brindó nuestro común amigo el doctor Buenaventura Caviglia.

(3) Es hasta la fecha, la mejor pieza original que posee el Museo Nacional de Bellas Artes.

En la Exposición de Bellas Artes de Santiago de Chile, fué premiada con Medalla de Plata.

(4) Nunca olvidó esta tierra, patria de sus hijos, en la que tanto sufrió. En 1885 envió desde Nueva York, un boceto para el monumento al General Artigas, respondiendo al Concurso Oficial iniciado en esa época.



La Fronda

EL ESCULTOR DOMINGO MORA

APUNTES BIOGRÁFICOS de *Ernesto Laroche*

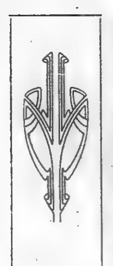
H

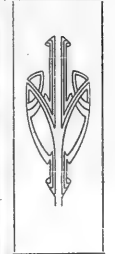
DOMINGO MORA



Escultura de M







De los palacios chinos a los salones de casa grande

El pekinés, perro preferido de las elegantes

Blanco, negro, gris o de color de fuego, o manchado; de cuello fino y largo o grueso y corto; bajo o alto; de pecho ancho o angosto; de pelo corto y grueso o sedoso y largo; de cola en forma de trompeta o en línea recta, el perro constituye una de las características de la vida mundana.

El filósofo serio y sutil que se tomara la molestia de observarlo dividiría este interesante mundo canino en dos clases: la del perro vagabundo, batallador y merodeador que en busca del alimento va gruñendo de puerta en puerta, surgido del fondo de quién sabe qué domicilio tenebroso; y la del perro civilizado, al cual siglos de existencia cómoda, honesta y perfumada le han suavizado el alma, y que figura todos los años en las exposiciones de competencia por el primer premio o por el honroso título de campeón. Dentro de esta clase es que se encuentra el perro de sociedad... Verdadero conocedor del papel que le corresponde desempeñar en ella, ya no se contenta, como el poeta, con fruta cualquiera y un sillón.



A menudo exige que se le siente a la mesa, se pasea muy orondo por el salón, y, cómodamente, toma su asiento en el "boudoir": en una palabra, se comporta como persona consciente de su lujo y poderío — hasta que la moda lo destierra al campo, o lo relega a un segundo puesto entre los cortesanos.

Esta misma moda que nos gobierna y tiraniza, cansada de hacernos admirar los perros europeos, acaba de imponernos su nuevo capricho. Los pekineses son ahora la maravilla del rico salón de las elegantes.

Nacido bajo otros cielos, del otro lado del planeta, pequeño animal sagrado, reservado al culto de la divinidad antigua — el Dios Fo — el perrillo vulgarmente llamado pekinés, parece que en casa de la elegante se acordara de su origen fabuloso.

En el lejano Pekín que guardan tres murallas altas y cerradas, se le ha prodigado toda clase de cuidados por los habitantes celestes de los palacios dorados, por los mandarines de botones de jaspe o de coral, por las damas de honor de la corte y hasta por los emperadores. Una sala de bóvedas inmensas trabajadas como fino encajes, decoradas con maderas esculpidas, con oro y seda bordadas, con oro y púrpura, estaba reservada especialmente a su raza. Riquísimos cojines de seda bordada con dragones amarillos le servían de cama; un esclavo vestido y pintado según los ritos, se arrodillaba ante él y en su fervor religioso y cándido, lo adoraba lo mismo que al Sol y al Loto de color de rosa... Es el perro de Fo, el dios antiguo y tenebroso...





Artistas hay que lo esculpieron mil veces en el bronce y el marfil; y existen grabados antiguos que nos lo enseña, enorme, la cabeza chata, la boca abierta, por donde arroja una llama, las patas curvadas hacia afuera. Y en la puerta misma del palacio, él vela, monstruoso, fatídico, como queriendo defender la entrada santa al extranjero presuntuoso.

Sin embargo, dejó profanar luego el suelo sagrado. Callóse por primera vez cuando el Emperador del Celeste Imperio fué desterrado. Quizás espera el momento de una próxima venganza.

Tal es el perro que el gran lujo cosmopolita ha exportado del país de Lou, donde naciera el sabio incomparable Koung-Fou-Tzeu.

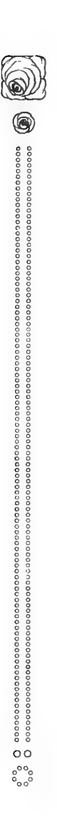
Hará unos diez y ocho años que se empezó a ver en Europa esta raza de perros chinos. M. Gordon Bennet, fué uno de sus primeros expositores. Y obtuvo, además del premio de honor, la admiración asombrada de los visitantes a la exposición.

Se tenía la costumbre, es cierto, de ver en los salones modernos, fijada en la porcelana de los vasos chinos, en los zahumadores y en el bronce de los ídolos, estos rasgos bizarros, atormentados, caricaturescos, esta quijada chata, esta boca grande y abierta, este pelo largo, color de fuego y negro, esta cola doblada semejando un penacho, esta actitud ritual y hierática. Pero de ahí a admitir en nuestra intimidad esta presencia extraña... Fué necesaria la rareza del tipo, su precio exhorbitante, la dificultad en adquirirlo para que la moda lo aceptara.

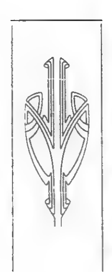


Verdaderamente estoico, el pekinés soporta sin quejarse el dolor por más intenso que sea. Mientras que sus demás congéneres se quejan lamentablemente, éste se vuelve cabizbajo a su cama, se enrosca en silencio, y cerrando sus grandes ojos enigmáticos, espera pacientemente el instante en que se calmará o secará su sufrimiento.

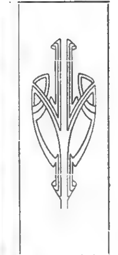
Pero a pesar que él constituye ahora el capricho del día, mismo a pesar de su difusión, nunca, sin duda, el perro de Fo será el banal cortesano de un salón de moda. De su país de origen, él guarda el porte bizarro, exótico, sin igual. Y continúa siendo el perro sagrado descendiente de una raza misteriosa y lejana.



Srta. Malvina Vidiella.







De los palacios chinos a los salones de casa grande

El pekinés, perro preferido de las elegantes

Blanco, negro, gris o de color de fuego, o manchado; de cuello fino y largo o grueso y corto; bajo o alto; de pecho ancho o angosto; de pelo corto y grueso o sedoso y largo; de cola en forma de trompeta o en línea recta, el perro constituye una de las características de la vida mundana.

El filósofo serio y sutil que se tomara la molestia de observarlo dividiría este interesante mundo canino en dos clases: la del perro vagabundo, batallador y merodeador que en busca del alimento va gruñendo de puerta en puerta, surgido del fondo de quién sabe qué domicilio tenebroso; y la del perro civilizado, al cual siglos de existencia cómoda, honesta y perfumada le han suavizado el alma, y que figura todos los años en las exposiciones de competencia por el primer premio o por el honroso título de campeón. Dentro de esta clase es que se encuentra el perro de sociedad... Verdadero conocedor del papel que le corresponde desempeñar en ella, ya no se contenta, como el poeta, con fruta cualquiera y un sillón.



A menudo exige que se le siente a la mesa, se pasea muy orondo por el salón, y, cómodamente, toma su asiento en el "boudoir": en una palabra, se comporta como persona consciente de su lujo y poderío — hasta que la moda lo destierra al campo, o lo relega a un segundo puesto entre los cortesanos.

Esta misma moda que nos gobierna y tiraniza, cansada de hacernos admirar los perros europeos, acaba de imponernos su nuevo capricho. Los pekineses son ahora la maravilla del rico salón de las elegantes.

Nacido bajo otros cielos, del otro lado del planeta, pequeño animal sagrado, reservado al culto de la divinidad antigua — el Dios Fo — el perrillo vulgarmente llamado pekinés, parece que en casa de la elegante se acordara de su origen fabuloso.

En el lejano Pekín que guardan tres murallas altas y cerradas, se le ha prodigado toda clase de cuidados por los habitantes celestes de los palacios dorados, por los mandarines de botones de jaspe o de coral, por las damas de honor de la corte y hasta por los emperadores. Una sala de bóvedas inmensas trabajadas como fino encajes, decoradas con maderas esculpidas, con oro y seda bordadas, con oro y púrpura, estaba reservada especialmente a su raza. Riquísimos cojines de seda bordada con dragones amarillos le servían de cama; un esclavo vestido y pintado según los ritos, se arrodillaba ante él y en su fervor religioso y cándido, lo adoraba lo mismo que al Sol y al Loto de color de rosa... Es el perro de Fo, el dios antiguo y tenebroso...





Artistas hay que lo esculpieron mil veces en el bronce y el marfil; y existen grabados antiguos que nos lo enseña, enorme, la cabeza chata, la boca abierta, por donde arroja una llama, las patas curvadas hacia afuera. Y en la puerta misma del palacio, él vela, monstruoso, fatídico, como queriendo defender la entrada santa al extranjero presuntuoso.

Sin embargo, dejó profanar luego el suelo sagrado. Callóse por primera vez cuando el Emperador del Celeste Imperio fué desterrado. Quizás espera el momento de una próxima venganza.

Tal es el perro que el gran lujo cosmopolita ha exportado del país de Lou, donde naciera el sabio incomparable Koung-Fou-Tzeu.

Hará unos diez y ocho años que se empezó a ver en Europa esta raza de perros chinos. M. Gordon Bennet, fué uno de sus primeros expositores. Y obtuvo, además del premio de honor, la admiración asombrada de los visitantes a la exposición.

Se tenía la costumbre, es cierto, de ver en los salones modernos, fijada en la porcelana de los vasos chinos, en los zahumadores y en el bronce de los ídolos, estos rasgos bizarros, atormentados, caricaturescos, esta quijada chata, esta boca grande y abierta, este pelo largo, color de fuego y negro, esta cola doblada semejando un penacho, esta actitud ritual y hierática. Pero de ahí a admitir en nuestra intimidad esta presencia extraña... Fué necesaria la rareza del tipo, su precio exhorbitante, la dificultad en adquirirlo para que la moda lo aceptara.



Verdaderamente estoico, el pekinés soporta sin quejarse el dolor por más intenso que sea. Mientras que sus demás congéneres se quejan lamentablemente, éste se vuelve cabizbajo a su cama, se enrosca en silencio, y cerrando sus grandes ojos enigmáticos, espera pacientemente el instante en que se calmará o secará su sufrimiento.

Pero a pesar que él constituye ahora el capricho del día, mismo a pesar de su difusión, nunca, sin duda, el perro de Fo será el banal cortesano de un salón de moda. De su país de origen, él guarda el porte bizarro, exótico, sin igual. Y continúa siendo el perro sagrado descendiente de una raza misteriosa y lejana.



Srta. Malvina Vidiella.

LA Sociedad "Entre Nous" puede anotar en el haber de sus ruidosos triunfos — que son muchos, muy merecidos y muy famosos — el que obtuvo al organizar el soberbio baile realizado noches pasadas en el Parque Hotel.

El buen gusto, la originalidad, la distinción, primaron en este festival, como también primaron esas condiciones en todas las fiestas patrocinadas por la aristocrática institución.

Y la sociedad, todo nuestro mundo elegante, todas las familias que dan esplendor y carácter a las reuniones, hicieron en el salón del Parque Hotel acto de presencia, transformando el recinto en una maravillosa escena de fantasía oriental.

Resplandecía el salón; por doquier las más celebradas y elegantes niñas ofrecían a la mirada menos interesada el encanto, la seducción de sus rostros subyugantes, de sus ojos, donde parece que se guarecen tesoros de ternuras, de sus cuerpos esbeltos, engalanados, realzados por las telas ligeras, que flotan acarariciadoras, mimosas...

Una inacabable sucesión de motivos versallescos... con trajes de último modelo. Versallescos por la elegancia, la gracia, la belleza de "ellas", y la apostura varonil de "ellos"... Motivos versallescos por la sugestividad de las danzas, que no siendo pavanas, gavotas ni minuets, tienen en la mecánica rudeza de su origen yanki un incentivo al que nadie puede resistirse. Incentivo de alegría, de ritmo fácil, de liberalidad en los pasos...

Deslumbraba el salón y deslumbraban las damas. Los tocados habían concertado un torneo de riqueza y de elegancia, y así fué de mareante el desfilar de tantas bellas admirablemente ataviadas.

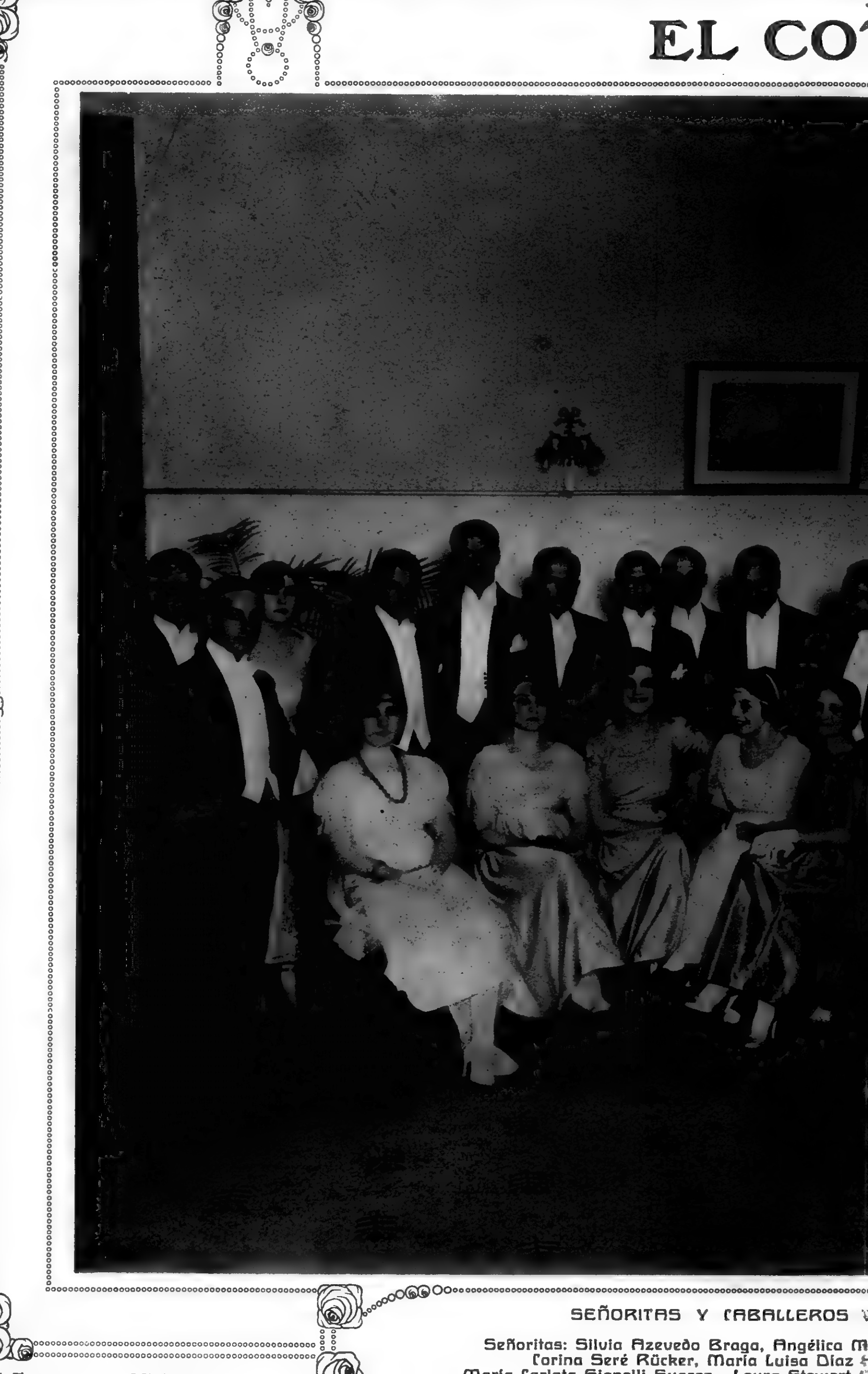
Y se bailó con entusiasmo, con un entusiasmo encantador.

En los giros de las danzas las telas se agitaban como alas y los perfumes, dejados como embriagadoras estelas, impregnaban el ambiente, y lo transformaban en lugar de ensueño...

Pero la nota descollante de la noche fué el cotillón bailado por un grupo de distinguidísimas niñas y caballeros.

Cuadro tan hermoso había sido motivo de algunos ensayos. Ellos se efectuaron en la casa del Excmo. señor Ministro del Brasil, doctor Cyro de Azevedo, dirigiendo a los que tomaron parte la señorita Silvia Azevedo Braga y el señor Luis Giménez Pérez Gomar.

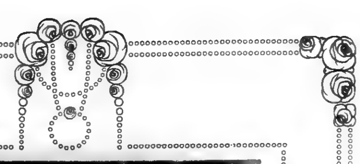
EL CO



SEÑORITAS Y CABALLEROS

Señoritas: Silvia Azevedo Braga, Angélica M
Corina Seré Rücker, María Luisa Díaz
María Carlota Gianelli Suarez, Laura Stewart
Sara Regules Fernández, Amelia
Señores: José Luis Gimenez, Carlos Cat Alvarez,
Eugenio Petit Muñoz, Walter S. Bayley, Con
Carlos Yache, C. Azevedo Braga, Alejo Arocena
Juan Carlos Figari Castro,

TILLÓN



UE BAILARON EL COTILLÓN:

rquez Castro, María Amelia Larriera Velazco,
urnier, Adela Pons Puig, Celina Posse,
ner, Margarita Belfort Carril, Clotilde Cranwell,
elfort Carril, Haydée Hüstendahl.
Castells Carafí, Ignacio Zorrrilla de San Martín,
o Terra Urioste, Gonzalo Vazquez Barriere,
olle, Victorino Vitelli, Carlos Rogberg Balparda,
Antonio Marquez Castro.

Fot: Blanco

Con las niñas y caballeros que tomaron parte y después de muy cuidados ensayos, el cotillón fué bailado en una forma admirable.

Danza lucida, que se presta para lucimiento de elegancia con sus figuras de atrayente exotismo, dió motivo para que las parejas desarrollaran todo un lujo de habilidad.

Fué presenciado el cotillón con enorme interés, por la enor-con enorme interés, por la numerosísima concurrencia que llenaba el salón y desbordaba en los palcos, y como decimos antes, fué el " clou " de la noche, la expresión de más refinada elegancia.

Las figuras ejecutadas durante la danza despertaron todas el más vivo interés y algunas fueron comentadas con regocijo, otras con admiración.

Al fin la "farandole" cerró el cotillón en forma brillantísima. Las parejas lanzadas a la locura de un galop, formaron un círculo que giraba raudo, arrebatando las telas de los trajes, ciñendo las faldas y poniendo un poco de locura en los gestos y en las expresiones.

Todos, damas y caballeros fueron muy felicitados por la forma precisa, armoniosa y gentilísima, que habían bailado el cotillón.

La Comisión de Entre Nous, que preside dignamente la señorita María Rafaela Araucho, puede estar muy satisfecha por el éxito obtenido con este baile, que ha sido, hasta ahora, el más lucido, el más suntuoso y el más concurrido de la " saison " veraniega.

Por cierto que es digno de aplausos ruidosos, no solamente el interés puesto por la Comisión de Entre Nous para organizar la fiesta, sino que también el entusiasmo demostrado por nuestra sociedad para concurrir a tan espléndida " soiree " y contribuir así, en forma generosa, a los fines que la motivaron.

Fines de caridad, altamente recomendables, destino nobilísimo el de los dineros producidos por la fiesta, puesto que fueron ellos a enjugar lágrimas, a amenguar dolores, a dar solución a terribles problemas domésticos en hogares menesterosos.

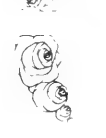
A las fiestas mundanas les da un encanto especial, el estar organizadas con fines benéficos. Tal la realizada en el Parque Hotel, bajo los auspicios de la Entre Nous, y de cuyo esplendor quedará radiante memoria en los anales de sociedad.





EL COTI





SEÑORITAS Y CABALLEROS QUE BA

Señoritas: Silvia Azevedo Braga, Angélica Marquez Ca
Carina Seré Rücker, Maria Luisa Diaz Hournier,
Maria Carlota Gianelli Suarez, Laura Stewart Isher, M
Sara Regules Fernández, Amelia Belfort C

Señores: José Luis Gimenez, Carlos Cat Alvarez, P. Castells
Eugenio Petit Muñoz, Walter S. Bayley, Conrado Terra
Carlos Yache, C. Azevedo Braga, Alejo Arocena Folle, V
Juan Carlos Figari Castro, Antonio

COTILLÓN



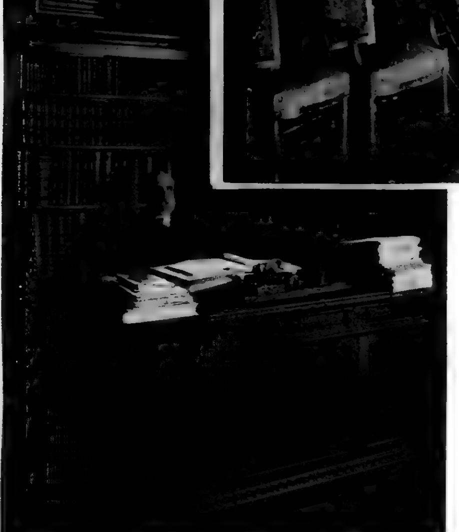
ABALLEROS QUE BAILARON EL COTILLÓN:

ga, Angélica Marquez Castro, Maria Amelia Larriera Velazco,
ia Luisa Diaz Hournier, Adela Pons Puig, Celina Posse,
aura Stewart Isher, Margarita Belfort Carril, Clotilde Cranwell,
ández, Amelia Belfort Carril, Haydée Hústendahl.

s Cat Alvarez, P. Castells Carafi, Ignacio Zorrrilla de San Martin,
S. Bayley, Conrado Terra Urioste, Gonzalo Vazquez Barriere,
Alejo Arocena Folle, Victorino Vitelli, Carlos Rogberg Balparda,
s Figari Castro, Antonio Marquez Castro.

La casa del Dr. Mariano Ferreira

Un ángulo del gran salón de recepciones



El Doctor Mariano Ferreira en su despacho

HARTO placer es para mí el ocuparme hoy de la casa señorial, propiedad del caballero, doctor Mariano Ferreira, y que, dándome satisfacción plena, visité hace unos días, a objeto de engalanar estas páginas con una nota a esa mansión dedicada.

En la ciudad vieja y en la calle de los Treinta y Tres, se halla asentada la casa de este distinguidísimo caballero, casa en la que se guardan verdaderos tesoros de arte.

Allí vive el anciano caballero, que en otros días enlazó su respetabilísimo nombre al de la noble matrona doña Carolina Muñoz. Allí tiene su hogar el descendiente de aquella estirpe de héroes que fundara el Precursor de nuestra nacionalidad y que llega hasta nuestros días con la encarnación caballeresca del doctor Ferreira. Allí fué donde brillara por sus condiciones morales y físicas la señora Carolina Muñoz, esposa del doctor Ferreira, dama de bondad ejemplar y de cultísima sociabilidad.

Y ambos, dama y caballero, dieron brillo enceguecedor a tan regia morada, cuando allí se realizaron las fiestas más hermosas que se registran en un cercano pasado social.

A esas fiestas concurría lo más granado de la sociedad de entonces, eran fiestas de feérica presentación. Y se repetían con frecuencia, reclamadas ansiosamente por quienes a ellas tenían la dicha de asistir.

Y así en esos salones, en ese elegante comedor se despidió un día al doctor Blas Vidal y a su distinguida familia, que partía rumbo a Río de Janeiro para asumir allí magníficamente la representación de nuestro país. Otro día se recepcionaba a lo más selecto del gran mundo, en honor de los señores de Heimendahl. Poco después se obsequiaba espléndidamente a los esposos Behering, representantes de S. M. Británica, y lo mismo se hacía con el señor Vicente de Santa Cruz y familia, dignísimo representante de la República Andina.

A estas recepciones, soirées, o comidas concurrían las damas y caballeros que con títulos bien saneados de distinción y de cultura, ocupaban puestos calificados en las esferas sociales de aquella época admirable, que bien podríamos llamar época de oro.

Los bailes que en tan soberbia residencia se realizaron, lo fueron estupendos por lo suntuosos y por lo concurridos.

Y se recuerda, como detalle en verdad sobresaliente de tan soberbias reunio-



Otra vista más completa del salón de recepciones

Todas las noches en La Giralda

Hay que oir al notable concertista de arpa Mr. Robert Jandelli.

Es un estupendo músico, cuyos conciertos hacen las delicias de los entendidos y del público en general.

"La Giralda" ha realizado con la adquisición del notable arpista, un verdadero tour de force.

Vale la pena oirlo.

Mr. Jandelli es Miembro de la Sociedad Internacional de Compositores y Profesor del Conservatorio de Bruselas, y realiza actualmente una gira artística por Sud América.

Ejecuta el profesor Jandelli en compañía de un cuarteto de primer órden, y sus conciertos despiertan el entusiasmo de la enorme concurrencia que noche a noche llena los salones de "La Giralda.

Las ovaciones se repiten continuamente y en verdad que es algo digno de escucharse.

Sentimiento, pureza de ejecución, arte; todas estas condiciones valoran los méritos del profesor Jandelli.



El notable profesor Mr. Robert Jandelli

La casa del Dr. Mariano Ferreira



El Doctor Mariano Ferreira en su despacho



Un ángulo del gran salón de recepciones

HARTO placer es para mí el ocuparme hoy de la casa señorial, propiedad del caballero, doctor Mariano Ferreira, y que, dándome satisfacción plena, visité hace unos días, a objeto de engalanar estas páginas con una nota a esa mansión dedicada.

En la ciudad vieja y en la calle de los Treinta y Tres, se halla asentada la casa de este distinguidísimo caballero, casa en la que se guardan verdaderos tesoros de arte.

Allí vive el anciano caballero, que en otros días enlazó su respetabilísimo nombre al de la noble matrona doña Carolina Muñoz. Allí tiene su hogar el descendiente de aquella estirpe de héroes que fundara el Precursor de nuestra nacionalidad y que llega hasta nuestros días con la encarnación caballeresca del doctor Ferreira. Allí fué donde brillara por sus condiciones morales y físicas la señora Carolina Muñoz, esposa del doctor Ferreira, dama de bondad ejemplar y de cultísima sociabilidad.

Y ambos, dama y caballero, dieron brillo enceguecedor a tan regia morada, cuando allí se realizaron las fiestas más hermosas que se registran en un cercano pasado social.

A esas fiestas concurría lo más granado de la sociedad de entonces, eran fiestas de feérica presentación. Y se repetían con frecuencia, reclamadas ansiosamente por quienes a ellas tenían la dicha de asistir.

Y así en esos salones, en ese elegante comedor se despidió un día al doctor Blas Vidal y a su distinguida familia, que partía rumbo a Río de Janeiro para asumir allí magníficamente la representación de nuestro país. Otro día se recepcionaba a lo más selecto del gran mundo, en honor de los señores de Heimendahl. Poco después se obsequiaba espléndidamente a los esposos Behering, representantes de S. M. Británica, y lo mismo se hacía con el señor Vicente de Santa Cruz y familia, dignísimo representante de la República Andina.

A estas recepciones, soirées, o comidas concurrían las damas y caballeros que con títulos bien saneados de distinción y de cultura, ocupaban puestos calificados en las esferas sociales de aquella época admirable, que bien podríamos llamar época de oro.

Los bailes que en tan soberbia residencia se realizaron, lo fueron estupendos por lo suntuosos y por lo concurridos.

Y se recuerda, como detalle en verdad sobresaliente de tan soberbias reunio-



Otra vista más completa del salón de recepciones

Todas las noches en La Giralda

Hay que oir al notable concertista de arpa Mr. Robert Jandelli.

Es un estupendo músico, cuyos conciertos hacen las delicias de los entendidos y del público en general.

"La Giralda" ha realizado con la adquisición del notable arpista, un verdadero tour de force.

Vale la pena oirlo.

Mr. Jandelli es Miembro de la Sociedad Internacional de Compositores y Profesor del Conservatorio de Bruselas, y realiza actualmente una gira artistica por Sud América.

Ejecuta el profesor Jandelli en compañía de un cuarteto de primer órden, y sus conciertos despiertan el entusiasmo de la enorme concurrencia que noche a noche llena los salones de "La Giralda.

Las ovaciones se repiten continuamente y en verdad que es algo digno de escucharse.

Sentimiento, pureza de ejecución, arte; todas estas condiciones valoran los méritos del profesor Jandelli.



El notable profesor Mr. Robert Jandelli

Notas y Comentarios

FISICULTURA MODERNA

El Baile Contemporáneo. — Nuestro colaborador, el distinguido educacionista profesor M. Vignali, tan conocido en nuestra sociedad, nos ha remitido sus dos últimas obras. "El Baile Contemporáneo" y "Fisicultura Moderna".

Son dos obras de verdadero mérito en los temas que tratan, y demuestran en el autor hondos conocimientos y grande preparación, cosa esta bien lógica en el señor Vignali, cuyas condiciones pedagógicas son indiscutibles.

Recomendamos los dos libros, especialmente el que se titula "Fisicultura Moderna". Se contienen en él estudios e indicaciones utilísimas para el desarrollo corporal y conservación de la salud. De este tomo sacamos el capítulo dedicado a la "Euritmia", cuya lectura indicamos a las jóvenes.

Dice así:

El temperamento femenil es más adepto a la cultura de los ejercicios inherentes a la estética y al arte: en materia de ejercicio físico la Euritmia es la más indicada para ser cultivada con un resultado imponderable.

La gimnasia rítmica, desde muchos años conocida y practicada en muchos países, ha venido demostrando como el desarrollo muscular es completo, y su acción terapéutica es en todo eficaz, tanto, o más que cualquier otro ejercicio, porque viene efectuada con buena voluntad estimulada por los movimientos rítmicos, produciendo así un desarrollo armónico y enérgico, a un tiempo y muchas veces perfecto.

La gimnasia rítmica lleva a la euritmia y a la *armonía del gesto;* cultiva el sentimiento artístico conjuntamente al organismo, y con la robustez y la salud, trae gracia y elegancia al sexo bello, que no necesita mucho músculo pero si robustez y salud, primeros eficientes de la belleza.

La *souplesse*, o la flexibilidad natural, constituyen el primer encanto femenil y tan solo se pueden conseguir con un cultivo fácil de la euritmia

Insistimos que este hermoso es el ejercicio más adecuado para la mujer porque no vemos la necesidad, en ningún caso normal, de ejercicios violentos y de fuerza bruta: consiguiendo que los pulmones funciones armónicamente desde su última célula, que la sangre circule con regularidad, que, en fin, todos los órganos consigan esa plenitud de acción natural que les pertenece, es todo lo que la generalidad de las mujeres de cualquier condición necesitan: luego para mantenerse en este estado es cosa mucho más fácil.

El aplomo normal de las diferentes partes del cuerpo, el funcionamiento natural de los órganos lleva visiblemente a la estética, es decir a la corrección y, en muchos casos, a la perfección de las formas y de los movimientos.

La continuidad de todos los ejercicios, estudios, etc., provocan generalmente en la juventud cierto aburrimiento que a menudo se pretexta cansancio: Un ejercicio que puede considerase excluído de ello, es la Euritmia; primeramente por los beneficios visibles en caso de delgadez como de obsesidad, de incorrección de formas como de debilidad habitual, segundo por el estímulo que ofrece el campo artístico, etc.

Hemos constatado varios casos prácticos sobre estos puntos, y algunas de las jóvenes beneficiadas son presentemente un elocuente testimonio de ello.

Tenemos la satisfacción de haber conseguido de una niña que practicara la gimnasia rítmica desde que de los demás ejercicios se aburría en breve tiempo, contrariando así al médico que recomendaba movimiento y distracción, según su estado necesitaba, aire y luz.

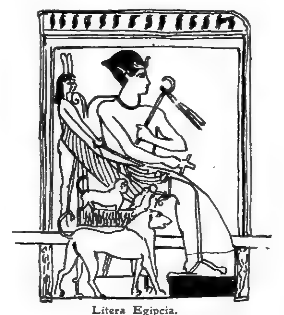
Aquella niña de entónces, que lloraba a menudo, que suspiraba, que comía y dormía poco, que estaba siempre nerviosa, es ahora una señorita alegre, sana, buena y linda porque es fuerte, porque sigue por costumbre el ejercicio que cultivó como *cura recreativa* durante 6 u 8 meses sin aburrirse, y por lo contrario, con cierto placer del leve cansancio que le produjera.

Las literas

Las literas (del latin: "lectica", a su vez derivada de "lectus") es un arcaico vocable de un no menos arcaico objeto.

Decid — ¡oh mujeres coquetas! — si pensando en la litera, no advertis súbitamente una plácida sensación de sombra, una confortante sensación de calma, de silencio y reposo.

Decid si el sustantivo: "vieux jen" como el objeto que señala, no merece, por amor al contraste, de ser todavía una vez recordado, en estos años del siglo denominado del progreso, durante los cuales se ha lanzado el automóvil a ve-



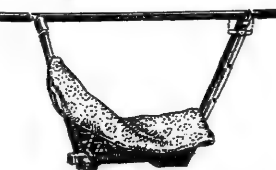
Litera Egipcia.

locidades de 150 kilómetros y el aeroplano a 250 y 300 kilómetros.

* * *

La litera entró más tarde de lo que se supone generalmente en la historia de la locomoción. El docto Antonio Inone Goguet, asegura que la litera fué el producto de la molicia y del fasto — siempre mayores en los pueblos conquistados a las disciplinas de la civilización — es, naturalmente oriental, que es de donde proviene toda lujosa manifestación.

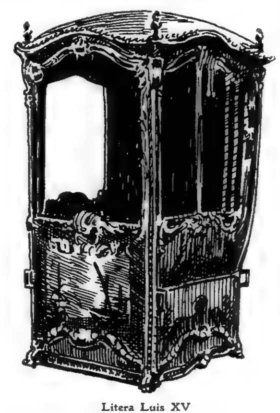
La adopción de ese medio de transporte, se hace surgir a la época de los babilonios. La litera



Litera Japonesa

es una monible silla de manos, adornada con toda clase de figuras en relieve, sedas, oros, púrpuras, enacada en las noches luminosas, de la ciudad de oro, cuyas cien puertas bañaba el Eufrates.

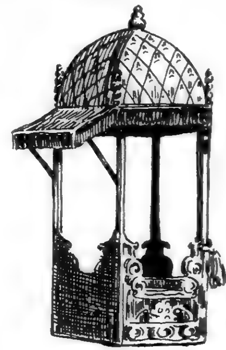
Pero el uso de la litera fué — como se observa se establece en cartas antiguas como crítica — exclusivamente para las mujeres, desde que acerba "que pasó en litera como nana "fémina".



Litera Luis XV

Cicerón y Juvenal señalan a los reyes de la fértie Bitinia, como a los creadores de la carroza llevada en hombres por los esclavos, o apoyada en los lomos de jumentos.

En el máximo florecimiento del genio y de la potencialidad de Atenas — cuando Socrates conversaba en el ágora con los pueblos y Fidias esculpía en el pentélico las serenas visiones del so en hacerse transportar por sus siervos, sobre olimpo — las bellas literas, coronadas de violetas y de jacintos, encontraban un placer inmen-



Litera India

sillas suspendidas, llegando así hasta el Pireo, en donde al caer de la tarde, se abría el mercado de todas las mas exquisitas golosinas y de los más deliciosos vinos traídos de oriente.

Cuando el imperio de Egipto azonzaba, la multitud, deseosa de mayores placeres, conducía en literas por las amplias y rectas calles de sus ciudades, tras cohortes de músicos y doncellas, a sus favoritas admiradas. Y la moda era imitada por todas las mas encopetadas damas y todos los mas conspicuos ciudadanos.

Las literas

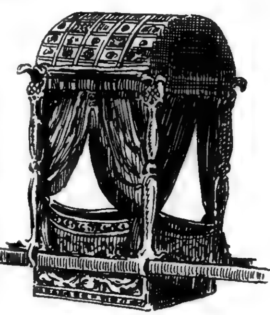
En Roma, en los primeros tiempos de la República, las literas servían solo para los veletudinarios. Abandonadas luego las antiguas y austeras costumbres, las literas se pusieron en gran boga.

Anibal el Cortaginés, se hallaba en su litera y gravemente enfermo, cuando desterró a Cayo Flamineo. Ciceron se hacía conducir en litera hacia Asturia, para embarcarse, cuando lo alcanzó el hierro homicida de los sicarios de Antonio. En las calles que conducían a las "villas" romanas — en Anzio y Ostio, se encontraban frecuentes y elegantísimas literas patricias— cerradas y abiertas, y de las cuales Alma Tadema ha hecho magistrales pinturas.


Litera Rococó

El número de los conductores de las literas (que llegaban a veces hasta ocho) indicaba la condición mas o menos eminente de su propietario.

Dominando Alejandro Severo la litera propiamente dicha, es decir aquella que se conducía sobre los hombros, cayó en desuso, y la suplantó el "carpentum", especie de cajón cuadrado llevado a lomos de mula. La litera en ese entonces se destinaba a usos funerarios, y fué de esta manera famosa la muy suntuosa en que se condujo el cadáver de Augusto.


Litera Romana

* * *

La litera fué una demostración de lujo en la fastuosa y corrompida Bizancio. La usaban especialmente las mujeres, y eran construídas con todos los refinamientos de la época. Oros, piedras de colores, esculturas... Las literas las llevaban los esclavos en los hombros.

Durante la Edad Media el vehículo con ruedas y



Lujoso y amplio salón de te en el gran magazín "La Nueva Sirena"



UN ELEGANTE SITIO DE REUNION

El salón de te en "La Nueva Sirena"



ES indudable que el grande magazin "LA NUEVA SIRENA" es el que con mayor frecuencia ofrece al público importantes modificaciones de organización y atractivos más novedosos para despertar la atención de su inmensa clientela.

LA reforma que acaban de introducir sus propietarios es digna de todo aplauso. En todas las grandes capitales, los magazines de la importancia de "LA NUEVA SIRENA" tienen en la parte quiza más lujosa de su dependencia un salón de te, que es sitio obligado de reunión de importantes núcleos de la sociedad elegante. Esos salones tienen todo el prestigio de los lugares preferidos por las damas y caballeros de más alta posición social para unas selectísimas reuniones a la hora del te. En ningún sitio como allí, más encantador.

PUES bien, "LA NUEVA SIRENA" cuenta con un suntuoso salón de te. Es el primero que de esa índole se inaugura en Montevideo, y realmente, a trueque de emplear una socorrida frase, diremos que un tal sitio de reunión y esparcimiento era una sentida necesidad.

ALLI nuestras damas y caballeros tendrán un hermoso, elegante y distinguido lugar de tertulia en las tardes invernales. Bellamente decorado, con todas las ventajas de un bien entendido confort, amplio y alegre, el salón de te del importante magazin montevideano ha de transformarse en breve en el sitio más elegante de tertulia, el preferido de nuestras damas, que se hallarán allí poco menos que en sus salones propios.

AL chic de la instalación, en la que no se ha escatimado gasto alguno a fin de que el más exigente no encuentre un solo detalle en desentono, se agrega la corrección del servicio, atendido por un personal absolutamente idóneo.

ADEMAS, todos los días, de 4 a 7 p. m. una correctísima orquesta ejecuta elegidos programas de concierto y con este complemento, la atracción que ejerce el salón de te de "LA NUEVA SIRENA" es irresistible.

POR otra parte los precios que rigen en esta nueva dependencia de "LA NUEVA SIRENA", son exactamente iguales a los comunes en las confiterías. Sólo que, en ninguna otra parte, se puede estar tan a gusto como allí, ni el té es tan exquisito, ni tan delicadamente servido.

RAPIDAMENTE este salón de tertulia se ha transformado en el sitio más chic de Montevideo, pues ya vemos que nuestras damas se aprestan a concederle con su diaria presencia todo el mayor prestigio y brillo.

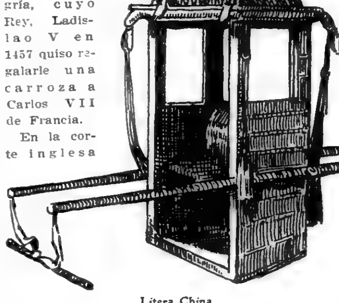
TERMINAREMOS, manifestando que el salón ocupa la parte alta del edificio y que un ascensor lleva hasta él.

ASI, pues, la crónica social tiene que citar las horas del te en el salón de "LA NUEVA SIRENA" como manifestaciones de alta sociabilidad y elegancia.

Las literas

tirado por caballos fué el que se vió mucho, sobretodo en los caminos donde se adaptaba más ese medio de locomoción.

Pero ya los carros con ruedas habían aparecido en Hungría, cuyo Rey, Ladislao V en 1457 quiso regalarle una carroza a Carlos VII de Francia.



Litera China

En la corte inglesa una litera fué famosa: la que condujo de Richmond a Widsor a Elisabet,, hermana de María Tudor, la sanguinaria.

Pero el verdadero triunfo de la litera comenzó cuando en Francia resplandecía el Rey Sol.

La sociedad aquella, donde dominaron y se impusieron las "preciuses", la sociedad epicúrsa, refinada e indolente, adoptó la litera con un apasionamiento extraordinario.

Las hermosas fascinadoras (entre las cuales se contaba la rubia Mlle. La Volliere, y la imponente Montespan, mechante comune un diable) podían renunciar al cómodo y misterioso "attelage", el cual en las deliciosas penumbras de Versailles, admitían dulces oficios de complicidad para las lides de la galantería.

La litera se transformó entonces de una manera sensible. El arte rococó hizo de ella un objeto delicado, afiligranado, lleno de esculturas donde los amorcillos alados dominaban; mueble de refinamiento, de misterio y de poesía.

Y así pasaban por las calles mas misteriosas, mas accesibles a las aventuras, mas llenas de encanto, y de entre las cortinillas corridas, se diría que salían rumores de besos, o un leve perfume de "poudre a la marechal".

* * *

Hoy la litera no se usa mas que en forma muy modesta: para trasportar viejos o enfermos. Entre las literas modernas figura la que usaba León XIII y era trasportada por lacayos vestidos de librea escarlata y precedido de la guardia suiza. De esa manera el célebre Papa se paseaba por los jardines del Vaticano y asistía a los solemnes recibimientos.

En el extremo oriente como en toda el Asia voluptuosa y espléndida las literas orizontales y verticales como las sombrillas son signos de alta autoridad. En el país de madama crisantema no solo las muejeres de ojos oblicuos y de rostro color amarillento se hacen conducir en literas, sino también el mandarin de vientre amplio y redondo encontraría indigno el tocar el polvo de la calle con las suelas de sus zapatos. Las literas chinas y japonesas están adornadas de sedas riquísimas y solo al despreciable estranjero se le reserva la pequeña carroza de dos ruedas.

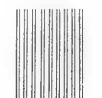
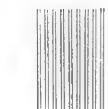
Y así en Birmania, en Bengala, en el Siam en donde los príncipes y bonzos se reservan especiales derechos para decorar sus literas; con arreglo a la nobleza de su casta. Y así también en el país sagrado del Ganges, donde la naturaleza ha derramado todo sus dones. Aquí la opulencia de la vida indolente, da un carácter inconfundible a las literas, dentro de las cuales pasan los rajaes cubiertos de perlas y de sedas arrellenados sobre tapetes de púrpuras magníficos.

Entre algunas tribus del Africa la litera es también un signo de dignidad; la tipoica (especie de cuna cubierta) es un medio de locomoción muy usado por los jefes de aquellos inmensos reinos tropicales y adoptada también por los exploradores. Es muy típica también la litera africana llamada tartaneana cuyas baras van suspendidas en dos camellos. En estos aparatos atraviesan los viajeros el desierto y pueden desafiar las terribles inclemencias de la comarca.

Hoy en los países civilizados no se usan ya las literas. Las sustituyó el coche y también el coche fué dejado a un lado por el avance estrepitoso y humeante del automóvil.

A cada época su característica; los antiguos ponían en sus decisiones y empresas una calma que hoy no concebimos. Era lógico en aquellas épocas que el trasporte se hiciera en la litera, medio de locomoción muy calmoso y muy lento. Con nuestro moderno vivir en vértigo era necesario el automóvil. Mañana necesitaremos del aeroplano.

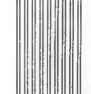
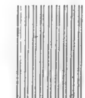
Litera del Papa León XIII

FONT Y STARICCO



El Bazarcito y Bazar Colón

CALLE SARANDÍ 580 AL 586

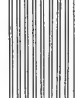


TELÉFONO
LA URUGUAYA 1627
CENTRAL

MONTEVIDEO


TELÉFONO


LA COOPERATIVA 345




El Extracto de Malta URUGUAYA como alimento

Excelentes condiciones analíticas

Por el análisis que publicamos a continuación pueden estimarse las propiedades excepcionales que reune el EXTRACTO DE MALTA "URUGUAYA" como alimento de primer orden, pues ninguno de sus componentes deja llenar ese alto rol medicinal, tan afanosamente perseguido por la ciencia médica, en tanto su actividad diastásica evidencia las excelentes condiciones técnicas en que es elaborado; todas cuyas circunstancias dan a ese producto la característica de una verdadera revelación:

LABORATORIO DE ANALISIS

(SECCION DE HIGIENE ALIMENTICIA)

COMPRENDE Productos naturales ó artificialmente elaborados, de origen albuminoide, graso, hidrocarbonado ó mineral, utilizables en la alimentación

Determinación del valor nutritivo de productos empleados en régimenes especiales ó suplementarios

PAYSANDU N.° 1280 — MONTEVIDEO
Teléfono
La Uruguaya, 950 (Cordón)

Dirección Técnica:
Doctor J. F. GONZALEZ
Químico A. PRUNELL

DIRECCION POR CABLE:
"BIOLABORO"

Análisis N.° 10279

Montevideo, Junio 27 de 1918

Cervecería Uruguaya

ANALISIS DE EXTRACTO DE MALTA

Densidad a 15°	1.0925
Alcohol en volúmen % a 15°	0.1
Extracto seco ‰	240.70
Materias reductoras totales en maltosa (azúcares) ‰	144.61
Poder diastásico % (en maltosa)	10.00
Materias albuminoideas o nitrogenadas ‰	10.83
Fosfatos anhidrido fosfórico ‰	2.25
Acidez total ‰	2.54
Acidez fija ‰	2.25
Acidez volátil ‰	0.29
Cloruros en cloruros de sodio ‰	0.234
Cenizas ‰	5.78

Los elementos que entran en la composición del Extracto de Malta remitido por la Cervecería Uruguaya, puesto en evidencia por el Análisis Químico, dan cuenta de su poder nutritivo. Además de los albuminoideos y de otros principios que contiene el valor alimenticio de este preparado, se estima especialmente por su actividad diastásica y por su riqueza en principios dinamógenos, como los azúcares, los cuales al ser utilizados por el organismo, son una fuente de producción de energía. Desde luego este preparado es particularmente útil, toda vez que es necesario hacer predominar el régimen de alimentos hidrocarbonados.

A. Prunell — Justo F. Gonzalez

El dato expresado de la actividad diastásica asegura por si solo las condiciones técnicas de elaboración de este producto.

NUESTRO ESTABLECIMIENTO, ANTE ESTA VALIOSA AUTORIZADA PRUEBA, NO NECESITA OFRECER OTRA RECOMENDACION, YA QUE, POR OTRA PARTE, LA EXPERIENCIA SE HA ENCARGADO DE PONER EN TRANSPARENCIA TAN AUSPICIOSAS VERDADES

CERVECERÍA URUGUAYA

Calle Asunción 1229 — Montevideo

IMPRENTA LATINA · Florida 1552 · Montevideo



DOÑA PETRONILA RUANO DE GOMEZ

Selecta

EL recuerdo de esta dama que otrora fué una de las personalidades más representativas de nuestra sociedad, perdura aún en los que tuvieron el honor de tratarla. De una amplia intelectualidad, culta, distinguida, abnegada, compartió con su esposo, el procer de las guerras de la independencia, general don Andrés Gómez, las vicisitudes y las amarguras de una época caótica. Pero ahora comparte también su gloria. Estaba emparentada con las familias de Alvear y Alsina, de ilustre prosapia en la independencia argentina. Doña Petronila Ruano de Gómez fue la madre del distinguido e ilustrado compatriota don Alberto Gómez Ruano - - - - - - - - - - - - - - - -

LA FIESTA DE LOS NIÑOS EN TANANARIVO



La fiesta de los niños en Tananarivo, la graciosa fiesta de los niños malgachos, fué instituida en 1899 por el ilustre general Gallieni, con gran satisfacción de los indígenas. La fiesta de los niños es la fiesta de las familias malgachas. Por la mañana del día que se lleva a cabo, los niños de ambos sexos, agrupados en número de dos o tres mil, repartidos en legiones dirigidas por funcionarios indígenas, desfilan alegremente por las calles de la ciudad, ejecutando danzas y cantando himnos a Francia.

Al finalizar el desfile, siete niñas de la alta sociedad, vestidas a la europea, con echarpes tricolores y llevadas en "filanzanas" (especie de palanquines) van a ofrecer a la señora del Gobernador general un ramo de flores.

Y Francia, que protege sus colonias cariñosamente, premia a los mejores colegiales y da primas a las madres que han tenido más de 8 hijos.

LA CASA JAPONESA





J. C. Gómez 1426
entre 25 de Mayo y Rincón

Teléf. La Uruguaya 2251 Central

B. Takinami

MONTEVIDEO

Elegancias

LA CASA CHIC Y PREFERIDA
POR NUESTRAS ELEGANTES

CONFECCIONES Y MODAS

Palma Bozzo & Cía.

25 DE MAYO Y J. C. GOMEZ

AÑO II ✤ NÚMERO 17



MONTEVIDEO, 1918

Selecta

Director: JUAN CARLOS GARZÓN

José Pedro Varela

y su esposa

Doña Adela Acevedo

EL país ha cumplido al fin con la sagrada deuda de gratitud, que tenía contraída con el reformador de la escuela uruguaya, José Pedro Varela, al erigirle un monumento que materializa su gloria.

«SELECTA» rinde todos sus homenajes y se adhiere a la glorificación nacional.

Ningún recuerdo más grato que el de publicar la fotografía que honra esta página. En ella aparece Don José Pedro Varela, acompañado de su esposa la distinguida matrona Doña Adela Acevedo. Fué la compañera amantísima del hombre ilustre cuya gloria también llega a ella en reconocimiento justiciero.

LA CASA JAPONESA





J. C. Gómez 1426
entre 25 de Mayo y Rincón

Teléf. La Uruguaya 2251 Central

B. Takinami

MONTEVIDEO

Elegancias

LA CASA CHIC Y PREFERIDA
POR NUESTRAS ELEGANTES

CONFECCIONES Y MODAS

Palma Bozzo & Cía.

25 DE MAYO Y J. C. GOMEZ

AÑO II ✤ NÚMERO 17

MONTEVIDEO, 1918

Director: JUAN CARLOS GARZÓN



José Pedro Varela

y su esposa

Doña Adela Acevedo

EL país ha cumplido al fin con la sagrada deuda de gratitud, que tenía contraída con el reformador de la escuela uruguaya, José Pedro Varela, al erigirle un monumento que materializa su gloria.

«SELECTA» rinde todos sus homenajes y se adhiere a la glorificación nacional.

Ningún recuerdo más grato que el de publicar la fotografía que honra esta página. En ella aparece Don José Pedro Varela, acompañado de su esposa la distinguida matrona Doña Adela Acevedo. Fué la compañera amantísima del hombre ilustre cuya gloria también llega a ella en reconocimiento justiciero.



La Lámpara de Petróleo

Por Julio Raúl Mendilaharsu

Fué la dispensadora de luz, la compañera
de grandes y de humildes, antaño. Su claror
cobijó el esfuerzo del sabio y la quimera
del poeta. Hoy parece ex-voto del dolor.

Ella, generadora de una suave belleza;
ella, que era una fuente de dichosa quietud,
yace ahora olvidada en antros de pobreza,
odalisca que ha tiempo perdió su juventud.

Antes, era el prestigio del astro en el espacio;
nacía la sarao bajo su protección,
mas ahora, expulsada del lujo del palacio,
ilumina las casas de la desolación.



Sin embargo, ¿quién puede saber su preferencia?
talvez odiaba al fuerte por el oro. Talvez
no padece nostalgias del salón y la ausencia
del esplendor es dulce a su pura vejez.

Talvez con el obrero es feliz como nunca,
endulza los coloquios serenos del hogar;
con su beso reanuda una soñación trunca
y se transforma en musa, en verbo y en altar.

Lámpara de petróleo, ¡cuánto descubrimiento
se gestó a tu lado con una bendición
para tí, hada altruista, angel del pensamiento,
velando con paciencia, como un buen corazón!

El progreso prosigue. La fiebre del deseo
humano, nos conduce a la electricidad.
Serás, pronto, tan sólo, reliquia de museo,
tú, que el ejemplo diste de la fraternidad.



Dib de Lantaño

París, 1º de Setiembre de 1917



Sta. Maria--Inés de Arteaga



CALLEJUELA

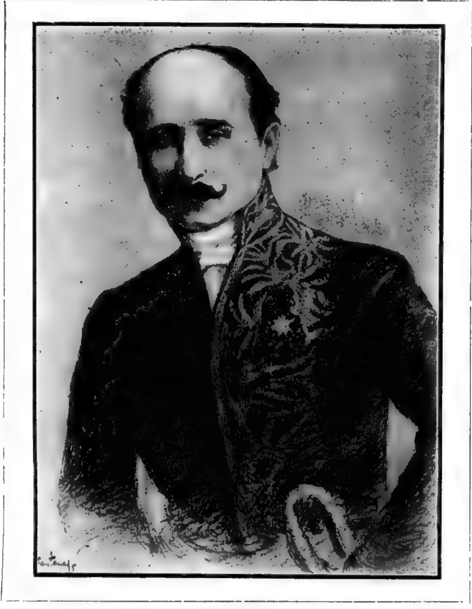
COLONIA
DEL
SACRAMENTO

FOTOGRAFIA ARTISTICA
DEL DOCTOR PAEZ FORMOSO

Sra. María Luisa Castellanos de Pascual

BELLA, elegantísima, culta, es una de la jóvenes señoras que más brillan en nuestros círculos sociales. Admirable realidad de esa flor espléndida que es la mujer uruguaya, su paso por los salones es un triunfo perenne.









Edmond Rostand

Mme. Rostand (Rosemonde Gerard)

"VILLA ARNAGA"

Arnaga! Cambo! Todas aquellas personas que han pasado una temporada en el país vasco, en Biarritz, en San Juan de Luz, en Guéthary, han ido más de una vez a Cambo para ver la casa de Edmond Rostand, para detenerse algunos instantes frente a la fachada de la encantadora villa y admirar al mismo tiempo los tonos rojos, azules, verdes de los canteros del jardín. Con su fachada blanca, su gran techo más bajo de un lado que del otro, con sus stores púrpuras colocados muellemente sobre sus balcones, con sus "pergolas" sus flores, sus ciprés, Arnaga parece ser la villa de la despreocupación, de la vida quieta. Y el paisaje que la rodea acentúa aún esta impresión: un valle donde brilla un riacho sinuoso, colinas salpicadas de casitas blancas, campanarios tan claros que en seguida traen a la mente el angelus matinal; luego al fondo, a izquierda, los Pirineos, pero no los Pirineos de los "glaciers", de crestas severas veladas por las nubes, de sombríos bosques de pinos, sino los Pirineos no muy altos, de líneas suaves y bonitas, tan suaves que se creerían abrazadas por el viento del sud, que es cálido, que hace el aire tenue, que pone en el espacio la luz del Africa, y cuyo susurro parece un canto.

Tal casa con tal paisaje, en un clima así, da la impresión de una vida cómoda, tranquila y dulce, contemplativa. Y esa fué la casa de trabajo de Edmond Rostand.

Desde lo alto de su terraza el gran poeta, eterno insatisfecho, contempló con sus ojos de soñador, el crepúsculo y el claro de luna, en busca siempre de una expresión más alta que para su arte, él nunca creyó encontrar.

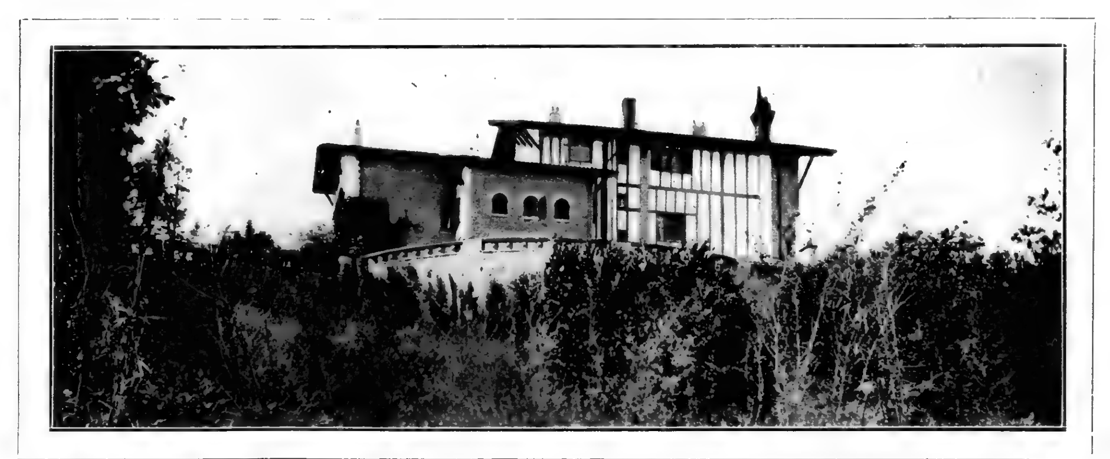
La muerte, a la que rinde postrer tributo tanto el águila que audaz escala el firmamento como el mísero díptero, de más pobres ambiciones, ha apagado otra nueva lámpara maravillosa, al hechar a tierra el cuerpo, ya sin alma, de Rostand.

Con la grandeza de Hugo y la elegancia refinada de Baudelaire, Edmond Rostand había creado joyas sutiles y sus magníficas concepciones poéticas — que culminaron en aquel Cyrano espadachín y enamorado — le elevaron a la categoría de los que, al traducir en versos sus pensamientos, consiguen dar sensaciones de belleza, de brío, de vigorosa mentalidad y de inspiración acertada.

Si no se distinguió el extinto poeta por la profusión de sus obras — que no es siempre ello símbolo de talento — abarcó en cambio varios géneros de literatura, y ya en el género dramático como en el galante, en el narrativo, como en el histórico, supo glorificar en la escena a una cantidad de figuras, que se hicieron fantásticas en el divertido y movimentado "Chantecler", donde hablaba la fina ironía francesa, y hacía cátedra la enseñanza del presente, bajo las plumas brillantes del altanero gallo madrugador.

Para muchos, ha muerto con Rostand una de las figuras más representativas de la Francia, cuyos hombres la leyenda nos representaba bien rasurados, tranquilos, con el beso o la frase galante siempre pronta en los labios y con el temible y seductor "monocle" suspendido de elegante cinta negra...

Para nosotros, ha muerto un poeta.

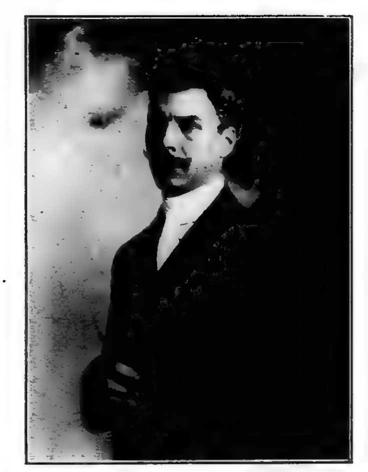


Castillo de Edmond Rostand en Cambó, sitio donde escribió el poeta su genial « Chantecler »



Señorita María Luisa Rucker Ramirez

Fot. del Dr. Miguel A. Paez Formoso





Artistas uruguayos

Carlos María Herrera

Aunque Carlos M. Herrera trató la pintura al óleo con singular maestría en el retrato y en el asunto histórico, en el que fijó afanosa dedicación, lo mismo que en sus composiciones pintorescas de sus días de aprendizaje, su figura artística se destaca entre todos los pintores nacionales, bien definida por la modalidad que le singularizara en su luminosa carrera de arte.

Especializado en ese procedimiento exquisito e ingenioso que se llama el pastel, impregnó toda su obra de un espíritu ligero e intensivo a la vez, propio de quien siente y ejecuta con admirable virtuosidad, las gamas más delicadas y sutiles.

Estudiando su obra — no en su evolución — sino en sus esfuerzos, fácilmente se comprende que de continuo se buscó fijar en ella, con un trazo definitivo, fuera de los exteriores del modelo, la personalidad moral infinitamente diversa y misteriosa de cada ser, revelada en el instante efímero de una mirada, o en el rictus vago de una sonrisa.

Observador perspicaz del carácter físico, embelleció el tipo de sus mujeres, haciéndolas como debían ser, discretas o voluptuosas; y el de sus gauchos y soldados, preciso y de robusta virilidad.

Sus retratos femeninos son expresión de refinada elegancia, plenos de gracia vaporosa como gloria amable y sonriente de vivir. Mujeres airosas, atrayentes, de ensoñadora mirada que traduce un espíritu meditativo, o expone un alma sencilla, delicada y buena. Figuras brunas, figuras blondas emergiendo siempre nítidas de un fondo decorativo y poético, que la fantasía del artista se complacía en evocar...

Por eso muchos de sus estudios y apuntes de mujeres y de chicos, que no son retratos sino maneras de sentir, tratados con espontánea sinceridad y trasladados al papel al azar de su capricho, llevan un signo particular, sonriente y seductor, que anima sus facciones, imprimiéndoles por igual ese don especial del que la naturaleza se muestra tan esquiva: el carácter. Y ese carácter, repetido en casi toda su obra a modo de procedimiento, pero traducido por la potencia neta del dibujo y por la sutil finura del color, es lo que hace en Herrera la grandeza de su talento y la base de su gloria.

Para la crítica corriente, fué esto, tal vez, su mayor gran defecto.

Debatirse en medio a la vulgaridad, ser personal pintando como se siente, e interpretando con el alma el concepto del arte sin subordinarle a frías fórmulas de ecuación, no cabe en la mente de los profanos, ni en la de los soñadores de renombre. Ser personal!... No de otro modo hallaréis grandes pintores. Descuidad siempre de las tendencias amaneradas y de la técnica de procedimientos, y jamás os preocupe si más de una vez el artista ha exigido más al trabajo que a la inspiración, la perfección de su obra.

Como retratista Herrera fué un valor de alta apreciación. Como pastelista, un gran maestro. Y si aun hoy se le resta méritos, llegará un día en que se valorice en su justo nombre la notable colección de pasteles que nos ha dejado, y no será ya solamente a la sombra del campanario de la aldea, donde se celebre la admiración que merece este grande artista.

Su modalidad le colocó dentro del academismo, y en la historia del arte nacional, ella cierra el ciclo de la pintura clásica iniciada por Juan Manuel Blanes, con la que tiene grandes puntos de contacto.

Carlos María Herrera había nacido en Montevideo el 18 de Diciembre de 1875. Comenzó sus estudios de dibujo y pintura, bajo la dirección del viejo profesor italiano Pedro Queirolo. En 1895 se trasladó a Buenos Aires, ingresando en la Sociedad Estímulo de Bellas Artes, obteniendo en esta institución su primer premio de dibujo, en 1896.

En Junio del año 1897, en mérito a sus revelantes condiciones artísticas, fué especialmente becado por nuestro gobierno, por el término de dos años en Europa. Radicado en Roma, continuó sus estudios con los artistas españoles Sánchez-Barbudo y Mariano Barbasán Loquerue-lo, todo el tiempo de su pensión. Vuelto al país, ganó brillantemente por concurso su segunda beca, en Junio de 1902, pasando en seguida a España donde permaneció tres años estudiando con Joaquín Sorolla y Bastida, regresando luego a Montevideo.

En 1905 fué socio fundador, y primer Director y alma mater del Círculo Fomento de Bellas Artes. Ocupaba por segunda vez este cargo, cuando le sorprendió la muerte, el día 28 de Marzo de 1914.

Su obra fué fecunda y obtuvo con frecuencia señalados triunfos. (1) Puede decirse que Herrera fué el retratista oficial de toda la sociedad uruguaya, y de gran parte de la sociedad argentina.

En el Museo de Bellas Artes de Buenos Aires, se conserva un hermoso óleo de gran formato, retrato de la señora "M. N. de H." y en el de Santiago de Chile, un "Tipo Criollo" al pastel. En cuanto a su representación en nuestro Museo Nacional de Bellas Artes, exceptuando el cuadro histórico — su última obra — "La Mañana de Asencio", óleos y pasteles, son de su época de pensionado. En el salón de actos públicos del Palacio de Gobierno, figura su gran cuadro "Artigas en la Meseta del Hervidero". El "Plafond" del Teatro Solís, es obra suya.

Dejó esbozadas algunas telas de carácter histórico, entre ellas el "Congreso del Año XIII" y un retrato del General Artigas que estaba destinado a figurar en el Palacio Legislativo.

Ernesto Laroche.

(1) En la Exposición del Círculo de Bellas Artes de Madrid de 1903, obtuvo una "Mención Honorífica", y en el Salón, del mismo año, una "Medalla de Plata".
En la Exposición de Arte del Centenario Argentino (1910) fué declarado fuera de concurso y nombrado Miembro del Jurado Internacional.



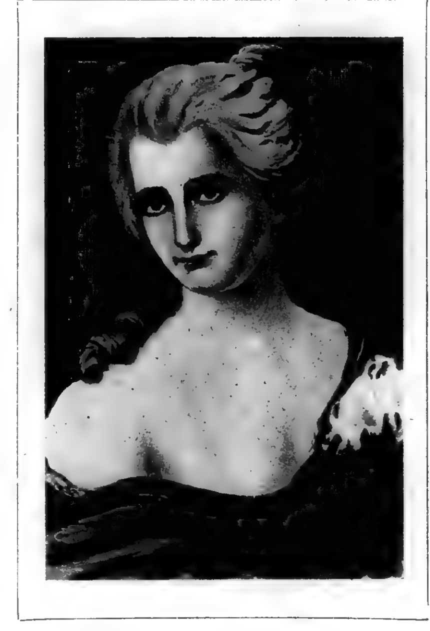
«MATERNIDAD», óleo de Carlos María Herrera, existente en el Museo de Bellas Artes



UN HIDALGO

Mujeres célebres

Marquesa de Pompadour

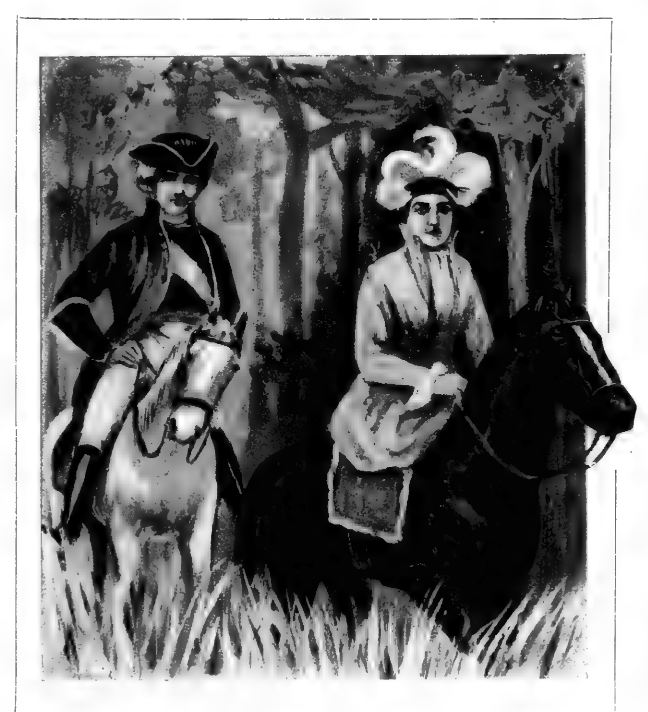


La Marquesa de Pompadour, bajo su emblema había adoptado una divisa: "**Horas non numero nisi serenas**". Y nadie mejor que ella podía decirlo! Durante 19 años, con su gracia, con su espiritualidad y su fina diplomacia, supo conservar la atención del más aburrido de los Reyes: Luis XV.

Ninguna otra de las favoritas ha vivido en la memoria de la posteridad, como vive y ha de vivir esta mujer verdaderamente excepcional. Pensando en ella se olvida su humilde origen — era hija de un escudero del Duque De Orleans y nieta por parte de madre, de un proveedor de víveres del Hospital de Inválidos — y su primera educación, dirijida por una madre intrigante y degenerada, la vida libre de la joven y el matrimonio, preparado con arte por la madre, con aquel pobre Le Normant d'Etioles, que le sirvió únicamente como escala para ascender a la Corte, donde brillaba en aquella época, el astro de un Rey corrompido y libertino. De este matrimonio, tuvo una hija: Alejandrina, pero ni la maternidad, ni el reconocimiento hacia el hombre que le había dado un nombre, a ella, nacida en el fango, detuvieron a Juana Antonieta Poisson, de la meta prefijada: hacerse admitir en la Corte, y suplantar en el corazón del Rey a la Duquesa de Chateuroux. Y fué en una de las grandes cacerías, en las que el Rey y la corte tomaban parte, que él la vió por primera vez... El resto vino por sí mismo. La aparición de **la burguesa** en Versailles escandalizó a los cortesanos, pero **la burguesa** resultó siempre Marquesa de Pompadour y a los clamores de los cortesanos, opuso toda la fertilidad de su espíritu inventivo para distraer y divertir al Rey, a quien la saciedad de la vida había enfermado del más terrible de los males: el aburrimiento. El castillo de Choisy se convirtió por obra suya, en un lugar de delicias y alrededor de ella se agruparon los hombres más eminentes de la época, en las artes y las letras. Artista ella misma, dió vida a aquel estilo gracioso y complicado que de ella tomó el nombre, y uno de sus castillos, el de Bellevue, que le regaló la magnificencia del Soberano, como tantos otros, fué decorado por los escultores Falconet, Conston, Adam, Pigalle y los pintores Boucher, Vanloo, Vernet, etc., nombres todos inmortales en la historia del arte francés. Los millones que ella costó a Francia, son incontables. Y si a su influencia absoluta en el corazón del Rey, se debe la desgraciada guerra de los siete años y muchos otros tristes sucesos políticos y militares; se sabe también que las alucinaciones con doble intención que le hacía directa e indirectamente la emperatriz María Teresa, indujeron a aquella ambiciosa a arrojarse de cabeza en la política para aparecer árbitro, frente a las potencias exteriores, de los destinos de la Francia.

María Teresa, alucinando la ambición de la Pompadour, preparaba el lento desmoronamiento de la monarquía, que debía terminar en el patíbulo con su desventurada hija María Antonieta.

Pero los cuidados de la política, no le hacían olvidar ni el arte ni las letras. En los salones arreglados con un lujo caprichoso y original de su castillo de Choisy (donde hizo admirar por vez primera el nuevo estilo que ella creó, aboliendo decididamente aquel greco-romano que había dominado hasta entonces) ella recibía a Bernis, Duclos, Marmontel, Crebillón, Diderot, d'Allembert y Voltaire.



Y en medio de los literatos y los poetas más grandes de su tiempo, que se inclinaban ante ella, como ante el astro más fúlgido, ella no adoptó nunca la pose de **Mecenas**: fué su compañera, su camarada. Ella misma dejó interesantes "aguas fuertes" apreciadísimas, de las cuales se conserva todavía una colección de 65 incisiones. Pero en el "entourage" de la Marquesa, hubo siempre una laguna: J. J. Rouseeau, que permaneció obstinadamente lejos de ella. Las gracias de la favorita, no habían conmovido al autor de "Emilio". Y ella a pesar de todas las satisfacciones que le procuraba su ingenio versatilísimo, se ocupaba de política, conversaba, cantaba, tocaba, recitaba; de un modo exquisito junto a los personajes más insignes de la Corte. El mismo Rey quedaba seducido por la gracia de su dicción y una vez se le oyó exclamar después de una representación: **Vous etes la plus charmante femme qu'il y ait en France.**

Mientras hacía todo esto, no perdía de vista la fábrica de porcelana de Sévres, que debe a ella su perfección; planeaba las bases de la Escuela Militar, daba el dibujo de la Plaza Luis XV y dirigía las plantaciones en los Campos Eliseos y en los boulevards.

Esa vida de actividad febril, que ni la energía de un hombre habría soportado impunemente, produjo sus efectos, y la fibra delicada de la Marquesa comenzó a decaer. La enfermedad de la languidez, que la consumió en cinco años, destruyó lentamente su encantadora cabeza y debilitó la graciosa inventiva de su espíritu. Antes de fallecer, había ya muerto en el alma de Luis XV, más libertino y corrompido que nunca, no obstante su vejez. Ninguno en la Corte pareció darse cuenta de la desaparición de aquella mujer que por 19 años fué árbitro en el corazón del Rey, hasta el punto de hacerle exclamar: **Apré moi, le déluge.**

El único epitafio que tuvo fué el de la Reina María Leczinsca, (la desgraciada mujer de Luis XV) quien escribiendo a uno de sus amigos, el cinismo mostrado por el Rey ante la muerte de la favorita, concluía diciendo: **Voilá le monde; c'est bien la peine de l'aimer!** — Amargo contraste con la divisa elegida por la Pompadour en sus mejores días: **Horas non numero nisi serenas!...**

La marquesa de Pompadour nació en París el 29 de Diciembre de 1721 y murió en Versailles el 15 de Abril de 1782. Protegió la publicación de la "Enciclopedia" y por intermedio de su tío Lenomard de Tournehem y de su hermano el Marques de Mariguy, directores generales de construcciones, dió un gran impulso a la reedificación y embellecimiento de Paris; ayudó a establecer la Escuela Militar y alentó los primeros ensayos de Carlos Adam. Recibía una pensión anual de 1500.000 libras.

Vida Mundana

EL BANQUETE DE LA VICTORIA

La Comisión organizadora del gran Banquete de la Victoria, que se realizó en el gran salón comedor del Parque Hotel, debe estas satisfecha por el brillante éxito conseguido. Tanto la mesa de honor como las advacentes, estaban ocupadas por lo mas distinguido de nuestra sociedad, la que prestaba singular brillo al magnífico conjunto que a las 10 de la noche presentaba un aspecto encantador.

El salón resplandecía, con las luces, que se reflejaban vivamente en los colores de las banderas aliadas. Profusión de delicadas flores estaban diseminadas por todas partes, realzando la belleza de nuestras damas, sobre cuyos escotes posaban los hilos de perlas y resplandecían admirables los collares de brillantes y diamantes. Todo era luz en aquel comedor. Luz que a raudales caía de los lampadarios y que surgía de los ojos de las mujeres, brillantes de emoción y simpatía.

Terminada la comida, que presidió la señora Cuestas de Nery, el doctor Brum y el Cuerpo Diplomático extranjero acreditado ante nuestro Gobierno y que representaba a las naciones aliadas, se descorchó el champagne. Fué entonces que el doctor Francisco Rodriguez Larreta dió lectura a un magnífico discurso, que le valió merecidas salvas de elocuentes aplausos. Habló luego el doctor W. Paullier, siendo también aplaudido y en último término, en un brindis elegante, el doctor Brum.

Luego se pasó al salón de fiestas, donde las señoritas que asistieron a la comida, participaron del baile que se inició inmediatamente con gran entusiasmo, y que duró hasta cerca de la madrugada.

Asistió a este acto, como decimos, lo mas conocido de nuestra sociedad, cuya lista no intercalamos en esta crónica por haberlo ya hecho en la oportunidad debida, los diarios metropolitanos.

EL BAILE DE LA PAZ

Cuando se abrieron las puertas del salón, ya la orquesta de Warren, con pintorescos acordes, invitaba a la danza. Por eso nuestra juventud siempre dispuesta a los placeres que proporciona el mas mimado de los recreos, abordó inmediatamente el asunto y al compás de los trozos mas en boga, comenzaron las parejas a cruzar en inacabable desfile.

Entre el nucleo distinguido de señoras que ocupaban los palcos, vimos a las siguientes damas:

María Etcheverry de Pons, María Elena Uriarte de Montero, Celia Crosa de Peixoto, Haydé Brusafferri de Cranwel, Esther Boffil de Lasala, Amanda Brito del Pino de Seré, Zoraida Casterás de Muñoz, Maruja Blanco de Mendilaharsu, Rosina Perez Butler de Blanco Acevedo, María Eugenia San Martín de Zufriategui y las señoritas Irene Vigil Martins, Sara Blanco Acevedo, María Helena Serrato y Olga Vilaró Braga.

Los elegantes atavíos, las joyas y los encajes, completaban el cuadro, y niña había que, mas que ser humano, parecía diosa, o flor, por lo atrayente, gentil, suave, deliciosamente bella...



Señora Julia Fernández Echenique de Vallvé

DE ANTIGUO ABOLENGO, CULTA, PIADOSA, SOSTIENE LOS TITULOS DE HONORABILIDAD, QUE TANTA RESONANCIA ALCANZARON EN LOS QUE FUERON SUS MAYORES, Y QUE BRILLARON CON ELEVADOS TITULOS EN LA SOCIEDAD PATRICIA.

No queremos terminar esta breve reña, sin dejar constancia del homenaje que se merecen las señora Elena Puig de Turena y la señorita Juanita Ramirez, presidenta y secretaria respectivamente, del comité organizador de esta bella fiesta que ha de dejar imperecederos recuerdos entre los amantes de las gratas emociones.

EL TE EN EL CLUB CATOLICO

La Comisión de Damas que tiene a su cargo la tarea de organizar las fiestas que durante el año se suceden en el Club Católico, Comisión que preside con singular acierto y firme orientación la seño Corina Rucker de Seré, ofreció días pasados, con el objeto de inaugurar en el tradicional centro dos nuevas salas, un magnífico te, al que fueron invitados todos los socios de esa entidad ejemplar, que viene sosteniendo, desde hace cincuenta años, los mas altos prestigios sociales.

Efectivamente, el Club Católico tiene una honrosisima tradición en los anales de la sociabilidad uruguaya, y hoy su aureola, que ha sido mantenida y acrecentada a través de varias generaciones, resplandece mas que nunca, precisamente a medida que nos invade el cosmopolitismo.

Recordemos que en los ámbitos de su salón de actos públicos, dejaron el eco de sus elocuentes palabras: el doctor Mariano Soler, primer Arzobispo de Montevideo; el doctor Francisco Bauzá, eminente tribuno, historiador y político; el doctor Juan Zorrilla de San Martín, nuestro poeta glorioso, cuyos laureles han recogido en su fibras toda la sabia mas pura de nuestra patria; el doctor Joaquín Secco Illa, maestro de la palabra, espíritu combativo y noble; los señores Jorge Sienra y Benjamin Fernandez y Medina, dos ilustres troveros que han derramado perlas desde la tribuna del Club; y el caballeresco Raúl Montero Bustamante, espíritu sutil, alma sensible a todas las sensaciones de arte, poeta y exquisito. También desfilaron por ese estrado elevados espíritus extranjeros: recordamos en estos momentos a los ilustres ciudadanos chilenos Báriga y Donoso, emigrados en nuestra patria allá por los tiempos de Balmaceda.

Así como en ese centro de cultura elevadísima se rindió siempre culto a la literatura y a la oratoria, no se olvidó a otra de las más altas manifestaciones del arte: la música.

Hubo un tiempo en que el salón de actos públicos pudo oir a geniales intérpretes. Y entre ellos recordamos con admiración y respeto a Rosa Carril, Quina Arraga, Josefina Reventós, Rafaela Arrien, María Luisa Caimari y Marieta Terra.

Un recuerdo sagrado, consagratorio a la educación artística que poseyeron aquellas damas es el nuestro, y nos acontece a menudo que al trasponer los dinteles de ese centro, un eco amable nos trae siempre el timbre de aquellas voces hechas para regenerar almas enfermas. Y el arpa y los violines y el piano y el armonium unificaron sus voces armoniosas, al conjuro de aquellas mentalidades delicadísimas, selectas.

También la recitación estaba muy en boga en aquellos tiempos, y recordamos la manera inteligentemente interpretativa con que lo hacían María Hordeñana, Manuela Ayala y Adela Suárez, que recogían de la distinguida concurrencia que a tan memorables veladas asistía, dándoles aristocrático carácter, los más nutridos y merecidos aplausos.

Y ya que estamos en momentos de gratísimas recordaciones, ya que un pasado glorioso ha venido a despertar todos nuestros entusiasmos por las altas manifestaciones sociales de otras épocas, nos será permitido también recordar a las damas que fueron el alma de aquellas

organizaciones artísticas, las que pusieron en las actividades mundanas del club todos los entusiasmos y todos sus timbres de nobleza.

Evoquemos esos nombres respetables: Señoras Matilde Artagaveytia de Arocena, Carolina Muñoz de Ferreira, Amelia Goucouria de Caimari, Amelia Muñoz de Ramírez, Antonia Garzón, Adela Ocampo de Heimendalt, Bernarda Arrien de Howard, Filomena Marques de Ayala, Elisa y Ema Pereda, Mercedes Abella de Suárez, Matilde Arocena de Rodríguez Larreta y Carmen Hoffman de Gradín.

A estos nombres agregamos hoy el de la señora Corina Rüker de Seré, que inteligentemente trabaja para unir con el eslabón de oro de su nombre la honrosa tradición de ayer con los hermosos y fecundos impulsos de hoy.

La inauguración, pues, de las dos salas de te, dió motivo a una fiesta amable y elegantemente bien concurrida. Se hizo buena música, y delicada recitación. Las intérpretes lo fueron las señoritas Josefina Requena Cordero, Corina Seré Rüker, María Manuela de Pena y Martha Martínez Low.

BODA PEREZ GOMAR - GARCIA

Este acontecimiento social se realizó en la residencia de la señora doña Zelmira Pérez de Pérez Gomar, matrona de relevantes virtudes y que por tradición y distinción personal ocupa puesto de honor en nuestro más encumbrado escenario social, donde se singularizan las damas que como esta venerable anciana brilló en todos los días de su vida con el fulgor moral emanado de su propia personalidad. Su prestigio, pues, y el respeto que nuestro mundo social rinde siempre a estas matronas cuyo origen de familia tienen el alto honor de haber surgido en las heroicas jornadas del patriciado, fueron consecuencia lógica del brillante aspecto que presentaba su sencilla residencia en la noche en que su señorita hija María Catalina unía sus destinos a los del caballero Don Eugenio García. La consagración religiosa de este enlace fué apadrinada por la madre de la gentil desposada y por el caballero don Pantaleón Pérez Gomar.

La novia era un dechado de distinción y gentileza; parecía en su aristocrática personalidad una flor de delicado encanto. Toda la concurrencia la admiró, toda la concurrencia le brindó homenajes de admiración y augurios de felicidad.

Los dos ceremoniales se realizaron en la sala principal de la hospitalaria casa, en esa sala, cuya severa sencillez habla por los cuadros y retratos que adornan sus paredes, del origen de tan respetable familia. El espíritu de aquellas figuras que representan a los guerreros, a los diplomáticos y periodistas de esa estirpe, pareció presidir junto a la venerable matrona doña Zelmira Pérez de Pérez Gomar aquel acontecimiento de familia, que fué presenciado por parte de nuestro mundo elegante.

Una buena orquesta ejecutó desde un ángulo del hall las danzas más en boga que la juventud aprovechó con entusiasmo.

BODA SILVEIRA - REYES CADENAS

Un núcleo selecto de nuestra sociedad había podido ya gustar de horas deliciosas en la reunión celebrada en la morada de las distinguidas señoritas de Reyes Cadenas, en la tarde que se realizó el contrato civil entre la señorita Blanca Reyes Cadenas y el caballero don Horacio Silveira.

Pero la magnificencia del acontecimiento social adquirió todo su esplendor al día siguiente, con motivo de la solemne consagración religiosa de la boda.

Tuvo como sitio digno de desarrollo este acto, que ha sido excepcional en los anales de nuestra sociedad, la hermosa, la artística Iglesia de Tierra Santa.

Allí en las naves consagradas al culto, se dió cita todo lo más representativo, todo lo más elevado que tiene puesto de honor en nuestra sociedad.

La entrada de los desposados al templo, fué algo triunfal y tan bello que no olvidarán nunca los que la presenciaron. La gentil desposada vestía una toilette como nunca habíamos visto de tan regia y tan hermosa. De seda color marfil, con larga cola cardenalicia de tul, guarnecida de anchos y valiosísimos encajes de Inglaterra; un hilo de perlas rodeaba su garganta, y sobre el elegante peinado lucía delicada tiara de encajes de Inglaterra.

Llevando del brazo a su gentil desposada entró el novio al templo, irguiendo su apuesta línea. Fué aquella una entrada de príncipes, y la ceremonia digna de las bodas que unen los destinos de los reyes.

Seguían a la novia seis *bridemaids* elegantemente ataviadas con trajes de color rosa y amplios sombreros blancos, velados con tules marrones. Las *bridemaids* llevaban grandes y frescos ramos de rosas y eran ellas las señoritas María Amelia Marques Vaeza, Margarita Camp, Maricucha Busto Vaeza, Zelmira Herrera Silveira y María Celia y María Helena Vaeza Sienra.

En ese instante solemne, de verdadero recogimiento y emoción para todos los que tuvieron la dicha de presenciar la boda, una orquesta dejó oir los magestuosos acordes de la Marcha Nupcial de Mendelsshon.

En todos los labios hubo una exclamación admirativa para la gentileza de los novios, que llegaban al momento más culminante de sus vidas rodeados por la simpatía y los buenos augurios de toda la sociedad montevideana.



Banquete en honor del caballero Don Horacio Silveira, despidiéndolo de la vida de soltero

Cuando los novios llegaron al pie del altar mayor, se arrodillaron en los reclinatorios tapizados de seda blanca, y entonces la voz armoniosa y grave del señor Camilo Williams hizo oir los conceptos armónicos admirables del "Ave María" de Beethoven. Fué esta una refinada nota de arte elevado, llevada hasta el templo para darle aun más belleza al acto tan bello de por sí.

Apadrinaron esta boda la señorita Carmen Reyes Cadenas y el doctor Saturnino Camp, y bendijo la unión el Superior de la Congregación Franciscana Rdo. Pablo Bather, quien al terminar las pragmáticas impuestas por el rito, pronunció una notable alocución en la que puso de manifiesto su talento oratorio.

Terminó la ceremonia.

Los nuevos esposos salieron entonces del templo, que los acogiera entre flores, perfumes y armonías para unirlos indisolublemente, y la distinguidísima concurrencia, les formó senda de honor, saludándolos y otorgándoles todos sus más calurosos y sinceros votos de felicidad.

Y en esta forma tan bella, se constituyó un nuevo hogar, donde han de resurgir todas las nobles prácticas que son en las familias de los noveles esposos, fórmulas tradicionales de existencia, fórmulas invariables de cultura, de rectitud y de bondad.



CARLOS V, por el Tiziano

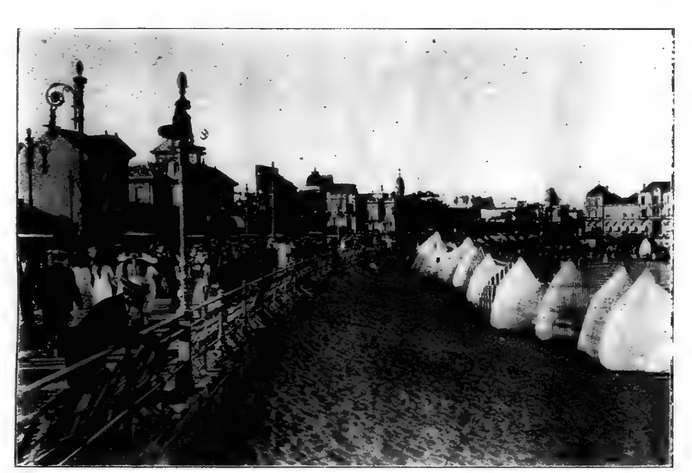
EL VERANO EN MONTEVIDEO


Playa de los Pocitos. — Parte de la Rambla y de la playa




Pa



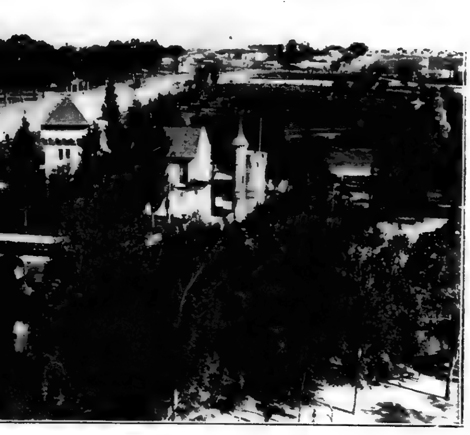

Playa de los Pocitos. — Parte de la Rambla y de la playa


Parque Capurro. — El skating tomado de uno de los á


Parque Rodó. — Entrada al Casino de juego


Fotografías de la Oficina de Informaciones y Propaganda de la Comisión Municipal de Fiestas.


Playa



...rque Rodó. — El Castillo y los Lagos



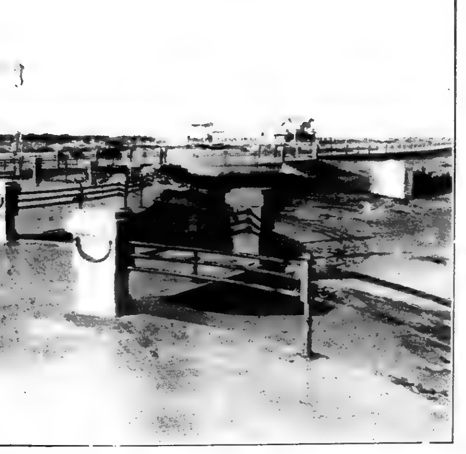
Playa Ramírez. — Vista general del balneario



...ángulos del Hotel-Casino



Playa Ramírez. — Junto a la onda acariciadora



... Carrasco. — Un buen trecho de la magnífica Rambla



Playa Carrasco. — El Hotel (en construcción) y parte de los chalets de la Rambla

VERANO



Dentro de lo trivial de ciertos comentarios con que acostumbran los gacetilleros a conmemorar, generalmente, sucesos de poca o mucha importancia, este de ahora merece —sin duda— que se prodiguen en honor del motivo que lo sugiere, las frases bonitas y las figuras elegantes.

Pues qué, ¿Podría acaso hablarse del verano en estas charlas amables, sin que acudieran a la mente esas siluetas gentiles, envueltas en gasas y en tules, que tienen el valor enorme de saber disimular sin esconder? No se os aparecen acaso, al nombrar el verano, las noches diáfanas, estrelladas, en que el claro de luna da contornos de misterio a las cosas terrenas, rodeándolas de una penumbra sutil, que habla de secreteos amorosos, de dulzuras cariciosas, de besos, de nostalgia?...

De todo eso tiene el verano. Por el día, sol radiante que calcina, y que pone en el ambiente vapores y languideces. Por la tarde, cuando Helios baja al tramonto, despedido lentamente entre nubes de colores, frescor delicioso que acucia las adormecidas energías invitando a la fiesta del vivir y por la noche, horas tranquilas, que pasan lentas, perezosas, llenando el alma de recuerdos y los ojos de ensoñaciones...

Montevideo, adquiere en el verano, un *cachet* muy distinto del que se ve obligado a guardar en el invierno, durante el cual las actividades sociales se limitan salvo la temporada de la gran ópera; a dos o tres bailes "protocolares" y a media docena de reuniones íntimas festejando tal o cual fecha.

En cambio, en cuanto asoma Diciembre sus 9 letras simpáticas, sobre la cifra correspondiente del almanaque, ya comienzan las niñas a renovar el vestuario de acuerdo con las exigencias de la estación que "s'avicina". Desaparecen pieles y paños, para dejar pleno lugar a las telas suaves, de vistosas tonalidades y comienza la vida a pleno aire.

Cobran las plazas sus prestigios y ante el soberbio telón marino, que cierra idealmente el horizonte, desfilan nuestras bellezas Allá lejos el azul del cielo y el agua juguetona; mas cerca la brillante arena y mas cerca todavía, a sus propios pies, las frases galantes de los admiradores y el cortejo infatigable de los enamorados...

Los jardines se enfloran y su adorno multicolor es muestra de las savias nuevas que hacen reverdecer el boscaje y que vivifican los pétalos. Las rosas encienden sus tonos, las madreselvas visten de fiesta, esparciendo su perfume, y hasta en medio del campo, las margaritas silvestres, se aglomeran en manchones sobre los verdes pastos del borde del camino.

Viene el mes del turismo, de la visita a la estancia, en la que pasea el motor del auto, su ronquido uniforme, ahuyentando al ganado y moviendo a curiosidad a la peonada.

Viene por fin la época en que el agua invita a solazarse en los placeres del baño recreador y confortante, mientras se ejercita la natación y hasta el flirt, que también es posible, aún en hábito de baño, con esto de las zonas mixtas y la camaradería, que es su consecuencia inevitable.

La luz y el aire se visten de fiesta y hay risas que son como haces luminosos en la grandeza del infinito.

El flirt amable pone entusiasmos en los juveniles corazones y la savia nueva, vibrante, pone brillazones incandescentes en los ojos femeninos, que se vuelven ruborizados ante las insinuaciones de Cupido.

Sueños de amor que fertilizan el ánimo que envuelven a los seres en inenarrable optimismo, son prestigiados por el verano, que vuelca en las playas, bajo el concierto magno de Natura, a los elementos bulliciosos y tiernos que esperan solo el soplo leve de una sonrisa, para tremolar sus ideales como franco pabellón de ilusiones. Capurro, Pocitos, Ramírez, Carrasco...

Como cuatro diosas invitan a libar en sus fuentes caprichos sutiles, brisas leves, dulce fresco y sombra benigna.

Cerca y lejos, extienden bajo la comba azul de los cielos, el blanco semicírculo de sus arenas, que acarician las aguas, con abrazos de espumas.

Y en esa arena los niños hacen castillejos, construyen y destruyen barcos, hombres y cosas, y siempre el elemento primordial que modelan, permanece dócil, bueno, blando, dejándose moldear y deshacer, con el imperio de la travesura.

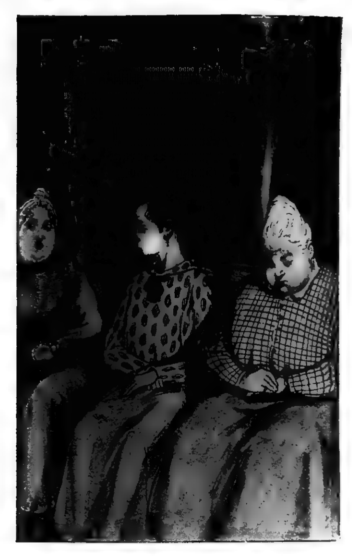
La arena, como la vida, siguen impasibles, mientras se prestan para que los entretenidos edifiquen casitas, como se edifican ilusiones y destruyan barcos como se destruyen recuerdos.

La luz del sol, todo lo adorna, entintándolo de oro. De un oro cegador, que todo lo realza violentamente, como luego la luna, pacífica y serena, al recorrer por la noche sus dominios, dará contornos sombríos y extraños a esos mismos seres y cosas.

El atractivo de Montevideo, son las playas, y aquí llegan por eso los forasteros curiosos, a gozar en el deleite del fresco río y a envolverse en las tibias hondas de los ojos de nuestras mujeres.

Playas y mujeres!...

Hemos cumplido con nuestro deber.





NAVIDAD

"Tingo, tilingo,
mañana es domingo
de Pipiripingo."
. . . .

Esto reza en una donosa tradición peruana, no muy antañona por cierto, que don Ricardo Palma, mi octagenario paisano, dedicara al general argentino Lucio B. Mansilla.

¿Verdad que aquellos versos, de una sacristanesca eufonía, alternan maravillosamente con la jeringoza de una misa de aguinaldo?

Yo creo que sí, y lo único que siento es no poder, o mejor dicho, no querer poder, copiar los miles de renglones cortos que el gran maestro de las tradiciones peruanas lleva trazados en su fecunda vida de evocador.

Yo no sé, ni quiero saber, de la literatura de evocación, y aunque los directores de esta Revista me ruegan un paseo por los siglos idos de mi patria, me circunscribiré a mi época y a mis coetáneos.

El pasado no existe, sino como una forma de contrastación del porvenir.

Y las Nochebuenas de mis bisabuelos ponderación tendrán en la sensibilidad de un Jorge Manrique, por ejemplo, pero no en la de un espíritu acelerado y neurótico de la fauna reciente.

Revisando unas postales que en sus viajes por todo el mundo acumulara el gran actor Ramón Caralt, ví, hace unos días, fotos del Palacio de Torre Tagle, con sus balcones abotijados desbarrancándose sobre la calle, como dos enormes ubres de hulla. También ví el convento de los Padres Descalzos de Lima, con la perspectiva del cerro de Amancas... al fondo de una avenida de *ficus*.

Bien. ¿Qué evocación puede tener aquello en la memoria de quien no lo conoció jamás?

Las cosas del arte de antaño, cuyo mérito estriba precisamente en la pátina de los siglos, necesitan de la aplicación de algún sentido: el de la vista, por ejemplo.

De lo contrario, hay que hacer una labor seria, descriptiva y reconstructiva, que sugiera el momento histórico, y darle vida o estado de prolongación hasta nuestra actual vida presente.

Y para hablar de la Nochebuena en el Perú, no hay necesidad de bordar frases rancias y engrasadas de gramática solemne; basta con haberlas vivido una vez...

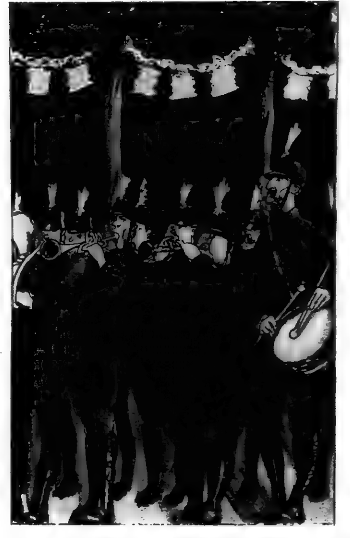
¡Y yo las he vivido, una tras otra, hasta ocho veces en Lima!

¡Oh, la misa de gallo! ¡Qué diferencia, después de todo, entre la Nochebuena limeña y la de aquí! ¡Tan católica es una ciudad como la otra; tan españolas una y otras gentes! Aquí se reunen en íntima tertulia o nutrida comilona amigos y parientes. Allá lo mismo. Aquí comen pavo, allí también, sólo que agregan un postre del más rotundo cariz extranjero: el *pouding*. ¿Eh? Se baila luego una *gamaeneca* o una *marinera*, llenas de ringo rangos y *quimbas*, en la clase de franca cepa criolla. En la alta clase aristocrática se marcan bostones, y, según cuenta mi gran amigo Arturo Bentin, el conocido sportsman peruano, que no hace mucho estuvo en Lima, ya se ha importado el *fox-trot* y el tango.

Con estos bailes se bebe whisky y el vino incomparable de la viuda de Clicquot; con aquéllos buena *chicha* de jara, maíz o rebanadas de *choncholí* con "puro de Ica".

Al final de estas jaranas o de estas *huachafadas* suele haber un *faite* de la *palizada* que quiera bravuconear. Pero todo concluye con un *empellón* de aguardiente *pisco*.

Los negros de Malambo y Maravillas; los *cholos* de la Portada de Guía; los chinos del del Japón; los mulatos del Carmen Alto y los blanquitos de la calle de Mercaderes, todos hacen una Nochebuena a su modo.



Desde luego, todo el mundo come *tamales* y *humitas*.

Un pregón trompetea en la noche. Es la noche. Es la heroica y tradicional *gamba* tamalera que grita con voz absurda:

La tamalera...
su... a... ve...
La tamalera que viene...
la tamalera se va.
suave...!
. . . .

Y Diciembre es el buen tiempo.

Ese terrible suegro de la luz que se llama el trópico, vierte sobre la tierra occidental americana sus lascivias llameantes. Y algunas familias veranean en sus *ranchos* de Chorrillos, Barranco, Miraflores, La Punta, Callao, Hotel Península... Yo solía tomar con unos amigos un *rancho* en la indescifrablemente enigmática playa de Ancón, la más hermosa del planeta.

Pero en Lima queda la sórdida muchedumbre popular y la pobrecita clase media.

El mestizaje tiene allí un muestrario inacabable, y por las noches, en la Plaza de Armas, mientras juegan los negritos en el atrio de la Catedral, como grandes moscones bajo los arcos voltáicos, vénse corones de *huachafitas* y cordones de horteras, que enhebran castizamente las serpentinas de sus quereres.

Las mamás, sentadas en los bancos que orillan la plazoleta, o dormitan o rezongan, alguna que otra piensa regaladamente en su confesor.

Uno que otro chico, melenudo y gallardamente solitario, contempla el torbellino con un híbrido gesto roto de fracaso y de asco.

Aquella vulgaridad le apesta, pero no cabe tener la voluntad de emanciparse. Y así vive, gruñendo, como tantos maldicientes con talento fracasado.

Luego se *dan vueltas* en el tranvía "Malambo Exposición". En el parque "9 de Diciembre", también hay mucha gente.

El buen alcalde se ha tomado la molestia de poner unas cuantas guirnaldas de farolucos chinescos, y otras tantas de hojas de *ficus* ensartadas con anchas cadenetas de papeles multicolores. Toda esta frondosidad del más puro ingenio municipal, hace una especie de bóveda, y así el largo parque semeja un gran túnel... de luz. Los focos eléctricos echan lumbre, y desde lejos parece el parque echado en la noche un gran *cocuyo* sobre un mar de tinta.

La banda, a veces dos bandas de algún regimiento, vierten en la fiesta aires nacionales..., ¡pero nadie baila! ¡Todos se conocen, que diría la Fulanita si viese bailar a la Menganita del brazo de algún *mozo liso!*

Y de arriba para abajo, y de abajo para arriba, los olas de paseantes recorren el parque desde la estación del Eléctrico, hasta el monumento a Bolognesi... Y así, hasta las doce de la noche, hora en que la ética católica de los criollos, no les permite quedarse fuera de su casa. Y, luego, van a la misa de gallo. ¿Quién no sabe la razón de ser de estas profanas fiestas de la penumbra y de los sentidos a tientas?

¿Quién no conoce la misa de gallo?

Esto es todo.

Luego úrdese nuevamente la monótona tragicomedia de la sórdida vida cotidiana. Y se va durando...

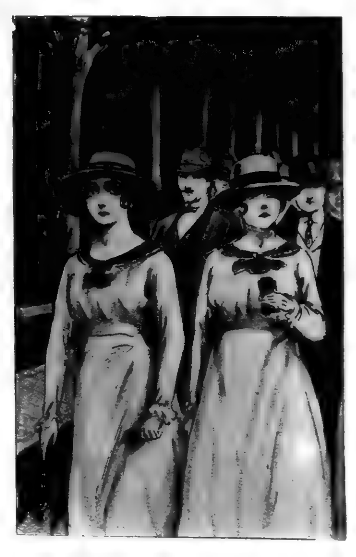
Yo creo que, poco más o menos, las Nochebuenas de todos los tiempos y de todos los pueblos fueron iguales... incluso las anteriores al nacimiento del Rabí ¡Tantos modos de *nochebuenear* hubo en el mundo!...

Los tiempos pasados que no volverán... con música de *La Viejecita* o sin ella, son igualmente aburridos que los presentes, sólo que nos parecen mejores, porque no podemos revivirlos.

Por lo que vuelvo a preguntarme:
"¿Todo tiempo pasado fué mejor?"

"Tingo tilingo,
mañana es domingo
de pipiripingo..."

M. A. Bedoya.



Los ojos

Allá en los felices tiempos de mi niñez recuerdo que me ponía seria, muchas veces, cierta cosa sin llegármelo a explicar: ello era el fulgor de los ojos. La impresión persistió a través del tiempo y hoy, como entonces, me estremecen ciertas miradas y muchas me hacen pensar. El brillo o la opacidad de las córneas, la movilidad o la fijeza de las pupilas me cautivan. En cambio, nunca he concedido importancia al color de los iris. Los azules me evocan bellos zafiros, mariposas como girones de ideal; conjuntamente, ellos y los verdes, hacen pensar en el ignoto centro terrestre donde activos gnomos trabajan en la difícil extracción de las preciosas gemas: esmeráldicas esperanzas, cerúleos ensueños. Los negros dicen de abismales profundidades donde lo amargo de la Duda anida. Por extensión damos ese color a todo lo que nos aflige. ¿Y, cuántas veces, el dolor es luz? De un hermoso negroazulado es el cielo en la diafanidad de las noches estivales: negros, los brillantes terciopelos del *Esfingido*.

Mirando a unos grises he recordado el mar en día tempestuoso, son su rugido doliente y terrible. Era tan plácido, sin embargo, el *yo* de quien los poseía! No se me convencerá, en una palabra, que exista relación entre el tinte de los iris y el de las almas. Por el contrario, la luz brillante o sombría que se escapa por la pupila es siempre trasunto de un estado interior que nunca puede ocultarse del todo. En lo que llamo superficie especular del ojo se refleja todo lo bueno y todo lo malo que llevamos en sí. Y, cuando el semblante calmo y la sonrisa dulce quieren engañarnos, es a través de la mirada, aparentemente vaga e indiferente, que adivinamos un alma con ojeras más profundas que las que bordean los párpados.



Srta, Amelia Tellechea

¡Quién sabe de qué ignoradas regiones, que imagino como remanso de aguas dormidas, emergen esos rayos que tienen la duración y consistencia de un fuego fatuo! Así en los niños, las adorables pupilas, límpidas y profundas, me hacen meditar largamente cuando presentan ese aspecto fugaz pero intenso.

Imagino cuantas alegrías habrán germinado, cuántos odios, en fin, se habrán fundido, como la nieve del picacho bajo la ardiente caricia del sol estival, transformándose en bienhechora efusión de amor al choque de la mirada con determinada imagen que se originó, actuando a la sordina sobre el espíritu, lento pero eficaz proceso. ¿Y no has experimentado la influencia de esos hilillos, sutilísimos cual los de los enanos de Gulliver, que partiendo de unos ojos van a anudarse en otros formando red preciosa por donde una gota de la esencia de cada ser se traslada al otro diluyéndose en él?...

. . . .

Si la grafología nos permite deducir el carácter de las personas por los trazos de su escritura, la observación de las miradas talvez nos permita también, si la practicamos con sagacidad, conocer bien a los otros... Y eso quizá sea más útil que desentrañar los misterios del *Nosce te ipsum*.

Dora Lila.





Srta, Dina Gandós



Srta, María Celia Arrarte Victoria

Niños de Basso Stajano

Rosas... muchas rosas



El rosal — enamorado magnífico y silente de Nuestra Señora la Primavera — luciendo su soberbia túnica de perfumes, pétalos, suavidades y colores, sonríe a su llegada triunfal, de igual manera que el hijo preferido y mimado sonríe a la caricia tierna de la madre amorosa.



Juanita Lida Baroffio Riestra

Rosas... muchas rosas...

En el huerto que se llena de rumores y de rocío, en el regazo de la virgen de la ermita vecina, en la reja de la novia que en angustiosa espera se apresta a sentir la promesa de siempre.

Rosas... muchas rosas...

Rosas rojas que se abren al beso del sol como labios sangrantes; rosas blancas que se yerguen en toda su pureza ofreciéndose al cielo como un símbolo; rosas que muestran sus pétalos — mezcla de sangre y de nieve, mezcla de nácar y ópalo — y adornan el busto de las mujeres elegantes, aprisionadas entre tules y entre cintas; rosas thé que se inclinan — prisioneras en un cáliz de artífice florentino — olvidando la palidez mate de sus pétalos agonizantes, para perfumar plenamente la alcoba de la triste mujer que las cogiera para alegrar su tristeza.

Rosas... muchas rosas...

Recién abiertas en el rosal gallardo y fecundo; rosas recién cortadas por la mano de una coqueta que descuidadamente las prende en sus trenzas rubias; rosas, deshojándose tristemente a los pies del Crucificado; rosas, coronando la frente de la novia blanca, de la novia dulce; rosas, en el largo camino donde ruedan los años y las cosas; rosas, en la tibieza del hogar, en el calor del nido, en la alegría de la fiesta.

Rosas... muchas rosas...

Rosas del amanecer, rosas del crepúsculo, rosas de ensueño, rosas de fuego, rosas de nieve, rosas...

Primavera que de rosas se viste; mujeres que se adornan de rosas; altares que se cubren de rosas; rosas que inundan el alma y suavizan el espíritu, y perfuman el corazón. Rosas...

Para los tristes, para los débiles, para los cansados, para los viejos, rosas... muchas rosas...

Que cante el rosal al arrullo de la Primavera que lo vigila amorosamente como madre y como mujer. Que cante el rosal.

Rosas... muchas rosas...

Para la frente de los héroes, para el pecho de las vírgenes, para el regazo de las madres, para la senda de los niños. Rosas... muchas rosas...

La abuelita.

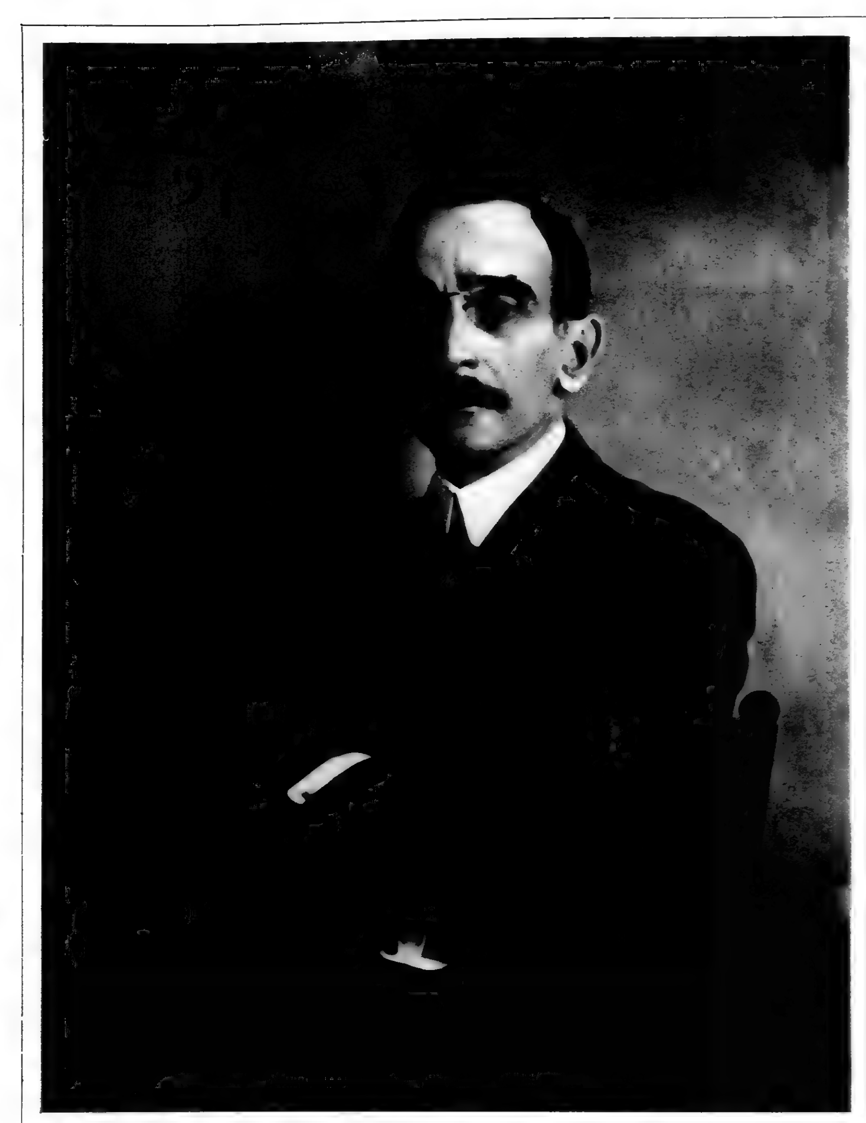


Hugo Baroffio Riestra

EL TRUCO

Oleo
de Pio Collivadino





Uruguayos Distinguidos

Dr. SERAPIO Del CASTILLO



Arte
argentino

EL TRUCO



Uruguayos Distinguidos

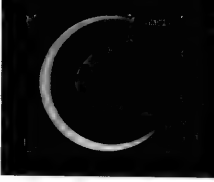
Dr.

SERAPIO
Del
CASTILLO

Maravillas de la Naturaleza



Primer contacto



Fase máxima

La población de Montevideo ha podido presenciar días pasados (no tan completamente como hubiera sido de desear a causa de un importuno nublado) un eclipse de sol.

Fué un espectáculo hermoso, como todos los que ofrece a la admiración del hombre, la grandiosidad de la naturaleza.

Los eclipses, y especialmente los de sol, según refieren las tradiciones e historias, fueron motivos de terror para los antiguos, y sólo la repetición de fenómero y su exacta predicción desde los tiempos de Fales han podido ir disipando los temores que inspiraban. Los astrónomos caldeos, que con tanta asiduidad observaban el cielo, fueron los primeros que buscaron la causa y dieron la explicación del fenómeno. De esto a predecirlo no hay más que un paso. Sin embargo, la predicción de los eclipses de sol salió muchas veces fallida, cosa que no ocurría con los eclipses de Luna, diferencia esencial que era debida sencillamente a un efecto de paralaje. Los astrónomos indios llegaron a calcular los eclipses con bastante precisión, valiéndose de procedimientos sencillos que conservaban en la memoria, por composiciones métricos que se transmitían cuidadosamente. Primero hallaban la longitud verdadera de la Luna; el diámetro de la Luna lo hallaban dividiendo por 25 el movimiento diurno del astro; el resto de la división multiplicado por 60 y dividido por 55 daba el diámetro. El del Sol lo calculaban multiplicando su movimiento diurno por 5, y el cociente de la división por 9 es el diámetro del Sol. Claramente se ve que, unidos estos resultado al conocimiento de las variaciones de declinación de los astros, tenían los elementos suficientes para predecir los eclipses. El emperador chino Yao, que floreció a mediados del siglo XXIV antes de J. C., y que protegió los estadios, y observaciones astronómicas, excitó el cielo de los astrónomos para que lograsen predecir los eclipses, cosa que no es probable consiguiesen, pues el no haber predicho el eclipse famoso ocurrido el año 2169 antes de J. C., costó la vida a varios astrónomos condenados por un terrible decreto del emperador Chukang. Por esto se colige la importancia supersticiosa que aquellos pueblos concedían a los eclipses, y que es poco menos que la que aún hoy atribuyen a las estrellas fugaces.

Fontanelle, en sus "Entretians sur la pluralité des Mondes", dice: "En todas las Indias oscidentales se cree que cuando el Sol o la Luna se eclipse es porque un dragón extiende sus garras negras sobre estos astros para apoderarse de ellos; y mientras dura el eclipse se ven las orillas de los ríos cubiertos de cabezas de indios que se sumergen en el agua hasta el pescuezo, porque esta es una posición muy devota según ellos, y muy eficaz para alcanzar del Sol y de la Luna que se defiendan bien contra el dragón. Algunas tribus de nuestro continente, persuadidas de que el Sol y la Luna están enfadados cuando se eclipsan, y Dios sólo sabe lo que hacen para quedar bien con aquellos astros. Pero los griegos tan cultos no creyereon que la Luna estaba hechizada y que para ponerse en los magos la hacían bajar del cielo para arrojar sobre las hierbas una cierta espuma maléfica. Ya en el año 413 antes de J. C., los atenienses empezaron a explicar los eclipses de Sol por la interposición de la Luna, pero no alcanzaban la razón de los eclipses de ésta. Con el transcurso de los tiempos y el progreso de las Ciencias, se han disipado las sombras de la superstición y del error, y en la actualidad, los eclipses son, para la generalidad de las gentes, fenómenos naturales, cuya contemplación excita y mueve el ánimo a las más elevadas contemplaciones del poder y de la infinita sabiduría de Dios."



Fotografía tomada antes del eclipse y para demostrar la intensidad de la luz normal

Cuando la Luna se interpone entre el Sol y la Tierra en las proximidades de los nodos de la órbita lunar, se dice que la conjunción es eclíptica, señalando con este calificativo la posibilidad de un eclipse. Este sólo depende en dicho caso de la latitud de la Luna y de los diámetros aparentes de ambos astros. Si la Luna, en lo que se llama "máxima fase del eclipse", no cubre todo el disco del Sol, el eclipse se llama "parcial". Si la Luna llega a cubrir el disco del Sol, el eclipse es "total". Y se llama "anular" cuando la Luna sólo llega a cubrir la región central del Sol, y deja libre sus bordes que forman un anillo luminoso, precisamente lo que ocurrió durante el eclipse observado hace unos días y que da motivo a esta nota, la cual la complementamos con un pensamiento muy bello que el talentoso compatriota señor Hamlet Bazzano. Director del Instituto Metereológico Nacional ha tenido la gentileza de escribir expresamente para SELECTA. Helo aquí:

Los problemas de astronomía matemática han sido prácticamente resueltos. El día en que el genio del hombre estableció las leyes de la gravitación universal, las posiciones futuras de los mundos en el espacio quedaban reducidas a simples problemas de movimiento.

Hamlet Bazzano.



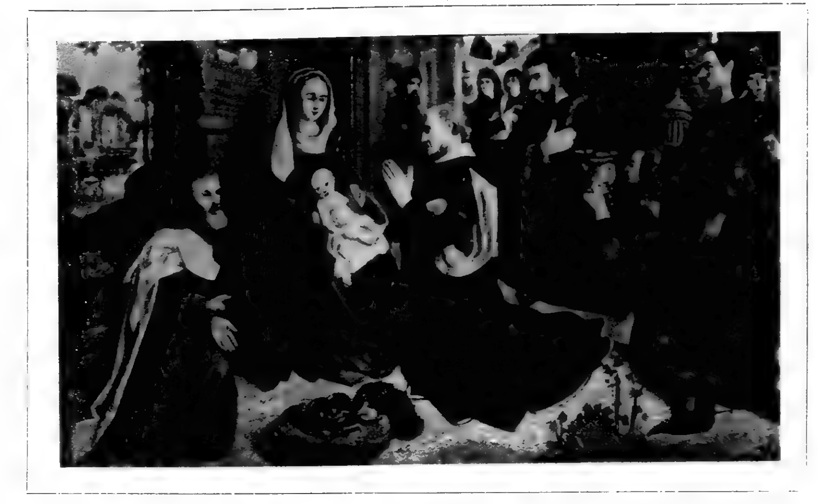
El mismo punto, fotografiado durante el momento máximo del eclipse. Es perfectamente notable la disminución de la luz acusada por la máquina fotográfica

Cuadros famosos

Siempre son interesantes las reproducciones de cuadros famosos. En esta página damos tres; unos notables por sí mismos, otros por quienes reproducen; tal el retrato del Duque de Montpensier.

En el siglo pasado, a causa de las perturbaciones religiosas el monasterio de Monforte corrió la misma suerte que los demás conventos de la Congregación. En el día puede verse todavía el antiguo convento con su fachada de sillería de tres cuerpos y sus grandes balcones, que está convertido en hospicio, y la iglesia de San Vicente, notable construcción del Renacimiento, que es la iglesia parroquial. Se halla rodeada de gruesa muralla, flanqueada por pequeños torreones.

Bajo las murallas y ocupando toda la planicie se extiende la población moderna, con el convento de la Compañía, antes propiedad de los jesuítas, el Colegio de segunda enseñanza de padres escolapios, construído de sillería con alta cúpula, torrecilla, galería de arcos redondos y notable altar mayor, a cuya izquierda se encuentra el sepulcro del fundador del Colegio, el cardenal Rodrigo de Castro, arzobispo de Sevilla. En la iglesia figuraba la Adoración de los Reyes, de van der Goes. Con autorización del duque de Alba y del gobierno español, vendióse el 24 de Junio de 1910 la pintura al gobierno alemán con destino al Museo del Emperador Federico de Berlín: el precio ascendió



Celebre retablo de la Adoración de los Reyes, por van der Goes, vendido al gobierno alemán con destino al Museo del Emperador Federico, de Berlín, en 1.180,000 francos



La Virgen rodeada de Santos, cuadro de Melanzio, existente en la iglesia de San Francisco de Montefalco

a 1.180.000 francos, comprometiéndose los compradores a entregar una copia que está terminada en Berlín.

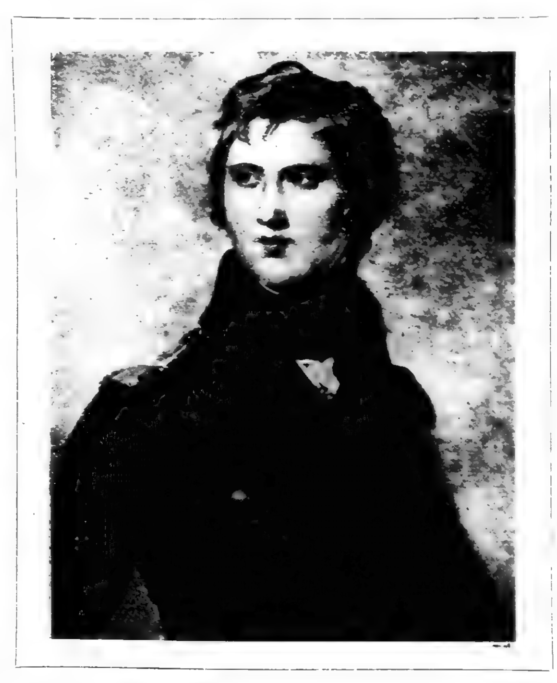
Las tentativas para impedir la salida de España de tan magnífica obra, fracasaron lastimosamente. La cantidad percibida había de destinarse a enseñanza y a la restauración y terminación del convento.

El retrato que recuerda al Duque de Montpensier es notable como pintura. Son interesantes algunos datos de este famoso Duque, infante de España.

Fué el quinto de los hijos del rey Luis Felipe de Francia y de la reina Amelia, y educóse como sus hermanos en el Colegio Enrique IV de París. En 1842 ingresó en el ejército como teniente de artillería, y en 1844 fué destinado al Africa, distinguiéndose en Argelia peleando contra las aguerridas huestes de Abd-el-Kader, y fué herido en el combate de Maleoncj (1844). Esta campaña le valió la cruz de honor y el nombramiento de jefe de escuadrón. Regresó entonces a su patria, acompañó a su padre en un viaje que éste hizo a Inglaterra, y después volvió al N. de Africa, y en Argelia se batió nuevamente con los insurrectos cabileños. Emprendió luego un viaje por Oriente, visitando varias ciudades, Constantinopla, Alejandría, El Cairo y Atenas y a su regreso (1846) ascendió a mariscal de campo y obtuvo la gran cruz de la Legión de Honor. Su padre el rey Luis Felipe trató de casarlo con la reina de España Isabel II, a cuyo matrimonio se opuso Inglaterra: casóse entonces el Duque de Montpensier con María Luisa Fernanda de Borbón hermana de la reina (10 de Octubre de 1846). Después de la revolución de Francia de 1848, vióse obligado el Duque de Montpensier a abandonar su patria y se dirigió entonces a Inglaterra: de allí pasó a Holanda y, por último, a España, fijando su residencia en Sevilla. Otorgáronsele los honores inherentes al título de infante de España, se le nombró, además, capitán general del ejército español, y su cuñada la reina Isabel II le hizo merced del gran collar de Carlos III. Durante muchos años vivió el Duque de Montpensier casi del todo apartado de los asuntos políticos, dedicándose a la educación de su familia y a la administración de sus bienes, más a principios de 1868 escribió a la reina aconsejándole un cambio de política, pero el gobierno de González Bravo, disgustado de la ingerencia del Duque de Montpensier en la gobernación del país, lo desterró de España, enviándosele en un buque a Portugal. Desde entonces tomó una parte activa en los preparativos de la revolución de Setiembre, mantuvo correspondencia con los principales revolucionarios a los que entregó gruesas sumas para facilitar aquel movimiento.

A la caída de Isabel II, y triunfante la Revolución, varios periódicos sostuvieron la candidatura del Duque de Montpensier al trono español; al propio tiempo el infante don Enrique de Borbón publicó un violento manifiesto contra el Duque de Montpensier; esto originó un duelo entre ambos primos, y en él pereció don Enrique de Borbón (12 de Marzo de 1870). Esto no favoreció mucho su candidatura al trono, pues al procederse a la elección de rey constitucional el 16 de Noviembre de aquel año, el Duque de Montpensier sólo obtuvo 27 votos.

Al ocupar el trono don Amadeo, renunció el Duque de Montpensier el grado de general del ejército y fué desterrado a los Baleares (1871), pero volvió a la Península aquel mismo año, por haber sido elegido diputado por el distrito de San Fernando. Después de la muerte de su hija, la reina doña María de las Mercedes (1878), que había contraído matrimonio con Alfonso XII, vivió alternativamente el Duque de Montpensier en París y en Sevilla, y hallándose paseando en coche en Sanlúcar de Banameda, pereció víctima de un ataque seroso; su cadáver fué enterrado en el panteón de El Escorial. De sus hijas, la mayor (Isabel) casó en 1864 con el conde de París, Luis Felipe, de cuyo matrimonio en 1869 el actual heredero de la casa de Francia; la tercera (Mercedes) casó en 1878 con Alfonso XII, rey de España; su hijo Antonio, Duque de Galliera, contrajo matrimonio con Eusebia, la hija menor de la reina Isabel II, y tuvo dos hijos, Alfonso (nacido en 1886) y Luis Fernando (nacido en 1888).



Retrato de Antonio de Orleans, Duque de Montpensier, por Faure, existente en el Museo de Versalles



VARELA

MAGNIFICA FIGURA QUE CORONA EL MONUMENTO AL REFORMADOR Y QUE SE INAUGURARA DENTRO DE POCOS DIAS

¡ LUZ PARA LAS INTELIGENCIAS QUE VIVEN EN MEDIO DE LAS SOMBRAS DE LA IGNORANCIA ! ¡ MAS LUZ PARA LAS SOCIEDADES A QUIENES ENVUELVE LA OSCURISIMA NOCHE DEL ERROR ! ¡ MAS LUZ AUN PARA LOS PUEBLOS A QUIENES OPRIME LA FATIDICA LOBREGUEZ DE LA PREOCUPACION ! ¡ LUZ Y CALOR PARA LOS ESPIRITUS ! ¡ LIBERTAD PARA LOS OPRIMIDOS ! ¡ FRATERNIDA PARA TODOS !

JOSE PEDRO VARELA



EN LA ISLA DE SAN GABRIEL

(COLONIA)

Fot. del Dr. Paez Formoso

EL RABIÓN

Por Concepción Espina

—¡Martín!

—¡Ñoraa!...

—¿Habrá crecida?

—Habrála, que desnevó en la sierra y bajan las calceras triscando de agua, reventonas y desmelenadas como qué...

—¿Pasarán las vacas al bosque?

—Pasan tan "perenes".

—Pero ten cuidado a la vuelta, hijo, que el río es muy traidor.

—A mí no me la da el río, madre.

El muchacho acabó de soltar las reses y las arreó, bizarro, por una cambera pedregosa que bajaba la ribera.

Había madrugado el sol a encender su hoguera rutilante encima de la nieve densa de los montes y deslumbraba la blancura del paisaje, lueñe y fantástico, a la luz cegadora de la mañana. Ya la víspera quedó el valle limpio de nieve, que, sólo guarecida en oquedades del quebrado terreno, ponía algunas blancas pinceladas en los caminos.

El ganado, preso en la *corte* durante muchos días de recio temporal, andaba diligente hacia el vado conocido, instigado por la querencia del pasto tierno y fragante, mantillo lozano del "ansar" ribereño.

Martín iba gozoso, ufanándose al lado de sus vacas, resnadas y lucias, las más aparentes de la aldea: una, moteada de blanco, con marchamo de raza extranjera, se retrasa lenta, rezagada de las otras. Llegando al pedriscal del río, unos pescadores comentaron ponderativos la arrogancia del animal, mientras el muchacho, palmoteándola cariñoso, repitió con orgullo:

—¡Arre, Pinta!

—¿Cuándo "geda", tú? — preguntaron ellos.

—Pronto: en llenando esta luna, porque ya está cumplida...

Las vacas se metieron en el vado, crecido y bullicioso, túrbio por el deshielo, y los pescadores le dijeron a Martín lo mismo que su madre le había dicho:

—Cuidado al retorno, que la nieve de allá arriba va por la posta.

El niño sonrió jactancioso:

—Ya lo sé, ya.

Y trepó a un ribazo desde cuya punta se tendía un tablón sobre el río, comunicando con el "ansar" a guisa de puente. A la mitad del tablón oscilante, el muchacho se detuvo a dominar con una mirada avara de belleza la majestad del cuadro montañés: la corriente, hinchada y soberbia, rugía una trágica canción devastadora, y el bosque, verdegueante con los brotos gloriosos de la primavera, daba al paisaje una nota serena de confianza y de dulzura, tendiendo su césped suave hacia las espumas bravas y meciendo sobre el rabión furioso los árboles floridos. Lejano, en la opuesta orilla del bosque, el río hacía brillar al sol otro de sus brazos que aprisionaba el vergel.

Quiso Martín ocultarse a sí mismo el desvanecimiento que le causaba aquella visión maravillosa y terrible de la riada, y burlón, sonriente, murmuró cerrando los ojos ante las aguas mareantes:

—¡Uf!... ¡Cómo "rutien"!...

Luego, de un salto, ganó la otra ribera, en uno de cuyos alisos estribaba el colgante puentecillo, conocido por "el puente del alisal". Entonces el niño un poco trémulo, volvió la cara hacia el río, le escupió, retador, con aire de mofa, y aún le increpó:

—*Riete, rutie*, ¡fachendoso!...

Después internóse en el bosque, al encuentro de sus vacas.

Era Martín un lindo zagal, ágil y firme, hacendoso y resuelto: pastoreaba con frecuencia los ganados que su padre llevaba en aparcería, que eran el ejemplo y la admiración de los ganaderos del contorno. Del monte y del llano, Martín conocía como nadie los fáciles caminos: los ricos pastos y las fuentes limpias para regalo de sus vacas. El pastor sabía que sobre la existencia próspera de aquellos animales constituía la familia su bienestar, y viviendo ya el niño con el desasosiego de la pobreza encima del corazón, guardaba para sus bestias una vigilante solicitud, un interés profundo, en cuyo fondo apuntaban, acaso, el orgullo del ganadero en ciernes y la codicia del campesino. Pero inseguro estos sentimientos en los once años de Martín, aparecíanse en aquella almita sana cubiertos de simpática afición hacia los animales, muy propia de una buena índole y de una generosa voluntad.

Aplicadas habían pastado las muy golosas, y en cada cabeceo codicioso mecieron las esquilas en la serenidad del bosque una nota musical, mientras Martín sonreía, halagado por aquel manso tintineo que era la marcha real de su realeza pastoril; sentado en un tronco muerto, iba entreteniendo la tarde en la menuda fabricación de unos pitos, que obtenía ahuecando, paciente, tallos nuevos de sauce, cortados sin nudos. Para conseguir el desprendimiento de la corteza jugosa, era necesario,—según código de infantiles juegos montañeses—acompañar el metódico golpeteo encima del pito, con la cantinela: *Suda, suda, cáscara ruda; tra cocs una mula; si más sudara, más chiflara...*

Martín había repetido infinitas veces este conjuro milagrero, y tenía ya en la alforjita que fué portadora de su frugal pitanza una buena colección de silbatos sonoros. Miró al sol y calculó que serían las cinco. Las vacas estaban llenas y refociladas; rumiaban tendidas en gustoso abandono, babeando soñolientas sobre las margaritas, gentiles heraldos de la primavera en los campos de la montaña.

Al mediar el día, había saltado el Sur, ya iniciado desde el amanecer en hábitos tibios, que sólo el ábrego puede levantar en los días primerizos de Marzo; iba creciendo el temeroso vocear del río y llegaba al fondo del *ansar*, apagado en un runruneo solemne Martín pensó volverse a la aldea: al paso perezoso del ganado tardaría una hora lo menos: el tiempo justo para no llegar de noche.

Se levantó el muchacho y su vocecilla aguda rompió el sosiego de la tarde, arrullada por el río.

—¡Vamos... *Princesa, Galana*, arre...: arriba, *Pinta*..., *Lora*, vamos!

Hubo un rápido jadear de carne, con sendas sacudidas de collaradas y sonoro repique de campanillas; y los seis animales se pusieron en marcha delante del zagal.

Al cuarto de hora de camino, Martín empezó a inquietarse; el río bramaba como una fiera, mucho más que por la mañana. Y cuando el muchacho se fué libertando de la espesura intrincada del *ansar*, vió con terror que no quedaba en las altas cimas de la cordillera ni un solo cendal blanco de la reciente nevisca; la hoguera del sol y los revuelos del ábrego realizaron el prodigio.

—Irá el río echando pestes—decíase Martín:—habrá llegado punto menos que al puentecillo, y talvez el ganado tema vadear...

Impaciente, arreó vivo y apretó el paso; y a poco, alcanzó a ver el desbordamiento de las aguas en los linderos del bosque. Dió una corrida para asegurarse de si estaba firme su puente salvador... ¡estaba! Respiró tranquilo... Ahora todo consistía en que las reses vadearan tan campantes como de costumbre. Las incitó: estaban un poco indecisas; volvían hacia el muchacho sus cabezas nobles, en cuyos ojazos mortecinos parecía brillar una chispa de incertidumbre... Hubo unos mugidos interrogantes.

Ansioso el niño, las excitó más y más, y de pronto, una entró resuelta, río adelante; las otras la siguieron, mansas y seguras, menos la *Pinta* que, rezagada siempre, no había dado un paso.

Martín la arreó, acariciándola:

—¡Anda, tonta, tontona!

La vaca no se movía.

El zagal, imperioso, la empujó: pero ella mugía, obstinada y resistente, hasta que, sacudiendo su corpazo macizo, con brusco soniqueo de campanillas, dió media vuelta alrededor del muchacho y se lanzó a correr hacia el bosque.

Quedóse Martín consternado y atónito. Pero no tuvo ni un momento de vacilación: su deber era salvar a la *Pinta* de la riada formidable que, sin tardar mucho, inundaría por completo el *ansar* mecido entre los dos brazos del coloso.

Las otras cinco vacas, dóciles a la costumbre de aquella ruta, acababan de vadear el río con denuedo, y Martín, hostigándolas desde la orilla con gritos y ademanes, las vió andar lentamente camino de la aldea. Entonces corrió en busca de la compañera descarriada, la mejor de su rebaño, aquella en que la familia toda se miraba como en un espejo.

Sonaba el tintineo melódico de la esquila, con placidez de égloga, en la espesura del bosque soñero; y, guiado por aquel son, el niño halló a la bestia jadeante y asombrada delante del segundo torrente que el río derramaba en el "ansar". Le amarró el pastor al collar, una cuerda que desciñó de la cintura y, riñéndola, muy incomodado, la obligó a tornar a la senda conveniente.

La *Pinta* no opuso resistencia: tal vez estaba arrepentida de su insubordinación, a juzgar por las miradas de mansedumbre con que respondía a las amonestaciones severas de Martín.

—¿No ves, — bruta — decíale, afligido y razonable, — que estamos, como quien dice, en una ínsula;... ¿No ves que todo esto se va a volver un mar, mismamente, y que si te ahogas pierde mi padre lo menos cuarenta duros?... ¡Pues tendría que ver que no supieras pasar!... Sería esa más gorda que otro tanto!...

La charla afanosa del rapaz y el blando soniquete del esquilón daban una nota argentina a la orquesta grave de la riada. Habíase encalmado el viento; dormía, sin duda, en algún enorme repliegue de las montañas azules, sobre las cuales temblaba puro el lucero vespertino, arrebolado de nubes rojas.

El bravo corazoncillo de Martín golpeaba fuerte cada vez que el niño pensaba en el puente liviano del alisal.

Había ensanchado el río atrozmente sus márgenes en el tiempo que el zagal perdiera con la fuga de la *Pinta;* ahora, el vado espumoso y borbollante no remansaba.

Angustiado el niño, viendo crecer la noche con aquel asedio terrible del agua, amarró la vaca a un árbol y trepó a cerciorarse del estado del puente.

Pero el puente... ¡había desaparecido!

Martín, anonadado, estuvo unos minutos abriendo la boca, en el colmo del estupor, delante de aquella catástrofe irremediable y espantosa. Un velo de lágrimas cayó sobre sus ojos cándidos. ¿Qué hacer?... Sintió una necesidad espantosa de pedir socorro a voces: de llorar a gritos; pero la soledad medrosa del paraje y el estruendo de las aguas, le dominaron en un pánico mudo, aniquilador. Alzó maquinalmente la mirada al cielo, y la súbita esperanza de un milagro acarició su alma con un roce suave, como de beso; ¡si viniera un ángel a colocar otra vez el puente en su sitio!... Y ensayó el pastor unas vagas oraciones, repartidas, confusamente, entre la Virgen del Carmen y San Antonio.

Pero ¡el ángel no venía; el río seguía creciendo, y la noche cayó, impávida y serena, encima de aquella desventura!

Asiéndose entonces a la única posibilidad de salvación, Martín se llegó hasta la *Pinta*, la desamarró y, acariciándola mucho, mucho, con las manitas temblorosas, le echó un delirante discurso, rogándola que vadease el río y que lo salvara. Despacio, con grandes precauciones, según le hablaba, se subió a sus lomos, asiendo siempre la soga con que la había apresado.

Martín empezó a creer en la realización del prodigio, porque la bestia, sumisa y complaciente, entró sin vacilar en el agua, llevándole encima. Y llegó a su apogeo el tremendo lance lleno de temeridad y de horror.

Hundíase el animal en el río espumoso y rugiente, y resbalaba y mugía, en el paroxismo del espanto, mientras que el niño, abrazándose a la recia carnaza vacilante, la besaba, sollozando, gimiendo unas trémulas palabras, que tan pronto iban dirigidas a Dios como a la *Pinta*.

La tonante voz del río empapaba aquella humilde vocecilla de cristal, cuando el alma candorosa del pastor sintió otra vez el beso del milagro. Dominando el estrépito de la riada, unas voces le llamaban con insistencia: había gente, sin duda, en la otra orilla; le buscaban sus padres, sus vecinos...

Martín se creyó salvado. Alzó la frente en las tinieblas con un movimiento de alegría loca, y al soltarse del brazo que daba a la *Pinta*, un golpe de agua le echó a rodar en las espumas del rabión.

Todavía, por un instante, tuvo Martín asida una tenue esperanza de vivir; conservaba en su mano la cuerda que la vaca tenía atada al collar. La corriente, de una bárbara fuerza, tiraba del niño hacia abajo; hacia el abismo; hacia la muerte. La vacona, con la elocuencia brutal del esfuerzo y berridos, tiraba de él hacia la orilla... Pero, ¡podía más el rabión, que ya iba arrastrando al animal detrás del niño!

Entonces él, bravo y generoso en aquel instante supremo, soltó la cuerda, y dijo con una voz ronca y extraña:

—¡Arre, *Pinta!*

Aún, gritó: ¡madre! Abrió los brazos, abrió los ojos, abrió la boca, creyó que todo el río se le entraba por ella, turbio y amargo; sintió como el vocerío de la corriente, que todo el día le estuvo persiguiendo, le metía ahora por los oídos una estridente carcajada, fría y burlona, como una amenaza que se cumple; y vió, por fin, cómo temblaba en el cielo, entre nubes rojas, el lucero apacible de la tarde... El rabión se lo tragó en seguida, inerme y vencido, pobre flor de sacrificio y humildad...

La *Pinta*, dueña de la codiciada margen, miraba con ojos atónitos y mansos a un pequeño grupo de gente que la rodeaba, y a una triste mujer que, habiendo recibido en mitad del corazón la postrera palabra de Martín, en trágica respuesta, contestaba a grito herido:

—¡Allá voy, allá voy!...

Y corría la infeliz, ribera abajo, a la par del río, hundiéndose en los yerbazales inundados, perdida en las negruras de la noche, y en la sima de su dolor.

Notas y Comentarios

LITERATURA NACIONAL. — Hemos recibido dos novelas nacionales interesantísimas. Nos referimos a: "La familia de Gutierrez" original del señor Mateo Magariños Borja, y "Doñarramona" original del señor José Pedro Bellán.

En este número de "Selecta" no nos podemos ocupar con la extensión que fuera nuestro deseo de estas dos obras, que vienen a poner una simpática nota de actividad en el indiferentismo, chatura y esterilidad del ambiente literario, sobre todo en lo que a la novela se refiere.

Tanto Magariños Borja, como Bellán no son desconocidos en nuestro medio artístico. De ellos se han podido apreciar en revistas y diarios muy buenas colaboraciones.

En nuestro número próximo hablaremos extensamente de estas dos novelas que significan un esfuerzo meritísimo.

JOYAS, PIEDRAS PRECIOSAS.— ¿Hay nada que complete mas el atavío de una mujer, que las joyas?

¿Y hay nada que más seduzca, que más sugestione el espíritu femenino que las joyas?

El divino poeta de la leyenda de "Fausto", conocedor profundo del alma femenina, hace que "Mefisto" deslumbre con un estuche pleno de joyas a la inocente Margarita. Gounond, el gran músico francés, ha escrito para este pasaje del poema de Gœte una de las más bellas páginas de su ópera. Todos recordamos con deleite la famosa "Aria de las joyas".

Joyas, muchas joyas; flores extrañas en que las piedras y los metales se hermanan formando la más poderosa seducción...

Las joyas son el más grande, el más bello, el más preciado adorno de la mujer.

Perlas, brillantes, piedras preciosas; en collares, anillos, pendientes, diademas... Todo lo que la más refinada fantasía ha realizado.

¿Dónde hallar esas maravillas? ¿Dónde encontrar las más famosas perlas, de magnífico oriente? ¿Dónde los brillantes de aguas más puras y de mayor tamaño? ¿Dónde las joyas más artísticas? ¿En qué casa podréis encontrar, bellas compradoras, todos esos ensueños materializados en joyas admirables?

Hay una casa que puede dar satisfacción más completa al gusto más refinado en materia de joyería.

Un rincón donde se acumulan tesoros, tal como los ha creado la fantasía en "Las mil y una noches". Un sitio donde la Margarita de Faust podría cantar la más divina, la más soberbia de sus arias, dejando que se deslizaran por sus manos los hilos de perlas más estupendos, los brillantes más admirables, los oros más artísticamente cincelados.

¿Pero dónde es ese sitio? — interrogan ansiosamente las damas que esto leen.

Daremos completa satisfacción a tanta justificada curiosidad: en la calle Ituzaingó 1433 está ubicada la joyería del señor José Garavalde. Ese es el sitio de maravillas, donde se acumulan brillantes, perlas, piedras preciosas, alhajas, collares, tornillos de perlas... todo lo que pudiera soñar un nabad de leyenda.

GRAN EXPOSICION DE AUTOMOVILES. — Sarandí 450; esquina Misiones. — La importante casa introductora de automóviles de los señores Lohigorry Hermanos se ha trasladado a la calle Sarandí 450, esquina Misiones.

Es necesario que las personas de buen gusto y aquellas que deseen realizar una compra excelente y con toda clase de garantías, visiten la importante exposición que en el referido local se halla abierta al público.

En esa exposición se hallan espléndidos autos Lancia, Chandler, Grant Six y Camiones República, marcas todas de acreditadísima fama.

Adjunto a la exposición están los salones de ventas, donde se encuentran los insuperables neumáticos Firestone, de cubierta gris.

La nueva instalación está hecha en forma que honra al comercio nacional.

GUIA PROFESIONAL

MEDICOS

Dr. Francisco Soca — San José 822

Dr. Luis Mondino — Uruguay 936

Dr. Alberto Mañé — Paysandú 830

Dr. Juan C. Dighiero — Mercedes 922

Dr. Federico Garzón — Millán 374

Dr. Albérico Isola — Uruguay 967

Dr. Julián Alvarez Cortes — 8 de Octubre 218

Dr. Juan A. González Tafernaberry — CIRUJANO PARTERO — Boulevard Artigas 1419

Dr. Elvio Martínez Pueta — Ada. Gral. Rondeau, 1512

Dr. Constancio Castells — 18 de Julio 1998

Dr. Arturo Alvarez Mouliá — 25 de Mayo 269

ABOGADOS

Dr. Claudio Williman — Av. Brasil y Ellauri

Dr. Carlos Martínez Vigil — Zabala 1426

Dr. Blas Vidal — Rincón 442

Dr. Luis A. de Herrera — Colón 1308

Dr. Germán Roosen — 25 de Mayo 428

Dr. Agustín Cardoso — Treinta y Tres 1405

Dr. Pablo Zufriategui (hijo) — Uruguay 780

MEDICO VETERINARIO

Dr. Antonio De Boni — Chucarro 74 (Pocitos) — Teléf. Uruguaya 1271 (Cordón)

DENTISTA

Artigas Mier Odizzio — Reducto 2491

MASAJISTA

Carlos Siemers — Convención 1234

ARQUITECTOS

Arteaga y Lasala — Alzaibar 1313

ESCRIBANOS

Mario Henón — Rincón 472

Mario Márquez — Av. Brasil 154

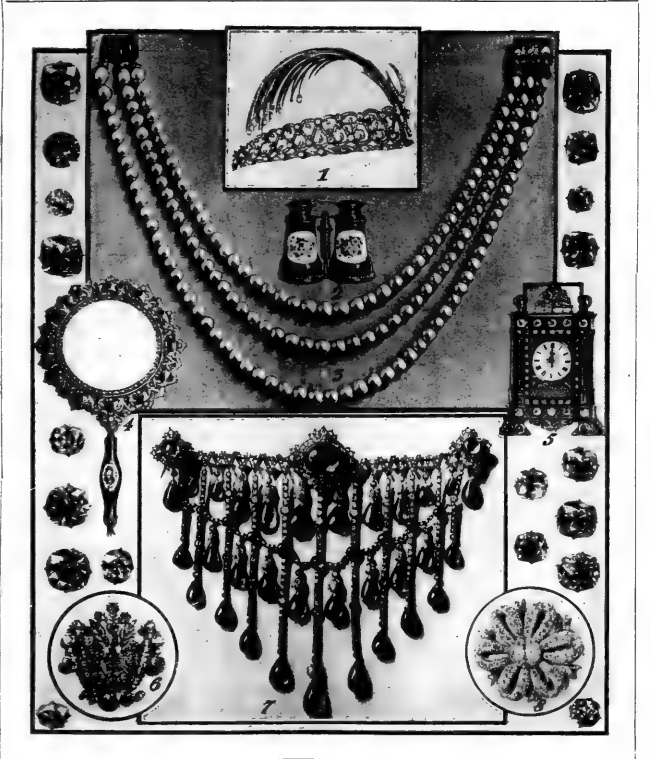
REMATADOR

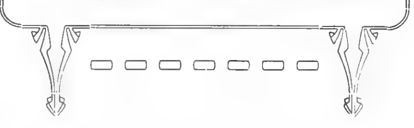
Antonio Zorrilla — Misiones 1364

EL PERÚ SECULAR

1 2 3 4 5 6 7 8 9

El conflicto de Tacua ha puesto en el tapete de la actualidad a la República hermana del Perú. Damos en esta nota algunos detalles de las ciudades peruanas: 1. Plaza Principal del Cuzco. — 2. Plaza del Cuzco, la Cátedral y la Universidad. — 3. Arriba: Cámara de Senadores, Lima. Riquísimo artesonado de primorosa talla. En círculo: La puerta de entrada del Cuzco. — 4. Arriba: interior de la Cátedral de Lima, uno de los más célebres templos históricos de Sud América, en círculo: una tropilla de llamas. — 5. Palacio Inca del Cuzco, donde se ven las grandes piedras que los ingenieros modernos no han podido averiguar todavía cómo fueron colocadas. — 6. Patio de la Universidad del Cuzco, de Arquitectura Colonial. — 7. Lima, la Plaza de Armas. — Restos del antiguo templo del sol, modelo de ingeniería. — 9. Calle Angosta del Cuzco, con edificios de la época colonial.





Las joyas de Abdul Hamid

El ex sultán rojo tenía, entre sus joyas, unos gemelos y, entre sus muebles, un piano. Los cristales de Zeiss y los pianos Pleyel o Erald son ventanas abiertas hacia la democracia, aunque se hallen en poder de un sultán rojo. Por eso, cuenta una anécdota, que aquel piano solía lanzar al aire los cantables de la opereta "L'fille de Madame Angot", y se supone que los gemelos le servirían para espiar desde los balcones de palacio a los turistas extranjeros.

Y no es arriesgado afirmar que el jefe de los creyentes hubiera cambiado su trono por un "avant scene" de cualquier teatro ligero parisiense, y las mujeres de su escondido harén por el harén suelto del París galante.

Todo cansa en este mundo, todo, hasta el oficio de sultán. El hastío dominaba al monarca que procuró distraerse convirtiendo su imperio en un inmenso circo donde la soldadesca hacía de fiera.

Aquel sultán de opereta trágica, atado a su trono por la costumbre y la megalomanía hereditaria, aquel irresponsable asesino hubiese querido descansar entre halagos de las alegres chicas, analizando con los gemelos figuras de danzarinas y coplistas.

Y este ensueño acariciado por las ligeras notas de "Madame Angot" fué, sin duda, un calmante de las sultanescas iras. ¡Cuántos desdichados armenios deberán la vida al influjo de los dos trebejos! ¡Qué bien hubieran hecho los filántropos distribuyendo pianos y gemelos entre las altas autoridades del sultanato rojo!

Abdul Hamid no pudo usar sus ricos gemelos en los teatros parisienses, porque la corona es una cadena. Los jóvenes turcos se encargaron de convertirle en un hombre apto para el destierro y para las diversiones que proporciona el estado civil.

Pero el sultán rojo, después de despintado, no pudo llevarse ni los gemelos ni el piano.

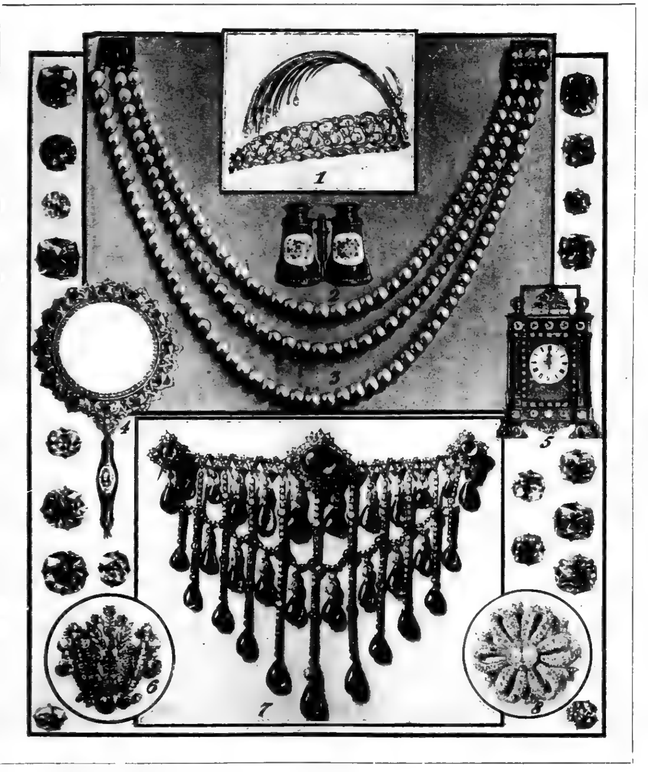
Más felices que él, sus joyas fueron a París para ser vendidas en pública remate, por orden del nuevo gobierno turco.

Las joyas, que, para mayor edificación de las generaciones, reproducimos ahora, son hermosísimas: Una diadema (1) de oro y diamantes con una media luna y un penacho de brillantes; el susodicho gemelo de teatro (2) de oro, esmalte y piedras preciosas; un espejo de mano (4) con marco de oro, esmalte y brillantes; un reloj despertador (5); un espléndido broche de diamantes (6); otro broche de corpiño empedrado de esmeraldas y diamantes (8); un cinturón de diamantes (7); y la mejor de todas: un collar de perlas tasado en 920.100 francos (3).

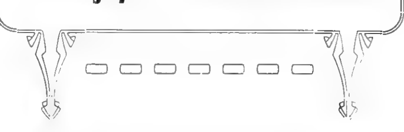




EN TERRITORIO MURMANO Construcciones tipicas de Murmania. Iglesia ortodoxa y casa de correos, esta última construida de madera y zinc. Todas las habitaciones de esta región rusa son construidas con estos mismos materiales



Las joyas de Abdul Hamid



El ex sultán rojo tenía, entre sus joyas, unos gemelos y, entre sus muebles, un piano. Los cristales de Zeiss y los pianos Pleyel o Erald son ventanas abiertas hacia la democracia, aunque se hallen en poder de un sultán rojo. Por eso, cuenta una anécdota, que aquel piano solía lanzar al aire los cantables de la opereta "L'fille de Madame Angot", y se supone que los gemelos le servirían para espiar desde los balcones de palacio a los turistas extranjeros.

Y no es arriesgado afirmar que el jefe de los creyentes hubiera cambiado su trono por un "avant scene" de cualquier teatro ligero parisiense, y las mujeres de su escondido harén por el harén suelto del París galante.

Todo cansa en este mundo, todo, hasta el oficio de sultán. El hastío dominaba al monarca que procuró distraerse convirtiendo su imperio en un inmenso circo donde la soldadesca hacía de fiera.

Aquel sultán de opereta trágica, atado a su trono por la costumbre y la megalomanía hereditaria, aquel irresponsable asesino hubiese querido descansar entre halagos de las alegres chicas, analizando con los gemelos figuras de danzarinas y coplistas.

Y este ensueño acariciado por las ligeras notas de "Madame Angot" fué, sin duda, un calmante de las sultanescas iras. ¡Cuántos desdichados armenios deberán la vida al influjo de los dos trebejos! ¡Qué bien hubieran hecho los filántropos distribuyendo pianos y gemelos entre las altas autoridades del sultanato rojo!

Abdul Hamid no pudo usar sus ricos gemelos en los teatros parisienses, porque la corona es una cadena. Los jóvenes turcos se encargaron de convertirle en un hombre apto para el destierro y para las diversiones que proporciona el estado civil.

Pero el sultán rojo, después de despintado, no pudo llevarse ni los gemelos ni el piano.

Más felices que él, sus joyas fueron a París para ser vendidas en pública remate, por orden del nuevo gobierno turco.

Las joyas, que, para mayor edificación de las generaciones, reproducimos ahora, son hermosísimas: Una diadema (1) de oro y diamantes con una media luna y un penacho de brillantes; el susodicho gemelo de teatro (2) de oro, esmalte y piedras preciosas; un espejo de mano (4) con marco de oro, esmalte y brillantes; un reloj despertador (5); un espléndido broche de diamantes (6); otro broche de corpiño empedrado de esmeraldas y diamantes (8); un cinturón de diamantes (7); y la mejor de todas: un collar de perlas tasado en 920.100 francos (3).

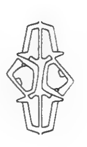




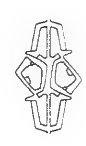
EN TERRITORIO MURMANO Construcciones típicas de Murmania. Iglesia ortodoxa y casa de correos, esta última construida de madera y zinc. Todas las habitaciones de esta región rusa son construidas con estos mismos materiales

Neumáticos Firestone

NEUMATICOS "Firestone"



Cubiertas tipo gris recien recibidas, especialmente fabricadas para Sud América



Agentes exclusivos en el Uruguay

LOHIGORRY HERMANOS

SARANDI, 450
esq. Misiones





DOÑA ANACLETA GONZALEZ VALLEJO DE LUNA

MATRONA patricia que evidenció con su cultura, su distinción y sus virtudes de ejemplo el señorío de las damas de antaño. — Al través de las épocas, su nombre nos llega rodeado de respetuosa auréola de abnegación y de nobleza.

« SELECTA » se honra en presentar tan ilustre dama a la digna consideración de la sociedad actual, — en la confianza de que sus resplandecientes prendas morales representan un símbolo de virtud y de bondad.



NEUMATICOS "Firestone"

Cubiertas tipo gris recien recibidas, especialmente fabricadas para Sud América

LOHIGORRY HERMANOS



M


Granese & Cidez
Robes y
Manteaux
OTOÑO E INVIERNO 1919
Derniers Creations
REGIBIDAS
DE LOS PRINGIPALES
MODISTOS DE PARIS
La Casa
de la Haute
BARTOLOMÉ MITRE, 1368
TELÉFONO DE MONTEVIDEO: 2818 CENTRAL

AÑO III ☙ NUMERO 18
MONTEVIDEO 1919

Selecta
Director: JUAN CARLOS GARZON



DECIAMOS AYER...

Bien podemos decir que "SELECTA" no ha interrumpido su vivir con este alto de tres meses a que la obligaron materialidades impositivas del camino.

Tal se ha conservado en el espíritu de nuestra más alta sociedad y de tal suerte persiste en nosotros el entusiasmo.

De ahí pues, que vuelvan sus páginas a deshojarse como las rosas, en las manos suavísimas de sus lectoras de ayer, — a quienes nuestro saludo reverencia.

"SELECTA" cumple su destino y prosigue su ruta por los senderos en flor, — al amparo de esta cultísima sociedad montevideana, que nos ha distinguido siempre con esa atención amable y gentil, que propia suya es.

Testimonio de justicia y de cortesía son estas líneas iniciales que desfloramos en su homenaje y que ratifican ampliamente el programa trazado.

Así es como "SELECTA" se dispone a ser la grata amiga de antes, reflejando la vida exquisita de nuestro mundo aristocrático: — diciendo de recuerdos y de esperanzas: — loando la belleza y la virtud tanto como la hidalguía y el talento: — haciéndose eco del encanto fragante y la elegancia sutil de nuestras fiestas y nuestros salones: — rememorando la nobleza y el prestigio de nuestro pasado histórico: — concretando, en una palabra, el arte y la hermosura, el amor y el entusiasmo, el corazón y la patria.

☙ ☙ ☙

Antes de seguir adelante, — "SELECTA" expresa su gratitud a todos los que contribuyeron a su pasado y a los que ahora van a contribuir a su esplendor: — damas y caballeros, intelectuales y artistas, que honran de prestigios y de virtudes el círculo de oro de nuestra más alta y representativa sociedad.

A la prensa y al comercio presentamos también nuestra salutación, confiados en que ahora, como siempre, nos favorecerán exquisitamente, adhiriéndose a nuestra obra, que humilde y todo, lleva ese sello de cultura y de belleza que la misma sociedad le proporciona, — blasón de aristocracia que eleva las almas, — penacho de luz que distingue los espíritus, — timbre de honor que señala a los mejores.....

Y para ti, gentil princesa de ojos soñadores, solo aspiramos ser, y te lo prometemos fielmente, — el ensueño azul que se llena de músicas de alas en el ángulo florecido del jardín, la celeste inquietud que tiembla frente a tu balcón, en la tarde dorada y en paz.....

LA DIRECCION


E. DE SALTERAIN HERRERA

El horror al silencio

Páginas del próximo libro "Cartas Fundamentales", — ensayo de crítica epistolar.

Mi querido Fabio:

Todos hablamos siempre con elevación del silencio; todos le alabamos en gracia de la inteligencia, de la sabiduría y del bien parecer; todos vamos tras él con afán, huyendo al ruido del vivir común; todos lo ambicionamos, mareados por la algarabía del rumor cotidiano; todos lo comprendemos, como la soledad y el recogimiento, en muchos trances de la vida. Sin embargo, Fabio, no hay por doquier horror más grande que el del temor al silencio. ¿Será tal vez porque el mundo es sempiterno ruido de la existencia humana? ¿Es posible, ya que el silencio de los murmullos terrenos, parece la negación del vivir.

En este orden de ideas, Fabio, pienso que si los habitantes de las regiones cercanas a la inmensa catarata del Niágara, — que noche y día escuchan el estruendo de las aguas despeñadas con ímpetu sin igual, — sintieran de pronto al torrente detenido, quieto, mudo; si de oir con indiferencia el fragor horrísono, pasaran aquellos seres a atender sorprendidos al silencio repentino de la cascada, ¿qué horrible temor, qué mortal angustia de soledad, no les dejaría la quietud majestuosa de las aguas y el siniestro callar de su rumores infinitos?

Parecida a la dicha cosa, Fabio, es la que ocurre con el silencio en la conversación cotidiana: que indiferente o molesta, ella nos sobrecoge de horror cuando cesa; pues hablando unos con languidez y otros con animación, todos sentimos el invencible temor de quedar callados. ¿Por qué ese negro horror al silencio, natural y frecuente en el trato sin artificio? Aunque parezca cordura y descanso también, el callar oportuno, — cordura y además cortesía, es para el mundo frívolo el hablar sin medida, ahuyentado el fantasma aterrador del silencio; por eso, se arroja a la conversación, todo aquello que puede animarla, y cuando no hay más de que disponer, cuando el callar asoma a los rostros, entonces, como en un naufragio, se sacrifican las cosas de mayor precio: la honra del prójimo, las afecciones puras, la desgracia ajena, todo en fin, — el lastre suficiente para mantener a flote la conversación. Así hablan a menudo los poderosos y los humildes, los afortunados y los hijos del pueblo, — más los primeros que los últimos; y, pues, unos y otros con frases hechas, — ora pulidas o ya toscas, — unos y otros no quieren al silencio por miedo a pensar, y no quieren pensar por miedo al silencio.

En el común afán de hablar, no callamos nunca, Fabio, ni menos concedemos el piadoso derecho ajeno al silencio, que unas veces nos parece incivilidad, o delito, o recelo mísero, otras ignorancia, y las menos prudencia y sabiduría; y por mucho hablar de todo, del silencio solemos tratar enfáticamente, alabándole como la soledad que decimos amar, pero que medrosos no alcanzamos jamás. Con lo que, horrorizados de callar en el mundo, nos expresamos con el labio o la pulma, rellenando de palabras los sagrados silencios, como el dolor de lamentos vanos y el egoísmo de frías razones, — pintiparándonos con ello, a los compositores que desdeñan por mudos los intervalos musicales, o a los arquitectos sin gracia, que cubren de adornos los ventanales de un edificio.

Si "pensar es abstenerse de hablar", — según dijo Bain, — no es siempre el hablar razón de no pensar, como en sociedad de tímdios o de atolondrados que se obligan a la conversación. También es razón — y ostentosa, — del hablar, el pensar continuo de muchos, que por huir del silencio, a éste imponen alborozados, rebuscando en la mente el concepto que transforma el trato común en gimnástica del ingenio; lo cual, tienen los tales que así hablan, por virtud del entendimiento, cosa que no es más que recurso pobre de la vulgaridad espiritual, que en el mundo lleva el nombre de extravagancia. Al silencio se va de ese modo, por demasiado temerle, pero al silencio impuesto, a semejanza del que atónito procura el vulgo a los charlatanes de feria, y no al callar propio de la conversación natural, que tiene placenteros descansos como el vivir con llaneza.

Así como así en el mundo del vivir hablando o escribiendo, horror por el público silencio y por el abandono de su persona, experimenta el que no cesa de hablar de la propia, el que enamorado vive de sí mismo, juzgándose muy interesante y digno de ajena atención. Y en esta frívola tarea ¡cuántas palabras se emplean ingenuamente, para adelantarse a la indiferencia general! Temeroso Monga del abandono público, habla él mismo de su persona, sin notar que donde ve un ser, tres son, por lo menos, los animados: Monga, el Monga de Monga, y el Monga del público. El primer Monga, — que el nombardo no ve, — suele ser real; falso el segundo cuando no engañoso; el tercero contradictorio, — y ninguno de los tres interesa a nadie, como en la calle la mercancía que se pregona y que sólo desengaños al curioso procura. ¡Cuántos hombres así, cuántos melones, Fabio! ¿Es que hay pánico mayor que el de los necios, por el silencio que les rodea? Es que hay rencor más profundo que el de los mismos, cuando la gente los abandona? Horror a la despreocupación de la gente, encono a la indiferencia pública, vanidad superlativa de los tontos, silenciosa rabia del fracaso, implacables esfuerzos de obcecado, ¡cuántas lenguas, cuántas plumas incansables mueves en la vida humana, para llamar la atención, para escapar al silencio!

Temor, y no arrojo, — vanidad y no virtud, — pero sí, vano miedo disfrazado de fortaleza sabia, — es lo que hace hablar a los cursis y a los vencidos, cuando la gente los calla; que a todo, ellos es resignan, a todo, menos al silencio y al pasar sin notarse. Y cuando no hay cursilería, ni despecho en los que de sus personas hablan gozosos para escapar al silencio, hay en el pensamiento aquella estimación pueril de sí mismo, que Mme. de Longueville explicaba en cierta ocasión, así: "... me complace más que nada, — escribía, — ocuparme en mí misma y ocupar con eso a los otros, pues el amor porpio hace que agrade más hablar de sí mismo, aunque sea mal, que no decir nada de nosotros, etc.". Lo cual, Fabio, es un modo piadoso de entretener en la soledad, a muchos que creen tener talento mayor que el de la penitente ilustre de Port-Royal; modo ingenuo, ocupación grata como la de los novios en compañía, que no se aburren de estar juntos, hasta que no hablan más de sí mismos. ¿Qué sería de éstos sin la palabra, por muchas acciones mudas que ejecutaran? — y — ¿qué de su amor, — en cambio, — sí sólo hablando pasaran la vida? Esto último, Fabio, — sería peor que enmudecer, porque en amor es preferible el silencio al ruido, aunque digan lo contrario los novios conversadores, que embelesan a sus amantes hablándoles sin cesar de todo: del presente y del porvenir, de los libros morales, del precio de las legumbres, del matrimonio civil, del cinematógrafo, de la política, del campo "verde como la esperanza", de las pastillas de menta, de los colchones blandos y de otras cosas más de gran trascendencia en la vida de relación; y todo ello, dicho en voz baja para que sólo el amante lo oiga, ¡qué gran valor cobra y qué alas no da a la dorada ilusión! Conocí yo un hombre muy conversador y optimista, — Fabio, — que casó para hablar en secreto con su mujer, desesperado de no tener a quién decir en voz baja cosas tan importantes a estilo de las que he enunciado; pero como su mujer no casó para lo mismo, hoy se aburre una barbaridad con los secretos del marido. (Excuso decirte, que él es un hombre *muy interesante*, como dicen de los zonzos las señoras de sociedad).

En fin, Fabio, — ¿qué hemos de hacer contra todo eso del trato de gentes? — y a fin de cuentas, ¿por qué hemos de pretender algo en su mal? Resignémonos, apercibiendo, solamente, — que si tanto se temiera al hablar como al no decir nada en el trato, la vida sería más útil, — sí, — pero, en cambio, menos divertida, porque algunas personas, ciertos libros y muchos cuadros famosos, no oirían ya las sublimes tonterías que en el mundo dan la noción del infinito. Además, no habría novios acaramelados, no habría mujeres bonitas, no habría política, no habría crítica, no habría dinero, no habría duelos de honor, no habría tertulias ni mayorías, no habría pedantes, no habría periódicos, no habría gobierno, ni religión, ni guerra, — no habría títulos, no habría discursos, no habría cohetes, ni escándalos, no habría siquiera muertos, no habría nada, en fin, de las muchas cosas risueñas que horror tienen al silencio y al aislamiento. Todo sería solemne, virtuoso, prudente, sabio, — pero todo sería triste y fastidioso como el hastío; y entonces, ¡oh Fabio! — suprimido el mal y el ridículo y la tontera humana, ¿de qué habríamos de burlarnos sino del bien, por temor de quedar callados?...

Eduardo de Salterain Herrera.



Sra
Sara Guani
de Saavedra

Con su hermosura deslumbrante, Doña Sara Guani de Saavedra, es un prototipo de belleza digno de aquellos maravillosos joyeles que Fidias cincelaba en los más blancos mármoles pentélicos. Pudiera decirse que su luminosa belleza de raza deja tras sí el resplandor triunfante de la divina Eucaris griega, — impecable belleza de alma en flor y estatuarios perfiles...

EN FAVOR DE LA OBRERA

Un núcleo de distinguidas damas y señoritas acaba de constituir en Montevideo el primer Patronato de Obreras, cuya presidencia inviste la ilustre señora doña Margarita Uriarte de Herrera, infatigable e inteligente luchadora en las distintas obras de beneficencia y redención social.

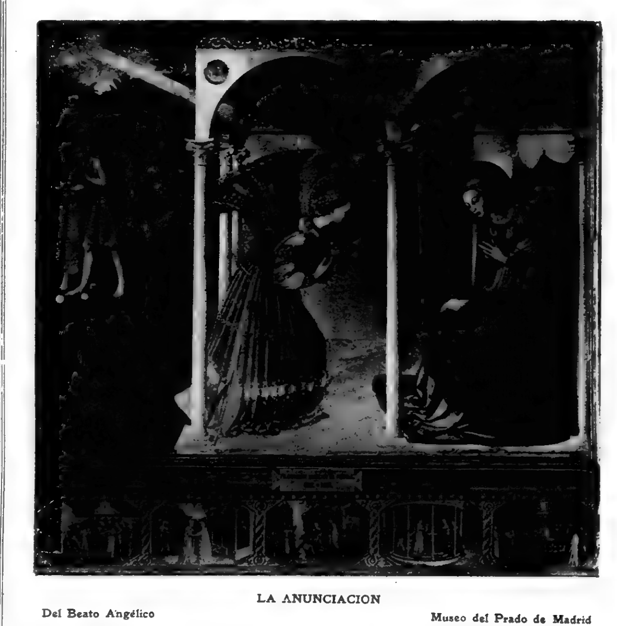
La obra es realmente tan noble y generosa que pudiera llevar por escudo un corazón. Nuestras damas se proponen defender, ayudar, velar, por todas las obreras uruguayas, que en la lucha por la vida, sufren y se agostan a veces tan cruelmente. Cariño desinterés, ideales, cultura, repartos generosos, ofrece el Patronato de Damas a nuestras obreras, en bien de quienes proyecta realizar una obra grande, de impulsos patrióticos y de móviles humanitarios. El programa de acción es sintético y valioso: formar bibliotecas circulantes para repartirlas en las fábricas a las obreras, construir casas baratas de fácil amortización, ofrecer la copa de leche y la gota de leche a los niños de las escuelas y a las madres que crían, dar conferencias instructivas y morales, fundar escuelas, establecer alcancías, repartir víveres y ropas en cada estación, mejorar en una palabra la situación y el alma de nuestra obrera.

Hermosa bandera de lucha, bello programa de combate!

Para atraer a la juventud trabajadora, la primera medida del Comité de Damas ha sido acercar distancias antes no encontradas, — probando con ello que del llano a la altura no hay líneas que separen definitivamente, — que al fin el corazón humano es uno sólo y fraterniza siempre en todas las latitudes.

Dispuestas a tal fin, las damas del Patronato ofrecieron los otros días a las obreras de la capital, una fiesta sencilla y amable, que se llenó de atractivos.

En la hermosa quinta de doña Margarita Uriarte de Herrera se congregaron más de doscientas obreras jóvenes, que llenaron de alegría primaveral, como una gran bandada de golondrinas, el frondoso parque. Las damas de la Comisión atendieron delicadamente a las obreras que apenas llegadas se diseminaron bajo la fronda, cantando y danzando como colegiales. Entre gramófonos y risas,—bailes y cantos,—la tarde transcurrió en alas de una sana alegría. La Comisión de Damas obsequió con un lunch a las obreras amigas y no faltó quien se amparara a la sombra de un rincón fresco y dulce del parque, para dedicarse al mate tradicional, "bueno y tibio como una mano"...



Del Beato Angélico — LA ANUNCIACION — Museo del Prado de Madrid

Entrada la tarde regresaron a la ciudad las obreras de la fiesta, henchida el alma de reconfortante alegría y los pulmones de aire soleado y puro...

El Patronato de Obreras que así inicia tan entusiastamente su noble labor está compuesto por las distinguidas damas de nuestra sociedad, Señoras: Margarita Uriarte de Herrera, María Elena E. de Casaravilla, Lucrecia O. de Berro, Eulalia S. de Urtubey, Carmen Belgrano de Posadas, Sara Urioste de Terra, Martha Costa de Carril, Lola Díaz de Basañez, Rosa M. de Morelli, Beatriz Guani de Durán, Elena R. de Pareja, Rosa B. M. de Milans, Lucía Narbondo de Guillot, Pepita de Escarza de Quintana, María Cristina M. P. de Pietracana, Myrra Rosatti de Ros, Lola Ll. de Comas, Ascención B. de Morató, Margarita Brunel de Barreiro, Sarah Carve de Urioste, Blanca U. de Heber Uriarte, Sofía Stajano de Serratosa, y Señoritas: Lola Carve, María Crosta, Carmen Díaz, María Muñoz, Lucrecia Berro Olascoaga, Maruja Durán Guani, Margarita Heber Uriarte, Adela Pastori, María Fleurquin, María Inés Garzón. Como complemento necesario de esta labor altruista, es de esperarse que el pueblo y la sociedad uruguaya, respondan generosamente a los llamados que el Patronato deba realizar para llevar a cabo sus ideales, —ya que una obra de estas no se hace carne sino cooperan a ella todos los que material y moralmente pueden hacerlo. El bien es el amor, — y estar dispuesto a hacerlo, es elevarse, llenarse de gracia divina, cumplir con la más íntima y más grande de las tareas humanas.

Montevideo tiene en su seno un grupo selecto de damas generosas y nobles, — a las que acompaña en todo momento el alma colectiva de la ciudad, llena de la satisfación legítima y enorgullecedora que produce el altruismo.

Además, — todo lo que por el mejoramiento social de las clases que laboran se realice aquí o en cualquier parte del mundo, — es obra que sale del corazón y va al corazón: — quiere decir, es obra de bien que merece y conquista simpatías y adhesiones.

De ahí pues, que no se pueda esperar en este caso otro resultado a la feliz iniciativa de las damas del Patronato, — que la adhesión decidida y entusiasta de la sociedad montevideana, — que estamos seguros prestigiará y engrandecerá la bella tarea de alegrar la vida de nuestras obreras tristes, remediando en lo posible sus penas y trabajos, extendiéndoles la mano amiga con la expresión dulcísima de un cariño que se ofrece, de un bien que se hace, de un deber que se cumple.

Y ante la gran tarea que se despliega, — sólo nos queda, — entre tanto, — felicitar a las damas del Patronato, felicitar a las humildes obreras montevideanas y quedar caballerezcamente a las órdenes de la digna comisión iniciadora.



Srta.
Margarita Idiarte
Borda Platero.

En casa del Doctor Fernández Saldaña



Floreros de porcelana tipo Imperio, historiados, del año 1830. — El del centro tiene el retrato del coronel Dorrego. — El último que no tiene asas ostenta el retrato de Rosas, con banda azul, pieza extraordinariamente rara por este detalle, y una de las más bien conservadas entre todas las que se conocen.

A pesar de la materialidad de los días que pasan, entre el fárrago de utilitarios intereses creados por sobre las eternas sugestiones del espíritu, — aún quedan en Montevideo, — como enclavadas torres de otra edad, — algunas casas familiares, llenas de recuerdos, conservadoras amorosas de las antiguas prendas del hogar.

De esas gratas mansiones en que el cariño de los hijos cuida todavía de los viejos muebles, iremos sacando para nuestra revista interesantes motivos antiguos, que es hermoso comentar y alabar el corazón idealista de los que tienen alma y manos para guardar las viejas cosas queridas...

Cumpliendo así con uno de los temas preferidos de nuestro cartel, — SELECTA visitó en una tarde de éstas, al doctor José M. Fernández Saldaña, — conocido historiador nacional de profundo encariñamiento con el pasado familiar de sus ascendientes, de su pueblo natal y de la tierra patria...

— Yo no soy coleccionista, — nos dijo el doctor Fernández Saldaña. — No puedo serlo tampoco por la propia naturaleza de mi cargo de jefe del Museo Histórico.

— Pero Vd. tiene aquí en su casa una valiosa colección de objetos de arte y de antigüedades.

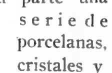
— Descontando un poco lo que pueda significar el adjetivo valioso, — talvez Vd. tenga razón.

— Pero entonces, ¿es o no es coleccionista?... ¿En qué quedamos?...

— Guardo, conservo, dos colecciones o como Vds. quieran llamarlas... que hicieron respectivamente mi padre y mi madre. Mi padre que vivió cerca de cincuenta años en el Salto, fué lo suficientemente salteño, — aunque era español, — para hacer una biblioteca y una colección salteñas: libros, diarios, billetes de los bancos locales, vistas, — un conjunto un poco heterogéneo si se quiere, pero valioso, y no temo afirmarlo, sin parecido, verdadera base para un museo Salteño. En el libro "Historia del Salto" que en colaboración con el doctor César Miranda, escribí hace algún tiempo, y que debe aparecer en estos días, utilízase muchísimo ese material reunido por la minuciosa curiosidad de mi padre. Mi señora madre, juntó por su parte una serie de porcelanas, cristales y algunas piezas de vajilla en plata, del Salto, que aquí en Montevideo pudo acrecentar con mi colaboración, eficazmente. Este es el plantel de las cosas que hay en casa, — añadiéndole además algunos cuadros antiguos de familia, un Durand-Brager, dos o tres Blanes, unos De-Santiago, un Herrera, varias cosas muy lindas de José Luis Zorrilla... y es todo.



Velón de bronce usado en el Salto





La cebadora de mate, bajo relieve de Juan Luis Blanes. Es una de las obras más características del malogrado escultor, de quien quedan tan pocas originales.

— Todo ¿seguro?...



— No. Tiene Vd. razón. Faltaría mi colección iconográfica, retratos y láminas nacionales, pero eso es otra cosa: es asunto de estudio como la biblioteca. Y además la colección está dormida desde que dirijo el Museo Histórico. Desde entonces, como corresponde, trabajo para la colección del Museo que se ha centuplicado. Y al Museo Histórico irán a parar, al fin, estos conjuntos de mi casa, sin mayor tardanza, quizás...

— ¿Piensa deshacerse pronto doctor?

— No puedo señalar plazo, pero estoy dispuesto a ser yo mismo quien los entregue a esa *"colección de todos"* que es el Museo. Me ha horrorizado siempre pensar en las profanaciones póstumas... el aventar de la colección de don Adolfo Piñeyro por ejemplo, — y todos esos remates atroces de las casas viejas, donde los aficionados y los profanos manosean, — manoseamos — todo y revolvemos todo, y cada uno arrebata un poco...

Quiero librar de ese triste destino a estas cosas guardadas aquí en casa: entregarlas de mis manos, colocarlas a mi gusto, haciendo una donación condicional, — en conjunto, reunidas todas en sus vitrinas, para que vivan como han vivido hasta ahora en hermandad y... en amor, desde tantos años...

Sitial tallado del siglo XVIII

... Porque como creo que las cosas también tienen un poco de espíritu, es bueno tenerlo en cuenta, por una piedad quintaesente y sutilizada, — que yo creo sentir, — aunque de ella no haga caudal ninguna religión ni hable ningún evangelio...

Y nos retiramos de la casa del doctor Fernández Saldaña, lleno el espíritu y el pensamiento de visiones lejanas, suavizada el alma de esa sutil melancolía de las cosas viejas, que son cariño, dulzura, piedad, virtudes de otros días, que aún hoy blasonan de superioridad a quien sabe cuidarlas con el corazón, dentro la vieja casa solariega anegada de recuerdos...



Fotc. Civitate

S. E. el Sr. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA

Dr. BALTASAR BRUM

"SELECTA" cree rendir un cumplido homenaje al primer magistrado de la nación, — engalanando con su retrato esta página de honor.



Porqué las cañas son huecas

Por GABRIELA MISTRAL

Gabriela Mistral, directora del Liceo de Señoritas de Punta Arenas, es la más grande poetisa chilena y una de las primeras escritoras de América. Las mejores revistas de España y América se disputan su colaboración. El cuento que publicamos es una hermosísima página, delicada y profunda.

I

Al mundo apacible de las plantas, también llegó un día el huesped turbulento de la revolución social. Dícese que los caudillos fueron aquí las cañas vanidosas. Maestro de rebeldes, el viento hizo la propaganda, y en poco tiempo más no se habló de otra cosa en los centros vegetales. Los bosques venerables fraternizaron con los jardincillos locos en la aventura de la lucha por la igualdad.



Pero ¿qué igualdad? ¿De consistencia en la madera, de bondades en el fruto, de derecho a la buena agua?

No; la igualdad de altura, simplemente. Levantar la cabeza a uniforme elevación, he ahí el ideal. El maíz no pensó en hacerse fuerte como el roble, sino en mecer a la altura misma de él sus espiguillas velludas. La rosa no se afanaba por ser útil como el caucho, sino por llegar a la copa altísima de éste y hacerla una almohada donde echar a dormir sus flores.

¡Vanidad, vanidad, vanidad! Delirio de ser grande, aunque, siéndolo contra natura, se caricaturizaran los augustos modelos. En vano algunas flores cuerdas, — las violetas medrosas y los chatos nenúfares, — hablaron de "ley divina y de soberbia loca". Sus voces sonaron a chochez.

Un poeta viejo, con las barbas como Nilos, anatematizó el proyecto en nombre de la belleza, y dijo sabias cosas acerca de la uniformidad, odiosa en todos los órdenes. La belleza, esta vez como siempre, fué lo de menos.

II

¿Cómo lo consiguieron? Cuentan de extraños influjos. Los genios de la tierra soplaron bajo las plantas su vitalidad monstruosa y fué así como se hizo el feo milagro.

El mundo de las gramas y de los arbustos subió una noche muchas decenas de metros, como obedeciendo a un llamado imperioso de las estrellas magas.

Al día siguiente, los campesinos se desmayaron, — saliendo de sus ranchos, — ante el trébol, alto como una catedral, y los trigales hechos selvas de oro.

Era para enloquecer. Los animales rujían de espanto, perdidos en la oscuridad de los herbazales. Los pájaros piaban desesperadamente, encaramados sus nidos en atalayas inauditas. No podían bajar en busca de semillas. ¡Ya no había suelo dorado de sol ni humilde tapiz de yerba!

Los pastores se detuvieron con sus ganados frente a los potreros; los vellones blancos se negaban a penetrar en esa cosa compacta y oscura, en que desaparecerían por completo.

Entre tanto, las cañas victoriosas reían, azotando las hojas bullangueras contra la misma copa azul de los eucaliptus...

III

Dícese que un mes transcurrió así. Luego vino la decadencia. Y fué de este modo.

Las violetas, — que gustan de la sombra, — con las testas moradas a pleno sol, se secaron.

— No importa, apresuránronse a decir las cañas, — eran una fruslería.

(Pero en el país de las almas se hizo duelo por ellas).

Las azucenas, estirado el tallo hasta treinta metros, se quebraron. Las copas de mármol cayeron cortadas a cercén, como cabezas de reinas decapitadas.

Las cañas arguyeron lo mismo. (Pero las gracias corrieron por el bosque, plañendo lastimeras).

Los limoneros, a esas alturas, perdieron todas sus flores, por las violencias del viento libre. ¡Adiós cosecha!

— ¡No importa, — rezaron de nuevo las cañas, — eran tan ácidos los frutos!

El trébol se chamuscó, enroscándose los tallos como hilachas al fuego.

Las espigas se inclinaron, no ya con dulce laxitud; cayeron sobre el suelo, en toda su extravagante longitud, como rieles inertes.

Las patatas, por vigorizar los tallos, dieron los tubérculos raquíticos; no eran más que pepitas de manzana...

Ya las cañas no reían: estaban graves.

Ninguna flor de arbusto ni de yerba se fecundó; los insectos no podían llegar a ellas sin achicharrarse las alitas.

De más está decir que no hubo para los hombres pan ni frutos, ni forraje para las bestias. Hubo, eso sí, hambre; hubo dolor de la tierra. En tal estado de cosas, sólo los grandes árboles quedaron incólumes, de pie y fuertes como siempre. Porque ellos no habían pecado.

Las cañas, por fin, cayeron, las últimas, señalando el desastre total de la teoría niveladora. Cayeron, podridas las raíces por la humedad excesiva que la red de follaje no dejó secar. Pudo verse entonces que, de macizas que eran antes de la empresa, se habían vuelto huecas. Se estiraron devorando leguas hacia arriba; pero hicieron el vacío en la médula y eran ahora cosa irrisoria, como las marionettes y las figurillas de goma... Nadie tuvo, ante la evidencia, argucias para defender la teoría, de la cual no se ha hablado más, en miles de años.

Natura, — generosa siempre, — reparó las averías en seis meses, haciendo renacer normales las plantas locas.

Los campesinos aplaudían delirantes.

El poeta de las barbas como Nilos, vino después de larga ausencia, y, regocijado, cantó la era nueva:

"Así, bien, mis amadas. Bella la violeta por minúscula y el limonero por la figura gentil. Bello todo como Dios lo hizo: el roble, roble, y la cebada, frágil".

La tierra fué nuevamente buena: engordó ganados y alimentó gentes. Pero las cañas-caudillos quedaron para siempre con su estigma: huecas, huecas...

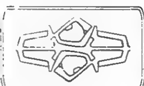
Gabriela Mistral.



DE NUESTROS CAMPOS







PALOMAS...



A Th.

Palomas, blancas palomas, pequeñitas almas rítmicas, como un copo de nieve, como un copo de espuma...

Palomas de ensueño y de leyenda, blancas palomas místicas de Jerusalém, — dulces palomas enamoradas de San Marcos y de Julieta y de Lilí, — románticas palomas del lago azul, del huerto en paz, de la dueña gentil...

Palomas, suaves y tibias palomas de armiño, simbólicas palomas amigas del olivo, de las casas viejas, de los campos felices, de la hermana agua y el hermano árbol...

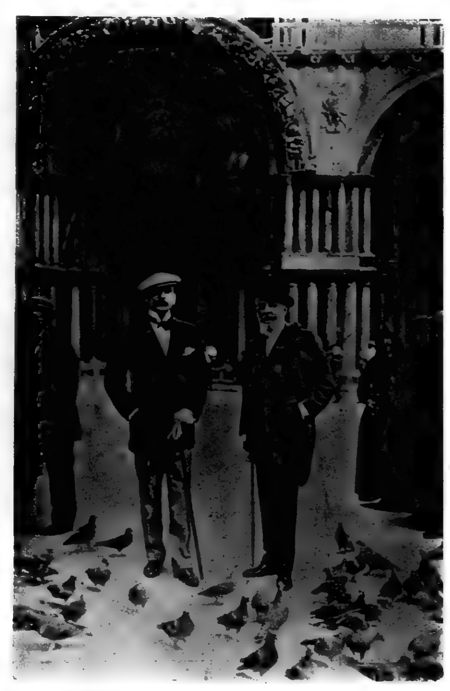
El espíritu santo en vosotras alienta, — sedantes, celestiales, ingénuas palomas domésticas, de sutil plumón lírico, mármol viviente, magnolia mongil con divina diadema de plumas, casta flor de Beatriz y Cecilia, de Teresa y María...

Casta flor de sagrada elegancia, opalina dulzura del cielo, melodiosa piedad, casta flor...

Con esas alas blancas de cándidos remontes, con ese pecho suave de rítmico temblor, con ese pico grácil, con esos ojos dulces, — palomas de la vida, — aún cruza vuestro vuelo la tarde de la Biblia, aún vienes del Egipto por sobre el mar audaz, aún buscas a María con el mensaje aquél, aún llevas la promesa del madrigal celeste, aún traes la alegría del mirto de la paz.

Palomas del ensueño, simbólicas palomas, el alma de la virgen tiene tu candidez, el alma de los lirios posee tu blancor, el alma del poeta lleva tu levedad... Palomas del ensueño, blanquísimas palomas, — alas de fe sagrada, c o r a z ó n laurel rosa, envío primaveral...

Lumen in coelo, — palomas del ensueño, suavísimas palomas...



Don Enrique Rodríguez Larreta y don Eugenio Garzón en San Marcos.- Venecia

En los días serenos, cuando el cielo es campana sonora de puro cristal sobre el mundo volcada, — son palomas también las canciones, que las viejas campanas de bronce, lanzan tristes y alegres al aire y al sol... Y en las tardes doradas de visiones lejanas, cuando el alma se va como un sueño con alas, en pegásicos vuelos de remotos azules, — son palomas también esas aves que sentimos partir del espíritu, como flechas de luz que se hunden en el viejo confín...

Y en la eterna canción del amor y el dolor inmortales, — oro y púrpura, flor y mármol, celaje y congoja, — son palomas también los suspiros, el pensar, el sufrir, el envío de un mensaje de amor y el recuerdo de un dolor perdurable, que en los remos alados de un sueño se nos van con afan y pureza, a buscar a Cecilia y Beatriz...

Palomas... Pequeñitas almas rítmicas, como un copo de nieve, como un copo de espuma...

En las m a n o s ducales sois amor y belleza, — en las manos virtuosas sois dulzura y amor, — en las manos humildes sois la gracia de Dios...

Lumen in cœlo, — palomas del ensueños, suavísimas palomas...

Ilusión, esperanza y anhelo... Líricas palomas de albos plumones y andar coquetón... Líricas palomas de la eucaristía, líricas palomas de paz y de amor...

Simbólicas palomas, blancas como la espuma, suaves como la seda, tiernas como las madres, — celestiales palomas de ilusión y piedad...

Los dioses, las princesas, las hadas y los hombres, sueñan con palomares de luz y de ideal...

Telmo Manacorda.

OMAR KHAYAM DE NAISHAPUR

Ha enflorado muchas primaveras el jardín donde el filósofo Khayam, amaba dialogar con sus discípulos...

Cómo una trágica teoría las centurias han inclinado sus horas invariables, gastando la loza que cubriera su larga barba de cien años.

Todos los favores de Nalik Shah, que minó su sabiduría, no pudieron detener el final derrumbe.

Y de aquella miseria divina, de aquella arcilla iluminada por quien sabe que designio milagroso, — superiores a los tiempos, más augustos que los reinados, culminando sobre las religiones y sobre las ciencias, quedan unos pocos versos definitivos...

Unos cuantos versos melancólicos y profundos que han logrado suspender en la inmortalidad la arena de los siglos.

LOS RUBAYATA

... Ay amor mío! Llena la copa que libra. Hoy de las pasadas añoranzas y de los temores futuros... ¿Mañana?... Tal vez mañana yo mismo perteneceré a los siete mil años de ayer.

* * *

Mirad! Algunos de aquellos a quienes hemos amado, los más amables y los mejores que el tiempo y el destino hayan prensado en su lugar, bebieron su copa una o dos vueltas antes, y uno a uno se hundieron silenciosamente en el descanso.

* * *

Y nosotros, que ahora nos regocijamos en el lugar que ellos dejaron, y que el verano viste de flores nuevas, también descenderemos bajo la capa de tierra, y haremos una capa de tierra... ¿Para quién?

* * *

Ah! Aprovechamos cuanto podamos lo que aún nos es dado gastar, antes de que bajemos al polvo; polvo en el polvo, y bajo el polvo, yacer sin vino, sin canción, sin cantor, y... sin fin!

* * *

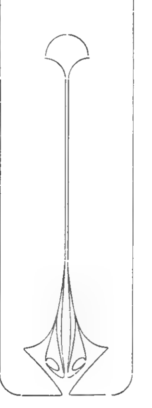
Lo mismo a los que se preparan para hoy que para los que fijan la mirada en mañana, clama un muezzin desde la torre de las tinieblas: — ¡Locos: vuestra recompensa no está ni aquí, ni allá!

* * *

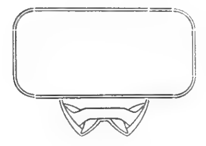
Oh! Oh! Ven con el viejo Khayyam, y deja hablar a los sabios: una cosa es cierta, que la vida huye; una cosa es cierta, y el sueño es mentira. La flor que ha florecido una vez, muere para siempre...

* * *

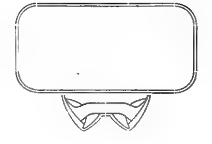
Un instante en el desierto del no ser, un momento para gustar la fuente de la vida... Las estrellas se ponen, y la caravana sale hacia el amanecer de la Nada... Apresuraos!



Srta
Amalia Maeso



— LA SIESTA —



Se ha cantado la siesta plácida y enervante en el patio refrescado por el surtidor que engarza su epitalamio en perlas, bajo el toldo moruno que se nombea al grávido beso de la implacable y ardorosa solana.

Entre las arcadas mudéjares o neoclásicas, que evocan con sus alicados orientales ensueños, cabe las olientes macetas de geranios y ajonjolíes, sobre los mármoles bruñidos que repercuten choque de espuelas y rumor ds sandalias.

O allá, en las refrigerantes umbrías, en donde aduermen al enamoramiento rumores de ramajes que se columpian, chasquidos de brotes que estallan, susurros de frondas que se agitan, golpeteos de frágiles alas que se desperezan.

Cerca de las espejantes acequias, perfumadas por el acre perfume del naranjo, sobre cuya tersura navegan los pétalos de la flor aromosa del limonero y las briznas y las aristas y los rezagos que arrojó en su lecho de fulgores y de ondas la tolvanera.

Lleno está el espacio de baladas y anacreónticas. Las acompaña el batir de los remos, o el vibrar de las caracolas en los sitibundos apriscos serranos, o el chapoteo de las reses en los regajales gallegos, o el isócrono hemistiquio del grillo que dice su trova en la penumbra soñolienta del cañaveral.

Pero es bella la siesta de la tierra del fuego, el amodorramiento que punza en las sienes, el colapso sudoroso y febril del cual surge, sobre un coro de santas, la figura provenzal, desmayada y augusta de Mireya.

Es la siesta sobre arena candente, cercana a la línea en que el sol tuesta el grano, acompañada por el bordoneo del insecto de metálico corselete, envenenada por el olor de las flores solvestres malsanas, atormentada por el espasmo del deseo sensual incumplido.

Tiene acordes y ritmos en el agua abrasada que van vertiendo en desesperante monotonía los cangilones, en el golpeteo de la sangre congestionada en las sienes, en el ansia feroz e inextinguible que enciende los glóbulos en las abultadas arterias, en el lejano grito penetrante de algún pájaro montaráz.

Tiene, como el dolor, su atractivo brutal la suprema fatiga; más allá del anonadamiento está el insensato placer del mosco que se abrasa en la llama del espíritu que en el Nirvana candente se funde; está el ara en que elevaron a Isis los egipcios y los árabes, a quienes Plinio hace ver dormitar en ardientes llanuras, el gato de oro.



Auténticos jarrones chinos de insuperable valor artístico e histórico, — anteriores a las épocas del 1400, — y que el Excmo. Sr. Presidente de la República de la China, — obsequió al Dr. Baltasar Brum con motivo de su exaltación a la Presidencia de nuestro país. — Fué portador de ellos, el Dr. Chim Lin Woo, embajador extraordinario de la China ante la República Oriental, quien vino a Montevideo para representar a su país en los actos de la trasmisión del nuevo gobierno y expresar al Doctor Brum la simpatía del gobierno chino.
Los jarrones fueron ofrecidos al Sr. Presidente de la República con un pergamino documentario que atestigua su antigüedad y fabricación, así como su historia imperial.

Abrasarse y morir. Es el ansia de las almas aborrascadas que buscaron sedación a su desaliento en el misticismo; es el grito epicúreo que supo hacer sobre un lecho de lava un tálamo de goces desconocidos a la molicie; es el alarido del ambicioso griego que busca en el fondo del Etma su delirante y loca apoteosis.

Quemarse es vivir. El placer es siempre una mordedura de fuego. Nadie puede experimentar la suprema sacudida de amor y de triunfo sin sentir en la espalda el cauterio de un soplo encendido invisible; sin bañarse en sudor de lumbre y sumergirse en un Leteo plomizo, que hierve al conctacto de un transporte sensual.

Y es también aturdirse y olvidar. Olvidar las morbideces cálidas y rosadas que no conseguimos y que nos atormentan con la tentación angustiosa de lo imposible; los alcáceres áureos, de cuyas murallas rodamos al foso en el primer escalo; las flores, que no pudimos arrancar de su tallo flexible; las copas de rubíes, que no pudimos acercar a los labios sedientos.

Y el supremo horror de la vida, llena de traición y bochorno, y la mísera inanidad de las cosas.

Olvidarlo todo en la asfixia brutal, entre sensaciones que han de antojársenos llamaradas y latidos que se nos figuran golpes de yunque y alucinaciones visuales que nos parecen chisporroteos.

Dadme la calma ebullidora de la siesta en el campo africano, frente a cercas de resplandeciente blancura; el embrutecimiento del sueño congestivo sobre tostadas mieses.

Yo haré mis viajatas al infinito y os explicaré lo vivo y lo inerte, el supremo consorcio y lo que llamaba Lubbock, con ironía, el gran hecho de la ignorancia humana.

Siestas frescas, umbrosas y apacibles, bajo palios de clemátides y claveles; reposos serenos, sobre tranquilos lagos, en que flotan misterios y esperanzas.

Esas confortan, pulen, vivifican.

Pero las otras, las ardientes, las congestivas, las catalépticas, las que nos emponzoñan con sus perfumes y nos envenenan con sus abrasados ambientes y nos aniquilan con sus deseos... esas matan.

Y por eso sueño con ellas; y por eso las amo más.

Antonio Zozaya.

Monumento al Almirante Brown, que acaba de erigirse en la Plazuela Sarmiento y Paseo de Julio de Buenos Aires, y que aún no ha sido inaugurado.

Fotografía inédita



LAS FIESTAS DE

En los días apacibles y gratos del pasado, al calor de más puros afectos y de las más dulces emociones, las fiestas sociales se rodeaban de todo prestigio, eran amables reuniones de amistad y nobleza, tenían sencillos y espléndidos marcos de confiada alegría y de fina espiritualidad.

De esas fiestas aleccionadoras e inolvidables, SELECTA irá recogiendo la nota gráfica y el recuerdo documental, que las evoquen fielmente para blasón y ejemplo de las sociedades de ahora, hasta las cuales todavía llegan sus prestigios inconmovibles.

La nota que hoy ofrecemos a nuestros lectores es una de esas fiestas inolvidables.

En la hermosa quinta de don Narciso del Castillo, situada en Paso Molino frente a la Estación Yatay, se realizó aquella fiesta del año 79 a la que asistieron casi todos los representantes diplomáticos de entonces y damas y caballeros de la vieja élite social.

El señor Del Castillo y el representante de la casa de España señor Vásquez Lloriente, ofrecían seguidamente a sus relaciones fiestas de la naturaleza y de la brillantez de la que nos ocupa.

Al caer la tarde se recibía en las residencias señoriales a los distinguidos invitados, y luego de solazarse por los amplios jardines florecidos, — se congregaba la concurrencia en el gran comedor rodeando la espléndida mesa familiar, adornada de flores y servida de rica vajilla de plata. La sobremesa se prolongaba después en la sala de honor, entre risas frágiles de mujeres hermosas y frases amables de cumplidos caballeros, mientras se hacía música selecta por parte de la señorita María Del Castillo, la más feliz intérprete que haya tenido el arpa entre nosotros, — y del doctor Pedro Saenz de Zumarán, pianista consumado y



Sentados. — De derecha a izquierda: Magdalena Vazquez del Castillo, Srta. María Rowley, Sra Reyes d'Oliveira, Sra. de Garrón, Srta. de Laurent Cochelet, Srta. Esperanza Rossell, Sra. Laura Castro de Geille.

De pie. — De derecha a izquidrda; Srta. María del Castillo, Srta. Maria Zumarán, Sra. Adel Sr. Pedro Saenz de Zumarán, Sr. Enrique Dupuy de Lome, Dr. Pedro Zumarán, Sr. d'Oliveira, Sr. Giulio Soler, Sr. Julio Brunel, Sr. Laurent Cochelet, Sr. Fabián Góm

Más atrás; Sres. Cochelet hijo, Adolfo España, Dr. Mateo Magariños Cervantes, Sr. Alejand

, Juana Solsona de Magariños, Sra. Cora Muñoz y Maines, Srta. María Castro, Sra. Amelia
Srtas. María y Amelia Garrón, Sra. Elena Munro de Mosmen, Sra. de Laurent Cochelet,

a Dupuy de Lome, Srta. Julia Muñoz y Maines, Sra. María Rossell, Don Carlos de Castro,
Agustín de Castro, Sr. Alejo Rossell, Sr. Victorino Lastarria, Sr. López Netto, Sr. Regis
z del Castaño, Sr. Momsen, Sr. Geille.

o Saenz de Zumarán, Sr. Garrón, Sr. Morisse, Sr. Llorente, Sr. Lastarria.

gentil caballero cuyas condiciones morales son ejemplo de dignidad. Otras damas ilustres de aquellos tiempos, como la señora de Munro, hacían en el piano las clásicas partituras preferidas, envolviendo de harmonías las horas ligeras...

La crítica social tan salpicada de espinas, jugaba un rol secundario por no decir, inexistente. En aquellos estrados no agitó jamás sus alas polvorientas la mariposa negra de la maledicencia, de la murmuración, del chisme mundano. El ingenio sutil, la gracia festiva, la flor ciranesca, suplían con harta elegancia y elevado pensamiento, a todas esas otras rosas espinosas de nuestros tiempos, que hemos visto más de una vez deshacerse sobre una reputación para hundirse al fin en la carne propia. Estas hablillas ingratas dejadas deslizar en los grupos amigos entre sonrisas y comentarios son hoy una evidente demostración de cierta decadencia social que desmerece la brillantez de los círculos actuales, — y que quizás ofrezca motivo a que una persona muy íntima de nuestra casa, — tan íntima que no puede serlo más, — escriba en breve una novela corta teniendo por tema asunto tan interesante.

Aquellas fiestas antiguas son pues dignísimas reuniones, en el que alma de la época, — hidalga y noble, — flotaba en ellas para su gloria inmarcesible.

Hoy las cosas han cambiado mucho, y si aún se conservan algunas casas de señorío patriarcal y costumbres antiguas, que honran altamente la sociedad montevideana con los blasones de sus aristocracias, — muchas de nuestras fiestas mundanas no pueden parangonarse con la nobleza y le superioridad de antes.

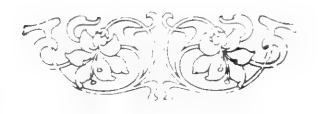
Sea pues, un ejemplo dignificante y aleccionador el recuerdo amable de esta fiesta en la vieja quinta, que todavía existe, de don Narciso del Castillo.



Sentados. — De derecha a izquierda: Magdalena Vazquez del Castillo, Srta. Maria Rowley, Sr
Reyes d'Oliveira, Sra. de Garron, Srta. de Laurent Cochelet, Srta. Esperanza Rossell
Sra. Laura Castro de Geille.

De pie. — De derecha a izquidrda: Srta. Maria del Castillo, Srta. Maria Zumaran, Sra. Ade
Sr. Pedro Saenz de Zumarán, Sr. Enrique Dupuy de Lome, Dr. Pedro Zumarán, Sr.
d'Oliveira, Sr. Giulio Soler, Sr. Julio Brunel, Sr. Laurent Cochelet, Sr. Fabián Gon

Mas atras: Sres. Cochelet hijo, Adolfo España, Dr. Mateo Magariños Cervantes, Sr. Alejan





Juana Solsona de Magariños, Sra. Cora Muñoz y Maines, Srta. Maria Castro, Sra. Amelia
tas. Maria y Amelia Garron, Sra. Elena Munro de Mosmen, Sra. de Laurent Cochelet,

Dupuy de Lome, Srta. Julia Muñoz y Maines, Sra. Maria Rossell, Don Carlos de Castro,
gustin de Castro, Sr. Alejo Rossell, Sr. Victorino Lastarria, Sr. Lopez Netto, Sr. Regi
del Castaño, Sr. Momsen, Sr. Geille.

Saenz de Zumaran, Sr. Garron, Sr. Morize, Sr. Llorente, Sr. Lastarria.



AMADO NERVO



SELECTA engalana esta página de honor en homenaje al gran poeta de "En voz baja", "Las flores del camino" y "Perlas Negras", — que acaba de llegar a Montevideo como Ministro Plenipotenciario y Embajador Extraordinario de Mèjico.

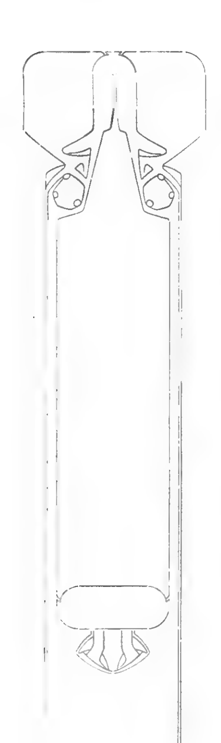
Con Darío y Lugones, Nervo forma parte de la gran trilogía lírica del continente. — Sus versos sencillos y claros como las mañanas solares de la primavera, tienen sin embargo un delicado misterio que conmueve el corazón, una dulce harmonía interior que Rubén calificó de "música sagrada", cierta ténue vestidura de melancolía que impresiona bien y que refleja una inevitable tristeza en la vida del poeta.

Otras características de esta singular personalidad, son su filosofía suavísima, su mística unción, sus estudios astronómicos, su comprensión artística, tan grande y tan sutil.

"Serenidad", "Mis filosofías", "Místicas", "El arquero divino", son sus últimos libros, — libros de éxito y de emoción, con encantos de juventud y trémulos sollozos, que durarán eternamente en las letras americanas.

El Uruguay se enorgullece de tener en su seno a tan alto portalira, — y nosotros, recordando a Ruben — siempre recordado — decimos también "que es suya el alba de oro".

La gentileza de la Srta. Sarah Blanco Acevedo, — nos permite ofrecer a nuestros lectores estos preciosos versos inéditos — que Amado Nervo escribió en una de las páginas de su album.



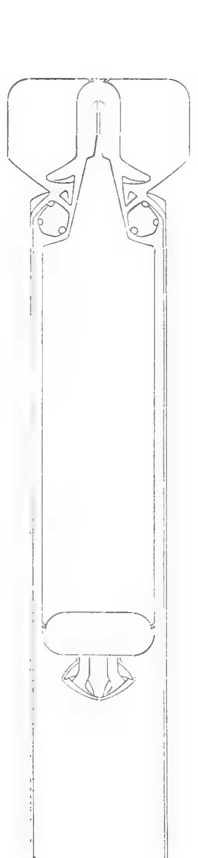
A SARAH

Opulencia sin medída
de las rosas de la vida
para tí;
Un recuerdo emocionado
y fiel de haberte encontrado,
para mí.

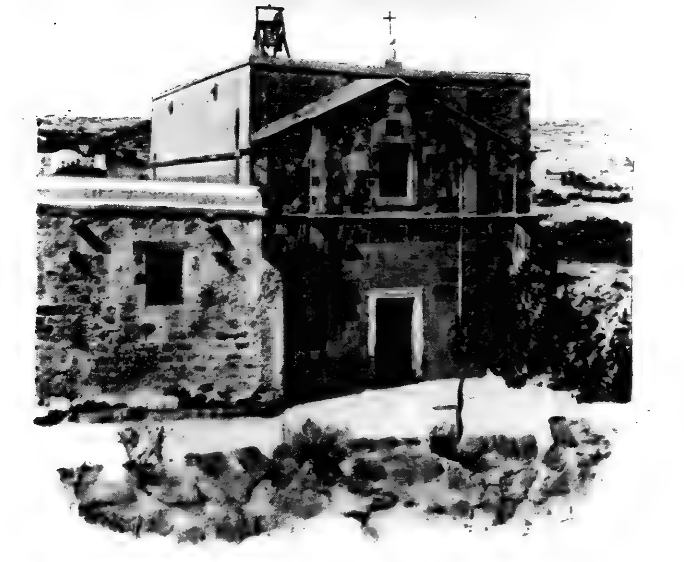
La dicha de estar serenos,
el galardón de ser buenos,
la paz, la gracia de Dios,
para los dos!

AMADO NERVO





LA NATIVIDAD



TALLER DE SAN JOSÉ EN NAZARET

No sé por qué había sido absolutamente preciso que llegasen a nuestro pueblo. Acaso tuvieran necesidad de visitar al juez, que por entonces, y por la mañana temprano, tenía su consulta antes de la audiencia de la tarde. Es cierto que llegaron por la noche, para dedicarse a sus asuntos en cuanto se levantaran.

El hombre, que se llamaba José, y que trabajaba de carpintero, no había querido salir sin que terminase su labor. Ocurrió lo que ocurre siempre que se tiene prisa: aquel día tuvo más trabajo que de costumbre, y José no pudo dejar el taller hasta muy tarde. Además, tenía que llevar consigo a su mujer. Es posible que tuvieran que hacer en casa del notario. Su mujer debería estar allí para la firma. Ella se llamaba María. Era molesto obligarla a realizar este viaje, porque iba a tener un niño. Además, era invierno.

No tuvieron suerte. Llegaron a nuestro pueblo a las nueve. Casi todo el mundo estaba en la cama; apenas se veían algunas luces detrás de las vidrieras de las casas. No tuvieron suerte. Como fuera imprescindible que llamasen a una puerta y perturbasen a alguien para orientarse, dieron con la puerta de los Routeau, que eran universalmente odiados en la contornada. Afirmábase que el hombre había hecho morir a su madre. No se tomó siquiera el trabajo de escuchar a los viajeros. Les contestó brutalmente que no daba a nadie donde dormir y que un poco más arriba había una granja, a la que podían dirigirse. Corrió a la puerta de golpe, y le oyeron decir a su mujer, sirviéndose del término con que se designa a los caminantes:

— Es un andariego con su andariega.

Cuando se conoció más tarde este detalle todos se indignaron. ¡Pobres gentes! Si hubiesen llamado a la puerta de después o de antes habrían encontrado buenas gentes, que habrían hecho todo lo posible por indicarles una posada. Debieron de formar una triste opinión de los habitantes del pueblo.

En verdad, no estaban sin un céntimo. Habrían gastado lo que fuera necesario para acostarse en una cama. Tampoco eran muy ricos, porque querían conservar su dinero para el día en que la mujer diera a luz. También se averiguó esto después.

Se pusieron en camino tristemente. Ya no llamaron a ninguna puerta ni intentaron descubrir una posada. José no era el más disgustado. Cuando trabajaba lejos, en el campo, no podía reposar todas las noches, y más de una vez había tenido que acostarse sobre la hierba de las granjas. Si se sabe uno preparar el lecho, está muy caliente. Pero la pobre María, que siempre había dormido en la cama, tenía gana de llorar.

Se le ocurrió a José decirle:

— Ya verás. Yo te arreglaré. Y dormirás bien, porque estás cansada.

La granja a que dirigieron sus pasos estaba entonces en poder del podre Renon. El padre Renon se portaba con los caminantes como Inglaterra en el tiempo de los atentados con los anarquistas. Les dejaba la entrada libre. Nunca le había ocurrido nada.

En las otras granjas se habían registrado incendios, producidos por venganza; pero en la suya nadie había hecho nada malo. Con frecuencia veía por la mañana a algún viandante que bajaba del pajar. El caminante le saludaba con un sombrerazo, y Renon le preguntaba si había dormido bien.

Pero la desdicha para José y María fué que al llegar a la granja todos estaban ya acostados. Les costó trabajo dar con la puerta. Por equivocación, entraron en el establo. Estaban a punto de salir y continuar la marcha cuando José dijo:

— En realidad, mejor estaremos en el establo, porque aquí hace calor. Luego, que para ir al pajar será preciso subir por la escalera. Apenas se ve, y podías caerte.

Había en el establo una especie de hueco, en donde acostumbraba el padre Renon a atar el toro. Este año había vendido el toro y estaba el hueco libre. María y José se instalaron tranquilamente en él, sin saber que ocupaban el lugar del toro.

Dispusieron la paja en dos capas: una bajo ellos, a modo de colchón, y la otra encima, a manera de manta. No estaban tan mal, y además economizaban dinero.

María se durmió en seguida, y José, como acontece de ordinario, no consiguiendo dormir, se puso a meditar. Recontó su vida entera. Tenía cincuenta años y era viudo de su primera mujer. Se había vuelto a casar con María, que era mucho más joven que él. Era huérfana de madre; la había conocido de chiquitina. Su padre y él se habían casado el mismo día. Estaba ahora sin nadie en el mundo. El necesitaba de alguien que le cuidase la casa, y por eso se había unido a ella. Era una buena mujercita, nada habladora ni coqueta, muy dispuesta y muy seria. Iban a tener un hijo.

Lo tuvieron antes de lo que suponía José. A poco de haberse él dormido le despertaron. María se apoyaba en un codo y le llamaba.

— José, ¡estoy enferma!

Contestó él:

— Es que te has cansado de lo que anduvimos.

¡Ay! No, no era eso. Con los dolores que experimentaba María no había lugar a dudas. Pero, ¡Dios mío! ¡Qué inoportunidad! Todo lo habían previsto. Habían sufrido privaciones para economizar dinero para pagar a la comadrona. Lo único que no habían previsto era lo que tenía que suceder. ¡Qué desgracia! Para una vez en la vida que salían de su casa, quiso su mala estrella que el acontecimiento ocurriera entonces.

Creían uno y otro que faltaba aún un mes. María sufría tanto que pensaba que iba a morir, y gritaba:

— Por Dios, mátame.

José le contestaba:

— Valor, valor. ¡Si yo pudiera ayudarte!

Al fin, todo ocurrió lo mejor posible. Lo grave era que José no tenía cerillas, y todo ocurrió en la obscuridad.

Sería la media noche cuando el recién nacido lanzó su primer grito.

¿Era niño o niña?

Ocurrió algo que después les pareció gracioso. Los animales que dormían en el establo dieron un tirón a sus cadenas. Creerían acaso que el dueño les había traído un nuevo compañero. José limpió al recién nacido en la sombra, sin agua, a tientas. Le pareció que era un niño. Se lo dijo a María; pero ella no le oyó, porque acababa de dormirse después de semejante fatiga. José envolvió al pequeño en su abrigo. Después tuvo mucho frío.

¡Qué noche tan larga! No se atrevía a llamar a nadie. Temía que las gentes, confundiéndole con un ladrón, le disparasen un tiro.

Esperó hasta las cinco, porque sabía que por la mañana temprano los criados de la granja vendrían a atender al ganado. Vino, en efecto, la criada con un farol.

Se despertó el niño dando gritos. Ella no miró siquiera. Se asustó y echó a correr con la luz. ¡Eso era lo que faltaba!

Hubo que esperar cinco minutos largos a que el dueño de la granja, acompañado de uno de sus servidores, cada uno con una horca para defenderse, entrasen con objeto de ver lo que había ocurrido en el establo. Contemplaron la escena. José respetuosamente les explicó todo. Ellos abandonaron las horcas.

— Nunca había visto cosa parecida — dijo el padre Renon, que tenía sesenta y cinco años. — ¡Pobre gente! No somos herejes. Hubiera sido mejor que nos hubieran llamado.

No son las gentes del campo mejor que las demás; pero conocen la miseria. Transportaron a María a la casa y la acostaron en una cama: la del padre Renon, porque era la mejor. José quiso excusarse por la molestia que causaba. Iba a ser preciso que María permaneciese un mes en el lecho. Decía la madre Renon:

— ¡Pobre mujer! La dejaremos en mi cama. No se la puede trasladar todavía.

José dijo:

— Pero ¿y usted, señora, dónde va a acostarse?

Contestó riendo:

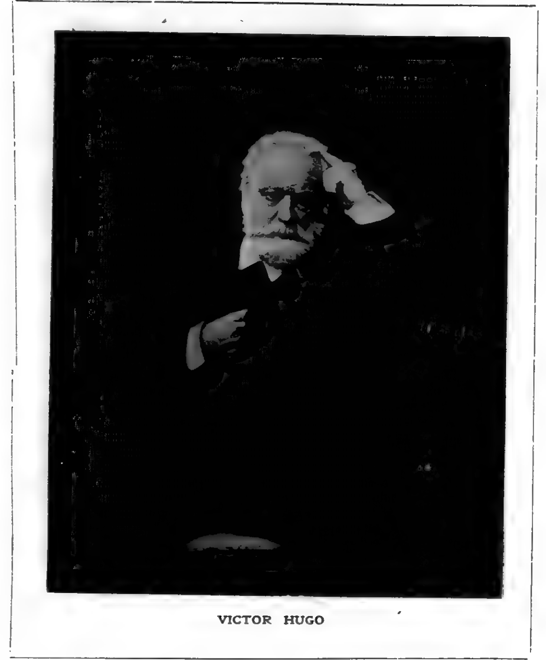
— Me acostaré con el padre Renon. Así será como si nos volviéramos a casar de nuevo.

Hicieron venir a la comadrona, la madre Buvat. Todo estaba bien. Ella decía a José, riendo:

— No, no enriquecerá usted a las comadronas.

Este natalicio fué un acontecimiento. Durante los días sucesivos todos quisieron ver al niño que había venido a la tierra en un establo. Era hermoso. Aunque no contaba más que un día, ya tenía abierto los ojos. Parecía que estaba riéndose. Era fuerte, y por lo que respecta a la inteligencia, daba la impresión de un niño de seis meses. El primer día nevaba; no podían sacarse los ganados al campo. Vinieron todos los pastores de los contornos. Trajeron leche de oveja para el caso de que la madre no pudiera lactar a su hijo en seguida. La leche de oveja es más nutritiva que la de vaca. Uno de ellos trajo para cubrir al pequeño una hermosa piel de carnero, muy caliente. Los días siguientes vinieron las gentes de la ciudad, sobre todo las de la burguesía, que no tienen otra cosa que hacer más que ir a ver las curiosidades. Trajeron toda clase de cosas inútiles: un collarcito, agua de Colonia. Ni siquiera uno, bajo pretexto de que era invierno y hacía demasiado frío para abrir las ventanas, trajo papel de Armenia, que higieniza y embalsama las habitaciones. Ninguno tuvo la generosidad de dar lo único que habría hecho falta: una moneda de 20 francos.

Charles Louis Philippe.



VICTOR HUGO

Victor Hugo y el Emperador del Brasil

Hallándose el emperador del Brasil Don Pedro de Alcántara, en Francia, el año de 1877, deseaba mucho hacer conocimiento con Víctor Hugo, y esto dió lugar a algunos curiosos incidentes.

Como Luis XII, el emperador se lamentaba de su rango, que en ciertas ocasiones lo hacía esclavo de la etiqueta contrariando sus deseos.

Habiendo hecho preguntar por su embajada a Víctor Hugo si le pagaría la visita en caso de visitarlo, el poeta contestó que él no visitaba a nadie. El emperador volvió a hacerle preguntar si podrían encontrarse en alguna parte. Víctor Hugo contestó que el viernes siguiente iría a Versalles, y que si el emperador lo deseaba lo esperaría en una de las oficinas del Senado.

La entrevista fué así convenida en un terreno neutral. Pero en esto vino el 16 de Mayo, y el encuentro que debía tener lugar el 18 no tuvo efecto.

Entonces Don Pedro rompió con toda etiqueta e hizo decir sencillamente al poeta que al día siguiente iría a visitarlo sin chambelán ni maestro de ceremonias.

El martes 22 de Mayo, a las 9 de la mañana, el emperador del Brasil llegaba a la casa de Víctor Hugo. Al saludar al poeta le dijo estas palabras que la historia debía conservar:

—Señor Víctor Hugo, animadme un poco, soy algo tímido.

Víctor Hugo le hizo entrar en su salón y le hizo sentar a su lado.

—El asiento compartido con Víctor Hugo, dijo entonces el emperador. Esta es la primera vez que me parece sentarme en un trono.

En seguida, esos dos hombres, la fuerza y la grandeza, el poder y el genio, se pusieron a conversar.

Don Pedro se mostró lo que es—amigo de la Francia, de las luces y del progreso—y hablando de los otros soberanos, dijo a Víctor Hugo:

—No se debe querer mal a mis colegas, porque se encuentran de tal modo rodeados, oprimidos y engañados, que no pueden tener nuestras ideas.

Víctor Hugo le respondió: Vos sois único... felizmente!

Víctor Hugo acababa de publicar "El arte de ser abuelo"; después de haber expresado su admiración al poeta y dicho algunos de los versos de ese delicioso libro, Don Pedro expresó al dueño de casa el deseo de conocer a Mlle. Jeane. Víctor Hugo hizo llamar a sus nietos...

—Juana, dijo, te presento el emperador del Brasil.

—Queréis darme un beso, señorita?, dijo Don Pedro, y como la niña le presentase su frente — Vamos, dadme un abrazo, repitió.

La niña le rodeó con tal fuerza el cuello con sus brazos, que Víctor Hugo riéndose, le dijo:

—Queréis acaso darte el lujo de extrangular a un emperador?

—Sire, dijo en seguida el abuelo, tengo el honor de presentar mi nieto Jorge a vuestra magestad.

Y el emperador volviéndose hacia Jorge y acariciando con la mano sus hermosos cabellos negros."

—Hijo mío, le dijo, aquí no hay más que una magestad: (señalando a Hugo) helo aquí.

Víctor Hugo ofreció el "Arte de ser abuelo" al emperador.

—Que vais a escribir en la primera página? preguntó este.

—Vuestro nombre y el mío.

—Yo iba a pediroslo...

Y el poeta escribió: "A D. Pedro de Alcántara. — Víctor Hugo".

Después continuó la conversación.

—Yo me preocupo mucho de vos, decía el emperador, y deseo saber como empleais vuestro día.

El poeta le hizo una relación de su vida —la hora de levantarse, la de su trabajo de todos los días.—Después de almorzar, a eso de la una, tengo costumbre de salir, dijo, y hago una cosa, añadió sonriendo, "que vois no podeis hacer nunca: subo en omnibus"— ¿Por qué nó?—replicó el emperador—pues me conviene muy bien "el imperial."

Se ve por estos rasgos que D. Pedro no era solo un hombre inteligente, sino un hombre de espíritu.

Y muy lejos está por cierto de la idea que nosotros estamos acostumbrados a hacernos de un soberano vanidoso de su nacimiento, orgulloso de su poder y desdeñoso para con los humildes mortales.

El poeta preguntó a D. Pedro si no lo preocupaba el dejar su imperio por tanto tiempo.

—No, respondió el emperador, "las cosas se hacen muy bien en mi ausencia"; hay allí gentes que valen tanto y mas que yo!

Y añadió:—No pierdo mi tiempo aquí, reino sobre un pueblo joven, y es ilustrándolo, mejorándolo y trabajando por su progreso que hago valer mis derechos; he querido decir el poder que me ha venido por la casualidad, por la fortuna y por el nacimiento."

A estas palabras, Víctor Hugo le dijo:

—Sire, sois un gran ciudadano; sois el nieto de Marco Aurelio!

Eran las doce cuando el emperador y el poeta se separaron, y algunos días después, el **nieto de Marco Aurelio** iba como simple ciudadano a sentarse a la mesa del poeta.



PEDRO I

EN LA CASA ARGENTINA

Notas Sociales

Hay fiestas encantadoras que llenan una vida de recuerdos. El gran baile ofrecido al Exmo. señor Presidente de la República doctor don Baltasar Brum y a los Consejeros de Estado, — por el Embajador argentino doctor don Carlos de Estrada y su esposa doña Rosario Estrada de Estrada, — es una de esas fiestas.

Cierto es que los prestigios de la Legación Argentina siempre triunfaron en nuestra sociedad, — pero pocas veces como la de aquella noche, un festival tan brillante, — se ha realizado allí. — Es que no era sólo la belleza, la harmonía, el color y el ensueño, los que al amparo de la fiesta se reunían: el blasón aristocrático, la distinción exquisita del doctor de Estrada y su esposa, daban luminoso realce a aquellos salones encantados y resplandecientes.

El doctor de Estrada se ha conquistado simpatías unánimes en la vida social y en la vida diplomática. Caballerezco, inteligente, cultísimo, concreta a su alrededor características distinciones: es hombre de mundo y posee un impecable savoir faire. Además, brilla a su lado su dignísima esposa, doña Rosario Estrada de Estrada, virtuosa matrona de linaje esclarecido y de singular sencillez, — delicada flor humana de sutiles perfumes y suavísimo corazón: — evocadora del patriciado rioplatense, y ante quienes se inclinaron en reverente homenaje las glorias patricias de la independencia y los tribunos elocuentes de la revolución. Tan gentil y prestigiosa pareja habían de ofrecer esa fiesta memorable que será página de oro en nuestros anales sociales, — y que más de una vida ha de aromar de recuerdos, como decíamos al principio.

*
**

A las doce de la noche el doctor de Estrada acompañado del personal de la embajada y de la legación descendía la escalinata principal para recibir al pie de ella a S. E. el señor Presidente de la República doctor Baltasar Brum. Los himnos patrios llenaron el ambiente de entusiastas harmonías, y dos minutos después llegaban al gran salón de honor, el señor Presidente, el doctor de Estrada y dignos acompañantes. Recibieron a la comitiva oficial la distinguida señora de Estrada y sus amigas — quienes brindaron al señor Presidente el reverencioso saludo protocolar. Ante un escenario deslumbrante el doctor Brum atravesó una calle de honor, a la que hacían guardia las delegaciones diplomáticas del Brasil, Chile, Perú, Paraguay y Bolivia, uniformadas de gran gala, con los entorchados de oro y las brillantes condecoraciones. El doctor Brum saludó exquisitamente a las embajadas y a las damas presentes, — mientras el palacio entero cobraba una vida feérica, de luces y de flores, de musicas y de bellezas, como en un palacio encantador donde las hadas celebraran una fiesta maravillosa en honor de un príncipe viajero.

Entre una doble fila de señoras y caballeros se realizó el pasaje de los invitados hasta el salón comedor, donde se bebió una copa de champagne en honor del Presidente de la República y los representantes de las naciones de América. Enseguida la concurrencia oficial pasó al salón de baile, resplandeciente de bellezas y de flores, envuelto de alegrías y de músicas. Las parejas cruzan la sala suntuosa, unas como mariposas en ligeros vuelos, otras como palomas de sereno andar. La orquesta deslíe sus notas apasionadas, mientras pasan damas y caballeros bajo la eclosión triunfal de las luces, — y hay sonrisas galantes en la flor de los labios, encendidos reflejos en la luz de los ojos, alegría y canción en el aire vibrante...



En el salón comedor ante el Excm. Sr. Presidente de la República y las embajadas extranjeras

*
**

Doña Carmela Mackena de Cueva, cruza el salón, vistiendo severo traje violáceo con red de oro, — y regia diadema de brillantes. — Doña Flora Wels, pasa llevando suntuoso traje negro, con joyas en el corsage y en el peinado, amén de una diadema de brillantes. Más allá, doña Matilde Regalía de Roosen, ataviada también de traje negro recubierto de legítimos encajes chantilly, llevando valiosas joyas antiguas y ostentando además una espléndida diadema de brillantes que complementa su toilette. Aquí, doña María Angélica Villegas de Pérez Butler, luce una elegantísima toilette, que realza más, si cabe, la delicadeza exquisita de su silueta: — una diminuta pluma azul sujeta a un hilo de grandes brillantes, se inquieta sobre su frente. La señora Corina Elezalde de Susviela Guarch viste riquísimo traje color lila con volantes de tul del mismo color, profusión de joyas en el corsage y un hilo de gruesas perlas que cae con desgano sobre su escote. Las señoras Blanca Reyes Cadenas de Silveira y Josefina Lerena de Blixen, ostentan elegantes trajes, negro la primera y blanco la segunda: — la señora de Silveira luce un magnífico camafeo antiguo orlado de perlas y diamantes, completando su atavío principesco un collar de perlas hermosísimas: — la señora de Lerena de Blixen trae joyas de gusto exquisito y altísimo valor. Ahora pasa por la gran sala, doña Rosario Estrada de Estrada, la ilustre dama de la casa. Luce una sencilla y elegantísima toilette de voile negro, cubierta de malla de azabache que proporciona a su aristocrática figura un engarce maravilloso. En el severo peinado que ondea sobre su cabeza, brilla una bellísima diadema de grandes amatisttes.

Desde nuestro ángulo del salón observamos el desfile, y la fantasía abre sus alas de oro ante nuestros ojos inquietos, que sueñan y gozan hondamente emocionados. Allá está doña Margarita Uriarte de Herrera, con un traje color oro viejo, historiado de anchas blondas de auténtico encaje de Inglaterra: — lleva valiosas joyas y sobre su peinado una estupenda diadema de brillantes. Más cerca nuestro, la señora Angela Cuestas de Grunwald, con su hermaso toilette de terciopelo negro y orlado el escote de encajes de Inglaterra: — lleva también un regio juego de grandes esmeraldas orladas de brillantes. La marquesa Dora de Molinari luce un traje de charmeusse rosa recubierto de enca-

jes de Irlanda, trae corona de brillantes en el peinado y profusión de joyas sobre el corsage. La señora Marta Pérez Butler de Shaw, de voil negro bordado de oro, sautoir de perlas y hermoso abanico negro. La señora Clara Urtubey de Puig, de gris plata con encajes de Venisse, hilo de perlas en el escote y diademas de brillante en el peinado. La señora Sofía Blixen de Suárez, viste de damasco gris, con bordados en oro, sautoir de perlas y valioso abanico antiguo.

Viene ahora la distinguida señora Rosina Pérez Butler de Blanco Acevedo, con elegantísimo toilette charmeusse negro y cinturón azul, rodeado el cuello de un hilo de brillantes. La señora Carmen Cuestas de Nery, pasa luciendo hermoso traje de voil negro cubierto de azabache, sobre el corsage lleva profusión de joyas de subido valor. La señora Zelmira Pérez Gomar de Jiménez, viste irreprochable toilette de piel de seda lila, con echarpe de tul del mismo tono, luce antiguos pendientes y camafeo de gran mérito que en otras épocas lució la familia patricia de los Pérez Gomar.

Un poco más lejos, la exquisita señora Esther Boffil de Lasala, trajeada de blanco con una magnífica plaquette de brillantes sobre el corsaje y un cordón de perlas envolviendo el marfil purísimo de su cuello. En un grupo de amigas apercibimos a la señora Dominga Arteaga de Maupás, vistiendo suntuoso traje de lana de plata, en el escote un collar de brillantes y en la frente una vincha también de brillantes. Doña Sara Guani de Saavedra, cuya belleza evoca a la inmortal Madame de Recamier, viste sencillo traje liberty negro, con una vincha de terciopelo en el mismo tono que cruza el alabastro de su frente. Doña Plácida Cibils de Pérez Butler, ataviada de negro y con tul negro sobre el marfilino escote, parece una princesa de Lamballe, en cuyas manos reales se inquieta un precioso abanico de negras plumas. La belleza de la distinguida señora Blanca Usher de Heber Uriarte resalta en el conjunto encantado del baile: es una bíblica belleza aureolada de un resplandor supremo: luce riquísimo traje negro y sobre su escote caen valiosos hilos de perlas pálidas. En el peinado lleva una parpadeante flor de brillantes, que se dijera una estrella caída para realzar el encanto de su dueña...

*
**

Después, dispersas como los astros o como las flores, salpicando de constelaciones resplandecientes y de bouquets primaverales todo aquel país de fantasía — donde podría florecer "la camelia azul" que decía Rostand, — Adela y Clara de Estrada, María Angélica Castellanos Alvarez, Esther Alvarez Mouliá, Amelia Márquez Vaeza, Malvina Castro Vásquez, Teresa Sanguinetti García Lagos, Margarita Saavedra, Sara Blanco Acevedo, Merceder González Morales, Celia y María Elisa Blanco Wilson, Rosina García Arocena, Margarita Cat Alvarez, Elina Arocena Polle, María Luisa Díaz Fournier, Margarita Benzano, María Antonia Pareja Guani, Sofía Suárez Blixen, Estela Sabió y Oribe, Elina Vásquez Varela, Julieta Gallinal, Manón Castellanos Cranwell, Margarita Péerz, Nené Crosta Duplessis, María Carolina Pérez, — arcoirizaban con la gracia de su porte, con el color de su belleza, con la nota de su elegencia, la harmonía total de la fiesta triunfante e inolvidable.

Cumplimos un deber dejando constancia del detalle simpático de la ayuda atenciosa y gentil que los señores Secretarios de la Legación doctor Víctor Lascano, canciller José Luis Giménez y señor Carlos de Estrada, prestaron en todo momento a las embajadas y concurrentes del gran baile.



La distinguida Señora **MARIA CONCEPCION HOWARD DE SHAW**

Por Aaron Bilis

CHEZ SUFFERN - ARTEAGA

Encarnada en la gentil señorita Esther Suffern Arteaga, podría decirse que vive una de aquellas hermosas principessas de Darío, "luminosa como el alba". Su elegancia exquisita, su cultura elevada, su encanto de flor, trasuntan simpatía y admiración, que vienen a rodearla de los mejores prestigios. Por eso, cuando pasa por nuestros salones su paso es triunfal, y cuando en su casa recepciona a sus gratas amigas, la reina parece, de dulce mirar...

En una de estas tardes de Abril, la señorita de Arteaga invitó a sus relaciones para una reunión íntima, de las que el año pasado tanto brillo obtuvieron. Fué un recibo encantador, que dejó inaugurada las tardes mensuales de la "season".

La espléndida residencia de la calle Colón se animó de aristocráticos perfiles al influjo de tan elegante reunión, y la gentileza de la dueña de la casa resplandeció en la sala, entre los prestigios de la concurrencia.

Nada tan grato en verdad para un espíritu selecto que esa hora crepuscular del the y de las amigas, que Amado Nervo llamaba la otra vez, "la hora espiritual de los ingleses".

Por eso, — porque la señorita de Arteaga posee la fina elevación espiritual que quería el poeta, — sus recibos íntimos adquieren los contornos de una recepción brillante — donde las amigas y los amigos contribuyen a su esplendor, con la delicadeza femenina o caballezca de sus actitudes.

De ahí el encanto del the chez Suffern Artega, — dónde el ingenio despliega sus alas a la par que la belleza, en la causserie fina y sutil, que picotea los temas del día, matizados de un leve toque sentimental o artístico.

Las conversaciones giran en revuelos alegres, se extienden en grupos, se hacen personales, se definen en conjunto, — mientras la hora se escapa envuelta en tules de ilusión, perseguida por aladas voces que son como trinos y arpegios... El thé es exquisito, se bebe sonriendo, y sabe a suavísima bebida opalina...

Entre tanto la señorita de Artega, dueña de un charme exquisito, derrocha sprit y belleza, mientras su señora madre, que es ilustre matrona, dispensa la gracia de presidir la recepción, dignamente.

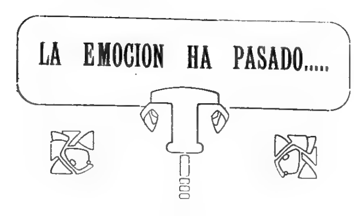
Así transcurrió el primer thé de este año, chez Suffern-Artega, donde lucieron sus encantos las señoritas: Esther Suffern-Arteaga, Sarah Blanco Acevedo, Elisa Blanco Wilson, Margarita Figari Legrand, Esther Alvarez Mouliá, Paz Steward Vargas, Sarah Blanco Wilson, María Angélica Posse, María Rafaela Araucho Arrien, Rita Ruano Zubillaga, Clotilde Figari Legrand, María Amelia Márquez Vaeza, Delia Posse — y a la que atendieron solicitamente un pequeño grupo de nuestros más distinguidos caballeros.

LOS BANQUETES

El Directorio del Banco Comercial, homenajeó a don Roberto Milburn, que acaba de celebrar sus cincuenta años de labor en esa institución.

El homenaje, consistió en un banquete realizado en la Parque Hotel el 22 del corriente y el obsequio de una cartera conteniendo un cheque de diez mil pesos. En el banquete hablaron los señores José Saavedra, doctor Irureta Goyena y anfitrión señor Milburn, quien agradeció emocionado la demostración del Directorio y empleados superiores del Banco Comercial.

Al felicitar al señor Milburn por el homenaje a que se hizo acreedor, felicitamos también al Directorio del Banco Comercial que supo valorar y recompensar, los servicios prestados por tan viejo y leal servidor.





Hija del crepúsculo, aquella tarde voló sobre el pueblo una gran bondad.

Vino de más allá del río, poniendo rumor de mar en la estremecida ondulación de los chopos y de los álamos, afinando de ópalo el chillón llamear de bandera española que tenía el cielo detrás del castillo en ruinas.

De pronto, hubo un gran silencio. Los álamos se aquietaron. Viento sutil rizó las aguas del río, agrisándolas. Se oyó leve susurro de espigas en un cebadal. Cantaron los primeros grillos.

Una estrella corrió estelando su brillo áureo y luminoso.



Después la emoción fué llamando a las puertas y a los corazones, adormeciendo su inquietud, tendiendo el maravilloso tapiz del ensueño ante las pupilas, verdes de tanto mirar la tierra.

Ella y él charlan junto al balcón.

Es una charla fría y rectilínea, en que el día de la boda tiene escueta adustez de negocio. Charla de labrantíos de la huerta que podrán ensanchar, de aquellos otros locos que abandonaron la hacienda por el amor...

Como las casas, exiguas y de adobes, ellos tienen el espíritu. Ignoran cuando se dieron cuenta de que eran novios, y durante las noches no hay recuerdos ni sobresaltos que les traigan al desasosiego de la vigilia.

Ella cose.

El bosteza.

Y he aquí que inesperadamente, al menguar la luz ella deja la costura sobre las rodillas y levanta la mirada hacia el balcón.

— Mira: fuego.

El se inclina y mira por sobre el hombro de ella.

— No, tonta... es el crepúsculo.

La novia suspira.

— ¡Qué bonito! ¿eh?

Entonces en un impulso nunca sentido, el novio le busca con tembloroso aleteo de beso los rizos locos de la nuca...



Cierta solterona repasa las cuentas que le trajeron sus arrendatarios.

Es gorda, hombruna. A caballo en su egoísmo, ha pasado por la vida con un paso lento y regresó sin volver la vista atrás, sin sentir la viajera comezón de los horizontes. Como un ciprés impasible y recio ha ido contemplando la muerte de todos sus deudos. Cuando los años de escasez, el hambre y el frío saben que no han de llamar a su puerta...

Odia la Iglesia y los curas por los pequeños gastos que pudiera ocasionarle el culto y el dinero que habría de dejar para comprar con misas la salvación de su alma. Es atea porque le conviene la imposibilidad de otra vida y poder enterrar su tesoro para que se pudra y deshaga como ella misma.

Viento sutil ha hinchado la cortina y empuja habitación adentro olor a campo... Por un sendero oculto alguien viene cantando una tonada lánguida y evocadora.

La solterona ha descorrido la cortina, se ha acodado en el balcón y durante unos segundos se olvida de cuantas pesetas ha producido su finca "El plantío..." y levanta las pupilas al cielo, pensando que hará buena noche y será grato acostarse un poco tarde...



De "Las Moreras" vuelven los tres amigos.

Gatean ya por la vejez pero tienen la carnación roja y la bien recia osamenta de los hombres del agro.

Salieron ya mediada la tarde para contar los cebollares que uno de ellos tiene en su huerta y que los otros dos quieren comprarle. Rostro al camino, se sentaron en el suelo y el hortelano les sirvió un jarro de vino áspero y claro de la tierra que deja límpido y diáfano el cristal. Ya puestos de acuerdo emprendieron la vuelta por entre los zarzales donde las moras de Setiembre eran aún blancas florecillas polvorientas.

Hablaron del reciente invierno, que había retrasado las faenas agrícolas; después, chismorrearon del cura y del teniente de la Guardia Civil. Ahora se refieren cuentos picantes y ríen con risa socarrona de rústicos, que les bailotea los vientres y les enciende los ojos entre la movediza grasa de la cara.

Pero a una brusca torcedura del camino, se ensanchó el campo. Acotado enfrente por el alto y encrespado cabeceo de los chopos, el río era de acero, verde, azul, gris, morado, en una incomprensible y tenue gradación. Más hacia la izquierda, un árbol único y lejano contra el cielo rojo evocaba pasajes bíblicos.

Los tres hombres cesaron de reír y anduvieron un rato en silencio. Alguno de ellos recordó cierta tarde — ya tan cubierta de tiempo — en que a la orilla del mismo río enmudeció de amor junto a una linda forastera que marchaba del pueblo a la mañana siguiente y a quien no había de ver nunca más...



Llegó la noche.

Aquella suave emoción que el crepúsculo hizo volar sobre el pueblo, se olvidó.

Los hombres tornaron a la vida monótona, y el pueblo pardo, árido, lejano del río, de las huertas, de los árboles que mintieron murmullo de mar, tiene reposo de cansancio y de vulgaridad...

José Francés.

EL REY FELIPE IV

∘ ∘ POR VELASQUEZ ∘ ∘

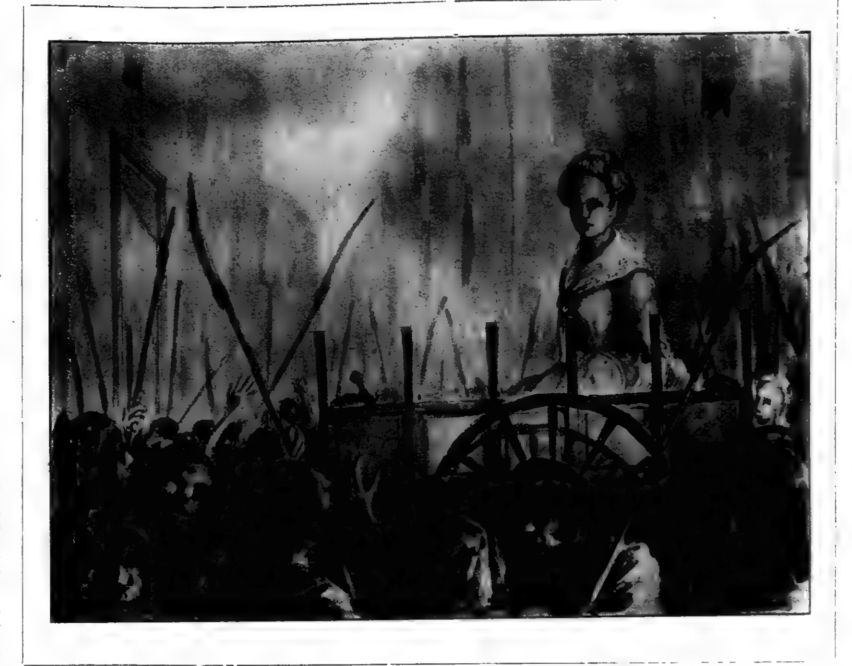


MUSEO DEL PRADO

∘ ∘ MADRID ∘ ∘



Lo que vió la reina de Francia



Fué en aquella lejana época, docta y galante, enciclopedista y supersticiosa en el último tercio del siglo XVIII, cuando llegó a París el médico austriaco Antonio Mesmer.

A pesar de los fuertes y luminosos sarcasmos de Voltaire contra las prácticas supersticiosas, el pueblo amaba lo maravilloso, creía en vuelos de brujas sabáticas, en la ciencia misteriosa de los saludadores y en el poder del mal de ojo de los hechiceros. La Academia Francesa, era racionalista y atea, y mientras preparaba la formidable revolución idealógica, la muchedumbre acudía a la tumba del Diacono de París, muerto en olor de santidad; tomaba tierra de la fosa, la mezclaba con vino y se la bebía; bebedizo que tenía el poder de arrojar a los demonios del cuerpo.

A pesar del helenismo de país de abanico que triunfaba en los jardines de Versalles todo el pueblo vivía espiritualmente en plena taumaturgia. Los clérigos no daban paz al isopo ni al exorcismo. Los embrujamientos de Carlos II de España habían pasado los Pirineos. Se encendían hogueras para los sortilegios, porque el Parlamento de París también gustaba de los torreznos de bruja, como nuestra Santa Inquisición.

En este estado de cosas, llegó Antonio Mesmer a París, con su nueva teoría del magnetismo animal. En realidad, Mesmer no aportaba nada nuevo. Agustín Paracelso, en el siglo XV, opinaba también que la fuerza de la vida proviene de los astros y que existe una corriente fluídica entre las estrellas y los hombres. Creía en la eficacia de los talismanes y de los ungüentos magnéticos. Como se ve, esta teoría de las relaciones interplanetarias no es más que una consecuencia de la astrología de los caldeos, mística corriente que duró toda la Edad Media y hasta fines del sigo XVII, en que algunos príncipes tenían astrólogos de cámara para que descifrasen su horóscopo y las influencias que tenían que temer de los cuartos de la luna y del anillo de Saturno.

Mermer fué un nuevo apóstol del fluído magnético, que enlaza los hombres con los astros. El se creía dotado de ese fluído imponderable y por su influjo curaba todas las enfermedades. Muy pronto consiguió hacer una gran fortuna. Todas las damas que componían pastorelas galantes en el Trianón, acudieron a la "cubeta de Mesmer". Abates madrigalistas y caballeros almidonados de peluquín y de casaca se sintieron enfermos y fueron a casa del médico-brujo, a pesar de los informes contrarios a las prácticas magnéticas, firmados por la Academia de Ciencias y por la Facultad de Medicina, que aseguraban que Mesmer era un loco o un embaucador.

Al atardecer de un día de otoño, una dorada carroza se detuvo a la puerta del médico misterioso. Una bella damita, seguida de otra dama y de un caballero, se apearon de la carroza. Era la Venus austriaca, la reina María Antonieta de Francia.

En un gran salón esperaba la flor de la femenina nobleza. La casa de Mesmer era otra fiesta de aquella época de fiestas, un entretenimiento exquisitamente misterioso y escalofriante. El calofrío de lo supersticioso era una voluptuosidad para las gentiles figulinas de cabellera empolvada. Se entregaban al misterio como a un amante inefable que sabía hacer vibrar las cuerdas de su histerismo elegante y decadente.

La imprevista llegada de la reina dió una gran solemnidad a aquella tarde taumatúrgica. Hubo un amable crugir de sedas, como en un ceremonioso paso de pavana; las risas desgranaron sus escalas de oro como en los simulacros mitológicos de los jardines versallescos. Una fugaz risa pagána volaba en aquella litúrgica capilla de la Magia, donde todo era tenebrosamente teatral.

Mesmer besó la punta de los dedos de la divina y trágica reina de Francia.

María Antonieta presentó a Mesmer a sus acompañantes.

—La duquesa de Grammont. El conde Cagliostro, el brujo—exclamó con una sonrisa que en vano quería ser volteriana, señalando a un caballero pálido y moreno, con los ojos como dos llamas de alucinación.

Mesmer contempló al mago Cagliostro, que se acordaba de todas sus existencias anteriores. Sin embargo, no le causó asombro aquel extraño personaje porque en aquel tiempo era de mal tono asombrarse de nada.

María Antonieta mostraba impaciencia por conocer el misterio de la cubeta de Mesmer. Se hizo un hondo silencio en el que todos sintieron una vaga inquietud: zumbaba el viento en las vidrieras como el aletazo de un pájaro de agorería.

Antonio Mesmer se sentó al clavicordio, porque la música atrae a los buenos espíritus del espacio. Las resonancia hondas y litúrgicas esparcían una solemnidad religiosa en el ambiente. La cubeta estaba colocada en el centro del salón. Era una cubeta de madera negra, de gran tamaño.

En el interior, a manera de radios convergentes, había muchas botellas de agua magnetizada por Mesmer, en varias filas, unas sobre otras. La cubeta estaba llena de agua de color glauco, preparada con unas limaduras de hierro, vidrio machacado, escorias de bulla y arena.

De la cubeta partían muchas varillas de metal, a cuyo remate había una cuerda que rodeaba la cubeta. Sobre la maroma extendían las manos los enfermos y los practicantes del ocultismo, poniendo en contacto los pulgares, con las piernas y los pies unidos, formando la cadena magnética.

Al cabo de unos minutos, Mesmer encargó a otro músico—un viejo organista de convento—que continuara el concierto, y él se acercó al grupo de los enfermos con una varita mágica en la mano. Era una varita imantada, de vidrio, que es el mejor conductor del fluído.

Apenas el médico-brujo tocó la cubeta con la varita mágica, comenzaron las convulsiones. Cuatro madamas cayeron en una encantadora crisis, con los ojos en éxtasis, desgranando la locura de su risa perlada.

Cuando las contorsiones y los espasmos se acentuaban y los lazos de deliciosa carnación, Mesmer atraía a las poseídas hacia el "Infierno" de las convulsiones por la virtud de sus pases magnéticos. Era este "Infierno" un gabinete, guateado de raso negro, para amortiguar el choque de los cuentos convulsionados por los retorcimientos histéricos.

En aquel cuarto sólo penetraba Mesner, que seguía las crisis con toques de varita y envolviendo a las enfermas con el fluído de sus ojos de fascinación. Las señoras llamaban a aquel lugar, no se sabe porqué íntimos y misteriosos motivos "La delicia de las damas". Cuando al cabo de un rato volvió Mesmer del delicioso "Infierno de las convulsiones", había una gran exaltación entre los que circundaban la misteriosa cubeta.

María Antonieta estaba pálida como los mármoles paganos de sus jardines reales. Exhalaba sollozos entrecortados y tenía los ojos espantados y fijos en el agua glauca que llenaba la cubeta. Sus manos engarfiadas se tendían hacia adelante.

—Qué veis, señora?—preguntó Mesmer fríamente.

La reina respondió con una voz de suspiro que parecía un eco muy lejano:

—¡Del agua turbia surgen muchas caras que me amenazan. Son mendigos, ladrones, y llevan picas en las manos! ¡Ahora los veo mejor! ¡Hay muchos, muchos, muchos; está llena la calle de gentes patibularias que se dirigen a Versalles!

—¡Seguid Majestad!

—¡Una plaza muy grande! El cielo está gris y torvo. ¡En una carreta van muchas mujeres casi desnudas, con las manos atadas a la espalda. ¡Qué horror, Dios mío! Qué hacen con la duquesa de Grammont? ¡Va llorando en esa trágica carreta?

La duquesa de Grammont era una dama racionalista y volteriana que no creía en alucinaciones.

—Veis, señora, que me llevan en una carreta, ¿Y con el pelo suelto? Rogad a esos sayones que me permitan aguardar a mi peluquero para que me empolve la cabellera.

La amable fanfarronería cayó en un silencio glacial.

—¡Vuestro peluquero será esta vez el verdugo!—sollozó María Antonieta.

Sobre el rostro pálido de la reina el mago Cagliostro clavaba sus pupilas de fascinación.

—¡La duquesa de Montmorency! ¡El señor Condorcet está muerto en una calle solitaria! ¡Una muchedumbre feroz se apiña en la plaza! ¡Caen cabezas ensangrentadas, muchas cabezas espectables, con los ojos abiertos, que pronuncian palabras enigmáticas, al caer en el lúgubre cestillo! La muchedumbre ébria de sangre, corre a las Tullerías... ¡Cuántos rostros conocidos y la flor de la nobleza francesa, todos los que ayer estaban en los salones de baile!

Estaba rígida y helada; parecía una Venus de mármol, la rubia Vénus austriaca. Súbitamente lanzó un alarido.

—¡El rey! ¡También el rey! ¡Su cabeza rueda, rebotando sobre el tablado! ¿Qué es esto? ¡Me veo yo misma! ¡Parece que estoy flotando en un mar de sangre! ¡Veo mi garganta con una línea roja como una cinta en camilla. ¡Jesús! ¡Jesús!

Y la reina de Francia cayó en una espantosa convulsión epiléptica.

—¿Qué habrá visto la señora?—exclamó la de Grammont.—¿De qué cinta hablaba?

Cagliostro sonreía enigmático.

—Ya lo habéis oído. Una preciosa corbata color de sangre que le ceñía a su cuello de diosa. La cubeta de Mesmer ha sido galante con la reina de Francia.

Aquel misterioso Cagliostro que se acordaba de las vidas anteriores y que sabía leer el futuro, quizás vió que la cinta roja que adornaba la garganta de la reina era la corbata trágica y sangrienta de maese Guillotín.

Era una galantería retórica del gusto de la época.

EMILIO CARRERE.



Aquella noche . . .

Por Horacio Quiroga



HORACIO QUIROGA

Hay frases ya hechas, fórmulas de expresión triviales cuya fuerza poética es tan grande que resisten a la vulgaridad de un uso diario y constante, sin perder la sugestión ardiente del instante en que se las creó. Tales son "Al pronunciar el nombre", — "Una tarde..."

¿Por qué misterio resisten dos o tres palabras al embate sin tregua de lo trivial, como si la nimia razón gramatical que las une hiciera de ellas un ramillete inviolable, cuyo perfume surgió al crearse la frase, y continúa evaporando su poesía original, sin agotarse nunca?

Nadie lo sabrá, por dicha. Pero mientras el hombre sea hombre, y la palabra sea algo más que un sonido, habrá siempre un instante y una mujer cuya influencia fué tan grande, que el alma entera de un hombre puede comenzar a girar su vida como un disco, a la sola evocación de estas palabras: "Una tarde..."

Siendo yo muy chico, leí "El Ruiseñor", de Buffon, cuando el naturalista comienza: "Al pronunciar el nombre de este pájaro, acude a la memoria el recuerdo de una de esas hermosas noches de primavera"...

Pues bien; ni antes ni después he vuelto a sentir una impresión poética más vasta que la que me sugirió el autor con su célebre capítulo. ¿Qué elementos de evocación, a su vez, tenían estas dos o tres líneas para abrir tan inmenso panorama de poesía ante el simple corazón de un muchacho? Estos dos solamente: el acto de traer toda una vida vivida o por vivir ante las puertas de la evocación que abre la fórmula "al", y una noche de primavera.

La misma impresión he vuelto a sentir un poco más tarde con "El sueño de una noche de verano", título de Shakespeare. El que esto escribe no ha leído nunca la comedia. Y ha hecho bien, porque la poesía de no importa qué comedia no podrá igualar jamás a la que sugirió su título a un chiquilín, del mismo modo que no es sensato volver a ver a la tiernísima novia de un infantil amor, aunque ella haya valorizado ahora su vida con cuatro robustos hijos.

Pues bien: el cinematógrafo ha tenido la dicha de uno de esos hallazgos que son por sí solos un triunfo. No es más que una frase usada en las leyendas de los films, una sola, corta, sin comentario alguno, y que llena toda la pantalla.

Esta frase es "Aquella noche"... Nada más. Supóngase ahora el lector el drama menos apasionado, la comedia menos sentimental, la pieza más desprovista de interés. Por desteñida y acuosa que ella sea, llegará un momento en que un corazón sufre y un carácter está a punto de romperse de tensión. Pues bien; "Aquella noche"...

¿Qué pasa? ¿Se salva la heroína? ¿Solloza con los puños en las sienes el hombre de carácter? Cualquier cosa; el destino está allí, embozado hasta la hora final, hasta que el autor lo empuja adelante. Y "aquella noche..."

Luego a la memoria de una enérgica obra y de un hermosísimo par de ojos que comenzaron por enloquecer al protagonista, va unida la visión indeleble de una breve frase negra en la pantalla. Quien esto escribe no es una criatura; pero puede jurar con la mano sobre el corazón que muchos hombres como él han abandonado el cinematógrafo pensando en cosas que poco tienen que ver con la seriedad de la vida. No es el menor de sus sueños sentirse actor de cine junto con determinada actriz, en el momento capital de las cintas de amor cuando los protagonistas quedan solos en la pantalla, con el final que todos conocen.

¡Bello sueño! Y mientras nuestro hombre camina silbando despacio, siente que su alma está en blanco como la pantalla, mientras en una esquina de ésta van surgiendo en miniatura las caras que él conoce demasiado bien, porque no es esa la única noche que ha salido silbando despacio: la Vernon, la Phillips, la Billie Burke, la Clifford...

Todas norteamericanas, como se ve. Su vida también está en blanco. Y sueña así:

¿Qué cosa más fácil que hacerse enviar a Norte América por un diario, con el fin exclusivo de reportear a las estrellas del cine? Por poco que se sepa escribir, el interés actual por el cinematógrafo es tal, que el éxito de aquellas crónicas está descontado.

Se va, pues, y busca a la Vernon, cuyos ojos son sin par en el mundo desde que éste existe. Obtiene sus confidencias, se enamora mucho, logra hacerse querer un poco. ¡Los ojos de la Vernon! Por muchísimo menos puede uno volverse idiota, y por menos aún muchos se han casado.

¿Casado con la Vernon?...

"Aquella noche..."

La cabecita en la esquina del lienzo ha cambiado ahora: la Billie Burke. ¡Ah! la pequeña rubia, repleta de gracia y monerías, con garganta de paloma. Muy inteligente, además, vale decir antojadiza. Por lo que no dejaría de hacerle gracia un primer diálogo así:

— Señorita Burke: ¿Usted sabe que he venido del fondo del Plata a verla?

— ¿Dónde es eso?

— Más allá del fondo del Amazonas; la Argentina.

— Ahora sí. ¿Usted vino a esto?

— Sí.

— Mucho viaje.

— Tenía ganas de verla.

— Pues bien, aquí estoy.

— Es que usted me gusta muchísimo más viéndola ahora.

— Amable. ¿Así se dice?

—Así. ¿Qué clase de locura se le ocurre que podría hacer yo para gustarle?

—Expeditivos, en el Plata... Buenos Aires, sí?

— Sí. ¿Y bien?

— Y usted empieza así una... ¿A ver, de qué color tiene los ojos?

Nuestro silbador tiene los ojos pardos, negros o azules; cualquier color. Lo capital es que la señorita Burke ha dado muestra de un vaguísimo interés. Y un tiempo después el amor — infinitamente más antojadizo que una estrella de cine — hace perder pie a la serenidad de la pequeña rubia, y una mañana, nuestro héroe, acodado a la borda del transatlántico que lo vuelve al Plata, no acaba de sorprenderse de sentir una cabeza rubia recostada a la suya — la de miss Billie Burke, su esposa.

Y "aquella noche..."

Y van dos matrimonios. Pasa un instante. La pantalla, de nuevo en blanco, torna a oscurecerse en una esquina con la miniatura de la Phillips. Ella ha sido su más fuerte pasión artística por una temporada. Es asimismo muy inteligente, y tiene un don de ternura único entre sus congéneres. Esta ternura que le disuelve los labios en un vivo mimo, y cuyo calor pasa de la pantalla al corazón del lejanísimo transeunte, es el más grande encanto de la Phillips. No cabría con ella, pues, sino una grave emoción en un diálogo sin jugueteo psicológico; algo en esta forma:

...No, imposible ya. La soledad de la calle, el frío, el mismo silbar despacio, concluyen presto con la ilusión. Dejemos. La vida tiene ocho o diez horas diarias más serias que el sueño de un hombre que ya no es un chico. Pero una que otra vez volveremos aún a salir del cinematógrafo con toda nuestra vida en blanco, como la pantalla, mientras una pequeña mano luminosa de estrella transcontinental, va escribiendo lentamente:

"Aquella noche..."

Horacio Quiroga.

CARGADORES DE LEÑA

Fotografía artística
del Dr. Paez Formoso



Kimonos

La moda de la bata de casa, la bata íntima, es invariable casi siempre y hay en ella dos tendencias: la de implantar formas que se asemejan un poco a las modas de calle, y la francamente primitiva, que aconseja modas hijas de la fantasía o copia de los trajes exóticos de los países de Oriente.

Entre las primeras se encuentran las batas que producen la forma sencilla y graciosa de los vestidos Imperio; las Wateau de gran pliegue amplio, que parte desde el cuello a la cola de los pavos reales y todas esas modas con boleros, ceñidos a pliegues, que recuerdan las modas de figurín, más o menos atrasado.

Las más originales, las imperecederas, las que conservan siempre su actualidad, como si hubiese en ellas una savia tan fuerte que la impidiera envejecer, son las batas Orientales búlgaras, griegas y, sobre to-orientales, búlgaras, griegas y, sobre todo, japonesas.

Las batas lo igualan todo y en su especie de universalidad toman cierto aire antiguo; las mujeres de distintas épocas se asemejarían mucho entre ellas si las pudiéramos ver a todas dentro de un gran museo histórico, en el cual resucitasen vestidas de bata.

La solemnidad que hay en la bata da un aspecto regio a la mujer; pero si no cuida de su coquetería puede darle, del mismo modo, un aspecto descuidado y plebeyo. Quizás la bata, aunque hay en ella un rango especial, es donde más triunfa o fracasa la distinción. Del mismo modo da la bata un aire de abandono elegante y negligente, que presta a la mujer un dominio de autoridad casera en pleno uso de sus funciones. Pero siempre la bata da reposo, bien estar; resarce de las penalidades que impone la moda; es una prenda afectuosa, íntima, fraternal, a la que se quiere y a la que se abrazaría.

Al cambiar el traje de calle por la bata, puede decirse que la mujer entra más en posesión completa de sí misma, que respira y que languidece.

Las batas de verano, las batas ligeras, son quizás más batas que las de invierno, demasiado pesantes.

El jardín de las batas de verano tiene flores variadísimas; pero las más vistosas, las más acertadas, las que marcan una fórmula definitiva en que fijarse, en que quedarse, son las orquídeas de los kimonos.

El kimono es la creacción, de un pueblo de artistas para traje de calle, y por eso posee esa forma tan acabada, tan depurada y tan delicada.

En él se disculpan y se justifican todos los paisajes, todas las flores, todos los pájaros y todos los motivos de la estampación, por fuertes y detonantes que sean sus colores, en una armonía alegre y vivificante de luz y de color. Su manga ancha, su forma holgada hacen que la tela caiga con cariñoso relieve alredor de la figura, que su faja acaba de ceñir de gracia y esbeltez.

El kimono ,además, da u nextraño contraste a la belleza de la mujer europea. Era una prenda que parecía que no podría ser llevada más que por las japonesas; pero que presta una gracia especial a todas las mujeres, muy europea y muy asiática, a un tiempo mismo.

El kimono no domina la figura como la bata, le da gracilidad y afina dulcemente la silueta; los ojos grandes y los cabellos muy rubios, que parecían no poder triunfar con el kimono, tuvieron aún más resalte en él, porque el kimono, recordaba los ojos rayados, pequeños y escondidos de sus dueñas naturales; las que nos han trasmitido en él algo de su misterioso encanto, mientras ellas han resultado perjudicadas, en su gracia y en su originalidad, aceptando nuestro traje europeo. Todas las razones están de parte del kimono para que este arraigue en las costumbres cada vez más y llegue a ser el ágil traje de casa, cuya moda no puede pasar. El gran encanto del kimono está en que el kimono parece tener siempre una dueña lejana y propia, a la que se lo hemos robado y a la cual recuerda en constante oración.

Carmen de Burgos.
Colombine.

FEMINIDADES

LOS MANDAMIENTOS MODERNOS DE LA MUJER

El primero — Tener fé en Dios.
El segundo — Tener voluntad de obrar bien.
El tercero — Considerar la vida a traves de un Ideal.
El cuarto — Entrenarse en la abnegación.
El quinto — Acostumbrarse a pensar y obrar por si misma.
El sexto — Amar el espíritu a través del cuerpo.
El séptimo — Practicar la economía, sin avaricia. (La avaricia es como una mosca en la sopa).
El octavo — Perfeccionar la inteligencia sin destruir la gracia femenina.
El noveno — Elegir entre dos deberes, el que implique mayor sacrificio personal.
El décimo — Llegar a la felicidad, sembrando pequeñas dichas.
Resúmen — Ser más femenina que feminista.

PIRIAPOLIS 22 DE FEBRERO

La mujer es forma y es color, pero nada valdría, si no tuviese como la flor esencia. — La forma y el color es su belleza, la esencia es la bondad que encierra en su alma.

Niña que en un alto de la vida, he conocido, — guarda esa esencia preciosa como el mejor bálsamo que puedes prodigar a tus semejantes.

ES LA LEY DE LA VIDA

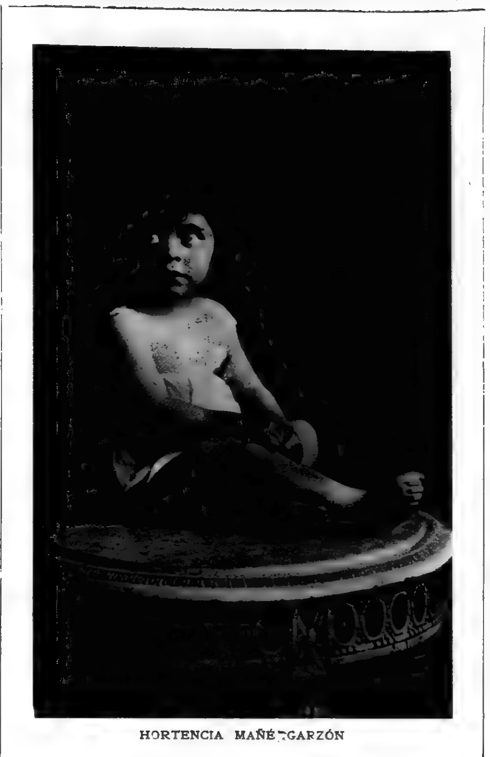
En un jardin florido, una rosa purpurina suspiraba tristemente, herida en su corazón, porque una abeja atrevida había rozado los pétalos de un lindo pimpollo que aquella mañana acababa de abrirlos a la luz acariciadora de la aurora.

—Ay! hija mía, — se lamentaba, cuan poco duró mi dicha... una sola mañana y ya te alejas de mí!...

—Porqué lloras madre, — el pimpollo respondía, — si soy tan feliz... Es la ley de la vida, déjame ir... no te acongojes, ¿todas las horas de la aurora no han sido para tí?... ahora deja, que la lilial y vespertina hora, me lleve hácia el Amor... Es la ley de la vida, madre, no te aflijas así... Esa abeja a quien no quieres, es mi galán, en sus alas de transparente plata llevará mi corazón, y con mis besos hará su miel...—pero... no llores madre, no seré ingrata, no te olvidaré, lo mas dulce de mi misma será para tí...

Y el pimpollo dió a la abeja todo su perfume para su miel... y la madre que la veía feliz, como todas las madres, olvidaba su pesar, y secaba su llanto para sonreir a la dicha de su hija... Es la ley de la vida...

Gala Placidia.



HORTENCIA MAÑÉ GARZÓN

CANCIONES DE NIÑOS

EL PRINCIPE.

—Decidme, vistéis aquél que adoro?
Porta en sedosa bolsa escarlata
para mis dedos cintos de oro,
para mis sienes velos de plata.

Bordado en gemas fulge su sayo:
sus armas lanzan áureos fulgores...
Bajo los cascos de su caballo
hasta en la arena brotan las flores—

Canta la Virgen... Por los senderos
en flor, se esfuma la primavera...
Pórtanlo herido cuatro escuderos:

Y desolada la niña advierte
que bajo el oro de la visera
su rostro es pálido como la muerte.

CAPERUCITA.

—Caperucita, la más pequeña
de mis amigas, ¿en donde está?
—Al viejo bosque se fué por leña,
por leña seca para amasar.

Caperucita, dí, ¿no ha venido?
¿Cómo tan tarde no regresó?
—Tras ella todos al bosque han ido,
pero ninguna se la encontró.

Decidme, niños ¿qué es lo que pasa?
¿Qué mala nueva llegó a la casa?
Por qué esos llantos? ¿Por qué esos gritos?

¿Caperucita no regresó?
—Sólo trajeron sus zapatitos...
¡Dicen que un lobo se la comió!

Francisco Villaespesa.



HORTENCIA PASTORI GOMEZ CIBILS

LA LÍRICA DE OTOÑO

Ha debutado en el Urquiza con buen éxito y buena presentación la lírica del maestro Padovani' que en tournée americana se detiene en Montevideo para ofrecernos la acostumbrada "season" de arte y música.

El elenco de la compañía tiene nombres conocidos, tanto como el repertorio trae las viejas óperas de la lírica italiana y francesa. Rina Agozzino y Jeane Viviana, Pedro Navia y Ettore Bergamaschi, son artistas de renombre hecho en nuestros teatros, como "Gioconda" y "Manón", "Aída" y "Rigoletto", serán siempre apreciadas con deleite por nuestros espíritus selectos.

Además, con esta lírica, las representaciones adquieren el prestigio singular que falta tan comunmente: — la trilogía de la orquesta, de los coros y la mise en scéne, — que da las condiciones indispensables para hacer una noche de arte elevado y puro.

Por otra parte, nuestra sociedad concurre noche a noche a las veladas del Urquiza, y como en los clásicos festivales de todos los años, la sala adquiere esplendor y brillantez con el conjunto de damas y caballeros que alternan descollando en palcos y tertulias.

⁂

La temporada de la lírica Padovani no está señalada por abonos ni funciones en serie. Es una temporada libre, en que la compañía se propone conquistar la plaza, con esfuerzo y mérito.

Claro que es indudable que la compañía no viene a consagrar espléndidas seratas del gran arte, porque sus carteles no son de triunfantes resonancias. Pero, dentro de los discretos medios, con amor por la escena y honestidad por la presentación, la lírica de otoño, impresiona bien, se hace grata y amable, ofrece harmónico conjunto y revive sensaciones exquisitas de dulce emoción.

⁂

De las representaciones que lleva dadas con éxito de sala y de boletería, recordamos "La Gioconda", "Andrea Chenier", "Madame Butterfly", "Aída", "Manón", en todas y cada una de las cuales la orquesta del maestro Padovani tanto como los coros y los bailes, — harmonizaron con las primeras partes, — tenor, barítono, soprano, bajo, — todos discretos en la voz y la escena.

La lírica de otoño permanecerá algunas semanas en el coliseo de la calle Andes, mientras la estación se afirma y la temporada se hace.

Sólo nos place consignar su éxito y esperar que la misma atención dispensada desde el primer día por la sociedad y la prensa montevideanas, sigan prestando su aplauso y concurso a la lírica de otoño del maestro Padovani.

⁂



Rina Agozzino, de la Compañía Padovani



[illegible], de la Compañía Padovani



BEATRIZ AGUIRRE (Sultana)
Coupletista Argentina que ya nos visitó y que volverá en breve a Montevideo

Apropósito de las recientes representaciones de "Manón" por la compañía Padovani, un colaborador amigo nos proporciona las siguientes líneas sobre la vieja ópera y Jules Massenet.

Meilhac y Gille escribieron el libreto y Julio Massenet inmortalizó su vida con la composición musical de "Manón", exquisita y sentimentalmente hecha. El espíritu galante de Francia vibra en cada una de sus páginas, las que conservan, sin que ello se malogre en lo más mínimo su intensidad emotiva, esa línea medida y elegante característica de todo lo francés.

Hay gracia sugestiva y deliciosa en la "arrivée": 'Je suis encor tout étourdie"; — abandono y lánguida tristeza en los melancólicos "regrets": "Voyons, Manon, plus de chimeres!"; — y suave a la par que intensa emoción amorosa en el dúo del encuentro: "On m'apelle Manon"...

El dúo de la carta: "On l'apelle Manon" es de una delicadeza y sensibilidad verdaderamente francesas; "Adieu, notre petite table" traduce nitidamente las encontradas sensaciones que experimenta Manón al sentir en su interior la lucha de su ambición con ese afecto algo equívoco que la arrastra hacia Des Grieux. El sueño: "En fermant les yeux, je vois lá bas..." es demasiado conocido para necesitar comentario, y el cuarteto impresiona de manera agradabilísima por la riqueza de su melodía.

"Ah! fuyez douce image" trae a la memoria la famosa y popularizada aria de "Herodiade"; "Visión fugitive", — y de la comparación surge evidente el enorme avance realizado por Massenet con "Manón". La dulzura y suavidad de la melodía con que Des Grieux canta sus tristezas procurando en vano arrancar de su pecho la visión perturbadora que la obsesiona, es tan enternecedora e insinuante, que penetra hondamente en el espíritu y lo subyuga.

La escena de la seducción: "N'est-ce plus ma main" es otro acierto magistral de Massenet. Los ímpetus de Manón están subrayados con tanta intensidad como delicadeza, y cabe aquí recordar que el celebrado autor de "Werther" alcanza el máximum de efecto dramático sin valerse de medios vulgares o de la violencia con que suelen expresar las situaciones pasionales los músicos italianos.

"Manón" es pues uno de los más puros y magníficos exponentes del arte lírico francés, al que representa gloriosamente, como una de las más grandes partituras del divino arte de la música.

Nosotros pediríamos su repetición a la compañía Padovani, seguros del éxito.

El Extracto de Malta URUGUAYA como alimento

Excelentes condiciones analíticas

Por el análisis que publicamos a continuación pueden estimarse las propiedades excepcionales que reune el EXTRACTO DE MALTA "URUGUAYA" como alimento de primer orden, pues ninguno de sus componentes deja de llenar ese alto rol medicinal, tan afanosamente perseguido por la ciencia médica, en tanto su actividad diastásica evidencia las excelentes condiciones técnicas en que es elaborado; todas cuyas circunstancias dan a ese producto la característica de una verdadera revelación:

LABORATORIO DE ANALISIS

(SECCION DE HIGIENE ALIMENTICIA)

Determinación del valor nutritivo de productos empleados en regímenes especiales ó suplementarios

Telefono La Uruguaya, 960 (Cordón)



Dirección Técnica Doctor J. F. GONZALEZ

Químico A. PRUNELL

DIRECCION POR CABLE "BIOLABORO"

Análisis Nº 10279

Montevideo, Junio 27 de 1918.

Cervecería Uruguaya

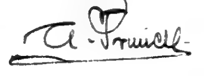
ANALISIS DE EXTRACTO DE MALTA



Densidad a 15	1.0925
Alcohol en volúmen % a 15°	0.1
Extracto seco ‰	240.70
Materias reductoras totales en maltosa(azúcares) ‰	144.61
Poder diastásico % (en maltosa)	10.00
Materias albuminoideas o nitrogenadas ‰	10.83
Fosfatos anhidrido fosfórico ‰	2.25
Acidez total ‰	2.54
Acidez fija ‰	2.25
Acidez volátil ‰	0.29
Cloruros en cloruros de sodio ‰	0.234
Cenizas ‰	5.78

Los elementos que entran en la composición del Extracto de Malta remitido por la Cervecería Uruguaya, puestos en evidencia por el Análisis Químico, dan cuenta de su poder nutritivo. Además de los albuminoideos y de otros principios que contiene el valor alimenticio de este preparado, se estima especialmente por su actividad diastásica y por su riqueza en principios dinamógenos, como los azúcares. los cuales al ser utilizados por el organismo, son una fuente de producción de energía. Desde luego este preparado es particularmente útil, toda vez que es necesario hacer predominar el régimen de alimentos hidrocarbonados.

El dato expresado de la actividad diastásica asegura por si solo las condiciones técnicas de la elaboración de este producto.



El dato expresado de la actividad diastásica asegura por si solo las condiciones técnicas de elaboración de este producto.

NUESTRO ESTABLECIMIENTO, ANTE ESTA AUTORIZADA PRUEBA, NO NECESITA OFRECER OTRA RECOMENDACION, YA QUE, POR OTRA PARTE, LA EXPERIENCIA SE HA ENCARGADO DE PONER EN TRANSPARENCIA TAN AUSPICIOSAS VERDADES

CERVECERÍA URUGUAYA

CALLE ASUNCIÓN 1229 MONTEVIDEO

IMPRENTA LATINA Florida 1528 Montevideo



Doña María Inés Furriol de Lasala

Selecta

DE abolengo ilustre, con virtudes y bondades ejemplares, vivió como una reliquia en el seno de nuestra vieja y distinguida sociabilidad, que admiró en Doña María Inés Furriol de Lasala a la matrona que encarnaba con más prestigios la dignidad aristocrática de la vida social de otrora. — Su casa solariega fué el obligado rendez-vous de la calificada sociedad de entonces y de cuanto extranjero ilustre arribó a estas playas, participando del trato exquisito de la respetable matrona. — "Selecta" se honra en recordar su nombre y sus prestigios, que, en su homenaje, arrancamos hoy del album de marfil de nuestros anales sociales.

El Extracto de Malta URUGUAYA como alimento

Excelentes condiciones analíticas

Por el análisis que publicamos a continuación pueden estimarse las propiedades excepcionales que reune el EXTRACTO DE MALTA "URUGUAYA" como alimento de primer orden, pues ninguno de sus componentes deja de llenar ese alto rol medicinal, tan afanosamente perseguido por la ciencia médica, en tanto su actividad diastásica evidencia las excelentes condiciones técnicas en que es elaborado; todas cuyas circunstancias dan a ese producto la característica de una verdadera revelación:

LABORATORIO DE ANALISIS

(SECCION DE HIGIENE ALIMENTICIA)

Determinación del valor nutritivo de productos empleados en régimenes especiales o suplementarios

PAYSANDU N° 1280 — MONTEVIDEO — Teléfono La Uruguaya, 920 Cordon

Dirección Técnica Doctor J. F. GONZALEZ — Químico A. PRUNELL

DIRECCION POR CABLE "BIOLABORO"

Análisis N° 10279

Montevideo, Junio 27 de 1918

Cervecería Uruguaya

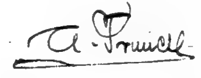


ANALISIS DE EXTRACTO DE MALTA

Densidad a 15	1.0925
Alcohol en volumen % a 15°	0.1
Extracto seco ‰	240.70
Materias reductoras totales en maltosa(azúcares) ‰	144.61
Poder diastásico % (en maltosa)	10.00
Materias albuminoideas o nitrogenadas ‰	10.83
Fosfatos anhídrido fosfórico ‰	2.85
Acidez total ‰	2.54
Acidez fija ‰	2.25
Acidez volátil ‰	0.29
Cloruros en cloruros de sodio ‰	0.234
Cenizas ‰	5.78

Los elementos que entran en la composición del Extracto de Malta remitido por la Cervecería Uruguaya, puestos en evidencia por el Análisis Químico, dan cuenta de su poder nutritivo. Además de los albuminoideos y de otros principios que contiene el valor alimenticio de este preparado, se estima especialmente por su actividad diastásica y por su riqueza en principios dinamógenos, como los azúcares, los cuales al ser utilizados por el organismo, son una fuente de producción de energía. Desde luego este preparado es particularmente útil, todas vez que es necesario hacer predominar el régimen de alimentos hidrocarbonados.

El dato expresado de la actividad diastásica asegura por si solo las condiciones técnicas de la elaboración de este producto.



Justo F. González

El dato expresado de la actividad diastásica asegura por si solo las condiciones técnicas de elaboración de este producto.

NUESTRO ESTABLECIMIENTO, ANTE ESTA AUTORIZADA PRUEBA, NO NECESITA OFRECER OTRA RECOMENDACION, YA QUE, POR OTRA PARTE, LA EXPERIENCIA SE HA ENCARGADO DE PONER EN TRANSPARENCIA TAN AUSPICIOSAS VERDADES

CERVECERÍA URUGUAYA

CALLE ASUNCIÓN 1229 — MONTEVIDEO

IMPRENTA LATINA Florida 1528 Montevideo



Doña María Inés Furriol de Casala

Selecta

De abolengo ilustre, con virtudes y bondades ejemplares, vivió como una reliquia en el seno de nuestra vieja y distinguida sociabilidad, que admiró en Doña María Inés Furriol de Casala a la matrona que encarnaba con más prestigios la dignidad aristocrática de la vida social de otrora. — Su casa solariega fué el obligado rendez-vous de la calificada sociedad de entonces y de cuanto extranjero ilustre arribó a estas playas, participando del trato exquisito de la respetable matrona. — "Selecta" se honra en recordar su nombre y sus prestigios, que, en su homenaje, arrancamos hoy del album de marfil de nuestros anales sociales.





AÑO II. — NÚM. 19.
MONTEVIDEO.

Selecta

DIRECTOR: JUAN CARLOS GARZON



Esta fotografía inédita de la Catedral de Montevideo data de 1820.
Es en realidad, una bellísima nota documentaria esta página que "SELECTA" ofrece a sus lectores con la convicción de que sabrán apreciarla debidamente, evocando ante ella los días gloriosos del pasado, la ciudad vieja, las antiguas casas de 1820, donde palpitó con dorados afanes aquella brillante sociedad de otras épocas, de las cuales descendemos y a las que recordamos ungidos por el ala misteriosa del ensueño evocador y aleccionante.

A nuestros lectores:

Pedimos disculpa a nuestros distinguidos lectores por el atraso con que aparece este número de "Selecta". La huelga gráfica de Buenos Aires primero, y dificultades insalvables después, entorpecieron su confección, reteniéndola hasta que nos decidimos entregar la edición a la conocida Casa Barreiro & Cía. de esta ciudad, y en donde seguiremos imprimiendo nuestra revista con el lujo y la elegancia que caracterizan los trabajos artísticos salidos de los talleres de Barreiro.

Por tales razones el lector se encontrará con algunas crónicas sociales atrasadas, que no hemos querido suprimir porque expresan un homenaje de simpatía merecidamente ofrecido.

Desde este número "Selecta" impresa en los afamados talleres de Barreiro, regularizará mensualmente su salida y mejorará sensiblemente su presentación.

La Dirección.

Amado Nervo

Por Luis G. Urbina.

Allí, precisamente, en la puerta del "El Partido Liberal", ví por primera vez al poeta. Fué en el año de 1895. — Cierro los ojos y contemplo, como en aquel instante, la figura escuálica del joven: el cuerpo de estatura mediana, que parecían alargar lo enjuto de las carnes, lo largo de las piernas, lo huesudo del busto y un levitón negro, de corte clerical, que imprimia carácter al personaje; la cabeza, de rostro terso, palidez amarillenta y aguileñas facciones marcadamente españolas; angulosa la nariz, delgados los labios y un bigotillo recién salido, más por retardo de la naturaleza que por adelanto de mocedad, pues el espiritado muchacho representaba haber pasado ya la edad en que Rafael de Lamartin se asemeja al bello Sanzio de Urbino. Coronaba el conjunto una melena obscura y lacia sobre la cual un cansado sombrero de seda lanzaba, de mala gana, sus opacos reflejos. Al abarcar la total imagen nos despertaba ésta, desde luego, la impresión de que nos hallábamos frente a un seminarista provinciano. Yo me acuerdo de los movimientos un poco desmañados, de los ademanes un poco zurdos, de la mímica nerviosa que sorprendí, desde los primeros momentos de trato con el recién llegado a la redacción del periódico. Hablaba, pronunciando de una manera especial las palabras, cantándolas con la típica acentuación que distingue a las gentes del interior de la República Mexicana. Y si me acuerdo de los movimientos y de la voz no olvidaré, no podré olvidar nunca, las dos cosas que me revelaron al soñador: la mirada dulce y vagorosa, que cuando se detenía tornábase intensa y honda, y se encendía en luz abismal, y las manos gesticulantes, expresivas, que se contraían, en rápidas crispaturas o se abandonaban en languideces y desmayos elocuentísimos, siguiendo la fulgurante e inagotable verbosidad del poeta.

Porque el mozo que aparentaba una discreta timidez, iba adquiriendo lentamente confianza y resolución y mostrando la potencia persuasiva de los educados en el ágil pugilato de la dialéctica. En efecto, aquél ingénuo y simpático garzón era un seminarista; era un provinciano; era un poeta. Lo acogimos todos con aspavientos cariñosos; lo vimos con impertinencia; lo escuchamos con atención risueña. Entró en el alharaquiento compadrazgo del regocijo y en la santa hermandad de la esperanza. Iba a la metrópoli como el héroe de la opereta: en busca de felicidad y de gloria. Había escrito en las hojas de la provincia. Traía mucho aliento, mucha perseverancia y un tomo de versos inéditos. Se sentía, como el infortunado cantor de las "Rimas", con algo divino dentro de la frente. Se llamaba Amado Nervo.

Pronto se hizo admirar de los elegidos. El talento le salía a flor de piel. Su imaginación abría ocho alas como los ángeles de Tissot. Su oído, de sensibilidad ideal, le permitía escuchar inauditas sutilezas prosódicas y rítmicas. Pero su originalidad, su encanto, no estaban ahí. Esas cualidades, esas peculiaridades, se escondían en su extraña manera de sentir la belleza. Pensaba en las flores que le recordaban el altar; en las nubes del cielo que le avivaban la visión de las volutas de incienso que hacia la bóveda del templo ascendían cargadas de cánticos; en las voces lejanas que llegaban a él con rumor de oraciones; en las arcadas coloniales que le traían a la memoria los corredores de su seminario; en las músicas melancólicas que le empañaban con lágrimas las pupilas. Experimentaba nostalgia de las sillerías labradas; de las casullas recamadas de oro; de los misales de pasta realzada; de los cirios de llama moribunda; de los cuadros de fondos ennegrecidos. Espolvoreaba la amenidad de sus pláticas con citas de latín eclesiástico. Se sabía al dedillo las sentencias de Kempis. A veces, cuando rememoraba, ponía en su acento una unciosa tristeza que empenumbraba la claridad de su pensamiento, que se entrevía como el jardín de un claustro durante una puesta de sol. Tenía sus horas de taciturno, después de sus medias horas de locuaz. Era un tanto reconcentrado y misterioso, al margen de sus intempestivas expansiones.

***

Era la crisálida de una mariposa inmortal. Era el brote de un gran espíritu de artista; la espiga de una próvida inspiración.

Amado Nervo entró en la Poesía como en dominada comarca: avasallando formas y rindiendo preceptos. Nació, como todos los predestinados a realizar las maravillas del arte, con el instinto del gusto. Y también nació con la virtud suprema de la sinceridad. Sus últimos libros no son sino el progresivo crecimiento de sus libros primeros. En "Místicas" y en "Perlas negras" está el germen de "Serenidad". Es el de Amado Nervo, un temperamento místico que no ha sufrido alteración sino depuración. Ahora es más diáfano porque el poder de vivir se ha encargado de ir puliendo facetas en ese diamante que día por día se hace más luminoso.

Los pasos iniciales de Nervo en la literatura marcan la cualidad conquistadora, la vencedora; el carácter. Una voluntad muy firme, una fé muy profunda, un ideal muy alto, y con estas tres energías el genio de Nervo se puso en marcha. De la puerta de aquella redacción en donde le conocí, a la puerta de la gloria a la cual ha llegado, el camino se tendió difícil, tortuoso, quebrado, con bien encubiertas trampas y precipicios. Todos los salvó este luchador. En México supo abatir envidias y levantar admiraciones; en París supo ir por el barrio latino del brazo de dos camaradas peligrosos: la Miseria y el Vicio, sin que uno u otro mancharan la albura de sobrepelliz de su conciencia. A todas partes llevó su resignación, su bondad y su amor. Lo acompañó siempre la mansedumbre de un ensueño puro. Puso en verso adorable las aventuras dolorosas de su espíritu.

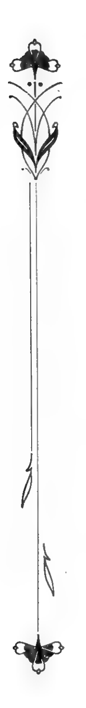
Más no por eso dejó nunca de ver la realidad y de compenetrarse con ella. En este contemplativo con ensimismamientos de éxtasis, vigiló, de continuo, un reflexivo con atenciones de observador. Y esta dualidad, esta mezcla de tan diversas actividades, no es extraordinaria: recordemos al arquetipo, a la doctora de Avila.

Amado Nervo, soñador, escritor, diplomático, ha recorrido los senderos de la vida, sin perder un solo momento, ni en el momento de las grandes penas, su voluntad de ir por encima de las cosas, mas sin perderlas de vista. Posee el gran poeta un alto sentido humano esclarecido por la ansiedad divina del más allá.

De ahí que su obra tenga extensión y tome amplitud y adquiera universalidad. De ahí que sea tan americano y tan español y tan continental. Es un hombre que lleva el alma herida por la tristeza, por el infortunio, por la muerte, y que se queja en voz baja y llora sin amargura porque tiene la seguridad de su liberación y de su ascensión.

El versificador estupendo que ha dado flexibilidades inconcebibles y músicas recónditas al idioma; el imaginador y plasmador de metáforas que deslumbran y emocionan como el sol de un atardecer; el confidente emotivo y delicado que deslíe sus melancolías en un ensueño sideral, y unta con ungüentos de piedad los corazones transberverados, y es sensitivo y caballeresco, activo y místico, laborioso y estático, es un verdadero representativo, una existencia simbólica digna del homenaje de la admiración y de la ofrenda del amor.

Luis G. Urbina.



Sra. Apolina Zorrilla de Barreiro

Como las rosas de Francia que envuelven en perfumes exquisitos el hogar que engalanan, la Señora Zorrilla de Barreiro, encanta con el aroma delicado de su espíritu, que avaloran el perfil clásico de su belleza y el triunfo de sus virtudes. Joven, inteligente, atravesó los salones más dignos de nuestra sociedad, cautivando simpatías, conquistando admiraciones, resplandeciente de luz ideal, que tras sí derramose como una luminosa estrella de merecida consideración y respeto. :: :: :: ::





Doña Mercedes Antuña

hija del Dr. Francisco Solano Antuña
y de Doña Manuela de la Bandera.



Diez de Septiembre

Poema que dedicó doña Mercedes Antuña el ilustre poeta Juan María Gutiérrez.

Como en el cielo una apagada estrella
La vista busca en vano con afán,
Así entre sus hermanas la más bella
Busca sin encontrarla mi amistad.

Triste crespón y doloroso velo,
Enlutan las paredes del hogar,
Bañada en lloro la mirada al suelo,
Una matrona sollozando está.

Murió en su albor la virgen inocente
Porque era un angel y llamóla Dios:
Cándidas flores a su pura frente
Para ir al cielo le prestó el amor.

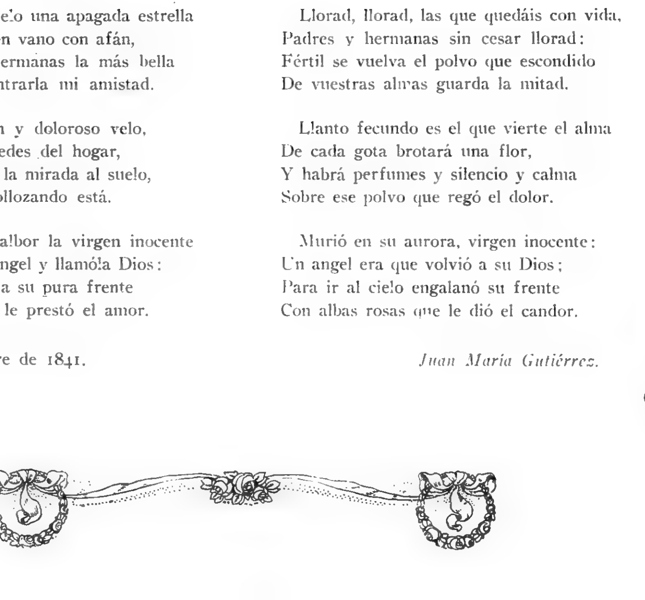
Llorad, llorad, las que quedáis con vida,
Padres y hermanas sin cesar llorad:
Fértil se vuelva el polvo que escondido
De vuestras almas guarda la mitad.

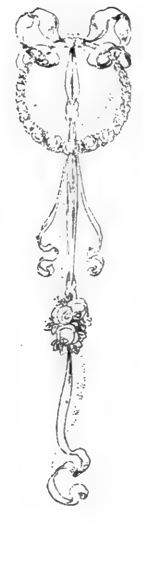
Llanto fecundo es el que vierte el alma
De cada gota brotará una flor,
Y habrá perfumes y silencio y calma
Sobre ese polvo que regó el dolor.

Murió en su aurora, virgen inocente:
Un angel era que volvió a su Dios;
Para ir al cielo engalanó su frente
Con albas rosas que le dió el candor.

10 de Septiembre de 1841.

Juan María Gutiérrez.

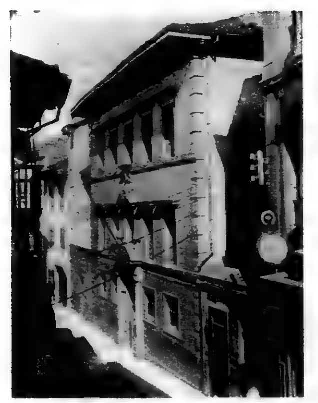




Srta.
María del Carmen
Guzman Turriol



[illegible] del Carmen
Guzmán Turpiot



Vista de la fachada del palacio de Irún.

Por tierras lejanas





TENEMOS el placer de ofrecer a nuestros lectores una nota gráfica de mérito real y evocativo.

Es el palacio de los Olazábal, en Irún, — de los mismos Olazábal que llenaron de gloria tantas páginas de la emancipación americana, donde el nombre de sus descendientes y la espada fulgurante de sus generales, se unen en la crónica de luminosas epopeyas.

Estos fotograbados están tomados de los planos hechos en 1535 para el palacio de Irún. La entrada ha sufrido algunas modificaciones, pero la parte que da al viejo parque, ha permanecido intacta.

El palacio de Irún, es hoy propiedad de Dn. José de Olazábal, pariente directo y cercano de la vieja familia de los Olazábal del Plata.

Este palacio es, pues, la vieja casa solariega del General Félix de Olazábal y del Coronel don Manuel de Olazábal, tan recordados por la historia americana.

En la última guerra carlista, este Olazábal de España, — que aún vive en Saint Jean de Luz, — fué el hombre de confianza de don Carlos de Borbón.

La parte del Castillo que da al viejo parque, — y que conserva su arquitectura medio-eval sugeridora de tantos ensueños de vida solariega y en paz, — a la vez que romántica evocadora de aquellas lejanas épocas europeas.
En los transcursos del tiempo que reforma y destruye, esta parte del aristocrático Castillo de Irún, ha permanecido intacta, salvaguardada con amor familiar a toda modificación.





CARTAS HISTÓRICAS



El diario metropolitano "El País" de fecha 9 de Julio publicó el siguiente suelto:

"*Quienes ganaron la batalla de Ituzaingó". — Los jefes subalternos: Lavalleja, Oribe, etc.*

Nos comunican de Buenos Aires, que en el seno de la Junta de Historia Americana, el historiador Clemente L. Fregeiro, leyó un importante estudio histórico sobre la batalla de Ituzaingó, que integra y perfecciona el publicado por dicho autorizado historiador hace treinta años, con motivo del proyecto Mansilla, para elevar una estatua en honor del general Alvear

Del concienzudo trabajo historiográfico del doctor Fregeiro, despréndese, en forma perfectamente documentada, que la gloria de la jornada se debió, no a las sabias disposiciones estratégicas y tácticas del militar que comandó el ejército argentino, sino a las iniciativas individuales de los jefes subalternos entre los cuáles nombró a Lavalleja y a Oribe, y a la bravura de los soldados.

El importante estudio del doctor Fregeiro, verá en breve la luz pública".

***

Ante el suelto de "El País", — hemos creído de oportunidad la publicación de estas cartas históricas que se refieren a aquella epopeya heroica de Ituzaingó.

Por otra parte, el asunto viene a darnos motivo para inaugurar en este número de SELECTA, la publicación de importantes cartas históricas que permanecen cuidadosamente guardadas en manos de nuestras principales familias, y de donde hemos de conseguirlas para hacer esta nueva sección de nuestra revista, — que estamos seguros ha de ser favorablemente acogida.

Así, desfilarán pues, en las páginas de SELECTA, todas aquellas cartas del pasado histórico que en los archivos familiares de Montevideo se guardan con cariño

Señor don Eugenio Garzón.

Buenos Aires, 3 de Mayo de 1832.

Mi muy querido amigo:

. . . .

Usted es joven, lleno de servicios, y usted obtendrá más hoy más mañana, la recompensa de sus servicios y de su honrosa comportación.

Mi amigo: siempre he recordado y he dicho a todos su parecer de usted la víspera de Ituzaingó; y así como no puedo echar de mi memoria que todos nuestros generales eran de opinión de esperar al enemigo en el llano traidor de la márgen de Santa María, usted debe vanagloriarse de haber juzgado muy bien lo que debía hacerse, y que se hizo en efecto; y esto lo he contado a todos porque le hace a usted honor y por que es una justicia que me complazco en hacer a su mérito.

Carlos de Alvear.

***

Don Carlos de Alvear, Brigadier General de la República Argentina.

Certifico que el Coronel don Eugenio Garzón ha hecho la campaña de 1827 al Brasil bajo mis órdenes, mandando el Batallón número 3 de Infantería, cuyo cuerpo no era más que una reunión informe de hombres, debiendo a este Coronel su insurrección y disciplina que lo hizo uno de los mejores del Ejércitos. — Que a la primera entrada del Ejército en Ballés, fué encargado extraordinariamente por el General en Jefe, del mando toda la infantería que ocupó este punto; en cuya delicada misión se desempeñó a satisfacción del General en Jefe, así como en la batalla de Ituzaingó.

Que en los Corrales fué puesto al mando de toda la infantería del Ejército como Comandante General de ella.

Que a la segunda entrada del Ejército en Ballés, quedaron bajo su mando todas las tropas que se dejaron bajo aquel punto, y cuyas fuerzas ascendían a más de la mitad del Ejército, mientras el General en Jefe fué a la incursión de la Sierra que proporcionó el combate de Camacuá. — Que durante el resto de la campaña tuvo este Coronel el mando del tercer cuerpo del Ejército, así como la comisión y mando de todas las fuerzas que se mandaron al Cerro Largo; habiendo estado en el año 26 a su cargo el Estado Mayor General del Ejército cuando éste se movió del Durazno a incorporarse con las fuerzas que estaban en San José del Uruguay, en virtud de la insurrección que tuvo lugar en aquella época.

Que el Coronel don Eugenio Garzón ha manifestado en todos los importantes cargos que ha desempeñado bajo mis órdenes, la más brillante habilidad, una actividad laboriosa sin ejemplo, así como un celo y subordinación propia de un militar hábil e ilustrado, que conoce por convencimiento y experiencia propia, en su dilatada y gloriosa carrera militar, que sin estas cualidades, las mejores combinaciones quedan sin resultado; y que hacer el mejor elogio de los distinguidos talentos y acertados juicios de este benemérito oficial, cuyo valor, ha sido acreditado en Ituzaingó y en toda la campaña, como igualmente en las brillantes campañas de la Independencia en que se ha hallado, cuyo elogio he oído a los inmortales Bolívar y Sucre, bajo cuyas órdenes ha servido, así como a las del Gran Mariscal, Presidente de Bolivia, Andrés Santa Cruz, habiendo visto por experiencia propia que el concepto que habían formado aquéllos ilustres Generales de este distinguido Jefe, ha correspondido a la conducta en el Ejército todo el tiempo que ha estado a su cabeza.

Y en fin, certifico que cuando se habían dado varios permisos para sacar ganado, como lo hicieron varios Jefes de la vanguardia y del Ejército; ofrecí igual permiso a los Coroneles Garzón y Alegre, cuyos Jefes manifestaron en esta ocasión el más noble desprendimiento no queriendo admitir estos permisos, exponiendo que tenían una especial satisfacción en servir a su patria sin que se mezclase en ello el más mínimo interés.

Y por ser cierto todo lo expuesto y a pedimento del mismo señor Coronel Garzón, le doy el presente certificado, firmado de mi puño en Buenos Aires a 10 de Enero de 1837.

Carlos de Alvear.

***

Hecha la paz con el Brasil el General don José María Paz le dirigió la siguiente nota al Coronel Garzón.

EJERCITO DEL ESTADO

Habiendo llegado a manos del General que suscribe algunos ejemplares de la Convención preliminar de Paz celebrada entre el Gobierno de la República y el Embajador del Brasil, ha creído no poderles dar mejor destino que depositarlos en los que con tanta gloria han sostenido el honor del Pabellón Argentino y han preparado con su valor tan brillante suceso.

En consecuencia, y siendo el Coronel don Eugenio Garzón uno de los señores Jefes que han concurrido a la campaña del ejército republicano contra el Emperador del Brasil, el General que suscribe ha juzgado de su deber, el acompañarle dos de los mencionados ejemplares; tributarle esta muestra de reconocimiento público y de la particular consideración que merece sus servicios y con que le saluda

José María Paz.





Doña Lucrecia Lezica de Tomkinson

Perteneciente a la más alta sociabilidad porteña, la Señora Lucrecia Lezica de Tomkinson representa en estas páginas el prototipo femenino de la exquisita sociedad bonaerense, así bella y espiritual, sencilla y dueña de una superior distinción. "Selecta" se honra en rendir este pleito homenaje a sus altas dotes morales. :: ::



Reloj de transición, directorio - imperio del Siglo XVIII

Los relojes decorativos

En la Francia del Directorio, del Imperio y de la Restauración.

DESPUES de la época de Luis XVI los relojes tuvieron gran boga, sobre todo los de péndulo, que completaron la ornamentación esencial de las chimeneas. Se prestaron entonces a todas las graciosas fantasías de los artistas del siglo XVIII. Con la Revolución, un arresto se produjo en sus creaciones: y terminaron momentáneamente los modelos originales y personales. Los emblemas patrióticos, el gorro frigio, las manos enlazadas, llegan sólos, más o menos felizmente, a dar la nota. Reemplazan al carcaj y las flechas del Amor. El altar de la Federación sirvió enseguida de pretexto para los péndulos "cívicos", donde los exaltados llegaron a darles hasta la forma de la siniestra máquina del doctor Guillotin. Por cierto que éstos últimos de figura macabra fueron más bien objeto de curiosidad. El estilo Luis XVIII domina sin embargo: y a pesar de las nuevas formas y motivos las alegorías conservan sus líneas graciosas y elegantes. Las formas se cincelan maravillosamente y los decoradores no caen en el mal gusto que apareció más tarde bajo la Restauración. Con el Directorio reaparecen los relojes estilo Messidor, caracterizados por una reminiscencia del Luis XVI, sobre el que se vienen a mezclar. Al día siguiente de Thermidor, la clientela menos enloquecida renueva sus encargos a los artistas, que para satisfacer los nuevos gustos hacen entrar en sus composiciones motivos inspirados en la antigüedad y desechados anteriormente. Los relojes de figuras mitológicas tienen siempre el favor público, pero las figuras femeninas no tienen ninguna analogía con aquéllas salidas de las manos de un Falconet o de un Clodión. El artista toma como modelo "la merveilleuse". Clámides, túnicas flexibles y transparentes, cubren sus formas que realmente son encantadoras. La coiffure griega completa los vestidos ultraligeros. Las formas de los relojes siguen siendo Luis XVI y si los perfiles tienen una tendencia de mayor simplicidad, es porque encuentran una mayor aridez. Los perfiles clásicos en que se inspira el estilo Messidor son bien diferentes a las líneas curvas del período ojival que vemos renacer con el Romanticismo. La fórmula de Chalgrin prevalece en los momentos del Directorio. Los relojes son entonces arquitecturales, decorativos, y alegóricos o mitológicos. Los arquitecturales se componen de una base y dos montantes unidos: el cuadrante se halla fijado entre ellos, que sostienen columnas, repisas o pilastres. Después de la Expedición a Egipto y durante el Consulado, los montantes en repisas o en pilones soportaron como motivo principal la esfinge de los Faraones. La forma "Tombeau" en boga bajo Luis XVI cae en desuso en la Revolución, y el Directorio no la crea más, puede decirse.

El péndulo decorativo implica un aspecto que no es ni arquitectural ni alegórico. El cuadrante está colocado en el vientre ligeramente aplanado que se completa con más o menos adornos. El reloj-vitrina se compone de una caja en caoba y cristal, fileteada de cuero: el cuadrante ocupa la parte superior de la cara: tiene un aspecto hermosísimo.

Los péndulos alegóricos o mitológicos son tan numerosos que no se pueden describir todos: sin embargo, es fácil señalar que ellos están hechos según dos principios: en el primero, el cuadrante ocupa una parte arquitectónica haciendo cuerpo en el zócalo que domina el resto: en el segundo, el cuadrante, motivo accesorio, se encuentra metido entre figuras colocadas en la base, en movimientos y actitudes diversas. Maravillas de fineza y de gusto se hacen con los motivos ornamentales estilizados del estilo neo-egipcio. Los relojes de cuero y de bronce tienen en la época un uso corriente. Se usan cuadrantes de esmalte y mármoles negros decorados de bronce: el amarillo de Siena y el verde de mar no aparecen durante todo el Directorio. Otra cosa es interesante señalar: en los péndulos Directorio, el lado práctico no se sacrifica jamás a la decoración. Las cifras romanas reemplazan poco a poco a los carácteres árabes. El globo es una invención de 1830: este período tiene demasiados defectos anti-artísticos para agregarle todavía este otro. El aspecto burgués de los globos es más moderno y realza la delicadeza de los antiguos. El rombo, la estrella, la margarita y la palmeta estilizados se encuentran frecuentemente. El cisne, que el Imperio usa y abusa, aparece a su vez. El estilo Messidor viene a ser así un estilo de transición en toda la extensión de la palabra. Si el Directorio no copia positivamente los modelos del siglo XVIII, en ellos se inspira. Poco más tarde los péndulos de mármol negro son menos preferidos en razón de su aspecto severo: los de cuero se destacan de manera más vigorosa que los de mármol blanco. Una colgadura de metal drapeada a la antigua se coloca sobre el cuadrante y le dá más cuerpo, mientras que un sol hace de balancín. La Expedición de Egipto había provocado la eclosión de un estilo egipcio. El griego y el romano son abandonados: las columnas y los pilares se transforman en repisas, los capiteles en cabezas de esfinge y las bases en pies humanos. Todo se modifica: se momifica. La palmera aparece frecuentemente decorando el

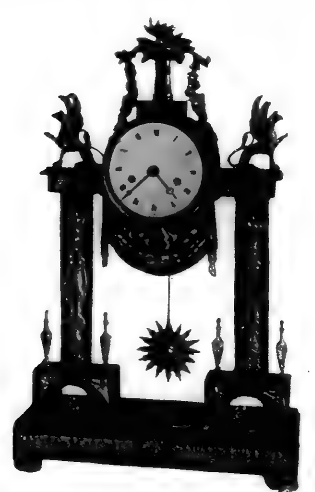


Simple reloj de caoba del primer imperio

obelisco como la Pirámide: a veces se inspira en el lotus. Estamos en la aurora del estilo Imperio. Estos péndulos se armonizan maravillosamente con los candelabros que los acompañan. La línea toma esa ligereza severa que caracteriza el estilo. La forma del péndulo se modifica, y el zócalo que tiene una importancia relativa es, o sacrificado o reducido. Todas las figuras adquieren una variada importancia, doradas o patinadas, en bronce o en cuero. El aspecto de

los relojes del Imperio señala que ellos son ejecutados con menos travesura pero con más sentimiento. Es fácil encontrar la mayor parte de los motivos del estilo Messidor a los que se agregan las águilas, las abejas, las mariposas, la N imperial coronada. Los emblemas neoegipcios continúan. Los mármoles blanco y negro son abandonados por los de colores. De Italia vienen los mármoles de Siena de una coloración ocre-amarillo pálido. Y es curioso que el verde de mar y el verde antiguo se usan frecuentemente más que las piedras de la isla de Córcega, patria del Emperador. Si los relojes del Primer Imperio se distinguen fácilmente de los del Directorio, no se separan todo lo que podría suponerse de los de Luis XVI. Es evidente que en tan corto tiempo no se podía deshacer totalmente un estilo. A los modelos del siglo XVIII, que parecieron susceptibles de utilizarse, se adjudicaron nuevos motivos. De tales amalgamas no salieron por cierto más que una mayoría de obras bastardas. Sin embargo, al lado de esas eclosiones impersonales encontramos piezas típicas.

Con Jacobe Desmalter el arte se impone a la utilidad. El cuadrante ocupa a veces un lugar tan secundario que las horas no se pueden leer. Así lo encontramos en las ruedas de un carro antiguo o en las de una cuadriga romana. El Imperio mucho más que el Directorio emplea figuras mitológicas. Diana y Cupido, Leda y su Cisne, Venus y las Ninfas son motivo de escenas corrientes. Homero, Hipócrates, los hombres de Roma y de Atenas se vuelven vulgares. El balancín se agita en el interior y no se ve. El Amor tórnase motivo esencial. Praxiteles fija el tipo del Amor. Las alas estilizadas de esta época se terminan por el círculo que tiene el Cisne, el Aguila o el Amor. El nacimiento del Amor, Venus y el Amor, el Amor llevando sus flechas, el Amor deteniendo la marcha de las Horas, son los tipos característicos. No se puede dejar de citar como artistas de este estilo a David, Percier y Fontaine. Triunfan en seguida los relojes de música que obtienen gran suceso durante el Imperio; la parte inferior contiene el mecanismo: la base está decorada de arbaescos, cariátides, águilas, y escenas mitológicas. Si los balancines de los relojes representaban entonces abejas, águilas, mariposas, los pies de soporte eran simplemente torneados o figuraban picos de pájaros de presa, garras de león, alas de mariposas, hojas de acanto.



Delicado reloj de mármol negro, mezcla de estilos messidor-neo-egipcíaco

***

Los relojes de la restauración no tienen ningún trato con los relojes Luis XVI, del Directorio y del Imperio. Esta época innova los relojes "a la catedral" y los del estilo "troubadour". De 1815 a 1820 se encuentran todavía modelos reminiscentes del estilo antiguo, compuestos de cuatro columnas posadas sobre una base y sosteniendo un encuadramiento bajo el que se encuentra el cuadrante. Bien pronto esa simplicidad deja de usarse, y los bronces macizos, así como infelices, aparecen por todas partes, aportando su nota pesada y discordante. Los incómodos balanceros reguladores complementan la moda de la época. No se utiliza solamente el bronce: se recurre al zinc fundido y estampado que reproduce por bien poco precio muy abordables spécimens de un deplorable gusto artístico. El barniz oro suple el dorado: lo charra y lo feo triunfan.



Reloj bornés de la restauración

Los artistas del siglo XVIII desaparecen a su turno. Y los efectos del brusco arresto llevado por las artes industriales durante la Revolución, se sindica marcadamente en los relojes decorativos. El público, también, contribuye a ello, gracias a su frenético entusiasmo por los relojes del estilo pesado y barroco, con los que armonizó su mueblaje burgués.

¿Dónde han ido a parar las graciosas y elegantes ninfas del siglo XVIII, los neo-griegos del Directorio, las minervas del Imperio? Romeo y Julieta, Genoveva de Bramante, Eloísa y Abelardo, Ricardo Corazón de León, los han suplantado y son ellos ahora los únicos héroes del estilo "troubadour".

A la Restauración remontan asimismo los relojes "borneses" de un aspecto inelegante. El mármol y el alabastro, ornados de cuero, prevalecen mucho tiempo: las tradiciones del Imperio no los abandonan así nomás.

Sin en nuestro recuerdo encontramos todavía algunos spécimens de aquélla época de decadencia del gusto, nuestros fabricantes, felizmente inspirados, reemplazan esos modelos bastardos por otros de más correcto estilo.

Y a ese defecto de los relojes "art nouveau", contentémonos con antiguas copias, — de una buena época, bien entendido, — pero apartemos aquellos de la Restauración, que parecen haber asombrado las horas y haberlas hecho más largas....



El Amor detiene la marcha de las Horas...

***

En los viejos relojes del Directorio el lado práctico no ha sido sacrificado a la decoración artística. Las cifras romanas reemplazaron poco a poco los caracteres árabes, que no fueron usados después en todo el imperio.

Muchos relojes del Directorio difieren muy poco de los Luis XVI, y en ellos se encuentra perfectamente, o una cabeza, o un vaso, o una urna o una lámpara, — la misma lámpara antigua de las decoraciones de entonces.

Jacobo Desmalter, Vignole, Gouthière, Prud'hon, Percier, Fontaine, David, son los ilustres artistas de aquellas horas, los que promueven los estilos, los que alteran las formas, los que se imponen al tiempo, desde los ligeros relojes de ecuestres figuras mitológicas hasta las pesadas y decoradas cajas de música que hubieron tanto éxito en el imperio y más allá del imperio.

Francia prestó a este género artístico, una vez más, en la historia universal, el ligero y leve toque encantador de su gracia ingénita, el chic renovante y mágico, el espíritu perdurable de su modalidad estética, que en todos los órdenes, siempre ha puesto el impulso alado de su genio.

Todavía alhajan mueblajes populares los relojes de aquellas épocas turbulentas de la Francia. En los museos y en los palacios los hay numerosos y raros, de todas las formas, de todos los materiales, — mármol, bronce, madera, — cincelados, dorados, pintados.

En nuestros países rioplatenses hemos visto muchos, — algunos muy buenos, — que exornan comedores, escritorios antesalas. La oportunidad de exaltar esta faz artística en la historia de los relojes, ha de brindarnos indudablemente la ocasión de ilustrar más de una página de nuestra revista con ejemplares dispersos en nuestras principales casas familiares.

En tanto, alabemos el ingenio humano, persiguiendo en el tiempo y el espacio, la perfección soñada, llegando desde los cuadrantes solares de las plazas públicas y los relojes de arena de los navegantes, hasta estas complicadas y sencillas a la vez, relojerías modernas, artísticas y exactas, — en que se complacen pueblos y artes.

***

Mucho podríamos recordar de la historia de los relojes: el espacio nos falta: y el lector curioso, auxiliado por las fotografías, sabrá perdonarnos, mientras se deleite evocando tiempos y artistas que no morirán.



La Puerta de la Ciudadela

Con su visión de fortaleza antigua cortaba Sarandí, el Sarandí aristocrático de hoy...

VIEJA puerta de la Ciudadela...

Cuántos recuerdos trae, cuántos sucesos cuenta...

Toda ella es un símbolo, una época, un monumento.

Evoca la fundación, el coloniaje, la independencia: todo el pasado histórico envuelto de sombras inmortales.

Trasciende de ella la vieja arquitectura militar española, con un fresco aroma de leyenda que trae el panorama de un mundo, por Castilla y por León conquistado con empeño y aventuras.

Vieja puerta: puerta del Castillo de San Felipe, la gran ciudadela del Sud en aquel triángulo atrincherado de la Colonia: Cartagena de Indias, El Callao, San Felipe.

Vieja puerta: por allí salieron los españoles y entraron los ingleses; por allí entró Artigas y se expulsó a los frailes patriotas, que Héquet materializó en un episodio...

***

El 1.º de Mayo de 1742, Fray José Javier Cordobés bendecía, frente al cielo luminoso, tus primeras piedras, teatro de cien hazañas, — después con tanto calor defendidas por Ruiz Huidobro contra el general Auchmuty.

Joaquín del Pino, Olaguer y Felin, Santiago Liniers, Hidalgo de Cisneros, Francisco Javier de Elía, son una época.

Francisco Antonio Maciel, José Rondeau, Dámaso Larrañaga, José Benito Lamas, Miguel de Sarratea, Eugenio Garzón, José Monterroso, vienen después.

Artigas el patriarca, Lavalleja el libertador, Rivera el caudillo, Flores el de la cruzada, Suárez el hijo de la patria, Varela el reformador, los grandes y los chicos, los destacados y los anónimos, son viejos conocidos de la puerta de la Ciudadela, — y ella los evoca, en confuso montón de sombras, de nombres, de perfiles, como esas nubes múltiples y cambiantes que al crepúsculo pasan en galopes fantásticos...

Puerta de mercado, tantas veces testigo de las caravanas de mozas y mozos de hace cien años: — vieja puerta, buena amiga de las antiguas gentes, guardia y escudo de la ciudad fiel y reconquistadora, *cruza - cruza* de todos, defensora de todos...

Con su visión de fortaleza antigua cortaba Sarandí, el Sarandí aristocrático de hoy, tan europeizado, tan elegante, así estrecho tanto, como si sus casas no quisieran separarse mucho...

Vieja puerta de la Ciudadela, que edificó un rey tirano, — buen tirano al fin, como nuestros reyes españoles de entonces, — y que demolió otro tirano, — tirano malo por cierto, como tirano criollo...

***

La piqueta demoledora no respetó de la poderosa fortaleza, más que esta puerta evocativa, de hermosas líneas claras y serenas, un poco maltratada quizás por el descuido y el tiempo.

De aquellos años tormentosos de la consolidación de la patria, data su traslado al portón de la Escuela de Artes, cuando junto a ella caían las piedras de los fuertes muros que la sostuvieron.

Y allá fué llevada, piedra sobre piedra y mal empotrada, hasta desfigurarla casi y olvidarla totalmente a los ojos del pueblo, que por delante suyo pasó sin mirarla.

Los chicos la apedrearon impíos, los grandes la taparon de olvido.

La vida siguió su camino como en la leyenda germana, y todos corrieron hacia adelante, arrimándola al costado como una carga inútil y pesada.

Tal un viejo árbol secular, de tronco carcomido y de sombra escueta: tal una fuente sin agua, estropeada y maltrecha, oxidada la vieja y fea boca de los dragones de zinc...

Los años han corrido. La puerta fuera de sitio ha continuado soportando las inclemencias del tiempo que todo lo muerde, que todo lo envejece, que todo lo termina.

Pero ha llegado una hora de resurrección, — la eterna hora esperada por los pueblos y las cosas en su perenne ansiar de reparación y de justicia.

Las cosas vuelven a su sitio, — y nuestro nuevo Intendente Municipal anuncia al pueblo, — en buena hora, al fin, — que la vieja puerta histórica, va a ser colocada en la entrada del Parque de los Aliados, delante de una gran explanada que recuerde la explanada verde del tiro de cañón...

Como en un resurgimiento, la puerta será puesta frente a la ciudad nueva, que crece cada día y que reforma continuamente las perspectivas de la muy fiel ciudad de San Felipe.

El parque municipal será una obra de arte. La puerta de la Ciudadela, conservará su antigua estética, y como un recuerdo del pasado español, — acaso el único recuerdo material que respeten el tiempo y los hombres, — allí estará, abierta a la explanada y a la umbría.

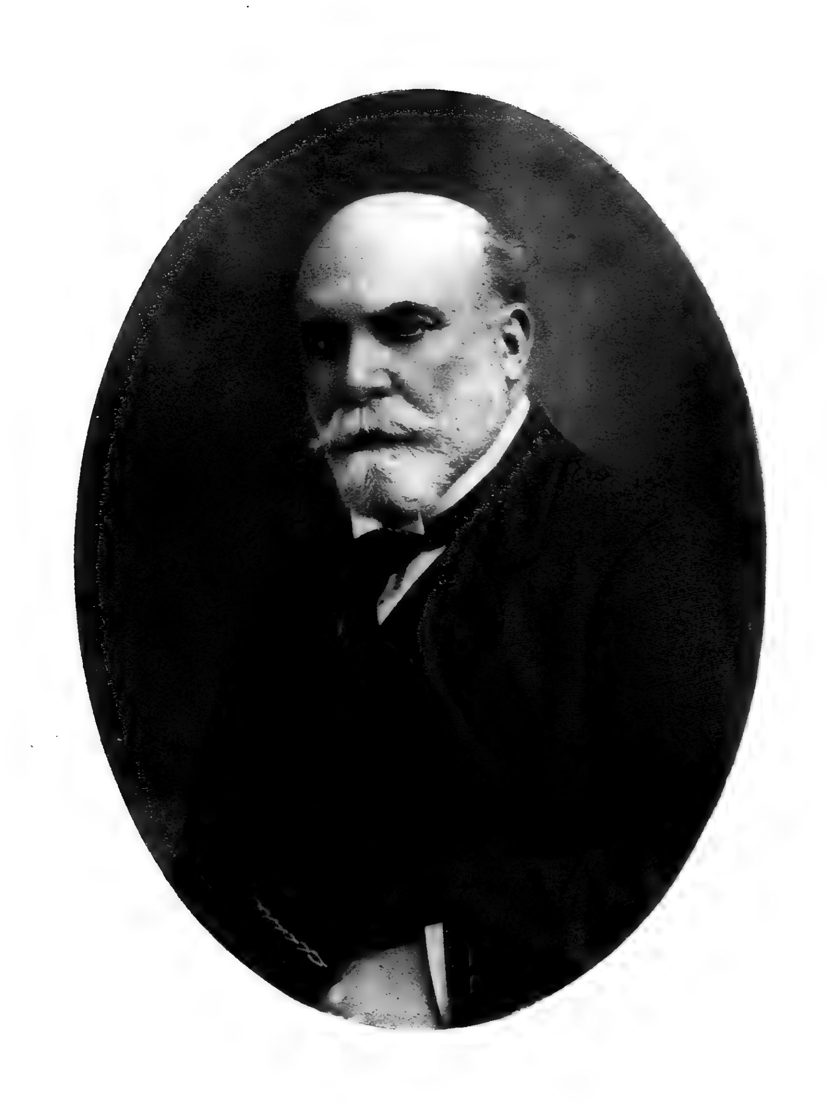
***

A su frente la ciudad reformadora y moderna, llena de tumultos y de anhelos, tentacular como un monstruo que extendiera sus brazos, envejeciéndose y renovándose, pinchando el cielo claro con las agujas de sus torres o llenándolo de cúpulas graves y macizas mientras a sus pies la vida corre callejera y se diversifica, — le llevará un álito vital y enfermizo a la vez de los nuevos tiempos, de las nuevas cosas...

Celosos del histórico museo de nuestras cosas viejas, votamos decididamente para que la puerta de la Vieja Ciudadela de San Felipe, sea librada cuanto antes de la prisión de cal y canto en que se encuentra, perjudicada, inútil, olvidada...



La Puerta en la actualidad, frente a la calle Gonzalo Ramírez, mal empotrada y desfigurada contra las paredes de la E. de Artes



Don Aureliano
Rodriguez Larreta.

La revista mil

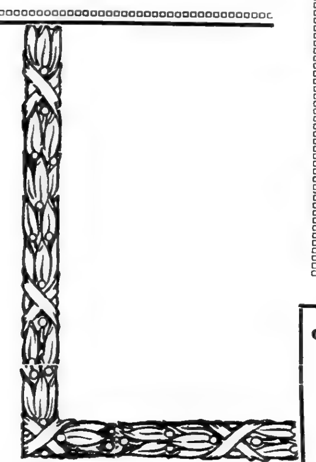
EL General Flores, conforme es sabido, asumió personalmente el mando del ejército uruguayo en aquella cruenta y lamentable guerra que se llamó de la Triple Alianza.

El contingente nacional lo constituyó — angularmente — el núcleo de batallones de línea, gente brava y sufrida, pléyade de héroes, estando a lo que hicieron y a lo que sufrieron, y sin que pensemos un instante en la razón o sin razón de la guerra misma.

Eran soldados aquellos orientales, y soldados orientales, nada más. Ellos no tuvieron que discutir el por qué de la Alianza ni la justicia de la Alianza, ni las cláusulas cerradas — más o menos — del Tratado.

Ellos servían a su país y defendían una bandera: cumplían con su deber, y ¡de qué modo magnífico!

Así lo entendieron no sólo los que habían sido soldados de Flores, sino los mismos que habían combatido a Flores: el coronel Angel Muniz, prestigioso caudillo de Cerro Largo, llevó a Uruguayana,



Croquis: 1. General Venancio Flores. — 2. Doctor C. de Castro. — 3. Dr. F. A. Vidal. — 4. Sr. Daniel Zorrilla. — 5. Sr. Lorenzo Batlle. — 6. Sr. Juan R. Gómez. — 7. Sr. Tomás Villalba. — 8. Sr. Juan Miguel Martínez. — 9. Sr. Agustín de Castro. — 10. Sr. Pedro Varela. — 11. Sr. — 12. Monseñor P. Irazusta. — 13. Sr. B. Esparraguerra. — 14. General R. Velazco — 15. Mayor J. Machín. — 16. Capitán Eduardo Flores. — 17. Coronel Fortunato Flores. — 18. M. Aguiar, jefe político de Montevideo. — 19. Capitán A. Sallardo. — 20. Coronel Juan Pedro Castro.



...ilitar de 1865

a órdenes de Flores, las mismas tropas bizarras con que había peleado incansable a Flores, dando el más hermoso ejemplo de patriotismo y disciplina nacional...

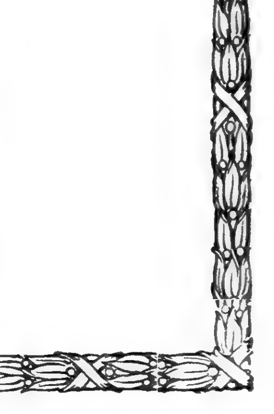
* * *

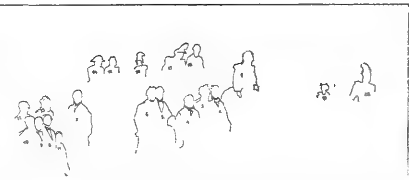
Ocupadas en ruda faena de guerra en tierra extraña — tierra hostil y enemiga si las hay — las fuerzas de línea, la Guardia Nacional, fué inmovilizada para custodia del país y de la Capital.

Nuestra doble página representa una revista pasada por el general Flores, antes de volver al teatro de operaciones, de los batallones de milicia ciudadana.

Nuestra página es doblemente evocativa y documentaria.

El pintor Pedro Valenzani — artista italiano de relativo valer incorporado a nuestro medio, eligió para su cuadro la esquina de la plaza Independencia y 18 de Julio, el viejo hotel Malakoff, la hoy conocida esquina de "La Giralda", que todavía es reconocible en nuestros días, sin la columnata dórica, pero con el entresuelo bajo y los balconcitos sobre las puertas...





El Instituto Nacional de Ciegos



La visita de los médicos y delegados extranjeros del 2.° Congreso Americano del Niño al Instituto Nacional de Ciegos "General Artigas", — nos da oportunidad de poner de relieve en estas páginas, una de las labores más grandes que en el silencio de su retiro, realiza la mujer uruguaya para honra y grandeza de la patria.

Entre jardines salpicados de flores y salones de clase, sutilmente afinados los sentidos, alegres casi en su permanente penumbra, un numeroso grupo de niños ciegos, allí juega y estudia, vive en su mundo, perfecciona su alma, cultiva con su amor su huerto interno donde florecen margaritas de oro, al amparo de espíritus femeninos que como doña Carmen Cuestas de Nery dedican celo y ternura en el cuidado de los pobres ciegos.

En realidad, consuela el corazón, eleva el pensamiento, endulza la tristeza inmensa del desamparo de los ciegos, esa labor ardua y silenciosa que reforma, que prepara, que engrandece a tantos asilados.

Bien lo dice el Excmo. señor Presidente de la República en el pensamiento que publicamos: una luz nueva, una luz desconocida, brinda el Instituto de Ciegos a los que allí viven: la luz intelectual que redime de la desgracia, que se sobrepone al dolor, que serena los vuelos impetuosos del alma, loca de volar hacia el sol ensoñado que diera la luz....

Y si grandiosa resulta la humana tarea al simple concepto de su realización, — mayores proporciones adquiere cuando como en nuestro Instituto hay amor de mujer, labor de madre, ternura de hermana, que se inclina y se afana todos los días, a todas las horas, junto a esa pequeña colmena de ciegos, que se inquieta de reflexiones ante la idea del mundo — y trabaja en su perfección moral idealizando manos y corazón para suplir el vacio de su ceguera.



Usted Señora ha dado a los ciegos de mi Patria una luz desconocida: la luz intelectual que les ha proporcionado la felicidad. Todos los que sufren, todos los que padecen de la injusticia social no la olvidarán, como tampoco la olvidarán los que como yo, comprenden la inmensidad del dolor humano.

Baltasar Brum.

***

Nuestro Instituto honra al país y a la mujer de la patria sobre todo. — La educación que allí se realiza es la resultante del esfuerzo, de la alegría, de la esperanza. — Cultivada como un jardín el alma de los ciegos,—ellos sienten florecer dentro de sí las mejores flores: las que dan amor, guía y conciencia de su propio valer: las que los unen en la solidaridad de sus hermanos: las que le dan la fe, la satisfacción, casi hasta el olvido de su desgracia.

El Instituto "General Artigas" fué fundado por la señora Teresa Santos de Bosch y está actualmente bajo la dirección de la señora Carmen Cuestas de Nery.

La educación que se presta a los ciegos es completa, cultural y práctica.

***

Se dictan las mismas cátedras que en las escuelas primarias, de acuerdo, por cierto, con los programas y los métodos pedagógicos de los más notables institutos extranjeros.

Hay clases, además, de dactilografía, de música, — piano, orquesta, — de canto, de gimnástica.

El gimnasio es, es este sentido, uno de los más cuidados y hermosos de su género.

Las clases de matemáticas, de geografía, de escritura y lectura, — que hemos tenido oportunidad de presenciar en la reciente visita que a nombre de SELECTA hiciéramos al notable Instituto, — se dictan de una manera ordenada, minuciosa, perfecta.

Llama la atención, conmueve al espíritu más frívolo, da una dulce emoción de cariño y de generosa inquietud, cómo la señora Directora y sus distinguidas ayudantes, dicen sus clases, observan, enseñan, educan, llevan poco a poco, esforzadamente, como fruto de una larga paciencia femenina, la luz intelectual que irradia del corazón hacia los pequeños seres infortunadamente caídos en la penumbra de la gran sombra definitiva.

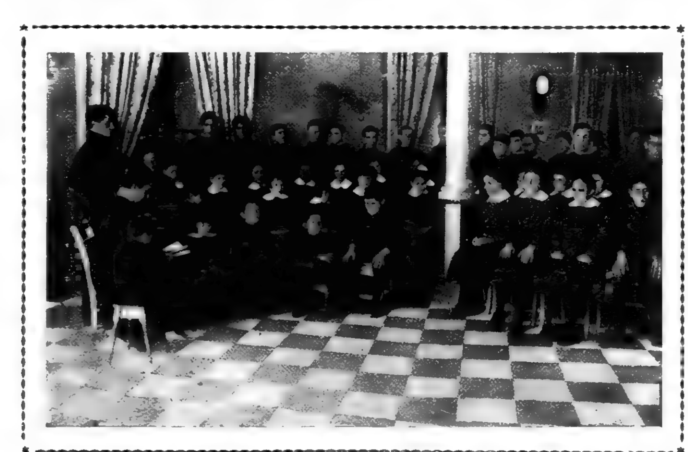
***

Los delegados americanos del Congreso del Niño quedaron realmente sorprendidos, y así, lo manifestaron allí, en el Congreso y en la prensa, de los adelantos alcanzados por el Instituto, de la organización, de la labor improba y del esfuerzo loable que la dirección y el personal del establecimiento realizan con toda conciencia y entusiasmo.

SELECTA se complace en rendir este homenaje de admiración y simpatía a tan meritoria y piadosa obra, mucho más digna del aplauso y del laurel, cuanto que ella se lleva a cabo con la esforzada pasión que eleva y dignifica las proporciones de una hermosa tarea.

Y si al rendir este homenaje saludamos reverentes a la señora Directora doña Carmen Cuestas de Nery y a sus ayudantes, grato es también ensalzar el bien que allí se hace y recomendar a nuestra digna sociedad que no descuide nunca su cooperación a tan noble causa de humanidad y amor.

El Instituto de Ciegos "General Artigas" tiene una notable "Schola Cantorum", — un brillante conjunto deportivo, — inteligentes datilógrafos y buenos orquestantes, — todos los cuales pueden utilizarse en fiestas o en actos particulares, favoreciendo así a los pobres ciegos, que en verdad bien se lo merecen, por sí y por la cariñosa instrucción y educación que en el Instituto reciben.



Leyendo a los ciegos



La Schola Cantorum

Recomendamos a nuestro mundo social y comercial el favorecer en la medida de lo posible, en la utilización de los elementos del Instituto "General Artigas", a los pobres ciegos, tan hábiles como los mejores y más dignos de ayuda que muchos otros.

Será esta medida, — que aconsejamos a nuestras comisiones patrióticas de beneficencia y de arte, organizadoras de tanto festival social como a diario registran las crónicas de nuestros rotativos, — será esta medida, decimos; una manera práctica y loable de contribuir a la vida de los ciegos del Instituto, que se consideraría honrado, como establecimiento oficial y como entidad humanitaria, de poder prestar su concurso a quien quisiera recurrir a él en busca de un auxiliar eficaz y meritorio para el trabajo o para la fiesta.

***

Las numerosas fotografías que exornan estas páginas fueron sacadas por nuestros fotografos durante la visita de los congresales del 2.º Congreso Americano del Niño a que hemos hecho alusión en esta crónica, y que tuvo lugar en el mes de Mayo último.

En cuanto al dibujo de los ciegos rodeando a su buena madrecita — todo un simbolo de amor y de vida — que reproducimos al comienzo de estas páginas, pertenece al carbón de nuestro gran pintor nacional Pedro Blanes Viale, — quien obsequió con esa hermosa alegoría a la señora Cuestas de Nery que dirige el establecimiento.

El pensamiento de S. E. el señor Presidente de la República, doctor don Baltasar Brum, así como el del señor Diputado Nacional doctor Wáshington Beltrán, — que también reproducen estas páginas, pertenecen al libro de visitantes del Instituto, de donde gentilmente cedidos por la señora Directora — a una solicitud nuestra,— los hemos quitado para avalorar con ellos la sencillez de nuestra crónica, desprovista quizás de un buen decir, pero sincera en el pensamiento y en la forma, hacia los ciegos y la obra redentora del Instituto "General Artigas".

Los ciegos

Seres de tragedia que cruzan el mundo, llevando en los ojos la sombra, en el alma la noche, en el corazón la muerte; que no comprenden la alegria de advertir en los labios ajenos dibujarse una sonrisa; que no vieron jamás ni el rosado despertar de la aurora, ni el oro del sol, ni el pálido fulgor de la luna, ni las estrellas prendidas como antorchas lejanas en la bóveda azul; que nada pueden decir de la belleza del campo y del arroyo, del monte y de la flor; que no conocen la ternura con que los ojos de la madre a los hijos bendice; que llevan como un suplicio de eterna condención, terrible como soñado por el Dante, el ignorar la emoción única que el amor enciende en la mirada de dos almas al fundirse en una sola Vida!

Wáshington Beltrán.



Dictando una carta a una alumna ciega



La banda de música

***

¡Qué la sombra gloriosa del patriarca inmortal vele siempre por estos humildes y tristes hijos de la patria, y por estos santos y dulces corazones de madre que a su cuidado se dedican, — generosas jardineras de doliente jardín!

Notas Sociales

CARTAS FUNDAMENTALES. —

SALTERAIN HERRERA, el conocido intelectual montevideano, ha tenido la gentileza, — que mucho agradecemos, — de obsequiarnos con su último libro "Cartas Fundamentales" que acaba de aparecer.

De estilo llano y fácil, de pensamiento hondo y sentido, "Cartas Fundamentales" es un libro hermoso, sencillo, amable, que viene a darnos gratas sensaciones de belleza, afirmando el concepto de un escritor de garra que irá lejos indudablemente.

Salterain Herrera, en su juventud tiene ya la visión profunda y exacta de las cosas: — ha vivido intensamente la vida: — sabe del mundo, de los hombres, del paisaje. — Y ahondando en ellos ha escrito sus cartas a Fabio, algunas realmente "fundamentales", — que merecen meditarse un poco, por lo que de enseñanza tienen y sostienen.

No queremos terminar estas letras sin pasar a nuestras lectoras las breves y hermosas palabras con que el autor abre su libro:

"Lector:

Este libro no viene "a llenar un vacío", sino, — tal vez, — a vaciar alguna plenitud vana, que inunda el espíritu como el agua sin cauce a los campos: agostándolo todo.

En él, que no es necesario ni indispensable en ninguna biblioteca, se limpian propias y ajenas jactancias, que pueblan de sombras el juicio; y aunque "fundamentales" se dicen sus cartas, las hay algunas, sin embargo, que no tienen fundamento, a estilo de muchas cosas antipáticas.

De vaga literatura, de crítica imparcial, no es el libro "texto" del saber, ni viene recomendado por ningún ministerio: libre de todo en la expansión de su romántico humorismo, lo dedica el autor a la juventud de cualquier parte, aunque en ninguna se lea. Por sus cartas, él conversa largamente con quien quiere escucharlo, como el solícito Fabio. Y al conservar, el epistolario, apunta sin rubor ni alarde a lo subjetivo, — que es la similacién de la realidad objetivos,—que en vez, sirviéndose de ideas, de fenómenos, de pensamientos y de sensaciones individuales, él pretende reflejar cierto mundo de cosas muy general en el mundo. "... reconstituer le moi devant la nature, et la nature devant le moi, etc.", — que decía Cousin".

Las "Cartas Fundamentales", deben leerse, y las recomendamos con particularidad a nuestras gentiles lectoras de "Notas Sociales", para quienes indudablemente hay muchas páginas dedicadas.

CHEZ MARTINEZ FERREIRA. —

CON el esplendor de una gran fiesta, en el regio "home" de los esposos Martínez Ferreira, se realizó la boda de la gentil señorita María del Carmen Ferreira con el caballero Gualberto Rodríguez Larreta.

Fué una cita de amor, de belleza y de arte, más que una fiesta social: — fiesta de luces, de rosas, de mármoles, de alas, y de músicas divinas...

En el encanto fragante de los salones, al imperio de las orquestas invisibles, entre oros y rosas, un resplandor de bellezas cruzaba animadamente la casa, invadiéndolo todo, desde el hall blanco hasta el roof garden....

Y la suntuosa residencia Martínez - Ferreira cobraba entonces el aspecto encantado de los maravillosos palacios de ensueño, en fiestas de hadas, donde la marquesa Eulalia ríe todavía y van las casacas de los chambelanes al son de los dulces violines de Hungría....

En el primer piso los invitados llenaban el hall blanco en simil pierre, decorado a la francesa, de bóveda de vitraux y piso de mármol: — el comedor estilo del primer imperio: — el escritorio de madera oscura y cueros y tapices fresas: —el gran salón Luis XVI: — la biblioteca presidida por el busto de Séneca:—el boudoir María Antonieta: — la escalera de roble viejo, de paredes tapizadas de damasco. — En el piso alto, la concurrencia ocupaba la galería de pintura decorada por Blanes, Herrera, Barbazán y Saez, entre tantos: y el roof-garden, delicioso "coin intime" de blancas paredes, treillages Luis XVI, amplio velarium y hermosas enredaderas verde-obscuro.

Y en todas partes, la misma esplendidez en la casa y en la fiesta, — el mismo aroma primaveral,—perlas y dalias, estrellas y rosas, sonrisas y alas...

Y por sobre la suntuosidad de la regia mansión y la fiesta magnífica, — la suprema belleza que pasa, la dichosa alegría que envuelve, el encanto misterioso y sutil de la gracia femenina, el rítmico desgranar de las orquestas deshechas en notas que suben y caen sin saber de donde vienen, la atención exquisita de los dueños de casa rendidos en homenaje con toda una distinción de grandes señores....

***

Fiesta por largo tiempo recordada va a ser ésta, en los anales de la sociedad montevideana.

Las ceremoniales nupciales realizáronse en el gran salón Luis XVI, todo decorado de blanco con cortinados de fresa y molduras fileteadas de "vieux or". La novia lucía una soberbia toilette que realzaba su encantadora belleza, aquella noche más encantadora que nunca. El novio estaba a su lado, dichoso y gentil. Los esposos Martínez-Ferreira, tan amables, tan corteses, dispensaban honores y repartían atenciones con una ponderada delicadeza. Un conjunto de damas bellísimas completaba el cuadro lleno de alegría y de elegancia. Derroche de luces: orquestas y risas: lujosas toilettes: y joyas y rosas y mármoles, y otra vez, y siempre, belli-



La matrona doña Mariana Cibils de Gómez, en compañía de sus distinguidas hijas, doña María Luisa Gómez Cibils de Dominguez, doña Sofía Gómez Cibils de Martinelli, doña Mariana Gómez Cibils de Pena y doña Clara Gómez Cibils de Arteaga.

simas damas de luminosa hermosura sonriente y triunfal....

***

Luego de la boda, la danza, — y con ella las parejas que sueñan, las que giran en raudos giros, las que se aduermen espiritualmente en la melodía musical, las que pasan ligero en los one stepp y en los foxtrotts... Las parejas recorren el octógono del parquet encerado de la galería de pintura, y van y vuelven alrededor de una suntuosa mesa de mármol. Desde el fondo de seda verde y oro en los paneaux encuadrados en caoba, la galería cobra una vida maravillosa, inundada de luz cenital que hace resplandecer con una majestad desconocida, el bronce patinado de las palmas, de los laureles, de la esfinge, del "gladius", de todos los atributos imperiales característicos del estilo decorativo...

Los violines tenían como en los versos suaves de Darío, un trémulo de liras eolias, — y eran rosas blancas o rosadas los pies delicados de las bailarines, de traje escoltado y ojos alegres y dulce perfil....

Las parejas aumentan... Las parejas se renuevan... Las risas sonoras, las miradas chispeantes, las figuras ligeras, se pierden y vuelven, como mariposas de alas doradas y eterna inquietud... Con alas de raso se posa en los hombros de aquella princesa, fragante y sutil, un madrigal amoroso y discreto... En los ojos azules de mirar armonioso y lejano de aquella gentil niña rubia, un paisaje romántico sueña y aletea, abierto en ternura y en ingenuidad... En flor roja y sangrante, como un clavel andaluz, se abre la boca divina de aquella sonriente marquesa que es "una pomposa rosa pompadour"... Y pasan y vuelven, y gria la danza, mientras en los cuadros las figuras se animan, se acercan y miran, con un alma extraña llena de emoción, el baile dichoso y apasionado, que canta la gloria de la noche nupcial....

Aquí en el gran salón, el flirt se recoge arrullado en armonías celestiales que vienen de la galería de pintura. Allá en el roof-garden, sobre la terraza, se sirve la cena, en las mesas pequeñas, decoradas de rosas y de crisanthémes. Y también hay allí risas y músicas, entre discreteos sutiles y champagne burbujeante, al amparo de aquel estupendo treillage verde de las enredaderas que vibran y tiemblan....

***

En aquella dichosa isla de felicidad envuelta en tules de ilusión y aromada de músicas, vimos a nuestras más selectas damas y a nuestras niñas más festejadas triunfando al lado de nuestros más conocidos caballeros. Imposible sería una lista de todos. Recordemos no entanto, y otra vez, a los dueños de la casa, a la distinguida señora doña Carmen Martínez de Ferreira y al cumplido caballero don José Antonio Ferreira y a todos sus hijos, que presidieron con tanta exquisitez y elegancia la fiesta brillante que celebró el enlace de María Carmen, dueña ella también de un charme encantador y de una aristocrática belleza.

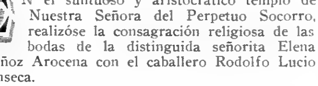
***

Y cerremos esta evocación de la magnífica fiesta que tantos gratos recuerdos remueve, deshojando en homenaje de los jóvenes desposados nuestro voto de felicidad,—que con ella la vida será siempre una dulce sonrisa en un jardín amable.

Enlace Muños Arocena Fonseca



BODA MUÑOZ AROCENA-FONSECA. —



En el suntuoso y aristocrático templo de Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, realizóse la consagración religiosa de las bodas de la distinguida señorita Elena Muñoz Arocena con el caballero Rodolfo Lucio Fonseca.

La señorita de Muñoz Arocena que pertenece a una de nuestras familias más representativas, reune al encanto de su belleza una delicada educación y una refinada cultura, que en ella brillan como las distintas luces de un brillante, en que cada una de las facetas vale por sí y todas juntas adquieren singular armonía y prestigio.

El ingeniero Rodolfo Lucio Fonseca, es un caballero de punta en blanco, por sus prendas morales de inestinable mérito, sus ascendientes familiares de elevadas virtudes y sus revelantes dotes de cultura, de inteligencia y de simpatía.

En estas condiciones, con tales valores, ameritados por la posición social de las familias de los contrayentes, las bodas viéronse encuadradas por los marcos luminosos de un concurrencia selecta y distinguida que presenció los ceremoniales llenos de brillantez y de solemnidad.

El templo donde realizóse el ceremonial religioso vestía sus mejores galas, sonriente de luces y flores y gasas. El altar mayor desbordaba de rosas y jazmines que poetizaban con la gracia de sus colores y perfumes el momento dichoso del enlace, como si quisieran presagiar con ello que siempre jazmines y rosas habrían de florecer felices en la senda que iniciaban los jóvenes desposados.

Bendijo la unión el Reverendo Padre de la Compañía de Jesús, don Antonio Castro, elocuente orador sagrado que pronunció al terminar los rituales, un bellísimo discurso que impresionó altamente a la concurrencia y que fué recibido con visible satisfacción y alegría por los jóvenes contrayentes.

Terminadas las ceremonias, cruzan el templo los desposados y el cortejo nupcial. Un murmullo de admiración parte de todas las almas: la belleza deslumbrante de la novia en cuyo rostro se trasunta la dicha del momento, atrae todas las miradas: su elegancia resplandece en su faz, en su toilette, en su porte: va del brazo del señor Rodolfo Fonseca y a su paso recibe múltiples felicitaciones.

Ya en la amplia escalinata del templo, cuando los recién desposados se toman del brazo y desfila el cortejo de gentiles parejas, la concurrencia admira en todo su esplendor la distinción de los contrayentes que unen para toda la vida sus corazones, sus pensamientos y sus almas al dulce amparo del amor.

El cortejo nupcial que desciende la gran escalinata para acompañar a los desposados hasta la salida del templo estaba constituído por las distinguidas parejas siguientes:

Señorita Elena Muñoz Arocena con el doctor Rodolfo Fonseca, señora Elena Arocena de Muñoz con el ingeniero Rodolfo Lucio Fonseca, señora Teresa Capurro de Montaldo con el señor José María Muñoz, señora Francisca Capurro de Olasagasti con el doctor Mariano Ferreira, señora Margarita Fonseca de Capurro con el arquitecto Fernando Capurro, señora María Amalia Fonseca Montaldo con el señor Gustavo A. Nicolich, señora Carmen Muñoz Arocena con el ingeniero Luis Fonseca, señora Carmen Montaldo de González Capurro con el señor Francisco González Capurro, señora Ema Piaggio Garzón de Fonseca con el ingeniero Carlos Fonseca, señora Eleonora Victorica de Gurméndez con el doctor Carlos María Gurméndez, señorita Rosina García Arocena con el señor Augusto Behrens Hoffmann, señorita Corina Seré Rucker con el señor José Luis Giménez Pérez Gomar, señorita María Mercedes Arocena Folle con el señor Rafael Muñoz del Campo, señorita Elena Mullin de Durán Veiga con el arquitecto Luis Durán Veiga, señorita Hilde Montaldo de León con el señor Germán de Salterain Herrera.

La señora madre del novio, doña Amalia Montaldo de Fonseca, no pudo formar parte del cortejo por hallarse en el momento ligeramente indispuesta.

CHEZ MAÑE-GARZON. —

En casa de los esposos doctor Alberto Mañé y señora María Herminia Garzón Casaravilla, se realizó el 18 de Mayo el bautismo del segundo vástago de la familia.

Fué una fiesta sencilla y hermosa, — de esas antiguas fiestas familiares tan llenas de encanto en su intimidad y en su esplendidez.

El niño, bello como un infante de España, recibió el nombre de Héctor Alberto, y tuvo como padrinos de bautismo a doña Sofía Casaravilla de Garzón, abuela por parte maternal, y al doctor Juan B. Morelli.

Parientes y amigos concurrieron a las clásicas ceremonias y fueron recepcionados dignamente en la elegante residencia de los esposos Mañé-Garzón con la habitual cortesía de los amables dueños de la casa.

La gentileza de los huéspedes, y especialmente de los esposos Mañé-Garzón, y de la señora Sofía Casaravilla de Garzón, colmó de atenciones a los visitantes que vieron transcurrir entre exquisitos homenajes las horas amables de la fiesta.

Reinaba sonriente dicha en el cielo de la casa: luz y alegría dominaba las almas y las cosas: espiritualidad, gentileza, distinción, eran las características esenciales de aquel ambiente grato y amable, donde se festejaba el bautismo de Héctor Alberto, varonil infante que el destino envía para agregar nuevos prestigios a la casa de sus mayores.

Las señoritas Adelina Pérez Montero y María Teresa Piaggio Garzón, hicieron con estusiasmo música exquisita que se aplaudió con entusiasmo, y que realzó el brillo de la pequeña fiesta.

Terminada la tarde y ya próxima la noche, los invitados se despidieron de los gentilísimos

Notas Sociales

S

C



... doña Mariana Cibils de Gómez, en compañía de sus distinguidas hijas, doña María Luisa Gómez Cibils de ... doña Sofía Gómez Cibils de Martinelli, doña Mariana Gómez Cibils de Peña y doña Clara Gómez Cibils de Arteaga.



Enlace M... ...

E

E



Foto Dr. Pablo Varsi. **Paisaje de Colonia-Suiza**

dueños de casa formulando ardientes votos por la felicidad del nuevo vástago y llevándose en el espíritu el dulce ensueño de una fiesta familiar que llenó de alegrías las horas hasta el punto de olvidar su trascurso.

SELECTA agrega a las expresiones formuladas en homenaje del pequeño Héctor Alberto, sus votos de eterna dicha.

BODAS HEBER URIARTE ARTEAGA. —



ERA sin duda alguna el acontecimiento social del año en el círculo de oro de nuestra más alta sociedad la boda del señor Juan J. de Arteaga, dignísimo caballero mantenedor de las rancias virtudes que ilustran su solariega casa, con la señorita Margarita Heber Uriarte, gentil y hermosa dama de nuestros salones què tantos homenajes conquistara. La fiesta en sí tuvo la brillantez luminosa de sus prestigios a los que uniéronse para realzarla la aristocracia de sus participantes y la espiritualidad exquisita del ambiente. El caballero y la dama que unían sus destinos y sus corazones, llevan sobre sí los atributos preclaros de la belleza eterna: son jóvenes de alma y de sangre: tienen la dignidad de su señorío: pertenecen a la élite social de Montevideo por el privilegio de sus apellidos, la distinción de sus espíritus refinados, el brillo de su heráldica, la aureola de su cultura. — Así se han impuesto en el seno de nuestra sociedad y así se les considera y se les rinde homenaje, con la seguranza de que se lo merecen por la triple aristocracia de sus ascendientes, el penacho de su juventud y la belleza de sus sentimientos morales.

***

La consagración tuvo un marco elegante y sobrio, en la lujosa residencia del señor Luis Alberto de Herrera y de doña Margarita Uriarte. Una capilla improvisada lujosamente en una severa estancia de la casa, tapizada de rojo, con colgaduras y calabrotes del mismo tono, sirvió para los ceremoniales religiosos impartidos por el Provisor y Vicario General de la Diócesis Monseñor José Marcos Semería. — El acto fué sencillo dentro de la espléndida ornamentación. La virgen de la Inmaculada Concepción, presenció la unión de las dos almas exquisitas, desde el valioso cuadro de la vieja casa de los Erraquin, que adornaba el fondo cardenalicio de la capilla. — Breves minutos transcurren en la expectativa de la consagración: la solemnidad de la ceremonia impone silencio: el ala de Dios toca en la frente de los consagrados que se iluminan de felicidad: los corazones tiemblan como palomas inquietas; y una emoción resplandece a flor de piel entre la concurrencia....

Termina el ceremonial consagratorio con la explosión de una alegría dichosa que a todos los presentes comunica. La pareja va de la capilla al gran hall, entre la guardia de honor de una doble fila de damas y caballeros. Todos le ofrecen sus saludos, le brindan la frase amable, el voto entusiasta, el anhelo ferviente de sus felicitaciones. — Entonces admiramos en todo su esplendor la silueta delicada de la ya gentil señora, que en su regio traje de charmeuse con manto de Inglaterra, parece la princesa ideal de un lejano país de fantasía. El clásico tul de ilusión la envuelve y se pierde entre los pliegues de su manto. Sobre el corsaje, abre su cáliz de nieve una azucena, como un símbolo que encarna el espíritu de quien la lleva. Sus ojos esplenden alegría y en sus labios una sonrisa feliz hace un gracioso mohín, que diviniza el encanto de su donaire. A su lado, con la dignidad de su suerte, va su caballero de romántico porte y gentil arrogancia. Como los duques de Guisa podría calzar guantes de terciopelo blanco, como aquellos, tan caballerezcos para la dama y la lid, — que con con igual gracia ofrecían su mano o empuñaban la espada.

Mientras admiramos el paso de la pareja y la imaginación se extasia, los desposados y su cortejo se detienen en el hall donde los homenajes familiares y las salutaciones amigas aumentan. En ese momento, la dichosa alegría de la hora nupcial parece consagrarse alrededor de aquellas dos matronas sonrientes que están junto a los nuevos esposos, con la doble maternal dignidad de su ternura. Son doña Hortensia Olascoaga de Uriarte y doña Manuela Quevedo de Herrera, dignidísimas abuelas de los contrayentes, dos damas ilustres que en su gloriosa ancianidad semejan dos grandes señoras de la corte española resplandeciente todavía de sus áureos prestigios solares.

La concurrencia deshoja sus atenciones en torno del grupo sagrado de las dos abuelas dichosas y los dos nietos amantes, — mientras vuela con dulces caricias la sinfonía que esparce en los aires la dorada orquesta del hall....

***

Se abren las puertas del gran comedor alhajado con espléndida distinción y severo buen gusto. La mesa tiene el encanto del arte y de las flores que triunfan bajo la luz clarísima. El mantel es de sutil encaje antiguo y caen sobre él luces y flores a discreción. La concurrencia comienza a desgranarse por todas las suntuosas reparticiones de la mansión Herrera-Uriarte, y pasamos entonces del hall de paredes de *lambrige* con su inmensa estufa de roble y sus dos soberbios candelabros de plata vieja, al comedor sa'picado de reliquias familiares, con sus mates de gran tamaño y de subido mérito, colmados de flores alegres que prestan a la estancia un novedoso y original aspecto. La casa ostenta muebles reales, adornos magníficos, arte y lujo. En el hall se destaca una gran mesa tallada que tiene en su centro un gallo de tamaño natural, de repujada plata maciza, descansando sobre un leño también de plata. En el comedor hay históricos objetos del Perú. Y por todas partes, cuadros hermosísimos, velones de plata, artísticos floreros, soberbios plafoniers, junto a aquellos señoriales muebles, que dicen de confort y de elegancia.

El buffet, servido por el Jockey Club, ofrece un deleite más, al tiempo que la orquesta deslíe sus armonías y los asistentes a la fiesta se entregan al baile con entusiasmo singular.

Y mientras un instante la mirada inquieta se posa sobre la larga pluma de garza amarilla que está en la mesa del hall y que sirvió para rubricar el contrato civil de los recién desposádos, — en raudos giros, múltiples parejas, van deslizándose por las salas llenas del alma soñadora de la música....

***

La fiesta está en su apogeo. El doctor Luis Alberto de Herrera y su digna gran señora doña Margarita Uriarte, se dividen en atenciones sin tasa, dispensando su esplendidez de grandes huéspedes a todos los invitados, que son objeto de amables y corteses distinciones. En nuestros altos círculos sociales los esposos Herrera Uriarte tiene la simpatía unánime que su delicadeza sabe conquistar. Pero allí, en aquella hora de fiesta, en aquellos salones de su residencia sutuosa, en sus propios dominios podíamos decir usando la frase clásica, — el doctor Herrera y doña Margarita Uriarte disponen de un señorío singular, dominan de cortesías exquisitas, imprimen a la recepción el vuelo real de sus espíritus selectos que se embargan de luz y se deshacen en gracia como las estrellas o como las flores en el país azul de sus dominios...

***

La boda está ya realizada. Danzan las parejas, ríen las orquestas, sueña el alma llena de músicas celestes.

El ceremonial religioso fué apadrinado por doña Margarita Uriarte de Herrera y el Ingeniero don Rodolfo de Arteaga. Han prestado su testimonio a la consagración el doctor Luis Alberto de Herrera y don Carlos Uriarte, don Francisco Lasala Alvarez y el doctor Carlos M. Prando.

Los desposados asisten dichosos a la fiesta que celebra sus bodas. La leyenda de los amores reales que contaba el poeta se vuelve realidad al amparo del amor y la belleza que en estas almas

superiores florece de encantos suaves. Los invitados están en una fiesta de ensueño. Hay damas ilustres y niñas hermosas: hay galantes señores: hay luz, música, flores y perlas: el alcázar sonríe: los violines alegran: las frases discretas tienen alas y vuelan...

***

Desde nuestro ángulo del salón divisamos a doña Hortensia Olascoaga de Uriarte de regio y severo traje de pekín negro, con encaje de chantilly que llega hasta los pliegues de la falda: cubre su señoril cabeza una toca del mismo encaje con azabache y chiffoné del mismo chantilly. Doña Manuela Acevedo de Herrera viste charmeusse negro, con empiécement de Inglaterra, magníficos pendientes de enormes perlas, y toca negra con adornos de chantilly y aigrettes. Doña Margarita Uriarte de Herrera cruza el salón vistiendo hermoso traje de paillettée negro con delanteras de encajes de Inglaterra, lleva tornillos de valiosas perlas, y sobre el corsaje magníficos brillantes. Más allá vemos a doña Pilar de Herrera de Arteaga luciendo elegante vestido de negro paillettée, con toca del mismo tono cubierta de grandes plumas también negras, y llevando dos magníficos pendientes de brillantes. — Doña Eloísa Andrade de Morales pasa ataviada de charmeusse negra, con orla de encajes de Inglaterra en lo alto del cuello que encierra una placa de perlas y brillantes. — Doña Matilde Regalia de Roosen luce sobre el corsaje de su negra toilette artísticas joyas antiguas, y lleva un hermosísimo sombrero con lluvia de aigrettes.

Hacia otro lado de la gran sala encontramos a doña Rosario Estrada de Estrada que en su sencillez habitual destacábase preferentemente con su traje color *chodrón* bordado al realce y mangas de tul de Bruselas, severas joyas y airoso manojo de aigrettes en el sombrero. — Doña Carolina Young de Storn, aparce irreprochable en su vestido de terciopelo negro, con negro sombrero, hilo de perlas y brillantes. — Por otra parte, doña Isabel Buisan Giró de Irureta Goyena viste traje de charmeusse negro, toca del mismo tono, hilo de soberbias perlas en el cuello blanquísimo. — A doña Manuela Herrera de Salterain la encontramos de negro paillettée con empiècement de encajes de Inglaterra y grandes y grandes pendientes de turquesas orladas de brillantes que prestan un encanto más a la majestad de su toilette.

***

La mirada inquieta renueva sensaciones ante aquellas salas severas que reproducen mágicos castillos de fiesta y leyenda, poblados de damas soñadoras y caballeros gentiles que lucen atavíos imperiales al lujo de la orquesta, las luces, las flores.

Doña Angela Cuestas de Grunwalt tiene un traje de terciopelo negro, una toca de tul, un corsaje luciente de joyas preciosas, un hilo de perlas rodeando su cuello. — Doña Carolina Zumarán viste negra charmeusse con piezas de azabache, toca de tul y aigrettes, espléndidas alhajas sobre el corsaje. — Doña Pilar Arteaga de Hoffman luce un traje de voil chodrón con adornos de piel, se inquietan sobre su escote dos magníficos záfiros orlados de brillantes. Doña Tula Roosen de Vidal trajeada de charmeusse negra se distrae un momento ante una visión lejana: sobre su sombrero de terciopelo negro hay profusión de paradis del mismo tono. Doña Ernestina Hoffman de Beherens pasa envuelta en rico traje de paillettée negro que tiene amplio festón de plata: — una toca de tul con aigrettes negras, un hilo de perlas sobre el cuello y valiosas joyas en el corsaje complementan su lujosa toilette.

En un ángulo del salón-comedor vemos a doña Carmen Lasala de Peixoto, a doña Esther Boffil de Lasala y a doña Celia Crosa de Peixoto, formando un grupo selecto donde el atavío lujoso completa la gracia de sus dueñas, que comentan la distinción triunfal de la fiesta.

***

Más cerca distinguimos a doña María Luisa Cibils de Domínguez que lleva novedosa toilette charmeusse color tilo, con dobles hilos de perlas alrededor del cuello y finísimos alfileres de brillantes sobre el corsaje: un sombrero de terciopelo negro totalmente cubierto de paradis complementa su traje. — Doña Blanca Usher de Heber Uriarte pasa como una princesa versallesca, envuelta en su hermoso vestido de negro paillettée adornado con dos maravillosos hilos de perlas, deja tras sí un resplandor de admiraciones. — Doña Dora Storn de Arteaga, luce elegante traje charmeusse gris plata, largos pendientes de brillantes y negro sombrero con plumas del mismo tono. — Doña María Elena Folle de Sardá viste de negro, tiene varios círculos de brillantes sobre el corsaje, lleva un gran sombrero Lamballe con bridas de tul sujetas por espléndido alfiler de perlas y brillantes: su silueta tiene la aristocracia de una duquesa de Francia. — Doña Matilde Roosen de Hughes pasa delante nuestro con una elegantísima toilette de charmeusse negra y azabache: un hilo de perlas cae con desgano y dulzura sobre su escote real: un sombrero negro con ancha brida prendida por alfiler de brillantes completa su figura.—Doña Enriqueta Willimans de Arteaga, doña Maruja Sosa de Zumarán Arocena, doña María Eugenia Reyes Lerena de Regules y doña Sara Fuentes de Sardá, llaman la atención de los invitados por la belleza y la distinción que en ellas alienta, a par que la toilette irreprochable las llena de elegancia. — Doña Sara de Arteaga de Martorell asiste a la fiesta con elegante traje negro y sombrero del mismo tono con adornos cardenal.—Doña Zelmira Pérez Gomar de Giménez, de negro y blanco, gorro de azabaches y aigrettes, luce antiguas joyas de subido valor.—Doña Lucrecia Olascoaga de Berro atraviesa el salón con su soberbio traje de charmeusse negro, orla de encaje de Inglaterra al cuello, y toca de encajes.—Doña Julia Muñoz de Arteaga pasa con su traje de charmeusse negro, hilo de perlas al cuello, que parecen cobrar algo de la dulzura y suavidad de quien las lleva. — Doña Ofelia Mauriño de Algorta, viste de piel de seda negra con sombrero del mismo color. — Doña Julia Law de Martínez está ataviada también de negro con hermoso sombrero de terciopelo y joyas valiosas. — Doña Carolina Sienra de Bosch del Marco, lleva elegante traje de charmeusse negra con piezas de azabache, y gran sombrero de negro terciopelo con elegantes plumas.

Ernestina Morán de Loredo y Castellanos, distinguida compatriota nuestra que reside en Madrid y su esposo el baron de Champourcin, a quien su Majestad el Rey Don Alfonso XIII acaba de conceder la Gran Cruz de la Orden de Isabel la Católica, que es la condecoración más apreciada y de mayor categoría que se concede en España a civiles.

***

Y poblando el alcázar como un jardín rumoroso de voces y perfumado de flores, con el alado toque de sus gracias suaves y el mágico encanto de sus elegancias prístinas,—bellas entre todas las bellas,—Lucrecia y Josefina Berro Olascoaga, Hortensia y Margarita Salterain Herrera, Plácida Villegas Suárez, Dora y Elena García Gómez, Sofía Cardoso Sosa Díaz, Bimba y Olga Beherens Hoffman, Esther Suffern Arteaga, Micha Villegas Márquez, Rosina García Acevedo, María Teresa Braga Salvañach, María Esther Roosen Regalia, Elena y Margarita Márquez Maza, María Inés de Arteaga Herrera, Isabel Irureta Goyena, Dora y Elina García Gómez, Juanita Garvizzo, Elenita Wilson, Carmen Acevedo Alvarez, Paulina Mañé Algorta, Anita Mañé Algorta, Lola y Sara Schiaffino, María Carolina y Margarita Pérez Matos, María Luisa Morales, Blanca Real de Azúa Muñoz, Berta Ruano Zubillaga y Maruja Carvalho Alvarez, —divinas princesas de ideal, supremas marquesitas de ensueño, inspiradoras de todos los poetas, musas de todos los héroes....

***

El caballero Juan José de Arteaga y la señorita Margarita Heber Uriarte han unido sus destinos en la misma barca: están ya camino de la dicha, que a su paso florecerá de rosas el sendero y de estrellas el cielo. — Sólo nos resta renovarles nuestros fervientes votos de felicidad permanente e inalterable, que bien se los merecen quienes como ellos tienen el alma azul y el corazón de oro, — saben soñar y amar en la paz infinita de sus jardines dilectos, — son exquisitos espíritus de luz, de belleza, y de virtudes ejemplares......

ENTRE NOUS. —

EN memoria de Amado Nervo, el dulcísimo poeta muerto, — el doctor Carlos M. Prando pronunció en "Entre-Nous" una hermosísima conferencia literaria.

Fué un bello homenaje. La sala estaba llena. La concurrencia en mayoría femenina, era de lo más distinguido de nuestra élite. El doctor Prando tejió un brillantísimo elogio de poeta, exaltando sus cantos y su vida, su amor y su muerte. Fué un ruiseñor, suavísimo, cantando la gloria inmortal del hermano, dulce y triste, que murió. Trinos de ruiseñor, temblor de alas, sones de harpa, hubieron en la sala conmovida.

"Entre Nous" no pudo elegir mejor espíritu para rendir su homenaje al poeta de la serenidad y la elevación.

EN EL URQUIZA. —

CON un teatro desbordante de la más selecta concurrencia, realizóse en el Urquiza el homenaje organizado por el Patronato de la Infancia en la Escuela, a la memoria de Amado Nervo.

Podemos decir sin exageraciones que el homenaje resultó digno del gran poeta, y que Montevideo, por intermedio de nuestra más alta sociedad, ha honrado dignamente el recuerdo del triste viajero, de pico de oro y corazón de flor, que vino a morir a nuestras playas.

Por su parte, el Patronato de la Infancia en la Escuela, iniciador y organizador del homenaje se hace acreedor a nuestro reconocimiento y a nuestros plácemes.

La velada dió comienzo con la sonata op. 24 de Beethoven, interpretada al piano y violín, magistralmente, por la señorita Elena Lasserre y el señor F. Mora, que tantos prestigios artísticos han sabido conquistarse en nuestra sociedad: — la interpretación musical de la señorita Lasserre y el profesor Mora fué coronada por una larga salva de aplausos.

En seguida, la niña Susana Soca Blanco recitó con dulzura y expresión, varias poesías de Nervo de las que fué muy bien recibida "La hermana menlancolía", tantas veces recordada por la crítica que ha deshojado sus rosas elogiosas sobre los libros del gran poeta. — La niña Soca Blanco mereció calurosos aplausos y felicitaciones, a los que unimos las nuestras desde esta página de SELECTA.

Nuevamente ocupó el piano la señorita Elena Lasserre, con "Nerikammenť" de Schumann, primero, y luego con la "scalati pastoral" de Albeniz: — su manera, el sentimiento que imprime a las notas, la técnica, el arte, la amable silueta de la gentil pianista, — todo hizo recoger en minutos de emoción y de arrobo espiritual a la enorme concurrencia del Urquiza que aclamó con entusiasmo a la señorita de Lasserre.— Es un triunfo más que agrega a sus prestigios y que avalora el concepto unánime con que nuestro mundo social la distingue y la aplaude.

Acallados los últimos aplausos que mereció la señorita Lasserre, ocupó la tribuna para pronunciar su conferencia sobre Amado Nervo, el doctor Víctor A. Belaúnde, Ministro Plenipotenciario del Perú ante nuestro gobierno. — La sola presencia del doctor Belaúnde arrancó una salva de aplausos a la concurrencia. El galano

orador, que fué amigo íntimo del poeta y que estuvo a su lado en sus últimos momentos recogiendo sus palabras y suspiros, analizó, con resplandeciente brillantez de imágenes y períodos, toda la obra lírica y filosófica de Nervo,—poeta místico y pensador espiritualista, — a quien el conferenciante consideró la más alta expresión poética del continente. — El doctor Belaúnde, con su oratoria de gran vuelo, llena de emoción y de suavidad, dominó de inmediato a la concurrencia, que palpitaba con inquietud, pendiente de sus pa'abras y gestos académicos. La prensa diaria ha considerado esta conferencia del doctor Belaúnde como el estudio más completo que se l'eva hecho sobre la obra de Amado Nervo. — Una salva interminable, ahogó las últimas frases del galano orador peruano, que tantas horas agradables viene proporcionando a nuestra sociedad con sus hermosísimas conferencias literarias y filosóficas.

Puso broche de oro a la velada del Urquiza "La danza húngara" de Brahuns y "La guitarra" de Monckousckí, — violín y piano, por la señorita de Lasserre y el profesor Mora, aplaudidos siempre por nuestro público.

***

Nos complacemos, repetidamente, en dejar constancia de la brillantez de la velada del Urquiza, considerándola como un hermoso funeral civil a la memoria de Amado Nervo: — el gran poeta y el Patronato de la Infancia se lo merecen.

Olvido injustificable de nuestra parte, fueran también dejar de citar a la distinguida señorita Juanita Ramírez, alma del festival y selecto espíritu de mujer que armoniza la distinción de la silueta con la superioridad de su intelecto, levantando por todos lados una fácil corriente de simpatía que la rodea y la acompaña.

EL FLIRT. —

El flirt es una lección de ensayo, dice Maurice Donray, en que la mujer aprende a manejar el florete antes que pase al ataque con el sable.

El flirt — dijo Paul Hervieru, — es una planta que nos viene de Estados Unidos y que tiene un color ligeramente vo'uptuoso y un aroma embriagador.

El flirt — dijo Marcel Prevost — es un paseo al borde del abismo.

El flirt, — dice Victor du Bled, tiene mucho de deporte con un fondo galante del medioevo.

Bomefort dice: — El flirt es una máscara para dos personas que quieran hablar de amor sin ser vistas.

Paul Bourget exc'ama: — El flirt es una conversación amorosa entre dos seres que no se aman, o que todavía no se aman, o que no creen en el amor, o que no se atreven a amar francamente.

ENTRE-NOUS. —

La nueva Comisión Directiva de "Entre Nous", a cuyo frente hállase la distinguida señorita Maruja González Villegas, viene realizando con feliz acierto un programa de fiestas que señalará indiscutiblemente toda una época, en el seno de la gentil asociación femenina.

Los festivales efectuados y los que se anuncian, traen el delicado sello aristocrático de la prestigiosa sociedad, ya bien conocida de todo el país, por la realización de tantos ideales mundanos y por la concentración de un ambiente de cultura, de juventud, de belleza, que honra altamente a la mujer uruguaya.

La Comisión de este ejercicio, tan llena de prestigios como las anteriores, se esfuerza en contribuir eficazmente al mejoramiento humano, levantando para ello, con amor y con fe, un reparador sentimiento de fe y de amor, digno de elogios y de estímulos. Queremos referirnos a los diversos actos que se realizan con el exclusivo destino de aliviar dolores y pobrezas, hoy tan comunes y casi más tristes que nunca.

La presidenta, — señorita de González Villegas, — se propone un vasto plan de hermosa labor, — a la que con decisión y entusiasmo, van a acompañarla sus dilectas amigas de Comisión y de sociedad.

Esta actitud es promisora de bellas esperanzas y revela en la señorita de González Villegas, — que como las flores tiene belleza y fragancia,— loables aspectos femeninos, de dignidad y de orgullo para sí y para la representación que inviste.

La próxima *season* dará lugar al cumplimiento de muchos de estos planes de idealidad, congregando de paso, en el seno de "Entre Nous", a las principales damas que integran la sociabilidad montevideana.

Cumple así "Entre Nous", con la distinción de sus directoras, la finalidad perseguida y alentada, apostando su concurso estusiasta de bondad de oro, a la grandiosa obra en que empeñadas están, sociedades de tanto arraigo como las de "San Vicente de Paul", "El Patronato de la Obrera", "La Cristóbal Colón", "La Liga Uruguaya contra la Tuberculosis", "El Niño Artesano", "La Liga contra el alcohol", y tantas otras asociaciones de caridad y de filantropía social, que dignifican la modalidad, la cultura y la grandeza del alma uruguaya.

Al elogiar sin reparos la acción de "Entre Nous", — cúmplenos estimular con estas palabras su afán y su ideal, — que como hermosísimos carteles de propósitos levanta en alto la nueva Comisión Directiva, frente al aplauso propio y al beneplácito ajeno.

OJOS DE LOS DOS. —

Muchas veces, en horas tuyas, he pensado, al mirar en los espejos encantados de la soledad y del silencio, multiplicarse hasta un infinito de ensueño, fulgurantes de tí, mis insomnes pupilas:

— Mis ojos, ¿son mis ojos o son los tuyos?

Sólo a tí veo en ellos, como si tú y yo fuésemos algo tan consustancialmente inseparables como la sombra y el cuerpo.

Cuando desapareces tú viene tu recuerdo; y mis ojos se llenan de jotas de oro, de chispas de diamantes, como si fuesen cisternas donde se reflejasen todas las estrellas del cielo.

Estas ojeras que agrandan y ensombrecen mis pupilas, ¿nacieron de mis insomnios o de los tuyos?

Ciñen realmente, como coronas de amor, mis ojos ¿o las he visto en los tuyos, y por eso las veo ahora en los míos?

— ¿Las he soñado en ti o en mi?

¿Brotaron bajo tus besos o bajo los míos?

Violetas efímeras, se abren en el transcurso de una mirada furtiva, y se deshacen en un fugitivo parpadeo, para volver a brotar y a morir. Y así siempre, como este amor que se enciende y se apaga eternamente, y que desaparece para surgir de nuevo, más intenso, más voraz, más absorbente, y para el cual no hay tiempo, ni barreras, ni distancias, porque sabe hacer de la misma muerte un principio de vida.

Ojos tuyos, ojos míos, ojos de los dos...

— ¿Hasta cuándo seréis distintos?

¿Hasta cuándo?

¡Oh, el día en que todo lo veamos a través de un solo sueño, y no exista ni lo "tuyo" ni lo "mío", sino lo "nuestro".

Francisco Villaespesa.

LAS CONFERENCIAS DE Mr. BIDOU. —

En un aristocrático ambiente social, prestigiadas por la concurrencia de nuestras principales familias y desarrolladas en la más alta cátedra intelectual del país, vienen dándose desde hace algunas semanas las conferencias literarias del curso Supervielle, pronunciadas por Mr. Henry Bidou.

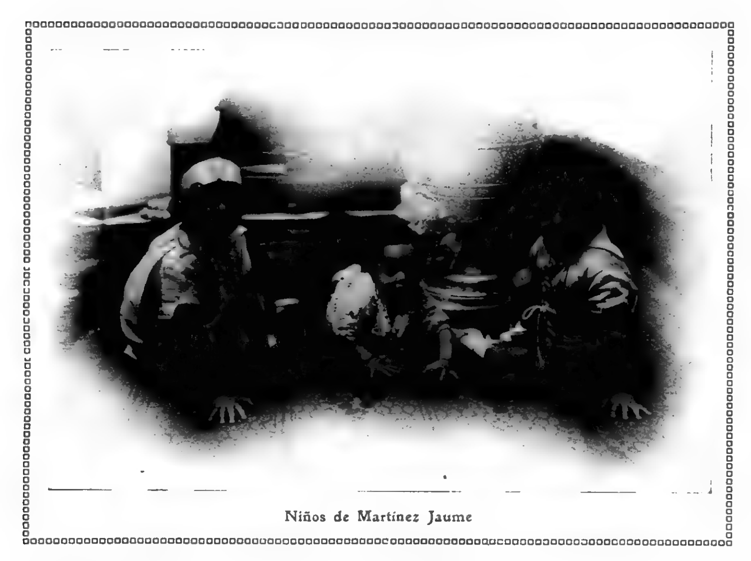
Mr. Bidou estudia en ellas el teatro francés de los primeros tiempos, el del renacimiento, el de la época moderna, el contemporáneo.

Su literatura es sencilla y clara: habla con rara elocuencia: tiene un dominio completo del arte y de los artistas franceses: el escenario parisien, múltiple, vario, moderno, complicado y sutil, a nuestros ojos aparece, gracias al influjo de la palabra de este hombre que tan profundamente lo conoce y tan brillantemente lo explica.

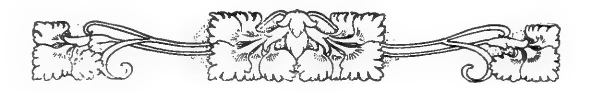
No podía haberse elegido mejor conocedor del teatro francés para los cursos Supervielle, y el público montevideano, — el público intelectual y refinado que a ellos asiste, así lo viene demostrando sábado a sábado con una sala repleta y elegante, donde se impone nuestra belleza femenina y triunfa Mr. Bidou entre aplausos unánimes y calurosos.

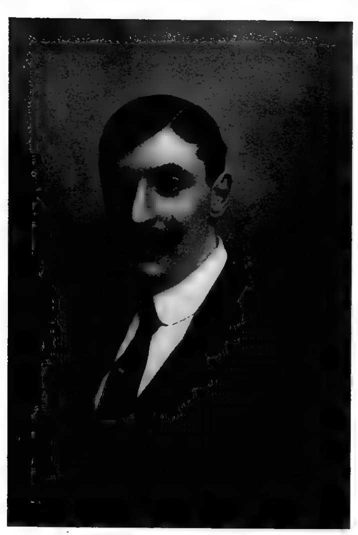
Las conferencias de Mr. Bidou han entrado a la fecha de la aparición de nuestra revista, en el mejor período, el más interesante: — el teatro contemporáneo francés, ante de la guerra, durante la guerra y estos primeros meses después de la guerra.

Nuestra sociedad se ha dado cita en el salón de actos públicos de la Universidad, para escuchar a Mr. Bidou.



Niños de Martínez Jaume





Antonio Barreira Villamil

ANTONIO B. VILLAMIL. —

Ha dejado de existir entre nosotros, el caballero don Antonio Barreira Villamil, tan amablemente grato a nuestra sociedad, donde supo conquistarse la simpatía unánime de todos los que le conocieron. — Persona inteligente, de valiosas prendas morales, de corazón bondadoso, de juventud optimista y sana, su deceso causó triste impresión en nuestros círculos y doloroso vacío en su hogar dulce y bueno. La muerte tiene frecuentemente estas sentencias imprevistas y desolantes que arrancan de los brazos amados y de la utilidad de la vida, a los seres que parecen menos próximos al fatal designio. De la misma manera, en el seno de la madre naturaleza, así joven y fuerte como es, la noche cae a veces de improviso, y los colores vivos del día que alegran el paisaje, se entenebrecen repentinamente, y sólo quedan las sombras rodeando las almas y las cosas. Sin embargo, a pesar de esta frecuencia con que suceden las mutaciones bruscas de los destinos, el espíritu humano no se resigna a la sacudida repentina y al vacío inesperado que junto a nosotros se hace. — Y por eso, la muerte acongoja los hogares y llena de noche las almas, sin piedad y sin esperanza,—como en este caso de la muerte de quien por muchos conceptos debía vivir junto a los suyos para su amor y su propia vida.

Dr. CARLOS A. FEIN. —

Dolorosamente impresionada nuestra sociedad ha sentido en su propio seno el fallecimiento del doctor Carlos A. Fein, tan vinculado al mundo social montevideano y a la vida administrativa de la nación.

El doctor Fein ocupó altos cargos de la gestión gubernativa, — y, hombre de espíritu fino, de cultura superior, de corazón bueno, de exquisita sociabilidad, se granjeó la estimación espontánea y fácil que surge siempre alrededor de los hombres de talento y de alma.

Su hogar ha visto su deceso en la hora precisa en que nada podía recordar el momento fatal que a todos aguarda. Su familia aprestábase a viajar en descanso por las tierras de Europa y los días eran de alegre inquietud, de ensueño y de esperanza.

A sus llorosos deudos, esperamos, con estas palabras de cordial sentimiento, un recuerdo de sincero afecto que a su memoria queda como nuestra ofrenda amistosa y triste ante su tumba.

LOS ESPOSOS QUINTANA-ESCARZA. —

Un hondo estremecimiento de dolor ha sacudido nuestra sociedad ante el inesperado viento de tragedia que despiadamente deshizo el hogar acrisolado y feliz de los esposos Quintana-Escarza. Pertenecientes ambos a respetables familias rioplatenses, apreciadísimos y llenos de dicha, quiso el destino arcano desgajar de golpe ese rosal florido y abatir para siempre el ideal de amor que a los dos esposos vinculara. Unidos en la vida amable y sonriente, unidos fueron a la muerte callada y serena, como si el mismo lazo que los atara en la existencia no hubiera podido deshacerse ante la muerte. Profundamente impresionados por el doble deceso y las tristes circunstancias que lo rodearon, deshojamos estas rosas pálidas de recordación y de tristeza a la memoria de aquella dama virtuosa y exquisita y de aquel caballero impecable y bueno que fueron doña Pepita Escarza y el doctor don Julián Quintana.



Dr. Carlos A. Fein

RICHARD HUGHES. —

El fallecimiento del caballero Richard Hughes luego de una breve dolencia y ante circunstancias imprevistas, dadas la juventud y la fortaleza de cuerpo y espíritu que le animaban, ha sido otro doloroso suceso en el seno de nuestra sociedad, acongojada tantas veces en el breve espacio de tiempo de estas últimas semanas.

El señor Hughes, alegre, caballeresco, estimado, lleno de revelantes dotes morales, fué un activo hombre de negocios, además de ser un leal amigo y un buen creyente. Su deceso puso una nota de duelo al márgen de los días que pasaron, y su sepelio fué una intensa demostración de aprecio y de dolor. A su recuerdo depositamos estas breves palabras de homenaje como un ramo de flores que se despetalaran sobre su lápida, — tan prematura y triste.

DON GUILLERMO USHER. —

Inesperadamente, traicionado por una dolencia que parecía leve, ha dejado de existir en uno de los invernales días de Julio don Guillermo Usher exquisito espíritu caballeresco, señor que supo rodearse de innumerables simpatías y hacerse acreedor a las más honrosas distinciones. Lleno de bondad, fuerte aún, muy buen padre, muy buen amigo, pertenecía el señor Usher a una linajuda honorabilísima familia oriunda de Irlanda, la hermosa esmeralda de los mares que llamaban nuestros ascendientes. Se distinguió siempre por su corazón de oro, su trato afable, su mentalidad superior, la actividad ejemplar de una vida consagrada al trabajo y al hogar, la fortaleza de un espíritu sano derrochado en bondades infinitas. Su deceso, en ocasión de un viaje a Buenos Aires donde fuera a presenciar el enlace de una de sus sobrinas, se hace por esta circunstancia doblemente sentido.

A sus deudos presentamos la expresión de nuestro sentimiento, debilmente traducido en estas líneas a su memoria dedicadas como un justo homenaje de dolor y de aprecio.

AIDA RODRÍGUEZ DE VON BÜLOW. —

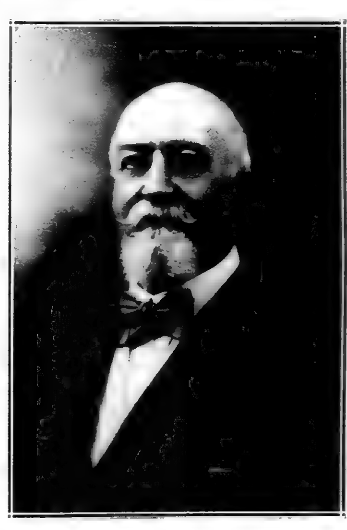
La injusticia del humano destino, así incomprensible y así irritante, ha fulminado, — esa es la palabra,—de una manera imprevista y trágica, a quien hasta ayer gozara intensamente de la vida, llenando de virtud y alegría el pequeño mundo encantado de su casa.

Doña Aida Rodríguez de Von Bülow concretaba, como en el ideal de la leyenda romántica, los dorados aspectos de la personalidad femenina digna de vivir y triunfar, para gloria de los suyos y de los que a ella acercó la suerte.

Juventud, belleza, bondad y riqueza puso Dios en sus manos, para que recorriera la vida, no como la mayoría de los mortales obligados a desgarrarse de espinas en un largo caminal doloroso: — sino para que pasara poniendo en las cosas una gota de mágica felicidad, como un hada dichosa que paseara por un jardín real, encantando las flores y los pájaros.

La noticia de su muerte sacudió hondamente el espíritu de nuestra sociedad que no pudo menos de acompañar en su dolor a aquellos para quienes una noche de duelo ha caído bruscamente sobre su hogar.

SELECTA rinde esta breve recordación a la dama desdichada que ha descendido a la muerte en un momento de fatal designio: — y a sus deudos expresa su sentir conmovido de tristeza y de pena, — deseando que la resignación de cristiano consuelo alivie siquiera en lo posible el profundo tajo de dolor que Dios ha querido abrir en su seno.



Don Guillermo Usher

Foto Paez Formoso.

En el Puerto



AMADO NERVO



ELEGIA



Y no te hablé jamás, pero tu frase
Triunfó en mi admiración, regia y sonora
Y recogí tu acento de poeta
Como miel, en mis místicas corolas.

Y mi extasié escuchando de tu verso
La cascada de luz de tus ideas;
Y en tus alas llevásteme a esas cimas
Que tan sólo 'a escalan los poetas.

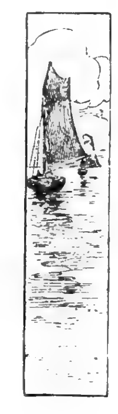
Hoy vengo a ti y en mi dolor te ofrendo
Todas las cosas de mi alma hermana;
Son para ti mis íntimas congojas
Para ti mi alegría y mis plegarias.

Y formaré con blancas azucenas
El lecho do repose tu crepúsculo.
Y les diré a los bardos de mi patria
Que canten su oración en tu sepulcro.

El beso de un espíritu doliente
Deje su adios sobre tu frente fría:
¡Nuestro mundo de cumbres, sólo sabe
Lo que pide un poeta en su partida!

Tu primer sueño, de tu eterna noche
¡Con qué pesar lo llamaremos nuestro!
Y la postrer visión de tu retina
¿Por qué llevó un girón de nuestro suelo?

Y será nuestro sol, el sol que prenda
Sus bridas de oro a tu postrer carroza;
¡Ultimo sol que acarició tu vida,
De tu sarcófago inextinguible antorcha!



Mayo 25 de 1919.

Ernestina Méndez Reissig.



Srta.
María Mercedes
Gianelli Suarez

TEATROS


Vallin Pardo


Marinuzzi


Dalla Rizza

Teatro Urquiza.



De El 20 al 30 de Agosto corriente hizo su temporada oficial en el Teatro Urquiza, la gran Compañía Lírica italiana del Coliseo de Buenos Aires, dirigida por Marinuzzi. —


Crabbe

Fué una temporada brillante, que en las fiestas de Agosto reunió en el coliseo de la calle Andes a toda la sociedad montevideana. El elenco artístico de la Compañía Marinuzzi trajo como sopranos a María Carena, Zola Amaro, A. Giacomucci, Marie Noel Frere, Ninon Vallin, Gilda Dalla Rizza, Angeles Ottein; — como medio soprano contralto a Bertazzoli; medio soprano, Ana Gramegna; tenores, Pertile, Schippa, Crimi, Raignier; barítonos, Armando Crabbé, Luiggi Montesanto, Mariano Stabile, Victor Damiani, Atilio Muzzio; bajos, Nazzareno de Angelis, Walter, Dentale, Romito; bajo cómico Azzolini; orquesta bajo la dirección de Marinuzzi, Falconi, Belleza. El cuerpo de baile para las óperas estuvo formado por la gran Compañía de la Pavlowa, con sus 40 bailarinas


Montesanto


M.º Falconi

y bailarines. El debut se hizo con "Mefistófeles", la hermosa ópera de Boito. El repertorio del abono trajo como *succès* para Montevideo donde no se han representado nunca: "Il Tabarro", "Suor Angélica", de Puccini, "Príncipe Igor", de Borodine, "Moisés", de Rossini, "Pelelas y Melisande", de Debussy. El abono comprendió asimismo, óperas conocidas como "Manón", "Werther", "Madame Butterfly", "Gioconda", "Fra Diavolo", etc.

Uno de nuestros rotativos dijo así de la iniciación de la Compañía Marinuzzi:

"Un espectáculo soberbio nos resultó en su conjunto y su detalles el "Mefistófeles" de anoche. El primer aplauso se lo debemos al maestro Guido Marinuzzi que acreditó una vez más su buen nombre de director. La orquesta vibra en sus manos bien equilibrada y ajustada, como si su batuta tuviera el don de fascinar a los ejecutantes. El bajo Nazzareno de Angelis se impuso con su voz admirable, de fuerza llena. Gilda dalla Rizza está en el apogeo de su arte. Es una artista de temperamento que sabe sentir cuanto dice. Y así, todos. La Compañía alcanza la magnificencia de "las grandes temporadas".


Stabile

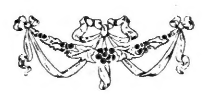
Teatro Solís.

Tenemos el agrado de ofrecer a nuestros lectores una nota gráfica de la gran Compañía de bailes rusos que estuvo actuando


Tito Schipa



Aureliano Pertile





Nazzareno De Angelis (Bajo)

con singular prestigio en el teatro Solís. Noche a noche, la sala de nuestro primer coliseo, se ha visto llena de la más selecta y distinguida concurrencia, que premió así el armónico conjunto, la notable orquesta y la lujosa presentación de los bailarines rusos de la Chebescka. La Compañía actuó todo el mes pasado y podemos decir que el éxito artístico y el de boletería no decayeron una noche, síntoma de que la Compañía gusta y vale.



Angela Otein

SOLIS. "La Primavera" Compañía María Chebescka.



Santa Isabel

por

Amado Nervo

Cuando expiró, no sé quien de los presentes dijo, con cierta indiferencia semicompasiva:

— Ya cesó de sufrir....

Y confieso que nunca en la vida una frase ha tenido para mi mayor significación que aquella tan trivial, ni me ha conmovido más.

— Ya cesó de sufrir....

Como una cinta cinematográfica, se desarrolló ante mi la vida toda de la mártir.

A los doce años, cuando empezaba a volverse mujer y sentía en su corazón todo el retoñar de la primevera, fué invadiéndola una parálisis progresiva, implacable, contra la cual luchó en vano la ciencia.

Después de innumerables tanteos dolorosos, curaciones varias (hidroterapia, electroterapia, inyecciones intramusculares, que sé yo), la pobrecita estaba peor que antes y hubo que sentarla en el gran sillón de ruedas, donde debía ya pasar su existencia.

De la cintura para abajo, Isabel estaba muerta. De la cintura para arriba vivía. Sus manos, tan finas, tan aristocráticas, conservaron su agilidad siempre y no pudo dedicarse a labores varias, casi siempre para los pobres; a hacer encaje de bolillos, a labrar flores artificiales, a bellos trabajos de tapicería, y, largos ratos, a la lectura... hasta que, pasados algunos años, su vista, siempre débil, se fué extinguiendo, para dejarla en una semiceguera que le impidió ya casi todo trabajo, fuera de algunos, sobrado sencillos, de gancho, que ejecutaba maquinalmente.

Antes de enfermar, Isabel tenía un carácter dulce, embeleso de cuantos la conocían. Su enfermedad no sólo no agrió aquella disposición sino que la dulcificó sobremanera

Ni una queja. No recuerdo jamás, en los largos años que vivió a mi lado, que se quejase.

Al contrario, cuando alguno de sus hermanos o de los míos estaba triste, era ella la que encontraba palabras y recursos para consolarle. Llamaban todos "el paño de lágrimas de la casa".

Cuando yo me casé con María, la hermana menor de Isabel, ésta fué a vivir con nosotros. María, como condición esencial para otorgarme su mano, puso la de que jamás se separaría de Isabel.

— No tiene otro apoyo que el mío, — me dijo.

— Mi madre me la encomendó al morir y he de ser su más cariñosa enfermera

Yo no tuve reparo en acceder, en primer lugar porque aquella resolución de María aquilataba ante mis ojos y me hacía estimarla sobremanera, y en segundo, porque la dulzura y la paciencia de Isabel me subyugaban y me daban un alto concepto de la vida.

Bendigo esta mi resolución, pues si María ha sido la compañera ideal de mi existencia, aquélla que se encuentra una sola vez por misericordia del Destino, Isabel ha sido el Ideal mismo, más allá de todas las pequeñeces del mundo; la maestra moral más grande que yo haya podido soñar.

Viéndola, contemplándola en aquél sillón de tortura, sin proferir la más leve queja, sonriente siempre, bondadosa, contentándose de todo, agradecida a la amabilidad más ténue, respondiendo a la menor gentileza con aquel hermosísimo timbre de su voz, que al decir "muchas gracias" parecía acariciar el oído con la música más deliciosa, comprendí hasta donde puede llegar la excelencia humana, y qué cosas admirables forja Dios con este barro de que fuimos hechos.

Cuando sus grandes y hermosos ojos pardos fueron debilitándose al grado de no poder ya distinguir las letras de los libros, yo tuve un movimiento de compasión incontenible.

— ¡Pobrecita mía! — exclamé, — ¿y ahora qué vas a hacer?...

— Tú me leerás bellas páginas de vez en cuando, — me respondió con la más dulce de sus sonrisas, — y haré labores fáciles, que me ocuparán y divertirán.

Desde aquél día, una hora por la mañana y otra hora por la tarde, cuando menos, yo fuí su lector.

Con qué afán buscaba en las librerías todas las cosas nobles y delicadas, que pudieran al propio tiempo que gustarla, saciar la sed de alteza de su alma preciosa.

Creo que nunca he leído más sabrosamente, con más amor, con más alegria que aquéllas horas.

— ¡Qué bueno eres! — decíame ella — y yo sentía que aquella exclamación era el mejor premio de mi vida.

—

No recuerdo desde que vivió en mi casa y pude conocer la calidad de su espíritu haber dejado de consultarla jamás en todos mis problemas, en todas las dificultades de mi vida.

Nada hice nunca sino después de oir su dictamen; expresado con suma sencillez, sin pretensiones de ninguna clase, humildemente, afectuosamente.

El influjo de su alma sobre la mía blando y maternal influjo, ¡ay! que he perdido para siempre, era de tal suerte apaciguador, serenador, que aún ahora me basta ver su retrato, mirar sus grandes ojos — que fueron tan luminosos y a los que presta luz en el cartón mi recuerdo, — para sentirme inmediatamente tranquilizado, para encontrar *que todo está bien*, para esperar confiado y plácido el natural desenlace de las cosas

Cuando la turbulencia de mis imaginaciones es excesiva, voy a su sepulcro, y me parece que de él emana instantáneamente un fluido de paz y de bienestar.

—

"Ya cesó de sufrir"...

Había muerto en su gran silla, con las níveas y santas manos sobre el pecho; sin proferir una queja, como había vivido.

Sus últimas palabras, dirigiéndose a mí, fueron éstas:

— "Ni tú ni María os quedaréis solos... Yo seguiré con vosotros".

María pensando en los demás, según su celeste costumbre.

¡Cuan poco había pensado en sí misma!

...Cesó ya de sufrir...¿Es que en efecto había sufrido tanto? Sí; más no por ella, sino por los ajenos, por las penas de todos, con las cuales se había indentificado; por las contrariedades y anhelos de mis hermanos inquietos, que siempre iban a contarla sus negocios y afanes; por las angustias de las amigas, cuyas intimidades ella sola conocía; por los sufrimientos de los humildes de la servidumbre, de los pobres que iban a verla.

Cesaba ya de sufrir, sí; pero por los otros...

Quién sabe — a veces he pensado en esto — si su propia parálisis, su reclusión, sus largas horas de soledad, sus dolores, eran un rescate por alguien, que ella había aceptado. Porque en su alma blanca no hubo jamás ni la sombra de la sombra de una mancha que purgar.

Las flores de que se la cubrió habían cumplido menos bien que ella el mandato del Padre, habían sido menos sumisas que ella a la ley, menos pacientes y silenciosas que ella ante los estrujamientos de la vida...

Pasó como una música, como una fragancia, como un consuelo...

Ella, que no podían moverse, era más alada que todas las cosas que vuelan.

Ella que vivía en la penumbra, era más luminosa y radiante que las cosas que arden e iluminan.

La generosidad de mi destino fué muy grande permitiéndome vivir con aquella criatura augusta, serle útil, aliviar alguna vez su dolor con mis ternuras fraternales.

Cuanto más pienso en esta prerrogativa, más se desborda la gratitud de mi corazón, vaso muy breve para contenerla...

Quien como yo tuvo el privilegio de conocer a aquella hechura de un barro más noble que el nuestro, ya no tiene derecho a quejarse de ninguna dureza, de ningún aguijón de la existencia.

Por muchos años, a mi vida se le concedió ir al lado de la suya, y digo aún como el poeta Saadi: "Yo no soy más que una ardilla sin valor, pero viví algún tiempo con la rosa."

La habitación donde moró y murió nuestra "Santa Isabel," está aún tal cual estaba el último día de su preciosa vida, y muchas veces mi mujer y yo vamos a sentarnos al lado del vacío sillón de ruedas, y cogidas las manos, en la penumbra de la tarde, permanecemos allí, silenciosamente, largo rato, sintiendo que una paz sagrada, que una bondad divina baja a nuestras frentes pensativas...

Amado Nervo.



El Extracto de Malta Uruguaya

COMO ALIMENTO



Excelentes condiciones analíticas

Por el análisis que publicamos a continuación pueden afirmarse las propiedades excepcionales que reune el EXTRACTO DE MALTA URUGUAYA como alimento de primer orden, pues ninguno de sus componentes deja llenar ese alto rol medicinal, tan afanosamente perseguido por la ciencia médica, en tanto su actividad diastásica evidencia las excelentes condiciones técnicas, en que es elaborado; todas cuyas circunstancias dan a ese producto la característica de una verdadera revelación:

LABORATORIO DE ANALISIS

(SECCIÓN DE HIGIENE ALIMENTICIA)

COMPRENDE Productos naturales ó artificialmente elaborados, de origen albuminoideo, graso, hidrocarbonado ó mineral, utilizables en la alimentación

Determinación del valor nutritivo de productos empleados en regímenes especiales ó suplementarios

PAYSANDU N.º 1280 — MONTEVIDEO
Teléfono
La Uruguaya, 980 (Cordón)

Dirección Técnica:
Doctor J. F. GONZALEZ
Químico: A. PRUNELL

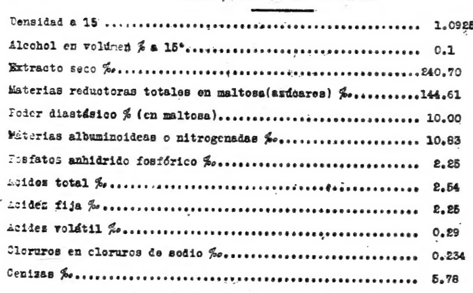
DIRECCIÓN POR CABLE
"BIOLABORO"

Análisis N.º 10279

Montevideo, Junio 27 de 1918

Cervecería Uruguaya

ANALISIS DE EXTRACTO DE MALTA



Densidad a 15	1.0925
Alcohol en volúmen % a 15°	0.1
Extracto seco ‰	240.70
Materias reductoras totales en maltosa (azúcares) ‰	144.61
Poder diastásico % (en maltosa)	10.00
Materias albuminoideas o nitrogenadas ‰	10.83
Fosfatos anhidrido fosfórico ‰	2.25
Acidez total ‰	2.54
Acidez fija ‰	2.25
Acidez volátil ‰	0.29
Cloruros en cloruros de sodio ‰	0.234
Cenizas ‰	5.78

Los elementos que entran en la composición del Extracto de Malta remitido por la Cervecería Uruguaya, puestos en evidencia por el Análisis Químico, dan cuenta de su poder nutritivo. Además de los albuminoideos y de otros principios que contiene el valor alimenticio de este preparado, se estima especialmente por su actividad diastásica y por su riqueza en principios dinamógenos, como los azúcares, los cuales al ser utilizados por el organismo, son una fuente de producción de energía. Desde luego este preparado es particularmente útil, toda vez que es necesario hacer predominar el régimen de alimentos hidrocarbonados.

El dato expresado de la actividad diastásica asegura por si solo las condiciones técnicas de la elaboración de este producto.

A. Prunell — Justo F. Gonzalez

Nuestro Establecimiento, ante esta valiosa autorizada prueba, no necesita ofrecer otra recomendación, ya que, por otra parte, la experiencia se ha encargado de poner en transparencia tan auspiciosas verdades.

Cervecería Uruguaya

Calle Asunción, 1229

MONTEVIDEO

Talleres A. BARREIRO Y RAMOS. — Montevideo